REINA HIPÓLITA

JULIO GARCÍA ROBLES

SINOPSIS

En un mundo de leyenda, de grandes héroes, afilado bronce y glorias sin par, una terrible profecía anuncia la llegada de la mayor de las harpías. Aquella que de sangre colmará las ambiciones de los poderosos reinos de Ática. El rey Cécrope enviará al más valiente y laureado de sus generales a las salvajes tierras del Ponto para acabar con la amenaza y desterrar así las visiones de Pitia por siempre. Sin embargo, Marcial pronto descubrirá que la empresa va mucho más allá de lo esperado, pues la profecía nace al amparo divino de un amor puro. Ares, un poderoso y brutal guerrero, temido e idolatrado como dios hijo de Zeus, se involucrará en esta peligrosa empresa; donde, ante el recelo de la divina y vengativa Artemisa, la gran cazadora; se sentirá fascinado por la nobleza y belleza de la ninfa Armonía, de sus besos y artes de guerra.

Amor, traición, odio y lealtad son las claves de esta novela de fantasía, historia y aventura ambientada en la Edad del Bronce, cuyos personajes luchan constantemente por escapar al fatal destino escrito por los dioses.

EL AUTOR © Julio García Robles

Julio García Robles es diagramador, escritor y fotógrafo de naturaleza. Diplomado en Gestión Medioambiental por la Universidad de Cádiz, cuenta entre otros trabajos de divulgación científica con los libros *Devoradores de hombres* y *Lobo*. Ha llevado adelante proyectos de conservación en numerosos países, destacando su trabajo como agente social en programas ONG de Desarrollo. Es precisamente en estos largos viajes donde compagina historia y leyendas para dar vida a los personajes mágicos de sus novelas, siempre llenas de aventuras y emociones: la saga *Uma Soona*, *Sarima Vamp*, *El pequeño Budy y el Dragón Blanco*, *El Dragón Rojo*, *La leyenda de Perpintres*, *Planeta Z Muerto*, *Los crímenes de mi querida mamá*, *Las aventuras de Calamity Queen*, *Un poema para mi general*, *Socarrats*, *Valentine*, *El Enterrador, Mamen*...

Cualquier forma de reproducción, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ACTO 1· LA PROFECÍA

"En la noche saciada de sangre, mi alma fue testigo de aquello que tanto colma de tristeza mi corazón: amparada por divinas impías, a la luz de la luna llena nacerá la más terrible de las harpías. Será aquella a la que llamarán Hipólita, mujer indómita, temida y venerada. No lo dudes mi muy amado rey: desata tu ira, pues como reina loba alzará su puño con la espada de Ares y a los gloriosos ejércitos del sempiterno Zeus domará allá donde odiosa cabalgue. Caídos los héroes y humillados los dioses, de mal y llanto se colmarán los reinos de Ática en toda tierra que pise la primogénita. Su brillante hoja, despiadada e inmisericorde, se cubrirá con la devota sangre de nuestros hijos. Así lo he visto, será pues y de congoja me llena. Solo con la muerte prematura, tan solo quizá, la tragedia se podría evitar."

Pitia ante el rey Cécrope de Atenas.
La Profecía, Templo de Apolo, Delfos 1552 aC

INTRODUCCIÓN

Cuando los bosques eran tan extensos como mares y el lobo aullaba poderoso en valles y montañas, hubo un tiempo donde hombres sabios y dioses soberbios se erigieron conquistando reinos, despreciando los clanes salvajes que los habitaban y la piedra que tallaban. Los nacidos de la tierra, llamados aqueos, extendieron sus dominios gracias al poder de sus ejércitos, alzando jerarquizadas polis y templos sagrados, forjando imperio. El afilado bronce se irguió como herramienta de honor, símbolo de vida y muerte. Era el orgullo del guerrero, siempre destinado a vencer en innumerables batallas para alcanzar la simpar gloria, los Campos Elíseos o incluso la llave maestra que abriera las puertas del Olimpo a su grandeza y valor.

A lo ancho de toda tierra civilizada, respetados broncistas sudaban a golpe de maza, sellando y limando; desbarbando las poderosas armas que imponían ley y orden. Entre ellos, Sethlans; un hombre divino, de poderosos brazos, sudados cabellos y arte sin igual. En lo más profundo de las escarpadas cuevas de las sagradas montañas de Vulcano, rodeado de magma y vapores envenenados, trabajaba con pasión dando forma a la más poderosa de las armas. Su tiempo y esmero solo era digno de grandes guerreros, pues hasta su fragua únicamente se podía llegar a través del desafío y la locura. Con cada golpe sobre el yunque, cientos de chispas invadían el aire que respiraba, que quemaba sus pulmones y aceleraba sus emociones. Cegado del ojo izquierdo por un ascua rebelde, observó con el derecho la hoja al rojo vivo. La posó sobre la base y acarició sus bordes con leves golpes, para eliminar las rebabas de aquella joya mortal a la que daba forma. Había dejado de lado la mezcla maestra del cobre y el estaño del que nacía el bronce, para fundir con idea el hierro. Templó el metal al calor del carbón incandescente, con decisión. Moldeó los últimos adornos, el espliego en su equilibrio justo, y hundió el metal en la artesa. Una nube de vapor se elevó conforme el hielo se derritió. El agua hirvió siseando feroz hasta quedar en paz. Entonces, el brillo desconocido del acero relució con fuerza sin igual.

Sethlans estudió la espada con paciencia y se esmeró en cada detalle, por pequeño que fuera. Trabajó el pomo y se sentó. Cubrió el mango con madera de roble y lo adornó con suave cuero, lentamente, con fuerza y seguridad, y limpió el sudor de su frente con trapos húmedos. Se levantó y dio sendos golpes al aire, seguido de ambos zumbidos, apenas audibles, dos ligeros silbidos. Acto seguido lanzó una estocada incierta con el brazo recto y un golpe tenaz contra la piedra que hizo temblar la hoja sin quebrarse. El metal templado era tan firme para combatir, como flexible para defender. Sonrió extasiado ante su obra maestra. No era una espada cualquiera ni otra más, sino la hoja perfecta en corte y estoque. Era la espada nacida para el más grande de los guerreros, aquel que sería capaz de arrebatársela al mismísimo dios del fuego…

CAPÍTULO 1 · ARES, AZOTE DE MORTALES

Tierras de Atenas, 1551 aC.

Bajo la lluvia que ocultaba el último aliento del día, un hombre de fuerte complexión y altivas grebas avanzó firme, envuelto en una deshilachada capa, pisando el barro de las callejuelas en aquella aldea sin nombre ni saber. A su paso, mujeres de vestimentas rasgadas y pies descalzos salían corriendo; unas ocultando sus rostros, otras tirando de sus hijos de pelos alborotados. Los varones empuñaban hoces y estacas, tragando saliva, limpiando el sudor de sus manos en las pieles que vestían. Nadie se atrevió a cruzarse en su camino. Paró ante los portones de una posada, frente a la guardia atlante que se distraía a golpes con un joven de desaliñada compostura.

El capitán, un hombre de ancho pecho broncíneo y adornado yelmo, se posó ante el extraño. Lo observó con desprecio desmedido y ladeó su lanza de afilada pica.

—¡Alto! —espetó.

Tras él anduvieron cuatro lanceros, tan altivos y expectantes como el oficial.

El joven desaliñado aprovechó el momento y salió huyendo.

—¿No oíste? ¿Quién eres? ¡Muéstrate! —insistió el capitán.

El desconocido alzó su rostro y escudriñó con una mirada curiosa las enormes nubes grises que todo lo cubrían, mientras las gotas de la incipiente lluvia salpicaban en su cara. Después giró levemente la cabeza con un gruñido disconforme. El tremendo golpe de la colosal maza que portaba bajo la capa, saltó el yelmo y reventó la cabeza del capitán. Antes de que cayera al suelo, lo enganchó del cuello con la otra mano para observar aquella cara deformada, con un ojo fuera de la cuenca y el cerebro desbordado.

—¿Acaso importa? —respondió con voz ronca y soltó a su víctima, como si nada fuera, ante el estupor del resto de la guardia.

—¡Maldito! —gritaron los lanceros, volcando las afiladas picas hacia delante.

Sin decir palabra, el salvaje guerrero se volvió hacia la derecha para esquivar las dos lanzas que buscaban su vida. De un solo golpe con la enorme maza, aplastó los dientes y el pecho de los lanceros que las portaban. El primero cayó sin mentón, con las muelas hundidas en la base superior del cráneo; el segundo quedó boca abajo, dando agónicos espasmos, escupiendo sangre.

El guerrero guardó la maza bajo la capa y continuó su camino, pisando los muertos como si bultos de tierra fueran. Se posó ante el escalón de piedra que daba forma a la entrada de la posada. Un tremendo trueno retumbó en el cielo y el rayo del todopoderoso Zeus se estrelló entre sus pies manchados de barro y sangre. Inamovible, permaneció firme, sin ofrecer un leve gesto ni desviar su atención.

La lluvia arreció con fuerza, hecha tormenta.

—Hum —gruñó de forma tosca. Seguidamente, con una brutal patada arrancó los goznes e hizo astillas el carcomido portón.

Sobresaltados, los capitanes y soldados atlantes que permanecían confiados al calor de la chimenea, dándose al placer de la carne caliente y el dulce vino, acompañados de gratas mujeres y refinados efebos, ladearon la pitanza para ponerse en guardia.

—¿Cómo osas? ¡Maldito salvaje!

—¡Ha reventado el portón como si fuera de paja! —dijeron unos y otros.

—¿Qué pretendes tú, hombre salvaje, entre oficiales y hombres de rango? Acaso limosna u ofrecerte a nuestro glorioso ejército —preguntó un capitán, el más veterano.

—Ares, azote de mortales, ese es mi nombre y rango —dijo el extraño con voz poderosa, mientras se liberaba de la capa, mostrando su hermoso cuerpo, esculpido como el de un dios y marcado por las cicatrices de decenas de batallas.

Y agitó la gran maza de lado a lado ante aquellos que le miraban perplejo.

CAPÍTULO 2 · LOS HIJOS DE POSEIDÓN

Más de veinte mil soldados acampaban en los valles de Ática, ante la gloriosa Atenas. Las hogueras se avivaban hasta el cielo con la incesante leña y el fin de la lluvia. Los tonos vivos del amanecer anunciaban una hermosa mañana, el de una victoria sin igual. El ejército atlante había recorrido medio mundo desde que partiera de las lejanas costas de Occidente, atravesando la Camarga y las tierras de Tirrena, hasta alcanzar el corazón del imperio aqueo. En su tortuoso camino había conquistado y sometido, sin hallar rival digno para las picas de sus lanceros.

Argan, rey de reyes, señor de los reinos de Atlanta, avanzó altivo, con el rostro imperturbable, su cuidada barba y la resplandeciente corona que adornaba su melena negra. Vestía lujosas prendas, cubiertas por la magna capa púrpura imperial. Alhajas y brazaletes de oricalco adornaban sus brazos. En su mano, asido con fuerza, el largo cetro de Poseidón: oro puro en su barra, cabeza del dios en argéntea y ojos ámbar vivo como el fuego. A su lado le acompañaba Epolis, hombre cabal de larga barba, sumo sacerdote, consejero real y mejor amigo.

Tras ellos, una aguerrida guardia les escoltaban.

—La batalla será dura, los hijos de Atenea no son soldados cualesquiera —aseguró Epolis—. Deberíamos estudiar mejor sus debilidades. Poco sabemos para guerrear confiando solo en nuestro orgullo y valor, mi señor.

—Los exploradores auguran una gran victoria —aseguró Argan.

Frente a ellos aparecieron el rey Amferes y el rey Azaes, hermanos de igual apariencia. Con orgullo desmedido, a su lado llegaron el rey Méstor, hombre corpulento, de redondeada cara y ojos pequeños; y la joven reina Treita, la cual, vestida de largos velos recogidos sobre la cintura, contorneaba con estilo su hermosa figura de mujer. Los reyes Evemo, Mneseo y Diáprepes debatían a la entrada de la carpa erigida para la Corte. Más allá, se situaba el rey Llanós, hombre de rostro enjuto y mano dura, el cual les observaba con cierto desdén, acariciando el muslo imberbe de Ganímedes, su fiel erómeno de adolescente belleza.

Tras mostrar el debido respeto, los monarcas de los reinos de Atlanta avanzaron hasta el interior de la carpa, donde debatirían el destino de cada uno en la batalla final. En ello andaban cuando un oficial recorrió la carpa acompañado por dos lanceros de la compañía de exploradores.

—Mi rey, es importante —se presentó el oficial ante Argan.

El rey de reyes les observó un tanto extrañado. Les vio cansados, extenuados.

Ambos exploradores se postraron a sus pies ante la expectación de los presentes.

—¡Alzaros! ¿Qué nuevas son esas, tan importantes como para interrumpir la Corte de Soberanos? Hablad —ordenó Argan.

—Mi rey, somos portadores de trágicas nuevas —afirmó uno de los exploradores, tratando de recuperar el resuello de su agitada respiración—. En la pequeña aldea, allá donde buscaba descanso la avanzadilla, a todos nuestros valientes mataron. Anoche fue.

—Decid, ¿qué ha ocurrido? —se apremió Argan.

—La gente de la aldea se ha ido, no queda nadie. Los nuestros, todos muertos, dispersados y comidos por alimañas como si carroña fueran.

—Mi rey, bien sé que no puede ser —apuntó el otro explorador—. Pero así lo afirmó un oficial en mis brazos, antes de ceder ante la Parca a causa de las horribles heridas que la vida le robaban: fue un solo guerrero. A todos se enfrentó y mató con una enorme maza.

—Eso no es posible —dijo Argan.

—No, mi rey, eso pensé. Pero ¿por qué tendría que mentir a sus hermanos un hombre en agonía? —expuso el explorador.

—¿Y dices que no queda nadie en ese poblado? —preguntó el rey Azaes.

—Solo muertos y alimañas —contestó el explorador.

—¿Un solo guerrero? —se preguntó Argan posando su mano en la barba.

—Marcharemos sobre ese poblado, nuestros hombres recibirán digna sepultura y todo quemaremos —expuso el rey Llanós—. Tal ofensa no puede quedar sin respuesta. Pero ahora ordenemos este día, en el que Atenas temblará bajo el bronce de nuestro glorioso ejército.

—¡Mi rey! ¡Son nuevas urgentes, de Atlas! —exclamó el oficial de la guardia, acercándose precipitadamente hasta Argan.

El rey Llanós levantó la mano con expresión de sorpresa ante la nueva interrupción. Pero nada dijo al haber escuchado que el mensaje procedía de Atlas y con un gesto resignado, cedió la palabra al rey de reyes.

—Decidme pues —ordenó Argan dirigiendo su mirada hacia el capitán.

—¡Mi amado rey! —exclamó Pyrene, reina de Atlanta y del corazón de Argan, entrando en la carpa como si la dueña del campamento fuera, meciendo su larga y ondulada melena negra al compás de sus pasos.

—¡Mi reina! —saltó Argan y la rodeó con sus brazos para besarla—. ¿Qué haces aquí? En la lejana Atlas debías de hallarte, a salvo de todo.

Pyrene observó a los sorprendidos monarcas que acompañaban a su esposo, dedicándoles a cada uno de ellos su tiempo, con una expresión triste que no apagaba su belleza divina.

—¡Abandonad esta guerra! —exclamó—. ¡Debemos regresar! El mal acecha y es poderoso, más de lo que jamás podrías pensar. El mundo recorrí para traerte este mensaje, pues sabía que solo a mí me escucharías.

—¿Qué dices, mi amada reina? —preguntó Argan con el rostro enjuto.

—El gran Autóctono y su reina Ábyla han sido asesinados. Una traidora batalla frenó su destino glorioso en las tierras de Lybia. ¡El niño Autóctono es rey!

—¿Qué? ¿Cómo es posible tal aberración? —se preguntó Argan.

—Todo está perdido en Lybia. Los lanceros que han sobrevivido cruzan el estrecho del Mar entre Tierras custodiando al niño rey. Temo que los hostiles les sigan y puedan fijar sus ojos y ambiciones en Atlas o Gadeira. Necesitamos refuerzos, favor con urgencia.

—¿Cómo podemos ayudar? Nos separa un mundo —expuso el rey Azaes.

No obtuvo respuesta.

Los soberanos atlantes se encontraban en silencio, atónitos ante la noticia. Las columnas de guerra de los reinos de Atlanta jamás habían conocido derrota alguna.

—En Gadeira quedó una compañía de lanceros. Si se diera el caso, ellos podrían ayudar al niño rey y frenar a los hostiles, salvaguardar nuestro honor —aseguró el rey Llanós.

—Quizás deberíamos volver —se atrevió a comentar el sabio Epolis.

—¿Volver? ¡Hoy batallamos contra los hijos de Atenea! Mañana cargaremos sus riquezas y regresaremos con gloria y urgencia —aseguró el rey Méstor.

—Todo podríamos perderlo por un día si los hostiles cruzan el Mar entre Tierras. ¿De qué nos vale el oro y la gloria de Atenas si saquean nuestros reinos en Atlanta? —preguntó Epolis.

—Mandemos a Tarss, mi bravo capitán, con sus columnas de guerra. Que hagan saber al niño rey que mis lanceros protegerán su vida y la Corona hasta nuestro regreso —aseguró Llanós.

—El pequeño Évenor nos espera en nuestro hogar, en Atlas. Regresemos ahora que podemos. Ya de glorias colmaron sus ambiciones tus reyes y súbditos —insistió Pyrene.

—Salgamos fuera —le dijo Argan, tomándola con delicadeza del brazo, y lanzó una escueta sonrisa al resto de soberanos.

—No es necesario que os la llevéis. Hija divina de Poseidón es y su mirada va más allá de la vida y la muerte. Dicha siempre nos auguró, mas hoy no. Que diga lo que tenga que decir ante nosotros —expuso el rey Azaes.

—En Lybia, los hostiles han vencido. Atlas y Gadeira pueden estar en peligro. Pyrene nos anuncia el mal y no olvidemos que un puñado de hombres salvajes han acabado aquí con nuestra avanzadilla. Es más que un presagio, es tiempo de regresar —insistió Epolis.

—No fue un puñado de hombres, sino un solo guerrero. Llegó con la lluvia, surgido de la oscuridad, con el trueno del prepotente Zeus —apuntó el explorador.

—¡Es él, ese guerrero! ¡El mal encarnado en hombre! —exclamó Pyrene.

—No digamos sandeces. Atenas está ahí, sus riquezas y la gloria de la victoria nos aguardan —expuso el rey Llanós, incrédulo ante lo que oía.

—Amado mío, por favor, escúchame: volvamos a casa —suplicó Pyrene hundiendo sus hermosos y tristes ojos en el corazón de Argan a la par que apretaba sus manos con las de él.

Argan trató de asimilar las palabras de su reina, sus temores. Ella siempre le aconsejaba bien. Además, la amaba sobre todas las cosas, por lo que nunca la contrariaba. Algo que sabía le iba a ser muy difícil en esta ocasión, más si tenía que enfrentarse al pensar de la mayoría de reyes de su Corte de Soberanos.

—Mi reina, adoras la paz y tu bondad no tiene precio. Pero nuestra causa es guiada por los dioses. Atenas caerá hoy mismo, acabaremos con su ejército, nos cubriremos de oro y podremos regresar a Atlas, con el pequeño Évenor —dijo Argan, tratando de rebajar la tensión que se estaba formando entre sus soberanos.

—¡No, escúchame! —exclamó Pyrene—. Poseidón busca castigo para los hijos de Atenea, pero también para vuestra ciega ambición. La codicia ha sacudido la moral de reyes nobles que ahora corren como alimañas tras las riquezas de otros pueblos. ¿No lo ves? Las sabias leyes que han regido la Corona se tambalean con esta empresa que solo busca oro y placeres manchados de sangre inocente.

Argan escuchó las palabras de Pyrene. Los demás miembros de la realeza esperaron con cierta expresión de malestar una reacción positiva por parte del rey de reyes, que no llegó.

—Esta empresa ha unido a los soberanos de Atlanta —replicó Llanós—. No debemos abandonar el glorioso camino hacia Atenas que nos une, sería una desilusión que ahondaría en nuestras diferencias y que el propio Poseidón rechazaría.

—¡No me escucháis! —exclamó Pyrene—. Debemos renunciar a esas riquezas que para nada necesitamos. Le he visto. El mal está aquí, entre los vivos y a todos matará. Nacido de la ira, es una bestia y como tal actúa. ¡Poseidón ha regresado a las profundidades de los océanos! Zeus, en cólera, ha liberado a su hijo maldito. ¡No lucharéis contra un ejército, sino contra la furia del mismísimo Ares, dios de guerras y males!

Argan quedó en silencio, dubitativo, al igual que toda la Corte.

—Poseidón no nos abandonaría de esta forma, a las puertas de Atenas —expuso Méstor.

—No lo ha hecho —aseguró Pyrene—. Te está avisando a través de mis palabras para que tomes el camino correcto: Atlanta. Mas tú te muestras sordo. ¡Todos os mostráis sordos! No debéis ir tras las riquezas de Atenas. Ofende al prepotente Zeus. La polis está bajo la protección de su hija Atenea, la divina de ojos de lechuza. Esta guerra debe terminar.

—Mi amada reina, son muchos años batallando. ¿Cómo decir ahora a mis soberanos que regresamos sin la gloria ni el oro de Atenas? ¿Cómo se lo dirán a sus hombres y a las familias de aquellos que murieron por la causa? —preguntó Argan alzando la voz con cierto desdén.

—Nada más he de decir, mi rey —contestó Pyrene, conmovida. Argan nunca le había levantado la voz. Y salió rápidamente de la carpa, conteniendo amargas lágrimas.

Argan anduvo remugando maldiciones hasta la gruesa tabla que hacía de mesa, se sirvió un gran vaso de vino y lo bebió de un golpe. Observó a cada uno de los reyes de la Corona de Atlanta que le acompañaban en la empresa militar y se postró en la entrada de la carpa.

Nadie hablaba, todos pensaban en las palabras de Pyrene y en el oro de Atenas.

—¡Reyes de Atlanta! La suerte de esta empresa tan importante ha de recaer en vosotros. Mi amada Pyrene es mi razón. Marcharé con las columnas de Atlas. Nada he de hacer en tierras de Ática si ofendo a mi reina y a los dioses que nos acompañan —expuso Argan.

Perplejos y sin querer comprender, la mayoría de los soberanos se quedaron boquiabiertos.

—¿Te vas? ¿Qué quieres decir? ¿Que temes a los aqueos? —preguntó Méstor.

—Mi querido rey Argan, no puedes llevarte las columnas de Atlas y pretender que continuemos con la empresa —susurró la reina Treita—. Forman la fuerza principal de nuestro glorioso ejército. Nos condenarías a la humillante derrota.

—No he llegado hasta aquí para volver con las manos vacías —indicó Llanós—. Marcha si es tu deseo, pero las columnas de Atlas han de quedarse. Si no puedes liderar nuestra causa, deberías renunciar a la corona que tan lustrosa permanece en tus sienes.

—Pyrene no miente nunca, en su corazón solo hay espacio para la bondad y el amor. Si ella dice que el mal acecha, que debemos marchar, es lo que debemos hacer para no ofender a los dioses —se hizo escuchar el sabio Epolis.

—No sucumbamos ante la cobardía —cruzó Llanós la mirada con Argan—. Debes decidir si regresas a Atlas como valeroso rey de reyes, con gloria y dicha, o como cobarde lacayo de tu reina, sin trono ni fortuna. Nosotros de gloria y oro nos cubriremos en Atenas. Y a nuestro regreso, las Cortes de Poseidón decidirán un rey de reyes digno de Atlanta y sus soberanos

Argan ladeó la cabeza. Sabía muy bien el alcance de aquellas palabras. Buscó una mirada cómplice y solo halló incerteza y dudas en el resto de la Corte.

—¡Vayamos pues, la suerte está decidida! —ordenó Argan.

En la tienda de Argan, de lustrosos decoros y cintas coloridas al viento, el rey de reyes preparaba sus armas ante la mirada triste de Pyrene que, sentada sobre un ancho lecho de pieles y suaves telas, observaba cada movimiento.

—Perdóname, mi amada reina. Espero que por esta vez no estés en lo cierto y si lo estás, si los dioses nos abandonan, que mi brazo y valor puedan brindarte una gran victoria.

—La gran victoria sería regresar, sin lucha ni batalla —respondió Pyrene.

—No puedo abandonar la empresa. Es abdicar a la Corona, perder cuanto tenemos. ¿Qué sería de nuestro hijo Évenor? ¿Lo has pensado? ¿Y de nosotros? —le dijo cruzando una mirada piadosa con la de ella.

—No vayas, los dioses proveerán —insistió Pyrene.

Argan se acercó y la besó con dulzura en los labios. No dijo nada. Ni él ni ella. Después se alejó unos pasos para ajustarse la coraza, donde destacaba la talla maestra de la testuz de un uro; se colgó su capa púrpura imperial, se calzó los protectores y se anudó las grebas. Finalmente, se enfundó en la cabeza su yelmo de reluciente bronce.

—Mañana iniciaremos la vuelta a Atlas. Esta será mi última batalla. Sé cuanto te desagrada la guerra, no volveré a batallar nunca si no es en defensa de los nuestros. Tienes mi palabra.

—No habrá mañana para nosotros —dijo Pyrene, seria como nunca la había visto.

Argan trató de ignorar aquellas palabras y se volvió, ante la negativa de Pyrene de regalarle una sonrisa. Y se acercó a la esterilla de salida. Pyrene se levantó y corrió a abrazarle, asiéndole por detrás, pegando su cuerpo al suyo en un cálido abrazo.

—No vayas —imploró.

Argan la tomó entre sus brazos, estrechándola con fuerza, respirando su aroma, su temor. La separó de él lentamente, colmando sus labios y mejillas de besos, y la miró a los ojos.

—Tengo que ir o nada seremos —aseguró y le dio un último beso. Tomó una lanza de fresno y salió de la tienda sin volver la cabeza.

Recorrió el camino, seguido por su guardia, y se acercó a su ejército, que en formación esperaba. Lo estudió todo por unos instantes y lanzando un potente grito de guerra, se mostró altivo y poderoso ante los demás soberanos, sus generales y lanceros. Tal cual se esperaba del rey de reyes de Atlanta. Y todos gritaron al aire, con las picas y escudos en alto.

CAPÍTULO 3 · LA AMBICIÓN DE UN IMPERIO

La tierra tembló ante el avance de miles de lanceros por aquel inmenso valle rodeado de bosques. El entrechocar de los escudos contra las lanzas tronaba, encogiendo los corazones de los aqueos. Los soldados de Atenas, situados frente a aquel poderoso ejército invasor, se veían impotentes, temerosos tras sus escudos, y retrocedían lentamente.

Finalmente, un grito resonó en el cielo y en alma de cada combatiente en aquella mañana que la Corona de Atlanta quiso ser más que imperio en el corazón de Ática. Mientras, la reina Pyrene lloraba sin parar en el lecho viéndose ignorada por primera vez en su vida por su amado, temerosa de las desgracias que había visto en sus sueños y que daba por ciertas.

El tremendo choque sacudió el valle, tiñendo el verde de espeso rojo. Miles de astas saltaron en pedazos, arrancando entrañas y mutilando vidas en aquella macabra orgía de sangre provocada por hachas, espadas y lanzas. Tras la feroz embestida, los aqueos comenzaron una penosa huida entre discontinuos enfrentamientos que retrasaban la ansiada victoria.

Los atlantes, sabiéndose superiores, avanzaron soberbios. Al frente de ellos sus altivos reyes y generales. Ninguno quería quedarse atrás en la gloriosa carrera que les llevaba hasta el corazón de la mismísima Atenas. Un botín sin igual esperaba. Nada podría impedir que, con el nuevo día, amanecieran como dueños de la más rica e influyente de las polis de Ática.

El ejército aqueo se desplomó por completo en su centro y comenzó a retirarse hacia los lados. Los atlantes abrieron sus columnas conforme ahondaban entre las filas enemigas por un corredor que parecía hecho para ellos.

—¡Están huyendo! —apuntó Evemo, adentrándose junto con Mneseo y Diáprepes.

—No, creo que no están huyendo —expuso Azaes, taimado ante lo que veía—. Parece que quieran rodearnos. Pero no son suficientes. ¿Qué pretenden?

—No me gusta. Impidamos su maniobra. Sea cual sea, seguro que no nos beneficia. ¡Que retroceda nuestro frente, rápido! ¡Asegurad los flancos! —ordenó Argan.

—¿Retroceder? ¡No! ¡Acabemos con ellos de una vez! ¡Victoria! —exclamó Evemo desobedeciendo y avanzó rápido a través del valle junto a los demás soberanos y sus lanceros, acelerando la batalla y corriendo a ciegas tras la consabida victoria.

Una tremenda maza se estrelló en el rostro del rey Evemo hundiéndole la nariz, las cuencas oculares y la frente, ahogando su vida en un pozo negro. Ares, melena y capa al viento, con los ojos entrecerrados, liberó un gruñido tranquilo. Como si aquello hubiera sido una señal, los aqueos cesaron en su huída y se revolvieron, tomando posiciones.

Una gran algarabía de pájaros surgió del inmenso bosque que rodeaba el valle.

—No —murmuró Argan alzando la vista ante la espantada.

Miles de guerreros aqueos bien pertrechados comenzaron a surgir desde los bosques que les bordeaban, de ambas lomas. En la retaguardia atlante, cerrando la salida del valle, aparecieron cientos de hombres salvajes clamando al cielo venganza. Frente a los lanceros del rey Argan, comenzaron a retumbar con fuerza los tambores y en tres oleadas diferentes fueron formando ante ellos los soldados de Atenas.

En la cabeza del inesperado ejército, en un carro de batalla tirado por seis hermosos caballos blancos cubiertos de resplandecientes mallas, se mostró el rey Cécrope de Atenas. Un anciano tan antiguo como la vida, que según dichos y acólitos era el primer hombre autóctono, el nacido de la Tierra antes de que todo fuera. El monarca estudió con tranquilidad el campo de batalla desde el trono que ensamblaba la carrocería. Vestía una corona de laurel encintada en argéntea y oro, y un hermoso visón cubría de largo sus pies ocultos por siempre, alimentando las leyendas que le consideraban un dios con cuerpo de serpiente desde el vientre a los pies.

El ejército atlante se hallaba rodeado, sin salida alguna.

Argan bajó la cabeza, cerrando los ojos y pensó en su amada reina.

Pyrene se alzó llorando y encogió su alma con un grito de pánico. En su mente, una sola visión todo lo salpicaba de horror y a su lado, paseaba la Parca buscando su mano. Dos mujeres muy jóvenes, de encorvada y sombreada figura, cubiertas por largas capas y capuchas, alzaron la esterilla de la tienda y entraron con una sonrisa pérfida.

—¡Hécate! ¡Némesis! —exclamó Pyrene.

Sin argumentar palabra, las dos jóvenes se dirigieron hacia Pyrene puñal en mano.

Todos los hombres, jóvenes y ancianos, soldados y campesinos, de Ática se congregaban en las colinas que circundaban el valle para detener el insultante avance de los atlantes, apoyados por los clanes que habían tenido que huir de la Camarga y Tirrena. Miles de lanceros de Argos,

Ftia, Delfos, Micenas y de tantas otras polis mostraban con orgullo y ganas sus afiladas armas. El ejército del rey Argan se encontró rodeado ante una fuerza que les duplicaba en número y que rugía feroz presta para el combate.

La victoria se hizo ruina. Los lanceros atlantes fueron retrocediendo ante una lucha terrible, donde solo la huida a través del punto más débil de la contraofensiva desatada, localizada entre los hombres salvajes, parecía otorgarles alguna opción ante la muerte cierta.

—Hemos mordido un cebo. Ocultaron en el bosque la realidad de su ejército y nos han atraído hasta el interior del valle para rodearnos —aseguró Argan sobre su carro de guerra—. Se mostraron débiles, mas no lo son. ¿Cómo hemos podido caer en semejante burla?

—Debemos regresar al campamento, recoger lo que podamos y huir —contestó Azaes, que a su lado marchaba.

Argan retrocedió, atónito ante el giro inesperado de la contienda. La tenaza se cerraba cada vez más sobre ellos, a pesar de la encarnizada resistencia que ofrecían sus columnas de guerra.

—Debí escuchar a mi reina, sus palabras anunciaban este horror —murmuró cerrando los ojos con resignación.

—Lo hicimos. Pero pudo más la ambición y la codicia que la razón y la prudencia. Debemos salir de aquí antes de que todos nuestros hombres sean sacrificados para gloria del prepotente Zeus —asintió el sabio Epolis.

—¡Por todos los dioses, que se reagrupen las columnas! ¡Atrás, atrás! Debemos esquivar la tumba que nos han preparado en este día. ¡A la retaguardia! —ordenó Argan.

Su ejército obedeció de inmediato, replegándose sobre sí mismo e iniciando un retroceso ordenado, tratando de mantener una formación que les salvara de la furia desatada sobre ellos. La estrategia funcionó al centrar todo el poder de su ataque en un solo punto, los hombres salvajes. Lograron romper el cerco y hallar un camino de huida a pesar del acoso en los demás frentes.

—Mi señor, se ve fuego. ¡El campamento está siendo atacado! —gritó uno de los capitanes.

—¡Pyrene! —exclamó Argan con un tremendo nudo en la garganta.

Y corrió, olvidando la huida orquestada. Le siguieron reyes y generales.

Un grave error que permitió a los aqueos avanzar sin temer ofensiva, machacando sin piedad. Sin mando, la formación Atlante se rompió. Miles de lanceros corrieron desprendiéndose de los yelmos y petos de bronce para acelerar sus pasos. Un estallido de voces eufóricas tras ellos les imprimía velocidad en la carrera y les recordaba la amarga derrota. Sus corazones desbocados buscaban las sendas del campamento, una tregua que les permitiera huir de la carnicería en que se había transformado la prometida victoria. Pero las llamas que alcanzaban el cielo y el humo que recorría las copas de los árboles les indicaba que la batalla no había terminado.

Argan y los suyos llegaron al campamento con las armas prestas para el combate. Cientos de hombres salvajes estaban desvalijándolo. Lancearon a los que pudieron. Los demás huyeron, no lejos, esperando la llegada del ejército aqueo. Los atlantes cargaron cuantos carros pudieron y partieron rápidamente dejando enseres, heridos y víveres al desdén enemigo.

—¡Pyrene! —gritó Argan con voz desgarrada, entrando en su tienda.

Todo estaba saqueado, nada se hallaba en pie; y enmudeció al ver a su reina tendida sobre el suelo, gimiendo levemente con la mano sobre la herida, junto a la daga que la mataba.

—Argan, ¿eres tú, mi amor? —murmuró ella.

—¡Mi reina! ¡No!

Corrió a socorrerla cuando dos hombres armados entraron en la tienda tras él y se le echaron encima. Al primero lo mató de un cabezazo brutal, al segundo lo traspasó con la espada. Dando un terrible grito de rabia, soltó el bronce y tomó en sus brazos a Pyrene.

Argan ladeó de un manotazo la esterilla y salió con Pyrene en brazos, manchado de sangre todo su ser, toda su alma. El sol brillante reflejó en su cara. Se vio rodeado de docenas de soldados aqueos que llegaban hasta él. Los clanes salvajes habían regresado para seguir con el saqueo, asesinando a los heridos que quedaban gimiendo sin más opción que morir. Tragó saliva, cerró los ojos y apretó el cuerpo de su amada contra él.

—Piedad para mi reina —suplicó y esperó la muerte digna, gallardo, sin soltar a su esposa.

Nada pasó. Un murmullo de voces le acompañó en la espera hasta que abrió los ojos. Los aqueos le ignoraban, como si allí no estuviera. Se dedicaban a revisar el campamento, a expulsar a los hombres salvajes, a recolectar las armas y el bronce.

Ante él, Ares observaba serio. Guardó la maza en las trinchas que portaba en su espalda, sujetando donde nace el cuello, y se dirigió hacia el rey Argan.

—¿Vivirá? —preguntó.

—No creo —respondió Argan, tras unos momentos de indecisión.

—Es muy hermosa. Sin duda, no merecía esta suerte —aseguró Ares y se acercó para acariciar suavemente las mejillas de Pyrene.

Argan retrocedió un poco, separándose de aquel guerrero de aspecto salvaje; perplejo ante su musculado cuerpo marcado por decenas de cicatrices y la sangre derramada, y por aquella caricia tan noble y delicada.

Pyrene abrió un poco los ojos y al verle, suspiró con un exiguo llanto.

—Les advertí. No me escucharon. Ares, azote de mortales, escucha estas, mis palabras: yo, la reina Pyrene, hija del mismísimo Poseidón, a las puertas del Olimpo, te invoco piedad para mi noble rey Argan —alcanzó a suplicar.

Ares la observó detenidamente, estudiando cada rincón de su ser, sintiendo en su interior la desolación de la gran pena que embargaba a la mujer, y gruñó levemente.

—Márchate con tu reina —dijo con su voz ronca.

Argan comenzó a andar con su esposa en brazos. Pasó ante Ares, sin que este dejara de estudiarles como si se tratara de un león hambriento que deja huir a una gacela herida.

—¿Eres en verdad hijo de Zeus? —preguntó Argan.

Ares le ignoró y volvió la cabeza al fondo del valle. A lo lejos se veía la figura del enorme carro que portaba el trono del rey Cécrope, seguido su corte de generales.

—Marcha con tu reina, que divina es y merece la gloria del Olimpo, antes de que lleguen reyes y generales y en carroña de perros conviertan sus carnes —le ordenó Ares.

Argan asintió y se apresuró, alejándose de los soldados que todo revisaban, entre miradas de odio y pena; viendo a los suyos muertos o agonizando ante una muerte que llegaba inminente con el golpe seco del bronce. En la distancia, volvió la cabeza. Con un melancólico gemido, observó los restos dispersos de lo que había sido el grandioso campamento de los soberanos de Atlanta. En su desmedida y sangrienta ambición de ser más que imperio, ahora nada eran.

***

Argan anduvo sacando fuerzas de la desesperación, con su amada en los brazos. Cruzó barrancos, valles y bosques siempre hacia el oeste, llorando entre dientes y siguiendo la caída del sol. Cada vez que caía, de rodillas, agotado, abrazaba a su reina y se levantaba para continuar. Temía ser presa de aquella furia que ellos mismo habían desatado y con cada paso, no cesaba de rogar a los dioses por la vida de Pyrene.

Anocheció y una llama en la oscuridad le llevó hacia el sabio Epolis y varios de sus lanceros que, descansando de la huída, en cuanto le vieron llegar al pequeño campamento que habían improvisado, corrieron a socorrerle.

—Ocultad la llama de esa hoguera o nos localizarán. Debemos seguir, nos siguen de cerca —les ordenó Argan, apenas les vio llegar.

—Mi reina, ¡está herida! —exclamó Epolis.

—Grave es, mi buen amigo —sollozó Argan, acomodando a Pyrene entre gruesas pieles.

Epolis trató de sacar la daga.

—No puedo —levantó la cabeza—. Es como si retuvieran la hoja desde dentro.

—¿Qué se puede hacer? —preguntó Argan.

—Taponaremos la herida, hemos de evitar que siga sangrando. Trataremos de inmovilizar la daga, hasta que lleguemos a un lugar donde podamos extraérsela con precisión.

Con jirones de sus vestimentas, Epolis taponó la herida alrededor de la daga y mandó hervir numerosas telas. A su vez, construyó una camilla con las astas de varias lanzas, usando pieles como lecho. Así trasladaron a Pyrene, abstraída en su agonía. Y se alejaron tan rápido como pudieron, escuchando de fondo la algarabía lejana de los guerreros aqueos.

Siguiendo el rastro de los demás atlantes que huían hacia Tirrena, fueron congregándose un buen número de lanceros y carros mal pertrechados que había logrado huir de la furia aquea. Los suficientes para repeler un ataque de hombres salvajes, aunque nada eran ante el ejército que les perseguía. Llegada la noche del segundo día, frenaron en su huida. Argan ordenó descansar a sus lanceros, atender a los heridos y cargar los carros con agua de los manantiales. En su cara, la amarga expresión de la derrota; en su corazón, el terrible sufrimiento por su amor. Pyrene yacía recostada de lado, entre sollozos, aguantando aquel dolor que la mataba poco a poco.

—Poseidón te mantiene con vida. Yo te sacaré el bronce, sanarás mi amada reina —le dijo Argan y tiró suavemente.

Pero la daga no cedía.

De pronto, un golpe de sangre salpicó su cara y la mano de Pyrene paró su voluntad.

—Si lo haces, moriré en unos instantes. No es una daga cualquiera, no busca mi cuerpo. Las harpías la hundieron buscando mi alma. No hay remedio ni esperanza, en cuanto la hoja abandone mi cuerpo, robará mi vida —murmuró Pyrene apretando los dientes.

—En Atlas disponemos de grandes médicos, ellos te salvarán. Los dioses dispusieron que así fuera al permitirnos vivir en estos horribles días —argumentó Argan sin perder la esperanza.

—Tenemos que aprovisionarnos y salir cuanto antes, no podemos permanecer por mucho tiempo más aquí. Los aqueos han parado, debemos sacarles distancia. Solo así lograremos llegar a nuestros dominios —advirtió el rey Llanós, acercándose hasta ellos para alegría de Argan.

—Te veo a ti, Llanós, y al buen Azaes. Pero ¿y los demás reyes?

—Creo que solo nosotros vivimos. Dimos por perdida la batalla y supimos huir antes de ser muertos —contestó con vergüenza Azaes.

—Han muerto —sentenció Llanós—. Evemo fue el primero en caer. Fueron domados por ese colosal guerrero de largos cabellos negros y una gran maza por arma.

Argan pensó de inmediato en el hombre que había permitido su huída.

—Ese guerrero es una insaciable bestia. Un dios es. Así lo exclaman los aqueos, así lo dicen nuestros lanceros. Hijo del prepotente Zeus, Ares le llamaban —afirmó Azaes.

—¡Aquí, hermanos atlantes! —se alzó la voz del rey Méstor que, acompañado de su reina Treita, se acercaba seguido por una pequeña columna de lanceros.

—¡Méstor, Treita! ¡Por todos los dioses! ¡Celebro hallaros con vida! —exclamó Argan.

—¿Cómo lograsteis escapar al cerco de los aqueos? —preguntó Llanós, sorprendido.

—No fui a la batalla a causa de mis dolores de espalda, mi pierna apenas me dejaba andar. Mi reina y guardia me llevaron a las aguas del río para desentumecerlas. Tan solo por ello pudimos escapar. Pero ¿cómo está nuestra divina reina? Me han dicho que sufre.

Argan le miró sin creer palabra alguna, sabía de su valentía de boca y su cobardía de hecho. Pero no le recriminó nada. En aquel triste momento, se alegró de que con vida se hallaran.

—Mal está, mas tengo fe en que salve su vida —contestó Argan.

—¿Un dios? ¿Oí bien? —preguntó una Treita arruinada.

—Los dioses no interceden en causas humanas, no deberían —aseguró el sabio Epolis.

—Los dioses no son sino quimeras del que no sabe, del que todo teme. ¿Dónde está Poseidón que en tan señalado día nos abandona? —replicó Argan.

—Yo vi a ese guerrero de cerca, mientras destrozaba cuerpos a golpe de maza. La Parca le acompañaba excitada como una perra, pues era el que más almas le entregaba. Es un dios. ¿Cómo si no mató a cientos de los nuestros? ¿Quién lleva a la Parca por compañera? —expuso Llanós.

—Con nosotros han llegado algunos hombres rezagados de la batalla. Afirman que son muchos los aqueos que regresan a sus hogares. Nos persigue una columna de unos mil guerreros. Estamos mal, pero creo que unos cuantos estamos preparados para combatir —expuso Méstor, tratando de ser valiente.

—Éramos miles… ¡Miles! —murmuró Azaes.

—¿Qué insinúas? —preguntó Argan.

—Podríamos regresar y envolverles. No nos esperan, podríamos recuperar víveres y armas, sus carros y caballos.

—¡No! —exclamó Pyrene tumbada en su lecho, abriendo levemente los ojos.

—¡Pyrene! —se sorprendieron todos.

—Argan, mi amado rey, escúchame: alza el campamento sin más demora y dirígete hacia los pasos de las Sagradas Montañas, solo así podrás obtener paz para tus hombres. Ya puedo notar el viento helado de las tierras del Norte. Hay que cruzar los pasos antes de que caigan las nieves, de lo contrario quedaremos atrapados por el hielo y nadie sobrevivirá a la ira de Ares. Y esta vez no tendrá piedad. Nunca la tuvo y si hoy vives es porque a su divina madre Hera le recordé —comentó Pyrene antes de volver a quedar inconsciente.

—Pyrene, mi amada, despierta —sollozó Argan.

—Déjala descansar, necesita de paz —solicitó el sabio Epolis con tacto.

—Que todos los hombres revisen sus pertenencias. Esos carros los quiero en marcha,

cargados de agua. Pyrene quiere que continuemos y así lo haremos. No hay más que discutir. Honrarla y escuchar sus palabras debimos hacer en su momento. Regresaríamos todos con vida, alegres y con honores. No como ahora, mermados, sin gloria y perseguidos como ladrones.

Nadie argumentó nada ni se opuso.

La columna atlante inició de nuevo su penoso repliegue esa misma noche. Durante días recorrió las sendas que les llevaban a Occidente. En su avance, las temperaturas descendieron vertiginosamente; un frío desconocido se hizo notar conforme el viento se alzaba con ráfagas huracanadas. La escarcha y el hielo crujía en el camino y comenzó a aparecer la nieve, incluso ya atravesadas las altas montañas de los Alps, en las tierras bajas de la Camarga.

—¿Cómo es esto? —se preguntó el sabio Epolis y extendió su mano ante los copos helados que caían—. Estamos en tiempo de sol, de golondrinas y cigüeñas. No debería nevar.

—Mi amada Pyrene, flor de toda primavera, se muere. Es lo que ocurre —murmuró Argan desde el fondo de su corazón.

CAPÍTULO 4 · RATÓN

Entre los elevados pasos de las montañas de Alps, en las fronteras de Occidente, los aqueos, victoriosos en la gran batalla, descansaban a salvo de la nevada bajo grandes abetos, junto a las hogueras que calentaban sus cuerpos y hacían brillar sus ojos cansados pero satisfechos.

Marcial estudiaba el valle que se abría ante ellos y más allá, los extensos bosques de la vieja Europa; un mundo desconocido. Se trataba de un general ateniense implacable; un hombre maduro de pelo cano y ojos colmados de sabiduría adquirida en batalla. De ancho torso cubierto de bronce, se movía cubierto por una larga capa rojiza. En su cabeza mostraba un yelmo de colmillos de jabalí, galardonado con crines de león que abundaban cubriéndole el cuello. Comandante de aquel ejército, se preciaba en contar con la estima absoluta del rey Cécrope. Hábil militar, seguía los pasos de la precipitada huida del rey Argan y los lanceros atlantes. No tenía prisa, su fin no era alcanzarles, ni vencerles. Eso ya lo había hecho.

—Apenas nos distancia de los humillados una jornada. Quizá es hora de acabar con esta cacería y regresar —apuntó Prometeo, un joven capitán de largo cuerpo y barba rasa. Natural de Atenas, era hermoso y soberbio por naturaleza y disponía de mala fama como soldado, pues se le suponían valores y rango solo por ser el hermano menor del rey Cécrope.

—No, mejor que huyan. Dejemos que corran, su rastro de bronce y cadáveres nos llevará hasta su guarida —expuso Marcial con una sonrisa—. Conoceremos bien a los hijos de Poseidón.

Sigamos apretando para que no hallen resuello. Pero hay que aligerar un poco la presión para que tengan esperanzas, no sea que sospechen y se tuerzan en su camino.

—Comprendo —asintió Prometeo, deseoso de aprender todo el saber en el arte de la guerra que Marcial acumulaba tras décadas de gloriosas batallas sin conocer derrota.

—Mi señor, un correo de Atenas —expuso el oficial de la guardia, acercándose.

Marcial alzó una ceja y acto seguido, como esperando las nuevas acontecidas, estiró el mentón estudiando al joven soldado que, atlético y cansado, portaba el correo.

—Nuestro señor, el rey Cécrope, ordena el regreso inmediato de sus gloriosos lanceros, así como del ilustre general Marcial —aseguró el mensajero, recobrando el resuello.

—¿Sabes algo? —le preguntó Marcial, sorprendido por la premura.

—Solo que gran revuelo hay en la Corte Real tras la visita de la Pitia, amante de Apolo y dueña de la profecía. Creo que nuestro muy amado rey os espera para encomendaros una misión de gran trascendencia, sobre la cual no cabe duda ni demora.

—Perderemos el rastro de los hijos de Poseidón —aseguró Marcial, disconforme.

—¿Algún mensaje que trasladar a nuestro muy amado rey? —preguntó el mensajero.

—No —contestó Marcial, malhumorado.

—Puedes regresar tranquilo a la gloriosa Atenas, mi general. Yo seguiré a los atlantes hasta su cubil —expuso Prometeo, observando alejarse al mensajero.

—No, me acompañarás —respondió Marcial.

—Pero…

—No repliques mis órdenes. Tu hermano me arrancaría la cabeza si te dejara solo en estas tierras salvajes. Muy intrigado me tiene tanta urgencia. Que una patrulla continúe la persecución del enemigo. ¡Pero que no actúen! Solo han de observar. Dicen que los atlantes habitan polis cubiertas de metales preciosos, al otro extremo del mundo. Debemos saber dónde hallarles y conocer sus fuerzas y gentes. Quizá un día Zeus disponga que sean nuestros sus territorios.

—Avisaré a los capitanes Eolo e Ícario. Son grandes aventureros, precavidos, y les dictaré tus deseos. Les proporcionaré armas, víveres y los mejores lanceros para que a todo puedan enfrentarse y regresar a Atenas con respuestas. Y carros, para que aceleren su paso.

—Nuestros capitanes no precisan armas ni otros lances. Será mejor si pasan desapercibidos como hombres salvajes, leñadores ellos o mejor como cazadores de pieles. Nada de carros ni caballos; que marchen con una vieja mula, que sean discretos. No quiero temidos soldados, sino cautos espías. No hay prisa, que dispongan del tiempo que precisen. Sin más apoyo, solo así podrán llegar hasta el corazón de Atlanta y regresar con vida.

—Así se hará —asintió Prometeo, asombrado de la audacia y saber de su general.

De pronto, a veinte pies, pasó corriendo un muchacho, el cual, gimiendo su miedo, descalzo y desnudo, cubría sus vergüenzas con un trapo entre las manos. Tras él un grupo de soldados le seguían riendo, mientras otros le zarandeaban a su paso con las astas de sus lanzas.

—¿Y eso? —preguntó Marcial alzando el entrecejo.

—Siguen llegando atlantes rezagados buscando clemencia y comida; otros aparecen sin destino cierto, perdidos o heridos. Aún quedan muchos hombres desperdigados por los bosques.

—Asegúrate de que los prisioneros sean tratados como se merecen.

—Así se hace, mi general. Tras ser interrogados son inmediatamente decapitados. Solo conservamos la vida de posibles esclavos de valía para el mercado o la milicia.

Marcial asintió levemente.

Tratando de dejar atrás el grupo de lanceros que le acosaba, el joven Ganímedes corría desnudo a través del campamento aqueo con grandes lágrimas en sus ojos, aturdido su cuerpo y mente por los numerosos abusos y golpes recibidos. En su loca carrera chocaba con soldados que le empujaban entre risas y sudores. Finalmente, cayó extenuado y se rindió al cruel destino que le esperaba: carne para la soldadesca y solo quizá, esclavo de por vida.

Al oír llegar a sus perseguidores levantó la vista y vio un pequeño cuchillo de cocina y un trozo de pan descuidado junto a una hoguera. Pensó en morir, pero no solo y lo tomó con una mano. Trató de levantarse con las piernas temblando y dio un pequeño grito de rabia, salpicando el aire con la sangre que manaba de su nariz y manchaba sus labios. Logró dar cuatro pasos antes de caer hacia atrás presa del agotamiento, y rodó hasta chocar con unas musculosas piernas. Con los ojos entreabiertos, trató de guarecerse tras ellas instintivamente, inocentemente.

Los soldados pararon en su persecución y alzaron sus rostros, precavidos.

—¡Atrás! —gritó Ganímedes esgrimiendo el pequeño cuchillo, asido entre aquellas fuertes piernas como si fueran robustos troncos donde ocultarse.

Ares bajó la cabeza para observar cómo aquel crío, desnudo y de cuclillas bajo sus muslos, amenazaba con la ridícula hoja de bronce a los soldados. Y gruñó levemente.

—Mi señor, ese joven sarasa de placeres es un atlante. Debemos llevarle con los demás prisioneros, con los esclavos —aseguró uno de los soldados.

Una mirada de Ares, seguida de otro gruñido, bastó para que los soldados se alejarán sin añadir palabra alguna. Ganímedes alzó la cabeza, tragando saliva, y soltó el pequeño cuchillo al cruzar su mirada con los ojos atormentados de aquel enorme guerrero, el cual le observó por un momento y continuó su camino. El joven se irguió y se colocó tras él, apenas a un pie, ocultando

sus vergüenzas con aquel trapo. Comprendió muy rápido que si se hallaba lo bastante cerca de aquel salvaje guerrero, nadie le molestaría.

Guerrero y erómeno cruzaron el campamento hasta llegar a una tienda de campaña, que se encontraba un tanto descuidada y sucia. Estaba separada de las demás, bajo un árbol de ancha copa, y frente a ella permanecían los troncos de una hoguera sin prender.

Ares escudriñó su entorno y se fijó de nuevo en el muchacho, el cual y sin saber cómo reaccionar, le sonrió tímidamente.

—¿Eres hombre o ratón? —preguntó Ares.

—Hombre —contestó Ganímedes.

—Bajo mis piernas parecías un ratón.

—Muchas eran las alimañas que me acechaban.

El salvaje guerrero se deshizo de su capa, mostrando su ancho torso, sus cicatrices, ante la atónita cara del joven. Acto seguido se desprendió de la enorme maza que colgaba en la argolla de sus trinchas de cuero, en la espalda, y la apoyó contra el tronco del árbol.

—Las alimañas ya no están, debes marchar —le contestó y dobló la capa.

Acto seguido, tomó su maza y penetró en la tienda de campaña. Alzó un cántaro de barro y bebió un trago bien largo del dulce vino que almacenaba. Eructó y sin más, se dejó caer sobre un estrecho lecho montado con lana de oveja y pieles de uro.

Un chasquido despertó a Ares y el suave crepitar de las llamas avivó su curiosidad. Se levantó con un bostezo y alzó la esterilla de la tienda. Ganímedes se encontraba aún allí. Había encendido la hoguera y permanecía junto a ella. El guerrero salió de la tienda y se le acercó.

—Yo nunca enciendo la hoguera en la noche —aseguró con su voz ronca.

—Lo sé: podrías convertirte en el blanco de un ataque. Tu tienda está demasiado alejada de las demás, sería propicio. Pero hoy sois victorioso, no hay enemigo. Los míos, lo que aún viven, huyen despavoridos. Además yo vigilaré. ¡No temas dormir! —exclamó Ganímedes.

Ares le observó ciertamente sorprendido por aquella respuesta.

—¿Qué sabes tú de enemigos si apenas te crece pelo en la barbilla?

—Ya tengo catorce años, señor. Sabedor de batallas y guerras soy, pues mi rey Llanós me enseñó mucho. Él cuidaba de mí. Ahora ni tan siquiera sé si vive, ni qué fue de los míos.

—¿Cuál es tu nombre?

—Ganímedes, señor. Podría ocuparme de sus armas, de la tienda, de su comida, del fuego, de vigilar… Y de colmaros de placeres, mis masajes son reclamados por reyes y generales —le contestó y se mordió levemente el labio inferior.

—También te enseñó a ello ese rey.

—Sí.

—Apaga el fuego y márchate —insistió Ares y volvió a entrar a la tienda.

Bajó la esterilla, se sirvió otro a largo trago de vino, eructó potente y se tumbó.

***

La esterilla se alzó de pronto y la luz matinal del sol profundizó en la tienda de campaña de Ares, iluminando su rostro.

—¡Señor! ¡Despertad, es tarde y se avecina una gran tormenta! —le exclamó Ganímedes, sacándole de sus profundos sueños—. Oh, cómo huele aquí —murmuró el joven, venteándose la nariz con la mano.

El divino guerrero abrió un solo ojo y lo dirigió en busca de su enorme maza. Aquel molesto joven iba a morir ya mismo. Y estiró su mano hasta la terrible arma.

—El general Marcial y su ejército han marchado, nadie queda —aseguró el muchacho—. Pero antes de que se fueran logré robar algo de carne y unos huevos, y pan con pasas. Caliente espera el almuerzo que preparé para vencer vuestra hambre, que seguro voraz es.

Ares soltó su maza lentamente y, de un salto, salió de la tienda.

—¿Se han ido? ¿Huevos, carne, pan con pasas? —preguntó mientras estudiaba su entorno.

—Sí, se fueron muy temprano. El sol aún tardó lo suyo en salir —respondió Ganímedes—. ¿No le gusta la pitanza a mi señor?

Ares no dijo nada, solo observó un tanto incrédulo la perdiz que se cocinaba en un cazo, al calor de la brasa, y los huevos revueltos que permanecían en un pequeño cuenco. Hacía tiempo que solo se alimentaba de salvajina ahumada, sopa de legumbres y mendrugos duros. También pudo comprobar que todos su pertrechos habían sido ordenados, limpiados y preparados para la marcha a lomos de un caballo y una mula. Solo faltaba desmontar la tienda de campaña.

—Regresan a Atenas, así lo dijo un capitán de larga figura —aseguró el joven—. El rey Cécrope lo exigía con premura, una gran empresa han de realizar.

—Tienes buen oído, cocinas bien y trabajas en silencio. ¿Cuál era tu nombre? —preguntó Ares, percatándose del buen estado del joven y de sus vestimentas, apropiadas para el frío y dignas del mejor efebo de una corte. Sin duda había sacado tiempo durante la noche para asearse, pensar y robar todo antes de preparar el desayuno.

—Ganímedes es, mi señor.

—Te llamaré Ratón, es un nombre más acorde con tus cualidades.

El joven sonrió viéndose aceptado, a la vez que servía aquel desayuno digno de reyes.

Mientras Ares tragaba la pitanza, sacó el yelmo y demás artes de guerra de la tienda y comenzó a desmontarla. Después terminó de cargarlo todo en la mula, incluso el escudo y la larga lanza.

—Me gusta esta carne, sabe diferente —dijo Ares.

—Cociné la perdiz con un buen chorro de vino, laurel y tomillo, mi señor —contestó Ganímedes, sintiéndose alagado por aquel hermoso guerrero.

Luego se acercó y comenzó a acariciar la ancha espalda de Ares.

—¿Necesita mi señor relajarse antes de partir? Un buen masaje en la mañana desata los músculos y podrás vaciarte en mí.

Ares gruñó y se levantó. Con la palma abierta golpeó al muchacho en la cara, sin apenas fuerza; lo suficiente para que saliera despedido por varios pies, rodando por el suelo.

—No eres mi erómedo, ni mi efebo de placeres… Ni mi esclavo. Mis cicatrices solo las acarician hermosas mujeres y el afilado bronce. Ahora, Ratón, márchate. Libre eres.

Sin más, Ares montó en el caballo y comenzó su trote, tirando de la mula. Atrás quedó el joven Ganímedes, tartamudeando en el suelo con cinco dedos marcados en la cara.

CAPÍTULO 5 · LA NINFA DEL BOSQUE

El crepúsculo del tercer día de marcha se abatía sobre la montaña cuando Ares observó ante sí, en la distancia, las tropas de Marcial. Permanecían acampadas y grandes hogueras iluminaban el trasiego ante la noche. Volvió la vista a su retaguardia. A lo lejos, una pequeña hoguera centelleaba en la oscuridad. Alzó la cabeza al cielo y lo vio nublado, el viento congelaba sus cabellos y la nieve caía cada vez más espesa. Avanzó sin cuidado alguno, buscando resguardo, dejando claras huellas al pisar nieve y quebrar ramas. En su camino vio una caverna poco profunda. Anudó las caballerizas a un abeto, se adentró y se fijó en los rastros de una hoguera. No hacía mucho tiempo que había dado calor, tan solo un día. Junto a la pared del interior habían restos de lo que había sido un lecho de ramas y hojas, y un agradable aroma a jazmín. Alzó su ceja y volvió la vista, estudiando todo. Se cubrió con la capa, tomó tan solo su larga lanza y comenzó a marchar hacia el campamento aqueo, dejando todo allí, a buen resguardo.

Una mirada atenta de ojos verdes le vio alejarse y alzó su hermoso rostro de mujer cubierto con abundante piel de oso, tras las ramas del abeto donde permanecía oculto un caballo negro de tez manchada de blanco. Le observó detenidamente, acariciando la quijada del equino con una mano, mientras con la otra relajaba el bronce de su espada.

Al día siguiente, helado de frío y siguiendo los rastros de Ares, el joven Ganímedes, armado con un tosco venablo que se había trabajado, llegó hasta la caverna. Allí, para su sorpresa, encontró los caballos y la carga, con las pieles, la tienda y los víveres; y abundante leña.

—¡Ares! ¡Mi señor! —gritó por tres veces sin hallar respuesta y se sentó comprendiendo que no regresaría. Un guerrero de taimada astucia como Ares, que no encendía fuego en la fría noche para no delatar su situación, nunca dejaría un rastro tan claro para que nadie pudiera seguirle —Lo ha dejado todo para mí —murmuró feliz.

Con evidentes muestras de alegría, descargó de la mula la tienda y las pieles, así como algunos víveres. Y comió desesperadamente algo de salvajina. Tras cebarse y descansar unos momentos, prendió fuego, no con mucha llama, aunque en aquella oculta caverna del bosque apenas se apreciaba a ojos extraños. Pronto, Ganímedes había levantado un pequeño hogar, reconfortante y caliente donde pasar la noche. Y por primera vez, se fijó en el lecho que cubría el suelo en un rincón, dándole su importancia. Ese aroma le indicaba bien cierto que Ares no había dormido allí. Rápidamente se volvió y escudriñó los alrededores.

Y vio una sombra cruzar en el claroscuro del bosque.

—¿Quién anda ahí? —preguntó temeroso.

No obtuvo respuesta.

Tomó una rama hecha antorcha y salió entre temblores, decidido a espantar lo que fuera. Una fuerte ventisca apagó la llama y le hizo retroceder hasta la hoguera. Escuchó una suave voz, un susurro que recorría las copas de los árboles, y corrió a ocultarse dentro de la tienda. Permaneció en ella acurrucado, como si dentro se hallara seguro de cuanto aconteciera en el exterior. Pronto notó la presencia de una persona que andaba en la caverna, trajinando en la hoguera. Tragó saliva y buscó en el interior de la tienda algo para defenderse. Nada halló, su tosco venablo había quedado fuera.

—¿No sales? —escuchó con claridad. Era una voz de mujer, sin duda.

Un embriagador aroma de carne asada empezó a sacudir su hambre y curiosidad. Si quien fuera no había actuado ya contra él, posiblemente no tendría nada que temer. Ganímedes alzó la esterilla y asomó la cabeza.

—Buenas noches —dijo una hermosísima joven de cabellos rubios como el oro, con una sonrisa especial y una dulce mirada llena de paz. Pero sus vestimentas eran de guerrera, pieles de oso y peto de malla cruzado sobre trinchas de resplandecientes dagas; y una espada guardada en una funda sobre la espalda. Algo que intrigó mucho a Ganímedes. Nunca había visto a una mujer vestida de tales prendas. Eso era algo propio solo de hombres, de valerosos guerreros.

Ella le invitó para que se sentara a su lado con una amable mueca.

—¿Quienes eres? —preguntó el muchacho sin salir de la tienda.

—Mi nombre es Armonía. ¿Y tú, quién eres?

—Soy Ganímedes, atlante.

—¿Atlante? Lejos andas de tu hogar. Me interesa mucho saber de ese reino de oricalco que oculta Occidente. Pero ¿qué haces en tierras de la vieja Europa?

—Los míos llevan décadas de lucha en las fronteras con Ática. Mi rey Llanós decidió asistir junto a los demás soberanos a la caída de Atenas y me llevó con él. ¡Fue una terrible derrota!

—Alentados por la codicia, no escucharon las palabras de salvación que su reina Pyrene les ofrecía y desafiaron a Zeus. La ambición les alimentó hasta que se colmaron, ahogándose en su propio ego —expuso Armonía—. No te preocupes, no voy a hacerte daño.

Ganímedes la observó fascinado. Había entendido que no era una mujer normal. Ella sabía cosas que nadie le había dicho y hablaba como si pudiera leer en su propia conciencia. Y observó sus hermosos ojos verdes, que parecían profundizar en él como si nada pudiera ocultarle.

—¿No tienes hambre? —preguntó ella y le ofreció un cuenco lleno de carne guisada.

Ganímedes sonrió.

—Ese salvaje, el que te dejó las bestias y los víveres aquí, no es atlante, parece un hombre venido del sur. ¿Quién es? —preguntó Armonía.

—¡No es un salvaje! ¡Es Ares, azote de mortales! —exclamó el joven.

—¿Ares? —preguntó ella sin inmutarse. Luego alzó las cejas, expectativa ante la emoción que mostraba aquel joven—. Háblame de él.

—Es hijo de Zeus, el más grande de los guerreros, un dios de la guerra. Temido, idolatrado e inflexible, a todos mata —aseguró Ganímedes con gestos exagerados.

—Me extraña que así sea. Vivo sigues y eres atlante —apuntó Armonía.

—Sí —murmuró Ganímedes mostrando cierta confusión—. Me salvó la vida ante aquellos que pretendían mis carnes, se apiadó de mí y dejó un marcado rastro que me trajo hasta sus pertenencias en esta caverna… Le gusta el vino, las mujeres y la guerra. Tal vez solo sea un hombre. Pero me trató como a una persona y no como a un sometido, cuando nada me debía ni de mí sabía. Así pues, para mí es un dios. Ratón me llama.

—¿Ratón? —preguntó Armonía con una sonrisa locuaz.

—Sí.

—Ratón, háblame de tu tierra, Atlanta, la cuna de Clito y Poseidón.

CAPÍTULO 6 · EL FOSO

—¡Despierta! Te preparé algo caliente, no dejes que se enfríe.

—¿Eh, qué? —contestó el joven Ganímedes despertándose de golpe, liberándose de las pieles que le cubrían, y se asomó por la esterilla.

—Me marcho, el camino que llevo es largo; y si tú quieres alcanzar a ese dios, deberás apremiarte —aseguró Armonía—. En un día, a buena marcha, les alcanzarás, a él y a los suyos.

—Podrías acompañarme, podemos hacer camino juntos. Ares estará encantado de conocer a una mujer como tú —aseguró él, sin quitar la vista del desayuno que le había preparado.

—¿Como yo? —preguntó ella.

—Guerrera.

—No creo. Los aqueos no son amantes de mujeres guerreras.

Armonía montó en su caballo y se despidió, acompañada de la mirada curiosa del joven. Con un pequeño brinco, comenzó su trote por la nieve, perdiéndose entre las sendas del bosque.

Ganímedes desayunó y desmontó el pequeño campamento. Cargó la mula y saltó sobre el caballo. Y se encaminó hacia el sol saliente, buscando el rastro de Ares y de los lanceros del general Marcial. Avanzó rápido entre sendas y montes. El sol iluminaba la blanca montaña y sus valles, apenas hacía viento y la temperatura era agradable. El rastro dejado por el ejército de Marcial era claro en la nieve, imposible perderse. Sin embargo, caía la noche y no había logrado divisarles. La impaciencia le colmaba y la fatiga, acompañada de la incerteza, hacían mella.

Un pequeño valle verde en la distancia, con una charca llamó su atención y se desvió. Conforme se acercaba, vio un corzo calmar la sed y detuvo su montura. Acechó al animal, a contraviento, y volvió la vista sobre el tosco venablo que portaba sujeto en la mula.

—Será un buen presente para mi señor —masculló.

Armonía, desde lo alto de una cima, oculta tras las caídas ramas de un abeto, observaba.

El joven se agazapaba con cada paso, con el venablo tenso. Una ramita crujió bajo su pie. El corzo levantó la cabeza directamente hacia el joven cazador, dio una extraña zancada y quedó quieto. No huyó a pesar de haberle descubierto. Armonía se sorprendió por ello y descabalgó, para acercarse sin ser vista. Ganímedes, cerca de su presa, salió corriendo con el venablo en alto.

—¡No! ¡Quieto! —gritó Armonía saliendo de su oculto camino.

El joven pisó cerca del animal y quedó petrificado. El suelo se abrió bajo su pies. Dio rápidos manotazos al aire con la cara descompuesta. Antes de caer en el foso, pudo ver la pata trasera del corzo anudada al tronco de un árbol. El venablo que portaba descendió doce pies al

vacío rebotando entre numerosas estacas, gruesas como brazos, que amenazaban hundidas en el suelo, con sus afiladas puntas mirando al cielo. Y cayó hacia atrás con la cabeza por delante.

Armonía corrió veloz y saltó con los brazos estirados. En el intento de salvar al muchacho de la fatal caída, su mano derecha sujetó al joven de un tobillo, al aire, a la vez que quedaba tumbada, de la cabeza a la cintura colgando en el foso. Notó su cuerpo resbalar y estiró la otra mano hacia atrás, logrando aferrarse a una raíz que sobresalía de la nieve.

—No te muevas —ordenó ella.

Incapaz de dominar su miedo a caer entre aquellas estacas, Ganímedes, boca a bajo, se agitó tratando de alcanzar en la rocosa pared algún saliente donde asirse.

—¡Quieto o caeremos los dos! —exclamó Armonía al notar la raíz ceder—. Te sacaré. Espera que me sujete bien. Luego busca un punto de apoyo, pero no te balancees ahora.

Ganímedes quedo quieto, mirándola, y asintió.

Armonía reptó hacia atrás tirando con prudencia de aquella raíz, hasta que notó con el pie el tronco de un árbol. Y se afianzó con el empeine. La raíz se astilló y produjo un corte en la mano. Pero no soltó. Cerró los ojos ignorando el dolor y estiró con fuerza, logrando acercar al joven a la pared del foso.

—Agárrate a ese saliente —dijo apretando los dientes.

Ganímedes estiró los brazos y se pegó a la pared. Armonía soltó la raíz y evitó el foso arrastrándose hacia fuera. Acto seguido, se agachó al borde y ayudó con sus brazos al joven.

—No me sueltes —dijo Ganímedes, inquieto y absorto, sintiendo la fuerza y la sangre caliente de la herida de la mano de la guerrera descenderle por el brazo.

Un crujir de ramas hizo a Armonía volver la cabeza. Tres venablos volaban hacia ella mientras unos hombres bajos, vestidos de gruesas pieles, corrían armados con hachas y espadas cortas. Soltó de una mano al joven y con una rapidez digna de grandes guerreros, con un golpe de espada desvió uno de los venablos y partió el segundo, a la vez que ladeaba el cuerpo para evitar el tercero. Ganímedes, que apenas asomaba la cabeza al exterior del foso, quedó aterrorizado ante aquel inesperado ataque.

—Agárrate al borde —le ordenó Armonía y le soltó la otra mano, conforme se preparaba para recibir a aquellos hombres, decidida y sin mostrar debilidad alguna.

El joven atlante resbaló al no poder asirse bien con ambas manos y en su caída, se agarró del tobillo de Armonía, la cual se vio desplazada al vacío sin poder evitarlo. Sabiéndose desequilibrada, se dejó caer ladeándose hacia la pared vertical para evitar las estacas del fondo; y vio a Ganímedes caer con ella. Pero no pudo esquivar la afilada hoja del único golpe que la alcanzó y que cortó su hombrera, las pieles de oso y la carne de su espalda.

Desde lo alto, los atacantes quedaron mirando. Ella se levantó con la espada en la mano y Ganímedes se armó con el tosco venablo. Hablaban extrañas lenguas, ninguna entendía el joven atlante. Armonía no les quitaba la vista, esperando alguna argucia.

—Maldicen que estemos vivos —aseguró ella.

—¿Les entiendes?

—Sí, son salvajes del norte. La vieja Europa me previno de sus horrores.

—¿La vieja Europa? ¿Qué horrores?

—La divinidad que habita estos bosques. Inhumanos les llaman y se alimentan de la carne de los hombres y las mujeres que cazan.

Ganímedes quedó sentado del susto y se vio convertido en un borrego asado, cubierto de grasas, hierbas aromáticas y ricas especias.

—No —susurró con cara de pánico.

—Parece que se van —apuntó ella.

La noche lo oscureció todo.

Mientras el tiempo parecía pasar sin novedad alguna, los ojos de Armonía seguían mirando inquietos al cielo desde el fondo del foso.

—Esperarán a que nos muramos de hambre… ¡Y nos devorarán! —asintió Ganímedes.

—No, volverán y serán muchos más. No permitirán que adelgacemos —expuso Armonía, acelerando los miedos del joven—. No temas, antes saldremos de aquí.

—Lo siento —se disculpó Ganímedes—. No vi que era una trampa. Solo tenía ojos para mi presa y no pude ver que era yo el cazado.

Ella no dijo nada. Miró a un lado del foso y a otro.

—¡Las estacas, ayúdame a arrancarlas! —exclamó ante la curiosidad del muchacho.

Armonía fue a tirar de una y gritó de dolor.

Ganímedes se percató entonces de la herida que la mujer tenía en la espalda.

—¡Por Poseidón! ¡Pierdes mucha sangre!

—Ayúdame a sacar estas estacas —le rogó ella.

Ganímedes la ayudó sacando fuerzas, con ganas, queriendo ayudar y agradar a aquella guerrera que no dejaba de impresionarle. Lograron arrancar siete estacas. Armonía buscó la zona más propicia y comenzó a clavarlas en la tierra arcillosa de la pared, en forma de escalones. Y las aseguró usando el mango de la espada, el cual había cubierto con la piel de su abrigo para evitar el sonido de los golpes. Ganímedes observaba con la boca abierta, viendo su esfuerzo y temiendo por su suerte al ver la sangre que ya le manchaba toda la espalda.

—Sube. Apoya los pies en la base de las estacas, con las manos te sujetas en la pared y trepas. Las dos estacas que faltan para salir, debes clavarlas tú. Yo ya no alcanzo. Ten mi espada, será tu martillo. ¡Despacio! —le dijo ella, tras lograr construir una frágil escalera.

—Sube tú primero. Los peldaños caerán enseguida, quizás no resistan el paso de dos personas. Si alguien merece huir, eres tú —contestó Ganímedes.

Armonía le miró a los ojos.

—Debes pesar poco. No tardes —le aseguró ella y cayó de rodillas con una mano apoyada en la húmeda pared, los párpados bajados y una melancólica sonrisa llena de dulzura.

Ganímedes lo entendió enseguida y su corazón se sintió triste. Solo él podría salir de allí. Ella ya no podía, su brazo colgaba manando abundante sangre; le faltaba equilibrio y fuerza. Así, el joven fue posando los pies en aquellos improvisados escalones, pegándose a la pared con manos y cuerpo, hasta alcanzar el último de ellos. Sacó las dos estacas que llevaba sujetas a la espalda para clavarlas, golpe tras golpe, afianzándolas bien. Y logró llegar con las puntas de los dedos a la cima. Hundió la espada en un hueco de la pared, para usar la hoja de bronce como último escalón. Acto seguido, se estiró y logró hundir los dedos en aquel terreno helado, para flexionarse y elevar el cuerpo ayudándose con los pies.

Nada más salir del foso, vio una llama y dos de aquellos pequeños hombres que, sentados de espaldas, reían y hablaban mientras azuzaban el fuego. Junto a ellos se veía un hacha de piedra en tierra y lo que parecía una mano humana a la que le faltaban dos dedos. Arrastrándose, se les acercó lentamente. Uno de los hombres tomó aquella mano y arrancó un dedo, miró de lado hacia el foso y sin más, volvió la vista sobre la hoguera. Ganímedes casi se muere del susto. Aquel antropófago no le había descubierto por pura suerte, no tendría otra oportunidad. Continuó hasta asir el mango del hacha. Saltó con un rápido movimiento y estrelló la afilada piedra en el cuello del primero y antes de que pudiera alzarse golpeó con fuerza al segundo, el cual cayó de lado con el hacha incrustada en la cabeza y un dedo humano asomando por la boca.

Ganímedes tembló con el corazón en un puño, tenía un nudo en la garganta que apenas le permitía tragar saliva. Nunca había matado a nadie. Se alejó de la luz de la hoguera y se fijó en el bosque. No se veía a nadie. Allí solo estaba el corzo, atado a un árbol y dando tirones. Corrió hasta la boca del foso y vio a Armonía en el fondo, a la luz de la luna, apoyada contra la pared y con la cabeza arriba, sonriendo como solo ella sabía.

—No dejaré que mueras ahí —exclamó Ganímedes y corrió en busca del caballo y la mula.

Suspiró aliviado al ver que las caballerizas seguían donde las había anudado. Aquellos hombres no las habían visto. Nunca pensaron que el muchacho podría haber llegado hasta aquel lugar montado en un caballo y tirando de una mula. Cabalgó hasta la boca del foso y buscó las

cuerdas con las que anudaba la tienda, hizo una soga, anudándolas entre ellas, y se la colocó al caballo en el cuello. Después, tiró el extremo de la cuerda al foso y se asomó.

—¡Armonía, agárrate y rodea tu cintura con la cuerda! —exclamó.

Un destello en el bosque le alarmó. Y alzó la vista.

A lo lejos, una larga hilera de pequeñas lucecillas se acercaba entre los árboles.

—¡Date prisa! ¡Ya vienen, veo sus antorchas!

Armonía jadeó y tomó la cuerda. Apenas tenía fuerzas. Se la pasó lentamente por la cintura y trató de anudarla. Pero le cayó de la mano ante la desesperación de Ganímedes, el cual tiró de la cuerda, realizó un lazo corredizo y volvió a lanzar el extremo al interior del foso.

—¡Deprisa! —gritó.

Armonía se ajustó el lazo bajo los brazos y tiró como señal.

—¡Ya! —exclamó levemente.

Ganímedes cabalgó sobre el caballo, animándole a trotar con golpes de talón.

Armonía comenzó a elevarse. Ayudada por la fuerza de la bestia, subió lentamente por aquellos escalones. Hasta que la cuerda se ladeó y rozó con la espada que el joven había usado para crear el último escalón.

—¡Espera! ¡No tires! —gritó ella.

Pero su voz era débil, como su pulso. El joven vio las antorchas destellar con más brillo. Se aproximaban demasiado deprisa y apremió con voces al caballo, para sacar antes a Armonía. La cuerda se tensó, rozando y deshilachándose con el corte del afilado metal de la espada.

—No —suspiró ella. Antes de que pudiera hacer nada, vio la cuerda cortarse. Cayó de nuevo al foso, golpeándose contra las estacas que hacían de peldaños, arrastrándolas con ella hasta el fondo.

Ganímedes se volvió con la boca abierta y saltó del caballo para ver con desesperación lo ocurrido. Miró a los lados sin ver una solución. Apretó los dientes y saltó sobre la montura, viendo cada vez más cerca las antorchas. Y espoleó al caballo para salir al galope de allí.

Cuando aquellos hombres llegaron a la boca del foso con su procesión de antorchas, ya no había rastro del joven atlante. Allí quedaron la mula y las pertenencias de Ares, dispersas en la nieve. Lo estudiaron todo detenidamente y se asomaron al vacío. Vieron atónitos aquella especie de escalera rota y uno de ellos lanzó una tea que alumbró el cuerpo de Armonía, vencido sobre el barro. Maldijeron palabras incomprensibles al comprobar que el joven había logrado huir y se asentaron alrededor del foso. Al momento, uno de ellos, impaciente, tomó una cuerda y la lanzó. Conforme se dispuso a bajar, armado con un hacha de piedra, de la oscuridad del foso surgió el tosco venablo de Ganímedes, que allí había quedado, para atravesarle el cuerpo.

Armonía aún tenía fuerzas para defenderse.

De un tirón subieron la cuerda y se retiraron unos pies. Por unos momentos estuvieron hablando a gritos, hasta que el silencio lo colmó todo.

***

—¡Mi señor! ¡Mi señor! —gritó Ganímedes, preso de la guardia aquea.

—Valeroso Ares, este gañán asegura conocerle. El caballo es el suyo, mi señor —aseguró el oficial de la guardia.

El salvaje guerrero se levantó y escudriñó la mirada inquieta de Ganímedes. Dejó sobre un pequeño escabel la pata de corzo que estaba devorando y se fijó en su caballo. Luego miró tras la bestia, como esperando ver la mula.

—¡Mi señor, favor! —gritó Ganímedes.

Ares se acercó e hizo un gesto con la cara para que la guardia le soltase. Y con otro les mandó retirarse. Con la mano abierta le propinó tal bofetada al joven atlante que le hizo rodar por siete pies, hasta quedar estampado contra un árbol.

—¿Dónde están mis pertenencias, Ratón? —preguntó el poderoso guerrero y echó la mano hacia atrás, para tomar su pesada maza. Y la meció ante los temblores de Ganímedes que, tambaleándose de lado a lado, trataba de erguirse, de hablar.

CAPÍTULO 7 · EL FOSO II

Alrededor del foso, con los primeros rayos del sol, los inhumanos se dispusieron a cobrar su presa. Se asomaron de nuevo, con precaución, y vieron el cuerpo de Armonía acurrucado contra la pared, junto al muerto y con el venablo en la mano. Estaba totalmente inerte y con los ojos cerrados. Cuatro piedras le lanzaron para comprobar si dormida o muerta se hallaba.

Armonía abrió un ojo, fijándolo en ellos, y meneó penosamente el venablo. Con un rumor enfadado fue recibida la noticia por aquellos cazadores de hombres y se dispusieron a lancearla desde la altura. La joven guerrera cerró los ojos resignada y esperó que fuera rápido.

Los inesperados golpes y gritos que colmaron la escena, la hicieron abrir los ojos de inmediato. Uno de aquellos que buscaban su vida, cayó atravesado por una larga lanza que le abría el pecho. Varias cabezas, brazos y cuerpos cayeron desde lo alto. Escuchó el mortal sonido del metal, el inquieto crujir de huesos y los aullidos agónicos de los heridos.

De pronto, silencio.

Se levantó poco a poco, apoyándose contra la pared. Una sombra se echó sobre el foso y un cuerpo cayó vencido. Lo vio estrellarse a su lado y lo observó incrédula. El cráneo de aquel inhumano estaba totalmente aplastado hasta el cuello. Y miró hacia arriba.

—¡Armonía! —exclamó el joven atlante, eufórico y saltando.

—¿Ganímedes? —contestó ella sin apenas voz.

Entonces vio asomarse en la cima del foso, con una larga cuerda en el torso, a aquel hombre de aspecto salvaje. Sus miradas se cruzaron, estudiándose el uno al otro. Ares ató el extremo de la cuerda a un árbol y descendió a grandes saltos, sujeto a la maroma. Armonía quedó apoyada contra la pared, pálida y con la cara manchada de sangre y tierra. El guerrero pasó ante ella, observando cada detalle de aquella mujer, sus armas de guerrera. Por unos momentos quedó embelesado por su belleza, porte y distinción a pesar de las heridas.

Ares desvió su mirada, tomó la lanza, arrancándola del cadáver con un movimiento rápido y con un golpe de mano, la envió fuera del foso. La pica de bronce se hundió en el tronco del árbol que sujetaba la cuerda, justo al lado de Ganímedes, con un impacto seco, y vibró.

El joven tragó saliva al ver su rostro reflejado en el metal que se hundía en la madera. Luego comprobó que la cuerda estaba bien atada y regresó al borde del foso.

—Mi señor, está bien sujeta —dijo invitándoles a escalar.

Ares la rodeó con la cuerda, ató su cintura a la suya y apretó sin apartar la cara de ella. Armonía se abrazó a aquel torso sudoroso, colmado de cicatrices propias y sangre ajena. El hedor que manaba no impidió que apoyará la cabeza en su pecho, mientras notaba el fuerte brazo que la protegía en la subida de los golpes contra la pared. De pronto, Ares se detuvo. Cruzó sus ojos con los de Armonía; la nariz y sus labios se rozaron. Estiró el brazo y arrancó de la pared la espada de la guerrera, e introdujo la hoja en la funda que ella portaba en la espalda, suavemente, para acabar con un golpe de encaje. Alzó el rostro y con dos tirones más salieron del foso.

—¿Cómo estás? —preguntó Ganímedes, volcándose con ella.

Armonía apenas se podía mantener en pie, su rodilla cedió. El fuerte brazo de Ares impidió que cayera al suelo. Se apoyó en él y gimió levemente su dolor.

Ares acarició el largo y ondulado cabello dorado que caía sobre sus hombros, que reflejaba cada rayo de sol y se mecía con la suave brisa. Un embriagador aroma a jazmín ensanchó sus pulmones, y notó la humedad espesa de la sangre en la espalda de aquella extraña mujer, guerrera como jamás había visto. La tomó en brazos y montó en su caballo, sin separarla de su cuerpo.

—Ratón, no tardes —ordenó.

Después se alejó al trote dejando atrás el foso, a Ganímedes y a aquellos muertos que ya albergaban entre sus entrañas a los primeros cuervos.

Ganímedes recogió las pertenencias de Ares dispersas en la nieve y cargó la mula. Liberó al corzo con un golpe rápido de cuchillo en la cuerda que lo apresaba y cabalgó sobre el caballo de Armonía tras los pasos del salvaje guerrero llevando consigo los víveres afianzados en la mula.

En su largo camino hacia el este, Armonía, rendida, soltó su abrazo del cuello de Ares con un triste gemido. El guerrero la mantuvo con la mano y estudió en torno suyo. Sabía que debía encontrar un lugar donde atenderla antes de que fuera tarde. Se dirigió al pie de un cortado que disponía de una gran losa de granito desplazada hacia delante, formando un pequeño resguardo.

Desde allí, a lo lejos, se podía ver el campamento de Marcial.

—Ratón, la tienda —ordenó Ares con Armonía en sus brazos.

Ganímedes obedeció de inmediato y en apenas nada, la tienda de campaña estaba alzada bajo aquella piedra de granito. Después montó su interior, volcando las pieles como lecho.

—¡Ya está, señor! —exclamó el joven atlante y alzó la esterilla.

Ares penetró en la tienda y acomodó a Armonía en el lecho de pieles. Observó el sudor de su frente, la palidez mortecina que mostraba el rostro de aquella extraña mujer. La alzó con sumo cuidado, tomándola del cuello y la cintura, y le dio la vuelta, posándola boca abajo con una delicadeza desconocida para sus manos. Le quitó las trinchas de armas y la vaina con la espada, y le desnudó la espalda desplazando con cuidado las vestimentas.

—El corte no es profundo. Pero debes haber perdido mucha sangre. Tenemos que limpiar y cerrar la herida o morirás —expuso Ares estudiando el corte que mostraba la joven desde el hombro hasta por debajo del omóplato.

La cubrió de nuevo y volvió la vista hacia el exterior.

—Ratón enciende una hoguera, hierve agua y trae paños calientes —ordenó.

—En mis alforjas encontrarás ungüentos y… —murmuró ella dando un leve suspiro.

—Calla, mujer. No te preocupes, te sanaré —aseguró Ares con su ronca voz.

El guerrero salió al exterior y se acercó al caballo negro de Armonía. Tomó las dos alforjas, las llevó junto a la tienda y las abrió. Rebuscó entre tantas cosas inútiles que parecía llevar en la montura y encontró el ungüento, azulado y con aroma de regaliz. Miró a Ganímedes que, tras prender una pequeña hoguera, observaba curioso todas aquellas cosas de mujer que portaba Armonía en las alforjas.

Ares le propinó tal bofetada en la cara que lo lanzó contra la pared del refugio.

—Sí, sí… Perdonad, mi señor… ¡El agua caliente! ¡Ya voy! —exclamó el joven atlante, mientras sacaba un cazo de entre los víveres y utensilios que portaba la mula.

Lo colmó rápidamente de nieve y lo puso al fuego.

Ares observó un ovillo de telas de costura para coser pieles, tomó el hilo grueso y la aguja de metal, y se sentó junto al fuego. Esperó a que el agua hirviera y los dejó caer en el interior del cazo. Hundió sus manos en la nieve para frotarlas con fuerza y llenó un cuenco con agua templada. La mezcló con un poco de hielo y vertió abundante vino en ella. Luego se lavó las manos con tranquilidad, observando los preparativos que Ganímedes realizaba.

—Ratón, más agua… Y busca más trapos. Que hiervan todos —le ordenó.

Bajo la atenta mirada de Armonía, Ares volvió al interior de la tienda con un cuenco de agua caliente, los trapos húmedos, la aguja y el hilo. Ella arrugó los labios. Pero se sintió segura. Aquellos preparativos le indicaban que aquel hombre no era un carnicero, sabía lo que estaba haciendo. Y pensó en las cicatrices que marcaban su musculado cuerpo. Seguramente, él mismo se habría cosido las tantas heridas en su día.

Entonces entró Ganímedes con un cuenco colmado de dulce vino.

—El vino —dijo el muchacho un tanto nervioso.

—No, no es necesario —murmuró ella.

—No es para ti —aseguró Ares. Después tomó el cuenco y de un trago, lo bebió todo.

Armonía tembló y miró al frente, a la pared de pieles de la tienda, para no ver nada.

—Ratón, desnúdala —ordenó Ares, mientras volvía a lavar sus manos en agua caliente.

Armonía tragó su vergüenza, cerró los ojos y se dejó hacer en manos de Ganímedes, ayudado por aquel guerrero de manos limpias y cuerpo sucio.

—Lávala bien —dictó Ares conforme metía el hilo por el ojo de la aguja.

Desnuda, Armonía notó sin mirar cómo aquel joven lavaba su cuerpo, el calor de aquellos trapos húmedos y el dolor momentáneo que le producía aquel guerrero limpiando la herida.

—Ahí también y trae abundante nieve —dijo Ares.

Ganímedes le miró con sonrojo y asintió.

Armonía cerró los ojos, presa de su pudor.

La joven guerrera gritó al notar la primera punzada de la aguja que atravesó su carne, para unir ambas partes del corte, y olvidó su pudor. A pesar de la nieve que Ares habían colocado sobre su espalda para dormir el dolor, sufría con cada punzada y notaba el hilo recorrer su carne anudando. Era algo que la estremecía.

—¿Quieres morder? ¿Quizá algo de vino? —le preguntó Ares.

Ella negó apretando los dientes, lanzando una lágrima por cada punzada que recibía.

—Beberé solo, pues —aseguró Ares para detenerse en su cosido, beber un nuevo cuenco de vino y continuar tras un pequeño eructo.

Una vez finalizó, Ares se recreó observando el cosido y emitió un pequeño gruñido.

Ganímedes asintió, dando fe de su obra, una costura perfecta. Pensó que aquel feroz guerrero sabía muchas más cosas además de batallar, de matar. Pero no se atrevió a decir nada, aún le escocía la cara de la última bofetada.

—Ya no sangras, mujer. La herida está limpia y cosida, si no se infecta salvarás tu vida. Pero debes mantener reposo, beber mucha agua con vino y alimentarte bien. Ratón se quedará contigo, cuidándote hasta que repuesta te veas.

—¿Te vas? —preguntó Ganímedes, limpiando lo sobrante de la cura.

—Espero que esta vez, cuando llegues al campamento, traigas contigo mi mula.

—Mi señor, Armonía está muy débil. Si nos visitan esos inhumanos come hombres no podremos defendernos. Estaremos varios días aquí, sin poder movernos y seguro que los de su clan buscarán, querrán saber qué fue de los suyos.

Ares lo observó y volvió la vista hacia ella. Aquellos ojos verdes brillaban ahondando en su alma como una vorágine que todo lo consume, y retiró su mirada con un gruñido.

—Estáis a buen resguardo, no dejamos rastros y apagarás la hoguera en cuanto anochezca. No debes dejarte ver, no necesitas caza ni agua, no debes salir de aquí y es difícil que nadie repare en esta piedra que lo alejaría de cualquier camino.

—Es difícil, pero no imposible —aseguró Ganímedes, mientras acomodaba a Armonía y ladeaba su melena rubia a un lado para cubrir la herida con trapos empapados de ungüento de hierbas y regaliz—. Se esforzarán y todo lo conseguido habrá sido en vano, morirá.

Ares gruñó y salió de la tienda sin más que decir.

—¿Se irá? —murmuró Armonía.

Ganímedes ladeó la cabeza, negando con una sonrisa pícara.

Ares recorrió la zona con cuidado de no dejar rastro, hasta llegar a una escarpada roca en la cima de la montaña conforme la noche caía. Al este se veía el campamento de Marcial, el fuego que alumbraba sus compañías, y se preguntó sobre la urgencia de su regreso a Atenas. Luego volvió la vista hacia el norte, las tierras de la vieja Europa, donde habitaban aquellos hombres a los que llamaban inhumanos. Los detestaba, no comprendía cómo podían matar a otro hombres solo para devorarlos, sin gloria ni honores, sin saqueo ni mujeres. Y dirigió su vista hacia el oeste, donde se encontraba el foso. Una columna de diminutas llamas se discernían lejanas. Apretó los labios y se sentó. Los inhumanos eran buenos cazadores. Si buscaban, los encontrarían. Aunque tal vez no, estaban demasiado confusos. La gran batalla entre atlantes y aqueos les había atraído en busca de presas fáciles: los heridos y extraviados. Lo más probable es que regresaran pensando que un grupo de lanceros aqueos habían sido los responsables de acabar con los suyos en el foso. Aun así supo que no podría marcharse ante la incerteza y se preguntó: ¿por qué?

Cuando regresó al pequeño campamento, lo primero que se fijó es en la hoguera y después, en Ganímedes, que surgía de la tienda sonriente con un cuenco vacío.

—Ya ha comido. Aunque las fiebres aumentan; su frente quema, temo por ella —dijo el muchacho sorprendido al verle ante él, como salido de la nada.

Con la palma abierta, Ares estrelló su mano en la cara de Ganímedes, el cual cayó al suelo con una arcada, dando vueltas, perdiendo el cuenco y varias lágrimas.

Sin decir nada, el joven corrió a apagar la hoguera. Aunque era difícil, algún inhumano podría haber visto el resplandor de las llamas en la oscuridad de la noche y hubiera podido acercarse hasta ellos para sorprenderles y comerles. ¡Cómo se le había olvidado apagar la hoguera!

Ares, con un gruñido, se alzó sobre el pico de la gran piedra de granito; se sentó y comenzó a vigilar mientras el suave viento mecía su melena negra.

Ganímedes, con la cara aún caliente, se sintió seguro con aquel poderoso guerrero guardándoles. Recogió todo y alimentó las caballerizas. Luego se ocultó dentro de la tienda, se acomodó junto a Armonía y le posó trapos humedecidos con nieve en la frente.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo? —le preguntó el muchacho.

—No, no. Duerme, descansa. Lo has hecho muy bien —murmuró ella apenas con fuerza y ladeó la cabeza, buscando ver entre la apertura de la esterilla.

—Está fuera, vigilando —le confirmó Ganímedes.

CAPÍTULO 8 · LA CACERÍA DE LA LOBA

Al séptimo día, Ares penetró de nuevo en la tienda de campaña en la que permanecía Armonía. Ella se encontraba recostada y con una sonrisa increíblemente hermosa.

—Me alegra que decidieras visitarme. Te oigo, mas no te veo. ¿Por qué?

—Déjame ver tu herida, mujer —contestó él con su ronca voz, hecha casi gruñido.

La joven se desprendió de las vestimentas, desnudando su espalda. Ares retiró la melena rubia y acarició la tersa piel de Armonía. Ladeó los vendajes y estudió la enrojecida costura. Estaba limpia, sana. Sacó de su cinto un tremendo puñal. Ella miró de soslayo, viendo la brillante hoja, y apretó los labios. El afilado metal fue liberando cada punto de aquel cosido, uno a uno.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —preguntó ella mientras Ares limpiaba la herida.

—Dormiste tres días seguidos. Ratón te alimentó y lavó. Los dos primeros días creí que te perdíamos. La Parca te visitó decidida, mas no dejamos que te llevara. El cuarto remitieron las fiebres malignas. Pero ya sabes, el muchacho todo te cuenta —aseguró él.

—Mucho te debo, hombre salvaje. No sé si un día podré pagarte.

—No necesito que pagues, mujer. Satisfecho me doy con que vivas.

Aquella mañana, Ganímedes le ofreció al guerrero un cuenco con sabrosa salvajina, en salsa de setas, y le miró como nunca se había atrevido. Estudiando aquella mirada atormentada, se fijó en cómo tragaba la pitanza sin prisa ni pausa, con la vista perdida al frente.

Ares volvió la mirada hacia la tienda, pensativo.

—Deberías lavarte si pretendes entrar a ver a Armonía, hablar con ella…

Ares alzó una ceja, sorprendido por aquellas palabras y el atrevimiento del muchacho.

—Ella no dice nada, pues teme molestarte. Hueles a entrañas, sudor y heces que tumbas a un oso. Aún llevas en tu pelo los restos de alguien. La sangre de otros mancha tu piel y el sudor y la tierra cubren tu frente y torso —aseguró Ganímedes y tomó, como si nada hubiera dicho, un trocito de salvajina para degustarla con la mirada puesta en el fuego.

—Insinúas que mi olor no es agradable —dijo Ares.

—Apestas —sonrió Ganímedes.

Ares gruñó sin dar más importancia a aquellas palabras, observó cómo el muchacho se introducía en la tienda llevando comida para Armonía y mordió un pedazo de salvajina ahumada. Después se sirvió un cuenco de vino y bebió tragando con avaricia, manchando su garganta. Se levantó y miró hacia atrás, comprobando que nadie lo miraba. Luego olfateó sus brazos y pecho, por varias veces. Y los sobacos. La expresión de su cara daba a entender que no entendía las palabras de Ganímedes. Obviamente, él no olía a sarasa ni a mujer, pues era un hombre.

Caída la noche, comenzó a nevar de nuevo. Ares puso a cubierto los caballos bajo la piedra de granito y avivó la hoguera. Pensó que los inhumanos ya habrían regresado a los bosques del norte y los soldados de Marcial hacía días que habían marchado con dirección a Atenas. Estaban solos, así lo pensó mientras azuzaba las llamas cubierto con una gran piel.

De la tienda salía el aroma a incienso de la linterna con la que Armonía iluminaba el interior y se oía a Ganímedes reír con ella, entre dichos y susurros que atraían la atención de Ares.

De pronto, la esterilla se abrió y apareció el joven atlante con una gruesa piel de lana.

—Mi señor, hace mucho frío aquí afuera, podrías… —dijo, quedando callado, sorprendido al ver el aspecto de Ares.

—¿Podrías…? ¿Qué? —preguntó Ares estirando sus manos sobre la hoguera.

—Podrías acompañarnos. Aquí hay espacio y nos sentimos mal de que padeciendo estéis.

—Yo no padezco.

—Ya veo —dijo el joven y entró.

Rápidamente se acercó a Armonía y se cubrió con las cálidas pieles.

—¡Se ha lavado! —le susurró al oído.

Armonía le miro atónita y saltó del lecho para asomarse.

—¿Qué ocurre, mujer? —preguntó Ares al verla.

—Mi nombre es Armonía —aseguró ella observando el pelo limpio, la cara tersa al fuego y la piel reluciente de Ares—. Ven, entra, por favor. Hace mucho frío, no nos hagas sufrir.

Ares gruñó a la vez que se alzó hacia la tienda. Entró y Armonía le acomodó las pieles junto a ella, a su derecha. Ganímedes sonrió y se recostó a la izquierda, cubriéndose con la piel de borrego. Con los tres dentro, nada más cabía. Así que los tocones, los cántaros y otros utensilios quedaron fuera. Ares apoyó la gran maza a su lado y se desvistió del calzado, para acomodarse en aquella cálida tienda que apenas reconocía, la suya.

Pasada la media noche, Armonía dormía con la cabeza apoyada en el pecho de Ares, abrazado a él como una niña. El salvaje guerrero, con los ojos abiertos como platos, le acariciaba su larga melena rubia y la apretaba contra su cuerpo notando una paz perdida en el tiempo. Y cerró los ojos recordando a su adorada madre, Hera. La única mujer que había querido por siempre, la que calmó sus heridas en las tierras de Lacedemonia, donde entregó su cuerpo al arte de la guerra con apenas seis años, la que le dio amor y murió presa de las hachas de los piratas tracios, aquella a la que no pudo proteger a pesar de que todos le aclamaban como a un dios.

—¿Estás bien? —le preguntó Armonía.

Y le pasó la mano por su frente sudada, como tranquilizando sus temores.

—Duerme, mujer.

Ella apoyó la cabeza en el hombro de Ares y suspiró cerrando los ojos, acariciando su pecho. Y quedó dormida de nuevo. Ares la acarició con suavidad, aspirando el aroma a jazmín que desprendía, calmando su mente. Y la apretó contra él mismo, notando aquel agradable calor que lo cautivaba, el del alma de aquella joven desconocida.

Un fuerte gruñido resonó con fuerza. Ares despertó y lanzó la mano instintivamente en busca de su gran maza. Se volvió hacia ambos lados, para comprobar que estaba solo en la tienda. Alzó la esterilla y salió rápidamente. Un enorme oso pardo merodeaba cerca, alimentándose de la salvajina y el pan de higo que sobró de un desayuno mal recogido. Los caballos no estaban y el guerrero pensó si los había devorado. El enorme animal se levantó sobre las patas traseras, dio un tremendo rugido, mostró los colmillos y lanzó dos zarpazos al frente a modo de advertencia.

Ares se mostró inalterable. Entrecerró los ojos y ladeó su maza, dispuesta a estrellarla contra la cabeza de aquel oso molesto. En ese momento sonó un débil sonido. El oso sacudió la

cabeza, tomó un gran bocado de salvajina y se marchó trotando con la boca llena. Ares volvió la mirada y vio llegar a Armonía, junto a Ganímedes, con los caballos y la mula.

—¿Qué le hacías a ese pobre oso? —preguntó ella acercándose.

Ares alzó el entrecejo.

—Hemos ido a pasear los caballos y darles agua fresca. Más abajo hay un valle donde cae fuerte el sol y la hierba crece buena para pasto —expuso Ganímedes.

—¿Qué le hiciste al oso? —preguntó Ares.

—Le dije que marchara, solo eso —respondió Armonía, de forma simple.

El guerrero calló, estirando los labios y colgó la maza en la argolla de su espalda. Luego se colocó la capa y se sentó para avivar el fuego.

—Te veo bien, mujer. Ya no es necesaria mi presencia. He de regresar a Atenas, una gran empresa me espera —le dijo.

—¿Una gran empresa? —preguntó ella, curiosa.

—Sí, una gran empresa. ¡Guerras y batallas! ¿Sabes tú algo de ello, mujer? —preguntó Ares, consciente de las armas que portaba aquella hermosa joven.

—No, creo que nada que pueda aleccionarte. Pareces un gran guerrero. Eso pienso solo con verte mover esa enorme maza —respondió Armonía.

Ares entrecerró un ojo observándola. Aquella respuesta no le satisfació en absoluto, más bien parecía puro sarcasmo. Pero él no era un gran guerrero, sino el mejor. ¡Por un dios le tenían!

—Quédate hoy, acompáñame en la pitanza. Mira que hermoso jabato cacemos Ratón y yo para satisfacer tu estómago. ¡Ya partirás mañana! —expuso ella con una grata y hermosa sonrisa, una invitación imposible de rechazar.

Pasarían dos días más, en los cuales Ares, al levantarse, siempre aseguraba que era el último que permanecería allí. Sin embargo, pasaba la mañana y la tarde y no marchaba. Gozaba del paseo, la caza, del silencio y de la conversación en compañía de aquella mujer que le colmaba de paz y hacía latir con fuerza su corazón. Pero debía marchar.

—Quédate esta noche —le dijo Armonía al ver que el guerrero empezaba a preparar su caballo; y se sentó en un tronco desde el que se divisaba el valle hasta donde se perdía la vista.

—Debo seguir mi camino, mujer —contestó Ares posándose a su lado.

—Cae el sol, poco avanzarás en la oscuridad. Podrías atender mi herida una noche más.

Ares se ladeó y la observó como el leopardo acecha a la gacela. Siempre que había deseado a una mujer la había tomado, sin más, y nunca había reparado tan siquiera en sus encantos. Pero ella era diferente. Una inocencia bendita colmaba sus ojos verdes que reflejaban la nobleza y

humildad de su corazón; aquella sonrisa ausente de maldad, con hoyuelos en las mejillas, de sensuales labios, lo desarmaba de su odio y le arrebata la razón, manteniéndole preso a su lado.

—Revisaré la zona, no sea que tengamos visita. ¡Ratón! —exclamó Ares.

—Sí, mi señor —contestó Ganímedes, que siempre cerca de la pareja se hallaba.

—Prepara agua caliente, cuando regrese necesitaré vendas y ese ungüento —ordenó Ares y se alejó bajo la mirada satisfecha de Armonía y la pícara sonrisa de Ganímedes.

—Como cada noche, marcha al río, a lavarse. Bien limpio quiere estar para dormir en tus brazos. Tuyo es —dijo el muchacho mientras colocaba agua para hervir.

—¿De verdad le dijiste que apestaba? —preguntó Armonía, preparando el ungüento con hierbas medicinales de su alforja y base de regaliz.

—Creí que me mataría. ¡Pero me escuchó!

Aquella noche hubo pitanza de salvajina, vino dulce y plática sobre fábulas y leyendas. Armonía y Ares escuchaban las historias que Ganímedes contaba sobre Atlanta y sus reinos, sobre la gran polis de Atlas y sus diez soberanos. Pero nada hablaban de ellos mismos.

—Un día visitaré esa polis de muros adornados de oricalco, esos templos de los que hablas; deben ser gentes muy avanzadas para gozar de tantos bienes —dijo ella.

—Descansemos, parece que la nieve caerá fuerte esta noche —ordenó Ares y ayudó a Armonía a levantarse para dirigirse con ella a la tienda.

Tras ellos, Ganímedes.

Armonía y Ares despertaron abrazados, notando el calor de sus cuerpos entre caricias furtivas que no iban a más; bajo la atenta mirada de Ganímedes. El guerrero le observó fijamente y, antes de recibir un manotazo, el muchacho saltó como una liebre para preparar el desayuno: vino aguado, pan de higo y té caliente.

—Hace un buen día para marchar —aseguró Ares sentado ante la hoguera, tragando el pan sin apenas masticar y observando el cielo soleado.

—Antes podríamos ir hacia el oeste, ayer vi el rastro de una cierva. Parece que cojea de una pata. Sin duda estará ramoneando en ese bosque que dejamos atrás, bien nos vendría su carne para el largo camino. Ratón te afiló la pica de la lanza.

Ares gruñó. Como cada mañana, él hablaba de partir y ella le proponía una idea mejor. Apuntó a Armonía con un dedo y el pan de higo sujeto en su puño, con la boca llena, y fue a hablar. Ella alzó las cejas con sus hermosos ojos inundados de inocencia, atravesándole el alma, como esperando una respuesta.

—¡Usaré la lanza, mujer! —exclamó Ares, dando por sentado que ese día tampoco partiría.

Ella se levantó y se metió en la tienda, bajo la curiosa mirada de Ares y Ganímedes. Poco tardó en salir, con sus vestimentas de guerrera limpias y compuestas.

—Me gustabas más con chitón de mujer —aseguró Ares.

—No es verdad —contestó Armonía mientras se ajustaba la espada en la espalda. Y le miró a los ojos, penetrando en su alma—. A mí no puedes mentirme.

Ares se levantó decidido y tomó la lanza. Ella tenía razón. Solo con verla vestida de guerrera sus instintos se aceleraban y el deseo destilaba por sus ojos sin recato alguno.

—Ratón, regresaremos al mediodía. ¿Podrías tener preparado un guiso? Ares llegará con hambre, siempre tiene hambre —dijo Armonía y saltó sobre su caballo negro.

Ganímedes la observó mientras asentía perspicaz. Enseguida captó que no deseaba esta vez que él les acompañara. Ella iba de caza mayor y no sería una cierva coja su presa. Y la vio loba.

Armonía y Ares galoparon hasta llegar al bosque, pronto encontró ella el rastro del animal. Él estudiaba cada detalle de sus movimientos. Le gustaba verla trabajar cada huella, escudriñar cada rincón del bosque, ventear el viento como un animal. Le tenía asombrado, embelesado. Ni el mejor rastreador de Marcial lo podría haber hecho mejor. Aquella cierva no escaparía.

—Nos acercamos al foso. La cierva busca agua y además, allí crecía algo de hierba —aseguró Armonía y de pronto, se agachó—. Está ahí —señaló.

—¿Dónde? —preguntó Ares incapaz de ver entre tanta vegetación, preparando su lanza.

Entonces apareció la cierva, cojeando de la pata trasera, rumiando.

—Puedes acercarte, estamos bien situados, no podrá ventearte. Además, desde que te lavas es más difícil que los animales te detecten —dijo Armonía.

Ares gruñó con una mirada piadosa. Y comenzó a acercarse a la cierva con cautela. Por dos veces volvió la vista y vio a Armonía atenta a sus movimientos, animándole con la mirada y una sonrisa locuaz. Logró llegar apenas a unos diez pies, sin producir ruido alguno que lo delatara. Nunca había logrado acercarse tanto a una presa y pensó si Armonía tenía razón. Estiró el brazo armado hacia atrás y esperó que el animal bajara la cabeza y cortara otro bocado de hierba.

—¡Alto! ¡No estamos solos! —le dijo Armonía apareciendo tras él con la espada en la mano, escuchando cada sonido, ventando los aromas del bosque y el hedor de la muerte.

La cierva alzó la cabeza rápidamente y miró hacia el lado contrario donde se encontraban ellos. Pegó un silbido y saltó veloz a pesar de su cojera para desaparecer de aquel claro.

Ares quedó indignado, su presa había huido. Pero había un motivo y no habían sido sus pasos ni su olor corporal. Tensó la madera de la lanza entre los dedos a la vez que se hacía con la gran maza que colgaba de su espalda.

—No estamos solos —insistió Armonía y se ocultó tras un grueso tronco.

—Es posible que los inhumanos no se hayan marchado aún —aseguró Ares.

De pronto se escuchó una algarabía cercana y de la espesura del bosque salieron corriendo seis hombres de baja estatura, dirección al foso, gritando animados.

—¡Alguien cayó en la trampa! —exclamó Armonía.

—Y tú deseas saber quién ¿verdad? —preguntó él.

Armonía asintió.

—Nos han dejado sin cacería, seguro que disponen de un corzo atado de una pata para nosotros —murmuró ella con una sonrisa explícita.

Recorrieron la distancia que les separaba del foso y quedaron ocultos tras una roca. Frente a ellos, no era un corzo el cebo, sino una niña, la cual lloraba mientras trataba de liberarse de los grilletes que atenazaban su tobillo al árbol. La broza que ocultaba la trampa estaba descubierta, alguien debía haber caído. Varios de aquellos hombres de corta estatura y cuerpos rellenos se afanaban en ocultarla de nuevo. Por lo que supusieron que ya habían sacado a su presa.

Ares se fijó en las variopintas vestimentas que usaban los inhumanos y en la diversidad de gorros de bestias, cascos de madera, yelmos de bronce e incluso de apiñados dientes de jabalí con que cubrían sus cabezas. Lo que le indicaba la variedad de presas que caían en poder de aquellos antropófagos. Y esperó con el rostro enjuto a que ella decidiera qué hacer, aunque ya lo temía.

—La vieja Europa los persigue, siempre habla mucho y mal de ellos. Los odia por su condición de comedores de hombres y mujeres. Es posible que estén colonizando estos bosques más cercanos a Oriente y a las tierras de mares, donde ella no habita —expuso Armonía.

Ares quedó en silencio, sorprendido de nuevo. ¿Quién podía conocer a una divinidad tal como la vieja Europa, sino una hechicera o una mujer divina? Pero no dijo nada, el humo que vio salir entre unos árboles le hizo pensar en otra cosa.

—Parece que tienen su campamento allí —comentó.

—Ya veo, han encendido fuego. Se ven seguros, no tienen miedo. ¿Liberamos a esa joven? —preguntó Armonía.

Ares gruñó, era inútil otra respuesta.

—Si nos descubren, pueden ser muchos —expuso luego, meciendo su maza.

—No puedo dejarla ahí sabiendo lo que le espera. ¿No ves? Solo es una niña. Sí, pueden ser muchos. Mas no temas, yo te ayudaré —contestó Armonía y sonrió levantando el entrecejo.

Ares no pudo más que volver a gruñir tras escuchar aquel sarcástico y manipulador "No temas, yo te ayudaré" y ver aquella enorme sonrisa reflejada en la cara de Armonía.

Con la rapidez y agilidad de la pantera, Ares desnucó de un giro de muñeca a uno de los tres hombres que se hallaban junto al foso. Con su lanza ensartó a otro y con un golpe de maza, rodando sobre sí mismo, convirtió la cabeza del último de ellos en una masa grotesca de carne.

La niña cautiva abrió los ojos tanto como su boca, y saltó hacia delante, cayendo al suelo del tirón de la cadena que la mantenía presa.

—¡Favor! ¡Favor! —gritó.

—Chist —le ordenó Armonía apareciendo tras ella—. Te liberaremos, te quitaré esas cadenas. Pero debes mantener la calma. ¿Entendido?

—Sí… Sí —tartamudeó la niña.

Ares las observaba, mientras recuperaba su lanza de un brutal tirón que sacudió aquel cadáver con un último estertor. Con dos piedras, Armonía volvió a sorprenderle. Con la primera hizo base para no dañar a la muchacha y con la segunda, golpeó con la fuerza justa a un lado de la tenaza de bronce, para hacer saltar el resorte que hacía de bisagra. ¡Conocía los secretos de los grilletes! Solo un carcelero, un broncista o un preso huido podrían saber tal cosa.

—Vamos, marchemos —dijo ella.

Ares estiró los labios, tratando de dejar atrás los continuos pensamientos que le mantenían embelesado ante aquella mujer guerrera.

—¡Mis padres! ¡Mis hermanos! ¡A todos matarán! —exclamó la niña, negándose a partir.

Armonía detuvo sus rápidos pasos y Ares bajó lentamente los párpados.

—¿Qué dices? —le preguntó Armonía, dirigiéndose a ella.

—Mi familia, mis amigos… A todos mataron y a los que no, presos los llevan para devorarlos. Son inhumanos, se comen a las personas.

Ares escuchaba sin guardar la maza, pues sospechaba que buen uso debía de darle aún.

—¿Cuántos son? —preguntó Armonía desenfundando la espada.

—No sé, quizá veinte. Están allá, tras los grandes abetos que todo lo cubren.

Armonía alzó la vista para ver el humo negro que se elevaba con más intensidad y con un gesto de asco, ocultó su respiración con una mano. Ares olfateó aquel desagradable olor, bien sabía lo que era. La pestilencia de la carne humana asada llegaba hasta ellos.

—Quédate con este valiente —ordenó Armonía—. Es un hombre salvaje, bruto y feo. Pero no se alimenta de niñas. Él te cuidará, con él estás a salvo de todo.

—¿Feo, yo? —murmuró Ares levantando una ceja, acelerando un gruñido.

Armonía se volvió, dispuesta a todo con la espada en la mano.

—¿A dónde crees que vas, mujer? —le preguntó Ares tomándola de la muñeca.

—Conozco a esta gente. Son de Gomalova, un pequeño poblado de hombres libres que

habitan al norte. Son devotos de la vieja Europa. No puedo abandonarlos.

—No puedo, no puedo —murmuró Ares entre dientes—. Quédate con la niña.

Armonía se soltó de un tirón y comenzó su camino, acelerándolo risueña.

Ares la siguió gruñendo como un oso curioso y la niña corrió tras ellos.

Desafiante, Armonía entró en el campamento de inhumanos. Estaba formado por siete carpas de pieles, un pequeño almacén lleno de aperos y una cuadra con algunos caballos y dos mulas. Una docena de hombres y mujeres permanecían atados entre las bestias, de pies y manos. Ares entró tras ella, perplejo por su valentía. La niña quedó a la entrada de aquella especie de aldea itinerante, oculta tras las ramas de un enorme abeto, sin perder nada de vista.

Los pequeños hombres comenzaron a salir de las carpas, tan perplejos como desconfiados al ver a Armonía andar entre ellos con la espada en la mano, sin ningún temor. Ninguno hizo nada, hasta comprender que se dirigía hacia los prisioneros.

Ares la siguió y todos volvieron la vista sobre él. El guerrero los ignoró por completo, su vista estaba clavada en las llamas de aquella hoguera que abrazaba una roca plana. Sobre la cual se estaba asando el cuerpo desventrado de una mujer, limpio de entrañas y troceado. Ya no se olfateaba hedor alguno. Quemadas las grasas y untados los cuerpos con aceite de oliva y finas hierbas, era aroma apetitoso lo que desprendían. Y arrugó los labios con un respingo de nariz, negando aquel pensamiento morboso que le preguntaba por el sabor de aquella carne.

El primero de los hombres que se acercó a Armonía perdió la cabeza y el hacha de un limpio corte. Tres atacaron a la vez, gritando y alarmando a todo el campamento. Con una patada en la frente hundió la nariz de su atacante, el del centro. Luego puso la rodilla en tierra, agachándose a la vez que las hachas de aquellos hombres cortaban por encima de su cabeza. Al mismo tiempo, su espada cruzó centelleante de lado a lado, por dos veces, tan rápida que apenas se pudieron distinguir los cortes, solo delatados por los borbotones de sangre.

Ares estaba anonadado. Sin duda era una guerrera, pero no una guerrera cualquiera. Dominaba el metal y no mostraba temor ni duda alguna en su paso, corte y estocada. Y eso le excitaba tanto. Entonces vio cómo varios inhumanos surgían de las carpas. Y alzó su gran maza con una sonrisa antes de correr hacia ellos vociferando un desgarrador grito.

Armonía se volvió para verle envuelto de inhumanos, los cuales morían aplastados por la tremenda maza o ensartados por la larga lanza que surcaba tan veloz el aire como cortaba gargantas y perforaba vientres. Ella, de una patada, tumbó la puerta de la cuadra y con dos golpes de espada liberó a los presos. Luego volvió la mirada hacia Ares.

—Soltad a los demás —ordenó ante aquella gente que había liberado.

Con un ágil salto salió de la cuadra para volver andando, sobre sus pasos, vigilante.

—¿Terminas o qué? —gritó.

Ares alzó la cabeza, rodeado de venablos y hachas, sin dejar de mecer su gran maza, y la miró sorprendido. Ella había envainado la espada y estaba sentada en un pequeño tocón, observando su combate ante tantos inhumanos. Y vio a la gente de Gomalova salir de la cuadra.

—¿Necesitas ayuda? —insistió Armonía.

—¡No! ¡No necesito tu ayuda, mujer! —exclamó Ares con su voz ronca, como indignado. Y con su gran maza aplastó el pecho de uno de aquellos hombres y continuó esquivando lances y golpeando a los demás, con rabia tal como si tratara de demostrar quién era.

Todos los inhumanos murieron. Fueron incapaces de enfrentarse con éxito a la terrible furia de aquel brutal guerrero. El último acabó atravesado y clavado al tronco de un árbol por la lanza de Ares tras intentar una inútil carrera hacia el bosque.

Terminada la lucha, Ares y Armonía se quedaron mirando a los muertos, a los liberados, a la niña que salía de su escondite. Y de soslayo se observaron altivos, con una profunda mirada presa del deseo, tan segura como cautivadora. Para él era normal verse cubierto de la sangre y las entrañas de sus enemigos, lo que no era nada común era ver esa misma imagen reflejada en el cuerpo de una hermosa mujer que apenas hacía unos momentos la veía como grácil y delicada.

Armonía se limpió la sangre con un harapo que arrancó de un muerto, despejando las espesas manchas púrpuras que adornaban su rostro. A su vez era rodeada por aquella gente liberada que, ante la sorpresa de Ares, se agacharon ante ella en señal de respeto y devoción.

—¡Marchad a vuestro hogar y avisad a la vieja Europa! ¡Rápido! ¡Volverán! Solo eran un grupo de cazadores, no ha de hallarse lejos el clan familiar.

—Mil gracias, bendita seas por siempre —agradeció un anciano al que todos obedecían.

Aquellos hombres y mujeres recogieron las caballerizas y víveres que pudieron y marcharon sin parar de agradecer su suerte. Mientras, Armonía prendía cada cabaña con una tea; bajo la atenta mirada de Ares.

—Dicen que estás loco. Todo matas —dijo ella regresando a su lado.

—Dicen muchas cosas de mí —asintió Ares ladeándose para iniciar el regreso.

—¿Acaso no es cierto?

—Es cierto que todo mato, no que esté loco. Soy guerrero y es mi vida.

—Yo soy guerrera y no es mi vida matar.

—Ayer eras hermosa doncella, hoy bella matadora. Estás muy loca, sí, muy loca.

Armonía sonrió alagada.

—Estar a tu lado aflora mi lado más violento, acelera mis instintos y agita mi alma. Es algo

que tengo que dominar, que reprimir —expuso ella golpeando con un dedo en el pecho de Ares, fijando sus ojos en él con un destello de lujuria.

—Es curioso, a mí me ocurre lo mismo. Mas no pienso reprimirlo —contestó Ares.

Entonces la ladeó para estrecharla entre sus brazos. Ambos quedaron unidos, devorando con pasión sus labios, haciendo presa de sus caras calientes, de sus cuerpos excitados.

Armonía y Ares llegaron al campamento al galope, alzando grandes zancadas de nieve, sin molestarse en ocultar su rastro. Ganímedes les observó alarmado. Cuando llegaron hasta él, descabalgaron de un salto. Sus ropajes se mostraban llenos de sangre, con algún corte y numerosos desgarrones.

—¡Oh! ¿Estáis heridos? —les preguntó haciéndose cargo de las cabalgaduras.

Lo ignoraron totalmente. Armonía y Ares pasaron ante la atónita mirada del joven atlante, abrazándose, llevados por la pasión. Sin mediar palabra, se introdujeron y al momento surgió una mano, lanzando fuera las vestimentas manchadas de sangre y dos gruesas pieles de oso.

Ganímedes entendió, arrugó los labios y sonrió. Avivó el fuego y se preparó el lecho con las pieles junto a la pared. La noche no parecía que sería muy fría y si lo era, tendría que aguantar. Armonía había cazado a su presa y no pensaba soltarla hasta acabar con ella por completo, los bramidos de Ares así lo confirmaban. El joven quedó dormido junto a la hoguera cuando la tienda dejó de agitarse, cuando la pareja quedó exhausta y los gemidos de placer se transformaron en suaves ronroneos. Ganímedes había pasado todo el tiempo escuchando, acariciando su joven cuerpo mientras soñaba con colarse en aquella tienda donde aquel hermoso hombre y esa bellísima mujer se amaban. Sin duda, cuerpos divinos que danzaban lujuriosos devorándose ambos sin piedad. Estuvo tentado de ofrecerse, pero no lo hizo. Gozó solo. Sabía que aquel salvaje guerrero le mataría si se atrevía y pensó que, posiblemente, Armonía también.

CAPÍTULO 9 · LA DIVINA CAZADORA

Ares se despertó confuso, una paz interior colmaba cada poro de su existencia. Respiró profundamente aquel penetrante aroma de mujer y besó con dulzura el rostro de su amada, el cuello y siguió hasta el sonrosado pezón. Ella agradeció el gesto con un murmullo plácido, sin abrir los ojos. Salió desnudo, dando un gran bostezo, ante la perpleja mirada de Ganímedes, y se dirigió hacia un abeto para orinar a la vez que estiraba los brazos.

Debo marchar, pensó.

Sin duda, Marcial contaba con su apoyo. Nunca le invitaba a participar en ninguna expedición, aunque siempre esperaba que apareciera. Llevaba años combatiendo en Tracia, calmando su ira, batalla tras batalla a su lado. No eran amigos, tampoco enemigos. Pero sí era el único general que había conocido con el que lograba no discutir. Le dejaba ir a su aire, matar a quien quería. Y aún no había pensado en cortarle la cabeza a pesar de los innumerables días de guerras, de odio e ira desatada. También pensó en Armonía, tenía que separarse de aquella mujer tan excepcional y ello le consumía. Quizá podría llevarla con él, hacerla su esposa por siempre.

—¿Mi esposa? —se preguntó atónito.

Estiró el cuerpo de nuevo con un escalofrío y se acercó a la hoguera.

Y negó con una sonrisa incrédula tal pensamiento.

El día despuntaba con sus tonos vivos. Numerosos córvidos observaban desde los árboles, esperando la oportunidad de robar algo de alimento. Ares, con un pedazo de pan de higo en la boca, se relajó mostrándose como lagarto al calor del sol. De pronto espantó a las aves con un rugido y un ademán de locura, agitando los brazos cual poseso. Y rio viéndolos volar lejos.

Armonía no daba más señal de vida que un placentero suspiro de vez en cuando, surgido desde el interior de la tienda, recordando la dulce lujuria de la noche de amor vivida.

Entonces, una voz.

—¿Dónde está?—preguntó una hermosa mujer de larga melena blanca, ojos oscuros y una corona de laurel con pequeñas florecillas coloridas en la cabeza.

Ares se volvió. No había oído acercarse a nadie y sin embargo, aquella mujer estaba a dos pies de él. Le había sorprendido como si fuera el más novato de los lanceros de una compañía y eso no podía entenderlo. Si hubiera sido un enemigo o hubiera deseado matarle, lo habría hecho.

—Eres taimada cual lince acechando. Debes tener cuidado mujer, podría haberte matado.

—Yo podría haberte matado —le rectificó la desconocida.

—¿Qué buscas, merodeadora? —preguntó Ares estudiando sus telas suaves, blancas con encajes morados, y sus pies desnudos sobre la nieve.

Aquella extraña mujer abrió los ojos tanto como la boca al ver los rasgos de Ares, y su rostro se hizo serio ante el destello rojizo que vio en la profundidad azul de los ojos del guerrero.

—Busco a mi amada —contestó ella—. Hace días que debimos encontrarnos. Algo debe haberle pasado. Avisté el fuego de tu hoguera en la noche… Tú la tienes presa.

—Sí… ¡No! —aseguró y se preguntó de nuevo, en silencio, cómo podía haber sido sorprendido por aquella mujer. Y vio llegar tras ella un caballo zaino de largas crines.

La extraña mujer se fijó en la hoguera, en Ganímedes y en la tienda. Enseguida vio las vestimentas de Armonía ensangrentadas, con cortes y jirones, allí tiradas.

—¿Qué le has hecho? ¡Miserable! —le espetó y sus ojos relucieron como centellas irisadas a la vez que desenvainaba de la espalda una espada de doble filo.

—¿Qué son esos gritos? —murmuró Armonía asomando la cabeza desde la tienda. Salió desnuda, tomó rápido el abrigo que Ganímedes se apresuraba en darle y se acercó a Ares, tratando de abrir bien los ojos—. ¿Artemisa?

—¡No te acerques a él! ¡Es el maldito Ares! —contestó Artemisa, tan altiva como perpleja, con la espada amenazante.

—Tú, mujer, que tanto gritas y todo alborotas, ¿quién eres? —preguntó Ares.

—Mi nombre es Artemisa, la gran cazadora. Te aconsejo que te mantengas a distancia prudente de mi espada. Y de mis saetas, que el calor de los más atroces infiernos alimentan. Vamos, Armonía, aquí no tenemos nada que hacer. ¡Libre eres!

—Guarda tu espada, mi amada Artemisa. Este salvaje no es mi captor, sino mi amigo. Solo gracias a su suerte sigo entre los vivos. Mucho le debo —expuso Armonía.

Artemisa necesitó un tiempo para digerir aquellas palabras. Finalmente, recelosa, guardó su arma. Se acercó al caballo negro de Armonía y tomó sus riendas.

—Monta, el camino es largo y la empresa que se nos cierne muy dura. Por favor, hazme caso por esta vez. Reina mía, tus hermanas se hallan en peligro. Debemos marchar —dijo.

Armonía escrutó su alma con una sola mirada y vio su verdad. Se vistió, tomó la espada y la envainó en la espalda. Se ciñó los ropajes de guerrera, se acercó a Ares y le tomó las manos. Alzó la vista y besó dulcemente sus labios. Él la abrazó notando su fragancia, su cabello, su alma y no quiso separarse mientras la besaba desde lo más profundo de su corazón. Ella se desprendió de aquel beso, con esa sonrisa y esos hoyuelos que la hacían tan hermosa, y se alejó hacia su caballo.

—¡Alto! —gritó Ares y lanzó su mano hacia delante tomando el brazo de Armonía.

Ella elevó un poco la vista y después, agachó la cabeza fijándose en la robusta mano que la atenazaba. En apenas un parpadeo, la espada de Artemisa se posó en el cuello de Ares.

—¡Suéltala!

Ares no soltó, absorto ante la belleza y temple de su amada. No quería perderla y algo le decía que, si la dejaba marchar, podría ser para siempre. Aquellos ojos verdes clavados en él profundizaban en su ser acelerando vorazmente su perdido corazón. Con un movimiento fugaz, el guerrero desvió de su garganta la hoja de bronce de Artemisa y la empujó hacia atrás con la palma de la mano como si nada fuera, haciéndola caer entre la vegetación.

Luego soltó lentamente el brazo.

—Armonía —murmuró Ares, usando su nombre por primera vez—. Nuestros caminos se separan, lo sé. Pero no te vayas sin tomar fuerzas. Hoy seré yo quien te lo pida, acompáñame en

el almuerzo. El té está preparado y aún tengo pan de higo y salvajina, quizás podríamos cazar esa cierva. No sé. Os podéis llevar una buena ración para el camino. Tu compañera, esa extraña hechicera que tanto provoca, puede quedarse y cebarse, si así lo desea.

—Nos marchamos y no me llames hechicera, bruto salvaje —aseguró Artemisa, airada.

—No, nos quedamos. Aquí tenemos fuego, alimento y un buen amigo —expuso Armonía.

—No es amigo, es Ares —le recriminó suavemente Artemisa, como si bien lo conociera.

—¿Qué te ocurre, hechicera? —le preguntó Ares, viendo su constante recelo.

—Si vuelves aponer tu mano sobre mi cuerpo o en el de mí amada Armonía, te mataré a pesar de ser quien eres —le advirtió Artemisa.

Ares la ignoró y se volvió ante Armonía, esperando su respuesta.

—¡Vamos a por esa cierva! —exclamó ella. Luego tomó el carcaj y su arco de la montura y ambos corrieron hacia el bosque.

Artemisa, que no pudo hacer más que tragar su orgullo y verles marchar, se fijó de inmediato en Ganímedes con ganas de saber todo cuanto allí había acontecido.

Los cuatro almorzaron alrededor del fuego una liebre que flecharon y salvajina cocida con tomillo, ahogada en vino y acompañada de arrope de trigo. Al terminar la pitanza, Ganímedes les obsequió con un cazo de té y un pequeño trozo de pan de higo.

Ares se irguió y miró con cierto despecho a Artemisa, se colmó un cuenco de vino y bebió. Y luego otro, derramando parte por su garganta y pecho.

—No me gusta verte así, Ares. He de marchar y es posible que nunca más te vea, no es la imagen que quiero recordar de quien salvó mi vida y me hizo mujer —dijo Armonía.

Artemisa alzó una ceja y profundizó celosa en su mirada sobre ella, alarmada por aquellas palabras y los aires de deseo que ambos se profesaban.

—Sé de la divina de Oriente, la gran cazadora. Hechicera de naturaleza, vengativa y mordaz de lengua. Pero nunca oí que habitara estas tierras —respondió Ares con cierto enfado ante la certeza de la marcha de Armonía—. No me comentaste que eras reina. Debí suponerlo cuando vi cómo te adoraban las gentes de Gomalova. ¿Qué hacéis en las tierras de la vieja Europa?

—Eso no es cuestión tuya. Yo te agradezco lo que has hecho por mi amada Armonía. Ratón, tú fiel erómedo, todo me contó. Pero ahora debemos marchar. Y estas tampoco son tierras de aqueos, tampoco tú deberías estar y nada te pregunto —apuntó Artemisa.

—No es mi erómedo, sino un hombre libre. Yo estoy aquí para expulsar a los atlantes que amenazaban las fratrías aqueas. ¡A todos mataré! —esgrimió Ares.

—Matar y matar. Es lo único que bien sabes hacer, nada más. Tu nombre es sinónimo de

guerra, sin importar enemigo o amigo. Es tu sino. Ser un dios, tu maldición. Y ellos, los atlantes, como vosotros, aqueos adoradores de dioses de machos, no sois más que asesinos ambiciosos de glorias y fortunas ajenas —apuntó Artemisa—. Vamos, Armonía, Mirina nos espera en Tracia pasadas las cuatro lunas y tarde llegamos.

—No Artemisa, no digas eso. Marchamos, sí. Pero Ares mucho me ha demostrado y no puedo consentir tales palabras, hieren mi corazón —intervino Armonía.

—¡Me sorprendes! ¿Te vas a dejar seducir por un dios de guerra? ¡No eres manjar para semejante bruticia! —contestó Artemisa y montó con la mirada cruzada—. ¡Vamos!

Armonía puso la mano sobre la piel desnuda de Ares y recorrió con delicadeza las tremendas cicatrices que adornaban aquel ancho pecho, absorta en cada una de ellas. Su mirada profundizó en la del salvaje atravesando aquellos ojos azul celeste como el hielo del norte, alcanzando su escondida alma de hombre. Y le besó en los labios dulcemente.

—Tu corazón es noble, está lleno de amor. Preso lo tiene el odio. No lo sabes y por ello no puedes evitarlo. Crees que tu vida tiene que ser así y no tiene el porqué —aseguró ella y se alejó, haciéndose con las riendas de su caballo negro.

Cierta angustia y un calor sofocante hecho ira se apoderó de Ares. La sangre parecía hervir en sus propias venas. Nunca había notado aquella extraña sensación tan voraz. Todo su ser se consumía solo con pensar que no volvería a verla jamás. Y deseó cortarle la cabeza a Artemisa, detener a Armonía y hacerla suya por siempre quisiera o no. Agachó la cabeza, calmando sus instintos y deseó que partieran rápido ante lo que pudiera pasar. Se volvió hacia la hoguera y observó la cara atónita de Ganímedes, que mudo había permanecido en todo momento. El golpeo de los cascos de las bestias sobre la nieve le confirmó que se alejaban. Murmuró una blasfemia indecible y levantó la vista para ver cómo la densidad del bosque se las tragaba. Unas pequeñas nubes ocultaron la luz del sol y de pronto, como si le faltara el aire, respiró profundamente tratando de calmar la ansiedad que le devoraba.

—Pero ¿vas a dejarla ir? —preguntó Ganímedes con cara de incrédulo.

Ares cernió de inmediato la vista sobre él y abrió su mano para abofetearle. No lo hizo, observó al joven atlante, que estaba atemorizado, cubriéndose con los brazos; y gruñó tragando su frustración, apretando los puños.

—¡Recoge todo esto! ¡Nos vamos! —espetó.

***

Ares marcó un trote rápido. Tras él se afanaba Ganímedes, tirando de la mula cargada con la tienda. El salvaje guerrero pensó que la nevada debía haber impedido que la columna aquea

avanzara veloz. Marcial tendría que parar a menudo para descansar y esquivar la dureza de las tormentas. Si quería llegar a Ática con sus lanceros en buen estado, listos para la batalla, no podía estar lejos. Habían sido numerosos días los que había pasado con Armonía y realmente, no podía discernir la distancia a la que podrían encontrarse los hombres de Marcial. Eso lo enfureció.

—¿Cómo es posible? ¿He perdido toda noción guerrera junto a esa mujer? —se preguntó. Si a su lado él era capaz de sacar el lado más violento de Armonía, ella conseguía anular por completo la ira que siempre lo acompañaba. Pensó en cada palabra que ella le dijo, en cada beso, y de inmediato sacudió la cabeza de un lado a otro tratando de recuperar el juicio.

—Mi señor, ¡los aqueos! —gritó Ganímedes.

Ares alzó la cara al frente. Caída la oscuridad, numerosas hogueras comenzaron a destellar en la noche. Como supuso, la gran nevada había retrasado la marcha de Marcial unos días, los suficientes para que se hallara más cerca de lo esperado. Su llegada al campamento fue vitoreada por los lanceros. Siempre era buena señal que el guerrero divino les acompañara. Aunque pocos se le acercaban para saludarle, solo los más valientes, los temerarios.

Ares se adentró en el campamento y llegó ante unas carpas altivas, seguro de capitanes, lo que aseguraba una noche silenciosa y sin alteraciones. De un salto, descabalgó.

—Ratón, ¿te quedas o marchas? —le preguntó al joven atlante.

—Me quedo —asintió Ganímedes sin dudarlo lo más mínimo.

—Como quieras. Hoy montarás mi tienda aquí, junto a esa hoguera, y si pretendes seguir a mi lado tendrás que buscarte un refugio para ti, pues conmigo no has de dormir.

En ese momento, el paso acelerado de unos soldados que, excitados entre voces, se dirigían hacia el puesto de la guardia, llamó su atención. Un lancero llegó y se asomó a una de las carpas. Una joven esclava, de ojos tristes, salió y habló con él. Luego cruzó su mirada curiosa con la de Ganímedes y desapareció bajo las telas de la carpa. Al momento, salió el capitán Prometeo.

Ares lanzó su mano sobre el lancero, asiéndole del hombro.

—¡Alto, valiente! Dime qué ocurre —le exigió con su voz ronca.

—Los exploradores han sorprendido a dos espías, zorras ellas. Son jóvenes y belicosas, tienen cuerpos esbeltos de gacela. Las han capturado en los pasos de Oriente. Eso dicen.

Ares abrió sus ojos hasta más no poder, temeroso de que se tratara de Armonía y Artemisa. Y su corazón se contrajo al pensar en la suerte que podía haber corrido su amada.

—¿Dónde están? —preguntó.

—Presas en los carros de concubinas y sarasas. Como esclavas pretenden venderlas, si acaso sobreviven a la soldadesca. Liadas con ellas están, gozando, castigándolas.

Ares soltó al guerrero y echó a correr.

Con fuertes empujones se quitó a cuantos hombres se interponían en su camino, sin que nadie rechistara lo más mínimo, hasta llegar junto a la guardia y poder divisar los carros de placeres. Un grupo de lanceros rodeaba la lejana hoguera. Con un gruñido, alzó el cuello y trató de ver más allá de las llamas. Y aceleró su paso con el alma en vilo, temiéndose lo peor.

De pronto una voz a su lado.

—¿Es verdad que montaban a caballo? —preguntó el capitán Prometeo, acelerando su paso, junto a un soldado que le abría camino.

—Sí, mi capitán. Iban armadas como lobas, quizá lo sean. Pretendían huir y fueron lanceadas. Al menos una servirá de gozo, de placeres nos colmará por varias jornadas.

Ares gruñó herido en su mente. De un tremendo puñetazo reventó el pómulo de aquel soldado y corrió hacia los carros. Su corazón se agitaba furioso con cada paso, temía que algo le hubiera pasado a aquella increíble mujer a la que había amado. Los lanceros de Marcial estaban demasiado cerca de su ruta, podrían haber caído en una emboscada de los exploradores.

Prometo quedó atónito ante la reacción de Ares. Bien sabía que solo el general era capaz de frenar la ira del guerrero divino y viendo lo acontecido, dedujo que podrían haber más problemas aparte del pómulo de aquel soldado que se retorcía de dolor en el suelo.

—¡Avisad al general, de inmediato! —ordenó a su guardia.

Ares llegó ante la gran hoguera que alumbraba los carros de esclavos, donde concubinas y sarasas esperaban satisfacer los calores y caprichos de sus señores. La guardia dio un paso atrás y mostró sus armas; ante su presencia divina no cabía duda alguna, solo mostrar el respeto debido.

—¿Dónde están? —preguntó sofocado.

Ladeó su mirada ante la señal de un lancero que no se atrevió a hablar, solo a señalar. Observó salir de un carro a un par de soldados frotándose la entrepierna, dichosos, con las manos manchadas de sangre. Sin decir palabra, sacó su daga y segó el cuello de uno de aquellos hombres. Al otro lo levantó un metro del suelo en su embestida, astillándole el esternón y la vida.

—¡Os mataré a todos! —susurró de forma terrible.

Dando dos saltos subió al carro. Con el reflejo de las llamas de la hoguera, vio cómo un hombre violentaba a una joven rubia que no paraba de llorar. Al lado, otra mujer yacía desnuda, agónica, cubierta de sangre, esperma y orina. Lanzó su mano sobre la melena de aquel hombre, le levantó la cabeza hacia atrás y le cortó la garganta. Acto seguido se apresuró a socorrer a la joven. La tomó entre sus brazos, descendió del carro y la posó con delicadeza sobre la nieve.

—¡Qué vengan los médicos! —gritó mientras le limpiaba la cara.

Al ver el rostro de aquella mujer, volvió la vista atrás, tomó un palo ardiente de la hoguera y subió de dos saltos al carro para alumbrar a la otra mujer. Y sonrió incrédulo. No eran ellas.

—Ah, Ares… Tu padre Zeus te envía para liberarnos de estas bestias —murmuró la joven levantando su faz magullada, llorando su rabia e impotencia—. El sabio rey Cécrope los matará a todos, ni uno solo de estos cancerberos sobrevivirá a su ira. Solo tú, hijo de dioses, digno salvador, vivirás de entre todos cuando a sus oídos llegue semejante humillación.

Ares lanzó el cuerpo del hombre degollado al aire, el cual se estrelló cerca de la hoguera ante el estupor de los demás soldados. Salió del carro con una enorme sonrisa, dejando a la joven descansar en su agonía. Miró detalladamente hacia Oriente, por el camino que se discernía más allá del campamento. Nada vio. Su corazón, calmado de la ansiedad desatada, se ensanchó feliz y celebró que no fueran Armonía y Artemisa las mujeres domadas.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó con fuerza el general Marcial.

Ares se acercó lentamente y Marcial calmó su propio ánimo.

—Mi general, solo eran dos merodeadoras, zorras ellas fueron sometidas. Espías o a saber. ¡Quizás lobas! Pero el divino Ares… En algo le ofendimos sin querer —asintió temeroso uno de los soldados, sin poder ocultar su temor ni su culpabilidad.

Ares se acercó hasta el soldado, le cruzó las manos sobre el cuello y apretó duro, muy duro, observando cómo la vida se escapaba de aquel hombre conforme le crujía la garganta.

—Mi buen amigo Marcial, tu amado rey Cécrope recompensará a aquel que lleve ante él con vida y compuestas a estas dos jóvenes humilladas. Pues, entre todas sus harpías, son sus favoritas, Hécate y Némesis. Una misión tenían y sin duda ya cumplieron. No rondaban el campamento, venían a donde esperan ser agasajadas, no ultrajadas —expuso Ares, sin soltar.

Marcial observó a la joven desnuda que se contorneaba entre agónico gritos en el suelo y alzó la cabeza para ver salir del carro a la otra envuelta en sangre sus caderas, clavando sus ojos llenos de ira y sufrimiento en él.

—Mierda —murmuró Marcial y dirigió la mirada hacia Prometeo, el cual ya comprendía la gravedad del asunto; y hacia los médicos, que llegaban corriendo, seguidos de varios lanceros de la guardia personal del general.

Ares soltó el cuello y el soldado cayó al suelo sin vida. Se alejó pensando en Armonía, mientras limpiaba en la tela del costado la baba que aquel hombre había vertido en su mano.

—Quiero la cabeza de todos los que han participado en esta horrorosa afrenta a nuestro amado rey Cécrope —ordenó tajante Marcial—. ¡Cualquier detenido debe ser entrevistado antes de tomar medida alguna, sea hombre, mujer, perro o mula! ¿Entendido?

Al calor de la hoguera, limpias de sudor, babas, sangre, orina y esperma, Hécate y Némesis sonreían maltrechas. Sus humillados cuerpos se cubrían con chitones limpios y mantas de lana;

escuchaban con deleite cada golpe de hacha, cada quejido de muerte. Diez hombres fueron decapitados; los que ellas señalaron, fueran soldados u oficiales, las hubieran violentado o no.

—Mi capitán, yo no las toqué —rogó el último de ellos, dirigiéndose hacia Prometeo.

—Nada hiciste por evitarlo cuando pudiste, muere ahora —susurró Hécate, mordaz.

—Miraste —añadió Némesis con una sonrisa ida, pérfida.

—¡Su cabeza! —exigió el capitán al verdugo.

CAPÍTULO 10 · EL PARLAMENTO DEL REY CÉCROPE

Colmadas las mesas con abundantes jugos y vino, de fruta y pastas de harina y huevo, los sabios de la Corte del rey Cécrope se adentraron en la sala de conferencias. Se trataba de una amplia estancia en forma de semicírculo, de paredes blancas y anchas ventanas por donde el sol todo lo iluminaba, para que no existieran tinieblas ocultas y todos bien se pudieran ver. En el centro se alzaba la tribuna del orador, contra una pared adornada de figuras divinas del Olimpo. Solo los más poderosos visitaban dicho lugar, conocido como Parlamento y que se erigía en el interior de la acrópolis de Atenas. Era el lugar donde se dirimían las grandes cuestiones de Estado, se impartía justicia y se ofrecían grandes sacrificios a los dioses.

El general Marcial y el capitán Prometeo, héroes de las fratrías aqueas al comandar el ejército que había vencido al invasor atlante, saludaron a aquellos que esperaban en pie. Tras ellos entró el joven Filisteo, efebo de Marcial, un joven hermoso de delicada apariencia y pelo rubio, ensortijado. Y Elena, la joven y tímida esclava de Prometo.

Ares entró dando un leve gruñido. Le seguía Ganímedes, que miraba atónito y que bien supo llegar a la altura de la joven esclava de Prometeo para regalarle una sonrisa. Al momento, Hécate y Némesis llegaron cubiertas de ropas exquisitas y brillantes joyas; y se alzaron a los escalones más altos tras lanzar una mirada lasciva hacia el guerrero divino, el cual las ignoró y con los brazos cruzados. En su mente, solo Armonía. Habían pasado muchos días desde que se despidieron en aquellos bosques nevados, pero ese aroma de jazmín aún le perseguía por cada rincón de la gloriosa Atenas. Ni las visitas a los antros de bellas mujeres con sabor a vino, ni las esclavas de dotadas artes, ni las refinadas vírgenes de alta alcurnia que a menudo recibía como presente, le habían satisfecho lo más mínimo. Aquella procesión de lujuria servil le aburría. Para su pesar, solo le valía para recordar cuanto deseaba a aquella guerrera y para comprobar que no había otra igual. Escudriñó el trono real, un destacado asiento forrado de pieles de leopardo y con posabrazos de oro que se situaba en el primer escalón del hemiciclo.

El rey Cécrope no se hallaba presente. Como era habitual, el monarca se excusaba de cualquier acto donde pudiera cruzarse con Ares. No soportaba que una persona no le mostrara el respeto debido y el guerrero divino no se inclinaba ante nadie. Por ello nunca se veían, nunca se hablaban y nunca se escuchaban. Ares lo prefería así. No le gustaban los aires de palacio, su sitio estaba en el campo de batalla. Ni los eternos debates de las Cortes, su voz era la maza y su larga lanza. Ni las leyes que dictaban reyes y gobernantes, su vida era suya y ante nadie respondía.

Ganímedes, sin pretenderlo, se había convertido en la envidia de los efebos y esclavas de placeres, e incluso de las mujeres libres de la Corte. Era el más popular de los jóvenes de palacio y como a tal le miraban. Blanco de habladurías, todos se preguntaban cómo había conseguido la gracia del guerrero divino. A nadie se le ocurría plantearse que era un hombre libre, ya que nunca se perdía más allá de dos pies de su protector. Pero él solo tenía ojos para Elena, la joven esclava que, con la cabeza baja, apenas le sonreía y le devolvía la mirada con evidente rubor.

—Demos gracias a Zeus por tan hermoso día y hallarnos aquí, en tan buena compañía. Nuestros invitados llegaron. Debatamos pues —dijo el viejo Aurelio desde la tribuna, el sabio orador de pelo blanco y estirada faz.

—¿No esperamos al rey Cécrope? —preguntó Marcial, incorporándose—. Me hizo llamar con urgencia y presente no está.

—Es posible que no pueda asistir al Parlamento —aseguró Aurelio mirando a Ares, el cual alzó levemente una ceja—. Ahora sabrás de la urgencia y de nuestros deseos que, sin duda, serán avalados por nuestro amado rey Cécrope. Escuchad: una horripilante guerra se desata de nuevo en las regiones de Tracia. Nuestras poblaciones son asaltadas y saqueadas. Hermanos y aliados sufren constantes ofensas. Sus cosechas y bienes peligran, sus hijos y mujeres mueren cada día.

—¿Una nueva guerra? —le cortó Prometeo.

—Esa es la cuestión que hemos de dilucidar en Parlamento. Acabamos de expulsar a los atlantes que desde Occidente nos invadían feroces como langostas. Ahora un nuevo enemigo nos amenaza, esta vez llega de Oriente. Y no es menos peligroso. ¿Es posible iniciar una ofensiva que destierre el mal de raíz antes de que arraigue en nuestra tierra?

—Nuestros hombres salen de una guerra muy larga, muchos de ellos en sus hogares se hallan —respondió Marcial—. No será deseo de ninguno batallar tan pronto. Pero llegado el momento, es algo que debemos afrontar. Dime, ¿quiénes osan medirse con gloriosos aqueos?

—Son salvajes llegados con la gran helada que cubre el norte. Son ellos los que saquean todo. Los tracios, sin protección y contagiados de ambiciones, se revuelven contra nosotros tras décadas de amistad, tributos y negocio. Han levantado una polis de grandes murallas y armas, donde se ocultan tras sus matanzas, llamada Barbaria.

Ares se acicaló la barbilla. Sus campañas en Tracia habían dejado incontables muertos. Allí todos temían a los aqueos y una paz estable parecía albergar en sus tierras desde hacía años.

—Creemos necesario marchar con premura sobre Tracia, antes de que esos salvajes traigan la guerra hasta nuestros hogares, como hicieron los atlantes.

—Y no olvidemos a las lobas, mujeres osadas que a todos persiguen, que no ceden en sus tropelías —expuso otro de aquellos hombres, aprovechando el momentáneo silencio.

—De salvajes de Oriente poco sé. De mujeres varoniles que batallen, menos aún. Pero de tracios, a muchos maté. No podíamos esperar ocupar sus tierras y que todos callaran, por muchas promesas que se les haga. Un político siempre promete y a menudo poco cumple. Así, un militar bien sabe que pronto se le requerirán sus servicios como ministro de la muerte. En toda patria hay hombres dispuestos a morir, que no se someten, que piensan que la tierra les pertenece por derecho y no aprenden a convivir… y llega la atroz guerra —dijo Marcial.

—Formaremos un poderoso ejército y haremos de Tracia nuestra tierra. Más allá podemos llegar —le respondió el más joven de los prohombres, buscando acción y riquezas.

—Más allá están los troyanos domadores de caballos, hijos de Zeus y Elektra. Son nuestros hermanos de sangre, hombres civilizados que habitan tras las murallas de la inexpugnable Ilión —expuso Aurelio.

—Sí, nuestros hermanos… Que en nada ayudan —remugó el joven parlamentario.

—¿No tenemos soldados en la zona? —preguntó Marcial.

—Una reina loba frenó el ejército mercenario de nuestros hermanos, comandados por el terrible Midas en los confines de Tracia. Y azotó feroz a los gloriosos lanceros del general Helenaico. La rubia Pentesilea la llaman. Dicen que, amante de dioses del Olimpo, es hija de Ares, pues grandes bueyes le ofrece ante cada batalla y no conoce derrota.

Todos los presentes miraron de soslayo al salvaje guerrero, que seguía escuchando sin dar mucho crédito a nada de lo que oía. Aunque sí le atrajo el hecho de que esa reina loba era la primera mujer a la que se le atribuía el distinguido honor de ser su hija.

—Recorrí esas tierras, sus costas, en el sur, matando piratas y tracios orgullosos; mas nunca estuve en los confines de Tracia, al norte. Muchos aseguran ser mis descendientes, a ninguno conozco —aseguró Ares con su voz ronca.

—¡Una reina guerrera! ¿Qué insulto es ese? ¡Mujeres que hacen la guerra! Estoy harto de esas burdas leyendas que llegan de Oriente. ¡Asesinas de hombres sobre caballos! —exclamó un parlamentario—. Es como decir que el mundo está al revés. ¿Cómo han de batallar las mujeres?

—Yo oí hablar de ellas a un glorioso lancero, las combatió en otro tiempo —expuso un hombre de avanzada edad y larguísima barba, sabio entre los sabios, que se apoyaba sobre un

bastón de oscuro roble—. No es leyenda, pues se trajo una de ellas consigo de más allá de Ilión. La tuvo que matar, pues no había manera de domarla. Son harpías que a todos persiguen cabalgando a lomos de furiosos caballos y que matan por saciar su infinita sed de sangre. Lobas las llaman, pues se aparean con los más sanguinarios lobos a la luz de la luna llena. Y devoran a todos sus hijos varones, llenas de ira, al comprobar que no son hembras. Vienen de las lejanas tierras del Euxino, de una ciudad de terror dominada por hechiceras, llamada Temiscira. Viven en un mundo salvaje poblado de dioses paganos, monstruos terribles y demonios surgidos de infiernos desconocidos. Son bravas en la batalla y muy peligrosas, tanto como cualquiera de nuestros valientes lanceros. Todo ello me contó. Y es más: ¡La cazadora Artemisa las protege!

—¿Artemisa? —preguntó Ares levantando la cara en ese momento.

—Sí, la divina, impía y vengativa Artemisa cuida del trote de las lobas. De muerte cubre a nuestros hermanos, solo por dañar a su padre Zeus al que siempre odia —aseguró el anciano.

—Esas mujeres de Oriente no me inquietan, ni tan siquiera Artemisa, la gran cazadora. Pero quisiera saber más de mis enemigos en verdad, aquellos que he de combatir con bronce y someter en Tracia —contestó Marcial, distante de creer los dichos de aquel anciano.

—En Barbaria se encuentran —contestó el orador Aurelio—. Debes acabar con su poder antes de que sean una polis inexpugnable como Ilión. Yo propongo que se reúnan las fratrías aqueas y que treinta mil lanceros marchen sobre Tracia. Y que vayan más allá, evitando las tierras del Imperio Hitita, para destruir la Temiscira de las lobas. Leyenda o no, deben ser aplastadas, pues ellas son el verdadero mal que todo lo remueve. ¿Estás preparado para ello, general?

—Es una empresa grande. Más de lo que sin duda pensáis. Pero contar con mi favor si este es el deseo del Parlamento y de mi amado rey Cécrope —aseguró Marcial.

—Temiscira —susurró Ares y se irguió—. Quiero dormir, mañana he de partir temprano; me devora la impaciencia por conocer a esas despiadadas lobas, asesinas de hombres.

—¡Contad también conmigo! —expuso Prometeo con orgullo, consciente de su grado y uniéndose a los vítores de los prohombres de saber y poder.

—¡No!

Un silencio absoluto dominó el Parlamento.

Ares retrocedió sobre sus pasos.

Y todos volvieron la vista hacia el rey Cécrope, rey de reyes de Ática y fundador de Atenas. El soberano penetró en la sala, adornado con una corona de laurel encintada en oro y vestido de un hermoso visón blanco bordado de púrpura imperial, que cubría de largo sus pies ocultos por siempre. Recorrió la estancia con su esclera negra y pupilas amarillentas, ojos similares a los de una víbora. Y pasó ante Ares, ignorándole como si nada fuera. Estudió con soberbia desmedida a

cada uno de los presentes, que rápidamente mostraron el respeto debido. Luego clavó la mirada en Ganímedes.

—Veo que los dioses gustan devorar de los placeres mundanos —afirmó.

—El muchacho es libre. Me sirve como hombre, no como esclavo de favores —aseguró Ares comprendiendo la ironía del rey y su destino: molestarle al compararle con un mortal.

El rey le observó recorriendo con sus vidriosos ojos las facciones de Ares, conociendo a aquel del que tanto le habían hablado, que a tantos había matado y al que tanto había permitido por ser el hijo de Zeus; buscando la verdad sin parpadear ni poder hallarla.

—Mi amado rey, creímos que… —habló el orador Aurelio.

Cécrope se volvió de inmediato al escucharle y anduvo ligero, como deslizándose sobre una gran cola de serpiente hasta su trono. Se mantuvo por unos instantes altivo y luego, se acomodó manteniendo la atención en Aurelio y la vista en Ares.

—Hemos dispuesto un ejército de treinta mil hombres, aportados por las fratrías…

—¡No! —exclamó de nuevo Cécrope—. El bravo Marcial puede comandar su ejército de mil valerosos lanceros a las tierras de Tracia, son duros y valientes, muy grandes. Mi amado hermano, el capitán Prometeo aportará diez mil soldados, suficientes para acometer tal empresa y fortalecer las guarniciones. No se debe molestar a las fratrías aqueas, ni esperar más.

—El ejército de esos salvajes dicen que son cien mil o más —expuso Aurelio, comedido.

—Mis soldados harán fuertes las fronteras de Ática y Tracia. Pero no irán más allá. Y sobre Temiscira, tal empresa se hará con inteligencia. Salimos de una guerra con atlantes y libios, victoriosos fuimos y aún así malparados quedamos. Crear un nuevo ejército como pretendéis dejaría Ática solo con mujeres, niños y ancianos, y nos llevaría a la ruina —continuó Cécrope.

Con cierto desánimo, todos escucharon.

—Yo siempre escucho al Parlamento antes de dictar decisión alguna en democracia —continuó Cécrope—. Mas hoy el Parlamento me escuchará a mí. No debemos cometer las mismas faltas que nuestros enemigos. Antes de marchar más allá, nuestras tierras han de estar bien custodiadas; las tropas descansadas, fuertes y armadas. No hace mucho avancemos hacia Tirrena y nos encontramos con salvajes sin nombre a los que hicimos vasallos. Pero también despertamos a un ejército que buscaba ser imperio, que quiso nuestras riquezas y se llevó las vidas de miles de los nuestros. ¡Los atlantes hijos de Poseidón! Vencimos en la batalla final, a las puertas de Atenas; a sus avernos de Occidente los enviamos gracias a los dioses. No hay leyendas en las venas del pueblo, sino sangre; como en cada uno de mis fieles lanceros. No los enviaré a un destino incierto ni dejaré mi reino a merced de cualquiera que fije sus codiciosos ojos en nuestras tierras.

—Sabias palabras en boca de un rey conquistador. Toda Ática es tuya, como Tracia; y el mundo lo sería si vuestros prohombres y militares os escucharán más y tuvieran menos prisas por colmarse de gloria, oro y placeres —expuso Ares—. Clara tengo la empresa. Mañana al despuntar el sol saldré hacia Tracia… y más allá he de ir.

—¡Ares! ¡Escucha, orgulloso insensato! —exclamó Cécrope—. Si marchas más allá de Tracia, los dioses no te ayudarán. Son tierras salvajes, donde habita Cibeles con sus horribles leones, Artemisa la gran cazadora y los dioses inhumanos con cabezas de dragones y elefantes. Lejos queda el Olimpo. Allí Zeus solo vive en los corazones de los troyanos; más allá no hay nada y no podrá ayudarte ni tan siquiera a ti, su hijo. Si acaso lo eres.

—En nada necesito la ayuda de Zeus ni tus consejos —expuso Ares con su ronca voz y salió de la sala seguido por Ganímedes, que a todos mostraba respeto con prisas.

Durante unos momentos, el rey Cécrope observó con inquina el tintineo del toldillo de canutos que cubría la entrada por la que Ares abandonó la sala. En silencio le contemplaban prohombres y militares. Una suave brisa entró, meciendo la tela de las púrpuras vestimentas que cubrían sus pies y una gruesa y rojiza piel escamosa se dejó ver por un momento.

—Entonces ¿mi muy amado rey? —se acercó Marcial.

El rey Cécrope fijó la mirada en su general.

—Si el Parlamento rubrica mis palabras, asienta Tracia; impón la ley de Cécrope, mi ley. Envía espías, conoce. Mas no marches con los diez mil de Prometeo más allá. Ellos deben afianzar las guarniciones, nuestras fronteras y regresar por reemplazos vencido el enemigo.

—Vuestras palabras son sabias, como siempre, y el bien nos anuncian. Tenéis mi rúbrica y, por supuesto, la del Parlamento; pues veo que nadie dice lo contrario. Pero ¿y Temiscira? El mal brota de sus entrañas —preguntó el orador Aurelio.

—Marcial se ocupará de la Anatolia oscura y profunda con mil bravos lanceros. Marchará con mis dos hermosas harpías, ellas bien saben lo que hay que hacer.

—A nuestros hermanos vengaremos y afianzadas las posiciones, exploraremos los confines de Tracia y más allá. Saldré al amanecer con Ares, hijo de Zeus —expuso el general.

—Marcial, no esperes a Ares. Él no desfila, no ordena, no obedece… No esperes nada de su lanza, agradece lo que consigas gracias a tu brazo. Actúa como comandante de tus hombres, pues solo a ti te exigiré explicaciones.

—Así será mi muy amado rey.

—Y procura que mis hermosas harpías Hécate y Némesis estén bien atendidas en cada momento, que nada les pase o esta vez será tu cabeza la que calme mi ira. En nada las contraríes, amantes del Olimpo son —aseguró Cécrope dando por terminado el Parlamento.

Marcial asintió conforme las dos mujeres se le acercaban sinuosas, tétricas, con su mirada fatal y una pequeña risa de hiena. Los prohombres, convencidos por las palabras de su rey, abandonaron el hemiciclo agradeciendo a Marcial su empresa, deseándole suerte y gloria.

—Marcial, acompáñame; tenemos que debatir algo que solo he de regalar a tus oídos, que solo tú y yo sabremos… y ellas, mis hermosas harpías —aseguró el rey Cécrope recreándose ante la mirada de Hécate y Némesis. Luego se volvió hacia Prometeo—. Hermano mío, tú ve y disfruta de los placeres de la vida; pronto batallarás lejos, glorioso, y solo verás muerte.

CAPÍTULO 11 · LAS SENDAS DE TRACIA

Tras un mes de agotadora marcha por Tracia, Ares entró dando un bostezo en la carpa de armas, seguido del joven Ganímedes. Allí estaba Marcial, vestido de bronce; y también Prometeo, orgulloso de capitanear aquel ejército de diez mil hombres al lado de su general.

Marcial estiró los brazos hacia arriba y Morgo le ajustó las correas del peto. Morgo era un enorme hombre negro de abultados labios y ojos saltones, sin un pelo en todo el cuerpo y con musculosos brazos; y nadie sabía si era esclavo, soldado o amante, solo que carecía de lengua y todo mataba por su general. El bello Filisteo se hallaba más allá, en las sombras, mostrando su delicada y fémina apariencia, rodando con un dedo su ensortijado cabello rubio.

—Salvajes a pie, guerreros a caballo… Al menos se oye hablar de veinte mil almas, nos informan los exploradores —aseguró Prometeo, sopesando las alternativas de un ataque.

—¿Solo? ¿No eran cien mil?—preguntó Marcial con una sonrisa sabida.

—Contra más nos acercamos, menos parecen ser —apuntó Ares.

—¿Entre ellos se cuentan divinos? —preguntó Marcial.

Ares se apoyó en uno de los postes de madera de la tienda y, mordiendo una manzana, intercambió la mirada con Marcial ante aquella extraña pregunta.

—Solo mortales, mi general —respondió Prometeo—. Buscan la meseta sur que desciende hacia la misma Barbaria. Creemos que allí quieren batallar. Es terreno llano, limpio, sin apenas vegetación; no hay mejor lugar para rentabilizar el número.

—¡Batallarán donde nosotros queramos! —exclamó Marcial—. Aún estamos lejos. Nuestro ejército tardará en llegar a esa posición. Quieren hacerse con el terreno y descansar antes de la batalla, que ocupemos las zonas bajas y luchemos cuesta arriba sin haber descansado.

—¿Mi general ha pensado la estrategia? —preguntó Prometeo.

—Seguiremos con nuestro camino, escalonando las fuerzas. Primero que partan las tropas

pesadas de choque, los víveres y los carros lentos, con las armas y esclavos, alimentos y demás intendencia. El grueso de la tropa le seguirá y después, las columnas ligeras, más rápidas. Así llegaremos en bloque, descansados. Pero desviaremos la ruta por el valle que abre los bosques, al norte. Si quieren batalla, tendrán que luchar allí, donde el terreno nos será propicio.

—Multitud de ojos nos vigilan desde que avanzamos por Tracia, mi general.

—Sí, mi buen capitán. Se darán cuenta de nuestra maniobra. Desde luego, aunque necesitarán su tiempo para reaccionar. Así llegaremos antes que el enemigo a la cima norte del valle. Tras nosotros tendremos el bosque donde guarecernos sin que vislumbren nuestras fuerzas en su totalidad. Tendrán que atravesar el llano y atacar cuesta arriba…

—¿Y si no atacan? —interrumpió Prometeo—. Es posible que se lo piensen cuando vean que el terreno ya no les favorece.

—Lo harán, atacarán. Son salvajes, no soldados. No piensan mucho, solo luchan. Desean batallar y vencer. Para ello se han unido todos los clanes del norte de Tracia y de más allá. Si pretenden sobrevivir, su objetivo es destruir nuestro ejército. Quizás duden un momento, mas no podrán refrenar su ímpetu y además… siempre podremos incitarles con un suculento cebo.

—¿Con un cebo?

—Sí, al igual que ocurrió con los atlantes; una pequeña avanzadilla que les inquiete lo suficiente para que salten ciegos sobre nuestras picas.

—Muchos de esos salvajes cabalgan. He de decir que no me gusta luchar contra guerreros a caballo, algo hemos de tramar para contrarrestar la embestida.

—Grandes estacas podrían valer —aseguró Ares, removiendo entre la fruta.

—Llevarlas será complicado, esperemos que el bosque sea denso y nos proporcione abundante madera —apuntó Marcial.

Cruzaron las aldeas erigidas por aqueos, donde fueron recibidos con flores, honores y favores. En las poblaciones tracias no era lo mismo. La gente se ocultaba y nada obtenían. La mayoría huían temerosos y desde la lejanía, les observaban, esperando que marcharan. El ejército no realizaban saqueo alguno, no podían. El rey Cécrope deseaba asimilar a los tracios, someterlos sin batalla, ganarse su respeto y gestionar sus tierras haciendo patria. No debían matar a quienes debían verles como los héroes que los librarían de tantos salvajes como les amenazaban desde Oriente. Marcial era consciente, por lo que no permitió el más leve escarceo con aquella gente, por el contrario dejaron ofrendas como los buenos aliados que se suponían eran.

Marcharon durante semanas por tierras desconocidas, sin más novedad que los hermosos paisajes que cruzaban, los enormes bisontes que observaban pastar en los prados y los numerosos

córvidos, zorros y lobos que comenzaron a seguirles para devorar los restos que dejaban atrás. Así llegaron a los extensos bosques que se alzaban como barrera natural ante Barbaria, una verdadera jungla impenetrable compuesta por enormes tilos, robles, fresnos, olmos y hayas sobre un mar verde de musgo y helechos.

Marcial observó atento desde su carro de guerra. Había un camino bien definido, hacia el sur, que se adentraba hasta un valle y unas montañas desde las que, según sus informaciones, se debía divisar el mar Euxinio. Y por otra parte, una senda pedregosa que se dirigía hacia el norte desconocido, por la que los exploradores afirmaban que se podría acceder a Barbaria. Durante las últimas jornadas no habían encontrado aldeas ni personas, la marcha había sido continua y sin sobresalto alguno. Pero aquel bosque, aquella senda y el valle podrían guardarle todos los sufrimientos que hasta el momento no habían encontrado.

—Prometeo, mi buen capitán, acamparemos aquí un par de días —ordenó Marcial—. Que los hombres descansen y se diviertan un poco. Que revisen el equipo militar y dispongan de cuantos víveres precisen. En unos días cruzaremos este bosque y seguramente entraremos en batalla, debemos estar descansados y preparados antes de penetrar en las sendas enemigas. Manda exploradores hoy que bien guien nuestros pasos mañana.

Aquella noche, Marcial convocó a sus oficiales en la carpa de armas. Quería revisar la estrategia, idear alternativas. Estuvieron debatiendo como vencedores, degustando fruta y vino aguado tras una suculenta cena a base de carne estofada.

—Esos salvajes de Barbaria… —remugó Marco, capitán de la compañía de exploradores; un hombre robusto de origen micénico, de grandes cejas y mentón pronunciado—. No debemos confiarnos, pues pueden emboscarnos. El bosque les será propicio, mi general.

—Quizás no presenten batalla en campo abierto y se defiendan desde los muros. Un asedio podría costar su tiempo; deberíamos cargar más provisiones por si nada encontráramos en los alrededores —indicó Tántalo, el capitán espartano, un valeroso guerrero de barba rasa y larga capa roja venido de la belicosa Lacedemonia en busca de gloria.

—¿Muros? No sé qué pensar —dijo Marcial—. Me sorprenden las nuevas de nuestros exploradores, pues aseguran que Barbaria no es más que una aldea. Las gentes que han hallado dicen que apenas tiene muros y que son de troncos viejos. ¿Es así?

—¿Barbaria es solo una aldea? —preguntó en voz alta Ares, que allí permanecía atento a todo—. ¿Dónde está esa gran urbe que nos amenaza?

—Hoy puede ser aldea de maderos, en el mañana será polis de grandes muros de piedra. Mejor asolarla ahora, en el futuro podría ser tarea ardua. Y no serán veinte mil salvajes, sino quizás cien mil lanceros —razonó Marcial.

Ares le escrutó en silencio. Aquella respuesta, aunque factible, no le había convencido. Hacia días que notaba al general distante y le extrañaba su actitud. Nada le revelaba de la empresa iniciada y sospechó que algo le ocultaba.

—¡Cuidad vuestros flancos! ¡Esos salvajes no están solos! —se escuchó una voz aguda, de mujer, entrando en la carpa como si dueña de todo fuera. Y le siguió su compañera, exaltada.

—¡Hécate, Némesis! —exclamó Prometeo al verlas.

—Hacía tiempo que no os veía, seguro que sembrando dicha andabais —murmuró Ares.

—Decid ¿qué habéis descubierto? —preguntó Marcial.

—Las hijas de la luna cabalgan cerca —expuso Hécate.

—La rubia Pentesilea, reina de las lobas de Tracia, está en Barbaria y trota orgullosa, ansiosa por batallar, en su corcel blanco, entre salvajes que la temen por ser hija de Ares, dios de guerras y males, azote de mortales —apuntó Némesis.

—¿Se sabe algo de la divina Artemisa? —preguntó Ares mirándolas de soslayo, como si nada hubiera oído y con él no fuera la cosa.

—De Artemisa nada sabemos —aseguró Hécate con grandes ojos, alzando las cejas.

—Pero bien vimos que hay otras lobas que andan cerca. No se dejan ver, pero están ahí preparadas. Nos observan esperando dar la dentellada —continuó Némesis.

Marcial las miró fijo, sorprendido por aquellas palabras. Sus exploradores y vigías no le habían proporcionado ninguna razón en tal sentido. Pero no dudó ni un momento de ellas.

—Eso solo quiere decir una cosa: ocultas el bosque, esperan atacar nuestra retaguardia, nuestros flancos, desgastarnos antes de que se inicie la batalla —afirmó contrariado.

—Eso resultará un problema —apuntó Ares—. Y ahora pienso que deberías estar más al tanto, pues parece que nos acompañan desde hace un tiempo. Es posible que los soldados que desparecen cada noche no sean desertores hastiados de una nueva campaña.

Marcial clavó de inmediato sus ojos en Prometeo.

—Son solo unos pocos, no muchos. Quizás treinta. Pensé que tras las continuas batallas contra los atlantes, desertaban por regresar con sus familias —se justificó Prometeo—. No actué, pues para nada les quería en la tropa si no tenían la mente clara.

Marcial volvió la vista ante Ares, remugó una maldición y golpeó delicadamente con los dedos la tabla que hacía de mesa, repetidamente, mientras se mostraba pensativo.

—Hubieras hecho bien en callar si fuera el caso, pues podría haber cundido el ejemplo y el desánimo. Pero ello solo ocurre cuando los lanceros son reclutados, no cuando se forma un ejército profesional —expuso Marcial sin contener por más su enfado.

—Son ciento cuatro en total —apuntó Tántalo—. Desaparecieron entre el séptimo y los

tres últimos días. La mayoría desde que alcemos el campamento en este lugar. Se llevaron armas y víveres. Por ello supusimos que eran desertores.

—Además de matar a tus hombres, te roban —apuntó Ares con una sonrisa maliciosa.

—¡Son las lobas! —exclamó Hécate.

—Con sus curvas de mujer atraen a los hombres y en la oscuridad de la noche los devoran —añadió Némesis.

—Lo siento, señor. Nada sé de esa reina guerrera ni de sus tropas, ni de las lobas que nos vigilan, si es así —respondió Prometeo.

—Es así —insistió Hécate.

—Mi general, mía es la culpa. Yo soy el responsable de la compañía de exploradores. Bien rastreamos, mas nada nos alertó de su presencia. Lo siento. Deben ocultarse muy bien para que no las hayamos localizado, no hemos visto el mas mínimo rastro —se adelantó Marco, consciente de su responsabilidad, con cara amarga y profunda inquietud.

Ares se acercó a Marco y este tragó saliva apretando los labios. El guerrero divino le miró con cierto desprecio, levantando una ceja. Luego se alejó para servirse un cuenco de vino.

—En cuanto vean que avanzamos hacia el norte, mandarán un correo veloz con sus caballos, y dispondremos de menos tiempo del deseado. Marco, si hoy confiáramos en tus exploradores, mañana la derrota sería nuestra vergüenza. ¿Qué he de hacer? ¿Cómo confiar en quién es incapaz de localizar un enemigo que nos sigue amenazante? —le preguntó Marcial y le posó una mano en el hombro, atravesándole con la mirada.

El capitán agachó lentamente la cabeza, avergonzado. Su misión era informar de todo aquello que se movía entorno a la gran columna, de lo que dejaban atrás y de cuanto encontrarían por delante. No había estado a la altura exigida, muchos habían desaparecido y podría haber puesto en peligro a todos sus compañeros. Se vio muerto.

—Mía era la responsabilidad, no suplicaré clemencia. Solo espero poder morir abrazando en digno combate al enemigo.

Marcial se sintió complacido con la respuesta.

—Bien, que los dioses decidan si debes vivir o morir. Marco, tus hombres formarán el cebo que incite al enemigo a la perdición —ordenó.

—Así será, mi general —respondió Marco, el cual sabía de la sentencia que significaba aquello, el cebo en la batalla siempre sale malparado. Pero le daba una oportunidad de resarcirse, de cubrirse de gloria y morir batallando, y quizá de vivir.

—Esto obliga a cambiar algunas de tus estrategias —obvió Ares y dejó el cuenco de vino vacío al lado de la jarra, observándola con ganas de repetir.

Marcial se acercó, le miró con un gesto de resignación y le sirvió más vino. Luego colmó un cuenco para cada uno de sus oficiales y un último para él, dejando la jarra vacía.

—Tántalo, las gloriosas columnas de Lacedemonia avanzarán esta misma noche hacia el norte, sin miedo, mostrando alegría a la luz de las teas. Arma a tus héroes y marcha de inmediato. En cuanto llegues al llano, alza el campamento, tumbad árboles y preparad brea para la batalla.

—No llegarán antes que ellas —expuso Prometeo.

—Las lobas se desconcertarán con esta maniobra y les seguirán. Ellas es posible que lleguen antes, pero no el ejército de salvajes —apuntó Marcial—. Marco, tú que ya conoces el terreno, has de partir tras la marcha de Tántalo, al amparo de la oscuridad, sin ruido ni fuego, por las sendas del sur. La salida triunfal de sus columnas llamará la atención de ojos espías y no repararán en vuestra silenciosa marcha. La ruta es más corta. Así pues, esquivando los peligros que halléis, debéis ser los primeros en alcanzar el bosque del valle. Tus hombres estudiarán Barbaria y las tropas enemigas, esperarán a Tántalo y les prevendrán de cualquier movimiento hostil. Espero que redimas tu grave error y de gloria nos colmes.

—¡Gracias, mi general! —exclamó Marco.

—Prometeo, nosotros partiremos al amanecer. A buen ritmo y protegidos por las largas lanzas de las columnas de bronce de Atenas, con los carros y avituallamientos. Debemos alcanzar el campamento de Tántalo antes que ese ejército de salvajes. De ello depende la ventaja y la suerte de esta empresa. ¿Alguna pregunta?

—Dividimos nuestras fuerzas, si tenemos un encuentro todo peligrará —expuso Tántalo, mostrando prudencia, que no temor.

—No tendréis ningún encuentro —afirmó Hécate.

—Esos salvajes se encuentran lejos, solo las lobas os vigilan. Y no son tantas como para mellar gravemente a tus valerosos soldados. Así pues, vuestros pasos serán seguros si atentos a la saeta os mostráis —recalcó Némesis.

—Si se diera tal caso, practica la defensa sin caer en provocaciones y espera nuestra llegada. Media jornada nos separará. Si partiéramos todos juntos, vuestros hombres más rápidos se verían frenados y la pesada columna de bronce debería esforzarse mucho por seguir vuestro ritmo. Llegaríamos tarde y cansados y ninguna ventaja adquiriríamos, sino todo lo contrario. Además, las lobas también tendrán que dividir sus tropas si atentas quieren estar a nuestra estrategia.

—Comprendo, mi general —asintió Tántalo.

—Bien, pues. ¡Ahora brindemos por la victoria, mis valerosos capitanes! ¡Que los dioses os acompañen en estos venideros días y os cubran de gloria! —exclamó Marcial, infundiendo valor y seguridad a sus mandos.

La carpa de armas fue quedando vacía, todos sabían su cometido. Tántalo salió gritando órdenes a sus oficiales, debían salir pronto y con mucho ruido. Marco apenas se notó que había desaparecido, en silencio alertó a las tres compañías de exploradores que marchaban. Prometeo abandonó la estancia con el cuenco de vino, pensando en el mañana glorioso que se avecinaba.

—Mi señor, necesitaríamos un joven bien dotado —dijo Hécate acercándose sinuosa a Marcial, que junto a Némesis se hallaba todavía en la tienda.

El general la miró con cierto desdén y asintió.

—Buen trabajo, mis dulces harpías. Decidme, esas mujeres, las hijas de la luna ¿por qué batallan? ¿No tiene hijos ni esposos que lo hagan? ¿Ni ancianos e hijos que cuidar?

—Son féminas libres, no tienen dueño. Son grandes matadoras, asesinas de hombres. Advierte a tus capitanes, que no las desmerezcan o a todos matarán —respondió Némesis.

—Morgo, acompaña a las damas. Que elijan un esclavo, el que más les satisfaga —ordenó Marcial—. Pero mañana lo quiero vivo y compuesto, no como el último.

—Hum —gruñó Hécate, disconforme—. De nada nos vale pues.

—Cécrope se sentirá contrariado. No cuidas a las niñas de sus ojos. No nos haces felices a pesar de nuestros valiosos servicios —expuso Némesis.

—Morgo, acompáñalas y por la mañana, temprano, antes de que nuestros hombres se levanten, entierra los restos que estas alimañas dejen —ordenó con enfado Marcial, delante de ellas, sin temor a ofenderlas pues bien sabían lo que eran.

Hécate y Némesis sonrieron lujuriosas y salieron de la tienda acompañadas por el enorme Morgo, cada una de ellas agarrada a uno de sus musculosos brazos negros. Marcial las observaba con cara de resignación. Pensó que no era cuestión perder un esclavo cada noche, aunque menos lo era ofender al rey Cécrope al no satisfacer los deseos de sus harpías.

—Si se lo permites, esas mujeres te dejarán sin esclavos —dijo Ares.

—Lo sé —susurró Marcial.

Ares alzó el entrecejo, estiró el mentón y dio media vuelta. Tomó su larga lanza y salió de la carpa de armas. Estudió su entorno y lanzó la vista hacia los bosques de Oriente. Una suave ráfaga de viento mecía las copas provocando un siseo que le cautivaba. Pensó en su ninfa divina, Armonía. Tenía el presentimiento de que pronto la vería de nuevo y eso le colmaba de emoción. Los recuerdos de aquellos días pasados surcaban su interior acelerando su corazón. Gruñó, pues ella seguía ahí, en su mente. Había luchado por olvidar, pero no podía. Realmente, no quería. La deseaba y dio por cierto que su única empresa en aquellas tierras salvajes era recuperarla a pesar de que tenía por bien seguro que era reina loba.

—Filisteo, mi fiel amado —murmuró Marcial, estirando el cuerpo al llegar a su tienda de campaña, reclamando su presencia.

—¿Mi general necesita unas friegas que calmen su inquietud —preguntó el joven saliendo de la oscuridad y ocupándose de desvestir a Marcial de las hombreras, las grebas y el peto.

—Esas harpías que sirven a nuestro amado rey Cécrope me ponen nervioso.

—Son brujas malvadas, demonios del inframundo. Debéis cuidar vuestras palabras, quizás puedan oírlas —aseguró Filisteo mientras alzaba el chitón del general y le acariciaba sus anchas espaldas, deslizándole suavemente las manos.

Después guardó las vestimentas de guerra, ordenadamente, y acto seguido deslizó sus manos colmadas de aceite por el cuello, el pecho y el vientre del general, sin parar en sus caricias sabidas, hasta quedar de rodillas ante él.

—Olvídalas, no pienses más en ellas, relájate entre mis labios. No son más que dos odiosas mujeres —susurró Filisteo.

La noche cerrada se adueñó de todo con sus sombras y tinieblas. Apenas nada se oía, todos dormían. Tántalo y Marco, en su avance, se hallaban ya lejos del campamento. El siseo entre árboles cesó bajo la bruma blanca que empañaba de rocío las tiendas de campaña. El canto de la tetigonia y el chasquido de los murciélagos acompañaban a la guardia. Sentados en torno a la hoguera unos hablaban en voz baja, para no molestar el sueño de sus compañeros; otros paseaban más pendientes de la luz de las llamas que de la oscuridad del bosque. Pero ninguno se alejaba del campamento, alertados de la posibilidad de que hubieran lobas vigilando sus pasos.

De pronto, el canto de la tetigonia cesó, el chasquido de los murciélagos desapareció y el ulular del búho sonó potente ante ellos.

—Esa lechuza debe estar ahí encima —aseguró el sargento de la guardia, alzando la tea contra un enorme roble rodeado de abundante vegetación.

—No es una lechuza, es un búho —corrigió su compañero y lanzó una piedra.

Entonces escucharon diferente voces de búho que rodeaban aquella parte del campamento, en lugares alejados, una tras otra, como una señal, y comprendieron.

—¡No son búhos! —exclamó el oficial.

El no búho alzó su vista de párpados tintados y tensó la cuerda del potente arco de astas.

Y la saeta voló mortal.

Un terrible crujido despertó a Marcial y a su fiel Filisteo. El suelo pareció temblar como si se tratara de un terremoto. Gritos de alarma y muerte resonaban a su alrededor, acompañados del ruido de cascos de caballos y golpes de bronce.

—Por todos los dioses ¿qué está ocurriendo? —gritó Marcial.

Varias saetas en llamas perforaron y prendiendo las lonas por los cuatro costados. Y de pronto, como embestida, la carpa cayó sobre ellos. Filisteo comenzó a dar cortos espasmos, preso de la histeria. Se encontraba inmovilizado bajo el toldo y los maderos de la tienda. Su pelo de ricitos dorados ardió rápidamente mientras el horror atenazaba su corazón, y gritó con fuerza. Reptando, Marcial llegó hasta un borde y se sacudió las telas de encima. Asomó parte del cuerpo y vio docenas de guerreros de largas capas negras pasar a caballo veloces, lanzando saetas en llamas, cortando el aire con el afilado bronce, matando con sus lanzas de afiladas picas adornadas de plumas negras. Y tan solo por un instante, logró salvar su vida al ladearse ante el brillo del metal con el paso de un jinete. Un fuerte dolor acompañó la sangre que resbaló por su costado y la embestida de un caballo que lo lanzó por seis pies por delante.

Trató de levantarse y resbaló con las entrañas de los lanceros de su guardia que allí yacían, y cayó de bruces. Observó a los jinetes, desaparecían rápido entre la bruma del bosque. Se alzó sangrando, comprendiendo lo que pasaba. Los gritos descarnados de Filisteo le alertaron. La tienda ardía atravesada por numerosas saetas y el joven se encontraba aún preso bajo la carpa.

—¡Morgo! —exclamó con fuerza, al verle, y señaló a la tienda—. ¡Sácalo!

El enorme hombre negro tiró de los toldos tratando de entrar en la tienda, quemándose el pecho y los brazos. Rasgó un lado con sus fuertes manos y se lanzó a rescatar de las llamas a Filisteo, el cual se golpeaba la cara y la cabeza con las manos, sin dejar de chillar, tratando de apagar el fuego que lo devoraba. Morgo extinguió con una manta el fuego que consumía al joven, cubriéndolo por completo; y lo sacó en brazos para ponerlo a salvo.

Marcial, escuchando los gritos incesantes de su joven amante, observó su rostro. Estaba horriblemente desfigurado por las atroces quemaduras, como gran parte de la nuca, el hombro, el pecho y una pierna. Sus ensortijados cabellos rubios eran ahora una pastosa masa gris, humeante y pestilente, que manchaban el blanco del cráneo desnudo. No había labios que cubrieran los dientes, ni orejas ni nariz. Se apartó de él con el rostro encogido y dirigió la vista hacia Prometeo.

—Guerreros sobre bestias. Surgieron de la nada, de pronto, y han marchado tal cual llegaron —se apresuró a hablar Prometeo, agitando su lanza y jadeando.

—Pero ¿y la guardia? —le recriminó Marcial.

—Acabaron con los vigías con silenciosas saetas y, en un instante tal que apenas dio tiempo a dar la voz de alarma, prendieron, mataron y desaparecieron.

Hécate y Némesis se acercaron curiosas, atraídas hasta los restos de la tienda del general por los terribles gritos de Filisteo.

—Son ellas —dijo Hécate acercándose de lado, encorvada, para observar las terribles quemaduras del joven—. Prepararé pócimas y abundante barro, tu fiel efebo las necesitará.

—¿Ellas? —preguntó Ares henchido de furia, apareciendo en la escena semidesnudo, con la gran maza en una mano y su larga lanza en la otra.

—Sí, las hijas de la luna… Las lobas —murmuró Némesis tan excitada como temerosa.

CAPÍTULO 12 · LAS VISIONES DE PITIA

En aquel triste amanecer, el ejército aqueo pasó en formación ante más de cien cuerpos que ardían apilados en doce grandes piras. A su paso, Ares fijó de soslayo la vista sobre las llamas. Avivadas por fuertes ráfagas de viento, parecían alcanzar el cielo del alba.

Marcial permanecía altivo sobre su carro tirado por dos corceles blancos. Su herida en el costado permanecía a cubierto bajo un peto de gruesas pieles y el bronce de la armadura, cubierta de abundante grasa vegetal y una venda de lino, hábilmente atendida por Hécate y Némesis. El dolor que le producía le recordaba lo cerca que había estado de morir y le anunciaba que la empresa podría ser más complicada de lo esperado. Y dio por sentado que no era casualidad que su tienda, la del comandante de este ejército, hubiera sido la primera en arder cubierta de saetas. Un centenar de muertos, más del doble de heridos, carros de provisiones y tiendas en llamas. Nunca habían recibido un ataque relámpago como aquel, tan tenaz y efectivo, y sin poder provocar una sola baja enemiga. Las lobas sabían del arte de la guerra, no le quedó duda alguna.

Las columnas de soldados avanzaron por la senda del bosque, ahondando en el corazón de aquella tierra desconocida. Su primer objetivo era someter Barbaria para gloria del rey Cécrope, la última población rebelde conocida en las rutas de Oriente. Sin embargo, ya sabían que no era la polis que esperaban, sino un conjunto de casas levantadas con barro cocido y gruesos troncos. Carecía de fortificaciones y sus habitantes no eran gentes de armas, sino labriegos y pastores. Parecía lugar de trueque para las diferentes tribus nómadas que habitaban más allá de Tracia. Marcial dudaba sobre lo que se iba a encontrar. Pero sí sabía lo que su rey le había dictado.

El día transcurrió sin más novedad ni enemigo que los molestos mosquitos del húmedo bosque. Tierra verde y numerosas bandadas de aves se dejaban ver a lo largo de la estrecha senda. Llegada la noche, cientos de hogueras alumbraron el campamento situado en un prado.

—La jornada ha sido larga, hemos adelantado más de lo previsto —expuso Prometeo acercándose a Marcial dentro de la nueva carpa, la cual en nada destacaba de las demás.

El general cenaba solo, en silencio. El golpe recibido la noche anterior aún repercutía en su mente como un eco indeseado que hería su orgullo de soldado. Su fiel Morgo, en la entrada, y cuatro lanceros de la guardia, rodeando la tienda de campaña, vigilaban su suerte.

—Dime, Prometeo, ¿cómo fue posible que nos sorprendieran de tal manera?

—No esperábamos un ataque tan fugaz, impropio de ejército alguno.

—Ya, esas mujeres guerreras. ¡Lobas ellas! Como nuestros hombres no salían, vinieron a por ellos. Sabían que las habíamos descubierto. No puedo creerlo. Fueron tan contundentes y decididas como los más bravos de mis soldados. ¿Cómo fueron tan audaces como para golpear a un ejército de miles así? ¿Son en verdad mujeres?

—Cuando fuerte les demos, lo sabremos. Sin duda, conoceremos más de ellas.

—Hace una noche espléndida. Esas lobas no son salvajes sin más. Eligieron su campo de batalla, su momento y vencieron sin llorar baja alguna.

—Los hombres están alerta, doblada está la guardia y hemos alzado barricadas de estacas que contengan una posible embestida. No volverán a sorprendernos. ¿Cómo está su herida?

—Fue un corte limpio, nada profundo. Los dioses cuidan de mi vida y las harpías de nuestro amado rey Cécrope saben de sus labores, sana con rapidez —aseguró Marcial.

Luego, con cierta dejadez, colmó dos cuencos de vino.

Como pendientes de la voz del general, Hécate y Némesis entraron en la tienda con una sonrisa de lado a lado y los ojos brillando en sus cuencas como inquietas perlas negras.

—Debemos retirar los ungüentos, traemos nuevos vendajes —aseguró Hécate.

—¿No podemos esperar? Estoy cenando —contestó Marcial y dio un largo trago.

—No, el tiempo pasa y la herida puede infectarse. Pero nada os impide continuar la pitanza mientras le doy suaves friegas y sano la punzada —expuso Némesis situándose tras él.

Sin más, Marcial comenzó a levantarse el blusón, remugando, dejándose hacer.

La esterilla de la entrada volvió a levantarse y el silencio se hizo en la tienda. Ares se dejó ver y dio un paso hacia delante. En su mano portaba la jugosa pata de un pequeño corzo, bien asada con sales y aliñada de laurel y tomillo, y la dejó caer sobre la mesa.

—He ido de caza. Traigo una cena decente para un glorioso general de Atenas, quizá llego tarde. El bosque está tranquilo, no se percibe ningún peligro —aseguró con voz grave.

Marcial abrió los ojos ante aquel manjar y asintió con una sonrisa agradecida, harto de los guisos de legumbres que a nada sabían. Las dos mujeres observaron libidinosas el cuerpo del salvaje guerrero, sin dejar de atender el costado del general.

—Tengo entendido que sois brujas de Anatolia. Decidme, mujeres de mal augurio, esas guerreras que anoche cabalgaron destruyendo y matando, las conocéis ¿verdad? —preguntó Ares.

Hécate y Némesis se miraron entre ellas, como guardando su verdad, y bajaron la cabeza.

—Nuestro amado rey Cécrope no nos permite hablar más allá de sus designios, sus deseos y órdenes guardamos en nuestro interior y la vida nos va en ello.

—Si no hablas te arrancaré la cabeza aquí mismo. A ti primero, eres la más hermosa. Tú, jovencita, la seguirás. Pero antes os arrancaré esas uñas de rapaz, una a una, con las que tanto disfrutáis torturando esclavos —replicó Ares entrecerrando los ojos.

Con un fuerte apretón y un gesto de ira, las dos féminas dieron por terminadas las friegas y vendajes hacia su general, el cual, impasible, escuchaba sin mediar.

—Eres el hijo de Zeus, dios de guerras y males, azote de mortales. Pero no olvides quiénes somos nosotras, amantes del Olimpo. Si mal alguno nos procuras, no disfrutarás más de tus andanzas guerreras entre mortales —dijo Hécate con una voz suave que intentaba ser amenaza y recogió sus telas y ungüentos para salir de la tienda acompañada por Némesis.

Las dos mujeres pasaron ante el guerrero divino mostrando orgullo, rectas como palos, con prisa y las piernas temblando. Ares las observó fríamente y de pronto, les rugió con fuerza, arqueando la espalda y alzando loco la pata del corzo como si fuera su pesada maza.

Némesis cayó al suelo aterrorizada y Hécate salió gritando.

Ares rompió a reír a carcajadas y se volvió hacia Marcial.

—Eso es lealtad a su rey, devoción por los dioses —sonrió—. Dime, amigo, ¿qué valía tienen estas harpías en la empresa?

—Ellas nos muestran el camino y cumplen sus objetivos con artes oscuras —contestó Marcial viendo a Némesis levantarse angustiada y salir a trapiés de la tienda.

—¿Su objetivo?

—Nada sé de sus intenciones —contestó Marcial.

—Mi hermano las envió de igual forma hacia Occidente y valiosa información trajeron de los ejércitos atlantes que humillamos —acompañó en la conversación Prometeo.

—No me gustó que se cobraran la vida de la reina Pyrene —aseguró Ares—. Era inocente de todo, era innecesario.

—Sí, pero aquello desestabilizó por completo al rey Argan. Nunca volverá a pisar nuestras tierras. Con veneno y malas artes, las harpías llegan hasta donde no puede el bronce de nuestras picas —expuso Marcial.

—Marcial, mi buen amigo, valeroso general de mil glorias, he escuchado atento a los exploradores y no comprendo… ¿Acaso esperas hallar gloria en una villa fronteriza de la nada, que ni murallas ni ejército dispone, tan solo ratas de mercadeo? ¿Qué empresa es esta?

Marcial le ofreció un cuenco con vino. Aquellas palabras habían resonado con fuerza en su mente. Ares era un salvaje guerrero, de alma atormentada, temido, impetuoso y presa de impulsos temperamentales. Pero sus acciones estaban más medidas de lo que todos creían. Sin duda sabía que había algo que desconocía en aquella empresa.

—Divino Ares, amigo que las tierras que pisas marchitas… Yo mismo quedé sorprendido al ver que no se distingue ejército alguno. Quizás huyeron. Pero debemos seguir para evitar que los salvajes de Oriente penetren en nuestras tierras, escarmentarles y que aprendan. Que vean con sus propios ojos que los hijos de Atenea no les tienen miedo y que vengarán cada una de sus afrentas. Solo así mantendremos en paz esta región y podremos germinar como el buen trigo, sin cuervos que roben la cosecha —se justificó Marcial.

—Bien, a todos pues mataré en mi camino —aseguró Ares con una mirada desconfiada y posó la pata de corzo sobre la mesa. Luego asió un cuchillo de ancha hoja y cortó varios filetes, para dejarlos sobre un plato de madera y se sentó. Tomó un cuenco y lo colmó de vino. De un trago lo bebió y se sirvió otro.

—Dime, Ares, tras arrasar Barbaria ¿te gustaría comandar un ejército que explore el norte? —preguntó Marcial y se sentó de nuevo en su escabel, para hacerse con un trozo de aquella carne que tan buen aroma desprendía—. Podrías llegar hasta las tierras bañadas por el Euxino y más allá. A cientos de salvajes matarás, gozarás de placeres y mujeres.

—No. Marcharé más allá de Tracia, hacia Oriente.

Aquella noche, Ares regresó hacia su tienda de campaña, alzada en un montecillo algo separado del resto del campamento, dando pequeños traspiés. A su lado se situaba otra más pequeña, la de Ganímedes. Y ante estas se levantaban las llamas de una pequeña hoguera. El sabor del abundante vino y las especias de la carne permanecían todavía en su boca. Dando un eructo, se golpeó el pecho con un puño y miró la luna. Estaba alta, era grande y su luz permitía ver con claridad el camino. Bajó la cabeza y posó la mirada al frente, ante un leve crujido.

Dos enormes lobos de pelaje pardo pasaron ante él. Tras el guerrero, tres cánidos más rondaban en silencio con el lomo erizado. Ares gritó y corrió hacia ellos golpeando al aire con su maza, ahuyentando a los animales que, con el rabo entre las piernas, se perdieron en el bosque. Paró y sonrió satisfecho. Por un momento sopesó volver al campamento. Unos tragos de aquel dulce licor le vendrían bien. Era una buena cosecha, de exquisita uva. Entonces vio una pequeña luz en el interior de su tienda. ¿Quién osa invadir mi cubil? ¿Quién ha encendido esa hoguera? Ganímedes no podía ser. Sabía que andaba tras la joven esclava de Prometeo, aunque nada le contara; tardaría lo suyo en regresar. Anduvo ligero, ladeando su maza, buscando respuestas.

Dando un fuerte manotazo, levantó la esterilla y entró bufando con la maza sujeta entre sus manos. Sobre su lecho de pieles se hallaba sentada una muchacha de aspecto frágil, delgada, de piel tersa, muy pálida, como la de una muerta. Sus ojos eran tristes, muy tristes, y mostraban un iris tan cobrizo como el metal. Sus cabellos rubios estaban recogidos sobre la sienes con una

diadema de oro en forma de víbora. Una capa gris ocultaba su cuerpo, dejando ver un delicado chitón de seda blanca; sus pies permanecían desnudos con los dedos apilados unos sobre otros.

—Me sorprendes, Pitia. ¿Qué haces aquí? ¿Abandonaste al bello Apolo, tu amante? ¿Has dejado su lujoso templo de Delfos? —preguntó Ares bajando el arma.

—Mi amado Ares, he visto en mis sueños una terrible verdad que a nadie revelé. Las diosas paganas se inquietan henchidas de furia ante tu presencia en sus regias tierras. El divino Zeus no aprueba tus acciones. Sabe tu verdad, lo que buscas; a esa reina guerrera, loba ella.

—¿Amado Ares? Hum… Deberías volver a tu templo de decoradas columnas de mármol, queda lejos de aquí. Apolo te echará de menos en su alcoba de acólitos sarasas y perturbadas sacerdotisas. Desconcertado estará si te sueña junto a mí, gozando en mi lecho.

—Sacerdotisa de la profecía soy. No estoy perturbada. No digas tales cosas, me ofendes. Y bien sabes que mis visiones son tan ciertas como el nuevo amanecer. ¡No vayas más allá de Ilion!

—¿Por qué he de hacerte caso?

—¡Regresa! Tu hermana Atenea te espera en la rica Atenas. Está preocupada, pues sabe que tu destino está sellado si continuas la senda de las diosas paganas. Yo le dije algo, ella sabe.

—Mi refinada hermana me detesta.

—Sí, pero también te ama.

—Soy dueño de mi destino. Yo lo escribo cada día, cada noche, con mi brazo y mi maza, con mi larga lanza de afilado bronce. Me estás impacientando. Deberías marcharte, regresar al lado del bello Apolo, junto a mi hermana y sus ojos de lechuza; y llevarte tus malditas visiones que nunca nada bueno me trajeron.

—¿No deseas saber más?

—¡No!

—Si no regresas desatarás la ira del todopoderoso Zeus y por maldito te tendrá, si no te tiene ya. No deberías implicarte tanto en el rumbo de los acontecimientos, alteras sus planes.

—Zeus no es mi padre y yo alteraré lo que me venga en gana. ¿Marchas ya o acaso deseas calentar esta noche mi lecho?

—No, veo que ya tienes quien te lo caliente. No tardarán en llegar —murmuró tristemente y se desplazó hacia la salida—. Témelas, harpías son.

Ares la tomó del brazo y la apretó contra él. Miró fijamente sus ojos cobrizos y mordió levemente sus labios mortecinos, y la abrazó con fuerza. Un delicado gemido surgió del alma desconsolada de Pitia, acompañado de una lágrima negra que le recorrió la mejilla.

—¡Lárgate ya! ¡Apolo, triste efebo, te espera inquieto! ¡A él te debes, así lo quisiste! —le dijo Ares dándole un empujón.

—Nunca me perdonarás, nunca olvidarás. Yo no sabía… Solo traté de protegerte.

—Sabías que Hera moriría, mas no me advertiste. Permitiste que me alejara de mi hogar en aquel horrible día en que mataron a mi madre.

—Nada te dije, pues con ella hubieras muerto. Éramos muy jóvenes. Mi vida se llevaron, Apolo protegió mi alma. Todo fue horrible, mas ya pasó.

—Sí, ya pasó. ¡Vete!

—Morirás a manos de esas reinas divinas que idolatras —sentenció Pitia desde el suelo.

—¿Eso viste en tus sueños?—murmuró Ares.

—Las puertas del Olimpo no se abrirán para un maldito. Debes alejarte de las lobas, de esas reinas guerreras, o tu alma vagará como una bestia sedienta de sangre, sin nadie ni nada que te ame, que te recuerde, que te venere. Morirás por siempre, como un vulgar mortal.

—Todos me aman, me recuerdan y me veneran ¡como a un dios! —exclamó Ares.

—No, solo te temen —le cortó Pitia—. Escúchame, al menos esto último: te enfrentarás a una poderosa reina, no la menosprecies. ¡Mátala en cuanto tengas la menor oportunidad!

Ares la observó en silencio con la cara ida, pensativo en Armonía.

—¡No! ¡Ya la has conocido! Y… ¿La buscas de nuevo? No, no lo hagas. Es la raíz del mal que todo acechará.

—Yo haré lo que me plazca —replicó Ares—. ¿No marchabas?

—Lo harás, como siempre has hecho —murmuró Pitia, resignada—. Sethlans ha forjado una espada única con la mezcla maestra del temple de la piedra roja, al calor de la sangre hirviente de sus entrañas. Es para el más grande de los guerreros y muchos la ambicionan; su temple y corte guarda la fuerza de mil hombres, el poder divino de acabar con un dios. Esa espada reclama tu sangre. ¡Será tu perdición! Debe ser tuya o tienes que destruirla.

—Por eso has venido. Sigues enamorada, como cuando éramos niños, cuando estabas viva y cuerda, y ahora temes por mi suerte, quieres que me haga con esa espada divina.

—Yo… Yo… —tartamudeó Pitia y acto seguido se irguió lentamente, vencida, sin decir más, y salió de la tienda, llevando consigo su tristeza y sus visiones, llorando su pena y desamor.

Ares chasqueó la lengua, el sabor del vino aún permanecía allí. Gruñó, se sentó en el lecho y golpeó con una mano el yelmo de bronce que permanecía sobre el escabel, lanzándolo de lado a lado de la tienda. Entonces vio a través de la esterilla, unas sombras. Tomó su maza y salió.

—¿Dónde marchas con tanta prisa? —le preguntó Hécate frenando su paso, vestida con blusón—. Hace frío, en tu tienda hallaremos calor y placeres que seguro desconoces.

—Te traemos vino, está dulce y calienta el alma —afirmó Némesis, lujuriosa—. No te preocupes por Pitia. No está sola. Los lobos la trajeron, ellos se la llevarán.

Ares las contempló por un momento y levantó una ceja recreándose con sus curvas de mujer y el aroma del vino, y volvió su vista al frente.

—Venimos a que nos arranques la cabeza —susurró Hécate acariciando su ancho torso, restregándose como una gata en celo.

—Y las uñas… de una en una… —ronroneó Némesis, mientras le pasaba la mano por la cintura y le ofrecía vino.

Ares tomó el cuenco colmado de licor y bebió todo en dos tragos. Luego soltó la maza allí mismo y agarró a ambas mujeres por la cintura, para volverse hacia la senda que llevaba hasta el campamento de Marcial, y las empujó fuerte, alejándolas de él.

—Hay placeres que no se deben descubrir a manos de harpías. Además, sería incapaz de conciliar el sueño con cada una de vosotras a un lado de mi lecho —les sonrió con una mirada penetrante, perspicaz y sabida.

Las dos mujeres le miraron sibilinas, se acariciaron entre ellas y se mordieron lentamente los labios, dejándose querer, y se alejaron lentamente, sonriendo maliciosas. Gracias a una ligera brisa que levantó levemente las suaves telas de ambas mujeres, Ares pudo ver con desconfianza el brillo del afilado metal bajo sus blusones.

Las visiones de Pitia siempre eran ciertas.

CAPÍTULO 13 · LA BATALLA DE TRACIA

El ejército de Marcial ahondó en aquel bosque por tres días más, sin encontrar enemigo alguno que se interpusiera ante sus picas. Nada supo de los hombres de avanzadilla, las gloriosas columnas al mando de Tántalo; ni de los exploradores de Marco. En su carro de blancos corceles avanzaba cubierto por su guardia personal. Prometeo le acompañaba orgulloso, deseando el día de la batalla. En la retaguardia, en un carro lleno de paja conducido por Ganímedes, Ares dormía a pierna suelta, al lado de su gran maza, mecido por el traqueteo del camino.

La voz de alarma del cuerno de un explorador resonó con fuerza, por dos veces. Sacando a todos de sus pensamientos. Marcial volvió la vista hacia los árboles que se alzaban a su diestra, esperando el regreso de la patrulla de reconocimiento.

—Los hombres, en formación —ordenó Prometeo.

—¿Por qué paramos? —preguntó Ares levantando su rostro entre las maderas del carro.

—Parecen que las lobas nos visitan —contestó Hécate trotando a su lado.

—¡A plena luz del día! —exclamó Némesis, extasiada.

Un grupo de cien jinetes vestidos de negro, con anchas capas al viento y largas lanzas adornadas de plumas negras surgió del bosque para trotar en paralelo a la gran columna, apenas a sesenta pies, dejándose ver sin temor.

—No embisten, señor —apuntó Prometeo y bajó de su carro.

El auriga le dio un escudo y el capitán avanzó a pie.

Morgo se situó al lado del general, cubriéndole con un gran escudo chapado en bronce.

En cuanto Prometeo se les acercó, los jinetes iniciaron un veloz galope hasta perderse en el interior del bosque.

—Se alejan, el peligro ha pasado. Pero ¿por qué se acercan tanto? —preguntó Prometeo, regresando junto a su general.

—No se han ido, están ahí —le corrigió Marcial.

—Se muestran para mantener la tensión, para que tus hombres sepan que la muerte ronda e inquietos marchen —aseguró Ares llegando hasta ellos con la gran maza en la mano y la melena alborotada de paja. Tras él, Ganímedes corría con la lanza, el yelmo y el escudo de su señor.

—Prometeo, manda una patrulla. Dime si sobrevivió alguno de los nuestros; que marche un buen grupo de lanceros y que no bajen la guardia —ordenó Marcial, cauto.

—¡Allí! —indicó Hécate.

Seis jinetes se acercaban al trote marcado, en perfecta alineación. Con las lanzas en alto, cubiertos sus rostros, al viento las capas negras. Se pararon a unos treinta pies de ellos, para observarles detenidamente a través de las viseras de sus oscuros yelmos.

—¿Qué hacen? —preguntó Prometeo, inquieto.

—Nos hacen ver que no nos temen —afirmó Marcial.

—Nos estudian —aseguró Ares guardando su maza mientras Ganímedes le ofrecía el yelmo, el escudo y lanza—. Tranquilo Ratón, no atacarán.

—Ese caballo negro, la mancha blanca de su testuz… —murmuró Ganímedes.

—Ya lo vi Ratón, quédate atrás —le contestó Ares.

Dos jinetes trotaron al unísono y dejando a los otros cuatro atrás, se acercaron al carro del general ante la expectación de los lanceros aqueos, los cuales se armaron rápidamente con el escudo por delante y la pica sobre sus cabezas. Uno de los jinetes tomó de la grupa de su montura una cabeza que colgaba del pelo, anudada a una cuerda, y la alzó en alto.

—¡Por Zeus! ¡Es el sargento de la patrulla! —exclamó Prometeo.

La cabeza voló hasta caer rodando a los pies de Ares.

Los soldados aqueos avanzaron dos pasos en formación con las lanzas al aire, a una voz de Marcial. Entonces, los jinetes voltearon sus cabalgaduras y se alejaron al trote.

—Nos invitan a regresar o morir —aseguró Ares alzando el entrecejo con un gruñido.

—¡Es ella, en persona, la reina guerrera! ¡Son sus lobas! —exclamó Hécate con voz extasiada, llegando hasta ellos.

—¿Pentesilea? —preguntó Marcial.

—No —respondió Hécate—. La rubia Pentesilea cabalga hacia el campo de batalla de Barbaria, es una guerrera tracia y lucha con honor. Esta es guerrera cruel como ninguna, feroz como hiena y vil como víbora traidora.

—Es Mirina, reina de Tríbada y debéis temerla —concluyó Némesis.

—No temo a ninguna mujer, a ningún hombre —replicó Marcial.

—Pues escúchame bien: deberías. Anda muy lejos de su reino y si ella está aquí, muy cerca andará su hermana Armonía, reina de Temiscira. Si no era una de esas guerreras. Y ella aún es más peligrosa, reina Madre es de las hijas de la luna. No hay harpía mayor. Ambas son maestras, divinas cazadoras, expertas en el arte de la guerra. No deberían estar aquí. ¿Por qué están en estas tierras? Algo saben y quizás no estén solas.

¿Algo saben?, se preguntó Ares en silencio. Levantó una ceja, curioso, y ladeó la vista de nuevo al frente para escudriñar el bosque. Sabía que una de aquellas dos lobas podría ser su amada Armonía, pues ese caballo negro con la mota blanca en la frente ya lo había visto antes.

—Nunca luché con mujeres, me avergüenza —dijo en alto.

—No son mujeres, sino lobas y muy peligrosas —afirmó Hécate.

—Y no temen a hombres ni a dioses —continuó Némesis.

—Temerán mi lanza, mi nombre —respondió Marcial.

Ares observó de nuevo el horizonte y acto seguido, golpeó con el pie la cabeza cercenada del sargento de reconocimiento, apartándola de su camino.

—Que una columna de mil lanceros, bien armada y en guardia, nos preceda en la distancia de un estadio. No nos han de sorprender ni acabar con más de mis hombres de forma tan impune —ordenó Marcial—. ¡En marcha!

En aquel día de marcha, al caer la tarde acamparon en una llanura. Más allá se distinguían los montes que abrían los pasos hacia el mar Euxino. Los soldados descasaban de la larga jornada, se alimentaban junto a las hogueras y repasan sus armas, afilando corte y estoque.

—En dos días alcanzaremos el campo de batalla, llegaremos antes de lo previsto. El día fue propicio. Pero me preocupan esas guerreras —afirmó Marcial en su tienda, mientras observaba las dentelladas con que Ares devoraba la carne servida.

—¿Por qué? —contestó el divino guerrero y pegó un largo trago de vino.

—En la guerra, para ser un buen general hay que ser prudente, sopesar los posibles beneficios y pérdidas de la batalla; la conveniencia del momento, del campo de batalla y hay que tentar y estudiar minuciosamente al enemigo. Ellas lo han hecho constantemente y apenas nos dimos cuenta hasta que fue tarde para muchos de mis soldados —aseguró Marcial.

Ares dejó de masticar.

—Lo sé. Atacarán esta noche, antes del amanecer —afirmó.

—Sí, eso me temo. Es lo que yo haría, esta llanura se lo permite —dijo Marcial.

—Pero mi general, somos miles y ellas unos cientos. ¿Por qué iban a arriesgarse de tal forma? —preguntó Prometeo.

—Están bien armadas, las bestias les proporcionan velocidad y fuerza, la oscura noche las oculta. En el llano no disponemos de estacas para rodear todo el campamento, el bosque que esconde su embestida no queda lejos. Nosotros dormimos junto a un arroyo de aguas bravas que silencia sus pasos. La pregunta, mi buen capitán, es: ¿por qué no arriesgarse?

—Será un nuevo ataque rápido, preciso, mortal —expuso Ares y dejó el hueso en la mesa. Con un puñetazo lo reventó y comenzó a extraer el tuétano. Y lo comió.

—Mi general, ¿por qué acampamos aquí entonces? —preguntó Prometeo.

—Para tener la ventaja de la sorpresa. Ellas no lo saben, pero nosotros hemos elegido el campo de batalla. Prepara a tus hombres, sin mostrar nuestras intenciones; que descansen armados en las tiendas del centro más cercanas a los carros de provisiones, las que bordeen el campamento han de quedar vacías. Apaga las hogueras que puedan delatar cualquier movimiento, aviva aquellas donde permanezca la guardia y que se instalen las estacas como cada día se hizo.

—Si atacan, los hombres que hagan guardia junto a las hogueras… —comentó Prometeo.

—Busca a los prescindibles, esclavos que se crean recompensados. Las lobas buscarán las provisiones y allí las esperaremos. Un ejército sin víveres no tiene futuro y no conozco de lugar alguno donde abastecernos en esta tierra salvaje.

—No lo lograrán —dijo Prometeo, con orgullo. Marcial era su maestro, lo veneraba. Sus lecciones eran pura sabiduría y ansiaba dominar el arte de la guerra para cubrirse de gloria.

Ares se levantó y estiró su musculado cuerpo. Bebió un largo trago de vino y se dirigió hacia la salida de la tienda.

—¿Ya marchas, amigo? —preguntó Marcial.

—Sí, he de afilar la pica de mi lanza. Será una noche placentera.

Siguiendo las órdenes, las hogueras del centro del campamento fueron extinguidas, los lanceros se replegaron ocultándose en las tiendas. En los bordes se avivó el fuego y numerosos esclavos fueron sentados al calor de las llamas, con el engaño de permanecer en guardia para que

los soldados pudieran dormir antes del día de la batalla. Desde las altas copas de los escasos árboles del interior, junto a la tienda de Marcial, se apostaron en silencio varios vigías para controlar las hogueras y la suerte de los esclavos.

Ares había vuelto a acampar con la compañía de Ganímedes, por su cuenta, alejado del campamento, junto a un enorme roble que cubría las lonas con las gruesas ramas.

—Vamos, Ratón —le indicó saliendo de la tienda de Marcial.

—Ahí vienen la harpías —apuntó el joven.

—¿Esta noche no os apetece calentar mi lecho? —les preguntó Ares.

—No, parece que se desatará tormenta. Mejor nos quedamos al abrigo del general —sonrió Hécate, maliciosa, sin parar en su camino, buscando el centro del campamento.

—¿Acaso no temes a la tormenta? Parece que será fuerte —apuntó Némesis.

Ganímedes alzó la vista hacia el estrellado cielo, inmenso, de lado a lado. No vio ni una sola nube; y bajó la vista sin comprender.

—No —contestó Ares, escuetamente, y prosiguió su camino, para salir del campamento y dirigirse pausadamente hacia el viejo roble, seguido por un despistado Ganímedes.

—Pues deberías —apuntó Hécate.

—¡Tu alma es inmortal, pero el cuerpo que habita no! —exclamó Némesis.

La noche fue trascurriendo bajo el crepitar del fuego y el murmullo del agua del arroyo. Los soldados quedaron armados dentro de las tiendas elegidas. Desde sus atalayas, los vigías controlaban las hogueras y los esclavos dormitaban junto a ellas, alzando levemente la cabeza con cada sonido que les resultaba extraño, para volver a agacharla con un bostezo.

De pronto, se escuchó el ulular de varios búhos. Poco más tarde, las bestias de tiro relincharon suavemente. Unos pasos taimados, ocultos por el rumor del arroyo, se acercaron a los carros de víveres. Con un imperceptible zumbido, voraces saetas surcaron la oscuridad acabando con los esclavos hechos vigías.

Una piedra cayó desde las atalayas de los auténticos vigías sobre la tienda de Marcial.

—Arriba, ya están aquí —murmuró Prometeo.

Marcial sonrió, se ajustó las grebas y se cubrió la cabeza con el yelmo.

Una fina cuerda unía las tiendas colmadas de lanceros y armas. Con un ligero tirón, todo el campamento supo que había llegado el momento. En silencio, se prepararon y algunos asomaron sus ojos sin lograr distinguir nada. En ese momento, cientos de saetas prendidas surcaron el aire y un tremendo estallido de cascos hizo temblar el suelo, adentrándose en el campamento entre los huecos de las estacas y asolando las tiendas en su camino hacia los carros de víveres.

Marcial contó lentamente hasta diez.

—¡Ahora! —gritó después.

Sus lanceros salieron rápidamente, para formar un cinturón de picas que rodeó los carros de provisiones y con ello, a un grupo de caballería con antorchas que pretendía quemar víveres y hombres. Sorprendidas, las lobas se rehicieron tratando de cruzar el campamento a golpe de bronce, evitando las lanzas, embistiendo a los soldados que duro lanceaban caballos y jinetes. Trataban de salir de aquella emboscada, pero las afiladas picas y el muro de bronce de los escudos en perfecta formación que Marcial había creado, lo impedía. Una tremenda lucha se desató y los capitanes aqueos pudieron comprobar la destreza y arte de aquellas mujeres, su ferocidad y entrega. Morían matando, nada temían.

Ares observaba desde lo alto del viejo roble, sentado sobre una bifurcación elevada del tronco. Ganímedes estaba sobre una rama, más baja. Y vieron llegar otra formación de caballería, más potente, que avanzó sobre el arroyo sorprendiendo a Marcial y que penetró por la retaguardia aquea, destrozando parte de la muralla de picas y abriendo camino a base de certeras saetas para que los demás jinetes pudieran huir.

En unos instantes, la batalla había terminado y Ares descendió del árbol. Sin duda, Marcial había dado un escarmiento al enemigo, esta vez sí que llorarían a sus muertos. A pesar de ello, habían logrado huir de la tenaza. No había derrota, pero tampoco victoria. Una alargada sombra le sacó de sus pensamientos y se agachó rápido. El filo de un hacha de doble filo, un labrys, pasó cortando las puntas de sus negros cabellos. Dió una tremenda patada hacia atrás y tomó su lanza.

Empotrada contra un árbol, una guerrera de cueros y yelmo negro se levantaba, dando arcadas y posando la mano en la boca del estómago, donde había recibido el golpe. La mujer anduvo ligera, tomó el labrys por el mango y estudió a su enemigo. Luego se acercó lentamente; a la par, varios jinetes surgieron de la oscuridad y comenzaron a rodearles. Ares les miró de soslayo, en guardia, seguro de sí mismo. Con una ágil cinta esquivó un nuevo ataque. Pero ante su sorpresa, la guerrera se volvió ladeando el labrys con precisión. La afilada hoja de metal brilló por encima de su codo, cortando levemente el musculoso brazo. Sin pensar, se revolvió y lanceó ahondando en la nada mientras la mujer burlaba el golpe y rasgaba el aire con el hacha de doble filo, partiendo la lanza en dos. Apenas miró Ares la madera astillada de su arma, el grito de su oponente alarmó sus instintos y alzó los brazos, parando la mortal embestida al sujetarla por las muñecas. Con un tremendo cabezazo, estrelló su frente con la de ella, saltándole el yelmo, liberando una melena roja y un espeso brote de sangre. Conforme la guerrera cayó de lado, inconsciente, Ares entró en la tienda, recogió su gran maza y salió gritando loco.

Allí no había nadie.

Perplejo, miró su entorno. Solo vio su pica astillada. Y a Ganímedes, con cara de susto, asomado entre las ramas; sin querer bajar, como si a salvo se encontrara en la cima del árbol.

—¡Salvaje! —escuchó.

Ares se volvió de inmediato, reconocería esa voz entre miles y miles.

Frente a él se hallaba una guerrera, armada con una espada, de lado. Vestía de cueros negros, con una pequeña capa que venteaba al aire, acompañando la melena rubia que aparecía bajo su oscuro yelmo.

—Te veo mal, salvaje —aseguró la guerrera.

Ares no tenía duda alguna, era ella. Y sonrió.

—Veo que mi hermana Mirina te hirió con el labrys. Para ser el divino guerrero hijo de Zeus, casi te deja sin un brazo —aseguró Armonía, señalando la herida de Ares, levantando su yelmo, dejando al descubierto su belleza.

—¡Armonía! —exclamó Ganímedes.

—Ganímedes, me alegro de verte. Pero baja de ahí. ¿Te cuida bien este salvaje?

—Sí… Sí… —tartamudeó el joven atlante.

—Sabía que vendrías a verme, lo sabía —dijo Ares

Armonía enfundó su espada, silbó y caminó hacia la oscuridad del bosque.

Su precioso caballo negro de tez moteada apareció trotando.

—La noche es triste. Muchos han muerto, muchas han muerto, y nada se ganó. La batalla terminó —aseguró Armonía.

—Espera, no te marches —le rogó Ares bajando la gran maza.

—He de hacerlo. Mis hermanas se preocuparán y volverán a por tus entrañas. ¿Qué buscas en estas tierras, tan alejadas de tu patria? ¿Estás con ellos en su locura?

—Bien sabes lo que busco.

Armonía le observó y aunque su rostro se volvió serio, se sintió alagada.

—¿Olvidaste tu guerra con los atlantes de Occidente, a todos mataste? ¿No hay más inhumanos que degollar en la vieja Europa? —insistió ella.

—Pueden esperar, sus cuellos estarán allí cuando regrese.

—Ah, bueno… Ares, escúchame: llévate a tus soldados de bronce, que el general Marcial y el capitán Prometeo no penetren más en las tierras de Anatolia o todos morirán.

—Se dirigen a Barbaria y no son mis hombres. ¿Por qué te enfrentas a ellos, a mí?

—Los lanceros de Marcial buscan los caminos de Temiscira, por eso están aquí las reinas de la hijas de la luna; batallando antes de que el horror llegue hasta nuestra tierra. ¿Acaso crees que tu rey Cécrope pretende conquistar un poblado de labriegos y mercaderes?

—¿Temiscira? No, su objetivo es Barbaria. Cécrope no es mi rey… No tengo rey.

—Empiezo a dudar que seas hijo de Zeus. Quizá no seas más que un ignorante salvaje, como asegura mi hermana Mirina. Sea como sea, tengo que marchar.

—¡No! ¡No te vayas, espera!

—Hazte con un arma de verdad, digna de un gran guerrero; en tierra de lobas sabemos luchar. Si no, la próxima vez que nos veamos, quizá hable con un manco —le aconsejó Armonía con una gran sonrisa y marchó trotando hasta alcanzar el galope.

Ares dio tres pasos tras ella, por un momento dudó en seguirla. Paró, consciente de que le resultaría imposible alcanzarla. Miró su gran maza y se sintió en cierto modo humillado, como si de un bruto salvaje con un arma tosca se tratara. Pero extrañamente, no le molestó; aunque la soltó a un lado. Aquellas mujeres luchaban como hombres. No, mejor que grandes guerreros que él había conocido y matado. Pitia, sacerdotisa de la profecía, le había advertido. Pero también le habló de una espada que esperaba ser empuñada. Gruñó y se sentó en el suelo.

—¿Estás bien, mi señor? —se acercó Ganímedes escudriñando la oscuridad del bosque.

—Descansa Ratón, la tormenta pasó.

Ares permaneció allí por un tiempo, observando la noche, arremolinando tierra entre sus dedos inquietos, y volvió la vista hacia el campamento de Marcial. Los gemidos de los heridos se hacían escuchar, las hogueras alumbraban a los hombres en su incansable trabajo, organizándose para la marcha. Pensó de nuevo en Armonía; esa bella y noble mujer, reina guerrera, loba astuta, su aroma a jazmín impregnaba el aire que respiraba.

De pronto, se levantó con un salto y comenzó a andar con paso rápido hacia el sur.

—¡Mi señor! ¿A dónde vais? —preguntó Ganímedes corriendo para mantenerse a su lado.

—A la montaña sagrada del fuego, Vulcano. Allá donde se vierte la ardiente lava que todo lo funde. Ese es el hogar de Sethlans, el maestro del temple y la fragua.

—¿Y qué buscamos allí?

—La espada de un gran guerrero, mi espada.

CAPÍTULO 14 · HECATOMBE DIVINA

—¡General! —gritó Prometeo—. ¡Ares, el divino guerrero! ¡No está!

—¿Cómo que no está? —salió Marcial de su tienda, preparado para la marcha.

—No, ni el muchacho que le sirve. En el suelo hay rastros de lucha y sangre. Su lanza permanece astillada y más allá hallaron la gran maza con la que todo mata.

Marcial calló, por un momento sonrió. ¿Había muerto Ares en manos de las lobas? No conocía a un Ares sin su maza. Seguido de su guardia, corrió hacia la colina donde se hallaba el viejo roble, a cuya sombra permanecían las dos tiendas vacías.

—Mi general, hay numerosas huellas de caballos. Las lobas estuvieron aquí, hubo batalla y muerte —le informó Prometeo, desconcertado.

—¿Y su cuerpo? —preguntó Marcial.

—Se lo habrán llevado para alimentar a los perros —apuntó Hécate acercándose curiosa.

—No es posible, es el hijo de Zeus… ¡Un dios! —exclamó Prometeo.

—Los dioses también mueren, en el Olimpo se hallará —aseguró Némesis que, tras su amada compañera, andaba como a hurtadillas.

—Debemos realizar una hecatombe, un sacrificio divino para colmar su gloria —exclamó Hécate, alzando bien en alto los brazos y mirando al cielo.

—Sacrificaremos bueyes. De siete disponemos para que tiren de los carros, los caballos de las guerreras que cayeron ocuparán su lugar —dijo Prometeo.

—Los dioses son indignos de reses. Merecedores de más por siempre son. Necesitamos jóvenes doncellas, vírgenes ellas —aseguró Hécate, volviendo su mirada hacia Marcial.

—¿Un sacrificio humano? —murmuró Prometeo, perplejo por las palabras de Hécate.

—Sí, una hecatombe divina —insistió Némesis.

—¿Qué locura es esta? Si está en el Olimpo, es por deseo de Zeus. Además, ¿dónde vamos a encontrar cien vírgenes en estas tierras? —contestó el general.

—En Temiscira —indicó Némesis casi con histeria.

Marcial permaneció en silencio, sorprendido ante la vehemencia de las harpías.

—Allí se hallan las sacerdotisas vírgenes adoradoras de la Madre Tierra, devotas de Artemisa… Las hijas de la luna —apuntó Hécate.

—Será un gran broche para rematar nuestra empresa —expuso Némesis.

—Sin duda una gran empresa que de gloria nos cubrirá. Pero no necesitamos sacrificio alguno para vencer, la victoria es nuestra. Solo debemos barrer a esos salvajes de Barbaria —respondió Marcial—. Sacrificad un buey y olvidad la hecatombe divina, Temiscira queda lejos.

—Pero mi señor, ¿pretendéis contrariarnos? Temiscira queda lejos, muy lejos, sí, pero tenemos a las prisioneras que anoche cayeron en la emboscada. Brindemos sus vidas a Ares, es sangre guerrera. ¿Qué mejor sacrificio? —insistió Hécate con una sonrisa de hiena.

—Seguro que muchas de ellas jamás conocieron varón alguno, son vírgenes; pagarán cara su osadía y servirán de ejemplo —apuntó Némesis, buscando justificar sus exigencias.

—No —contestó Marcial.

—En nada le gustará saber a nuestro amado rey Cécrope como ignoráis nuestros ruegos— susurró Hécate de tal forma que en amenaza se convertían sus palabras—. La cabeza te cortará.

—Las lobas cautivas han de ser sacrificadas, así lo han dispuesto los dioses como venganza por la muerte de Ares —expuso Némesis de forma contundente.

El viento de aquel triste amanecer arrastró los gritos de las guerreras que habían caído presas. Diecisiete mujeres, algunas tan jóvenes como la primera flor de primavera, fueron desnudadas de sus atuendos de guerra y atadas de pies y manos a los troncos de los árboles. Tras enterrar a sus muertos, Marcial asistió a la ejecución, observando cómo Hécate y Némesis se recreaban con el sacrificio, saboreando sus labios, extasiadas con cada muerte, degollando una a una a las prisioneras, sin prisa, con arte macabro. Finalmente, bajó la cabeza con un gesto disconforme y se dirigió a su carro de guerra, sin esperar por más.

—En marcha —gritó.

La gran columna avanzó dejando atrás aquellos árboles de muerte, sobre los que ya sobrevolaban los cuervos. Los lanceros observaban a su paso la carnicería con horror. Hécate y Némesis arrancaban los corazones de las guerreras cautivas que, aún con vida, eran sacrificadas en aquella simulada hecatombe divina; y los mostraban bien en alto y después, los lanzaban a una hoguera que los consumía para deleite de los dioses.

Prometeo andaba serio, molesto, con la vista al frente.

—¿Qué te ocurre, mi buen capitán? —le preguntó Marcial desde el carro.

—Mi señor, no sé si debo —contestó.

—Debes, exponme el motivo de tu angustia.

—Esas mujeres, lobas o no, combatieron con destreza y honor. Hemos humillado su espíritu guerrero, eran nuestras prisioneras. No merecían tal muerte. No es propio de héroes ni creo que nos reporte gloria alguna, ni que sea del agrado del divino Ares allá en el Olimpo.

—En nada me agrada. Es voluntad de las harpías, no pienso enfrentarme a la ira de nuestro amado rey Cécrope. Además, es un sacrificio para los dioses, nada tiene que ver con su espíritu guerrero y en verdad, ni tan siquiera sabemos si Ares está vivo o muerto.

—Mi general, yo me pregunto: ¿y si se vengan de tal horror con nuestras columnas de Lacedemonia o con los exploradores de Marco? Si los descubren, podrían hacerlo. ¿Harán prisioneros o acabarán con todos? —insistió Prometeo. Luego quedó en silencio, sin respuestas. Hizo un gesto de elocuente desacuerdo, de pena y miró al frente.

Una extensa meseta se abría ante ellos.

—Sigue —le instó Marcial.

—Creo que deberíamos haberlas mantenido con vida y tras la batalla, acicalarlas y venderlas en Ilión como esclavas. Podrían habernos servido como canje o a saber. Todo antes de sacrificarlas de tal modo. Satisfacemos en demasía a esas harpías. Cada noche devoran a un esclavo con su lujuria, matan a quien quieren con sus artes y nada ocurre. Muchos de nuestros lanceros las temen más que a nadie. Además, algunas eran tan jóvenes...

—Pensemos que no eran mujeres, sino guerreros.

—No ha sido un sacrificio, sino un crimen.

—Prometeo, mi buen capitán, cállate y olvídate de las harpías.

Los cascos de los caballos de Mirina y Armonía levantaron el polvo que circundaba el exiguo campamento de Marcial. Con el corazón encogido observaban aquellos árboles que mantenían los cuerpos desnudos, degollados y con el pecho abierto de sus compañeras.

Cientos de gritos colmaron el viento, aullando su rabia e ira. Las guerreras corrieron a desatar a sus humilladas hermanas. Maldijeron portando los cuerpos sin vida en brazos y las lloraron durante horas.

—Cavad una tumba para cada una de ellas y enterrarlas con honores —ordenó Armonía.

Las guerreras, en pie alrededor de las tumbas, unidas por sus brazos, oraron a su diosa Artemisa, entregándose a un llanto penoso, agónico, que se levantaba colmando el bosque como si de una jauría de lobas en pena se tratara. Y pidieron fuerzas para detener aquel cruel ejército.

—No es propio de aguerridos soldados. Más bien parece una orgía macabra de hechiceras, harpías ellas —comentó Armonía, tomando las bridas de su caballo.

—Debiste acabar con ese salvaje. Mira, esta es su verdadero rostro —expuso Mirina.

—Él no es así —titubeó Armonía con los ojos aún nublados ante la barbarie.

—¿Él no es así? Estás ciega. Te has prendado de un salvaje que dice ser un dios de guerra, mira el horror aqueo del Olimpo. Esos son sus devotos creyentes. Esto es lo que nos espera si no los detenemos. Es lo que nos traen los dioses de machos: sangre y muerte, no más.

Armonía bajó la cabeza y estiró el mentón.

—Debemos ser más cautas, ese general sabe comandar su ejército. Debimos prevenir la emboscada, suponer que nos esperarían. Nosotras lo hubiéramos hecho.

—¿Qué quieres decir?

—Debiste escucharme. No vuelvas a actuar con el corazón, usa la cabeza. Si no te hubiera seguido para liberarte de la tenaza aquea, tu cuerpo estaría entre esas desdichadas, así como los de todas tus guerreras —afirmó Armonía, montó en su caballo negro y agitó las riendas.

Mirina la observó con cierto desdén y rechinó los dientes. Y la siguió.

***

Con un último esfuerzo, una mano alcanzó el último peñón de la cima de Vulcano, la montaña de ardientes entrañas; Ares se alzaba sobre ella. Una cortina de humo lo cubría todo, apenas se podía respirar más que hollín y azufre. Tras él, un escarpado acantilado. Abajo esperaba Ganímedes, junto a la senda que les había llevado hasta allí, sobre otro cortado donde la altura se perdía en el vacío. Apenas dio un paso, aparecieron dos hombres robustos, de seis pies de altura, con la cabeza enfundada en un saco claveteado que les ocultaba el rostro y les permitía respirar. En el cuello, los brazos y las muñequeras portaban unas tremendas carlancas de grandes y afiladas púas de bronce. Gruesos eslabones recorrían sus cinturas y un escueto calzón de tela cubría sus genitales. De cuerpos sudorosos y resplandecientes, parecían ser de bronce. Invencibles se mostraban. Eran los guardianes de la fragua de Sethlans y custodiaban la entrada; uno con una enorme lanza y el otro, con un hacha de hoja tan ancha como su enorme torso.

—¡Alto! —exclamaron al unísono.

—Dejadme pasar —ordenó Ares, que nada parecía ante ellos.

—Solo los más fuertes logran llegar hasta aquí. A ninguno obedecemos y a todos hemos de matar si insisten en avanzar.

—Vengo a por mi espada, no he de retroceder sin ella —apuntó Ares acercándose cauto, estudiando a los gigantes y sus tremendas armas.

La enorme mole de la derecha estiró el brazo con su gruesa pica, buscando las carnes de Ares, el cual se ladeó y alzó el brazo, permitiendo que el asta se alojara bajo el brazo. La agarró con la mano y dio un fuerte tirón. El broncíneo guardián quedó atónito y desarmado y maldijo furioso, mientras se desalojaba las cadenas del pecho.

—Así pues, os he de matar para llegar hasta la fragua —gruñó Ares.

—No, has de entrar sin que te matemos —replicó la mole de la izquierda, atacando con su enorme hacha.

Por respuesta, Ares se agachó y pasó firme la afilada pica, a la altura de los talones, rasgando la carne y crujiendo el hueso. Su enemigo cayó con un quejido grave y una maldición, levantando polvo con su cuerpo, y chispas con los clavos de las carlancas. De un brutal golpe, el salvaje guerrero rasgó el saco que cubría el rostro de aquella enorme mole y le partió el cráneo con el bronce de la lanza.

—Mejor os mataré a los dos —aseguró.

Las cadenas de la segunda mole rasgaron furiosas el aire, golpeando con fuerza la espalda de Ares, que rodó contra la pared caliente de la gruta. Y un segundo latigazo de metal estalló la piedra conforme la esquivaba.

—Has acabado con la vida de mi hermano. Estaba domado, no era necesario —le dijo maldiciendo su vida—. Yo le vengaré, te arrancaré las entrañas. Eres fuerte, pero indigno de portar un arma de esta fragua divina.

Ares saltó de lado a lado, esquivando los golpes de las cadenas. Hasta que pudo enganchar el extremo. Inmediatamente, saltó alrededor de la mole, pasándole los eslabones por el cuello y proporcionando un tirón que le hizo caer. Y lo lanceó. El gigante se volvió y el asta de la lanza se quebró del tremendo golpe en la tierra rocosa. De un fuerte manotazo, lanzó al guerrero divino al aire, haciéndole rodar hasta el borde del precipicio. Solo su hábil mano, que se sujetó a un saliente, evitó la caída al vacío.

El guardián broncíneo observó a su hermano muerto a través de la tela que cubría su rostro y gritó horroroso, apretando puños y ensanchado el torso. Luego tomó la enorme hacha, se apartó la gruesa cadena del cuello y anduvo iracundo hacia la mano que asomaba en el cortado. La pisó con fuerza y alzó la ancha hoja de metal bien alto, dispuesto a machacar el cráneo de aquel loco insensato. Pero, conforme se asomó por el saliente, se encontró con el veloz brazo armado de Ares que, con una daga, se hundió en su cuello saliendo por la cervical. Con un movimiento a derecha, le seccionó la yugular y el gigante tembló de lado a lado, salpicándolo todo, para caer al vacío.

Ares quedó observando la caída, hasta que el cuerpo se estrelló en el fondo del acantilado, formando una gran mancha oscura a su alrededor. Con un leve gruñido, el guerrero divino se puso la daga en la boca, mordiendo la hoja, notando el sabor de la sangre, y trepó. Guardó el arma en su vaina, miró su mano, dolorida por aquel pisotón y abrió y cerró los dedos por varias veces. Después enfocó su vista en la entrada de la cueva. Con pies ligeros y ojo avizor recorrió el interior de aquella profunda gruta. En la oscuridad destacaba un punto lejano, anaranjado, como guía de sus pasos. El calor se hacía insoportable conforme se acercaba, tanto como la espesa neblina que inundaba parte de las galerías, creando un ambiente irrespirable. El repetitivo sonido del golpe de la fragua le indicó que había llegado a su destino; cada poro de su piel sudaba, su cabello estaba empapado y largas gotas se juntaban creando arroyos de sudor en su cuerpo.

—¿Quién anda ahí? —exclamó Sethlans, el enorme broncista de frente deforme sin cejas, de dientes negros y largo mentón; tuerto de un ojo que una brasa le había devorado, mostraba una pronunciada cojera. Su torso de piel pestilente se mostraba sudoroso, con abundantes llagas y cicatrices producidas por el fuego y las emanaciones venenosas de aquella fragua infernal. Luego dejó de moldear el metal, para ver mejor al intruso, y ladeó su grasosa melena.

—Tengo por sabido que guardas un presente para mí —aseguró Ares acercándose hasta él, observando las hachas, espadas y picas que relucían al calor del fuego.

—Mi trabajo no es para perros, sino para los más grandes guerreros, gloriosos ellos. No veo ante mí más que un hombre salvaje. ¿Cómo ibas a apreciar mi trabajo? Si no marchas, te abriré en canal y tus entrañas calmarán la ira de Vulcano —aseguró Sethlans y anduvo cojeando, secándose el sudor con un sucio trapo. Luego se hizo con un enorme hacha.

Ares sin prestar atención al broncista, fijándose en cada una de aquellas relucientes armas, quedó absorto ante una gran espada de doble filo. Su brillo era diferente, con destellos argéntea que inundaron su mente. Un cinturón de acero chapado en oro la acompañaba, con la argolla de sujeción, colgando de su mango. A su lado, un escudo y una daga. Se acercó, observó la tez de carnero que remachaba el cinturón y se lo ajustó en la cintura. Luego tomó la espada en sus manos. Comprobó el peso, su corte y estoque, la pureza y arte de su ejecución. Nunca había visto una igual. Y dio un tremendo golpe con ella al aire. Un silbido la acompañó.

—¡Esta! ¡Quiero esta! —exclamó.

—¿Esta? —preguntó incrédulo el broncista, levantando su hacha—. No hay suficiente oro en el mundo para pagar esa espada, ni gloria alguna para portarla. Es única. La forjé solo para un dios que me recompense como es debido. ¡Quítate ese cinturón! ¡Estúpido insensato! No sé cómo mis hermanos te han permitido entrar.

—No lo han hecho —expuso Ares y sin más, golpeó de nuevo al aire y el silbido se repitió seguido de un chasquido y un corto gemido.

La cabeza de Sethlans rodó por tierra con los ojos desorbitados, conforme su cuerpo y el hacha chocaban contra la fragua y caían al río de lava ardiente. El guerrero divino se agachó y tomó la cabeza, tirando del pelo, y cruzó la vista con la del broncista.

—Date por recompensado como es debido —dijo Ares y lanzó la cabeza al río de lava.

De pronto, la montaña rugió con fuerza en el exterior y lanzó un gigantesco chorro de incesante humo que pareció alcanzar el cielo, oscureciéndolo como si llegara la noche. Vulcano bramaba odioso, clamando venganza ante la muerte de Sethlans, su hijo. Al instante, enormes burbujas de lava salpicaron la fragua, fundiendo la piedra y el metal que alcanzaban.

Ares ajustó la espada en la argolla de su nuevo cinturón, tomó la daga y se cubrió con el escudo, colocándolo sobre su espalda. Y corrió sin mirar atrás. Numerosos cascotes comenzaron a caer. En su camino aparecieron enormes fumarelas que todo lo reventaban. Con un ágil salto, esquivó una lengua de fuego y logró salir de la gruta cuando esta se derrumbaba. En el exterior apenas se podía respirar y la tierra temblaba bajo sus pies dando grandes crujidos. Avanzó a saltos, esquivando abismos inesperados, hasta alcanzar el cortado por el que llegó.

Una tremenda explosión lanzó al cielo miles de piedras ardientes, seguida de una columna de humo, escorias y cenizas. Vulcano reventaba vertiendo ríos de incandescente lava.

Ares saltó de roca en roca, golpeándose y cortándose entre aristas, buscando rápido dónde pisar para descender lo antes posible. Abajo se encontraba Ganímedes, siguiéndole aterrado.

—¡Ratón, corre! —exclamó Ares, mientras la lava asomaba por la vertiente.

Como única alternativa, el guerrero divino saltó hacia los enormes árboles que se alzaban bajo su cuerpo, algunos de hasta más de cien pies de altura. Donde un espeso dosel parecía querer recibirle antes de que se abrasara todo. Cayó con el escudo por delante, rompiendo y azotándose con las ramas, volteando violentamente hasta quedar frenado en un inesperado y enorme nido de águilas. Reventó los huevos y a la rapaz que los incubaba con el golpe de la caída. Una brasa ardiente en su brazo y otra más, le recordaron que no estaba a salvo. Con un gruñido se lanzó al tronco del árbol y descendió conforme la lava caía consumiéndolo todo.

Alcanzó tierra y corrió, llegando hasta Ganímedes. Lo tomó bajo su brazo, de la cintura, y se aceleró montaña abajo. Entre saltos, golpes y carreras, acompañados de piedras ardientes y violentas sacudidas lograron descender y lanzarse a un enorme lago de aguas cristalinas. Ares nadó con fuerza, sin parar, a buen ritmo, venciendo la distancia, hasta llegar a la orilla contraria; y salió tirando de un Ganímedes que no hacia más que escupir el agua que había tragado dando tremendas arcadas. Ares le lanzó una fuerte colleja, haciéndole reaccionar y temblar la quijada. Pues el muchacho permanecía atónito ante aquel extraordinario fenómeno. Le pasó el escudo para que se cubriera de los cascotes que volaban y corrieron dejando atrás la ira de Vulcano.

Una tremenda explosión conmovió toda la región y más allá. A todos horrorizó semejante erupción, que levantó susurros y temores ante lo desconocido y sus orígenes.

Marcial alzó la vista hacia el sur.

La lejana columna de humo se alzaba al aire oscureciendo el día azul en la distancia.

—¡Vulcano, la montaña de fuego ruge! —exclamó Prometeo.

—Un dios ha muerto —aseguró Hécate acercándose al general.

—Los dioses del Olimpo se congratularon con nuestro sacrificio. ¡Pero precisan más sangre, más vidas, más doncellas, más lobas! —exclamó Némesis.

No muy lejos de las tropas de Marcial, Mirina se volvió desde su montura, observando la columna de tonos grises; escuchando el rugir incesante y estremecedor del volcán.

—La Madre Tierra clama ante el paso de esos machos que mancillan todo, exige venganza. ¡Y por mis huesos que la tendrá! —expuso Mirina.

Las hijas de la luna avanzaron hacia el valle de Barbaria, galopando por las lindes del bosque, marcando su ritmo y dejando atrás el ejército de Marcial y la nube de cenizas.

Una patrulla de cuatro guerreras se interpuso en su camino.

—¡Mi reina Mirina! ¡Divina Armonía! —dijo una de ellas.

—Decidme, ¿qué nueva me traéis? —respondió Armonía.

—Hemos divisado un campamento aqueo. Son la avanzadilla que partió por las sendas del norte. Alcanzaron la colina de Barbaria, situándose en la cima, y establecieron patrullas.

—¿Cuántos? —preguntó Mirina.

—No menos de un millar.

—Pretenden afianzar su lugar en el campo de batalla, donde la pendiente les da ventaja y el bosque cubre sus espaldas —comentó Armonía.

—Pentesilea no habrá llegado aún, espera en Barbaria. Y los reyezuelos tribales tardarán al menos dos días en alcanzar la llanura. Si no han huido ya esos cobardes —dijo Mirina, limpiando su cara de fina ceniza—. ¡Maldita escoria!

Un fuerte viento del norte se desató de pronto, hacia el sur, alejando las nubes de cenizas, levantando las hojas caídas y llamando la atención de las dos reinas. Artemisa, la gran cazadora, avanzó entre dos árboles, surgida del claroscuro del bosque, al trote, sobre un caballo blanco.

—Necesito mil estacas —apuntó muy triste, con la mirada fija en Armonía.

—¡Al fin llegas! —exclamó Mirina, alegre al ver la gran nube de cenizas alejarse hacia el sur—. Buen viento nos traes, al mar irán las escorias de Vulcano.

—¿Mil estacas? —preguntó Armonía.

—Sí —respondió la gran cazadora.

—No deberías estar aquí, sin ti Temiscira está indefensa —expuso Armonía—. Quedamos que una vez me uniera a Mirina, te dirigirías hacia allí.

—Oí llorar a mis lobas. El susurro del bosque llevó su triste lamento hasta mis oídos antes de la gran explosión. Vulcano ruge. El guerrero divino se ha armado, a todas matará.

—¿Ares? No está con ellos, no luchará contra nosotras. Además, es diestro en combate, sí. Pero no más que nosotras.

—Solo es un salvaje que sangra como un cerdo. En nada me fue cortarle la cabeza, poco faltó —apuntó Mirina, satisfecha.

—No digáis tales tonterías —les respondió Artemisa con un gesto elocuente y se volvió hacia Armonía—. Escucha: eres sabia en las artes de guerra, la mejor de mis discípulas. Pero tu gran corazón te traiciona, tu alma bendita pretende ver bondad incluso donde no la hay.

Armonía miró hacia un lado y sus ojos se humedecieron. Artemisa se acercó, la abrazó con fuerza y la besó dulcemente. Después le limpió las lágrimas ante los celos de Mirina, la cual observaba con enfado aquellas caricias, aquel amor que todas conocían y todas envidiaban.

—Mi amor, mi dulce reina ¿cómo te has dejado enamorar por ese asesino que repudian hasta los sagrados dioses del Olimpo? —le preguntó Artemisa.

—Yo… Siento tanto dentro de mí cuando me habla, cuando me sonríe.

—Si quieres un hombre, hay muchos en nuestra tierra. Civilizados o tan brutos como él y todos te mostrarían la mejor de sus sonrisas.

—Ese dios, ese hombre, lo que sea, es nuestro enemigo. Debe morir —apuntó Mirina—. Armonía debería volver a Temiscira donde nunca la encuentre ese salvaje.

—¿Cómo puedes decir eso, hermana? No te abandonaré ante el acoso de diez mil lanceros. Una guerra nos enfrenta, debámonos a ella si queremos vencer a la amenaza —dijo Armonía.

—Tienes razón. Sí. Esta misma noche responderemos inmisericordes al brutal asesinato de nuestras hermanas —aseguró Artemisa.

—Prepararé dos secciones de asalto y una fuerza principal. Las columnas aqueas de avanzadilla no nos esperan. ¡Les aplastaremos! Aunque es posible que no consigamos estacas para todos —expuso Mirina, comprendiendo las intenciones de la gran cazadora.

—Pues usaremos sus propias lanzas —continuó Artemisa—. Devotos de dioses de muerte, suplicaron por el favor de un dios con la sangre de nuestras hermanas. Sus plegarias serán escuchadas. Yo daré vida a su hecatombe divina y lamentarán su crimen.

—Prepararé a mi guardia —respondió Armonía.

—Sí, pero marcha con ella a Barbaria. Debes encontrarte con nuestra hermana Pentesilea, háblale de nuestros planes para desvelar la verdadera naturaleza de la empresa aquea.

—¿Pretendes mandarme lejos de la batalla?

—No me discutas, mi amada. Esta noche la guerra la hago yo, la loba soy yo. Esta afrenta no puedo obviarla. Ellos han hecho su hecatombe, buscaban la ira divina y la han encontrado, aunque no será como esperaban. Cumple tu cometido, este ejército de valerosas guerreras es comandado por tu hermana Mirina. Ella será el azote que necesito esta noche para calmar mi ira. Tú no podrías y debemos seguir el curso de lo establecido. Así pues, cabalga con la Guardia Real de Temiscira hasta Barbaria, habla con Pentesilea, avisa a sus gentes que nada podrán ante los diez mil de Marcial, evita la tragedia y será tu gran victoria.

Armonía asintió levemente, buscando a su oficial: Sria, una mujer de marcado carácter, fiel capitán de la Guardia Real de Temiscira, sabia en artes de guerra y medicina, amante de hombres y matadora de soldados.

—¡Sria! —gritó la reina—. En marcha la guardia, vamos a Barbaria.

Artemisa y Mirina permanecieron en silencio, observando partir a la Guardia Real de Temiscira con una disconforme Armonía al frente.

—La estrategia está armada. En marcha, llegaremos a media noche y no debemos retrasarnos —aseguró Mirina y jaleó a su caballo.

—¡Mirina! —la llamó Artemisa frenando su trote y estiró el mentón sin decir nada.

Mirina trotó hacia ella, atenta. Conocía bien a Artemisa, sus artes y mentiras, sus verdades y maneras. Algo quería, algo que deseaba ocultar a su hermana Armonía.

—Ares debe morir —afirmó la gran cazadora, categóricamente.

—Mi hermana está enamorada de ese hombre —replicó Mirina.

—Entre lobas no hay amor de hombres.

—Eso es decisión suya.

—No, ciega está. Se debe a Temiscira. Necesita de tu valor y coraje. Mátale.

—Le haré mucho daño, nunca me lo perdonará. Mejor dejar que muera en la batalla, ante una saeta anónima.

—¡Escucha! No es un hombre cualquiera, aunque tú así quieras creerlo. No morirá y hará daño a Armonía, más del que nunca puedas creer. Es tu sino acabar con su vida. No me acompañarás en esta batalla, tienes otra que librar y no te será fácil. Yo dirigiré a tu ejército.

—¿Quieres que busque a ese salvaje y lo mate? —susurró Mirina.

—Sí.

—Deberías ocuparte tú de él, más si es divino.

—No, entre divinos no hay muerte. No debo acabar con él. Quedaría maldita y en nada podría ayudar a nuestras hermanas, quedarían indefensas ante las constantes ambiciones de los reinos de machos. Los dioses te eligieron a ti para acabar con el hijo de Zeus. Será tu gloria. Debe morir. Pero no has de ir sola, necesitarás a tus mejores guerreras y una argucia.

—No soy diestra en argucias, solo en batalla.

—Mirina, tú acabarás con Ares o él sembrará la discordia entre las hijas de la luna. Es un dios de guerras, disfrutará azotando nuestros reinos. Hay que subsanar este error desde la raíz, impedir el amor envenenado que está consumiendo a tu hermana, a mi amada Armonía.

Mirina ladeó su montura, observó a su guardia personal, siete guerreras de puro negro, y tomó su hacha de doble filo, el labrys. Y volvió la vista sobre la divina cazadora.

—Dices que no es un hombre, ¿podré arrancarle la vida? —preguntó.

—Su soberbia le ciega. Usa su fuerza contra él, tus armas de mujer. Su alma es divina, pero su cuerpo es mortal como el de cualquiera. No uses la violenta guerrera que eres, sino la hermosa doncella que habita en tu interior. Dirígete hacia la montaña sagrada de Vulcano, ruge por su ignominiosa presencia. Ten, este opiáceo te ayudará. Gánate su favor, dáselo a beber y... ¡Córtale la cabeza! ¡Desmiembra su cuerpo! ¡Mata su alma divina antes de que escape de su corazón!

CAPÍTULO 15 · ARMAS DE MUJER

Tosiendo, buscando aire limpio y cubiertos de cenizas, Ares y Ganímedes se sentaron para descansar del momento. Ambos suspiraron viéndose a salvo cuando el volcán dejó finalmente de bramar. En su mano derecha, el salvaje guerrero mantenía la espada forjada por el temple maestro de Sethlans.

—Mi… Mi señor —tartamudeó Ganímedes.

—¿Qué te ocurre, Ratón? A salvo nos hallamos, deja de temblar —habló Ares.

—No, yo… Detrás —insistió Ganímedes.

—¿Detrás? —preguntó Ares y se volvió.

Frente a él, un nutrido grupo de hombres salvajes de anchas barbas, armados con hachas de piedra y angostos venablos, y mujeres de largas melenas hasta más allá de la cintura y con asombrados niños de pelos enmarañados en brazos, observaban atónitos. Habían llegado atraídos por el estallido y la visión de aquel hombre de músculos sin igual. De pronto, todos se agacharon para reverenciarles entre exclamaciones de júbilo.

—Sígueme —dijo Ares sin entender bien a aquella gente.

Al bajar el sol, Ganímedes juntó ramas y prendió una hoguera a golpe de pirita y mecha de cabellos pajizos. Ares se sentó bajo un cedro y bostezó con ganas al resplandor de las llamas. Estiró los brazos y cerró los ojos con un nuevo bostezo. Al abrirlos, vio frente a él, resignado, aquellos hombres salvajes y mujeres que le habían seguido durante todo el día. Se agachaban mostrando su respeto y uno de ellos le ofrecía una cierva abatida. Se encontraba rodeado de temerosos devotos. Se levantó y se rascó la barbilla; miró al muchacho, que levantó los hombros, y les ofreció las llamas de su hoguera estirando la palma de su mano, para que asaran al animal.

A lo lejos, entre los arbustos, los ojos felinos de Mirina observaban. Sorprendida, vio cómo aquellas personas adulaban al salvaje, besando la tierra que pisaba y sirviéndole uva, moras y salvajina. Algunos de ellos le levantaron una tienda de pieles. Otros le llevaban obsequios: tallas de piedra, coronas de flores e incluso animales vivos, como gallinas, patos y un pequeño cerdo. Las mujeres le rondaban constantemente entre sonrisas y miradas que buscaban el calor del lecho, incluso las más jóvenes doncellas y otras féminas bien entradas en edad.

—¡Increíble! Creen que es un dios nacido de Vulcano —murmuró Mirina.

—Le agasajan como a un rey. ¡Como a un dios! Quizá nos conviene, de licores y mujeres lo

colmarán. Más sencillo será hacernos con su vida —comentó su capitana Elaya, una joven robusta, de cara tintada y largas trenzas, de afamada reputación entre hombres sin cabeza.

—Mezclémonos con esas mujeres serviles, las demás que nos esperen aquí. Que pendientes queden por si algo se tuerce. Haremos que el salvaje piense que somos aduladoras deseosas de su hombría, así llegaremos hasta él sin levantar desconfianza. Nosotras seremos quienes calentemos su lecho y nos llevemos su vida. ¡Sí, así ha de ser! —exclamó Mirina, estudiando el pequeño cuenco donde guardaba la pócima que Artemisa le había entregado—. Lo siento, hermana. Pero tu hombre es mío.

Poco después, Mirina y Elaya paseaban sin petos ni armas, desaguisadas con un corto chitón, como dos féminas más entre las mujeres que rondaban la tienda. Y se pusieron a danzar alrededor de la hoguera, buscando la mirada de su salvaje presa.

Ares devoraba la pata de un tierno cabrito, sin dejar de observar cada una de aquellas piedras talladas que le entregaban sus inesperados súbditos, riendo con las gallinas que le llevaban y lanzando miradas descaradas a las mujeres que danzaban lascivas para sus ojos. Ganímedes no sabía ya donde guardar tanta ofrenda y se planteaba, torciendo los labios, cómo transportarlas.

Finalmente, Ares lanzó el hueso descarnado de la pata a la hoguera, se limpió la boca con el brazo, bebió un largo trago de vino y eructó. Con el rabillo del ojo vio a Ganímedes alejarse con un grupo de muchachos y sus venablos, y sonrió alzando las cejas. Acto seguido dio media vuelta, se introdujo en la tienda y bajó la esterilla que hacía de entrada. Un rumor de lamentos de mujer se alzó al aire, mientras algunos hombres seguían llevando objetos, orando extraños rezos.

—El salvaje no busca compañía —expuso Elaya.

—Se habrá agobiado con tanta hembra a sus pies —contestó Mirina.

—Quizá le gusten más los machos. Si es así lo tendremos difícil.

—No creo, mi hermana sonríe demasiado cuando lo ve. A ese hombre le gustan las mujeres y mucho. Esperemos a que todas estas locas se cansen y se vayan, hasta entonces no podremos visitarle.

La noche pasaba y nada cambiaba. Mirina, poco amante de la paciencia, comenzó a desesperarse. Las mujeres seguían danzando alrededor de la hoguera y cada vez con más ímpetu.

—No cesan en su empeño —le dijo Elaya con una mueca en los labios.

—Pero ninguna se atreve a entrar en el cubil del salvaje —dijo Mirina y quedó mirando a unas niñas que iban de la mano de un mujer mayor—. Mira esas, sin pechos ni edad.

—¿Son tus hijas? ¿Cómo las traes aquí?—le preguntó Elaya a la mujer.

—Son muy jóvenes, pero ya pueden concebir. Ellas también quieren tener la oportunidad de parir a la divina reina —respondió la mujer.

—¿Qué dices? —preguntó Mirina, desconcertada.

—La profecía de Pitia, ella lo vio hace mucho tiempo. Por ello vivímos cerca de la montaña sagrada. De la polis de Delfos somos. Olvidados por el tiempo, en salvajes nos convertimos.

—¿Qué profecía? —insistió Mirina.

—¡Un dios sacudiría Vulcano y de entre las ninfas del bosque, la divina reina nacería! ¡Aquella que por siempre será divina! Él es el dios y una de nosotras la ninfa que le dará a su primogénita divina. Yo no, mi tiempo pasó, pero quizás una de mis hijas. Las visiones de Pitia son siempre verdad. Todo lo ve, todo se cumple.

Mirina la miró atónita y de un golpe con el puño, la dejó sin sentido. Las niñas comenzaron a llorar y las demás mujeres pensaron si se peleaban por colarse en el lecho de Ares. Todas empezaron a mugir como vacas en celo, a golpearse mientras corrían a voces hacia la tienda.

—Vámonos —dijo Mirina—. Volveremos cuando la locura termine. Estas febriles mujeres matarán por ser la elegida. Además, con un poco de suerte nos lo dejarán tan agotado que ni alzar el brazo podrá.

—Si las atiende a todas, no podrá alzar nada por un tiempo —sonrió Elaya.

Ares alzó la esterilla y salió con notables muestras de enfado. Dos mujeres se abalanzaron sobre él, gritando como posesas, ofreciéndose deseosas de ser germinadas. Las demás se acercaron remolonas. De un solo golpe con su mano abierta, las mandó diez pies atrás.

—¡Largo de aquí! ¡No me dejáis dormir! —exclamó con su voz ronca.

Dió un paso al frente, estirando los brazos, para rugir como un demente dando patadas.

Todas las mujeres salieron corriendo, aterradas; alejándose de la tienda entre gritos.

Mirina le observó y deseó matarle allí mismo, arrancarle la cabeza.

—No es más que un bruto salvaje. ¿Qué ha visto mi hermana en esa bestia? —preguntó.

—Parece un buen semental —murmuró Elaya.

—¡No digas estupideces! ¡Ni las pienses! —le exclamó Mirina, bajando la voz. Y se volvió atraída por un tocón que mantenía una bandeja abandonada con varios cuencos y una jarra.

—Se han ido todas. Ese salvaje ha dejado desierto el lugar a patadas —dijo Elaya.

Ares miró a los lados y se fijó en ellas. Aquellas mujeres no se habían inmutado ni habían salido corriendo. Gruñó levemente, dedicándoles una mirada y regresó al interior de la tienda.

—Es el momento —aseguró Mirina y tomó la bandeja. Luego lanzó tres cuencos a tierra, dejando dos, y se aseguró que la jarra contenía vino. Miró a ambos lados, comprobando que no era blanco de miradas indiscretas y volcó la pócima en uno de los cuencos.

—Cólmalos de dulce vino y llévaselos —ordenó—. Tu bella presencia con el vino no será lo mismo que cien locas hembras gritando.

Elaya obedeció de inmediato, llenando los dos cuencos. Y se hizo con la bandeja.

—La pócima está en el de la derecha —le recordó Mirina.

—Espero que ese bruto halla rebajado su tensión. No me gustaría que me saltara un ojo de un bofetón —contestó Elaya y se dirigió hacia la tienda.

—El silencio, tu belleza y el vino te acompañan, todo saldrá bien —aseguró Mirina.

—Acompáñame —le pidió Elaya, al ver que se quedaba atrás.

Las dos guerreras se acercaron a la tienda, nadie quedaba allí. Todas las mujeres habían marchado tras el brutal acto de Ares. Y los hombres también. Nadie quería ofender a aquel dios salvaje. Pero antes de que alzaran la esterilla, lo hizo el guerrero divino. Y quedaron cara a cara.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Queréis probar el ancho de mi pie? —preguntó Ares.

—Pensamos que te apetecería un trago de dulce vino. Ya sabes, para descansar de la fatiga del día, para digerir el cordero, para dormir plácidamente —murmuró Elaya con el deseo desbordando sus ojos.

Ares las miró fijamente a las dos, estudiando sus rostros y vestimentas.

—¡Vino! —exclamó—. ¡Por fin una ofrenda decente!

Salió por completo de la tienda, totalmente desnudo. Pasó entre las dos mujeres y anduvo un par de pies. Tomó su miembro con la mano y comenzó a orinar. Las miradas de ambas féminas se cernieron entre las manos de aquel hombre, con los ojos abiertos como platos.

—Es enorme —murmuró Elaya y tragó saliva ante una atónita Mirina.

Ares terminó con tres sacudidas y un pequeño gemido de gusto, y regresó ante ellas. Las miró detenidamente y alzó la esterilla.

—Pasad, traed ese vino —les dijo y se introdujo en la tienda.

Ellas se miraron y Mirina le ordenó a Elaya que entrara, con un golpe de cabeza.

—El cuenco de la derecha —le recordó con un murmullo.

Elaya ladeó la esterilla y entró decidida.

—Deja el vino ahí —le ordenó Ares, señalando un tocón que se hallaba junto al lecho.

Elaya obedeció sin mediar palabra, boquiabierta, fijándose en el hermoso cuerpo desnudo de Ares. Aquella cosa parecía crecer por momentos ante su vista. Ares se le acercó y acarició sus hombros. Le puso la mano en la cintura y se la acercó, apretándola contra su cuerpo.

—Hueles muy bien —le dijo.

Elaya, sonrojada, apenas pudo murmurar una sonrisa mientras notaba el calor y la hombría de aquel cuerpo latiendo sobre su piel.

—Deja tu ropa en la entrada y dile a tu amiga que entre, fuera hace frío —ordenó Ares.

—Yo solo venía a traerte el vino —dijo Elaya.

—Traes dos cuencos. ¿No pensabas beber conmigo?

—Yo…

—Dile a tu amiga que entre, gozaremos de la noche.

Elaya se volvió, sin saber bien qué hacer, y se asomó afuera.

—Dice que entres, que ahí afuera hace frío —murmuró ante una desconcertada Mirina.

Ares observó la espalda desnuda de aquella mujer y volvió los ojos sobre la bandeja. Entrecerró un ojo, desconfiado, y cambió la posición de los cuencos de vino.

—¿Qué haces, Elaya? Dale el vino y sal de ahí —ordenó Mirina en voz baja.

—¿Por qué no entras, mujer? —preguntó Ares asomando junto a Elaya y posó la mano por detrás de ella, acariciando sus muslos, buscando su intimidad, acariciando su suave piel, jugando con los pequeños rizos del pubis.

Mirina le miró con el rostro enjuto, observando la cara presa de deseo y placer de Elaya.

—Eres una mujer muy hermosa. Entra —insistió Ares.

La reina pelirroja entró desconfiada, sin palabras, y miró los dos cuencos colmados de vino.

—Espero que le haga efecto pronto —murmuró al oído de Elaya.

—¿Qué habláis mujeres? No sois como las demás. Parecéis más ¿limpias? —preguntó Ares.

—Nos hemos arreglado para ti —expuso Mirina y se acercó a los cuencos de vino.

Tomó el de la derecha y se lo ofreció a Ares.

—Somos tres, falta un cuenco o sobra alguien —le aseguró.

—Yo ya me iba —aseguró Mirina y se deslizó hacia atrás.

Ares la tomó de la muñeca y bebió todo el vino de un golpe. Tomó el segundo cuenco, aún colmado de vino, y vertió la mitad en el suyo vacío. Y le entregó uno a cada una.

Mirina sonrió al ver que se había bebido todo el vino con la pócima sin notar nada y se mostró melosa, pensando que en cualquier momento caería vencido. Miró en torno suyo, buscando un arma para cortarle la cabeza. Vio aquella reluciente espada e hizo una mueca felina. Miró a Elaya y ambas se bebieron de un trago el vino.

—¿Más? —preguntó Ares.

—Más —respondió Elaya, relamiéndose los labios.

Ares volvió a llenar los cuencos y les dio uno a cada una. Brindaron los tres y bebieron hasta agotar el vino. Él bebió directamente de la jarra. Después, se posó a Elaya sobre sus muslos, cubriéndola de caricias, mientras ella se dejaba hacer, presa de aquellos dedos que en todo ahondaban.

—Acércate, muestra tu belleza —le dijo Ares a Mirina, tumbándose en el lecho mientras su mano y brazo arrastraban tras de él a una Elaya vencida.

Ella se volvió a la vez que se alzaba el chitón, quedando desnuda; y lo dejó sobre el mango de la espada, deseando tomarla y acabar ya. Por unos momentos dudó y decidió esperar a que la droga hiciera efecto. Cuando se volvió, Elaya galopaba sobre Ares sentada sobre él, gimiendo sin parar; el guerrero divino, boca arriba, le apretaba los senos sin parar de agitarse. Entonces, Mirina notó un ligero sopor que se adueñaba de ella. Los párpados le pesaban cada vez más y su mente se iba tras los lujuriosos movimientos de Elaya.

—Ven, mujer, acompáñanos —le pidió Ares haciendo presa en su cintura.

***

Un ruido despertó a Mirina. Abrió los ojos de golpe y miró a los lados. Se encontraba en el lecho de Ares, desnuda. Él no estaba. Miró perpleja a Elaya, la cual permanecía a cuatro patas, con la cabeza hundida entre las pieles y con las nalgas en alto. Cerró los ojos y respiró profundamente. Su intimidad hervía como nunca había conocido y se cubrió con la mano de inmediato. Deslizó sus dedos y los alzó manchados de rojo, calientes y húmedos. Y gritó.

Elaya cayó de lado, despertándose. Saltó del lecho y miró a ambos lados.

—¿Qué, qué, qué? —preguntó sin saber dónde estaba ni qué pasaba.

Mirina le dio un fuerte golpe en la cara, con el puño, y Elaya rodó fuera de la tienda.

—¡Maldita, no bebió la pócima! ¡La bebimos nosotras! —exclamó Mirina.

—¡Tú se la entregaste! —respondió Elaya tratando de alzarse del suelo.

Mirina salió corriendo, hecha una furia, y saltó sobre ella, golpeándola una y otra vez, sentada sobre su vientre. A su alrededor, comenzaron a llegar hombres y mujeres que miraban atónitos cómo las dos mujeres desnudas se pegaban mientras las rodeaban por completo.

Mirina alzó la cabeza y paró en su furia.

—No son de las nuestras —dijo una mujer mayor, con un ojo amoratado.

Mirina la reconoció de inmediato, era la que pretendía llevar ante Ares a sus hijas.

—Han mancillado nuestros ruegos. Han estado fornicando toda la noche. Impías ellas se han burlado de nosotras, de nuestro pueblo —gritó la mujer.

Mirina y Elaya vieron cómo aquellas personas tomaban piedras del suelo y armaban su manos con contundentes estacas de madera. Apenas se levantaron, decenas de piedras les cayeron encima. Mientras trataban de cubrirse con los brazos, vieron correr hacia ellas a innumerables mujeres ciegas de odio y con las estacas en alto, gritando enloquecidas.

Las dos guerreras se miraron entre ellas.

—Oh, oh —murmuró Elaya.

Y salieron corriendo.

CAPÍTULO 16 · MIL ESTACAS

Levantando una gran nube de polvo, el poderoso ejército de Marcial rompió el horizonte, saliendo del bosque y alcanzando el valle que rodeaba Barbaria. Poco más allá quedaban las aguas del mar Euxino, de un azul inmenso, resplandeciente con la luz del atardecer.

—Estamos en el campo de batalla, mi general —dijo Prometeo—. Pronto alcanzaremos el campamento de Tántalo.

—Así es, todo marcha como debe. Las lobas ya no aparecieron —expuso Marcial.

—Quizás huyeron a sus tierras de Oriente.

—¡Mi señor! —exclamó un oficial de la guardia, acompañado por una patrulla.

—Decidme ¿qué ocurre? ¿Avistamos ya a los nuestros? —preguntó Marcial

—Señor, sí. Pero… —contestó el oficial sin poder continuar.

—Habla de una vez.

—Las hogueras del campamento de Tántalo se elevan hasta el cielo. Pero la luz de las llamas asusta al más valiente, es horrible.

Marcial, seguido de Prometeo, se acercó a pie de la loma desde la que se distinguía el valle donde había acampado su fiel Tántalo. La visión le hizo arrugar los labios, frunció el gesto y se volvió hacia su capitán.

—¿Qué sabemos de Marco y sus exploradores? —preguntó Marcial.

—No da señales de vida, nada sabemos —contestó el oficial.

—Esperemos que las lobas solo se fijaran en Tántalo.

—Mi general, temí con razón tras el horrible sacrificio de esas mujeres. Un acto tan indigno solo podía clamar venganza —concluyó Prometeo y alzó la vista con desdén.

Aquel enorme valle se encontraba sembrado con mil estacas. En cada una de ellas resaltaba la cabeza sangrante de un soldado aqueo, empalada. Las enormes hogueras lanzaban al aire la pestilencia de la carne humana quemada. Los cuerpos decapitados de los lanceros del ejército de Tántalo ardían entre troncos y ramas cubiertos por su propia brea.

—Apenas hay rastro de lucha. Les sorprendieron y acabaron con ellos rápidamente, sin piedad alguna —expuso Marcial.

—Ellas tampoco disfrutaron de piedad alguna —aseguró Prometeo, pensando en las jóvenes sacrificadas, ahondando en los pensamientos de su general.

—Prometeo, que una compañía limpie de estacas el valle —ordenó Marcial.

—¡No! ¡Que tus hombres sepan a qué se enfrentan! —interrumpió Hécate.

Némesis llegó tras ella y quedó extasiada ante la visión de aquel millar de cabezas empaladas que cubrían el valle. No pudo más que lanzar una exclamación de admiración.

—Ha sido ella. Está aquí sin duda, su venganza siempre es cruel como ninguna —aseguró Némesis temblando toda de emoción y mostrando cierto temor.

Las dos féminas siguieron adelante, adentrándose en el campo de estacas.

Y volvieron la vista sobre Marcial, iracundas.

—Nosotras marchamos, nuestro objetivo se halla cerca. Si ella se percata de nuestra presencia, todo se malogrará —dijo Hécate acariciando una de las cabezas empaladas.

—¿Quién es ella? —preguntó Marcial.

—La gran cazadora, la vengativa Artemisa —respondió Némesis y se encorvó con un escalofrío, hacia su compañera—. ¡Debemos marchar! Artemisa no debe encontrarnos aquí.

—Deberíais acompañarnos hasta Barbaria. ¿Y esa prisa? ¿Tan horrible y poderosa es esa mujer que hace temblar a dos harpías del Olimpo? —preguntó Marcial con cierto enfado, notando la desesperación que mostraban las dos féminas por huir.

—Tu hecatombe divina atrajo a la voraz Artemisa. Ruega para que su sed de venganza esté saciada o tus hombres conocerán el horror más allá del que ellos mismos producen. Ahí tienes la prueba. ¡Mil estacas por veinte corazones! —exclamó Hécate alzando los brazos como si nada tuviera ella que ver en lo acontecido.

—¿Mi hecatombe? ¡Vosotras que ahora huís la promovisteis! —exclamó Prometeo.

Marcial no dijo nada. Primero deseó matarlas. Luego pensó en torturarlas hasta que no pudieran más y matarlas lentamente. Impenetrable en su rostro, esperó sobre su carro de guerra a que lejos se hallaran las dos, manteniendo la incertidumbre de sus pensamientos.

—Mi general —murmuró Prometeo.

No obtuvo respuesta.

—¿Mi general? —insistió.

—Prometeo, toma una compañía y desmantela este campo de horror antes de que nuestros hombres vean a lo que se enfrentan. No he de combatir con quien tema quedar tan mal parado. Nosotros acamparemos mientras aquí. Que descansen los hombres y sean bien alimentados. Desviaremos la gran columna hacia Barbaria, haremos noche en esa maldita ciudad.

—Pero allí estará el enemigo.

—Pues tendrá que dejarnos sitio.

El campo de estacas fue limpiado tan rápidamente como pudieron hacerlo los soldados encargados de ello. Cabeza a cabeza fueron lanzadas al fuego avivado por las estacas. La columna del bravo Tántalo había desaparecido por completo.

Marcial descansaba en su tienda bebiendo vino, esperando ser avisado para continuar la marcha. Se preguntaba por las reinas guerreras y por Artemisa. Una deidad de Oriente asimilada por los devotos del Olimpo. ¿Sería tan poderosa como para hacerle retroceder?

—¡Malditas harpías! —exclamó lanzando la copa de vino contra la tela de la tienda.

—Mi general, ha llegado Marco junto con varios de sus exploradores —expuso Prometeo alzando la esterilla.

—Mi general —se presentó Marco, gallardo.

—¿Estás bien? ¿Y tus tropas? —se interesó de inmediato Marcial.

—Permanecen ocultas tal y como se nos ordenó.

—¿Sabes qué ha pasado aquí?

—Al amanecer vimos el humo de las grandes hogueras. Mandé una patrulla y me informó que nada se podía hacer. Fui a verlo con mis propios ojos y quedé horrorizado. Ayer mismo estuvimos con Tántalo y todo marchaba según lo acordado. En la noche, todos fueron muertos.

—¿Qué sabemos de Barbaria? —preguntó Marcial.

—Lo suficiente, mi general. Es una pequeña aldea sin apenas defensas, no encontraremos resistencia —aseguró Marco.

—¿No hay lobas y de ejército no disponen? —preguntó Prometeo.

—No. Solo gentes de vacas, comercio y sembrado, y algún guerrero mal pertrechado. Cargaremos estacas en nuestros carros para clavar sus cabezas, de hombres y mujeres, de niños y ancianos. La sangre de los nuestros clama la justa venganza —expuso Marco.

—No digas sandeces —replicó Marcial—. La guerra no es una venganza continua, sino una empresa muy seria con un objetivo que cumplir. Marco…

—Sí, mi general —contestó contrariado.

—Trae a tu ejército, sácalo del bosque de inmediato. Todo cambió. Date prisa, seguro que esas lobas te vieron llegar y ya lo descubrieron. Ahora, sin duda, estarán tramando cómo hincar el diente —ordenó Marcial.

No tardó Marco en correr hacia el bosque, junto a varios lanceros, en busca de sus hombres, bajo la mirada atenta del general y de Prometeo.

Ente los árboles, serena y voraz, Artemisa observaba.

Marco inició el repliegue de sus tres compañías, buscando las posiciones del grueso ejército de Marcial que se hallaba en el valle. Pero antes de que pudieran salir del bosque, cientos de saetas cruzaron entre los arbustos buscando muerte. Sin ver de donde procedían los dardos, sin saber cómo ocultarse, sus hombres caían muertos y heridos, entre gritos y maldiciones.

—¡Por vuestras vidas! ¡Corred hacia el valle! —gritó Marco sin saber cómo enfrentarse a aquel enemigo que no se mostraba para matar.

Entonces vio a Artemisa, paseaba con su suave y delicado chitón de sedas, blanco como la luna y en una mano portaba un arco de astas que relucía como si fuera de oro. Ella le miró fijamente con sus hermosos ojos oscuros y levantó la cabeza, cubierta por una corona de hojas y florecillas. Y sonrió maliciosa.

—¡Salgamos de aquí! ¡Rápido! —gritó Marco.

Los aqueos corrieron veloces entre el matorral en dirección al campamento de Marcial, en desbandada y esquivando las saetas que mordaces les perseguían.

En la carpa de armas, preparada la gran columna, los capitanes debatían con su general la entrada en Barbaria. No había fortificaciones que impidieran un asalto y no se conocían posiciones de enemigo alguno. Así lo habían informado todos los espías enviados.

Un oficial de la guardia entró apresurado en la tienda.

—¿Qué ocurre? —preguntó Marcial.

—Los hombres de Marco abandonan sus posiciones, se precipitan en su huida. Llegan desperdigados, sin orden ni concierto.

—Ya me extrañaba. ¡Esas lobas tardaban demasiado! —exclamó Marcial.

—Las lobas debieron dar con ellos —asintió Prometeo—. Pero Marco debería replegarse en formación para evitar mayores pérdidas.

—Prometeo, ocúpate de que Marco, si logra llegar con vida, recomponga a sus soldados, que afilen sus armas y anímale, que bien alta ha de tener la moral. En unas horas marcharemos sobre Barbaria y él será el primero en entrar con sus exploradores.

—Pero ¿y la gran batalla?

—Esas lobas saben lo que hacen, debemos impedir que sepan lo que hacemos. Vamos a cambiar nuestra estrategia. Esas mujeres no son vulgares hembras, ni tales salvajes con venablos y hachas de piedra como esperábamos.

—No, no lo son.

—Arrasaremos esa población y continuaremos nuestro camino bien repuestos de víveres. Pero ten por cierto, mi buen capitán, que la ruta hasta Temiscira no será un camino de rosas.

—¿A Temiscira? —preguntó una voz grave, alzando la esterilla y entrando en la tienda.

—¡Ares! ¡No estás muerto! —exclamó Marcial.

—¡Ha regresado del Olimpo! —le siguió Prometeo con gran alegría—. A pesar de todo, la hecatombe funcionó, entre mortales se halla de nuevo.

—¿Qué son esos dichos? Nunca estuve muerto ni en el Olimpo. Viajé a buscar una espada forjada para mí en Vulcano, la montaña de fuego. Pero decidme ¿qué buscáis en Temiscira?

—Sangre y gloria para Ática —aseguró Marcial—. Muéstrame esa espada.

Ares le miró como quién no ve y dio un paso al frente. Tomó una manzana del frutero de la mesilla y la mordió. Desenvainó la espada ante la expectación de Prometeo. Pero el efecto que produjo en Marcial no fue el deseado, en vez de mostrar alegría se mostró cauto, pensativo.

—Veo que tu ejército ha sufrido una severa derrota. El fuego que consume los restos de Tántalo y sus soldados no borrará esta humillación —expuso y envainó la hoja.

Acto seguido continuó rondando la mesilla, para servirse dulce vino.

—Barbaria pagará y Temiscira nos colmará. ¿Nos acompañarás o marcharás más allá de Tracia? —preguntó Marcial mostrándose distante, observando la espada, el cinturón y la testuz de carnero que hacía de hebilla.

—¿Pretendes Temiscira? Se halla en tierras desconocidas hasta para los dioses del Olimpo. Cibeles, la Madre Tierra las habita. Y Artemisa campa valiente con su arco de astas. Hititas, teucros y salvajes tribales las evitan en su camino, en sus conquistas. Marcial, mi gran general, amigo, ¿qué buscas allí? —insistió Ares.

Marcial levantó el rostro sin atreverse a contestar.

Ares rondó de nuevo la mesa. Se acercó a Prometeo y observó los movimientos de sus oficiales. Pronto echó de menos la presencia de Hécate y Némesis. Y levantó el entrecejo.

—Han marchado las harpías, ya tienen una nueva presa que acosar —dijo—. No deberías escuchar tanto a esas asesinas. Como toda mujer nacida demonio, solo divinas ansían ser. Han vendido su alma para acercarse al Olimpo.

—Verdades dices. Pero bien sabes que nos debemos al sabio rey Cécrope, rey de reyes.

—Sus deseos eran que ayudarais a nuestros hermanos de Tracia a combatir las huestes hostiles que sin vida les dejan. ¿Que huestes? Aquí no hay nada por lo que combatir.

Marcial volvió a quedar en silencio.

—Me sorprendes, pues me comentan tus oficiales que has permitido el sacrificio tenaz de valientes guerreras, ya vencidas. ¿Querías despertar la ira divina? Parece que lo has conseguido. Artemisa se ha hecho mujer guerrera… Hoy son mil estacas, mañana podría ser tu ejército.

—No podrá —dijo Marcial—. Tú se lo impedirás. Aquí estás, por eso ella no ha regresado. Esas lobas fueron sacrificadas en tu honor. Les arrancamos el corazón para ofrecértelo en divino sacrificio, deseábamos tener a nuestro lado al hijo de Zeus. Así lo exigieron las harpías.

—¿Cuándo comprenderás? ¡No soy hijo de Zeus! —exclamó Ares y golpeó con fuerza la mesilla—. No hagas a las harpías responsables; tú comandas, podrías haberlo impedido.

—Mi general no era partidario de tal sacrificio, ninguno lo éramos. Creímos que habías muerto, solo pretendimos abrir las puertas del Olimpo. Ellas así lo exigieron en nombre del propio rey Cécrope —intervino Prometeo, defendiendo a su general.

—¿Cómo iba a atraer a un dios de guerra la muerte ignominiosa de unas doncellas? Pues aún siendo guerreras, eran cautivas. Mejor hubiera sido brindar una gran victoria en el campo de batalla. Así, solo a la venganza podríais invitar. Marcial, siempre pensé que eras el mejor de los generales, por eso a tu lado batallo. Hoy no te reconozco.

Marcial agachó la cabeza.

—Sin duda debí impedir el sacrificio. ¡Me repugna! Como bien dices, las harpías no son voces en las que confiar. También sabes que hablan por boca de mi amado rey Cécrope. Yo soy guerrero, militar, no entiendo de brujería y demás artes. Pero sé que ellas gozan de ese poder, de tal privilegio, el que mi rey les da y a él me debo —contestó finalmente.

—No me has dicho qué buscas en Temiscira —insistió Ares.

—Un buen botín, ¿te preocupa?

—Yo sé bien lo que buscas en Temiscira. Y te digo: alimenta a tus hombres, que descansen de la dura jornada y mañana mismo, emprende el camino de regreso. Solo así saldrás victorioso. Pues hay guerras imposibles de vencer, cuya única victoria es evitar la contienda.

—Divino Ares, amigo, he escuchado tus palabras. La precaución guiará mis pasos, pues ya sé que a un gran enemigo he de batallar. Pero no me pidas que regrese, mi rey Cécrope se haría con mi cabeza y con la de mis valientes soldados.

—Tengo entendido que marchamos a Barbaria —dijo Ares cambiando de tema.

—Esas lobas habrán informado de todo a sus aliados. No creo que mañana ni nunca se de esa gran batalla en el valle. Solo hemos visto lobas acechándonos, suyas fueron las mordidas que recibimos. Son diestras en artes de guerra, saben que es una locura enfrentarse a nuestro ejército en campo abierto, aunque veinte mil o más fueran. Cosa que no creo. Dime, si fueras un salvaje tribal ¿arriesgarías tu vida y la del clan familiar por cuatro maderos mal apilados? Ni saqueando todas las casas, juntaríamos un quilate de oro. Así definen hoy nuestros espías a Barbaria. Me temo que ese ejército nunca existió y si es así, no se presentará. Por eso entramos esta noche. ¿Para qué esperar? Nadie nos espera para combatir en una gran batalla.

—Eres un general valiente y sabio como pocos. Un gran guerrero. Pero por primera vez te veo caminar por la oscuridad y cometer actos de ignominia. Te seguiré, pues he de conocer ese reino de mujeres al que ambicionas llegar. Pero no esperes mucho más de mí —le advirtió Ares y abandono la tienda, seguido por Ganímedes.

—Prometeo, marchamos hacia Barbaria —ordenó Marcial.

—Sí, mi general —replicó Prometeo y salió de la carpa con paso rápido.

Marcial quedó solo. Con cara larga se lamentó de lo ocurrido y anduvo dando cortos pasos hasta la esterilla. Se asomó fuera en busca de su fiel Morgo. Y respiró profundo ante él.

—Tiene la espada. Por Zeus, por Atenas, por nuestro amado rey Cécrope, por nuestros hijos… Ares debe morir y esa reina loba, también —dictó Marcial.

Morgo asintió y desvió su cabeza hacia el infinito como si nada hubiera escuchado.

***

Cabalgando maltrecha, Mirina llegó al campamento de las hijas de la luna seguida de su guardia. Solo la intervención de estas en el último momento la habían salvado de morir apedreada junto a la capitana Elaya. De un salto descabalgó, furiosa toda ella, y se encaminó hacia su tienda de campaña. De un manotazo apartó la esterilla.

Artemisa, que esperaba dentro, se levantó despacio y la observó.

—Veo que la empresa no salió como esperábamos.

—¡Ese salvaje ha robado mi virginidad y ni me he enterado! ¡Me quema todo mi interior!

—Ha hecho algo más que eso —dijo Artemisa y salió de la tienda riendo ante la desesperación de Mirina.

—¡Guardia! —gritó ella mientras se deshacía de las vestimentas.

—Sí, mi reina —respondieron dos lanceras que entraron de inmediato.

—¡Traedme una tina y abundante agua caliente! ¡Ya tardáis!

Bien entrada la noche, Mirina todavía permanecía sentada desnuda en la tina de agua caliente, calmando su escozor y lanzando maldiciones entre dientes.

—Mi reina —dijo tímidamente Elaya.

Mirina la observó como si quisiera sacarle el hígado.

—Siento mucho lo ocurrido, no sé qué pasó. Me preguntaba si esta noche podríamos dormir juntas o si vuestro enfado lo impide. No sé qué decir, ni qué hacer. Ese salvaje…

—¡Calla!

—Debió cambiar las copas antes de beber. Yo vi cómo le diste la de la derecha. No pudo ser otra cosa, no hubo error. Lo siento tanto.

—No te disculpes de lo que no sientes. El vino no había hecho su efecto cuando ya galopabas sobre él, gritando como zorra en celo. Si le hubieras vigilado bien, nada de esto habría pasado… Ven, relaja mi espalda, calma mi ira o te arrancaré la cabeza.

Elaya entró y se situó tras ella. Comenzó a masajear a Mirina, le ladeó su larga melena rojiza

y la besó en el cuello. La reina pelirroja se recostó hacia atrás.

—Por lo menos disfrutamos de ese salvaje y de su enorme… —murmuró Elaya.

—¿Qué dices? —la interrumpió Mirina frunciendo el ceño.

—No, nada.

—¿Cómo que nada?

—Nada, relájate, mi reina.

—¿Que me relaje? —preguntó Mirina y saltó ida, lanzando cuanto encontraba contra Elaya, liándose finalmente a patadas con ella hasta que la expulsó de la tienda.

Tirándose de los pelos de la cabeza, dio una vuelta inquieta, maldiciéndolo todo.

—¡Lo mataré!

Armonía dormitaba en su lecho, bajo la lona de su pequeña carpa. Artemisa le acariciaba la espalda y la abrazó con fuerza, notando el roce de su cuerpo desnudo, su aroma, calor, y gimió dulcemente. Le pasó las yemas de las manos por la cara y la besó dulcemente en los labios.

—Dime, mi amada Artemisa, ¿puede el amor de un hombre separarnos?

—Nada puede separarnos —respondió la gran cazadora y levantó su rostro con una mueca perspicaz. Bien sabía que era lo único que podía separarlas.

—Entonces ¿por qué pretendes que olvide a ese salvaje? No puedo dejar de pensar en él. Es como si habitara dentro de mí.

—Eso es lo que ese salvaje pretende, habitar dentro de tu ser. Hazle el amor, fecúndate si así lo deseas y olvídale. Tu hermana ya lo hizo.

Armonía puso los ojos como platos y levantó su cuerpo desnudo.

—¿Mirina ha estado con Ares?

—Mientras yo batallaba, ella le visitó. No todo es guerra en esta empresa. Sois jóvenes, debéis pensar en dejar descendencia cuanto antes. Ese salvaje puede ser un buen semental. Pero ya sabes lo que opino, hay buenos mansos en nuestras tierras y ese hombre es muy peligroso.

Armonía se sintió engañada.

De pronto, se levantó y vistió con un largo chitón para salir en busca de Mirina.

Artemisa sonrió locuaz y pensó si la semilla de Ares había arraigado también en su amada Armonía. El viaje hasta las tierras de la vieja Europa había resultado fecundo. Lo sentía tan cierto como los latidos de su corazón y esos pequeños mareos que su amada sufría. Con un gesto extraño, frunció el rostro. El salvaje guerrero, ahora, debía morir y la empresa no parecía sencilla.

Armonía se presentó en la tienda de Mirina, la cual había regresado a la tina. Por un momento la observó, triste y sola, y calmó su ánimo. Agachó la cabeza y se volvió para salir.

—¿Hermana? —preguntó Mirina al notar su presencia.

—¿Has yacido con Ares? —respondió Armonía.

—Realmente no lo sé…

—¿Cómo que no lo sabes? Se suponía que andabas batallando en el bosque.

—Nos embaucó con vino y una pócima, mi señora —expuso Elaya entrando de nuevo en la tienda, pensando que la tormenta había pasado, buscando el perdón de Mirina.

—¿Tú también? —preguntó Armonía y sin más, salió de la tienda con los labios prietos.

—Pero ¿qué le pasa a tu hermana? —preguntó una Elaya desconcertada.

—Creo que está enamorada de verdad… de ese salvaje —respondió Mirina.

—¿Enamorada de un hombre? ¡Qué tontería!

—Pues parece que no es tontería —dijo Mirina y se levantó para salir tras su hermana.

—¡Armonía! ¡Escucha! —la llamó.

Armonía paró en su paso y se volvió.

—Sabes bien quién es ese hombre, ese semidios, dios o lo que sea y aun así lo deseas. Me tienes preocupada, anoche marché a por su cabeza. Pero los dioses me jugaron una mala pasada y acabé siendo la vaca de ese semental. Perdí mi virginidad y ni me enteré. Nada recuerdo, drogada me hallaba por la pócima que vertimos en su vino. Ese hombre es un salvaje sin sentimientos. Pero si tú me dices que lo quieres para ti, que lo amas en verdad, nunca volveré a acercarme a él.

Armonía la miró y se acercó a ella, arrugó la nariz y le puso la mano en el hombro.

—¿Te dormiste mientras ese salvaje te poseía? —le preguntó alzando una ceja.

—No me lo recuerdes —asintió Mirina.

Armonía rio y juntó su frente con la de su hermana.

—Mirina, no sé qué siento por ese hombre. Tal vez nunca lo vuelva a ver o quizá se me lleve la vida esta empresa de armas que nos atañe. Pero eres es mi hermana, te conozco como a mí misma y veo en ti cada sentimiento que delatan tus hermosos ojos. No me mientas. Si fuiste una vez a por su cabeza, volverás a intentarlo.

—No, te aseguro que no.

Armonía sonrió y la besó. Luego se alejó bajo la atenta mirada de Mirina.

—Le arrancaré las tripas a ese maldito salvaje —murmuró en silencio, mientras trataba de calmar con la mano el leve escozor que sentía en su intimidad.

CAPÍTULO 17 · BARBARIA

Una población de unas cien casas construidas de madera y piedra, se extendía por la costa este del mar Euxino. No había hogar que destacara de otro, ni que resaltara por riqueza alguna. El áspero olor de sus callejuelas embarradas se mezclaba con el del pescado sazonado, la carne ahumada y el de las especias consumidas al fuego lento de las linternas. En su centro, una plazoleta cubierta de tablones mostraba un enorme dolmen de madera en honor al dios de la guerra, podrido por el tiempo y la humedad. Pero no se veía un alma ni se oía vida alguna.

Marcial permanecía frente a aquellas callejuelas con el semblante serio, soportando la tenue lluvia que caía sobre sus ojos, acomodado en su carro de guerra, observándolo todo a la luz de las hogueras y teas que prendían los exploradores de su ejército. Avanzó en silencio a través de una calle ancha, estudiando cada rincón, cada detalle, hasta llegar ante la enorme talla.

—No hay ejército que batallar, mi general —exclamó Marco, presentándose ante Marcial tras explorar gran parte del poblado con numerosos lanceros.

—Ni gentes que habiten el lugar —comentó Prometeo, decepcionado—. No tendremos gloriosa batalla que narrar en Atenas.

—Nunca hubo aguerridos combatientes —asintió Marcial—. Solo hombres salvajes.

—Han huido por el mar y hacia los bosques del norte —expuso Marco.

—¿Y las mujeres guerreras? —preguntó Ares, interesado en cuanto veía.

—Parece que estuvieron aquí sus reinas, pero marcharon. Dicen los salvajes que las tierras bárbaras de la reina Pentesilea se hayan al norte, son extensas praderas sin poblaciones ni bosques en los que aprovisionarse. Las sendas de Temiscira se abren hacia el sur, cruzando el estrecho del Egeo, a través de los montes que llaman Pónticos, lugar remoto —aseguró Marco.

—Intentan dividir nuestras fuerzas —expuso Prometeo.

—Estos clanes tribales veneran a nuestros dioses —aseguró Marcial estudiando el dolmen alzado en la plazoleta—. No habrá batalla. Saben que el divino Ares está aquí, entre los nuestros. No lucharán contra aquel al que veneran y temen.

Tras escuchar aquella palabras, Ares se acercó hasta la talla que ensalzaba al dios de la guerra, que mostraba una figura musculosa con una larga lanza, escudo y un yelmo con enormes crines de león. Con dos tremendos golpes de espada lo partió, para sorpresa de los suyos.

—¡Prended fuego a esta cloaca pestilente! —gritó Marcial—. Cuando regresen, que nada encuentren. Ni salvajes ni lobas podrán proveerse en estas casas podridas para atentar contra nuestros hermanos ni aliados. ¡Destruidlo todo! ¡Que se vierta sal en los cultivos! ¡Y en los pozos! Barbaria nunca más será nada, solo tierra yelma de bárbaros.

—Y ahora, arruinada esta ciudad de ratas, ¿cuál es el camino que tomarás? No hay enemigo al que combatir. Solo lo desconocido, tanto al sur como al norte —preguntó Ares.

—Temiscira, ese será mi camino.

—Nada hay allí que te proporcione oro ni riquezas, solo sangre y muerte. Nada había en Barbaria. ¿Qué buscas? ¿A su reina?

—Mil honores me esperan tras mis proezas, la gloria del Olimpo —aseguró Marcial.

—¡Ja! —exclamó Ares—. El Olimpo es para los dioses o tal vez solo sea una quimera en la que justificarse aquellos que los adulan. Más te vale buscar riquezas con las que disfrutar ahora que entre los vivos te encuentras. Quema este lugar. No sea que en tu regreso de tierras desconocidas, cuando mermado te encuentres, halles ese ejército que esta noche aquí no está.

—¡Que arda todo! —exclamó Marcial.

Con los vientos del amanecer, el ejército de Marcial marchó sin batalla. La ciudadela de Barbaria ardía arrasada por sus cuatro costados, levantando una gran humareda al aire, un resplandor en la distancia que era observado con interés por Armonía.

—No piensan volver a pisar estas tierras —expuso.

—No, todo lo queman —contestó su hermana Mirina.

—No se separan, solo se dirigen al sur. Dejan en paz a Pentesilea.

—Bien saben su destino. Avanzarán por tierras troyanas, el rey Ilio podría detenerles.

—No creo que ese reyezuelo haga nada por impedir sus pasos. Marcial sabrá vender lo que no dispone y el rey Ilio querrá comprar humo antes de enfrentarse a los deseos del rey Cécrope.

***

Ilión se erguía como la gran polis frontera para las ambiciones del mundo aqueo, a la entrada de Anatolia, cerca de la costa bañada por el Egeo, protegida por enormes murallas y la simpatía del magno Huzzia, rey de reyes del Imperio Hitita. Su situación estratégica la hacían tan deseada como odiada por el rey Cécrope, pues controlaba los pasos hacia el Oriente conocido, las prósperas rutas de comercio de Arzawa, Lukka y Canaán; y de las que iban más allá, a Men-nefer, en tierras de faraones, y a las milenarias Susa y Uruk, en el Creciente Fértil de Mesopotamia.

—Mi señor, un mensajero del general Marcial desea ser recibido —comunicó el capitán de la guardia a su rey Ilio.

—Ya están aquí… Odiosos aqueos, todo lo quieren —murmuró el joven rey, empotrado en su trono de maderas nobles rematadas en puro oro, rodeado de sabios consejeros.

—¿Mi señor? —insistió el capitán de la guardia.

—¡Que pase! A ver qué nuevas trae, seguro que más tributos que no hemos de pagar.

Un hombre de aspecto andrajoso penetró en la estancia. En sus manos un cofre de maderas nobles y adornos de oro. Le acompañaban dos hermosas mujeres, jóvenes, de sinuosas curvas y sonrisa plácida, las dos harpías.

—Mi nombre es Hécate. Me envía mi general, el invencible, el gran Marcial de Atenas. Os manda sus respetos y un mensaje de fraternidad, de ayuda que bien espera recibir como hermanos hijos del gran Zeus, todopoderoso y sempiterno que desde el Olimpo todo lo ve.

—Decid pues —ordenó Ilio sin apartar la vista de las dos jóvenes, olvidando al hombre andrajoso, el cual entregó a una de las féminas el cofre y dio un paso atrás.

—Tened, un obsequio de nuestro muy amado rey Cécrope —dijo Némesis inclinando la cabeza y se acercó, para arrodillarse a sus pies. Y le entregó el cofre estirando los brazos.

Ilio lo tomó con cuidado, desconfiado. Acto seguido lo abrió y sus ojos resplandecieron. El brillo cegador del oro y la talla de piedras preciosas inundó su codicia, satisfaciendo su ambición.

—¿Y esto? —preguntó mientras se dejaba deslumbrar por el brillo del preciado metal.

—Como hermano y gran aliado en estas tierras que frontera nos son con las tierras salvajes de Oriente, desea aceptéis su favor y que intervengáis por él en su empresa —contestó Hécate, mientras Némesis ahondaba con una mirada inocente en el deseo de Ilio.

—No es empresa mía su cacería, si bien de respeto me colma —respondió el rey teucro.

—Su deseo es que despleguéis una guardia donde ha de desembarcar el ejército del general Marcial. Cubrid su llegada, pues las lobas están al acecho. Su deseo es acabar con ellas o expulsarlas para siempre de cualquier tierra conocida. ¿Podríais ayudarle? —solicitó Hécate.

—Podría —murmuró Ilio con sus ojos perdidos en Némesis, en sus labios y la lengua que los humedecía ligeramente—. Pero no puedo permitir un ejército extranjero en tierras de Arzawa, sería una provocación. Son tierras protegidas por el Imperio Hitita y no he de crear conflicto alguno con el poderoso rey Huzzia.

—No has de preocuparte por ello. No hablamos de un gran ejército, apenas serán un millar de lanceros. Y su camino es el Ponto, no Arzawa —le susurró Némesis.

—Y hay más —continuó Hécate.

—¿Qué más me ofrecéis? —preguntó el rey, expectativo.

Las dos féminas sonrieron meciendo sus caderas.

—Divinas sacerdotisas del rey Cécrope somos, sus favoritas. Es su deseo que conozcas secretos que de placeres os colmarán como nunca en el lecho, entre nuestros brazos, entre nuestros labios —expuso Hécate, mientras Némesis deslizaba las cintas de sus vestimentas, mostrando sus curvas blancas, jóvenes y deseadas.

Ilio se levantó con una sonrisa soberbia, dejó en manos de su consejero el cofre sin soltar la enorme piedra de oro, y se acercó hasta ellas para estudiarlas con detenimiento. Embelesado por la belleza de las jóvenes, quedó embriagado por el aroma de sus carnes, de sus pecaminosos velos que apenas ocultaban su desnudez; y estiró de la larga melena de Hécate. Después anduvo hasta Némesis y acarició sus pechos, firmes, y la tomó de la mandíbula para levantarle el rostro.

—¿Placeres? Tengo mil mujeres si es mi deseo.

—Mil mujeres que pronto olvidas. Ninguna como nosotras —interrumpió Hécate.

—Una noche bastará para que nos recuerdes por toda la vida —confirmó Némesis, pasando suavemente la mano por la entrepierna del rey.

Ilio sonrió encendido.

—Decidme, ese ejército necesitará de alimentos y víveres. Si marcha hacia el este por el Ponto, su oro le costará.

—Es deseo de mi general sellar un contrato que a ambos beneficie. Cruzado el estrecho, sus carros se abastecerán de lo preciso para abarcar la empresa; y en lo sucesivo se pactarán entregas de abastecimiento. A su regreso de oro y esclavas os colmará —contestó Hécate.

—No será suficiente, mi gente necesitará del pago antes de que marchen hacia tierras malditas. ¿Quién sabe si regresarán? Muchos partieron en busca de gloria y riquezas al Ponto y nunca regresaron. Malparados quedaron en las zarpas de las lobas.

—Por ello no habéis de temer, el propio rey Cécrope avala la empresa: si el invicto Marcial no regresara, él mismo se haría cargo de los costes.

—Me parece bien, la palabra del rey Cécrope es ley… Pero ¿sabe tu general bien dónde se mete? Son tierras impías, alejadas del calor de los dioses. La Madre Tierra domina hasta el aire que se respira y Artemisa, la gran cazadora, cuida de las hijas de la luna.

—Ares, azote de mortales, acompaña a mi general, con el alma ansiosa de sangre.

—¿Ares? Por todos los dioses, haberlo dicho antes. Pues que avance sin temor tu general, mi ejército velará su desembarco. Las lobas no podrán sorprenderle en su camino hasta que marchen hacia el Ponto. Pero más allá no he de ir, pues mis soldados se deben a Ilión; por nada abandonarían la polis ni las tierras de su reino.

—Ni es nuestro deseo desguarnecer la bien amurallada Ilión. El general Marcial avanzará por los montes Pónticos. En nada trastocaremos los intereses hititas, en paz queda el rey Huzzia si nada sabe. Un favor a todos hacemos limpiando la tierra de tales mujeres, alimañas peligrosas.

—Marchad pues e informad a vuestro general. Concedidas sus premisas, es mi deseo que goce de mi hospitalidad en Ilión antes de marchar hacia el Ponto. Gran honor sería recibir a Ares entre las altas murallas de nuestra polis; hijo de Zeus, mil honores ha de recibir.

—Así pues ha de comunicárselo nuestro correo, nosotras aquí quedaremos por unos días para de placeres colmarte. Es el deseo de nuestro señor… y el nuestro —susurró Némesis.

Ilio observó al soldado andrajoso alejarse y volvió la mirada hacia las dos jóvenes, que le sonreían lascivas, y las abrazó por la cintura para encaminarse con ellas hacia sus aposentos.

—Vamos pues, ansioso ando por conocer vuestras artes de mujer. Aunque he de advertiros que gran amante soy, os haré gritar de placer.

—Sí, haznos rabiar —susurró Hécate y mordió suavemente los labios de Ilio.

***

Una flota de grandes balsas de madera, ayudadas de velas y remos, cruzó el estrecho que separaba las tierras tracias del reino de Ilio, en la península de Anatolia. Parte del ejército de Marcial, ochocientos lanceros y dos compañías de exploradores, se desplazaban seguras, observando las costas de Arzawa. El resto de sus lanceros, tal y como había ordenado el rey Cécrope, quedó atrás para fortalecer las guarniciones de Tracia, acabando con cualquier brote de resistencia u oposición, impidiendo que nada floreciera allí que no pudiera dominar.

—Ilión ha sacado el ejército para protegerles, no podremos castigar su desembarco —comentó Mirina, contrariada, desde la loma sobre la que, tumbada al lado de su hermana Armonía, estudiaba los movimientos de aqueos y teucros.

—Era algo que esperábamos. La voluntad de Ilio es fácil de comprar. Debemos regresar hacia las tierras pónticas, en las vaguadas podremos hacerles frente —contestó Armonía.

—Podríamos dispersar a los troyanos, no son muchos —ideó Mirina.

—No, no son muchos. Pero sí los suficientes. Esperaremos un escenario mejor, no hagamos de las prisas nuestro error —replicó Armonía retirándose de la posición.

—Cada vez están más cerca —asintió Mirina, preocupada.

—Tranquila, hermana, no llegarán. No son los primeros que lo intentan, ni serán los últimos. Lo que me inquieta es su proceder. No comprendo, eran miles y tan solo cruzan cientos. ¿Acaso piensa ese general hacerse con Temiscira desfilando con un millar de soldados?

—Mi reina —se acercó Elaya.

—Dime —contestó Mirina de forma distante, aún con enfado.

—Dos mujeres, jóvenes, vejadas y humilladas han llegado hasta nosotras desde Ilión. Están mal, muy mal. Desean veros.

—Traedlas.

Ante las reinas guerreras, Hécate y Némesis aparecieron maltrechas con las vestimentas hechas jirones, grandes moratones en sus caras y las espaldas laceradas del vil látigo.

—Favor, mi reina —rogó Hécate.

—Por la divina Cibeles, dadles agua, que venga Sria y las atienda de inmediato. ¡Qué de horrores deben haber pasado! —exclamó Armonía, dolida en el alma al verlas penando tanto.

Mirina las observó con cierta desconfianza. Pero también conmovida por las heridas que presentaban, sin duda víctimas de la humillación.

—Huimos de Ilión, fuimos cazadas de nuestros hogares y vendidas —lloró Hécate.

—A todos mataron, a nuestros padres y hermanos, esos machos de relucientes corazas, aqueos ellos que se vanaglorian de confraternizar con dioses —insistió Némesis.

—Descansad de vuestra fatiga, nada os ha de faltar entre hermanas —asintió Armonía acariciando el mentón y la mejilla de la joven.

—Escuchad, mi señora: cientos de soldados cruzarán el estrecho para desfilar sobre vuestras tierras. Lo oímos en los salones del rey Ilio. Antes que de nosotras disfrutara…

—Lo sabemos, pretenden destruir Temiscira —expuso Mirina, esperando oír algo nuevo.

—No, mi señora, no. Todo es una farsa, su objetivo en verdad no es Temiscira, sino las cuevas de Leónidas —sollozó Hécate.

—¡El hogar de Cibeles! —exclamó Armonía.

—Ese malvado general no busca oro ni riquezas, sino la sangre divina que al Olimpo les lleve, que marchite la fe de esta tierra. Quieren cobrarse la vida de Cibeles, ofrecer el poder de la Madre Tierra al celestial Zeus, someterla —continuó Hécate.

—No puede ser. No se atreverían —dijo Armonía, perpleja.

—El maldito Ares encabeza tal empresa. A nadie temen, a todos matan.

—¿Ares? —preguntó Mirina.

—Es el hijo maldito de Zeus. Ares, azote de mortales, dios de guerras y males —aseguró Némesis alzando sus ojos hinchados y poblados de lágrimas.

—¿Un dios? Más bien un bruto salvaje —aseguró Mirina.

—Descansad, que os curen las heridas. Más tarde hablaremos, recobrad el resuello y la vida, el horror cesó —dijo Armonía sin querer oír hablar más.

Hécate y Némesis anduvieron lentamente, ayudadas por varias guerreras.

Armonía las observó perspicaz y volvió la vista ante su hermana.

—¡Un momento! —exclamó Mirina.

Las dos jóvenes maltrechas volvieron sus cabezas rápidamente, mostrando su congoja con los ojos caídos, lastimeros, a punto de desbordar colmados lágrimas.

—¿Cuál es vuestro nombre? —preguntó Mirina.

Hécate y Némesis callaron por unos segundos.

—Ella es Aurora. Mi nombre es Leonor. Para serviros, nobles reinas hijas de la luna —se apresuró Hécate finalmente, mostrando dolor en sus palabras.

—¿Cómo conseguisteis escapar de la bien amurallada Ilión? —insistió Mirina.

—Una joven de alcurnia, llamada Eurídice, nos liberó. Apenada por nuestra desdicha nos condujo hasta las puertas. Sus siervas nos guiaron evitando la guardia, cubiertas por capas y capuchas que nos ocultaban de ojos indiscretos —contestó Hécate.

—Eurídice es la prometida del rey Ilio. ¿Por qué tenía que ayudaros? —preguntó Armonía.

—Quería que buscáramos a nuestra amada Cibeles, que la previniéramos, devota es de la Madre Tierra. ¿Nos ayudaréis? —añadió Némesis acompañada de un lastimosos quejido.

—Marchad, cuidad de vuestras heridas —comentó Armonía.

—¿Tenemos una aliada tras las murallas de Ilión? —se preguntó Mirina.

—Eurídice es descendiente de Mirina, la gran reina que alzó esa altiva polis en tiempos de Poseidón. A ella y a tu cabellera roja debes tu nombre de loba. Quizá recuerde de dónde viene su linaje, de valientes guerreras hijas de la luna —contestó Armonía.

—Hoy Ilión no es más que otro reino de machos, adoradores de dioses que muerte nos traen —se lamentó Mirina.

—Creo que lo que dicen esas mujeres aclara por qué Marcial avanza solo con un millar de lanceros —expuso Armonía—. No necesita un ejército pesado que sea lento y costoso, sino la ligereza y presteza de sus mejores hombres.

—No sé. Quizás las liberaron para que nos contaran eso. ¿Por qué tenían que hablar de estrategias un rey y un general ante dos plebeyas? Es más, tal vez sean espías. No me fío de ellas.

—Sí, todo es posible. Pero sea lo que sea, tenemos que parar ese ejército que tantos males nos busca —apuntó Armonía y cabalgó de un ágil salto.

—Lo pararemos, aunque de dioses y demonios se colmen —le siguió Mirina—. Solo me preocupa una cosa, hermana.

—¿El qué? ¿Ese salvaje? —preguntó Armonía, sonriendo.

—No, tú. Me preocupas tú y mucho. Solo con oír hablar de él te brillan los ojos como ascuas y tus mejillas se encienden. ¡Olvídale! ¡Es nuestro enemigo! Me preocupa tanto que pueda dañarte, que un día lo que sientes por ese salvaje pueda ser tan fatal para ti como para nuestro pueblo —contestó Mirina muy seria y se alejó al trote.

Esa noche, Armonía paseó por las pequeñas tiendas que resguardaban del frío a sus guerreras, a la luz de las hogueras. Cubierta por una manta, observaba en su camino la enorme

bóveda de estrellas que cubría su vista. Tan ansiosa por saber más como desconfiada, recorrió el campamento en busca de las dos fugitivas. Quería consolarlas de su pena y descubrir si eran dignas de confianza. Al llegar ante la tienda que les habían asignado, paró ante la esterilla. Unos sutiles gemidos de gozo se dejaban escuchar. Se asomó levemente y vio a las dos mujeres entrelazadas, amándose como si respuestas de cualquier herida se hallaran; y las vio arañarse fuerte, hundiendo sus largas uñas en las espaldas mientras frotaban sus cuerpos encendidos.

Agachó la mirada, desconcertada, y se volvió para no ser descubierta.

Una fuerte mano tapó su boca y un brazo musculado la alzó al pecho como si nada fuera. Acelerado su corazón, Armonía agitó fuerte las piernas y trató de liberarse. No pudo. Mordió con fuerza la palma de la mano y un dedo. Pero solo escuchó una sonora maldición que en nada la liberó. Aquel hombre, trotando como un carnero entre riscos, se alejó en silencio con Armonía agitándose en sus brazos, sin que ella pudiera evitarlo. Llegaron a unas cárcavas, donde se apreciaba un pequeño resguardo. Allí liberó su boca, la soltó y posó la mirada en ella.

—¡Ares! —exclamó Armonía y le golpeó con los puños en el pecho con fuerza.

—¡Ya vale, mujer! ¡Casi me arrancas un dedo de un bocado! —exclamó mientras agitaba fuertemente su mano abierta, sangrando la mordida.

Ella le miró estupefacta.

—¿Qué haces aquí, salvaje? ¿Cómo te atreves? —preguntó irritada.

—¿Qué te pasa? Solo quería verte, gozar de tu compañía. Mira, lo cacé para ti —contestó Ares señalando un jabalí que se hallaba tumbado, junto a un montón de leña y unas piedras.

Armonía seguía atónita, confusa, dirigiendo su vista a aquel hombre salvaje que desbocaba su corazón. Un enemigo cierto, un amor incierto o todo lo contrario. Y observó el jabalí.

—Es para ti —insistió Ares.

—¿Y qué quieres? ¿Que me lo coma entero?

—No, déjame algo —sonrió él.

—Aaaaah —gritó Armonía estirando los dedos de las manos.

Ares alzó el entrecejo y le ofreció dos piedras de pirita.

—Mientras preparas fuego, desollaré un jamón. Buen banquete hemos de darnos.

—Dame esa mano. ¡Por todos los dioses, podría haberte matado! —exclamó Armonía y le revisó la herida para cubrirlas con telas de su propio vestido.

—Es un riesgo que corro cada vez que te veo —susurró Ares y le levantó el mentón, alzándole la vista—. Eres tan hermosa, mi divina ninfa de los bosques.

Armonía retiró la cara y se acercó a la leña con las dos piedras de pirita en las manos y los brazos arqueados en los costados.

—¿Y Ganímedes? —le preguntó sin mirar.

—¿Ratón? Está creciendo, busca ser hombre; ronda a una joven esclava de Prometeo. Le dejé usar mi tienda en mi ausencia para que la colmara de favores.

—Vaya —murmuró Armonía, mientras dudaba entre marchar o quedarse a disfrutar de aquella velada inesperada.

—El jamón de ese jabalí debe de estar muy sabroso al fuego lento —insistió Ares.

A la luz de la hoguera, Ares mordía la carne asada y tragaba con la mirada fija en Armonía. Ella le acompañaba radiante en su sonrisa, sin pensar en el nuevo día, disfrutando de la noche.

El aullido cercano de los lobos llamó la atención de ambos.

—Dime, salvaje, ¿qué pretende tu ejército? ¿Por qué estás aquí?

—¿Mi ejército? Yo no tengo ejército. Es obvio por qué estoy aquí, a tu lado.

—No te veo a mi lado, estás con ellos.

—No, ellos buscan sangre, oro y gloria. ¡Ser divinos! Yo tengo otro destino. Bien lo sabes.

Armonía calló tan alagada como preocupada, y tomó un trozo de carne de las brasas que lo mantenían caliente. En la oscuridad vio moverse el lomo erizado de varias criaturas del bosque y levantó la cabeza. Ares se alzó y tomó los restos del enorme jabalí en sus brazos.

—¿Qué haces? —preguntó ella.

—¿Quieres más? —respondió Ares.

—No, con un jamón tendremos bastante. ¿No? —dudó Armonía, observándole de lado.

—Tendremos bastante, sí —asintió Ares—. Compartamos el resto con las criaturas del bosque. Tranquilizaremos el ardor de sus estómagos y nos dejarán en paz.

Ares anduvo unos pasos hacia la oscuridad, lanzó los restos del jabalí con fuerza y regresó junto a ella. A su lado, observó acercarse a tres lobos, precavidos y hambrientos, hasta lanzarse sobre la presa cedida. Con enormes dentelladas desgarraron la carne para tragarla entre gruñidos.

—¡Lobos! Criaturas fantásticas, de organizados clanes, con jerarquías fuertes, amantes de sus lobeznos, valientes cazadores, grandes matadores —expuso Armonía.

—Como el ser humano —asintió Ares—. No hay vida sin muerte, ni paz sin guerra.

—Hay vida sin guerra, aunque te parezca increíble.

—Nací valiente, en un campo de batalla, con una lanza en la mano y la maza en la otra. La guerra es mi vida, no conozco otra.

—Dicen que eres hijo de un dios.

—Dicen muchas cosas aquellos que nada saben y todo temen. Hijo de un dios, ¡qué tontería! No conozco dios ni demonio que mi brazo no cruja y a muchos me he enfrentado.

—Entonces ¿quiénes son tus padres?

—Mi madre se llamaba Hera. Siempre fue mujer noble, hermosa y sabia. Como tú, hablaba de paz. La mataron los piratas tracios. A todos he de matar. La pena me devora cada vez que pienso que en ese atroz día yo no estuve para defenderla. No conocí a mi padre. Como a mi hermana Atenea, me criaron guerreros espartanos en las costas de Lacedemonia, y aprendimos las artes de guerra. El metal y la sangre son mi dios verdadero, padres a los que venero.

—Te has hecho con un arma de verdad —aseguró Armonía, tomando en sus manos aquella espada forjada en la montaña sagrada de Vulcano.

—Sí. Escucho y te hago caso, aprendo de mis errores. Háblame de ti, necesito saber.

—¿El qué? ¿Para qué? —le preguntó ella.

—Dicen que eres divina, que gozas del amor de la gran cazadora; y que reinas entre lobas, guerreras ellas —comentó Ares con cierta gracia.

Armonía sonrió.

—Hablas de paz, sí. Pero eres guerrera, a muchos mataste la noche que falté. Sus cabezas adornaban el valle entre mil estacas —insistió Ares.

—No fui yo. Fue Artemisa. Venganza clamada por el horror que sufrieron las nuestras en vuestras manos. Esa noche gozaste de los placeres de mi hermana Mirina, no te lo perdonará.

Ares se tomó unos momentos para pensar su respuesta. Agitó el fuego y observó a los lobos, que seguían devorando los restos del jabalí entre gruñidos y crujidos de huesos.

—Supe que era ella en cuanto la vi, os parecéis tanto. Temí que nada bueno buscara. Cambié los cuencos de vino que me ofreció y quedó dormida, gozando, junto a su amiga. Yo no me hallaba presente en la noche que Marcial ordenó el sacrificio. No lo hubiera permitido jamás.

—Mi hermana dice que la violentaste.

Ares comenzó a reír.

—Nunca haría eso con mujer alguna. Quiero que me acompañes por siempre —le confesó tornándose serio, hundiendo su mirada en ella.

—¿Qué dices? Hoy me hablas de amor y mañana gozas con mi hermana. Soy reina de Temiscira, mi dictado no es unirme a un hombre. No son nuestras costumbres —contestó Armonía, abrumada ante aquella inesperada proposición.

—Ven conmigo a Lacedemonia, mi reina divina eres.

—¡Eso no es posible!

—¿Por qué? Sé que sientes lo mismo que yo. La tradición no es más que una maldición, como cualquier costumbre que ate voluntades. Alejémonos de esta tierra y busquemos nuestro propio destino, nuestras propias batallas, nuestro lugar… juntos.

—Tú no estás bien de la cabeza ¿verdad, salvaje? ¿Cómo voy a abandonar a mi pueblo?

—¿Tu pueblo? Eres reina, pero vives como lacaya. Eres mujer, pero cabalgas como hombre. Acompáñame y te prometo una vida donde nunca tendrás que ser guerrera, pues yo andaré por delante de ti siempre con mi espada presta a darte paz.

—No lo comprendes. No quiero que nadie camine delante de mí.

—Pues caminemos juntos.

—Además, no puedo dejar sola a Mirina ante las pretensiones de Marcial, ni a Artemisa. Les destrozaría el corazón, el alma. No puedo traicionar a mi gente ante tal adversidad, las columnas aqueas hacen retumbar el suelo que pisan y buscan muerte; no podría vivir con esa pena. ¿No puedes comprenderlo? Aunque quisiera, por más que te ame, no puedo abandonarlo todo e irme. Me quieren, todo lo darían por mí… Y yo las amo, son mis hermanas, mis amigas, mi pueblo. ¿Tú no tienes amigos? ¿No tienes patria?

—No, yo no tengo amigos. Mi patria es la tierra que piso, el aire que respiro. Yo solo te tengo a ti, eres todo para mí.

Armonía bajó la cabeza, triste, tan agradada como contrariada. Enamorada.

Y la irguió para mirarle a los ojos.

—¿Por qué me persigues a mí que no puedo amarte? —le preguntó.

—He estado con cientos… Pero con ninguna sentí temblar mi alma como cuando beso tu boca o acaricio tu cuerpo. Solo tú, Armonía, podrías amar en verdad a este salvaje. Solo tú que estás llena de amor y bondad apagas esa sensación constante de ira que siempre me devora. Soy feliz ante esos hoyuelos que marcas en tu hermosa sonrisa. Me haces humano como nunca fui y eso me colma. Por eso te persigo, por eso te perseguiré siempre —susurró Ares.

Armonía apoyó la frente contra la suya. Él acarició la rubia melena, le levantó la cabeza y cruzó su mirada con la de ella. Acto seguido rozó sus labios hasta acabar ambos fundidos en un beso de amor que avivó las llamas de la hoguera ante la mirada penetrante de los lobos.

CAPÍTULO 18 · LAS CURAS DE FILISTEO

Con la luz del alba, la escarcha comenzó a fundirse humedeciendo las sendas del bosque. Armonía descendió de la montaña, sujetándose a las ramas de los árboles. Su cara reflejaba la jovial expresión del amor, la alegría de saberse amada, de sentir cada poro de su cuerpo suspirar.

—¿Dónde has estado? —escuchó nada más posar los pies en el campamento, como si de un reproche se tratara, y su rostro perdió la sonrisa.

—¡Artemisa! ¡Tú aquí!

—¿Por qué te sorprendes de verme? ¿Dónde, si no con mis hermanas? Pero ¿a qué hueles? Ese aroma tan penetrante… es… ¡Has estado amando a un hombre!

Armonía apenas pudo sobreponerse a tanta pregunta. La gran cazadora se hallaba frente a ella, acompañada de Mirina, escrutándola toda, penetrando en sus pensamientos, en su intimidad.

—¡Has estado con ese salvaje! —exclamó Artemisa.

—¡No! —respondió Armonía.

—¿No? —insistió la gran cazadora, incrédula.

—Bueno, sí —asintió Armonía.

—¿Sí? —preguntó una atónita Mirina.

—Sí, ¿acaso no puedo amar a quién desee? —replicó Armonía.

—No —respondió su hermana.

—Lávate, todo tu cuerpo huele a lujuria —ordenó Artemisa.

—¿Te molesta que pueda amar a un hombre? —preguntó Armonía.

—No, me molesta tu actitud —respondió la gran cazadora y se alejó.

—¿Qué estás haciendo, hermana? —preguntó Mirina con los labios prietos.

—Me mentiste, ese salvaje no te violentó; ni a ti ni a Elaya. Vosotras cabalgasteis sobre él, reclamando más y más —contestó Armonía y marchó ante el gesto fruncido de Mirina.

Ares llegó al campamento aqueo con el medio día. Su confusa mente se hallaba colmada de satisfacción, su cuerpo sudoroso pedía una tregua a grandes bostezos.

—Amigo, salimos al atardecer. Los troyanos de todo nos han servido. El rey Ilio estuvo esperando tu divina presencia —dijo Marcial cruzándose en su paso.

—Yo descansaré hasta que despierte, más tarde os seguiré —le cortó Ares—. Preciso dormir y comer y dormir… Y un gran cuenco de vino.

—Se te ve agotado. ¿Tuviste algún percance?

—Anduve de caza tras una jabalí. Los lobos me acecharon y tuve que compartir mi presa; pero no bastó y… Tuve que enfrentarme a una grandiosa criatura, hermosa, y duro batallé toda la noche. Necesité de toda mi fuerza. Todo mi ser se vació y en guardia estuve hasta que amaneció.

Ares continuó sin más su camino, dejando al general con una sonrisa perpleja. Cuando llegó a su tienda, vio la esterilla bajada con una piedra que la sujetaba al suelo. Alzó el entrecejo, se ladeó y penetró en la de Ganímedes. Se acostó dejándose caer de espaldas, colocó los brazos tras su cabeza y observó el techo de lona. En su mente, solo hallaba los besos de su amada Armonía y quedó dormido.

Por su parte, Marcial anduvo hacia su propia tienda, mientras observaba los preparativos para partir. El tiempo era bueno, el sol radiaba espléndido. Los soldados se hallaban fuertes, bien alimentados y descansados. Nada parecía entorpecer la empresa y su objetivo seguía fijo en su mente. Y pensó en Hécate y Némesis. ¿Habrían alcanzado su destino?

—¡Morgo! —exclamó alzando la esterilla.

Su fiel y musculado hombre negro sin lengua entró y se acercó con la cara en alto.

—Ares se encuentra agotado, muy agotado…

—Señor —les interrumpió Prometeo.

—Dime, mi buen capitán —contestó Marcial.

—El rey Ilio pregunta si deseamos complacientes efebos y hermosas mujeres, de gran resistencia y arte, para satisfacción de la tropa… Bueno es el precio.

—Sí, claro —murmuró Marcial.

—Vuestro fiel Filisteo se halla repuesto, desea hablar con su general.

—Mejor no. Ya no es mi consejero de placeres. ¿Has visto su rostro? Que se dedique a otros menesteres; quizá acicalando efebos, le encantará.

—¡Mi señor! —exclamó Filisteo entrando en la tienda sin avisar, ocultando el rostro con un velo que le cubría la cabeza y la parte quemada de la cara. Y se acercó al general con confianza.

—¡Alto! Este ya no es tu lugar. Márchate —ordenó Marcial.

Al momento entró un efebo de rubia melena ensortijada, de anchas espaldas y delicados ojos, de grandes manos y piel suave; portando un cuenco colmado de aromáticas infusiones.

Filisteo entendió y su corazón se contrajo. Su distinguido lugar junto al general había sido ocupado por otro joven, ahora, más hermoso.

—Marcial —murmuró conforme sus ojos se nublaban.

—Vete, no desafíes mi paciencia —ordenó Marcial.

—Marcial —susurró de nuevo Filisteo para caer de rodillas. Se sintió tan desgraciado y despreciado. El fuego había marcado para siempre su rostro. Comprobó que ya no era un atractivo joven de labios sinuosos, sino un monstruo. Golpeó el suelo con los puños, se arrancó el velo y alzó su cara horriblemente desfigurada para romper a llorar entre gemidos y gritos.

—¡Márchate ya! ¡No molestes a mi general con tus llantos de mujer! —le exclamó el joven de rubios ricitos con voz aniñada, chirriante y molesta.

Filisteo saltó sobre el cuello del joven, apretando fuerte, descargando su frustración y rabia, el cual, con los ojos desorbitados, apenas pudo gemir mientras veía como su entorno se oscurecía. Del inesperado envite, salieron de la tienda rodando por tierra. Devorado por la locura, Filisteo le golpeó duro la cabeza contra una roca, una y otra vez, salpicándolo todo de sangre.

Marcial salió de la tienda, seguido de Prometeo, expectante ante lo que acontecía. El silencio lo inundó todo y la mirada enfurecida del general penetró en los ojos hendidos de su amante despechado, para desviarla sobre el cadáver.

—No quiero volver a verte, asesino —dijo Marcial con un profundo desprecio.

—¡Mi general! —exclamó Filisteo y solo entonces fue consciente de su brutal crimen. Se miró las manos y lloró inclinándose sobre el cadáver, alternando la vista entre su amado general y la cabeza destrozada de aquella víctima inocente.

—Me has robado vilmente la vida de tan bella criatura. ¿Cómo te has atrevido? —le recriminó Marcial—. Morgo, llévate a este sarasa de aquí, azotadle y lanzadle a la soldadesca… o mejor a los lobos. ¡Maldito sea por siempre!

—No, mi amado general —sollozó Filisteo mientras era arrastrado por Morgo, el cual tomó en sus manos un largo látigo de cuero terminado en una punta de siete colas espinosas.

—Prometeo, ¿puedes encargarte de traerme otro efebo, el más joven, rubio y hermoso de los que lleguen de Ilión? —preguntó Marcial retornando a tienda.

Los sangrantes chasquidos del látigo resonaron en todo el campamento, acompañados por los tremendo gritos de dolor y pena de Filisteo. Con mano firme y ojos alegres, Morgo fustigaba sin piedad, arrancando largos jirones de piel.

De pronto, una mano sujetó su muñequera.

—¡He dicho que quería dormir! —espetó Ares. Después le arrancó el látigo de la mano para meter su extremo, de un fuerte golpe, en la boca de Morgo, saltándole los incisivos y las lágrimas. El guerrero divino miró a su alrededor y se hizo el más absoluto silencio. Insistió con su mirada, irritado, y regresó a la tienda de Ganímedes. Apenas se acostó, sus leves ronquidos se hicieron escuchar de nuevo. Nadie más alzó ruido alguno.

Morgo quedó en el suelo con la mente fija en Ares y la mano en la boca.

El desmontaje del campamento prosiguió con delicadeza y esmero, en silencio. Y la gran columna de lanceros, carros y caballos desaparecieron de aquel lugar camino a los montes Pónticos. Solo quedaron restos dispersos y hogueras humeantes. El joven Filisteo fue olvidado. Allí quedó como carnaza para lobos, atado al poste de tormento, de pies y manos, con la espalda destrozada, llorando sin atreverse a alzar el llanto.

Unos gruñidos, seguidos de agudos chillidos, despertaron de nuevo a Ares, el cual tomó su espada y salió agitando la cabeza, con ganas de matar a quien fuera. La noche había caído y miró a su alrededor. Algunos chacales rondaban sin acercarse mucho, buscando entre los montones de basuras y restos de comida. Escuchó un gritó descarnado y un leve crujir de pasos tras él.

Surgidos de las sombras, cinco hombres se lanzaron sobre Ares, el cual desvió el bronce del quinto, el cuarto hizo mella en su brazo y el tercero rozó en la cima de su hombro. El segundo y el primero quedaron muertos, con el pecho abierto al paso de su espada. Con un ágil paso hacia atrás, esquivó las nuevas punzadas que buscaban su vida y con un certero golpe de espada, las tres astas quedaron sin bronce y dos cuerpos abiertos de la cadera a los hombros. Entonces pudo ver a Morgo y en su sorpresa, cedió un momento. El justo para que el gigante negro le apresara del cuello y con la otra mano, atenazara la muñeca que mantenía la espada. Con una terrible patada, mientras sentía la tenaz presión que apenas le dejaba respirar, reventó la cara del último adversario que se le echaba encima. Morgo le sacudió, sin dejar de apretar, tratando de aplastarle el cuello, y le golpeó en la cara con la cabeza, por cuatro veces. La sangre manó por la frente de Ares. Al quinto golpe, el guerrero divino mordió con fuerza la nariz de aquella mole que pretendía acabar con él a cabezazos y el gigante soltó con un grito ronco.

Ares escupió la nariz al suelo.

Morgo atacó con un puñal que sacó del cinto; gritando ronco y con un brazo buscando de nuevo el cuello de Ares, el cual dio media vuelta dejando desfilar la hoja de su espada. El cuerpo del gigante cayó en dos mitades; una inerte y la otra manoteando torpemente.

—Ayer te dejaron sin lengua. Hoy yo te dejo sin nariz… y sin vida —concluyó Ares.

Pero apenas pudo recrearse con aquella visión, ni pensar qué estaba ocurriendo; los gritos que se escuchaban, agudos como el de una mujer, llamaron su atención. Observó con paso lento el proceder de los alaridos y hundió su espada, como si nada fuera, en el hombre al que había reventado la cara, el cual trataba de levantarse. Escuchó un nuevo grito y corrió espantando a los lobos a voces y agitando su espada de lado a lado. Los cánidos se alejaron para trotar entre los despojos del campamento y cernirse sobre los restos de Morgo y los demás muertos.

Para sorpresa de Ares, en un poste permanecía atado Filisteo mostrando profundas marcas de mordidas en piernas y glúteos; con la espalda en carne viva, hecha jirones por el látigo.

—Mi señor… ¡Piedad! —exclamó el joven en su pena.

Ares estudió aquel rostro desfigurado.

—¿Piedad? —preguntó. Y se volvió hacia atrás—. ¡Ratón!

—Sí, mi señor —preguntó Ganímedes, asomando la cabeza por la tienda, con un ojo abierto y otro cerrado. Había sido todo tan rápido y se hallaba tan agotado, que de nada se había percatado en su sueño hasta oír en alto aquel nombre.

Una fuerte bofetada en la cara le hizo bailar de lado a lado, hasta caer sentado. Y tragó saliva conforme acariciaba el escozor, observando aterrorizado cómo los lobos devoraban aquella mole negra partida en dos.

—Lo siento señor, no volverá a ocurrir. En guardia he de estar siempre. Sí, sí —dijo Ganímedes comprendiendo la gravedad del asunto.

Ares había vuelto a salvarle la vida al proteger la suya propia. Sin duda aquellos asesinos también habrían acabado con él.

—Aviva esas llamas, comamos algo —dijo Ares y caminó rascándose la cabeza con un largo bostezo, para sentarse ante los restos de una tímida hoguera.

Ganímedes avivó el fuego y buscó algo de comer en la tienda. No encontró nada. Salió malhumorado y se dirigió hacia los restos de un caballo de carga, devorado por lobos y chacales. Arrancó parte de los cuartos traseros, bajo la atenta mirada de Ares. Luego rebuscó entre los restos del campamento, hasta que halló unas olivas en una vasija, un trozo de queso y algo de pan duro en una taleguilla. Y un cuenco roto que mantenía en su interior cuatro dedos de vino.

Tras asar bien y tragar la carne de caballo, Ares devoró cuanto Ganímedes llevó a la hoguera y bebió de un trago todo el vino.

—¿Y tú joven sirvienta? No la veo. ¿Acaso duerme? ¿Tanto la gozaste?

—Yo… esto… No lo sé, de nada me enteré cuando se fue —aseguró Ganímedes con cierta pena—. Es esclava del capitán Prometeo, a él sirve, a él pertenece. Elena es su nombre y es pura e inocente como el agua cristalina.

Ares alzó las cejas y gruñó frotándose las manos en el cuero de sus calzones. Tomó una tira de carne caída en el suelo y se la metió en la boca para degustarla lentamente.

—¿Busco más? —preguntó Ganímedes, sorprendido por tan abultada pitanza.

—No —contestó Ares y dio por terminada la cena con un sonoro eructo.

Mientras Ganímedes desmontaba la tienda, el salvaje guerrero tomó su espada y la envainó, su yelmo de crines de león y la larga lanza. Observó lo poco que quedaba de Morgo y estiró el mentón. Después anduvo hasta el poste del que colgaba Filisteo. Se fijó de nuevo en su rostro deformado, miró a los lobos que deambulaban cerca, impacientes de que marchara.

—¿Ya dejaste de llorar? —preguntó al ver que no llegaba súplica alguna.

—No rogaré más por mi vida, no quiero vivir. De mí han hecho un monstruo. Mi belleza la consumió el fuego. Y la llama de mi corazón, mi propio general. Dispuesto me hallo, mátame o deja que los lobos acometan contra mis carnes. Ya nada me importa —sollozó.

Ares se acercó, templó la daga de su cinto y cortó las ligaduras.

El muchacho se estrelló en el suelo, sin apenas fuerzas, y trató de alzarse. Cayó de nuevo por dos veces más ante la mirada del divino guerrero, que nada hizo por ayudar.

—Toma mi escudo y lanza, espera a Ratón con mi tienda y enseres y sígueme. No te retrases o desearás que los lobos hubieran arrancado tus tripas —dijo altivo con su voz grave.

Filisteo levantó la cabeza y corrió trastabillándose hasta las tiendas de campaña. Ganímedes se apartó para no chocar en su camino. De un tirón arrancó la lona para doblarla con cuidado y tomó las dos mantas de su interior y la linterna. Ladeó su mirada y vio a Ares; le esperaba impaciente. Agilizó su tiempo e hizo un paquete con todo, para cargarlo en la espalda con un lastimoso quejido. Luego tomó el escudo y la lanza. Pero la carga pesaba demasiado para su cuerpo castigado. Por dos veces intentó caminar, saltando lágrimas de sus ojos. No pudo, caía de rodillas. A la tercera, la mano de Ares impidió el esfuerzo con un gruñido.

Ganímedes le sacó todo de encima. Solo le dejó la lanza para que la usara como bastón.

—Iremos a ver a una amiga, ella curará tus heridas. Quizá sobrevivas, si esos lobos no andaban rabiosos —aseguró Ares.

***

Siguiendo sus propios planes y tras estudiar la columna de Marcial, las hijas de la luna recogían el campamento, revisaban los víveres y abrevaban a los caballos. Habían decidido regresar a las montañas Pónticas, donde pensaban frenar las intenciones de Marcial. Así lo ordenaban sus reinas Armonía y Mirina.

—Marchan confiados por las orillas del Euxino. Pero en cuatro días deberán ascender por los picos del Águila, allí podremos darles un primer zarpazo —expuso Armonía.

—El siguiente será en los estrechos del Ponto, donde el paso es estrecho; no podrán desplegar el grueso de su tropa —aseguró Mirina y se alejó para buscar sus armas y montura.

De pronto, una pequeña piedra chocó contra la cabeza de Armonía y se volvió con enfado y la mano posada sobre el mango de su espada. Sorprendida, vio la cara de Ares tras un matorral y entreabrió la boca sin saber qué hacer. El guerrero le hizo un gesto con la mano para que se acercara. Ella negó con el rostro enjuto. Él insistió alzándose un poco más.

Armonía miró a los lados y avanzó temiendo que lo descubrieran.

—Pero ¿qué haces? ¿Estás loco? —le espetó escondiéndose tras el matorral.

Entonces su vista se perdió en aquel joven que maltrecho, se ocultaba de su mirada.

—Por la gran Cibeles, ¿qué le has hecho?

—Nada. Así lo hallé, quizás puedas hacer algo por él.

—Comida para lobos era —confirmó Ganímedes asomando un poco más atrás.

Armonía les miró con alegría, con rabia, a los dos y a aquel desconocido que tenía la cara deformada por las quemaduras. Remugó unas palabras y revisó las heridas de Filisteo, conmovida ante la juventud y las lágrimas de joven efebo. Ares volteó de pronto al muchacho, como si un saco fuera, mostrándole la espalda a Armonía. La cual vio las marcas del látigo.

—¿Podrás ayudarle? —preguntó.

—Sí —contestó Armonía—. Debo llevarlo con Sria.

—Deja que te ayude —dijo Ares alzando a Filisteo en sus brazos.

—¿Estás loco? Si te ven aquí te matarán y después a mí. ¿No piensas? No, nunca piensas: eres nuestro enemigo. ¡Oh! ¿Qué estoy haciendo? Dame y vete, que se apoye en mi hombro.

Filisteo la miró tan atónito como embelesado por su belleza y se dejó llevar. Volvió la vista atrás para ver la expresión de un Ares satisfecho y volvió a estudiar el rostro de aquella noble mujer que le socorría ayudándole a caminar, permitiendo que se apoyara en ella.

Apenas habían andado unos pasos por el campamento, buscando a la fiel Sria, cuando se encontraron a Mirina de frente.

—¿Quién es ese hombre? ¿Qué hace aquí?

Armonía resopló mientras pensaba qué decir.

—Mi nombre es Filisteo. El favorito del general Marcial fui hasta que el fuego consumió mi belleza. Agraviado y fustigado fui, quedé abandonado como carnaza para lobos —murmuró el joven efebo alzando la cara—. Recuperado el resuello, marché como puede, buscando favor.

—¡Por los dioses, qué horror! —exclamó Mirina al ver aquel rostro quemado.

—¡Sria! —gritó Armonía al verla asomar—. Ven, mi querida amiga; tú que sabes de artes de medicina, socorre a este joven esclavo… Que de males lo colmaron.

—Yo repondré su cuerpo —aseguró Artemisa surgiendo de las sombras, observando a Armonía con una mirada sabida—. Sria, trae agua caliente y paños.

La gran cazadora alzó a Filisteo entre su brazos, como si nada pesara, ante el silencio de todas. Anduvo hacia el bosque hasta llegar a un resguardo de roca, donde permanecía una pequeña hoguera y una manta hecha de pieles de oso, y en ella lo dejó. Lo desnudó por completo, lanzando a la hoguera que les calentaba aquel chitón manchado de sangre, los calzones mojados y las muñequeras y adornos que prendían del joven. Todo ardió bajo la atenta mirada de ambos.

Armonía se acercó, acompañada por su hermana. Sria trajo agua caliente. Luego lavó el cuerpo del joven con suaves friegas, mientras con esencias de regaliz y hierbas del bosque la gran cazadora atendía las heridas provocadas por el azote del látigo y el colmillo del lobo.

—Su cuerpo sanará —aseguró Artemisa—. Su corazón es otro cantar, no cicatrizará fácilmente. Aunque su mente se colma de odio, ama al hombre que destrozó su vida.

Armonía alzó las cejas mientras apretaba los labios.

—¿Qué nos puede decir de Marcial? Si era su preferido, mucho sabrá —apuntó Mirina.

—Déjalo descansar. Cuando repuesto se hallé, hablaremos —afirmó Armonía acariciando las mejillas de Filisteo, el cual permanecía en silencio sintiéndose a salvo entre lobas temidas.

Artemisa comenzó a cubrir cada herida del cuerpo del muchacho con apósitos y vendajes.

—Sria, tráele un buen asado, sin duda tendrá hambre —afirmó dando dos palmadas sobre pecho del joven—. Y algo de ropa que cubra su cuerpo. No es propio que desnudo se halle ante las nuestras; aunque es joven, macho es y además, para ser sarasa, bien armado está.

Mirina alzó el entrecejo con una mueca contrariada. Asintió y cruzó los brazos.

—Devota protectora de prostitutas y esclavos… Así te consideran los aqueos. Malditos ellos, razón tienen —expuso la reina pelirroja.

—Para dioses que prometen oro y gloria, ya se halla el Olimpo —respondió Artemisa con cierto enojo—. Quizás deberías realizar sacrificios a Zeus, dios de dioses; o mejor a Ares, azote de mortales, pues de sus favores bien gozaste.

Con un gruñido, Mirina dio la vuelta y marchó dando una patada a un pequeño tronco.

Por su parte, Armonía se sentó junto al joven.

—Tú eres aquella por la que Ares suspira, no hay duda. Colmada de nobleza, tu hermosa mirada desnuda de ira a cualquiera. Incluso a él, el más iracundo y atroz de los hombres, de los dioses del Olimpo. Tened cuidado con Marcial, yo sé que os quiere matar a todas —dijo el joven y quedó dormido, dando un leve quejido, presa del dolor y el cansancio.

CAPÍTULO 19 · EL PICO DEL ÁGUILA

Con paso ligero y sigiloso, Ares ascendió hasta la cima del pico del Águila. Un escarpado monte desde donde se apreciaba la grandiosidad de la cordillera del Ponto y el azul del mar Euxino. Y también la senda que se adentraba en el reino de las hijas de la luna. Las rachas de viento mecían sus largos cabellos mientras estudiaba su entorno. Pronto divisó la columna de antorchas que marcaba aquel amanecer, alumbrando el camino del ejército de Marcial. Y también se percató de los pasos taimados de las guerreras que les acechaban en la oscuridad del bosque. Observó detenidamente la gran pendiente que se elevaba ante los lanceros aqueos, hasta alcanzar un extenso valle en las cotas superiores de aquellas montañas. Y supo que allí serían presa.

—No deberías estar aquí, todo peligra con tu presencia —escuchó tras él—. Regresa a las tierras de Lacedemonia a ejercitar tu brazo, a las tierras de la vieja Europa a matar inhumanos o quizá mejor a Tracia, donde disfrutarás matando y tu hija Pentesilea cabalga como reina guerrera.

Ares gruñó sin dejar de observar el paso del ejército aqueo y se volvió lentamente.

—Esa loba rubia no es mi hija —susurró con su voz ronca.

—Lo sé. Pero a ella así le gusta creerlo y disfruta con ello.

—Artemisa, bruja hechicera, solo tú me sorprendes como si un cervatillo fuera. Ya es la segunda vez. Tienes ese irritable don. Pero debes saber que un día podría resultarte fatal acercarte a mí de estas formas —respondió.

—Armonía te ama de verdad. Mucho daño le harás —dijo Artemisa y fijó su vista también en la columna de antorchas—. Cuanto más avances en su corazón, más grande será su herida.

—No he de dejarla, reina mía ha de ser —gruñó el salvaje guerrero.

—No es posible. Bien lo sabes, hijo de Zeus.

Por unos momentos quedaron en silencio.

Decenas de aves salieron del dosel volando, dando fuertes silbidos. Los ojos de ambos se volvieron hacia el bosque que se extendía bajo sus pies.

—Una gran batalla se acerca —aseguró Artemisa.

—Sí, eso parece. Marcial es buen general, sabrá que la loma que le lleva hasta ese valle es un punto conflictivo —apuntó Ares.

—Armonía en sabia guerrera, seguro que buena será su estrategia. Me sorprendes, no te veo dispuesto para la batalla. ¿No participarás en el baño de sangre? —preguntó Artemisa.

—No. Yo no lucho contra mujeres. No es digno de mí, por muy bravas que sean.

—No digas sandeces, a mí no puedes engañarme. Todo matas, nada te importa. Temes dañarla a ella, solo a ella, encontrártela en la batalla —sonrió la gran cazadora.

—¿Tú no batallas por las tuyas?

—Solo debería hacerlo si tú lo haces. Dejemos que creen su propio destino gracias a la pericia. Será entretenido. Además, confío en ellas, sé que no me necesitan —añadió Artemisa.

Ares asintió e hizo un gesto de expectación ante la batalla que se avecinaba. Se colocó de cuclillas, observando la senda de antorchas y los movimientos del bosque.

La gran cazadora avanzó un paso, situándose al filo del precipicio, con la mirada al frente y el viento arremolinando sus largos cabellos blancos.

—Ares, si en verdad la amas, márchate de aquí. Déjala crecer sin miedos, no le ofrezcas esperanzas vanas ni una vida que no podrá vivir —insistió.

—¿Miedos? ¿Esperanzas? —preguntó Ares.

—Inocente ella, sufre por tu suerte. Y sueña con un futuro en paz, a tu lado. ¡Eso es imposible! Bien lo sabes. Naciste bañado en sangre de titanes, en el campo de batalla, como tu hermana Atenea, la de ojos de lechuza; con la lanza en la mano y dando un terrible grito de muerte. Guerrero atroz eres y siempre lo serás. Zeus así lo quiso en su ingrata soberbia. Por siempre buscarás la guerra, revolcándote en las entrañas de engreídos mortales, hasta el día en que el Olimpo te reclame. A tu lado, solo el horror conocerá. La harás muy desgraciada.

—¡No! —exclamó Ares con su ronca voz, volviendo la vista ante Artemisa con un destello rojo que pareció inundar de sangre sus pupilas azules.

Un terrible crujido resonó en el bosque.

—Empieza la batalla, Armonía no esperó a que Marcial iniciara el ascenso. No me lo esperaba —comentó Ares.

—Tu general no puede desplegar su ejército en tan angosto camino. Le ha sorprendido por la retaguardia. Le empuja para que ascienda. Destruirá las formaciones de carros con los víveres y esclavos —aseguró Artemisa.

—Si Marcial avanza para evitar el acoso, se precipitará.

—Sí, se expondrá en una ofensiva cuesta arriba que en nada le conviene —contestó la gran cazadora—. ¿Qué crees que hará?

—Es buen general. Cubrirá la retaguardia, no iniciará una escalada.

—Ya —aseguró Artemisa viendo la enorme columna dirigirse cuesta arriba.

—Hum —gruño Ares contrariado—. Marcial piensa que todas las guerreras están abajo y quiere alcanzar la cima para batallar con ventaja. Se equivoca, sin duda le espera una sorpresa arriba ¿verdad?

—Mirina —confirmó Artemisa con una extraña mueca en sus labios.

En aquel angosto camino, donde la columna de guerra de Marcial no podía superar un ancho de cinco hombres y apenas un carro podía pasar; Armonía castigaba con dureza a los hombres de retaguardia. Por los costados, cientos de saetas salían disparadas desde el claroscuro del bosque, mientras las carrocerías de los víveres eran incendiadas sin que los aguerridos aqueos pudieran impedirlo; romper su formación de escudos era sucumbir en aquel estrecho corredor.

—Hemos de alcanzar rápido la cima, no está lejos. El valle jugará a nuestro favor, podremos desplegar a nuestros hombres y ellas avanzarán cuesta arriba —esgrimió Prometeo.

Marcial observó por unos momentos el rostro acelerado de su capitán y negó.

—Prometeo, no seas insensato. Seguro que arriba nos esperan. Esto harás, pues no hemos de subir. Toma dos compañías de los leones de Micenas, penetra en el bosque y desciende rápido hasta más allá de nuestra retaguardia; y avanza atento, con las afiladas picas prestas, pues si te mueves rápido podremos rodearlas.

—¿Qué hacen? —se preguntó Artemisa.

—Parece que Marcial no quiere subir. Ha frenado el ascenso y manda tropas… ¡Para rodear a Armonía! —exclamó Ares levantándose.

—Mirina le obligará a atacar —apuntó la gran cazadora, quedando a la expectativa.

—No creo, la columna se ha abierto; abandonan el camino, se están desperdigando por toda la montaña. Buscan el cuerpo a cuerpo —dijo el salvaje guerrero, preocupado.

—Vaya, parece que ese Marcial es un buen general. Sabe que arriba les esperan.

—Buena estrategia. Así no podrán cebarse en ellos tus arqueras, ni embestir frontalmente con piedras, troncos y la caballería. Armonía está en peligro. No sabe que Marcial ha mandado lanceros que descienden bordeando la montaña. Con la columna estancada en la senda y sus soldados ocultos en el bosque, Mirina no podrá descender para socorrerla.

—Marcial ha ganado la batalla, Armonía morirá hoy —apuntó penosamente Artemisa, con oportuna tristeza, sacudiendo la mente del salvaje guerrero.

—No, si yo puedo impedirlo —saltó Ares y corrió veloz.

Artemisa alzó las cejas con resignación. Luego se volvió para verle trotar montaña abajo. Sacó su arco de astas y le siguió rápidamente.

Mirina observaba oculta en la cima, impaciente.

—¿Qué hacen? Pararon, no continúan en su ascenso —se preguntó la reina guerrera.

—Están descendiendo por el bosque, acorralarán a Armonía —apuntó Elaya.

—¡Fuego! ¡Lanzad las saetas de fuego! —ordenó Mirina.

Una nube de flechas con las puntas en llamas inundó el cielo, cayendo sobre el bosque y las primeras filas de la columna de Marcial.

—Están demasiado lejos, las saetas no hacen mella y nos delatan —dijo Elaya.

—Saben que estamos aquí, por eso pararon. Espero que Armonía tenga los ojos abiertos.

En la batalla de retaguardia, a pie de monte, carros y enseres ardían presa de las embestidas de las guerreras de Armonía. Los soldados aqueos permanecía replegados con sus largas lanzas extendidas al frente, evitando la proximidad; cubriendo sus cuerpos de las mordaces saetas con los escudos de bronce.

—¡Mi reina! —gritó Sria señalando al cielo.

Armonía alzó la vista y vio las saetas, como estelas de humo lejano que caían sin rumbo. No buscaban un enemigo cierto, sino ser vistas.

—¡Sria! ¡Salgamos de aquí! —gritó Armonía.

Sria gritó en alto y retrocedió al galope por la senda; sus guerreras la siguieron. Armonía trotó frente a las lanzas que la apuntaban y miró las saetas que cruzaban el cielo, indicaban que algo no había funcionado. Su caballo brincó sobre los cuartos traseros, agitando las patas delanteras al aire y galopó veloz, dejando atrás a la columna de picas y los carros en llamas.

Los lanceros de Prometeo llegaban en ese momento, tratando de cortarles la retida. Al ver que no podrían llegar a tiempo para rodearlas, lanzaron sus venablos. Sin suerte. Las lobas habían logrado salir del cerco que las acechaba por muy poco. Y el capitán maldijo apretando el puño.

El bosque, la montaña, quedó en silencio. La batalla terminó.

En su huída, de pronto, las guerreras se hallaron de frente con Ares, que corría por la senda con la espada en la mano. Armonía se armó rápidamente, sorprendida. Y quedó atónita al ver llegar tras él a Artemisa, que chocó con la espalda del salvaje al frenar este de golpe.

—¡Ares! ¿Artemisa? —soltó Armonía.

—¡Rodea el pico del Águila! Los aqueos se han abierto por el bosque, hallarán pronto los pasos del sur y alcanzarán la cima sin exponerse. Tu hermana Mirina estará entonces en peligro —dijo rápidamente Ares como justificación, ante la penetrante mirada de Armonía.

—Lo sé, por ello avanzaba veloz —contestó ella.

—¡Pues ves, no tardes! —exclamó Artemisa apremiándola.

Armonía trotó ante ellos, con la vista ida sobre Ares. Y dirigiendo luego una mirada interrogativa a la gran cazadora, se alejó sin entender qué hacían juntos corriendo por aquella senda. Pero nada se dijeron, con un golpe en los costados, la reina de Temiscira apremió a su montura y comenzó un rápido galope seguida de su caballería.

—No deberían vernos juntos, confunde sus mentes —expuso Artemisa.

—Creo que no estaba vencida, Marcial no ganó la batalla —respondió Ares.

—Armonía sabe cuidarse, no necesita de tu espada.

—Marcial alcanzará la cima y Mirina se verá obligada a retroceder. Armonía no malgastará vidas en campo abierto, cuerpo a cuerpo, sin ver una victoria clara.

—Sí, se retirará para preparar una nueva estrategia. Ares, ¿hubieras matado a tus guerreros por defender a Armonía, tu enemiga?

—No son mis guerreros y Armonía no es mi enemiga —apuntó el guerrero divino y avanzó buscando la retaguardia del ejército aqueo, dejando a Artemisa sola en la senda.

—No creas que no valoro que cuides de mi amor… y de tu semilla que ya germinó —dijo con toda intención y tensó la cuerda de su potente arco dorado, armado con una saeta plateada.

Ares se volvió al escuchar aquellas palabras, con los ojos abiertos como platos.

—¿Armonía está…? —titubeó.

—Ahora debes dejarla o regresar al Olimpo.

Artemisa soltó la cuerda del arco.

Con un rápido golpe de espada, Ares desvió la saeta, la cual se hundió en un grueso roble casi por completo, el cual crujió, astillándose en gran parte.

—Vete, hijo de Zeus. Déjala o me obligarás a matarte y no deseo ser maldita —ordenó Artemisa y bajó su arco de astas, con una mueca sería, desafiante. Después se volvió sin más, dándole la espalda, para alejarse tranquilamente por la senda que habían llegado.

Con los ojos entrecerrados y una ceja alzada, Ares estudió la figura divina de aquella mujer que se alejaba, el arco reluciente que prendía de su mano y sus pies descalzos. Agitó la espada y pensó en cortarle la cabeza. Volvió la vista hacia el roble astillado y lo vio ceder hasta caer en tierra. Finalmente, controlando su propia ira, envainó la afilada hoja en el cinturón y gruñó.

***

En el extenso valle de aquella meseta despejada de árboles y arbustos, Marcial montó su campamento. Allí no podría ser presa de las hijas de la luna y había logrado esquivar con soltura el primer ataque serio, a pesar de las bajas. Aun así se hallaba enojado. No comprendía cómo podían haber escapado las guerreras que le habían hostigado en la retaguardia.

—Prometeo, eres lento como una tortuga. ¡Me has fallado! Los oficiales de retaguardia aseguran que la reina Armonía se hallaba entre ellas. ¡No está oculta en Temiscira!

—Lo siento, mi general. Huyeron por muy poco. Las saetas en llamas que surcaron el cielo las previnieron —dijo el capitán.

—No te justifiques tan burdamente. ¡Más ligeros teníais que haber descendido! ¡No sabes cuanto hemos perdido dejándola escapar!

—Lo siento, mi general —asintió Prometeo bajando la cabeza y los párpados.

—Esas mujeres están bien orquestadas y son, al menos, dos cabezas quienes las dirigen. Y ninguna carece de sentido. No han vencido. Pero nosotros tampoco y podríamos. Si Armonía hubiera caído… Faltó tan poco y se hubiera conseguido tanto —se lamentó Marcial.

—Hemos perdido siete carros y más de treinta hombres; hemos recogido nueve cadáveres de esas mujeres —aseguró Prometeo, herido en su orgullo.

—No te desanimes, mi buen capitán. Apenas un precio justo por haber llegado hasta aquí ante lo que podría haber ocurrido si no armamos bien la estrategia. Mas no desesperes, ahora nos toca a nosotros propinar un golpe que no esperan.

—¡Ares! —exclamó Prometeo al verle llegar.

El salvaje guerrero se acercó a la hoguera y miró a los presentes.

—¿Qué tenemos para cenar? —preguntó sin más.

—Las lobas nos acechan, cayeron sobre nosotros odiosas —contestó Marcial.

—Era algo que ya esperabas. ¿No? —preguntó Ares sin darle más importancia.

—Creímos que combatirías, tarde llegas a la batalla —murmuró Prometeo.

—No creo que Marcial necesite de mí para luchar contra mujeres.

—Estás en lo cierto, amigo. Las repelimos y alcancemos este valle con menos bajas de las esperadas —contestó Marcial.

—Aun así os sorprendieron por la retaguardia —insistió mordaz Ares.

—Sí, eso no lo esperaba. Pensé que sería un ataque frontal desde la cima. Preparado a ello avanzábamos, dispuestos a dispersarnos y rodearlas —expuso Marcial, percatándose de que Ares lo había presenciado todo.

—La próxima batalla se dará en los pasos estrechos del Pontos, en la altura, donde tu ejército carecerá de resguardo. Ellas ya deben estar preparándose —apuntó Ares.

—No, amigo. La próxima batalla se dará antes del amanecer. Sabemos donde están.

En ese momento, Filisteo salió de la tienda de Marcial con una expresión jovial, alegre, y medio rostro cubierto por un delicado velo.

Ares, sorprendido, le observó sin decir palabra, aunque la sangre se agitó en sus venas y un calor sofocante comenzó a apoderarse de su cuerpo.

—¿Recuerdas a mi joven sarasa de placeres? Logró huir de su destino. ¿No te parece increíble? Alcanzó el campamento de las lobas y se hizo querer. Llegó hace un par de días y ya goza de mis favores. Siempre fue fiel, mi favorito. Me ama —sonrió Marcial—. Los dioses nos son propicios, ahora es mi espía. Todo de ellas sabemos, sus movimientos e intenciones.

Ares cruzó la mirada con Filisteo. El cual, avergonzado, bajó la vista, se cubrió con una capa deshilada con capucha y se alejó con grandes zancadas, perdiéndose en la oscuridad.

—Mi fiel efebo marcha de nuevo al campamento de esas mujeres, antes de que echen de menos su presencia. Ahora que se reunirán tras la batalla, mientras lamen su heridas, les haremos un visita que no esperan.

—Veo a Prometeo y a tu fiel Filisteo, mas no a tu deslenguado hombre negro —dijo Ares.

Marcial miró a ambos lados con tranquilidad, mientras meditaba una respuesta.

—Yo también lo echo de menos —contestó finalmente—. Hemos perdido algunos hombres más. Siguen desapareciendo por la noche a pesar de nuestra precaución. De algunos hallamos los cadáveres, de otros no. Tal vez Morgo se encuentre entre ellos, muerto. Una lamentable pérdida si es así, no conocí mole igual que tan bien me sirviera.

—¿La carne es de cierva o jabato? —preguntó Ares sin mostrar más interés.

Pasada la media noche, el campamento de las hijas de la luna se hallaba completamente rodeado por los lanceros aqueos. En silencio, cuatro compañías comandadas por Prometeo, iniciaban la ofensiva. En aquel recóndito valle, rodeado de quebradas y altos cedros, las tiendas

de campaña de las lobas permanecían en silencio. Las escasas hogueras apenas alumbraban su centro, nada presagiaba la tormenta que se cernía.

Una vez tomadas las posiciones, la voz de mando de Prometeo sonó en alto y el bosque se abrió con un bramido, salpicando ramas y hojas. Cientos de lanceros arremetieron a gritos contra tiendas y resguardos. Golpearon duro cualquier luz, cualquier sombra hasta quedar en silencio.

No había defensa.

—Aquí no hay nadie —murmuró Prometeo, desconcertado.

Un silbido sonó hasta convertirse en un fuerte zumbido, cientos de saetas comenzaron a caer sobre ellos.

—¡Maldita sea! ¡Es una trampa! —gritó Prometeo.

Vio a varios de sus lanceros rebotar en tierra, cubiertos de saetas. Alzó su brazo y tres impactos sacudieron el bronce de su escudo. Una nueva oleada de muerte surcó el cielo, con llamas en sus afiladas puntas, prendiendo y matando.

—Atrás, atrás —gritó Prometeo tratando de mantener una formación de escudos que les defendiera de los flechazos.

De la nada, surgieron cientos de venablos, cruzándose en su huida. Mientras, del dosel, comenzaron a caer de nuevo infinidad de saetas que les hostigaban en la huida e impedían el repliegue formando una columna compacta.

—Señor, nos atacan de todos lados, moriremos todos. ¡Debemos retirarnos lo más rápido posible! Es la única forma de que algunos logremos escapar y… —le dijo un oficial. Una saeta le perforó el pecho antes de que terminara la frase.

Prometeo tragó saliva, indeciso en su propio proceder y salió corriendo. Pensó que no había alternativa, no cabía estrategia solo huir rápido o morir.

—¡Todos al valle! ¡Corred! ¡Correr por vuestra vida! —ordenó saltando entre los suyos, avanzando rápido, dejando atrás aquel campamento y su ataque frustrado.

Al salir del bosque, huyendo hacia el campamento de Marcial, la tierra retumbó en la oscuridad de la noche. La luna dejó ver un destello de muerte al paso de la caballería segando cuellos y embistiendo a los hombres.

—¡Reagruparos! ¡No quiero ver a nadie luchando en solitario! ¡Rápido, en formación! ¡Pie a tierra con los escudos y alzar esas lanzas, agitad el bronce! —gritó Prometeo, notando la sangre resbalar por su frente.

Formada la columna, cesó el ataque.

—No embisten —dijo uno de los lanceros que, junto a su capitán, observaba los movimientos del bosque, mientras se alejaban con paso precavido, ahondando en el valle.

—Podrían acabar con todos nosotros —dijo un oficial.

—Armada la columna, en el valle sufrirían numerosas bajas. Prefieren matarnos sin correr muchos riesgos… Y les está funcionando —contestó Prometeo.

Del bosque salieron al trote cientos de guerreras a caballo, altivas, cruzando sus ojos con los de aquellos lanceros que permanecían reagrupados. Habían formado una poderosa defensa, protegida por sus escudos, resguardada por el afilado bronce de sus largas lanzas. Y se acercaron desafiantes, apenas a veinte pies de la formación militar.

Una de ellas avanzó con descaro.

Prometeo la observó con asombro, bajó el escudo y, audaz, anduvo hacia ella, valiente, con la lanza descansando en su brazo y el escudo alejado de su lado expuesto.

—Deberías cubrir mejor tu cuerpo, aqueo. Fácil es pegar la dentellada —exclamó la guerrera acercándose hasta que Prometeo pudo notar el aliento del animal que ella cabalgaba.

—¿Eres tú Armonía, la gloriosa reina de las hijas de la luna? —preguntó Prometeo, mientras apretaba con su puño el asta de la lanza, esperando la respuesta para matar.

—No, solo soy capitán. Como tú, aqueo —contestó Elaya, levantando su yelmo negro—. Algún mensaje para ella. Valiente te veo rompiendo la formación que guarda tu vida. No te acerques más. Larga y afilada es esa pica y seguro, tanto como tus intenciones.

—Solo he de hablar —aseguró Prometeo, recreándose en aquella mujer guerrera.

—¿Por eso a hurtadillas has llegado hasta nuestro campamento? ¿Para hablar?

—Deponed vuestra actitud hostil, cientos de vidas costará y no evitará el destino escrito por los dioses.

—¿Destino escrito? No estamos atadas a ningún destino. Nosotras cabalgamos cada día forjando nuestro camino. Yo sí que te traigo un mensaje para tu general y no es de la reina Armonía, sino de mi reina Mirina de Tríbada: ¡Regresad a vuestra patria ahora que podéis o todos moriréis! —le dijo y ladeó su caballo, relinchando fuerte con las patas delanteras al aire para alejarse al trote.

Prometeo regresó a la formación aquea sin apartar la vista de aquella guerrera que bien le había impresionado.

—¿Qué te ha dicho esa loba? —le preguntó su oficial.

—No se rendirán, batallarán hasta que no quede ninguna de ellas.

—Señor, mirad… Se dirigen hacia nuestro campamento en el valle.

Prometeo observó el camino emprendido por las guerreras y ciñó el entrecejo.

—Apenas una guarnición quedó de guardia, los demás descansan —expuso el oficial.

—Malditas, lo tenían todo estudiado…

—¡Ese maldito sarasa, amante de nuestro general, nos ha vendido!

—Rápido, debemos llegar cuanto antes o acabarán con todos.

La columna avanzó lo más rápido que pudo, dejando atrás los muertos, tan solo una pequeña formación quedó para trasladar y defender a los heridos de posibles incursiones. Como una serpiente de bronce, en columnas de diez adelantaban camino al trote, con las lanzas en alto y el escudo tapando sus costados.

Cuando los lanceros de Prometeo llegaron al campamento, algunos carros y tiendas ardían sin contención, parte de la guarnición se aceleraba por atender a los heridos y apagar las llamas, otros amontonaban a los muertos. Marcial permanecía soberbio ante una enorme hoguera.

—Mi general, cientos de guerreras se abatieron sobre nosotros, sembrando fuego y muerte, apenas pudimos rechazarlas. ¡Nos estaban esperando! —exclamó Prometeo.

Marcial no dijo nada. Solo le miró como si no le sorprendieran sus palabras.

Prometeo observó las compañías de lanceros, altivas y armadas. Los numerosos cadáveres de guerreras y vio varios caballos sin jinete galopar hacia el valle abierto. No habían sido sorprendidos. Su general las había estado esperando y comprendió que no le había enviado en busca de las hijas de la luna porque confiara en él, pues la gran batalla había tenido lugar en el propio campamento. La gloria y la victoria eran de él; la derrota, suya.

Marcial se volvió y vio a Ares caminar entre los muertos, observando los cadáveres de las mujeres guerreras abatidas. Ganímedes le seguía, buscando vida en alguna de ellas.

—Fue un ardid. Trataron de burlar nuestra poderosa columna, dividirnos para vencer —confesó Marcial.

—Veo que al final no pudiste confiar en el hombre al que humillaste y como alimento de lobos abandonaste. ¿Crees que te ha mentido o las ha traicionado a ellas? —le preguntó Ares.

Marcial observó su entorno, reconociendo la cara de decepción de Prometeo.

—Esas lobas saben batallar y estamos en su terreno. No podemos confiar en espías ni dichos, solo en nuestras fuerzas —contestó el general—. ¡Capitán!

—Sí, mi general —contestó el oficial de guardia.

—Sacad a los muertos y dadles llama. Que se refuerce la guardia. Descansaremos unos días en este valle, es el lugar ideal. En campo abierto no pueden dañarnos y ahora saben que no hemos de caer en sus argucias de mujer. Mi buen capitán, ¿qué ocurrió en tu empresa?

—Nos esperaban —contestó Prometeo, indignado.

—Lo imaginé. Demasiado fácil. En esta tierra, rodeados de lobas, nada se regala.

—Filisteo nos engañó, ese maldito sarasa…

—Mi buen capitán, ese lisiado no sabía nada de tu empresa ni de la mía —le indicó Marcial—. Ellas decidieron atacar nuestra posición y esperarnos en la suya, al igual que nosotros decidimos atacar su posición y esperarlas en la nuestra. Me temo que somos tan predecibles como ellas. Son buenas guerreras, sí.

—Muchos murieron, dos de las tres compañías no regresarán.

—¿Cómo? —preguntó Marcial, mostrándose tan incrédulo como irritado.

—Nos dieron fuerte —contestó Prometeo.

—¿No teníais escudos? ¿Os replegasteis en formación? ¡Las mayoría de las lobas estaban aquí, batiéndose contras nuestros lanceros!

Prometeo apretó los labios. Prefirió callar antes de informar a su general de que había ordenado una retirada humillante, sin orden ni guardia a través del bosque.

—Hiciste lo debido. Si no hubieras actuado así, ahora estarían todos muertos —aseguró Ares con su voz ronca y luego observó a Marcial—. Lo usaste de cebo, celebra su vuelta.

Prometeo clavó la vista en el general, desconcertado. No era posible que su venerado comandante le hubiera usado de cebo, se negaba a creerlo.

—Se decidió la estrategia en base a una información. No fue cebo, cada uno libró su batalla en esta guerra. Y fue con diferente suerte. Yo la gané, mi buen capitán la perdió —aclaró Marcial—. Debió ver la emboscada al estudiar el campamento enemigo, antes de atacar, y regresar al constatar el peligro, replegándose en orden, para defender la vida de sus hombres.

Prometeo asintió humillado, acatando aquellas palabras, apretando el asta de su lanza.

Marcial le observó y le puso la mano en el hombro.

—Mi buen capitán, me alegra que estés aquí, de nuevo, a salvo. Aprenderás de tus propios errores y un día, no lo dudo, llegarás a ser un buen general gracias a lo aprendido en batalla —le dijo y le dio unas palmadas condescendientes en la mejilla. Y se alejó en busca de su tienda.

Ares le siguió.

—Traed dulce vino para vuestro general, en abundancia. Tenemos que discernir nuestros pasos por estas tierras salvajes —exclamó Ares dirigiéndose a la guardia.

Y ambos entraron en la carpa.

—Sabes, amigo, empiezo a sentir verdadera curiosidad por tu empresa —expresó Ares—. Si sigues las sendas de Temiscira, abundarán en sus ataques. Las riquezas de esa ciudadela de mujeres no te dará gloria ni te abrirá las puertas del Olimpo.

—Mi objetivo es mucho más ambicioso que saquear esa ciudadela, si es que existe y no es otra Barbaria. Pues las lobas se dispersan por las mesetas y también se habla de otra población llamada Tríbada, perdida en los confines de un desierto de sal —respondió Marcial.

—¡Tríbada o Temiscira! ¡Qué más da! ¡Olvídate de esas mujeres! Regresa a Tracia, allí podrás vencer a cualquier ejército y hacerte con gloria, grano y esclavos que ofrecer a tu rey.

—Mira sus zarpados, sus terribles mordidas —dijo Marcial, ignorando aquellas palabras.

—Avanzas hacia su cubil, ¿qué esperas? Si no pretendes sus hogares, torpe fatalidad avanzar hacia ellas de tal forma, alarmándolas en sus corazones. Llegaron de lejos para combatir nuestra entrada en Tracia, para defender a Pentesilea. Pero ¿por qué siguen hostigando a tus hombres si no pretendes su trono, sus riquezas ni sus hijas?

—Sin duda saben nuestro objetivo y es posible que no estén dispuestas a ceder en nuestras ambiciones. Solo buscamos a una mujer, el rey Cécrope me ordenó que la trajera ante él.

—¿Acaso desea hacer concubina a una reina? ¿Tendré que matarte?

—Quiere que llevemos ante su presencia a la divina Cibeles, la Madre Tierra.

—¡Una diosa! ¡Ja! ¡Grandes son sus ambiciones y las tuyas!

—Pitia auguró el nacimiento de una reina poderosa de las entrañas de Anatolia, que de calamidades sembraría nuestras ambiciones.

—Pitia augura muchas cosas…

—Todas son ciertas, bien lo sabes, amigo. Amante de Apolo, en nada se equivoca. Solo es posible alterar sus visiones si se pone remedio con la antelación debida.

—Y dime, ¿cómo piensas vencer a una diosa?

—Hécate y Némesis se ocuparán de ello, nosotros solo debemos custodiar su regreso, entretener a Artemisa y a sus lobas. Por ello no es necesario perder más vidas en manos de esas mujeres guerreras, ni tentarlas ni seguirlas. En nada nos conviene de momento. Por ello aquí acampamos, esperando el regreso de las harpías.

—Me abrumas con tantas palabras que no llego a entender. ¡Diosas! ¡Ah! ¡Busca riquezas y gloria en las ciudadelas de las costas del Egeo! ¡En los llanos de Tracia! ¡Buscar una diosa en el lejano Oriente! Semejante tontería solo podría ocurrírsele a un rey soberbio como el que rige Atenas. ¿Y que hará con ella? ¿Desposarla o adorarla?

—El rey Cécrope pretende ofrecer su vida al todopoderoso Zeus. Solo así podrá extenderse nuestra raza de hombres en toda tierra y él alcanzar el mismísimo Olimpo.

—¿Quiere matar a una diosa para alcanzar el Olimpo? ¡Ja!

Marcial agachó el rostro, sin comprender la risa burlona de Ares.

—Deberías mostrar más respeto por Zeus, por el Olimpo. Por nuestro amado rey.

—Nada les debo a los dioses.

—Eres divino, el hijo de Zeus, dios de la guerra; si abanderas nuestra expedición, nadie osará enfrentarse a nuestra columna de valientes. ¡Podríamos alcanzar Temiscira!

—Esas mujeres no me temen como dios, sino como hombre. Y sangro como tal. No perderé mi vida recorriendo estos montes en busca de una quimera.

—Sabemos de la guarida de Cibeles, tenemos un destino fijo.

—Los dioses no se ocultan, caminan altivos. Nada temen de vulgares mortales.

—Pitia aseguró que con la llegada de la cigüeña su poder se vería mermado, pues una vida nueva traerá a este mundo, quizá el linaje de la reina que de penurias nos sembrará. No podrá defenderse con sus artes divinas, solo entonces es accesible para mortales.

—Marcial, dime si entendí bien: diez mil soldados partieron de Ática, justificaron la guerra en Parlamento por defender a sus hermanos de Tracia y ahora, un millar continua la empresa más allá. Y me dices que tu único cometido es acabar con una diosa y su posible descendencia.

—Sí. Su semilla debe ser eliminada de la faz de la tierra de inmediato.

—Veo que hablas en serio, pensaba que todo era cuento. Creí que buscabas a la reina de Temiscira, temía por ello.

—Hécate y Némesis serán quienes manchen sus manos con la sangre divina, como ya hicieran con la reina Pyrene, hija de Poseidón —aseguró Marcial cambiando de tema.

—Hiciste bien en guardar tan terrible secreto. Pues si no, toda Anatolia rodearía a tu ejército y nada quedaría de él con el nuevo día. Mas yo soy guerrero, no harpía. No es cuestión mía luchar contra miles por matar a un recién nacido y a una mujer para deleite de un rey que ha perdido el buen juicio —aseguró Ares y se alzó para beber de un trago.

Marcial bebió también.

—Yo sé porqué batallas en verdad, de tu sed de guerra y males —aseguró—. La muerte de la divina Hera no logras superar, siempre buscarás venganza en la sangre de tus enemigos, lo sean o no. Sé de tu tormento, solo lo superarás cuando aprendas a vivir sin mirar atrás.

Ares le miró estirando el mentón, apretó los labios y se dirigió hacia la salida de la tienda.

—No lucharé contra Armonía —dijo volteando la esterilla.

—Nada puedo exigir al hijo de Zeus. Todos sabemos que entre divinos no hay muerte, quedarían malditos…

—En nada me importa arrancar la vida a un dios, yo nací maldito —aseguró Ares y salió de la tienda ante la atenta mirada de Marcial.

CAPÍTULO 20 · TREGUA DE INVIERNO

—Mi general, una columna de teucros ha llegado. Abundantes víveres nos traen en busca de oro y favores. Pero de lo que más se jactan es de ofrecernos a varias lobas que en su camino sorprendieron —aseguró Prometeo entrando en la tienda de armas del general Marcial.

—¿Nos traen lobas? —preguntó el general, volviendo la cara a la vez que llenaba una gran palancana de agua caliente. Acto seguido, lavó sus manos de sangre.

—Son una veintena —asintió Prometeo y vio los pies tumbados de un joven efebo teucro asomar por detrás del escabel de madera.

—¡Magnífico! ¡Oficial! —exclamó Marcial.

—Veo que Filisteo volvió a visitarle. Sus celos no tienen freno —apuntó Prometeo.

—Sí, demasiado impetuoso se volvió desde que vive con lobas. Háblame de esas guerreras.

—De entre ellas, una destaca por su porte y elegancia, es hermosa y altiva como una diosa —continuó Prometeo, a la vez que veía a Marcial ladear el cuerpo marchito del joven efebo, el cual mostraba un gran corte en el cuello.

—¿Han dicho algo de interés? —expuso Marcial secándose las manos con una toalla.

—No, todas guardan silencio. Yo conocí a esa loba dando órdenes en batalla.

—Una oficial, interesante.

—El capitán teucro está aquí, mi general —le indicó la guardia.

—Que pase —ordenó Marcial y se acercó a un escabel parecido a un pequeño trono adornado con pieles de oso y metales preciosos. Luego lanzó la toalla mojada de sangre a un lado. Se sentó expectante, mientras dos esclavos recogían y limpiaban los restos de su último efebo.

—Mi señor, miles de gracias traemos desde la bien amurallada Ilión —comentó el capitán teucro, reclinando la cabeza—. Mi nombre es Ismae y nuestro invicto rey Ilio os desea victorias por siempre gloriosas en estas tierras salvajes, que indómitas se hallan ante ejércitos y causas. Carne, grano, viandas, cobertores, mantas y dulce vino traemos, tal y como está acordado.

—Grato me es tener tales nuevas. Me informan que lobas también me ofreces. Mis gestores os proporcionarán oro, mas no disponemos de cantidades excesivas.

—No hay problema. El rey Cécrope avala tan gloriosa empresa. A las lobas las sorprendimos en una poza cercana, retozando como truchas. A muchas dimos muerte. Las demás hasta tus pies las traemos, como presente, para que de ellas podáis gozar.

—Bien pues, satisfecho me encuentro con tus nuevas y presentes. Miles de gracias has de llevar hasta tu invicto rey y anunciar que, en mi regreso, por la bien amurallada Ilión he de pasar para honrarle. ¿Algo que desees en especial? Merecido lo tendrás.

—Quisiera pasar la noche en este, vuestro campamento, con mis valientes hombres, al amparo de las tinieblas de la noche y de las lobas, que odiosas deben estar.

—Así sea, disponed de la zona norte.

—¿Nada más? Mujeres o efebos, quizás pitanza o bebida —le ofreció amable Prometeo.

—De agradecer serían dulces mujeres, siervas fieles que relajen nuestros músculos con confianza. Lobas, no. Y algo de vino —respondió el teucro.

—Prometeo se encargará de ello —aseguró Marcial—. Seguro que se sentirá satisfecho por ofrecer las mejores flores de entre las suyas, mujeres jóvenes y hermosas de toda confianza.

—¿Entre mis siervas? —se volvió Prometeo, sorprendido.

Marcial le miró pausadamente, esperando un reproche que no llegó.

—Bien complacido me sentiré si eliges para disfrute a una de mis flores, la que más te apetezca. Sibilina es toda dulzura. Leiva, una diosa de furia sin fin que agota al más vigoroso. Y mi pequeña Elena, un ninfa pura por desflorar —dijo Prometeo.

—¿Pueden ser las tres? —sonrió el capitán teucro.

—Sean pues, si mi buen capitán en ello está —dijo Marcial y se levantó de su asiento, anduvo hasta la esterilla y observó a lo lejos el grupo de guerreras cautivas.

Prometeo quedó pensativo. No entendía la postura de Marcial. Aquellas eran sus siervas, no mujeres de placer para cualquiera. Y la pequeña Elena, era tan niña que ni tan siquiera la había rozado. Comprendió que no debió de ser él mismo quien ofreciera favores al capitán teucro, un detalle que solo le correspondía al comandante del ejército. Asintió comprendiendo su error y marchó tras los pasos del general, sintiendo cierto desconsuelo por ellas.

Ganímedes, que todo escuchaba junto a la esterilla, vio a las tres sirvientas salir de la tienda de Prometeo con la cabeza baja, tras el capitán teucro, acompañadas de una guardia; y entre ellas, a la joven Elena. La miró impávido y sus miradas se cruzaron. Leyó el miedo que devoraba a la muchacha por tener que pasar la noche con aquel desconocido y trató de acercarse.

—¿A dónde vas, gañán? —le preguntó el oficial de la guardia, mostrando su pica.

El joven apartó de un manotazo el asta de la lanza y salió corriendo en busca de Ares.

Las guerreras cautivas, mujeres vestidas de armas, valientes como hombres y de miradas orgullosas, estaban rodeadas de soldados que las estudiaban. Las tocaban y empujaban sin pudor ni respeto. Atadas ellas, con las manos en las espaldas, nada podían hacer, solo maldecir furiosas.

Marco, el oficial de exploradores, tomó a una de larga melena y la apoyó contra una tosca mesa. Le arrancó las vestimentas, a tirones. Posó de un zarpazo una mano en la entrepierna de la mujer, mientras con la otra la sujetaba del cuello, para poseerla.

Las demás prisioneras comenzaron a removerse y gritar, agitándose mientras algunos de los soldados las empujaban hacia atrás, violentándolas hasta comenzar a arrancarles las vestimentas.

—¡Alto! —ordenó Marcial.

Los soldados aqueos volvieron sus vistas desquiciadas sobre Marcial y Prometeo, que a buen paso al lugar se acercaban; y dudaron por unos momentos, ansiosos por poseer y castigar a aquella mujeres, asesinas de hombres que alteraban el orden natural.

—¡He dicho alto! —insistió el general con un grito que a todos paró.

Marcial paseó ante ellos con notable enfado, aunque sin reprochar nada a sus hombres. Observó cómo aquellas mujeres se reponían, alzando sus ojos nublados y encolerizados, ocultando la intimidad de sus cuerpos con brazos y manos.

Prometeo señaló a Elaya que, apenas cubierta con unos jirones de pieles y con el labio partido, gemía entre maldiciones, soportando el dolor de los golpes recibidos.

—Es ella, la reconozco, mi general —asintió.

Marcial se acercó a la mujer, altivo.

—Dime tu nombre. Me dicen que eres capitán.

—Elaya me llaman. Capitán soy —contestó ella con orgullo.

—¿Cabalgabas con la reina Armonía de Temiscira o con Mirina, reina de Tríbada?

—Capitán de la Guardia Real de Tríbada, a mi reina Mirina sirvo. Mas qué os importa, pues humilladas nos tenéis privadas del honor del guerrero, del amparo del bronce y la muerte digna. Dadme paz eterna, pues nada más que muerte os puedo ofrecer.

—¿Paz eterna? —preguntó Ares interrumpiendo el momento y recorrió con la mirada a cada una de aquellas mujeres presas—. No. Marcial, amigo… Seguro que a los dioses no piensas deshonrar de nuevo mancillando el honor guerrero de estos soldados, aunque hembras sean.

—Seguro que no —contestó Marcial alzando el mentón—. Las harpías no están, en otras cosas andaremos antes que ofender de nuevo a los dioses. Pasaremos el resto del invierno aquí, antes de regresar a nuestra tierra y no deseo más horrores.

—Quizá fuera de agradecer un sacrificio digno a los dioses, con bueyes, y una noche de placeres con lobas —expuso Marco, deseoso.

—¡No! Estamos en tierra de divinas, no de dioses. Humillando a estas guerreras solo lograremos de nuevo agitar la ira inmisericorde de Artemisa, la gran cazadora —contestó Ares.

—Pero…

—Recuerda, Marco: mil estacas costó el sacrificio impío que a los dioses ofrecieron las harpías. Ningún hombre digno del Zeus ha de tocar a ninguna de estas bravas guerreras sin perder la cabeza —aseguró Prometeo, embelesado ante Elaya.

La capitana quedó expectante ante aquel hombre que no apartaba los ojos de ella.

—Entonces ¿qué hemos de hacer con las lobas? —preguntó Marco.

—¡Liberadlas! —exclamó Ares.

Se hizo el silencio.

Marcial se acercó para acariciar la mejilla de Elaya, hasta el mentón.

Ella desplazó atrás su cabeza, orgullosa.

—Es la mejor opción —dijo Marcial y alzó el entrecejo. Luego la volteó de espaldas, con un empujón medido, y le sacó las ataduras con un corte de su afilada daga—. Dotadlas de agua y dadles dos mendrugos a cada una y que marchen.

—Pero —murmuró Marco sin comprender.

—Antes de que marchen, cuidad sus heridas. Lavadlas y cubridlas con chitones limpios. Por todos los dioses, ¡apestan! —exclamó Ares ante la sorpresa de todos.

—Deberíamos retener a esta loba que capitán es e interrogarla —expuso un Prometeo interesado en conocer más a Elaya. Y se acercó a ella para sujetarla de un brazo.

—Nada dirá que no sepamos ya —apuntó Ares intercediendo por ella con su voz ronca.

—Que marchen todas compuestas. Tal gesto será bien entendido por los dioses y seguro, de gloria nos reportará —dijo Marcial.

—Nos volveremos a ver —afirmó Prometeo, mirando a Elaya, y soltó su brazo.

—Sí, seguro —contestó ella con una sonrisa malévola, atónita al verse liberada; e inclinó levemente la cabeza hacia un lado, estudiando a aquel capitán que parecía flirtear con ella.

—Los hombres deseaban… —apuntó Marco acercándose precavido, sin entender nada y observando a los soldados ansiosos de gozar de las lobas.

—Dispones de bellas mujeres y hermosos efebos llegados de Ilión, además de dos manos y prietas nalgas para darte placeres. No necesitas desbravarte con estas mujeres que grandes guerreras son —le interrumpió Ares, iracundo.

—Veamos qué más trajeron nuestros aliados de Ilión, espero que grano abundante y buen vino —dijo Marcial y se alejó del lugar en dirección a los carros de provisiones.

—¡Mi señor! —llegó desesperado Ganímedes, reclamando al atención de Ares.

Aquel atardecer, una fila de mujeres en chitones, limpias y aseadas, atónitas y desconfiadas, salían del campamento en grupo, sin entender nada de su suerte. Conforme se alejaban, aceleraron el paso hasta alcanzar la carrera en la distancia temiendo un ataque traidor.

Marcial observaba con serenidad y Prometeo le acompañaba.

—Me parece bien. Pero no lo entiendo, mi general —comentó el capitán.

—En la guerra, cuida de tus prisioneros como si soldados tuyos fueran. Si no les das muerte, aliméntales pues. Dales de beber y un lugar donde descansar, aséales y vísteles. Y si en nada te sirven y solo alboroto y gasto te provocan, libérales. Ese será el futuro de tus hombres caídos presos en manos de las lobas —expuso Marcial.

—Se rearmarán y volverán a batallar contra nosotros —aseguró Prometeo.

—Mi buen capitán, dando al enemigo vencido magnánima y sincera clemencia, se puede obtener la mayor de las victorias. Quien la humillación y a la Parca espera si es vencido, siempre lucha hasta el fin e imbatible se muestra. Ahora, esas lobas, cuando desconfíen de su suerte, no temerán rendirse y a muchas puede provocar que abandonen la batalla —expuso Marcial.

—Comprendo. No es clemencia, sino estrategia.

—Además, bien cierto es que llevarán nuestro mensaje, hablarán de lo que vieron y escucharon en el campamento. Todo ello gran confusión creará a sus reinas —aseguró Marcial, sonriendo ante un atento Prometeo que todo quería aprender.

Mientras, en la tienda alzada para el oficial teucro, colmada de mirra, aquel capitán gozaba tumbado en un lecho de pieles. Sibilina cabalgaba sobre él, toda dulzura, todo placer. Leiva acariciaba sus hombros. Elena miraba vestida con una túnica fina que dejaba al querer su joven cuerpo. Sujetaba una bandeja con fruta, pues como sirvienta esperaba evitar a aquel hombre.

—Tú, ven —le ordenó el capitán teucro.

A Elena se le cayó del susto la bandeja y tembló posándose de rodillas para recoger la fruta.

—¿No oíste? —preguntó el oficial teucro.

—Yo… Sí, mi señor —murmuró ella, aterrada, mientras avanzaba hacia el lecho.

El oficial apartó a Sibilina de encima suyo y se incorporó, mostrándose sentado, con la mano en su miembro. La agarró de la cintura y la estrechó contra él, gozando de sus temblores. Le alzó la cara y observó aquellos ojos limpios, humedecidos por las lágrimas y sonrió mientras le acariciaba sus redondos y pequeños senos. Descendió lentamente por el vientre hasta hundir sus dedos entre aquellos pequeños rizos y notar el calor de su cuerpo.

Con un grito, Elena escapó de su abrazo y salió corriendo de la tienda.

El oficial soltó una carcajada y se levantó dispuesto a seguirla.

—Déjala, no es más que una niña —le suplicó Sibilina con la vista baja.

—Tú eres un hombre fuerte, valiente. Ven a mí, una mujer de verdad. ¿Para qué quieres una cría que en nada te hará gozar? —insistió Leiva acercándose lasciva.

Con una fuerte palmada en la cara hizo caer al suelo a Leiva.

Y miró tremendo a Sibilina.

—Ve en busca de esa esclava y tráela de inmediato ante mí —ordenó tajante.

Elena corría sin apenas ver entre las hogueras, cayendo una y otra vez ante las risas de los lanceros. Sabían quién era su dueño y que huía del oficial teucro. Sibilina andaba detrás llamándola preocupada, aquella huída podría costarle la vida a la muchacha si Marcial se enteraba.

Con un golpe, que la dejó sentada en el suelo, Elena tropezó con Ares en su ciego camino. Y la muchacha le miró aterrorizada.

—Tú eres la tal Elena —afirmó el guerrero divino y estiró su mano.

—Sí —asintió ella, dejándose ayudar, confiada al ver a Ganímedes detrás.

Ares la tomó de la cintura, la colgó en su hombro como si fuera un saquito de leña.

—Mi señor —tartamudeó Sibilina, llegando hasta ellos.

Ares la observó sin decir palabra, con el rostro enjuto.

—El amo Prometeo nos cedió en esta noche al valiente capitán teucro. ¿Qué he de decirle cuando regrese sin ella? Pues tras sus pasos me envió.

—Dile que Ares salió de caza, iracundo, y que en esta cervatilla hincó sus dientes. Si desea mi presa, que venga armado hasta mí tienda para cobrarla.

Ares recorrió el campamento con la joven Elena sobre el hombro. Ganímedes siguió sus pasos, contento. Pero la expresión del muchacho cambió al ver que el guerrero divino entraba con la muchacha en su tienda, sin soltarla.

—¿Mi señor? —susurró al ver caer la esterilla, impidiéndole el paso al interior.

No obtuvo respuesta y quedó perplejo.

—¿Mi señor? —insistió acercando la oreja a la lona de la tienda.

Nada escuchó. Ganímedes rondó la tienda sin saber qué hacer, nervioso y pensativo. Sin atreverse a entrar, el tiempo pasó consumiendo su paciencia.

—No es posible que Ares me haga esto —pensó en voz alta.

Unos gemidos placenteros taladraron su mente enamorada.

—¡Está gozándola! —exclamó.

Decidido, sin sopesar lo que hacía, alzó la esterilla y entró bravo en la tienda.

Ares permanecía tumbado boca abajo en su lecho de pieles. Elena estaba sentada a su lado, vestida y compuesta, dándole un masaje en la espalda. El guerrero divino miró a Ganímedes y gruñó placentero, mientras la muchacha frotaba la ancha espalda, las cicatrices, con sus delicados dedos y una sonrisa de oreja a oreja.

—Vete ya, mujer, tu hombre te espera —dijo Ares.

—Perdón, yo pensé que… —se disculpó Ganímedes.

—Ratón, me hubieras decepcionado de no entrar a rescatar a tu amada —respondió Ares.

—¿Y si viene ese capitán teucro? —preguntó ella, acurrucándose junto a Ganímedes.

Ares miró la cara inocente de la muchacha y sonrió con un gesto amargo.

—No vendrá nadie. Fuera de mi tienda, quiero dormir un poco —les ordenó.

***

Mirina rondaba de lado a lado, triste, dejando sus labores de intendencia, agitando un tremendo labrys al aire para comprobar su peso y corte. Pensando una estrategia que liberara a las suyas. Toda idea le parecía imposible de ejecutar con éxito y desesperaba.

—Mi fiel Elaya… ¿Cómo te has dejado atrapar? —se preguntó con rabia.

—¡Mirina! —exclamó una guerrera de la guardia, acercándose rápido.

—¿Qué ocurre?

—Es Elaya y sus guerreras, regresan. ¡No tardarán en llegar!

Informada de cuanto había visto la patrulla que vigilaba el campamento aqueo, Mirina alzó el entrecejo, sorprendida, y apoyó el labrys en su muslo, tratando de asimilar aquella noticia tan grata e inexplicable. ¡Los aqueos las habían liberado! Rondó la tienda meditando, esperando. No era normal. Los aqueos se había mostrado inflexibles y brutales con las prisioneras. Se introdujo en la tienda y observó a varias sirvientes acomodar una mesita y dos escabeles; al momento trajeron carne asada y jugos de frutos del bosque, aromáticas esencias, agua caliente y paños.

De pronto, la esterilla se alzó y Elaya penetró dichosa, vestida con un chitón azulado y con los cabellos limpios cayendo por sus hombros, tal cual como si abandonara un balneario en vez de salir de un cautiverio enemigo.

—Pensé que te había perdido —se alzó Mirina y la abrazó con fuerza.

—A palos nos desnudaban para humillarnos como mujeres, para deshonrarnos como guerreras, cuando apareció el general Marcial y un capitán de noble apariencia, Prometeo; todo lo pararon. No parecía de su gusto que de tal forma nos trataran. Después llegó Ares, al que hablan y veneran como dios verdadero, y ordenó que nos respetaran como guerreras y nos liberaran.

—¿Ese bruto salvaje indecente? —insistió Mirina.

—Sí, el mismísimo Ares… ¡Y el general nos liberó!

—Te brillan los ojos cuando hablas de ese salvaje. Bebe, aliméntate y descansa. Agotada y hambrienta te encontrarás tras tan desaventurada empresa

Elaya bajó la cabeza, alzando la vista para ver el rostro desconcertado de Mirina.

—Nos dio agua y comida, dos mendrugos por cada una de nosotras.

Mirina alzó el entrecejo.

—¿Cómo os dejasteis capturar? No es digno de mis lobas —le reprochó.

—Vigilábamos a los aqueos, estaban distantes y nada nos hacía peligrar. Pensamos que nuestras espaldas estaban cubiertas. Pero apareció una compañía de lanceros de Ilión, teucros ellos que nos alcanzaron sin armas. Morir sin luchar o rendirnos, no había otra. No pude sentenciar a nuestras hermanas.

—Hiciste bien —murmuró Armonía entrando en la tienda—. No lo entiendo. ¿Los aqueos se mostraron magnánimos? ¿Qué hacen los teucros tan distantes de sus dominios?

—Hablaron de permanecer en ese campamento hasta la primavera, cuando piensan volver a sus tierras —aseguró Elaya—. Los teucros les llevaron víveres y mantas para pasar el invierno.

—¿Piensan regresar sin avanzar por Temiscira? ¿Olvidan a Cibeles? —se preguntó Mirina, en alto, dirigiendo la mirada hacia su hermana.

—No creo que cesen en su empeño —aseguró Armonía.

—Podríamos cabalgar sobre ellos, no tienen donde ir —expuso Elaya.

—Se han parapetado en una posición estratégica. Protegidos por muros de madera y fosos de astas, disponen de abundante grano; y el arroyo recorre su interior, agua no les faltará. Si atacásemos del tal manera no obtendríamos ventaja, por el contrario veríamos mermadas nuestra fuerza sin necesidad. Si ellos no continúan con su ofensiva, no atacaremos —asintió Armonía.

—No regresarán sin acometer su empresa, aún forman un ejército poderoso. Solo es un ardid para que nos confiemos —apuntó Mirina.

—Sin duda —contestó Armonía, reflexionando—. Ese general sabe lo que hace. Hay caminos que no se deben recorrer, tropas a las que no hay que atacar, terrenos en los que no cabe disputa alguna. Tiene por cierto que la ventaja es nuestra en estas montañas de abruptos bosques que desconocen. Con nuestros veloces caballos y mortales saetas marcamos la diferencia a pesar de que ellos son muchos más. Ha comprendido que no somos vulgares salvajes, sino guerreras de verdad. Pero no creo que piensen regresar con las manos vacías.

—Si desearan regresar sin cumplir con su empresa, marcharían ahora que las nieves que todo lo paran aún no cayeron; nada se lo impide —expuso Mirina.

—Han cambiado su estrategia. No pretenden más lucha, sacrificar más hombres. Por ahora dan por terminada la contienda. Saben que no nos expondremos a un ataque frontal y que no podremos quedarnos todo el invierno rondándoles sin un resguardo, sin disponer de víveres para afrontar las duras inclemencias en la montaña —aseguró Armonía.

—Entonces, si no piensan regresar. ¿Por qué hablaron de ello? Por cierto lo tenían, yo misma lo escuché —preguntó Elaya.

—Por eso mismo: ¡para que lo escucharas! —exclamó Mirina.

—¿Y Ares, cómo le viste? ¿Te dijo algo más? —preguntó Armonía.

—No —respondió Elaya—. Pero sin su intervención, la de Marcial y la de Prometeo, la soldadesca hubiera humillado nuestros cuerpos, tal cual pretendía ese feo oficial, el tal Marco.

Antes de que se alzara el día, un centenar de soldados aqueos llegaban hasta el campamento de Marcial; desprovistos de armas, gritaban su júbilo mientras eran recibidos como héroes.

—¡Mi general! —exclamó Prometeo entrando rápido en la tienda de armas de Marcial.

—Dime, mi buen capitán.

—¡Los hombres de Tántalo! No todos murieron en la batalla, ni sus cabezas fueron prendidas de estacas, ni sus cuerpos ardieron en piras. Son noventa y nueve los que salvaron sus vidas, fueron hechos presos. Las lobas los han liberado. Acaban de llegar vestidos con chitones de hembras, limpios como complacientes efebos y con dos mendrugos en los bolsillos.

Marcial sonrió alzando una ceja, atónito.

—¡Los dioses quedaron complacidos! —exclamó Prometeo.

—Las lobas no podían ser menos que nosotros. ¡Mujeres! Hacen la guerra, pero buscan la paz. Me complace, han mordido el cebo —aseguró Marcial.

CAPÍTULO 21 · LAS CUEVAS DE LEÓNIDAS

Pasadas tres semanas, las fuertes nevadas llegaron del norte cubriéndolo todo de blanco. El campamento aqueo permaneció anclado en el mismo lugar, cada vez más fortificados sus flancos con grandes troncos y regias defensas, sin promover acción bélica alguna. Marcial nada temía dejando pasar el tiempo, sin arriesgar. De todo tenía, nada le faltaba. Para su dicha, nuevos cargamentos de víveres llegaron desde Ilión, apremiados por un rey que esperaba el oro prometido. Además, de los pequeños poblados de la región, numerosos mercaderes vencieron su temor ante el invasor y se acercaron buscando ventas y trueque.

Armonía y Mirina observaban desquiciadas por la espera, sin acabar de comprender la postura de aquel general ni a las gentes que de todo les proveían.

—La gente de Arzawa no les ve como nosotras. Les ayudan, en nada grave les atañe su cacería. Por el contrario, su presencia les trae comercio y ganancias —expuso Armonía, cubierta de gruesas pieles y apoyando los brazos cruzados sobre las crines de su caballo negro.

—Deberíamos cortar sus provisiones, aislarles y matar a quién se acerque —dijo Mirina y saltó del caballo para estudiar las huellas de varios hombres y carros que víveres llevaban al campamento de Marcial.

—No podemos atacar a los clanes que se acercan a comerciar. No son más que hombres salvajes que buscan una ganancia para sus familias y algunos, demasiados, también son nuestros interesados amigos. Ni podemos desatar una ofensiva contra los teucros que bien armados defienden sus carros, no nos interesa ahora una guerra con ellos también.

—O quizá sí y al final no quede más remedio que intervenir.

—No, hermana. Haríamos en esta guerra más enemigos de los debidos y le daríamos a Marcial excusas y aliados de armas que no deseamos —respondió Armonía.

—Los mismos clanes que nos proveen a nosotras en este enclave helado, les sirven a ellos. No les importa que luego nos matemos entre nosotros, solo su negocio. ¡Malditos! ¡Ya colman sus templos de divinidades aqueas, dioses de machos!

—Al menos si ellos están aquí, Temiscira está a salvo —expuso Armonía.

—Y con Tríbada nadie se atreve. Morirían en el desierto antes de encontrarla, como tantos —apuntó Mirina de pie junto a su corcel—. ¿Crees que regresarán a sus tierras?

—No les dimos tan fuerte como para que abandonen. Ese general resulta prudente. Dispone de muchos soldados, muchas vidas que sacrificar. Pero prefiere dejar pasar el tiempo.

—Les recordaremos que estamos aquí.

—Muchas de las nuestra morirían, sus defensas siguen sólidas, la helada no nos beneficia. No hay punto débil, todo lo custodian bien. Y ahora no representan una amenaza cierta.

—Enviemos espías. Los hombres pagan por placeres y, entre las gentes que comercian, nuestras lobas pueden introducirse en el campamento. Muchas aldeanas se jactan del oro y la lana que les sacan por una noche de lecho.

—Pues usa a esas aldeanas. No quiero que mis guerreras se conviertan en esclavas de la lujuria de esos hombres, ni que sean degolladas si son descubiertas.

—La soldadesca no sabrá nada que nos oriente en nuestro interés. Los capitanes tampoco. Y el gran Marcial nada ha de contar a sus amantes de ensortijados cabellos rubios —apuntó Filisteo apareciendo tras ellas, acompañado de Artemisa.

—Nuestro joven anfitrión tiene razón —expuso la gran cazadora—. Además, ¿de qué nos tienen que informar que no sepamos? Solo tenemos que aceptarlo e impedirlo a su tiempo.

—Entonces ¿qué esperan esos malditos aqueos? —se preguntó Mirina.

—Es posible… que la señal de sus harpías —aseguró Filisteo.

—¿Harpías? ¿Qué harpías? —preguntaron las dos reinas.

—Hécate y Némesis partieron hace mucho. Sin duda, Marcial espera su regreso —les indicó el joven—. ¿No lo sabíais?

—No, nada nos contaste —saltó Mirina, desconfiada.

—Hécate y Némesis, harpías ellas, no pueden pisar esta tierra. Hubieran sido percibidas, pues con su hálito maldito removerían las entrañas de Artemisa —apuntó Armonía.

Artemisa observó el paisaje nevado y respiró profundo, ensanchando los pulmones.

—Es posible que burlaran mi corazón y razón, harpías son —aseguró.

—Creedme, están aquí —continuó Filisteo—. ¡Las vi en compañía de Marcial! Marcharon para colmar de placeres al rey Ilio. Después, su camino era incierto para mi saber.

Armonía y Mirina se miraron serias y sin decir más, corrieron en busca de las dos jóvenes que habían socorrido, aquellas llegadas de Ilión, que olvidadas tenían y en nada se hacían notar.

—No están, mi reina —les indicó Elaya al no hallarlas—. Marcharon hace días, a lomos de caballos. Querían avisar a la Madre Tierra de los males que se ciernen sobre ella.

—¿Cómo las dejaste ir? —preguntó Mirina.

—En nada se escondieron, creí que contaban con vuestra bendición —murmuró Elaya.

—Libres eran, a pesar de su extraño proceder —asintió Armonía—. Nos engañaron. Esas mujeres son harpías. ¿Avisar a la Madre Tierra? ¿Qué pretenden? Son matadoras.

—Matar a su hija no nata —respondió Artemisa—. Otra cosa creo no ha de ser. Marcial se mantiene fijo, os retiene aquí mientras espera el regreso de sus harpías.

—¿Su hija? ¿Cibeles va a tener una hija? —se preguntó Mirina, desconcertada.

—Hace décadas que nadie sabe de Cibeles, desde que se unió al bello Attis y desapareció en las cuevas de Leónidas. ¿Y por qué matar a su hija? —preguntó Armonía.

—La profecía anuncia el nacimiento de una gran reina. Divina ella, dirigirá una estirpe guerrera que arruinará sus ambiciones. ¿Podría ser la hija de Cibeles? —expuso Artemisa.

—Sabemos de la profecía. Por ello fuimos a las tierras de la vieja Europa, por eso marchaste al templo de Apolo en busca de saber —apuntó Armonía—. No todo nos contaste.

—Pitia vio muchas cosas —respondió la gran cazadora y quedó en silencio.

—Armonía, debes partir en busca de las harpías. Llévate la Guardia Real de Temiscira. Mis valientes de Tríbada sabrán castigar a ese general si asoma la nariz —dijo Mirina.

—¿Qué más te anunció Pitia? ¿La crees a pesar de ser esclava de sus virtudes, contraria a nuestras costumbres? —preguntó Armonía.

—Muerte es lo que me anunció. La de todas nosotras, si no vencemos nuestros miedos. Pitia no busca una victoria ni una derrota, sino paz. Eso es imposible ante sus visiones de guerra, lo sabe. Por ello trató de cambiarlo todo y nos avisó de las intenciones del rey Cécrope.

—¿Por qué iba a ayudarnos esa hechicera aquea? —preguntó Mirina.

—Yo sé que nada le importa nuestra suerte. Pero el precio de nuestro fin es muy elevado para ella: su amado Ares morirá en esta fatal empresa —contestó la gran cazadora.

—¿Ares morirá? —pregunto Armonía, agitado su corazón.

—Eso vio —respondió Artemisa—. Pero ahora la que peligra es la vida de Cibeles, que lo es todo para nosotras; esas harpías son letales con sus artes oscuras. Debes marchar.

—Marcharé de inmediato —indicó Armonía observándola de soslayo.

—Artemisa, podrías ir con Armonía, acompañarla en su camino; las harpías te temen, nada son ante tu poder —comentó Mirina.

—En el campamento de Marcial se encuentra Ares, ese salvaje amante de reinas guerreras. Solo yo puedo parar al obtuso si desata su ira. Por ello permaneceré aquí —aseguró Artemisa.

De inmediato, Armonía armó su guardia y abandonó el campamento de las hijas de la luna. No cabía más espera, debía detener a las harpías.

—Y sin embargo, las harpías se hallan tan lejos de la verdad —murmuró Artemisa con una sonrisa que sorprendió a Mirina, observando alejarse a la Guardia Real de Temiscira y a su reina.

—Es mi hermana el objetivo de los aqueos ¿verdad? —preguntó Mirina.

Pitia cree que en toda Anatolia solo hay dos divinas capaces de engendrar a la primogénita elegida por los dioses: Cibeles… y Armonía, la amada de Ares.

Artemisa anduvo hasta Mirina, que la miraba con curiosidad, y puso la mano en su vientre con delicadeza, levantando su cota de malla guerrera. Y la acarició con una sonrisa dichosa.

—¿Qué es lo que te hace feliz? —insistió Mirina, nerviosa.

—Tal vez sea tu hija la elegida, tú también has concebido su semilla.

Mirina agachó la cabeza sobre su vientre, atónita, con enfado, y la alzó ante Artemisa.

—¿Estoy preñada? ¿Ese salvaje me ha preñado como a una vaca?

—Estás embaraza de un dios, su semilla arraigó en tu fértil vientre. Estoy feliz. Tu hija será reina divina, mil quebraderos producirá a las ambiciones aqueas.

—No —gritó Mirina—. Tú lo sabías, por eso me enviaste allí con esa pócima que solo sirvió para que yo quedara mal parada. Me engañaste, me usaste…

—Tú fuiste quien se metió en su tienda, quien se sentó en su lecho, quién cabalgó sobre él como yegua desbocada. Nada de eso necesitabas hacer, ni te pedí. Una pócima debías darle a beber y mil formas había de hacérsela llegar. Debiste traerme su cabeza y viniste a mí escocida y con jadeante paso, ¿a quién quieres culpar de tu fracaso? ¡Mátale de una vez y deja de llorar!

Mirina rechinó los dientes de furia y corrió golpeándolo todo hasta su tienda, al momento salió con su espada y una larga lanza.

—¡Mi caballo! —gritó a Elaya, que la miraba temerosa.

—He dicho que lo mates, no que sacrifiques tu vida —le dijo Artemisa, posando la mano en su hombro, frenando su locura.

***

Al calor de una hoguera, Hécate y Némesis danzaban encorvadas y posesas, con marcadas expresiones de locura en sus rostros. Sus hermosos cuerpos de mujer se cubrían de negro tinte de carbón, con difusas y espesas líneas granates que descendían de sus labios rojizos, recorriendo el mentón, el cuello y los senos hasta alcanzar el vientre. De pronto pararon en su macabra danza.

Dos jóvenes y un anciano con una vieja mula cargada de ánforas se mantenían en pie ante ellas. Miraban a las dos mujeres preguntándose si eran humanas o demonios del inframundo, devotas de la terrible Ereskigal. Una sonrisa encharcada en sangre les hizo temblar. Y dieron un paso atrás, pensando que se habían equivocado al acercarse a aquella hoguera en busca de compañía en la fría noche. La visión de un hombre desnudo en tierra, degollado y con el pecho abierto, aceleró sus pasos hasta volverse para correr tirando de la mula.

Hécate dejó de sonreír y observó a su compañera, que asentía con aceleradas risas.

Némesis sacó su daga de afilado bronce para estrellarla contra la espalda del anciano.

Los dos jóvenes corrieron a través del enmarañado bosque, dejando atrás el cadáver del anciano y la mula con sus ánforas. Pero cuando a salvo se creían, salidas de la oscuridad, las harpías les golpearon en la cabeza con una piedra cada una en la mano.

A la mañana siguiente, sentados frente a la hoguera, los dos jóvenes permanecían como ausentes, con los ojos en blanco. De su boca abierta brotaban espesos hilarachos de saliva.

Hécate removía al fuego un cazo colmado de burbujeante líquido, y vertió amplias tiras de muérdago y copos de amanita bien picados. Después, lo aliñó con abundante regaliz y hojas frescas de menta. Lo endulzó con moras y otros frutos del bosque. Y lo dejó reposar.

Némesis, acicalada como una inocente doncella, tomó de la alforja de su yegua un trapo hecho pañuelo. Se dirigió a los jóvenes y les limpió la baba, y los observó ingrata.

—¿No podemos controlar esas babazas?

—Déjalos que babeen —respondió Hécate.

—¿Funcionará?

—No te preocupes, la pócima los tiene presos y las babas secarán antes de llegar.

Némesis lanzó una bofetada a cada uno de ellos, con fuerza tal que les volteó la cara. Como si nada hubiera sido, sin lamento alguno, los muchachos volvieron a su posición, con la cabeza al frente, la boca abierta y los ojos al cielo. Y les dio otra, aún más fuerte, con el mismo resultado.

—Hum —gruñó como desconfiada.

—¿Cuándo han fallado mis pócimas? —sonrió Hécate y tomó el cazo para verter su espeso contenido verde menta en unos pequeños copos de flores, rodeados de pétalos coloridos, y los

colmó con una gota de dulce miel de romero y amarillo polen—. ¿Te apetece uno de mis delicados dulces de ambrosía, solo digna de diosas?

Némesis comenzó a reír encorvando su figura, negando con la cabeza sin dejar de mirar aquel dulce mortal.

Las harpías, seguidas de los jóvenes, descendieron por estrechos senderos, dejando atrás la nieve. Recorrieron zonas boscosas, hacia el este. Y llegaron hasta los elevados cortados que formaban el cauce de un río de aceleradas aguas, frontera natural entre el mundo conocido de las civilizaciones occidentales, colmado por los dioses del Olimpo; y el Oriente desconocido, tierras paganas de innombrables clanes salvajes y de lobas impías.

—Hemos llegado —expuso Hécate—. ¡El río Termodonte! Al sur se encuentran Hattusa. Al norte, extensos bosques de montaña acompañan el curso del río hasta las costas del mar Euxino y en algún lugar, cercana a su ribera, se oculta Temiscira, hogar de lobas devotas de diosas insolentes, sacerdotisas adoradoras de la luna y de las tinieblas de la noche.

—Lobas que matar, todas ellas —asintió Némesis.

Las dos féminas eran conscientes de dónde se hallaban: en el corazón palpitante de Anatolia, hogar de la divina Cibeles, la Madre Tierra. Descendieron de sus monturas y se acercaron al cortado. Estudiaron el río y en su orilla opuesta, la oscuridad de unas cavernas que bien conocían: las cuevas de Leónidas. Un estrecho puente colgante unía ambos extremos del cañón y una discontinua columna de personas, de diferentes vestimentas y razas, lo cruzaba y descendía con presentes y regalos para colmar de gracias a la deidad que allí habitaba.

—No debemos acercarnos más, la divina podría sentir nuestra presencia —dijo Hécate—. Enviemos a los mancebos con nuestros presentes.

Némesis asintió y se acercó a la mula que portaba a los dos jóvenes, los cuales seguían como ausentes, sin babas ni muestra alguna de su estado. Les tendió la mano y bajaron como autómatas. Vestían un delicado chitón blanco cada uno, en sus pies unas alpargatas de esparto y en la cabeza una corona de laurel. En sus manos dejó una bandeja de barro cocido, adornado con flores, en cuyo interior posó los dulces de sabrosa ambrosía.

—Marchad hasta el altar divino con nuestra ofrenda y permaneced allí orando cuanto sea necesario, hasta que Ella se digne en probarla. Ambrosía digna de dioses, elaborada por las ninfas sagradas de los bosques del norte, es lo que portáis en vuestras limpias manos —aseguró Hécate.

Así, los dos jóvenes cruzaron sin temor ni alma el puente y se unieron a la cola de devotos. Llegaron hasta la boca de la cueva. Sin decir palabra se internaron siguiendo la luz de las teas que alumbraban sus pasos hacia las profundidades de la tierra. En su camino, calaveras y otros restos

humanos atemorizaban las mentes de los devotos, las llamas eran cada vez más dispersas y el paso más lento. Unos terribles rugidos se dejaban oír, resonando en las cavernosas y húmedas paredes. Sin embargo, nada amedrentaba a los jóvenes. Mientras otros palidecían los rostros ante la incertidumbre de sus pasos, ellos marchaban decididos con la mente en blanco y el veneno en sus manos. Alcanzaron una sala de paredes cubiertas con plantas rupícolas y de techo despejado; una sima por la que la luz del sol se filtraba iluminando en parte la gruta. Un arroyo la cruzaba, produciendo un rumor que rompía el silencio del lugar. En el centro, una gran losa de piedra sujeta por columnas hacía de altar. Sobre ella eran depositadas las ofrendas de los devotos que, temerosos, pronto salían de la cueva. Otros, los que menos, permanecían orando con la intención de que la divina se dignara en obsequiarles con su presencia. Entre ellos, permanecieron los dos jóvenes, susurrando palabras hermosas aprendidas de las harpías, que a la diosa dedicaban.

Al tercer día de espera, Hécate y Némesis abrieron los ojos de golpe, despertadas por una tremenda algarabía que llegaba desde el fondo del cañón. Salieron de la pequeña tienda donde dormitaban y acercaron sus ojos al barranco. Los devotos feligreses salían de la gruta, gritando y abriéndose paso entre ellos a golpes, aterrorizados, huyendo por la ribera del río. La tierra tembló y una enorme grieta se abrió llevándose agua, árboles, rocas y a tantos de ellos como cayeron.

Un enorme rugido todo lo silenció.

Se miraron la una a la otra y sonrieron encorvando sus oscuras siluetas. Avivaron inquietas la hoguera que calentaba sus aromáticas infusiones y se sentaron al borde del precipicio, libando pausadamente sin dejar de observar la entrada de la cueva. Se alzaron al ver a uno de los dos jóvenes, que salió corriendo. Un enorme león de esplendorosa melena negra surgió tras él. De un salto le mordió la cabeza, aplastándosela conforme lo sacudía de lado a lado. Acto seguido rugió tremendo, enfurecido, mientras los devotos trataban de huir de aquella furia desatada. Una leona apareció con el cuerpo desmembrado del otro joven y soltó los restos con un golpe de cabeza. La tierra tembló de nuevo y las fieras penetraron al trote, como si fueran reclamadas.

—Probó la ambrosía, sí —murmuró Hécate, satisfecha.

—¿Y los leones? —sonrió Némesis—. No pensastes en ellos.

Entonces, dos muchachos de grandes cuerpos negros y cabezas rapadas salieron de la caverna con un bebé en las manos y tras ellos trotó la portentosa pareja de leones, rugiendo a todos lados como eficaces guardianes.

—¿Es lo que parece? —preguntó Hécate.

—Lo es, debe serlo. No podemos esperar, no podemos perder una oportunidad así.

—Pero si cruzamos el puente y vive, sentirá el palpitar de nuestro hálito. Sería nuestro fin.

—Si ha probado la ambrosía, no puede sentirse bien y más tras dar a luz. Ahora su poder es efímero, si acaso dispone. Solo sus horribles leones me preocupan… ¿Y el bello Attis?

—Nada sabemos de él, quizá comiera también. Démonos prisa, no sea que esas bestias regresen y en la cueva nos sorprendan.

Las harpías cruzaron el puente, llegaron con paso ligero hasta la gruta y entraron taimadas. Al avanzar encontraron teas en llamas y se hicieron con un par. Alumbrado el camino, llegaron hasta el altar divino. No había rastro de la bandeja con la ambrosía y todo permanecía como si un ciclón hubiera arrasado el interior de la cueva; al menos veinte cuerpos yacían allí, mutilados por la furia de los leones de Cibeles.

—Aceptó el presente, se dignó en probarlo —aseguró Hécate—. Sigamos hasta el oráculo.

—Nada se resiste al delicado aroma de mis dulces de sabrosa ambrosía —apuntó Némesis.

Las dos féminas avanzaron por la orilla del arroyo, por una galería que se estrechaba a cada paso. Alumbrando en plena oscuridad, llegaron a dos salas continuas. Una pequeña con decoros y presentes de los devotos; la otra grande, en cuyo fondo dos sacerdotisas y varios acólitos de largas túnicas y afiladas picas lloraban alrededor de un cuerpo sin vida.

Hécate y Némesis estiraron el cuello para ver sin acercarse. Entonces, una mujer levantó la cabeza entre los acólitos y, seguidamente, todo su cuerpo. Y se tambaleó sin caer.

—¡Cibeles! —exclamó Hécate al ver aquellos ojos negros taladrar su mente.

—No ha muerto, pero está muy débil. ¡Acabemos con ella! —exclamó Némesis.

Las sacerdotisas y los acólitos rodearon a la divina Madre Tierra, con las picas al frente. El suelo tembló y los ojos de Cibeles parecieron brillar con intensidad conforme los corazones de Hécate y Némesis se estremecían. Un fuerte calor se apoderó de ellas y notaron cómo la tierra, hecha barro, se movía a su alrededor.

—Malvadas, vosotras, hijas de Anatolia, traidoras blasfemas que a vuestra tierra regresáis sembrando muerte. Atalanta e Hipómenes se encargarán de libar hasta la última gota de vuestra sangre. Justicia y venganza os enorgullecéis impartir, mas solo maldad y muerte ofrecéis en verdad. Ahora moriréis, vosotras, que habéis arrancado de mi lado la vida de mi bello Attis y envenenado mi sangre, buscando mi muerte y la de mi amada hija.

Hécate sacó su ondulada daga y alzó con fuerza el pie del lodazal. Y avanzó hacia la divina. Los acólitos le cerraron el paso rápidamente con venablos de afilado bronce.

Némesis extrajo un saquillo de su cinto y lo vació en una mano, un polvo amarillento cayó; y sopló violentamente. Aquel polvo voló hasta las sacerdotisas y los acólitos, impregnando sus caras, cegándolos por completo. Taponados también sus orificios nasales, cayeron dando grandes bocanadas que buscaban desesperadamente llenar de aire sus pulmones abrasados.

Las harpías trataron de avanzar sin suerte sobre la embarrada tierra. Dando cuchilladas al aire, trataron de herir a aquella divinidad; la tenían tan cerca, tan débil… Un tremendo rugido se escuchó. Cibeles dobló las rodillas para caer y cerró los ojos con un lento suspiro.

—¡Vámonos! La amanita y el muérdago hacen su efecto, no sobrevivirá. ¡Y las bestias se acercan! —expuso Némesis con voz tan tétrica como temerosa.

Las harpías retrocedieron de la embarrada tierra con gran esfuerzo, renunciando a su presa; Cibeles, tan débil cómo estaba, nada podía hacer por impedir que huyeran. Y corrieron con desespero, empujándose la una a la otra, por aquella estrecha galería hasta llegar a la sala donde permanecía el altar. Los portentosos rugidos llegaron hasta ellas y se lanzaron al suelo, entre los muertos, tintando sus cuerpos de sangre y cesando en la respiración como si muertas se hallaran. Atalanta e Hipómenes, la pareja de leones que guardaban a Cibeles, pasaron veloces saltando entre los cadáveres y las rocas hacia las salas del oráculo, sin percatarse de su presencia.

—¡Vamos! —exclamó Hécate corriendo en busca de la salida.

Némesis se levantó veloz y salió tras ella, adelantándola en la carrera.

Con la luz del exterior, se alzaron sobre el cortado y cruzaron el puente lo más veloces que pudieron. Sin recoger nada de sus enseres, saltaron sobre los caballos y galoparon alejándose del lugar. Pasados unos escasísimos momentos, la pareja de leones olfateaba el pequeño campamento donde habían estado las harpías. Lo destrozaron todo a zarpazos y dentelladas. Ventearon el aire posando sus almendrados ojos en el horizonte y lanzaron un potente rugido que, en la lejanía, en su galope, hizo temblar los oscuros corazones de Hécate y Némesis.

CAPÍTULO 22 · LA PROFECÍA DE PITIA

La Guardia Real de Temiscira llegó al cortado que guardaba el lecho del río Termodonte, con su reina Armonía al frente, la cual, de un salto, descabalgó para asomarse al vacío. Y apretó los labios al ver la desolada orilla. Nadie se veía portando presentes por las sendas que alcanzaban la gruta. Grandes bloques de piedra, árboles caídos y profundas brechas aceleraban la angustia de que algo grave había ocurrido. Chacales y hienas merodeaban entre lo que parecían ser restos humanos. La llegada de los buitres confirmaba la terrible realidad.

Armonía miró a Sria, su fiel capitán, con la preocupación reflejada en el rostro. Cabalgó para cruzar el puente colgante y avanzó con su guardia por las sendas que descendían hasta la oscura entrada de la cueva, espantando a los carroñeros con su paso acelerado. Ninguna tea alumbraba el camino y un fatídico y tenebroso olor a muerte permanecía en el ambiente.

—Sria, prende una antorcha —ordenó Armonía.

—¿Vamos a entrar? —preguntó Sria, temerosa, con el ojo derecho muy abierto.

—No, entraré yo. Vosotras permaneceréis aquí, esperándome.

—Te acompañaremos, sola no irá mi reina. No me gusta. No reconozco este lugar. Antes se mostraba lleno de vida y ahora solo veo muerte.

—No. Si Atalanta e Hipómenes andan cerca, respetarán mis pasos, siempre lo hicieron, y quizás los de nadie más. Es posible que enojadas se encuentren las bestias, pues algo tenaz ha ocurrido. Solo espero que la divina Cibeles se encuentre bien.

Sria asintió no muy conforme, entendiendo la postura de su reina.

—Pues te acompañaré yo sola, sin arma alguna —expuso.

—Puede ser peligroso.

—Más peligroso sería regresar junto a tu hermana Mirina sin mi reina.

Armonía sonrió.

—Marga, valiente capitán de mi guardia, que las nuestras acampen en la vertiente norte del río, en el valle del Ponto —ordenó Armonía—. Y envía varias patrullas para que recorran la zona y todo lo estudien, quizás hallen a alguien con vida. Otras que recojan a los muertos y dadles llama. Limpiad este espanto, esta pena que tanto daña la vista.

—Dejaré una guardia de dos guerreras a la entrada de la cueva —contestó Marga, una mujer de larga melena azabache con mechas azuladas, como sus párpados y las estrechas líneas que cruzaban su cara en horizontal.

—No. Mejor alejaros de la entrada de esta leonera. Aquí ninguna hostilidad hemos de mostrar y nerviosas se hallarán las bestias ante guerreras —ordenó Armonía.

—Esperaremos en el campamento como ordenas. Mas si no regresáis al amanecer, entraremos todas, dispuestas a buscaros —respondió Marga mostrando su puño y determinación.

—Si no salgo, si no salimos… Galopa veloz tras el aliento de Artemisa. Obedéceme y no ciegues tus mientes, pues nada seréis ante los leones de Cibeles —ordenó Armonía a la vez que le entregaba sus armas.

Armonía y Sria avanzaron por la gruta desplazando la oscuridad con las antorchas. Nada se veía salvo piedra húmeda, barro y un pequeño arroyo subterráneo.

—Allí… y ahí, son muchos los muertos —indicó Sria alumbrando cada recodo.

Numerosos restos humanos se dejaron ver, descuartizados entre los presentes dirigidos a la divina Cibeles, entre flores marchitas y cirios sin llama.

—Esto es horrible —murmuró Armonía con pesar.

Un tremendo rugido las alertó y se irguieron con las antorchas hacia delante, tratando ver en la profunda oscuridad. Otro rugido más poderoso, cercano, encogió sus pasos.

—¡Cibeles! ¡Amada Cibeles! —gritó Armonía.

—¡Ah! —exclamó Sria volviéndose de golpe—. ¡Algo me rozó!

Las dos mujeres alumbraron hacia todas partes sin ver nada.

El suave chapoteo del trote de unas zarpas en el agua del arroyo y una respiración ronca les anunció que no estaban solas.

—Sigamos —ordenó Armonía.

—Son sus leones… Nos devorarán —aseguró Sria.

—Si quisieran devorarnos, ya se relamerían la trufa manchada con nuestra sangre. Sigamos —insistió Armonía.

Llegaron al altar divino, donde un estrecho haz de luz entraba por la abertura del alto techo, mostrando la tragedia. El templo se hallaba derrumbado, restos humanos quedaban dispersos entre presentes y ofrendas que no hallaron destino. El hedor a muerte era insoportable. Se posaron unas telas que les cubrían la boca y nariz y continuaron adentrándose más y más, evitando aquella pestilencia, regresando a la silenciosa oscuridad.

Un tremendo rugido, a dos escasos pies por delante, las hizo tragar saliva con un vuelco en el corazón. La llama alumbró al hermoso león de larga melena negra, con aquella gran cabeza y sus ojos almendrados, brillantes a la luz de la antorcha, estudiando cada detalle de las dos mujeres. Tras ellas, la presencia de la leona se hizo notar con un poderoso y continuo ronroneo.

—Atalanta, Hipómenes —murmuró Armonía.

El león abrió su enorme boca, mostrando la poderosa dentadura, aquellos largos colmillos, y avanzó ladeando la gran melena que le rondaba la cabeza y el pecho. Rugió con fuerza a la par que sus retráctiles garras marcaban el suelo que pisaban, para alzarse sobre los cuartos traseros; apoyó las patas delanteras sobre los hombros de Armonía, que apenas podía mantenerse en pie, y mordisqueó su rubio cabello, olfateando, y le lamió la cara con su áspera lengua.

Sria cerró los ojos. Temblando valiente, tratando de dominar el miedo, notó la cálida y áspera lengua de la leona acariciar su mano derecha, las nalgas y el muslo izquierdo.

—Armonía, hermosa ninfa de los bosques, reina divina de Temiscira, ¿eres tú? —susurró una voz débil, un eco lejano llegado hasta a través de las paredes rocosas de la tenebrosa gruta.

—Divina Cibeles… ¿Dónde estás? ¡Contesta! Por ti todas sufrimos. ¡Muéstrame el camino! —respondió Armonía con voz suave.

La leona pasó ante ellas veloz hacia la oscuridad y el león se apartó de Armonía. Tras dar un corto rugido, el felino comenzó a trotar por el interior de una estrecha galería.

—Sigamos a Atalanta e Hipómenes —dijo Armonía.

Sria asintió y abrió los ojos con el alma en vilo, tratando de calmar su miedo.

Recorrieron las tinieblas de aquella profunda galería, solo los ronquidos de los leones les alertaban que iban por buen camino. Húmedas y embarradas hasta los codos, llegaron a una caverna de enormes estalactitas. En el fondo, una pequeña apertura al exterior se mostraba sobre sus cabezas a gran altura, que de aire puro llenaba la estancia y por donde escapaba el humo de una hoguera. En un lecho de paja, junto a un cadáver, con los ojos cerrados, una mujer yacía con las manos colgando y una piel de oso cubriendo parte de su cuerpo, blanco como la nieve.

El enorme león se posó al lado y lamió de forma continua la cara de aquella mujer. La leona saltó encima del lecho, tumbándose junto a ella, ronroneando sobre su cuerpo marchito.

—¡Cibeles! —gritó Armonía con un enorme dolor, llena de angustia y corrió hasta ella.

Sria quedó impresionada, la gran Cibeles, la Madre Tierra, la más divina y poderosa entre las diosas, permanecía allí demacrada como si fuera una momia. Y a sus pies, el cadáver del que, sin duda, fuera el bello frigio Attis, el hombre de corazón tan puro que fue amado por la diosa.

—¡Ayúdame, por favor! —exclamó Armonía a Sria, llorando de pena, tratando de sentar a Cibeles en el lecho ante la mirada penetrante y curiosa de los leones.

Cibeles abrió los párpados, morados y penosos. Su pupila negra estaba contraída, apenas se veía, y la esclera había perdido el blanco, mostrándose sanguinolenta. Espesas lágrimas azul celeste se deslizaban por sus pálidas mejillas.

—¡Cibeles! ¡No te vayas! —le rogó Armonía.

—Mi amada ninfa del bosque… ¡Has venido! Escucha pues a esta que sufre y agoniza. Mi hija Ainia, debes encontrarla antes que las mordaces harpías. Malvadas ellas la buscan para matarla; en su confusión, es su único fin —aseguró Cibeles.

—¿Dónde se halla? ¿Qué ha pasado? —preguntó atropelladamente Armonía.

—Hécate y Némesis burlaron mi vigilia con sus artes oscuras y hasta mi altar sagrado llegaron con vil veneno. El poder que me proporciona esta, mi tierra, abandonó mi cuerpo, que ahora se halla sometido por la colorida amanita disfrazada de sabrosa ambrosía. Y el muérdago me mata. Mi amado Attis, carente de mi fuerza, no pudo resistir el mortal envite.

—¿Y las harpías? —preguntó Armonía.

—Mi ira desaté. Pero en mi ceguera a ellas no alcanzó, lograron huir. Solo inocentes devotos murieron… Presa de la amanita y el muérdago me encuentro. La tierra que habito y me nutre dirá qué será de mí en el futuro. Ahora, nada soy.

—Serás, te recuperarás. Avisaré a Artemisa, ella te socorrerá con su beso de vida —afirmó Armonía—. Tu hija Ainia ¿dónde está?

—Apenas unos días tiene de vida y, en vez de ser idolatrada, ya huye. ¡Qué pena! —sollozó Cibeles—. Cabalga hacia el templo de Artemisa, en la pequeña Venus. Debes ponerla a salvo. Si fallezco, es cuanto de mí quedará. Es hermosa, es fuerte, es valerosa… ¡Es tan pequeña! Es mi vida. Bien sabrás de qué hablo, pues veo que en ti late una nueva vida —aseguró Cibeles cruzando la mirada con Armonía, acariciándole con la mano temblorosa el vientre.

Armonía elevó su cabeza, atónita por aquella revelación.

Sria la observó sin palabras.

—Mis eunucos negros corrieron prestos a guardar la vida de mi hija Ainia. ¡Mis sacerdotisas marcharon tras ellos! Cuando las harpías avanzaron buscando mi cuerpo, comprendí lo que ocurría. Trataron de matarme al verme con vida y cobardes como son en verdad, huyeron cuando escucharon los rugidos de Atalanta e Hipómenes —dijo Cibeles.

—Debes reponerte, te traeré alimentos, agua…

—No te preocupes por mí, Atalanta e Hipómenes me guardan. ¡Corre! ¡Galopa veloz! ¡A mi hija Ainia debes proteger! Solo eso te pido. Si las harpías dan con ella, la matarán sin compasión —insistió Cibeles.

Armonía se alzó dispuesta a todo por combatir a Hécate y Némesis, para salvar a Ainia, la hija de Cibeles recién nacida; y se volvió para observar el cadáver de Attis.

—Te mandaré a doce de mis valerosas guerreras de la Guardia Real de Temiscira. Han de limpiar tu morada y de alimentos proveerte, serán tu corte mientras yo cabalgo en pos de las harpías. Darán digna sepultura a tu amado Attis, pues debe descansar en paz; y te cubrirán de favores. Manda a Atalanta e Hipómenes que respeten sus vidas. Pero has de saber que no solo Hécate y Némesis nos amenazan, un ejército de aqueos descansa en el Ponto.

—Lo sé, mi bella flor del bosque. Pero nada has de temer. Artemisa, la gran cazadora, protege a las hijas de la luna… y Ares, azote de mortales, a todos por ti matará.

—Ares es un guerrero aqueo, marcha con ellos. ¿Cómo va a matar por mí?

—Bien lo sabes. Ese hombre no es guerrero cualquiera, a todos mata. Así le temen amigos y enemigos. Incluso los dioses, a los cuales sus carnes mortales destroza con gusto, atemorizando sus almas inmortales. Por ello maldito es por su propio padre, el soberbio Zeus; mas a él no le importa. Aunque su alma es inmortal, su cuerpo es humano… Su corazón, lleno de ira, solo a tu lado encuentra paz. Te ama. No permitirá jamás que nadie te haga daño, antes morirá.

Armonía calló, tan solo reflejó un delicado gesto de pena en su rostro.

—Llevas en tu vientre a su hija, aquella que será divina y fuerte como ninguna —continuó Cibeles—. Cuando encuentres a mi pequeña Ainia, debes marchar lejos, poner a salvo tu vida y la de las pequeñas. Ocúltate en las mesetas de Oriente o en los desiertos de Tríbada. Pues los

aqueos solo buscan muerte para evitar la profecía de Pitia, que grandes males les anuncia del nacimiento de la divina reina, tú hija. Ahora debes marchar. Tus guerreras serán bienvenidas, nada han de temer de Atalanta e Hipómenes.

***

Los dos eunucos corrían con la pequeña Ainia en brazos. Ni una mirada atrás, tan solo el llanto quedaba en el aire. Cruzaron un extenso valle, levantando codornices a su paso, tratando de llegar al bosque que se cerraba en torno a las montañas del Ponto. Buscando las sendas del sur, se dirigían hacia la aldea de Venus; una pequeña población de almas nobles y caritativas, donde se alzaba un pequeño templo dedicado a Artemisa con sus sacerdotisas y guardianes.

Pero las maléficas sombras de Hécate y Némesis se alargaban poderosas, infames. Con un golpe de pecho, el caballo de Hécate tumbó a uno de aquellos fornidos eunucos, estampándolo contra un árbol. Némesis saltó y sin darle tiempo ni a respirar, le hundió su daga en forma de serpiente en el pecho, por tres veces; y miró con vista de rapaz al otro eunuco que huía con la niña, el cual, internándose en el claroscuro del bosque, consiguió dejar atrás a las harpías.

De pronto, se escuchó el ruido del choque mortal del bronce, gritos de ira y muerte.

Y la niña comenzó a llorar para desespero del eunuco, el cual tomó en su mano el machete que portaba en la cintura y lo colocó ante él, esperando enfrentarse con quien fuera antes que abandonar a la pequeña. Sudando, levantó la cabeza tratando de ver en torno suyo.

La vegetación que le ocultaba se apartó.

—Mamu, sal de ahí. Las harpías se retiraron —aseguró una mujer madura de corta túnica y rasgos curtidos, con la piel de la cara y los brazos colmada de tatuajes étnicos, en espiral; a su lado, una joven sacerdotisa ladeaba continuamente su rostro con la espada en alto.

—¡Oh, alabada Tamara! ¡Temí tanto por la vida de la pequeña!

—Está a salvo, de momento —aseguró Tamara, vigilante, espada en mano—. Las harpías huyeron, mas sin duda regresarán. Debemos buscar la protección de la divina Artemisa. Solo ella puede pararlas en su ignominia.

—Mataron a Muma, mi hermano yace a la entrada del bosque —murmuró con tristeza aquel hombre negro de anchas espaldas, levantándose con la pequeña Ainia en brazos.

—Malditas harpías, son auténticas fieras. ¡Brujas ellas! También acabaron con la vida de tres de mis hermanas —aseguró Tamara, mientras la otra sacerdotisa reunía los caballos—. Démosles digna sepultura y marchemos antes de que regresen. Me temen, pero sin duda nos vigilan y tratando argucias deben de hallarse.

***

—¡Favor! —gritó Hécate en la plaza del pequeño poblado de Venus, de apenas un centenar de hogares hechos de troncos y paja. Y se tumbó en tierra, como presa de la locura, gritando.

—¡Vosotros, hijos de la divina Cibeles! ¡Ayuda! —insistió Némesis cayendo de rodillas, con los brazos al aire y la cabeza exclamando al cielo.

—Por todos los dioses, ¿qué ocurre? —preguntaron sus moradores acercándose con precaución a las dos féminas, que desesperadas en llanto se hallaban.

—La hija de nuestra amada Madre Tierra, la divina Cibeles, se halla presa de las harpías del rey Cécrope. ¡Malditos aqueos, todo matan! —habló Hécate entre lamentos descompuestos.

—¡Horrores han desatado sobre nuestra tierra! ¡Attis asesinado fue y nuestra amada Cibeles sucumbe al horror de la agonía! —exclamó Némesis.

—Pero, decid ¿qué podemos hacer? ¿Quiénes sois?

—Por el bosque huyen las dos harpías a lomos de oscuras bestias, asesinas ellas, y un horrible hombre negro surgido de los infiernos las acompaña… ¡Con la hija de la divina Cibeles presa en sus brazos! Somos sagradas sacerdotisas de las cuevas de Leónidas. ¡A todas las nuestras mataron sin piedad! —expuso a voces Hécate, alzándose entre jadeos y penas. Después estiró los brazos y recorrió la plaza en círculos, gritando bien fuerte para que todos escucharan—. ¡Entregarla a los aqueos quieren, será sacrificada al prepotente Zeus!

—¡Sacrilegio! —apuntilló Némesis.

Una gran algarabía secundó aquellas palabras. Y pronto, los hombres y mujeres de aquel poblado, se armaron de hachas y venablos formando un nutrido grupo presto para actuar.

—¡Nosotros lo hemos de impedir! ¡Vayamos a por ellas! —gritaron.

—¡Las alcanzaremos en el paso de las Marmotas! Si atajamos por las sendas del bosque, podremos alcanzarlas y rescatar a la pequeña —ordenó una anciana, vieja como el tiempo y cubierta de arrugas y verrugas, vestida de polvorientas pieles y agitando una enorme porra.

—La divina Cibeles os recompensará, salvad a su hija y dichosos seréis por siempre. Mas no se os ocurra cruzar palabra alguna con las harpías, pues maestras en artes oscuras son y os absorberán las mientes. ¡Matadlas sin voz ni misericordia! —advirtió Hécate.

—Y a la bestia negra, ese hombre grande como una montaña que presa en sus garras porta a tan indefensa criatura, degolladle de inmediato antes de que mal alguno pueda provocar —apuntó Némesis.

Un centenar de personas indignadas, agitadas sus almas y deseosas de matar corrieron entre las sendas agitando sus hachas, venablos y estacas. No tardaron en llegar al paso de las Marmotas.

Se trataba de un lugar montañoso, de escasa vegetación y vientos helados que hacía de corredor entre los destinos del norte que recorrían el Ponto y los valles del sur que alcanzaban la aldea de Venus y más allá, la gran urbe de Beycesultán. Tras ellos, como sombras inquietas, Hécate y Némesis enervaban sus instintos con arengas y deseos de justicia, de venganza. Y se alzaron para ver llegar al trote a las dos mujeres y el hombre negro que portaba a la hija de la divina Cibeles.

—¡Están ahí, los impíos! —exclamó Hécate.

—¡Por todos los dioses, apenas llegamos a tiempo! —apuntó uno de aquellos hombres.

—¡Tended las cuerdas antes de que lleguen al estrecho y se percaten de nuestra presencia! —ordenó la anciana llena de arrugas y verrugas, agitando su porra.

Numerosos hombres corrieron por la senda, anudando fuertes maromas en un tronco. Y las dejaron reposar en tierra para cruzar de lado a lado, con el otro extremo en la mano. Apenas se ocultaron entre la vegetación, aparecieron veloces los caballos. Entonces, mientras unos tiraron con fuerza de las cuerdas, otros se irguieron azuzando sus armas y gritando feroces.

Tamara apenas pudo ver las maromas tensarse ante ella antes de recibir el golpe en el cuello. Cayó y sin que pudiera alzarse, tres venablos atravesaron su pecho y un hacha estalló su cráneo. El caballo de la joven sacerdotisa que la acompañaba y el de Mamu rodaron presa de las gruesas cuerdas. La mujer se partió el cuello y el eunuco mordió el polvo, perdiendo de su boca los dientes. La pequeña Ainia rodó por tierra envuelta en gruesas telas y pieles.

—Pero ¿qué hacéis? ¡Malditos quedaréis! —exclamó Mamu, atónito, y se levantó, sin arma alguna, alzando sus manos, tratando de hablar y convencer.

Una daga voló veloz y selló su frente con un sonido hueco, sus ojos se perdieron hacia arriba y cayó ladeado como un tronco seco.

Hécate y Némesis anduvieron orgullosas y pérfidas hacia el bebé, que entre las pieles asomaba los tiernos bracitos y el llanto desconsolado.

—Nosotras nos ocuparemos de ella —dijo Hécate, sonriendo pérfida, victoriosa.

Pero una mano grande, de poderoso brazo y torso, se hizo con la pequeña Ainia. Y la alzó sobre su pecho. Aquel guerrero fuerte, surgido del bosque como llegado de la nada, observó a la pequeña detenidamente, ante la mirada perpleja de todos, y ella sonrió abriendo mucho sus ojitos.

Con una arcada, las harpías retrocedieron de inmediato y se ocultaron tras una roca.

—¿Cómo te atreves a poner la mano sobre la hija de la divina Cibeles? —preguntó la anciana—. ¡Devuélvenos a la pequeña o la ira de la Madre Tierra caerá sobre ti!

Ares no contestó, simplemente alzó las cejas y estiró los labios con un gruñido ronco. Acomodó a la pequeña en brazos de Ganímedes, que apareció tras él, y templó su larga espada, hacia delante, dando un paso seguro, mientras era rodeado por aquellas personas.

Cuatro hombres y una mujer corrieron con sus venablos y hachas, a los cinco mató de un solo golpe que cortó cabezas, cuello, cara y pecho en su camino.

—Fuera de mi camino o ninguno de vosotros verá la luz del nuevo día —expuso Ares con su voz grave y sacudiendo, con un ligero golpe, la sangre de su espada.

—¡Yo te conozco! —exclamó la anciana abriendo enormemente los ojos.

—¡Es Ares, azote de mortales! —gritó otro y se postró en el suelo para reverenciarlo.

—El hijo maldito de Zeus, dios de guerras y males —susurró la anciana.

Y todos se postraron, soltando las armas entre lamentos y dichos. Solo la anciana quedó en pie frente al salvaje guerrero, sin apartar su vieja mirada de él, de la niña y de su espada.

—Dame a la niña, en tus manos solo horror conocerá —estiró su mano temblorosa.

—¿Por qué queréis matarla? —preguntó Ares.

—¿Matarla? ¡La salvamos de las harpías que pretendían sacrificarla! —exclamó la anciana.

El guerrero alzó una ceja y se volvió ante el repentino golpeo de docenas de caballos que resonó por la senda.

—¡Son las hijas de la luna! ¡Es Armonía! —exclamó Ganímedes.

El galope de aquella caballería que se acercaba veloz atrajo la atención de todos.

Armonía apareció seguida de sus guerreras. Angustiada, su cara resplandeció cuando vio a Ares con la pequeña en brazos, a salvo de las harpías.

Al trote se acercó hasta él, tratando de reconocer lo acontecido.

—Dame a Ainia, la pequeña debe ser protegida —expuso con autoridad y confianza.

Ares miró a Ganímedes de soslayo, soltó un pequeño gruñido y estudió los cadáveres de las sacerdotisas, a la anciana y sus verrugas y, de nuevo, a la niña.

—El rey Cécrope ha ordenado su muerte —dijo finalmente y la acurrucó en su regazo.

—No te atrevas a hacerle daño —apuntó la anciana con su voz temblorosa.

—¿Por qué he de hacer daño a tan indefensa criatura? No soy vasallo del rey Cécrope. Estas gentes, que hablan de protegerla, acabaron con las sacerdotisas de Cibeles y con ese eunuco negro que bien la guardaba —respondió Ares alzando a la niña hasta el regazo de Armonía.

Ella se hizo cargo de la pequeña, la miró con tremenda curiosidad y cariño. Después trotó altiva entre aquellos hombres y mujeres que permanecían arrodillados en el suelo, con el cuerpo extendido, sin apenas atreverse a levantar la cabeza ni entender nada.

—¡La pequeña Ainia, hija divina de la gran Cibeles, está a salvo! —exclamó Armonía a sus guerreras y todas lanzaron gritos de júbilo—. Marchemos lejos de las harpías y de los aqueos que de males nos colman.

—¿Has oído? —preguntó Hécate sin atreverse a mover un músculo por si era descubierta.

—Calla, estamos demasiado cerca de Ares —respondió Némesis, en voz muy baja.

Y ambas harpías se alejaron en silencio, perdiéndose entre la espesura del bosque.

Los habitantes del poblado comenzaron a levantar tímidamente sus cabezas, no sabían cierto qué había pasado. La reina Armonía tenía entre sus brazos a la pequeña y las palabras de Ares solo podían significar una cosa: habían sido engañados por aquellas dos mujeres de talentoso llanto.

Ares anduvo hasta el cadáver de Mamu y tomó de su frente, sacándola de un tirón, la fina daga de Némesis en forma de serpiente.

—Las harpías de Cécrope anduvieron por aquí —murmuró.

La vieja anciana, cabecilla tribal de aquellos hombres y mujeres, que mucho temía viéndose rodeado de guerreras, al lado del divino guerrero y sin saber dar una explicación, soltó la porra, bajando lentamente la cabeza.

—¡Piedad! ¡Nos hicieron creer que eran sacerdotisas de la divina Cibeles! ¡Solo queríamos rescatarla! ¡Nunca hacerle mal alguno! —exclamó tirándose al suelo de rodillas.

***

Pasaron los días y en el campamento del ejército aqueo las puertas de troncos se abrieron para que penetraran Hécate y Némesis a galope. De un salto desmontaron y se dirigieron hacía la tienda del general Marcial, que dotada de madera y gruesas pieles se mostraba reconfortante en aquel frío invierno de nieve y vientos helados.

—Mi señor, hemos cumplido —aseguró Hécate.

Marcial se hallaba sentado ante una opípara cena. A su lado, un joven efebo de ensortijados cabellos rubios le servía vino y escondía su rostro humillado.

—¿Ha muerto? —preguntó Marcial. Y dio un sorbo.

—Su poder se halla desolado, mas parió una niña que perseguimos —respondió Hécate.

—¿La primogénita? —insistió Marcial.

—¡No! Ainia la llamó, no Hipólita —contestó Hécate.

—Así pues, nada tenemos ya que temer de la Madre Tierra —apuntó Némesis.

—Si el mal no procede de sus entrañas… ¿Entonces? —preguntó Marcial.

—La sangre divina que fluye en estas tierras, portadora de la semilla divina solo una puede ser… Nosotras nada podemos ante él.

—¡Ares! —exclamó Marcial y se recostó hacia atrás con una mueca de contrariedad.

Y bebió de nuevo, observando la pitanza.

—Sí… Ronda con demasía a la reina Armonía, se han amado y es posible que su semilla haya germinado. Tenéis que acabar con ella, pues sin duda es la elegida. La ninfa del bosque es la divina madre que Pitia vio en sus sueños. Tienes que acabar con ella cuanto antes.

—Lo haré, solo he de esperar el momento oportuno —aseguró Marcial.

—Nosotras marchamos a la Corte de Atenas, debemos rendir cuentas y tributo a nuestro muy amado rey Cécrope, hablar de tu glorioso avance por tierras hostiles, del fin de la divina Cibeles y prevenirle de la suerte de Ares —expuso Hécate.

—Nuestro trabajo aquí terminó —aseguró Némesis.

—Podríais acabar con ella, por mí… De oro os colmaría —dijo Marcial.

—Todos alerta están ante nuestros pasos, pues retumban odiosos en sus corazones. No podríamos llegar hasta la reina Armonía sin ser descubiertas. La divina Artemisa nos buscará vengativa mientras nuestro hálito perdure en esta tierra. Mucho tiempo ha de pasar para que olviden estos días, en los que nos vieron pasar y actuar como harpías —contestó Hécate.

—Regresamos de inmediato. Los leones de Cibeles ventean nuestro paso, buscan nuestra sangre —apuntó Némesis.

—Habéis golpeado el corazón de una diosa y ahora teméis su ira. Cobardes huiréis hasta hallaros a salvo en Atenas, bajo la protección del rey Cécrope, al amparo de Zeus. Mas no olvidéis que Ares no es amante fiel de su padre.

—Nada hicimos contra él, nada haremos. No seremos nosotras quiénes acaben con la vida de su amada; Armonía es loba guerrera, cosa tuya es acabar con ella —expuso Hécate.

—Ya veo. No solo pretendéis escapar de la ira de Cibeles y de la vengativa Artemisa, sino de la responsabilidad de dar muerte a la reina Armonía. Es loba guerrera, pero también divina ninfa de los bosques, así pues debería ser cuestión vuestra su suerte y os recuerdo que lejos estáis de la protección del rey Cécrope, que mi espada tiene buen corte.

Con un movimiento, Hécate lanzó sobre la cara de Marcial una polvareda amarillenta que penetró rápido en sus ojos y la nariz. El general cayó de rodillas, gimiendo y notando la abrasión que le cegaba, sin apenas poder respirar.

Némesis tomó la daga que asomaba del cinto del general y se la puso en el cuello.

—Escucha, miserable: Artemisa batallará allá donde nos encontremos, ¿acaso quieres eso? Y ¿cómo te atreves a amenazarnos, a nosotras que tanto dimos por tu causa, por toda Ática? A nosotras que somos amantes devotas del rey Cécrope y del propio Zeus. Besar nuestros pasos deberías —le susurró de manera inquisitiva, apretando y cortando con la daga suavemente.

—¡Mata a esa loba! ¡Acaba con Ares! ¡Cúbrete de gloria! ¡Gánate el amor de tu rey y el Olimpo de los dioses! ¡Es tu empresa acabar con esa reina! —le espetó Hécate.

Némesis soltó la daga, que rebotó en el suelo junto a las manos de Marcial. Luego las harpías salieron de la tienda para dirigirse rápidamente hacia unos caballos de refresco. Montaron y con un gesto de resignación e ira, iniciaron el trote conforme se cruzaban con Prometeo.

—¡General! ¿Qué ocurre? —exclamó Prometeo al entrar en la tienda.

—¡Malditas brujas! ¡Las mataré! —gritó Marcial con los ojos henchidos de rojo y la mano en la herida del cuello—. ¡Agua! ¿Dónde están?

El joven efebo le acercó un cántaro. El general lo asió de un manotazo y se vació el agua sobre el rostro, lavándose bien los ojos y la cara sin dejar de bramar maldiciones e injurias.

—Se fueron, las he visto salir como si las persiguiera un demonio —apuntó Prometeo.

—Y así es… Bien saben lo que han hecho y que, mientras la vengativa Artemisa viva, no tendrán un lugar seguro en esta tierra que las vio nacer, su Anatolia oscura. ¡Es tiempo de que marchemos! ¡Nuestro objetivo ya es claro como la luz del día! —exclamó Marcial.

—Dispuestos se hallan los hombres. ¡Arrasaremos Temiscira y atraparemos finalmente a la reina Armonía! —contestó Prometeo.

—Mi buen capitán, no se halla en Temiscira. No regresó al Termodonte, está oculta con la hija de la divina Cibeles en el templo de Artemisa, en la pequeña aldea de Venus. Está cerca —expuso Marcial recuperando el resuello.

—¿Qué más sabemos de nuestro fiel espía? —preguntó Prometeo.

—No permanece con una gran guardia, apenas unas docenas de guerreras. Si la rodeamos, será su fin. No podrá escapar. Pero Ares está con ella.

—¿Ares?

—Sí, hazle llegar un mensaje. Que sepa que cientos de tracios de horrores colman las guarniciones que atrás dejamos, que necesitamos su presencia en combate, que de cientos de muertos podrá sembrar la tierra que pise. ¡Pero ya! —le apremió Marcial, manteniendo su enojo.

CAPÍTULO 23 · EL TEMPLO DE ARTEMISA

Mirina, reina de Tríbada, se hallaba recostada en su lecho, aburrida y con una pasa en la boca que movía de lado a lado degustándola. Pensaba en su maternidad, acariciándose el vientre, con los ojos clavados en una gruesa araña peluda que recorría la lona de pieles de la tienda.

—El ejército aqueo se mueve —informó Elaya entrando de golpe.

—¿Alzan el campamento? —preguntó Mirina y sacudió un fuerte hachazo con el labrys que partió a la araña en dos y cortó la lona por tres palmos.

—Eso parece —dijo Elaya alzando el entrecejo—. Han desarmado la plataforma sur y están desmantelando el resto. Las columnas forman en el centro del campamento, apenas quedan tiendas de campaña alzadas y los carros cargan víveres. ¡Se marchan!

—¿Se marchan? ¿Para avanzar o para retroceder?

Elaya silenció sus labios y alzó los hombros.

—Sea cual sea, han decidido iniciar su estrategia —apuntó una desconfiada Mirina y se levantó para tomar sus ropajes de guerrera.

De pronto se ladeó mareada y dio un gemido seguido de un ligero vómito.

—En tu estado, creo que no deberías salir —apuntó Elaya, ayudándola.

—Elaya: si te vuelvo a oír con semejante discurso, te mataré —aseguró Mirina y se alzó soberbia, para salir de la tienda con el labrys en la mano.

—¿Qué hacemos, mi reina? —la siguió Elaya.

—Es un buen momento para castigarles —contestó Mirina.

Aquella misma tarde, cientos de saetas cubrieron el cielo azul, silbando feroces contra el campamento aqueo en la zona sur. La caballería de Mirina se dividió en dos escuadrones. El primero permaneció a cubierto en el bosque, para contener cualquier adversidad. El segundo golpeó con fuerza penetrando por la zona descubierta sin apenas hallar resistencia, tratando de llegar hasta los carros de víveres para prenderlos. Entonces, conforme ahondaron en la plaza, tras ellas, una columna de broncíneos lanceros surgió de unos fosos, levantando el techado que los ocultaba y gritando furiosos.

Mirina observó aquel movimiento imprevisto que le cerraba la retaguardia y miró al frente. Los aqueos esperaban en formación, ocultos tras sus grandes escudos y con las puntas de las lanzas hacia ellas. Y comprendió su error. Habían desmantelado la zona sur y mostrados sus carros para que entrara por allí, donde la esperarían sagazmente.

—Rápido, hemos de salir de aquí antes de que formen una muralla. Elaya, la retaguardia, que mil saetas vuelen sobre los lanceros y embistamos de inmediato o ninguna saldremos vivas.

Mientras las flechas caían sobre los lanceros, la caballería les embistió en un terrible crujir de lanzas y vidas. Docenas de hombres y mujeres murieron en apenas unos momentos. Entre gritos, maldiciones y relinchos, las guerreras lograron abrir una brecha por la que huir del cerco al que se veían sometidas gracias a la intervención del primer escuadrón, que inmediatamente abandonó el bosque y actuó al constatar el movimiento de los aqueos. La pericia en combate de las guerreras impidió que se pudiera formar una tenaza de picas sobre ellas.

—¡Rápido, rápido! ¡Salid mis valerosas guerreras! —gritó Mirina agitando su labrys.

Pero dos columnas de lanceros en perfecta formación aparecieron ante ellas desde los flancos, reforzando la muralla de picas y cerrando el paso antes de que todas las guerreras pudieran huir. Falcaron sus escudos, con las afiladas picas hacia delante, formando columnas de diez hombres en paralelo. Un muro inexpugnable de bronce separaba a Mirina de cualquier huida, tanto a un lado como al otro. Vio a sus guerreras, las que habían logrado salir del cerco, retirarse al bosque sin posibilidad de vencer en una lucha cuerpo a cuerpo, y volvió su vista para ver a un insultante Marcial postrado con soberbia en su carro de guerra.

Mirina apretó los dientes y agitó su labrys al aire, golpeó con los pies las costillas de su cabalgadura y embistió contra él. Se llevó hombres y escudos, todo cuanto se cruzaba en su camino. La afilada pica de una lanza rasgó su muslo y otra penetró en el pecho del caballo. La bestia se alzó relinchando y cayó al suelo brutalmente. La reina de Tríbada rodó golpeándose duro en la cabeza y quedó inconsciente. Elaya saltó para socorrerla y tiró de su reina tratando de cubrirla con la espada en alto, esperando la muerte. La punta de varias lanzas las rodearon, y a cuantas no pudieron huir. Pero los aqueos no atacaron. La capitana recordó el trato recibido como prisioneras y lanzó su espada al suelo. Sus guerreras hicieron lo mismo, todas se rindieron.

—¡Vaya! ¡De nuevo aquí! —dijo Prometeo, serio, nada más verla.

—Sí —aseguró Elaya y miró su entorno, a sus compañeras y a los soldados que las rodeaban. Buscó con la mirada a Ares, no le vio por ningún lado. Esperó fueran tratadas como guerreras y pensó si volverían a ser liberadas. Luego asumió que esta vez no sería así.

—¿Es la reina Armonía de Temiscira? —preguntó Prometeo, sosteniendo el labrys.

—No, es Mirina, reina de Tríbada —respondió Elaya.

—Me complace que no hayáis luchado hasta el final, muchos y muchas hubieran muerto para nada. Pero no esperes de nuevo ser liberada. Has vuelto a luchar, a pesar de haberte perdonado la vida, de haberte respetado como guerrera y como mujer.

—Liberamos a tus soldados y aquí se hallan de nuevo también, preparados para la batalla, luchando. En paz estábamos, no había deuda ni tregua.

—Sí, eso es verdad —asintió Prometeo—. Marco, que la capitana y la reina sean bien atendidas… y encadenadas entre ellas de pie a pie, de mano a mano. Al resto de las prisioneras llevadlas con los carros de víveres, esclavos y efebos. ¡Atadlas bien, lobas son!

—¿Qué vas a hacer con nosotras?

—Marcial decidirá. Por ahora descansad, la guerra para vosotras ha terminado. Y no te inquietes, seréis bien tratadas —le expuso Prometeo con una mirada limpia que la tranquilizó.

La sombra de Marcial se proyectó sobre ellas.

—Así que esta loba es Mirina, reina de Tríbada…

***

Un pequeño templo de forma oval se alzaba cerca de la población de Venus, sobre el que destacaba una torre muy alta con una llama en su cima que iluminaba la noche. Docenas de mujeres y hombres ofrecían sus presentes en el altar de Artemisa bajo la atenta mirada de las sacerdotisas, en una sala rodeada de columnas talladas, ante una hermosa estatua de mármol donde aparecía la divina acompañada por una esbelta cierva, con su carcaj al costado y el arco en la mano. Cuatro enormes hombres rapados, de dos metros de alto y otros dos de ancho y con enormes hachas custodiaban la llama del oráculo sagrado.

Por las escaleras que subían en forma de caracol hasta la cima de la torre, el joven Filisteo se apresuraba seguido de Sria. Sin mediar palabra entraron empujando las puertas de golpe. La guardia les siguió, custodiando sus pasos hasta la estancia que se abría tras el oráculo sagrado. Allí permanecía Armonía con la pequeña Ainia en brazos, acompañada por varias sacerdotisas.

—¡La han descubierto, vienen a por ella! —exclamó Sria.

—No, ¿cómo? —preguntó Armonía.

—¡Espías, seguro, nadie sabe! —aseguró el joven Filisteo.

—Lo cierto es que las columnas de Marcial se hallan tan solo a unas jornadas —apuntó Sria recogiendo rápido los enseres de Armonía.

—Pero ¿no decían que marchaban a Tracia? —preguntó Armonía preocupada—. Ares partió a socorrer a sus guarniciones de retaguardia, un correo con el sello de Marcial le apremió solicitando su ayuda… Y decía que regresaban… ¿Cómo pues avanzan hacia nosotras?

—Debió ser un engaño para que Ares te abandonara —aseguró Sria.

—Tenemos huir o nos matarán a todos —insistió Filisteo.

—¿Qué se sabe de Artemisa? —preguntó Armonía.

—¡Nada! —exclamó Sria—. Debe estar guardando a la divina Cibeles.

—Temo por la pequeña. Nos dirigiremos al Desolado, solo en Tríbada estará segura.

—Sí, es lo propio. Nadie puede cruzar ese desierto sin saber ciertos sus pasos. Allí no hay invierno, no hay agua, solo tierra quemada y sal. Morirán abrasados si lo intentan —indicó Sria.

Esa misma tarde un centenar de guerreras de la Guardia Real de Temiscira llegaba a la pequeña Venus, cruzando al galope hasta el templo para custodiar a su reina Armonía. Las sacerdotisas del oráculo se despidieron, colmándola de besos y gracias. Al cruzar la pequeña población, una sorpresa le guardaba en la plaza: una enorme escultura de madera simulaba a un gran guerrero, a su salvaje Ares, con una larga lanza y un yelmo con crines de león.

Armonía lo miró estupefacta.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó sin salir de su asombro.

—Lo alzaron las gentes de Venus, veneran a ese salvaje que amas —asintió Sria—. Anoche mismo, dos jóvenes bueyes le ofrecieron en sacrificio. Aseguran que es un dios, ya sabes.

Armonía hizo una extraña mueca, apretó a la pequeña Ainia entre sus brazos y continuó su camino, bajo la mirada y las alabanzas de los habitantes de aquella humilde población.

Alcanzadas las sendas que descendían hacia los llanos de Anatolia y sus desiertos, Armonía observó tras ella. Se mostró reticente con alejarse del ejército aqueo. ¿O quizás de Ares? Dudó por un momento cómo actuar presa de sentimientos encontrados.

—Debemos dividirnos, que no tengan claro hacia dónde cabalgamos —expuso.

—No importa si saben nuestro destino, no se atreverán a cruzar el Desolado —dijo Sria.

—Sí lo harán. Han llegado hasta aquí y se han atrevido a profanar el templo de la divina Cibeles. Ahora avanzan hacia la torre de Artemisa, no pararán hasta culminar su empresa. Debemos estar prevenidas y dividirles en su camino.

—Morirán todos, pues. Ningún ejército está preparado para cruzar ese desierto de sal.

—Quizás encuentren quién les guíe —dijo Armonía.

—Sí, es posible. Aparte de ese salvaje y su Ratón, solo una persona más sabía dónde nos hallábamos —apuntó Filisteo, mostrándose preocupado.

—Sria, que nuestra valiente Marga marche con la Guardia Real, con un carro de heno y varios eunucos del templo de Artemisa hasta Temiscira. Que se dejen ver, no mucho, lo suficiente. Quienes los vean, supondrán que la hija de la divina Cibeles marcha con ellos.

—Así será —contestó la capitana, expectativa.

—Pero Marga no marchará con toda la guardia. Tú conducirás a veinte guerreras hasta Tríbada con otro carro de heno, el resto de eunucos y dos comadronas.

—¿Con quién viajará mi amada reina? —preguntó Sria.

—Yo regresaré en busca de Mirina, pues se hallará impaciente y temo realice una imprudencia, arde en deseos por batallar. Lucharemos juntas para detener a Marcial allá donde dirija sus columnas de muerte. Además, haré correr el rumor de que la pequeña no viaja ni a Temiscira ni a Tríbada, sino a Hatussas, donde los hititas la protegerán de cualquier ejército.

—Pero… La niña… Yo… —murmuró Sria.

—La pequeña Ainia está a salvo en tus brazos. Artemisa galopará hacia Tríbada en su busca en cuanto Cibeles recupere el hálito, seguro se halla con ella. Mientras tanto hemos de poner nuestro esfuerzo en frenar a los aqueos.

—Mi amada reina, solo una persona más conocía el paradero donde escondíamos a la pequeña Ainia —le advirtió Sria, haciéndose eco de las palabras de Filisteo.

—Mirina jamás me traicionaría, nunca.

***

Cien muertos y sus entrañas adornaban el campo de batalla que los pies de Ares pisaban. Sacudiendo su larga espada, la limpió de sangre. Con un gesto de ira consumada y un gruñido, la envainó mientras estudiaba a Ganímedes, el cual, sofocado como nunca, respirando rápidamente, manchado su cuerpo de espeso rojo y con las piernas temblando, dejó caer su escudo y se limpió la frente con el puño, manteniendo la espada temblorosa en la otra mano.

—Has luchado como un verdadero guerrero, veo que progresas —dijo Ares.

—¿Sí? —preguntó Ganímedes sin creerle mucho.

—Estás vivo —respondió Ares.

—Disfruto de un buen maestro, sus enseñanzas me mantienen con vida. Pero…

—¿Pero?

—La congoja y el temor me colman. Puedo aprender artes de guerra, matar y cosechar glorias. Mas no hallo placer en ello, tan solo pena. He visto batallas desde muy joven, allá en el lejano Occidente, arrastrado por mi amo Llanós, y ahora, las vivo aquí, en Oriente. Mi señor, he aprendido que la guerra es como el fuego, todo lo devora y al final, quien no depone el bronce, tarde o temprano, perece por el bronce… Sea rey o vasallo.

Ares levantó su mirada con expectación.

—No eres guerrero, nunca lo serás, Ratón. Pues eres un hombre sabio, un pensador. Un día podrás liderar una nación con tus palabras y razón, seguro. Pero hoy, si quieres seguir a mi lado, tendrás que luchar por tu vida. Mi mundo es este y yo no te puedo proteger por siempre. Cualquier día, como bien dices, el bronce reclamará mi vida.

—Lo sé —aseguró Ganímedes.

—Ese día es mi deseo que marches con Armonía, que cuides bien de ella. Me temo que necesitará de gente noble y fiel a su lado. Ella es como tú, es sabia, pensadora, odia la guerra, ama la paz y desespera en la contienda.

—Espero que ese día tarde en llegar, aún tienes mucho que enseñarme para estar a tu altura, si eso es posible. Hoy por muerto me vi en numerosas ocasiones… ¿Y qué sería de Elena? Sola y sin consuelo quedaría por siempre en manos de Prometeo.

—Yo te conseguiré a tu amada Elena.

—¿Harías eso por mí?

—¿Por qué no? Esa joven hace buenas friegas en la espalda, me iría bien una sirvienta. Vamos, bebamos buen vino. La batalla siempre me abre el apetito y más la sed.

—Entonces… ¿Progreso? —preguntó Ganímedes, animado.

—Hoy luchamos con hombres salvajes, apenas nociones tienen de las artes de guerra. Es lógico que sobrevivieras. Pero debes esforzarte, no siempre encontrarás adversarios que se agiten furiosos con hachas de piedra, descuidando sus costados y vidas —aseguró Ares dando una pequeña palmada en la espalda del muchacho, conforme avanzaba pisando charcos de sangre.

—Mi señor… Pienso y hay algo que no comprendo.

—Te escucho, Ratón.

—¿Por qué Marcial solicita socorro ante estos salvajes? ¿Qué temor podían infundirle para que Ares interviniera? Apenas un bostezo duró la batalla, antes de que murieran o huyeran. Sí, ahora las guarniciones están a salvo. Pero es que ya lo estaban. Los salvajes no podrían haber acabado con los soldados aqueos de esta ni de ninguna otra guarnición… Yo creo.

Ares le miró de soslayo sin hallar respuesta y gruñó pensativo.

***

—Sentaros, mis invitadas sois —dijo altivo Marcial, acompañado de Prometeo.

Mirina y Elaya, bajo las lonas de la carpa de armas del general, anduvieron hasta una mesa de madera gruesa, colmada de bebida y deliciosos manjares. Cuatro sillas de madera y mimbre aguardaban. Nueve días de marcha sin apenas comer ni beber se hacía notar en sus rostros.

—Desatadlas —ordenó Prometeo.

—Veo que te encuentras mejor, siéntate —insistió Marcial—. Por favor, acompañadnos en la pitanza de la noche. Largo fue el día y más lo será mañana. Descansemos, comamos.

—Mis guerreras —murmuró Mirina, liberándose de las cadenas que la unían a su capitana Elaya de un pie y una mano, reticente a sentarse en aquella mesa llena de favores.

—Tus guerreras ya no lo son, ahora son mías. Confuso me hallo en esta contienda contra lobas. Harto estoy de entablar batalla contra hermosas mujeres, doncellas muchas de ellas. No es honor ni gloria para un guerrero. ¿Por qué vuestros hombres no os defienden? ¿Quién guarda de vuestros hogares e hijos? Todo ello quiero saber, pues no entiendo la razón que tenéis para morir en atroz batalla. La guerra ya es horrorosa para el hombre, ¿por qué también para la mujer?

Mirina se sentó sin apartar la vista de Marcial, analizando aquellas palabras. No parecía ese general odioso y maldito, sin piedad ni hombría que ella había pensado. Le vio como un hombre culto, un guerrero sabio, como un enemigo cierto que quizá buscaba amistad. Así se mostraba. Y miró de lado, buscando cualquier cosa con la que matarlo.

—Pretendes ganar mi confianza. ¿Por qué me tratas así, si loba me ves? —preguntó al no hallar nada lo suficientemente cerca de sus manos.

—Hoy no eres loba, quizá ayer, quizá mañana. Hoy eres reina y como a tal os trato. Hablar deseo, no batallar —continuó Marcial y le colmó el vaso de vino.

Mirina observó en silencio, temiendo que alguna droga llevara.

El general lo tomó y bebió lo suficiente, y lo posó ante ella de nuevo.

—No soy reina, sino presa y hubiera preferido morir en batalla, como loba. Pero Elaya me falló de nuevo, debimos morir matando.

—No temía rendirse, sabía que sus lobas serían respetadas —apreció Prometeo.

—Entregué las armas por salvar la vida de mi reina y la de mis valientes guerreras. Todas hubiéramos muerto y no era mi deseo —respondió Elaya.

—Reina Mirina, escuchad: si deseas seguir batallando, te mandaré a Ilión o a las fratrías de Ática donde serás vendida a un hombre que te violentará siempre que quiera. Quizá a un político de la Corte, a un mercader de ricos negocios o tal vez a un sucio patán que ahorre unas monedas. Hasta que tus carnes queden envejecidas, esclava servil serás —habló Marcial.

—Mataré a todo el que se me acerque, en el mismo momento que pueda. Loba era ayer, soy hoy y seré mañana. No lo dudes —aseguró Mirina. Después tomó una pata de pollo, para llevársela a la boca con gana. Comió y bebió de todo y con ansia, observando a la guardia, las armas, buscando una salida que no hallaba.

Marcial se recostó hacia atrás y comenzó a comer con una sonrisa sabida.

—¡Come! —dijo Prometeo, dirigiéndose con cierta alegría a Elaya.

Elaya sonrió desconfiada.

Unas esclavas llenaron de dulce vino de nuevo sus cuencos y les sirvieron más carne en salsa de arándanos y pasas, tortas y pan crujiente de trigo y delicioso arrope de miel.

—No podréis saquear nunca Temiscira ni Tríbada —aseguró Mirina tomando la pata de un cordero asado que asomaba en una de las bandejas rebosantes de carnes.

—¿Tríbada? No pienso saquear Tríbada, sabemos que no hay riquezas que alcanzar ni glorias por las que batallar. Solo lobas que nos desafían y hostigarán incesablemente, y un horrible desierto cubierto de huesos por el que me temo te negarás a conducirnos.

—Veo que estás bien informado.

—Temiscira tampoco será saqueada.

—Ningún ejército llega tan lejos para regresar sin saqueo. ¿Qué pretendes?

—Hablemos de futuro. Todos saldremos ganando con una alianza —contestó Marcial.

—¿Cómo? ¿Una alianza? —preguntó en voz alta Mirina tan atónita como desconfiada.

—Vuestra guerra con aqueos terminó, es algo que debéis aceptar —expuso Prometeo buscando la mirada confusa de Elaya.

Mirina observó aquel capitán que era presa de los profundos ojos de Elaya, deseó matarle allí mismo. Pero, despertada su curiosidad, volvió la vista ante Marcial dejándose deslumbrar por sus ricas vestimentas de militar. Luego comió sin comentar más, escuchando todo lo que aquellos hombres de armas, venidos de una gran polis de gloria y poder, tenían que hablar y ofrecer.

CAPÍTULO 24 · TRAICIÓN

En el campamento de las hijas de la luna, al calor de una hoguera, Mirina observaba el suave crepitar del fuego; con una rama azuzaba los carbones mientras reflexionaba. Su mente no dejaba de rondar la misma idea: sería madre, la semilla de Ares había germinado en su vientre, pariría, vaya pues, y le aterrorizaba pensar en todo ello.

—Si es varón acabaré con su vida y si es niña la dejaré entre léleges, en las tierras de Abasa. Allí crecerá valiente, lejos de guerras… y de mi vista —dijo contrariada.

—No te atormentes con ello. Todas seremos madres algún día, si no se cruza la Parca. Ya llegará el momento —comentó su leal Elaya, que a su lado permanecía sentada en un tocón.

—Ese hombre salvaje, le odio —arremetió Mirina y lanzó la rama al fuego.

—¿Has tomado una decisión sobre lo que dijo ese general? —preguntó Elaya.

—¡Mirina, hermana! —interrumpió una voz.

—Armonía, aquí nos vemos de nuevo —murmuró Mirina ocultando los pensamientos que tanto la atormentaban.

—Estaba preocupada, me informaron que caiste presa de aqueos —aseguró Armonía acercándose hasta ella, acompañada por Filisteo—. Os liberaron de nuevo, me cuesta creerlo.

—Quisimos darles fuerte, mas fuimos apresadas y muchas murieron. Como de costumbre, no te hice caso y acabé malparada. Sellé una paz con ese general, el tal Marcial. La guerra terminó. A Tríbada me dirijo con mi valerosas guerreras, bastantes penas pasaron.

—¿Qué? ¿A Tríbada?

—¿Dónde se halla la pequeña Ainia? —preguntó Mirina.

—A Hatussas la envié, a salvo de cualquier ambición en tierras del Imperio Hitita. Los aqueos nunca la seguirán hasta allí.

—¿A Hatussas? Mientes. Tú nunca enviarías a la hija de la divina Cibeles a una polis de machos prepotentes. ¿Por qué ibas a hacer tal cosa? ¿Y tu fiel Sria? No te acompaña.

—A Tríbada la envié y a otras a Temiscira para ocultar el destino de la pequeña.

—Con ella está esa cría, sin duda —aseguró Mirina—. ¿Por qué me mientes, hermana?

—Descubrieron mi escondite y enviaron a sus soldados. Alguien debió decirle a ese general donde me encontraba con la pequeña.

—¡Ah! —exclamó Mirina y cruzó su mirada estrechando los ojos ante Armonía, dolida.

—Lo siento, hermana. Alguien lo dijo. Quizá una espía y ha de estar entre las tuyas.

—Las columnas de guerra de Marcial regresan a Tracia. Se dirigen hacia el sur para dar un rodeo que les aleje del Ponto; se abastecerán en Beycesultán, en nada les interesa esa pequeña niña. Nuestros reinos quedan a salvo. ¿Una espía? Si es como dices, entre las tuyas está sin duda. A nadie le comenté nada, ni tan siquiera a mi fiel Elaya —aseguró Mirina.

Armonía se sentó frente a ella, permaneció un tiempo reflexionando aquellas palabras y, de pronto, fijó la vista en Elaya, escrutando su interior. Y la vio extraña.

—Un hombre, un capitán aqueo, el tal Prometeo, le dijo que la amaba y desconcertada se halla —dijo Mirina arrugando los labios.

Armonía la observó con las cejas alzadas. Elaya era temida loba, a muchos y a muchas amaba. ¿Por qué iba a sentirse desconcertada ante los cantos de un hombre? Y pensó en Ares.

—He escuchado tus palabras y de gozo me llenan si es verdad que a sus tierras regresan. Pero no lo creo y si así es, saquearán sin duda Beycesultán, las fronteras y la misma Tracia, y eso condena a esas gentes y a las tierras de la reina Pentesilea. Se cernirán sobre ella y los clanes tracios, se harán con lo que quede Barbaria y con todo lo que quieran —dijo finalmente.

—En nada nos conciernen ni Beycesultán ni los clanes de machos salvajes que se colman de dioses aqueos y comercian con ellos. Ni tan siquiera la reina Pentesilea. Habita entre tracios, apenas tenemos contacto con ella y en nada se acuerda de nosotras, solo cuando es molestada.

—No puedo dar crédito a lo que oigo de tu boca. ¡Trataron de acabar con Cibeles!

—He pactado una paz con ese general.

—¿Una paz? ¿Qué paz? No parece importarte aquello que pueda acontecer en otras naciones de las hijas de la luna, ni de los clanes de hombres que los habitan.

—¿Debería importarme? ¿Por qué? En nada ayudan, tan solo nos persiguen cuando nadie les hostiga; y ahora les proporcionan de todo a buen precio. Marcho a Tríbada.

—Yo me quedo. Avisaré a las gentes de Beycesultán y vigilaré sus pasos hasta que salgan de Arzawa, hasta que se alejen de Ilión y crucen los estrechos del mar. No me fío de ese hombre. Mucho daño han hecho y sufrido para regresar de vacío. Deseaban la vida de la pequeña. ¿Por qué renunciar a ella ahora? ¿Qué paz has concertado?

—¿En serio crees que movilizaron todo un ejército para acabar con una niña?

—No es una niña cualquiera, sino la hija de la divina Cibeles.

—Quizá reunirte con ese general te convencería. Buscaban oro y gloria. Batallando contra las hijas de la luna no obtendrán ninguna de las dos cosas, conscientes de ello son ya.

—¿Qué les has dicho?

—Yo cabalgaré hacia Tríbada con el amanecer, nada he de hacer en estas tierras. Deberías volver a Temiscira. A mí no me has de engañar: si hoy estás aquí no es por nuestras hermanas, sino por Ares. Tus aventuras con ese salvaje es lo que muerte nos trae —dio por respuesta Mirina—. Armonía, ¿cuántas más de nuestras hermanas han de morir por tu capricho de amar a ese hombre? Elige tu camino, sí, es tu vida. Pero piensa en tu pueblo, en las que morirán por su reina y nunca tendrán la dicha que tú pretendes a costa de su sangre.

—Yo —tartamudeó Armonía, tratando de comprender, sintiéndose culpable.

Mirina no esperó respuesta. Se levantó, abrazó a su hermana y la besó. Después cruzó su mirada con la de ella y asintió con una mueca cariñosa. Y se alejó seguida de su fiel Elaya.

Armonía quedo a solas con Filisteo, triste. ¿Estaban muriendo sus hermanas lobas a causa de su amor con Ares? ¿Era ella la única culpable de esta guerra? Y agachó la cabeza.

—Ese general pronto se hallará en la pequeña Venus. ¿Qué crees que hará? —preguntó.

—Marcial es imprevisible —asintió Filisteo—. Pero es un hombre de palabra y honor guerrero. Si ha pactado una paz con tu hermana, la cumplirá. Marcharía si piensa que el sacrificio de hallarte no merece la pena, si piensa que Cibeles ha muerto y que la niña no está a su alcance. Pero no lo creo. No puede ser, el rey Cécrope le cortaría la cabeza si no le satisface.

—Yo opino igual. Cumplirá su empresa aunque la vida le cueste en el empeño.

—Podrías adelantarte a él —apuntó Filisteo.

—¿Adelantarme? —preguntó Armonía.

—Si ha parlamentado con tu hermana, ¿por qué no ha de hacerlo contigo? Mirina en algo ha cedido, algo ha ganado que no nos ha dicho.

—Sí, en ello pensaba; algo muy interesante debe haberle ofrecido. Conozco muy bien a mi hermana para creer que se aleje sin más de esta guerra. Parlamentar con ese general es imposible si busca mi vida. Pero tal vez deba saber con certeza…

—Si piensas reunirte con Marcial, es algo que debes meditar. Podría ser peligroso.

—Me gustaría saber por qué mi hermana abandona la contienda. ¿Es posible la paz? Sería hermoso. ¡Pero es una locura creer que es cierto! No puedo reunirme con él, cómo confiar. Todo es estrategia que nos desgasta y divide, Marcial usa la inteligencia en vez de las armas.

—Hay una forma de que puedas reunirte con él y permanezcas a salvo.

Armonía le miró perspicaz, como esperando.

—No tiene por qué saber que le visitaremos —apostó Filisteo con un brillo mordaz en sus ojos y una sonrisa locuaz—. Podríamos sorprenderle, es algo que seguro no espera.

—Hum, es peligroso, sí. Pero me gusta. Si logramos saber, podremos regresar a Temiscira con paz en nuestras manos; o seguir con la atroz contienda —expuso Armonía.

—¿Y Ares? ¿No sabes nada de él?

—¡A saber! Nunca sé cuando lo veré, va y viene como quiere.

—El divino Ares solo busca batalla y muerte, es su vida. Es dios de guerras y males, sería contraproducente decirle nada si buscamos paz —dijo Filisteo con tacto, tratando de no herir los sentimientos de Armonía—. Además, en todo caso, sorprendido Marcial, si lo que oímos no te gusta, podríamos acabar con él de una vez.

—Sí, trataré de sorprender a Marcial. Pero tú no vendrás. Amas a ese general tanto como le odias; estás cegado por la sed de venganza. Podría dominarte la ira y acabaríamos malparadas.

Filisteo la miró contrariado, hizo un gesto despechado y se alejó.

—Te acompañaré, quieras o no. No irás sola, es muy peligroso. Sabré guardar mi odio —le dijo con palabras largas.

Armonía quedó contemplando las llamas. Miró a la luna y agachó el rostro, apenada.

La columna aquea se dirigía inmutable hacia el sur para alcanzar el poblado de Venus. Marcial permanecía a pocos estadios del templo de Artemisa. Allí ya no estaba Armonía, lo sabía. Ella también tenía sus propios espías. Pero se sentía satisfecho, había conseguido dividir la presión que soportaban sus tropas. Mirina había regresado a Tríbada, una tierra desierta e indeseada, una feroz enemiga que abandonaba la batalla.

—¿Crees que todo saldrá como está previsto? —preguntó Prometeo, acercándose.

—No —respondió Marcial—. Pero hemos ganado una batalla sin bajas que lamentar y conseguido una gran aliada para nuestra empresa en Occidente.

—¿Crees que la reina Mirina mantendrá su palabra?

—Sin duda. Necesitará tiempo, visitar Atenas y que crezca su ambición. En sus ojos brilló el deseo rapaz de ser reina de una polis poderosa en verdad, como Atenas o Ilión, y no de un clan lobuno perdido en un desierto de sal.

—Creí que a Atenas la llevarías. Se la vio deseosa. Me hubiera gustado hacer mía a Elaya.

—No, es pronto. Queda mucho que hacer antes de iniciar la ofensiva contra los hijos de Poseidón. Tiempo tendrás. Los hielos ahora cubren las tierras de la vieja Europa, los pasos de Occidente están cerrados. Dejemos que crezca la semilla de la ambición en el corazón de esa mujer. Con una idea fija en su mente, se hará fuerte y nos conviene. El rey Cécrope nunca

armaría un ejército para saquear Atlanta, ella sí lo hará. Y más si su hermana cae en desgracia, mi espada se encargará de ello. Pero, claro… aún vive.

—Mi general, en ese árbol.

Marcial vio un guerrero sentado a la sombra de un roble, mascando un tallo de hierba. Enseguida lo reconoció. A su lado se hallaba Ganímedes, acostado en tierra, con la cabeza apoyada en el tronco de otro árbol donde se asían las bridas de los caballos y la mula.

—¡Ares! —maldijo.

Y llegó a la altura del divino guerrero.

—¡Temimos por ti, amigo! ¡Nada sabíamos, a salvo de todo te hallas! —exclamó.

—Tus tropas avanzan por las sendas de Beycesultán, de la pequeña Venus —apuntó Ares—. La hija de Cibeles sobrevivió a las harpías.

—Sí, ya sé. No importa. No es la primogénita que buscaba, Ainia se llama.

—¡Ah! Tranquilo me dejas —replicó Ares con ironía—. ¿Y ahora?

—Expulsadas las lobas a sus desiertos y más allá del Termodonte, no queda más que marchar hacia Beycesultán. Donde nos proveeremos. En las fronteras de Tracia hay oro y glorias que cosechar, dulce vino que saborear y bellas mujeres que disfrutar antes de llegar a casa. Nada nos retiene aquí. ¿Has visto? Numerosas tallas realizan los hombres salvajes. ¡Para adorar al hijo de Zeus! Sabes ganarte el favor del pueblo, somete y doma sin batalla; es la mejor de las victorias.

—No soy hijo de Zeus ni los clanes de esos salvajes forman parte de mi pueblo —aseguró Ares y caminó hasta posar sus manos en el borde de carro.

—Descansaremos en Venus, iremos a Beycesultán y luego a Ilión. Veremos si queda algo de Barbaria y si es así, volveremos a arrasarla. Los aqueos de Tracia no volverán a verse sometidos. Te esperamos en nuestro camino donde decidas acompañarnos —aseguró Marcial.

—Por cierto, ¿y mis amadas harpías?

—Regresaron a Atenas temerosas como ratas, buscando el amparo de Zeus. Creo que despertaron la ira de las diosas y de los mortales de toda Anatolia.

—Sí —aseguró Ares—. Ten cuidado con esas diosas, enojadas están.

—Nada pueden contra el todopoderoso Zeus y ¿qué he de temer cuando Ares, azote de mortales, nos protege?

—Yo no protejo a nadie, a todos mato… Me enviaste un ruego que hablaba de guerreros que se cernían voraces sobre los valientes de retaguardia. Mas solo salvajes había, con hachas de piedra y angostos venablos que risa me producían. Me mandaste lejos, ahora me dices que me una a tus guerreros en Beycesultán o Tracia. La cabeza te cortaré si sigues con banales mentiras para alejarme de tus planes. Dime pues.

Marcial alzó el mentón y meditó sin quitarle la vista de los ojos.

—Nuestro rey Cécrope me mandó a estas tierras, a defender las fronteras y…

—¿Y…? —insistió Ares.

—Pitia tuvo una visión, bien lo sabes. Mi rey deseaba que acabase con la amenaza que se cernía sobre las fratrías aqueas.

—No me has contestado —remugó Ares.

—Pitia auguró el nacimiento de la elegida que de fracasos cubriría las fratrías aqueas. Pero la hija de la divina Cibeles no es la persona que vio en sus sueños. Así lo aseguraron las harpías. Nuestra marcha debió cambiar el destino caprichoso de los dioses.

—¡Pitia, amante de Apolo! ¿Cuántas estupideces ha de soltar por esa boca que hace temblar reyes e imperios? —espetó Ares—. ¡Un ejército para acabar con una niña! ¡Me deshonra luchar a tu lado!

Marcial miró al frente, mordido en su orgullo.

—No he de buscar más a esa niña, las harpías hicieron su trabajo. Ahora, mis valerosos soldados marcharán a las fronteras tracias, de donde no debimos salir a deshonrar al hijo de Zeus.

—No me has deshonrado, pues no me representas en nada —aseguró Ares y se volvió para sentarse de nuevo a la sombra del roble, al lado de Ganímedes.

***

En la ciudad oculta de Tríbada, en medio del terrible desierto de sales, en un pequeño oasis del Desolado; el palacete de la reina Mirina crujía al paso enardecido de Artemisa. La gran cazadora recorría la estancia real, abrumada, disgustada, maldiciendo entre altos cirios y las cortinas de seda que se mecían suavemente con la brisa.

—Has dejado a tu hermana sola ante el invasor, la matarán —aseguró Artemisa.

—Ella ha decidido su camino y destino —contestó Mirina.

—¿Cómo puedes decir tal cosa?

—Marcial nada pretende de Temiscira ni de Tríbada.

—Te has reunido con quién mata a las nuestras… Eres Mirina, reina de Tríbada, hacedora de las hijas de la luna, hermana de Armonía. ¿Cómo puedes dejarla sola?

—No está sola, ese salvaje la protege.

—¡Calla!

Mirina alzó soberbia su cara y siguió con la vista los pasos enojados de Artemisa. Anduvo tras ella y llegaron a una habitación decorada con delicadas tallas, un pequeño lecho cubierto de velos de seda y numerosas linternas de grasilla que al aire desprendían el humo del incienso y la

mirra que consumían. Por el ancho ventanal, desde el que se divisaba la inmensidad del desierto que las rodeaba, entraba la luz de la luna iluminando su cara. Desde el piso inferior, el llanto de la hija de Cibeles llegaba como una melodía de vida hasta ellas.

—El hálito de la pequeña Ainia me trajo hasta aquí. Pero esperaba hallaros a las dos, no a ti sola. ¡Y esos machos siguen en mis tierras! —aseguró Artemisa y tomó su arco de astas.

—La Madre Tierra… ¿Sobrevivirá? —preguntó Mirina.

—Sí, llegué a tiempo de sanar sus heridas. Pero todavía está débil y destrozada por la muerte de su amado —contestó la gran cazadora. Luego pasó ante Mirina, para descender las escaleras que la separaban de la salida.

Y Mirina la siguió enfurecida.

—¡No vayas, no te necesita! ¡Ya la perdiste, en brazos de ese salvaje está! Yo aquí estoy, con mi pueblo. Ella está con ese bruto aqueo, no más —gritó.

Artemisa se volvió y su rostro se tensó a la vez que las cejas alcanzaban lo alto de su frente.

—¿Qué insinúas? —preguntó la gran cazadora.

—Armonía ha perdido su rumbo, ese salvaje la tiene cautivada. Nunca más gozarás de su amor. ¿No eres capaz de aceptarlo?

—No la has abandonado por ello, sino por las glorias prometidas por ese maldito general. Y sí, tal vez nunca más me ame. Pero no he de dejarla sola ante tan terrible amenaza. Los aqueos buscan su muerte. Ares a todos rechazará en batalla. Así es su sed de sangre. Pero nada podrá ante la vil traición. Has abandonado a tu hermana a su atroz suerte. Sin embargo su hija y tu hija gozarán del poder que recorrerá su sangre, sangre de dioses.

—Te equivocas, tú que todo lo sabes. Es ella la que nos ha abandonado. Odio a ese salvaje con toda mi alma. Me robó a mi hermana, mis guerreras le veneran y ahora me separa de mi divina Artemisa. ¿Dices que será niña, mi hija? Nada ha de ser… ¡La mataré en cuanto nazca!

—Si en ello estás, yo cuidaré de ella y enterraré tus huesos en este desierto. ¿Qué has de recriminar a quién realiza ofrendas a Ares, cuando tú te unes a aqueos en sus ambiciones? Mata a ese salvaje, mata a ese general y todo volverá a ser como era. Y tu hija, una gran reina ha de ser. Alégrate por ello. No tendrás semilla más digna y poderosa.

Mirina calló, seria.

—Solo deseas que mate a ese salvaje para recobrar la atención de Armonía, su amor que prendido de él está. Y deseas que humille a ese general para destacar poderosa entre los dioses de machos, esos que llegan del Olimpo y conquistan tus templos —le recriminó finalmente.

—¿Qué dices? ¿Cómo te atreves? —preguntó Artemisa, dolida—. Me marcho hastiada de tus palabras sin sentido. Armonía me necesita, su vida está en juego. Ese general sabe que el amor

de Ares por ella es la fuente del mal que busca. La matará para impedir que la profecía de Pitia pueda ser verdad algún día. Es su único fin en esta empresa que hasta nosotras los trajo. Por ello no marchará sobre Tríbada, ni sobre Temiscira, pues le basta con atraerla hacia él. Y contigo pacta para que te alejes de la batalla y la dejes sola, traidora.

—¡Ah! —gritó Mirina—. Te acompañaré. Nunca he traicionado a mi hermana… Antes moriría. No me llames de tal forma. Me duele. Y has de saber que, al contrario que tú, he dejado a mi hermana elegir su destino, incapaz de negarle el amor que siente por ese salvaje; y a mi pueblo he dado paz olvidando a los bravos aqueos, que regresan en busca de otras glorias que conquistar en Occidente. Ahora le impondremos a mi hermana tus deseos y llevaré a mis guerreras a la mortal batalla de nuevo. Todo por tu querer —aseguró finalmente y se adelantó en sus pasos llorando su pena con rabia contenida.

Artemisa alzó las cejas, viéndola bajar los escalones del templo, y sonrió divina.

—Muerto Ares, todo habrá terminado —aseguró la gran cazadora y posó sus manos sobre los hombros de Mirina, por la espalda.

La joven reina de Tríbada, que a punto de montar en su caballo se hallaba, se volvió con los ojos colmados de lágrimas. Y Artemisa la besó dulcemente.

—Te quiero. No dudes nunca de ello, ni pienses que tu hermana es superior a ti en nada. Sois reinas y debéis regir las naciones de las hijas de la luna. Es vuestro designio. No dejes que ese salvaje lo arruine todo y la aleje de nuestros corazones —aseguró la gran cazadora y después montó sobre un hermoso caballo blanco para galopar a través de las callejuelas de Tríbada.

—¡Elaya! —gritó Mirina a la par que se alzaba sobre su yegua—. ¡Mis guerreras, en pie, la Parca ansiosa nos espera!

***

Al trote, ocultos por la noche, Armonía y Filisteo llegaron hasta la torre de Artemisa en Venus. Las sacerdotisas la recibieron de inmediato y en silencio, la trasladaron al oráculo.

—La columna de soldados aqueos llegarán antes del amanecer. Avisad a las gentes de Venus. Nada cambió a pesar de mi huída con la pequeña Ainia —les previno ella.

—Lo sé, mi reina. Mas no temas, los esperamos. Nada tememos, pues les abriremos las puertas del templo. La gente ha galardonado la plaza, preparan sacrificios que fortalecerán las glorias aqueas y colmará sus barrigas y ambiciones de carne y vino.

—Pero… Las gentes de Venus…

—Adoran a Zeus. ¿Qué más pueden hacer ahora que Cibeles no les protege?

Armonía levantó la cara, sobrecogida, apenada.

Una hermosa escultura del prepotente Zeus se alzaba en el lugar de la talla de Artemisa.

—Nadie quiere enfrentarse a Zeus, todos le veneran. En la misma plaza de Venus han alzado una imagen de Ares, azote de mortales. Armonía, ve allá donde no haya dioses ni reyes insolentes que se hagan merecedores del mundo. Aquí no podrás hacerles frente.

Armonía asintió con pena y retrocedió. Filisteo la siguió sin dejar de mirar las tallas recientes que le recordaban los templos de Ática, pues reflejaban a los dioses del Olimpo y se sorprendió al ver entre ellos a la gran cazadora y a la divina Cibeles.

—Salgamos de este teatro de dioses que no reconozco. Ultrajada ha sido la divina Artemisa en su propio templo —reprochó Armonía, dolida con el oráculo.

—Tú la ultrajaste primero, amando al hijo de Zeus —contestó con pena el oráculo.

Armonía fue a contestar, pero calló abrumada. Pensó si tal vez Artemisa así lo pensara o si fuera la verdad. Recordó las amargas palabras de su hermana y resopló. Continuó su camino descendiendo de la torre, tratando de dejar atrás aquellos pensamientos que la embargaban. Montó en su caballo y cabalgó seguida por Filisteo. Cruzó al trote la pequeña Venus, viendo cómo el pueblo preparaba una gran fiestas para recibir a los aqueos. A su paso, pocos la miraban, ni tan siquiera una sonrisa. Todo había cambiado. Incluso aquella anciana llena de arrugas y verrugas la ignoró, ladeando la cabeza a su paso como si no la reconociera. En la plaza, la enorme talla de Ares se cubría de ofrendas. Armonía apretó los labios, encogido su corazón ante lo que veía. Escuchó a lo lejos los cuernos de las primeras compañías del ejército de Marcial y golpeó los costados del animal, para acelerar su galope.

Marcial fue recibido en la pequeña aldea con honores dignos de un rey. Armonía observaba a lo lejos, oculta entre árboles. Las llamas de las hogueras prendidas en Venus parecían querer alcanzar el cielo, consumiendo las entrañas de las bestias sacrificadas en honor a Zeus. Se oían tambores, cuernos y flautas; y las risas desbordadas de quien trata de agradar y de quien goza soberbio. Allí estaba la vieja anciana, con sus arrugas y verrugas, venerando al general aqueo, el cual se mostraba como el dueño de todo, altivo y poderoso como un dios.

—Me acercaré a los carros de esclavos en busca de información. Esta parece una noche propicia para encontrarnos con Marcial. Sus hombres se desahogarán de sus duras jornadas y se dejarán llevar por el dulce vino y los placeres de la lujuria —aseguró Filisteo.

—No sé, temo por los clanes del sur, por la gente de Beycesultán. Deberíamos marchar y avisarles de lo que se les cierne encima —respondió Armonía.

—No te preocupes, volveré pronto. Y seguro que en Beycesultán ya saben de la marcha de Marcial. Es posible que también les estén preparando ofrendas en vez de afilar el bronce.

—Ves pues. Aquí te espero impaciente.

Filisteo tomó una afilada daga, la guardó en el cinto y salió con buen paso.

Armonía volvió su vista decepcionada ante la pequeña Venus. Más allá se apreciaba la torre del templo; en su cima ya no había llama, nadie alimentaba la devoción por Artemisa.

—¡Amada mía! ¿Dónde estás? —se preguntó en silencio.

Se alejó del cortado y se apoyó en un tronco, frente al pequeño fuego. Se posó de cuclillas y estiró las manos para calentar su cuerpo. Sus pensamientos volaron rápido, seguía intrigada por la marcha de su hermana, el destino de aquellos soldados, la tardanza de Artemisa y, especialmente por la ausencia de Ares… Y acarició su vientre, sonriendo tan dichosa como preocupada.

El campamento aqueo rodeaba insultante a la pequeña Venus, alumbrado por las hogueras. La algarabía del grato recibimiento se alzaba al viento y recorría el bosque. La mayoría de los lanceros regresaban a sus tiendas tras los abusos de la pitanza. Otros quedaban buscando placeres entre hombres y mujeres, gozando del vino en las estrechas callejuelas.

Saciado de sabrosa carne de cierva y jabato, apoyado contra la tosca pared de maderos de una cantina, Ares eructaba los abusos del vino y la pitanza. La sombra furtiva del joven Filisteo desvió la atención del salvaje guerrero. Frunció el ceño y siguió al muchacho con la vista. Alertados sus instintos, sintió curiosidad, se cubrió con una manta que arrebató de un carro de leña y le siguió sin dejarse ver.

Armonía dormía sentada al calor de la débil llama de una tímida hoguera, con la cabeza apoyada en la pared rocosa del resguardo que le daba cobijo para pasar la noche; escuchando el fantasmagórico ulular de la lechuza y canto de los grillos.

De pronto, silencio. Un silencio impropio en el bosque.

La joven reina abrió los ojos lentamente y observó su espada, a un pie de la mano. Apenas estiró el brazo, una docena de lanceros surgieron del claroscuro. De un lance cortó el cuello de uno de ellos y, ladeándose a la izquierda, salvó la vida conforme asía el mango de una lanza. Y la empujó hacia otro de sus atacantes. Saltó por encima de la hoguera, sobre una roca y paró una certera estocada con su espada. Una enorme red cayó sobre ella y rodó liándose entre cuerdas. Cuatro afiladas picas se abatieron buscando su carne y suspiró hacia dentro, viéndose muerta.

La espada de Ares lo impidió: la ancha hoja de acero cayó violenta, cortando astas y brazos, abriendo pechos y cráneos con una furia atroz. El divino guerrero, entre abrumadores gritos y aterradores golpes, lo salpicó todo de sangre y entrañas. Estiró fuerte de la red, ladeándola con un brazo mientras azuzaba el afilado metal en su mano.

Armonía le miró y saltó viéndose liberada, y se irguió junto a él.

—Corre, mujer. Yo cubriré tus pasos, te buscaré —ordenó Ares con su voz ronca.

Armonía negó y blandió su espada viendo como llegaban numerosos soldados. Ares golpeaba duro, saltando por delante de ella, quebrando astas y vidas. Tomó con su gran mano el brazo a Armonía y la empujó contra un roble, donde su caballo negro relinchaba inquieto.

—¡Vete! —gritó.

Armonía cabalgó de un salto, cruzó su mirada con los ojos de Ares y salió galopando veloz, llevándose por delante cuantos soldados se cruzaban ante ella.

—¡No la dejéis escapar! —gritó Prometeo, dejándose ver.

—¡Prometeo! —gritó Ares, machacando a quién se le acercaba, batallando como si de un loco colmado de ira se tratara; matando sin piedad, defendiéndose de las picas que rozaban y manchaban de sangre sus musculosas carnes.

—¡Ares! —exclamó Prometeo al reconocerle.

Al instante, los soldados cesaron en su empeño, tan sorprendidos como acobardados. Solo uno, azuzado por su ardor guerrero y cierto despiste, lanzó su pica. Ares la esquivó y de un tremendo golpe cortó al hombre en dos, de arriba a bajo, y antes de que cayeran las dos mitades, le cortó la cabeza. Los lanceros rodearon al guerrero divino, temerosos, sin saber qué ocurría ni por qué estaban luchando contra el más grande de los guerreros, el hijo de Zeus. Y tragaron saliva al verle avanzar hacia Prometeo, sacudiendo al aire la sangre de su espada.

—¡Alto! ¿Qué locura es esta? —ordenó Prometeo a sus soldados.

—Prometeo, ¿por qué tus hombres atentan contra mí? —preguntó Ares y avanzó hacia él iracundo—. ¡Te arrancaré la cabeza!

—Pero… No… No entiendo —contestó Prometeo sin poder reaccionar—. No sabía que estabas aquí. Nadie busca tu vida, sino la de una loba peligrosa que acecha en la oscuridad.

La espada de Ares sesgó el aire hasta llegar veloz al cuello de Prometeo, quedando frenada a una uña de su piel.

—Valientes soldados, hijos de Zeus, han muerto esta noche bajo el metal de mi espada. ¿Quién es el responsable de esta afrenta? —esgrimió Ares.

—Él —aseguró Prometeo, señalando a Marco sin dudar.

Con la rapidez del rayo, Ares se volvió, su espada centelleó y la cabeza de Marco rodó por el suelo. Y volvió a posar la hoja de acero ante el cuello de Prometeo.

—No suplicaré por mi vida, sea pues —aseguró el capitán aqueo cerrando los ojos.

—¿Tienes algo que yo desee para olvidar esta afrenta? —preguntó Ares de forma sutil.

—Lo que desees —respondió Prometeo, sin entender, sorpendido.

—Me iría bien una esclava de confianza, hermosa ella.

—Elige entre mis favoritas.

—Mándame a mi tienda a la joven Elena.

—Es muy joven, nada sabe de placeres.

—No busco placeres, sino una sierva.

—Así será. Tuya es.

Armonía galopaba hacia ninguna parte, dudando de su camino, sin saber si regresar, seguir hacia Beycesultán o esperar allí mismo a sus guerreras de Temiscira. Estiró de las bridas del caballo y le acarició la quijada, volteó su mirada hacia la loma donde Ares había quedado valiente luchando por ella. Y comenzó el regreso con paso lento, furtivo.

—Armonía —escuchó.

—Filisteo, ¿eres tú? —respondió con voz baja.

Entre la vegetación se acercó cauteloso el joven, mirando a todas partes.

—¿Qué ha pasado? ¿Te han hecho algo esos miserables? —preguntó temeroso.

—No, pude huir por poco. Tranquilízate, estoy bien.

—Anduve por el campamento y pude escuchar que Marcial se acomodó en la cima de la torre, en el templo de Artemisa. Está alejado de los suyos, confiado en sus hombres y relajado por las atenciones prestadas por los habitantes de la pequeña Venus… Pero no sé si ya es posible, ni siquiera necesario, quizás deberíamos huir.

—¿Esta solo en la torre? Iré a verle, seguro piensa que galopo hacia tierras lejanas.

—Quizá pacte contigo también, más si el afilado bronce acompaña su cuello.

—Sí… Pero tú me esperarás abajo, en la entrada del templo, y vigilarás. No quiero que te acerques a ese general, temo que le mates y muerto no me vale.

—Pero…

—Si me encuentro en peligro o así lo veo, le mataré. Pero no quiero que tu odio me deje a ciegas en mi camino. ¿Podrás reprimir tu sed de venganza?

CAPÍTULO 25 · LA MUERTE DE UN HÉROE

Con paso rápido, Marcial salió airado de la carpa de armas, dejando atrás a Prometeo.

—¿Cómo es posible? ¿Qué habéis hecho? —preguntó a gritos, indignado.

Sin hallar respuesta se encontró ante Ares que, junto a Ganímedes, cruzaba el campamento cubierto de la sangre de sus oponentes, lanceros aqueos.

El divino guerrero pasó ante Marcial y sus miradas se cruzaron.

—Sé que no puede haber justificación alguna ante tal afrenta, mas te enviaré placeres y licores, para que calmen tu ira y sacien tu sed. Los responsables serán castigados, no lo dudes. Más no puedo hacer, amigo —habló Marcial, altivo.

—Solo deseo descansar, dormir… y algo de vino —replicó Ares.

Nada más se dijeron.

Apenas llegó a su tienda, alzada en un montecillo cercano a la torre de Artemisa, seis sirvientes llegaron con paso apresurado. Portaban un jabato asado con frutos del bosque y un gran cuenco colmado de vino. Les acompañaba la joven Elena, vestida de seda fina y con una sonrisa divina. Se sentía libre, sabía que ya no tenía que volver con Prometeo. Ahora siempre andaría con Ares y su amado Ganímedes, y era una felicidad que no podía ocultar. Ares se dejó lavar la sangre de sus brazos y pecho, de la cara, y se secó sin apartar la vista de cuantos favores llegaban. Arrancó una pata del jabato y degustó con tranquilidad la jugosa carne. Levantó su mirada y la dirigió al campamento de Marcial; y volvió la vista hacia el bosque.

—Ratón, disfruta de esta pitanza con tu hermosa Elena; juntos podéis estar, mi tienda es tuya por esta noche. Yo he de volver al bosque.

—¿Vas en busca de Armonía?

—Sí, espero encontrarla. Pero tú disfruta de la noche, merecida la tienes. Ratón, es mi firme deseo partir hacia el desconocido Oriente, con mi amada. Dejar atrás a los lanceros de Marcial y sus ambiciones que en nada me tranquilizan.

—¿Os marcháis? ¡Quedaré sin vuestra compañía! ¡Os seguiremos!

—Esa es tu decisión. Es posible que necesite de un mozo valiente; alguien que me diga cuando he de lavarme o al que abofetear… Ganímedes, si así lo deseas, al alba recoge todo y parte hacia el este, sin duda sabrás hallarnos —dijo Ares llamándole por primera vez desde que lo conociera por su nombre.

Ganímedes asintió satisfecho por las palabras de Ares y los honores que le merecía al permitir que les acompañara a Oriente, al dejarle ocupar su tienda y disfrutar, como hombre, de aquellos placeres destinados a un dios.

***

En los alrededores del templo de Artemisa, el silencio todo lo envolvía. Cuatro lanceros hacían la guardia y los demás se veían lejos, confiados y acomodados en sus tiendas, en las carpas de armas y cerca de las hogueras. Armonía se acercó con pasos cautos y una larga cuerda, sin abandonar las sombras, seguida de Filisteo, el cual no paraba de mirar a todos lados con su daga

tensa en la mano. La altiva torre se alzaba en tres mitades. Solo la primera era accesible a través de unos estrechos ventanales, por la parte opuesta a la vigilada entrada. Ató una piedra al extremo de la cuerda y le solicitó la daga a Filisteo, que rápidamente negó.

—Dame —insistió Armonía—. Oculto no la necesitarás para nada.

El joven la dio la daga a regañadientes. Ella la ató en el extremo de la cuerda con un doble nudo. Se alejó un poco de la base de la torre, buscando uno de los ventanales.

—Vigila —ordenó con voz baja.

La cuerda voló alto, cayendo el extremo a través del ventanal del primer piso. Por dos veces tiró con suavidad y la piedra volvió a caer al suelo, sin hallar donde quedar amarrada. Por tercera vez la lanzó, con más fuerza, y quedó enganchada por el bronce de la daga entre los recovecos del ventanal. Armonía comprobó con cuatro tirones que la subida era segura, que la cuerda se hallaba fija y se alzó a pulso, escalando con los pies sobre la pared de la torre.

—¡Alguien viene! —exclamó Filisteo.

Armonía subió mientras el joven saltaba entre la maleza. Una alargada sombra se acercó y la joven reina tiró de la cuerda que colgaba, sujetándola al aire para que no se viera. Dos lanceros pasaron por debajo. Sujeta con una mano, ella les observaba; mientras que con la otra mantenía firme su espada. Permanecieron por unos momentos riendo, hasta que uno de ellos se volteó y comenzó a orinar contra la roca de la torre. El otro le siguió bajo la atenta mirada de Armonía, que tan solo esperaba que no alzaran la vista al cielo cuando terminaran.

Entonces, un ruido en el bosque alarmó a los guardias que, de golpe, terminaron la micción. Se volvieron y dirigieron cautos sus pasos hacia el claroscuro, dando pequeñas punzadas con la lanza entre la vegetación.

—Habrá sido una liebre, nada se ve —apuntó uno de los lanceros.

—O un jabato, por aquí los hay grandes —comentó el otro, mientras se alejaban de vuelta a la puerta de la torre, pasando bajo los pies de Armonía que, desde el aire, sujeta a la cuerda, les seguía con la mirada.

Filisteo suspiró en silencio, bien oculto tras un grueso tronco.

Armonía suspiró y continuó la escalada al amparo de la oscuridad. Llegó sin más novedad al ventanal. Penetró en la torre y estudió en silencio aquella sala que bien conocía. Todo estaba en su sitio. No había nadie. Saltó y comenzó a andar con leves pasos. Subió al tercer piso sin hallar oposición en su camino. Se extrañó al no ver a las sacerdotisas del oráculo, esperaba que la ayudaran. Y cauta, se asomó a la escalera. Si Marcial habitaba en el último piso, posiblemente hallaría algún lancero de guardia. Así que extremó sus pasos en los últimos escalones.

Todo estaba despejado.

Entró en la sala, el oráculo parecía vacío. Sin embargo vio el aguerrido peto de Marcial y ropajes acomodados en una silla; y un lecho cerca del ventanal, por donde entraba la luz de la luna. Lo demás permanecía en la más absoluta oscuridad. Se acercó tratando de sorprender al general. De pronto, la luz de una linterna de grasilla iluminó su espalda.

—Te estaba esperando. Llegas tarde, creí que ya no vendrías —se expresó Marcial, tras ella, mientras prendía con inusitada tranquilidad cada tea que circundaba la sala.

Armonía arrugó los labios, consciente de que no tenía salida. Aun así se acercó al ventanal buscando una huida. Con resignación, contempló desde la altura a numerosos lanceros que rodeaban la torre. Temió por Filisteo y se sintió mejor al no verle preso entre ellos.

—Mañana marcho a mi amada tierra y necesito dormir. Así pues, seré breve —continuó el general, mirándola complacido. Y se sentó en el lecho para estudiar despacio cada uno de los rasgos de la reina guerrera, loba audaz, hermosa mujer capaz de enamorar a un dios—. Eres igual que tu hermana. Solo el pelo, eres rubia. Dicen que no hay pelirroja buena, ni rubia inteligente. Debe ser verdad, pues aquí te hallas presa mientras tu hermana cabalga lejos, libre de todo mal. Deja tu arma y hablemos. A eso venías ¿no? ¿O acaso pretendías mi vida?

Armonía no dijo nada, se limitó a insistir con su mirada tratando de hallar una salida que no veía. Finalmente, dejó la espada en el suelo, lentamente, sin estar muy segura de ello.

—Hablemos pues —dijo Marcial, buscando parlamento.

Y ella pensó en Ares, quizá estaba cerca. Deseó que se hallara cerca.

—No vendrá. Esta vez no te salvará. Bien servido fue de abundante jabato, de dulce vino, de una esclava virgen y de amapola soporífera. Ya debe estar ocupando su lugar en el Olimpo o en el Tártaro —aseguró Marcial escrutando los pensamientos de Armonía. Y sin más, la golpeó con la mano abierta, en la cara, haciéndola retroceder hasta la pared del muro. Armonía notó la sangre en la comisura de sus labios y comprendió que aquel hombre no tenía nada de qué hablar. Trató de hacerse con la espada, lanzándose sobre ella. Pero el pie izquierdo del general se puso sobre la hoja, aprisionándola; con el derecho la golpeó en las costillas, haciendo que su cuerpo rodara. La tomó del pelo y tiró de ella hacia arriba a la vez que descargaba su puño en la cara. Con el pómulo reventado, Armonía cayó de bruces contra el suelo para quedar inconsciente.

Mientras, no muy lejos de allí, Ganímedes comía la carne asada del jabato y bebía el dulce vino destinado a Ares, con ganas, en el interior de la cómoda tienda de su señor, riendo con su amada Elena, la cual se limpió la grasa de la pitanza y deslizó las manos por el cuerpo del joven, haciéndose querer y le besó dulcemente en los labios.

—Que fuerte y noble eres —dijo la muchacha, de forma tímida. Y se retiró el blusón, quedando desnuda y recogida sobre sí misma, a un lado del lecho.

—¡Tal cual como Ares! —exclamó Ganímedes.

Con un salto, el joven se levantó para colocarse el yelmo de león del guerrero divino, y rugió poderoso. Ella posó su mano en el calzón y se lo sacó de un tirón. Sus ojos brillaron, dejándose impresionar alegre por el miembro viril de su joven amante.

Una docena de hombres, bien armados, se acercaron. La luz de la linterna delataba los placeres del interior de la tienda del divino guerrero: dos sombras se mecían sin parar entre gemidos de placer. Ganímedes, preso de la pasión, del embriagador vino y la suculenta pitanza, disfrutaba feliz. Pero de pronto se vio consumido por un extraño sopor. El efecto de la amapola en el vino comenzó a hacer su efecto. Se dejó hacer por la hermosa Elena, que de besos y lengua lo colmaba. Pero él no sentía nada, sus dedos se entumecían tanto como su hombría.

—¿Qué te ocurre? —preguntó ella con una sonrisa tímida, apenada por si algo hacía mal, al comprobar que el miembro de su amado había perdido la fuerza viril.

Afilados venablos penetraron rasgando la tienda por todas partes, atravesando a la joven muchacha sin piedad e hiriendo las carnes de Ganímedes. El joven, alarmado y confuso, trató de levantarse. Su cabeza apenas le permitía pensar, posarse en pie. Todo le daba vueltas. Pero pudo distinguir bien a Elena retorcerse en agonía. Anduvo a gatas, lentamente, buscando un arma sin apenas poder balbucear palabra. Una decena más de picas se abalanzaron atroces, haciendo de las lonas de la tienda y su vida una amalgama de sangre y muerte. Ganímedes cayó boca abajo, sobre el cuerpo de la muchacha, con el torso cubierto de venablos como si un gran erizo fuera.

Una mano temblorosa alzó levemente la lona que cubría la matanza y uno de los asesinos observó la escena. Luego volvió su vista hacia el yelmo de Ares, que permanecía al lado del joven. Se arrastró temeroso y hundió la daga en la cervical de Ganímedes, para girar bruscamente la hoja. Después tomó el yelmo y salió victorioso, mostrándolo a sus compañeros. Como si locos anduvieran, los demás asesinos se abalanzaron contra la tienda, hundiendo sus dagas una y otra vez, atravesando la lona, acuchillando los cadáveres de la joven Elena y de Ganímedes sin parar, entre los huecos que mostraban los venablos, convirtiéndolo todo en un espanto mayor.

Y corrieron en la oscuridad de la noche.

Marcial fijó sus ojos tranquilos en Armonía, la empresa tocaba a su fin. El yelmo de Ares manchado de espeso rojo permanecía en sus manos. No hacía nada que un mercenario hitita se lo había entregado. Se acercó al ventanal y observó el pequeño poblado, y su campamento.

—¡Guardia! ¡Avisad a Prometeo! —exclamó y rondó pensativo el oráculo de la torre, convertido en cómoda estancia; en su mente se veía triunfante en la corte del rey Cécrope, alcanzando una gloria tal que le abriera las puertas del Olimpo.

—Sí, mi general —dijo Prometeo abriéndose paso entre la guardia.

—Aquí hemos terminado, que se levanten mis lanceros; marchamos de inmediato.

—¿Y ella?

—Aún no he acabado con ella —aseguró Marcial—. Cumple mis órdenes. ¡Déjame solo!

Luego se agachó, tomó el cuerpo de Armonía y lo dejó sobre el lecho para comenzar a desnudarla, cortando sus vestimentas con una afilada daga.

—El divino guerrero nos matará a todos, es su protegida —susurró Prometeo.

—No temas por Ares, mi buen capitán. Los mercenarios hicieron su trabajo, pues nada temían de quien no conocían. Cebado con vino envenenado, fue presa fácil. Ahora, cuando termine con ella, quiero que entierres el cuerpo de esta loba y el de mi amigo donde nadie pueda encontrarlos jamás. Descuartízalos. Mata a esos hititas, que impacientes esperan su recompensa en el arroyo; y a los sepultureros y a todo aquel que sepa lo que hicimos en esta amarga noche que nos trajo la victoria. Es la orden que tu hermano me dio, descartada la hija de Cibeles, el único objetivo de esta empresa era acabar con la reina loba… y con Ares.

Prometeo dio dos pasos atrás, negando con la cabeza.

—No puede ser.

—Maldito por el propio Zeus, el divino guerrero engendraría en el vientre de esta mujer la semilla del mal. Si no lo ha hecho ya. ¡La harpía que de tantos quebrantos nos colmaría! No ha sido una empresa grata, pero sí era necesaria. Muerto Ares, muerta Armonía, hemos evitado el nacimiento de la primogénita y todos sus males —insistió Marcial.

—¿Qué hacemos con él, con tu esclavo Filisteo? Todo lo sabe, hasta nosotros atrajo a la reina Armonía —preguntó espontáneamente, mientras tratada de asimilar aquellas palabras.

Marcial sonrió.

—Que suba.

Filisteo entró despacio en el oráculo y vio a Armonía, tumbada de espaldas sobre aquel lecho. Y su corazón tembló cuando la vio abrir lentamente el ojo amoratado, cuando una lágrima descendió su mejilla ensangrentada.

—Buen trabajo, mi buen Filisteo. Sin tus hábiles palabras, la reina loba nunca se hubiera arriesgado a llegar ante mí —dijo Marcial y le recompensó con un apasionado beso en los labios.

Filisteo, avergonzado, retiró su vista de la cara de Armonía mientras se entregaba a su amado general. Armonía comprendió que Filisteo era el espía que de todo informaba a los aqueos. Por ello sabían dónde escondía a la pequeña Ainia, por eso la habían encontrado tan pronto en el bosque, por eso le ofreció verse con Marcial, donde sería hecha presa.

—Mi señor, ahora podré volver a servirte fiel, siempre a tu lado, como antes. Ya demostré mi valía y que por tu confianza todo daré.

—Siempre te llevaré conmigo, nunca me olvidaré de ti —aseguró Marcial y le abrazó con fuerza, hasta asomar atroz la punta de su daga por la espalda.

Filisteo alzó la vista al techo con la boca abierta y dio una tremenda bocanada con los ojos desencajados. Cayó al suelo doblado como una espiga, con las manos sujetando el mango de la afilada hoja que le atravesaba.

Marcial le observó en su agonía y volvió la vista hacia Armonía.

Al momento, anduvo unos pasos hasta ella y le acarició la mejilla sangrante.

—Ahora, vas a morir. Pero antes me aseguraré de que si algo divino germinó en tus entrañas, sea desterrado de la vida de los mortales para siempre —aseguró Marcial con la afilada daga ensangrentada en la mano.

Prometeo bajó la vista, salió rápido de la habitación y descendió las escaleras, atormentado por lo que estaba ocurriendo. Corrió hacia la tienda de Ares y la vio derruida sobre un gran charco de sangre. Al menos una docena de picas atravesaban sus telas y unos pies asomaban envueltos en un lodazal rojizo oscuro. Levantó levemente la lona y vio los dos cadáveres, irreconocibles en su espanto. A sus pies, un cuenco, quebrado por la caída, que colmaba el aire con el aroma del dulce vino, donde residía la amapola. Cerró los ojos, asimilando aquella traición. Confuso en sus ideas, se apresuró hacia la carpa de armas del general.

Una vez allí, comenzó a dar órdenes sin parar a sus oficiales. Un centenar de soldados preparados para la batalla partió de inmediato hacia el arroyo, donde esperaban los asesinos hititas cobrar su oro y solo bronce obtendrían. El campamento aqueo comenzó a desmantelarse.

De pronto, un resplandor sin igual, más allá del templo, llamó la atención de Prometeo. Sorprendido, volvió la vista sobre el cortado que rodeaba parte de la aldea. Como un torbellino de luz cegadora, Artemisa se alzó con su arco tenso, apuntando al infinito. Abrió la mano que sujetaba la cuerda y una saeta surgió de la nada hecha fuego, elevándose en el oscuro cielo de la noche. En su caída, fueron miles, no una, las saetas surgidas del bosque que cayeron sobre la pequeña Venus, matando e incendiándolo todo. Con un grito atronador, la gran cazadora se volvió hacia el campamento y volvió a tensar su brazo. Miles de saetas ardientes se cernieron sobre soldados, bestias y carros. Las gentes del poblado gritaron y corrieron, hacia el bosque.

Prometeo corrió expectante, observando a los lados.

—Vil torpeza realizar un sacrilegio en el mismísimo templo de la vengativa Artemisa. ¡Ahí está, odiosa! —exclamó.

Los cascos de cientos de caballos resonaron en la oscura noche, mientras incontables saetas seguían cerniéndose sobre el campamento aqueo, atravesando petos, carnes y vidas; prendiendo todo mientras los lanceros trataban de cubrirse bajo escudos, carros y maderos.

—¡Las hijas de la luna! —exclamó Prometeo—. ¡Que los hombres formen un frente de contención! ¡Hundid los escudos, apalancar las astas, mostrad las picas! —gritó a sus oficiales.

Mientras las guerreras de Mirina atacaban de frente, el bravo rugir de la caballería de la Guardia Real de Temiscira sacudió el bosque y surgió potente en la retaguardia aquea, buscando a su reina, sorprendiendo a Prometeo.

—¡Atrás, cubrid el flanco derecho! ¡Armad el bronce, que no encuentren debilidad alguna!

—Mi capitán, las lobas son miles. ¡Debemos huir! —exclamó uno de sus oficiales.

—¡No son nada ante nuestros gloriosos lanceros! ¡Si resistimos sus saetas, venceremos! ¡Cubrid vuestros flancos, sacudid las picas! ¡Sin orden en la batalla, cuerpo a cuerpo, sin saetas en la distancia, son nuestras! ¡No se atreverán! —arengó el capitán a sus tropas.

Pero las guerreras embistieron con todo, feroces como nunca, con largas lanzas y caballos protegidos con chapa, llevándose por delante defensas y hombres, irrumpiendo cuerpo a cuerpo como nunca hubieran esperado. Sin tener respiro alguno en la lucha, Prometeo deseó tener allí su ejército de diez mil lanceros. Pero apenas unos quinientos resistían ferozmente en aquel campamento; y sabía que no por victoria alguna, sino por salvar sus propias vidas.

—¡Oficial, los lanceros que abandonen la zona sur de este maldito poblado! ¡Que bordeen el arroyo! ¡Que formen un frente de picas y avancen hacia el bosque! —ordenó comprendiendo su derrota, que tenían que huir de allí antes de que nada fueran.

—¿Y el general Marcial? —preguntó el oficial.

—El general deberá librar su propia batalla —respondió Prometeo.

Marcial divisaba desde la cima de la torre cuanto acontecía. Mirina había regresado de su desierto de sal y se sumaba a la batalla con más fuerzas aún, comandando a sus guerreras y a las llegadas de Temiscira. El rostro enjuto del general mascó la tragedia que se cernía sobre los suyos y vio a Prometeo incapaz de salvar a su ejército.

—Inútil. No abandones tu posición, es lo único que evita que te barran —murmuró.

Armonía se apoyó en el lecho y trató de levantarse. Sus guerreras habían llegado a tiempo, desviando la atención y las intenciones de Marcial. Y buscó en el suelo su espada. Se acercó lentamente, buscando sorprenderle. Pero un tremendo dolor en la cabeza y una pierna, le hizo doblar la rodilla y caer; y cerró los ojos, notando la mano del general tirar de su cabello.

Los pies de Ares pisaron la sangre que bañaba su tienda arruinada. Cansado de buscar a Armonía inútilmente y ante el resplandor de las llamas, había regresado. Desplazó de un tirón la lona desgarrada por los venablos y asomó su vista. Desplazó el cuerpo de la joven Elena y se agachó sobre el de Ganímedes. Aquel atroz sentimiento de pena no era nuevo para él, pero sí muy inusual. Solo lo había sentido una vez en su vida, con la muerte de su amada madre Hera.

—Ratón —murmuró, serio e iracundo en su mirada y gesto.

Sus ojos se nublaron. Y gruñó lentamente, hinchando sus pulmones mientras apretaba los dientes. Observó a los lados, viendo la batalla culminar en lo más alto, y dirigió su vista hacia la torre de Artemisa, hacia aquel ventanal y sus sombras. Asida del cuello, su amada Armonía balbuceaba balanceándose entre la vida y la muerte. Marcial apretaba con fuerza su cuello, acercándola cada vez más al precipicio de la torre. El iris de los ojos de Ares se tornó rojizo y la sangre pareció hervirle como nunca en las venas.

Marcial, irreconocible en su ciega ira, apretaba con fuerza, pero sin prisa; disfrutando el momento, recreándose al ver culminada su empresa con la muerte de la reina loba.

—El Olimpo me espera, a los dioses ofrecí la vida del maldito Ares y ahora, la tuya. La primogénita elegida no pisará la tierra de los vivos. Muere, mujer —dijo con palabras lentas.

Ares subió rápidamente las escaleras, matando a golpe de espada, brutal, salpicando pared y escalones de gemidos de horror y entrañas oscuras. Acabó con cuantos lanceros encontró a su paso, sin entretenerse, sin mediar palabra ni discusión alguna, como si nada fueran. Irrumpió en la sala del oráculo con un fuerte golpe en la puerta que la hizo astillas. Su mirada se cruzó de inmediato con la de Armonía y después, con la de Marcial.

—¡Estás vivo! —exclamó el general.

—¡Suéltala! —exigió Ares.

—No impedirás la muerte de la reina divina, mi gloria en el Olimpo —contestó Marcial.

Y apretó con fuerza el cuello de la joven reina a la vez que alzó la daga, decidido.

El rostro amoratado de Armonía anunciaba el fin y comenzó a desprender babas por la comisura de los labios entre quejidos agónicos.

La espada de Ares voló destellante como el rayo y atravesó el pecho del general. Al instante, la mano del divino guerrero asió el mango de la espada. Y con la otra, la cintura de su amada. Marcial sin fuerzas, soltó la daga, para asir la hoja que lo mataba.

—¡Cómo te atreviste a desafiar al hijo de Zeus! —le dijo Ares, brillando sus pupilas con destellos rojos de ira. Y lo miró con desprecio. Arrancó la espada de cuajo, ladeando la hoja hacia arriba, abriendo en canal el pecho de Marcial. Y le golpeó con el pie, lanzándolo por el ventanal.

El cuerpo maltrecho del general cayó al vacío y se estrelló entre las rocas.

Artemisa entró en el oráculo de la torre en ese mismo momento, buscando a su amada Armonía. La vio pálida en brazos de Ares. Y tensó su arco.

—Solo desgracias nos has traído. ¡Déjala en paz, hijo de Zeus! —le espetó.

Sin una palabra por respuesta, Ares gruñó. Y acarició las mejillas de Armonía.

—Ares —susurró ella, tratando de reponerse, sin fuerzas.

El guerrero divino limpió su espada con una sacudida y la envainó. Anduvo unos pasos con Armonía en brazos y recogió las lágrimas de la joven reina con sus dedos. Observó por unos momentos a la gran cazadora y levantó el mentón, ignorándola, y anduvo hacia la salida.

—Déjala ahora mismo o atravesaré tu orgulloso pecho. Dios de guerras y males, hijo de Zeus… al Olimpo enviaré tu alma de guerrero mientras tu cuerpo mortal se pudre en esta tierra que manchas con tus pisadas —aseguró Artemisa apuntándole con el arco.

Armonía se abrazó a él con fuerza, cubriéndole todo el pecho con su cuerpo.

—No, Artemisa, no —susurró.

Artemisa apretó los labios, desafiante ante la mirada de Ares.

—No —insistió Armonía.

La gran cazadora tragó su orgullo, sintiéndose derrotada ante la mirada piadosa de Armonía, y bajó el arco y la saeta hacia el suelo. Notó su alma deshacerse en mil pedazos, fundirse en la desesperación, ahogarse en agonía. Aquel hombre se había llevado para siempre lo que ella más querida: a su amaba Armonía. Respiró profundo y cerró los ojos. Una única lágrima, ignorada, cayó estrellándose contra la piedra del suelo.

Ares le dio la espalda para bajar las escaleras y salió de la torre con Armonía en brazos. La batalla se había desplazado hacia el arroyo. Así, se adentró en el bosque, buscando la oscuridad y la paz de la noche para alejarse de todo y de todos.

Artemisa descendió lentamente los escalones de la torre. Salió al exterior y quedó al lado del cadáver de Marcial. Después volvió la vista hacia el norte, donde la Parca gozaba cobrándose las vidas de la atroz batalla.

El ejército de Mirina trotó hacia un lado del arroyo y a ella se unieron las guerreras de Temiscira. Al otro, Prometeo se defendía como podía con sus lanceros, huyendo sin romper la formación. Y se reforzó con la compañía que había mandado para acabar con los asesinos hititas. De pronto, las llamas de la torre volvieron a iluminar el oscuro cielo, con fuerza. Las miradas de todos se dirigieron hacia su cima. Donde permanecía la gran cazadora, altiva y divina, consumida por la pena de ver a su amada en brazos de Ares, gozando del fuego que arrasaba la pequeña población de Venus. Y mostró la cabeza cercenada de Marcial, en alto, para que todos la vieran.

—¡El general ha muerto! —comenzaron a exclamar los lanceros aqueos.

La batalla pareció haber terminado en ese mismo instante.

Nadie acometía acción alguna, tan solo esperaban la reacción de sus adversarios.

Mirina recorrió las filas aqueas al trote. Nadie alzaba la cabeza, tan solo la vista. Hasta que llegó junto a Prometeo. Descendió de su yegua y se puso ante él.

—Tenemos un pacto —le dijo ella, sin más.

—Marcial es nuestro general, es su pacto —respondió Prometeo.

—Marcial ha muerto.

—¿Y tu hermana, la reina Armonía?

—No acompaña a Artemisa, no sobrevivió.

—Tenemos un pacto —aseguró Prometeo.

—Recoged pues a vuestros muertos y heridos y marchad. Libres sois con el nuevo día. Al anochecer regresaré y mataré a todo aquel que encuentre aquí… sin excepción —aseguró Mirina.

***

Alejados los días de la brutal batalla, las hijas de la luna hicieron un alto en su camino hacia Tríbada, a las puertas del desierto de sales, para aprovisionarse antes de entrar en las terribles tierras abrasadas por el sol del Desolado. Sorprendidas, encontraron un resguardo de pieles delatado por una pequeña hoguera. A la sombra se hallaba Armonía, descansado. Dormía plácida en un lecho de hierbas secas y hojas, recuperándose de sus heridas.

Mirina corrió a abrazarse a ella.

Artemisa estudió cada movimiento de su entorno, buscando. Trotó, seria y muda, hacia su amada sin dejar de mostrar interés y sorpresa. Lejos la creía, con el maldito Ares.

—Mi amada hermana… ¿Eres tú? —preguntó Armonía, alegre con su presencia.

—Sí, soy yo —aseguró Mirina.

—¿Y Ares? —preguntó Artemisa.

—Marchó… Me habló de su tormento, de la muerte cruel de su madre Hera, de la sed de venganza y la ira que lo consume por siempre. Y también del terrible final de Ganímedes y de Elena. Me contó lo que sufrió por mí al verme en manos de Marcial, a punto de morir. No tiene amigos, pues a su lado, todos mueren. La Parca por siempre lo acompaña y a todos atrapa. Eso me dijo mientras me arropaba —aseguró con palabras tristes.

Artemisa sonrió.

—Un dios de guerras y males nunca podría darte paz, colmarte de felicidad. Lo siento por ti, mi amada Armonía. Pero ese salvaje ha hecho lo que tenía que hacer si en verdad te quería:

abandonarte —dictó finalmente, sin poder ocultar su alegría.

Armonía no dijo nada, solo miró con pena al infinito, hacia Occidente.

—No sufras, volverás a verle. Ese salvaje indecente, bruto y asqueroso mucho me temo que regresará. Sí. No lo dudes —remugó Mirina.

Armonía la miró esperanzada, incluso sonrió.

—Volverá, ya lo creo. Y entonces… lo mataré —sonrió Mirina, maliciosa.

CAPÍTULO 26 · LA CORTE DEL REY CÉCROPE

Aquel gélido otoño, tal y como se esperaba con el avance de las inusuales nieves del norte, dio paso a un terrible invierno que sacudió con fuerza las tierras de la vieja Europa. Reyes, héroes y vasallos buscaron las costas, el calor del Mar entre Tierras y los vientos cálidos de Lybia; hallando resguardo para sus familias, bestias y cultivos. La reina Pyrene había muerto y muchos años tendrían que pasar para que las nieves se retiraran. Así lo vio Pitia, amante de Apolo.

Sin embargo, en la Anatolia profunda, tierra de diosas paganas, pronto llegaría la florida primavera, llenando el cielo de coloridas golondrinas, esbeltas cigüeñas y nuevas esperanzas. El pequeño poblado de Venus, derruido en la batalla, volvió a crecer al lado de la torre de Artemisa, que todo lo alumbraba con su llama. Sacerdotisas, léleges e hijas de la luna lo ocuparon, siendo recibidos con simpatía inusitada por aquella vieja llena de arrugas y verrugas.

Del ejército de mil lanceros al mando de Marcial, unos trescientos lograron dejar atrás el Ponto y atravesar Arzawa buscando las costas del Egeo, bajo las órdenes de Prometeo; el resto allí dejó sus huesos, entre mordidas de lobas y clanes salvajes. Tras ser atendidos y colmados de placeres en Ilión, cruzaron el estrecho hacia Tracia alcanzando las primeras guarniciones aqueas, pronto estarían en Atenas, donde fueron recibidos como gloriosos héroes.

—El rey Argan huyó más allá de la Camarga, sus soldados lograron atravesar los altos picos de Occidente. Ícario y Eolo los siguieron. Nuestros capitanes volverán y podremos saber y hacernos con su reinado —expuso Prometeo, soberbio, proponiendo a su hermano una nueva empresa.

—Nadie puede atravesar esas extensas montañas, la nieve y el hielo todo lo cubren con su blanco y espeso manto —aseguró el rey Cécrope, deslizándose hasta su trono.

—Hoy no, en un mañana será.

—Mi querido hermano, hacía tiempo que no te veía y sufrí por tu suerte. Apenas me ves y ya me hablas de batallar de nuevo. No te vistes como capitán, más bien como soberano.

—Mucho aprendí y sin duda grandes serán mis hazañas, un día cercano tendré mi propio reinado. Quizá en Oriente, quizá en Occidente. ¡Tal vez un imperio!

—Sí, no lo dudo. Valor no te falta. Pero los dioses se muestran odiosos por las batallas entre hermanos divinos. Zeus ordena cesar en la contienda.

—Poseidón no perdonará nunca que Atenea, la de ojos de lechuza, sea divina de Atenas. Nos envió la guerra, a saber qué más será ahora. No parará. Nuestro deber es acometer la empresa que destierre tal peligro, como bien hicimos en su día con las hijas de la luna.

—Sí, la ira de Poseidón sigue ahí. Pero ¿qué me dices de mi bravo general, Marcial? Poco hablas de él y a mí todo me tienes que contar.

—Su cuerpo fue arruinado por la vengativa Artemisa. Pero antes acabó con la vida de la reina Armonía.

—¿Estás seguro de ello?

—Marcial en ello puso empeño y a Temiscira no regresó nunca su reina.

—¿Y la primogénita, la elegida? Los sueños de Pitia siempre son verdad.

—El tiempo dirá, mas no hay virtuosa divina en toda Anatolia que engendrarla pueda.

—¿Cibeles? Si no ha muerto…

—No. Ya tuvo una hija, su primogénita, a la que llamó Ainia.

—Artemisa, ella podría.

—No, amante de mujeres es. Toda divinidad perdería si tan solo rozará a un hombre con destellos de lujuria.

—¿Entonces?

—El destino puede estar decidido, hermano. Pero los dioses se sirven de nosotros, pobres mortales, para moldearlo a su capricho. Templos se alzan por toda la costa de Arzawa, en el Ponto y en tierras profundas de la salvaje Anatolia que veneran al sempiterno Zeus. La amenaza que se cernía sobre las fratrias aqueas fue cercenada de raíz.

—¿Qué te contó Marcial?

—Todo. A muchas mató, a muchos mató para deshacer la profecía.

—Esas lobas ¿son tal como cuentan? Una de ellas te acompaña ¡como esposa!

—Lo son, bien bravas acecharon y batallaron, golpeando duro. Hermano, debes saber que un pacto realicé con la reina Mirina, que algún día debemos acatar y que bien nos servirá para nuestros fines. Y sí, una de ellas me acompaña. Capitán de la Guardia Real de Tríbada es y todo desea conocer. Mas no es mi esposa, sino mi invitada. Bajo mi responsabilidad queda.

—¿Un pacto? ¿Qué pacto? Yo no pacto nada con nadie.

—Escucha, mi muy amado hermano: las nieves que todo lo cubren tardarán en derretirse,

pero un día dejarán de nuevo el paso libre a Occidente y los atlantes hijos de Poseidón podrían regresar a sembrarnos de mal. Mejor sería que fuéramos tras ellos y con todos acabáramos, antes de que nos traigan de nuevo la guerra hasta nuestra patria.

—Ya oí tal intención antes en boca de Marcial y en nada me agradó. El rey Argan sufrió una derrota acorde con sus ambiciones, los dioses castigaron su soberbia y afrenta. No seré yo quién ahora desate la cólera divina cruzando el mundo para llevar guerra a los hijos de Poseidón.

—Lo sé, hermano. Por ello el pacto. Todo lo pensé. Nuestro ejército no partirá en busca de guerras, sino aquellos generales que así lo deseen; peligrosos hasta para nosotros son. Que marchen con los mercenarios de Tracia que solo quebraderos nos causan y que engrandezcan sus tropas con lobas guerreras, que un gran ejército pueden conseguir de gentes de Oriente.

—Interesante.

—Llevaremos la batalla muy lejos de nuestras fronteras, tras décadas de guerra el pueblo desea paz. Lo más interesante es que se matarán entre ellos y la gloria y el oro que conquisten, nuestro será. Además, nos aseguramos de que los atlantes nunca más pisarán esta, nuestra tierra; y los clanes salvajes de Oriente y las temidas lobas, pues verán mermados en demasía sus ejércitos, dejarán de ser un peligro para nuestras fratrías. Oriente y Occidente serán nuestros.

—Veo que es una empresa bien orquestada. ¿Idea tuyas es? Me sorprendes. En verdad, más que un buen general, soberano deberías ser. Tal cual dices.

—Me halagas, hermano. Viendo el potencial de las lobas en batalla, con su arcos y bestias, pensé en ellas para desatarlas contra los atlantes. En las luchas de Tirrena conocí a un viejo sabio que me habló del oro y las riquezas de Atlanta. Y pensé, tras décadas de guerra y una estrepitosa derrota, ¿quién las protege ahora? Eolo e Ícario de todo nos informarán a su regreso.

—Bien, me colmas de asombro. Pero ¿y las lobas? ¿Por qué han de batallar a nuestro lado tras haberlas acosado?

—La reina Mirina es ambiciosa, quiere un reino comparable a Ilión, a Micenas, a Atenas… Ahora sabe que el oro que necesita se encuentra en Atlas. Por bien cierto tiene que nosotros no seremos enemigos, sino aliados de tal causa. Nada puede contra Ática, menos contra el Imperio Hitita y las naciones de las hijas de la luna se ven cada día más pequeñas. Además, bien nos vendrá una aliada en Anatolia. Por ello mi invitada, a la que tal vez sí haga mi esposa.

—No acaba de gustarme. No quiero aliados, sino vasallos. Aunque he de reconocer que parece la idea de un soberano. Pero sigue preocupándome el hecho de la elegida. ¿Ares vive? Cuentan que fue masacrado traidoramente mientras bebía y fornicaba con una esclava.

—El guerrero divino fue víctima de mercenarios hititas. Esclava mía era esa joven a la que poseía cuando fue asaltado. Una pena de muchacha, para mí la quería y él me la robó. Virgo era.

La amapola hizo su efecto en el vino y fue fácil presa. No temas hermano. El secreto de nuestra empresa está a salvo, solo yo sé la verdad.

—¿Qué quieres decir?

—A todos cuantos sabían, a esos salvajes, acorralamos y matamos en el arroyo. Marcial no está. Nadie sabe, nadie te culpará de la muerte de Ares.

—Vaya… Lo celebro —respondió Cécrope mostrando verdadero interés.

—Nos haremos con Occidente y con Oriente. ¡Compartiremos la gloria del mayor de los imperios! —exclamó Prometeo con cierta prepotencia.

—Sí, ya veo tus intenciones. Pero no me fío de las lobas. Yo cuidaré de nuestra invitada.

—Yo lo haré, hermano. No te molestes. Tengo gran interés en ello.

—Hermano… Veo que no solo has aprendido de Marcial, sino que pretendes ocupar su lugar. ¡Que ocupas su lugar y aspiras a más! ¡Incluso hablas de ser soberano! Ya no me llamas rey, sino hermano. Triste, muy triste, pues veo que algo te faltó aprender.

—¿El qué? —preguntó Prometeo, desconcertado.

De pronto, notó la presencia de Hécate y Némesis a su lado, sonrientes como hienas.

—Un general es un ministro de muerte del rey, no un pensador —contestó Cécrope.

Entonces, Prometeo notó una tremenda puñalada en su costado y otra a la altura del corazón, por la espalda. Quedó fijo mirando a su hermano, con la cara descompuesta.

—Lo siento, mi querido Prometeo. Te agradezco tus nuevas que de gracia me colman. Pero no puedo permitir que nadie viva sabiendo de la profecía de Pitia, de mi pacto con las lobas, de mis intenciones de invadir Atlanta, que yo todo lo gesté para acabar con la Madre Tierra, sabiendo que ordené matar a Ares.

Prometeo cayó al suelo comprendiendo que Marcial no había ideado nada, que todo había sido urdido con anterioridad por su amado hermano, el rey Cécrope, y que ninguna gloria ni imperio quería compartir con él.

***

Un grito resonó seguido de varios soplidos.

—¡Empuja! —exclamó Artemisa.

Armonía la observó, con la frente sudando, llorando sus poblados ojos, mientras apretaba la mano de la gran cazadora. Sintió el vientre deslizarse, con gran dolor, y gritó fuerte.

La comadrona se alzó entre sus piernas con un bebé cubierto de sangre, de melena poblada; y que al viento ensanchaba sus pequeños pulmones con un grito hecho llanto. Y cortó el cordón que la unía a su madre, pinzándolo en el extremo.

—¡Es una niña! ¡Bendita sea! —exclamó Artemisa.

—Déjame verla —sollozó Armonía con gran dicha.

Artemisa la tomó en brazos y se la mostró.

—¡Oh! ¡Es tan pequeña, tan linda!

La recién nacida estiró la cabeza, abrió la boca y lloró alto, meneando los brazos y las piernas con fuerza, retorciendo su diminuto cuerpo, agitándose toda.

—Tiene melena negra como una potra de largas crines y se agita indómita. ¡Menudo genio guarda en su interior! —exclamó Artemisa.

—Sí, parece una pequeña yegua salvaje. Hipólita la llamaré —aseguró Armonía rodeándola con sus brazos, colmada de una felicidad que la iluminaba toda.

ACTO 2· LAS HIJAS DE LA LUNA

CAPÍTULO 1 · LA DAMA DEL BOSQUE

Tierras de Atlanta, 1534 aC.

Una suave bruma envolvía los alcornoques, encinas y quejigos abrazando el nuevo día en los confines de Occidente. Los cantos de las currucas se dejaban oír entre el matorral. Desde las cumbres nevadas, el penetrante aullido del lobo alcanzaba los valles más recónditos, paralizando por un instante el ramoneo del ciervo y el sigiloso acecho del lince. Siguiendo una senda, avanzaba sin prisa una mujer de esbelta figura. Tiraba de las riendas de un viejo caballo negro, cargado con grandes alforjas, y se resguardaba del frío con una capa de grueso lino que la cubría por completo. Entre melódicos trinos y las fugaces miradas de las criaturas del bosque, llegó a una loma en la que se alzaba una vieja encina, atalaya inmemorable del busardo durante el día y de la lechuza por la noche. Desde allí dominaba el horizonte. La cálida luz del amanecer iluminó su bello rostro. En sus ojos relucía una profunda mirada, repleta de sabiduría y curtida por el tiempo. El largo y ondulado cabello dorado que caía sobre sus hombros, reflejaba cada rayo de sol y se mecía con la brisa. Tres pequeñas cicatrices marcaban su mejilla derecha. Su nombre era Armonía. Mujer de condición noble y de renuente carácter apenas mantenía contacto con los pobladores de la región, aislándose en el frondoso bosque que poblaba las montañas; un paraje inhóspito donde se ocultan los devoradores de hombres y el mortal escurzón. Un lugar donde pocos osan adentrarse y al que llaman Bosque Maldito. Frente a ella se extendía el valle del río Tertis, inicio de la siembra de amplios cultivos de cereal y vid.

Armonía observó la majestuosa silueta del águila real en la altura emitiendo un alargado silbido. Montó y siguió al trote rodeada de cebada, trigo y uva. Los hombres que encontró cultivando la tierra, la miraban con respeto sin decir palabra; alzando la espalda, se limpiaban el sudor de la frente a su paso con un sucio trapo y descansaban sobre sus hombros los aperos de labranza. Ella los miró impasible y luego dirigió la vista hacia los vientos del sur, donde una grandiosa muralla engrandecía los ojos del caminante con destellos de oricalco en la cima. De unos quince pies de altura, bordeaba parte del fértil valle y de las extensas dunas de arena que morían en el mar. Más allá, tras sus muros, se erguía la orgullosa polis de Atlas, corazón latente de Atlanta. Una creciente urbe organizada en tres anillos y habitada por más de 20.000 almas, que se situaba al suroeste del Ligur, lago cuyas aguas salobres eran ricas en peces y pescadores.

Por el portalón de roble remachado con láminas de bronce, los carros entraban con fruta fresca, carne viva y leche del día; acompañados por humildes campesinos, bajo la atenta mirada de soldados de largas lanzas, destellantes mallas de bronce y yelmos de grueso cuero. Hasta ellos llegó Armonía. En lo alto, varios guardias la vieron atravesar el puente que la llevaba hasta el primer anillo de la agitada urbe. En las embarradas callejuelas, un fuerte olor a pescado sazonado y diversas especias se mezclaba con el de la leña quemada. Los niños, con la cara sucia, cubiertos de harapos y con el pelo alborotado, la miraban pasar desde sus viviendas de adobe y paja.

Sonrió ante una pequeña niña que la miraba con los ojos muy abiertos y un dedo en la boca y continuó su camino hasta llegar al segundo anillo. Allí se alzaba una extensa ciudadela de calles empedradas y cuidados edificios. Los comerciantes se crecían ante el bullicio de hombres y mujeres de toda clase y condición que, envueltos en aromas de incienso y condimentos, buscaban y compraban a buen precio; pago en oro y argéntea, a menudo trueque. Cabalgó lentamente entre carros de verduras y aperos. Observaba la gente y sus curiosos regateos de mercado y, de tanto en tanto, algún mercader o una dama la saludaba con un sutil movimiento de la cabeza.

—¿Qué me trae en esta ocasión la dama del bosque? —preguntó desde su puesto de verduras, al verla acercarse, un hombre rudo, de largo bigote.

—Esencias de espliego y aromáticas hierbas medicinales. Están mezcladas en su justa medida. También te traigo cera y arrope de dulce miel —le respondió descabalgando.

—Poco tengo yo que ofrecerte hoy.

—Me bastará grano, algo de verdura y un saquito de peras; a mis hijas les encantan.

—Así sea. Para ellas, las más dulces y sabrosas —aseguró el comerciante.

Después tomó de la mano de Armonía un fajo de pieles y varios saquillos de hierbas.

—Hum… ¡Qué aroma! —exclamó olfateando las esencias de espliego. Seguidamente, llenó unas sacas con los víveres que él consideró justos como trueque y los introdujo en las alforjas.

Armonía continuó entre el bullicio, llevando de las riendas al caballo. Conforme se alejaba del mercado, las calles eran más anchas y las casas más grandes, adornadas con numerosas macetas y vistosas flores. Hombres sabios, ingenieros, artistas y guerreros paseaban con sus mujeres e hijos. Las finas túnicas se hacían notables conforme avanzaba hacia una pequeña plaza, en la cual se alzaba una escultura de Pyrene, divina de la sabiduría y belleza, y que comunicaba con el puente que la llevaría hasta el centro de Atlas: la acrópolis y sus altivos templos.

Tras cruzar el puente interior, llegó hasta una ancha plaza rodeada de pequeños edificios que mantenían sus puertas abiertas. En el ambiente se notaba el calor y el característico olor a roca fundida de las fraguas. Los broncistas, señores del fuego, aprovechaban el frescor de la mañana para trabajar duro, dominando y moldeando el metal, puliendo armas, herramientas y decoros hasta que su brillo deslumbraba. Uno de estos hombres, con el torso desnudo, sudoroso, alzó al aire la anaranjada hoja de una espada, sujeta a una pinza, y la examinó al sol.

Armonía observaba con interés su trabajo.

—¿Fue bien la pócima? —preguntó.

—Sí, mi hija anda repuesta y fuerte gracias a ti —le contestó aquel hombre.

—Me alegro, pero no olvides seguir aplicando por unos días más. El mal puede germinar de nuevo, aunque no se vea.

—Así lo haré. Dispongo del encargo. ¿Traes lo mío? —dijo el broncista.

Ella extrajo de las alforjas diez tabletas de hierbas con miel y regaliz. El broncista dejó la hoja de metal en la fragua y se secó el sudor de la cara y del torso. Tomó tres espadas y se las pasó envueltas en una tela. Armonía las desenvolvió y estudió cada una de ellas. Luego propinó varios lances de corte marcial al aire y apuntó a contraluz mientras el broncista observaba atónito.

—Buen arte, pero debería desbarbar más la hoja —apuntó Armonía, observando el filo.

—Veo que eres diestra en armas. Buscas corte y estoque. Aliviaré las rebabas y además les daré brillo como a ninguna otra.

Armonía asintió con una grata sonrisa. Al girarse observó una coraza de brillante bronce, adornada de tiras de argéntea y oro, donde destacaba con talla maestra la testuz de un uro. Sin duda pertenecía a un poderoso guerrero. Le pasó la mano por encima y la golpeó suavemente con la yema de los dedos, miró al broncista y salió de la fragua.

—Volveré en unos días —se despidió y siguió su camino por la plaza.

Armonía recorrió las calles hasta llegar al centro de la gran urbe, donde se alzaba la acrópolis con sus palacios, esculturas y templos cubiertos de metales preciosos. Grandes casas de piedra y maderas nobles, adornadas con fuentes y esculturas de mármol, guardadas por altivos lanceros, hablaban del poder que residía en el interior del último anillo de Atlas. Recorrió un

inmenso jardín de cientos de rosas cultivadas, donde jugaban los niños en un laberinto de setos; y llegó a una enorme plaza. En el centro, una majestuosa estatua representaba a Poseidón, dios de los mares, con su tridente en la mano, sobre un carro tirado por delfines. Junto a él, su esposa Clito, fuente de sabiduría y madre de la estirpe atlante, sostenía entre sus brazos al primogénito Atlas. Tras cruzar la plaza, llegó hasta un parque embellecido con árboles frutales que conducía al palacio real. A la derecha se alzaba el panteón de culto y sacrificio en honor a Poseidón, tumba de reyes; y a la izquierda, el templo de Clito, donde se atesoraba la cultura del mundo conocido. En el lugar se daban cita sacerdotes, damas y nobles.

La presencia de Armonía no pasó desapercibida para nadie y menos para Epolis, sabio entre sabios, consejero real y sacerdote supremo, el cual la observaba con interés desde los escalones del templo de Clito. Ella dejó su montura en las caballerizas, tomó de las alforjas varios tubos de pasta vegetal y dos cuencos colmatados con tinta de negro humo y rosáceas, y subió por los estrechos escalones del edificio. Pasó ante la mirada de Epolis y recorrió el pasillo del templo, observando las esculturas que la acompañaban en cada recodo, seguida del rumor que despertaba entre sacerdotes y los discípulos del oráculo. Llegó a una sala donde numerosos grabados se hallaban a disposición de estudiosos. Sobre una mesa dejó sus tablillas, cuencos y pergaminos de fino cuero. Tomó varios grabados y se sentó en un taburete, para estudiarlos con detenimiento.

Apenas había pasado un tiempo cuando una sombra, delatada por el sol que atravesaba el ventanal, cruzó por su espalda. Reflejada en la mesa, Armonía la siguió con su vista hasta que se paró. Entonces se volvió y descubrió a Epolis.

—Perdón ¿interrumpo? —preguntó el sabio anciano, sorprendido ante la perspicacia de la mujer, notando cómo hundía su penetrante mirada en él.

—No, ya me iba —contestó ella levantándose.

Luego colocó los grabados de nuevo en su lugar.

Epolis miró los escritos realizados en la tablilla, incomprensibles para su conocer, y la observó mientras recogía la mesa. Hacía tiempo que la seguía con interés y se preguntaba quién podía ser esa desconocida dama que visitaba el templo de sabiduría y poseía el don de la escritura.

—Dicen que te llamas Armonía —comentó Epolis tratando de saber.

—Armonía, ese es mi nombre, noble señor. Ahora, perdonad, debo marchar.

—Quería que supieras que eres bienvenida a la casa de Clito, templo de sabiduría —le dijo Epolis alzando la voz, antes de que desapareciera de su vista.

Ella se volvió, le sonrió levemente y prosiguió su camino.

En ese momento, un hombre alto, de gran porte, cana barba rizada y corta melena blanca, ataviado con vestimentas nobles, labradas en púrpura imperial, con peto, brazaletes y tobilleras de

brillante argéntea y portando una lujosa cinta de oro sobre su cabeza, giró la esquina y apareció frente a ella. Era Argan, rey de reyes, señor de Atlas y dueño de Atlanta.

Los pasos del rey le llevaban hacia la salida, tras ofrecer su respeto en el altar de Clito. A su paso, sacerdotes y nobles se detenían, inclinaban la cabeza y bendecían la suerte del rey en este día. Por el contrario, aquella hermosa mujer de ondulados cabellos dorados no inclinó su rostro ni esperó su paso, sino que avanzó firme, como si desconociera al que se hallaba ante ella. Se cruzaron por el pasillo y, en un instante mágico, ambos ladearon levemente la cabeza a la misma altura, sus ojos se clavaron los de uno en los del otro, alzando sus caras con la templanza que solo da el orgullo del que sabe bien quién es uno mismo. Se siguieron con la mirada unos escasos segundos para, después, siguir cada cual su camino.

El rey Argan paró ante Epolis, el cual reverenció su llegada; y volvió su rostro, para fijarse en aquella esbelta mujer que continuaba, sin inmutarse, por aquel pasillo de adornadas columnas.

—Mi señor, los soberanos de Atlanta se hallan reunidos y esperan vuestra magna presencia para dar inicio a las Cortes —dijo Epolis acercándose al rey, el cual todavía permanecía pensando en aquella altiva y hermosa mujer.

Ignorando sus palabras, Argan le miró fijamente.

—¿Es ella? —preguntó.

—Sí, mi señor… Es ella.

CAPÍTULO 2 · LOS REINOS DE ATLANTA

El rey Argan avanzaba con el rostro imperturbable por los pasillos de mármol del panteón de Poseidón. Alcanzó una gran sala, circular, que lucía enormes relieves de oro, oricalco y argéntea; escenas de guerra y adoración a los dioses. A un lado se hallaban los tronos de los diez hijos de Poseidón y Clito, dispuestos en semicírculo. Ante estos se alzaba una estatua de Poseidón sobre dos columnas adornadas con una piedra de mármol que hacía de altar, en las cuales se encontraban grabadas las disposiciones descritas por Poseidón: las leyes que regían el gobierno de Atlanta. Frente a los tronos, ocupando el resto de la sala y dejando un pasillo, estaban las gradas donde generales y nobles esperaban impacientes. Cada cinco años era ley reunirse los reyes de las diferentes naciones de Atlanta; tiempo de Cortes de Soberanos donde se debatían cuestiones de estado, se razonaban los posibles desencuentros y se impartía justicia.

El tronar del cuerno de uro anunció la llegada de Argan y su corte, el cual saludó a los presentes con un leve movimiento de cabeza y se dirigió hacia su trono, acomodado de cojinetes

de plumas y pieles de oso. Era el primero de los diez que esperaban a sus respectivos amos. Tras él se puso el príncipe Évenor, su hijo, el cual, con chitón blanco y adornado con una cinta azul en su corto cabello, permanecía altivo, pero sin poder ocultar las fiebres que lo consumían. Junto a ellos se hallaba el rey Azaes; un anciano de larga barba que vivía en aldeas gobernadas por asambleas, en las costas de Occidente, en la desembocadura del Gran Tajo. Le seguía en orden el rey Cronos de Amferes; joven fuerte y capaz que se había asentado en la costa oriental, entre el río Tirio y la albufera donde alzó la polis de Terya. A su lado, el rey Méstor y la reina Treita se alzaban con orgullo desmedido. Méstor era un hombre corpulento de redondeada cara y ojos pequeños. Treita era una mujer altiva, siempre maquillada en exceso. Pertenecían a las dinastías de Méstor y Elisippo, respectivamente; y vivían en el interior de la muralla gobernando los territorios del primer anillo de Atlas, así como las tierras de Elisippos que se extendían por las costas. Junto a estos se acomodó el rey Llanós de Gadiro; hombre que reinaba con mano dura sus tierras, las cuales recibieron el nombre de Gadeira en honor a sus antepasados. El rey Autóctono se sentó a su lado con un gesto desafiante; era un hombre muy joven, enamorado del rey Llanós, que llegó prematuramente al trono de Ábyla, en las tierras de Lybia, tras la muerte de su padre en batalla. Los linajes de Evemo, Mneseo y Diáprepes, sin voz ni tierras permanecían sumisos junto a sus respectivos tronos, bajo la extraña tutela del rey Llanós.

Durante cientos de años, los moradores de Atlanta habían gozado de paz y justicia en un territorio gobernado por la dinastía de los diez hijos de Poseidón y Clito. Pero la ambición sacudió Atlanta y llegó la severa derrota de Ática, a manos del rey Cécrope de Atenas. Entonces, las sabias leyes que habían regido durante siglos se tambalearon, viendo mermado Argan su poder. La segregación de la soberanía comenzaba a ser una ambición secreta hecha voces para Autóctono y su respeto hacia el rey de reyes se debilitaba conforme pasaba el tiempo.

Argan escuchaba las palabras de Azaes, el cual era costumbre abriera la sesión por ser el más anciano de ellos.

—Han pasado dieciséis años desde la derrota de Ática, tiempo en el que hemos vivido protegidos por las montañas sagradas de Pyrene. Pero el viento gélido ha comenzado a remitir en las tierras del norte. El sol brilla, atrás queda la gran helada que congeló el tiempo y la vida. Enormes llanuras de amapolas, rodeadas de bosques de roble y alcornoque, alternan de nuevo con la blanca tierra que se funde con cada primavera. Pero tened presente que este mundo nuevo florece con sus afiladas espinas. Pyrene abre sus pasos hacia el interior de la Península, el deshielo ha traído guerreros de otras tierras que siembran muerte, quizás los hijos de Atenea en busca de venganza. La situación es alarmante y me pregunto qué podemos hacer y si las murallas de Atlas están preparadas para acoger al pueblo en caso de necesidad.

Mientras, en el cercano templo de Clito, Armonía ladeó la cabeza, meciéndose la melena con la mano, y dirigió su mirada hacia una puerta. Una voz tan grave como melódica se hacía escuchar mientras los jóvenes sacerdotes del oráculo atendían entusiasmados: era Epolis impartiendo sabiduría. Se sintió interesada, cruzó el pasillo, entró en la sala y permaneció atenta a las palabras del viejo sabio, el cual, al verla, no pudo ocultar su cara de satisfacción.

—Los sabios adoradores de Ra, dios Sol, emplean con notoriedad la simbología. Por ello la mayoría parecen carecer de sentido… Pero lo tienen, solo tenemos que saber descifrarlos —dijo Epolis mostrando una tablilla egipcia y luego calló, invitando a sus alumnos con los gestos de sus manos a proponer alguna solución.

—La escritura jeroglífica puede estar orientada hacia la izquierda, hacia la derecha o incluso en vertical, según convenga al escribano. Si comienzas la lectura por el lado hacia donde mire su pictografía, encontrarás el sentido —apuntó Armonía al ver que nadie hablaba.

Epolis alzó la cabeza.

—¡Exacto! Veo que sabes dar sentido a estas escrituras.

Armonía quedó bajo la atenta mirada de los jóvenes sacerdotes, los cuales comenzaron a susurrar entre ellos. Nadie podía, de ninguna manera, saber tanto o más que el maestro.

—¿Y cómo conoces tú, mujer, tal cosa? —preguntó uno de los discípulos.

—Perdón, no debí interrumpir —dijo Armonía.

—Todo lo contrario. Disculpa la insolencia de mi discípulo —apuntó Epolis y continuó dirigiéndose al joven—. Nunca cierres tanto tu mente que no sepas distinguir la sabiduría de las palabras vanas, aun si proviene de mujer, pues nada lo impide.

Armonía, sin duda, era sabia, algo que no había pasado desapercibido a la vista de Epolis.

—Perdona, Armonía. No volverá a ocurrir. Acompáñame, deseo conocerte, por favor.

—No quisiera molestar…

—No, no es molestia. De todos modos la clase ha terminado por hoy —añadió Epolis girándose hacia sus discípulos.

Después la acompañó al segundo piso del templo, lugar exclusivo de estudio y ensayo de los grandes eruditos. La acomodó en una de las salas, un honor reservado solo a los mejores discípulos del oráculo, para que pudiera usarla con comodidad y discreción.

—Se bienvenida al templo de Clito —apuntó el viejo sabio, extendiendo su mano ante aquella sala de estudio, mostrándole tinte y pasta vegetal, arcilla y lápiz que puso a su disposición para que plasmara su saber.

En el panteón de Poseidón, los soberanos de Atlanta debatían, a propuesta del rey Azaes, el estado de las murallas de Atlas, un tema de gran importancia, pues hacía de la polis una fortaleza para defensa de todos ante cualquier invasión.

—¿Cómo no han de resistir? Bien están, altivas y desafiantes —aseguró Méstor.

—Es necesaria la reconstrucción, ciertas partes amenazan ruina —intervino el príncipe Évenor, que a pesar de sus fiebres, participaba como heredero de la Corona de cuanto acontecía en Atlas—. Nuestros arquitectos aseguran que las aguas crecientes del mar acabarán con la muralla más pronto que tarde. Grandes grietas nos avisan que no resistirán por mucho. Y en ello debería estar el rey Méstor, pues la muralla exterior, la más importante, se sitúa en sus territorios.

—No creo que sea tal la urgencia, pero llegado el caso debe ser un coste compartido, pues es ganancia para todos —contestó Méstor.

—Disculpad, mi señor. Hace tiempo que recibió el oro de todos destinado a la reparación de las vías abiertas y allí siguen, desafiantes, vertiendo agua —replicó Évenor.

—¡Dadle más oro y sacos de arena y que contento quede! Pero este no es el tema que nos ha de preocupar ahora… ¡Mientras están matando a nuestra gente! ¡Mientras están saqueando y quemando nuestros reinos! —exclamó el rey Llanós rompiendo el orden establecido.

—Sí, son muchas las aldeas que están siendo asaltadas por hombres venidos de las tierras de la vieja Europa. Grupos de salvajes que se abalanzan sobre cualquier poblado de gentes de bien. Atacan con angostas lanzas, piedra tallada y flechas; nos arrebatan grano y ganado, cuando no la vida de los aldeanos —añadió Méstor, evitando las palabras de Évenor.

—En las ciudades no tenemos nada que temer de aquellos a los que llamamos hombres salvajes, pues nuestros lanceros acababan fácilmente con los que ocasionan episodios sangrientos. Pero ¿hasta cuando? —apuntó Treita.

—Debemos cazar a esos salvajes venidos del norte, exterminarlos como las alimañas que son. ¡Que sirvan como ejemplo a otros de su calaña! —exclamó Autóctono.

—No creo que este sea el caso en todo el reino, pues varias columnas de lanceros han sido eliminadas al intentar repeler el saqueo de alguna aldea o en una emboscada, y no parecían ser hombres salvajes, sino bravos soldados armados de afilado bronce. Nuestros capitanes han asegurado que incluso algunos cabalgan sobre caballos, una proeza solo digna de reyes y grandes guerreros —apuntó Cronos.

—Bien ciertas son esas palabras; debemos atacar sin cuartel a esos guerreros que nos roban vidas y riquezas, sean mercenarios u hombres salvajes. Sabido es que son demasiadas las aldeas saqueadas desde que los pasos de Pyrene quedaran abiertos —añadió Autóctono.

—¿Acaso te sientes en peligro? —le preguntó Azaes con cierto tono irónico.

—Tú… que tras ser humillado por los aqueos, renunciaste a la gloria de la guerra; que perdiste los territorios de Sicanos y Tirrena ¿qué puedes decirme a mí que no conozco derrota?

—Yo renuncié a la miseria de tu amada lucha que tan solo trajo pena y muerte. En la batalla contra los hijos de Atenea murieron mis padres y hermanos, presos como tú de una ambición desmedida. Pretendes más tierras, más esclavos y más riquezas. La gloria de la guerra solo es sangre y tragedia para los pueblos, incluso para el nuestro.

—¡Qué sabrás de gloria, viejo cobarde! Aquí tu voz apenas resuena y eco no halla. Al vivir en los bosques con esa mujer a la que llamas Luna Roja, que ni nombre de persona tiene, despreciaste nuestro linaje de sangre real, heredera de dioses, haciéndote un hombre salvaje más.

—A tus ojos ciegos, poca recompensa me ha traído mi amada esposa, pues no dispongo de un gran palacio ni riquezas de argéntea y oro, como tú. Pero gozo del amor de una familia y del calor de un pueblo, algo que desconocerás por siempre.

Autóctono irguió la cabeza y lanzó una mirada fría sobre Azaes.

—Es necesario sacar las columnas de Atlas, nuestros poderosos guerreros, y disponerlas al servicio de sus reyes. Si no os atrevéis a salir de la acrópolis para defender la tierra, yo mismo las dirigiré —secundó un insultante Autóctono, alzándose de su trono, ladeando su larga melena negra y fijando sus saltones ojos en Argan.

Ante las premuras de Autóctono, exigiendo más poder y el mando de las columnas de Atlas, el rey de reyes, que había permanecido en silencio, se alzó bruscamente.

—En vez de mostrarnos unidos ante lo que pueda acontecer, cada vez nos hallamos más distantes —replicó—. A lo largo de los tiempos, los dominios de Atlanta se expandieron por las costas del Mar entre Tierras. Pero llegó Ática y fuimos humillados por los aqueos. No olvidemos la lección aprendida a sangre y fuego. Antes de exponer nuestras defensas debemos saber a qué nos enfrentamos, pues no hay mayor enemigo que aquel que es desconocido. Son hombres de guerra, no vulgares salvajes; conquistadores o tal vez los hijos de Zeus. ¿Acaso no recuerdas Ática, tú que nunca sufriste derrota alguna? Claro ¡allí no estabas! Así pues ¡deja de exigir! No dejaré en tus ambiguas manos las columnas de Atlas.

—Pues serás el responsable de lo que acontezca; con tu tibieza al mando, tarde llegaremos a la batalla —afirmó Autóctono y meció su cuerpo delgado hacia atrás, sentándose de nuevo y acicalándose el cabello con un notable gesto de enfado.

—Si gastaras tu tiempo en adquirir la sabiduría que tan celosamente guardaron nuestros antecesores, sabrías que hay otros mundos —replicó Argan con la voz tranquila del que sabe y la expresión dura del que busca reprender—. Cuando se alzaron los muros de Atlas fue para defendernos de poderosos reyes que acompañaron la suerte de otros pueblos.

—Mirad la tierra de los faraones —argumentó Cronos—. Son hombres sabios con poder y armas. Si nosotros hemos prosperado y ellos también, resulta racional pensar que otros pueblos pudieron prosperar y que ahora ambicionen nuestra riqueza, tanto más si nos creen debilitados tras la guerra con los aqueos.

—Durante generaciones vivimos sin conocer oponentes para nuestras lanzas ni rival digno para nuestros guerreros. Hemos conquistado tierras a nuestro antojo, acumulado riquezas que no necesitamos, promovido excesos y remarcado nuestras diferencias. Atlanta no debió ir tras las riquezas de los hijos de Zeus. Esa guerra sin fin ha debilitado nuestros ejércitos y nos hemos convertido en un objetivo codiciado —añadió Azaes, preocupado.

—Estás en lo cierto. Los hielos de Pyrene se han fundido y el paso a los invasores está abierto; quizá un castigo de los dioses por nuestra arrogante soberbia. El muro no se alzó por capricho; hay que reforzarlo. Así que os pido a todos que guardéis vuestras diferencias y os preparéis ante un futuro incierto —dijo Argan con tono melancólico.

—¿Vienen por nuestro oro? —preguntó una inquieta Treita.

—¡Sí! Y también a por nuestras vidas —respondió Argan. Luego se dirigió a Autóctono—. Y el extenso, corrupto y abandonado reino que compartes con tu amado rey Llanós será el primero en caer; espero que reflexiones sobre estas palabras y te hagas eco de ellas.

El príncipe Évenor, ante la sorpresa de todos, cayó sin sentido, consumido por la fiebre, y se golpeó en la cabeza contra el suelo. La sangre brotó de una brecha abierta en la frente.

Argan se alzó estremecido del trono.

—¡Hijo! ¡Los médicos! ¡Rápido, llamad a Epolis! —gritó.

En las estancias superiores del templo de Clito, Epolis permanecía junto a Armonía dando sentido a antiguos símbolos de los primeros escritos, descubriendo historias y compartiendo saberes del mundo conocido y por conocer. Permanecía interesado en ella, más ahora que había vencido la distancia y dado certeza a sus sospechas: era en verdad mujer noble y sabia.

—Armonía, en tus escritos usas con frecuencia la luna como referencia —le dijo.

—La luna es símbolo de paz y sabiduría, de mujer; *uma soona* es una voz de mi tierra que aquí podría traducirse como "hija de la luna".

—¡Hija de la luna! ¿Uma? Sí, es un nombre muy bonito —apuntó sonriéndole.

De pronto, dos lanceros de la Guardia Real entraron en la sala.

—¡Sabio Epolis, el príncipe Évenor se encuentra peor! ¡El rey os reclama, ha caído vencido en las Cortes! ¡Se encuentra muy mal!

Epolis miró a Armonía y alzó una ceja buscando su complicidad.

En la sala del templo de Poseidón, Argan se hallaba inquieto junto a su hijo. Los demás soberanos se alzaron de sus tronos, mientras los médicos asistían al joven heredero.

—Demos por terminada las Cortes, claras están nuestras posturas. ¡Que cada cual defienda lo suyo! —exclamó Autóctono, alejándose con Llanós sin mostrar pena por la salud del príncipe.

Por el contrario Treita acompañó a Argan, dándole un cuenco de agua para refrescar el calor del príncipe. Méstor se dirigió hacia fuera, sin nada que aportar.

—La muralla, rey Méstor. No olvides dar debida cuenta de la muralla —le espetó Argan.

Las Cortes habían terminado. Sin acuerdos, reyes y nobles fueron saliendo.

Epolis entró corriendo en la sala, llegando hasta el príncipe; inclinó la cabeza ante Argan y se acercó mientras Armonía observaba prudentemente, sin alzar demasiado su rostro.

—Mi señor, parecía que mejoraba. ¿Qué ha ocurrido?

Argan alzó la mirada hacia Armonía, fijándose en cada detalle: su delicado vestido de lino y sedas de Oriente, el brazalete de oro en forma de serpiente, los borceguines de pieles que cubrían sus pies y esa daga que le era familiar, la cual asomaba en su cintura.

—Viejo amigo, ¿crees que...? —preguntó el rey.

—Sí, mi señor. Tengo la certeza que sus conocimientos pueden ser incluso superiores a los de cualquier médico del reino —contestó Epolis e invitó a Armonía a acercarse.

Ella acercó tímidamente sus pasos, inquieta por saber de la suerte del príncipe, el cual permanecía en los brazos del rey con la frente cubierta por trapos manchados de sangre.

—Si deseas mi ayuda, con gusto la brindo, mi señor.

Argan escuchó la voz de aquella mujer por primera vez en su vida. Sin embargo, pareció recordarla desde siempre; era cálida, llena de ternura, sencilla, pero firme. Ante la atónita mirada de todos, Armonía retiró los trapos que cubrían al príncipe y observó su cuerpo enrojecido de un color cobrizo, sus pupilas dilatadas a punto de fundirse en la retina y posó la mano en su frente, sobre la herida, notando el calor que manaba de él.

—Las fiebres malignas lo devoran; morirá —dijo Argan, apenado.

—Si ha de ser así, será pues. Pero si deseáis que viva, se tiene que trasladar al príncipe hasta mis aposentos de inmediato, en el pantano. Es el único lugar donde a buen seguro podré preparar mis artes con confianza y devolverle la vida.

—¿Puedes sanarle? —preguntó Argan emocionado.

—Sí —respondió ella con seguridad absoluta.

—¿Al bosque? —preguntó Treita, que altiva observaba cada movimiento de Armonía.

Argan fijó su miraba en esa hermosa mujer que turbaba su razón y le abría una puerta a la esperanza, profundizando en su interior y la vio noble y capaz.

—¡Así sea! —exclamó Argan, decidido.

—Mi señor, ¿cómo podéis fiaros de la bruja? A ella solo acuden las gentes desahuciadas, con el coraje que da la desesperación —espetó Treita.

—Bajo tu atento cuidado, en nada ha mejorado y las fiebres amenazan con robarle la vida cada vez con más intención. Hay gentes de honor y palabra que aseguran que las artes de la dama del bosque han salvado más de una vida —apuntó Epolis.

—Brebajes de hierbas y sangre, osamentas y cueros de criaturas infernales. No, de ninguna manera. ¡A saber qué le dará esa bruja! ¡Allí morirá rodeado de alimañas, perdido en el pantano!

Armonía se alzó notando la desidia que había despertado en la reina, tomó la mano del príncipe y fijó la mirada y sus palabras en Argan.

—Ahora debo marchar. Prepararé su lecho por si confías en mí y quieres darle vida, pues yo te he de esperar. Si no es así, morirá —le dijo con serenas palabras. Luego se alejó por el pasillo, bajo la atenta mirada de todos.

—No se preocupe mi señor, sanará. Hallaremos el remedio —insistió Treita, volviendo a cubrir la frente de Évenor con trapos húmedos que le refrescaran.

Argan posó sus manos temblorosas sobre los hombros de la reina.

—Treita, mi hijo se muere —le aseguró con tristeza y se volvió—. Epolis, que se disponga lo necesario. Marchamos de inmediato al Bosque Maldito.

Treita quedó sola conforme todos abandonaban la sala, perpleja, pues comprendió que esa mujer había despertado el interés del rey y se preguntó si podría en verdad salvar al príncipe.

Dejando atrás las altivas murallas de Atlas, Armonía cabalgaba a través de los campos de cereal. Regresaba al bosque con premura para preparar un sitio en su humilde cabaña. Sabía que el rey de reyes llevaría al príncipe y ella deseaba sanarle; sintió emociones olvidadas que deseaba recuperar.

Esa misma tarde, dejando atrás las dudas, acomodado en un carro de guerra, Évenor fue trasladado hacia el Bosque Maldito bajo la estrecha vigilancia del rey Argan y del sabio Epolis, con una guardia de veinte lanceros.

—Has hecho lo correcto, mi buen amigo, mi rey. Ten fe en Armonía, ella le salvará.

—En ello confío con toda mi alma. Veo que la tienes en alta estima. Epolis, dime ¿qué sabes de la dama del bosque? —le preguntó Argan con cara de preocupación.

—Su nombre es Armonía y es tan hermosa como bondadosa. En ella se adivinaba la certeza del que sabe y la nostalgia del que añora. La claridad y viveza de sus palabras evocaban sin duda la talla de una gran maestra. Poco más sé, mi señor… Su mutismo sobre ella misma

mantiene la incógnita de su procedencia y destino. Cuando mis palabras pretenden conocer, cierra sus oídos a mi voz; de hecho, la distancia que mantiene con nuestra gente le ha valido la desconfianza del pueblo, cuando no su temor.

—¿Qué quieres decir?

—Muchos la conocen como la bruja de Oriente y no como Armonía, la dama del bosque. Puede ser una sacerdotisa venida de un mundo desconocido o una noble caída en desgracia, no lo sé. Dicen que llegó hasta nuestras murallas acompañada de sus tres hijas, hace algunos años. ¡Atravesando los hielos de Pyrene! Aunque yo lo dudo.

—Duro debió ser el camino para ella y sus hijas, si ello es verdad. Debe ser una mujer muy valiente, es de encomio que lo consiguiera —aseguró Argan.

—Parece de condición humilde, pero es noble. Su sabiduría hace inconcebible pensar que pueda provenir de los clanes de hombres salvajes de las tierras de la vieja Europa. No es de aquí, su cabello es como oro puro; esos ojos verdes y sus vestimentas no son propias de nuestra gente. Quizá proceda de los pueblos del mar, de Ática o de las llanuras entre ríos de Oriente…

—Podría ser de Ática. ¿No sabes más?

—Nada, mi señor. Pero veo que te agrada esa bella mujer.

El rey ignoró aquellas últimas palabras y siguieron adentrándose en el Bosque Maldito.

El claroscuro se fue cerrando conforme avanzaba el sol en el horizonte, el carro se convirtió en un obstáculo cada vez más pesado ante un destino incierto. El príncipe fue trasladado a una camilla hecha con cuero y dos resistentes palos, y la expedición avanzó por sendas perdidas hasta hallarse en medio del pantanal. Los quejidos del joven ahondaban en la inquietud del rey, que no encontraba una salida que le dirigiera hasta la dama del bosque.

Cuando la desesperación empezaba a tener sentido, apareció Armonía entre las sombras, como salida de la nada. Se acercó hasta el rey y puso la mano en su hombro.

—Descansa de la fatiga, has llegado a mi hogar —le dijo.

CAPÍTULO 3 · EL BOSQUE MALDITO

Hipólita, Antíope y Menalipa eran adolescentes que habían crecido en el Bosque Maldito, las tres gozaban de la sabiduría y belleza de su madre, Armonía. Conocían parte del mundo exterior que las rodeaba gracias a lo que ella les contaba. Era costumbre, después de la cena, que les relatara una historia alrededor de la hoguera y la debatieran hasta bien entrada la noche. Especialmente si hablaban de batallas, las muchachas escuchaban con atención; pues el arte de la

guerra les resultaba la más interesante de las lecciones. Ajenas a las habladurías que circulaban sobre ellas, bromeaban sobre sus amoríos y correrías antes de dormir. Ninguna de las tres tenía miedo a los aullidos de la noche ni al crujir del viento en los árboles, ni al mortal pantano ni a las sombras del espeso bosque. Para ellas cada uno de esos lugares era hermoso; no temían aquel entorno, para tantos hostil, pues se sentían parte él.

Hipólita, la primogénita, era una joven de largos cabellos negros, tenía unos ojos preciosos que la llenaban de vida, de un azul tan suave como el amanecer. Era inteligente, sagaz y aunque seria, su boca parecía abrirse tan solo para sonreír y entonces su belleza no tenía igual. Antíope era esbelta como una gacela; sus ojos eran como esmeraldas preciosas y su pelo, de tonos oro castaño, se escondía bajo un gorro de pieles curtidas. Menalipa, la menor de las hijas de Armonía, se mostraba siempre sensible y con una dulce sonrisa; de largos cabellos negros y ojos color zafiro, era la que más ansiaba sabiduría y gustaba de acompañar a su madre al templo de Clito.

En aquel extraordinario día, las tres hermanas se hallaban inquietas cerca de su hogar, una cabaña hecha de barro, troncos secos, madera labrada y cueros de bestias cosidos hábilmente con tendones y hebras vegetales.

—Pero ¿quién viene? ¿Por qué tanto alboroto? —se preguntaba Antíope.

—No sé, debe de ser alguien muy especial, madre nunca trajo a nadie hasta aquí —respondió Menalipa.

—Le ha preparado tu lecho, esta noche dormirás en el suelo —apuntó Antíope, burlona.

Menalipa le miró seria, frunciendo las cejas.

—¡Mirad, allí llegan! —aseguró Hipólita.

Armonía y la expedición del rey llegaron junto a la cabaña. Las tres doncellas se apartaron viendo pasar ante ellas la camilla y aquellos nobles escoltados por aguerridos lanceros.

—¡Es el rey Argan! —exclamó Menalipa.

Hipólita y Antíope permanecieron en silencio, atónitas, observando a los soldados y al joven que agonizaba; y corrieron para ayudar a su madre. El príncipe fue acomodado en un lecho de gruesa lana y Armonía comenzó a observar cada detalle de su cuerpo, de su agonía. Argan y Epolis aguardaron fuera de la cabaña, esperando ser invitados a entrar, pues Armonía no lo había hecho y quisieron respetar su morada por humilde que fuera.

Menalipa se acercó a ellos.

—Te conozco, te he visto junto a tu madre en el templo de Clito —le dijo el viejo sabio.

—Menalipa es mi nombre. Tú eres Epolis, el sumo sacerdote y él… ¿Es el rey Argan?

—Sí, soy rey. Pero ahora no soy más que un padre desesperado —apuntó Argan acercándose a la puerta de la cabaña y alzando el cuero que la cubría, sin poder esperar más.

Frente a él apareció Armonía.

—Solo mis hijas y yo cuidaremos del príncipe. Nadie podrá entrar en mi cabaña. Ni tan siquiera tú, mi noble señor. Ni Epolis. Así os lo pido por el bien de tu hijo y espero lo comprendas. Si me escuchas, Évenor vivirá.

—Extraña decisión la tuya, aceptaré. La guardia alzará mi tienda junto a ese alcornoque que buena sombra me dará —aseguró Argan tras escuchar esas palabras llenas de esperanza.

—Sí. Pero luego, por favor, la guardia que marche antes de que anochezca. En nada me son necesarios los soldados y preciso de la soledad.

Argan la miró extrañado y ella sonrió transmitiéndole confianza.

Y el rey se giró hacia su capitán.

—Marchad a la acrópolis, que cuatro lanceros queden aquí haciendo la guardia. Epolis, viejo amigo, ve con ellos, guíales tú que marcas cada camino en tu mente. Regresa en dos días, tráeme noticias de la Corte y habla en mi nombre, que todos sepan que estamos bien; mas no les indiques las sendas para hallarnos.

Los lanceros del rey alzaron una tienda de campaña a veinte pies de la cabaña, bajo la atenta mirada de las hijas de Armonía; dos de ellas subidas a un alcornoque y la otra, Menalipa, sobre un peñasco.

—¡Hipólita! —llamó Armonía a la mayor de sus hijas—. Ven, ayúdame.

Hipólita sonrió, haciendo una mueca de burla a Antíope y se alejó hacia la cabaña bajo la pícara sonrisa de sus hermanas.

—Álzale la cabeza, le daremos esta sopa, le hará bien, y luego la papilla de salvajina —le dijo Armonía dentro de la cabaña.

—Madre, ¿es el príncipe Évenor?

—Sí, hija, así es.

Hipólita mantuvo al príncipe recostado sobre su pecho; este, por un momento, alzó la cabeza abriendo los ojos en su delirio y la vio, tan hermosa, cuidando de él.

Esa noche la pasaron en vela Armonía e Hipólita. Mientras la hija limpiaba el sudor del cuerpo del príncipe, la madre preparaba pócimas y le daba agua en abundancia, mucha.

—¿Morirá, madre? —preguntó Hipólita, cerca del amanecer.

—No hija, pero sufrirá. Cuida de él, salgo a preparar el desayuno para nuestros invitados; despierta a tus hermanas, que te ayuden y descansa un poco.

Hipólita notó la mano del príncipe en su brazo, se giró y observó como sus ojos la miraban como un ruego para que no lo abandonara, y se cerraron de nuevo.

—¡No! ¡Yo cuidaré de él! —exclamó conmovida.

Armonía alzó las cejas, apretó los labios, y asintió.

De pronto dieron unos golpes en la puerta de la cabaña.

—Armonía ¿estás despierta? ¿Cómo está mi hijo? ¿Mejor?

—Sí, mi señor —le contestó alzando el cuero que cubría la puerta.

—¿Puedo verlo?

—Pero solo por un momento, ahora duerme.

Argan entró estudiando la humilde morada, donde el aroma de espliego se dejaba mecer en el aire: su pequeña cocina, la mesa del centro y algunos tocones que hacían de taburetes; el estrecho cuarto donde se adivinaba a las muchachas dormidas y un pequeño altillo, al que se alzaba con una frágil escalera hecha de ramas. Frente a él, tras una pared de débiles troncos, vio a su hijo en un lecho y a Hipólita, a su lado, asida de su mano. Se acercó y una exclamación de felicidad salió de su boca, pues el color cobrizo de Évenor había desaparecido.

Emocionado se dirigió hacia Armonía, que esperaba fuera, asombrada ante el suntuoso desayuno que habían preparado los hombres de Argan para ella y sus hijas.

—¡Le has sanado de sus males! —exclamó el rey, eufórico. Y abrazó con fuerza a aquella mujer que había salvado la vida de su hijo, llorando la felicidad que colmaba todo su ser.

—Las fiebres continúan, su estado es débil; mejorará, dale tiempo —aseguró Armonía, desplazándose un poco hacia atrás con cierta alegría.

Durante tres días, Hipólita estuvo velando al príncipe desconocido que tanto sufría, entre sus brazos, calmando su pena. Solo Armonía le preparaba el alimento y el agua que bebía. Évenor, aunque no podía apenas gesticular palabra, era consciente de cuanto ocurría, del esfuerzo de aquella mujer y de esa hermosa doncella que tanto tranquilizaba su delirio y calmaba su calor.

Mientras el príncipe permanecía en la cabaña reponiendo su salud, en compañía de Hipólita, Argan paseaba a menudo por el bosque con Armonía; se mostró siempre respetuoso con ella y dejándose querer, conoció lugares encantadores de aquel "bosque maldito".

—Epolis está aquí, mi señor —le informó la guardia.

—¡Epolis, viejo amigo! —exclamó el rey, viéndole llegar.

—Os dejo, tendréis de qué hablar y yo he de preparar la medicina —apuntó Armonía.

—Espera, te he traído un recado; me lo entregó un amigo para que te lo hiciera llegar —le apremió el anciano sabio ofreciéndole un paquete de lino envuelto.

Ella lo tomó y, desenvolviéndolo, vio las tres espadas que le forjó el broncista; las rebabas no estaban y su brillo relucía con los rayos del sol.

Argan se sorprendió al verlas, pero nada dijo.

—También te he traído peras para tus hijas, grano y carne de oveja.

—Gracias, me has evitado un largo camino; te estoy muy agradecida.

Armonía se alejó hacia la cabaña con las espadas bajo el brazo y la alforja cargada sobre su hombro; viendo cómo Menalipa y Antíope preparaban una pequeña trampa, con un lazo y un cuenco de agua sucia, delante de la tienda de uno de los guardas, la del más joven y atractivo.

—¿Qué hacéis?

—No, nada —aseguraron ellas entre risas traviesas.

—Epolis, viejo amigo, mi hijo se halla cada día mejor, su piel es tersa y blanca y las fiebres remiten. Sabia y noble es sin duda, como bien decías —aseguró Argan.

—Me alegro tanto de oír esas palabras.

—Sí, Armonía es una mujer extraordinaria.

—Quizá podrías conocerla mejor. Si quieres un consejo, mi viejo amigo, mi noble rey, invítala a palacio cuando el príncipe se reponga. ¿Puedo verle?

Argan se giró y le miró con gesto serio.

—No, no quiere que nadie le vea. Yo mismo solo puedo visitarlo en la mañana, ella únicamente respeta el sufrimiento de un padre ante el nuevo día.

—Comprendo. Pero si me lo permites, mi señor, deberías dejarte acompañar por una noble dama que comparta tu dicha, que te ame y cuide. Ha pasado mucho tiempo desde que falleció la reina Pyrene, el príncipe ya es un hombre y necesitas recobrar el sentido de la vida.

Entonces apareció Armonía.

—Epolis ¿quieres ver al príncipe? Se halla mucho mejor, en unos días las fiebres habrán desaparecido por completo.

—Sí, claro —dijo Epolis sonriendo a Argan y dirigiéndose hacia Armonía.

Argan les miró, reflexionando sobre las palabras del viejo sabio, amigo y consejero, y fue a seguirles para ver a su hijo.

—No, solo Epolis. Aún está muy débil, con una visita está bien —le frenó ella.

Argan quedó parado, atónito y ladeó la cabeza sin más opción.

Epolis se sentó junto a Évenor, mientras Hipólita le refrescaba la frente con lino empapado de agua fresca. El príncipe la observaba maravillado por su entrega, alzó la mano acariciándole el rostro, esas suaves mejillas, sus sensuales labios…

—Ahora vuelvo, voy a por más agua. Apenas queda —dijo la joven.

El viejo sabio la vio salir de la cabaña y miró a su alrededor, la humilde morada.

—Epolis, qué alegría verte —susurró el príncipe, alzándose un poco sobre el lecho.

Eran sus primeras palabras en muchos días.

—¡Évenor! Por todos los dioses, qué susto nos has dado, creíamos haberte perdido.

—¿Quién es esta doncella que tan bien cuida de mi suerte? ¿Dónde estoy?

—Es Hipólita, una de las hijas de Armonía, la dama del bosque. Ellas te han devuelto a la vida. ¿Cómo te encuentras?

—Es preciosa. Epolis toda ella es de una dulzura indescriptible. Sus maravillosos ojos, su escondida sonrisa... Ha estado conmigo día y noche, cuidando de mí como nunca nadie hizo.

—Me temo que esa joven ha calado hondo en tu corazón. ¿Acaso es así?

—¡Ya estoy aquí! ¡Traje agua y aromática de manzanilla! —exclamó Hipólita llegando sin avisar. Viendo al príncipe sentado sobre el lecho, sonrió y salió corriendo—. ¡Madre, ya habla!

Armonía soltó sobre una roca el fardo de leña que portaba y Argan, que la acompañaba, dejo caer el tronco de su hombro y corrieron hacia la cabaña, acompañadas por Antíope y Menalipa. Argan abrazó a su hijo, pletórico, ante la satisfacción de Armonía y la mirada cómplice de Hipólita. Epolis asentía con alegría. Antíope y Menalipa no apartaban la vista del príncipe y de su propia hermana. Un corto grito, del más joven de la guardia, sonó en el exterior seguido de varios exabruptos y risas. Antíope y Menalipa rieron bajo la mirada piadosa de su madre.

Pasaron varios días, en los que el príncipe se fue recuperando al amparo siempre de Hipólita; su cariño fue la mejor de las pócimas. Esa noche cenaron alrededor de una hoguera la carne asada de una cierva abatida por Antíope, todos juntos.

—Buena pieza, una carne exquisita. Eres buena cazadora —aseguró Argan dirigiendo su mirada a la joven, la cual le miraba sin alzar mucho la cabeza.

—Antíope no tiene rival con la lanza y Menalipa roza la perfección con el arco —aseguró Armonía, sonriéndole y volviéndose hacia cada una de ellas.

—¿E Hipólita? —preguntó Évenor.

—Hipólita maneja con destreza suprema cualquier arma y es muy ágil, rápida e inteligente con sus artes. ¡Con todas las artes! —apuntó seria Antíope.

—Cuídate de ella —añadió Menalipa y estalló entre risas, acompañada por Antíope.

A Hipólita no le hicieron reír las gracias de sus hermanas, pero viendo al príncipe hundir sus ojos en ella, sonrió pletórica.

—Madre, ¿qué mal sufría nuestro invitado? Alegre y repuesto se le ve; parecían fiebres malignas, pero no lo eran ¿verdad?

—Hija, nada es lo que parece, siempre se tiene que buscar qué se esconde tras lo que se ve a simple vista. Pero no hablemos de desdichas ahora, es tiempo de alegría.

—¿Las espadas son para tus hijas? —se interesó Argan.

—Sí. Son diestras en armas. Desde su más tierna infancia, consciente de los peligros que las acechan, ejercité con ellas el manejo del hacha, el arco, la lanza, la daga y la espada. Las he convertido en grandes guerreras, algo que ellas mismas desconocen —sonrió Armonía.

—¿Para defenderse de las criaturas del bosque? —preguntó Epolis sorprendido.

—No, es para combatir las criaturas que viven fuera. Vamos, a dormir, se hace tarde y tú, príncipe, todavía no estás bien repuesto, debes descansar —dijo Armonía señalando a Évenor.

Pronto quedaron a solas Argan y Epolis al calor de la hoguera, satisfechos ante la mejora de Évenor y por la atención que Armonía les ofrecía.

—En palacio no andan bien las cosas, temen que hayáis sido embrujado o ¡a saber! Muchos son los sabios molestos y Autóctono anda cazando hombres salvajes de nuevo.

—Autóctono nos dará problemas; su ambición y maldad no tienen límites.

—En las tierras de Gadeira, Elisippos, Azaes y de Cronos ha habido refriegas; las rencillas entre nobles son constantes por la posesión de tierras, incluso carentes de valor alguno.

—La derrota de Ática destruyó nuestra hermandad. Para evitar una guerra fratricida, opté por ceder más soberanía a los diferentes reinos. Fue un error, mi querido amigo. Fruto de ello ha sido la inestabilidad y la decadencia de unos reyes rodeados de sacerdotes, consejeros y nobles corruptos, cada vez más alejados del espíritu de la acrópolis. Colmados de ambición, se hallan más cercanos del oro ajeno y los placeres sin tregua que ofrece la vida que de regir el destino de sus gentes en justicia —pronunció Argan con tristeza.

Una sombra esquiva, entre los arbustos, llamó la atención de Epolis.

—¿Qué ha sido eso?

—No sé, quizá un oso —respondió Argan, alarmado.

Armonía salió de la cabaña y descolgó unos trapos limpios, secos, de las ramas.

—Deberíais ir a dormir, la noche despierta el hambre de las criaturas del bosque —aseguró con una sonrisa deliberadamente maliciosa.

—Sí, ya marchamos —contestó Argan con una sonrisa enamorada.

Armonía entró en la cabaña de nuevo.

Argan alzó sus cejas y encogió los brazos ante la mirada de Epolis.

—Vamos, es tarde —murmuró finalmente.

—Dicen que una gran bestia cuida de ellas en el bosque. Un carnicero de fuerza brutal, de largos colmillos que sobresalen más allá de sus mandíbulas —comentó Epolis en voz baja.

—¿Quién dijo tal cosa? Yo no vi nada y hamos pasado muchos días aquí.

—En la acrópolis dicen que es leyenda. Pero en las aldeas afirmaban lo contrario. La llaman Homotherium, la bestia del hombre. Dicen es tan grande como un uro salvaje, mucho más que un león del Atlas; que una sola de sus garras abarca el pecho de un guerrero hecho y que su fuerza es tal, que parte a los hombres en dos con uno solo de sus zarpazos.

—Vayamos a dormir, no sea que nos visite. Pero si esa bestia existe, ni Armonía ni sus hijas parecen tenerle ningún temor. Será pues leyenda.

Tras el denso matorral, ocultos en lo más denso, unos ojos felinos observaban cada movimiento agazapándose bajo las intrincadas ramas, venteando el aire y alzando sus belfos.

A la mañana siguiente, una fina placa de escarcha recorría la superficie de las charcas. La bruma impedía ver a más de dos pies de distancia entre las sendas del Bosque Maldito. Los arroyos recogían los primeros copos de nieve que, como delicado anuncio del invierno, caían finos y sin fuerza, descomponiéndose rápidamente al contacto con el agua.

Un reiterado entrechocar metálico despertó a Argan, que salió rápido de la tienda, apenas cubierto con unas pieles, blandiendo su espada. Y observó, tras escuchar un nuevo choque, a los pájaros, que se alzaron en bandadas desde la arboleda. Corrió hacia la cabaña y vio a Epolis, apoyado en un árbol, con la guardia, sonriente: girando alrededor de una gran fogata, dos espadas se medían en un claro cercano a la cabaña.

—¡Antíope! La hoja recta, en alto. Siempre en vertical a la suya, no dobles las dos rodillas. Así podrás cambiar rápido de posición y frenar fácilmente sus golpes —insistía Armonía.

Évenor salió de la cabaña y se acercó a Menalipa, atraído por lo que veía.

—Son espadas de metal, tus hermanas podrían dañarse con un mal golpe —dijo tan sorprendido como preocupado.

—Sí, es posible —asintió ella sin darle más importancia.

Hipólita manejaba el bronce con destreza. Antíope se limitaba a defenderse, estocada tras otra. Con gran agilidad, Hipólita giró sobre sí misma y con el ancho de la hoja golpeó en la espalda de su hermana, haciéndola caer. El príncipe quedó perplejo viendo el arte guerrero de la joven que había guardado de su vida y le había robado el corazón, su vista no podía despegarse de ella. Antíope miró a su hermana frunciendo el ceño, apretó los labios y se levantó furiosa. Asió la empuñadura de la espada con ambas manos y emitiendo un grito de rabia se lanzó a un descontrolado ataque frontal. Hipólita, atenta a la lucha, se limitó a esquivar el golpe y con una suave zancadilla desequilibró a su hermana, que dio de bruces de nuevo en tierra.

Armonía se acercó y se agachó ante Antíope.

—No, hija. En combate nunca debes atacar amparándote solo en la fuerza y menos todavía con ira o desesperación. Recuerda que tienes tu inteligencia. Úsala. Si tu enemigo es más diestro que tú, acéptalo. No insistas con las mismas artes una y otra vez ante un oponente superior. Retírate, cambia tu táctica e inténtalo de nuevo. De lo contrario, pronto serás víctima. No temas perder una batalla, lo importante es ganar la guerra —le dijo en voz alta.

Antíope la miró y se irguió hundiendo la punta de la espada en el suelo. A continuación se agachó y mientras en una mano ocultaba una gruesa piedra, tomó en la otra la lanza, haciéndola vibrar en el aire. Y se acercó de nuevo a su hermana, rodeándola, buscando un punto débil en su defensa mientras esta se mantenía firme con la espada en alto.

—¡Con la lanza tampoco podrás! —exclamó Hipólita, segura de sí misma.

Antíope hizo un amago rápido sobre el costado derecho de Hipólita, la cual rápidamente lo cubrió con su espada. En ese momento, le lanzó la piedra impactando de lleno en la cabeza de su hermana y haciéndola caer con una brecha en la frente.

—¡Ah! ¿Cómo has podido? —le reprochó al sentir la punta de la lanza en el cuello.

—¡Gané la guerra! —gritó Antíope y dio un salto de alegría.

Armonía y Menalipa la miraron sorprendidas.

—¿Qué te sugiere esta derrota? —le preguntó Armonía a Hipólita.

—¡Que mi hermana no tiene honor!

—El honor no sirve de nada a los muertos. Tu hermana estudió tu arte, superior al de ella, y pensó en la manera de vencerte. No debes menospreciar nunca a un enemigo, pues el orgullo en combate es un defecto que puedes pagar con la vida. No desvíes nunca la vista de tu adversario y piensa que un buen guerrero puede herirte con cualquier arma, no necesariamente con la que te muestra.

Un hilo de sangre cruzó la frente de Hipólita.

—Acércate para que vea esa herida —dijo Armonía mientras Antíope sonreía a Menalipa y a Évenor, alzando las cejas eufórica.

Por la tarde, con la caída del sol, Armonía se acercó a Argan, dirigiendo su mirada hacia el príncipe, que andaba riendo con las muchachas.

—Évenor ya anda repuesto, fuerte —dijo.

—Sí, te agradezco cuanto has hecho; sin ti habría muerto. Demos un paseo por el bosque, el asado tardará un poco.

Argan le ofreció el brazo a Armonía y ambos pasearon al lado de un pequeño arroyo.

—Esta mañana estuve siguiendo tus clases. Eres sabia, médica y guerrera. ¿Qué más escondes tras tu hermosa mirada?

Ella se paró y poniéndose frente a él, colocó las manos sobre su pecho. El rey le acarició la cara y la besó notando la dulzura de sus labios; la miró con el deseo del que ama y pasó los dedos por sus sedosos cabellos rubios. Entonces pensó en su estatus social, su responsabilidad como rey de reyes. No podía enamorarse de aquella mujer del bosque por mucho que le dictara su corazón. Con un gesto sentido, bajó el brazo y agachó la vista girando la cabeza. Armonía retiró la mano, lentamente, contrariada, mientras dirigía su mirada a la profundidad del bosque, escondiendo una lágrima furtiva ante el rechazo. Y ambos continuaron sus pasos en silencio hasta volver a la cabaña. Allí encontraron a Epolis y a las muchachas sentadas ante la hoguera, aliñando con tomillo y sales el asado. El príncipe se hallaba junto a Hipólita, fuerte y feliz.

—Évenor partirá mañana con su padre. Vuelve a gozar de la salud perdida, su estancia en nuestra humilde morada ha terminado —dijo Armonía de forma tan melancólica como rotunda.

Hipólita se quedó de piedra y miró al príncipe.

—Pero ¿y si enferma de nuevo? —preguntó Epolis.

—Si fuera así, debes avisarme con urgencia, y no dejes que nadie pretenda aliviar su dolor.

Sin añadir más, Armonía se dirigió a la cabaña, encerrándose en su interior. Argan quedó triste, viendo la cara de contrariedad de su hijo, de Epolis, de Hipólita y de sus hermanas.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó Évenor.

—Somos soberanos, tenemos responsabilidades, no podemos quedarnos por siempre aquí.

—¿Por qué no? —preguntó Menalipa—. ¿Acaso no eres feliz aquí, en el pantano?

Argan la miró y por primera vez en su vida, no supo qué decir.

A la mañana siguiente, Évenor se despedía de Hipólita en el interior de la cabaña; no sabía cómo hacerlo. Se acercó a ella y tomó la medalla de oro que colgaba del cuello de la joven.

—Es la luna, ella nos ilumina en la noche —aseguró Hipólita.

Evenor soltó la medalla y puso las manos en las mejillas de la joven, para besar con pasión sus labios. Un beso cálido, húmedo, de amor.

—Te quiero y deseo que seas mi reina. Mi amor por ti será eterno como las estrellas que velan las noches, como el sol que calienta cada mañana.

Hipólita sonrió ruborizada, puso las manos en el pecho de Évenor y recorrió su torso hasta fundirse en un fuerte abrazo.

El cuero que cubría la entrada de la cabaña se alzó.

Armonía entró con la tristeza reflejada en su cara.

—¿Te pasa algo, madre? —le preguntó Hipólita, desprendiéndose del abrazo de Évenor.

—No, nada… Tu padre espera —contestó dirigiéndose al príncipe.

Argan abrazó a su hijo al verle fuerte y sano, dispuesto a regresar. Luego fue a despedirse.

—¿Armonía? —la llamó sin entrar en la cabaña, por varias veces.

Nadie salió a desearle suerte en el camino.

El rey agachó la cabeza, sintiéndose culpable, y después miró al frente.

—Vamos hijo, regresamos a nuestro hogar.

Argan y Évenor se alejaron dejando atrás la cabaña, guiados por el sabio Epolis y acompañados por los cuatro lanceros. Avanzados ya en su camino, Antíope y Menalipa les observaban en la distancia, subidas a una gran roca de granito alejada del camino, cercana al bosque y al gran lago, desde la que se divisaba la gran polis de Atlas.

El príncipe se dirigió hasta ellas y las dos jóvenes se alzaron ante su llegada y, mirándole con curiosidad contenida, esperaron sus palabras.

—Decidle a Hipólita que en esta misma roca, en dos días, me hallaré al caer el sol. ¿Le haréis llegar mi mensaje? —preguntó Évenor con voz suave.

Antíope y Menalipa se mostraron maliciosas por unos momentos.

—No —contestaron ambas a la vez con una mueca alegre.

El príncipe las miró con una sonrisa cómplice y les alzó el brazo, despidiéndose con la mano conforme regresaba junto a Argan, Epolis y la guardia.

CAPÍTULO 4 · HUMO EN EL HORIZONTE

El príncipe Évenor se hallaba totalmente repuesto, para alegría de su padre. Pero Argan no se mostraba feliz, pensaba en Armonía. Por otra parte, apenas habían pasado unos meses desde la últimas Cortes celebradas en el panteón de Poseidón; alzadas sin concretar solución para combatir los pillajes realizados por huestes invasoras en los territorios de Atlanta.

—Mi señor, el rey Autóctono está aquí, desea veros —le anunció el capitán de la guardia.

Autóctono atravesaba con furia encendida en sus ojos los pasillos del panteón de Poseidón, acompañado por su guardia libia y de un consejero que, con amarga cara y sin poder remediarlo, le perdía el paso. Llegó hasta una sala de grandes ventanales y perfumados aires de mirra, en la cual se hallaba Argan observando el ágora de la acrópolis, junto a Évenor.

—¡Las poblaciones del norte están siendo arrasadas y una columna de guerreros ha atravesado las montañas de Pyrene, por su paso oriental, cerca de las playas! —exclamó.

—¡Lo sé! ¡No es necesaria tu ira para darme cuenta de ello! ¡Marchad pues, si a gritos tienes que hablar! Además, debes saber que, en su camino, han ocasionado diversos episodios

sangrientos en los territorios de Cronos; no solo las tierras de Llanós están siendo asaltadas, si bien de ello te previne —replicó Argan con autoridad.

Autóctono calló y les miró de forma impetuosa.

—La bravura del rey Cronos ha rechazado los ataques en Terya —afirmó Évenor.

—Debemos sacar las columnas de Atlas y hacerles frente. ¡Exterminarlos! Nuestras bajas son numerosas; esos guerreros, guiados por poderosos jinetes, lo arrasan todo a su paso. Se hacen temer por su crueldad. ¡Debemos pararlos! —insistió Autóctono de forma más respetuosa.

—¿Parar a quién? Nadie sabe de dónde vienen, ni dónde se ocultan, ni cuándo atacarán y no presentan orden en batalla. De tal forma no podemos alcanzarles, tanto más cuando algunos de ellos galopan sobre bestias. Tenemos que esperar nuestro momento —contestó Argan.

—Tus soldados han entrado en combate con ellos; dinos pues: no son aqueos ¿verdad? ¿Es cierto lo que se comenta de su destreza brutal? —preguntó Évenor.

—No son los hijos de Zeus, sino mercenarios salvajes, cobardes miserables que atacan donde nadie les espera y desaparecen; y los más duchos son los que cabalgan y visten de negro como la Parca cierta, con la cabeza y el rostro cubiertos con yelmos de bronce. Su destreza con las armas y la pericia de sus cabalgaduras es encomiable; marchan cubiertos con fuertes cueros y negras capas que les protegen del frío. El más diestro es el que porta un mortal labrys, esa poderosa hacha con doble hoja que rasga y parte la carne y los huesos como si fuera fruta tierna —dijo Autóctono de forma inquietante, mostrando cierto respeto y temor.

—Las columnas permanecerán en Atlas, en guardia, esperando la batalla que les sea propicia. Marcha y cuida de tu gente, que siendo tan altivo, a mí vienes pidiendo cuando dispones de cientos de valerosos hombres en tus tierras.

Autóctono se volvió desairado, mostrando su cara de desacuerdo y marchó con la guardia libia sin despedirse ni realizar acto alguno de respeto.

—Me gustaría enviarle a Lybia. No soporto sus constantes ofensas. ¿Cómo puede irrumpir así ante mi presencia? —se preguntó Argan.

—Padre, veo que estás enojado y me temo que el motivo de tu mal humor no es solo Autóctono. Piensas en ella ¿verdad? Aquel día, en el bosque, algo pasó.

Argan, agachó la cabeza.

—Mi querido hijo, creo que no he estado a la altura de un rey… ni a la de un hombre y ahora temo por la seguridad de Armonía y sus hijas. No soy ajeno a los rumores de palacio. Su sabiduría, el amor y la dedicación con que salvaron tu vida ha sido dada por brujería. La acusan de practicar magia negra, de vender su alma a los demonios más macabros, de realizar sacrificios humanos… Incitan al pueblo.

—Son envidias y recelos de aquellos que, colmados de ambiciones, nunca nos quisieron. Deberías ver a Armonía. Ella te quiere, lo noto cada vez que la veo; siempre me pregunta...

—No deberías ir al pantano, ni visitar a Hipólita. Vuestro amor es un secreto que todos en el reino conocen. Aseguran que la hija de la bruja ha robado tu corazón con artes oscuras mientras te recuperabas en el bosque.

—No me importan los dichos de pasillo, padre. Si bien es cierto que robó mi corazón, fue con su nobleza y humildad, con su belleza y pasión.

—Te olvidas de quién eres y de tu deber: debes unirte en sagrado matrimonio con Andrea. Bien la conoces, ¿le has comentado algo? ¿La has visto desde que regresamos del bosque?

—No… Tampoco la vi en mi dolor, cuidando de mí.

—Es una joven de noble familia, de Atlas, con la cual afianzarás tu estatus, como es debido en la familia real y está acordado; es sangre respetada por el pueblo, aprobada por todos.

—Padre, eres hombre de tradición, capaz de sufrir tu propio desamor. Yo no. Amo a Hipólita y quiero hacerla mi reina —respondió Évenor firme, con voz alta, cerrando una conversación que derivaba en discusión.

Bajo el dintel de la majestuosa entrada del templo de Clito, Armonía hablaba con Epolis. Tras una provechosa tarde con su hija ordenando recetas de hierbas medicinales, quería regresar al bosque antes que oscureciera. Ausente a los últimos intercambios de impresiones entre ambos, los ojos de Menalipa seguían hechizados por las esculturas, los pergaminos y adornos. La cultura atlante, tan avanzada, compleja y jerarquizada, le resultaba muy atractiva.

—Desde aquí parten exploradores en busca de conocimiento; en ocasiones, en viajes que duran toda una vida. En otras, caídos en desgracia, no regresan nunca. Los que vuelven reciben mil honores y el respeto de su gente. Aquí hallarás la sabiduría que tanto deseas —le comentó Epolis, complacido por el interés que mostraba la joven.

—¿Está el rey Argan aquí? —preguntó la joven, al ver varios lanceros de la Guardia Real y un carro de guerra apostados en la entrada del templo de Poseidón.

Armonía, dolida, volvió la vista.

—Está en el panteón, con Évenor… Armonía, créeme, te echa de menos cada día, cada noche. Te quiere, pero quizá no lo sabe —comentó Epolis pretendiendo dar esperanza.

—Uno siempre sabe lo que ama, pero más teme lo que pueda perder. Lo que más me duele en verdad es su oposición al amor entre Évenor y mi hija Hipólita. Ella será reina, es su designio divino —afirmó Armonía con orgullo, ante el asombro de Epolis y Menalipa.

Dentro del templo de Clito, la reina Treita avanzaba altiva, ajena a la presencia de Armonía; seguida de sus consejeros, comentando dichos a los nobles que recorrían los pasillos con voz alta, para que todos la escucharan.

—¿Cómo puede sanar a tantos con tan poco? Debe ser bruja, si no ¿cómo sobrevive a las bestias sanguinarias que habitan el pantanal?

—Su hogar es guarida de dioses malignos que se tragan el alma de aquel que osa acercarse. Ha embrujado al rey y al príncipe, a sus pies los tiene —añadió uno de los nobles.

Treita avanzó hacia la salida, satisfecha ante lo que oía, consciente de lo que hacía. De pronto, se detuvo y quedó muda. Armonía estaba delante, en la escalera del templo, acompañada por Menalipa y Epolis. Siguió sin desviar su camino, llegando frente a ella. Los consejeros de la reina quedaron expectantes mientras Menalipa, inocentemente, le regaló una sonrisa.

—¿Quién es, madre?

—Es la reina Treita, soberana de las tierras de Elisippos.

—¡Qué vestido más lindo! ¡Es precioso! —exclamó Menalipa.

La reina sonrió y haciendo una noble cortesía, siguió su camino.

Armonía y su hija quedaron bajo la mirada hostil de los nobles que la acompañaban.

—Bruja —susurró Treita en voz baja, con desprecio, y su voz se repitió como un eco maligno en boca de aquellos que la seguían.

—¡Bruja! ¡Bruja! —eran palabras cada vez más claras, altivas.

Armonía se giró. Tras ella, al menos diez jóvenes y dos ancianos sacerdotes se acercaban con insanas intenciones. Treita observaba en silencio, sin intervenir.

—Echemos a la bruja del sagrado templo de Clito —gritó uno de ellos.

Una gruesa piedra voló hacia Armonía que, con un rápido movimiento, la atrapó con su mano. Manteniéndola en su puño, miró fijamente al que la lanzó, el cual dio un paso atrás, intimidado ante aquella profunda mirada. Armonía soltó la piedra, que cayó rodando por los escalones del templo, y posó la mano sobre su daga, acercándose a su hija.

—¿Es esta la hospitalidad que mostramos ante la persona que devolvió la vida al príncipe heredero? ¡Vergüenza en vuestra alma! Acosar de esta forma a una noble dama y a su hija. ¡Qué poca hombría! ¡Guardia! —espetó con fuerza Epolis, consternado por lo ocurrido.

Los jóvenes se dispersaron rápidamente al ver acercarse a los lanceros de la Guardia Real. Los ancianos se alejaron, evitando la mirada de Epolis. Treita había desaparecido.

—Gracias, Epolis —dijo Armonía. Luego quedó en silencio, apretando los labios.

—Lo siento, la gente teme aquello que no comprende y hay quién se ocupa de que el temor genere odio. No te preocupes, haré que la guardia proteja vuestros pasos hasta la muralla.

—Epolis, ¿por qué querían dañarnos esos hombres? —preguntó Menalipa—. Nos llaman brujas. ¿Por qué?

El viejo sabio se sintió avergonzado y no pudo responder.

Esa tarde, como en tantas ocasiones, Hipólita atravesó el Bosque Maldito observando cada detalle, avanzando entre alcornoques y pinos. En los días de cielo abierto, no resultaba extraño que se acercara a la gran roca de granito situada al norte, de la cual manaba un pequeño arroyo que moría en el lago, cerca de la pequeña aldea de Artos, desde donde se podía contemplar Atlas. Entonces advirtió huellas en formación y rastros de cascos pulcramente cuidados, se dirigían hacia Artos. Era evidente que por la senda había pasado un numeroso grupo de hombres, algunos de ellos a caballo. Con una rama alzó algunas hojas tiernas para observar mejor las huellas acuñadas en el barro. Sintió curiosidad y pensó en seguir aquel inusual rastro.

Entonces, asomando la cabeza entre un arbusto fijó la mirada en la preciada roca, lugar de sus citas secretas. Allí estaba su amor, esperándola, ataviado con un hermoso chitón de satén blanco con ornamentos azulados. Pensó en lo mal que lo había pasado, cuando las fiebres querían devorarlo, y ahora estaba allí, lanzando pequeñas piedras al agua, impaciente por verla. Por un momento volvió a mirar el sospechoso rastro, pero no le dio más importancia y, arqueando las cejas, lanzó la rama sobre la senda y corrió furtivamente hacia el príncipe.

Acercándose sin levantar ruido alguno, como sigiloso lince que acecha a una recelosa presa, llegó hasta su espalda y saltó sobre él, abrazándole.

—¡Hipólita! —exclamó el joven.

Évenor la tomó de la cintura y la estrechó contra su cuerpo. Hipólita pasó los brazos por encima de sus hombros, emitiendo un suspiro y un beso selló sus labios. Sonriendo, le mordió suavemente el labio inferior y salió corriendo. El príncipe la miró, poniéndose la mano en la boca, y fue tras ella. Recorrieron los rincones de aquel arroyo, montaña arriba, en busca de frutos silvestres, hierbabuena y alguna trucha que arponear. Les gustaba prepararse una buena pitanza antes del anochecer y disfrutarla en la roca durante la puesta de sol.

—¡Ya tenemos la cena! —exclamó Évenor erigiéndose entre los salientes del arroyo con un pequeño barbo en la punta de la lanza, exhibiendo su preciado trofeo.

Para su desconsuelo, Hipólita le sonrió mostrando una enorme trucha atravesada por una saeta. El príncipe estaba asombrado; a la joven doncella le habían bastado su aguda vista y un pequeño y potente arco, obra de Armonía, para hacerse con aquel enorme pescado. Bajó su lanza y entonces, resbaló hacia atrás quedando sentado en el arroyo, viendo cómo su presa se perdía arrastrada por la corriente. Y saltó rápido para atraparla de nuevo.

Hipólita comenzó a reír mientras se dirigía a la roca, mirando hacia atrás, observando como Évenor, con la ropa empapada, llevaba en la mano el pequeño barbo.

Pasaron el tiempo escuchando el viento, se miraban pensando en un futuro no muy lejano, mientras el pescado se asaba en una hoguera. Hipólita no tenía más ambición que sentirse cerca de su amado, darle hijos sanos y sentirse querida. Évenor, como heredero de la Corona, iba más allá en sus palabras.

—Esta tierra volverá a ser el imperio de paz y justicia que un día lo hiciera grande. Y tú, mi amor, serás la más feliz de las reinas —le dijo con ternura, acariciándole el mentón.

Un rojo atardecer embelleció la llegada de la noche mientras ambos jóvenes, colmados de ilusiones, se besaban. Abrazados, observaban enamorados cómo la luna rompía y el sol moría.

—¿Qué es eso? —preguntó inquieta Hipólita, fijándose en un resplandor del horizonte.

—¡Es Artos! ¡Está en llamas! ¡Están saqueando Artos! —exclamó Évenor levantándose.

—¡No! ¿Quiénes pueden hacer tal cosa?

—Hace tiempo que unos brutales guerreros atacan nuestras aldeas más distantes de la polis, pero veo que su descaro va en aumento —aseguró Évenor alzado sobre la roca, expectante ante las llamas—. Debo volver, mi padre dispondrá de las columnas de guerra, están muy cerca de Gadeira y de Atlas. ¿Cómo pueden haber llegado hasta aquí sin ser descubiertos?

—¡Han llegado a través del bosque! ¡Madre! —exclamó Hipólita al pensar en el inusual rastro que antes había llamado su atención. Preocupada por sus hermanas y Armonía, puso las manos en el pecho de Évenor, le besó rápidamente y salió corriendo.

CAPÍTULO 5 · LAS HUESTES INVASORAS

Évenor avanzaba rápido por el valle hacia Atlas, sin fatiga ni temor, hasta que vio una columna de trescientos lanceros conducida por su padre, el rey Argan.

—¡Padre! ¡Artos está en llamas! ¡Debemos acudir con premura!

—No hijo, es una argucia. El oro que buscan está en Gadeira.

—Pero…

—Artos no es recompensa para tal osadía; piensan que el resplandor del fuego nos llevará hasta allí. ¿Por qué iban a prender Artos si les convenía el pillaje sin llamas? Esos guerreros nunca han cometido tamaña estupidez ¡Vamos a Gadeira! —exclamó Argan.

En Artos, guerreros salvajes de grandes barbas, cabellos negros y ojos rasgados sembraba el terror con hachas, espadas y venablos. Se vestían con telas de cáñamo y cueros adornados con

huesos y pieles humanas. Junto a ellos cabalgaban siete jinetes, que eran tan diferentes a ellos como gallardos; sus ropajes de telas y cueros oscuros se adornaban con una larga capa negra, tal cual sus monturas, que cubiertas con lino negro y corta cota de bronce parecían formar un solo ente con su jinete. En sus cabezas, un yelmo de metal oscuro, liso, sin adorno alguno, ocultaba gran parte de su faz. De sus espaldas sobresalía el mango de la espada; en sus manos, una lanza de punta larga adornada con penachos de plumas negras y, en sus costados, un carcaj preparado con arco y flechas para combatir.

Impasibles, en el centro de la aldea, los siete jinetes observaban. Los guerreros entraban casa por casa, arrasando con la tibia oposición de unos hombres indefensos que se resistían a morir. El valor no tenía recompensa, sino muerte. Hombres y mujeres huyeron hacia el bosque. Los saqueadores les siguieron, cazándolos con redes. Muchos murieron lanceados. Gritos de venganza y lágrimas de impotencia eran ahogados por la contundencia del metal. Los niños y las doncellas que sobrevivieron fueron anudadas a largos maderos; las ancianas, muertas. A muchos hombres los degollaron frente a sus seres queridos; les arrancaron la piel a tiras y las cabelleras ante aquellos que no cesaban de gritar su horror. Las riquezas, vasijas, cueros, animales… Todo se lo llevaron cargado en carretas tiradas por los bueyes de la propia aldea. Tras saquear el último hogar, comenzaron la huida, llevándose a los prisioneros, en fila de a uno, atados con unas cuerdas por el cuello, tirando de ellos sin piedad entre llantos de desesperación.

Cuando todo acabó, los siete jinetes, que se habían mantenido al margen de la matanza, recorrieron la aldea con calma, observando los muertos que ardían junto a sus derruidos hogares, tapándose la nariz con el puño para evitar la horrible pestilencia de la carne humana quemada.

—¡Favor! —resonó una maltrecha voz.

Un hombre malherido se arrastraba entre los muertos suplicando ayuda. Quiso levantarse clavando la rodilla, estirando el brazo… Uno de los jinetes trotó a su lado y le atravesó el corazón con la lanza. Una niña de apenas ocho años, negra melena y rosados mofletes corrió hacia ellos.

—¡Papá, papá…! —exclamaba con lágrimas en los ojos.

Con un suave trote, el jinete tomó a la pequeña del brazo, la colocó en la grupa del caballo y se alejó observando el dantesco espectáculo. Alzando el galope, ahogada la vida, cruzó la aldea en llamas uniéndose a los suyos y alejándose de aquel lugar de muerte.

En el bosque, Hipólita corría con desespero, encontrándose de frente con su hermana Antíope que, curiosa ella, la espiaba en sus encuentros secretos.

—Vamos, escondámonos en la cueva —le dijo Hipólita, ladeando la cabeza y mirándola con muestras de enfado consentido al sentirse observada en sus citas de amor.

Apenas habían andado unos pasos, tropezaron con Menalipa que avanzaba hacia ellas.

—¿Qué haces aquí? ¿También vigilas mis besos?

Menalipa se sonrojó sin saber qué contestar, sintiéndose descubierta.

—¿Dónde está nuestra madre? ¿No estabas en el templo? —insistió Hipólita.

—Siguió sola la senda del bosque, hacia la cabaña para recoger leña. Salimos pronto de Atlas… ¿Qué está ocurriendo?

—¡Madre! ¡Debo avisarla! ¡No quieran los dioses que esos hombres de guerra tropiecen con ella! —exclamó Hipólita—. Esconderos —apuntó mientras corrían hacia un acantilado.

Rápidamente, las tres muchachas treparon por las altivas paredes. En lo alto, a media altura, una discreta abertura delataba la entrada de una cueva. Hipólita se aseguró de que sus hermanas estaban bien ocultas, colocando ramas en la entrada. Luego bajó saltando entre los peñascos y se introdujo en el bosque. Acelerando sus pasos, corrió en busca de Armonía conforme oía los gritos de muerte que el viento arrastraba hasta ella.

Comandada por un poderoso guerrero con un yelmo de bronce que apenas dejaba ver sus ojos, una larga capa de tintes de leopardo y a lomos de un imponente corcel negro; una columna de más de cien guerreros había burlado la vigilancia de las patrullas atlantes, atravesando el Bosque Maldito y llegando hasta Gadeira sin ser descubiertos. Ocultos observaban cómo Autóctono dirigía personalmente a sus lanceros hacia la pequeña aldea, con toda la fuerza de sus comandantes, con la idea de sofocar el asalto y aplastar al enemigo.

En Artos solo le esperaba el horror de la carnicería acontecida. Apenas se hubo alejado lo suficiente, la verdadera batalla se desató brutalmente en Gadeira y la urbe se hallaba sin guarnición que la protegiera ante el horror, la bravura y determinación de unos guerreros que sabían cierto donde golpeaban: el palacio del rey y los templos de culto y oro.

Llanós y sus hermanos corrieron por los pasillos, aterrados, con las armas en la mano y se encerraron en sus aposentos. Los soldados de la guardia trataban de repeler el inesperado ataque, en vano. Fueron lanceados y degollados en las puertas del palacio. Un nuevo resplandor iluminó la noche conforme los siete jinetes llegaron a Gadeira, uniéndose a su comandante y recorriendo los pasillos y estancias del palacio sin descabalgar, acabando con todo aquel que hallaban.

Reventaron la entrada a los aposentos reales, donde se encontraba Llanós con la espada desenvainada. Tras él, sus hermanos apenas podían mantener en alto unas dagas mientras lloraban aterrorizados. El poderoso guerrero descabalgó y anduvo hacia el monarca, observando el oro y la argéntea que allí había. El rey esgrimió su hoja, valiente. De un golpe rápido con el labrys, el poderoso guerrero le cortó la mano, que cayó al suelo con la espada sujeta, y después

hundió el hacha, tremendo, en su cráneo. En ese momento, una docena de salvajes guerreros entraron, lancearon sin piedad a los hermanos del rey y se echaron sobre sus riquezas.

—¡Es un engaño para alejarnos de palacio! ¡Volvamos! —exclamó Autóctono, observando la desolación en Artos, viendo las lejanas llamas de Gadeira.

—Mi rey, aquí hay un claro rastro que lleva hacia el bosque, parece que llevan carros y caballos… Podríamos alcanzarles —dijo uno de los rastreadores, fijándose en el camino de huida de los guerreros que habían asaltado la aldea.

—¡Gadeira está en llamas! ¡Están saqueándola! Debemos volver rápido —ordenó el rey.

En Gadeira, entre gritos y sollozos, muchos huían hacia Atlas buscando protección, aterrados ante el acoso de aquellos invasores que, saqueado el palacio, se volcaron sobre la ciudad. Entonces apareció Argan, rey de reyes, reluciente como un dios con su coraza de bronce, en la que destacaba la testuz del uro; sobre un carro de guerra, de trabajados adornos y fuertes caballos. Desenvainó la espada y lanzó con fuerza su lanza atravesando el pecho de uno de aquellos despiadados guerreros.

—¡En formación, avanzad en formación! ¡Alzad esas lanzas! ¡Cubríos con los escudos! —gritaba dirigiendo en persona sus columnas en el ataque. Junto a él, su hijo Évenor, que por primera vez entablaba batalla mortal.

Los invasores cedieron en su ataque ante la ofensiva de una fuerza militar organizada que les triplicaba en número. Las columnas de Atlas, protegidas por escudos, avanzaban sembrando muerte con sus largas lanzas. Aquellos hombres saltaban sobre ellos, pero eran ensartados sin opción alguna y quebrados por la lucha en formación. Los asaltantes retrocedieron rápidamente, con una orden de su comandante, el cual alzó el labrys y señaló en dirección al bosque. Atrás quedaba el palacio de Gadeira, en llamas, y gran parte del botín que no pudieron cargar.

Una columna de Argan entró a degüello tras ellos, adelantando la primera línea de lanceros; lanceando a los rezagados sin piedad hasta los lindes del bosque, donde los árboles y el matorral impidieron el paso de la formación militar que empezó a recibir descargas mortales de saetas.

—¡Alto! ¡Cubriros! ¡Retroceded en formación! —exclamó Argan, viendo caer a sus lanceros con dardos que surcaban veloces, sorprendiéndoles en la oscuridad.

—Pero padre, podemos seguirles ¡acabar con ellos! —instó Évenor, valiente.

—No, hijo; en el bosque no podremos luchar en formación, debilitaremos nuestra fuerza, seremos fáciles objetivos para sus saetas. Atendamos a los heridos, pues no entraré en el interior del bosque para perseguir a un enemigo vencido al que desconozco. La batalla terminó.

La luna se alzaba sobre el cielo oscuro, docenas de cuerpos yacían en tierra, la sangre caliente fundía la fina capa de nieve. Argan y su hijo Évenor se sentaron a descansar frente al palacio de Gadeira, sobre el carro de guerra. Su auriga les ofreció agua mientras los hombres trataban de sofocar el fuego que amenazaba con consumirlo todo. El rey se sentía agotado; el cansancio le recordaba tiempos pasados y miró a su hijo con orgullo. Se había portado valiente, tal como de él se esperaba.

Cuando Autóctono llegó hasta el palacio de Llanós encontró, de nuevo, muerte y ruina. La ira le consumía. Argan, le esperaba sentado en el carro, al lado de su hijo, con la respiración entrecortada tras el fragor de la contienda.

—Tarde llegas a la batalla —aseguró el Argan—. El palacio arde en llamas y tu amado rey Llanós ha muerto. Mas no desesperes, pues el oro abandonaron con mi llegada. Espero que antes de extender de nuevo tu reinado, afiances bien lo que guardaste gracias a mi espada.

Autóctono siguió avanzando, observando a la luz de las llamas en silencio y humillado. Entró en palacio y se mantuvo por un tiempo mirando el cadáver de Llanós. Sin mediar palabra, templó su lanza y decidido a vengar la ofensa, se lanzó en persecución de los hostiles cruzando el valle para adentrarse en el Bosque Maldito con sus hombres.

Argan le vio alejarse y entonces se alzó de pronto, angustiado.

—¡Armonía! —exclamó y corrió hacia el bosque con una columna de lanceros.

Évenor le siguió.

El cielo comenzó a nublarse, amenzando tormenta.

En su repliegue, el invasor se adentraba cada vez más entre los altos árboles y el denso matorral. Su comandante parecía un dios entre los suyos. No temía nada, cabalgaba orgulloso junto a sus poderosos jinetes y un grupo de veinte guerreros le seguía. No llevaba apenas botín alguno, ni tan siquiera heridos; tan solo el sabor del sudor y la sangre. Había tentado al enemigo. Y no temía las leyendas de muerte del Bosque Maldito. Atravesándolo había llegado hasta Gadeira sin ser descubierto y ahora, regresaba por las mismas sendas.

Entonces, entre dos viejos árboles, el bravo guerrero halló a Armonía que, cargando leña sobre su hombro, avanzaba sobre la hojarasca hacia su pequeño refugio.

—¿Eres tú la que llaman la dama del bosque? —preguntó finalmente.

Armonía escudriñó la mirada oculta por el casco y se dirigió hacia la cabaña.

—Descabalga, prepararé una infusión que te caliente el cuerpo —contestó.

El poderoso guerrero bajó del caballo, mientras unas finas gotas de agua comenzaban a caer, y siguió a Armonía, que permanecía intranquila; su rostro marcaba la angustia del que,

permaneciendo oculto, ha sido hallado. Los guerreros empezaron a registrar la zona, mientras los siete jinetes permanecían impasibles bajo la lluvia, cubiertos con sus capas sobre sus cabalgaduras.

Armonía iluminó la cabaña con las llamas de una pequeña hoguera y una tea; tras calentar el agua, vertió hierbabuena y manzanilla en el cazo, y algo de miel.

—No me has contestado —insistió el guerrero.

—Quién soy, ya sabes. Ya ves qué fue de mí tras tanto tiempo.

—Bueno, una década tampoco es tanto tiempo. ¿Dónde están las niñas?

Armonía ignoró su voz y, triturando unas semillas, siguió preparando la mezcla.

—Yo ya no soy nadie que merezca tu atención y en este bosque solo hallarás muerte —contestó tras un silencio tenso y le dio el cuenco con el brebaje caliente—. Toma, bebe, templa el cuerpo y reemprende tu camino.

—Sabes bien que no temo a la muerte… y lo que quiero —comentó el guerrero mientras bajaba el cuero que cerraba la entrada a la cabaña.

—No tengo lo que buscas. Y ellas hace tiempo que marcharon. Ya crecieron lo suyo, no las reconocerías y nada saben. ¡Están tan cambiadas! —comentó con una extraña sonrisa.

El guerrero sonrió, dejó el cuenco sobre la mesa, sin probar el contenido, y se quitó el yelmo que cubría su cabeza. Una larga melena roja cayó sobre su espalda. En su rostro de mujer, se reflejaba la viva imagen de Armonía; tan solo una cicatriz, que recorría el lado derecho de su cara marcando la frente y el pómulo, oscurecía su belleza. Dejó suavemente el yelmo sobre un pequeño fajo de pieles y se acercó a ella y, de pronto, le lanzó un fuerte golpe en la cara.

—Ya veo —apuntó la altiva guerrera, apretando entre sus manos las prendas de una de las doncellas. Después asió el brebaje de hierbas y se sentó en el tronco, esperando que Armonía se recobrara mientras dirigía la vista a los rincones de la cabaña; se fijó en las tres espadas que colgaban de un grueso madero que hacía de pilar y sonrió, negando con la cabeza.

A lo lejos, comenzó a oírse el paso firme de los guerreros del rey Autóctono. La guerrera se alzó tranquila, se dirigió a Armonía y, observando el vapor que emanaba de aquel pequeño cuenco con el agua de la infusión, se lo lanzó a la cara.

—¿Acaso me creías tan estúpida como para beberme esto? Volveré. Este reino de machos será destruido y su oro mío. Regresaré y me rendirás cuentas —le espetó con voz templada.

Dolida, con las manos en la cara, Armonía bajó la cabeza ahogando un desesperado grito; esperando que la guerrera marchara de su hogar, la cual le dio la espalda y salió de la cabaña.

—¡Mirina! —la llamó y salió tras ella.

Mirina se alzó en su caballo, la miró y se acercó; e inclinando el cuerpo, puso la mano en el cuello de Armonía, como un destello, haciendo presa.

—Estáis muertas —le dijo con voz suave y tranquila, acercando el rostro a su oído.

Armonía la miró fríamente sintiendo que el aire le faltaba y aguantó su ímpetu por un momento. Luego lanzó su mano sobre el cuello de Mirina y apretó fuerte, entre lágrimas de rabia.

—¡Mi espada y valía nos guardará de tu maldad! —le espetó desafiante.

Así quedaron unidas, frente a frente, asidas por el cuello, apretando sin estupor, reflejo de un odio olvidado que regresaba con fuerza. Por un momento avanzaron los jinetes templando las armas. Los guerreros las miraban sorprendidos y sin saber qué hacer ante tal escena. Las dos hermanas enfrentaban sus ojos apenas rozando sus rostros; mirándose fijamente, un frío silencio recorrió sus mentes mientras se oprimían fuertemente con sus manos.

Mirina soltó el cuello ante la proximidad de los soldados de Autóctono, tosió y sonrió.

Armonía hizo lo mismo y tragó saliva, pero no sonrió.

—Si estimas tu vida ¡no vuelvas nunca! —sentenció decidida.

Mirina la miraba de reojo mientras se colocaba el yelmo y, volviéndose hacia ella, le frunció el ceño arrugando los labios, como lanzándole un beso. Luego espoleó el caballo y, alejándose con sus hombres, comenzó a sonreír pues, sin buscar, había hallado lo que más ansiaba.

Los guerreros de Autóctono tardaron poco en presentarse ante la cabaña. El rastro de Mirina les había llevado directamente hasta allí. Neson, hombre rudo de múltiples cicatrices, muy grande y fuerte, sin escrúpulos y comandante de la guardia libia de Autóctono, alzó el cuero que cubría la entrada para que pasara al interior su rey. Sentada junto a un cuenco grande con agua caliente, se hallaba Armonía.

—¿Qué deseas de mí? —le preguntó sin girarse, ocultando su pena.

Autóctono observó la escena, el pequeño cuenco de hierbas y la reconfortante hoguera. Con un gesto de ira, sin mediar palabra, asestó un fatal y traidor golpe con su espada a la indefensa mujer. El agua del cuenco se tornó roja, los ojos de Armonía se cerraron lentamente y un sudor frío recorrió la frente del rey.

Entonces llegó Hipólita, surgida del bosque, y se dirigió a la entrada de la cabaña. Neson le impidió violentamente el paso, dándole un fuerte empujón que la desplazó hasta golpearse con el tronco de un grueso alcornoque. La joven quedó conmocionada, con las manos en tierra.

Autóctono salió de la cabaña deslizando la mano por su rostro mojado por la lluvia, entreabriendo la boca. La espada ensangrentada delataba su crimen y sus ojos, la ira calmada.

En ese momento, Argan y sus hombres llegaban.

Hipólita miró con la boca abierta, aquella espada manchada de muerte, sujeta fuertemente por el puño de Autóctono. Se revolvió y entró corriendo en la cabaña.

—¡Madre! ¡Madre!

Allí estaba el cuerpo sin vida de aquella a la que muchos llamaban la dama del bosque. Hipólita cayó de rodillas al lado de su amada madre, llorando, meneando la cabeza de lado a lado, llamándola sin consuelo alguno ni respuesta. La sangre manchó sus manos, su pecho… Un fuerte grito resonó en el bosque.

—¡La bruja ha muerto al fin! Alojó, dio calor y socorrió al invasor. ¡Era una traidora! Merecía la muerte —exclamó Autóctono de forma banal, acicalándose el cabello con una mano, justificando su fatal acción ante la amarga cara de incredulidad que mostraba Argan.

Decidida, Hipólita salió de la cabaña con una espada en una mano y, en la otra, con un venablo que lanzó rápidamente. Autóctono consiguió esquivar a la muerte viéndola llegar en el último segundo, la punta le rozó la mejilla abriéndole una herida. La joven fue rodeada por varios guerreros. Ante la sorpresa de todos, atravesó con fuerza el pecho del primero que se le acercó y, dando un golpe en redondo con su espada, sesgó el cuello del segundo, que cayó con la mano en la herida lanzando espesos golpes de sangre al aire. Llena de ira, se dirigió hacia Autóctono, que la miraba incrédulo; la guardia le cerró el paso y uno de ellos alzó su espada. Ella esquivó el duro golpe ladeándose hacia la derecha y clavó su hoja en el costado del guerrero.

Neson, por detrás, logró golpearle en la cabeza con una porra, haciéndola caer desgarbada.

Évenor, desesperado, intentó intervenir, pero su padre lo impidió.

—¡No te muevas!

Maniatada, Autóctono la tomó de su larga melena y tiró de ella, alzándola.

—Eres hermosa y brava con la espada —dijo. Luego miró desafiante a Argan—. Muerto Llanós y su linaje, solo yo gobierno esta tierra; mío es el bosque y sus criaturas. ¡Es Ley!

El corazón de Évenor dio un vuelco ante tales palabras, ignoró las premisas de Argan por primera vez en su vida y armando su brazo, se dirigió hacia Autóctono. Fue retenido por orden de su propio padre. Aunque tan solo un golpe seco en la cabeza, que dejó al joven enamorado inconsciente, frenó sus intenciones.

Argan observó fríamente a Autóctono entendiendo su desafío, mientras sus hombres recogían al príncipe. Un enfrentamiento por rescatar a Hipólita o privarle de las tierras de Llanós podría servir de excusa para emprender una guerra fratricida, indeseada. Siempre dispuesto a ceder antes que ver la sangre de su pueblo derramada, el rey de reyes volvió a mostrarse magnánimo ante aquellas injustas premisas.

—Sea pues —replicó Argan, sin hacer nada ante la muerte de Armonía ni por Hipólita. Sabía que era ley: cada uno de los reyes de Atlanta impera sobre los hombres y las leyes en su reino y castiga a quien estima necesario. Y esta tierra, muerto Llanós, era tierra de Autóctono.

—¡Así sea! —exclamó Autóctono, complacido por la acción del rey de reyes que dejaba en sus manos, no solo a la joven doncella, sino Gadeira entera.

Hipólita maldijo su suerte viéndose separada de sus hermanas y cruelmente abandonada a su destino: esclava del asesino de su amada madre. Argan, angustiado, anduvo con prisa hacia la cabaña y vio el cuerpo sin vida de Armonía. La observó con tristeza y vio en el lecho, cerca, aquella daga que ella portaba siempre en la cintura. El corazón le dio un vuelco y su mentón tembló. La tomó de su punta, observándola detenidamente, y un amargo suspiro se le escapó al reconocer la daga que un día él mismo hundiera en la tumba helada de Pyrene.

—Me mostraste sabiduría y fuerza y fui ciego ante el amor que me ofrecías —susurró.

Su alma cayó derrumbada y se abrazó con fuerza al cuerpo, aún caliente, de Armonía. Limpiándose las lágrimas de la cara, estuvo largo tiempo sosteniéndola entre sus brazos. Emitió un largo gemido de pena, le acarició su rostro y besó sus labios sin vida. Se lamentó tanto, desde el fondo de su corazón, por no haberla abrazado con fuerza aquel día que le brindó su amor, que deseó morir. Volvió la mirada, recorriendo la cabaña que tantos buenos recuerdos le traía, y vio un cuenco de hierbas volcado sobre la mesa. Recostó con cuidado a Armonía sobre el lecho, se alzó y se fijó en el contenido del fondo del cuenco: hierbabuena, manzanilla y restos de bayas de muérdago prensadas; y con una última mirada, se dirigió al exterior con la daga en la mano.

Autóctono se le acercó.

—Pronto hallaré a las demás harpías de la bruja —dijo con voz sarcástica.

Argan alzó la daga y con un rápido movimiento, se la puso bajo la barbilla, hundiendo la punta un centímetro y medio en la carne, alzándole la vista al aire. Los hombres de Autóctono se armaron acercándose con precaución hacia ellos; y los lanceros del rey de reyes blandieron sus lanzas. La sangre resbalaba por la afilada hoja de bronce manchando la mano de Argan.

—Antíope y Menalipa viajarán conmigo, pues mía es la tierra que defiendo y este reino que tú, muerto Llanós, gobiernas. No olvides que soberano soy de Atlanta y de sus reinos y reyes, y que todo tiene un límite —espetó Argan acercando su rostro hasta la aterrada cara de Autóctono, el cual asintió con la mano mientras sus saltones ojos parecían querer abandonar su lugar.

Argan retiró la daga y dándole un empujón lo lanzó sobre Neson.

—Buscad a Antíope y Menalipa, las hijas de Armonía, y no regreséis a Atlas hasta dar con ellas —ordenó a sus lanceros y anduvo firme, ocultando la amargura que lo embriagaba, hasta situarse de nuevo frente a Autóctono y le tiró encima el cuenco de hierbas—. Aquel que hubiese bebido de este brebaje, habría hallado la muerte. Armonía no era una traidora, vil asesino; y cuida de tu suerte, pues no conocí nunca de enemigo alguno tan confiado que se tomara un tiempo de descanso para relajar cuerpo y mente en plena huida.

CAPÍTULO 6 · DEVORADORES DE HOMBRES

Junto a la cabaña de Armonía, bajo la lluvia, Argan observaba a sus hombres cavar una tumba; en su rostro se reflejaba la amargura del que ha perdido a un ser amado. Y entró de nuevo en la cabaña. El cuerpo de Armonía yacía sobre el lecho con los ojos cerrados y las manos cruzadas. Se acercó a ella, besó sus labios, acarició su ondulado pelo y cubrió el cadáver con una ancha tela, dejando su hermoso rostro al descubierto. Tomándola en brazos, la sacó de la cabaña donde su vida le había sido tan vilmente arrebatada. Andando y sin apartar la mirada de su faz, la llevó hasta la fosa. Ayudado por dos de sus hombres, la depositó dentro. Estuvo largo tiempo mirándola, hasta que el primer puñado de tierra cayó sobre ella.

—¡Un momento! —ordenó con firmeza.

Ante la atenta mirada de sus lanceros, tomó la daga que un día hundiera sobre la tumba de Pyrene y la colocó sobre la cintura de su amada. Después se quitó la capa púrpura imperial y, tras mirarla por última vez, cubrió el cuerpo de Armonía. Alzó la vista y asintió con la cabeza a sus hombres. La tierra embarrada comenzó a caer sobre el cadáver y pronto quedó oculto bajo una pila de piedras que el rey ordenó poner sobre la tumba.

La lluvia caía con fuerza sobre los terrazos de la acrópolis de Atlas. De regreso en el palacio real, Argan se retorcía en el lecho incapaz de dormir, odiándose a sí mismo por no haber atravesado a Autóctono tras el brutal asesinato de Armonía. Se levantó y se dirigió hacia el ventanal de la estancia. Indeciso y dolido, observó caer el agua, bramar el cielo y tronar el rayo. Por un momento pensó en partir al rescate de Hipólita. Después, mirando las gotas salpicar con fuerza en el ventanal, reflexionó sobre las consecuencias que podría acarrear una acción así para la Corona: una guerra civil, sin duda. ¿Y cuantos más morirían?

En el bosque, una docena de lanceros de la Guardia Real buscaban sin suerte a Antíope y Menalipa. La tormenta arreciaba, convirtiendo la tierra en un impracticable lodazal. Calados por el agua y con la mayoría de las teas mojadas; iban gritando los nombres de las dos jóvenes a la oscuridad de la noche, protegiendo bajo los escudos las pocas llamas que seguían alumbrando.

Un relámpago alumbró el viejo caballo de Armonía, que comenzó a trotar hacia una ladera.

—¡Sigamos al caballo, es posible que nos lleve hasta ellas! —exclamó el capitán.

No muy lejos, una ráfaga de viento voló las ramas con las que Hipólita había ocultado la entrada de la cueva donde se ocultaban sus hermanas, las cuales, ajenas a la tragedia, aguardaban su llegada. En la helada noche, un inquietante coro de aullidos calentaba la sangre. Las criaturas

del bosque despertaban buscando saciarse. Los soldados, más que seguir al viejo corcel, huían a la carrera del gruñido constante del Bosque Maldito, que parecía enfurecerse cada vez más.

Frente al cortado donde se alzaba la gruta, el caballo detuvo su trote.

—¡Allí, arriba! —exclamó uno de los lanceros.

Viendo que el caballo quedó quieto bajo la abertura, los lanceros subieron lentamente por las resbaladizas rocas hasta la entrada.

—¡Menalipa! ¡Antíope! —los gritos de los soldados y la luz de una ardiente tea inundaron la boca de la oscura cueva.

Las dos hermanas se miraron por un momento, indecisas.

Menalipa avanzó un poco y reconoció de inmediato los uniformes de los hombres de Atlas.

—¡Vamos Antíope, vienen por nosotras; son guerreros del rey Argan!

—¿Estás segura? —preguntó Antíope, precavida.

—Sí. Los debe haber mandado Hipólita —respondió Menalipa dirigiéndose a la entrada.

Antíope sonrió animada y corrió tras ella. De pronto, tropezando en la oscuridad de la caverna, cayó a las profundidades; una grieta oculta se la llevó envuelta en un alarido desesperado.

Fuera de la gruta se empezó a escuchar a lo lejos, entre el sonido embravecido de la tormenta, unos terroríficos gritos de angustia. Los lanceros de Argan, temerosos del desgarrador lamento que les traía el viento, introdujeron sus teas en la cueva en busca de Antíope mientras sujetaban a Menalipa, que no paraba de gritar el nombre de su hermana.

El rugir del viento transportaba el sonido de la muerte, acompañado de la violencia de la tormenta. Los devoradores de hombres habían caído sobre los guerreros de Mirina. La confusión creada por la lluvia, el trueno y el rayo en el bosque era tal que los soldados eran descuartizados sin apenas poder defenderse; caían de dos en dos, de tres en tres.

—¡Son lobos! —exclamó Mirina lanceando con fuerza a uno de ellos en el costado.

Los caballos, nerviosos ante la presencia de la muerte, se rebelaban sin poder ser controlados. Dos de los poderosos cánidos se situaron frente a Mirina con el lomo erizado, sus belfos alzados mostraban los mortales colmillos. La valiente guerrera trataba de lancearlos, mientras cuatro de estas voraces criaturas desgarraban el vientre y los cuartos traseros de su montura que, relinchando, doblaba las patas arrastrando las entrañas por el barro. Los jinetes que escoltaban a Mirina cabalgaron para socorrerla; unidos y lanceando al viento, lograron alejar momentáneamente a los lobos que, sin apartar sus almendrados ojos de ellos, se cebaban en los muertos y heridos. La rescataron de la atroz muerte acercándole el caballo del jinete cazado y pudo huir de un imprevisto final.

Mientras, en la cueva, Menalipa, confundida y temerosa, se lanzó en brazos del capitán de los lanceros del rey Argan.

—¡Por favor, ayuda para mi hermana! —suplicó con lágrimas en los ojos.

Corrieron a rescatarla; entraron y la buscaron lanzando sus teas en llamas por la grieta que se la llevó. Pero estas se cegaban apenas tocaban fondo, tras un recorrido incierto alumbrando la oscuridad. Los hombres la llamaban sin resultado. No había respuesta. La altura podía ser seria y el devenir de los gruñidos de la noche, les intranquilizaban en gran medida.

De pronto, un sonido en lo profundo de la grieta.

Un gemido se alzó buscando tímidamente la luz.

—¡Menalipa, aquí!

—¿Antíope? —preguntó Menalipa, angustiada.

Un enorme oso pardo había llegado hasta Antíope en el interior de la profunda grieta. La joven, en silencio y conmocionada por la caída, notó su presencia en la oscuridad, aquel fétido aliento. El descarnado grito de la doncella fue apagado por un fuerte rugido de muerte que hizo temblar el corazón de los soldados y estremecer el alma de Menalipa. El animal bramó con furia entre el crujir de huesos y unos angustiosos gemidos silenciados de pronto.

Los lanceros del rey iniciaron una desesperada huida del lugar, arrastrando a Menalipa tras ellos, la cual, entre gritos y súplicas, se negaba a abandonar la cueva sin su hermana.

—¡Vamos, no opongas resistencia! Lo siento, pero tu hermana está muerta —le insistió el capitán de la guardia, tirando de su brazo, para emprender el camino en busca de la seguridad de la muralla de Atlas, llevando consigo a la joven.

Al otro extremo del Bosque Maldito, Mirina se alzaba el yelmo y volvía su mirada atrás. Su caballo allí quedó, botín sangriento para unas criaturas a las que nunca temió. Allí yacían también los restos de sus salvajes guerreros que, esparcidos entre el barro y la hojarasca, eran devorados ávidamente. Hombres tan bravos como despiadados que habían librado y perdido tan singular como inesperada batalla. Después, apartándose con el puño la lluvia que bañaba su cara, se alejó con el resto de los jinetes soportando el incesante golpeo del agua y el rugido del trueno.

Tras salir del bosque de alcornoques, al descender una gran loma, llegó a un valle donde la esperaban los hombres que habían saqueado Artos, con numerosos carros cargados hasta arriba de bienes robados y un botín humano anudado entre maderos. Pasó ante ellos, marcando el paso. Los guerreros se pusieron en marcha y una caravana de presos comenzó a seguirla entre sollozos y lamentos. Y se giró altiva, dirigiendo una última mirada hacia el Bosque Maldito, sabía que el

lobo precavido raramente ataca al hombre, pero también que el hambre del invierno de un clan numeroso es fácilmente excitable con la sangre caliente. Al final, su paso por aquel bosque había tenido su precio.

CAPÍTULO 7 · REY AUTÓCTONO

La luz del alba traía consigo la resaca de la batalla en Gadeira. Reinaba un silencio de agonía, roto solo por afligidos lamentos de dolor y pena. Los muertos eran transportados en carros tirados por enormes bueyes hasta un valle alejado y arrojados en profundas fosas, cubiertos de cal y enterrados rápidamente para evitar la pestilencia y las fiebres malignas.

Autóctono observaba las ruinas de su palacio en la herida Gadeira, desde la estancia de su hombre de confianza y placeres. Neson procedía de las tierras de Lybia y se había ganado los favores de su rey guardándole de todo peligro, pues debido a su enorme masa de músculo, no encontraba rival para su brazo. Al fondo, custodiada por dos soldados, Hipólita permanecía anudada, cansada y con la mirada perdida.

—No habrá descanso tras la batalla. La reconstrucción de Gadeira debe comenzar de inmediato. Aseguraos de que se da atención a los heridos; y que se traiga agua, fruta, pan y carnes de Atlas para abastecer al pueblo —ordenó Autóctono a sus tres generales allí reunidos, hombres fieles a la Corona: Gadir, Tarss y Mimi.

—Así se hará, mi señor —respondieron.

—¿Qué destino se ha decidido para los prisioneros? —preguntó Neson.

Autóctono frunció el ceño.

—¡Cortadles la cabeza! —exclamó con rabia.

Cuando los generales abandonaron la estancia, una amplia sonrisa se dibujó en su rostro mientras repasaba lo ocurrido esa larga noche de batalla y tormenta. Sintió que en verdad no había sido una noche tan trágica. Aunque había perdido a su amado rey Llanós, conservaba a su fiel Neson, Gadeira era suya, la dama del bosque yacía sin vida y tenía en sus manos la vida de Hipólita, lo que podía servir para sus fines.

—La noche ha sido muy larga, tan horrible —aseguró Autóctono y se acercó a ella sutilmente—. Hemos perdido mucho, todos. He estado pensando en Gadeira, en sus gentes… Todavía no he decidido si matarte o concederte el honor de ser mi reina.

Hipólita le miró sorprendida. Después evitó la mirada del hombre al que despreciaba con toda su alma, el asesino de su amada madre.

—Quiero reinar una tierra donde no acontezca noche igual. Levantaré Gadeira con altivas murallas y alzaré el palacio con más arte y oro del conocido —continuó Autóctono.

Hipólita no escuchaba. Esperaba su momento con la vista puesta en la hoja de bronce que, sinuosa, destacaba en el cinto de uno de los guerreros que guardaban su sombra. Y llegó. Tomándola con las dos manos anudadas por las muñecas, en un gesto rápido y atrevido, se lanzó sobre Autóctono en silencio, con furia. Pero su fugaz acción fue interceptada por el brazo fuerte de Neson, que vigilaba de cerca a la bella doncella. Rápidamente doblegó sus brazos y la tumbó en el suelo clavando la rodilla sobre el pecho; la golpeó duro con un fuerte revés, dejándola traspuesta en el suelo, y le arrancó la daga de las manos. Neson se irguió mientras la joven se contorneaba, apoyando la cara en el suelo y manchándolo con la sangre de sus labios.

—¡Levántate! —ordenó Autóctono.

Nesón la levantó del suelo tirando de sus cabellos. Hipólita apretó los dientes con un gemido de rabia, ladeó la cabeza clavando los ojos en el general y se giró para ver a Autóctono, el cual la observaba con las cejas alzadas, con un gesto de sorpresa y aprobación.

—Está decidido, serás mi reina. No desesperes, no pretendo que me ames; con el tiempo aprenderás tu rol y me darás un hijo fuerte y bello que, un día, será rey de reyes de Atlanta.

Por unos momentos el silencio colmó la estancia.

—Encerradla en la más honda de las mazmorras. Pan y agua una vez al día; muerte para aquel que se atreva a rozarle uno solo de sus hermosos cabellos —ordenó Autóctono.

Neson se acercó hacia el guardia que había perdido la daga y se la ofreció, hundiéndola en su muslo hasta el mango de un brutal golpe.

—La próxima vez que te dejes tomar así tu arma, no te la devolveré de forma tan amable.

En la acrópolis de Atlas, el príncipe Évenor despertaba con un fuerte dolor de cabeza. Se levantó de su aposento y se dirigió hacia los ventanales de la estancia. Un pensamiento fugaz: ¡Hipólita! Y corrió por los pasillos de palacio hasta llegar a las dependencias de su padre. Apartó la guardia y dando un fuerte empujón, abrió las puertas. Allí estaba Argan, esperándole. Abrazada en su regazo, Menalipa lloraba consciente de la tragedia.

Évenor tragó su ira al ver las lágrimas de la doncella.

—¡Tenemos que rescatar a Hipólita! —exclamó.

Menalipa y Argan le observaron. La doncella con la mirada de la esperanza; el rey con la mirada de la angustia que niega el deseo.

—No mandaré a mi pueblo a la guerra contra la ambición de Autóctono, serían muchos los muertos y grande la destrucción por satisfacer el sueño de una sola persona. No puede ser,

aunque esa persona sea mi propio hijo —aseguró limpiando las lágrimas de Menalipa y se dirigió a ella—. Ve con mi hijo Évenor. Cuidará de tu vida como si fuera la suya misma, pues a partir de este momento serás considerada hija mía.

Tras aquellas palabras, Argan miró a los ojos de su hijo con la mirada del que busca compasión e impone voluntad. Évenor le devolvió la mirada, aceptando de corazón a Menalipa como hermana, pero condenando la negativa de luchar por rescatar a su amada Hipólita.

—¿Y Antíope? —preguntó el príncipe.

—No se pudo hacer más por ella —contestó Argan desviando la mirada con tristeza.

Menalipa se acercó tímidamente al príncipe y le miró con pena; de pronto, corrió y se le abrazó fuertemente, rompiendo a llorar de nuevo.

Évenor acarició su largo cabello, le alzó el mentón y le ofreció su brazo.

—Acompáñame, te llevaré a la mejor de las estancias para que descanses tu pena que es la de todos. Y no te preocupes, no voy a dejar a Hipólita en manos de ese canalla asesino.

Tras alojar a Menalipa, el príncipe abandonó la acrópolis dirigiéndose veloz a las tierras de Gadeira en busca del rey Autóctono, armado con una espada y un escudo. Ante la puerta en ruinas del palacio, todavía humeante, y cercado por varios lanceros, reclamó la presencia del rey.

—¡Autóctono! ¡Rey de libios! ¡Maldito asesino! Aquí estoy con mi espada templada esperando tu presencia, deja en libertad a mi amada Hipólita.

Sin respuesta alguna, insistió retándole ante el silencio y la indiferencia.

—¡Asesino de mujeres! ¡Raptor de doncellas! ¿Qué miedo tienes en enfrentarte a mí, un hombre? ¿Acaso tu propia cobardía te lo impide?

Al momento, apareció la Guardia Lybia con Neson al frente y le dio un fuerte empujón en el pecho que lo desplazó seis pies atrás y casi le hace caer.

—Vengo para que sepas que si permaneces vivo solo es por ser hijo de quien eres. Ya has mostrado tu pueril gallardía, ahora muestra el debido respeto a nuestros soberanos. Cumple lo acordado por Ley y regresa a tu guarida en Atlas, donde estarás a buen resguardo y a salvo de mi espada —le espetó con cara de desprecio.

El príncipe frunció el ceño y sin acobardarse ante el enorme guerrero, avanzó decidido.

—¿A ti te envía ese cobarde?

Pero la punta de las afiladas lanzas de los soldados se hundieron en sus carnes, rodeándole, produciéndole heridas punzantes en los brazos y el pecho, fijándose en su cuello.

—No insistas o una terca mula te regresará a la acrópolis arrastrando tu maltrecho cuerpo por las aliagas del llano —le advirtió Neson.

Évenor, con la frustración que produce la impotencia y el dolor, dio un paso hacia atrás liberando su cuerpo de la presión de las lanzas. Neson volvió a empujarle fuertemente y esta vez sí cayó al suelo perdiendo la espada y el escudo en el envite. Los lanceros de la Guardia Lybia empezaron a reírse jocosos de su suerte. El joven se alzó manteniendo la serenidad y, aguantando los golpes, trató de arremeter contra ellos. Acorralado, fue apaleado durante largo tiempo hasta que quedó maltrecho y medio ido en el suelo, sin fuerzas.

Neson lo levantó tomándolo del pecho.

—Marcha, gusano, aquí no hallarás más que humillación —le dijo.

Sin más que poder hacer, con el rostro desfigurado y la sangre manando de sus numerosas heridas, emprendió el regreso mientras era apedreado y abucheado por los hombres de Neson.

A su llegada a Atlas, Argan le observó triste desde el ventanal de sus alojamientos. El príncipe no podía ocultar su desasosiego ni su ira conforme miraba, tambaleándose, hacia las dependencias de su padre. Epolis y sirvientes corrieron a socorrerlo.

Su entrada en la ciudad también había sido seguida con interés por Méstor y Treita, que se miraron desanimados ante la llegada del príncipe.

—Le dejó con vida; no dispondrá de mejor ocasión. ¿Por qué? —se preguntó Méstor.

—Las columnas de Atlas aún están a las órdenes de Argan y podrían enterrar fácilmente sus ambiciones. No es el momento, mi querido esposo —respondió Treita.

Esa misma tarde, tras vendar sus heridas y calmar los ánimos, Évenor abandonaba de nuevo la acrópolis, dirigiéndose hacia el cortado donde se encontraba la cueva en que desapareció Antíope, acompañado por Menalipa y una guardia de diez lanceros.

—No creo que hallemos nada —dijo el capitán de la guardia.

—Lo intentaremos al menos, algo debemos hallar —apuntó Évenor.

—Devorada por un oso, quizás sus restos y será muy desagradable —insistió el capitán.

—Si es así le daremos sepultura, que descanse en paz. Pero tenemos que asegurarnos, no fuera que herida necesitara de nuestro favor —dijo Menalipa con gran pena.

Una vez llegaron a la cueva estuvieron buscando la forma de llegar al fondo de la grieta.

—Dadme una cuerda y yo bajaré —aseguró valiente Menalipa al ver que nadie estaba dispuesto a colgarse en la oscuridad del abismo.

—Tranquilízate, mis hombres se ocupan. No pretendas locura alguna que no adelanta en nada —dijo el príncipe tratando de calmar el ansia de la joven por descender como fuese.

—¡Mi señor! —exclamó uno de los lanceros entrando en la cueva.

—¿Habéis visto alguna entrada? —preguntó el príncipe ante la mirada de Menalipa.

—En la falda de la montaña, señor —contestó asintiendo repetidamente.

Évenor siguió al lancero hasta llegar a una entrada oculta por grandes helechos, madreselva, zarza y un pequeño salto de agua. Un grupo entró en silencio venciendo sus miedos, alumbrando las húmedas paredes de la gruta, con la tea en una mano y la espada en la otra. Se adentraron unos cientos de pies hasta llegar a un recodo espacioso en su interior, desde donde se podía ver la luz de la tea que Menalipa, impaciente, mantenía en la apertura del techo.

Una vez revisado el lugar, la muchacha fue llevada rápidamente a la entrada de la galería, llegando hasta aquel recodo.

—¡Antíope! ¡Antíope! —la llamaron con fuerza, pero solo respondió el silencio.

—Este fuerte olor, estamos en un cubil de osos —apuntó unos de los lanceros.

—Deberíamos marchar, mi señor. Aquí no está —aseguró el capitán, nervioso ante la posibilidad de encontrarse con lo desconocido.

La llama de la tea de Menalipa alumbró una arista rocosa donde vio largos jirones ensangrentados de las vestiduras de su hermana.

El príncipe le posó la mano en el hombro.

—Tenemos que irnos, Antíope no está aquí y el morador de la caverna podría regresar; sería buena idea dirigirnos a tu hogar en el bosque. Quizá se encuentre allí —aseguró negando la evidencia, buscando esperanza.

Desde el vacío oscuro, un agudo sonido recorrió las paredes de la cueva.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Évenor.

Todos se miraron temerosos entre sí; habían quedado mudos.

—¡Antíope! ¡Soy yo, Menalipa! ¿Estás ahí? —gritó con fuerza a la oscuridad.

Y un nuevo rugido alteró los corazones de los lanceros.

—Deberíamos marcharnos, mi señor; aquí no hay nadie y esa pavorosa voz no es de doncella alguna —insistió unos de ellos.

Sin esperar más, escoltaron a Menalipa hacia la salida, la cual llevaba en sus manos los jirones de tela ensangrentados. Entonces empezó a escucharse un rugido desde la profundidad de la gruta, que con cada paso aumentaba. La expedición se aceleraba conforme el agudo rugido se acercaba de forma rápida, aumentando su fuerza y acompañado de fuertes chillidos.

—¡Corred! —gritó Évenor a sus hombres.

Aquel rugido se les echaba encima sin que sus piernas pudieran avanzar más veloces en tan angosta galería. Al fondo, la tenue luz del sol que se filtraba entre la vegetación iluminaba una salida que parecía inalcanzable. Un estruendo alado les empujó hacia delante y cayeron de frente entre gritos de terror. Miles de murciélagos pasaron sobre sus cuerpos. En el suelo, la tea

alumbró la parte superior de un cráneo humano descarnado. Una visión que alteró el corazón de Menalipa mientras el ensordecedor griterío parecía enloquecerla, y gritó horrorizada. El príncipe tiró de ella hasta alcanzar la salida atravesando, de un salto, la pequeña cascada y las zarzas que ocultaban la entrada.

—¡No, no, no! —gritaba Menalipa.

Évenor la abrazó, consolando su pena, y se arrodilló a su lado sin dejar de abrazarla.

Miles de quirópteros salieron de las profundidades de la gruta y se alzaron en vuelo por encima de sus cabezas, alejándose en una gran columna hacia el pantano. La noche llegaba. Sentados, los lanceros reponían fuerzas y calmaban sus corazones.

—¡Murciélagos! ¡Eran murciélagos! —exclamó uno de ellos.

Un enorme rugido les heló de nuevo la sangre. Tras ellos se erguía un enorme oso pardo que salía bramando de la cueva y, alzándose sobre sus patas traseras, arremetió contra uno de los hombres, lanzándole un certero zarpazo en el vientre. Menalipa se alzó junto a Évenor mientras los guerreros hacían volar sus lanzas sobre el enorme animal. Con un pavoroso rugido, el oso retrocedió y se adentró en la oscuridad de la cueva, no sin antes morder con sus fauces el tobillo del maltrecho guerrero que gritaba viéndose arrastrado a la atroz muerte.

Ante la sorpresa de todos, Menalipa corrió decidida a la entrada de la caverna y, agarrando la espada del lancero herido, saltó por detrás de la enorme criatura, sobre su lomo y le clavó la espada en la nuca. El oso se alzó violentamente sobre las patas traseras soltando su presa y rugió tremendo. La joven cayó hacia atrás mientras la espada atravesaba las cervicales del animal al hacer tope contra el bajo techo de la cueva. La herida que la joven le había propinado no era mortal pero, al levantarse dentro de la gruta, la bestia se precipitó hacia su propia muerte, hundiendo hasta el mango la afilada hoja de bronce en su cuello.

Évenor quedó asombrado ante la valentía de Menalipa. Ella corrió y se le abrazó temblorosa, mientras observaba al oso que había devorado a su hermana yacer con las patas al aire. Vio que estaba tuerto, que tenía un lado de la cara completamente desfigurada. Los hombres de Évenor atendieron al lancero herido y el príncipe decidió regresar de inmediato a Atlas.

—Mi nombre es Sarko y mi vida os pertenece; será un honor morir por ti llegado el momento —afirmó el lancero, apretando los dientes, mostrándose agradecido ante Menalipa.

—Espero que nunca sea necesario y vuestra vida es solo tuya —respondió ella. Luego se dirigió a Évenor—. ¡Vamos, quizá Antíope se halle en la cabaña del bosque!

Évenor la miró desconcertado.

—Allí está el cuerpo sin vida de mi madre; quisiera despedirme de ella, decirle hasta siempre. Si no me acompañáis, iré sola; comprendo vuestros temores —insistió.

Los lanceros se miraron entre ellos. No era del gusto de nadie adentrarse en el Bosque Maldito y menos cuando estaba oscureciendo. Pero no podían dejarla a su suerte, sobre todo tras su valerosa acción que había salvado la vida de Sarko.

—No somos unos cobardes, sino valientes soldados de Atlas —dijo unos de ellos.

—¡En marcha! —ordenó el príncipe.

Dos hombres acompañaron a Sarko en dirección a Atlas; los demás siguieron a Menalipa. Nadie se sentía seguro en el bosque, salvo la joven que avanzaba adelante sin temor alguno, corriendo con la ansiedad del que busca un milagro y cree poder hallarlo.

No tardaron en llegar, pues el paso fue rápido ante el temor de lo que pudiera acontecer.

La cabaña apareció totalmente destrozada y sus restos esparcidos entre la vegetación como si un tornado hubiera pasado sobre ella. La tumba de Armonía estaba escarbada; no había rastro de su cuerpo, solo tierra removida.

—Los carroñeros han debido hacerse con ella, la han devorado —comentó uno de los lanceros, tratando que sus palabras no llegaran a oídos de Menalipa—. Pero no puede ser, pusimos sobre su tumba grandes piedras.

—Mirad, son las huellas de un enorme carnicero —apuntó otro de ellos.

—Regresemos. En el bosque no estamos a salvo y la muerte anda cerca —dijo el príncipe tras examinar aquel inquietante rastro.

—No, espera un poco —suplicó Menalipa.

—Volvamos. Aquí no se halla Antíope, la noche cae y el camino de vuelta es largo —insistió el príncipe, mirándola piadoso.

Menalipa lo miró como quien busca y no encuentra. Quería albergar en el interior de su corazón la esperanza de que Antíope hubiese sobrevivido a la trágica noche, pero con lágrimas en los ojos aceptó la evidencia. Anduvo por el lugar un corto tiempo. Sus ojos delataban el dolor mientras recogía prendas y algunos enseres que se encontraban dispersos. Entonces avanzó hacia unos matorrales donde vio la capa púrpura imperial de Argan, allí encontró también la daga de Armonía y la tomó con sus dos manos.

Évenor se le acercó, limpiando con dulzura su rostro de lágrimas.

—Volvamos.

A su regreso, una sorpresa les esperaba a Évenor y a Menalipa. Argan había hecho llamar a Andrea: tímida y atractiva, no muy alta, seria y culta; de liso cabello, no demasiado largo, castaño como sus grandes ojos y adornado con una cinta rosa; de familia noble y respetada. Era la joven por la que sentía aprecio el rey como esposa para su amado hijo.

—Menalipa, ven, quiero presentarte a Andrea. Ella acompañará tus tardes de soledad y será tu hermana. Vivirá en palacio, pues no es mi deseo que andes siempre sola, añorando un pasado que no regresará. Necesitas relacionarte, empezar una nueva vida. Andrea te enseñará Atlas y si algún temor tuvieras, no dudes en confiárselo, pues es noble y leal —aseguró el rey.

—Padre, no harás nada por Hipólita. Nunca te incomodó que se la llevara ese asesino, ¿verdad? Podrías haberlo impedido, mas no lo hiciste —dijo Évenor sin poder ocultar su sorpresa ni su rechazo, pues más bien vio que Argan buscaba un amor perdido para su hijo que una hermana para Menalipa.

—No digas eso, hijo; no es cierto. Un enfrentamiento que desemboque en una guerra de poder en la Corona es lo que busca Autóctono, se cree fuerte y lo es y más si consigue el favor de las columnas de Atlas. Y en ello está. Ha rechazado el oro que le he ofrecido por Hipólita, pues solo busca mi desaire, una excusa con la que alzar al pueblo. Quiere más territorios, más poder, lo quiere todo, ser rey de reyes. Andrea es una muchacha extraordinaria, hermosa, deberías prestarle atención antes de que un joven galán te la arrebate.

Évenor le miró de soslayo y marchó de la estancia sin más, contrariado y sofocado, sin saber qué hacer. Andrea, allí de pie, sonreía sintiéndose tan halagada como insegura, sin saber muy bien qué estaba pasando ni quién era Menalipa, ni qué quería de ella su rey para con su príncipe si no había amor ni deseo que brindar.

Abrumadas por cuanto había acontecido, las dos muchachas permanecieron en silencio en la estancia real hasta que fueron invitadas a descansar. Fueron acomodadas en una hermosa habitación con dos camas espaciosas, tocador con espejo, lujosas sedas y miradores al jardín. Acabaron las dos en una cama, tratando de calmar sus temores.

—¿Piensas desposarte con el príncipe? Debes saber que él ama a mi hermana; no te hará feliz, ni a ti ni a dama alguna —le confesó Menalipa.

—Évenor puede ser un buen partido, pero nunca me enamoraré de él ni de galán alguno —respondió Andrea, tímidamente, mientras acariciaba el cabello de Menalipa, la cual alzó las cejas y fijó su vista en ella con una mueca de sorpresa.

***

Hipólita lloraba en la oscuridad de su celda, día tras día, sin más que hacer. Autóctono seguía con interés su evolución, veía en ella a la mujer más adecuada para engendrar un hermoso hijo: era fuerte, sana y muy bella. Y fácil de matar. Lejos quedaba su preocupación sobre ajuares y negociaciones con el padre de alguna noble dama que le exigiría formalidad y entereza. Quiso a una persona que se ocupara de ella, que hiciera noble a la salvaje, y pensó en la reina Treita.

Y la hizo llamar.

—¿Cuidar y educar a esa desgraciada? ¡No! ¿Cómo me pides tal cosa? ¿Acaso piensas que no tengo más que hacer? —preguntó Treita, que había acudido curiosa a su llamada.

—¿Quién mejor para dar nobleza y calmar la fiera que lleva dentro? Además, no tengo más que recordarte que fuiste tú quien me insistió en que Armonía, la dama del bosque, debía morir. Y bien me recompensaste… ¿Deseas que Argan sea consciente de ello?

Treita le miró alzando su rostro, soberbia.

—Era un peligro, lo sabes. Con el tiempo hubiera intimado en demasía con Argan y, entonces, Évenor no hubiera sido nuestra única preocupación. Me haré cargo de Hipólita, pero recuerda que fue tu mano la que la mató a esa mujer, no la mía. ¿Y cómo se te ha ocurrido hacer reina a esa desgraciada? ¿Acaso no hay en el reino dama más altiva y noble?

—Sin familia, fuerte y hermosa como ella, pues no. Además, será por un tiempo limitado, el necesario para darme un heredero… o dos —le respondió con una sonrisa cómplice.

Acto seguido, Autóctono le ofreció un cuenco de licor anisado.

—¿Piensas liberarla? Tendrás que hacerlo —le aseguró Treita.

—No, no es preciso. La visitarás una vez cada siete días en la celda, no quiero que piense en debilidad alguna por mi parte. Debe quedar bien claro quién manda aquí.

—Pues permite que la visiten dos de mis siervas de confianza cada día, al menos por un tiempo corto; o la convertirás en un animal descerebrado, si no lo es ya.

—Hum… Sea pues.

Treita vio la ocasión de conocer aquel reino que rivalizaba con Atlas por el poder de Atlanta y a esa singular doncella que había conquistado el corazón del príncipe Évenor, de la que todos hablaban y que sería reina de Gadeira. Así, Hipólita pronto conocería a la reina Treita, la cual sería la única persona que le hablaría en mucho tiempo, que la animaría y le llevaría noticias del mundo exterior; que le contaba penas y alegrías sin tener por qué ser ciertas, si bien ella tampoco escuchaba demasiado. Los días que la visitaba había carne, pescado, delicias y jugos de frutas, para luego regresar al pan y agua de cada día.

Mientras Treita hablaba, Hipólita permanecía siempre en silencio con la mirada perdida entre los barrotes de una pequeña ventana situada en el alto techo de la celda, que dejaban ver el cálido azul del cielo en el día y las brillantes estrellas en la noche. Le habló de cómo el rey Argan había olvidado los favores de su madre, de cómo el príncipe Évenor disfrutaba del amor de su hermana Menalipa, de cómo Antíope había sido arrojada a las fauces de un enorme oso y de las grandes ventajas que podría obtener como reina de Gadeira.

Hipólita pasaba las mañanas absorta, sentada en el suelo, mirando la luz del sol que se colaba por las pequeñas rendijas de su celda, añorando un mundo perdido, el bosque, los animales y a su madre. Se preguntaba dónde habían quedado sus sueños de amor. Por las tardes, su mente descansaba y ejercitaba con tenacidad su cuerpo ante la mirada lasciva de los carceleros; y era visitada, por gracia de Treita, por dos siervas que cuidaban de su estancia, cuerpo y cabellos, tiempo en el que Hipólita permanecía, como siempre, en silencio y con la mirada perdida.

Cada noche, cuando el último rayo de luz entraba por las estrechas rendijas y la oscuridad se abatía sobre ella, rompía a llorar ante su desgracia. Pensaba en Armonía muerta, en sus hermanas olvidadas y en su amor perdido. También tenía pensamientos para el hombre causante de su pena, aquel que había truncado su mundo, sus ilusiones, su vida. Odiaba al rey Autóctono como jamás creyó que se pudiera odiar a nadie. Hipólita caía dormida a primeras horas de la madrugada, pues sus pensamientos y la angustia no le permitían conciliar el sueño sin sobresalto alguno. El tiempo pasaba muy lento en la lúgubre mazmorra. Entre los susurros de Treita y el pan de Autóctono, Hipólita vivía. Pero algo, en su alma herida, moría con cada noche que cedía.

CAPÍTULO 8 · LA NUEVA GADEIRA

Las nieves que trajo aquel invierno se habían fundido, el prado volvió a florecer y un suave viento del sur mecía las tiernas hojas de los álamos. No había noticias de los crueles guerreros de ojos rasgados, ni de los temidos jinetes. Pero la relativa paz que envolvía las tierras de Atlanta se vio alterada con la llegada de nuevas hordas de hombres salvajes que atravesaban los pasos de Pyrene. Migraciones que se perdían en el tiempo cruzaban la Península de norte a sur. El rey Autóctono convocó a los soberanos de Atlanta, pues falto de esclavos para sus ambiciones, deseaba debatir la cuestión en su propio beneficio; y se reunieron en el templo de Poseidón.

Epolis habló con la autoridad que le confería ser el sacerdote supremo y hombre de confianza del rey de reyes.

—El rey Argan, señor de Atlanta, no podrá asistir. Tampoco contamos con la presencia del rey Azaes, señor de las costas de Occidente, ni del rey Cronos de Amferes, señor de Terya; pues desde sus lejanos dominios seguimos sin respuesta. Así pues, nos hallamos reunidos, atendiendo a tu convocatoria los reyes Méstor y Treita, señores de Elissippos, y el consejo de sabios de la Corona. Di pues la urgencia que te trae al templo de Poseidón y debatamos.

Autóctono le miró con cierta inquina; no le gustaba nada aquellas ausencias, pues le hacían sentirse ninguneado.

—Bien lo sabéis —comentó—. Llegan cientos de salvajes y pocos buscan una tierra en la que convivir. No conciben la vida civil, el respeto a los dioses ni la jerarquía imperante. Los altercados se suceden, debemos actuar. Si no han de ser personas, sean pues esclavos.

—No entiendo. Tengo entendido que llegan a nuestras aldeas en paz, son bienvenidos con sus presentes y bien nos hacen trabajando la tierra —dijo Epolis.

—¡Mejor las trabajarían como esclavos! Son muchos los que vienen y no buscan una tierra fértil donde prosperar o un tranquilo valle que habitar; sino carne sin cacería y riquezas sin esfuerzo —replicó Autóctono—. Así que no nos engañemos, sabio Epolis. Son pocos los que aprenden el uso del arado y a recoger el fruto de la tierra. La mayoría permanecen distantes, hacen su vida recolectando y cazando, creando pequeños clanes en territorios por habitar y a menudo luchan entre ellos o atacan a nuestras pacíficas aldeas.

—Muchos de esos hombres, a los que llamas salvajes, son gente de paz y ya se hallaban aquí, alzando dólmenes, cultivando la tierra, viviendo sus vidas, cuando acogieron a nuestros antepasados —aseguró Epolis—. Puesto que nos hacemos llamar hombres civilizados, no actuemos como salvajes. Somos un pueblo adelantado, es nuestro deber ayudar a los que vienen detrás ¿o solo buscáis un pretexto para iniciar una cacería de esclavos?

—Mordaz es vuestra lengua, mas no olvides con quién habláis —respondió Autóctono.

—¡Basta ya! Muchos de esos salvajes han asaltado a nuestra gente, matado y mancillado. Morirán pues, si no han de ser esclavos. Y si no que marchen a su tierra, a otros reinos, donde ningún problema nos ocasionan —alzó la voz la reina Treita.

Su tono invitó a los sabios al silencio.

—Los hombres salvajes no quieren sacrificar su libertad de cazador, no saben lo que es la propiedad, el cultivo ni la oveja. Nosotros dominamos el fruto de la tierra y fundimos el metal, hicimos del fiero lobo, perro servicial y de uros salvajes, vacas placenteras… ¡No para que ahora unos salvajes armados con piedras quemen nuestras aldeas! —añadió Treita.

—Tenemos que castigar a los que asaltan nuestras aldeas. Y sí, bien nos hará tener esclavos que vender y trabajen y los que no, pues han de pagar su tributo, pues por algo somos reyes y señores de esta tierra —contestó el rey Méstor apoyando las palabras de su esposa—. Epolis no quiere entender y arrastra consigo la voluntad de los sabios del Consejo, pero esa calaña que hoy llega a nuestros hogares y colmamos de favores, mañana nos echará de casa y convertirá en esclavos. Debemos mantener nuestro estatus y sí, rey Autóctono, contáis con mi consentimiento para lo que estiméis oportuno con tal de mantener la autoridad de los soberanos de Atlanta.

—Habláis de perseguir saqueadores extranjeros. Bajo tal excusa, proponéis acometer crueles batidas que solo levantarán el odio contra la autoridad de los que viven en territorios

salvajes. Pues en verdad solo buscáis hombres libres que esclavizar. No, no disponéis del consentimiento del Consejo y a bien seguro, de nuestro rey Argan, tampoco.

—No necesito consentimiento de nadie para gobernar mis tierras y proceder. Mañana será día de cacería —sentenció Autóctono, visiblemente enojado y se alzó para abandonar su trono.

—En tus tierras —replicó Epolis con voz triste y cierto tono de advertencia.

Así, Autóctono se hizo con numerosos esclavos recorriendo las tierras del Gran Tajo con un destacamento de cien lanceros libios y cuatro carros de guerra. Asaltó precarias aldeas y buscó hombres salvajes en grutas llevando el horror hasta sus humildes moradas. Muchas mujeres fueron hechas serviles concubinas, otras vendidas. Los hombres fueron mandados a levantar una muralla que rodeara Gadeira, alzar un templo a Poseidón y reconstruir el palacio de Llanós.

***

Tras meses de trabajos forzados, Gadeira se alzaba de nuevo emulando una gran polis, con una altiva muralla de doce pies, un grandioso templo y un palacio digno de dioses. Autóctono decidió ser magnánimo y liberó a la mayoría de los esclavos. No los necesitaba, no quería mantenerlos, y si un día quería ser señor de Atlanta, necesitaba del consejo de sabios, que con buenos ojos verían su acción. Así, fueron expulsados del reino, hambrientos y fatigados.

Engalanada como nunca, Gadeira ocultaba sus viejas heridas a los ojos de todos y había un motivo para tal celeridad. La ceremonia que haría reina a Hipólita y asentaría a Autóctono en el trono debía ser antes de que llegaran de nuevo los vientos helados del norte, pues el heredero debía nacer con la llegada de la cigüeña, con la cálida brisa que florecía los prados y la renovación de la vida, augurio de bienes y fortaleza para el heredero.

Al quinto mes de encierro, calmada su ira, Hipólita había sido llevada de nuevo ante Autóctono a petición de la propia Treita. Marchó vestida de elegantes telas, de tonos rosáceos y rojos sobre blanco, y adornada de llamativas joyas.

—Veo que te encuentras muy bien, eres tan bella —aseguró Autóctono, complaciente.

—Es necesario que salga de la celda y se integre en la vida de palacio si deseas en verdad que te acompañe en el trono, y ha de ser antes de la fecha de la ceremonia. Domada se halla —le dijo Treita en voz baja.

Autóctono miró a Hipólita, la cual permanecía en silencio observando a un lado y a otro. La joven parecía ida, ausente de su propio cuerpo, desposeída de voluntad, indefensa. Sus ojos estaban secos, pues ya no quedaban lágrimas que verter. Había padecido tanto que parecía haber perdido el contacto con la realidad.

Treita había realizado un gran trabajo.

—Sea pues. Todo se halla preparado, en una semana celebraremos nuestra unión. Grandes fiestas hemos de preparar. ¿Me harás el favor de encargarte de ella hasta entonces? Sola no ha de estar en palacio —preguntó Autóctono.

—¡Cómo no! Mis siervas la velarán día y noche, aunque ya es fiel doncella —dijo Treita y miró a Hipólita, la cual asintió levemente.

Durante los días previos a las nupcias, una multitud recorría Gadeira, sus plazas y calles. Las casas, bajas y pintadas de cal, mantenían las puertas abiertas; en cada una de ellas sus vecinos ofrecían pan tostado, vino alegre, espumosa celia y pescado sazonado. Había bailes y malabares, y juegos de armas. Tal y como había prometido Autóctono, la polis se alzaba resurgida de sus propias ruinas, embellecida hasta el delirio. Su tributo en vidas se había cobrado tal milagro, pues cientos de hombres salvajes sometidos murieron en la empresa.

Autóctono invitó a los soberanos de Atlanta a la ceremonia y estos se vieron obligados a ir al confirmar Argan su presencia; más por la idea de resolver las diferencias que les enfrentaban que por celebrar motivo alguno. Las grandes fiestas siempre daban pie a cerrar heridas. Llegado el día, se reunió todo el poder de Atlanta en el templo alzado a Poseidón en Gadeira. Una gran plaza soleada y adornada de oricalco, con un altar de mármol y el suelo embellecido de miles de coloridos pétalos aguardaban a la futura reina. Solo faltó a la cita el príncipe Évenor que, en sus alojamientos, maldecía su vida. Envió varios mensajes a Hipólita a través de Treita, la única persona que podía acceder a ella. Nunca obtuvo respuesta. Su silencio le turbaba. ¿Habría dejado de amarle? ¿Le había hecho responsable de su suerte? Lo cierto es que la joven había accedido a unir su destino al del rey Autóctono y con ello, sus esperanzas desaparecían para siempre.

Argan acudió a la cita acompañado por Andrea y Menalipa, quien participaba en los juegos con su arco. El día festivo dio comienzo con una serie de competiciones de lucha libre, de artes en las que idolatrados atletas exhibían sus cuerpos, dominio y fuerza. A continuación, una carrera en la que los participantes debían sortear diferentes obstáculos hasta alcanzar una lejana meta, se necesitaba mucha velocidad y equilibrio. Y los toros, uros bravos que desataban la adrenalina; templanza y un emocionante rejoneo que estremecía los corazones de un entusiasta público que brindaba con vino el valor de aquellos hombres. Y el tiro con arco, donde Menalipa llegó a la final compitiendo con el mismísimo rey Cronos, quien dio a 1000 pies en la diana.

En un anfiteatro de cómodos asientos estaban los invitados de honor, entre ellos Argan, que observaba emocionado el particular duelo entre Menalipa y Cronos, su fiel amigo. También se hallaba Hipólita, sentada a la diestra de Autóctono, en silencio. No parecía ella, con el pelo trenzado en una larga coleta y un vestido noble que la cubría hasta los pies. Y tras la doncella, como siempre que andaba cerca del rey, Neson guardaba celosamente su sombra.

Argan cruzó su mirada con la de ella en varias ocasiones notando su ira oculta. Sus ojos delataban la amargura de su existencia mientras se clavaban como dagas en la dulce Menalipa, que se hallaba en el foso de los arqueros, apuntando con su arco, frente a una lejana diana.

Menalipa tensó la cuerda y sonrió a Cronos. Andrea, que se había ganado su confianza y amistad, le acercó otro arco, más pequeño, pero más potente, mientras ella elegía con tacto la saeta, observando la punta. El joven rey la miraba con interés. Ella respondió con la sonrisa pícara del que se sabe ganador y pidió que se alejara más el blanco. Preparada, apuntó, tensó la cuerda, contuvo el aliento y soltó sus gráciles dedos. La saeta salió veloz y precisa, incrustándose en el centro de la diana. La gente se exaltó y Argan se alzó orgulloso de su asiento.

Hipólita lo miró sorprendida por aquel gesto de alegría y sin querer contenerse, alzó su larga falda y saltó a la arena desde la tribuna ante la sorpresa de Argan y de Autóctono; haciéndose en su camino con un arco y una sola saeta se dirigió hacia Menalipa, la cual, sin percatarse, invitaba a Cronos a superar su puntería.

—¡No! Me rindo ante tu arco y belleza sin igual —le dijo él de forma galante.

Menalipa se ruborizó ante tales palabras.

Sería la voz de Hipólita la que la dejaría atónita.

—¡Aparta!

Poniéndose a su altura, dio tres pasos atrás, apuntó de forma rápida y disparó ante la expectación del público congregado. Su flecha partió la de Menalipa, incrustándose en el centro de la diana. Autóctono se alzó levantando las manos al cielo ante tal proeza y el gentío empezó a corear el nombre de Hipólita, orgullosos de que aquella que iba a ser su reina venciera a la ahijada de Argan, que había logrado vencer a los arqueros de Gadeira e incluso al rey Cronos.

—¡Hipólita! ¡Hipólita! —coreaba la plebe, pues la rivalidad entre las gentes de Atlas y de Gadeira iba en ocasiones más allá de lo racional.

Sin mediar palabra, Hipólita soltó el arco, se volvió y regresó al anfiteatro para recoger una larga capa y desaparecer acompañada de las dos siervas de Treita en dirección al palacio.

Menalipa no supo reaccionar y cuando quiso seguirla, Cronos la sujetó del brazo.

—No es el momento. Ahora no te escuchará.

Andrea quedó muy impresionada por la templanza y belleza de Hipólita, a la cual solo conocía de oídas; se agachó y recogió el arco del suelo. Y se acercó sibilina a Menalipa.

—¿Quieres que pruebe mi suerte? Igual pudiera conseguir una cita —le susurró al odio.

—¿Podrías?

—Quedan más desapercibidos mis pasos que los tuyos, mi querida amiga —contestó Andrea con una sonrisa en sus labios.

Menalipa tomó del cuello su medalla en forma de luna y la puso, envuelta en un velo, en la mano de Andrea.

—Dile que nos vemos en la gran roca de granito; ella sabrá bien —le dijo con la esperanza de ver pronto a su hermana.

El deseo por ver a Hipólita había empujado a Menalipa hasta Gadeira. Incluso Argan había reflexionado sobre si era oportuna su propia presencia en la ceremonia, y más ante los continuos actos desafiantes y desmedidos de Autóctono. Pero no quiso ofenderle ante todos faltando a tan importante cita y este le preparó un recibimiento sin igual. Diez bravos uros aguardaban en las arenas del templo. Como dictaba la tradición, reunidos los reyes de Atlanta, uno de los animales debía ser apartado usando solo madera y redes y sacrificado como ofrenda a Poseidón. Un honor exclusivo para los más valientes y que difícilmente el valor de un monarca podía rechazar.

—Excelentes astados, difícil será la empresa. ¡Vamos a ello! —exclamó Argan.

—Yo no podré, bien lo siento, pero mi espalda sufre de fuertes dolores que llegan hasta mis rodillas y me impiden correr —se apresuró a decir el rey Méstor, temeroso de los astados y viendo la determinación de Autóctono.

—¡Nunca te he visto correr delante de un toro, larga pena arrastra tu dolor! —dijo Azaes, recriminando tal cobardía.

Autóctono tomó una red de maromas y saltó al foso desprendiéndose de su capa y espada. Cronos y Azaes tomaron sendos palos de gran tamaño y cuerdas y lo siguieron. Propinando tremendos golpes con los palos asustaban a los astados cada vez que se acercaban; en otras ocasiones debían esquivarlos con inteligencia y suerte, evitando derrotes fatales. Argan saltó también a la arena, agarrando la red por el otro extremo y extendiéndola. Una multitud se agolpó alrededor de la plaza observando la destreza y valor de sus monarcas.

Los uros corrían en grupo alrededor del foso; en ocasiones, alguno de ellos, o incluso dos, embestían con fuerza. Un hermoso animal fue apartado del grupo; enfurecido, rascaba el suelo con las pezuñas y lanzaba roncos bramidos al aire. Arrancó fuerte en carrera, bajando la testuz y dirigiendo sus largas astas hacia delante. Argan y Autóctono extendieron la red ante la acometida, separándose cada uno hacia un lado. En el momento justo de la embestida, Autóctono tropezó y cayó tirando de la red y situando a Argan en el camino del uro, que corneó su muslo derecho y lo lanzó al aire ante el griterío de la muchedumbre. El soberano no soltó la red y al caer, esta cubrió al animal dejándolo enredado entre bramidos. Cronos y Azaes cruzaron los palos entre las maromas de la red e inmovilizaron las patas del uro con las cuerdas, y corrieron a socorrer a Argan, quien se alzaba de la arena excitado, llevándose la mano a su muslo abierto.

—¡No fue nada! —exclamó—. ¡Se necesita más que un manso para acabar conmigo!

Autóctono se levantó y se le acercó, visiblemente preocupado.

—Disculpa mi torpeza, mas héroe sois. ¡El pueblo aclama tu valor!

Argan miró a su alrededor, se sintió pletórico y saludó eufórico mientras la sangre descendía por su pierna hasta la arena. Una fría mirada de Autóctono, acompañada de una sonrisa hipócrita, le delató que la caída seguramente no era fruto de un mal paso.

Inmovilizado el uro en una columna, los reyes se unieron a su alrededor y brindaron a Poseidón tal ofrenda. Argan lo degolló allí mismo, hundiendo su daga con fuerza en la yugular de la res, ante el clamor del pueblo. Cronos y Azaes sujetaron las astas, mientras Autóctono acercaba una crátera de oro que se llenaba con la sangre del animal sacrificado. Separó un pequeño cuenco de aquella valiosa vasija por cada uno de ellos; el resto lo vertió en el fuego de una gran hoguera que hacía de centro. Finalmente, una certera estocada cesó con la agonía del astado. Reunidos los soberanos, tomaron la sangre y juraron no infringir ninguna de las leyes escritas, ni obedecer a ningún rey, excepto a aquel que se ordenara según las disposiciones de Poseidón.

—Mi reina espera en el altar… ¡No debemos hacerla esperar! —exclamó Autóctono y se limpió con el brazo la sangre que manchaba sus labios.

Mientras, Andrea andaba por los pasillos en busca de Hipólita, haciéndose la distraída, con una sonrisa en su templado rostro y ahondando cada vez más en el interior del palacio. Pero su entrada no había pasado desapercibida. Treita había visto su camino y percatándose de quién era, pronto temió sus intenciones. Se acercó a Autóctono y le ofreció un cuenco con vino.

—Mi querido Autóctono, tienes una visita inesperada en palacio. Creo que deberías guardar mejor a tu futura reina o se encargarán de arruinar lo andado —le susurró.

Autóctono miró a Neson, conforme bebía el vino, y alzó su vista dirigiéndola a palacio con toda la intención mientras Argan, Cronos, Méstor y Azaes se le acercaron para brindar.

—¿Bien va esa herida? —preguntó mientras Neson se alejaba.

—No es nada que no cicatrice, dejará marcada mi carne. Pero así más podré contar a mis nietos ¡el día que los tenga! —exclamó Argan con la herida vendada y comenzó a reír.

En los pasillos de palacio, Andrea llegó con suerte a la estancia de Hipólita.

—¿Mi señora? ¿Hipólita? —preguntó tímidamente, golpeando nerviosa la puerta.

Hipólita se giró de golpe mientras las siervas que la peinaban fijaban sus ojos en la puerta. Una de ella fue a abrir y, asomando su cabeza levemente entre la abertura, vio a Andrea con la boca tapada por la vasta mano de Neson, que apagaba su voz mientras tiraba de ella hacia atrás. La mirada de aquel brutal hombre se clavó en la sierva, que viendo su expresión de muerte miró a los ojos de la asustada Andrea, agachó la cabeza, cerró la puerta y volvió junto a Hipólita.

—No era nadie —aseguró.

Hipólita llegó al altar más bella que nunca, a través de un pasillo formado por los sacerdotes e invitados de honor. Vestía de oro labrado y reluciente argéntea sobre rosadas telas que realzaban su figura femenina; su cabello azabache se hallaba suelto, adornado por docenas de flores preciosas. Pero su mirada permanecía perdida y su cuerpo, sin alma.

Argan y los reyes de la Atlanta cruzaron el pasillo de la sala, tomando asiento cada uno de ellos en un trono preparado para la ocasión. Menalipa se situó a la diestra del soberano y se emocionó tanto al ver de nuevo a su hermana, tan hermosa, que le brotaron lágrimas.

No muy lejos de allí, en una tenebrosa celda, Andrea gritaba su dolor. El descarnado llanto no era escuchado por nadie y tampoco calmaba la ira de Neson que la golpeaba sin parar. La joven cayó al suelo gimiendo y sangrando con la nariz rota, el ojo izquierdo hinchado y con los labios reventados. El rudo general se alejó un momento para observar cómo se retorcía en el suelo. Se le acercó, la agarró de la cara con una mano, levantándola, y la miró a los ojos.

—No volverás por aquí… ¿Verdad?

Andrea no pudo contestar como quisiera. Un espeso "no" salió leve de su boca entre saliva y abundante sangre. Neson volvió a golpearla con su mano abierta en la cara y propinándole un golpe con el puño en el vientre, la dejó doblada en tierra, inconsciente.

Dos lanceros de la guardia libia entraron en la celda.

—Llevadla al bosque. ¡Que sea pasto de alimañas! —ordenó Neson.

Entre tanto, en la ceremonia, el sacerdote mayor relataba la llegada del pueblo atlante a la Península, para memoria de todos.

—Atlanta es la tierra de los primeros hombres sabios que alcanzaron estas costas desde Lybia. Recogimos sus frutos y el ganado prosperó en prados apenas poblados entonces por hombres salvajes. Somos descendientes de aquellos que vieron surgir las primeras polis del Creciente Fértil, de los que viajaron a través de Lybia y habitaron las montañas del Atlas. Somos atlantes. Un pueblo culto y trabajador que supo ver más allá del Mar entre Tierras. Un dios sabio y valiente desafió las corrientes marinas y las dominó, cruzando el estrecho en embarcaciones de madera y cuerda, haciendo de la vela y el viento sus aliados: Poseidón, el que domina los mares.

Autóctono realizó un gesto escondido, instándole premura al sacerdote, el cual comprendió que debía agilizar su discurso. La fiesta aguardaba impaciente.

—Hoy sus descendientes tienen el deber de perpetuar su civilización y sus leyes con justicia y honor, con sabiduría y bondad. Autóctono, rey de Abyla y Gadeira, valiente hijo nacido en la tierra que nos vio crecer. Hipólita, doncella elegida que gozará del privilegio divino de ser reina, de perpetuar la dinastía de reyes hijos de Poseidón engendrando un nuevo heredero. Ambos aquí

reunidos, con esta ceremonia nupcial seréis reyes y estirpe y como a tales se os venerará desde este mismo día en que se os da la gracia por la nobleza de Poseidón y el amor de Clito.

El sumo sacerdote posó sobre Autóctono una corona de oro y acto seguido, realizó la misma acción con Hipólita, que vio cómo en su cabello se alojaba una corona que nada le decía y la proclamaba esposa de Autóctono y reina de Gadeira. Autóctono la besó sin recibir gesto alguno de cariño. Pero ello no le molestó, tampoco impidió que los asistentes gritaran de júbilo ni que los manjares desaparecieran con avidez de las mesas. En las calles la fiesta estaba servida. Corría el vino y se trinchaba la carne por cortesía del rey en honor a la reina.

Menalipa intentó hablar con su hermana. Pero nada más terminar la ceremonia, Hipólita desapareció. Quedó acongojada y preocupada, pues no reconocía a su hermana. Las dudas la asaltaban: ¿Podría hablar pronto con ella? ¿Habría podido hablar con Andrea? ¿Dónde estaba su fiel amiga? Con una mueca de resignación volvió junto a Argan.

—Sonríe, son muchos los galanes te miran con simpatía y mi buen amigo, el rey Cronos, joven y fuerte, no deja de observarte. Eres sin duda la doncella más bella del lugar. No manches tu hermoso rostro con lágrimas —le dijo el rey, consciente de su pena.

Con la llegada de la noche, el palacio fue quedando vacío.

La comitiva de Argan regresó a la acrópolis, acompañada por su guardia.

—Mi señor, nada sabemos de Andrea, estoy preocupada por ella —dijo Menalipa.

—No te preocupes, Treita me dijo que marchó con un apuesto joven por los campos, un tanto alegre… No me lo esperaba de ella —comentó Argan.

Menalipa no quedó satisfecha. No creía que su amiga, a la cual ya conocía bien, tuviera una conducta así con hombre alguno, y rogó a los dioses que nada malo le hubiera ocurrido.

Los demás soberanos se alejaron cada uno a sus dominios con más alegría de la debida, pues realmente no habían solucionado ninguna de sus desavenencias con Autóctono. Pero en verdad fue un gran día para Gadeira, donde corrió la celia, el vino y la alegría; el pueblo anochecía con una reina que aseguraba la descendencia en el trono, suerte que muchos de sus habitantes no esperaban gozar, debido al amor sin fruto que se profesaban Autóctono y el fallecido Llanós.

En palacio, Hipólita permanecía angustiada, sentada en la cama de la habitación nupcial, esperando a Autóctono. Pero este no apareció, pues permanecía en sus alojamientos, encerrado con Neson y tres de sus jóvenes consejeros.

—¿No quieres hacer mujer a esa salvaje? Tarde es —preguntó Neson.

—¿Acaso quieres que me vaya, que os deje solos? —respondió Autóctono posando las manos en los hombros de su general, mientras los jóvenes consejeros colmaban las copas de licor y se apresuraban en deshacerse de las delicadas túnicas con la lujuria marcada en sus rostros.

En el bosque, junto a un pequeño arroyo, Andrea luchaba por sobrevivir. Humillada y golpeada por Neson, lloraba sin consuelo deseando morir. Apenas podía moverse, solo mirar al cielo y ver con agonía las estrellas que sobre ella brillaban. Entonces una sombra tapó su vista, una mujer de pelo rojizo y apenas visible por la oscuridad de la noche se agachó junto a ella. Con un velo humedecido en el agua, le pasó la mano por la cara y limpió la sangre.

—Vamos, tranquila, yo te cuidaré. ¡Malditos! —exclamó cargándola sobre su hombro.

Aquella mujer cruzó el valle con denotado esfuerzo y, tras unas breves paradas para tomar resuello, llegó a Atlas con la luz del nuevo día; sin parar de darle ánimo, maldiciendo todo. Entraron por las pesquerías, a través de los descuidados portales de la muralla que, devorada en parte por la crecida del deshielo y el desgaste del tiempo, se adentraba en el mar. El puerto estaba lleno de embarcaciones ligeras, pesqueros y comerciantes llegados de Lybia y a saber. Siempre había gente en la zona, creándose un mercadillo que ocasionaba un gran bullicio tanto de día como de noche. Todo se vendía y todo se compraba, incluso lo prohibido. En esta parte de Atlas, dominio de Méstor y Treita, nadie veía ni sabía nada que no produjera un inmediato beneficio, ni importaba si el vecino iba o venía, si saltaba o se arrastraba.

La llegada de las dos féminas a aquel barrio de marineros desocupados, de ocio y mujeres de buena vida, fue discreta. Solo una ramera de buen precio, posada en la puerta de su morada mientras esperaba ser complaciente, se fijó en ella.

—Mariska, qué tarde vienes y acompañada. ¿Toda la noche trabajando? ¿Descansarás hoy o me seguirás levantando los buenos clientes? —le preguntó interesada.

—Hoy descansaré. Llevo toda la noche de trajines y posturas y quiero dormir un poco.

—¡Ah! ¡Qué bien! ¿Y esa? —apuntó sin percatarse del rostro marcado de Andrea.

—Demasiado joven, no sabe beber.

CAPÍTULO 9 · LAS PESADILLAS DEL REY ARGAN

Miles de guerreros ataviados con relucientes corazas y largas lanzas arrasaban Atlas a golpe del metal, ultrajando a sus gentes y demoliéndolo todo. El fuego consumía cada casa entre los gritos de angustia de sus moradores. La sangre bañaba el suelo del panteón de Poseidón con una inmensa mancha roja que lo inundaba todo hasta el templo de Clito. Argan corría loco en busca de su hijo, gritando, con la espada en la mano y una cabeza sujeta por el cabello en la otra. Una daga atravesaba su muslo prendida de un brazo que no paraba de hurgar en la herida. Y fijándose en la cabeza que portaba, la alzó viendo el rostro de su hijo Évenor en ella.

Los ojos de Argan se abrieron de pronto, aterrados. Su corazón estaba tan acelerado que apenas le permitía respirar y los escalofríos estremecían su cuerpo empapado de sudor. Aquella terrible pesadilla le había despertado. Mirando nervioso hacia los lados, se incorporó apoyándose en la cabecera mientras trataba de tranquilizar su mente. Notó una fuerte punzada en la pierna, que a sacudidas se extendió rápidamente por todo su cuerpo. La herida provocada por el uro estaba sangrando. Intentó caminar hasta el ventanal, desde donde se divisaba gran parte de Atlas. Sin poder dar más de dos pasos, su rodilla cedió y cayó perdiendo la conciencia. Entonces vio a Armonía, la enigmática dama del bosque, arrodillándose frente a él mientras acariciaba su rostro. Podía notar el calor de sus manos, el perfume a jazmín de su cuerpo.

—Despierta, ya están en camino —le advertía desvaneciéndose mientras estiraba sus brazos hacia él.

El rey volvió en sí y con gran esfuerzo separó su cuerpo del suelo para tomar aire.

—¡A mí la guardia! —gritó.

Dos lanceros entraron al instante. Mientras uno de ellos le atendía, el otro corrió para avisar a Epolis, el cual acudió acompañado de varios médicos. Tendido en la cama mientras limpiaban la herida, Argan le narró su terrible pesadilla y la advertencia de Armonía. El viejo sabio escuchaba con atención, calmando su ánimo. Poco después, el rey de reyes dormía agotado.

Epolis se dirigió a los aposentos de Menalipa, que se hallaba estudiando escritos a pesar de lo tarde que era. El anciano se encargaba de su educación, se sentía atraído por la sabiduría de la joven. A menudo creía estar hablando con Armonía, aquella que él, un sabio, consideró maestra.

—Ven, mi dulce doncella —le dijo, observando su lectura—. Acompáñame, pues quiero mostrarte algo que ha de ser tuyo.

Menalipa se alzó de inmediato.

—¿De qué se trata, noble maestro? —preguntó sonriendo.

Epolis la llevó al templo de Clito y recorrió con ella los pasillos, hasta la estancia que Armonía había utilizado para cultivar su mente; donde había dejado docenas de marcas escritas, en su mayor parte incomprensibles.

—Esta es tu sala de estudios. Lo fue de tu madre y ahora te pertenece.

La joven observó emocionada aquellas estanterías repletas de pergaminos y tablillas, de conocimiento y sabiduría. Sonrió con nostalgia, recordando a su amada madre, e hizo un gesto de agradecimiento a Epolis, que la miraba con denotada satisfacción.

—¿Puedes entender los designios de nuestra amada Armonía para que podamos saber? Quizá entre sus escritos se halle sabiduría aún por conocer, que podríamos usar por el bien del rey y del pueblo —apuntó Epolis, invitándola a investigar los documentos.

Menalipa aceptó gustosa, observando algunos papiros.

—Lo haré, maestro. Entiendo gran parte de lo escrito y es mi deseo averiguar más sobre mi madre. Es triste, pero realmente no sé quién fue. Yo era demasiado pequeña cuando llegamos hasta las murallas de Atlas y nunca me había preocupado saber, nunca pensé que nos dejaría. Pero ahora sí, ahora deseo conocer.

—Eres una gran persona, tu madre lo fue sin duda y estaría orgullosa de ti.

—Recuerdo las noches en que mis hermanas y yo nos sentábamos alrededor de la hoguera a departir con ella. Hablaba de muchos de los acontecimientos habidos en otras tierras, ignorados en este reino… ¡La echo tanto de menos!

Epolis sonrió con un sentimiento de aprecio, bajó la cabeza y se retiró. La joven recorrió la sala, pasando la mano sobre una larga mesa. Finalmente se sentó, mirando hacia la ventana que daba al ancho lago, pensando en su madre, en sus hermanas, en Hipólita. ¿Cuándo podría verla? ¿Y qué había sido de Andrea? Habían pasado más de dos semanas y no tenía noticia alguna; se sentía preocupada y culpable. Nunca creyó que se hubiera marchado enamorada de un joven aventurero como todos insistían en hacerle creer.

—¡Es imposible! —exclamó en su soledad.

En el barrio cercano al puerto, Andrea abría los ojos tumbada en un camastro.

—¡Aahhhh, no! ¡Piedad! —gritó presa del pánico.

Mariska entró en la habitación y la abrazó.

—¡Ya está, ya está! No pasa nada —le susurró con voz amable y tierna.

—¿Dónde estoy? ¿Quién eres?

—Tranquila, estás a salvo. Aquí nadie te encontrará. Mi nombre es Mariska y esta es mi casa. Te recogí en el bosque aquella noche, ¿recuerdas?

Andrea se dio la vuelta confusa y asustada, mientras recordaba los golpes de Neson, las vejaciones sufridas y las desencajadas risas de la Guardia Lybia.

Epolis, preocupado por las fiebres y las alarmantes visiones de Argan, rondaba el lecho del rey tratando saber, pues no mejoraba, por el contrario cada vez se sentía peor.

—Pyrene, mi reina, mi amor —musitó el rey en su delirio. Entonces abrió los ojos y con fuerza, tomó del brazo a Epolis—. Armad un grupo de mis mejores hombres y que partan con urgencia más allá de las fronteras de Atlanta, al norte. El mal se acerca y es poderoso. Armonía me anuncia un desastre sin igual y esta vez no la voy a ignorar. Mi reina Pyrene nunca me abandonó. Ella en su bondad divina e infinita me envió a la dama del bosque.

Después lo soltó, agachó la cabeza y dejó escapar una lágrima.

—¿Qué decís, mi señor? ¿Pyrene os envió a Armonía? ¿Cómo podéis pensar eso?

—La daga que Armonía portaba en el cinto, es la que mató a mi amada Pyrene, la que yo hundí en su tumba. Debió recogerla a su paso por las montañas. Pyrene me envió amor, sabiduría y fuerza, y no supe verlo. No te demores, envía una guardia y que nos informe —aseguró Argan y se dio la vuelta, para que nadie viera la amargura de su rostro ni la pena de su corazón.

Epolis puso la mano en su hombro.

—Así sea. Mañana mismo saldrá una expedición —le aseguró.

Al día siguiente partieron hacia el norte diez de sus más fieles guerreros, a los que dotó de lanzas, arcos y espadas, además de abundantes provisiones, oro y un caballo para cada uno de ellos. Para sorpresa de todos, el príncipe Évenor decidió unirse a la expedición.

Momentos antes de partir, visitó a su padre para despedirse.

—No es tu deber marchar, sino cuidar de este viejo enfermo. ¡Eres el heredero! Además temo por tu vida —dijo Argan, abatido en su lecho.

—Mi vida es mía, padre, y es mi deseo recorrer mundo.

—Huir de esta tierra donde todo te recuerda a tu amada Hipólita es lo que deseas… ¿Verdad, hijo? —le preguntó amargamente.

—Ya no comparte los anocheceres conmigo, ni ha respondido a ninguna de mis muestras de amor —contestó volviendo su rostro hacia el ventanal.

—Es reina y vive con Autóctono. No tiene sentido que te tortures más pensando en ella, encerrado en tus aposentos. Marcha pues, hijo, que más quisiera yo que acompañarte, dejar atrás mi pena —añadió y quedó traspuesto a causa de dolor que sentía en su cuerpo y corazón.

Évenor se giró hacia Menalipa que, sentada junto al rey, le limpiaba el sudor y calmaba sus fiebres mirándole con tristeza.

—Menalipa, te dejo este lomillo de cuero para que se lo hagas llegar a Hipólita, en el cual le escribo de mi pena, del desasosiego en que vivo sin su amor, que me hace pensar en quitarme la vida. Quiero que sepa que siempre la amé y que siempre la guardaré en mi corazón.

La reina Treita observó con satisfacción la marcha del príncipe. Veía, con su salida de palacio, la oportunidad esperada de hacerse con la acrópolis. Y se apresuró en hacer llegar las noticias al monarca de Gadeira.

—La marcha de Évenor no me preocupa, lo interesante es saber por qué Argan manda una expedición más allá de las montañas sagradas de Pyrene —apuntó Autóctono.

—Quizá busque oro o cura para su dolor, a saber —contestó Treita.

—¡Neson!

—¿Sí, mi señor?

—Arma a diez de mis fieles libios y que se unan a la expedición. Quiero saber su destino. Protegerán la suerte del heredero, hasta el día de su regreso… en que no encuentre el camino.

Satisfecha, Treita marchó a visitar a Hipólita. Había intentado saber qué decires contenía el lomillo que le había entregado Menalipa para ella. Nada entendía de aquella escritura. La destruyó al fuego en una linterna de óleo que alumbraba la entrada de los aposentos de la joven reina. Luego entró y conversó con ella, sin hablarle de mensaje alguno.

—El príncipe Évenor ha marchado al norte; una lástima. Ahora que se hizo con los favores de tu joven hermana, la abandona, como hizo contigo.

—¿Cómo está Menalipa? —preguntó Hipólita, un tanto como ausente.

—Sigue sin querer saber. Pero no te preocupes, está bien —contestó Treita—. No debes sufrir por más. Te arrebató el amor con sus artes de mujer… ¡Tu propia hermana! Pero ahora tienes que sobreponerte y encauzar tu vida. Me apena tanto verte así.

Treita observaba su silencio y la estudiaba con detenimiento, parecía una muerta en vida.

—¡Por todos los dioses! ¡Eres reina de Gadeira! ¡Despierta! ¡Actúa pues como tal!

Hipólita escuchó muy atenta aquellas últimas palabras y se mantuvo largo rato meditando.

De pronto, una gran luz se encendió en su cabeza.

—¡Sí, es hora de actuar! —sentenció y miró fijamente a Treita, que quedó asustada por el tono de sus palabras y el profundo brillo de sus ojos, donde vislumbró un destello rojizo.

Días más tarde y bien entrada la noche, Argan despertaba de nuevo aterrado. Las pesadillas se cebaban en sus sueños, la herida volvía a sangrar y el dolor se le hacía insoportable. Pero esta vez escuchó sus lamentos Menalipa, que sin poder conciliar el sueño paseaba por palacio.

—Mis heridas sangran de nuevo. La Parca cierta me acompaña, su agónico aliento me envuelve y veo la acrópolis en llamas. No puedo cerrar los ojos sin ver la muerte acechando a mi pueblo. Armonía está ahí, tratando de avisarme —le comentó el rey entre delirios.

La joven mandó llamar a Epolis, por lo que el rey pronto fue atendido.

Cuando el ánimo del rey se había sosegado, los ojos de Epolis se posaron en ella.

—Mi querida Menalipa ¿encontraste algo sobre tu querida madre que me oriente en el delirio del rey? —preguntó Argan.

—No —respondió Menalipa, sorprendida.

Y miró al anciano sabio, el cual se encogió de hombros.

Al salir del aposento, Epolis la acompañó.

—No podía comentarte nada de las visiones del rey, pues temía exponerte a un peligro desconocido —habló Epolis—. No quería que se sospechara de tu apasionada lectura, pues apenas nadie sabe de escrituras y tu búsqueda sería vista con demasiada perspicacia. No quisiera que pudiera desaparecer el legado de Armonía o que te ocurriera pena alguna que lamentar.

—Me hubiera sentido más apreciada si me hubieras confesado que buscaba las incógnitas de un sueño que mi madre nunca reveló en vida. Mas no debes sufrir por mí, pues mi amada madre confió en tu noble persona y yo así he de hacer —contestó Menalipa.

—El rey tiene muchos enemigos; todos ambicionan su poder, la Corona de Atlanta. Las heridas de la derrota de Ática no cicatrizan y hace tiempo que la corrupción y la desidia entraron en palacio. No podemos confiarnos, entre los pasillos se escucha por unos quilates de oro.

—¿Podemos confiar en alguien?

—No, bueno, sí. Azaes y Cronos mantienen sobria y clara la mente, pues su amistad y lealtad han honrado a Argan toda la vida.

Menalipa sonrió pensando en Cronos.

—Si hay algo que encontrar, no dude que lo hallaré —dijo.

Dulce, noble y sencilla como siempre, la joven besó la frente de Epolis y se dirigió hacia el templo de Clito para estudiar los escritos que su madre había dejado plasmados en aquella estancia. Dio sentido a muchas de las tablillas y se emocionó cuando halló una suave tela adornada con tres jóvenes doncellas, tanto más cuando vio que una se hallaba coronada.

—Madre, ¿cómo sabías que Hipólita sería reina? ¿Cuánto más sabías? —preguntó al aire.

Alzada su curiosidad, siguió toda la noche en la estancia que todavía olía a jazmín y a los perfumes de espliego que Armonía preparaba. Epolis decidió mandar dos guardias de confianza para velar por ella. Temía por su vida y más desde la desaparición de Andrea, los rumores que le habían llegado desde Gadeira eran tan alarmantes que prefirió ocultárselos a Menalipa para evitar su sufrimiento. Con Argan delirando en el lecho y el príncipe ausente de palacio, se palpaba por doquier la traición. Y alguien entró en la sala antes de que llegara la guardia, alertando a Menalipa.

—¿Quién anda ahí?

Su temor se fue tan rápido como esquivo, y su rostro se iluminó con una amplia sonrisa.

—Soy yo, el rey Cronos. Aquí estoy, preso de tu nobleza y belleza he atravesado las tierras de Atlanta desde Terya en cuanto supe cuanto acontecía y temes.

Lejos, atravesando las callejuelas del puerto, Mariska se dirigía a su hogar entre guiños y palabras de lujuria dichas por marineros y otros hombres de buen gusto. No le faltaba trabajo en aquel barrio donde hombres y ratas buscaban desahogo a sus duras vidas, algo de buen vino y el

calor de una mujer. Sobre todo cuando la zona era visitada por los lanceros de Atlas, que a veces pasaban meses en tierras lejanas sin saber de su hogar, ni de mujer alguna. Allí la esperaba, en el lecho, un hombre enamorado que la agasajaba y visitaba con frecuencia.

—Por Poseidón, mi bella Mariska. ¡Cada día estás más hermosas!

—Escúchame, Sarko, hace tiempo que quiero… Una vez me comentaste que eras buen amigo de la ahijada del rey Argan. ¿Es cierto? —le preguntó ella.

—Sí, por ella sigo entre los vivos. ¡Me salvó de un oso que pretendía devorarme! ¡Por Menalipa daría mi vida! ¡Y por ti! —le aseguró acariciándole el mentón.

—Entonces cubre tu cuerpo y acompáñame, quiero presentarte a una persona que tiene miedo y una historia que contar. Te necesita.

Sarko la siguió hasta una habitación contigua, donde se hallaba Andrea y, sorprendido, se sentó junto a ella para escuchar su trágico relato. Esa misma noche, Andrea volvía a palacio custodiada por Sarko y la guardia del rey Argan.

—Siento mucho lo que ha pasado, mi querida amiga —la abrazó Menalipa.

—La medalla está a salvo. Oculta en mi regazo, pasó desapercibida para quien solo buscaba mi dolor. Me encargaré de que llegue a su destino —contestó Andrea mirándola con ternura.

—¡No, es muy peligroso! ¡No lo permitiré! ¡Ya diste todo y casi te cuesta la vida!

CAPÍTULO 10· HIPÓLITA, REINA DE GADEIRA

En su estancia del palacio, cubierta con una suave túnica, la reina Hipólita se acicalaba los cabellos sin prisa ni pausa, ensimismada en sus pensamientos. Luego se acercó al ventanal y quedó prendada de la resplandeciente luna que se alzaba en lo alto, brillando en el ancho mar que bañaba las costas de Gadeira. Se sentó al borde de la cornisa y mirando a la nada, inclinó su cuerpo hacia delante cruzando los pies y sujetándose con las manos al mármol. Bajó los párpados mientras una lágrima se desprendía al aire cayendo en el vacío. Su larga melena azabache era mecida con fuerza por el viento. Levantó su rostro y soltó una mano quedando apenas sujeta, notando el vértigo de la caída, y respiró con fuerza sintiéndose viva.

El ruido del portalón de palacio llamó su atención. Vio con interés a Neson abandonar la acrópolis en un carro de guerra tirado por caballos y con diez de sus hombres como guardia. Salía de cacería nocturna, en busca de hombres salvajes que vejar y vender, no volvería hasta bien entrada la noche. Saltó de la cornisa al interior de sus aposentos y se dirigió con paso firme, rápido, a la estancia de placeres del rey Autóctono. Abrió las puertas de golpe sorprendiendo a

una relajada guardia y entró. Un intenso olor a incienso, sudor y almizcle le hizo posar su mano en la nariz y girar la cabeza por un momento. Después fijó la vista en el lecho y vio a su esposo entre sábanas, con una copa de vino en la mano, atónito. A su vera, tres jóvenes besaban y acariciaban su cuerpo desnudo sin pudor alguno ante la presencia de la reina.

—¿Piensas dotar a tu reino de un heredero antes de que muera de pena o acaso vuestra hombría os lo impide? —preguntó Hipólita, provocativa—. ¡No eres hombre para luchar ni para amar!

Sin más, salió de la habitación dando un fuerte portazo y se dirigió a sus aposentos. Autóctono, violentado, miró a su guardia, que le observaba sin saber qué decir. Frunció el ceño con una expresión de rabia y lanzó la copa contra la pared. Empujó a sus amantes, saltó del lecho y siguió el camino de Hipólita sin cubrirse y notablemente enfadado.

En los aposentos de la reina la encontró, tumbada en el lecho, esperándole con una fina sábana de lino blanco cubriendo su cuerpo desnudo. Cerró la puerta, se le acercó, arrancó la tela que la cubría de un tirón y se tumbó sobre ella sin reparar en su belleza ni en el delicado perfume que la envolvía. Sobraban las palabras, nada tenían que decirse. Serios, ambos unieron sus desnudos cuerpos, sin abrazarse, mirándose de frente. Mientras rozaba aquellos hermosos pechos, Autóctono asió la cabeza de Hipólita y tiró fuertemente de su cabello hacia atrás a la vez que mordía sus carnosos labios. Cegado en su calor, no se percató del leve movimiento de la mano de la joven reina, que buscaba con precaución, bajo la almohada, una afilada daga y alzándola al aire, la introdujo con fuerza entre las costillas del rey.

Un grito sordo salió de la boca de Autóctono. Los ojos parecían salirse de sus cuencas. Con un agónico esfuerzo y viéndose malherido, hizo presa en la garganta de su joven esposa, apretando, intentando dar muerte, estrangularla. Hipólita giró su muñeca con fuerza y con ella, la daga que ahondó más en la herida destrozándole el pulmón, alcanzando el corazón.

Las fuerzas abandonaron a Autóctono mientras observaba el rostro serio de aquella a la que había hecho reina, a la que había hecho huérfana; sobre la cual caía de su boca, entre burbujas, un espeso y fino hilaracho de sangre. Y cayó sobre ella exhalando un último aliento. Hipólita apartó de su cara el rostro perdido de la muerte y permaneció inmóvil. Por primera vez en mucho tiempo se sintió bien, mientras notaba la sangre caliente bañar su cuerpo.

Tras largo tiempo de silencio, Hipólita pareció despertar y con los pies empujó el cuerpo sin vida de Autóctono fuera del lecho. Se levantó y observó el cadáver. Salió de su estancia y entró en la sala de baños, donde lavó su cuerpo de la espesa sangría que lo cubría, con suavidad, sentada en un gran cuenco con agua fría. Regresó a la habitación cuando la luna caía, cambió las sábanas por otras limpias, se tumbó y cerró los ojos esperando la luz del nuevo día.

***

Unos golpes en la puerta despertaron a Hipólita.

Neson acababa de regresar.

—Mi señor, ¿estás ahí?

Hipólita se mantuvo en silencio y miró hacia el cuerpo muerto de Autóctono, que yacía en el suelo, desnudo y con la daga asomando entre sus costillas.

—Estoy de vuelta, traigo buenos sementales. Me sorprendió no hallaros en el lecho, los sagaces consejeros aseguraron que dormías al calor de la reina.

Hipólita se alzó indecisa, sacó la hoja del cadáver y se acercó hacia la entrada. Neson insistió golpeando de nuevo la madera de la puerta, posando su mano en la manilla.

—¿Mi señor? —insistió el general libio y bajó la manilla.

Entonces, la puerta se entreabrió un poco, asomando el rostro de Hipólita con cara extrañada y somnolienta, restregándose los ojos con el puño y dando un pequeño bostezo.

—¿Qué quieres tan temprano? —preguntó—. El sol no ha salido y el rey descansa, agotado. La noche fue larga. ¿Acaso no puedes esperar en tu empeño a que se alce el nuevo día?

Neson la miró fijamente y sonrió con una mueca de desprecio, observando por la abertura su cuerpo desnudo.

—Ya veo. Por fin te hizo mujer.

Neson dio media vuelta e Hipólita suspiró profundamente, bajó la cabeza y comenzó a cerrar. La mano de Neson lo impidió, deteniendo la puerta. El rostro de la joven reina se alteró creyéndose descubierta. Pero el general no entró, tan solo se mantuvo allí quieto.

—Dile, cuando despierte, que al mediodía le aguardan sus generales. Estaremos los cuatro esperando con impaciencia sus nuevas —apuntilló Neson.

Cuando Hipólita escuchó alejarse los pasos del general, cerró los ojos y apoyó el cuerpo contra la puerta, le cayó la daga de la mano y soltó un sollozo con una sonrisa descompuesta. Anduvo hasta su lecho y se tumbó girando la vista sobre el rey muerto.

—Mañana te esperan tus generales, al mediodía. ¡Te esperan con impaciencia!

Al mediodía, los generales que comandaban el ejército del rey Autóctono: Gadir, Tarss, Mimi y Neson, y sus fieles consejeros esperaban en la sala de armas, alrededor de una gran mesa redonda. Gadir era un hombre joven y atractivo, fuerte, sabía vestir con elegancia el uniforme marcial, su pelo corto y la rasa barba le daban un porte superior que le hacía destacar. Tarss y Mimi eran hermanos, primos del fallecido rey Llanós, ambos de largas melenas, barbas rizadas y grandes cejas, poderosos guerreros que bajo sus corazas de bronce parecían dioses.

Ante su sorpresa, fue Hipólita quien apareció, no el rey. Altiva con su corona reluciente, vestida de guerrera, con peto y malla, armada con una espada en la espalda y una daga en su cinto. La reina entró en la sala sin titubear y acercándose hasta la mesa, dejó un canasto de mimbre. Después pasó por detrás de cada uno de los hombres, ignorando a Neson y dejando junto a la mano derecha de cada uno de los tres generales un voluminoso pañuelo de seda, atado en sus extremos con una fina trenza de oricalco.

Los hombres miraron el pañuelo y pusieron su vista sobre Hipólita, quien alzó una ceja invitándoles a descubrir el secreto. Sin mediar palabra, cada uno de ellos tomó su presente y con cuidado, tiraron de la trencilla.

—¡Oro y grano! —exclamaron sorprendidos.

En cada pañuelo se hallaba una gran cantidad del preciado metal y un puñado de trigo.

—¿A qué se debe tan espléndida recompensa, mi reina? —preguntó Mimi con un aire más distendido y una suave sonrisa.

—Quiero que las cosas cambien y para ello necesito de vuestro cariño. Como bien sabéis, soy reina de Gadeira, pero estoy muy sola.

Los jóvenes consejeros, sacerdotes amantes del rey, sonrieron de forma burlona. Los generales, entre ellos Neson, miraban serios a Hipólita ignorando las burdas impertinencias de los sacerdotes hacia su reina. Sin embargo, Gadir, el más perspicaz y también el más respetado de entre ellos por pertenecer su estirpe al linaje de Pyrene, acabó con las chanzas de forma tajante.

—¡Silencio! ¡Estamos ante nuestra reina! —ordenó.

Tales palabras alzaron la vista de Hipólita sobre Gadir y miró, tan sorprendida como halagada, al joven general mientras los consejeros susurraban palabras de lujuria, notablemente excitados. La reina le sonrió de forma espontánea. Luego, seria, puso su vista en los que pensó iban a ser sus comandantes si antes no le cortaban el cuello.

—Cubriré de grano y oro, de honor y gloria, a mis hombres; y ellos me darán la fuerza para hacer de Gadeira un reino sin igual, donde la palabra sea ley y el honor sea palabra; un lugar que nadie ose mancillar y del cual tan solo oír su nombre produzca el debido respeto —aseguró con voz firme tras mirarles a los ojos, uno a uno.

Mientras hablaba, se acercaba a un escéptico Neson, el único de los generales al que no había dejado en prenda pañuelo alguno.

—¿Yo no tengo recompensa? ¿Dónde está mi señor? ¿Qué piensa él de todo esto?

—Tú eres especial —apuntó Hipólita tras él, posando la mano sobre su hombro, y acercó los labios a su oído—. Eres el más fiel de los hombres del rey, incluso en su lecho —le susurró y rápidamente sacó la daga del cinto, le atravesó el cuello y giró la muñeca—. ¡Por ello debes morir!

Tarss y Mimi, sobresaltados, se alzaron de sus asientos mientras Neson agonizaba.

Gadir siguió sentado y colocando la mano en su barbilla, la miró extasiado.

—¡Sentaos! —gritó Hipólita y tomó la cesta que había depositado, metió su mano dentro, alzó la cabeza del rey Autóctono y la lanzó sobre la mesa. Acto seguido, se sentó en el lugar del rey a la mesa con calma, esperando la reacción de aquellos hombres.

—¡Matadla, matadla! —chillaron los sacerdotes, aterrados entre agudos gritos de angustia.

Para desconsuelo de los amantes del rey muerto, Tarss y Mimi miraron a Gadir rascándose la garganta, estirándose la barba. El joven general les hizo un gesto para que permanecieran en sus asientos; y se sentaron de nuevo, acariciaron el oro y observaron a Hipólita.

—Ese libio no era nuestro rey, era el usurpador del reino de Gadeira —comentó Tarss.

—Un rey corrupto y desmedido que quiso hacerse de gloria y oro aprovechándose de los sentimientos de nuestro primo el rey Llanós —apuntó Mimi.

—¿Qué nos propone nuestra reina? —preguntó Gadir.

Hipólita le miró satisfecha y un tanto fascinada ante la postura del general que, a pesar de su magnicidio, seguía tratándola como reina.

—Ahora sabéis lo que tenéis que hacer, quién es necesario y quién no en la nueva Gadeira. Después partid a vuestros aposentos y reflexionad en todo aquello que preciséis para hacer, del nuestro, el más poderoso de los ejércitos y el más noble de los pueblos —dijo sin apartar sus hermosos ojos de los tres generales, ahondando en ellos y dejándose querer.

Arrancó la daga del cuello de Neson, limpió la sangre con la tela que había envuelto la cabeza y después, la envainó. Hipólita se alzó sin oír una palabra más, ni por parte de los sorprendidos generales ni de los aterrorizados consejeros y haciendo un alto, al salir, se volvió.

—Espero a mis generales en mis aposentos para comer y debatir. No os demoréis en demasía. Sois bienvenidos y espero ansiosa vuestras propuestas —dijo con voz firme.

Hipólita salió altiva de la sala, estirando el cuerpo, ajustándose el peto. La puerta se cerró tras sus pasos, observada por la guardia, por los tres generales y unos horrorizados consejeros. Su temor de ser ajusticiada en cualquier momento desaparecía. Había ganado una importante batalla. Todo resultaba más fácil de lo esperado una vez muerto el rey y su leal comandante libio. Por otra parte Gadir, ese joven general, había llamado su atención; la había ayudado de verdad, pues nada le hubiera impedido lanzar a su guardia y acabar con ella cuando vio la cabeza rodar por la mesa. Pero sembrando maldad, Autóctono no pudo recoger quien apoyara su causa en vida. Así pues, mucho menos muerto. En aquel día solo le lloraban aquellos que vivían de su lujuria y que ahora temían por sus vidas. Conforme se alejaba por el pasillo, la reina comenzó a oír los gritos desesperados de los tres sacerdotes. Y dejó escapar un leve suspiro entre sus labios.

CAPÍTULO 11· LAS MONTAÑAS SAGRADAS DE PYRENE

Las montañas sagradas de Pyrene se alzaban imponentes, acariciando el cielo con sus picos nevados. Eran la frontera natural entre Atlanta y los territorios del norte, hogar de la vieja Europa. Entre sus valles avanzaba la expedición dirigida por el príncipe Évenor, dirigiendo sus pasos hacia Oriente.

—La noche cae. ¡Acamparemos aquí! —exclamó Évenor.

Pararon la marcha en un pequeño resguardo rodeado de pinos y arbustos, cerca de la senda que iniciaba la bajada hacía las tierras norteñas. Los hombres descabalgaron, descansaron sus cuerpos y acomodaron a los animales. Apenas habían encendido la hoguera que les daría calor en la noche, cuando el trotar de unos caballos les puso en alerta.

—¿Quién anda ahí? —gritó uno de los centinelas alzando una tea al aire.

—Atlantes somos, de la ilustre Gadeira. Mi nombre es Therebio y nos envía el rey Autóctono, preocupado está por la seguridad del príncipe y de nuestros reinos.

Évenor observó al guerrero. Se trataba de un hombre alto y moreno, de pelo corto, rizado, de anchos brazos: un capitán de la guardia libia, por lo cual seguro que se trataba de un hombre de la confianza de Autóctono.

—No necesitamos de vuestra compañía —le espetó—. Regresad a Gadeira. ¡Quizá tu señor os necesite para acabar con alguna dama indefensa!

El capitán libio no hizo caso. Mostró una mirada indiferente y ordenó descabalgar a sus hombres ante el asombro de Évenor, algo que lo enfureció.

—¿Acaso no has oído mis palabras? —preguntó armando su brazo con la espada.

—Nos quedaremos aquí y quieras o no, seremos tu sombra. Ese es el deseo de nuestro rey y no sois nadie para impedirlo —contestó Therebio dando un paso al frente y apostó con fuerza el regatón de su lanza en el suelo, con la punta amenazante rasgando el viento.

Los hombres de Évenor desenvainaron las armas, y los del libio Therebio se situaron en formación junto a su capitán. Un tenso silencio permitía oír el crepitar de la leña en la hoguera. El príncipe avanzó un pie, levantó el brazo y giró su muñeca con la espada en la mano, posicionando el cuerpo para la batalla. Therebio sonrió y situándose en posición de defensa, con un pie atrás y su lanza falcada hacia delante, sacó con la mano izquierda una daga de su cinto.

—¡Traemos buena caza, atlantes, y nos preguntábamos si podríamos usar el calor de vuestra hoguera para asarla! —se escuchó con fuerza en la oscuridad del camino, una voz que rompía la tensión.

Évenor y Therebio giraron sus rostros sorprendidos. Por la senda apareció el rey Cronos tirando de las riendas de un caballo, con una veintena de sus leales lanceros.

—Veo que estáis probando la valía de vuestros hombres, pero os recuerdo que el enemigo está por ver. ¿Podéis ayudarnos con estos ciervos? La caza es abundante en la zona.

Therebio guardó de inmediato su daga y se alejó dando la espalda a Évenor, sin decir una palabra. El príncipe miró a Cronos, que se acercaba con gesto comprensivo.

—Creo que no es momento de batallar —comentó Cronos—. Y como he considerado que la empresa es en realidad más importante de lo que pudiera parecer…

—¿También tú temes por mi vida? —interrumpió Évenor.

—He decidido acompañaros. Es necesario comprobar si realmente el invasor ha sido expulsado y bueno, nunca se sabe de las intenciones de Autóctono —aseguró el joven rey, acercándose hasta el príncipe y le ofreció la mano.

Ajenos a lo acontecido en Gadeira, la expedición atlante marchó durante semanas, cruzando inmensos territorios para ellos desconocidos. Les acompañaban dos exploradores que habían recorrido aquellas tierras antaño, más allá de las montañas sagradas de Pyrene: Lieban, veterano de la guardia de Terya, que había llegado hasta las tierras atenienses en las guerras de Ática; y Thesitas, hombre mayor, delgado y de desgarbado aspecto, que visitó en sus tiempos jóvenes incluso las lejanas tierras del Creciente Fértil.

Finalmente, encontraron el rastro dejado por los invasores en lo que parecía su repliegue a Oriente. Un camino lento, salpicado de sangre y destrucción, pues fueron varias las aldeas que encontraron asaltadas. Tras varios días de marcha llegaron a un pequeño poblado, junto al río Sava, al que llamaban Gomalova y que todavía lanzaba al cielo el humo negro de su tragedia.

—¡Atended a los heridos! —exclamó Évenor mientras observaba tantos como yacían muertos, violentamente desmembrados, esparcidos sus restos entre las ruinas.

De la maleza comenzaron a salir los que habían sabido ocultarse, acompañados por algunas niñas y ancianos que les miraban con temor.

—¡No tenéis nada que temer! ¡Somos amigos! —gritó Cronos.

Una anciana con la cara pálida y vestida de grueso lino, le tomó por el brazo.

—¡Favor! ¡Traernos de vuelta a nuestros hijos! ¡Pues sois poderosos como los demonios, ya que también domináis las bestias! —le rogó alzando su vista.

Cronos se giró hacia Évenor y después fijó la mirada en la anciana.

—¡Nuestros hijos, hombres y mujeres, han sido capturados para servir como esclavos! Tengo por cierto que no volverán si no hacéis nada —insistió ella.

—Mujer, iremos tras sus huellas. Pero antes descansaremos de nuestro camino y atenderemos a vuestros heridos. ¿Quiénes han sido? —preguntó Cronos.

—¡Las tribus salvajes de Oriente! Con sus bestias cabalgan sembrando muerte. Se los llevan a Ilión, las tierras de Troya. ¡Allí los venderán como si preciadas reses fueran!

La anciana quedó en silencio, observando a los guerreros altivos, con la pena reflejada en sus ojos; y ante el silencio, bajó la vista y quedó sentada en el suelo mirando hacia los lados.

—Nada nos queda. ¿Qué hemos de hacer ahora? ¡Pobres de nosotros! —sollozó.

—Marcharemos en un par de días, no podemos perder la pista. Mas no os dejaremos en desamparo. Algunos de nuestros hombres se quedarán para cuidar de vuestra razón y gente, noble anciana —le aseguró Évenor.

—No avanzarán muy rápido con tantos presos —apuntó Cronos.

—¡No son más que hombres salvajes! ¡Continuemos! —exclamó Therebio.

—¡Son seres humanos! Hombres y mujeres que necesitan ayuda, y si tú eres mi sombra, deberás marchar tras mis pasos, cuando los dé —replicó Évenor.

Estuvieron cuatro días en Gomalova, atendiendo las heridas de sus moradores y trabajando en la reconstrucción de las cabañas. Cuando marcharon, algunos soldados atlantes quedaron allí, sembrando y arando la tierra, vigilando el horizonte y dando esperanza y sabiduría a aquellos que se desvivían por aprender y los trataban, en agradecimiento, como a dioses. Évenor emprendió de nuevo el camino, decidido a conocer mundo y saber de esos guerreros que saqueaban sin piedad, en dirección a Ilión, pues la anciana les había dado un destino cierto. Durante dos días sortearon caminos y bosques, y cruzaron los pasos que les dirigían a las llanuras de Oriente.

Al llegar la noche, fueron atraídos por la lejana luz de una hoguera.

Acercándose con gran sigilo, descubrieron un campamento muy particular.

—¡Son ellos, les alcanzamos! —exclamó Évenor.

—Mirad… Allí están, sometidas en aquellos vallados, las gentes de Artos, de Gomalova y de tantas aldeas saqueadas por esos inmisericordes. ¡A saber! Se toman su tiempo de aldea en aldea, por ello logramos alcanzarles. Seguro que aún pretenden algunas aldeas más —aseguró Cronos—. ¡La cosecha del año, de Occidente a Oriente!

Ocultos tras los arbustos, Évenor, Cronos y Therebio estudiaron la situación. La oscuridad impedía que les descubrieran, pero también saber la justa fuerza del enemigo.

—Tenemos por aliada la noche y contamos con la sorpresa —apuntó Cronos.

—No. Es mejor dejar pasar la noche. La sorpresa siempre será nuestra, no nos esperan. Pero no veo más vigías que los que cuidan de los presos, así que los demás deben estar ocultos.

Mal nos andaría si nos descubren, podríamos ser víctimas de nuestra propia ofensiva. Descansemos, podemos atacar en la mañana —propuso Therebio con voz experta, pues era veterano en guerras y batallas de Lybia.

—Tienes razón, no nos precipitemos. Esperemos la luz del día para saber con quienes nos enfrentamos. Esa desdichada gente ha de ser liberada y sus raptores, muertos —asintió Évenor.

En el crepúsculo de la mañana, Évenor, Cronos y Therebio desplegaron en silencio a sus hombres, concentrando a los lanceros ocultos entre el matorral cercano a los cautivos. La luz del nuevo día delató las fuerzas del enemigo.

—No son muchos, algunos más que nuestros hombres —dijo Évenor.

—Con esas vestimentas, adornadas con cabelleras humanas, parecen más hombres salvajes que personas civilizadas diestras en armas —apuntó Cronos.

—Sí, sin duda son salvajes, pero también buenos guerreros. Bien lo han demostrado en nuestra tierra —señaló Therebio.

El trotar de varios caballos llamó su atención. Al campamento llegaron ocho jinetes de largas melenas y estrechos bigotes, ojos rasgados y cintas coloridas. Uno de ellos portaba en el brazo un águila real, mientras que otro se alzaba con otra hermosa rapaz, oscura y de brazos manchados de blanco.

—¿Cambia esto la estrategia? —preguntó Cronos.

—No mucho, esperemos a que se reúnan —aseguró Évenor.

—Cuando llegue el momento, debemos actuar rápido —apuntó Therebio.

Los recién llegados pasearon por el encierro de los prisioneros, observando desde sus monturas, señalando con los dedos y riendo sus propias burlas.

Mientras, los atlantes organizaron la ofensiva.

—Dividiremos sus fuerzas tal y como hemos acordado. Atraeré su atención hacia mí mientras los lanceros liberan a los prisioneros y les proporcionan armas. Animados ante nuestra llegada, serán una buena baza para acabar con esos salvajes. Tú, Therebio, encárgate de esos jinetes —ordenó Évenor en voz baja, un tanto inquieto.

—Sé lo que tengo que hacer —apuntó Therebio apretando el cedro de su lanza.

Cronos y cuatro de sus lanceros se acercaron a los vigías del campamento, distraídos ante la llegada de los jinetes. Therebio, con sus libios, acompañó a Évenor hasta un valle que abría la entrada de aquel campamento de esclavos. Una vez situados, vieron cómo los vigías caían sin emitir ruido alguno, bajo el metal de los hombres de Cronos. Entonces, un niño de unos cinco años y una niña de apenas ocho años, que soportaban los crueles golpes de los guerreros de

Oriente, fueron libertados y comenzaron a correr llorando por el valle, en dirección a Évenor. Nadie trató de detener a aquel niño y aquella niña que corrían buscando desesperadamente a sus familias robadas, huyendo de los golpes y las burlas.

—Esperemos que esos críos lleguen hasta nuestra posición para iniciar el ataque, de lo contrario podrían morir en la batalla —susurró Évenor.

Therebio asintió, impaciente por dar vida mortal a su lanza.

Puñal en alto, desde una de las atalayas usadas por un vigía degollado, los lanceros de Cronos daban la señal convenida. Los pequeños estaban cerca. Sin saberlo, corrían hacia su salvación. Pero entonces, los hombres que parecían haber ignorado su escapada, dieron un paso al frente y permanecieron en silencio observando correr a la niña de largos cabellos negros y mofletes rosados, y al jovencito que corría limpiando su rostro de lágrimas. Los jinetes que portaban las águilas avanzaron posando los ojos en aquellos "gazapos" que huían.

Évenor permanecía expectante. No sabía qué iba a pasar, pero se temía lo peor.

Alzando los brazos, los jinetes lanzaron al aire las portentosas rapaces, que se elevaron hasta perderse en las alturas; para iniciar un rápido picado sobre los indefensos críos, que corrían y corrían, que caían una y otra vez, atropellándose con sus propios piececitos.

Apenas a unos metros de Évenor, la niña le vio y abrió incrédula sus ojos al reconocer los ropajes, parecidos a los de su añorado padre, muerto en Artos.

—¡Papá! —gritó estirando los brazos hacia el príncipe.

Su llamada fue silenciada por la brutal llegada del águila de brazos manchados que, con su tamaño y la fuerza del picado, tumbó hacia delante a la pequeña clavándole una de sus afiladas garras en la espalda y la otra en la cabeza. Aplastó la cara de la niña contra el suelo, apretando a la vez que alzaba las encrestadas plumas con las alas extendidas. Se llevaba, con cada segundo que pasaba, un pedazo de la vida de la pequeña que, balbuceando, miraba a Évenor con sus grandes ojos castaños y la esperanza de la inocencia. Sobresaltado y angustiado ante tal cacería, el príncipe salió de su escondite, chillando y corriendo hacia el águila, que se alzó al aire soltando a la pequeña. Entonces, lanzó con fuerza su espada sobre la otra rapaz, evitando por tan solo unos instantes que hiciera presa sobre el jovencito, el cual, saltando en brazos del príncipe, vio como la afilada hoja pasaba a unos dedos de su rostro para atravesar en pleno vuelo al águila.

Ante la aparición del príncipe y tres de sus guerreros, que corrieron a socorrer la agonía de la niña, los jinetes comenzaron a trotar lentamente hacia ellos. Évenor dejó al pequeño en el suelo, tras de él. Se agachó y, agarrando del cuello al águila, recuperó su espada. Alzó el cuerpo muerto de la rapaz, exhibiendo su cadáver, y lo lanzó al valle con fuerza. Los jinetes iniciaron su ataque, galopando velozmente hacia ellos. Conforme se alejaron del vallado, los hombres de

Évenor actuaron. Salieron de la vegetación y atravesaron con sus lanzas a los guardianes. Los prisioneros fueron liberados y tomaron las armas de los muertos. Dolidos por su humillante cautiverio y exaltados por la posibilidad de recuperar su libertad, aquellos hombres y mujeres se lanzaron sobre sus raptores dándoles muerte con lanzas, espadas, piedras, estacas y a mordiscos.

Mientras los jinetes cabalgaban hacia Évenor, este mantenía su posición con tres de sus hombres esperando la llegada del enemigo con la espada en alto. Cuando se hallaban a menos de veinte pies del príncipe, surgieron del matorral los guerreros de Therebio con las lanzas prestas y la muerte viva en sus puntas de afilado bronce. Allí cayeron parte de los jinetes, atravesados tras un atroz choque. Évenor y sus hombres saltaron sobre los que aún se mantenían en pie.

En el campamento, gracias a la superioridad de los prisioneros y sus ansias de venganza y libertad, los guerreros de ojos rasgados fueron derrotados rápidamente. Sus cadáveres seguían siendo lanceados, apedreados y golpeados por aquellos a los que habían esclavizado. En el cielo, el águila de afiladas garras y hombros blancos daba vueltas buscando un brazo donde posarse. Évenor se encargó en ese momento de que su atalaya humana nunca volviera a dirigir un cruel ataque sobre niña alguna, cortándole el cuello de un severo tajo.

Muertos los salvajes guerreros, todo acabó. Tras enterrar a sus muertos, los liberados iniciaron el regreso a sus hogares, bendiciendo su suerte y la del príncipe, el cual les indicó el camino seguro hasta Gomalova, donde se hallaban algunos de sus lanceros para ayudarles.

Los padres del niño moreno, de cara sucia, se arrodillaron besándole los pies.

—Debo daros las gracias… La libertad es el mayor tesoro que puede disponer una persona. Pero eso pocos lo saben. Y tú, altivo guerrero, que por devolvernos a la vida has arriesgado la tuya, eres un gran hombre y mereces mi respeto.

Aquel hombre se alejó con un grupo tras despedirse del príncipe. Llevaba a su hijo sobre los hombros y abrazaba la cintura de su mujer. Évenor los observó alejarse, complacido. Había comprendido algo que desconocía: al cambiar el horrible destino que destruía aquella familia, descubrió el valor de la libertad y la miseria del que la mata. Entonces quiso ver a la niña de mofletes rosados. La encontró en una cabaña hecha de ramas, luchando por su vida en silencio, marcada por las garras de la rapaz. Le acarició el rostro y la besó en la frente sintiendo la impotencia de no poder hacer más antes de marchar. Debía seguir su camino una vez informado que los jinetes de cueros negros hacía meses que habían seguido hacia Oriente, lo que dejaba claro que para ellos solo tenía valor el saqueo de Artos y Gadeira, en nada se habían preocupado por los demás asaltos. Así, deseó saber quiénes eran y qué podían temer de ellos. Dirigió a sus lanceros hacia el sur con una nueva compañera, que desde el aire les seguía buscando un brazo donde posarse.

Al caer la tarde, una vez acampados, Évenor observó cómo la rapaz descendía hasta un árbol cercano, extendía las alas y emitía agudos graznidos estirando el cuello hacia delante. Animado por la curiosidad, le ofreció a la vista un trozo de carne del asado que estaban preparando sus hombres y la llamó con cortos gritos. Para su agrado, la majestuosa ave descendió y se posó en su brazo. Escudriñó el rostro atónito del príncipe y arrancó con su poderoso pico pedazos de carne para tragarlos ávidamente. Aun protegido con duro cuero de uro, las garras de la rapaz rasgaron la piel del príncipe. Dolorido, la alzó de nuevo al aire y el águila volvió al árbol.

Al día siguiente, la rapaz no estaba.

Évenor observó al cielo buscando su silueta, pero no la halló.

Tras arduos días de marcha, llegaron a las aguas del mar Egeo bajando por la orilla del río que llamaban Evros. Al este, las tierras de Tracia y poco más allá, cruzando las aguas marinas de un pequeño estrecho, se encontraba Ilión. Una gran polis que, regida por los hijos de Zeus y de Elektra, adoradores de Apolo, vivía del creciente comercio en toda la zona. Sus enormes murallas, de más de treinta pies de altura y dotada de grandes defensas, la mostraban inexpugnable. Cruzaron el estrecho en una embarcación de carga, pues un viejo marino, de habla sin fin, se ofreció a llevarles a cambio de unos quilates de oro en cuanto se acercaron a la orilla.

En tierra, el firme avance de la expedición armada, acercándose a las murallas de Ilión, no pasó inadvertido para la guardia de la polis. Dos carros de guerra de cuatro ruedas, con tres lanceros cada uno, y diez hombres a caballo les salieron al paso a treinta pies de la puerta principal, la cual se hallaba controlada por una torre como bastión y otras tres defensivas de las que partían anchas calles de piedra hacia el centro de la urbe. Sobre las torres, los arqueros les apuntaban con sus saetas listas para partir.

—Soy el príncipe Évenor, de Atlas. Me acompaña Cronos, rey de Terya, y Therebio, voz de Autóctono, rey de Gadeira. Buscamos provisiones y sombra para descanso de nuestro camino.

Tras escuchar dichas palabras, dos jinetes partieron rápido hacia el interior de la polis.

—Pronto sabrán a qué atenerse; esperemos pues —les dijo uno de aquellos guerreros de relucientes petos y largas lanzas, el cual, expectante, esperaba una orden sin apartar la vista de ellos, bajo el sol de la mañana y el calor sofocante.

Pasó un largo tiempo hasta que apareció otro carro de guerra, de dos ruedas, más rápido y ligero, con un aguerrido soldado y su auriga. Se acercó hasta Évenor, que permanecía al frente del grupo junto a Cronos y Therebio.

—Seguidnos pues, si es vuestro deseo; os llevaré hasta Ilión. Los hombres podrán alojarse en las estancias de nuestra guardia, pero deberán dejar las armas de guerra en custodia.

—Sea pues —asintió Évenor confiando plenamente.

La impresionante fortaleza, las formas civilizadas de sus hombres y los adornados carros de guerra que observaba le recordaban que solo podría ser obra de hombres sabios y como tales, serían hombres de comercio que sabrían escuchar y proveerles de víveres a cambio de oro.

Fueron invitados de honor del gobernador, un sabio anciano llamado Rhiania, el cual les habló, acomodados en su morada, de los reinos del Creciente Fértil, de Arzawa y Hattusas. De las polis egipcias de Uaset y Men-nefer, así como del faraón Ahmose que vivía en guerra a lo largo del Gran Río y avanzaba por Canaán. De las islas minoicas de Creta, hogar del rey Minos en la exuberante Cnosos; y de Rodas, cuna de Poseidón. Y de la micénica Alasia, habitada por los hijos de Atenea; en la que abundaban las vetas de apreciado cobre. Lugares, todos ellos, donde había comercio y oportunidades para el hombre civilizado. Pero ninguna información obtuvo de aquellos a los que buscaba.

—Deberéis moveros con precaución por esas tierras si es vuestro destino avanzar en ellas, pues muchos se disputan gloria y riquezas. Con todos podréis negociar vuestro paso, excepto con los aqueos. Nosotros mismos mantenemos con ellos unas relaciones difíciles. Su poder crece desde Argos, Micenas, Atenas y con una estirpe nacida de la ira de Atenea: los dorios, que levantando una polis de poderosos guerreros se hallan en Lacedemonia —les comentó Rhiania.

—Interesantes palabras, que deberemos tener en cuenta —apuntó Évenor, agradecido.

—Descansad pues la fatiga del camino. Esta noche disfrutaremos, mis nobles y yo, de vuestra presencia en la mesa junto al rey Ilio. Impaciente está por conoceros. Mas tendréis que disculpar la ausencia de su reina Eurídice, fuera de palacio se halla.

—Agradecidos estamos. Será un placer conocer a tu rey. Mas en la mañana hemos de partir sin falta, debemos encontrar el rastro de aquellos a los que seguimos —contestó Évenor.

Los atlantes pasaron la tarde recorriendo la majestuosa polis, observando su altivo templo, las anchas calles, los estructurados edificios, sus nobles gentes; hasta llegar a un mercado de grandes proporciones donde carne, grano y especias se vendían a buen precio. Évenor quedó sorprendido al ver cómo, en un pequeño escenario de maderas vencidas, eran subidas personas desconocidas, de una en una, de dos en dos o en grupos; y subastadas al mejor postor. Estuvo observando cómo eran vendidos niños de corta edad, hermosas doncellas con lágrimas en los ojos, fuertes varones sin alma que reflejar. Recordó a dónde se dirigían los salvajes guerreros de Oriente con su pueblo cautivo y demás presos. Sin duda eran ciertas las palabras de la anciana de Gomalova: pensaban venderlos en Ilión como esclavos. Solo la satisfacción de haber impedido que aquel niño, su familia y tantos otros acabaran allí, alegró su corazón por un momento. Después, preso de pena por aquella gente tratada como vulgar ganado, bajó la cabeza y se alejó.

—El rey Ilio ha ordenado que sea servida la cena. Os esperan.

Al caer la noche, la guardia acompañó a Evenor, Cronos y Theribio hasta las dependencias del rey Ilio, el cual, viéndolos llegar, les invitó desde su trono a pasar a una gran sala. Allí se mostraban los excesos de la buena cocina y los placeres que guardaba la compañía de hermosas mujeres que bailaban junto a la mesa, ataviadas con coloridos y escuetos velos.

—Mis queridos amigos, bienvenidos a Ilión. Saciaros y contadnos de vuestras andanzas, que hasta mi mesa os han traído —dijo Ilio, un hombre mayor, fuerte y de mirada profunda, de pelo oscuro y rizado como su larga barba.

Évenor le relató parte de su viaje durante la comida e incidió más en lo que buscaba: los jinetes de cueros negros. Por la expresión de sus rostros, pronto vio que los prohombres que le acompañaban en la cena conocían aquel pueblo guerrero.

—Son nómadas venidas de Tracia, de Capadocia y de las mesetas del lejano Oriente. Guerreras terribles que asaltan a los desprotegidos, cuando no incluso algunas aldeas de armas. Sin embargo no se las ve a menudo —le informó un hombre mayor, sin dejar de comer.

—¡Son peores que las alimañas! —exclamó otro.

—¿Guerreras? —preguntó Évenor y miró a Ilio, deseoso de saber más.

—Sí, son féminas un tanto peculiares. A veces van por libre, otras son mercenarias del mejor postor. Siempre son un peligro. Dominan las artes de guerra y como nosotros, domadores de caballos, también cabalgan en batalla. Son como bestias, peores, inhumanas.

Évenor frunció el ceño. Más cuando, en aquella urbe civilizada, vio cómo eran vendidos hombres, mujeres y niños. Personas que le miraban a su paso con la tristeza del que ha sido y ahora no es nada; seguramente raptadas de su hogar por las guerreras de las que hablaban, como lo fue su gente en Artos.

—¿Y cómo comerciáis con ellas almas esclavas a pesar de despreciarlas? —preguntó.

—El comercio y la negociación nada tienen que ver con las ideas y la razón. Más vale pagar y cobrar, que luchar y quizá fallecer —contestó Ilio—. Comerciamos con argonautas, atenienses, hititas, hurritas, babilonios, asirios, egipcios y contigo, atlante. Todo el mundo es bienvenido a Ilión mientras cumpla sus leyes; fuera, los dioses dirán. Decidme, ¿vuestro pueblo no goza de esclavos y lacayos? ¿Acaso no son almas robadas a un hogar sean o no hombres salvajes?

El príncipe asintió sin saber qué contestar, mientras pensaba en su tierra y en todos los que vivían en Atlanta sometidos.

—Nunca dispondré de esclavos que me teman, no podría soportar esa pena; sino de hombres libres que me sirvan —aseguró.

Ilio, de forma inteligente, le ofreció una copa de vino.

—Tomad, calmad la sed y habladme de comercio, pues de Tiro llegan noticias de tu desconocido reino. Dicen que abunda la argéntea, el oro líquido y el más intenso de los vinos.

La noche fue avanzando y la cena parecía no acabar nunca. Siempre había algo más que probar: un delicioso asado, una fruta desconocida, una pasta especial, un beso robado... Las jóvenes que les acompañaban en la mesa se mostraban cada vez más amables tras su baile de velos. Saciados de carne y licor, habiendo dicho aquello que se debía y escuchado lo interesado, la mesa iba quedando vacía. Los hombres desaparecían acompañados por tan bellas mujeres.

Ilio sentó sobre sus rodillas a una joven muy hermosa y comenzó a besarla, acariciando su vientre, mientras observaba a sus invitados.

—Gozad del postre, amigos atlantes. Mañana será un nuevo día.

Una de ellas pasó los brazos por el cuello de Évenor y le mordió la barbilla suavemente. El príncipe la miró y acarició su rostro. Luego se alzó de la silla, ante la sorpresa de la joven, y se alejó de la mesa, solo. Cronos y Therebio allí quedaron, presos de las caricias.

—Atlante, ¿deseas la compañía de un joven varón? Nuestros son los más hermosos de los efebos —preguntó Ilio.

—No, estoy agotado. Deseo descansar —contestó Évenor.

—Tan solo un consejo, amigo: desiste en tu empeño y regresa a tu tierra ahora que aún puedes —le advirtió Ilio, mirándole vagamente mientras la joven buscaba sus carnes y le mordía suavemente en los pezones—. No vayas más allá de las tierras ardientes del Desolado. Muy pocos han entrado en ellas y menos regresaron. Ni el mismísimo rey Cécrope pudo con ellas. Nada encontrarás allí, salvo la Parca cierta.

Con los primeros rayos de sol, la expedición atlante salía de Ilión al trote, dirigiendo sus pasos hacia las tierras del este. Una comitiva real, con su guardia, se cruzó con ellos apenas a unos estadios de la polis. Una altiva dama y un joven de apenas doce años asomaron sus rostros desde la puerta de un carro cerrado. Tras observar a Évenor y sus guerreros, la mujer levantó suavemente el brazo pidiéndoles que detuviesen el paso.

—¿Eres el príncipe Évenor? Mi nombre es Eurídice, reina de Ilión; él es Leomedonte, mi hijo. Las noticias de vuestra llegada hicieron apresurar mi llegada. Quería conocer a un atlante de verdad y dar por ciertas las nuevas que llegaron de Ática y escuchamos en Tiro.

—Soy Évenor, mi señora. Deseo que la dicha sea tuya y de vuestro hijo. Y aprovecho para agradecer la hospitalidad de vuestro gentil pueblo. Decidme, ¿acaso los aqueos saben de nuestra presencia? ¿Qué nuevas de Tiro os inquietan?

—No, no creo que los aqueos sepan nada o andarían prestos tras vuestros pasos. Más bien hablan de riquezas por conquistar en las tierras lejanas de Occidente. En Tiro nos dicen de una gran polis bañada de oro y argéntea, situada en los confines del mundo, desde donde algunos valientes traen valiosas mercancías a buen precio. Pero quedaros por unos días y hablemos, que nada os ha de faltar y sería de mi gusto escuchar vuestras palabras y conocer vuestra tierra.

—Mi señora, siento no poder satisfacer su voluntad como sería mi deseo, pero debemos partir con premura. Podremos debatir con calma a nuestro regreso. Ahora debemos seguir en nuestro empeño tras aquellos a los que perseguimos, antes de que podamos perder su rastro.

—Andad pues con cuidado, pues las lobas no tienen piedad de nadie y la tierra quemada acaba con el ejército más poderoso. Y tomad muy en serio estas palabras: volved a vuestra tierra y preparaos para defenderla —le aconsejó la reina y haciéndose hacia atrás un tanto contrariada, se acomodó y ordenó a su guardia proseguir hacia Ilión.

Évenor ignoró los consejos de ambos monarcas troyanos y continuó su avance.

—Son siete jinetes. Rodearon Ilión y se dirigen al este —aseguró Lieban conforme caía el sol, tras observar un rastro de huellas en el terreno—. Podríamos alcanzarles en unos días.

Durante dos días cabalgaron rápido, hasta llegar a las cárcavas que abrían el paso al desierto de sales que llamaban Desolado, donde encontraron los restos de un campamento abandonado.

—Estuvieron aquí no hace mucho —aseguró Thesitas, el viejo explorador.

—Su rastro se interna en el Desolado, no es buena idea entrar —apuntó Lieban.

Évenor observó el horizonte. Solo se veía un árido paisaje con algún arbusto seco.

—Busquemos un sitio donde descansar. Esta noche la pasaremos aquí.

El viejo Thesitas recordaba de sus viajes anteriores, un lugar cercano a un pozo y allí se dirigieron. Alzaron el campamento y varios hombres salieron en busca de carne de caza, mientras otros cargaban agua en cuantos forros de piel podían. Los víveres cargados en Ilión no eran suficientes y era necesario prevenir antes de pisar la tierra quemada del Desolado.

Al caer la noche, los lanceros descansaban al lado de varias hogueras, despedazando la carne de las gacelas que habían abatido con sus saetas. Therebio habló con voz fuerte, sentado frente al fuego. No muy lejos se hallaban Cronos y Évenor.

—¿Hasta dónde nos conducirá esta locura?

Nadie contestó.

—En nada nos conviene entrar en ese mar de tierra árida. Deberíamos regresar —insistió.

—Querrá llegar hasta el fin del mundo, a ver si allí encuentra a su amada Hipólita —espetó uno de los soldados libios provocando una carcajada sonora.

Évenor se alzó impetuoso.

Cronos le agarró del brazo y le miró ladeando la cabeza de lado a lado.

—Nos matará a todos en el Desolado antes que aceptar que la harpía yace en el lecho del rey Autóctono. A estas alturas ya esperarán su primogénito. ¡Y nosotros aquí! —insistió de nuevo Therebio logrando esta vez desatar el ánimo de Évenor, que se lanzó sobre él.

El capitán libio era un guerrero experto y pronto lo ladeó y de un fuerte golpe lanzó al príncipe contra el suelo. Con las dos manos le invitó a que le atacara.

—Ven aquí si tienes agallas… No tendrás mañana —sonrió sabiéndose superior.

Entonces, un hacha de pedernal negro estalló en su cráneo y se derrumbó junto al príncipe, el cual se alzó sacando la espada del cinto y mirando hacia la oscuridad. Una lluvia de flechas y venablos de afilada piedra cayó sobre ellos. Muchos fueron alcanzados, cayendo heridos mientras un numeroso grupo de hombres salvajes se abatían gritando.

Los soldados de Therebio eran rudos libios acostumbrados a la batalla y una vez rehechos, los salvajes fueron rechazados por el frío metal y la experiencia en combate. Cronos dispuso a sus guerreros en una improvisada formación de largas lanzas y acudió en defensa de los hombres de Evenor. Las artes de guerra de los guerreros atlantes, unidos, acabaron con el ataque. No sin bajas que lamentar. Los salvajes huyeron, desapareciendo tan rápido como habían aparecido.

Tras un tiempo de espera y tensión, unos atendieron a los heridos y otros comenzaron a cavar las fosas donde enterrar a los muertos.

—Haremos una pira donde ardan sus restos. Si bien no fue hombre de mi agrado, era un oficial atlante y como tal se merece respeto —dijo Évenor ante el cadáver de Therebio.

Cronos asintió y fortaleció la guardia.

El silencio se abatió sobre el campamento. Esa noche no se durmió, quedaron expectantes por si volvían los salvajes y conmovidos por la tragedia de la lucha, permanecieron en vigilia, viendo las llamas de Therebio alcanzar el cielo.

Al día siguiente, recogido el campamento, Cronos estuvo meditando con Évenor sobre un posible regreso. Pero el príncipe no tenía la intención de abandonar la empresa mientras el rastro fuera claro y supieran dónde se hallaban.

—Muchos de vosotros queréis regresar —se dirigió Évenor a sus hombres—. Yo también, pero se nos encomendó una empresa: saber cierto quiénes eran y si planeaban su regreso. La reina de Ilión nos dice "volved a vuestra tierra y preparaos para defenderla". Estamos aquí por Atlanta y nuestra gente, para que no volvamos a tener que liberar más cautivos como los de Artos. Para que nuestro pueblo sepa a qué se enfrenta o regresar con la tranquilidad que da la

paz. Aquel que quiera volver, puede hacerlo. A vosotros, bravos libios, en nada os concierne esta empresa. Cronos, tú y tus hombres de Terya, podéis volver con vuestras familias. Y mis fieles de Atlas, en vuestras manos está la decisión… Yo seguiré adelante.

Évenor se alzó sobre la montura y comenzó a trotar adentrándose en el desierto. El viejo Thesitas arrugó los labios y le siguió de inmediato. Cronos cargó los sacos de pieles colmados de agua en su caballo y partió tras los pasos del príncipe. Ningún soldado quedó atrás, ni siquiera los libios. Solo los heridos emprendieron el regreso, guiados por Lieban. Llegados a los confines de las tierras conocidas, los guerreros de las diferentes dinastías formaban ahora un único grupo, al mando del cual se encontraba el príncipe Évenor. Aquella inesperada batalla les había unido.

La travesía se tornó más y más dura conforme avanzaban, hasta que perdieron la noción del tiempo. Cuatro días, cinco… Al amanecer del séptimo día de insoportables temperaturas, la tierra se había convertido en un mar de sal. Los víveres empezaron a escasear y no se veía presa alguna, ni pozo que los aliviara. Avanzaban sin rumbo aparente, soportando tanto el frío y el hambre de la noche, como el calor y la sed del día.

—Deberíamos volver. No creo que hallemos nada en nuestro camino y todavía tendríamos posibilidades de llegar a Ilión con vida —comentó Cronos.

—No tendremos otra oportunidad de saber más —replicó Évenor.

—Quizás no nos interese saber más. Nadie nos alentó tras esa gente, sabían cuán incierta era la aventura. Pero hemos liberado a la gente de Artos y portamos gloria y saber a Atlanta. Nuestra gesta será reconocida. No forcemos la suerte en este infierno, pues nos es esquiva.

El rastro dejado por los invasores había desaparecido por completo, ocultado por los vientos. Évenor miró a sus hombres que se hallaban exhaustos y quemados por el terrible sol. En ese momento pensó que era el momento de regresar. Entonces, el viejo Thesitas descabalgó y posó la mano sobre una roca que despuntaba entre la tierra seca.

—Por aquí, hacia el norte —dijo—. En un día llegaremos a una pequeña garganta que esconde el Desolado tras este mar de sal. Allí hallaremos refugio, agua y comida en abundancia.

—¿Estás seguro de ello? —preguntó Évenor.

—Sí, mi señor. Aunque hace muchos años que anduve estas tierras, nunca olvidaría el camino, pues en esta misma piedra descansaron mis huesos. Allí encontraremos una montaña de cuevas, hogar de los antepasados de esta tierra. Y más allá, una pequeña ciudadela de bellas mujeres que sin duda, nos atenderán muy bien.

—¿Una ciudad de mujeres? —preguntó incrédulo Cronos.

—Tiempos atrás, cuando exploré las tierras de Oriente, la hallé siguiendo los pasos de una joven que desafiaba mi saber. Sí, oculto en la aridez de este desierto, existe un pueblo cuyas bellas

doncellas cuidaron de mí y de donde guardo un grato recuerdo. Y tened por cierto, mi señor, que regresar ahora, sin agua, es morir en el intento.

Alzado el día, cambiaron el rumbo hacia el norte de aquel sofocante desierto. A media tarde, cansados y agotados, decidieron descansar. Évenor miró al horizonte. No se veía rastro de nada, solo tierra abrasada. Su rostro había cambiado. Ya no era el de aquel joven alegre que siempre sonreía. Curtido por los golpes recibidos y quemado por el implacable sol del desierto, barbilampiño y sin adornos, reflejaba su madurez. Su pelo de príncipe, meticulosamente tallado y cuidado, se había convertido en una melena rebelde. Había pasado más tiempo del esperado fuera de la Península, desde que partieron de Atlas. De la expedición de treinta y cinco hombres que atravesaron las montañas sagradas de Pyrene, solo siete quedaban en pie y los caballos arrastraban a otros tantos, desfallecidos por el agotamiento. El paraje era desolador: tierra quemada, arena y pura sal por delante y tras ellos.

—¡No desfallezcáis! ¡Detrás de las colinas se encuentra un fabuloso poblado donde hay agua y placeres para todos! —exclamó el viejo Thesitas y apenas dio un paso más, tropezó y cayó sobre la ardiente sal.

—¿Qué colinas, viejo loco? —dijo Cronos, agotado, mirando al horizonte sin ver nada que destacar más que tierra quemada. Pensó en degollarle allí mismo y beber su sangre.

Los pensamientos de los lanceros no andaban muy lejanos.

—Vamos, adelante, no falta mucho. ¡Hombres de poca fe! —añadió el viejo explorador levantándose y avanzó con paso firme.

—Roguemos a los dioses para que las palabras de Thesitas no sean fruto de su imaginación —murmuró Évenor y le siguió.

En medio de la nada, siguieron sin más opción al viejo explorador, que era el que parecía resistir con más entereza aquella dura prueba. Descabalgados y en fila, avanzaron por el desierto abrasador, desprendidos ya de las lanzas, petos y grebas; los yelmos y escudos quedaban atrás, perdidos como testigos mudos del paso incierto hacia la muerte. Pasaron las horas y bajo el sol resplandeciente, parecían alejarse cada vez más de cualquier destino. Sus cuerpos se hallaban empapados de sudor, con los pies hinchados y la boca seca; la cabeza, la cara y los brazos les parecían arder. La saliva se acumulaba en la punta de sus lenguas para desaparecer en las resecas gargantas entre arenilla salada. Algunos cayeron desfallecidos. Solo la noche les salvó de morir. Sacrificaron un caballo para poder alimentarse. El agua se agotó. Exhaustos, quedaron rendidos, sin vigilancia y arropándose entre ellos, pues el calor del día daba paso a una noche helada.

En el silencio de la noche, las estrellas adornaban el cielo y el ulular del gran búho mecía sus sueños…

CAPÍTULO 12 · REVOLUCIÓN EN GADEIRA

En la plaza de Poseidón, ante el palacio de Gadeira, cientos de lanceros esperaban la magna presencia de Hipólita en formación militar con su reluciente yelmo, la labrada cota de malla, un bronceado escudo, la mortal espada y una lanza punzante adornada de largas tiras púrpuras. Tras ellos, una multitud venida de todos los rincones del reino se alzaba ansiosa ante la presencia de aquella que había acabado con la tiranía de Autóctono y que se alzaba como reina. No faltaban gentes de Atlas, Elisippos y Terya sorprendidos por las nuevas acontecidas y deseosos de saber.

Gadir apareció en el balcón del palacio y tras él Hipólita, ataviada con una impresionante indumentaria militar sobre un chitón blanco celeste, sin mangas, que la cubría hasta los muslos. Coraza bañada en oro y adornada con la faz del lobo sobre el pecho. Dos brazaletes cubrían sus hombros enlazando una capa púrpura imperial, la cual se alzaba al viento a la par que sus largos cabellos. Grebas de bronce adornadas con garras de argéntea. Sobre su cabeza, la diadema de oro que la hacía reina. El sol destellaba con fuerza en el metal que la cubría, otorgándole un aura divina. El silencio se hizo total. La presencia de la soberana, su juventud, belleza y porte militar causó una impresión indescriptible. Hipólita alzó su brazo derecho armado con la espada y un gran estallido de voces clamó al cielo entre el estruendo sincronizado de lanzas y escudos.

—¡Hipólita, reina! ¡Hipólita, divina!

Mirando altiva, sabiendo lo que había conseguido, ladeó la cabeza a ambos lados de la abarrotada plaza y gritó con fuerza dirigiéndose a sus soldados y al pueblo.

—¡Hijos de Poseidón y Clito! ¡Hijos de la Madre Tierra! —exclamó seguidamente—. Ayer éramos siervos, hoy somos libres, mañana los dioses dirán. ¡Pero tendrán que arrancar nuestros corazones antes que ser de nuevo esclavos de tirano alguno!

Dando un paso al frente, la primera línea de la formación militar levantó al unísono sus lanzas mientras los guerreros del resto de las columnas alzaron sobre ellos sus escudos remachados en bronce, orientándolos hacia el sol. Un gran destello recorrió toda la formación impresionando a las masas, que exclamaron atónitos a la vez que los soldados retomaban la posición y alzaban la punta de sus lanzas al aire, gritando con fuerza y vitoreando a su monarca.

Hipólita recorría con la mirada la multitud enfervorecida y a sus guerreros: en su mayoría eran hombres salvajes, esclavos, lacayos y siervos liberados de sus yugos y convertidos en soldados de la reina con el oro del rey Autóctono.

Treita, invitada de honor, miraba con incredulidad y cierto temor aquella demostración de fuerza mientras sonreía complaciente. La joven reina de Gadeira desplegaba un ejército que ponía en guardia los reinos de Atlanta y las ambiciones veladas.

La tiranía en Gadeira parecía haber desaparecido. Pero en verdad, un estricto control militar sustituía aquel gobierno corrupto. Todo se adelantaba por voluntad real y la decisión de sus comandantes. La noches siguientes a la muerte del rey Autóctono serían recordadas en toda Atlanta por las cabezas que rodaron en los dominios de Hipólita. La guardia de la reina, con Gadir, Tarss y Mimi al frente, ocupó las casas de gobernantes y prohombres de fortunas robadas; requisando el oro y sus riquezas. Aconsejada por Gadir, la reina respetó el templo alzado en honor a Poseidón, pues gozaba del favor del pueblo y de los nobles leales de Gadeira, los cuales nunca quisieron el yugo del rey Autóctono.

En la acrópolis de Atlas, el sabio Epolis, reunido en el templo de Clito con dos consejeros del rey Argan, debatía sobre la desconcertante situación.

—Ha mandado afianzar todas y cada una de las poblaciones de Gadeira, por pequeñas que sean; levantar defensas y armar una estructura militar en cada una. Está armando al pueblo y eso es muy peligroso —comentó uno de ellos.

—Hace apenas un año era una salvaje desconocida. ¿Cómo es posible que esa joven disponga del poder absoluto de Gadeira? —preguntó otro.

—No le ha sido difícil hacerse querer en un reino hastiado por la corrupción y la tiranía. Con justicia, trigo y oro se ha ganado al pueblo, ahora su pueblo —indicó Epolis.

—Esa harpía es una bruja como lo fuera su madre. Debemos temerla. El rey debería sacar sus columnas de guerra y acabar con ella —añadió un tercero.

—No será fácil. Observad el destino de las dinastías de Evemo, Mneseo y Diáprepes. Creyeron ver su oportunidad y se han rebelado contra la voluntad de la reina Hipólita, intentando recuperar su poder al faltar el rey Autóctono. Pero no valoraron bien la situación; ahora han perdido sus tierras, riquezas y hombres leales a manos del ejército de la reina.

—¡Y salvaron la vida al huir tras las murallas de Atlas! —exclamó el más joven de ellos.

—En verdad, no tenemos constancia alguna de que Hipólita intente nada contra nosotros. Creo que teníamos más que temer del propio Autóctono —aseguró Epolis.

—Entonces ¿para qué ha armado ese ejército? Hipólita es mucho más peligrosa, pues su corazón está lleno de ira y despecho contra Atlas. Pero es más, el pueblo y el ejército de Gadeira está a su lado de forma ciega y eso no me gusta —apuntó el rey Méstor entrando por la puerta.

Ante la presencia de Méstor, los hombres sabios se alzaron y comenzaron a abandonar la sala. Nadie confiaba en él.

—Deberías hablar con el rey Argan. Quizá no sea bueno que Menalipa ronde tanto la estancia real, podría alzarse con la cabeza del monarca como hizo su hermana con el rey Autóctono —sentenció Méstor agarrando el brazo de Epolis.

El viejo sabio se soltó y sin decir palabra, se alejó del templo dirigiéndose al palacio de Argan para informar de cuanto acontecía.

Epolis encontró al rey en el lecho, acompañado por Menalipa.

—No puedo ocultar mi dicha por lo acontecido, viejo amigo. Esperemos que no vuelque su ira contra nosotros y si fuera así ¡Poseidón nos guarde de su furia! —dijo el rey al verlo llegar.

—Su ejército es fuerte, mas no lo suficiente para hacer frente a nuestras columnas de guerra —comentó Epolis.

—No, las columnas de Atlas no deben salir nunca de la polis si no hay un enemigo obvio al que combatir. No adelantemos acontecimientos hasta que Hipólita se alce contra nosotros o entre en el reino del rey Cronos.

—Por el momento son tierras que permanecen ignoradas por ella, mi señor.

—Epolis, no te dejes arrastrar a una guerra indeseada. Hipólita no es el enemigo, lo sé. Y tú, mi querida Menalipa, que sorprendida ante las noticias que llegan de Gadeira mantienes silencio: no salgas de palacio hasta que mis pasos sean firmes de nuevo. Temo por tu vida, ya que son muchos los que te miran de forma hostil ante las acciones de tu hermana —le susurró.

Méstor seguía los acontecimientos, mostrándose desfavorable a una alianza con la nueva reina y levantando sombras inquietantes sobre Menalipa. Por el contrario, su esposa, Treita, viendo el creciente poder de Hipólita y aprovechando su relación anterior, buscaba con ahínco su proximidad, visitando e informando de cuanto acontecía en Atlas, especialmente de aquello que creía conveniente y cuando lo estimaba oportuno.

En Terya, preocupados por sus riquezas, los nobles empezaron a temer a Hipólita y sus posibles acciones. Aunque de momento los ojos de la reina no se habían fijado en ellos, mandaron dos carros ligeros con provisiones en busca del rey Cronos para rogarle su regreso.

El reino de Azaes se encontró ocupado sin mediar batalla alguna. El rey, hombre mayor y comprensivo, amante del trino del pájaro y el aullido del lobo, había perdido su prestigio al unirse con Luna Roja y abandonar la acrópolis. Su reino estaba compuesto por pequeñas aldeas que salpicaban el oeste peninsular, pobres en oro, pero abundantes en cobre, estaño y frutos de la tierra, algo que Hipólita había tenido muy en cuenta. Así le ofreció oro, ganado y telas en abundancia a cambio de parte de las cosechas, cobre y estaño. Las cacerías de hombres salvajes habían acabado, su gente se hallaba ahora protegida por los lanceros de Gadeira.

En la misma Gadeira, Hipólita era venerada a su paso por el pueblo. No en vano había llenado sus despensas. La reina se hizo tan querida por sus gestiones como temida por su justicia, firme e implacable.

Gadir entró en sus estancias.

Ella le esperaba junto al ventanal del palacio, desde el que se veía el ágora y toda la ciudad.

—Mi buen comandante, te tengo reservada una misión que debes cumplir con premura.

El general la observó mientras ella se acariciaba los cabellos. Fijó sus ojos en la penetrante mirada de Hipólita, en sus hermosos ojos azules. Ella dio dos pasos hacia una mesita, tomó dos cuencos de hierbas aromáticas y se acercó de nuevo hasta él.

—Es mi deseo que marches a los anchos valles de las montañas del norte, a la tierra del bisonte, con los hombres que estimes necesarios.

—Son territorios salvajes, de hombres sin vasallaje alguno. ¿Qué desea de ellos mi reina?

—¡Caballos! ¡Quiero que me traigas cuantos caballos puedas! Tan escasos como son, solo abundan en algunas zonas de esas tierras —le dijo acercándose hasta hallarse a un pie de él. Luego le ofreció uno de los cuencos y puso una mano sobre el fuerte hombro de su joven comandante—. Quiero cabalgaduras para nuestros soldados y que aprendan a guerrear sobre las bestias. Seremos poderosos si disponemos de la fuerza y movilidad de una caballería junto a nuestros lanceros, arqueros y a los carros de guerra.

—Será una empresa difícil, pero trataré de complacerte —apuntó Gadir y bebió.

—Sé que lo harás… Y hombres, traedme hombres de armas dispuestos a formar en nuestro ejército. No quiero esclavos que deseen huir, sino guerreros que quieran luchar. Busca aquellos que sepan dominar las bestias, pues nos serán de gran valía. Todavía disponemos de mucho oro, mucho robó Autóctono, y sin duda será nuestra mejor inversión.

—Mi reina, no disponemos de un lugar donde acampar un ejército más poderoso y la gente comienza a recelar ante tanto soldado. No es costumbre de hombres sabios vivir entre guerreros.

—Lo sé. He pensado en ello. Quiero que hables con Tarss. Envíale mis presentes y ordénale que se dirija a las tierras bajas de Elisippos, más allá de Atlas. Que busque con discreción un lugar idóneo para alzar un campamento militar que pueda albergar nuestro ejército.

—Tarss localizará el emplazamiento más oportuno. Pero si queréis formar una fuerza en verdad poderosa, necesitaremos hombres expertos en armas para instruir a los soldados.

—La guardia libia de Autóctono fue disuelta como tal. Unos volvieron a Lybia, pero otros ingresaron en las columnas de guerra de Gaderia, al mando del general Tarss. Son hombres forjados en batallas, guerreros mortales que destacan con facilidad entre los soldados. Dóblales la paga y reconóceles rango. Como expertos en combate adiestrarán a los nuevos lanceros creando un ejército temible y además, se sentirán reconocidos. ¿Qué te parece?

—Resultará, mi reina.

Hipólita le apretó el hombro y bajó la mano deslizándola por el brazo de Gadir.

—Ahora puedes marchar —susurró.

Gadir dejó el cuenco vacío sobre una pequeña mesita, realizando una leve reverencia.

—Así será, mi reina —apuntó con firmeza.

Hipólita se retiró y le miró, tras un sorbo, con una sincera sonrisa.

—¡Gadir! —le llamó viéndole alejarse.

—Sí, mi reina.

Durante unos breves segundos, ambos cruzaron sus ojos en silencio, con la mirada viva que brinda el deseo oculto.

—¡Suerte!

CAPÍTULO 13· LA HUIDA

En la acrópolis de Atlas, las sombras de la tarde caían acompañando los últimos destellos del sol en un día que nada bueno anunciaba. Argan yacía en su lecho, sudando sus delirios. Su estado empeoraba, ante la pena de una desconsolada Menalipa y la desesperación de Epolis.

—No hay forma humana de sanar la herida de su pierna. Las fiebres siguen subiendo. Está cerca de la mortal agonía —dijo muy preocupada Menalipa, mientras colmaba la frente del rey con paños húmedos, tratando de calmar el calor de su cobriza piel.

—Ciertamente, no sé qué hacer. No hay quien halle remedio para su mal y por otro lado, las presiones son cada vez mayores para que las columnas de guerra salgan a presentar batalla contra tu hermana. Los nobles se sienten amenazados —comentó Epolis.

Con gran esfuerzo, Argan se giró en su lecho y le miró fijamente.

—No deben luchar contra Hipólita. No permitas que eso ocurra… ¡Nunca!

En su agonía, cerró los ojos abriendo sus mientes al pasado vivido: una columna de cientos de guerreros avanzaba hacia la Península cruzando los helados desfiladeros que hacían de frontera natural con las tierras de la vieja Europa. Proseguían una agotadora marcha en el más absoluto silencio, acosados por una tormenta de nieve que les negaba tregua alguna. Él, Argan, rey de reyes de Atlanta, lideraba la marcha a pie, como uno más. Su carro de guerra había sido destruido en la batalla y había ordenado sacrificar los pocos caballos que disponían, incluyendo el suyo, para aplacar el acuciante hambre. Dos hombres portaban en una precaria camilla a su amada Pyrene, su esposa y reina, herida de muerte.

—Ella, adoradora de la paz, fue devorada por la guerra… Mi guerra —murmuró Argan, recordando cómo Pyrene lo miró en agonía, mientras ella misma sacaba la daga que se hundía en

sus entrañas; aquellas últimas palabras que dijo a la par que su túnica se inundaban de espesa sangre: "Dame digna sepultura en estas montañas o con mi retraso os mataré a todos. Que mi muerte sea vuestra vida. No temas, mi rey. La sabiduría, la fuerza y el amor regresarán a ti de mi mano. Ahora, mi gélido aliento os protegerá hasta que la armonía colme tu corazón".

Argan deliraba reviviendo la muerte de su amada Pyrene, asesinada por las harpías del rey Cécrope. Entre lágrimas, recordó cómo la apretó entre sus brazos mientras alzaba su cansada vista sobre aquellos guerreros de aspecto desgarbado que delataba la tragedia de la derrota. Pyrene fue enterrada allí mismo, en aquellos pasos, y recordó cómo hundió con rabia y tristeza la daga de muerte en la tumba de su amada, quedando incrustada hasta el mango en el suelo helado. La daga que Armonía guardaba en su cintura. En su mente veía a sus leales lanceros helados de frío, mientras limpiaba la escarcha de su frente. Esa maltrecha columna era todo lo que quedaba de las orgullosas columnas de guerra de Atlas, aquellas que se atrevieron pisar la tierra de los hijos de Zeus, ambicionar la polis sagrada de la divina Atenea. Y recordó la amarga sonrisa que iluminó su rostro cuando alcanzaron los valles ibéricos, donde la luz del sol resplandecía en el verde de los bosques. Atrás quedaba la deshonra de la derrota. Se sintieron a salvo, pues tras sus pasos, el hielo cerraba los caminos conocidos que permitían la entrada a la península. Nadie podría alcanzarles. Suspiró su pena, recordando la tragedia que dejó atrás: la tumba de su amada Pyrene, hija de Poseidón. Desde entonces, la cadena montañosa que separaba las tierras de la vieja Europa de la península fue conocida como las Montañas Sagradas de Pyrene.

—Mi viejo amigo, nunca debimos ir tras las riquezas de Ática. Fue nuestro fin —apuntó volviendo a la realidad, consumido por la pena.

Menalipa miró a Epolis sin saber a qué se refería.

—Un sentimiento fatal convirtió este reino de paz, que atesoraba una gran riqueza, en un conquistador que, sometiendo a otros pueblos, quería siempre más. La perversión fue sustituta de la virtud; la soberbia, de la perfección; y el poder, de la justicia. Nuestra ambición fue tal que expandimos nuestras tierras más allá de hasta donde alcanzaban nuestras fuerzas. Así sufrimos la humillación de Ática y perdimos los dominios de Tirrena, de las costas del Mar entre Tierras y vimos cómo se alzaron las gentes de Lybia. Durante más de dos décadas permanecimos en la península, protegidos por los hielos ante cualquier ejército invasor, curando las heridas y cuestionando el poder de Atlanta en lo que ha significado la progresiva decadencia de un reino de reyes concebido para ser imperio —comentó Epolis con voz pausada, triste.

Una suave voz deshizo los recuerdos de Argan por completo y silenció las palabras de Epolis, mientras Menalipa se levantaba con el trapo húmedo en su mano. Treita, que solía acercarse a menudo a preocuparse por la salud del rey de reyes, había llegado.

—Veo que nuestro soberano no mejora. ¿Sabes qué hacer ante la amenaza que viene de Gadeira? No, claro. Esperaremos a que Argan mejore ¡si en ello está nuestro destino!

Menalipa se molestó, no le gustaban las formas de Treita y se sentía mal con las miradas desconsideradas que le hacía. Se alejó de la habitación, dejando a Epolis con ella.

Esa noche, Menalipa acompañó a Andrea en la cena. Queriendo dejar atrás las preocupaciones de palacio, ambas rieron mientras hablaban de su primer beso de amor con otros jóvenes y de los sentimientos que despertaron.

—Mi amor por Cronos hoy es todo, un beso suyo es miel para mis labios. Le deseo tanto que me emociono con solo pensarlo —apuntó Menalipa con una sonrisa enamorada.

—Yo besé a hermosos jóvenes, ninguno de ellos hizo vibrar mi cuerpo ni mi corazón. Pero ella es tan hermosa que solo con su presencia tiemblo de emoción.

—¡No! ¿Quién es ella? ¿De quién estás enamorada? ¡Dímelo! —gritó Menalipa agarrando sus manos y mirándola expectante, y alzó las cejas mordiéndose el labio inferior.

Andrea se ruborizó y agachó la cabeza. Nada contestó.

Menalipa, viendo que sentía una vergüenza que no comprendía, cambió de tema.

—Estoy preocupada, el rey no mejora. Su piel se tornó cobriza, me temo lo peor.

—No, no digas eso. Sanará.

—Roguemos a los dioses, pues si falta no sé que pasará ante tanta ambición.

—Será mejor no hablar delante de Treita, desconfío de ella.

—Sí, no me complace lo que relata de sus visitas a Gadeira. A saber qué cuenta allí de Atlas. Habla mucho y mal de demasiada gente.

Avanzada la noche, Menalipa partió hacía el templo de Clito. Preocupada por la suerte Argan, deseaba seguir descifrando los manuscritos de su madre, donde tal vez podría encontrar algo, una señal o un relato que la ayudara. El color de la piel del rey le recordaba a la primera vez que vio al príncipe Évenor enfermo, en aquella camilla, en el bosque. Así que continuó sentada, leyendo con la mirada cansada a la luz de una débil llama y dando un largo bostezo. Para su alegría e interés, localizó un pergamino donde Armonía relataba cómo trató las fiebres malignas que sufrió Évenor. Y de pronto, alzó su rostro con una exclamación.

Dándole sentido a todo, agachó la cabeza y posó la mano en su frente. Las lágrimas brotaron de sus ojos cuando recordó las palabras que su amada madre le dijera un día al calor de la hoguera cuando sanó al joven Évenor: "Hija mía, nada es lo que parece, siempre se tiene que buscar qué se esconde tras lo que se ve a simple vista". Había hallado lo que se escondía tras la herida del uro en Argan.

Corrió por las calles de la acrópolis hacia los alojamientos del rey. La noche se nublaba, el cielo rompía y el agua comenzaba a caer con fuerza. Su prisa por llegar la hizo caer varias veces hasta que, subiendo las escaleras que daban al palacio, se agarró con fuerza al brazo de uno de los lanceros de la guardia real.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó al verla tan descompuesta y mojada.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Epolis! ¿Dónde está Epolis? ¡Mandad traerlo ante mi presencia, os lo suplico!

—Epolis partió hacia Gadeira hace unas horas. ¿Puedo hacer algo por ti? —le preguntó mientras le ofrecía su capa para que secara su rostro y se cubriera.

—¿A Gadeira?

—Quería conversar con Gadir, posiblemente sobre las intenciones de la reina Hipólita.

—No quiero que nadie se acerque al rey hasta que Epolis regrese. Avisadle de la urgencia en cuanto vuelva, por favor. Debo hablar con él sin falta —le rogó Menalipa y le miró alzando las cejas. Luego le apretó las manos, mostrando confianza, y entró en el palacio. Recorrió los pasillos con premura, hasta alcanzar la estancia del rey. Prendió una linterna de óleo, se acercó al monarca y le levantó los párpados. Aquellas pupilas dilatadas y su boca reseca no anunciaban nada bueno.

Un pequeño ruido la puso sobre aviso, cubrió la llama y corrió a ocultarse tras unos velos que adornaban las paredes del aposento. La puerta de la habitación se abrió en silencio y entre las sombras de las diminutas velas, cual alma temerosa, una mujer se acercó a Argan. Pasó la mano por la frente del rey, se sacó de la manga un pequeño frasco de barro y, vertiendo parte de su contenido en la copa que mantenía el agua fresca, alzó la cabeza del rey para darle de beber.

Menalipa salió de la oscuridad y dando llama a la linterna, tomó el brazo de la mujer que mantenía el frasco y dio certeza a sus sospechas.

—¡Treita! ¡Eres tú quien mantiene la agonía de Argan con extracto de atropa!

La reina, viéndose sorprendida, la miró seria sin saber qué decir.

—Estás matándolo, como antes trataste de acabar con la vida del príncipe. Tras la herida del uro anda oculto tu veneno —le espetó Menalipa.

Treita reaccionó, abrió sus manos y el frasco cayó al suelo rompiéndose en pedazos.

—¡A mí la guardia! ¡A mí la guardia! ¡Quieren matar al rey! ¡La hija de la bruja quiere matar a nuestro soberano! —gritó con presteza.

Menalipa quedó de piedra, sin saber reaccionar ante tamaña falsedad. Las puertas se abrieron de golpe, cuatro guardias con sus lanzas y teas en las manos entraron en el aposento.

—Acabaré con él y ¿sabes? Yo ordené la muerte de tu amada madre —le susurró Treita, sonriendo pérfida ante una atónita y dolida Menalipa.

Y se volvió ante la llegada de la guardia

—¡Matadla, ha envenenado al rey! ¡Acabad con la harpía!

Los lanceros miraron a Argan, pálido como un muerto, y se dirigieron hacía Menalipa, que negaba con la cabeza mientras daba pequeños pasos atrás hacia el ventanal.

—¡Matad a la traidora! —gritó Treita continuando con su farsa—. ¡Lleva la sangre de la bruja en sus venas! ¡Ha envenenado al rey con sus oscuras artes! ¡Quiere hacerse con Atlas, como hizo su hermana con Gadeira! ¡Acabad con ella! ¡Sin piedad!

Viéndose perdida, Menalipa miró por el ventanal. La altura era grande, pero la profundidad del foso también. En el momento en que los guardias cargaron contra ella, saltó al vacío y se sumergió en las frías aguas. Dos arqueros se dispusieron en el ventanal lanzando saetas sobre el rastro de burbujas que había dejado su entrada en el agua, hiriéndola en el brazo. Aguantó la respiración asida a una gran raíz que permanecía bajo la superficie. Se deshizo de parte de su vestidura manchada en sangre y nadó con fuerza, sin asomar la cabeza, por el fondo del foso, sin soltar una burbuja, sin ruido alguno, hasta alcanzar la orilla contraria. Con sus pulmones a punto de reventar, asomó con cautela su rostro para tomar aire.

La tormenta arreciaba y la luna oculta, facilitó su huida. La guardia descendió hasta el foso y recorrió la orilla buscando su cuerpo, pero solo hallaron una de sus sandalias y la tela de su vestido que, teñido de rojo, se mecía sin voluntad en el agua. Tomaron las prendas y las llevaron ante Treita, la cual permanecía en la habitación, junto a un moribundo Argan.

—La fugitiva ha muerto, mi señora —le aseguró la guardia entregándole el jirón manchado de sangre y la sandalia.

Treita les miró sosteniendo en sus manos los restos del vestido.

—Traedme su cadáver —ordenó tajante—. Yo cuidaré del rey. ¡Y rogad a los dioses que hayamos podido actuar a tiempo!

La guardia salió de los aposentos. Treita cerró la puerta tras sus pasos, se acercó al lecho, tomó la copa de agua envenenada entre sus manos y se la acercó a los labios de Argan.

—Toma, bebe, pronto te sentirás mejor —susurró mientras le acariciaba la melena blanca.

CAPÍTULO 14· EL REINO DE TRÍBADA

El cálido viento soplaba con fuerza, arrastrando la sal hecha arena del desierto por encima de los guerreros de Évenor. El nuevo día no había traído ninguna nueva y vencidos, yacían esparcidos, en grupos de tres, en solitario, en la tierra quemada que devoraba sus carnes. Sin agua ni fuerzas para alzar sus cuerpos, esperaban en silencio que se consumiera su trágico destino.

De pronto se escuchó de nuevo el ulular del búho que les había acompañado en la noche.

¿Un búho? ¿Cómo podía ser en aquel desierto de sal?

Évenor, resguardando la mirada con el brazo, se ladeó ante el golpeo de unos cascos de caballo en tierra. Entreabrió los ojos para ver una figura desmontar, que se inclinaba para observarle. Aquel hermoso rostro de mujer le hizo pensar que vivía un sueño. Pero el agua fría que cayó sobre su cabeza le trajo a la viva realidad con fuerza.

—¡Ah! —exclamó alzándose de golpe.

Ante aquel grito, los atlantes se incorporaron lentamente, tosiendo el polvo que inundaba sus gargantas, tan temerosos como gallardos. Habían sido rodeados por una docena de extrañas mujeres que les miraban cabalgando sobre hermosos caballos. Eran guerreras que vestían con una túnica y un pantalón de tela fina y tintados relieves; se adornaban con pieles de fieras, calzaban borceguines encordonados en los tobillos y, en su cabeza, un gorro curtido, alto, las protegía del sol. Trotaban armadas con jabalinas, espadas y arcos.

Évenor dio un paso al frente, tambaleándose, y las miró incrédulo ante la realidad: eran mujeres guerreras a caballo, las cuales descabalgaron y se apresuraron en darles agua y cubrir con velos húmedos las quemaduras producidas por el sol. Los hombres cayeron rendidos en tierra, dejándose atender. Aunque el príncipe, Cronos y alguno más lucharon por mantener su hombría y dignidad, aguantando en pie ante aquellas mujeres salidas de la nada.

La más veterana se dirigió a ellos, pero nada entendieron de sus palabras. Volvió a intentarlo con otra lengua, sin más respuesta que el silencio. Thesitas, que todavía dormitaba, abriendo los ojos agónicamente, la miró y, alzándose entre quejidos, se dirigió hacia ella.

—¡Mi amada Sria, qué hermosa y bella te ven mis ojos! —exclamó.

La mujer se dirigió hacia el viejo Thesitas y visiblemente emocionada le dio un abrazo.

—¡Oh, mirad! —gritó—. Es el gran Thesitas. ¡Hacía tanto que no sabíamos de ti!

Esas palabras hicieron sonreír al príncipe, al final el viejo no deliraba en sus dichos.

Fue entonces cuando descabalgó aquella joven de largos cabellos rubios y grandes ojos negros, que vestía cota de malla de bronce sobre su túnica y una corta capa de piel de leopardo, y con pie firme se dirigió altiva a Évenor, pues fue quien dio un paso al frente para recibirla.

—¿Quiénes sois y qué hacéis muriendo en esta tierra?

El príncipe comprendió enseguida que era sin duda la que se encontraba al mando.

—En primer lugar quisiera agradecer vuestro favor. Sin vuestra presencia, mal hubiéramos acabado —dijo—. Soy el príncipe Évenor, heredero de la Corona de Atlanta. He aquí mi buen amigo el rey Cronos de Terya. Y mis fieles soldados, mi guardia en este largo viaje que hasta tu presencia me ha traído.

La joven se acercó.

—¡Un príncipe! ¡Y un rey! ¡Emocionante! —exclamó con ironía, abriendo con exageración los ojos y estirando el mentón. Luego dio una vuelta alrededor de él, observándole con las manos posadas en el cinto, del que colgaba una vistosa daga.

—¿A quién debo mi gratitud? —preguntó Évenor.

—Mi señora querrá saber de vuestros reinos. Recobrad el resuello, marchamos —contestó la joven guerrera, se giró ligera y montó en su caballo—. Llamadme Ainia, ese es mi nombre.

El príncipe asintió. Pero la cercanía de aquella mujer puso a su vista la medalla que de su cuello colgaba: una luna, idéntica a la de su amada Hipólita, por lo que supo que había llegado hasta el pueblo de Armonía y sus hijas. No podía ser de otra forma.

Salieron del desierto de sal cruzando unos montes escarpados, perforados por numerosas cuevas, vestigios de antiguos habitantes que se perdían en el tiempo. Corta fue la marcha. Tal y como había indicado el viejo Thesitas, pasaron por una escondida garganta que daba paso al valle donde se alzaba Tríbada; una ciudadela que se abría en abanico, formando grupos de pequeñas casas alrededor de una calle de piedra que atravesaba toda la población.

Évenor observaba las callejuelas paralelas que se cruzaban entre sí de norte a sur y de este a oeste. Las casas, bajas y de forma cuadrada, pintadas de blanca cal, se adornaban de matas, flores, caracolas, pequeñas esculturas de mujeres armadas con arcos o jabalinas y de tallas con forma de luna. Las niñas jugaban confiadas en los extensos jardines que rodeaban las calles y les miraban sonriendo. Un agradable olor a espliego y regaliz envolvía cada recodo de su camino.

Un grupo de jóvenes con aperos de labranza y mala gana pasó en formación hacia las afueras. Después se cruzaron con varias guerreras a caballo. Las broncistas trabajaban duro el metal, parando a su paso para observarles y continuar de nuevo con su labor. Más allá, en un campo de tiro alzado sobre una plaza de hermosas columnas talladas y suelo de piedra, varias arqueras ejercitaban con maestría, rodeadas de doncellas que las observaban con detenimiento.

En aquel lugar daba la sensación de que cada cosa estaba en su sitio, excepto los hombres. En Tríbada apenas se veían hombres en sus aledaños y menos aún conforme ahondaban en su interior. Tan solo mujeres salían a su paso, fijando los ojos en ellos. Todas limpias y acicaladas, sin ostentosos adornos; bien vestidas con ropajes humildes y coloridos; con túnicas, chitones y cueros sencillos. Y entre ellas, numerosas guerreras que sobre sus vestimentas alzaban petos de gruesa piel o malla de bronce; que marchaban con una espada envainada sobre la espalda y un pequeño casco puntiagudo o un gorro de pieles acabado en espiral sobre su cabeza.

Llegaron hasta un jardín bordeado por tres palacetes de singular belleza, en uno de los cuales fue alojado Cronos. Los soldados fueron repartidos en varias casas, donde fueron acogidos

y atendidos por diversas mujeres que les brindaban amistad y cuidaban de sus castigados cuerpos. Thesitas se perdió con su amada Sria. Évenor acompañó a Ainia, la guerrera de largos cabellos rubios, hasta una amplia plaza: el ágora de Tríbada, adornada por bellas fuentes con esculturas de féminas que, abrazadas, se besaban o mataban. Al fondo se hallaba un pequeño templo de altas columnas, alzado de roca caliza y piedra blanca, carente de oro u otros metales preciosos.

—Seguramente te alojarás allí, en palacio —dijo Ainia sin esperar palabra alguna y se dirigieron hacía el templo en silencio.

En su camino, pasaron ante una niña sentada en un escalón, de apenas ocho años, de pelo corto y sonrisa encantadora, que portaba en una mano un pequeño arco y en la otra una saeta. Le miraba con los ojos abiertos como platos. Con denotada curiosidad, se levantó y comenzó a seguirle acercándose a él, hasta acompañarle en sus pasos.

Évenor sonrió y posó la mano sobre su pelo rubio tintado de colores, acariciándola.

—¿Cómo te llamas, hija?

La niña apartó de inmediato su cabeza al notar la caricia y, lanzando un potente silbido, con un rápido movimiento, le hirió en la mano con la saeta.

—¡No! —exclamó Ainia.

La pequeña la miró con muestras de enfado y se alejó corriendo.

—Pero ¿qué le hice? ¿Por qué se ha molestado?

—Es una niña difícil. Nació sin palabras, su voz son penetrantes silbidos. No te preocupes, no ha sido tu culpa. Ella es así.

Évenor miró a la niña, que cruzaba el ágora corriendo, y fijó su vista de nuevo en el templo mientras cubría la herida con una tela que le proporcionó Ainia. En la fachada destacaba una imagen tallada con arte, que reflejaba una mujer con un arco tensado dando forma a una luna que parecía real. En el cuarto escalón de las anchas escaleras que se alzaban hasta la puerta, se encontraban sentadas dos mujeres vestidas con largas túnicas de finas sedas. La primera, de cara a él, de largos cabellos blancos, acicalaba con ternura el cabello rojo de su compañera, la cual permanecía de espaldas con la cabeza inclinada. Llegando al pie de las escaleras, la formación de guerreras que acompañaba a Évenor descabalgó y formó la guardia en pasillo.

Ainia saludó con una leve reverencia.

—Mi amada Artemisa…

Sin dejarla continuar, aquella atractiva mujer marcada por el tiempo y la sabiduría, alzó su rostro fijando sus ojos en los del príncipe.

—Los vientos de Ilión me hablan de un joven atlante, inquieto. ¿Eres tú aquel que, herido de amor, busca venganza y olvido vagando fuera de su reino de oro y argéntea? —le preguntó.

Ante una pregunta tan directa, Évenor no supo qué contestar. La voz de la mujer era tan grata y dulce como su templanza y belleza. Dio un paso al frente e hizo una leve reverencia.

—Soy Évenor, noble señora. Hijo de Pyrene y Argan, reyes de la Corona de Atlanta. Ese es mi nombre. ¿Quién eres tú, que tan ciertas palabras sabes de aquél al que desconoces?

—Yo solo soy Artemisa. Descansa príncipe heredero, debes recuperarte de tu fatiga. En mi casa serás rey, pues nada te faltará. Pero antes, dime ¿por qué cruzas el mundo persiguiendo un espejismo si tu realidad se halla en Occidente?

—¿De qué vale preocuparse en casa por la hierba del carnero, cuando el lobo acecha a lo lejos? —respondió devolviendo la pregunta, esperando que sus palabras fueran bien entendidas.

—Comprendo, pero ¿qué culpa tendrá el lobo de ser lobo? —replicó Artemisa a la par que ladeaba la cabeza para seguir acicalando el pelo de su compañera.

Ainia agarró del brazo a Évenor.

—Vamos, debes descansar.

El príncipe anduvo unos pasos. Pero deseoso de saber más, se volvió.

—La luna, la he visto en otra ocasión. ¿Quiénes sois? ¿Conociste a Armonía en vida, la dama del bosque? ¿Sabes quién fue, verdad? —preguntó.

Entonces se giró sobresaltada la segunda mujer, la de largos cabellos rojos.

—¿Armonía está muerta? —preguntó inquieta.

El príncipe abrió los ojos incrédulo. El rostro de aquella mujer parecía ser el de Armonía; solo su ondulada melena roja y esa larga cicatriz que atravesaba su faz la distinguía. Se trataba de la brava Mirina, azote de Gadeira. Pero no fue reconocida por el príncipe, pues nadie pudo ver en combate su rostro.

Artemisa tomó con ambas manos la cara de Mirina y besó dulcemente sus labios mientras le acariciaba su cabello. Luego se volvió hacia Ainia.

—Acomoda al príncipe heredero, pues deseo que pronto recobre sus fuerzas y podamos intercambiar dichos y conocimientos —ordenó con amabilidad. Y girándose de nuevo hacia Mirina, volvió a besar su boca—. Sí, mi amor, Armonía murió.

Mirina bajó la cabeza, confusa y extrañamente dolida, sin retirar la mirada del joven atlante.

—¡Vamos! ¡No tengo todo el día! —le apremió Ainia.

Ambos siguieron su camino, pasando ante las dos mujeres y entrando en el templo. Mirina le miraba desafiante, clavando sus ojos en él, mientras Artemisa prosiguió acicalando el pelo. Évenor subió hasta un segundo piso, donde Ainia le acomodó en una espaciosa habitación, de amplio lecho y grandes ventanales.

Mirina tomó de la muñeca a Artemisa, deteniendo sus caricias.

—¿Cómo murió? —preguntó.

—Solo sé lo que el viento me cuenta. Una espada traidora, la muerte silenciosa de la cobardía enmascarada de gallardía. Una muerte que no merecía.

Mirina contrajo su rostro con una expresión amarga y se sintió mal.

—No era la suerte que esperaba para Armonía. Deseaba darle muerte digna, en batalla.

—¿Quieres a ese príncipe para ti? —preguntó Artemisa.

Mirina besó su boca, mordiendo con delicadeza sus labios.

—No —contestó.

CAPÍTULO 15· TREITA, REGENTE DE ATLANTA

En Atlas, el pueblo estaba de luto. El rey Argan había muerto. Por sus calles la gente lloraba ante un futuro incierto. Alejado el heredero de la Corona, temían un desenlace fatal por el poder de la acrópolis. Sin Évenor presente, la regencia del trono correspondía al rey Méstor por derecho de sucesión, algo que poco agradaba al consejo de sabios. Por otro lado, las columnas de guerra estaban preparadas para hacerse con el poder y entrar en combate. Generales y capitanes acudieron con sus armas al funeral del rey muerto, dejando constancia de su fuerza marcial y de su deseo de ser escuchados ante el Consejo.

En el panteón de Poseidón, los restos de Argan, acicalados con flores, oro y argéntea, eran calcinados en una enorme hoguera. Treita asistía ante todos, desconsolada, acompañada de su esposo el rey Méstor. También se hallaban presentes Epolis y Andrea y los sabios de Atlas, conmovidos por la tragedia. Hasta allí habían viajado Azaes y su amada Luna Roja. Así como los nobles leales venidos de las tierras de Lybia y de Terya, incluso de Elisippos y Gadeira. Un gran tumulto de gente rodeaba el templo donde quedarían sepultadas las cenizas del rey, donde se habían colocados numerosos cuencos de brea, con su tenue llama, y miles de ofrendas y flores.

De pronto, el silencio respetuoso dio paso al murmullo inquieto.

Sin que nadie la esperara, Hipólita, acompañada por sus comandantes Mimi y Tarss y una poderosa guardia de cincuenta jinetes de relucientes corazas y largas lanzas, que impresionó incluso a los más aguerridos de los generales de Atlas, se presentó ante el asombro de todos y sin que nadie se atreviera a decir nada. Su presencia imponía un respeto tan solo alcanzado por el rey Argan y más así, vestida de reina guerrera. La gente se alzaba a su paso, mirándola con curiosidad y temor. Muchos habían oído hablar de ella, pero muy pocos la habían visto. Llegando a las escaleras del panteón, descabalgó y subió acompañada de sus comandantes hasta donde se

hallaba la realeza y los nobles. Posó sus manos sobre la barandilla y observó arder la pira sobre la que se elevaban los restos de Argan.

—¿Cómo se atreve? ¡Qué osadía! —comentaban los más atrevidos en voz baja.

Sin embargo, Treita no tardó en prestarle la debida atención. Sabía que como reina de Gadeira formaba parte de Atlanta y tenía voz y voto. Pero sobre todo tenía un poder militar que todos temían.

—Mi querida amiga, sabía que vendrías. Te he reservado tu debido trono en la sala de reyes. En unos momentos, cuando el fuego muera, debemos debatir los asuntos de la Corona en las nuevas Cortes de Soberanos y será grata vuestra presencia.

Epolis se preguntaba cómo podía una joven tan dulce y noble como Menalipa atentar de esta manera contra el hombre que le dio su mano. Observando a Hipólita y su porte guerrero, halló respuesta a su pregunta. Y otra cuestión asaltó su mente: ¿por qué Argan deseaba que las columnas de Atlas no se alzaran nunca contra Hipólita? El viejo sabio permanecía tranquilo. Antes de marchar a las montañas del norte en busca de hombres y caballos, Gadir le había hecho saber que nada tenía que temer de su reina, a la que él mismo veneraba y servía con orgullo.

Andrea, fascinada, miraba aquella hermosa doncella, guerrera y reina, que aceleraba su corazón y sonrojaba su rostro: Hipólita. Entonces pensó en el anillo de Menalipa y se giró para correr a buscarlo. Pero la mano alerta de Treita sujetó fuerte su brazo.

—Ay, mi querida Andrea, ¿puedes acompañarme? Tú que siempre eres tan atenta. Me siento agotada con este calor y temo desfallecer. ¿Habrá sido el almuerzo?

En ese momento, la nobleza se dirigió hacia la sala de Cortes, donde esperaban los diez tronos. Treita sentó a Hipólita en el de Llanós, a su lado, quedando Andrea tras ella. Méstor se sentó a su izquierda. El rey Azaes se acomodó acompañado de Luna Roja. El sabio Epolis se sentó en el de Argan, como voz de Évenor. El sabio Trinio, llegado desde Terya, representó al rey Cronos. Serien, como comandante militar de Atlas, ocupó el lugar de Autóctono sin que nadie le invitara ni negara. Tres de los tronos quedaron vacíos, pues los descendientes de los linajes de Evemo, Mneseo y Diáprepes no se atrevieron a ocuparlos.

—Os doy la bienvenida en este triste día en el que despedimos a un gran hombre, a un gran rey —inició las Cortes el sabio Epolis, el cual se percató que no podía hablar aquello que había pensado, pues ¿cómo iba a debatir sobre la muerte del rey sin nombrar a Menalipa, hablar de las ambiciones de Gadeira o de la conveniencia de enviar las columnas de guerra contra Hipólita hallándose ella presente? Por un momento se hizo el silencio, un silencio incómodo.

—Desconsolado queda el reino con la muerte de un gran rey. Pero llega la hora de mirar adelante y como bien sabemos, por línea de sucesión, es mi esposo el rey Méstor quien debe regir

la Corona de Atlanta hasta que sepamos qué fue del príncipe heredero —apuntó Treita, obviando mencionar cualquier acto que pudiera ser contraproducente.

El comandante de Atlas, Serien, veterano hombre de combate y rostro enjuto, se levantó.

—El rey Méstor, como bien sabemos todos, no está preparado para regir tierra alguna. Solo hay que pasear por el puerto de Atlas o por las aldeas de Elisippos y observar cómo viven sus gentes para comprobarlo. Su vanidad y las malas artes empleadas sobre su propio pueblo para enriquecerse son de sobras conocidas. Antes serán mis generales quienes gobiernen la Corona —concluyó con dureza.

—¿Cómo te atreves? —preguntó indignado Méstor.

—No, está bien que se atreva. Tiene razón… La Corona no puede recaer en tus manos, no estás preparado para tal responsabilidad —dijo Azaes.

Hipólita escuchaba con interés cada una de las manifestaciones. Girándose hacia atrás, vio a Andrea que permanecía junto a ella, inmóvil; y la tomó de una mano.

—¿Podrías acercarme un poco de agua si fueras tan amable? —le preguntó.

La joven quedó atónita. El rubor tiñó su rostro sintiendo el calor del suave tacto de la mano de Hipólita y asintió, sonriéndole, sin poder pronunciar palabra alguna.

Treita reaccionó rápido. No permitiría que Andrea se alejara de su vista mientras Hipólita se hallara presente en la acrópolis.

—No te preocupes, mi buena amiga, ya mandé traer jugos de fruta fresca para calmar nuestra sed —le susurró e hizo gestos con la mano a sus sirvientes para que trajeran bebida.

Ante el silencio de Hipólita y las columnas donde rezaban las leyes de Poseidón, decidieron reyes, militares y sabios que Treita sería regente de Atlanta hasta que el legítimo sucesor del trono regresara, si permanecía con vida. Méstor, molesto, quedó al margen. Treita, con el apoyo de cuatro de los hombres presentes y la indiferencia de Hipólita, recibió el poder de Atlanta.

Tan solo Azaes se mostró ciertamente insatisfecho con lo acordado.

—El rey Méstor ha demostrado en reiteradas ocasiones su incompetencia en temas de estado, pero tampoco creo que la reina Treita sea la persona más indicada para dirigir nuestras tierras, ni que sus ambiciones sean menores. Debería ser un consejo de sabios, dirigido por Epolis, quien obtuviera tan gratificante y sacrificado honor —aseguró.

Pero sus palabras no tenían poder alguno, si bien fueron escuchadas por Hipólita.

—Mi querido Azaes, tu vida en el campo, entre salvajes y con esa mujer sin clase alguna, os está afectando. Los sabios aconsejan, pero solo eso. Somos los reyes, hijos de dioses, los que debemos ostentar el poder por el bien común —le respondió amablemente Treita.

Hipólita la miró con una mano en el mentón y la otra sobre la empuñadura de la espada.

—La reina Hipólita es diferente. Fue un regalo enviado por los dioses de Oriente, es hermosa, sabia y distinguida —añadió pensando que podía haberla ofendido con sus palabras—. Yo misma la preparé para ser reina. Y ahora, deciros que mi primer paso como regente será mandar a buscar al heredero y traerlo ante nuestra presencia, pues bien hemos de saber de su suerte para normalizar esta situación.

Lejos de allí, Menalipa, temerosa por su vida, aprovechó tal tumulto y distracción para abandonar la polis. Había permanecido oculta en la humilde vivienda de aquel barrio alegre, bajo la protección de Mariska, pues bien supo llegar hasta ella gracias a las palabras que un día le narrara Andrea. Recuperada de su herida, cruzó la muralla bajo la paja de un carro tirado por dos viejas mulas y conducido por Sarko. Más pendientes de cuanto acontecía en la acrópolis que de otra cosa, ningún lancero de la entrada iba a importunar a un veterano de la Guardia Real, es más, se permitieron soltar entre ellos algunos chascarrillos sobre Méstor y Treita, con los que bien rieron antes de despedirse.

Atravesaron los campos dorados de cultivos hasta llegar a una hacienda del valle, no muy lejos del Bosque Maldito, que tenía su cabaña y granero, su huerta, algunas gallinas y dos vacas.

—La alcé con mis propias manos, aquí invierto cada moneda que no cae en manos de mi amada Mariska; es mi hogar en el descanso y lo será en el retiro del soldado. Con esta cojera que va a más, nunca se sabe, cualquier día abandonaré la Guardia Real —aseguró Sarko y dio un salto del carro, mientras Menalipa sacaba la cabeza entre la paja—. Yo os procuraré alimento y resguardo, nada has de temer. Mi vida es tuya. Avisaré a Andrea, ha de saber que estás a salvo.

—Gracias, mi querido Sarko. Pero tu vida es tuya, de nadie más. Algún día espero recompensar de alguna forma tu ayuda.

Menalipa se instaló en un altillo y pasó la noche observando las luces lejanas de la gran polis. Volvió la cabeza hacia el bosque, el Bosque Maldito, y una lágrima recorrió su mejilla.

No tuvo que pasar mucho tiempo para que Sarko dejara la Guardia Real, se resentía en demasía de las heridas propinadas por el oso y además, la nueva regente no era mucho de su agrado. Le gustaba arreglar y templar las mallas y armas de sus antiguos compañeros de batallas, que a menudo pasaban a visitarle. Guerreros que mostraban abiertamente su simpatía por las formas y el gobierno militar desarrollado por Hipólita, así como su antipatía por Treita, esperaban ansiosos el regreso del heredero para poner a cada cual en su lugar. Y gozaba de un buen retiro, gracias a sus artes de broncista. Por su parte, una vez informada, Andrea visitaba a menudo aquella morada del valle, informando a Menalipa de cuanto acontecía en la acrópolis.

En Gadeira, el inesperado final de Argan no alteró en nada los planes de Hipólita. Nadie conocía sus intenciones, pero todos las temían. Poco a poco fue concentrando, al mando de Tarss, en los campos del oeste, un poderoso ejército oculto en los frondosos bosques que se alzaban ante las dunas de las costas atlánticas.

Gadir regresó de su misión por tierras del norte con notable éxito.

—Mi reina, ha sido complicado, pero traigo setecientos caballos y dos mil hombres libres que por Gadeira y su oro lucharán como leones.

—No esperaba menos de ti, mi comandante —respondió Hipólita, satisfecha.

—Te lo ruego, acompáñame —le dijo Gadir con una sonrisa, ofreciéndole su brazo.

—¿A dónde me llevas? —preguntó Hipólita sintiéndose algo nerviosa.

—Es un regalo de los dioses que me sirvo en ofrecerte.

Bajaron las escaleras del palacio.

Hipólita se quedó atónita y su cara se iluminó sonriendo de alegría. Un esbelto caballo castaño oscuro, casi negro, con una marcada crin, se alzaba relinchando frente a ella, sujeto por dos lanceros que apenas podían contener su furia.

—Zaino es su nombre y tuyo es. ¡Pero ten cuidado, pues es muy bravo!

Hipólita miró a su comandante y sintió deseos de abrazarle. En su lugar le sonrió como nunca, llegando hasta su corazón. Bajó las escaleras lentamente, con la mano extendida, y la posó en el morro del caballo, el cual dejó de bufar ante el asombro de Gadir. La reina habló con dulzura, le acarició el cuello, el pecho y las quijadas y montó con un ágil salto. Zaino se alzó sobre los cuartos traseros y galopó con Hipólita en su lomo por la acrópolis. La gente quedaba asombrada a su paso, viendo a su reina galopar salvaje sobre semejante animal.

Regresando a palacio, Hipólita saltó de Zaino, se acercó a Gadir y extendió su brazo estrechándolo fuerte con el de su comandante, uniendo sus cuerpos de lado por un momento.

—¡Sin duda sabes complacer a una reina! —exclamó mirándole a los ojos.

Gadir se sintió muy bien participando de su alegría y retiró su brazo con una caricia oculta que no pasó desapercibida para ella.

Al día siguiente, Hipólita y sus generales marchaban al campamento militar de Tarss, donde pasaron varios días organizando las necesidades de su colosal ejército: 4000 soldados, 900 jinetes y 140 aurigas con sus lanceros formaban a sus órdenes. La reina convocó una mesa redonda con sus mandos directos, en la que participaron también los capitanes elegidos por el propio Tarss.

—Os he hecho llamar ya que, como bien sabéis, es mi deseo formar un ejército capaz, poderoso y ágil —expuso Hipólita—. Por ello he diseñado las siguientes unidades que recaerán sobre vuestro mando: los carros de guerra, excepto los de carga, serán de dos ruedas, armados

con lanza, espada y arco, y dos guerreros serán los responsables de cada uno de ellos. La caballería se dividirá en tres unidades: una ligera para hostigar, con espada, carcaj y venablo; una pesada para embestir, con protecciones de bronce, escudo, espada y una resistente lanza. Y una tercera, más pequeña, con los caballos más rápidos, con espada y carcaj, que nos será de gran ayuda y harán las veces de enlace.

Tras un breve silencio, donde todos permanecían atentos, Hipólita siguió con su discurso, dando la vuelta a la mesa, pasando ante cada uno de sus mandos.

—Las unidades de soldados estarán compuestas por arqueros, lanceros y espadas; con dos columnas bien diferenciadas: las de asalto y las de choque. Las primeras han de ser ligeras y poder actuar con rapidez y precisión sin necesidad de mantener un orden aparente. Pero las de choque serán formadas por los hombres más fuertes, armados con grandes escudos y poderosas defensas. Han de ser infranqueables.

Gadir no salía de su asombro. Aquel concepto de ejército era moderno y parecía eficaz, y se preguntó: ¿quién la podría haber adoctrinado de tal manera? Aunque él lo desconocía, la respuesta era sencilla: Armonía. En aquellas charlas a la luz de la hoguera, Hipólita había recreado en su imaginación, con sus hermanas Antíope y Menalipa, mil ejércitos y sus batallas.

—Tarss quiero los mejores soldados del mundo, de eso te encargarás tú y la guardia libia, pues gana y valor no les falta. Dispones de poco tiempo. Pero del oro suficiente para hacerte con los mejores instructores en artes de guerra de Atlanta y de Lybia.

Así, pronto circularon rumores entre los nobles de toda Atlanta sobre el poderoso ejército que Hipólita disponía. En Atlas creían que se estaba preparando para arrasar la polis y alzarse como dueña de la Corona. En las tierras del rey Cronos temían ser invadidos aprovechando la ausencia del monarca y la confusión creada ante los fatales acontecimientos. Méstor suspiraba por sus poblaciones en las costas del Atlántico, pensaba que solo la amistad de Treita las mantenían a salvo. Pero realmente nadie sabía cuánto de lo que se hablaba era cierto ni de las intenciones de la reina guerrera. Incluso en Gadeira algunos comenzaban a preguntarse por la necesidad de tal ejército y por el coste que podría significar mantenerlo.

Una temerosa Treita no tardó en invitar a Hipólita a su mesa, deseosa de calmar su ímpetu de saber. Y de nuevo se abrieron las puertas de la muralla y de cada anillo para que la reina de Gadeira llegase hasta la acrópolis de Atlas. Fue todo un acontecimiento. Anunciada su visita, el pueblo se agolpó en las calles para ver a esa mujer que vestía como hombre y cabalgaba a lomos de un hermoso caballo zaino; para observar a aquella que se armaba como bravo soldado y mataba como tal, la que fue salvaje harpía del pantano y hoy era reina de Gadeira. Hipólita marchaba acompañada de Gadir y veinte jinetes, a su paso les brindaban ramos de flores y del

cielo caían pétalos de cien colores. Toda la imaginación empleada por Treita para recibirla iba destinada a agradar a la joven reina, ya que sabía de su odio, pues ella se lo había inculcado; y era consciente de su poder y determinación, pues eran patentes y con hechos lo había demostrado.

Se reunieron en el templo de Clito, donde anduvieron a solas, tomando jugos de zanahoria y manzana, unos higos y unas infusiones de finas hierbas hasta altas horas de la tarde.

—La gente te teme, mi buena amiga —le habló Treita con cierta intención—. Pero yo les digo que estén tranquilos. Para nada os es preciso entrar en batalla con Atlas. Eso son dichos de quien no os conoce, pues esta también es vuestra casa y siempre serás bienvenida. Además, el rey loco y asesino que acabó con la vida de vuestra madre, se pudre bajo tierra; el rey soberbio y desagradecido que os vendió murió; el príncipe que rechazó vuestro amor vaga sin futuro… Y vuestra hermana Menalipa, que os olvidó, que os robó el corazón y tanto daño hizo, se mató tras acabar con la vida del rey Argan. La vida cambia. Ayer érais presa y hoy prácticamente dominái la Península, sois parte viva de Atlanta y de su poder.

Hipólita asintió conforme mordía una manzana.

—Tuyas son las tierras que tomas —prosiguió Treita—. Nadie pone en duda tu derecho y valía. Mía es la acrópolis y las tierras de Elisippos... ¿O acaso pretendéis más?

—No, puedes dormir tranquila. No ambiciono Atlas, ni pretendo las tierras de otros reinos de Atlanta. Veo que tú también me temes. ¿Por qué, mi buena amiga?

—No, yo no os temo. Solo me preocupo por ti y por mi gente. Dicen que tienes un gran ejército, que gastaste todo el oro de Autóctono en caballos y hombres. Piensa que el en Consejo de Sabios son muchos los que preguntan, a los que tengo que dar explicaciones. Tú no tienes estos problemas ¿verdad?

—No, no tengo tales problemas, solo mis tres generales me aconsejan. No tengo consejo ni parlamento. A nadie doy explicaciones, nadie me las pide.

—Ah, eso está muy bien. ¡Ya quisiera yo! Pero son tantos que no sabría por dónde empezar a cortar cabezas. Además, ya soy mayor para enfrentarme al Consejo y a los militares, y mis hijos aún son tan jóvenes, tan respetuosos y temerosos.

Hipólita la miró como quien mira y no ve.

No hablaron más de temores, sino de negocios y tratados, incluso de ropas y ajuares.

Con la caída de la tarde, Hipólita se despidió agradeciendo la invitación y sus palabras.

—Tened como ofrenda de amistad este cofre repleto de joyas y esta, una espada forjada especialmente para una reina —le dijo Treita.

Hipólita tomó la espada y la observó. Era de oricalco, acuñada con el sello de anillos de Atlas en su hoja y con la empuñadura de oro adornada de argéntea.

—Gracias, Treita. No era necesario.

—Lo sé, pero es mi deseo. En verdad lo mereces.

Terminada la cita, Treita quedó satisfecha. No vio intención alguna en la poderosa reina de entrar en Atlas, ni tan siquiera en ir más allá de los territorios de Gadeira. También pensó si las habladurías sobre ese gran ejército, no fueran más que exageraciones de los que tanto temen. Conforme Hipólita se alejaba del palacio, el rey Méstor salió a escena, inquieto y risueño.

—Eres genial. No solo has acabado con Argan, sino que has traído la paz a Atlanta. Pero ¿y el príncipe heredero? Será un problema cuando regrese —le dijo acercándose a ella.

—Mi querido esposo ¿acaso crees que los hombres que salieron en su búsqueda pretenden traerlo con vida? —contestó Treita.

Hipólita cruzaba Atlas y de nuevo la gente se agolpaba para verla. Un hombre cojeando y acompañado de una joven encapuchada se lanzó sobre Zaino, esquivando hábilmente la guardia.

—¡Mi reina, favor! —exclamó Sarko.

Gadir desenvainó su espada y tomándole del pecho con una mano, lo alzó al aire.

—¡Esperad! —ordenó la reina.

El joven general bajó a Sarko y alzó la capucha con la punta de la espada para ver el rostro de aquella joven.

—Te conozco, estabas en palacio, tras mi trono —dijo Hipólita al recordarla.

—Es Andrea, mi reina —aseguró Gadir.

Andrea estaba extasiada y muda, con un pañuelo en la mano ante la mirada penetrante de Hipólita. Sarko se lo quitó al ver que no soltaba prenda y se lo entregó a la reina.

—¡Menalipa está viva! ¡Todo es mentira! Nos dio esto para ti y un mensaje: "¡Recuerda la gran roca de granito, allí te espero!" —exclamó.

Dichas estas palabras, Sarko y Andrea desaparecieron entre la gente que se agolpaba para ver a la reina de Gadeira, conforme los guardias de Treita aparecieron dirigiéndose a Gadir.

—¿Algún problema?

Gadir observó a Hipólita que negaba con la cabeza, sin voz, aturdida ante aquellas palabras.

—No, todo está bien ¡Gracias por su favor! —contestó.

Hipólita, confusa y acompañada de su guardia, regresó hasta Gadeira. Entró en la sala de armas, donde se hallaba Mimi devorando un asado de cerdo.

—Mimi, quiero que levantes controles en todos los accesos a Atlas, en Terya y en la propia Gadeira. Que no impidan el paso, ni ocasionen ofensa alguna. Pero sí preciso de mi guardia toda la información posible de quiénes pasen y sobre qué enseres acarreen.

—¡Así será, mi reina! —contestó Mimi, tras tragar de golpe un buen bocado.

—Mimi, espera. Es mi deseo que también formes discretas patrullas de caballería que vigilen los posibles accesos del norte, de las Montañas Sagradas de Pyrene.

Acto seguido, Hipólita se dirigió a sus alojamientos y entró dando un sonoro portazo. Se desvistió para meterse en una bañera de nobles maderas, donde permaneció por el resto de la tarde relajando su mente y cuerpo.

Caída la noche, vestida con un suave chitón blanco de adornos celestes, se sentó en un trono, con una mano en la frente y los pies posados en la repisa del ventanal. Y miró al exterior, a la vez que saboreaba un vaso de hierbas aromáticas con regaliz, mientras esperaba la cena.

Tras unos leves golpes, Gadir entró en sus aposentos.

—¿Me llamabas, mi reina?

—Dime tú, que siempre reflexionas cualquier acción. ¿Por qué la reina Treita me teme? ¿Por qué me miente? —preguntó seria mientras tomaba un trago caliente.

—¿Estáis seguro de ello, mi reina?

Sin mediar palabra, Hipólita abrió su mano y de ella cayó el pañuelo que Sarko le había entregado y, sostenido entre dos de sus dedos, se meció un colgante con una medalla en forma de luna, propiedad sin duda de Menalipa.

CAPÍTULO 16· LA SALIDA DE TRÍBADA

En Tríbada, los días pasaban para Évenor sin discernir respuesta alguna para sus preguntas, sin poder avanzar ni marchar; sin armas ni hombres, sin caballos ni provisiones. Nadie sabía ni le decía nada. Ainia, la joven de rubios cabellos y hermosos ojos negros, la única persona de aquella ciudadela de mujeres que parecía haberle escuchado, había desaparecido. No volvió a verla y sus intentos por saber de ella fueron en vano. Se sentía prisionero en una jaula de oro. Nada le faltaba y nada podía hacer, solo ver pasar el tiempo. Sus guerreros llevaban días desaparecidos, ninguna noticia tenía de ellos. Y apenas volvió a ver a varón alguno en los campos ni en las calles. Solo sonrientes mujeres que le saludaban al cruzarse en el ágora y los jardines.

—¿Dónde están los hombres? —se preguntaba.

Tampoco había vuelto a ver a Artemisa y Mirina no le inspiraba confianza alguna.

Como cada atardecer, una hermosa doncella llegó a sus estancias, ofreciéndole sabrosos manjares y delicioso licor, besos y placeres sin fin. Una vez más rechazó las caricias de amor y, alzándose enojado, salió del palacio decidido.

Necesitaba saber y se cruzó con Mirina.

—Perdonad, noble señora. He de marchar más pronto que tarde y quisiera despedirme de Artemisa y agradecer su bondad.

Mirina le miró sorprendida.

—¿A dónde irás sin caballo ni alimentos? ¿Acaso piensas morir en el Desolado?

—Quisiera saber de mis hombres, de mis pertenencias. En mis alforjas portaba oro con el que pagar caballos y alimentos.

—Nada os retiene en Tríbada. Si no es vuestro deseo permanecer aquí, marchad pues. Pero tú sabrás qué fue de vuestros hombres y pertenencias —apuntó Mirina y siguió su camino.

Évenor fue en busca del rey Cronos a uno de los palacetes, pues retenía en sus mientes las palabras de Ainia y sabía que allí había sido alojado a pesar de que nunca lo halló. Entró en el primero, de estructura sencilla; resultaba espacioso y cómodo, con varias columnas talladas y anchos ventanales que abrían su vista a un espacioso jardín. Pero estaba abandonado, nadie lo habitaba. Salió y se dirigió al siguiente. Ante su satisfacción y tumbado en un lecho de plumas de oca y sedas de Oriente encontró a Cronos, sin apenas fuerzas. A su lado, Iris y Mantis, dos muchachas jóvenes que acariciaban su cuerpo desnudo, le proporcionaban fruta fresca y licores de flores, así como constantes placeres entre juegos de lujuria. La primera, de largo cabello, negro con destellos turquesa, y unos hermosos ojos azules, claros y fríos como el hielo, se deslizaba desnuda y sinuosa sobre las sábanas de seda. La segunda, bella de generosas carnes e inquietantes ojos verdes, mecía sus cabellos rubio platino, descendiendo por el vientre de Cronos, deslizando sus rostro hasta hacerle prisionero de sus labios.

Évenor se dirigió hasta él y las dos jóvenes alzaron su vista invitándolo al lecho con una tímida sonrisa acompañada de una mirada penetrante.

—¡Al fin doy contigo, mi buen amigo! ¡Levanta, debemos marchar!

Cronos se sentó en el lecho y le miró incrédulo.

—¿Marchar? —preguntó con cara de sorpresa y poca gana.

Mantis le abrazó por detrás, deslizando sus abundantes senos por la espalda. Iris le giró la cara con la mano, suavemente, y le lamió los labios acariciándole a su vez el pecho y el vientre. El joven rey cayó de nuevo en el lecho, preso de aquellas jóvenes y sus caricias.

—¡Acaso no me escuchas! ¡Debemos marchar! Nada sabemos de Atlanta y me preocupa lo que pueda estar aconteciendo. ¿Y nuestros hombres? ¿Acaso has visto alguno de ellos durante este tiempo? —insistió Évenor.

—¿Por qué tanta prisa? —contestó Cronos, dejando entrever su agotado estado y cierta pasividad al hablar.

—¿Estás ciego? ¡Tenemos que marchar antes de que esta ciudadela de mujeres nos consuma! —exclamó Évenor y le agarró del brazo mientras las jóvenes fruncian las cejas.

Cronos alzó la cabeza con una vaga expresión de conformidad y miró hacia ambos lados buscando su chitón. Pero entonces se dejó arrastrar de nuevo por los besos húmedos de Iris y Mantis, que acariciando su torso vencieron la débil resistencia de aquel rey una vez más.

Évenor salió contrariado de los aposentos, mientras las jóvenes sonreían manteniendo entre los brazos a su presa, ofreciéndole licor y placeres, gozando de sus cuerpos. El príncipe recorrió el ágora, pasando por una de las calles que la rodeaban, observando entre las bajas casas a las niñas que jugaban con espadas de madera. Se dirigió de nuevo hacia sus aposentos en el palacio de Artemisa, cruzándose con la pequeña que hirió su mano. Posando sus ojos en él, la muchacha, entreabrió la boca emitiendo un débil silbido, amenazante.

Entonces escuchó una voz conocida.

—¡Mi señor! ¡Qué alegría!

Era la áspera voz del viejo Thesitas que, desde la ventana de una de las blancas casas, le hablaba entre las flores de las macetas.

—Mi señor, ¿estáis bien? Se os nota inquieto.

Évenor se acercó rápido.

—¿Dónde se hallan mis hombres? Debemos partir —le espetó de forma urgente.

Thesitas agachó la cabeza.

—Es difícil abandonar este reino de mujeres, señor… ¡Entrad!

El príncipe se acercó a la puerta de la casa, que se abrió con un suave chirrido.

—Tomad asiento —dijo Thesitas acomodándole en una silla.

—¡Habladme de mis hombres!

—Tus hombres han gozado hasta quedar extenuados. Ahora ¿quién sabe qué fue de ellos?

El príncipe le miró y giró la cabeza de lado a lado. No comprendía nada. Thesitas volvió la mirada, quedando en silencio. Évenor se alzó con coraje y le agarró por la pechera.

—Escúchame bien. Cronos y yo partiremos esta noche —dijo enérgicamente—. Quédate en esta prisión, si estás en ello. Pero antes, tú, que bien sabes dónde estamos, has de conseguirnos dos monturas fuertes, agua y víveres; y espero que a medianoche estén situadas en los jardines junto a los tres palacetes. Si no fuera así, yo te diré qué será de ti en este reino de mujeres.

Y, tras soltarlo con empujón incluido, salió de la casa dando un fuerte portazo.

Thesitas se acercó a la puerta resoplando. Entonces apareció Sria tras él, posando el mentón en su hombro y abrazándole. La guerrera había permanecido en silencio, tras los anchos cortinajes de la habitación contigua. Ambos le observaron alejarse a grandes zancadas.

—¡Qué genio tiene tu príncipe! —exclamó ella.

Évenor recorrió el ágora hasta el palacio, maldiciendo la noche.

Dos aguerridas mujeres de la guardia le esperaban en las escaleras.

—¡En marcha! Mi señora desea hablaros —le ordenó una de ellas, colocándose frente a él.

El príncipe se sintió preso.

Vio llegar a la hermosa Ainia montada en su caballo, junto a tres guerreras más y su temor se desvaneció. En los cuerpos de las valientes mujeres se notaba el fragor de la batalla. El polvo les cubría brazos y cara. La sangre manchaba sus armas y vestimentas. Y quedó impresionado.

La joven guerrera saltó ágil de su montura, pasando junto a él y a la guardia.

—¿Ainia? —preguntó Évenor buscando sus palabras.

—Volved al amanecer. Os esperaré con el primer canto —ordenó Ainia a sus guerreras. Luego posó su vista sobre Évenor—. Creo que te esperan —le dijo acariciándole el flequillo hacia atrás, con una mueca en los labios. Se giró y marchó escalones arriba sin más que decir.

Évenor pudo ver la mano ensangrentada de Ainia y sus hermosos ojos, tan cansados; y una herida en el cuello. Embelesado, sintió un enorme respeto por la joven guerrera.

—¡Vamos! —exclamó la guardia.

Recorrieron el templo hasta las estancias más elevadas, llegando a una gran sala redonda, de estampadas decoraciones. Al fondo se encontraba Artemisa, frente a un ventanal desde el que se veía la ciudadela bajo el reflejo de la luna llena. Los destellos de las teas en las casas y la luz que surgía de sus ventanas resaltaban ante la oscuridad inmensa del desierto. El aroma del espliego, la mirra y el incienso llenaban cada rincón. La brisa mecía suavemente el largo cabello blanco que caía sobre los hombros de aquella hermosa mujer. La transparente túnica que portaba, anudada a la cintura con un cordel de cáñamo, dejaba ver al trasluz su cuerpo desnudo.

—Es hermosa ¿verdad? Ella me da sabiduría, fuerza y amor —aseguró Artemisa mirando el cielo de la noche.

El príncipe se acercó al ventanal y contempló la luna.

—Sí, es muy hermosa.

—¿Tanto como tu amada Hipólita?

—Nada iguala su belleza —respondió el príncipe.

Artemisa se le acercó, le tomó la mano con delicadeza y la posó sobre su pecho.

—Has rechazado los favores de mis doncellas… ¿Acaso no deseas amor?

—Deseo amor, sí. Mas no creo que aquí lo encuentre —respondió Évenor retirando la mano lentamente, tras sentir los latidos de su corazón.

—¿Acaso no ves que donde hubo amor, hoy solo habita la soledad? —insistió Artemisa.

—La soledad no tiene cabida en un corazón donde habita la esperanza; el tiempo dirá —apuntó el príncipe por respuesta.

Artemisa tomó de nuevo su mano, la besó con ternura y la soltó. Se dirigió a un pequeño saliente en el que había una jarra con agua y dos vasijas, y comenzó a llenarlas.

—Dime algo que no relataran vuestros hombres antes de morir.

Y le entregó una de las vasijas.

El príncipe la miró serio, con una notable cara de disgusto al saber de la suerte de sus hombres; y puso la vista en el líquido con recelo.

—Bebe tranquilo, es agua fresca con esencia de regaliz. Te gustará, y ven junto a mí. Esta noche el cielo está precioso y la blanca luna ilumina el valle en la oscuridad de la noche.

Artemisa bebió de su vasija y se sentó en una cómoda del balcón, desde donde observaba el profundo desierto y la inmensidad de las estrellas.

El príncipe la acompañó, observó de nuevo la taza, el cielo y bebió.

—¿Qué fue de mis hombres? —preguntó.

—Decidieron morir antes que labrar las tierras de Mirina. Puedes estar orgulloso, eran buenos guerreros y fueron buenos amantes; su semilla perdurará. Pero dime ¿cómo piensas recuperar el amor que perdiste?

Évenor saboreó aquella infusión agridulce. Pensó en la desgraciada suerte de sus soldados y la que podría correr él mismo.

—No tengo la respuesta, no sé si recuperaré el amor perdido ni si algún día volveré a amar.

—Dicen que crecer es aprender a despedirse de las cosas, de los amigos, de las personas... para abrazar el poder. Solo entonces estarás preparado para regir un pueblo en justicia. Dime: ¿cuánto has crecido? —preguntó Artemisa.

—¡Nada! Pero dime lo que deseo saber. Creo que para eso me has mandado traer en verdad, pues veo que nada puedo decir que no sepas.

—¿Deseas saber? —preguntó con voz suave, acariciándole la melena.

Évenor asintió levemente.

—Quieres saber de la reina Armonía, te diré que como tú fue víctima de un amor prohibido —aseguró Artemisa—. Se enamoró perdidamente de un guerrero gallardo y muy fuerte, el más grande. Le llamaban Ares, dios de guerras y males, azote de mortales.

—Oí hablar de ese hombre. ¡Un dios dicen! ¡Hijo de Zeus! ¿Armonía fue reina?

—Sí, mi joven príncipe. Nuestro pueblo se rige por una oligarquía de la que Armonía era soberana, reina de reinas. Lysippe, Mirina, Pentesilea, Esmirna y la joven Ainia reinan estos vastos territorios donde la mujer es libre y cabalga por la llanura.

—¿Ainia? Es una gran mujer, me parece tan valiente como noble…

—Veo que os impactó mi joven loba, la más brava. Hija de la gran Cibeles es; muchos no lo creen, yo sé que es cierto. Aprendió del arte de la guerra junto a su amiga inseparable, Hipólita. Eran muy pequeñas aún. Su maestra fue Armonía… Fue la maestra de todas nosotras, pues gobernaba el pueblo con sabiduría, era respetada y amada. Pero su fatal unión con Ares sembró la discordia, no era ley que pudieran vivir de tal forma entre nosotras. Dejó su trono vacío, renunció por amor y fruto de ese amor prohibido fueron tres hermosas hijas. Abandonaron Temiscira y se instalaron aquí, junto a su amada hermana, la reina Mirina, en Tríbada.

—Hipólita, Antíope y Menalipa —añadió Évenor.

Artemisa asintió y continuó con su relato.

—Todo parecía felicidad hasta que la fatalidad se alió con ella. Ares no era aquel que ella pensaba. Solo era un hombre soberbio, amante de guerras y males, y como tal, despreciable. La hizo sufrir mucho. Gozó también del amor de Mirina y de tantas otras. Olvidó su compromiso y los sacrificios que realizó Armonía por su amor. Se convirtió en un zángano consentido, sin más. Así pues, fue castigado. Mirina debía ser soberana y quiso deshacer la oligarquía creada por Armonía. Pero la existencia de Hipólita, la heredera, se lo impedía y decidió acabar con dicho problema de raíz al no hallar suficientes apoyos entre las hijas de la luna.

—Y Armonía huyó a Occidente para salvar la vida —apuntó el príncipe, atento.

—¡No! Aunque la posibilidad de ser muerta fue una realidad, era el último de sus temores. Armonía solo intentó salvar a sus hijas de la ira de Mirina. Huyeron una noche oscura, sin luna. Marcharon sin rumbo conocido y anduvieron solas. Pensé que habían desaparecido para siempre. Saber de ellas ahora no trajo nada bueno pues, después de tantos años, su trono sigue vacío, al igual que los palacetes de las princesas alzados en los jardines, uno para cada una de ellas.

—Pero tú eres poderosa. Si no quieres su muerte, ¿por qué no protegerla?

—Mi voz se hace oír, pero no impongo voluntad. Esta es la tierra de Mirina: Tríbada. Yo ando vagando, mi hogar también está en las tierras salvajes de Tracia, donde reina Pentesilea; en en la Temiscira de Lysippe; en la isla de Lesbos, regida por Esmirna; y más allá, en Capadocia y las praderas sin fin de Ainia, la loba de las estepas. Esta es tierra de mujeres indómitas y por ello un mundo de resistencia ante los humillantes reinos de machos. Veo que son valores que desconoces, que no comprendes. Mirina no es como gran parte de nosotras, ni le gusta la vida nómada, ni tener que pelear para defenderse. ¡Prefiere atacar para conquistar! Su fin es crear un reino donde alzarse poderosa sometiendo un pueblo; como hacéis vosotros, los hombres sabios.

Évenor dejó su vasija, sorprendido de cómo podía hablar de una manera tan mordaz y a la vez tan sencilla y tranquila.

—Armonía ha muerto. Para mi pena fue vilmente asesinada por el rey Autóctono. Pero nosotros convivimos y protegemos a nuestra gente. No la sometemos, pues… —dijo el joven príncipe, contrariado con parte de aquellas palabras.

—Nacer hembra en mi tierra es una bendición, un canto a la vida —le interrumpió Artemisa—. En la vuestra, en los reinos de machos, no es más que un amargo destino. Privadas de voz y defensa, no son más que siervas del capricho del hombre. Y que mi querida Armonía ha sido muerta lo sé, pero su sangre divina corre por las venas de Hipólita, Antíope y Menalipa. Mirina no descansará hasta verlas muertas y menos ahora que sabe donde hallarlas.

Évenor la miró y vio en sus ojos un destello que le recordó a su padre, cuando le miraba hablándole con voz tierna y palabras contundentes que no presagian nada bueno.

—Yo lucharé por ellas, pues están bajo la protección de la Corona. Aunque Antíope murió. Cayó en una caverna y fue devorada por un oso la misma noche que Armonía fue asesinada.

—Nobles intenciones las tuyas. Pero no son más que frágiles olas que se estrellan ante la dura roca. Nada pudiste hacer por salvar a Armonía, ni por guardar a Hipólita. Y me aseguras que Antíope fue devorada por un oso. Torpe fatalidad… Mas no percibo su ausencia, su hálito pervive en el bosque —apuntó Artemisa.

—Deseo volver a Atlas —confesó Évenor—. Esta misma noche iniciaré el regreso.

—Mirina es loba astuta y fuerte, te será un adversario poderoso.

—Comprendo, mi señora. Ahora ruego me disculpes, he de marchar. Mi tierra se encuentra lejos y me hallo impaciente. Añoro a mi gente y deseo salir esta misma noche —comentó Évenor con toda intención y se dirigió hacia la salida de la estancia.

Artemisa le miró altiva, mientras absorbía el último trago.

—¡Marcha pues y estate atento a la loba y a la luna! —exclamó.

El príncipe se volvió y apretó los labios.

—Lo estaré. Pero antes de partir decidme: ¿cuál es el destino del varón en vuestra quimera de libertad, tierra de lobas? —le preguntó con voz suave, contundente.

—Siempre puede elegir. Hay valles y tierra fértil en abundancia. Es libre, pero nunca dueño ni señor de loba alguna. Ahora marchad y cuidad de aquello que os quede, que creo bien poco es tras abandonar a vuestro amor, a vuestro padre y a vuestro reino a su triste destino.

Évenor abandonó la estancia herido por tales palabras que ahondaron como una daga en sus sentimientos. Y nada tardó en buscar a Cronos, que se hallaba agotado en el lecho.

—¡Arriba, nos vamos! ¡Nuestro tiempo aquí acabó! —exclamó mientras cargaba con él y pensaba que, al menos, no estaba con aquellas dos muchachas lujuriosas.

Se dirigió al punto de encuentro, con Cronos colgado del hombro. Para su satisfacción, Thesitas esperaba con tres caballos preparados para cabalgar y un cuarto cargado de provisiones.

—Marchemos, mi señor, antes de que nuestra ausencia sea tenida muy en cuenta.

Montaron y salieron en silencio de los jardines, pasando por delante del pequeño palacio de Artemisa, a la luz de la luna, buscando las sombras de las casas y con la calma como compañera.

Desde el balcón del palacio, Artemisa, acompañada, miraba cómo se alejaban.

—¿Vamos a dejarles ir? —preguntó Mirina.

—Está enamorado. ¿No es hermoso? —respondió Artemisa rodeándola con sus brazos.

—¿Acaso sabes tú lo que es el amor de un hombre?

—No, no sé lo que es el amor de un hombre; por siempre seré doncella. Pero sí sé lo que es el amor —aseguró Artemisa mientras besaba los labios de Mirina y pensaba en Armonía.

—¡Lo mataré! —exclamó Mirina.

—Sí, por supuesto. Pero ahora bésame.

CAPÍTULO 19· LA LOBA DE LAS ESTEPAS

El príncipe Évenor, el rey Cronos y el viejo Thesitas atravesaban el árido desierto en búsqueda del camino de regreso. Llevaban dos días de marcha y no paraban de acelerar el paso. No se sentían seguros, tenían la sensación de haber salido de la boca del lobo momentos antes de ser engullidos. Sus temores pronto se hicieron realidad: un grupo de doce jinetes, que se cubrían con capas oscuras y mostraban lanzas que se adornaban de largas plumas negras, les perseguía.

—Mi señor, esos jinetes parecen ser los que recorrieron nuestra tierra a sangre y fuego. Sus intenciones, sin duda, no pueden ser buenas —aseguró el viejo Thesitas.

Los tres hombres cabalgaron rápido, alzando una gran nube de polvo en la tierra reseca, tratando de dejar atrás aquella visión de muerte que se les venía encima. La distancia se recortaba.

—Cabalguemos hacia aquellas palmeras, estaremos a salvo de sus saetas y podremos luchar cuerpo a cuerpo. Tendremos una oportunidad de vida —ordenó Évenor fijando su vista en un pequeño oasis que se divisaba entre las lomas que albergaban la cuevas troglodítas.

Galoparon veloces. La muerte se les acercaba con premura. Una saeta rozó el rostro de Évenor y atravesó el hombro de Thesitas, que cayó al suelo maldiciendo su suerte.

—Seguid, seguid, no paréis por mí. Arg… ¡Cómo duele, maldita sea!

Évenor y Cronos retrocedieron para socorrerle. Lo alzaron rápidamente sobre el caballo y reiniciaron al huida. Esquivando los mortales dardos, consiguieron alcanzar las lomas cercanas.

Apresuradamente descabalgaron y se ocultaron en el palmeral desenvainando las espadas. Allí esperaban esquivar la embestida de los jinetes, las saetas, y presentar batalla.

Sin embargo, nada aconteció.

Évenor trató de limpiar la herida de Thesitas.

—¿Dónde están que no llegan? —preguntó mientras cubría la herida.

Cronos se arrastró y alzó un poco la cabeza para ver. Dos flechas se clavaron ante él salpicando tierra en sus ojos. Avanzando a pie entre las matas y las palmeras, los habían hallado.

Évenor se levantó con la espada en guardia. Entonces vio, ante su sorpresa, varias saetas, venidas de atrás, clavarse en el pecho de dos de aquellos guerreros y, seguidamente, cómo un pequeño grupo de mujeres se abalanzaba sobre sus perseguidores, comenzando una dura lucha. Entre ellas destacaba Ainia, que se batía con destreza y arte mortal ante sus adversarios.

Évenor y Cronos corrieron a la batalla, mientras observaban lo diestra que era la loba de las estepas. Luchaba armada a dos manos, manteniendo en una de ellas la espada, parando golpes, y matando con la otra, con una daga, como si dispusiera de un mortal aguijón. Apenas iniciada, la lucha cesó, pues los tres jinetes que no habían caído huyeron ante la inesperada acometida de las guerreras de Ainia.

La joven reina se sentó allí mismo, al lado del cadáver de un enemigo vencido. Descansó la espada sobre sus largas piernas y clavó la ensangrentada daga en el suelo, y observó los caballos de los jinetes muertos trotar libres. Seria, no parecía efusiva con la victoria.

El fiel Thesitas, dolorido, seguía maldiciendo su mala suerte oculto tras las lomas, bajo una palmera hasta que una voz, venida de atrás, le sobresaltó.

—¿Problemas? —preguntó Sria, con una mano apoyada en el costado y manteniendo en la otra su arco.

De nuevo, las valientes mujeres de espadas afiladas y saetas mortales salvaban sus vidas. Entre ellas Ainia, la guerrera de largos cabellos rubios y grandes ojos negros que turbaba la mente de Évenor. Sin duda, su presencia había evitado la muerte de los tres atlantes.

—Es la segunda vez que me abandonas. ¡Un día de estos te mataré! —se dirigió Sria a Thesitas mientras limpiaba su herida de forma vasta. Luego tomó una fina daga, le acarició la cabeza y le puso un pequeño madero envuelto en telas en la boca. Sin mediar palabra, empujó fuerte la saeta de atrás hacia delante, saliendo la punta por el hombro. Cortó la astilla y cayó la punta de bronce. Después deslizó el resto de la saeta hacia atrás.

El viejo explorador miraba fijamente a Sria, entre gemidos, apretando los dientes en el madero. Extraída la flecha, la guerrera limpió la herida con abundante agua, para cerrarla después colocando ungüentos comprimidos con varias telas.

Ainia lanzó su cantimplora de pieles a Évenor para que saciara la sed y refrescara su cara. El príncipe bebió de buen grado y después, se fijó en las guerreras que cavaban varias tumbas.

—Son hijas de la luna. No merecen ser devoradas por alimañas, ni que sus restos queden esparcidos en el desierto, quemándose bajo el sol —dijo Ainia.

Cavados profundos hoyos, colocaron en ellos los cuerpos y las armas de los muertos. Ainia se acercó a una de las tumbas, lanzó dentro el casco y la espada de aquella a la que había dado muerte. Évenor la siguió y pudo comprobar que los temidos jinetes de capas negras eran también mujeres guerreras. Asintió y aunque había algo que no comprendía, prefirió esperar mejor ocasión para saciar su curiosidad. Más viendo el rostro de la joven reina, que con tristeza miraba el cadáver de la mujer abatida por ella.

—Monta en tu caballo. Te acompañaré hasta más allá de las colinas que abren los caminos de Occidente. Después espero que no necesitéis más de nuestra presencia —dijo Ainia.

Évenor, Cronos y Thesitas sonrieron al sentirse seguros y agradecieron su suerte. El príncipe la observó fascinado, no era una loba más y pensó: ¿Quién es Ainia? ¿Por qué nos protege? ¡Es tan bella y noble! Y sintió de nuevo aquella sensación olvidada que hacía latir con fuerza su corazón.

Formaron en línea de dos y cabalgaron por las rutas invisibles de aquel tórrido desierto, hasta alcanzar el bosque y los montes que lo rodeaban. Se dirigieron hacia los estrechos del Mar entre Tierras. Avanzaban rápido, pues ellas tenían claro por dónde cabalgar, acortando tierra y camino con su trote sabido. Pasaron los días y Évenor fue entrando en las tierras de Occidente con una guardia de honor que nunca pensó disponer.

—Me ha sorprendido mucho la organización de tu pueblo, vosotras las mujeres hacéis labores propias de hombres… ¡Y la guerra! —expuso Évenor.

—¿Y quién te dijo cuáles son las labores propias de una mujer? ¿Un hombre? Nosotras manejamos arcos, alzamos espadas y montamos a caballo. No hacemos labores propias de hembras sometidas. Somos libres de vasallaje alguno. No hay nada que en verdad diste la sangre de un hombre a la de una mujer. Solo la fuerza bruta, impropia de sentimientos; propia del macho que impone voluntad.

Évenor la miró sin saber qué contestar, viendo su razón.

—¿Y quién impone voluntad en tu pueblo? ¿La misandria? Mis guerreros yacen en algún lugar del Desolado después de haber sido sometidos. Artemisa me lo confesó.

Ainia le miró fijamente por unos segundos.

—¿Estás seguro? Artemisa nunca ha sido fiel amante de la verdad. Tus hombres hace tiempo que marcharon a Ilión. Yo misma les saqué del desierto —aseguró Ainia.

Évenor puso cara de incredulidad, gratamente sorprendido.

—¿Por qué me mintió Artemisa?

—Una pequeña mentira puede salvar muchas vidas y más en tierras de Mirina. Entre las hijas de la luna no es costumbre vivir bajo el favor de un hombre. Las que así lo desean, gozan de la compañía de un macho por placer o para engendrar descendencia. Luego este continua su camino… Los nacidos varones son enviados al lado de su padre. Si se desconoce, es cuidado por las familias de léleges y garganos, o en los poblados pónticos que habitan cerca de nuestras tierras. Las niñas quedan bajo la protección de sus madres y las que destacan en artes y sabiduría, son las elegidas para convertirse en cazadoras y guerreras de culto.

—¿Las elegidas? —preguntó Évenor, interesado.

—Las elegidas dominan con sabiduría los secretos del conocimiento y con destreza las mortales artes de guerra.

—En verdad eres una de las elegidas—apuntó Évenor con seguridad.

—Mi maestra era Armonía. Ella guió mi espada en mis primeros pasos, junto a Hipólita y Esmirna. Un día la reina y sus hijas desaparecieron, por lo que Artemisa cuidó de mi destino, como ahora ha hecho del tuyo.

—¿Artemisa?

—Sí, ella me rogó que vigilara vuestras vidas, al menos hasta las puertas de Occidente.

—¿Quién es Esmirna?

—Mirina tiene tres hijas, fuertes y hermosas: Mantis, Iris y la terrible Empusa, la menor de ellas y a la que ya conociste —le dijo señalándole la herida de la mano.

—Ese pequeño demonio —aseguró Évenor mientras recordaba con una mueca la traviesa niña de mirada profunda, pelos coloridos y agudos silbidos.

—Un día podrían ser reinas, si la estirpe de Armonía desaparece.

—Hipólita es la heredera de un reino que desconoce.

—Pero antes que las tres hermanas, nació Esmirna, dicen que por un amor mezquino. Fue abandonada entre léleges como si de un macho se tratara y acabó reinando en la isla de Lezpas, en Lesbos —continuó Ainia.

—¿Y tú? ¿Eres reina de una tierra?

—En las estepas sin fin, los reinos no se alzan en tierra ni sobre riqueza alguna, sino en el corazón de Artemisa.

—¿Y esas guerreras que buscaban nuestra vida? —preguntó Évenor, todavía sin entender por qué Artemisa cuidaba de su suerte.

—Son guerreras de Mirina —apuntó Ainia.

—¿Y tú, no eres guerrera de Mirina?

—No, Armonía será por siempre mi única soberana. Representa la sabiduría, la fuerza y el amor. Mirina tan solo es muerte. Nosotras cabalgamos libres por la extensas mesetas desde el mar de Azov al lejano Oriente. Allí vivimos en aldeas de bravas mujeres, junto a las tribus escitas. Nuestro paso por estas tierras de machos es efímero. Hemos llegado hasta aquí para mostrar nuestro respeto ante Artemisa, sabia y amada, pues es deidad de todas las hijas de la luna.

—¿Acaso crees que Artemisa es una diosa?

—No lo creo, lo sé.

—Ella me aseguró que eres reina, la loba de las estepas… hija de una diosa.

Ainia sonrió y avanzó con su caballo por delante de Évenor y él la siguió.

Recorrieron largo tiempo en silencio, cómplices de sus miradas, hasta que Évenor reunió el ánimo suficiente para atreverse a preguntar.

—Ainia… ¿Conoces el amor? ¿Cómo podéis vivir sin el cariño de un hombre, sin la dicha de unos hijos, de una familia?

La guerrera sonrió como mujer, reflexionando un tanto su respuesta.

—Hay lobas que viven con hombres, pero no entre guerreras, sino en aldeas donde se venera a la mujer y el poder es de la más anciana, la más sabia. Todos cumplen con sus obligaciones y derechos. Pero la mayoría de nosotras vivimos libres de leyes y compromisos.

—No me has contestado.

—No, no conozco el amor —susurró—. Es algo nuevo para mí.

Por un momento reinó el silencio.

—Antaño, las hijas de la luna alzaban aldeas por toda Anatolia —continuó Ainia—. Pero con la expansión de reyes de Oriente y Occidente en busca de tierras que les dieran poder y riquezas, las aldeas fueron asaltadas y mis hermanas convertidas en esclavas o muertas. Los reinos de machos ambicionan toda tierra, desatan guerras, construyen polis y esclavizan pueblos enteros. Todas moriremos antes de someternos. Sí, es nuestro fatal destino. Si no fuera por la fortaleza de Artemisa ante el empuje de los dioses de machos, nada seríamos ni tan siquiera recuerdo.

Pasaron de largo por las tierras de Ilión, pues para nada quería Ainia acercarse a la gran polis de machos. Cruzaron la pequeña península y cabalgaron hasta caer el sol, acamparon en una hermosa cala de aguas cálidas y transparentes donde moría un pequeño arroyo. Las guerreras pescaron fácilmente con sus flechas varias lubinas. La cena estaba servida y el día acababa.

Junto al fuego de la hoguera conversaron del camino y la lejanía de Occidente.

Évenor comentó lo hablado con el rey Ilio y su gente sabia reunidos de la polis.

—Esas malvadas lobas que asaltan y matan sin más, las que tanto temen en Ilión, como imagino, sois vosotras. ¿Por qué les golpeáis si son gentes de comercio? Incluso vosotras lleváis allí a vuestros prisioneros para que sean vendidos como esclavos.

Ainia le observó con cara de enfado, como sorprendida.

—Está bien que en ocasiones seamos nosotras quienes golpeen —contestó finalmente—. ¿Gentes de comercio? Usureros más bien. Por cierto ¿vistes muchas mujeres en esa reunión de gente sabia o todo eran señores? ¿Esclavos? ¿Acaso viste muchos esclavos en Tríbada? Nosotras no traficamos con vidas humanas, eso es cosa de machos.

Después, ante el silencio de Évenor, se levantó y dirigió sus pasos hacia la playa.

—No deberías hacer caso a todo lo que te dicen. Si no, llegarás a pensar solo aquello que deseen que pienses. No conoces nuestro sufrimiento, impuesto por quienes mandan guerreros contra nosotras para hacerse con la tierra e imponer su voluntad. Deberías sacar conclusiones por ti mismo, más si pretendes ser un rey justo —apuntó Sria.

—No pretendía ser hiriente, lo siento en verdad —apuntó Évenor.

—Mejor se lo comentas a ella, te está esperando… Creo.

Ainia se dirigió hacia la cala, donde se desnudó y se lanzó a las tranquilas aguas. Évenor marchó tras sus pasos bajo la atenta mirada de sus guerreras, las cuales empezaron a hablar de amores, batallas y leyendas alrededor de la hoguera, riendo y bromeando hasta que la oscuridad de la noche lo envolvió todo. Era tiempo de descansar. Dos de ellas quedaron ocultas, como centinelas. Sria y Thesitas quedaron dormidos, abrazados. Cronos y el resto del grupo descansaba al calor del fuego, bajo un gran árbol.

Sentado en la arena, apenas a un metro del agua del mar, Évenor descansaba observando el horizonte, viendo cómo Ainia nadaba. Bajó la cabeza y pensó en Atlas, dudando por primera vez en su vida de sus sentimientos. Pensó en su amor perdido y sintió que se encontraba tan lejos de su realidad. Ainia era una mujer excepcional, comenzaba a sentír por ella, tal vez desde que la vio por primera vez, algo que jamás pensó que experimentaría con otra mujer que no fuera Hipólita.

Ainia salió del agua y se envolvió en un velo azulado que guardaba en su morral. Acto seguido se sentó junto a él y le acercó la cara junto a sus labios.

—Dime, tu reino. Dicen que allí abunda la tierra fértil y el oro fácil. Que sometéis a las mujeres dominando su voluntad, convirtiéndolas en serviles esclavas —le dijo sensualmente.

Évenor la miró sorprendido ante aquellas palabras.

—En mi tierra las mujeres y los hombres se aman de por vida en un hogar. El hombre es cazador y guerrero por su fortaleza, la mujer recolectora y madre por su naturaleza. Todos son respetados y amados.

Ainia sonrió con cara incrédula y, abriendo las piernas, se sentó sobre él posando sus manos en el pecho. Ambos se miraron por unos momentos. Después se acercó de nuevo sobre su rostro pasándole los brazos por detrás del cuello.

—No te creo, eso es imposible, mientes —le susurró y juntó sus cálidos labios con los del príncipe, mientras comenzaba a mover sus caderas lentamente.

Évenor, dejándose llevar, la besó dulcemente.

Ambos se fundieron en un largo abrazo bajo la luz de la luna y la suave brisa del mar que les bañaba la punta de sus pies con las olas. Deslizando las manos, fueron desnudándose el uno al otro, besando sus cuerpos. Pasaron la noche amándose. Entre caricias y pequeños gemidos alcanzaron el éxtasis una y otra vez, hasta que cayeron rendidos, dormidos en un rincón de aquella hermosa cala, abrazados como dos jóvenes enamorados.

A la mañana siguiente, el sol empezó a iluminar sus cuerpos desnudos con los primeros rayos de luz. Évenor despertó y algo confuso, alzó su cabeza. Ainia seguía durmiendo. La acarició, recorriendo con las puntas de los dedos su vientre y la besó en los labios. Luego se levantó, vistió su cuerpo y paseó por la playa. Sentándose en una roca, miró el azul del mar y pensó en Hipólita.

Poco más tarde, la joven loba se le acercó envolviéndose en su velo azul. Se sentó junto a él, observando los gestos marcados en la cara del príncipe.

—¿Te sientes mal? —le preguntó.

—No… No sé si debí…

—Sí, te sientes mal. Piensas en ella —le interrumpió Ainia—. Pero tus besos eran sinceros.

Sin mediar más palabras, se levantó y comenzó a alejarse.

—¡Ainia! —le llamó Évenor, evitando que se alejara.

Ella se volvió

—Te amo en verdad, solo quería que lo supieras.

Ainia le miró seria, por un momento, a los ojos tratando de adivinar la certeza de aquellas palabras y se alejó, confusa. Évenor quedó en la playa, mirando las olas. Pensó de nuevo en Hipólita, pero sentía que junto a la loba su corazón renacía la dicha perdida. Se alzó y se lanzó al agua, adentrándose en aquella cala, bañando su cuerpo, refrescando su mente. Crueles los dioses, que le arrebataron a su amor y ahora cruzaban en su camino un ¿imposible?

Cuando regresó al campamento, para su sorpresa, las guerreras no estaban. Cronos y Thesitas dormían. Entonces vio diez hombres y un carro de guerra atlante tirado por dos caballos; se acercaban rápido. Eran los soldados que la reina Treita había mandado en su busca.

Con el pie despertó a Cronos, instándole a que se levantara raudo. Se había percatado que, a pesar de ser guerreros atlantes, agitaban sus lanzas. Echándoseles encima, no pudieron más que esquivar el ataque y sintiéndose rodeados, viéndose muertos, se prepararon para luchar.

—¡Soy el príncipe Évenor! ¿Cómo osáis, vosotros, atlantes, atentar contra mi vida? —preguntó en voz alta, dirigiéndose al que vio capitán de la patrulla.

—No eres nadie, prepárate para morir.

Una fina lluvia de saetas cayó con fuerza sobre los atlantes, atravesando cuellos y pechos con un sonido sordo. Solo dos lograron huir. Évenor se volvió resignado, con la cabeza baja y alzando los ojos. En una loma se alzaban Ainia y sus guerreras con los arcos en las manos. Sus centinelas habían avistado tiempo antes a los visitantes y se habían ocultado para recibirles.

Évenor y Ainia se miraron durante un tiempo. La loba sonrió y levantó lentamente su mano, despidiéndose, y el príncipe la correspondió igual. Las valientes mujeres desaparecieron de la loma trotando en sus caballos.

—¿Por qué estos guerreros de Atlas buscaban darnos muerte? —preguntó Cronos fijando sus ojos en los muertos.

—Es algo que debemos averiguar y pronto —contestó Évenor sin dejar de mirar al horizonte, donde la silueta de Ainia y sus guerreras, a lo lejos, se fundía con el sol de Oriente.

Cronos puso la mano sobre el hombro del príncipe, rompiendo el hechizo.

—¡Qué mujer! ¡Digna de un rey! —comentó.

Évenor le miró de lado, inclinando la cabeza y Cronos, sonriendo, dio por bueno el silencio como respuesta. Mientras, el viejo Thesitas alzaba su vista al nuevo día, levantándose sorprendido al ver los cuerpos de los guerreros abatidos.

—¡Qué ha pasado! Son fieles de la reina Treita, los reconozco. ¿Y nuestra hermosa escolta?

—Esta vez no podrás dejar a Sria. Parece que te abandonó ella antes —aseguró Évenor.

Thesitas le miró, pensando en Sria, y dijo algo confuso que nadie entendió, asintió y alzó sus cejas. Los tres montaron y se dirigieron por la costa hacia Occidente.

—¡Atlanta espera! —exclamó Évenor y volvió la vista atrás.

CAPÍTULO 18· THERIO, LA BESTIA

En el palacio de Gadeira, aquella noche calurosa, Hipólita no pudo dormir. No podía dejar de pensar en aquel hombre que cojeaba, en la mujer encapuchada que la miró como si fuera una diosa y en su hermana Menalipa. ¿Estaría viva en verdad? Sus sentimientos variaban entre un

tremendo deseo de ver a su hermana y abrazarla y otro de arrancarle la cabeza por abandonarla y alejarla del corazón de Évenor. Escuchando las ponzoñosas palabras de la reina Treita, había llegado incluso a odiarla en su terrible soledad.

Menalipa, por su parte, esperaba en silencio junto a la gran roca de granito donde antaño solían brindar su amor el príncipe y su querida hermana. Todos los días desde que Sarko le hizo saber que Hipólita tenía su medalla, se acercaba al atardecer con la esperanza de verla. La noche caía mientras alimentaba una pequeña hoguera, cuando un leve ruido la sobresaltó. Sin mediar palabra se levantó lentamente, sacó su daga y observó con detalle el claroscuro del bosque.

Dejando tras ella un arbusto, apareció Hipólita sosteniendo en una mano la medalla. Ambas cruzaron los ojos en silencio, hasta que una sonrisa cómplice rompió el hielo. Corrieron y se unieron en un largo abrazo. Apenas podían hablar por la emoción. Menalipa lloraba sin parar de abrazar a su hermana. Hipólita dejó deslizar por su mejilla una lágrima mientras sujetaba la cara de su hermana y la besaba una y otra vez.

—Sabía que vendrías —dijo Menalipa entre sollozos—. Tengo tanto de que hablarte, te he echado tanto de menos.

Una irreconocible Hipólita la miró con la dulzura de quien ama y encuentra.

Calmando los ánimos, se sentaron en la roca y avivaron la hoguera bajo un cielo estrellado como nunca. Hipólita escuchaba, sin apenas poder creer ni contener su pena. Así supo quién era la responsable de las fiebres malignas que a punto estuvieron de llevarse la vida de Évenor, de la persona que conspiró para dar muerte a Armonía, cómo fue asesinado Argan y cómo huyó Menalipa de la acrópolis para salvar la vida.

—Évenor marchó con la pena devorándole el alma, siempre te amó —concluyó Menalipa.

—Treita es una mala persona. ¡Víbora! Nunca me pasó mensaje alguno, sino mentiras. Me hizo creer que me había abandonado, que me habías traicionado. Ella mandó matar a nuestra madre. ¡Pagará caro!

El ruido de unos cascos rompió el momento. Del bosque surgieron tres jinetes vestidos de pardos cueros, con lanzas adornadas de plumas negras. Avanzaron hacia la hoguera acompañados por cuatro guerreros de ojos rasgados, toscas vestiduras y largos cueros cabelludos prendidos de sus ropajes, que saltaron sobre ellas. Hipólita esquivó el primer envite a la vez que hundió la espada en el costado de su atacante y rearmándose, sesgó el cuello de otro de aquellos hombres mientras protegía la vida de Menalipa. Un nuevo ataque. Hipólita recibió un leve corte en la espalda mientras partía el peto y la vida de un tercero, con un seco golpe de su espada. Girándose rápidamente, repelió la agresión del último de ellos con un hábil movimiento que malhirió a su enemigo en el vientre. Entonces, dos de los jinetes alzaron los brazos tensando las cuerdas de sus

arcos. Menalipa agarró una de las lanzas caídas junto a su hermana que, sin poder hacer nada, observaba impotente la punta de las saetas que apuntan hacia sus cuerpos.

Un ronco rugido resonó fuerte agitando el alma de los caballos y sus jinetes. Miraron a todas partes, hasta que un venablo atravesó el cuello de uno de ellos. El otro cayó muerto con el cuello partido. Una bestia felina había pasado con sus garras sobre él y ahora observaba fijamente sus espasmos de agonía soltando un tremendo rugido. Se trataba de Homotherium, la bestia del hombre, un gran macho dientes de sable, una leyenda viva. Como golpeado por un destello, el último de los jinetes cayó víctima del mortal filo de una nueva aparición. Cayendo con la cabeza baja, sobre su pie y una rodilla, frente a Menalipa e Hipólita, aquella extraña vestida de cueros y con un conocido gorro de pieles en su cabeza, alzó la cara.

—¡Antíope! ¡Antíope! —exclamó Menalipa muy alterada.

Hipólita, con la cara desencajada por la sorpresa, cayó hacia atrás sentada en el suelo. Mientras, la bestia comenzó a devorar con avidez a uno de los jinetes muertos, sin dejar de fijar sus almendrados ojos felinos en las tres hermanas.

El guerrero herido en el vientre huyó sin que nadie quisiera reparar.

Sobrepuestas de tanta sorpresa, las tres hermanas fijaron su mirada en los muertos. Hipólita observaba con atención el cuerpo del jinete mientras el enorme felino rasgaba sus vestiduras y las muelas carniceras cortaban la carne. Se acercó y comenzó a sacarle el yelmo.

La bestia gruñó mostrando sus poderosos colmillos.

—¡Calla! ¿Dónde estabas cuando te necesité? —le gritó Hipólita golpeando levemente la cabeza de aquel formidable dientes de sable, que retrocedió soltando un leve gruñido.

—Therio estaba cuidando de mí —exclamó Antíope y, acariciando su lomo, lo abrazó.

Menalipa también corrió sonriente a abrazarse a la bestia, que dejó de gruñir para tumbarse en el suelo, recostándose patas arriba y emitiendo leves ronroneos placenteros mientras las dos hermanas acariciaran su enorme vientre.

Al sacar el yelmo, Hipólita quedó sorprendida.

—¡Es una mujer!

Lentamente, revisó los cuerpos de los demás.

—Los tres jinetes son mujeres guerreras. ¡Mirad! En sus cuellos lucen medallas como la nuestra, son iguales. La luna llena.

Las hermanas se miraron unas a otras sin acertar a comprender.

—¿Quiénes son estas mujeres que se adornan como nosotras? ¿Y esos salvajes que se adornan con muertos? —preguntó Antíope mientras alzaba, pellizcando con dos dedos y la cara contraída, una de las cabelleras que portaban los guerreros abatidos.

—Armonía anotó en los pergaminos del templo de Clito, que el príncipe reaccionó a su enfermedad con un antídoto contra la atropa. Por ello supe que Argan estaba siendo envenenado. En sus notas existen muchos secretos por desvelar, quizá este sea uno de ellos. Hay muchos escritos sobre las hijas de la luna —apuntó Menalipa sujetando una de las medallas en la mano.

—Nuestra amada madre me comentó que debíamos estar preparadas, pues un día vendrían a buscarnos nuestras hermanas, bien fuera para coronarnos o para matarnos. Poco más contó, al igual que de nuestro padre. Debemos saber más, sin duda estas son las "hermanas" de las que me previno —expuso Hipólita—. Con su silencio, creo que pretendía protegernos.

—Solo en el templo de Clito encontraremos respuestas —apuntó Menalipa.

—Tengo entendido que allí no eres muy bien recibida —comentó Antíope, sarcástica.

—Hipólita, ¿te contó Armonía algo más sobre nuestro padre?

—Sé que lo amó con locura, que lo llevaba siempre en el corazón… Pero habló tan poco de él. Un día me dijo que su alma se hallaba viva en Therio —respondió Hipólita.

—¡Therio, la bestia, nuestra bestia! —exclamó Menalipa mirando al dientes de sable.

—Cuando Therio llegó, nuestro padre marchó. Creo... Apenas lo recuerdo. ¡Éramos tan pequeñas! —exclamó Antíope.

—La noche que salimos de nuestro hogar, Therio vino con nosotras. Era tan solo un pequeño cachorro. Padre ya no estaba —aseguró Hipólita.

—Vayamos a mi cueva, tenemos mucho de qué hablar —dijo Antíope dando una fuerte palmada a los cuartos traseros de la bestia.

Internándose en el Bosque Maldito, las tres hermanas se alejaron de aquel lugar conforme avanzaba la luna. El dientes de sable las siguió, arrastrando el cuerpo desmembrado de una de las guerreras muertas y mirando de reojo a Zaino. El hermoso caballo seguía inquieto los pasos de Hipólita, calmado por las suaves caricias que ella le propinaba.

Tras una larga marcha, llegaron hasta el refugio donde Antíope se había ocultado durante este tiempo: una angosta caverna escondida en lo más espeso del bosque, entre los recovecos de una montaña de difícil acceso.

—Aquí estará bien tu caballo, le pondré agua y hierba fresca. Ningún bicho se acerca por aquí arriba, el olor de Therio basta para alejarles. Dentro tienes viruta para hacer fuego —aseguró Antíope y lanzó dos piedras de pirita a Hipólita, la cual asintió tomándolas al aire.

Tras anudar las riendas de Zaino a unas gruesas ramas, Hipólita se acercó a Menalipa y, juntas, encendieron una reconfortante hoguera. Antíope marchó en busca de carne para cenar.

—Guardad mi preciado hogar, en un momento regreso. Tengo controlado un paso que siempre calma el hambre. ¡No os llevéis nada!

Hipólita la miró sonriendo y después dirigió su vista al fuego, viendo cómo prendía y, sin poder contener más la emoción, empezó a llorar en silencio.

Menalipa la abrazó y la besó.

—Creí que habíais muerto y ahora estamos juntas de nuevo —dijo entre sollozos.

—¡Heee! ¿Qué ocurre? ¡No os puedo dejar solas! —exclamó Antíope a su regreso, no tardó mucho, entrando en la cueva y arrastrando tras de sí un pequeño corzo.

La bestia alzó la cabeza con un gruñido y se acercó a lamer el animal muerto.

Antíope agarró los restos humanos devorados de la guerrera y los lanzó lejos, por una pequeña abertura que daba al vacío.

—Ahora te doy tu parte, nervioso. ¡Pero no me traigas más gente aquí! —exclamó.

Los restos cayeron sobre otros despojos de diferentes animales devorados por la bestia: uros, ciervos, gacelas, macacos y hombres.

Menalipa e Hipólita la miraban sorprendidas.

Antíope se giró molesta.

—¿Qué? No me gusta que traiga restos humanos a la cueva.

Sin más, se puso a descuartizar el corzo y a prepararlo para asarlo. El dientes de sable se dio un buen festín con los restos de la matanza. Sentadas en la hoguera, mientras cenaban, cada una contó su historia desde la trágica noche en que Armonía fue muerta y ellas, separadas. Cómo Argan había cuidado de Menalipa y había sido asesinado, cómo habían sido engañadas Menalipa e Hipólita por la reina Treita y cómo se había hecho Hipólita reina de Gadeira.

Cuando las dos hermanas terminaron de narrar sus andanzas, entre risas y muecas, al calor de la hoguera, quedaron calladas. Entonces miraron a Antíope, que seguía royendo un hueso; agarró una gruesa piedra y lo aplastó de un golpe buscando afanosamente el tuétano.

—¡Cuéntanos! —exclamó Hipólita.

Antíope dirigió su mirada a la bestia que, con la barriga llena, lamía entre gruñidos su garra delantera, a la cual le faltaba una de sus poderosas y retráctiles uñas.

—Aquella noche, cuando caí, quedé conmocionada. Apenas veía la leve luz de las teas de los lanceros en la cima. Oía voces lejanas. No me atreví a contestar, pues me percaté de la presencia de un oso. No lo veía, pero sabía que estaba ahí. Enseguida me olfateó —dijo Antíope levantándose e imitando la figura y andares del animal, alzando su cara y olisqueando al aire.

Sus hermanas se divertían con los gestos mientras la bestia miraba algo desconcertada.

—Me buscó en la oscuridad y se abalanzó sobre mí con sus enormes garras y abriendo su gran boca —exclamó saltando sobre Menalipa.

—¡Aaaah! —se sobresaltó esta—. ¡Eres estúpida!

—Entonces apareció Therio —añadió Antíope, soltando a su hermana.

Las tres miraron a la bestia.

—¿Recordáis lo pequeñito que era? —preguntó cariñosamente Menalipa.

—Sí, parecía era una bola de pelo, bastante pestosa y con mal carácter —apuntó Hipólita.

Las hermanas rieron y se miraron con la satisfacción que da estar entre los tuyos.

—Rasgó con sus poderosas garras la cara del oso —prosiguió Antíope—. Pero este se obstinaba en mi carne y me hirió en un brazo de un zarpazo. Yo no sabía si tenía algo roto o no. Therio se abalanzó sobre mí y con un bocado, pillándome por la cintura, me sacó de la cueva dejando atrás al oso… hambriento, tuerto y furioso.

Antíope observó a la bestia, la cual rechinó sus impresionantes molares carniceros.

—No sé qué hubiera sido mejor, que me dejara de las fauces de aquel feo oso o todos los golpes y arañazos que recibí en la maleza mientras corría conmigo en su bocaza. Además, tiemblo cada vez que pienso en la presión de sus dientes sobre mi cintura. Creía que en cualquier salto me partiría en dos. ¡Bruto! —dijo tirando un hueso a la cabeza del enorme felino.

La bestia lanzó un ronco gruñido. Luego olisqueó el hueso, lo lamió y reclinó la cabeza en el suelo, para comenzar a dormitar.

—Therio me puso a salvo en esta cueva y marchó de inmediato. Sabía que ningún oso, ni ningún devorador de hombres se acercaría hasta ella. Tampoco el hombre salvaje y menos los hombres sabios. No volvió en varios días.

Antíope calló, bajó la cabeza y cambió su tono alegre por una triste mueca.

—Regresó una mañana temprano con el cuerpo sin vida de nuestra amada madre en sus fauces. Creí morir. Lo dejó junto a mí, como pensando que mi calor la recuperaría.

Menalipa se acercó conmovida a Therio y acarició su lomo. La bestia profirió un pequeño eructo. La joven hizo cara de circunstancia, se sentó junto a él apoyando la espalda en el lomo del animal y continuó escuchando el relato de su hermana.

—Therio sabía que cuanto pasaba aquella noche en el bosque no era normal, ni buena cosa. Tras salvar mi vida, creo que fue a buscarla, pero llegó tarde. Debió estar guardando su cuerpo de los carroñeros hasta que la trajo junto a mí. No pude dar sepultura a nuestra amada madre hasta el día siguiente, pues se posó sobre su cuerpo y no se despegó para nada —continuó Antíope.

Menalipa e Hipólita quedaron acongojadas y en silencio. Sus rostros, antes alegres, reflejaban ahora la tristeza del que siente su corazón golpeado con dureza. La pena de aquel día y el dolor de la muerte de Armonía lo sentían tan cercano, tan dentro de ellas…

—Algo recuperada de mi angustia, fui a pasear. Therio salió de inmediato junto a mí y nos fuimos a cazar. ¡Y cazamos un uro! —exclamó Antíope.

—¿Un uro? —preguntó Menalipa.

—Bueno, lo cazó él para mí. Cuando regresamos a la caverna trasladé el cuerpo de nuestra madre hasta el claro del bosque donde agarra el viejo roble y la enterré allí mismo. A menudo pasamos por el lugar y nos sentamos a su sombra. No sé. ¡La echo tanto de menos!

En la cueva se hizo un largo silencio de nostalgia y amor.

—¡Y eso es todo! Aquí he estado cuidándome para lo que viniera y matando a todo aquel que se adentraba en nuestro bosque. ¡Hasta que dejé vivo a uno y me contó que mi hermana Hipólita era reina de Gadeira! —finalizó su relato Antíope.

La noche se cerró sobre el Bosque Maldito, acompañada de los aullidos del lobo y el fantasmagórico ulular de la lechuza. Menalipa y Antíope cayeron vencidas. Hipólita pensó en regresar a Gadeira, pues su ausencia en palacio no pasaría desapercibida.

—Os dejo, nos veremos pronto. No quiero que el bosque se llene de soldados en mi búsqueda —aseguró.

—¿Aún estás aquí? Vete ya. ¡No nos dejas dormir! —exclamó Antíope.

Hipólita alzó su ceja derecha y con una sonrisa, salió de la cueva para saltar sobre Zaino.

En el palacio de Gadeira amaneció muy temprano, conforme la reina llegó a sus aposentos.

—¡Es increíble! ¡Mis hermanas están vivas!—se mostraba eufórica, tras contar lo acontecido a su joven comandante, al que poco a poco se sentía más unida. Necesitaba compartir su felicidad y solo le tenía a él.

Gadir la escuchaba, observando por primera vez cómo, con esa sonrisa en la cara que la hacía tan bella, le abría su corazón; y tardó unos segundos en reaccionar.

—No sé qué decir mi reina. Pero me hace muy feliz veros así.

Hipólita le observó tratando de analizar aquellas palabras y cambió su gesto amable.

—Dime ¿qué novedades tienes para mí? —preguntó imponiendo su autoridad.

—Epolis vino de nuevo a visitarme, lo hizo antes de partir y ahora a mi regreso. En Atlas se hallan inquietos ante un posible ataque. Las malas lenguas en ello insisten.

—¿A Atlas?

—Sí, bien nos temen. Por otra parte, temo por la seguridad de mi reina si sigue saliendo de palacio a solas, puede ser peligroso. Las patrullas han avistado grupos de guerreros desconocidos.

—Son exploradores de una fuerza superior y no, seguro que no vienen a coronarme —murmuró Hipólita haciéndose eco, con agrado, de la preocupación de Gadir por ella.

—Es más, desde uno de los controles a la muralla de Atlas se ha constatado que al menos un grupos de esos guerreros ha tenido contacto con gentes de la propia acrópolis —continuó el joven general—. Eso no es todo y es de preocupar, mi reina. Entre los enemigos que han tenido contactos con gentes de Atlas se hallaban dos que, por sus vestimentas de bronce y yelmos de colmillos de jabalí, no pueden ser más que aqueos.

Hipólita dio dos vueltas en su aposento, pensando en la nueva que nada bueno anunciaba. ¡Aqueos! Los aqueos tenían fama de grandes guerreros, de grandes conquistadores.

—Gadir, haz que regresen las patrullas que anden alejadas de la polis. Que permanezcan en guardia solo las más cercanas. Que no se dejen ver, que observen con discreción.

—Como ordenes, pero…

—Asegúrate de que nuestro ejército permanezca acuartelado en el campamento de Tarss, ocultos entre las marismas y el interior del bosque, fuera de ojos indiscretos. Que no quede rastro que pueda llevar al enemigo a conocer nuestra fuerza. Dobla la guardia y avisa al rey Azaes, por si quisiera proteger a su familia en palacio. Se acercan fuertes vientos que nada bueno traen. Marcha pues, con premura. Me temo que será necesario dar buenos pasos antes de la batalla.

—Así se hará, mi reina —contestó Gadir y se alejó pensando en ¿la batalla?

Hipólita se sentó junto al arco de piedra que abría la terraza del palacio. Una suave brisa le acarició la cara meciendo sus cabellos, el sueño la alcanzaba. Se levantó y tomó la espada de oricalco que un día le regalara Treita como ofrenda de paz y pasó su mano por el filo. Se sintió cansada y volvió a sentarse, quedando dormida con el melódico canto de los ruiseñores.

Al día siguiente, en Atlas, un mensajero de Gadeira llegaba hasta la reina Treita.

—Mi señora os bendice en este día y manda seas invitada a palacio. Desea hablar de futuro, de comercio y oro. Más bien si pudiera ser hoy mismo, impaciente está.

Pletórica, Treita sonrió.

—Confirmadle que esta misma tarde acudiré a su amable llamada. También es mi deseo verla y debatir amistosamente.

Apenas hubieron comido, con ganas y premura, Treita y su esposo, el rey Méstor, se dirigían confiados hacia Gaderia con una pequeña guardia de diez lanceros.

—Con el apoyo y reconocimiento de Hipólita. ¡Por fin Atlas es mía! Nadie se atreverá a discutir mi derecho a la Corona y nuestro primogénito será el heredero —aseguró Treita.

—Nuestra suerte avanza, bendigamos este día a los dioses, buenos sacrificios he de hacer a nuestro regreso. ¡No paro de organizar cambios para la nueva era que se avecina!

Hipólita les vio llegar desde sus aposentos.

En ese momento, un mensajero, acompañado de Gadir, le traía noticias del rey Azaes.

—Mi reina, mi señor le manda un cuenco de sabroso requesón y otro de rica miel como presente y os da las gracias por tan grata oferta. A la vez, os hace saber que permanecerá a cubierto con su gente, a la que no puede abandonar por fuerte que sea el temporal.

Hipólita probó con un dedo la miel mientras veía cómo Treita y Méstor subían confiados por las escaleras del exterior, que les conducía hasta la sala de juntas de palacio y, mirando el cuenco, saboreó su contenido. Lo dejó en manos del mensajero, lo despacho amablemente y se dirigió a la sala de juntas y avanzó directa hacia Treita.

—Mi querida Hipólita… ¡Cuánto honor!

Un brillo rojizo, que asustó a Treita, destacó en los hermosos ojos azules de Hipólita.

Sin mediar palabra, la joven reina hundió sus dedos índice y corazón, con un golpe rápido, en las órbitas oculares de Treita, giró la muñeca y los sacó con fuerza arrancándole los ojos.

—¡Hasta aquí ha llegado tu veneno! —sentenció Hipólita y lanzó los ojos por el ventanal. Luego desenvainó la espada de oricalco, regalo de la propia Treita, que no paraba de gritar.

Méstor se quedó mudo, horrorizado.

—Yo, yo —murmuró al comprender que Hipólita debía de haber descubierto algo. Y tragó saliva cuando vio aparecer a Menalipa acompañada por Gadir y la guardia. Cerró los ojos y agachó la cabeza—. Yo intenté detenerla. Pero no pude… Me hubiera matado.

Hipólita ni tan siquiera había reparado en él, blandió la espada y se la ofreció a Menalipa, quien convencida de que iba a encerrarlos o desterrarlos, se hallaba descompuesta ante la tremenda acción de su hermana.

Treita cayó de rodillas sin ver, entre lamentos y chillidos, mientras la sangre brotaba por las cuencas vacías de sus ojos. Hipólita insistió a su hermana en brindarle la espada.

—No puedo, yo no puedo —dijo una angustiada Menalipa.

Hipólita miró a su hermana y de nuevo a Treita. De un certero golpe de espada, le separó la cabeza del resto del cuerpo. Después, miró a Méstor. Sus vestimentas de finos adornos de argéntea y oro estaban humedecidas, el suelo mojado y le acompañaba un desagradable hedor. Se le acercó y pasó el brazo por el hombro, acercándolo hasta el ventanal.

—Pareces mareado, no desfallezca, respira aire fresco, lo necesitas —le susurró.

—No, yo no… —sollozaba Méstor.

De un fuerte empujón, Hipólita lo lanzó al vacío. Acto seguido se volvió y dio un fuerte golpe con la espada en uno de los cantos de la pared de piedra. Y se partió. Hipólita agarró los fragmentos y los arrojó sobre el cuerpo de Treita, que inundaba el suelo con su sangre.

—Se terminó la audiencia. ¿Estás bien? —preguntó Hipólita a su hermana.

—Sí, bueno, no —le respondió con voz temblorosa. No reconocía a su hermana que parecía haberse transformado, durante su calvario con Autóctono, en una persona sin escrúpulos.

—¡Traedme al capitán de la guardia de esta víbora! —exclamó Hipólita.

Nervioso, sintiéndose acorralado y muerto tras ver caer a Méstor desde el ventanal, el capitán de la guardia de Treita se postró a sus pies.

—Tranquiliza tus mientes, pues no tienes nada que temer —dijo Hipólita—. Recoge los restos de tus reyes y sácalos de mi hogar antes de que los mande esparcir como comida de perros que son. Y mando le hagas llegar el siguiente mensaje a los sabios de la acrópolis, que cobardemente se ocultan con sus mentiras y veneno tras las murallas de Atlas: que armen sus columnas y preparen sus defensas, pues muy pronto necesitarán de ellas.

CAPITULO 19· LA ALDEA DEL BOSQUE HÚMEDO

Tras remontar el río Evros en su regreso hacia Atlanta, el príncipe Évenor, el rey Cronos y el viejo Thesitas alcanzaron el poblado de Gomalova. Las casas de madera desprendían humo por las chimeneas y varios niños jugaban entre ocas y pequeños cabras. Sus gentes salieron a recibirles y pronto una gran fiesta recorrió la aldea. Allí se encontraron de nuevo con los que se quedaron ayudando tras la tragedia y también, a los que les acompañaron hasta Tríbada.

—La guerrera de rubios cabellos nos dijo que habíais salido en dirección a Occidente, hacía ya días, así que partimos. Aunque algunos de los nuestros decidieron quedarse trabajando la tierra al amparo de esas intrépidas mujeres —le informó a Cronos uno de sus hombres de confianza.

Évenor le miró sin poder dejar de pensar en Ainia, sin duda la "guerrera de rubios cabellos". Entonces unos gritos llenaron su corazón de alegría.

—¡Papá! —gritaba la niña de sonrojados mofletes, mientras corría hacia él. No resultaba extraño, pues su padre vencido en Artos tenía rasgos parecidos al del príncipe. Más ahora, con su larga melena y la cara barbilampiña. Para la pequeña le resultó más fácil suplantar su identidad que aceptar la muerte de su padre.

Évenor descabalgó y se agachó para recibirla, alzándola mientras la niña le abrazaba. La pequeña le tomó de la mano y señaló con insistencia un pequeño almacén de paja, obligándole a acercarse hasta allí.

—¡Mira! ¡Mira!

Ante la sorpresa del príncipe, en su interior se encontraba, posada en un gran tronco y atada su pata con correas de cuero, aquella impresionante águila de lomos blancos.

—Tras varios días de volar sobre nuestras cabezas, descendió y se posó cerca del asado —dijo un hombre mayor, de piel curtida y ojos profundos, entrando en el pajar.

—¿Quién sois? No os reconozco.

—Oh, perdón, mi señor. Me liberasteis de los salvajes. Soy de Artos, mi nombre es Aurelio y mi fascinación son estas hermosas aves de presa.

Évenor se acercó a la rapaz, que fijó los ojos en él, como si lo reconociera. Estirando el cuello, encrestó las plumas y lanzó un agudo chillido a la par que extendía las alas. Aurelio le mostró al príncipe un guante largo de cuero y una masa de carne de cierva como cebo.

—¿Has trabajado con águilas? —preguntó Évenor mientras se enfundaba el guante.

—Oh, no, qué más quisiera. Tan solo tuve la oportunidad de cazar con halcón. Una rapaz como esta es algo muy grande.

El príncipe salió fuera del pajar.

Aurelio liberó la poderosa ave.

Évenor, colocando a la pequeña a su lado, alzó el puño en alto con el cebo. La rapaz dio dos vueltas en el aire y descendió, para posarse en su brazo buscando en la mano un premio que tragar. La niña miraba con entusiasmo, venciendo sus miedos.

En la humilde aldea descansaron unos días. Évenor pasó mucho tiempo con el hombre que sabía de águilas, con la imponente rapaz de lomos blancos a la que llamó Imperia y con la niña que siempre le llamaba papá. Disfrutó mucho cuidando de la pequeña, soportando sus incansables juegos, hasta el punto que le hizo olvidar todas sus penas.

Los soldados de Atlas que quedaron habían emprendido una nueva vida en la aldea. Algunos de ellos incluso esperaban familia y no deseaban regresar. El resto se mostraban reacios y alguno insinuó la posibilidad de volver a Tríbada. Los días pasaban agradablemente entre salidas al bosque, cacerías y cortando maderas para las casas y graneros. Todo parecía en paz. Pero una mañana, tras liberar a la rapaz y viendo como surcaba el aire, Évenor recibió un traidor golpe en la cabeza. Cayó a plomo a la vez que sentía la sangre resbalar por el cuello. Girándose, pudo ver cómo alzaba una gran porra uno de los hombres de Treita que intentaron acabar con él, de los dos que lograron huir de las flechas de Ainia. Otro le apremiaba, mientras vigilaba. Habían llegado en la noche y aguardado su momento para acabar con el príncipe.

Aquel hombre, apretando los dientes y con los ojos hendidos de furia, lanzó hacia atrás la gran porra para acabar de un golpe fatal con Évenor, el cual, consciente de lo que pasaba, pero mareado y sin fuerzas, alargaba sus brazos tratando de parar instintivamente el golpe.

La silueta del águila cruzó veloz por sus retinas.

Con un impacto brutal, las garras de Imperia se cerraron con fuerza en el cuello de aquel guerrero segándole la aorta. Y hundiendo una de sus aceradas uñas en la base del cráneo, ahondó en el cerebro, acabando con su vida en pocos segundos. El malicioso vigía salió corriendo al ver la terrible escena. Évenor se alzó y, lanzando con fuerza su espada, le atravesó la espalda. Ante las voces del príncipe, aparecieron Cronos y varios hombres para socorrerle.

Limpiando la sangre de su pecho, Évenor se pasó la mano por la cabeza notando la brecha que manchaba su cara.

—Debemos marchar, no podemos seguir aquí —dijo dirigiéndose a Cronos—. ¡Algo debe haber ocurrido en Atlas para que busquen así mi muerte!

—Mañana partiremos sin falta, antes debemos cuidar y vendar esa herida. Avisaré al viejo Thesitas para que prepare nuestra partida —contestó Cronos.

—¡No! ¡Hoy mismo!

—Pero nuestros hombres…

—¡Marcharemos solos! ¿Acaso no ves que no desean volver? Han cumplido con creces. Libérales pues de sus obligaciones de guerra. Que se queden en paz, pues ya no son soldados sino hombres de familia con una tierra para labrar y un pueblo al que amar.

Évenor recogió su arma sacándola del cuerpo sin vida de aquel hombre y extendió su brazo al aire para que Imperia se posara sobre él.

—Me has salvado la vida, aunque seguramente no lo sabes. ¿O sí? Desde ahora serás mi estandarte de guerra, pues no conocí animal tan majestuoso, leal y marcial como lo eres tú.

El águila pareció prestarle atención por un momento. Acto seguido hurgó con su pico entre los dedos del guante para ver si hallaba algo de carne que tragar.

—Vuela, busca tu libertad. ¡No naciste para ser lacaya, sino reina! —exclamó Évenor y la lanzó al aire.

Imperia voló alto, muy alto, hasta desaparecer de la vista del príncipe.

Iniciada la marcha, la noche cayó rápidamente, dando color a una renovada luna. Évenor, cabalgaba acariciando la negra melena de la pequeña, la cual cargaba en la grupa, entre sus brazos. Ella se le abrazaba como quien no suelta jamás, entre pequeños bostezos y una mirada inocente. El príncipe se había visto incapaz de abandonarla sin padres ni familia.

Pasados unos días, Cronos y Thesitas descubrieron a una joven que cargaba con dos cuencos de agua cerca de un pequeño arroyo. Apenas podía con ellos y Thesitas decidió ayudar. En su camino hacía la Península, el viejo explorador les había conducido por caminos distantes a las rutas de Ática. Temía que las heridas de las guerras de antaño no hubieran cicatrizado y

posiblemente, habría puesto en peligro sus vidas de saberse quiénes eran. Así se habían internado más de lo esperado hacia el norte, en los parajes de altas montañas, bosques sin fin y frondosos valles. Y llegaron hasta aquella hermosa joven de piel blanca como la nieve y sedosos cabellos negros que cubrían sus hombros llegando hasta la cintura.

Ella les recibió con sorpresa y una agradable sonrisa.

—¡Permite que te ayudemos en tan pesada labor! —exclamó Thesitas, descabalgando.

La joven dio un paso atrás y les miró con cierta desconfianza.

—No temas, somos gente de bien y vamos de camino a nuestro lejano hogar. Nada has de temer —aseguró Cronos de forma tranquilizadora.

Thesitas cargó los cuencos de agua y le guiñó un ojo a la muchacha.

Ella le miró con gratitud, agachando la cabeza, y levantó los ojos de forma tímida.

—Soy Drakia. Mi aldea no está lejos. Si queréis, allí podréis calmar el hambre del día y descansar la fatiga de la jornada.

Cargados los cuencos en el caballo de Thesitas, la joven cabalgó con Cronos. Évenor aceptó aquella amable invitación y pronto, emprendieron la marcha hacia el interior del bosque adentrándose hacia las vertientes norteñas, hasta llegar a una aldea escondida. Pequeñas y redondas cabañas hechas de madera y arcilla desvelaban su condición nómada. Sus vestimentas eran un mosaico de prendas vistas en diversos lares: igual gruesa lana que suave algodón, lino fuerte o cáñamo de Oriente. Sus adornos lo mismo, parecían venidos de muchos sitios diferentes. Évenor pensó que esta gente debía viajar mucho y que sería interesante escuchar sus dichos.

Los aldeanos, de baja estatura, corto cabello y algo rechonchos, enseguida rodearon a los invitados de Drakia. Tocaban sus caballos, sus carnes y sonreían sin parar, sobre todo los niños, como si su llegada se tratara de un gran acontecimiento. Les atendieron con presteza y sencillez. Hablaban varias lenguas desconocidas, pero la sonrisa, la exclamación y la sorpresa son gestos universales y fácilmente reconocibles. Y aunque solo la joven y algunos adultos comprendían bien sus palabras, todos parecían entender. Tras ser abrevados, los caballos fueron atados en un pequeño arbusto junto a una cabaña en la que les acomodaron para pasar la noche. La sólida construcción era amplia, estaba cubierta y disponía de lechos de heno y una pequeña ventana.

Una gran hoguera se hallaba en el centro de la aldea. Sobre ella, una larga y plana piedra hacía las veces de asador para las numerosas verduras que la cubrían. Un plato de barro con fino tomillo, hierbabuena, laurel y salsa de espárragos mantenía caliente las tiras de carne asada. Allí se sentaron a reponer fuerzas y junto a ellos, algunos de los amables hombres de la aldea y Drakia, que hacía las veces de traductora y reía las gracias de todos.

Cansados como estaban, pronto dirían de ir a dormir.

Si bien las gentiles gentes les ofrecían más carne y vegetales para saciarse.

—Y tú, ¿no comes? —preguntó Thesitas ofreciéndole un trozo de sabrosa carne a Drakia.

—No. Ahora sacia tu hambre y descansa. Para nosotros es pronto, hasta la media noche no saciaremos nuestro apetito.

—Bien, es tarde, debemos dormir, mañana seguiremos nuestro camino —dijo Évenor.

Con un gesto de amistad y sinceridad, se despidieron para ir a descansar y marcharon hasta la cabaña con la niña. Thesitas se retrasó, pues se había quedado en la hoguera para recoger un poco de carne y saciar el hambre que todavía arrastraba.

Mientras Thesitas buscaba algo más que tragar y Évenor guardaba las armas, Cronos acomodó a la pequeña en el lecho, la arropó con la capa y se dispuso a descansar a su lado.

—¡Qué delicia de carne! —exclamó alabando la sabrosa cena—. ¿Qué sería? ¿Quizá un ave o algún puerco? ¡Thesitas ha ido a por más!

—Sí, estaba rica —sonrió la niña.

Fuera, Thesitas tomó un trozo de carne sobrante que se mantenía caliente sobre la piedra. Entre las cenizas de tierra, unos huesos llamaron su atención y sopló sobre el polvo oscuro.

—¿Qué es esto? —se preguntó escarbando. Su cara quedó perpleja, con la boca abierta cayendo lo que masticaba y los ojos abiertos hasta lo imposible—. ¡Son restos de una mano!

Aquellos dedos quemados y agarrotados encogieron su corazón. En ese momento, una sombra tapó la luz de la luna y girándose, apenas pudo ver el destello del hacha que partió su cuello, llevándose su vida conforme un golpe de sangre manchaba la piedra caliente.

La puerta de la cabaña donde estaban Évenor, Cronos y la pequeña se cerró de golpe y un seco sonido de puntales aseguró su encierro.

—¿Qué ocurre, papá? —preguntó la pequeña muy asustada.

Sin respuesta, Évenor y Cronos se miraron con preocupación y corrieron a la puerta.

Junto a la hoguera, Drakia limpiaba la sangre de su rostro. Al lado de la joven, los gentiles hombres se hicieron con el cuerpo de Thesitas; lo desnudaron, lo lavaron, lo embadurnaron de grasa y lo depositaron sobre la piedra caliente. Abrieron su vientre con un enorme cuchillo, le arrancaron las entrañas, crujieron sus huesos con un mazo y lo desmembraron con grandes cortes por los que manaba la sangre, hirviendo rápido al contacto sobre la piedra de fuego. Una anciana se acercó con un cuenco de caldo y un cazo de madera, y empezó a rellenar el cadáver, cada corte y su vientre vaciado, con laurel, tomillo y salsa de espárragos. Luego tomó un hacha y de un tajo seccionó la cabeza de Thesitas. Después comenzó a golpear el cráneo asido de su mano, abriendo alrededor de la frente; extrajo el cerebro y lo cortó en rebanadas que colocó sobre un plato hondo de barro, vertió agua de hierbas y lo dejó cocer.

—¿Qué está pasando? —se preguntó Cronos al escuchar la creciente algarabía.

Intentaron abrir la puerta, pero fue imposible. Estaban presos.

—¡La ventana! —exclamó Cronos.

Apretando sus cabezas, pudieron ver con horror lo que acontecía en la hoguera, donde el cuerpo sin vida de Thesitas era descuartizado, su carne separada con cuidado de cada hueso y lanzada sobre la piedra caliente.

—¡Son inhumanos! ¡Aquellos que devoran a los hombres! —exclamó Cronos.

Évenor, angustiado, puso la mano en su boca dando aracadas. Cronos cayó de rodillas y vomitó. La pequeña quedó muy asustada al verlos descompuestos y empezó a llorar.

—¡Tenemos que salir de aquí! —exclamó el príncipe golpeando con fuerza la puerta.

Un intenso aroma a carne asada y hierbas aromáticas envolvía el lugar. Los niños eran premiados con trozos de hígado. Los cortes cocidos de cerebro se los ofreció el jefe de la aldea a Drakia por haberles proveído de tan suculento manjar. La hoguera se hallaba rodeada de nuevo, muchos estaban allí, comiendo. Pero esta vez solo había un invitado a la cena.

El tiempo pasó, la noche se fue cerrando y el fuego de la hoguera declinó tanto como los comensales a su vera. Évenor recogía en sus brazos a la pequeña, mientras Cronos daba golpes con el puño en la pared. No había quitado ojo de la ventana en todo el tiempo.

—Los caballos no están lejos. Nos confiamos demasiado —se lamentó Cronos.

—¿Quién iba a sospechar? ¿Qué hacen? —preguntó Évenor.

—Han cocido los huesos, los han astillado con piedras y se están comiendo el tuétano. No han dejado rastro del pobre Thesitas. ¡Es horrible! Ya casi no queda nadie ahí fuera. Ahora solo veo a Drakia. ¡Maldita embaucadora! Está limpiando la piedra… Al menos parece que no vendrán a buscarnos esta noche, para comernos como si fuéramos reses.

—No hables así. La estás asustando —le recriminó Évenor, mientras acurrucaba en sus brazos a la pequeña, la cual mantenía sus ojos abiertos como platos.

—¡La niña! ¡Es pequeña! ¡Ella puede salir por la ventana! —exclamó Cronos.

—¿Qué pretendes? ¿Salir ella? ¡Es una locura! —preguntó Évenor.

—Ya sé que es una locura. Pero no hay otra opción si no queremos ser devorados.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó la pequeña, tartamudeando.

—Escúchame atentamente: vas a salir ahí fuera, solita. Sabemos que eres muy valiente —le dijo Cronos acariciando su cara con ambas manos

—No puedo permitir que arriesgues su vida —replicó Évenor.

—Si no sale antes de que amanezca, ella no tendrá vida ni nosotros.

—Lo haré, sí. No tengo miedo, papá —dijo la pequeña consciente de lo que ocurría.

La noche avanzó, el sueño plácido envolvía la aldea.

Évenor alzó a la pequeña y la besó en la frente.

—¿Sabes lo que tienes que hacer?

Ella asintió con un gesto rápido.

Alzada al aire, la niña asomó sus pies por la ventana, dejándose caer mientras era sujetada de las manos por Évenor. Al final, el príncipe solo veía sus pequeños dedos sujetos a los suyos.

—Tienes que soltarla —susurró Cronos.

—La caída es alta —apuntó Évenor.

Cronos le miró y puso la mano en su hombro.

—Es muy valiente, lo conseguirá.

Évenor la soltó, la pequeña cayó y se escuchó un pequeño golpe, un lamento y el silencio.

Empezó a pasar el tiempo y no había noticias de la pequeña, ni alcanzaban a verla a través de la ventana. La incertidumbre se apoderaba de ellos y el nerviosismo empezó a hacer mella. El silencio los consumía y la angustia aumentaba conforme uno de aquellos hombres apareció junto a la hoguera. Aquel aldeano regordete miró hacia el encierro y se acercó lentamente, alzando su brazo con un hacha destellando a la luz de la luna. En la puerta, para su sorpresa, la pequeña jugaba sentada y meneando los brazos al aire, a la derecha, a la izquierda y viceversa. Se levantó y le enseñó sus manos, que contenían varios quilates de oro.

—He salido por la ventana a jugar. Pero ahora no puedo entrar —dijo ella sonriendo.

—¿De dónde sacaste eso? —preguntó el hombre, bajando su hacha, y agarró los quilates.

—Ahí adentro, de mi papá. Mira, tengo más.

El hombre se acercó a la puerta y se asomó por una pequeña mirilla. En el interior de la cabaña, tumbados, los cautivos parecían dormir profundamente. Y en el suelo, muy cerca de la puerta, relucía un saquillo del que sobresalían destellos de oro que atrajeron de inmediato su curiosidad y ambición. Miró a los lados y se vio solo, volvió a comprobar si los cautivos dormían, empujó a la niña a un lado, mientras le hacía un gesto de silencio con su dedo índice en la boca, y retiró los postes que anclaban la puerta. Entró y extendió su mano hacia el saquillo de oro.

Un sonido sordo lo dejó pertrecho y la sangre recorrió su frente oscureciéndole la vista.

Cronos, golpeándole con una gran piedra, le había hundido el cráneo.

—¡Rápido, tenemos que huir de inmediato!

El relinchar de los inquietos caballos, al acercarse apresuradamente Évenor, Cronos y la pequeña, despertó a Drakia, que tenía su cabaña cerca del encierro. Salió alertada, con un hacha en la mano, y al ver a los fugitivos dio la voz de alarma.

El príncipe subió a la pequeña a un caballo, mientras miraba a Drakia con desespero. Cronos cabalgó sobre el suyo y comenzó la huida tirando de la niña, mientras algunos hombres salían de sus cabañas gritando con sus hachas. Évenor se mantuvo en pie luchando contra los primeros que se acercaron, esquivando golpes y saltando rápido de un lado a otro.

Corrió a montar cuando Drakia se interpuso en su camino alzando el hacha.

—Maldita comegentes, ¿cómo puedes? —preguntó Évenor templando su espada.

—Tú matas por poder, nosotros solo para comer —respondió la joven y alzó el hacha.

Évenor se giró rápidamente, cortando con su espada el cuello de un hombre que se le echaba encima por detrás. Y volviendo la vista, detuvo el golpe del hacha de Drakia, cruzó con fuerza su brazo, y sesgó la cintura de aquella jovencita de grácil sonrisa y hambre voraz.

Los inhumanos llegaban corriendo, armados y eran muchos. Évenor saltó sobre su caballo y viéndose rodeado, se lanzó a través de la hoguera. Saltando por encima de la ardiente piedra, altar de tantos sacrificios, consiguió huir de la macabra aldea.

Pasada la tormenta, Évenor, Cronos y la niña avanzaron en silencio toda la noche, sin pronunciar palabra, sin saber con certeza hacia donde dirigían su trote. Su único afán era poner tierra de por medio entre ellos y los inhumanos que habían devorado a Thesitas, los cuales, desconsolados por la huída de los cautivos, lamentaban su suerte y lloraban a sus muertos. El jefe de la aldea acariciaba el rostro sin vida de Drakia, mientras era desnudada y su cuerpo lavado con suaves telas y agua de tomillo…

CAPÍTULO 20· LA VIEJA EUROPA

Évenor, Cronos y a la niña de mofletes rosados cruzaron los montes de Alp que abrían el paso hacia Occidente, dejando atrás a los voraces inhumanos, y alcanzaron las tierras cercanas al mar, en la Camarga. Cabalgaron por la orilla de un ancho río que descendía suave desde las cumbres, rodeados de humedales y miles de flamencos que se alzaban a su paso formando hermosas nubes rosadas. A pocas jornadas quedaban las Montañas Sagradas de Pyrene. Maravillados por el impresionante paisaje que se extendía ante ellos, cruzaron por un puente de troncos que, asido con maromas y clavos de bronce, permitía el paso por un recodo estrecho.

—No sabía que hubiera un puente tan seguro en este lugar —dijo Évenor.

—Son hombres sabios sin duda quienes lo han alzado —aseguró Cronos mirando la construcción con interés—. Se aprecian notables muescas de carros y caballerías. Sea como fuere, nos viene bien para adelantar. No tendremos que llegar hasta el mar para vadear el río.

—Me temo que más nos hubiera valido vadear el río que cruzar el puente, pues quien fuera no lo alzó para honrar nuestro paso —apuntó Évenor.

Llegaron a una loma cubierta de matorral, donde su cabalgar tocó fin. Ante su asombro, en aquel extenso valle rodeado de bosques, acampaba un ejército como nunca habían visto. Miles de soldados aqueos afilaban sus armas preparándose para dar batalla. Junto a ellos, numerosos carros de guerra y una caballería sin igual se extendía pastando entre los pantanosos prados.

—¿Cómo no hallamos este grandioso ejército al pasar? —preguntó Évenor.

—Solo cabe pensar que, sin saber del puente, nuestro paso por la Camarga, cerca de las costas marinas, nos impidió ver semejante tropa —apuntó Cronos.

—Tu padre tiene razón. No vienen a saquear las riquezas de Atlanta que queden a su alcance. ¡Lo quieren todo! Vamos, tenemos que marchar de inmediato. Los hijos de Zeus buscan venganza y colmar sus ansias de gloria —apuntó Cronos.

Una comitiva llegó al impresionante campamento, acompañada de cientos de guerreras a caballo y variopintos grupos de mercenarios, su mayoría escitas. Évenor se fijó en el comandante que abría el paso, cabalgaba sin yelmo y su rostro resultaba visible.

—Mirina —murmuró.

La reina de Tríbada, guerrera altiva como una diosa, se dirigió a una majestuosa tienda en el centro del campamento, acompañada por su guardia personal de siete guerreras que vestían cueros negros, como sus monturas. Évenor nunca había imaginado que existiera tal amenaza más allá de las Montañas Sagradas de Pyrene ni en ningún otro lugar.

—Ignorar lo desconocido es peligroso —aseguró Évenor.

—Los aqueos se han aliado con Mirina. Pero ¿qué busca esa mujer en nuestra tierra? —preguntó Cronos.

—La sangre de las hijas de Armonía y oro con el que alzar un reino poderoso —respondió Évenor observando las cabelleras que colgaban de las lanzas de los guerreros de Mirina.

—Los soldados se concentran en formaciones de ataque y los carros están cargados de provisiones. Con la llegada de Mirina, pronto marcharán sobre Atlanta.

—Tenemos que dar la voz de alarma y prepararnos para la batalla.

Con premura, cabalgaron de nuevo, pensando en cruzar el paso de las Montañas Sagradas de Pyrene. Pero las patrullas aqueas vigilaban los caminos de acceso por la costa y la montaña. Finalmente, tomaron las rutas de Occidente para evitar ser descubiertos, dando un largo rodeo que les llevó de nuevo hacia las tierras del norte.

—Creo que nos hemos perdido —titubeó Cronos mientras se internaban en un tenebroso pantano salpicado de grandes árboles y abundante vegetación palustre.

La noche les envolvió sin hallar tierra seca donde descansar. El espesor del bosque se hacía patente conforme avanzaban y el cielo quedó oculto por un impresionante dosel. Su trote se hundía cada vez más en la tierra ahogada por el agua que la inundaba. El susurro del viento y de las ramas les mantenía alerta. Pronto se sintieron vigilados y prendieron una tea.

Vagas sombras se entreveían ir y venir en el bosque. Al momento, frente a ellos, dos grandes guerreros, altos, de largos cabellos rubios y barbas prominentes les detuvieron saliendo al descubierto armados con enormes hachas. Pronto surgieron más y les rodearon en aquel terreno pantanoso que ya alcanzaba hasta el corvejón de los caballos.

—No parecen hombres salvajes. Pero deben serlo, pues no son aqueos ni guerreras de Mirina —susurró Évenor.

—¿Quizás inhumanos? —preguntó Cronos sacando lentamente su espada.

Los desconocidos se acercaron deslizando sus armas en círculo. Les hablaron. Pero ninguno entendió sus palabras. Uno se acercó bajando el hacha y les hizo unos gestos claros.

—Quieren que descabalguemos y les sigamos —apuntó la pequeña.

Évenor dudó por un momento, miró a la niña, que con grandes ojos observaba a los extraños y viéndose rodeado, accedió con tal de no desatar una disputa indeseada con aquellos guerreros. Cronos le siguió, envainando su espada. Los extraños bajaron las hachas y comenzaron a adentrarse en el bosque mientras les hacían señales de que les siguieran. Otros, en su retaguardia, se hicieron cargo de los caballos.

Tras una larga marcha llegaron hasta un claro de tierra seca, donde se alzaba un pequeño poblado de casas de maderos, arcilla y pieles con una gran hoguera en el centro.

—Parecen gentes nómadas, por la sencillez de sus viviendas. No se ven mujeres, ni niños; deben ser guerreros o cazadores —apuntó Cronos.

—Son los guardianes de esa caverna —aseguró Évenor señalando al gran macizo que se alzaba frente a ellos, donde se hallaba la entrada de una cueva alumbrada por dos teas.

—Al menos no son inhumanos —susurró Cronos con cierto aire de consuelo.

Un agónico relincho y varios gritos de furor les hicieron sobrecogerse. Al mirar hacia sus monturas vieron a varios hombres que habían empezado a matar a uno de los caballos a golpe de hacha, despedazándole la cabeza y abriendo su vientre. La visión de la sangre brotando de las entrañas del animal angustió a Évenor. Desenvainó su espada y se lanzó sobre los guerreros. Estos dieron un paso atrás y le miraron desafiantes. Cronos le siguió mientras resguardaba a la niña. Y pronto temieron por sus vidas.

Uno de ellos se adelantó y alzando su hacha, dio un fuerte golpe de muerte. Solo un rápido movimiento de Évenor le salvó de ser partido en dos. Cronos, con un mandoble de su espada,

hirió el costado del guerrero, el cual cayó de rodillas mientras lanzaba al aire seguras maldiciones. Los demás se acercaron blandiendo sus armas, mientras otros se llevaban entre voces al herido. Évenor y Cronos se unieron espalda contra espalda con las espadas en alto. Agarrada con fuerza a la pierna del príncipe se hallaba la pequeña, apretando los dientes, con los ojos abiertos, esperando el brutal choque.

Un fuerte temblor en el suelo, seguido de un estallido de luz blanca, les hizo caer a todos. Évenor alzó su mirada mientras se levantaba, sin saber qué acontecía. Vio en la boca de la caverna a una anciana de aspecto frágil, de largos cabellos blancos y una larga túnica verde, que alzaba una quebrada rama en forma de bastón y la agitaba al aire. Con ella golpeó de nuevo el suelo y la tierra volvió a temblar, crujiendo ante su asombro, saltando chispas de fuego entre una bruma de humo y un fuerte olor a azufre quemado.

—Es la vieja Europa —dijo Cronos—. ¿Quién sino puede tener un poder sin igual en tierras norteñas?

—Guardad vuestras armas y seguidme. Mis hombres harán un buen asado con la carne de la bestia. Estaréis cansados de vuestro largo peregrinar —dijo la anciana, mientras los guerreros se alzaban temerosos y guardaban las armas—. La noche refresca y hay que calmar el hambre. ¿Quién es esa bella jovencita que viaja tan bien escoltada? —añadió señalando a la pequeña y sin esperar respuesta, dio media vuelta y regresó al interior de la caverna haciendo un gesto con la mano para que la acompañaran.

Évenor decidió envainar la espada y escucharla, buscando mejor suerte que la habida; y subió a la entrada de la cueva con la niña en sus brazos. Cronos le siguió sin guardar su arma. Recorrieron una angosta galería y llegaron a una sala redonda, no muy grande y con el techo bajo. Se encontraba iluminada por pequeñas vasijas, que guardaban su fuego entre las grasas fundidas de algún animal. Estaba adornada con pinturas rupestres de atractivos colores ocres: bisontes, ciervos y hombres salvajes decoraban la estancia con escenas de tiempos remotos. Acomodada con pieles de borrego y oso, sentada en una piedra caliza tallada, la anciana les esperaba.

—Guardad vuestras armas. Aquí no os valen de nada —aseguró dirigiéndose a Cronos, quien tras echar un vistazo a su alrededor, envainó la espada.

—¿A quién debemos el honor de velar por nuestras vidas? —preguntó Évenor.

—Llegas a mis tierras con muchas preguntas y sin embargo me formulas la única para la cual tienes respuesta —le contestó.

Después extendió sus brazos, ofreciéndose, para que la pequeña cayera en su regazo, la cual se aferró a Évenor, haciendo pucheros y arrugando sus cejas y labios.

—¿Eres tú la vieja Europa? —preguntó Cronos.

—¿Vieja? ¿Te parezco vieja? Vieja es la corteza del gran roble, la piedra que funde el fuego, cada estrella que adorna el cielo… Vieja es aquella quien todo lo cree perdido y cuyo corazón late sin esperanza ni sentido. No es mi caso.

Évenor escuchaba sus palabras mientras observaba aquellas huesudas manos de dedos alargados y uñas curvadas como garras. La arrugada piel de la anciana se perdía en las cuencas profundas de sus ojos velados, de largas pestañas, donde un pequeño destello parecía darles vida.

Temblorosa, la anciana alzaba sus brazos gesticulando cada palabra.

—Pero dime, ¿qué hacen dos hombres sabios y una jovencita tan hermosa en mis tierras? ¿Acaso sois guerreros de Mirina o por el contrario, sois a los que piensa exterminar? —preguntó pausadamente, pasándose lentamente los dedos por la garganta, rascándose con suavidad.

—Me temo que lo segundo —apuntó Cronos en voz baja.

—¡Ah! —exclamó la anciana levantando sus dos manos—. Entonces sois de la Península. Dicen que allí hay buenas tierras, mala gente y mucha riqueza. Algún día la visitaré, mas no ahora, las aguas bajan revueltas; más adelante, cuando la tormenta que amenaza calme su ira.

—Si eres la divina Europa, sabrás quién es y qué pretende Mirina —le comentó Évenor.

—¡Divina! ¡Qué palabra más bonita! No, no conozco a Mirina. Pero sí a su hermana Armonía, tan sabia, fuerte y noble, y a su amante, Artemisa. Su linaje habitaba estas heladas tierras, más al norte, antes de marchar a Oriente en busca de calor. No eran mujeres cualesquiera, sino las divinas dueñas de la luna y grandes cazadoras de corazón guerrero.

—¿Armonía y Artemisa eran amantes? —preguntó Évenor, sorprendido.

—Sí, ¿no es hermoso? Una ninfa reina y una diosa se amaban como simples lacayas ante la envidia de todos… y de todas —contestó con voz melancólica.

—¿Conociste a Armonía?

—Sí. ¡Qué pena! El viento del sur me susurró que su vida yace bajo el viejo roble, pero que a salvo quedan su corona y espada. ¡La espada de Ares!

Évenor fue a insistir en sus preguntas cuando entraron en la caverna algunos guerreros. Traían pequeñas vasijas con salsa de setas, otras con jugos y agua fresca aromatizada con anís, pan de trigo y grandes cuencos con trozos de carne de caballo. El olor a asado llenó la estancia y despertó los estómagos vacíos.

—Ah… ¡Qué aroma más rico! Devoraría un bisonte para saciar mi hambre, pero me contentaré con vuestro caballo —sonrió Europa.

Évenor, Cronos y la pequeña se miraron, conforme salieron de la sala los guerreros, y posaron los ojos en el asado.

—Comed, no os privéis. Es vuestro caballo —dijo Europa, jocosa.

La jovencita fue la primera en probarlo y comió con hambre, llenándose la boca y las manos de carne y salsa de setas. Europa la animaba con fervor y le servía en un cuenco jugo de frutos del bosque. Después le siguieron Évenor y Cronos mientras la anciana miraba sonriente, mordiendo y tragando la carne con cara complacida.

—¡Que niña tan bonita! Me gustaría tanto tener una hija tan hermosa —apuntó Europa sonriendo a la pequeña y alertando a Évenor.

—¿Qué piensas hacer con nosotros? —preguntó antes de morder un trozo del asado.

—Nada, bueno… Sí, había pensado entregaros a cambio de carne. Mirina me premiaría sin duda. Pero saciada nuestra hambre, creo que será más interesante dejaros marchar. Quizás podáis acabar con ella. Lo que haré será alimentar a mis hombres con vuestras bestias, poco más —aseguró complaciente, sacudiéndose los dedos y sonriendo a la pequeña.

—¿Nuestros caballos? No, eso no puede ser, debemos regresar —espetó Cronos.

—No seas ingrato. ¿Qué vamos a comer nosotros entonces, si no os entrego a Mirina? Has herido gravemente a un hombre que solo buscaba saciar su hambre, puedes dar gracias de no estar acompañando a la bestia en este cuenco —espetó Europa con firmeza, gesticulando con sus pequeños ojos muy abiertos y alzando los brazos.

—Sin caballos no podremos marchar. ¿Acaso deseas que permanezcamos aquí, mientras Mirina parte hacia nuestra tierra? —preguntó Évenor.

—¡Nooo! Mañana debéis partir al alba, antes de que sus guardias ronden los pasos de las tierras bajas. Tendréis que seguir las sendas del sur que quedarán abiertas y espero que tengáis suerte en vuestra cita con la Parca, pues pronto os visitará. Tenéis que luchar duro, pues muerta Armonía, Mirina quiere su corona, la espada de Ares y riquezas para gozar de un poder absoluto. Y todos esos males se hallan en tu tierra. ¡Es un feo asunto! —le contestó arrugando los labios, meciendo levemente la cabeza a los lados.

La pequeña miraba sus gestos con ojos de incrédula y la boca abierta.

—¡Y los aqueos! ¡Ah, patético! —continuó Europa—. Incluso han realizado una alianza con Mirina los atenienses, gloriosos mentecatos adoradores de Zeus, los cuales han enrolado a mecénicos y argonautas prometiéndoles un reino de oro y argéntea. ¡Ya se han repartido la Península y aún no son sus dueños! Están cometiendo el mismo error que hicieron vuestros antepasados en Ática. Ahora saquean mis tierras y se preparan para la conquista. Me tienen harta. Apenas queda con que alimentarse en el bosque y mi gente espera con impaciencia su marcha.

—Tú eres fuerte, divina; podrías hacerles frente —apuntó Cronos.

—Mirina y su ejército no me preocupan. Pero Artemisa es otro cantar, pues ella no es una guerrera cualquiera; es la gran cazadora, dueña de los poderes de la luna. Su poder sobre la vida y

la muerte es muy grande. Acabar con Mirina es invitar a Artemisa a cabalgar sobre mi pueblo. Y no. Os dejo ese honor a vosotros, que no tenéis más opción que enfrentaros a ella.

Évenor escuchaba atentamente. Hablaba de Artemisa, la mujer de mirada triste con la que había compartido sus palabras, que había velado por su vida. No pudo más que dudar, pues no la vio guerrera y mucho menos creía que tuviera los poderes de una diosa. Entonces recordó la voz de Ainia, cuando le preguntó si creía que Artemisa era una diosa.

—Veo en tu mirada que dudas de mis palabras, pues has conocido a la gran cazadora. ¿Acaso no sentiste su poder? —preguntó escudriñando los ojos de Évenor.

—No sabría qué decir. Yo temo más a las tropas aqueas.

—¡Nooo! —exclamó Europa y tras un pequeño silencio, prosiguió—. ¿Por qué crees que habita firme en Anatolia, en un mundo de machos en guerra? Lesbos, Temiscira y Tríbada están a salvo porque Artemisa vela por las hijas de la luna. Con el calor de su alma da vida y la quita con la misma facilidad que respiras.

—¿Qué ocurrió entre Artemisa y Armonía? —preguntó Évenor, interesado.

—Es una historia triste… Pero te la contaré, sí. Artemisa era feliz. Ambas vivían juntas hasta que el divino Ares, azote de mortales, entró en sus vidas. Armonía se enamoró de él. ¡Ya ves! Con el tiempo, la gran cazadora se vio desplazada y olvidada. Sintió envidia de la felicidad de Armonía y decidió que Ares debía morir. Pensó que así recuperaría a su amor. Convenció a Mirina para que diera muerte al guerrero divino. Solo ella y sus guerreras más bravas se atreverían a tal osadía. Artemisa no podía acabar con él, pues entre divinos no hay muerte; quedaría maldita por siempre. Cuando cayó Ares, las lágrimas de Armonía hicieron que Artemisa se percatara de su horrible acción. Pero ya era tarde. Mirina quería más, deseaba la corona de las hijas de la luna y la espada de Ares, la que marcó su rostro. La gran cazadora tragó el dolor que le producían las lágrimas de su amada y comprendió que la había perdido para siempre.

—¿Qué fue de Ares?

—Malherido, fue arrojado al foso donde guardaban a la bestia de enormes colmillos, el último de los grandes tigres dientes de sable. Allí murió bajo las garras de aquel terrible animal. No fue devorado porque Armonía llegó a tiempo para despedirse de su amado, atravesando al gran carnicero con su poderosa espada. Permaneció toda la noche junto al cuerpo agonizante de Ares, hasta que un lamento abrió sus ojos.

—¿No estaba sola? —preguntó Cronos.

—Un tembloroso cachorro surgió de la oscuridad, se acercó a las ubres de la bestia muerta y comenzó a succionar. Después le lamió la frente sin hallar respuesta y se acurrucó junto a ella, emitiendo pequeños ronquidos. Armonía, sin soltar a Ares, apenada, observó al cachorro y a la

bestia muerta. ¡No era tigre, sino tigresa! ¡Y tenía un cachorro! ¡El último de su especie! Se sintió culpable y conmovida, recogió aquella fierecilla entre sus brazos. El pequeño tigre tenía mucho carácter y, dando un zarpazo al aire, le dejó tres marcas en el rostro antes de caer sobre el suelo. Después, alzándose sobre el pecho ensangrentado de Ares, avanzó hacia su boca…

La vieja Europa calló por un momento, se sirvió un cuenco de jugos y bebió, saboreando su dulce sabor y se pasó la manga por sus labios rugosos, mirando a la pequeña.

—Le lamió la barbilla, sus labios y… ¡tragó el alma de Ares mientras el cuerpo del guerrero divino expiraba la última bocanada de vida! —continuó—. El cachorro dejó de gemir y desde entonces, siguió los pasos de Armonía. Esa misma noche marchó con sus hijas sin que nadie supiera de ella hasta que fue hallada por Mirina en las desconocidas tierras de Occidente, mientras observaba un reino en decadencia que invita ser poseído.

—¡Atlanta no es un reino en decadencia! —exclamó Évenor, cortando su relato.

—¡Atlanta hace mucho que no tiene dueño y que la ambición cegó sus leyes! La codicia hizo alzarse a los hijos de Poseidón contra sus hermanos, los hijos de Zeus. ¿Y ahora? El tiempo pasa mientras la conspiración y la traición desgajan cada espiga de su tierra. El mal solo necesita que los hombres buenos no hagan nada para devorarlo todo como el fuego traga la hierba del prado seco. El bien dejó germinar con su tolerancia al mal y así su destino quedó sellado —aseguró la anciana abriendo sus manos y poniendo cara de circunstancias.

Évenor la miró en silencio, sintiendo una punzada de dolor en el alma.

—Ahora, una vez saciados, descansad vuestra fatiga; deberéis partir esta misma madrugada y llevaros tras vuestras pisadas la ambición de Mirina —sentenció Europa, invitándoles a salir de su morada, extendiendo sus delgados brazos.

—Una cosa más. La corona y esa espada, ¿por qué las desea Mirina? —preguntó Évenor volviéndose hacia la vieja Europa conforme desaparecía por una angosta y oscura galería.

—En la corona se halla el poder de la luna y en la espada, la fuerza de mil guerreros.

—¡Mil guerreros! —exclamó Cronos.

—Sí, no es vulgar bronce, esa espada fue forjada con la mezcla maestra del temple de la piedra roja por el propio Sethlans, en la gran montaña de fuego, al calor de la sangre hirviente de sus entrañas. Fue hecha para el mayor de los guerreros: Ares, azote de mortales. Su dureza y filo la hacen única. No hay otra igual —le confirmó la vieja Europa.

Évenor la miró, alzó su mano para despedirse y una última pregunta salió de su boca.

—Europa, vos que sois joven, ¿qué hace latir vuestro corazón?

—¡La llegada del nuevo día! ¡Una nueva oportunidad para la vida! —exclamó Europa alzando y abriendo sus huesudos brazos al aire.

Évenor, Cronos y la pequeña fueron acompañados por uno de aquellos guerreros hasta una cabaña, donde se dispusieron a pasar la noche.

—¿Crees que había algo de verdad en sus palabras? —preguntó Cronos.

—Yo no creo mucho en dioses. Pero quién sabe quiénes eran o son en verdad estas almas tan poderosas. Mi padre me dijo en una ocasión que el mejor dios es la sabiduría y que los infiernos resultan de la ignorancia de los sometidos. Y la vieja Europa, sin duda, es sabia, mas no creo que sea una diosa. Está claro que Artemisa no me lo contó todo y tampoco creo que sea una guerrera y menos una diosa… Pero ¡a saber!

La luz del alba comenzó a inundar el valle. Évenor y sus amigos se disponían a partir, a pie. El príncipe llevaba a hombros a la pequeña y Cronos se encargaba de acarrear el agua y el pan que los hombres de Europa les habían preparado. Dos guerreros abrieron el paso.

Évenor giró la cabeza hacia la caverna y vio en la entrada a una hermosa doncella de cabellos rubios y ojos verdes. En su mano tenía la rama poderosa que la vieja Europa usara como bastón y en su cuerpo, la túnica verde que cubriera a la anciana. La muchacha extendía los brazos al sol dejándose bañar por su luz y calor. Entonces comprendió que la vieja Europa, el alma de los bosques del norte, era en verdad muy joven y que quizá sí tuviera algo de diosa.

Avanzaron por una senda que parecía abrirse solo para ellos, entre el denso matorral y la vegetación palustre. Cruzaron rápidamente el bosque y el pantano ante su propio asombro, llegando a los pasos olvidados de las Montañas Sagradas de Pyrene en apenas una jornada. Ante ellos, la Península se abría. A sus espaldas, un fuerte sonido de guerreros en formación hacía temblar el suelo que pisaban.

CAPÍTULO 21 · EL REGRESO DEL PRÍNCIPE ÉVENOR

En la acrópolis, ajenos al peligro que se alzaba tras las Montañas Sagradas de Pyrene, la alarma cundió con la llegada de los cadáveres de Méstor y Treita. Las duras palabras de Hipólita fueron consideradas como un ultimátum. El ejército de la reina se hizo con las posesiones y riquezas de las poblaciones de Elisippos, saqueando sus templos y las casas de los nobles. En las tierras de Atlanta, solo el reino de Cronos y Atlas quedaban fuera del control de Hipólita.

Reunidos en el panteón de Poseidón los sabios, militares, herederos y nobles debatían nerviosos la situación. Excepto Epolis, nadie dudaba que la joven reina pensaba entrar más pronto que tarde en Atlas y hacerse con el poder de la Corona de Atlanta.

—No le será fácil asaltar Atlas. De hecho, la polis es en verdad una gran fortaleza, erigida como si el propio Poseidón hubiera sabido que llegarían estos tormentosos días. Que la muralla cumpla su cometido. Además, las columnas de Atlas esperan y sus generales están impacientes. Así pues, nada tememos. Defenderemos nuestra libertad y los principios que hicieron de Atlanta una civilización avanzada como ninguna —expuso Serien, el comandante del ejército atlante.

—Tenéis razón, comandante. Pero no actuemos a ciegas, esperemos las acciones de la reina y no arriesguemos nuestra suerte. No debemos lanzar las columnas contra ella, ni sacarlas de Atlas. Así lo ordenó Argan en su día y sus buenas razones tendría —apuntó Epolis con presteza.

—¡Argan ya no está! —exclamó Flevio, el hijo mayor de Treita, un joven hermoso y de notable porte que llegó acompañado de dos efebos y ocupó el trono de su madre.

—Tu dolor es el nuestro, querido Flevio. Pero ahora tenemos que fortalecer las columnas de guerra. Esperaremos sus pasos, pues si sabias son las palabras de Serien, en mi visita a Gadeira, mi buen Gadir me aseguró que Hipólita no pretendía Atlas y que nada tenía que temer de ella —expuso Epolis.

—¿Nada? No hablaría por mis padres, no. ¿Acaso no sabes que Gadir vive poseído por la harpía? ¿Qué pretendes pues que os diga? Justicia, es necesaria —apuntó Flevio, alzándose y acariciando la Corona de Atlas, que sobre el altar de Poseidón esperaba al heredero.

Epolis se levantó, cabizbajo, y se alejó hacia la salida.

—¿Justicia? No, bien sabemos lo que quieres, digno hijo de tu madre —susurró.

Al salir del panteón, un soldado de la guardia se le acercó tímidamente.

—Mi señor, no sé si debiera molestaros con pequeños detalles.

—Dime, noble guardia.

—En la noche que falleció el rey Argan, la joven Menalipa acudió en vuestra búsqueda. Estaba aterrada, algo había descubierto que deseaba compartir con urgencia. Me rogó que nadie se acercara al rey. Dicen las malas lenguas que solo pretendía intimidad para acabar con su vida. Por mi supuesto error estuve arrestado y fui degradado, mas creo que no fue ella. Yo pude ver su cara, la ternura y la angustia que reflejaba. Creo que descubrió una conspiración y fue víctima.

Epolis puso la mano en el hombro del guardia y meditó aquellas palabras.

—Has hecho bien, hijo. Ahora regresa a tu puesto y no le comentes nada de lo que me has dicho a nadie, podría costarte la vida.

Mientras tanto, en Gadeira, Hipólita se entrevistaba con sus generales en la terraza de su estancia, como era de su gusto. Bebían infusión de hierbabuena y menta con regaliz mientras comentaban cada detalle de la fortaleza de Atlas y más de sus alrededores.

—La acrópolis promete un generoso botín —susurró Hipólita—. Oro y argéntea para engrandecer un reino y comprar favores. Una venganza con la que calmar la sed de sangre de cualquier ejército. Debemos prepararnos.

Los tres hombres que regían la seguridad y el poder de Hipólita, no alcanzaban a descifrar las intenciones de su reina. Pero aquellas palabras los asustó haciéndoles dudar.

—Si el motivo no es la venganza, no entiendo la necesidad de arrasar Atlas. Os pido, mi reina, que reflexionéis —apuntó Gadir.

Hipólita frunció el ceño, pues nadie había osado dudar de sus acciones desde que se hizo con el poder. Gadir le había demostrado siempre lealtad, valor e inteligencia, y sentía verdadero aprecio por aquel joven general. En verdad sentía algo más, algo que inquietaba su corazón, por lo que le dejó exponer su opinión observándole atentamente.

—Mi reina, antes teníamos muchas tierras y nos parecían pocas. Tras la guerra con los aqueos, disponemos de menos y no nos las acabamos. Atlas es una fortaleza, por lo que nuestras bajas serán numerosas y las suyas también. Sé que el ejército que hemos formado tiene como destino una gran batalla, pero bien creo que no debe ser esta.

—El pueblo no nos acompañará. Entre los habitantes de Atlas, muchos son los que se cuentan como familiares, amigos, vecinos… Y todos visitamos con frecuencia el templo de Clito y el panteón de Poseidón. Atlas y Gadeira siempre han rivalizado. Mas no para alzarse en armas, en verdad somos un mismo pueblo —aseguró Mimi mientras su hermano Tarss asentía.

Sin mediar palabra, Hipólita se levantó. Acto seguido dio dos vueltas a la mesa, mientras sus generales la observaban en silencio, esperando unas palabras que no llegaban.

—Tuviste nuestra confianza tras la muerte de Autóctono, mi reina —aseguró Gadir, rompiendo el silencio—. En verdad no era nuestro rey y su locura se hacía cada día más grande, a la par que su ambición. Os apoyamos tras la muerte de los infames Méstor y Treita, que tanto daño hicieron. Y nos pareció correcto eliminar la corrupción y los constantes desmanes en las regiones de Gadeira y Elisippos. Dimos vida y riqueza al pueblo. Pero Atlas…

—¡Ya está bien! —exclamó Hipólita—. Yo nunca dije que pretendiera Atlas y siento que ya no confiéis en mis actos. Pero si vosotros habéis sospechado que estoy pensando arrasar Atlas, todos pensarán así, incluso el enemigo. Y eso es bueno. Escuchad: es mi deseo que se ordenen los soldados necesarios para rodear el ala derecha de Atlas, en la noche, en silencio y con palas. Que se preparen diez mil estacas, que se distribuya la brea en abundancia y se trabajen canales. Sabéis lo que tenéis que hacer para complacer a vuestra reina. Hacedlo pues. Ahora, disculpad.

Hipólita salió de la terraza y entró en su estancia dejando a Gadir, Tarss y Mimi sin palabras. Ellos se levantaron y entre gestos de incertidumbre, se alejaron conversando.

—No piensa atacar Atlas, sino defenderla. Yo creo en Hipólita, sabe lo que hace y es una gran estratega. Mis hombres complacerán sus órdenes —confesó Tarss.

—Creo que, dudando, no hemos estado a la altura de nuestra reina. Ahora sabemos porqué insistía en saber de Atlas y sus alrededores. Piensa que la gran batalla con el invasor se dará en sus murallas, por lo visto tiene muy claro que un gran ejército nos amenaza —apuntó Mimi.

—Es difícil estar a la altura de una reina como Hipólita —comentó Gadir con una evidente mueca de admiración, mientras un sentimiento de culpabilidad se apoderaba de él por haber desconfiado de sus actos.

Hipólita se hallaba enojada, pues aunque en verdad era lo que pretendía, confundir la atención del invasor con respecto a su ejército e intenciones, ninguno de sus generales había osado, hasta ese día, dudar de sus premisas. Y la mirada de Gadir la confundía tanto. Pasó la tarde, hasta entrada la noche, en los balcones disfrutando de las vistas al mar, respirando la suave brisa. Su joven comandante tenía razón cuando le aconsejaba que no debía asaltar Atlas. Aunque ese nunca había sido su propósito. Se preguntaba por qué le atraía tanto la mirada de aquel hombre. Confiaba ciegamente en él, pasión en su lealtad le había demostrado. Sin embargo sentía que su aprecio iba mucho más allá. Le amaba sin saberlo, su corazón latía con fuerza ante su presencia. Luego pensó que ella no era hija de Poseidón, no sentía lazos de sangre que la unieran a la gente de Atlanta, ni creía en sus leyes, ni amaba sus costumbres. Miró al ágora, observando la algarabía de su pueblo y cerró los ojos angustiada.

—¡Me hallo tan lejos del pueblo que soy soberana! —exclamó.

Volvió sus pensamientos hacia Gadir, era el único que había insinuado lo que muchos pensaban y eso era peligroso. Temió que Gadeira pudiera verla como al tirano Autóctono, lo cual la hizo reflexionar. Ella estaba levantando un ejército que combatiera a las que vendrían a por su sangre, solo eso. Entonces sintió que su prioridad no debería ser esa, sino defender a la gente que la había erigido reina, a los que la habían apoyado y confiado en ella, aquellos que la querían.

Al día siguiente, visitaba el campamento de Tarss. Quería pasar revista en persona a las tropas y evaluar sus posibilidades en combate. Los soldados, orgullosos de la presencia de la reina en el campo de trabajo, se esforzaban para agradar mostrándole su confianza y aprecio.

—Os felicito, mis nobles Tarss y Mimi —dijo Hipólita tras observar los ejercicios militares y la organización de su ejército. Quedó impresionada con la caballería pesada, que le hizo una muestra de su potencia arrollando una gruesa pila de troncos formados, crujiéndolos en astillas al paso de los caballos de bronce y sus jinetes. Después se fijó en un capitán libio que ejercitaba la espada con varios soldados, saliendo invicto un enfrentamiento tras otro y exigiéndoles más valía.

—¿Quién es el siguiente? ¡Inútiles! ¡El enemigo no será tan considerado como yo!

Hipólita ocultó una gran piedra en una mano y se acercó.

—¡Seré yo! —exclamó para sorpresa de los presentes.

—Mi reina, no puedo alzar mi espada contra vos —aseguró desconcertado el capitán libio.

—¡Arqueros, matad a este hombre! —ordenó Hipólita.

—¡Será un honor batirme con mi reina! —exclamó el desconcertado capitán al ver a la guardia tensar sus arcos. Y lanzó una estocada en paralelo para ladearla hacia la derecha.

Hipólita esquivó el golpe y respondió por la izquierda, corte que el capitán detuvo fácilmente. Entonces le lanzó con fuerza la piedra, golpeándole en la cabeza y haciéndole caer desgarbado al suelo. Y le puso la punta de su espada en el cuello.

—Su veis que vuestro adversario es superior… ¡No insistáis con las mismas artes! —gritó a los soldados que estaban siendo adiestrados y ahora la rodeaban—. Usad vuestra inteligencia. Mostradle vuestra arma, que fije sus ojos en ella y guardad de su vista vuestra estocada mortal: una daga o una simple piedra —aseguró y al momento, retiró su espada y le dio la mano al conmocionado capitán, para ayudarle a levantarse.

—Me disteis una gran lección que bien atesoraré. Fui vencido de forma tan simple que cualquier labriego lo hubiera podido hacer. Ahora andaré listo, para que jamás sea así. Pero ¿y sin piedra? ¿Sois tan diestra como aseguran? —preguntó el capitán libio con la mano en la cabeza.

—¿Queréis comprobarlo?

El capitán negó con la cabeza.

Hipólita le miró y se fijó en sus soldados. Todos bajaron la vista. Dirigió su mirada hacia atrás y vio a Gadir, que tras ella observaba atento sus improvisadas artes de espada.

—Gadir, os espero —ordenó sin reparo.

—No, no puede ser —susurró Gadir.

—No os hagáis de rogar —insistió Hipólita observando como avanzaba lentamente hacia ella, desenvainando la espada.

La lucha entre Hipólita y Gadir comenzó con toques suaves. El joven comandante trataba, sin suerte, de desarmarla sin herirla. Pero la habilidad de la reina impedía cualquier acción que no fuera realmente hostil. Pronto les rodearon numerosos soldados que asistían atónitos a semejante duelo. Ambos cruzaron sus miradas y una sonrisa intencionada. Sin duda, los dos querían vencer. Los golpes empezaron a resonar con fuerza y poco a poco fueron buscando verticalidad. Ante el desespero de Tarss y Mimi aquello se estaba convirtiendo en un auténtico enfrentamiento.

La habilidad y destreza de la reina sorprendió a Gadir, que aun empleándose a fondo para frenar aquel ímpetu salvaje, no pudo impedir ser herido en su brazo derecho por un revés

inesperado y su espada cayó, vibrando sobre la tierra dura. El joven comandante actuó rápido y agarró la muñeca con la que Hipólita empuñaba el arma, atrayéndola hacia él de un fuerte tirón y la golpeó en la frente con la cabeza. La reina, sorprendida, cayó al suelo sin soltar la espada, notando la sangre bajar por la frente hasta su ojo.

Gadir recogió su arma y se acercó a ella que permanecía tumbada.

—¿Está bien mi reina?

Por respuesta, Hipólita le golpeó con los pies en sus rodillas, haciéndole caer. Se levantó agitando su espada y limpió la sangre de su frente con el brazo.

—Sí, estoy bien —contestó.

Gadir se alzó en silencio y las espadas resonaron de nuevo ante el asombro de sus soldados, en una lucha que iba más allá de lo que debía, hasta quedar las hojas cruzadas entre sí. Hipólita y su general quedaron con los brazos pegados al cuerpo y sus rostros enfrentados a un dedo de distancia. Hipólita le miró a los ojos y después fijó la vista en la herida del brazo de su comandante, viendo la sangre que manaba y delataba aquella lucha sin sentido. Conmovida, dio un paso atrás y, sin más, guardó la espada ante el alivio contenido de sus generales. Miró de nuevo a Gadir con un gesto de arrepentimiento y después se volvió ante sus soldados que la miraban en silencio.

—Sin duda sois tan diestra como aseguran. Gadir es la mejor espada del reino y no puede con vos —aseguró el capitán libio, rompiendo la tensión del momento.

Y todos la jalearon como la gran reina guerrera que era.

Hipólita se alzó sobre Zaino y se alejó al galope con su caballo, atravesando el bosque de pinos, las dunas de arenas, alcanzando la muralla de Atlas y llegó a Gadeira con las últimas luces del día. En su cara se reflejaba el rostro serio de la sinrazón y las lágrimas de la desesperación.

En palacio, salió al ventanal que daba a la plaza para bañarse con la luz de la luna. Miró a su pueblo, que sin saberse observado paseaba, hablaba y reía en las calles de Gadeira. Hacía tiempo que nadie jaleaba su nombre como lo habían hecho sus soldados, que nadie la miraba a los ojos, que nadie la hablaba. Sintió que el respeto que un día se ganó, hoy podría ser tan solo miedo. Se sentó en la cornisa del ventanal, ladeó la cabeza al cielo y el viento meció sus cabellos. Sintió nostalgia de Évenor. Pero pronto pensó en Gadir. ¡Gadir! En su profunda mirada, en su cálida voz, en su brazo herido y en sus manos fuertes.

—Madre ¿qué debo hacer? —preguntó a la luna.

—¿Qué piensa mi amada hermana? —preguntó Menalipa entrando en los aposentos.

—No se avecinan buenos tiempos y a veces, no se quién soy ni dónde está mi corazón.

—Es por Gadir ¿verdad? No creas que no he visto cómo le observas cuando habla.

—¡No! ¿Cómo puedes decir eso? Mi corazón no necesita el amor de hombre alguno. Gadir solo consigue inquietarme cuando replica mis palabras.

Menalipa acarició los hombros de Hipólita y le propinó un suave masaje en el cuello.

—Estás enamorada de ese hombre, aunque no quieras aceptarlo —le susurró al oído.

—¿Crees que Évenor volverá? —preguntó Hipólita.

—Sí, no tengo duda alguna. Lo que no sé es qué harás entonces.

—Mi reina, mi señora —entró el capitán de la guardia en la estancia, interrumpiendo la conversación—. La joven Andrea y sabio Epolis de Atlas se hallan en palacio.

Ambas hermanas se miraron asombradas.

—Hazles pasar —ordenó Hipólita.

Al momento, Andrea y Epolis entraban en la estancia mostrando algo de temor.

—Mi querida amiga, Epolis llamó a mi puerta, deseaba veros. Me rogó que intercediera, pues los temas que desea tratar son de gran urgencia —expuso Andrea, temblorosa y ruborizada.

—¿Qué buscas en Gadeira? —preguntó Hipólita dirigiéndose al sabio Epolis.

—Paz, aunque no sé si será posible; y hablar quisiera con la dulce Menalipa.

—Hablad pues, viejo amigo. Os escucho ahora, si bien no lo hiciste en mi defensa cuando debiste —apuntó Menalipa.

—Lo sé, lo siento y por ello os pido perdón. Nunca debí dudar de vuestro noble corazón y tengo por cierto que no solo sois inocente de cuanto se os acusa, sino víctima.

—¿Qué queréis de mi hermana? —insistió Hipólita, desconfiada.

—Traigo unas tablillas marcadas por Armonía, las hizo en los primeros días que trabajó sus conocimientos en el templo de Clito. He visto los grabados: guerreros a caballo y destrucción en Atlas. ¿Cómo sabía ella…? ¿Qué le inducía a vuestra madre pensar que algo así podría pasar? No alcanzo a dar sentido a nada y pensé que quizá, con vuestra sabiduría… Mi rey aseguraba que Armonía se le aparecía en sueños para advertirle de una gran batalla. Pero no creo que fuera contra vos, mi reina.

Hipólita, tras mirarle de soslayo, tomó las tablillas y se las entregó a Menalipa, quien se puso a estudiarlas con detenimiento.

***

Cerca de dos años habían trascurrido desde el fatal día en que Armonía fue asesinada. Todo había cambiado en Atlanta. Amanecía en los páramos del norte mientras Évenor y Cronos avanzaban con la pequeña brazos, deseando alcanzar sus dominios. La preocupación se reflejaba en sus rostros, pues los aqueos y Mirina no tardarían en emprender la conquista.

Pararon precavidos al ver soldados en su camino, en la distancia.

El rey Cronos, al reconocer los estandartes del reino de Terya, corrió reclamando ayuda.

—En vuestra búsqueda cabalgamos para rogaros un pronto regreso, mi rey. El pueblo os espera ansioso —le dijo un oficial apenas alcanzarle, mostrando su alegría.

—Por fin un golpe de suerte. ¿Qué nuevas traéis? —apuntó Cronos.

—¡Son muchas! Aunque yo no sé mucho! En Terya os informarán debidamente, mi señor. Pero habéis de saber que en nada son buenas y es preciso acelerar el paso.

—Apresurémonos, nosotros tampoco traemos dichas buenas: un gran ejército avanza. ¡Es la guerra! —exclamó Cronos.

Con el paso de la tarde alcanzaron las montañas que se alzaban ante su reino. Desde ellas se divisaba ese hemoso azul que fundía el cielo y el mar de sus dominios; y en medio, Terya. La entrada en la polis fue festejada con júbilo por sus habitantes. La noticia recorrió de inmediato los territorios de Atlanta, llegando a Atlas y también a Gadeira. Sin embargo, las dos hermanas ya no estaban allí. Menalipa había descifrado los escritos de su madre y había partido acompañada por Hipólita al Bosque Maldito, en busca de Antíope. En la oscura caverna, hogar de la bestia, Therio, se hallaba oculto un secreto que debía ser descubierto.

CAPÍTULO 22 · RETORNO AL BOSQUE MALDITO

Cronos recorría en círculos la sala de armas de su palacio en Terya. Évenor descansaba allí mismo, sobre una poltrona, mientras la pequeña de rosados mofletes devoraba la carne de un cordero lechal. Con sorpresa, fueron extensamente informados por el sabio Trinio de lo acontecido durante su ausencia. No podían dar crédito ante las palabras que escuchaban.

—Así es, mi señor, el rey Argan falleció en su lecho sin poder reponerse de la herida del astado, dicen si envenenado por la joven Menalipa, su ahijada a la que tanto dio.

—Menalipa no pudo hacerle mal alguno. ¡Me es imposible creerlo! —exclamó Évenor con lágrimas en los ojos, dolido por la pérdida de su padre.

—Comparto vuestra pena. Pero ¿quién iba a pensar que una joven degollaría a la reina Treita, lanzaría por un balcón al rey Méstor y atravesaría al general Neson con una espada? Y según afirman, acabó con el rey Autóctono en su propio lecho. Son hechos constatados que ni la propia Hipólita, hoy reina de Gadeira, se ha preocupado en ocultar ni desmentir.

—Merecido lo tenía ese perro —dijo Évenor—. Pero me temo que Hipólita no es la persona alegre, bondadosa, humilde e inocente que un día conocí, de la cual me enamoré.

—Autóctono, Treita, Méstor y Neson han sido muertos por una irreconocible Hipólita. Sin duda cambió, no es la dulce muchacha del pantano. Pero quizá, solo quizá, tus ojos no la vean igual, pues tu corazón quedó preso de esa loba de larga melena rubia —apuntó Cronos.

Évenor quedó en silencio.

—¡Cuánto tuvo que sufrir para que en ella se desatara tal furia! —expuso finalmente, con tristeza, sin entrar en las palabras de Cronos—. ¿Se acordará de mí o me odiará por no hallar la manera de ayudarla en su pena? Ella no se rindió, mas yo sí. Cruel destino fue el que nos separó.

—No fue culpa tuya, hiciste cuanto estuvo en tus manos —aseguró Cronos.

—Y es más —continuó Trinio—. En guardia tiene las columnas de Atlas y a nosotros mismos, pues lanzó un ultimátum apremiándoles para que prepararan sus defensas ante un inminente ataque. Mas ella no ataca, quizá esté esperando su momento.

—¡Sabe que Mirina se acerca! —exclamó Évenor girando la vista hacia Cronos.

—Debemos actuar rápido. El ejército de Mirina pronto atravesará las Montañas Sagradas de Pyrene y no podemos emprender una acción desafortunada que disperse a nuestros hombres —apuntó Cronos.

—Sin duda avanzarán por la costa y no creo que tarden en aparecer sus soldados.

—Debemos preparar a los hombres y a Terya para resistir tal envite. ¡Trinio, reúne a mis generales! Que se levanten defensas alrededor de la polis con grandes estacas y fosos de brea. Que se arme al pueblo, pues se acercan días horribles de tragedia y muerte.

Ajenas al regreso de Évenor, las dos hermanas avanzaban rápido a través del pantanal del Bosque Maldito en busca de Antíope. No tardaron mucho en hallarla, pues bajo la sombra del viejo roble que se erigía sobre la tumba de Armonía, acicalaba a la complacida bestia. Se alegró al verlas recortar el horizonte y el enorme felino corrió a su encuentro, lanzándose sobre Menalipa, mientras Hipólita se abrazaba a su hermana.

—¡Antíope! ¡Antíope! —exclamó Menalipa, tras abrazar también a su hermana.

La bestia se irguió sobre las patas traseras, posando las delanteras sobre los hombros de Hipólita, mordisqueó con los incisivos su largo cabello y le pasó la áspera lengua por el cuello y parte de su cara, mientras ella rascaba el vigoroso torso del animal.

—¡Ya! ¡Ya está bien! —exclamó Hipólita.

—Según los escritos de Armonía, la cueva de Therio guarda un gran secreto —dijo Menalipa mostrando las tablillas a su hermana.

—¿Secreto? ¿Qué secreto? He pasado mucho tiempo allí y he recorrido esas grutas varias veces. Mas no he visto nada, no creo que esas mohosas paredes guarden secreto alguno.

Hipólita y Menalipa la miraron con cara de decepción.

—¡Vayamos de todos modos! ¡Quizá ignoré lo que no debía! —exclamó Antíope.

Las tres hermanas marcharon a la cueva y tras revisar varias veces las oscuras galerías, acabaron dándose por vencidas. La bestia las seguía y observaba cada uno de sus movimientos.

—Aquí no hay nada. Trae esas tablillas —dijo Antíope acercando la tea.

Hipólita y Menalipa se sentaron, desesperadas al no encontrar premio a su búsqueda.

—Las hijas de la luna, la bestia, la espada, una corona… ¿Uma soona? —murmuró Antíope y miró a sus hermanas con cara de no entender nada.

La bestia levantó de pronto su enorme cabeza al oír aquellas últimas palabras: Uma soona. Y las miró fijamente con un destello rojizo en sus ojos almendrados. Sentó sus cuartos traseros ladeando ligeramente la cabeza, profiriendo un leve rugido como si entendiera lo que estaba ocurriendo y quisiera hablarles.

Menalipa se percató del gesto del noble animal.

—Therio, ¿Uma soona? —le preguntó y acarició su lomo.

—¡Uma soona! —exclamó Hipólita elevando el tono de la voz.

La bestia alzó su cuerpo, abrió las enormes fauces mostrando sus poderosos colmillos y, con un bronco rugido, se dirigió hacia el interior de la más profunda de las galerías al trote.

Las tres hermanas se miraron, alzaron sus teas y le siguieron.

Tras una larga marcha entre oscuras galerías, cada vez más profundas, llegaron a un recodo sin salida alguna. El gran felino se giró mirando a los ojos de Hipólita, Menalipa y Antíope que asistían con sus rostros inmutables a cada movimiento de la bestia. Sentó sus cuartos traseros y se relamió los belfos.

—¡Aquí no hay nada! —exclamó Antíope, desanimada.

—¡Therio! ¿Ya está? —preguntó Hipólita alumbrando a la bestia con la tea.

Menalipa miró en silencio el recodo sin salida alguna y se volvió hacia la bestia.

—¡Uma soona! —exclamó de nuevo, con fuerza.

La bestia volvió a alzar su cabeza emitiendo un gruñido y de pronto, se puso a escarbar con sus poderosas zarpas en la húmeda pared de la galería, desplazando el barro, arrancado trozos enteros de tierra.

Las tres hermanas observaron con asombro cómo aparecía un pequeño hueco, apenas visible y que se alargaba en forma de estrecho corredor hacia el interior. Se miraron y no dudaron en ayudar al gran felino a retirar la tierra que ocultaba aquella nueva galería. Con las manos desnudas, la espada de Hipólita y la ayuda de una pequeña daga, escarbaron embriagadas por el momento, llenando sus cuerpos de barro hasta que pudieron penetrar en la gruta.

***

En el reino de Terya, los preparativos para la contienda proseguían bajo la atenta mirada de Évenor y Cronos. Fue entonces cuando una patrulla vencida llegó a las puertas de la polis.

—Las tropas invasoras no andan lejos. Mis hombres han sido vencidos con facilidad, pues chocaron con un grupo numeroso de bravos guerreros —le aseguró el capitán.

—Deberíamos traer las columnas de guerra de Atlas y presentarle batalla en los valles del río Ibar. De lo contrario arrasarán todo lo que encuentren a su paso —apuntó Évenor.

—Si las fuerzas de Mirina caen sobre Terya, nada las detendrá. Incluso dudo que, uniendo todos nuestros soldados, podamos hacerles frente y… ¿qué pasará si Hipólita cae sobre Atlas aprovechando la salida de las columnas de guerra? —le preguntó Cronos.

—¿Lo crees de verdad?

—No sé qué pensar… Supongo que no. Deberías marchar y saber. Es necesario. Además, si Hipólita realmente dispone de un poderoso ejército, podría sernos de gran utilidad si fuera aliada nuestra. ¿Es posible?

—Lo ignoro. Pero sé que no puedo dejarte a ti y a tu noble pueblo a vuestra suerte, ante semejante amenaza. Marcharé en busca de las columnas de Atlas y regresaré —asintió Évenor con determinación, colocando sus brazos en los hombros de Cronos.

—¡Marchad pues! Solo el príncipe heredero puede unir los pueblos de Atlanta y salvar la Corona de la venganza de los hijos de Zeus y de las ambiciones de Mirina. Hablad con Hipólita. Te escuchará y sin duda, necesitaremos de su ejército. Nosotros resistiremos hasta vuestra llegada. Partid con premura. Aquí os esperamos defendiendo nuestra tierra y honor.

Évenor partió esa misma tarde con una guardia de cuatro jinetes y avanzó hacia Atlas a través de los dominios de Hipólita. Si bien no sabía qué hacer ni decir en el caso de encontrarse con ella, necesitaba saber si podía contar con ese ejército que le habían hecho saber que poseía la reina. Era vital para la defensa de Atlanta. O si por el contrario su querida amada sería ahora su temida enemiga. Llevó consigo a la pequeña, pues consideró que estaría mejor protegida tras las murallas de Atlas que en la desprotegida Terya, donde se cernía la terrible sombra de Mirina.

***

En la Camarga, entre las sombras de la noche, un guerrero trataba de llegar al campamento de Mirina. Caía una y otra vez dejando un rastro de sangre. Su determinación le hacía avanzar con fuerza, buscando aquellas llamas que prometían un merecido descanso. Su mente quería continuar. Pero su exhausto cuerpo mandaba y cayendo de frente, quedó traspuesto en tierra. Un leve aliento salió de su boca cuando el trote de unos caballos alimentó su esperanza.

Mirina se hallaba reunida, sentada en un trono de madera y pieles. Junto a ella, a su derecha, su capitana Elaya. A su izquierda estaba Deyarina, íntima de Esmirna, una joven guerrera, fuerte e inteligente. Los generales aqueos Icario y Eolo las acompañaban en sus dichos, ataviados de brillante bronce que semejantes a dioses les hacían. Al fondo, tres hombres ocultaban sus rostros bajo la capucha de sus capas y permanecían atentos a cada palabra.

Incienso y mirra envolvían el ambiente entre largos telones y palabras marciales.

—Debemos arrasar Terya y Gadeira y después cercar Atlas hasta que caiga. Tenemos hombres y tiempo para ello, en demasía —afirmó Icario cerrando su puño con fuerza.

—Recordad, mi general, que no es nuestro sino dejar pasar los años frente a las murallas de Atlas, pues con puerto al mar y tierras en Libya, el asedio puede durar décadas. Terya y Gadeira no son nada sin Atlas —apuntó Elaya.

—¿Y qué propones, pues? —preguntó Eolo, pasando la mano por su larga barba.

—Nosotras abriremos la muralla. Tus columnas podrán marchar hasta la acrópolis, pues de ello nos ocuparemos —aseguró Deyarina, sin titubear.

—Llevamos meses estudiando sus defensas. ¿Acaso creéis empresa fácil sortear las fortificaciones de Atlas? ¿O que Gadeira, Terya y el rey Azaes permanecerán impasibles ante nuestra ofensiva? ¿Podréis? —preguntó el general ateniense.

Mirina se alzó y pasando ante Eolo, tomó el labrys, miró su filo y giró su vista sobre él.

—Las murallas de Atlas no impedirán nuestro cometido. Ningún guerrero de Gadeira sacrificará su vida por Atlas y a las gentes de Terya las tendremos ocupadas en su propio infierno. Los salvajes del rey Azaes no creo que formen fuerza marcial alguna que pueda ocasionarnos temor —apuntó con seguridad, informada por voces traidoras de cuanto acontecía en la acrópolis, conocedora del desencuentro entre Atlas y Gadeira y de las carencias del rey Azaes.

—Sea pues. Nuestra única preocupación son las columnas de Atlas y esa gran muralla que las protege —insistió Icario.

—Lo único que desconocemos es la capacidad de lucha que puede tener el ejército de Hipólita. Muchos hablan, pero nada cierto vimos… O es muy limitado o lo mantiene a buen resguardo —apuntó Esmirna, hija de Mirina; una joven guerrera de ojos azulados y de largo cabello pelirrojo con mechas negras, de reluciente coraza y porte tan divino como el de su madre.

—Quizá no te esforzaste lo suficiente —replicó Mirina.

De pronto, la guardia entró en la tienda y tras ella, el malherido guerrero, arrastrado por los hombros entre dos guerreras.

Mirina lo observó y tomando su cara con una mano, la elevó.

—¿Dónde están mis valientes guerreras? ¿Cómo osas regresar solo?

—Muertas, mi señora, se hallan muertas. La bestia se las llevó —le contestó balbuceando.

—Tus heridas no han sido provocadas por bestia alguna, sino por el filo del metal. Dime pues qué aconteció —exigió Mirina tras estudiar los cortes en las carnes del guerrero, que apenas manteniéndose en pie, trató de hablar de nuevo.

—Fuimos a prender a dos mujeres. Pero resultaron ser bravas y, cuando ya estaban vencidas, apareció una tercera que acabó de un golpe con sus valerosas guerreras. Y allí estaba, guardándolas, como cuentan las leyendas, Homotherium, la bestia de poderosos colmillos.

Mirina le agarró del cuello alzándolo al aire, llena de ira.

—¡Eso es imposible! Nadie es más diestro que mis guerreras. Y la bestia ¡es leyenda!

El guerrero empezó a lanzar pequeños gemidos, de su boca salían golpes de sangre.

—Lo juro, es verdad —aseguró entre babas.

Mirina miró fijamente aquellos ojos moribundos, aflojó y lo dejó caer.

—Si es así, solo pueden ser ellas —afirmó girándose. Luego se dirigió a su capitana Elaya y a los generales aqueos mientras el guerrero era arrastrado al exterior por la guardia —¡Dividiremos sus fuerzas, mas no las nuestras! Terya no es rival para nuestro ejército, alumbrará nuestro camino y desviará el suyo. ¡Atlas es nuestro objetivo!

Anduvo dos pasos y, dando un golpe al aire con el labrys, prosiguió con voz templada.

—Nuestras saetas atemorizarán a sus hombres y vuestras columnas, bravos generales, acabarán con ellos. Atlas será arrasada y celebraremos nuestra suerte en Gadeira, que nos cederá a su reina antes que ser destruida. ¡Mañana emprendemos la conquista de este reino de oro!

—Así será —apuntaron los generales aqueos.

—¿Y nosotros? —preguntó uno de los hombres ocultos bajo las capuchas.

—Mi fiel Elaya guardará de vuestro regreso a Atlas —apuntó Mirina.

Generales y hombres fueron abandonando la carpa, bajo a la atenta mirada de las guerreras.

Mirina sonrió.

—Elaya, cuando regreses, marcha a ese bosque y me traes la cabeza de las traidoras. ¿Podrás satisfacer los deseos de tu reina?

—Madre yo podría… —habló Esmirna.

—¡Silencio! —le interrumpió Mirina.

No hubieron más palabras. Esmirna salió la tienda con enfado. Elaya armó una patrulla para partir hacia el sur. Mirina quedó en la tienda con Deyarina, se sentó en el lecho y empezó a morderse los labios con preocupación. Sabía que Artemisa no estaba por la labor de ayudarla en su idea de alzarse con un reino donde fuera voz y orden. Pero tenía un gran aliado: el rey Cécrope de Atenas, que se mantenía en lo acordado, hacía ya tanto, en busca de venganza y oro.

—Resulta fácil tratar con hombres. No hay ninguno que se resista a unos quilates de oro o a las caricias de una hermosa mujer —apuntó Deyarina.

—Nos es necesario alzar una gran polis de féminas sin igual, temida y respetada, tal como Atenas o Ilión, para impedir el constante avance de esos machos que se erigen como dioses, que se hacen llamar civilizados mandando soldados, sometiendo pueblos y tomando como propiedad toda tierra fértil, la cosecha de todos. ¡Malditos! —expuso Mirina sin ocultar su odio.

Conforme salía Deyarina de la tienda, una mujer alta, ataviada de largos velos, que portaba un cuenco de arándanos, moras y frambuesas, entró acompañada de dos hombres negros como el carbón, fornidos como el uro, con un estrecho taparrabos y sin vello alguno. La reina de Tríbada se liberó de sus vestimentas y se tumbó boca abajo, estiró ambos brazos y ladeó la cabeza. Aquellos grandes hombres empezaron a acariciarle los pies, los muslos y la espalda con fuerza, crujiendo huesos, liberando músculos. Mientras, la alta mujer llenaba la estancia de aromática mirra y preparaba infusiones de hierbas con frutos del bosque.

Mirina pensó en Armonía, mientras pasaba los dedos por la cicatriz que le atravesaba la cara. Había pasado tanto tiempo desde aquel triste día en que dejaron de ser hermanas. Y recordó con orgullo la muerte de Ares. El guerrero divino, vencido por sus artes de mujer, la acompañó esa noche en su lecho y la amó de nuevo, envuelto en los delicados efluvios de la amapola y la excitante ambrosía. Esta vez, ella mismo se aseguró de que Ares bebiera la droga con abundante vino, mucho vino. Sonrió sin poder evitar excitarse al recordar cómo gozó montando sobre su cuerpo, presa del placer de la carne, y esa última sacudida, tremenda, donde casi la desmonta: Ares se vació y ella alcanzó el éxtasis como nunca soñó. Y la cara que puso el divino cuando le soltó ese "No eres digno de Armonía" y se apartó de él. Bajo los efectos de la poción, Ares comprendió su error. Pero era demasiado tarde, apenas podía moverse. La puerta se abrió y entraron cuatro guerreras prestas a darle muerte. Un venablo se hundió en su costado quebrándole las costillas, otro se hundió en su vientre atravesando su cuerpo, el tercero desgarró su espalda atravesándole el pulmón y el último abrió su ancho pecho asomando la punta ensangrentada por el esternón. Ares, aquel salvaje que la humilló, que tanto odiaba, emitió un leve jadeo y salió tambaleándose de aquella morada con los venablos clavados en el cuerpo. Ella le siguió, cubierta con lino, aún caliente del frenesí de la lujuria y con el labrys en la mano. Sonrió de nuevo recordando cómo agarró uno de los venablos que atravesaba el cuerpo de Ares y le guió hasta el foso que se hallaba en la plaza de Tríbada, donde el último de los tigres dientes de sable alzaba sus terribles colmillos al aire. Aquellas últimas palabras que le dijo al divino antes de golpearle en el cuello con el labrys: No debiste regresar nunca, sabías lo que te esperaba.

—¿Deseas unas friegas más amables que relajen tus mientes? —preguntó aquella mujer de largos velos, posánsose a su lado y acariciando su espalda.

Mirina asintió con los ojos cerrados, sin apenas moverse, notando aquellas suaves manos recorrerle la espalda, las nalgas y los muslos buscando su intimidad. Pero lejos de relajarse y disfrutar, frunció el ceño al recordar aquel grito que todo lo paró: ¡Mirina, no! Su nombre resonó con fuerza en el silencio de la noche, en su mente, en su corazón. Armonía corría hacia ella templando su poderosa espada, la espada de Ares. Y sin embargo, volvió a golpear con su labrys en el pecho de Ares, con fuerza, con rabia, y le empujó con el pie haciéndole caer en el foso. Y se giró para recibir a su hermana. Armonía saltó sobre ella lanzando un duro golpe con la espada de Ares que crujió su labrys y le marcó el rostro con el profundo corte que ahora se acariciaba. Remugó en su interior, consciente de que salvó la vida solo porque Armonía estaba más pendiente de salvar a Ares que de acabar con su hermana.

—¿Estáis bien, mi reina? Os noto tensa, ¿no disfrutáis con mis caricias? —preguntó la mujer de largos velos al ver que Mirina parecía ajena a sus favores.

—Sigue y calla —dio por respuesta Mirina. En su mente, recordó a su hermana gritando y llorando alrededor del foso, al ver a la bestia encarnizada sobre Ares. Valiente, saltó al vacío, atravesando con la fuerza de la caída el lomo de la bestia con la espada. Desde la cima del foso, pudo ver las lágrimas de su hermana, tanta pasión, tanto amor… ¡Al fin! Ares había muerto. ¿Por qué, por qué? ¡Mirina! ¿Por qué? Escuchaba gritar desde el interior del foso. Entonces supo que Armonía debía morir, pues no comprendería jamás que era necesaria la muerte de Ares por el bien de las hijas de la luna. Nunca la perdonaría. Debió acabar con ella allí, pero el foso fue rodeado por bravas mujeres, que sin saber qué estaba ocurriendo se miraban las unas a las otras. No podía acabar con la reina Armonía delante de ellas, así de tal forma, ni realmente lo deseaba, pues aún la quería, la amaba, y se alejó con la mano cubriendo la herida de su cara. Pensativa, estiró los labios: al día siguiente, Armonía había desaparecido con sus hijas.

—Mirina —susurró la mujer de largos velos.

Sus pensamientos se esfumaron al notar aquellos dedos largos presionar su intimidad, moverse con agilidad. Entonces, mientras se dejaba llevar por el placer, pensó en lo mucho que odiaba a Hipólita, en lo orgullosa que estaba de su pequeña y traviesa sobrina. ¿Por qué tuvo que regresar Ares y arruinarlo todo engendrando también a Antíope y Menalipa? ¿Por qué no siguió matando piratas tracios, inhumanos y hombres salvajes en sus malditas tierras? Ares, el maldito Ares, que hasta muerto la sacaba de sus cabales… Y encima la dejó de nuevo preñada, pariendo una niña muda indómita, ingrata y odiosa, seguro una maldición de los dioses.

Y gimió su orgasmo estirando los brazos y las piernas, arqueándose.

Capítulo 23 · EL SECRETO DE ARMONÍA

Al alba, el sonido de los cuernos militares resonó con fuerza en los pasos de las Montañas Sagradas de Pyrene. Diez mil lanceros de élite venidos de Micenas, Argos y Atenas hacían temblar el suelo que pisaban; protegidos con yelmos, petos y mallas de bronce, marchaban con sus grandes escudos a la espalda y con largas lanzas en sus hombros, buscaban oro, venganza y muerte. Bajo las órdenes de Esmirna, Deyarina y Elaya, cerca de seiscientas guerreras a caballo y un ejército de quince mil mercenarios venidos desde Anatolia, la mayoría escitas, marchaban y cabalgaban en anárquicas columnas, ansiosos por saquear el imperio de oro prometido. La reina Mirina, cabalgaba al frente acompañada por su guardia y los generales Eolo e Icario, dignos vasallos del rey Cécrope de Atenas. La expedición militar se cerraba con los carros de guerra, los de provisiones, armas, cocina e intendencia, y los que transportaban a las mujeres, sarasas y jóvenes machos para desahogo de los valientes guerreros.

La invasión había comenzado.

***

Hipólita, Menalipa y Antíope, cubiertas de guano y barro, acompañaron a la bestia hasta lo más profundo de la montaña. Llegaron a una enorme sala donde alzaron sus teas para descubrir centenares de enormes y coloridas estalagmitas y estalactitas. Al fondo, la bestia rascaba con fuerza una gran piedra sobre la que habían labrado el símbolo de la luna. Animadas, con el corazón en un puño por la emoción de aquello que pudieran encontrar, las tres hermanas empujaron la enorme piedra con esfuerzo, desplazándola a la derecha. Divisaron la entrada a una diminuta sala, hasta la que llegaban algunos rayos de luz solar a través de una grieta en el techo, por la que se filtraba el aire y se dejaba caer la vegetación rupícola alimentada por continuas gotas de agua. Al entrar, la teas delataron un viejo cofre de madera. Lo abrieron al tercer golpe de espada. Presas de la curiosidad, alzaron su tapa cubierta de polvo. Dentro relucía un vestido de telas nobles, verde esmeralda con finas sedas de colores, adornado con cuentas doradas. Inquietas, sacaron del interior del baúl un par de sandalias de cuero tintado en oro y cintas verdes; una corona de oro adornada con motivos florales sobre un hermoso trenzado con la luna en su centro, un cinturón compuesto por multitud de placas de oro coronadas por el símbolo de Ares y una larga espada de un metal extraño que poseía un brillo desconocido.

Hipólita tomó la espada, que destellaba con fuerza a la luz de la tea y reflejaba su rostro en la hoja. Con un rápido movimiento cortó el silencio, produciendo un suave zumbido. Antíope y Menalipa miraban con entusiasmo a su hermana.

Antíope se acercó y acarició el filo, la sangre brotó de su mano inocente.

—¡Ah! ¡Cómo corta! —exclamó.

—Es la espada de Ares —apuntó Menalipa.

***

Évenor cabalgaba hacia el sur en busca de refuerzos y pronto dio con una patrulla de Hipólita que, cumpliendo su voluntad, regresaba a Gadeira. Así entabló conversación con el capitán de aquellos hombres y haciéndole saber quién era y el peligro que corría Atlanta por la inminente invasión de los hijos de Zeus, exigió la lealtad debida al heredero de la Corona.

—Seguidme. Son tiempos difíciles, mi señor. Os escoltaremos ante Gadir. Es nuestro comandante y hombre cabal que escuchará vuestra palabra. Pues, si bien eres hijo de quien eres, Hipólita es nuestra reina y a ella debemos nuestra lealtad —le dijo aquel capitán.

Evenor quedó sorprendido. Hipólita no solo era reina, sino que también gobernaba con autoridad gozando de la lealtad de su ejército, mientras su autoridad como legítimo heredero de la Corona no era debidamente reconocida. Lejos de cometer acto alguno que le impidiera llegar hasta ella, agradeció las palabras del capitán y marchó a Gadeira con cierto nerviosismo y embriagado de una emoción desconocida ante la idea de encontrarse de nuevo con ella.

***

Hipólita, Menalipa y Antíope abandonaron la cueva tras sacar el cofre. Sentadas bajo el viejo roble que daba sombra a la tumba de su madre, se regocijaban admirando las hermosas vestimentas adornadas en oro y un escudo redondo, que encontraron en un lateral de la sala de roca y que ocultaba en su revés una fina daga, ambos forjados de aquel preciado metal. Hipólita dejó allí mismo su espada de cobre y se armó con la espada de Ares.

El viento trajo un olor a muerte, bien conocido para la bestia, que rugió inquieta mientras venteaba el aire con su fino olfato. Súbitamente dio un salto y desapareció entre el matorral. Las tres hermanas observaron detenidamente el bosque. No estaban solas.

Varias saetas surcaron el aire buscando el cuerpo de Hipólita.

Antíope reaccionó con agilidad y las repelió fácilmente con aquel brillante escudo hallado en la caverna, sobre el que las flechas rebotaban como frágiles cañas. Perdida la sorpresa, aparecieron ante ellas, montadas sobre caballos y vestidas de negro, la capitana Elaya y las seis guerreras que Mirina había mandado a por sus cabezas. Entonces apareció Therio, abalanzándose de un salto sobre dos de ellas, que cayeron con sus monturas. Hipólita, viendo la oportunidad, se lanzó al ataque. Antíope la siguió y Menalipa armó su arco. El brutal ataque de la bestia diezmó a

las guerreras. Therio agitaba feroz las fauces hundiendo sus largos colmillos en el pecho de una de ellas. Hipólita, con la poderosa espada, quebró la hoja de bronce y mutiló el cuerpo de la otra mujer caída. Con un certero flechazo, Menalipa sesgó una vida. Antíope volvió a demostrar su agilidad felina en combate, esquivando un golpe mortal y hundiendo su lanza en el vientre del jinete que trató de embestirla. Una de las guerreras arremetió sobre Hipólita, la cual, esquivando el golpe, la tomó del brazo haciéndola caer a tierra; donde Antíope acabó con su vida apuñalándola. La bestia se llevó por delante a la última de ellas, cuando pretendía huir. La lucha había sido intensa. Pero corta. Solo la capitana Elaya quedaba allí, montada en su caballo. Mirando sin temor a la bestia, descabalgó con su escudo y se acercó a Hipólita espada en mano.

—Veo que deseas morir. ¿Por qué? —le preguntó Hipólita.

—Ya estoy muerta, no puedo regresar sin la cabeza de la reina y a por ella voy.

—¡Ven pues y muere!

El golpeo del metal resonó en el bosque mientras Menalipa y Antíope observaban con nerviosismo. La bestia, rugiendo, rondaba a la pareja de guerreras que enfrentaban sus vidas. Pero la lucha fue corta, la espada que blandía Hipólita era terriblemente mortal: de un certero golpe partió la hoja de su rival y quebró la vida de aquella guerrera, la leal Elaya.

Hipólita quedó mirando con asombro la espada de Ares, su hoja había cortado el bronce como si nada. Menalipa observaba con amargura la sangre que recorría la hoja.

—Es poderosa, sí. No es bronce su arte —dijo Antíope.

Menalipa miró detenidamente a Hipólita. Entonces, de pronto, se acercó al cofre y, abriéndolo de nuevo, rescató la corona de oro y se la ofreció a su hermana.

—¿Has oído las palabras de esa guerrera? Me temo que no solo eres reina de Gadeira, sino también la nuestra. Todo cobra sentido. ¡Tú eres la reina de estas mujeres que quieren nuestra cabeza! ¡Hipólita, reina de las hija de la luna! —exclamó con una amplia sonrisa.

—No entiendo —dijo Hipólita.

—¿No lo ves? Armonía sabía que serías reina, porque eres su primogénita.

—¿Ella era reina? —preguntó Antíope.

—Sí. Recuerda, Hipólita: tenían que venir a coronarte o a matarte. Por lo visto hay quien ya reina y desea tu muerte —dijo Menalipa.

—¡Pues deberá esforzarse más! —exclamó Antíope, sacudiendo la sangre de su lanza.

Las hermanas miraron a las muertas mientras la bestia olfateaba los cadáveres.

—Cuando estuve revisando las tablillas de nuestra amada madre, pude ver que hablaba de un reino lejano, donde tres hermanas tuvieron que marchar, donde la primogénita es la reina de las hijas de la luna. Esa eres tú, Hipólita. ¡Tiene que ser así! Armonía no sabía que serías reina de

Gadeira, tu figura se halla coronada en sus escritos porque eres la primogénita, por eso le aseguró al sabio Epolis que serías reina por designio divino —comentó Menalipa, complacida por haber dado al fin sentido a los escritos de Armonía.

Hipólita agitó la fina corona y ante la sonrisa de Antíope, se la puso con una solemnidad fingida sobre la cabeza. Entonces cerró los ojos y sintió cómo la piel se le erizaba al rozar su cabello la corona. De pronto, el fulminante impacto de un destello estelar sobre la joya las cegó. Y la joven reina notó un intenso escalofrío de gozo y pena, de calor y frío, que recorrió con tremenda furia todo su cuerpo hasta el éxtasis. Menalipa gritó, dando un paso atrás, al ver a su hermana alzarse emitiendo un largo gemido con la corona brillando como si ardiera. Antíope quedó apoyada en el viejo roble con la boca abierta. A su vez, la bestia se alzó con rabia y lanzó un fuerte rugido que recorrió el bosque llegando hasta la acrópolis, hasta el príncipe Évenor, al que sorprendió en su camino, mientras su caballo se alzaba al aire sobre los cuartos traseros.

Hipólita, dobló las piernas cayendo de rodillas. Posó las manos sobre la tierra y estiró con fuerza los dedos. Antíope se echó sobre ella.

—¡Hipólita! ¡Hipólita! ¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien? —le preguntó preocupada, mientras Menalipa la miraba paralizada, sin salir de su asombro.

Aquel soleado día se oscureció de pronto, las nubes crujieron con fuerza y un relámpago atravesó el cielo hasta sobresaltar de su lecho a la mismísima Artemisa. Ainia, la loba, en el páramo con sus compañeras armadas, cruzó la mirada siguiendo aquel gran destello de luz y sonrió como preludio de lo que significaba. Mirina, que acababa de cruzar el río Íber con su poderoso ejército, cerró los ojos ante aquel destello mientras apretaba los dientes con rabia.

La divina heredera al trono de las hijas de la luna había hallado su corona.

Hipólita se acercó al cofre sin decir palabra alguna, tomó el cinturón y el vestido verde de cuentas de oro y se vistió con él. Se irguió con aquellas prendas y se sintió viva como no recordaba, fuerte y poderosa. Después se giró hacia sus hermanas.

—Sí, estoy bien —dijo mirando sus manos conforme las abría y cerraba lentamente.

Menalipa corrió a abrazarla.

Antíope resoplaba sin poder dar crédito a lo ocurrido.

—Debo regresar a palacio —dijo Hipólita y se colgó la espada en la espalda. Luego tomó las bridas de Zaino, mientras Menalipa la seguía. En ese momento, en el cielo volvió a lucir el sol. Las tres hermanas miraron hacia el viejo roble y pensaron en Armonía.

—Me gustaría que nos acompañaras a palacio —le dijo Hipólita a Antíope.

—Ando feliz en el bosque de nuestra amada madre. No es mi deseo abandonarlo. Marchad pues. Aquí me hallaréis siempre que queráis.

Menalipa cabalgó hacia el templo de Clito, emocionada por lo acontecido. Quería revisar de nuevo cada escrito de su madre hasta saciar por completo sus ansias de saber. Hipólita la acompañó hasta la salida del bosque y desde allí continuó su galope por las sendas de Gadeira. Antíope se quedó en el Bosque Maldito. A pesar de los ruegos e insistencia de sus hermanas, se sentía bien bajo aquel viejo roble, acompañada por la bestia.

Menalipa, a su paso hacia Atlas, paró en la hacienda de su fiel amigo Sarko. Quería recoger algunas saetas que allí había dejado para fortalecer su fuerza con puntas de bronce. Fue recibida con un fuerte abrazo.

—¡Ah, mi buen amigo Sarko! ¡Qué dichosa soy de veros!

Sarko la invitó a entrar y de inmediato le sirvió un cuenco de jugos para saciar su sed.

—Mi querida amiga, no sé si lo sabéis. ¡Evenor ha regresado! —dijo ante su sorpresa.

Menalipa se quedó muda, con los ojos abiertos como platos.

—¿Y Cronos? —preguntó de inmediato.

—Dicen que Cronos anda en su palacio, armando a su gente. Se están formando vientos de guerra y se teme lo peor en Terya, pues por sus tierras avanza un gran ejército invasor.

—¿Tenéis un caballo y mis saetas listas?

Sarko asintió y se las entregó.

Después preparó un potente caballo y se lo dio a Menalipa.

—Ten este caballo de refresco, es fuerte y resistente. Llévate también esta talega de dulces higos, te darán fuerza en el camino.

Menalipa marchó veloz hacia al reino de Terya. Ante la certeza de la proximidad de un temible enemigo, enamorada de Cronos, sintió latir con fuerza su corazón; deseaba verle, besarle.

CAPÍTULO 24 · ÉVENOR, REY DE REYES

En Gadeira, Évenor llegaba a palacio. Allí le esperaba Gadir, quien lo recibió como al heredero de la Corona. Un honor que no esperaba, dadas las circunstancias, y que le reconfortó. Pensó que Gadir podía ser hombre leal en quien confiar. Ambos pasearon por los jardines y hablaron del peligro que corría Atlanta.

—Son miles de guerreros, provistos de carros y caballería; un verdadero ejército, como jamás se ha visto. A buen paso apenas tardarán treinta días en llegar ante las murallas de Atlas. Es necesario unir fuerzas para presentar batalla con alguna opción de victoria —aseguró Évenor.

—¿Y qué has pensado? —preguntó Gadir.

—Es mi deseo partir hacia Terya con las columnas de Atlas y me gustaría poder reunir cuantos hombres se dispusieran a defender la Corona. Creo que podríamos detenerles antes de que lleguen hasta aquí y arrasen nuestras tierras. En los estrechos de las montañas del norte de Terya apenas tendrán movilidad sus unidades, por lo que no podrán envolvernos ni aplastarnos en masa. Así podríamos infringirles una posible derrota. Creo que es la única alternativa.

—¿No sería mejor esperar al invasor tras las murallas?

—Es posible, sí. Pero ello dejaría al rey Cronos y a muchos de los nuestros a merced del enemigo. Además, podrían sitiarnos durante años y arrasar Gadeira. Es necesario. No puedo permitir que, por hacer fuerte la plaza de Atlas, sea arrasada toda Atlanta.

—Te he escuchado, príncipe Évenor. Mas yo no puedo mandar mi ejército a Terya sin la orden expresa de mi reina.

—¿Hipólita?

—Sí, podéis marchar a Atlas y mandar vuestras columnas, sin temor, a socorrer al rey Cronos. Nosotros somos atlantes y nada tiene que temer Atlas de mis hombres y menos de mi reina, que será debidamente informada de vuestra visita en cuanto se halle presente.

El príncipe miró a Gadir y asintió con confianza.

No cabía duda de su lealtad hacia Atlanta, ni tampoco de su fidelidad hacia la reina.

—¿No está en palacio? —preguntó en voz baja.

—No —contestó Gadir.

Sin más que hablar, Évenor partió hacia Atlas, donde fue recibido como un héroe. Una gran multitud le siguió hasta la acrópolis. Corrió el vino y la alegría por las calles. El heredero había regresado animando aquellas almas inquietas ante los posibles advenimientos. Pero la fiesta no alcanzó la acrópolis, pues el príncipe frenó todo ímpetu y convocó Cortes de inmediato.

Andrea fue llamada por Évenor y la joven doncella no tardó en poner al príncipe al corriente de cuanto ella había sufrido, y le habló de Hipólita y Menalipa.

—Hipólita sufrió mucho, lo indecible, sola. Pero ahora es grande y nada teme —apuntó Andrea llenándose de orgullo.

—Veo que la tienes en gran estima y eso te engrandece. Siempre estaré en deuda contigo por haber guardado a Menalipa. Ahora quisiera que cuidaras de ella, pues grande es la tormenta que se avecina —le rogó el príncipe, presentándole a la pequeña de sonrojados mofletes.

—Con gusto me haré cargo de ella. ¿Quién es? —preguntó curiosa Andrea.

—Es mi hija y como a tal quiero que la trates. ¿Me harás tal favor?

Andrea asintió pese a saber que eso era imposible y tomó de la mano a la niña.

—Desde hoy será mi hermana, su suerte será la mía.

Después ambas se alejaron de las estancias de Évenor. La pequeña fruncía el ceño haciendo pucheros, volviendo la cabeza hacia atrás, viendo cómo el príncipe la despedía con la mano.

—No temas mi pequeña. Andrea cuidará de ti —le dijo con un guiño.

Évenor reunió rápidamente a los linajes reales, consejeros, nobles de las tierras de Atlanta y a los altos mandos del ejército de Atlas en la sala de Cortes del panteón de Poseidón. Hablaban, gritaban y poco dialogaban. Pero llegado un punto, todos estaban de acuerdo. Exigían que fueran repuestos sus dominios, sus riquezas y expulsada Hipólita de Atlanta. Los herederos y los descendientes de los distintos linajes proseguían su discusión sobre territorios sin entrar en razones. Tan solo los generales parecían aportar algo de sentido en aquella algarabía sin fin.

—Venga de donde venga la amenaza que se cierne sobre Atlas, ya sea de la reina Hipólita o de las fuerzas aqueas, hay que armar con razón a nuestros guerreros, proteger al pueblo, levantar defensas organizadas, preparar el abastecimiento de las tropas… Y llevar la guerra, la destrucción y la muerte, en lo posible, lejos de nuestras poblaciones —apuntó Serien.

—Son nobles palabras las tuyas, general. Pero todo ello resultará de nuestras sufridas arcas. Es mejor que salgas a derrocar a la reina Hipólita, recuperar las tierras usurpadas y hacernos con su ejército, para poder lanzarlo sobre el invasor —obtuvo por respuesta de Flevio, el mayor de los hijos de Méstor y Treita.

—Hablas con tanta holgura como vacías son tus necias palabras, digno hijo de quien eres. Quizá te valiera más vaciar tus arcas robadas al pueblo en las columnas de Atlas que sufrir el saqueo de los hijos de Zeus. ¿Y cómo piensas derrocar a Hipólita cuando bravos guerreros de nuestro ejército se enrolan en sus filas? —apuntó Azaes con tono serio.

—General ¿son ciertas esas palabras? —preguntó Évenor sorprendido.

—Sí, mi señor. Sin duda son traidores que tendrán que rendir cuentas.

—¿Traidores? Os recuerdo que varios de tus capitanes están ahora bajo sus órdenes y que mientras vuestros señores discuten por la riqueza de la tierra, Hipólita se prepara en verdad para la batalla. En Atlas continua la bonanza en la mesa con bellas doncellas, hermosos efebos en el lecho y el vino en la sangre. ¿A quiénes llamáis traidores? Me es lógico ver cómo tus soldados buscan quien los quiera llevar a la victoria ante el despropósito de sus señores —espetó Azaes.

Serien se alzó ofendido.

—Te recuerdo que mis columnas se hallan dispuestas para la lucha, bajo el mando de Atlas y si bien tienes razón en la desidia de palacio, mis hombres no necesitan traicionar a su polis para luchar hasta la muerte por ella.

Évenor se fijó en Epolis que, callado, miraba desde su asiento y se dirigió a él.

—Me han hecho saber actos horribles de Menalipa e Hipólita. Tú debes saber más de los hechos ciertos, que muchos de los que hablan.

—Mi señor, fuimos nosotros los que hicimos cosas horribles con ellas. Nos dieron su amistad, consejo y sabiduría. Nosotros, a cambio, les dimos muerte, las abandonamos y perseguimos. No puedo censurar sus actuaciones, pues es bien cierto que Treita fue la responsable de la muerte de Argan con vil veneno, atropa cierta. Yo así lo creo.

El silencio embargó la sala. Nadie alzó la voz, todos callaron.

—¿Qué sabes de Hipólita? —preguntó Évenor.

—Mi señor, su puño es firme como una roca y su ira la transforma en un demonio sin piedad. No quiero apenaros, pero no es la misma persona de quien os enamorasteis una vez.

—¿Luchará contra nosotros?

—A pesar de lo que se dice, la respuesta es no. Aunque es posible que, escuchando lo que aquí se comenta, algunos de los presentes sí deseen luchar contra ella. Por supuesto, con vuestras columnas de guerra, para intentar arrebatarle su oro y poder, que no es poco.

El silencio volvió a reinar en la sala.

—Escuchad todos —se dirigió Epolis al Consejo—. Muerto el rey Argan, el heredero legítimo de la Corona de Atlanta está entre nosotros. Pues que sea rey de reyes, orden y ley sin más demora. ¡El rey ha muerto! ¡Viva el rey!

Un silencio incómodo llenó la sala, cómplice de antiguas conspiraciones.

—¡Así sea! ¡Por Poseidón y Clito! ¡Por Atlanta! ¡Viva el rey! —exclamó Azaes.

Acto seguido, Serien y todos los generales empezaron a unirse a la proclama.

Epolis se acercó a una urna que se hallaba junto a los pilares de los cuales colgaban las leyes de Poseidón. Tomó la corona real, labrada en oro y adornada con diez joyas, una por cada hijo de Poseidón, por cada antiguo reino de la Corona de Atlanta, y se acercó a Évenor.

—Tomad, este es vuestro legado, vuestra fortuna e infortunio. Portadla con la honradez con que la lució vuestro padre, nuestros ancestros. Cumplid y haced cumplir las leyes de Poseidón. Dadnos paz, hacednos libres y traednos la cordura que nunca debimos perder.

Avanzó y la ciñó con determinación en la cabeza del príncipe.

—¡Os daré paz! ¡Pero primero será la guerra! ¡Y si he de portar esta corona, todos los hijos de Atlanta han de estar preparados para defenderla! —exclamó Évenor.

—¡Viva el rey Évenor! —gritó Azaes.

Los demás le siguieron uno tras otro, hasta resultar ser un clamor en toda la acrópolis que rápidamente se extendió por Atlas.

***

Las saetas en llamas caían prendiendo Terya de fuego y horror. Cientos de mercenarios del gran ejército de Mirina, como parte de su estrategia, asaltaban sus calles. Una población sin apenas defensas sólidas, concebida en tiempos de paz y desde la soberbia del que se siente poderoso. Ahora estacas, maderos y carros eran usados como barricadas. En las calles periféricas se enfrentaban los mercenarios contra los hombres del rey Cronos, donde se moría víctima de las armas y sus miedos. Cronos seguía con nerviosismo el signo de la batalla, temeroso de que los invasores consiguieran destruir las precarias defensas que había podido organizar. Allí debatía con sus capitanes la situación en espera de los refuerzos de Atlas, mientras se preguntaba dónde estarían Mirina, sus guerreras y los aqueos.

—Mi rey, le esperan en la sala de armas —le comunicó un oficial de la guardia.

—No tengo tiempo ahora para visitas.

—Deberíais atenderla. Viene de muy lejos para estar junto a mi rey en la batalla.

Sorprendido por aquellas palabras, Cronos se dirigió a la sala y allí, delante de él, encontró a Menalipa. Quedó mudo. Su alegría al verla cambió conforme le venció la preocupación por la batalla y la suerte que pudiera correr su amada.

—Menalipa, mi amor, ¿qué haces aquí? No es momento…

—Sí, sí lo es. Quiero luchar junto a ti y si nuestro destino es el fin, vengo preparada para ello —afirmó Menalipa cortando sus palabras y mostrándole el arco.

Ambos se abrazaron fundiéndose en un largo beso. Cronos pensó por un momento en todos los acontecimientos fatales que le habían relatado sobre Menalipa y ahora, con su amada entre sus brazos, no dudó ni por un momento que si allí se hallaba era por amor y dio por hecho que no sabía toda la verdad de lo acontecido en Atlas y Gadeira. Así pues, no preguntó nada, solo la besó una y otra vez hasta que fueron interrumpidos bruscamente por un capitán.

—Mi rey, las fuerzas invasoras han sido rechazadas de las zonas altas. Pero una columna ha conseguido entrar por el sur prendiendo fuego. Debemos contenerla o peligrará nuestro haber.

Cronos tomó su espada y salió de la sala.

Tras él corrió Menalipa tensando el arco, armado con la saeta.

Mientras tanto, Hipólita entraba en Gadeira al paso, cabalgando lentamente al aire de Zaino. A pesar de los consejos de Gadir, no era la primera vez que paseaba sin guardia por las calles de la polis. Era un día especial, había dejado sus toscos ropajes de guerrero por aquel hermoso vestido de seda verde que realzaba, todavía más, su belleza femenina. Montaba con su resplandeciente corona de oro y en su rostro, una marcada sonrisa delataba su paz interior. Lejos

quedaron los temores del pueblo ante Hipólita y todos la contemplaron de nuevo como la reina que les libró del yugo y les dio vida, y pronto, a su paso, gritaron su nombre.

—¡Viva la reina! ¡Viva Hipólita!

Gadir se asomó ante el bullicio, acercándose hasta el puesto de guardia. Viendo la escena, se sintió emocionado y bajó de inmediato para recibirla.

—Mi reina no debería andar sin guardia y menos en estos tiempos.

—Gadir, mi gran comandante, mi buen amigo, ¿cómo está la herida del brazo?

Gadir no contestó. Se hallaba absorto ante Hipólita. Su belleza había nublado su mente y aceleraba su corazón.

—¿Gadir?

—Perdón, mi reina…

Hipólita sonrió y se dirigió a la sala de juntas.

—Mi reina… Évenor ha regresado. Es rey de reyes y estuvo en palacio. Marcha a Terya con las columnas de Atlas y requiere nuestra ayuda en la lucha por salvar al rey Cronos.

Hipólita se quedó blanca, seria, muda e incluso perdió el paso. Su rostro cambió y una sensación de alegría inmensa colmó su corazón.

—¿Cuál es su enemigo? —preguntó.

—Habla de miles de soldados y una poderosa caballería de guerreras. Un temible ejército de mercenarios y aqueos, comandado por una brava mujer llamada Mirina.

—¿Cuándo marcha a Terya?

—Ya está en camino, mi reina. ¿Mandamos nuestra caballería o fuerzas de apoyo?

—¡No!

Hipólita miró seria a Gadir, que se mostraba preocupado. El rostro de la reina expresó de nuevo la amargura de la tristeza y apoyando una mano sobre la mesa, bajó la cabeza.

—¿Te alegras de su regreso?

Gadir se sintió sorprendido por la pregunta, si bien entendió enseguida el porqué la realizaba. Sintió entonces que quizá la reina, su fría y amada reina Hipólita, tenía corazón y sentía algo por él. Acercándose junto a ella, se atrevió a acariciar su cabello.

—Yo no puedo más que alegrarme de la dicha de mi reina —dijo.

Hipólita se giró y le acarició su rostro, miró la llama de sus ojos y se alejó de él.

—No, mi querido general… En Terya no se dará batalla alguna que no puedan contener. Mandar allí parte de mi ejército solo sería favorecer al enemigo, que sin duda avanzará pronto con toda su fuerza sobre Atlas. De hecho, si el enemigo amenaza Terya no es con otro objetivo que dividir nuestras fuerzas.

—Sin duda es un ardid, como antaño emplearon en Artos para asaltar Gadeira —contestó Gadir, volviendo a su postura militar.

—Ese día murió mi madre y gran parte de mí. Dime, Gadir, ¿te alegras de su regreso?

—No.

Hipólita paseó despacio hasta el ventanal de la sala. Miró al cielo mientras una suave y húmeda brisa mecía sus cabellos ocultando parte de la cara.

—Se acerca la tormenta —dijo con voz tenue—. Mantened alerta a vuestros hombres, pues el día para el que nos hemos estado preparando está cerca. Puedes marchar.

***

En Terya, el rey Cronos mantenía su lucha contra los mercenarios de Mirina. Los ataques eran constantes y habían logrado prender fuego a parte de la población. Finalmente, los asaltantes fueron contenidos en los exteriores. Su fuerza había disminuido y sus ataques se convirtieron en escaramuzas que eran fácilmente repelidas, pero que mantenía a los hombres del rey en tensión.

Menalipa empleaba con destreza el arco. Su certera puntería se convirtió en una terrible pesadilla para el enemigo. El tiempo transcurría y nada cambiaba. Pasó la noche al calor de las llamas y el día solo trajo nuevos enfrentamientos en diversas entradas a la polis.

Cronos se acercó a Menalipa para compartir sus pensamientos.

—Esto es muy extraño. Parece que no quieran entrar.

Ella, alzando su cuerpo sobre la barricada de carros, observó hacia las afueras, tensó su arco y acabó con la vida de uno de los mercenarios que corría hacia la barrera con una lanza en llamas. Luego se ocultó.

—Quizá es lo que es, sin más. No pueden entrar y ahora solo pretenden que no salgamos —le comentó a Cronos.

El rey agachó la cabeza pensando en la situación y mirando alrededor, asintió.

—Tienes razón. Su objetivo se limita a tenernos ocupados. Mirina no vendrá y si estamos aquí no podremos luchar en la gran batalla.

—¿Y dónde se dará la gran batalla? —preguntó Menalipa.

—¡En Atlas! ¡Hemos sido burlados! ¡El ejército invasor se dirige a Atlas y si Évenor está en camino para socorrernos no habrá quien la defienda! —exclamó alarmado.

—Bueno, está mi hermana —apuntó Menalipa.

—Mi querida Menalipa, no viste el colosal ejército que marcha hacia Atlas. Si no luchamos todos juntos, nada les parará y aun así dudo que podamos hacerle frente. Solo espero que Évenor no saliera en nuestro socorro. ¡Debemos marchar con nuestros lanceros hacia Atlas de inmediato!

—Pero entonces saquearán Terya.

—Al caer la noche nos iremos todos. Si cae la acrópolis de Atlanta, después vendrán a por nosotros y será nuestro fin. Terya no es nada sin Atlas.

—Pero…

—Dejaremos un pequeño contingente de hombres en las barricadas para contener a los mercenarios; las mujeres y los niños que se dirijan a las aldeas de las montañas, todos los que puedan levantar un arma nos acompañarán a Atlas.

Amparados en la oscuridad, un pequeño grupo de exploradores salió por diferentes accesos de la polis y, constatando que los mercenarios descansaban en las zonas norteñas, regresaron para informar al rey. A media noche, la población de Terya salía por el sur, como una gran procesión silenciosa, mientras por el norte algunos lanceros mantenían la atención de los mercenarios.

***

Mirina llegó a la orilla sur del Gran Tajo que cortaba la Península. En poco más de una semana alcanzaría Atlas. Allí fue informada por los exploradores de que Évenor había movilizado gran parte de las columnas de Atlas y se dirigía raudo hacia el reino de Terya.

—Perfecto, nuestra estrategia funciona. Con Évenor fuera, si las desavenencias entre Atlas y Gadeira son tan grandes como nos han informado, resultará más fácil de lo esperado conquistar todo el territorio —aseguró Mirina con cara complacida.

—Pero ¿y Gadeira? Nuestros aliados en Atlas aseguran que disponen de un gran ejército —apuntó Deyarina.

—Los exploradores no han visto nada que les haga temer y nuestra fuerza es grande. Sin las columnas de Atlas, no tienen más que hacer salvo morir. No podrán resistir ni un solo día, atacaremos al amanecer y Atlas será nuestra antes de caer la noche —asintió Mirina.

—Arrasaremos Atlas, sus hombres serán muertos, sus mujeres nuestras esclavas y su oro, nuestro. ¡Pagarán cara la sangre que vertieron en Ática! Gadeira y Terya serán presa en nuestro regreso triunfal. Atlanta quiso ser yugo y será cosecha para los hijos de Zeus —afirmó con rotundidad Icario, el general aqueo, con la mano en el mango de su espada, impaciente.

Mirina le observó y volvió su mirada sobre Eolo.

—El oro de Atlas es vuestro, pero el gobierno de toda Atlanta es mío. Y Gadeira es mía. Su reina me pertenece. No lo olvidéis —les dijo ofreciéndoles un cuenco de licor.

CAPÍTULO 25· LA FURIA DEL MAR

Tras nueve días de relativa calma, a la luz de la luna, en aquella noche tranquila, un suave chapoteo ondeaba en las calmadas aguas del Atlántico que bañaban la muralla de Atlas. Donde apenas dos pies de roca sobresalían del ancho marino. Una mano surgió de la oscuridad profunda del mar, asiéndose a la piedra entre las grietas que la debilitaban. En silencio, emergió la cabeza de Deyarina, en su mano portaba una estrecha daga y observaba su entorno con precaución. Dando un pequeño impulso, se alzó sobre la cima. Rodilla en tierra, observó felina el destino de dos centinelas, que dormitaban su guardia apoyados en la torreta. Mientras, otra valiente mujer, calada y en posición, tensó su pequeño arco con una saeta. La daga cruzó el aire silbando muerte, hundiéndose en el pecho de uno de los guardianes. El otro centinela abrió los ojos al golpe de la flecha que silenciaba la vigía. A un gesto, siete guerreras más surgieron del mar, subiendo entre las grietas, impulsándose desde el agua, tensando sus arcos y recorriendo la cima en silencio.

Amanecía en Atlas. La cálida luz del nuevo día bañaba las casas de adobe; el oro, la argéntea y el oricalco de la acrópolis brillaban al sol. Las primeras almas recorrían las calles. Afanados panaderos trabajaban en los hornos y el broncista abastecía la llama, mientras el labrador preparaba los aperos de su jornada. Las ovejas dejaban los establos para pastar en el valle y el ganadero ordeñaba plácidamente sus vacas en un día que no prometía nada nuevo.

La guardia tomaba el desayuno antes de realizar el relevo en la muralla: pan, aceite de oliva y ajo; un cuenco de leche de cabra y algo de fruta. Bromeaban y reían las gracias de siempre, limpiaban las espadas y subían sin prisa los empinados escalones de piedra hasta la cima. Cuando abrieron las puertas de la guardia y subieron a las torretas, sus rostros cambiaron. Vieron a sus compañeros de armas muertos. Unos estaban atravesados por varias saetas y otros, apuñalados o degollados. Sus cuerpos yacían en un charco de sangre. Corrieron para asomarse a la cima de la muralla y lo que vieron les heló la sangre.

Miles de soldados se encontraban en formación frente a sus puertas: carros de guerra, una nutrida caballería y cientos de guerreras con los arcos preparados, sus cuerdas tensas y el fuego adornando la punta de las flechas, aguardaban una señal.

Allí estaba Mirina, desafiante, exultante, con su labrys al aire.

Se giraron para dar la alarma, era tarde. El corte letal del metal acabó con sus vidas. La muralla había sido tomada durante la noche, en silencio, por las guerreras que se hallaban ocultas tras ellos, dándoles muerte. Pronto encontró Mirina el punto débil de Atlas en las descuidadas tierras del maltrecho rey Méstor: el puerto, donde una descuidada muralla no solo permitía el

paso del agua, sino que también quedaba al alcance de los invasores desde el Atlántico. Nadie reparó las grietas que la debilitaban, ni alzó su altura ante el creciente mar, si bien el oro de Atlas sí se usó en ornamentos y placeres. Solo unos grandes troncos de madera apuntalados la reforzaban en su parte interior. Penetrando en el mar durante la noche, las guerreras de Mirina habían podido llegar fácilmente hasta la muralla y hacerse con todo el perímetro de su cima.

Un gesto bastó para que una inmensa nube de saetas ardientes surcara el aire cubriendo el cielo y oscureciendo el amanecer ante el asombro de unos ciudadanos que, incrédulos, veían cómo se abatía sobre ellos la ira de Mirina. Miles de flechas cayeron sobre las casas de madera y barro del primer cinturón de la gran polis. La guardia fue barrida, la gente caía atravesada en las calles y las casas prendieron, humeantes, ante tal avalancha de fuego.

La alarma saltó en Atlas y el terror invadió las calles.

Nadie en la acrópolis pudo prever un ataque que no esperaban. Todos creían que la batalla contra el invasor se daría en las tierras de Terya. Évenor andaba lejos con las columnas de guerra. Con su prisa por socorrer a Cronos, la polis había quedado sin gran parte de sus fuerzas. El enemigo había esperado paciente su salida de Atlas, una marcha en ayuda de un reino que no la necesitaba. Una vez se alejaron, Mirina mandó sus tropas sobre Atlas.

Hipólita, en su palacio de Gadeira, dormía cuando las puertas de su estancia se abrieron de pronto y entró Gadir.

—¡Atlas está en llamas!

Hipólita abrió los ojos, saltó del lecho de golpe y, cubriendo su cuerpo desnudo con una fina tela, se acercó al ventanal. Una gran columna de humo, a lo lejos, precedida de una pequeña luz, anunciaba un amanecer sangriento.

Gadir le acercó una ancha capa.

—Mi reina, espero órdenes.

Haciendo caso omiso a la capa, Hipólita corrió en busca del vestido verde de su madre.

—Convoca a mis generales. El día para el que nos hemos preparado ha llegado. ¡Las tropas de Tarss! ¡Hay que desplegar nuestro ejército! —se dirigió a Gadir.

—Las patrullas avistaron grupos de aqueos cerca de Atlas y, más allá, el gran ejército que avanzaba. Quizás nos doblen en fuerza por tres veces o más… Por lo que hice llamar a Tarss y Mimi. En formación con sus hombres esperan y no deben estar lejos de Atlas. Tarss comanda la caballería y Mimi las columnas, todo se halla preparado tal y como dispuso mi reina.

Hipólita miró complacida a Gadir, preparó las vestimentas de cuero de guerra y se enfundó encima aquel precioso vestido verde. Se ciñó el cinturón de su amada madre y se ajustó sus aros

de oro en los brazos. Colocó sus manos por detrás de la cabeza y estiró su cuerpo, deslizando su largo cabello por encima de la tela. Después puso las manos en su estrecha cintura y arqueó la espalda hacia atrás. El vestido se le ajustó de manera tal que se podía distinguir claramente su esbelta figura de mujer.

Gadir la contemplaba con ternura. ¡Qué hermosa! Entonces sintió vergüenza y se giró.

Hipólita sonrió al ver que permanecía de espaldas a ella.

—Bien hecho —dijo—. Gadir ¿puedes ayudarme con los lazos de mi vestido? ¿Saben nuestros hombres su cometido?

Gadir se acercó y comenzó a anudar las correas que unían las suaves telas de seda alrededor del cuerpo de Hipólita.

—Sí, mi reina. La fuerza de nuestro enemigo como ejército organizado no parece tal. Pero como número, sí. Los aqueos marchan en columnas como pensábamos. El resto de guerreros, mercenarios sin duda, carecen de formación marcial y avanzan como horda. Aunque la caballería de mujeres guerreras parece potente.

Hipólita le dio su medalla y agachó la cabeza hacia un lado, recogiéndose el pelo entre las manos y dejando su cuello limpio a la espera de que Gadir se la anudara. El joven y aguerrido general tembló al acariciar su suave piel. Tras anudar el collar, puso sus fuertes manos en los hombros de Hipólita y decidido, besó dulcemente su cuello. Ella cerró los ojos y emitió un ligero suspiro. Pareció que el mundo se paraba. Un intenso silenció colmó el momento.

Finalmente, Hipólita reaccionó y se acercó al ventanal, como si nunca hubiera recibido tal prueba de amor y, sobre su atuendo verde, se revistió con varias defensas de cuero y un peto de malla de bronce. Se ajustó la espada de Ares sobre la espalda y, mirando al sol naciente, tomó la corona de su madre y se la ciñó.

—Parece que será un gran día —aseguró y fijó sus ojos en Gadir.

—Deberías permanecer en Gadeira. El campo de batalla no es lugar para mi reina.

Hipólita se acerco decidida, le asió por la nuca empujándole hacia ella y besó sus labios.

Ambos quedaron unidos en un largo beso de amor. Juntaron sus cuerpos y rozaron sus mejillas. Hipólita le acarició la cara con ambas manos, mientras Gadir las deslizó por su espalda estrechándola con fuerza. Apoyaron sus frentes entre sí, mirándose sin mediar palabra.

Hipólita, se separó de Gadir, acariciando su rostro.

—No conozco otro lugar para una reina que con sus hombres, brava en la defensa de su tierra. Vamos, mi general, nos esperan —asintió ella conforme salía de la habitación.

***

Las puertas de la muralla, convertidas en una gran hoguera, se calcinaban sin que nadie pudiera evitarlo. Rehechos de la sorpresa, sus habitantes trataban de organizar la defensa de la polis, rogando a los dioses que la muralla y los fosos frenasen a los invasores. Se movilizaron las escasas unidades de las columnas de Atlas que quedaron como reserva. Frente al portalón formaron los lanceros, la mayoría eran jóvenes inexpertos en la batalla que apretaban los dientes mientras por sus piernas descendía el calor del miedo, y más al escuchar cómo retumbaban las puertas, de las que saltaban llamaradas con cada golpe de ariete que buscaba tumbarlas.

La vieja piedra y la noble madera del portal no pudieron contener la ola de fuego. Un enorme tronco de pino, arrastrado por numerosos mercenarios sobre sus hombros, convertido en fuerte ariete, la tumbó. Nadie podía impedir las violentas embestidas con las guerreras de Mirina situadas sobre la muralla. Ante el empuje del ataque y aterrados por las llamas que asolaban las casas, sus habitantes huían al interior del segundo anillo, abandonándolo todo, pasando a través de las columnas atlantes que a duras penas podían mantener la formación.

Mirina actuó rápido. En cuanto penetró en el primer anillo de la polis mandó a los generales aqueos contra las columnas atlantes. El choque fue brutal. Las largas lanzas se astillaban destrozando petos, descuartizando vidas. El empuje de los hijos de Zeus, que disfrutaban del asalto como una venganza que cobrar, fue tal que pasaron por encima de los jóvenes lanceros atlantes sin piedad, machacándolos; los mercenarios barrieron por completo a los supervivientes y comenzaron a saquear y destruir cuanto quedaba en pie dentro del primer anillo de la muralla.

Mirina formó a sus arqueras en el siguiente foso y desde allí, una nueva nube de saetas ardientes comenzó a caer sobre el segundo anillo de Atlas.

Hipólita cruzó veloz con Gadir y sus capitanes el bosque, en busca de Tarss y Mimi. No muy lejos la esperaban en formación con su ejército. Llegando hasta ellos, sacó de su espalda la espada de Ares y la alzó al aire. Recorrió toda la línea de sus unidades, dejándose ver, para que todos observaran que su reina estaba allí con ellos. Zaino se alzó sobre sus cuartos traseros, relinchando y cayendo con temple.

—Llegó el día para el que tan duramente nos hemos estado preparando. Aquí están, son ellos. Quieren vuestra tierra, vuestra sangre y a vuestros hijos. Os traen miseria, guerra y muerte. Cadenas y vejación para el que sobreviva a la derrota, no más. Mi destino será el vuestro: ¡Victoria o muerte! —gritó con fuerza una y otra vez alzando su espada.

Y todos bramaron mostrando sus armas.

—¡Victoria o muerte!

Después volvió a recorrer la formación arengando de nuevo a su ejército.

—Los que antaño fuisteis esclavos y siervos, hoy sois hombres libres, respetados soldados de Gadeira. Los que ayer erais lacayos y guerreros en las tierras del norte, de Elisippos y Atlas, hoy sois los mejores soldados de Atlanta. En el hogar os esperan vuestros hijos, vuestras mujeres. No permitáis que sean otros los que acudan para robar sus vidas y ultrajar vuestra muerte. Luchad pues por vuestra tierra, por vuestras mujeres, por vuestros hijos, por vuestra vida. Yo os conduciré hasta la victoria o moriré en el empeño. ¡Muerte al invasor! ¡Victoria o muerte!

Por respuesta se escuchó un gran bramido que se cerró con vítores y aclamaciones.

—¡Viva Hipólita, reina divina!

—¡Victoria o muerte!

Gadir miró con orgullo a Hipólita, que galopaba a su lado a lomos de Zaino con la melena azabache al viento, su corona destellando al sol y la espada de Ares en alto.

—¡Mi comandante, hora es que arrecie la tormenta! —gritó Hipólita.

En Atlas, las huestes aqueas dejaban paso a la caballería de Mirina que, formada en dos largas columnas, se dirigía a galope hacía el largo puente que unía los tres anillos de la polis. Un recorrido que parecía abocado al fracaso, pues el enorme portón del segundo anillo impedía avanzar. Allí debía estrellarse aquel ataque que parecía no tener sentido alguno. Pero ante la aterradora sorpresa de los defensores de la plaza, los portales se abrieron y la pasarela cayó sobre el puente de piedra, dejando despejada la entrada a los invasores hasta el corazón de Atlas.

Los jinetes se introdujeron rápidamente, haciendo suya la plazoleta defensiva de ambos anillos y sus pasarelas. Recorrieron las calles, dando muerte a sus defensores y abriendo el camino a los mercenarios y a los soldados aqueos que, sin piedad alguna, mataban y prendían. La lucha atlante fue cruenta, dura, desgarradora, heroica… Pero ante la superioridad de aquel ejército invasor no había más victoria que morir matando.

Mirina entró acompañada de su guardia en la plaza donde se erigía la escultura de Pyrene. Allí se encontraban Deyarina y Esmirna, junto a los responsables de que se abriera el portón: los jóvenes herederos de las dinastías de Evemo, Mneseo y Diaprepes, traidores que esperaban recuperar sus tierras y títulos por gracia de Mirina y vengar su humillación con la llegada de una nueva era. Ese era su precio y ello les habían prometido por su traición mientras de placeres, oro y favores les habían colmado.

—¿Cómo voy a confiar en aquellos que han vendido a su propio pueblo? —les dijo Mirina, con cara de preocupación, resignada, levantándoles las capuchas con la punta de su espada.

Y con una mirada cómplice hacia Deyarina, lanzó sobre ellos a sus guerreras, las cuales los lancearon sin piedad.

Las casas en llamas habían hecho del primer cinturón de la polis un infierno que debilitaba la vieja muralla. Las brechas producidas en el puerto se agrandaban por momentos a causa del derrumbe de las casas. El agua empezó a entrar con fuerza, haciendo saltar grandes pedazos de piedra de la muralla, la cual todavía resistía la presión. Las gruesas maderas que frenaban la fuerza del mar sujetando los muros, ardían para convertirse en cenizas ante el fuego demoledor.

Tomada la ciudad, excepto la acrópolis, que se resistía con ferocidad en el último anillo de Atlas, Mirina ordenó una nueva formación de arqueras y la escena se volvió a repetir, esta vez sobre los templos de Poseidón y Clito. Las defensas eran duramente castigadas, los hombres se escondían detrás de un muro de piedra, para evitar ser atravesados por la nube de saetas que caía sobre ellos. Las llamas pronto se propagaron de casa en casa y los templos comenzaron a ser devorados por el fuego. El terror cundió entre la población que se refugiaba tras los lanceros del rey intentando huir de aquellos guerreros que solo buscaban muerte.

Andrea corría desesperada por el templo de Clito, sin saber dónde ocultarse, con la pequeña de rojos mofletes en sus brazos, buscando una salida.

Entonces halló a Epolis.

—¡Andrea! Acompañadme al panteón de Poseidón. Allí hallaremos un pasadizo que nos llevará más allá de la muralla, dejando atrás este infierno.

Recorrieron la calle bajo la lluvia de flechas hasta llegar al templo. Les acompañaron otras mujeres con sus hijos y algunos sacerdotes jóvenes. Dentro, vieron arder el techo de gruesos troncos de robles y maderas nobles, el oro caía fundido como lágrimas de fuego.

Un impacto sacudió a Andrea.

Epolis la miró con amargura.

Andrea avanzó gimiendo su pena, con una saeta hundida en la espalda, apretando sus dientes encharcados de sangre y abrazando fuertemente a la pequeña contra su pecho. La joven miró al anciano sabio, venció su miedo y dolor y le siguió de cerca, entrando en el templo, hasta una puerta oculta tras una falsa pared. De pronto, con un fuerte crujido, parte del techo se desplomó aplastando aquella pobre gente entre gritos, piedra y madera ardiente.

Un fuerte rugido resonó estruendoso desde el puerto. Los troncos de madera, quemados, crujieron hechos astillas y carbón. La muralla que contenía las fuerzas del mar había cedido y una enorme ola de veinte pies de altura avanzaba hacia el interior engulléndolo todo. Mirina, sorprendida por aquella nueva, se alzó sobre sí misma en su caballo y, dando media vuelta, comenzó con la retirada del grueso de sus tropas. Huyó rápido de la avalancha de agua, barro y sangre que avanzaba violentamente derruyéndolo todo. Pero parte de sus guerreros quedaron aislados en el último anillo, hostigando sin piedad la acrópolis.

—¡Salid, todos! ¡A las partes altas, deprisa! —gritaba con fuerza a unos y otros. Y galopó con sus guerreras atravesando el último puente que la alejaba del peligro. Se volvió, para observar cómo parte de sus fuerzas eran vencidas y engullidas por la inesperada ola de muerte.

El mar entraba con fuerza en casas, sacando a sus gentes por las ventanas y atravesando paredes. Convirtió las calles en furiosos torrentes llevándose consigo la violencia de la batalla, aplastando a los guerreros entre ellos, envolviéndolos en un cenagal de aguas bravas. Vencidos y vencedores, todos eran presa de aquella furia desatada. Más de un tercio de las huestes aqueas se vio sorprendida cruzando el puente, entre la muralla y el primer anillo, cayendo a los fosos, ahogándose arrastrados por el agua y el peso del metal de sus corazas y petos.

La piedra arrancada para construir el muro, las casas y los altos templos había dejado muchos huecos subterráneos que el agua inundó con fuerza devorando la arena que los rellenaba, moviendo plataformas y desplazando la tierra. Atlas se desmoronaba sobre sí misma.

Los habitantes de Atlas emprendieron una desbandada de miles de vidas errantes que buscaban la salida de aquel infierno hacia tierra firme. Huían como podían de la tragedia para caer bajo las espadas de aqueos y mercenarios o de las flechas de las guerreras de Mirina. No había tregua para ellos. Era el fin. No sabían a dónde huir, ni cómo defenderse y muchos se arrodillaron y cerraron los ojos resignados ante su cruel destino.

La ola marina, ya debilitada, se estrelló en el panteón de Poseidón tras recorrer violentamente gran parte de la polis y comenzó su resaca arrastrando los cadáveres de los guerreros, muertos en combate o ahogados, hacia el mar. Atlas se había convertido en una trampa mortal: la fuerza del agua arrastraba su suelo, las llamas consumían su techo y Mirina derramaba su sangre.

CAPÍTULO 26· LA ÚLTIMA BATALLA

Mirina se alzaba imponente sobre su caballo. Junto a ella, Icario y Eolo observaban el signo de la batalla. El bravo mar había golpeado con fuerza y Atlas se había convertido en un gran barrizal donde sus habitantes luchaban por sobrevivir. Sus miradas cómplices estaban acompañadas de una gran sonrisa. Riquezas como nunca soñaron, esclavos, hombres y mujeres, cuanto quisieran, estaban a su alcance. Atlas les pertenecía, solo era cuestión de tiempo, todo había sido más fácil de lo previsto.

De pronto, todo se torció. Una brutal lluvia de saetas impactó sobre las arqueras de Mirina y sus arcos dejaron de silbar, y sobre los aqueos y los mercenarios, que comenzaron a caer

flechados. Un ejército, cubiertos sus flancos por carros de guerra, rompió por ambos lados de su fuerza de ataque, creando confusión y muerte en las tropas invasoras.

—Mi señora, nos atacan. ¡La retaguardia peligra ante un ejército de caballería! —exclamó Deyarina llegando hasta Mirina con una saeta hundida en el costado.

—¡Hipólita! —exclamó Mirina, emocionada como si la hubiera estado esperando.

El ejército de la joven reina había llegado para detener el ataque, pero la traición y la corrupción habían impedido la resistencia de la polis hasta la llegada de la totalidad de sus tropas desde el campamento de Tarss.

Hipólita defendía Atlas ante la sorpresa de Mirina y de los ciudadanos que tanto la temieron. Sabía que aquella mujer de larga melena roja deseaba algo más: la corona de Armonía, la espada de Ares, su sangre y la de sus hermanas. Se erigía al frente de su ejército sobre Zaino, acompañada por Gadir, Mimi y Tarss. Las gentes de Atlas exclamaron su alegría al verla, una esperanza a la vida se abría y emprendieron la huida por un corredor que Tarss creó con la fuerza de su caballería. Había aplastado por sorpresa la retaguardia de aquea en todo el flanco derecho.

—¡Por aquí! ¡Corred! —gritaban los soldados de Hipólita, posicionados en línea desde la muralla hasta el bosque y alzando al aire teas vigorosas que alumbraban en el atardecer una senda.

Viendo aquella acción, el resto de las columnas aqueas emprendió un duro acoso sobre los atlantes que huían hacia la luz de las teas. Pero al llegar a una depresión del valle, el suelo cedió a lo largo de miles de pies. Cientos de guerreros cayeron en los anchos canales, que habían sido camuflados con finas maderas cruzadas y con hierba del valle. La estructura de la trampa mortal, preparada por los hombres de Hipólita para disolver las poderosas formaciones militares, soportaba el paso de varios hombres en fuga, pero no el peso de las columnas aqueas. Aquellos largos fosos tenían apenas dos pies de profundidad, de ellos asomaban estacas afiladas como dagas y emanaban un fuerte olor a brea.

Los gritos de dolor se alzaron conforme caía la noche, pues las estacas destrozaban las piernas de los soldados. Muchos eran los que caían, quedando sus cuerpos atravesados y embadurnados de brea. Los guerreros de Hipólita lanzaron teas al interior del foso y aquellos hombres se convirtieron en gritos consumidos por las llamas. Los que lograron salir, impregnados de brea y fuego, se encontraron con las jabalinas y dardos de los arqueros de Mimi. Los que retrocedían hacia la costa eran engullidos por la tierra pantanosa en aquel mortal cenagal de aguas salobres o bien eran destrozados por los carros de guerra de Hipólita. Pocos de los hijos de Zeus de aquellas columnas pudieron esquivar a la muerte.

Tras la muralla, otra certera lluvia de saetas se abatió sobre el puente que guardaba parte de la caballería de Mirina, cayendo al foso caballos y guerreras malheridas, sin escapatoria posible

ante la fuerza del mar saliente. Así fueron arrastradas por las aguas marinas, que seguían cubriendo parte de la polis y arrastrando los cuerpos de los vivos, que gritaban entre tragos de agua y barro, y de los muertos, en silencio.

Mirina frunció el ceño ante semejante contraofensiva. Pero no había usado en el ataque todos sus efectivos. Pronto se dejaría ver la magnitud de su fuerza al reorganizar de nuevo su ejército ante la muralla semiderruida de Atlas, sobre la siembra de las fértiles tierras que rodeaban la polis, para hacer frente a Hipólita. En aquel valle de muerte que se alzaba entre el bosque y la muralla, Mirina emprendió su ataque. Miles de guerreros corrieron con sus armas hacia las columnas que comandaba Hipólita. Por el centro abrían la ofensiva al menos cuarenta carros de guerra con sus lanceros y el resto de las huestes aqueas se unieron en formación para dar batalla.

Hipólita preparó a sus arqueros.

—¡Mimi, a los caballos! ¡Apuntad a los caballos de los carros!

La mayoría de las bestias que tiraban de los carros de guerra cayeron heridas, volcando y creando confusión en el ataque de los aqueos, lo que rompió sus formaciones. Siete lograron irrumpir entre las tropas de Hipólita, destrozando uno de sus costados. Entonces, Mirina dirigió a sus mercenarios por aquel mermado lado y a su vez, mandó a la caballería por ambas alas de la formación de la joven reina. Por el centro, embistió el resto de las fuerzas aqueas, tratando de envolverla y aislarla de las columnas de Mimi.

En el fragor de la batalla, con la mayoría de los carros de guerra destruidos, los mercenarios no eran gran obstáculo para la caballería de Hipólita, que destrozaba hombres y lanzas a su paso. Solo el brutal encuentro con el frente aqueo y las expertas guerreras de Mirina a caballo, frenó su avance, haciéndola retroceder entre un estallido de lanzas, bronce y cuerpos mutilados.

Mirina era incapaz de aislar a Hipólita del resto de la batalla, pues los arqueros de Mimi hacían mella entre sus guerreros, cubriendo el lado debilitado por los carros de guerra y dando una salida en combate a Hipólita. La joven reina avanzaba y retrocedía a conciencia evitando que sus columnas fueran envueltas por el ejército enemigo.

Gran parte de la desorganizada horda de guerreros orientales fue barrida por la caballería de Tarss, que seguía la lucha dentro de sus murallas, entre el barrizal. La fuerza del mar entrante había cesado, pero seguía arrastrando aquello que cubría en su resaca. Un dantesco espectáculo de barro y muerte se alzaba ante los ojos de Tarss y, viendo cómo muchos de los hombres de ojos rasgados dejaban la lucha para iniciar el saqueo de las joyas y riquezas dispersas entre las ruinas, insistió en recorrer la acrópolis para acabar con ellos.

Al ver el repliegue en Atlas de gran parte de los invasores, empujados por la caballería de Tarss, el resto de los defensores de la acrópolis, que todavía no habían podido salir, aprovecharon

para huir de la tierra que, hecha barro, se hundía bajo sus pies. Salieron rápido, combatiendo cuerpo a cuerpo con los guerreros de Mirina que de fuego y muerte habían sembrado su hogar. Muchos lograron huir hacia Gadeira, llevando maltrechos a mujeres y niños por aquel corredor protegido por las columnas y los arqueros de Mimi. Otros, valientes, quisieron luchar junto al ejército de la reina. Allí mataban, allí morían.

La batalla duró dos días con sus noches y tensas treguas no acordadas. La intervención y organización del ejército de Hipólita había acabado con las esperanzas aqueas de una rápida victoria, de un botín fácil. Lucharon sobre las ruinas de Atlas y en el campo de batalla; con ataques, horrores y retiradas que se repetían en oleadas. La batalla se extendió por el valle y la polis fue quedando en manos de saqueadores. El fuego se hizo incontrolable en las zonas que no alcanzaba el mar. Las llamas que alumbraban la noche, eran visibles a gran distancia.

Desde la piedra de granito en que un día brindaran su amor Hipólita y Évenor, Antíope observaba inquieta el cielo iluminado. Temiendo por la vida de sus hermanas, agarró su lanza y empezó a correr hacía la batalla. Pronto se cruzó con un grupo numeroso de hombres salvajes que se dirigían a Atlas, comandados por el rey Azaes, que aun odiando la batalla y su horror, no pudo soportar por más tiempo su inquietud de luchar por los suyos.

En el campo de batalla, Mirina admiraba la contundencia de la lucha de Hipólita. No salía de su asombro por el duro golpe recibido y la resistencia de la joven reina. Avanzó junto a su guardia personal hasta distinguir bien su figura. Nunca pensó enfrentarse a un ejército organizado y menos con caballería. Alzó las manos sobre su cabeza y, recogiéndose hacia atrás su larga melena roja, se fijó detenidamente en Hipólita. Sin duda había aprendido bien las artes de guerra, pues no encontraba rival digno de su espada.

—¿Es aquella mujer Hipólita? —preguntó Deyarina con la mano posada sobre la herida.

Mirina echó su cuerpo hacia delante, apoyando las manos en el lomo del caballo.

—Ella es, no cabe duda. Hija de mi hermana Armonía, sangre de mi sangre. ¿Cómo he podido cometer el estúpido error, sabiendo quién es, de subestimar a una reina hija de la luna?

Deyarina permaneció en silencio, sin atreverse a contestar.

Mirina avanzó unos metros con su caballo.

—No tienes otro objetivo en la batalla que traerme su cabeza —le ordenó.

La capitana asintió y se dirigió hacia su guardia, apretando los dientes ante el dolor que le producía la saeta que ahondaba en su costado.

Esmirna la siguió. Pero Mirina la detuvo con un gesto de su brazo.

—No, tú no. Permanecerás a mi lado.

Esmirna se sintió humillada al ser apartada de la batalla. Apretando los labios, observó con pena y rabia alejarse a Deyarina.

La superioridad numérica de las fuerzas invasoras se fue imponiendo sufridamente al alba del tercer día de cruenta muerte. La destreza de los hijos de Zeus doblegó finalmente la fuerza de choque de Hipólita, pero gran parte sucumbió en el empeño. La joven reina luchaba con la fuerza del león, mortal como ninguna, a lomos de Zaino. En su mano, la espada de Ares atravesaba escudos y petos quebrando vidas ante el asombro de propios y extraños. Era el alma de la batalla que mantenía la llama de la esperanza de Atlas. Frente a ella, Deyarina, seguida de un grupo de siete guerreras galopaba entre las destrozadas columnas defensivas, sin detenerse en lucha alguna, pues la cabeza de la reina era su único objetivo.

Mirina observaba preocupada. Aunque la batalla parecía declinarse a su suerte, estaba resultando mucho más cara de lo jamás esperado. Su propio ejército de guerreras se encontraba seriamente mermado y con ello, a su regreso, pensaba si quedaría cuestionada su autoridad entre las hijas de la luna. Aquella joven, su sobrina, tenía la culpa de que no estuviera ya en Gadeira celebrando su triunfo y preparándose para acabar con las columnas de Évenor.

Los generales aqueos ya no sonreían. Sus formaciones militares habían sido aniquiladas en gran parte, tragadas por la tierra y el mar, devoradas por la furia de aquella reina guerrera a la que llamaban Hipólita, por el fragor en la batalla de aquellos soldados a los que nunca temieron.

Gadir arrastraba su pierna herida mientras esquivaba golpes, acercándose hasta su amada reina que, sin parar de luchar, le miraba a intervalos. Entonces arremetió Deyarina, seguida por las siete guerreras. Ni Tarss ni Mimi, que luchaban por sus vidas, pudieron hacer nada por socorrerla. El empuje de los caballos embestidos por la furia de la lucha, hizo que Zaino cayera sobre su lado izquierdo. La joven reina rodó por tierra y sin soltar la espada, se levantó de inmediato. Deyarina cargó con furia, alzando la afilada hoja de su espada. Hipólita la vio acercarse, corrió hacia su atacante y apoyándose en un guerrero caído que intentaba levantarse, trepó sobre su espalda y saltó, lanzando un tremendo golpe al aire con la espada de Ares. La capitana de Mirina cayó vencida al suelo, con su hoja partida en dos, el yelmo hundido y una profunda herida que atravesaba su faz desde frente a la mejilla.

Apenas había podido Hipólita fijar su vista en ella, cuando vio un soldado que la asaltaba. Cortó en dos el escudo del guerrero, abriendo su vientre, mientras observaba a la guardia de la capitana que avanzaba velozmente. Movió la espada de lado a lado con una mano y alzó su daga con la otra. Buscó la mirada de Gadir en la batalla y le sonrió dulcemente como quien se despide,

nada podía hacer más que resistir hasta el final. En ese momento, para su sopresa y alegría, una lanza atravesó el cuerpo de una de las guerreras y una lluvia de venablos impactó en el resto. Hipólita giró su vista y vio a Antíope junto al rey Azaes y a numerosos hombres salvajes, llegaban a la batalla degollando y lanceando, feroces.

En ese mismo momento, un gran estruendo empezó a resonar de forma continua, cada vez más fuerte, llamando la atención de todos. Era la marcha de las columnas de guerra de Atlas. Por un momento, una rara tregua de unos segundos envolvió la batalla, pues invasores y defensores se volvieron para ver llegar las aguerridas huestes al mando de Évenor.

Hipólita alzó su rostro teñido de sangre, bajó su espada y avanzó un paso hacia delante; volvió levemente la cara, entreabriendo la boca, clavando su mirada sobre la loma del norte, en la que se alzaba aquella vieja encina. Évenor apareció con un estandarte en forma de águila imperial que hundió en la tierra y entre miles de guerreros, cruzó su mirada con la de ella de inmediato. Su corazón se aceleró. Con un altivo gesto y un movimiento cómplice de cabeza, se saludaron.

La llegada de Évenor, acompañado por Cronos y Menalipa, cambió el curso de la batalla rompiendo por el centro el cerco que sometía a las tropas de Hipólita.

Mirina alteró su rostro, alzando el entrecejo y resoplando al aire.

—Marchemos de este desastre sin igual, la batalla está perdida. Aun habiendo arrasado Atlas, hemos perdido nuestras fuerzas. Nada salió como debía, el rey Cécrope no debió confiar en una asesina de hombres para comandar esta empresa —aseguró Icario.

Mirina alzó su labrys y le partió el pecho, sin más, con ganas.

Eolo la miró aterrorizado y comenzó la huida cobarde a galope.

—¡Mátalo! —ordenó Mirina a su hija, que permanecía en silencio a su lado.

Esmirna tomó el arco, una saeta, lo tensó y liberó la muerte cierta.

—Hipólita es la fuerza y estrategia de Atlas; acabemos con ella y reorganicemos las tropas, esto aún no ha terminado —aseguró Mirina dedicando un marcado rostro de desprecio hacia los generales aqueos muertos. Luego se puso el yelmo, alzó su labrys y se dirigió hacia la batalla seguida de su hija y del resto de la guardia.

Évenor logró llegar cerca de Hipólita, que luchaba sin descanso junto a sus hombres. Durante un instante ambos se miraron con nostalgia, curiosidad y cierta alegría. Había pasado tanto tiempo. Ese emotivo instante fue un descuido fatal. El filo del labrys de Mirina surcó el aire hacia la espalda de Hipólita. La rápida intervención de Gadir con su espada frenó el mortal golpe, y deslizó la hoja hacia abajo obligando a Mirina a soltar la temible hacha para no perder la mano. Un brutal choque con el pecho del caballo de Esmirna dejó a Gadir traspuesto en tierra.

Mirina descabalgó y sin mostrar ninguna emoción en su rostro, desenvainó la espada e hirió en el pecho Gadir, haciéndole gemir entre temblores. Y fue a cortarle la cabeza cuando Hipólita se echó sobre ella con el corazón acelerado y la espada de Ares en alto.

—¡No, Gadir, no! —gritó.

Mirina la esquivó y se posó ante ella en guardia.

Hipólita miró a Gadir, sofocada, dolida. La sangre parecía hervirle en las venas y la ira se apoderó de su cuerpo. Se acercó a Mirina templando la espada y de sus ojos empezaron a brotar lágrimas de dolor al ver a su joven comandante malherido, sangrando en el suelo. Y resonó con fuerza el metal, dos espadas en lucha desprendían con su choque ardientes chispas de odio.

En el interior de la polis, Menalipa cruzaba el cenagal de barro y sangre en que se había convertido la hermosa tierra de Atlas. Intentaba encontrar a Epolis y salvar lo que pudiera del legado de Armonía. Pero el templo de Clito ardía pavoroso. Las llamas devoraban la ciencia, el arte y el saber acumulado durante cientos de años. Cruzó hasta las ruinas en que se había transformado el panteón de Poseidón y ascendiendo por un muro, vio el cadáver del sabio arrastrado por las aguas. Más arriba, cubierta de piedra y polvo, doblegada en la entrada de un pasadizo derruido, se hallaba Andrea, agonizando bajo grandes bloques de piedra que amenazaban con aplastarla. En sus brazos, una niña yacía con la cabeza pegada a su pecho.

—¡Andrea! —gritó y orrió hacia ella.

—Ah, Menalipa… Tienes que salvarla… ¡Es la hija de Évenor!

Menalipa, sin dar crédito a lo que oía, tomó a la niña en brazos. Entonces la pequeña comenzó a sacudirse, señalando con su mano detrás de ella. Uno de los guerreros de ojos rasgados se hallaba cerca, llenando su zurrón con el oro del templo. Al verlas se lanzó con la espada en alto sobre Menalipa, que con la pequeña en brazos no podía defenderse.

Una lanza surcó el aire atravesando el pecho del guerrero.

Menalipa se giró. Encima de una pared semiderruida se hallaba Sarko.

—Dame la mano. ¡Tenemos que salir de aquí o moriremos!

Sarko agarró a la pequeña y tras ayudar a Menalipa, que cargó a Andrea sobre los hombros, salieron por las ruinas esquivando a los saqueadores mientras Atlas se hundía por momentos bajo sus pies. Menalipa miraba a la niña que no apartaba la vista de ella, abrazándola fuerte, mientras huían del horror. Sarko se paró un momento, lágrimas brotaron de sus curtidos ojos mientras fijaba la vista donde antes se encontrara aquel barrio alegre, hogar de Mariska, ahora devorado por el fuego y tragado por las aguas marinas. Después miró a Menalipa, la cual, viendo la angustia reflejada en sus ojos, comprendió su pena, y lo abrazó.

Dos reinas luchaban sin tregua en una batalla que buscaba su fin, estudiándose, buscando alguna debilidad en su adversaria. Golpe tras golpe, las dos mujeres luchaban sin hablar. Nada tenían que decir. Matar o morir. Mirina, reina de Tríbada, e Hipólita, la joven heredera de las hijas de la luna, reina de Gadeira, se batían en un duelo a muerte. La suerte y dominio de ambas con sus armas mantuvo el combate igualado hasta que la determinación y la fuerza del metal de Hipólita hizo retroceder a Mirina, hiriéndola en el brazo, la cual se cubrió la herida con la mano y descansó un momento mientras observaba a su sobrina, aquella joven guerrera y reina, hija de su hermana Armonía, la cual se mantenía jadeando con fuerza, más que agotada, pero firme ante ella, con la espada de Ares en alto y los ojos henchidos de furia.

Mirina saltó tensando el brazo con su espada, cortando el aire. Pero Hipólita, ladeando el cuerpo y lanzando un golpe seco con la espada de Ares, quebró la hoja de Mirina. Desarmada y desconcertada, la reina de Tríbada miró a su alrededor. Ya no eran miles de hombres los que por ella luchaban, no veía victoria ni salida alguna en la batalla. Muchos de sus mercenarios y de los aqueos, vencidos o agotados, huían de la matanza o simplemente, se alejaban del lugar gimiendo, como si la lucha no fuera con ellos. Mirina había arrasado Atlas, pero no había recompensa. La empresa había sido un error y la estrategia un tremendo fracaso y resopló su frustración fijando la mirada en su sobrina y la vio hermosa, fuerte, desafiándola.

—Digna hija de tu madre, Armonía, mi amada hermana… Serás una gran reina, maldita hija de Ares, de sangre colmarás las ambiciones aqueas —dijo Mirina, sonrió de forma extraña y recogió el labrys de tierra—. Así lo vio Pitia en sus sueños y verdad ha de ser.

Una saeta traidora se clavó en la espalda de Hipólita, que alzó la vista al cielo, cayó de rodillas y clavó su espada en tierra para no caer de bruces, malherida y con la cabeza agachada. Agotada, su corona de oro se deslizó y rodó por el encenagado suelo. Tras ella, Deyarina, sangrando y sin fuerzas, soltó el arco y se derrumbó.

—O tal vez no y solo fueran sueños —murmuró Mirina. Alzó el entrecejo, se acercó hacia Hipólita moviendo de lado a lado la tremenda arma.

Évenor observó la escena desde la distancia y corrió hacia Hipólita gritando de rabia. Un destello cortó su pecho y se desplomó en el barrizal, boca abajo y sin poder moverse, preso de la muerte. Cronos saltó en su ayuda, segando el cuello de la guerrera que había malherido a Évenor. En ese momento, el choque de dos lanzas crujió el torso de Cronos. Atravesándole con sus largas puntas, Esmirna y una guerrera de la guardia lo alzaron al aire desde sus caballos hasta que las maderas de las lanzas se partieron y cayó al suelo. Todavía consiguió levantarse, tratando de recoger su espada. No pudo. Un estertor recorrió todo su cuerpo, paralizándolo. Miró las puntas

de bronce que salían ensangrentadas de su pecho, cerró los ojos y tiró de ellas hacia fuera. Las sacó de su cuerpo y las lanzó con furia al barro. Apenas podía moverse y su cuerpo temblaba.

El frío metal de Esmirna le cortó la cabeza y acabó con su agonía.

Mirina alzó al aire el labrys para cortar la cabeza de Hipólita sin piedad alguna. Entonces, en su interior algo la hizo dudar, fue como una extraña voz llena de nostalgia, y mantuvo el hacha en alto. En su mente vio a Armonía, recordó otros tiempos, y no pudo más que dar dos pasos hacia atrás, dejando respirar a Hipólita. Miró su entorno, toda la empresa iniciada se había perdido, tal cual sus ambiciones. Volvió a fijarse en su sobrina, la reina prometida, la hacedora de las visiones de Pitia, la primogénita de su amada hermana Armonía y se vio incapaz de asesinarla.

Y de pronto estalló.

—Mátalos a todos —gritó corriendo hacia ella, bajando terrible el labrys.

Sacando fuerzas de flaqueza, Hipólita se alzó y, lanzando un grito desesperado, cruzó la espada de Ares ante ella. El labrys de Mirina se partió en tres pedazos que salieron despedidos al aire. La joven guerrera, reina de Gadeira, giró su cuerpo y, extendiendo firmemente el brazo armado, hundió su espada en el pecho de Mirina, rompiendo su peto y alzándola dos palmos del suelo. Después, balanceándose hacia atrás, sacó la espada del cuerpo sin vida de Mirina y la hundió en la tierra enfangada de sangre. La reina de Tríbada se derrumbó dando estertores y, en tierra, estiró su brazo, su mano, hacia su sobrina.

—Hipólita… cabalga… libre… cumple las visiones de Pitia —tartamudeó y falleció.

Sin comprender, la joven reina se sentó, sujetándose con una mano a la empuñadura de su propia arma para no caer vencida. Con la respiración entrecortada y sangrando, miró a un lado, una y otra vez. Solo veía muerte y horror, y comenzó a llorar entre gritos.

Menalipa y Antíope corríeron hacia Hipólita, gritaban desesperadamente por su hermana que, asida a la espada de Ares, se negaba a caer. La batalla parecía haber llegado a su fin.

Entonces, del bosque surgieron al trote, en formación, un centenar de guerreras a caballo. Los hombres de Atlanta miraron con rabia y resignación su llegada y alzaron de nuevo las armas, preparándose para continuar la lucha. Sin embargo, con la llegada de las guerreras y ante el asombro de todos, la lucha terminó definitivamente. Al paso tranquilo de la caballería, la mayoría de los mercenarios guardaban sus armas y marchaban; otros atendían a sus heridos. Las valientes guerreras de Mirina, agotadas, enfundaron sus armas y miraban con cierta alegría y pena a las que acababan de llegar. Era el fin de la carnicería.

Deyarina, malherida, alzó levemente la cabeza. Esmirna corrió hasta ella, la abrazó llorando su pena y fijó la vista en Hipólita, para cerrar los ojos ante la derrota.

La caballería de las hijas de la luna pasó lentamente por aquel valle de cadáveres y lamentos. Los escitas y mercenarios que acompañaron a Mirina emprendían la retirada. Las guerreras allí quedaron todas, velando a sus heridas, llorando a sus muertas. De las huestes aqueas no salvó la vida ni un solo hombre. Buscando gloria, venganza y oro, solo hallaron lo que ofrecían: muerte.

Ainia, la Loba de las estepas, alzó la mano y las guerreras descabalgaron para atender a las que se encontraban tendidas en el campo de batalla. Solo una mujer siguió su camino, la mismísima Artemisa, que avanzó hasta llegar a la altura de Hipólita y del cadáver de Mirina. Descabalgó y por unos momentos, estudió el lugar con detenimiento y una amarga expresión. Se agachó sobre el cuerpo de Mirina, ignorando a Hipólita; le dio un largo beso de vida en sus labios y la miró con tristeza. Muerta, nada podía hacer por ella. Tras cerrarle los ojos, tomó los restos del labrys y los depositó entre sus brazos.

Un grupo de guerreras, guiadas por Ainia, se acercó y recogió el cadáver de Mirina mientras Artemisa se giraba para observar a Hipólita, que permanecía agarrada a su espada, entre sudores y escalofríos, viendo cómo se le escapaba la vida mientras luchaba por contener las lágrimas.

—¡No le hagas mal alguno! —exclamó Menalipa abrazando a su hermana.

Antíope blandió su ensangrentada lanza ante aquella desconocida de altivo porte.

Artemisa las ignoró y se acercó a Hipólita.

Menalipa avanzó hacia ella alzando su daga. La gran cazadora se volvió de forma airada y paralizó su ímpetu con tan solo extender el brazo y mirarla a los ojos. Antíope le asestó un duro golpe. Pero Artemisa lo esquivó hábilmente, sin apenas desplazar su cuerpo, y le contestó con un revés que la desplazó por seis pies.

Ainia, desde su caballo, observaba la escena con los brazos cruzados sobre la montura, sin hacer nada por Artemisa ni por los demás, a la vez que buscaba en vano la mirada de Évenor.

Artemisa respiró profundo y avanzó hacia Hipólita. Antíope se preparó para lanzarse de nuevo sobre ella. Pero Menalipa estiró el brazo con la mano abierta, indicándole que se calmara.

Nadie más se interpuso a la divina, que con ojos tristes se volvía de nuevo posando la mirada sobre Hipólita. Se sentó junto a ella, le acarició el cabello y la cara.

—Qué hermosa eres. Y qué valiente. Tienes el carácter y la fuerza de tu padre y la sabiduría y belleza de tu madre. Serás una buena reina, espero que un día puedas perdonar todo el mal que hice —le susurró.

Ainia emprendió un peregrinar entre los cadáveres que yacían en el ensangrentado barrizal. Sria, la valiente guerrera, sabiendo a quién buscaba, la guió. Saltó de su caballo con el mentón tembloroso y, agarrándole de los hombros, giró su cuerpo.

—Mi amada Ainia, esta vez no llegaste a tiempo —susurró Évenor, agonizando.

La guerrera le miró, mordiéndose el labio inferior con rabia.

La herida era mortal y lo sabía.

—Ya ves, mi amada. De nada vale la razón. Pretendía crear un reino justo, dar sentido a todo y sin embargo, nada quedará de mí, ni de mis sueños —aseguró Évenor.

Ainia le besó con dulzura.

—El mundo cambiará —dijo con ojos nublados, conforme una lágrima caía sobre la cara de Évenor—. Se alzará un reino justo y todo tendrá sentido. Marcha con orgullo y fe en el futuro, pues en mi corazón siempre te guardaré y en mi vientre germina tu semilla.

Évenor la miró, alzó su mano temblorosa, le acarició el rostro y sonrió.

—Mi amor —susurró Évenor y la besó conforme la muerte se lo llevaba.

Ainia posó su frente en la de Évenor. Suspiró fuerte tragando su pena. Sacó su daga y le cortó un largo mechón del cabello, para guardarlo en su peto, cerca de su corazón. Le besó los labios, secó sus lágrimas y se levantó alejándose del lugar, mientras Sria y dos de sus guerreras cargaban el cuerpo sin vida de Évenor a lomos de un caballo.

Ante la vigilante mirada de Antíope, Menalipa y Tarss, Artemisa miró con preocupación la sangre que brotaba del costado de Hipólita y colocó con ternura la mano sobre la herida. Sacó de su bolsa una tela áspera de hierbas que embadurnó de abundante grasa azul y pasta de regaliz, posándola en la herida. La apretó fuertemente hasta que dejó de sangrar y la cubrió con sus velos. Luego observó detenidamente la saeta que atravesaba su cuerpo y comenzó a sacarla suavemente hacia delante. Cortó su punta y la deslizó de nuevo hacia atrás. Tapó la entrada y la salida de la saeta con abundante grasa y puso sobre ella una notable cantidad de aquella tela de hierbas. Después, rasgando otro de los velos que cubrían su cuerpo, vendó la herida.

Artemisa tomó aire y levantó el rostro confuso de Hipólita, que la miraba desconcertada sin saber quién era, ni qué le hacía aquella mujer que, repentinamente, la besó dulcemente en los labios con gran intensidad, ante el asombro de todos: un beso de vida de la diosa Artemisa. La joven reina se sintió renacer por momentos, un desconocido calor inundó su cuerpo, colmándolo de vida. Su corazón empezó a latir con fuerza conforme la gran cazadora perdía el hálito vital de su propia existencia. Y Artemisa se levantó de pronto, suspirando agotada, y sin más marchó en silencio, sola, con el caballo que cargaba el cadáver de Mirina.

Ainia llegó junto a Hipólita y se acercó a Menalipa y Antíope, con un nudo en la garganta.

—Tú debes ser Menalipa, la menor, y tú Antíope. Soy Ainia. En mí tenéis a una leal amiga y en ellas, a vuestras hermanas —dijo señalando la caballería de valientes guerreras. Después se

dirigió hacia la corona de oro que permanecía en el suelo y limpiando el barro y la sangre que la manchaban, se acercó a Hipólita y la puso en su cabeza.

Hipólita, apenas consciente, sonrió.

—Ainia, amiga mía —susurró recordando su infancia conforme le vencían los párpados.

—Todo acabó, mi querida amiga —le aseguró Ainia, mientras dos lágrimas rompían en sus hermosos ojos negros.

Ante ellas pasó el caballo con el cuerpo de Évenor y el silencio se hizo infinito.

Menalipa se sintió embargada por la tristeza y vio en el rostro de Ainia la pena que arrastraba. Entonces se percató de que no veía a su amado por ningún lado.

—¡Cronos! —gritó y comenzó a andar de lado a lado sin hallar.

Ainia negó con la cabeza, con la expresión de la muerte en su cara y lágrimas en sus ojos.

—¡No! —exclamó Menalipa y salió corriendo en su busca, en dirección al lugar donde lo había visto por última vez luchando bravamente.

En su camino tropezó con Sarko, el cual la sujetó fuertemente de los brazos. Más allá, sus hombres recogían los restos de Cronos. Menalipa le miró a los ojos y Sarko agachó la cabeza y la abrazó con firmeza. La joven gritó de impotencia y rabia, y le mordió fuertemente en el hombro hasta hacerle sangrar. Él apretó los dientes aguantando el dolor y le posó su mano sobre la cabeza, intentando consolar lo imposible.

Tarss se agachó junto a Hipólita y miró a Ainia, mientras Hipólita deliraba entre sollozos.

—¿Gadir? ¿Dónde está mi general? —preguntaba una y otra vez.

—¡Hipólita!

Ayudado por Mimi, Gadir llegaba a su lado. Con el pecho herido, se agachó junto a ella, quedando frente contra frente, acariciándole su hermoso rostro bañado en sangre. Pero Hipólita ya no oía y, al fin, soltó la empuñadura de la espada y cayó inconsciente.

Una fina lluvia comenzó a salpicar las ruinas de la gran polis que seguía siendo derruida por el fuego y el mar. Gadir, aun herido, alzó entre sus fuertes brazos a Hipólita y marchó por las sendas de Gadeira. Antíope les siguió con la mirada fija en su hermana y llevando de la mano a la niña de sonrosados mofletes. Menalipa lloraba abrazada a Sarko, quien trataba de consolar su pena, con Andrea a hombros. Sin que nadie supiese su destino, Ainia marchó con el cadáver de Évenor para darle digna sepultura. Sus guerreras atendieron a los heridos sin distinción alguna y expulsaron a los saqueadores de las ruinas de Atlas. Esmirna se esforzaba en reanimar con esperanza a una agónica Deyarina. En el campo de batalla todos, hombres y mujeres, colaboraron consolando las penas de tantos y finalmente, marcharon a Gadeira, a llorar a sus muertos.

Aquel valle fértil convertido en sangriento barrizal quedó abandonado. Miles de cuerpos mutilados y sus armas quedaban como testigos mudos del horror de la guerra, de la oscura traición, de la fría venganza y la ambición desmedida; del fin de una cultura de paz y sabiduría.

Las criaturas del bosque, excitadas y hambrientas, empezaron a deambular entre los restos humanos. Un rayo cruzó el cielo y comenzó a arreciar con furia la tormenta. El viento empezó a soplar con rachas huracanadas y las embravecidas olas golpearon con dureza la costa durante toda la noche, tragándose los últimos restos de las ruinas de Atlas y la miseria de la guerra.

Desde la torre de Gadeira, la niña de rosados mofletes miraba atenta los relámpagos y se estremecía con cada trueno, mientras las lágrimas poblaban sus grandes ojos castaños.

Andrea entró con su brazo y costado vendado y la cara magullada por las heridas.

—No llores más, pequeña. Mañana saldrá de nuevo el sol, un nuevo día y podremos volar, mi querida… No, no sé tu nombre. ¿Cuál es tu nombre? No me has dicho —preguntó.

—Mis padres me llamaban Esperanza. Évenor, mi pequeña —aseguró con voz temblorosa.

—¡Mi pequeña Esperanza! ¡Mi gran Esperanza! —exclamó Andrea limpiándole el rostro.

***

Artemisa se internó en el Bosque Maldito, hasta llegar bajo la sombra del viejo roble donde se hallaba la tumba de Armonía. Lloró consciente que antaño fueron grandes amantes colmadas de felicidad. Un hombre llamado Ares las separó, un dios de guerras y males. Armonía, enamorada, quiso vivir a su lado. Y no pudo con ello, sus propios celos acabaron con aquel amor divino y ahora se lamentaba tanto por ello.

La gran cazadora enterró a Mirina al lado de Armonía. Cuando lanzó el último puñado de tierra, anochecía y la lluvia seguía cayendo. Se alejó del lugar dando una última mirada al viejo roble que guardaba las tumbas de las dos hermanas, dos reinas hijas de la luna. No se puede abonar la ambición y el odio y esperar lealtad y amor, es imposible. Artemisa se alejó al trote por las sendas del bosque. Su rostro mojado por el agua mostraba indiferencia por todo, una gran pena colmaba todo su ser.

Entocnes, un poderoso rugido heló su sangre. El caballo se alzó sobre los cuartos traseros y ella cayó al suelo encharcado. El temible dientes de sable surgió del bosque con un portentoso salto y fijó su mirada felina en la divina cazadora con un destello rojo en sus pupilas.

—¡Ares! —exclamó Artemisa y cerró los ojos con resignación, conforme la bestia saltaba sobre ella estirando las garras y abriendo sus mortales fauces.

ACTO 3
REINA HIPÓLITA

Capítulo 1
IMPERIA

Tierras de Atenas, 1527 aC.

Escupiendo maldiciones y haciendo resonar sus armas de bronce, el rey Deucalión, hijo de Prometeo, avanzaba con paso firme por los pasillos de su fortaleza en el reino aqueo de Ftia.

—¿Qué hemos de cazar con esta lluvia? —se preguntaba con enfado.

Ante la respetuosa mirada de la guardia, abrió con un golpe de mano el portón de sus aposentos e irguió el rostro, sorprendido.

—¿Quién eres, capaz de llegar hasta mí tan solo con tu belleza? —preguntó.

Una joven mujer de aspecto delgado se hallaba ante él. Su piel era pálida, como la de un muerto; el iris de sus ojos, cobrizo como el metal; sus cabellos rubios y largos, sedosos, estaban recogidos sobre su cabeza con una víbora de oro por diadema. Una capa gris la cubría en parte, ocultando la transparencia de su delicado chitón y mostrando sus pies desnudos.

El rey la contemplaba, esperando respuesta.

—Mi nombre es Pitia, bien lo sabes —aseguró la mujer—. Escucha mi mensaje, mi señor. Siempre has sido fiel a Poseidón y le has brindado lo mejor de tu rebaño, pero el pueblo aqueo ya de él se olvidó y ahora solo tiene glorias para la simpar Atenea, la divina de ojos de lechuza. Y a ella le han proclamado su amor, humillando al señor de los mares. Su cólera es fuerte y desatará una gran tormenta que todo lo devastará. Desde Occidente a Oriente caerán las aguas en las costas del Mar entre Tierras, sembrando muerte, recogiendo almas en pena. Él quería que supieras, pues no se olvida de aquellos que le veneran. Ahora ya sabes.

—Pero… —susurró Deucalión viendo alejarse a la escuálida mujer.

Ella se cubrió con la capucha y pasó ante la guardia sin que estos repararan en su presencia.

El rey Deucalión alzó su rostro y tragó saliva, el futuro de Pitia siempre es cierto.

Apenas había pasado una semana, Deucalión, nervioso, observaba desde sus aposentos el cielo, gris hasta donde alcanzaba la vista. Las nubes y la lluvia no desaparecían, por el contrario abundaban cada vez más y el sol hacía días que no se veía. El rey, que había mantenido en secreto aquella revelación, marchó esa misma tarde hacia las altas montañas del norte con su familia y pueblo. Angustiado por la pena que pudieran sufrir los reinos hermanos, finalmente, mandó una

misiva al rey Cécrope de Atenas, para que pudiera salvar la vida y avisara a Argos, Micenas, Delfos, Olimpia y a las gentes de Lacedemonia de la catástrofe que se cernía sobre ellos.

—Nuestro hermano, el rey Deucalión, nos advierte de un terrible peligro; mas no creo que sea tal pues Zeus nos protege y Atenea en guardia está. Aun así, consultado el oráculo, he rogado a Delfos que nos presente a Pitia, pues es dueña de la profecía y sin duda, ella dirá —comentó el rey Cécrope en la Corte de Atenas, reunido con los demás reyes aqueos y sus consejeros.

Aquella escuálida mujer de piel blanca y cabellos rubios, entró en la sala envuelta en su capa, descalza y seguida por una estela de aire frío, agachando la cabeza en muestra de respeto.

—Dime, Pitia, tú que nos honras con tu visita, tú que eres sabia sacerdotisa de la profecía, amante de Apolo, divina de Delfos: ¿es cierto que una gran tormenta arrasará nuestra tierra?

Pitia levantó su rostro y una lágrima recorrió su tersa piel.

—Mi señor, el cielo se oscurece como si la negra noche fuese a reinar por siempre. El agua caerá, como si de mares infinitos se tratara. El trueno bramará retumbando en los corazones de todas las criaturas de nuestra tierra, como terribles ecos de guerra. El rayo, preso de la ira de Poseidón, caerá inmisericorde, arrasando la vida. Serán siete días de terrible agonía. Muchos morirán, el destino está sellado. Así lo he visto, así será.

—¿Cómo es posible? ¿Los dioses nos dan la espalda? —preguntó exaltado Cécrope.

—Poseidón se alza en cólera. Arrasada Atlas por gloriosos lanceros aqueos, castigada la soberbia atlante, deseaba ser señor de Atenas. Pero el olivo de Atenea se lo impidió. Vuestra fue la decisión, suya es la venganza —aseguró Pitia.

El rey puso la mano en su barbilla, miró a los demás reyes y a sus sabios consejeros. En sus ojos solo se leía la incertidumbre provocada por Pitia. Ella no mentía nunca y sus visiones eran siempre futuro cierto; todos lo sabían, nadie puso en duda sus amargas palabras.

—Dime, divina Pitia, ¿hablamos de un futuro cercano o por llegar?

—Poseidón ya hundió su tridente en las aguas, el futuro es presente.

En ese momento, un poderoso rayo crujió, destellando en su recorrido hasta la Corte del rey Cécrope, haciendo temblar las columnas de piedra y los corazones aqueos.

Tierras de Atlanta, 1527 aC.

En las lejanas tierras de Occidente, las aguas del Gran Tajo avanzaban buscando la desembocadura en las llanuras del oeste de la Península. El río bajaba caudaloso recorriendo prados de abundante pasto y bosques de melojos y encinas. Con la caída del sol, extensas manadas de ciervos corrían dispersas por el inmenso pastizal. Los grandes machos bramaban su berrea con la caída de las hojas y la intensidad de las primeras lluvias estacionales. Los choques de

las enormes cuernas resonaban por doquier. Los lobos, encaramados en sus atalayas, observaban con interés a los más viejos, a los desposeídos.

Jaleando su caballo, una joven de larga melena negra y mofletes rosados apareció surcando la pradera, portando una espada cruzada en la espalda. Cubría su cuerpo con lino, un peto de malla, botas de cuero y una falda adornada con pieles de leopardo. Asido a la grupa se hallaba un carcaj y un escudo que portaba como estandarte un águila imperial. Procedía de las tierras del sur, hogar del hombre civilizado que habitaba la Península: los atlantes de Gadeira, aquellos que sobrevivieron al advenimiento de Atlas. Galopaba como alma llevada por mil demonios, alejando a las manadas de ciervas que, asustadas, se perdían en el bosque seguidas de los varetones. Los lobos erizaron el lomo y se irguieron venteando el aire antes de lanzar un penetrante aullido. La joven se lanzó con su montura al cauce del Gran Tajo, en una zona de bajo calado. Asida a las crines del animal cruzó el río, que parecía querer engullirla por momentos, y alcanzó una llanura que se fundía ante un robledal inmenso. Desde allí vio una estrecha columna de humo que se elevaba desde bosque y sonrió al verla.

Un humilde poblado se alzaba circunvalando una pequeña plaza, en su centro un árbol monumental, una higuera tan antigua como la vida misma. Algunos hombres recorrían las sendas, con pescados y haces de leña sobre sus hombros; las mujeres les acompañaban, hablando y riendo con ellos. Junto a una peña que sobresalía más allá, se mostraban varias casas de madera y adobe. Una de ellas destacaba por los adornos floreados de sus ventanales. En su puerta, una hermosa mujer de ojos azules avanzaba con una cesta cargada de moras y otros frutos del bosque. Sobre la túnica blanca que vestía, resaltaban dos bandas púrpura imperial en su cintura.

—¡Mi reina, al fin! —exclamó la joven guerrera, surgiendo por una senda.

La mente de aquella mujer chocó contra el cielo al escucharla. Los más terribles recuerdos del horror de la batalla de Atlas la golpearon: gritos de rabia, de terror y agonía; cuerpos malditos entregados a la macabra danza de la guerra, sudorosos, sangrientos y enfrentados entre sí. Sacudiéndose de sus pensamientos las trágicas escenas de muerte, fijó la vista en la joven desconocida que, apresurada, llegaba hasta su vera. Su angelical cara de rosados mofletes y esas marcas de garras en la frente, le resultaron familiares.

—Dime, ¿qué quieres? ¿Cómo has llegado hasta mí? —preguntó Hipólita, sobrepuesta de la sorpresa y tomando las bridas del caballo de la joven guerrera.

—Mi reina, el noble Tarss, dueño de tu secreto, me dio el sabio consejo de visitar al rey Azaes —contestó la joven, saltando de su cabalgadura, y clavó la rodilla en tierra.

—No hagas eso. Álzate y dime: ¿quién eres que tan osada te muestras hablando con reyes y generales? ¿Quién te manda hasta mí? —preguntó Hipólita.

—Mi reina, soy Esperanza, aunque se me conoce como Imperia, hija de Évenor, el último rey de reyes de Atlanta. Nadie me envía, fui yo quién decidió que debías estar al corriente de cuanto acontece. No sería justo que un día, cuando nada se pueda hacer, llegara hasta vuestra razón la triste tragedia que porto como nueva.

—Évenor no tuvo hija alguna, murió joven y valiente en la defensa de Atlas.

—Évenor fue mi padre como Argan lo fue de mi reina Menalipa, vuestra amada hermana. Él cuidó de mí cuando huérfana quedé. En mi cuello porto la medalla de las hijas de la luna y en mi frente y la espalda, las marcas de mi destino—. La joven desnudó su torso, marcadas cicatrices de las garras de un águila confirmaban su verdad.

Hipólita la miró reconociendo en sus rasgos aquella cara de niña que en el pasado marchaba junto a Menalipa y a su fiel amiga, Andrea, hacia las tierras de Oriente. Miró al cielo recordando con ternura a su hermana y el sufrimiento de los tiempos de intrigas y guerras. Puso la mano en el hombro de la joven, que se mantenía tan firme como inquieta ante su presencia.

—Veo que me muestras verdad, la juventud te hace osada. Yo también lo fui, te escucharé. Por favor, pasa a mi humilde morada.

Hipólita tomó a la joven del brazo y la acompañó hasta una estancia superior de su hogar. Allí se hallaba su esposo Gadir sentado en un cómodo lecho de plumas de oca, tomando un jugo de moras mientras tallaba artes de los dioses en una fina lámina de plomo. Le acompañaba su hija Armonía, una preciosa niña de cara traviesa, un terremoto para aquel hogar; y el pequeño Gadir, que había crecido fuerte y sano, al igual que su hermana. Dos sirvientes trajeron un cuenco de hierbas aromáticas y fruta tierna, que fueron ofrecidas a la joven una vez acomodada.

—Habla pues, joven Imperia. Te escuchamos.

—Mi señora, aunque somos muy pocas las que os hemos visto, todas las hijas de la luna os veneran como divina reina. Tu pueblo te ama —dijo Imperia. Luego titubeó y agachó la cabeza continuando con voz tenue—. Tu pueblo te necesita.

Gadir la miró alarmado, pues sospechó lo que aquella joven buscaba.

—No soy divina reina, solo agraciada esposa; como bien puedes ver. En las tierras de Oriente, Menalipa, mi amada hermana, se alza con la corona de las hijas de la luna: ella es en verdad tu reina —respondió Hipólita—. ¿Qué es lo que debo saber?

—Hay muerte, caos y destrucción entre las hijas de la luna.

Hipólita se levantó ante aquellas palabras, alarmada, y se acercó a sus hijos.

—Id abajo a saltar con los amigos, vamos. Enseguida prepararemos la cena y luego tarde será para jugar —les ordenó. Después, con el semblante de la preocupación, se dirigió de nuevo a Imperia—. Ahora dime qué está ocurriendo.

—Mi reina Menalipa se encuentra en lucha fraticida, una rebelión contra su poder enfrenta a las más valientes de las mujeres. Lesbos, Tríbada y Temiscira rechazan su potestad y exigen el regreso de la dinastía de Mirina, pues en nada comparten su gobierno de comercio y tolerancia.

—¿Cómo es posible tras una década de bondad? —preguntó Gadir.

—Ha sido un golpe duro e inesperado. Mantis, Iris y Empusa, tres de las hijas de Mirina, se han unido para acabar con Menalipa.

—Mi hermana ¿está bien? —repitió de nuevo Hipólita.

Un incómodo silencio recorrió la estancia.

—¡Dime! —insistió elevando el tono de su voz.

—Nadie sabe cierto su suerte. Tras la traición de Lesbos quedó presa en manos de Iris. Acudió a una cita para sellar una paz injusta, donde fue capturada en vil traición y mucho se dice, mas nada se sabe y de eso hace ya un largo año.

—¿Por qué no se me hizo llegar antes tales nuevas? —preguntó Hipólita con el semblante triste y la melancolía abrumando la belleza de sus ojos.

—Mi reina Menalipa no quería involucraros en esta desgracia. Luchó sola pues sabía de tu felicidad y no quería turbar vuestra dicha.

El rostro de Hipólita fue transformándose con un suspiro de pena.

—¿Cómo has llegado hasta nosotros? —preguntó Gadir.

—Pasé por Gadeira, pues no sabía dónde encontraros. El general Tarss en persona me recibió y me reveló, al reconocerme, donde podría hallaros —contestó Imperia.

—¿Sabe algo de esto mi hermana Antíope?

—Antíope marchó hacia Oriente, pues Tarss envió un emisario reconocible para darle la nueva: él mismo. Yo traté de localizarla, pero fui incapaz y pensé si quizá estaba buscando un mito. Tarss, a su regreso, me comentó que, apenas le relató lo que acontecía, ella tomó su larga lanza, un caballo y marchó veloz. Entonces salí en vuestra búsqueda, llegando hasta el rey Azaes.

La luz del sol rayaba el horizonte y una numerosa bandada de ánades cruzó sobre sus cabezas. Gadir se dirigió a unas pequeñas teas y las prendió con el fuego de una linterna de aceite.

—Dime, Imperia, ¿en esa guerra hay alguien que defienda a Menalipa? —preguntó.

—Sí, mi señor. Pero no es suficiente.

—Pentesilea, Ónfale y Lyssipe, ellas son grandes reinas, nunca traicionarían los designios de Armonía, nuestra madre reina —intervino Hipólita, segura de ellas, queriendo creer.

—Pentesilea, asentada en Tracia, nada ambiciona de las tierras de Anatolia y permanece lejos de la batalla. Ónfale murió años antes de la guerra, en su reino de Abasa rige ahora la voluntad de Esmirna; son tierras del emperador Huzzia, rey hitita y se mantiene neutral. En

Temiscira, Lysippe perdió la razón al hallar el cadáver de su hijo Tanais, vencido y ahogado en el río. Hoy vive llorando su pena, recluida en el templo de Artemisa bajo la influencia de Mantis. Lesbos cayó en manos de la malvada Iris y Tríbada está en poder de la horrorosa Empusa.

—Pero, entonces… ¿Quién continúa la lucha? —preguntó Gadir.

—La reina Ainia y sus lobas, venidas de las lejanas estepas de Oriente, son las únicas capaces de enfrentarse a las tropas mercenarias de las hijas de Mirina.

—¡Ainia! —exclamó Hipólita.

—Sí, y Andrea. Las demás, vencidas o temerosas, no quieren esta guerra entre hermanas. No hay unión, solo desidia. Me temo que Menalipa será sacrificada en nombre de una paz impuesta por esas malvadas mujeres. Solo la divina reina podría unificar de nuevo a las hijas de la luna y acabar con la feroz guerra que asola nuestras vidas —aseguró Imperia.

—Ella puso en tu cabeza la corona caída en la batalla de Atlas, cuando luchabas herida contra la Parca. Con su presencia se acabó el horror. Cruzó el mundo con la divina Artemisa y te dio vida, para traernos paz —apuntó Gadir.

—Sé quién es Ainia —dijo Hipólita de forma escueta.

—Iré a Oriente a luchar en tu nombre y en el mío propio, pues bien sé que Menalipa nunca nos dejaría solos ante tragedia alguna y también, que en deuda quedamos con esa valiente y noble mujer de las estepas sin fin —aseguró Gadir.

Hipólita besó a sus hijos y los abrazó de nuevo. Después posó la mano derecha en el rostro de su esposo, le acarició el pecho con la izquierda y besó sus labios dulcemente.

—No, mi querido Gadir. Soy yo la que debe ir —sentenció ella.

La noche envolvió aquel tranquilo lugar. Cenaron en silencio, en una terraza que recogía el rocío de la noche. Hipólita acostó a sus hijos y se mantuvo junto a ellos hasta tarde, velando su sueño entre cálidas miradas. Gadir se quedó sentado en la terraza, bajo la blanca luz de la luna, con la cara tensa. Imperia se alojó en una cómoda estancia y pronto, cansada del viaje como se hallaba, quedó dormida escuchando el bramido del ciervo y el melódico aullido del lobo.

Al día siguiente, el sol todavía no había salido cuando Hipólita besaba la frente de sus hijos, los arropó y salió de la habitación. Pasó junto al lecho donde dormía su esposo y se sentó a su lado, le abrazó inclinando el cuerpo sobre su espalda y permaneció así durante unos momentos. Y marchó. Gadir abrió los ojos y la observó alejarse. Se levantó, salió a la terraza y se sentó sobre el muro. No hizo más. Sabía que no debía hacer nada, por mucho que le pesara.

Hipólita bajó las empinadas escaleras de piedra y se dirigió al establo donde se encontraba su hermoso caballo, Zaino. Una mirada cruzada hacia la terraza, una sonrisa de Gadir, un suave relincho y los cascos resonaron en el silencio de la mañana.

Imperia despertó inquieta, su fino oído le delató aquel trote. Saltó apresurada del lecho, se asomó al ventanal y vio a Hipólita cabalgando. Ya no vestía de lino blanco con púrpura imperial como noble esposa, sino de cuero, seda verde y peto de malla bronceada, como temible guerrera. La joven se vistió rápido. Tropezando con la cama, recogió sus armas, tomó una manzana y mordiéndola, corrió en busca de su caballo para salir tras los pasos de su divina reina.

Gadir quedó allí lanzando un triste suspiro. El sol se alzaba bañando su rostro desencajado mientras el eco de los berridos y el choque de la cuernas resonaban de nuevo en el valle. De pronto, agarró un macetero y lo lanzó con fuerza contra la pared, reventándolo en mil pedazos.

***

El choque de dos cuencos colmados de celia resonó en la barra del Oso Tuerto. Se trataba de una cálida posada de buen beber, situada en la pequeña aldea de Catta, entre los pasos de las Montañas Sagradas de Pyrene. Una sala con gruesas mesas y largos taburetes hacía de comedor. Al fondo, una mujer rubia dormitaba bajo una cálida piel de vaca. Al lado de la chimenea, dos jóvenes enormes, de gran parecido entre ellos y toscas expresiones, bebían con ganas.

—Servidnos la penúltima, que esta tarde no tenemos que ir al bosque.

Sarri e Irras, los hermanos gemelos de ojos pequeños y papada bondadosa, eran yernos de aquel viejo de aspecto huraño, que cojeaba y que se mostraba como el amo de la posada.

—No hay más. Si no tenéis trabajo, yo os daré ardua tarea con la leña. Vamos, ayudadme a cargar el grano, tenéis que ganaros vuestra celia —les contestó de forma ruda—. ¡Vagos!

Los gemelos le siguieron tras un sonado eructo, remugando entre dientes.

El viejo era veterano de las guerras acontecidas contra los aqueos tiempo atrás. Le gustaba relatar épicas fabulosas a todo el que pasaba por su posada; historias que escuchaban al calor de la chimenea y que nadie creía. Pero que a todos agradaban y les hacían soñar.

Unos golpes sonaron en la puerta, caía la tarde. Abrió Eliana, la mayor de las hijas del viejo posadero, una joven de espléndida sonrisa, grandes senos y redonda cara.

—Busco algo de cena y descanso; un techo, alfalfa y grano para mi caballo. ¿Es posible? —preguntó Hipólita sujetando de las bridas a Zaino, ocultando las armas bajo su capa.

—Pasad, noble dama. ¡Hevia! —exclamó Eliana, llamando a su hermana.

Hipólita entró en la posada y siguiendo los pasos de Eliana, se dirigió escaleras arriba hasta una agradable habitación de ancha cama y paredes cubiertas de pieles.

—Es la única libre, dispuesta queda —dijo la posadera y salió una vez la acomodó.

—¿Es posible agua caliente? —preguntó Hipólita fijándose en una tina de maderas nobles, que permanecía al fondo de la habitación.

Atendida por las hijas de aquel hombre de relato fácil y cojera marcada, la llegada de Hipólita fue discreta y nadie se percató de su presencia. Un pequeño ventanal filtraba los últimos rayos de sol y le mostraba un paisaje encantador entre los escarpados picos de Pyrene.

—¡Señora! —golpearon en la puerta—. La cena está preparada y el agua, caliente.

—Sí, un momento, por favor —contestó Hipólita, mientras miraba su cara reflejada en la brillante hoja de la espada de Ares. En su recuerdo, la terrible batalla de tres largos días; donde aprendió a odiar la guerra, que solo le dio muerte y tragedia. Ahora se hallaba dispuesta a matar de nuevo, a liberar la fiera que llevaba dentro tantos años encerrada.

—Ainia, mi querida amiga, marchaste con el cuerpo de Évenor y nada hablaste conmigo. ¿Por qué? —se preguntó con un susurro. Luego guardó la espada bajo el lecho, sacó una fina túnica de lino y se la puso encima—. ¿Cómo te atreviste a arrebatarme tal honor?

De nuevo, unos golpes en la puerta desviaron sus pensamientos.

Eliana esperaba, acompañada por su hermana.

—¡Adelante!

—La montura está a buen recaudo y la cena servida: pechuga de ave acompañada de ricas legumbres —aseguró la posadera, mostrándole la pitanza.

Mientras cenaba, el agua caliente para el baño era depositada en la tina. Las hermanas sonreían observando cada detalle de sus pertenencias y aderezos. Bien oculta la espada y demás artes de guerra, daba la sensación de ser una noble dama, tal vez adinerada.

—¿Adónde se dirige la señora? ¿Espera a alguien? ¿Más agua? —preguntó Eliana.

—Sí, por favor, un poco más de agua —apuntó Hipólita como única respuesta y tras acabar la cena, desnudó su cuerpo ante la tina de agua caliente. Luego se introdujo en ella y se sentó dejándose cubrir hasta el cuello.

Eliana comenzó a enjabonarla y aclarar su cabello, mientras Hevia recogía los cubiertos y dejaba cerca de su alcance varias toallas de gruesa tela.

—Veo que no eres muy habladora —insistió la posadera.

—Discúlpame, el viaje ha sido largo —comentó Hipólita.

—No te preocupes, lo entiendo. Pero no deberías cabalgar sola por estas tierras.

Hipólita acomodó su cuerpo, relajó su mente y se dejó hacer. Cerró los ojos y quedó dormida presa del cansancio y los sabidos masajes que Eliana le proporcionaba en el cuello.

—¿Has visto la cicatriz de su hombro? Pobre mujer, ¡cuánto habrá sufrido! —comentó Hevia en voz baja, mientras Eliana se secaba las manos.

Después, sin rubor alguno, las dos hermanas comenzaron a mirar entre la ropa. Hevia pronto vio el bulto que había bajo la cama y se agachó curiosa, estirando la mano.

—¿Qué hacéis que no bajáis? —preguntó el amo de la posada abriendo la puerta, interrumpiendo el registro. Allí vio a Hipólita, durmiendo en la tina, entre los vapores del agua caliente que caldeaban la habitación, y a sus hijas revisando prendas.

—Estábamos atendiéndola, padre. Ya bajamos. Llegó esta misma tarde, se la ve agotada, viene cabalgando desde lejos —contestó Eliana.

—Bajad y ayudadme con la salvajina y dejadla descansar. Os tengo dicho que no curioseéis entre las pertenencias de los viajeros. ¡No aprendéis! —las reprendió el posadero.

La puerta se cerró e Hipólita quedó sola, dormida en la tina de viejas maderas.

Avanzada la noche, el viento comenzó a soplar con fuerza, silbando entre los recovecos de la posada. El cielo se cubrió de nubes y las estrellas se perdieron. Un poderoso rayo hizo temblar el firmamento y despertó de golpe a Hipólita, que yacía desnuda dentro de la tina. El agua había perdido su calor y sintió frío. Se levantó, se cubrió con las gruesas toallas que le habían preparado las curiosas posaderas y se acercó hasta la ventana. La lluvia caía con fuerza creando pequeños torrentes de barro entre las casas de la aldea y frunció el ceño, contrariada.

El diluvio del gran Deucalión había comenzado.

Capítulo 2
LA POSADA DEL OSO TUERTO

Desata una tormenta sin igual, el cielo gris parecía fundirse con la tierra. Acompañada de fuertes ráfagas de viento, la lluvia formaba ríos y lagunas imprevisibles. Eran miles las personas que sufrían la virulencia tempestiva desde el bravo Atlántico hasta más allá de las tierras de Ática.

En los pasos elevados de Pyrene, a salvo de las crecidas, la posada del Oso Tuerto estaba atestada de gente. La lluvia incesante había congregado a muchos en la barra y a otros en las mesas. Entre tragos y dichos, hablaban del mal tiempo que se había desatado. La puerta se abrió y la figura de una guerrera se recortó al contraluz mientras un rayo partía el cielo. Su entrada provocó el silencio, no solo por sus armas, sino por su juventud. Sus ropas de pieles pardas y remendadas con cuentas de bronce se ceñían caladas al cuerpo. La espada cruzada en su espalda y la daga que brillaba en sus caderas adornadas de leopardo, atraían en verdad la atención.

—¡Eh! ¿No te has perdido? —preguntó Sarri, alzando un cuenco de celia.

—¡No! —respondió Imperia tras escudriñar el local. Luego se dirigió hasta la barra arrastrando la mirada de todos y depositó unos quilates de oro—. ¿Es posible un plato caliente y algo de beber? Mi caballo está fuera, con esta lluvia necesita un techo.

—No te preocupes, enseguida te preparo algo, y tranquila por tu caballo, nos ocuparemos de inmediato —contestó Eliana.

Imperia buscó a su alrededor. Ninguna cara le resultó conocida. Casi todo eran varones, excepto las hijas del viejo posadero y una mujer al fondo que, envuelta en una piel de vaca, dormitaba entre un leve ronroneo. Su rubio cabello le confirmaba que no se trataba de Hipólita.

—¡Estás helada y chorreando! ¡Si solo eres una niña! Acompáñame a la cocina. Allí podrás secar el cuerpo y calentar tu alma —dijo Eliana cubriéndola con una manta.

Hipólita, en su habitación, se cubrió con el vestido verde y se ciñó el cinturón de placas de oro con el símbolo de Ares. Luego se sentó junto al ventanal, alisándose el pelo, observando la lluvia. Pensó que su camino se vería dificultado por aquel tiempo tan hostil y frunció el ceño.

La posada se llenó más que de costumbre aquella noche. Prepararon unas brasas y carne en abundancia. El olor a asado envolvió el lugar dándole un cálido sentido familiar. La amarga celia y el dulce vino empezaron a correr por las mesas alegrando voces, calmando temores.

Imperia salió de la cocina con la ropa seca y compuesta.

—¡Aquí tienes sitio, joven guerrera! —exclamó Sarri con un airado brote de voz.

—¡Ven y comparte nuestro vino! —le siguió su hermano Irras.

—Con ellos estarás segura y por su propio bien, en nada te molestarán —le aseguró Eliana, dándole confianza—. El más feo es mi esposo, el otro es mi cuñado.

Imperia asintió alzando las cejas y observó a aquellos hombres, sin distinguir al uno del otro. Se sentó indecisa en un hueco que dejaron entre los dos y se puso a escuchar al posadero que, alegre por el vino, relataba sus batallas en voz alta para que todos escucharan.

—Coronada reina de Gadeira, la divina Hipólita defendió Atlas de las garras de la poderosa Mirina y de los impíos aqueos, que por miles invadieron nuestra tierra. Ninguno sobrevivió a su furia —aseguró orgulloso el posadero—. ¡Ah, amigos míos! Os he narrado tantas veces aquella gloria que temo aburriros. ¡Eliana, hija, sírveme un cuenco de vino que aclare mi voz!

En la posada, la algarabía cesó y todos prestaron atención al viejo dueño de la posada.

—Muy pronto, la fortuna le sonrió con un hermoso varón: el pequeño Gadir, más tarde llegaría la traviesa Armonía —continuó el viejo posadero—. Pero mi reina no vivía feliz. Su deseo era marchar, deseaba gozar en paz con sus hijos alejada de la tierra donde tanto había sufrido con la guerra y sus tragedias. Decidió dejar en regencia la Corona y el destino de las gentes que su espada salvó en manos de sus fieles generales: Tarss y Mimi. Su esposo, el bravo Gadir, la apoyó. Hipólita solo tenía ojos para sus hijos y para su amado. Y un día marcharon sin despedirse. Sus armas están enfundadas y un idílico futuro engrandeció sus sueños de paz.

—¿Qué pasó con ellos? —preguntó uno de los clientes de la posada.

—¡Desaparecieron! Y nació la leyenda. Querida por su pueblo y respetada por todos, pues nos dio libertad, ella es reina divina por siempre —contestó el posadero.

—¡Por la divina reina! —exclamaron Sarri e Irras levantando sus cuencos de celia.

La gente que llenaba la posada empezó a golpear con júbilo sus jarras sobre las mesas, pidiendo más celia, más vino y más historias. Eliana se sentó frente a Imperia y le sirvió celia de su cuenco, derramándola, en parte, por la mesa.

—¿Con quién tenemos el honor de compartir la mesa? Es costumbre que los peregrinos compartan relatos de sus viajes, para entretenimiento de todos —le dijo la amable posadera.

Imperia sintió vergüenza ante la mirada de la gente y no supo qué decir.

—Eliana, ¿no ves que se halla agotada? Espera que recobre el resuello. Mío será el relato antes de que tu padre nos cuente de nuevo cómo derrotó a las tropas aqueas él solo, con una lanza astillada y su ágil cojera —apuntó un joven de melena negra que vestía de leñador.

La risa se extendió en la posada. Al único que no le hicieron gracia aquellas palabras fue al posadero que, cojeando, meneaba la cabeza dirigiéndose hacia la barra, gruñendo dichos indescifrables bajo su poblado bigote.

Imperia se fijó de inmediato en el muchacho.

—¿Puedo, hermosa guerrera? —preguntó él, mirándola con una sonrisa canalla.

Imperia se sintió ruborizada ante aquella encantadora mirada. En ese momento pensó que toda la posada estaba pendiente de ella. No se equivocaba.

—Sí, sí… Por favor, cuenta tu historia —contestó.

—Como bien sabéis, amigos, en mi última salida tardé más de lo previsto en regresar de la cacería del jabato, pues hallé un rastro perfumado que me atrapó —expuso el joven leñador—. Y lo anduve siguiendo. Crucé el monte con mi hacha y una manzana, la más hermosa que había logrado recolectar. Me alcanzó la noche y valiente, aullé en alto para demostrar mi valor a los lobos. Pero al amparo de la oscuridad, las criaturas del bosque comenzaron a rondarme. Oí rechinar sus molares y gruñir su hambre. Confuso, me sentí perdido…

Por un momento el joven calló mientras todos le miraban intrigados. Tomó un cuenco con vino y bebió. Y lo posó lentamente, vacío, sobre la mesa, dejándose querer.

—¡Vamos! Sigue, ¿qué pasó? —espetó Sarri.

—Ante mí, apareció esa hermosa mujer a la que llaman Europa —añadió el joven, bajando el tono, dotando de intriga su relato—. ¡La divina Europa! Las criaturas de la noche huyeron ante su altiva presencia. Se acercó a mí sin tener claro si devorarme o no. La reté y sorprendida, decidió que un joven tan valiente debía vivir. Yo le regalé mi manzana y ella me confesó que jamás había probado fruta igual. Tan satisfecha se sintió que me ofreció el calor de su hoguera…

Dos hombres de porte guerrero entraron en la posada cubiertos por una capa mojada. No eran de la zona, parecían gentes del este que huían de la tormenta. No despertaron interés alguno, era común el paso de desconocidos en aquel lugar de descanso para el viajero.

—Se os ve fatigados. Bebed esta sopa caliente, os sentará bien —aseguró con gentileza el viejo posadero, haciéndoles un hueco en la repleta barra.

—¡Gracias, buen hombre! ¡Llueve a cántaros! —exclamó uno de ellos.

Cuando el desconocido alargó su brazo para tomar el tazón, el posadero se fijó en las armas que portaba bajo la capa: símbolos de dioses aqueos les acompañaban.

—¡Su dicha fue tal que nos amamos una y otra vez! —continuó el leñador—. Y me dijo aquella noche: "Yo haré de ti mi rey y serás inmortal". Estaba bellísima bajo la luz de la luna. Permanecimos abrazados durante días, saciándonos de amor y dicha.

—¿Y por qué has vuelto? —preguntó Sarri de forma irónica.

—Para contar mi relato y ser envidiado, pues rey inmortal seré. Así que… ¡Cuidado! ¡Ya sabéis a quién tendréis que rendir pleitesía en tiempos venideros! —replicó el joven.

Todos aplaudieron y de inmediato, hicieron bromas del rey leñador que se avecinaba.

Hipólita escuchaba desde lo alto de las escaleras, sentada en el borde y fuera del alcance de la vista de los demás. En su juventud había oído a Armonía hablarle de la vieja Europa, la divinidad de las tierras del norte. Pero resultaba improbable que el leñador hubiera sido atendido por ella. Todo era cuento. Sin embargo sintió cierta simpatía por el joven, desenfadado y decidido: quería impresionar a Imperia. Una sonrisa apareció en su rostro, mientras acicalaba su cabello, recordando otros tiempos en que un joven general trataba de ganarse su corazón.

—¡Es tu turno! —exclamó el leñador a la joven guerrera.

Ella negó con la cabeza.

El asado se repartía entre las mesas y los cuencos vacíos se colmaban de nuevo. Servida la pitanza, las posaderas se sentaron para escuchar. Eliana lanzó una mirada cómplice a los gemelos que rodeaban a la joven. Ante la sorpresa de Imperia, la tomaron cada uno de un brazo y la alzaron sobre el taburete. Hipólita estiró el cuello para verla. La alegría de la posada y de sus humildes gentes se contagiaba con sumo agrado. Sin embargo, los dos hombres de armas aqueas clavaron serios y con interés la mirada sobre Imperia en cuanto la vieron.

Ajena a ello, Imperia dirigió su vista de lado a lado y se sintió ruborizada de nuevo. Todos la miraban, jaleándola para que contara su historia o cualquier otra. Vio al joven leñador riendo y se sintió irritada. Pero no se echó atrás y dio por buena la acción de los dos hermanos.

—¡Tú nunca serás rey inmortal! —exclamó dirigiéndose al joven.

—Ah, nooo… ¿Y por qué? —le contestó.

—Yo sí conocí en verdad a la vieja Europa. Con ella compartí la carne de mi caballo en cierta ocasión, en su estrecha gruta, al calor de una hoguera. Bien sabido es que la vieja Europa, pues eso, que es vieja. No pudiste gozar de sus favores tal y como comentas, pues el poder de la luna le arrebataba su belleza. Así que nunca pudiste verla joven y hermosa en la noche. Me temo que nada cierto has relatado y que vuestra tardanza quizá se deba a otros menesteres más mundanos. Deberás pues conformarte con seguir siendo leñador… y mortal.

El joven la miró sorprendido, mientras la gente de las mesas reían a carcajadas.

Entonces, una voz áspera rompió el encanto de la noche.

—¡Ten cuidado, leñador! ¡En cuanto te descuides, te arrancará el corazón y lo devorará! ¿Acaso no ves que es una cachorra hija de la luna —preguntó uno de los hombres de trazos aqueos, sacando la hoja del cinto—. ¡Debe morir ya, no es más que loba traidora!

El silencio reinó de golpe en la cálida posada.

—¡Marchad! ¡En ésta, mi morada, no sois bien recibidos si vuestra actitud no deponéis! —exclamó el viejo posadero y salió de la barra cojeando con una tranca en la mano.

—Aqueos, hijos de Zeus, interesante —susurró Hipólita, curiosa ante lo que ocurría.

El leñador sacó su hacha de la cintura y avanzó, junto a los dos gemelos; desafiantes, miraron a los hombres de guerra que rompían la armonía en la posada. Imperia tomó su espada en una mano y se armó con la daga en la otra.

—No es nuestro deseo ver derramarse la sangre de nadie. Pero si así hubiera de ser, no dudéis que sería vuestra la que mancharía el suelo, no la de esta valiente mujer —aseguró el joven leñador, acercándose a Imperia dispuesto a defenderla.

—¿Quién será ese muchacho tan valiente? —se preguntó Hipólita mientras observaba en silencio cuanto acontecía. Recordó la primera vez que Gadir intervino por ella, la dejó en verdad tan sorprendida y enamorada como ahora parecía estar Imperia.

—Las hijas de la luna son presas codiciadas en la acrópolis de Atenas, más si es tan joven y bella. Estos hombres obtendrían mucho oro de los nobles por ella —aseguró el viejo posadero.

—Dejaros ya de cháchara, dadnos a la asesina de hombres y en paz estemos —apuntó uno de los aqueos estirando su brazo con la mano abierta.

—¡Antes la muerte que dejarla en vuestras sucias manos! —exclamó el joven leñador.

Imperia le miró con los ojos exageradamente abiertos y las cejas arqueadas: se sintió de nuevo sorprendida, defendida por aquel muchacho y le gustó. Y vio cómo la gente que había en la posada se dispuso contra aquellos hombres de guerra, mostrando sus trancas, hachas y dagas.

—Veo que no pensáis darnos a la lobata. No sabéis lo que hacéis, os arrepentiréis —dijo uno de los aqueos guardando la espada y retrocedió.

El otro lanzó unas cuentas de oro sobre la barra y se volvió, recogió sus cosas sin dejar de mirar a Imperia con una sonrisa malvada que no quedó perdida ante la vista de Hipólita.

—Los perros han hundido sus fauces y no piensan soltar —murmuró desde el altillo.

—¡Ya se fueron con sus malas pulgas! ¡Malditos sean! —exclamó el viejo posadero tras comprobar que los aqueos se alejaban.

Imperia, conmovida por la reacción de aquella gente que apenas conocía, suspiró y guardó sus armas. Y fijó la vista en el joven leñador: había hecho latir su corazón con fuerza.

Ahora necesitaba saber más de él.

—Veo que no eres solo un charlatán, sino también un hombre valiente. Pero no eran rivales para mí, hubiera podido acabar con ellos fácilmente —le dijo.

—Nunca lo dudé —aseguró él—. Mi nombre es Íbero. ¿Eres una asesina de hombres?

—¡No! Solo soy Imperia —aseguró ella sentándose junto a él.

Hipólita se dirigió hacia su habitación. Hevia le había subido un buen trozo de asado, parecía ser el mejor bocado que iba a probar en su vida. Cuando la posadera salió, ella entró pensando en lo ocurrido: ese instante mágico entre Imperia e Íbero. Luego se asomó a la ventana, observando el camino embarrado por el que habían desaparecido los aqueos.

—¿Cuánto tardarán en regresar? —se preguntó.

El viejo posadero avivó las llamas de la hoguera y mandó hervir hierbabuena y menta con miel para combatir el frío y dar tregua al vino. La lluvia seguía incesante. Pasaron largas horas y muchos partieron a sus hogares. Finalmente quedaron en la posada el viejo, cojeando en la barra; sus hijas, limpiando las mesas; los gemelos, asidos cada uno de ellos a un cuenco de celia; la mujer rubia, envuelta en su piel de vaca; e Íbero que, prendado de Imperia, se resistía a marchar.

—Cierto es que guardo en mis sienes recuerdos imborrables. Algunos son especiales y nunca he hablado de ellos —apuntó con orgullo el viejo posadero y se acercó a la chimenea—. Disponeros frente al fuego, pues provechando que se halla entre nosotros una hija de la luna, en su honor, es mi deseo relatar una historia que nunca antes conté.

Imperia se hallaba cansada. Pero se encontraba bien allí, junto a Íbero, escuchando. No estaba acostumbrada a la cordialidad mostrada por aquella gente, ni al calor que ello reconfortaba. Y se reunieron alrededor del fuego; excepto la mujer rubia, que seguía dormitando en su rincón.

—Fue en los últimos compases de la batalla de Atlas, entre sus ruinas anegadas. Luchaba defendiendo mi vida contra los saqueadores de Oriente, aliados de los aqueos… Contra la fuerza del mar y el fuego que todo lo devoraba…

En ese momento, unos golpes sonaron en la puerta de la posada cortando el relato.

Eliana abrió y cuatro hombres envueltos en anchas capas entraron.

—¿Es posible un tinto caliente que anime nuestras almas heladas? —preguntó uno de ellos.

—Por supuesto, pasad. Aunque es tarde, en mi humilde posada siempre hay favor para el fatigado viajero y más con la que cae —contestó el viejo posadero.

Eliana les atendió, sirviéndoles un cuenco de asado y abundante vino.

—Y allí estaba la bondadosa Menalipa —continuó el posadero—. Aquella que hoy es reina de las hijas de la luna en Oriente. En sus brazos portaba una niña de sonrojados mofletes que largas lágrimas afloraba. Un hombre salvaje pretendía sus vidas. Indefensa se hallaba Menalipa, con la muchachita a cuestas y sin defensa alguna. Aquel hombre malvado alzó sus armas contra ellas. Mi lanza salvó sus vidas, pues con él acabe de un certero lance.

Una lágrima resbaló por el rostro de Imperia que escuchaba atenta, emocionada.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Íbero.

—Tú eres aquella pequeña —aseguró el posadero señalando a Imperia.

—Sarko —murmuró ella con un nudo en la garganta.

Con un fuerte golpe, la puerta de la posada se abrió de nuevo: los aqueos habían regresado. Esta vez venían preparados, con petos y largas lanzas. Anduvieron en silencio hasta la mesa donde se hallaban los cuatro hombres que acababan de llegar.

—¿Es ella? —preguntó uno de los que estaban sentados, el más alto, y dio un último sorbo de vino, dando por acabado el asado. Luego se levantó.

—Sí. Acabad con ellos y encadenadla —contestó el aqueo.

Los seis hombres formaban un solo grupo y querían a Imperia.

—Bonita historia esa, lástima que no sirva de nada ser héroe de una guerra olvidada. ¡Dadnos a la cachorra y quizás respetemos vuestras vidas! —aseguró el jefe del grupo.

Hipólita, que se hallaba sentada en el último escalón de la escalera, escuchando las palabras del viejo posadero, observó atenta.

—¡Marchad de mi hogar antes de que la ira de Ares se abata sobre vosotros! —espetó Sarko, armándose con un tronco de la hoguera, y se dirigió hacía ellos cojeando.

—¿La ira de Ares? —preguntó uno de los aqueos entre risas—. No digas más sandeces y entréganos a la joven loba o morirás como el viejo loco que eres.

Imperia e Íbero templaron sus armas y los gemelos les siguieron.

—Estúpidos, vais a morir todos por defender a una asesina de hombres. ¿Acaso creéis que podéis enfrentaros a gloriosos soldados de Atenas? —preguntó el cabecilla aqueo.

—Veo que no habéis tardado mucho en encontrar valor y número, como buenos hijos de Atenea que sois —aseguró Hipólita mientras irrumpía en el salón, bajando lentamente por las escaleras, envuelta en aquel suave vestido verde, sin arma alguna.

—¡La ira de Ares! —exclamó el viejo posadero ante la mirada atónita de todos.

—Bien es verdad que las historias que cuenta este hombre son ciertas, al igual que el amanecer, pues allí di muerte atroz a muchos de los vuestros; tan cobardes como vosotros. Buscáis a una joven loba… Mas no os acompañará, aún tiene mucho por aprender. Pero ¿por qué conformarse con ella teniendo al alcance a la madre loba? —les preguntó Hipólita.

Los aqueos la miraron, tan impresionados por sus palabras como por su belleza.

—¿Quién eres que demuestras tanta estupidez ante mi pica? —preguntó el cabecilla aqueo.

—¡Hipólita! —exclamó Imperia avanzando dos pasos.

—¿La divina Hipólita? No, eso no puede ser. Es mito —susurró Sarri y miró al viejo posadero buscando respuesta.

—Sí, Sarri, sí. Es ella —le contestó mientras agachaba la cabeza en muestra de respeto.

Hipólita avanzó hacia los aqueos y les invitó a la lucha extendiendo su brazo. El cabecilla saltó templando su espada. La divina reina se meció hacia un lado, sin apenas menear las caderas, esquivando la estocada a la vez que le hacía presa en la muñeca. Con un gesto rápido, se la dobló hacia arriba, robándole la espada con la otra mano. El aqueo fue desarmado con la dulzura que trae la muerte súbita; cayó con un ronco gemido atravesado por su propia espada.

—¡Con tu cabeza de gloria nos alzaremos! ¡Disponte a morir! —exclamó el más joven de los aqueos, y tres de ellos avanzaron rápido.

Hipólita miró al infinito mientras notaba cómo aquella agradable sensación olvidada renacía en ella: el calor de la sangre de Ares recorrer sus venas. Esquivó el golpe del primero, robó la lanza del segundo y segó con la punta bronceada el cuello del tercero.

—Tu arma —le dijo luego al que había desarmado, hundiendo la lanza en su pecho.

Sacó la espada del vientre abierto del cabecilla aqueo y la lanzó, atravesando el cuello del primero de los tres aqueos que habían osado atacarla.

—¿Dónde están los altivos hijos de Atenea a los que he de temer? —preguntó.

—¡Te mataré! —exclamó con furia uno de los aqueos, haciendo silbar su lanza.

Con un paso rápido Hipólita esquivó el golpe y lo agarró del pecho, sacó la daga del propio cinto aqueo y se la hundió en el costado, rápido, por tres veces.

Hipólita vio el destello de la muerte surcar el aire y se agachó para notar la brisa cortada que había dejado una espada al pasar sobre ella. Se volvió y golpeó el brazo que la mantenía. La hoja de bronce cayó al suelo y, con un rápido movimiento, alzó la daga.

—¡No, piedad! —gimió el aqueo, sabiéndose muerto.

La divina reina revivió en aquel hombre acabado el horror de la guerra vivida. Se vio a ella misma, sentada y herida en el campo de batalla, asida a la espada de Ares que, clavada en el

ensangrentado lodo, la mantenía erguida. Notó de nuevo el poder del beso de Artemisa invadir cada espacio de su ser. Se sintió confusa, bajó la daga y la soltó. Luego dio la espalda al aqueo y se dirigió hacia el viejo posadero, que cojeaba acercándose a ella con una sonrisa emocionada.

El aqueo quedó contra la pared, mirándola atónito, ante sus compañeros muertos.

—¡Mi querido Sarko! —exclamó Hipólita.

Entonces vio cómo la mujer de cabello rubio que había permanecido en el fondo de la posada ajena a todo, bajo una piel de vaca, alzaba un venablo al aire y lo enviaba con fuerza hacia ella. Ni se inmutó. El afilado bronce pasó apenas a unos dedos de su cara, rozando sus hermosos cabellos y hundiéndose en el pecho del guerrero aqueo que, en vez de aprovechar la oportunidad de vida que le dio Hipólita, trató de acabar con ella traidoramente por la espalda.

—Antíope, ¿cómo estás, hermana? —preguntó Hipólita sin volver la vista atrás.

—No mejor que tú, veo que sigues en forma tras tanto tiempo.

Ambas se dieron un gran abrazo ante el asombro de Imperia y los demás.

—Creí que cabalgarías por los montes de Tirrena —apuntó Hipólita.

—Sabía que pasarías por la posada del Oso Tuerto. Dónde iba a encontrar mejor descanso una reina, sino en el hogar del viejo Sarko. Pero dime, ¿te has vuelto piadosa? No te reconozco, hermana —aseguró Antíope, invitándola a volver la vista atrás.

Hipólita giró la cara para ver al aqueo que se retorcía en el suelo, agonizando, con las manos en la herida abierta en el pecho, y se le acercó.

—Te ofrecí vida y elegiste morir —le dijo. Acto seguido agarró con firmeza el asta de madera, giró la muñeca y alzó su brazo, arrancándole el venablo y la vida.

Dirigió su vista hacia el viejo posadero y vio como todos miraban extasiados, como si fuera una divinidad. Le devolvió el venablo a su hermana, al aire. Luego se acercó y abrazó al viejo Sarko, que temblaba de la emoción.

—¡Es verdad que conoce a la divina Hipólita! —exclamó Sarri, que permanecían inmóvil, viendo a su suegro abrazado a una leyenda viva.

—Eliana, hija, trae vino… Sarri, Irras, por todos los dioses, sacad fuera esos muertos, arrojadlos por el barranco del Quebrantahuesos. ¿Qué necesitáis de mí, mi reina?

—Mi buen amigo, no te preocupes. Mañana partiré hacia Oriente —señaló Hipólita.

—¿Con esta tempestad que nos azota? —apuntó Sarko.

—Me temo que sí —aseguró la divina reina. Luego saludó a Imperia y se plantó ante Íbero, le observó con sus profundos ojos, examinándole como si analizara su alma y le posó la mano sobre el hombro—. Eres un valiente, serás un buen hombre, digno de una gran mujer.

La intensidad de la lluvia hizo que Hipólita, Antíope e Imperia permanecieran en la posada hasta el mediodía, tiempo en el comenzaron a preparar su salida.

—Los aldeanos de la zona me traen ofrendas. ¿Seré en verdad una diosa? —se preguntó Hipólita, mientras observaba caer el agua a través de la ventana de su habitación.

—¿Una diosa? Para mí eres mi amada hermana, cuando no mi odiada hermana. No más. ¿Y esa temeridad de acometer una lucha a muerte sin arma alguna? —preguntó Antíope.

—Eran simples mortales —contestó Hipólita alzando su brazo solemnemente.

Las dos hermanas se miraron por unos segundos, enfrentando la seriedad de Hipólita con la incredulidad de Antíope ante tales palabras y de pronto, estallaron las dos entre risas.

—Después de tanto tiempo sin entrar en batalla, he notado de nuevo la sangre de Ares recorrer mis venas, me he sentido tan llena de vida —aseguró Hipólita—. Es una sensación solo comparable al amor que siento por Gadir y mis hijos. ¿Es eso ser una diosa?

—Quizá lo sea, hermana. Pero reflexiona sobre los que te veneran: ¿te adoran por ser divina de corazón o por tu destreza en combate? Más bien parece ser por lo segundo y eso, créeme, ni es amor ni te convierte en divina.

Preparada la marcha, decidieron comer algo antes de partir. Así, almorzaron las tres hijas de la luna con Sarko, en la habitación de Hipólita, a salvo de curiosos inquietos y adoradores devotos. Hablaron de sus antiguas vivencias y de las nuevas por vivir. Pero especialmente del camino que debían tomar para llegar hasta Oriente esquivando a los aqueos.

—Podríais quedaros unos días más, sabéis de sobra que este es vuestro hogar. No es necesario que os lo diga. Las nuevas que llegan del valle y las costas son horribles: esta lluvia sin fin lo está arrasando todo, el camino no será fácil —apuntó Sarko.

—Lo sabemos, viejo amigo. Pero tenemos que partir sin más demora. Menalipa sufre y nada sabemos de su suerte —contestó Hipólita.

Sarko dio un respingo hacia atrás y sus cejas se curvaron.

—Decidme qué ocurre con Menalipa —exigió con voz respetuosa.

—Una guerra asola las tierras de Oriente. Tememos por su vida —le explicó Imperia.

En ese momento dos golpes sonaron en la puerta de la habitación y se entreabrió.

—Soy Íbero, perdonad, mi señora; estaba abajo, quería saludar antes de marchar.

—Pasa, pasa, ¿a dónde vas con lo que llueve? —dijo Hipólita, percatándose de la mirada furtiva de Imperia y del rubor que inundaba a la joven.

—Se ha hecho tarde, mi cabaña está lejos; en el bosque…

—Siéntate, Sarko te prestará acomodo. No quisiera que te encontraras con la vieja Europa con el agua que arrecia y sin manzana que ofrecer —dijo Antíope provocando las risas de todos.

En las cuadras, Hipólita, Antíope e Imperia se preparaban para marchar. No había más tiempo que perder, aunque parecía que nunca dejaría de llover.

—Os acompañaré —aseguró el viejo Sarko, acercándose dispuesto—. Menalipa salvó mi vida ante aquel horrible oso tuerto, a ella le debo todo cuanto soy, la posada, mis hijas y vuestra gracia. Le hice una promesa y debo cumplir: por ella lucharé hasta la muerte.

Tras él salieron sus hijas y los hermanos gemelos.

—No vayas, no tienes edad de guerrear y esa cojera en nada ayudará —le rogó Hevia.

—Padre —suspiró Eliana.

—Hijas mías, ya viví mi tiempo y doy por buena mi muerte si con ello alivio una sola lágrima de Menalipa, pues a ella todo le debemos. Y no lo he olvidado.

—¡Viejo testarudo, huérfanas nos dejarás! —exclamó Eliana, abrazada a Hevia.

—No os preocupéis, mi señor. Nosotros cuidaremos de ellas y de la posada —le contestó Sarri, con un orgullo y respeto con el que nunca le había hablado antes.

—Yo también marcho con mi divina reina —aseguró Íbero mostrando un viejo caballo, un saquillo de víveres y su hacha.

—No tienes que acompañarnos. Eres humilde leñador, joven e inexperto en la guerra. Ni tan siquiera cabalgas, sería un error permitir tu compañía —dijo Hipólita.

—Soy un humilde leñador, pero es mi intención acompañaros. Creo que el error sería no servir a mi reina ahora que tengo opción. Liberaste a nuestro pueblo…

—Ya veo. No quieres separarte de Imperia —dijo Hipólita buscando la verdad.

Imperia se hizo la desinteresada, aunque en verdad prestó toda su atención para escuchar a Íbero, el cual miró a Hipólita sin poder articular palabra alguna.

—Bien, ella decidirá pues si desea tu presencia. Pero te advierto que los aqueos tenían razón: mi cachorra es una loba y como tal, devorará tu corazón —asintió Hipólita.

Imperia se sintió especialmente violentada: allí tenía a Hipólita, a Antíope, a Sarko y sus dos hijas, a los gemelos y al propio Íbero mirándola en espera de ¿una velada declaración de amor? Y eso no podía ser.

—Mi reina tiene razón: la guerra no es para ti, leñador. No quisiera sentirme culpable de lo que pudiera acontecer —afirmó rotunda, ante la desesperación del joven.

Antíope tomó el saquillo que el muchacho había preparado sobre el viejo caballo y lo dejó en el suelo, delante de él, a sus pies. Después tomó las bridas, le hizo una mueca de resignación al joven y se alejó al trote llevándose su montura.

Íbero quedó desconsolado, viendo como marchaban, bajo la lluvia, sin resignarse.

Capítulo 3

EL CORAZÓN DE IMPERIA

Hipólita, Antíope e Imperia trotaron durante días montaña abajo, acompañadas por Sarko, la neblina y la incesante lluvia. Atrás dejaban la Península y la posada del Oso Tuerto. Se adentraron en las tierras de la vieja Europa, pues la Camarga estaba transformada en un mar. Llegados a los montañosos Alps y pasadas las costas de Tirrena, cabalgaron sobre tierras aqueas, donde la lluvia se volvía en ocasiones tan torrencial como nunca habían conocido.

No había parado de llover ni un solo día, la tierra se confundía con el agua barrosa. Los caballos hundían a menudo las patas delanteras hasta el cuello y las caídas eran continuas. La caza y la recolección resultaban difíciles o imposibles de llevar a cabo con éxito; y las aldeas, desoladas e inundadas, estaban deshabitadas. La población huía hacia las tierras del norte, donde la tormenta resultaba más tenue y el firme elevado les ponía a salvo de inundaciones.

—¡Maldita lluvia! ¿Cuándo cesará? —preguntó en voz alta Hipólita mirando al cielo, a resguardo en la boca de una caverna.

Antíope se le acercó y puso la mano sobre su hombro.

—No te preocupes, llegaremos a tiempo. Nuestra hermana siempre ha sabido entenderse por medio de la palabra, es noble y bondadosa —aseguró tomando su carcaj y el arco—. Voy a ver si hay algún corzo que se deje cazar. Nos vendrá bien algo de carne.

—¿Con esta lluvia? —preguntó Hipólita.

—¡Vamos! ¡Acompáñame! No será fácil. Pero nos distraerá —insistió Antíope.

Las dos hermanas se alejaron, internándose en el bosque bajo la lluvia. Mientras, Sarko e Imperia luchaban por mantener la hoguera con la leña húmeda. La habían prendido con restos secos que hallaron dentro de la cueva; ahora debían situar la madera mojada junto al fuego, para que se secara antes de echarla a las llamas. La lluvia no había dejado un recodo del bosque seco, se tenía que mantener el calor del cuerpo, y mantener el fuego vivo era una proeza.

—¿Qué habéis cazado? —preguntó Sarko al oírlas llegar entre risas y burlas.

—¿Estás de broma? ¿Con esta lluvia? —contestó Antíope.

Imperia se agachó ante la hoguera, asumiendo que ese día tampoco comerían carne, solo hierbas, raíces y salazón humedecida.

Debemos llegar a Gomalova antes de quedarnos sin provisiones —comentó Imperia.

—Sería mejor partir hacia el norte, buscar un refugio seguro hasta que pase la tormenta. De seguir por esta tierra, moriremos de hambre. Este terreno anegado no guarda más que avenidas, trampas ocultas, penas y cadáveres. Si no el hambre, la pestilencia nos azotará —advirtió Sarko.

Hipólita, en la entrada de la caverna, hizo un gesto con sus labios y miró al cielo. Entonces vio, al norte, un hueco lejano formado entre las densas nubes, por donde la luz blanca de la luna se filtraba resaltando en la oscuridad un halo de esperanza que la animó: una columna de humo.

—Gomalova queda muy lejos, no llegaremos. Descansemos, mañana veremos cómo despierta el día —dijo ante la mirada resignada de todos.

Imperia se levantó de la hoguera, se acercó a ella titubeante y se apoyó al otro lado de la boca de la cueva. Estaba triste y su mirada se perdía en la nada.

—¿Piensas en él? —preguntó Hipólita tras observar su pena.

—Quizá debí permitir que nos acompañara.

Hipólita se acercó y acarició su negro cabello con delicadeza.

—Sí, quizá debiste hacerlo o quizá obraras bien. Es bueno que tu corazón recuerde la nobleza de ese muchacho, demuestra que albergas la esperanza del amor. Si a él le ocurre lo mismo, tarde o temprano os encontraréis de nuevo.

—¿Crees que volveré a verle?

—Sí. Pero eso ahora no debe preocuparte.

—¿Y si no fuera así?

—Un corazón que alberga la dicha, siempre encontrará con quien compartirla. Eres joven, no será el único hombre que haga latir tu corazón con fuerza.

Imperia la miró sin estar segura de haberla entendido. Pero se sintió mejor.

—Háblame de Ainia —le pidió Hipólita.

Al día siguiente, una ráfaga de viento sacudió el rostro dormido de Sarko, arrastrando varias hojas en el interior de la cueva. El fuego de la hoguera se debilitaba entre cenizas. Los caballos habían salido al valle, buscando pasto, donde se hallaban Hipólita y Antíope observando las negras nubes que colmaban el cielo y bañaban sus rostros.

—Ya debe haber amanecido —apuntó Sarko despertando a Imperia.

La joven salió de la caverna. El bosque permanecía gris, envuelto por la bruma, inundado en su mayor parte. Entró de nuevo y se sentó junto a la hoguera, avivándola con rapidez.

—Sin víveres, es una locura cruzar estas tierras —apuntó Sarko.

—No os preocupéis, a buen seguro hallaremos resuello —dijo Hipólita—. Nos vamos.

Preparadas las cabalgaduras, atravesaron las montañas dirigiéndose hacia el norte envueltas en gruesas capas de pieles y aguantando la tempestad. La lluvia no había dejado de caer y por momentos, lo hacía con más fuerza. Hipólita marchaba con determinación hacia las tierras sobre las que el halo de luz había despertado su esperanza en hallar gentes y con ello, víveres.

Evitaban en su penosa marcha los valles, donde resultaba fácil encontrar los cuerpos flotando o enfangados de los que murieron de hambre, enfermedad o arrastrados por algún torrente. Aquellas trágicas visiones se hicieron comunes aquel día oscuro y no desaparecieron hasta cruzar la cordillera que dividía las tierras del sur de las del norte. Entonces vieron un valle con pasto, reses y una enorme aldea rodeando una pequeña fortaleza.

—Ya veo tu camino, hermana —dijo Antíope.

—Cargaremos pan, carne y fruta fresca y seguiremos nuestra marcha.

Avanzaron con el ánimo en sus almas. El terreno que pisaban era firme en aquel valle donde se habían reunido miles de personas. La gran tormenta no había descargado allí su fuerza, apenas se dejaba notar. Llegaron ante varias piras de gran tamaño, sus llamas se alzaban varios pies al aire y los cuerpos de decenas de personas se amontonaban sobre ellas, consumiéndose, purificando sus almas perdidas. Un fuerte hedor a carne quemada llenaba el ambiente, obligando a cubrirse la boca y la nariz para respirar. Unos hombres, vestidos de largas túnicas y con el rostro cubierto por una tela húmeda, descargaban los cadáveres de los que habían sucumbido, lanzándolos al fuego desde carros tirados por bueyes.

—Dime, buen hombre, ¿dónde podemos hallar provisiones —preguntó Hipólita.

—Noble mujer, tras las murallas podréis hallar cuanto deseéis. Mas no os acerquéis a las piras ni a los soldados, pues unas queman y los otros son tan peligrosos o más que las llamas.

—Gracias, haré mío vuestro consejo.

Antíope se quedó mirando los cuerpos de tantos hombres y mujeres en llamas.

—Los muertos, ¿existe alguna pestilencia? —preguntó al hombre de sabio consejo.

—No. Son muchas las gentes que llegan huyendo de la ira de los dioses y traen a sus muertos. Los acarrean consigo buscando un lugar donde despedirse y honrar su muerte.

—Es grande esta aldea. Aquí vive mucha gente, ¿no? ¿Tiene nombre? —insistió Antíope.

—Unos hace días que la albergan y ya disponen del calor de un hogar, incluso han prosperado. Otros acaban de llegar, son los que no paran de ir de un lado a otro con sus bienes y reses buscando donde instalarse. No sé de nombre alguno. Pero no es una aldea, sino un miserable campamento de refugiados al amparo de las muralla de la fortaleza del rey Mío.

—Gracias, buen hombre —contestó Hipólita y le dio unos quilates de oro.

—Gracias por tan inmerecida recompensa. Escuchadme estas palabras, que bien os harán: ocultad las espadas de los ojos ímpios, no entréis con lanzas ni artes o vuestros cuerpos arderán en una de estas piras. Los soldados no dudan en cortar la cabeza de aquel que pudieran considerar un peligro —les comentó señalando las visibles armas de Antíope e Imperia.

Hipólita asintió y azuzó a Zaino.

En el camino ocultaron las espadas y las lanzas bajo un matorral. Después marcharon hacia aquel poblado que se había erguido alrededor de la antigua fortaleza. Sus gentes deambulaban alrededor de las hogueras formando un pueblo de miles de desplazados por la tragedia. Muchas personas habían huido hasta la zona con las pertenencias que habían podido acarrear. La mayoría eran aqueos, pues la tormenta estaba arrasando con crueldad las tierras de los hijos de Zeus. Los demás pertenecían a otros pueblos, sabios o salvajes, de diferentes condiciones y reinos anegados.

Hipólita y Sarko se internaron entre las casas de maderas y cueros, y se dirigieron con paso discreto hacía la fortaleza, donde la algarabía les indicaba la situación de un mercado. Se hicieron con pan y fruta esquivando las miradas curiosas de aquellos soldados de largos cabellos rubios y grandes hachas.

—La tragedia de unos es bonanza de otros —apuntó Sarko observando a los cobradores de impuestos y las gentes que rodeaban cada tenderete donde se vendía, cambiaba y compraba de todo lo habido en un emergente comercio que no daba tregua a tenderos y prestamistas.

Antíope e Imperia esperaban sobre una loma cercana.

—¿Por qué tenemos que quedarnos aquí? —preguntó Imperia.

—Un viejo cojo y una vulgar mujer no despertarán la curiosidad —contestó Antíope.

—Tenemos visita —apuntó la joven guerrera observando a un hombre bajo, rechoncho y de pelo corto, acompañado de dos soldados y una joven de largo chitón que cargaba cuentas.

—Disculpad, debéis decirnos quiénes sois, de dónde procedéis y debéis pagar —dijo airadamente aquel recaudador.

Tras mirarse la una a la otra, las dos mujeres le ignoraron.

—Disculpad, debéis pagar tributo al rey —insistió vehemente al sentirse ninguneado, mirando de lado a Antíope con una enorme sonrisa.

Ella le volvió a ignorar. Imperia le lanzó una mirada inquisitiva.

Aquel hombre pequeño continuó su discurso, sin amedrentarse, moviendo los párpados repetidamente a la vez que posaba la mano sobre los caballos allí amarrados.

—Excelentes bestias, serán una buena ofrenda para el rey: ¡soldados, nos las llevaremos como tributo! —exclamó.

Imperia saltó sacando su espada oculta bajo la capa y cernió la punta sobre su cuello.

—¡Aparta la mano de nuestros caballos! —le espetó.

Los soldados voltearon sus hachas y se dirigieron hacia ella.

Antíope se levantó con una expresión de resignación y se acercó al hombrecillo.

—¿Para qué pelear si podemos hablar? A ver, ¿por qué hemos de pagar si la tierra salvaje es libre? —preguntó tratando de rebajar la tensión.

—Todos han de pagar, todos los que huyen han de pagar un tributo. Si queréis guareceros en esta tierra, se tiene que pagar. Si no es así, tenéis que regresar al sur —aseguró mientras se alejaba de Imperia, mirándola con temor y escondiéndose tras las hachas de los soldados.

—No huimos de ninguna tierra, ni deseamos guarecernos de nada, vamos de paso hacia Oriente —afirmó Antíope con voz suave pero firme.

Aquel hombre la miró sin argumentos.

—Bueno, que sean dos, entonces solo dos. Pues se ha de pagar también por cruzar nuestras tierras —le dijo tirando de las bridas de los caballos.

De un duro revés, rodó por el suelo con un ojo desfigurado y la nariz partida.

Antíope se miró la mano y limpió la sangre que manchaba sus nudillos con un trapo que sacó del saquillo de su caballo.

—¿Para qué hablar si podemos pelear? —preguntó Imperia con una mueca de sarcasmo.

Los dos guerreros se lanzaron rápido con sus hachas en alto sobre ellas.

Antíope sacó una daga oculta en su ropaje y avanzó ante Imperia. Parando el primer golpe, sujetó la muñeca del guerrero y girándosela al aire, le desencajó el hombro sin soltarlo. Con la otra mano, con un destello mortal, cortó el cuello del segundo soldado. Y miró a los ojos de aquel que mantenía preso por la muñeca y lo soltó. El soldado retrocedió echándose la mano al hombro y quedó sentado, confuso por el dolor, la habilidad y arte de aquella mujer.

El pequeño hombre, aterrorizado, empezó a correr acompañado por la joven y sus cuentas; pidiendo ayuda y sangrando abundantemente por la nariz. En el camino se cruzaron con Hipólita y Sarko que regresaban cargados de pan y fruta.

—Vamos Sarko, aceleremos el paso; algo ha pasado —apuntó la divina reina.

Cuando llegó ante Antíope e Imperia, Hipólita frunció el ceño al ver el soldado muerto y al otro que permanecía sentado en el suelo, conmocionado.

—Imperia es algo impetuosa —aseguró Antíope guardando su daga.

Hipólita volvió la vista sobre Imperia, la cual encogió los hombros y levantó las manos con cierta expresión de "yo no he hecho nada".

Sin perder tiempo, montaron y cabalgaron hasta el matorral que ocultaba sus artes de guerra. Una vez recuperadas, galoparon alejándose de aquella población donde unos trataban de reorganizar sus vidas y otros de enriquecerse. Pero la acción de Antíope no había gustado nada al dueño de aquel lugar: el rey Mío.

—Traedme los cuerpos de esas mujeres salvajes, despedazados, y al menos a una de ellas con vida para ofrecer buen escarmiento. Que todos vean a lo que se expone el que no paga su debido tributo —ordenó dando un fuerte puñetazo en su mesa colmada de riquezas robadas.

Pronto, Hipólita observaría a una veintena de guerreros en la distancia tras ellas.

—Corren hacia Oriente, tal y como pensábamos. Tendremos que dar un pequeño rodeo, no quiero más contratiempos —dijo y dirigió su trote hacia el norte.

Avanzaron durante todo el día con el azote de los mosquitos como tenaz compañero, por un bosque que, a menudo, con su dosel tapaba por completo la luz del sol. Con llegada de la noche buscaron un lugar para descansar, junto a unos tilos centenarios. Antíope salió de caza. Imperia prendió una hoguera, mientras Sarko extendía las pieles con las que cubrirse del frío. Hipólita subió a la cima de un roble, desde donde divisaba la meseta que se abría hacia Oriente y pudo ver aquel primer anochecer tras las lluvias sufridas, con sumo placer: la caída del sol, la luna amarillenta y la vista del estrellado cielo tranquilizó su espíritu.

Capítulo 4
LOS SOLDADOS DEL REY MÍO

La noche avanzaba cuando Hipólita, desde la cima del roble, vio la figura de su hermana regresar al campamento. La nostalgia que embargaba sus sentimientos dio paso a un pequeño suspiro. Bajó del árbol, saltando ágilmente entre las gruesas ramas.

—¡Una rata! ¿Esto es todo? —preguntó alzando de una pata, entre sus dedos índice y pulgar, al pequeño roedor.

—Es un bosque muerto. Aquí no hay de nada que se mueva, esos desgraciados deben habérselo comido todo. Da gracias que encontré este bicho —se justificó Antíope.

Un leve ruido de ramas al paso puso en guardia sus sentidos, alguien se acercaba. Alertadas, alzaron sus armas temiendo haber sido sorprendidas por los soldados del rey Mío. Para su asombro, apareció el joven leñador ante ellas. Dejó caer un corzo que acarreaba a sus espaldas, junto a la hoguera, y sonrió esperando ser bienvenido ante su grata ofrenda.

—¡Es Íbero! —exclamó Imperia.

Las dos hermanas se miraron atónitas. Imperia se levantó de la hoguera, nerviosa, sin apenas poder ocultar su alegría. Pero se contuvo al ver cómo Antíope se rascaba el mentón seria y cómo Hipólita se sentaba, sin prestarle más atención, mirando la rata y pinchándola con una rama ante los ojos irritados de su hermana.

Íbero avanzó hasta situarse frente a Hipólita.

—Hace tiempo que ando tras vuestro rastro. Huyendo de la tormenta llegué hasta la fortaleza, donde dejasteis malformado al escribano del rey Mío. Fue fácil suponer de quién se

trataba "esa bruta mujer" y también que no seguiríais de inmediato hacia Oriente, pues ellos conocían vuestro camino —dijo el joven.

Antíope remugó ante la sonrisa de Hipólita.

Íbero fijó su mirada en Imperia, visiblemente emocionada.

—Soy leñador, sí. Por ello conozco el bosque y a sus criaturas y puedo seguir fácilmente cualquier rastro —insistió el joven.

Hipólita miró la rata y chasqueó la lengua.

—Un bosque muerto… ¡Te haces vieja, mi querida hermana! —exclamó.

Antíope prefirió no decir nada, tomó de las patas el corzo y se dispuso a desollarlo.

Hipólita hizo un gesto con la mano para que Íbero les acompañara.

Imperia vio en ello la aprobación que necesitaba para correr junto a Íbero, y sin querer disimular lo que sentía por más tiempo, lo miró a los ojos y sus labios se fundieron con los suyos.

—¿No es demasiado joven para eso? —preguntó Sarko en voz baja, dirigiéndose hacia las dos hermanas y señalando a la pareja con una rama.

Ellas se giraron con cara de sorpresa hacia el viejo posadero y fruncieron el ceño.

—No, veo que no —apuntó Sarko—. Necesitaré agua para hervir la carne, voy a preparar un buen estofado. A saber cuándo dispondremos de un ejemplar como este.

—Tras aquel cortado corre un arroyo de aguas cristalinas —saltó Íbero, ofreciéndose.

—¡Voy contigo! —replicó Imperia siguiendo sus pasos.

—¡Eh! Os dejáis los cuencos. ¿Cómo vais a traer el agua? ¿Entre los brazos? —les dijo Sarko irónicamente. Luego puso la rata desollada en las brasas.

—¿No quieres carne de corzo? —le preguntó Hipólita.

—¿Acaso crees que van a volver enseguida? Mejor preparamos algo que vaya calmando el hambre. Además, el estofado tardará lo suyo —contestó Sarko.

Hipólita hizo una mueca de resignación observando cómo la pareja se alejaba.

Íbero narraba su aventura por alcanzarles a pesar de la lluvia que todo lo asolaba, mientras colocaba los cuencos entre dos piedras, bajo el agua, para que se llenaran. Poco tardaron los jóvenes besarse, el deseo les acompañaba. Los cuencos se llenaron. Pero no marcharon; siguieron en la orilla, sentados, dejando escapar el tiempo entre sonrisas, suspiros y caricias que iban a más.

—Debemos volver, estarán preocupados por nosotros —susurró ella al notar cómo la cálida mano del joven acariciaba su vientre.

Entonces, el crujido de una rama les puso en alerta y apagó el calor de sus cuerpos. Tras los matorrales aparecieron varios soldados del rey Mío armados con grandes hachas.

—¿Habéis oído? —preguntó Hipólita.

Antíope se levantó mascando lentamente un trozo de rata asada.

En el bosque, los dos jóvenes corrían entre los árboles, esquivando ramas y troncos. Tras ellos, los soldados les seguían. Imperia avanzaba tan veloz en la oscuridad que pronto desconcertó a Íbero, que se esforzaba en seguirla. Paró un momento para tomar resuello, respirando aceleradamente, posando la mano en un árbol. Su corazón parecía querer salir de su cuerpo. Vio a Imperia unos pies por delante de él, apremiándole a continuar con la mano mientras vigilaba. Tras ella y surgido de la sombra de un tilo, apareció uno de aquellos hombres. El joven leñador abrió los ojos al verle e Imperia, alertada por su gesto, se volvió. El guerrero la golpeó brutalmente en la frente con una maza. La joven cayó al suelo, desgarbada, con la frente y la cara cubierta de sangre.

—¡Nooo! —gritó Íbero corriendo hacia el hombre que se alzaba armado contra la joven. Saltó con furia sobre él y le hundió en el cuello su hacha de leñador.

Se volvió hacia Imperia, guardó el hacha ensangrentada en su cintura, arrancó una de las mangas de su camisa y la anudó en la frente de la joven, cubriendo con fuerza la herida. Miró hacia los lados, sudando la tensión del momento. Los soldados se acercaban rápidamente. La alzó en los brazos y emprendió la huida entre los árboles, lastimándose con las ramas que golpeaban su rostro y los cantos que herían sus piernas cada vez que caía.

—¡No te dejaré en manos de esos miserables! —exclamó.

Con la oscuridad, apenas podía ver. La ansiedad le mantenía en vilo, mientras buscaba el camino de regreso hacia el campamento. De pronto, frenó su huida, había llegado hasta un acantilado. Delante, las aguas rápidas del arroyo se deslizaban entre aristados salientes; detrás se oían las voces que avanzaban. No había salida. Dio la vuelta con Imperia en brazos y vio llegar a los soldador del rey Mío, los cuales ladearon sus armas y frenaron al verle acorralado.

El joven dejó con suavidad a Imperia en tierra y besó sus labios.

—Siempre te amaré —le dijo con dulzura. Luego templó su hacha y se mantuvo firme ante aquellos grandes hombres que los rodeaban.

—Eres valiente muchacho, morirás con honor —dijo el cabecilla de la tropa ante la agonía de Imperia y el ímpetu del joven leñador, y dando un chasquido de lengua lanzó su jabalina.

Íbero se tambaleó hacia atrás del impacto, agarró el asta de la jabalina que atravesaba su cuerpo, quebrándole la clavícula, y cayó de rodillas desconcertado; sus ojos se cerraron entre lágrimas y un leve suspiro salió de su boca, acompañado de un golpe de sangre.

El cabecilla se acercó al muchacho, le quitó las manos del asta y le arrancó de su cuerpo la jabalina, de un fuerte tirón, y con el pie, de una patada, lo empujó por el cortado del arroyo.

Imperia se arrastró y volvió la cabeza, para verle caer sin más sonido que el que hizo al impactar contra el agua. Apretó sus puños en la tierra húmeda y cerró los ojos. Notó un vacío enorme en su corazón y una lágrima afloró recorriendo su mejilla. Se sintió morir y lanzó un desgarrador grito conforme se levantaba de lado. Un fuerte golpe en el estómago la hizo caer de rodillas contra un pino, gimiendo su dolor, su ira y su impotencia.

Fue levantada al aire entre cuatro guerreros y comenzó a gritar. Sujetada con fuerza, de brazos y pies, fue desnudada brutalmente, haciendo de sus ropajes jirones.

—¿No querías calor? ¡Nosotros te daremos calor! —exclamó uno de ellos y se inclinó deslizando su cuerpo sobre ella, lamiéndole la cara ensangrentada, el cuello y los pezones.

Surgida de la oscuridad, una lanza atravesó desde atrás el pecho de aquel hombre que se erguía cobardemente sobre Imperia. Los soldados del rey Mío soltaron su presa de inmediato para armarse. La joven guerrera levantó la vista, entre sollozos, para ver a Hipólita y Antíope abrirse camino con una furia salvaje. La agilidad y velocidad con que la divina reina daba muerte no tenía rival. Cortaba el aire con la espada de Ares sin dar opción alguna a la vida. Con paso firme, avanzó rápido hasta Imperia, salpicando de muerte el claroscuro del bosque; solo quedó en pié el cabecilla de aquellos soldados, con la jabalina manchada con la sangre de Íbero.

Hipólita miró a Imperia, que sollozando desnuda y ensangrentada, trataba de levantarse sin lograrlo. Después fijó su vista en el hacha de leñador que, tintada de rojo oscuro, permanecía sin dueño entre las hojas caídas. Sintió una profunda pena y dirigió su penetrante mirada, fría y mortal, hacia aquel hombre. Templó su afilada hoja y se acercó rápida hacia él. El soldado alzó su arma para detener el golpe, pero la espada de Ares partió en dos aquella jabalina y su vida.

Imperia limpió de su rostro la sangre que le impedía ver y tomó el hacha de leñador. Lanzó un lastimero gemido de dolor en su lento caminar y se puso frente al hombre que había acabado con la vida de aquel joven de relato fácil y sonrisa encantadora. Alzó el hacha, apretó los dientes hasta hacerlos rechinar y le golpeó con fuerza en la cabeza, una y otra vez… y más. Gritó y soltó el hacha, se volvió y cayó en brazos de Hipólita, la cual la abrazó con fuerza, nada podía hacer, solo besar su frente y recoger las lágrimas que sobre ella vertía. La cargó en sus brazos y se alejó.

Antíope se acercó hasta el precipicio, se asomó y observó con tristeza, desde la cima, el rastro de sangre dejado por Íbero entre los peñascos. Estuvo buscando el cuerpo, sin fortuna. La corriente lo había arrrastrado a saber dónde. Luego recogió el hacha del joven leñador, dio un leve suspiro y comenzó el regreso hacia el campamento tras los pasos de su hermana.

En el pequeño campamento, junto al crepitar de la hoguera, Hipólita limpiaba la herida de la frente de Imperia. La brisa acariciaba el rostro serio de Antíope, fijo en el horizonte, mientras se entretenía con una pequeña rama.

—¿Cómo nos han localizado tan rápido? —preguntó lanzando la ramita a la hoguera.

—Salieron en nuestra búsqueda. Pero no todos debieron marchar hacia Oriente. Ese grupo debió seguir el rastro de Íbero —expuso Hipólita.

—No se dio cuenta de que lo seguían, no era un guerrero —aseguró Sarko con una triste mueca—. No debímos permitir que se alejaran. Debemos marchar cuanto antes, pueden haber mandado un enlace al grueso de la tropa antes de que acabárais con ellos.

Hipólita fue a decir unas palabras. De su boca solo salió una bocanada triste de aire hecha suspiro. Luego siguió limpiando la herida de Imperia, sintiéndose culpable.

A la mañana siguiente, Imperia se levantó confusa, anduvo unos metros y posó la mano en la herida de su cabeza. Al instante cayó de rodillas al suelo, llorando como nunca había hecho. Se fijó en Sarko que limaba el filo de una lanza con una piedra lisa; en Antíope, que envolvía los paquetes con la carne del corzo; y en Hipólita, que permanecía alerta, en la cima de un peñasco, iluminada por la cálida luz del amanecer.

—¿Íbero? —preguntó tratando de negar la realidad.

—Recoge tus cosas, el camino es largo —le dijo Hipólita y se acercó a ella.

—Mi reina… yo… —balbuceó la joven entre temblores de mentón.

—No. No eres causa de nada, sino pena hallada. Limpia tus lágrimas y cabalga de nuevo, Íbero así lo hubiera querido —afirmó Hipólita.

Cabalgaron hacia Oriente por las sendas del sur hasta los pasos de río Evros. El sol iluminaba su camino, el diluvio del gran Deucalión era historia. Amplios valles rodeados de bosques prometían caza y fruta en abundancia. Pero Imperia había perdido la sonrisa y su rostro delataba la amarga expresión del dolor en su corazón destrozado.

Capítulo 5
UN BESO DE VIDA

Hipólita, Antíope, Imperia y el viejo Sarko galoparon hacia Oriente, siguiendo el curso del río Evros hasta el Mar entre Tierras. Acamparon en un refugio elevado, al abrigo de enormes cedros, desde el que se divisaban los pasos de Anatolia. Más allá se encontraba Ilión.

La noche trajo la brisa marina y tras la cena y cierta cháchara, cansadas, quedaron dormidas al pie de una hoguera, cubiertas por pieles y lino. Nadie habló de Íbero, pues el dolor de la pérdida era grande, especialmente para Imperia, que no lograba alejarlo de su mente; ni podía ni quería. En sus sueños se dejaba llevar entre caricias y risas, soñando que estaba vivo, a su lado, y

lo sentía tan real que no deseaba despertar. Había perdido la alegría que siempre la había acompañado; en seis días de camino no pronunció palabra alguna y sollozaba en silencio su pena, solo delatada por amargas lágrimas.

Bien entrada la noche, unas voces lejanas despertaron a Antíope. Acostumbrada a los sonidos del bosque, cualquier ruido extraño la ponía en guardia, más una algarabía nocturna en medio de la nada. Se acercó a una gran roca y miró con cautela: al fondo del valle, cerca de la playa, una enorme hoguera delataba la presencia humana.

Una mano silenciosa se posó en su hombro y la sobresaltó.

—Llegaron hace un tiempo. Acamparon y parece que estén celebrando un ritual, cada vez son más —le informó Hipólita—. Mañana debemos continuar nuestro camino, no podemos retrasar la marcha. Menalipa espera. Ve a descansar, yo vigilaré por si se acercan.

Antíope volvió junto al calor de la hoguera, tomó sus pieles y se alejó de Sarko, ya que sus bravos ronquidos la molestaban en demasía.

—¡Espero que estén lo suficientemente lejos para no oírle!

Entonces se fijó en Imperia: dormía inquieta, sudorosa, presa de las pesadillas. Se tumbó junto a ella y la acarició el rostro calmando su sueño. Una mirada cómplice, un fuerte abrazo y una sonrisa sincera bastó para ello. Ambas quedaron dormidas de nuevo, bajo la atenta mirada de Hipólita que se mantenía pendiente de cada sonido de la noche.

Un desgarrador alarido de mujer despertó a Antíope e Imperia de golpe. Alertados sus instintos, se armaron rápidamente. Sarko saltó como un gamo sobre su lanza. Un nuevo grito, de hombre, más aterrador si cabe, estremeció sus cuerpos. Corrieron hacia la roca donde se ocultaba Hipólita observando. Aquellas gentes lejanas del valle se hallaban congregadas por cientos junto a una impresionante hoguera. Aquel alarido estremecedor comenzó a repetirse una y otra vez.

—¿Qué están haciendo allí abajo? —exclamó Imperia.

—Sacrificios —apuntó Hipólita.

—Quizás deberíamos acercarnos —dijo Antíope.

—¡No! —exclamó Hipólita—. Son cientos para emprender cualquier acción y no cabe duda que les gusta la violencia. Nada podemos hacer. Id a descansar, yo seguiré alerta. Aquí estamos a salvo, en nada nos conciernen esas gentes y sus demonios.

Sarko la miró a los ojos y asintió, temeroso. Las dos guerreras dudaron por un momento, dirigiendo su vista hacia aquella hoguera que se elevaba al aire al menos veinte pies, viendo la masa de gentes vocear y saltar poseídos. Luego obedecieron. Hipólita tenía razón, eran muchos incluso para ellas. Nada podían hacer.

Los gritos de horror les acompañaron hasta el alba, sucediéndose unos tras otros, de hombres y mujeres, manteniéndoles en vela, colmando sus nervios hasta que, de pronto, cesaron y el silencio volvió a reinar en el lugar.

—¡En pie, debemos continuar! —exclamó Hipólita despertándoles a todos.

—¿Se fueron? —preguntó Antíope con un bostezo, estirando sus brazos.

—Sarko, prepara algo caliente que temple nuestros cuerpos. Nosotras iremos a ver qué horrores nos acompañaron en tan larga noche —ordenó la divina reina.

Aún no se había incorporado Imperia cuando las dos hermanas cabalgaban por la ladera. El frenético tumulto había desaparecido. Pero el cielo estaba cubierto de buitres y cuervos que delataban la carnicería y sobrevolaban el lugar seguros de hallar carnaza.

Hipólita miraba seria, asombrada, los restos del macabro campamento: numerosos huesos humanos se vislumbraban junto a las brasas de la gran pira y las vísceras se amontonaban en el llano, donde chacales, lobos y hienas se cebaban entre disputas y dentelladas al aire.

Antíope bajó de su caballo y tomó entre sus manos un fémur hábilmente descarnado.

—Este horror es obra de aquellos a los que llaman inhumanos —aseguró lanzando el hueso contra los chacales—. Muchos han sido muertos y devorados.

—Están muy al sur —apuntó Hipólita pasando la mano por la frente, cubriendo con ella su rostro y bajándola hasta el mentón con un suspiro.

—Sí, han estado cazando a los descarriados de las lluvias sin fin; almacenando alimento para el duro invierno. Acabada la tormenta, han realizado la matanza. Ahora regresarán a las tierras heladas del norte con abundante carne. Desaparecerán por mucho tiempo —aseguró Antíope volviendo su vista hacia ambos lados, vigilante ante cualquier movimiento.

Una gran aspa de madera, clavada en el suelo, rodeada de buitres y con dos chacales disputándose entre gruñidos unos restos humanos, llamó la atención de Hipólita.

—¡Allí hay una persona! —exclamó.

Cabalgaron veloces por las cenizas del campamento y llegaron hasta la base del aspa que, en sus maderas, mantenía a una joven de largos cabellos rubios. Estaba desnuda, presa de pies y manos. Su cuerpo estaba marcado por el horror del sufrimiento: notables cortes abrían las prietas carnes, de la cabeza inclinada goteaban finos hilarachos de sangre y una profunda herida, en el costado derecho, parecía haber sellado su cruel destino. En el suelo, a sus pies, vieron un zurrón de pieles, una rama en forma de bastón y una túnica verde manchada de rojo.

Hipólita sintió un profundo sentimiento de culpa y se entristeció sobremanera al observar a la joven, al ser consciente de toda la tragedia y pensó si podría haberlo impedido.

—No podríamos haber hecho nada, eran muchos. ¡Un ejército! —exclamó Antíope al notar la tristeza que se había apoderado de su hermana.

La divina reina descabalgó y se acercó a la desdichada mujer. Le alzó la cara con una mano y fijó la mirada en su rostro. De pronto, la joven abrió sus enormes ojos verdes y aspiró con fuerza una bocanada de aire que parecía interminable.

Hipólita dio un paso atrás, sobresaltada.

—¡Está viva! —exclamó y sacó su daga y se lanzó sobre ella para desatarla.

Antíope descabalgó y la ayudó a cortar las cuerdas que amarraban a la joven al aspa de su tortura. Con cuidado, la cubrió y la alzó sobre su caballo. Hipólita recogió el zurrón, el bastón y la túnica antes de montar en Zaino. Y saliron veloces de aquel lugar de sacrificio y muerte.

Nada más alcanzar el campamento, ante la inquietud de Imperia y Sarko, acomodaron a la desconocida al lado de la hoguera. Hipólita se desvivió limpiándole las heridas y tratando de reanimar sus fuerzas vencidas.

—Deberíamos ir a una zona más resguardada, montaña arriba —dijo Sarko.

—Sí, no me hace gracia estar aquí sabiendo que un ejército de devoradores de hombres se desplazaba por algún lugar de estas tierras —apuntó Antíope.

—Necesita reposo, aquí estamos bien. No nos han descubierto cuando les tuvimos cerca, más difícil será que nos vean ahora que deben marchar lejos —dijo Hipólita.

—Esto nos retrasará —gruñó Antíope, un tanto disconforme, aligerando su cabalgadura y extendiendo su lecho de pieles, de nuevo, al lado de la hoguera.

Al atardecer, la joven malherida alzó la vista, mirando dulcemente el rostro de Hipólita, que trataba de mantener las heridas limpias; y le acarició el cabello, inclinando la cabeza hacia delante. La divina reina se volvió hacia ella, su alegría fue tan intensa al ver sus preciosos ojos abiertos de nuevo, como desesperada fue la pena que la invadió al escuchar su vocecilla, tan débil y delicada.

—Me muero… Bésame… Artemisa te dio su beso de vida…

Hipólita, perpleja, miró sus ojos grandes, verdes como esmeraldas. Eran increíblemente hermosos y ejercían una fuerte atracción sobre su mente: le hablaban en silencio, con una fuerza sobrenatural. Se clavaban en ella como si quisieran abrazarla, devorarla. Dentro de aquella joven de aspecto frágil y humilde habitaba la vida mortal y el poder divino. Y comprendió.

—No te dejaré morir —susurró Hipólita y la besó en los labios. Entonces notó cómo una sensación oscura envolvía su alma, la atrapaba y sustraía vorazmente su energía a la vez que la piel de la extraña recobraba la calidez perdida. Notó que le faltaba le aire, su mente se iba, no podía respirar y se apartó de ella bruscamente. Se sintió débil, muy débil. Aun así, luego se mantuvo a su lado, pendiente de ella hasta que cayó la noche. La cubrió bien con pieles y la dejó dormir.

Con la salida del sol, Hipólita observó con sorpresa cómo las profundas heridas de la joven parecían sanar rápidamente. Las lavó y cubrió de nuevo, sin decir nada. Entonces se acercó Sarko, la joven abrió los ojos y le miró inocente y bella. El viejo guerrero sintió una atracción olvidada en su corazón ante aquella mirada cautivadora que le invitaba a acompañarla. Así, sería él quien se pasaría el resto del día junto a ella, contando historias y gracias para aquella joven que había vencido a la muerte, que se reponía de forma increíble con aquel beso de vida.

—Debo marchar antes de que caiga el sol —aseguró la joven, de pronto, y se retiró las pieles que la cubrían, alzó su cuerpo desnudo y se vistió con la túnica verde. Tomó el zurrón y el bastón y se acercó hasta Hipólita, que permanecía apoyada contra un grueso tronco.

—No olvidaré tu favor, en deuda estoy —le dijo.

—¿Quién eres? —preguntó Imperia.

—¡Cuánto creciste, mi pequeña de sonrojados mofletes! ¡Estás tan hermosa! —exclamó por respuesta, clavando los ojos en ella. Luego se giró con un gesto de despedida, se alzó sobre uno de los caballos y comenzó a alejarse del campamento al trote.

—¿Quién era? Parece que te conociera —le preguntó Sarko a Imperia, mientras observaba cómo desaparecía en el horizonte.

—No lo sé, creo que no la había visto nunca, aunque su voz me resulta conocida.

—Sarko, se ha llevado tu caballo —apuntó Antíope.

—Marchamos, aquí ya nada nos retiene —dijo Hipólita mostrándose feliz por haber podido salvar aquella divina tan joven y tan vieja como la vida misma.

Capítulo 6

LA MUCHACHA DE OJOS VERDES

Un arroyo recorría el bosque primigenio, descendía de las montañas del norte llenando de vida cada rincón. Sus aguas resplandecían con la luz de la luna. Dos enormes hienas olfateaban al aire en la orilla, el olor de la sangre las atraía irremediablemente. Entre dos troncos vencidos, el cuerpo inerte de Íbero, agonizando, avivaba el hambre de las bestias; que pronto hundieron sus afilados colmillos en las piernas y un costado del joven. Un estallido resonó y la tierra tembló, seguido de una humerada. Las hienas se perdieron entre la densidad del follaje.

Cabalgando sobre el caballo de Sarko, una anciana de aspecto frágil, largo cabello blanco y ojos perdidos en la oscuridad de sus ojeras, vestida con una larga túnica verde manchada de rojo,

cruzó el arroyo hasta llegar junto a Íbero. Descabalgó y se acercó al joven apoyándose en su largo bastón; posándole la mano en el cuello, notó el débil pulso de la vida que huye.

—Hum… ¿Te resistes a morir? —murmuró pasándole la mano por el pecho, observando sus heridas—. ¡Cuán grande ha de ser lo que te ata a esta vida!

La inquieta anciana lo sacó del arroyo con grandes esfuerzos, cayendo sentada al agua por dos veces. Injuriando la vida, le ató los pies al lomo del caballo, protegió su cuerpo con gruesas ramas y lo arrastró hasta un abrigo; encendió una hoguera de cenizas aún calientes por la última llama que le dio vida. Lo acomodó entre hojarasca y desnudó su cuerpo. Luego salió al bosque de nuevo, lanzando maldiciones y conjuras de venganza.

Regresó con hierbas, moho y hongos; tirando de las patas de un conejo abatido. No paraba de hablar sin sentido alguno, de lanzar sus brazos al aire escupiendo maldiciones y decires de venganza. A su vez amasaba un ungüento en un cuenco improvisado, un cráneo vacío. Lavó el cuerpo de Íbero y abrió cada una de las heridas para sanarlas, vertiendo parte del amasijo. Después las cerró cosiéndolas con una aguja e hilo preparados con hueso astillado y los tendones del conejo; y las cubrió con moho y abundante grasa. Cuando hubo acabado, embadurnó el cuerpo del joven, de arriba abajo, con pócimas y las hierbas medicinales que anduvo preparando.

—Me serás útil sin duda, si no te mueres —susurró la anciana una vez terminó con las curas, al oído de Íbero, con una sonrisa maliciosa.

Satisfecha, se dispuso a asar varias tiras de la carne del conejo; tenía hambre, mucha hambre. Degustó la pitanza y después descansó en la boca de la caverna, observando el lento transcurrir de los astros. Un lamento agónico la hizo volverse hacia el interior. Y se volvió ante al joven leñador emitiendo un gruñido.

—He hecho lo que he podido. ¿Morirás? ¿Te vas a rendir ahora?

En la madrugada del tercer día, cuando ya clareaba, Íbero despertó pegando una bocanada de aire, dando un agónico grito. Las heridas de su cuerpo parecían arder y sus carnes le hacían estremecerse de dolor. La anciana se levantó y le hizo beber un preparado de valeriana y semillas de amapola, y acarició su frente.

—No sufras joven del bosque, entre mis brazos estás seguro. Nada tienes que temer, parece que las bestias de la Parca huyeron finalmente a sus tenebrosas madrigueras.

—Imperia —susurró el joven leñador.

—¿Imperia? —se preguntó la anciana, dejándole para tomar entre sus manos un cuenco colmado de una pasta rosácea, con tintes azules y amarillos, de perfumado aroma. Introdujo un dedo en el cuenco y probó su sabor, chupándolo por dos veces. Después se lo acercó al joven.

—Toma, te traigo un delicioso preparado de ambrosía con abundante néctar de flores, alimento digno de dioses. Te ayudará a recuperarte… Pero antes…

Le abrió la boca y le hizo ingerir abundante agua y varios preparados de especias, con paciencia. Después le ofreció la ambrosía, como delicioso postre. Íbero se relajó tras aquel esponjoso almuerzo y quedó, de nuevo, traspuesto. Mientras, el bosque comenzaba a bañarse con la luz del amanecer. Una algarabía de trinos y graznidos resonaba entre los pinos, cedros y robles. La anciana caminó hacia la boca de la cueva y levantó sus huesudos brazos al aire, postrándose cara al sol, inundándose con su calor.

—¡Temblad malditos, pues la venganza es mía! —gritó con fuerza.

Íbero entreabrió los ojos y vio cómo la anciana extendía los brazos, llenando los pulmones con abundante aire; cómo exhalaba bajando los brazos hasta el pecho, juntando las palmas de sus manos. Ella se percató de la mirada inquieta del joven y le sonrió mientras pasaba los brazos por encima de la cabeza, hacia atrás, apretando los glúteos y arqueando la espalda. Ante la atónita mirada de Íbero la vieja anciana se transformaba, bañada por la luz del sol y bajo una brillante aura violeta, en una hermosa joven de largos cabellos rubios y hermosos ojos verdes. Confuso, el joven levantó su cuerpo del lecho sin saber si agonizaba o si se hallaba muerto, si lo que veía era cierto o incierto. Entonces notó un fuerte dolor y lanzó un quejido, dándose por vivo.

La esbelta mujer, dotada de juventud y belleza, giró su cabeza clavando los ojos en él.

—¿Ya despiertas? ¡Bien! ¡Mucho me debes y trabajo tengo para ti! —exclamó.

—¿Quién eres? ¿Dónde estoy? —preguntó Íbero observando la caverna.

—Haces muchas preguntas. Descansa, necesito de tu vigor y todavía no te hallas repuesto.

Íbero cayó hacia atrás lamentándose. Una tristeza agónica envolvió su alma al recordar.

—¿Qué ha sido de Imperia? —insistió.

La anciana, transformada en una joven, sorprendida por la insípida reacción hacia ella que mostró aquel muchacho, a pesar de su belleza y de haberle salvado la vida, y tras escuchar aquel nombre de nuevo, se acercó hasta él sentándose a su vera con cierto recelo.

—¿Acaso no te sientes preso de la curiosidad de tu suerte? —preguntó acercando su rostro. No halló respuesta—. ¡Ni de mis curvas! —insistió mirándole fijamente.

Íbero, caído en un estado de vigilia inconsciente, oía pero no escuchaba.

—Imperia… —susurró.

Sintiéndose ignorada, aquel susurro exasperó a la joven.

—¿Quién es esa Imperia a la que invocas con tanto ardor? —le preguntó y frunciendo el rostro, le golpeó en el pecho y la cara, violentamente, con dos golpes de mano.

Íbero la miró fijamente, reaccionando.

—Es verdad que eres muy hermosa y que mi vida es tuya, pues se la arrebataste a la Parca cierta. Pero dime: ¿qué fue de mi amada Imperia? Te lo ruego, ¿qué fue de ella en esa trágica noche en que los soldados del rey Mío nos asaltaron? Y de la divina Hipólita ¿sabes algo?

La joven calló ante tales palabras, con ojos asombrados retrocedió unos pasos. Le observó en silencio por un largo tiempo, siguiendo su mirada conforme recorría la caverna. Paró, tomó una manzana de su zurrón y se la lanzó a las manos.

—Mi nombre es Europa, bajo mi poder estás a salvo del rey Mío y sus soldados; no tienes pues qué temer. Por lo demás poco o nada puedes hacer, así que olvida su suerte. La vida te tenderá camino en su momento. Ahora descansa, pronto hemos de marchar y no quiero un burro famélico del que tirar, sino un buey fuerte que bien me sirva.

Dolido por aquellas palabras, Íbero agachó el rostro y se tumbó. La manzana rodó por su pecho hasta caer al suelo. El joven se postró de espaldas a Europa e intentó conciliar el sueño, recuperar sus fuerzas. Pero no podía dejar de pensar en su amor y aquella manzana le recordó su fantástico relato en la taberna del Oso Tuerto.

—Si en verdad eres la divina Europa, quizá sepas de mi amada, pues de ti me habló con dulzura. Con ella compartiste la carne de su caballo cierta vez en una estrecha gruta, al calor de una hoguera —dijo Íbero sin volver la cabeza.

Europa se acercó hasta él, confusa, con el recuerdo de aquella joven de mofletes rosados y largo cabello negro. Y se sentó a su lado. Había comprendido quién era Imperia.

—Está muerta —aseguró con firmeza, posando la mano en su cabeza. Y se alzó, alejándose seria de su lado, huyendo mordazmente de su propia mentira.

Capítulo 7
LA MARCHA DE GADIR

Bajo la luz de una antorcha, Gadir tensaba las cuerdas del peto de bronce que cubría su pecho. Ajustó las mallas y correas de protección sobre su cintura y muñecas, y las broncíneas grebas de sus pies. Observó el filo de su espada y la introdujo en una funda de piel de jabato con la firmeza que da saber el destino de muerte que se emprende. Hacía tiempo que no se vestía para matar, desde la gran batalla de Atlas. Miró con templanza el sol del amanecer, todavía escondido entre las densas nubes de las últimas tormentas del gran Deucalión. Y volvió su vista hacia la habitación contigua, donde, en sus lechos de suave y caliente lana, la pequeña Armonía y el joven Gadir dormían plácidamente envueltos en el sueño de la inocente infancia.

—Marchad con la confianza en vuestro corazón, tus hijos serán los míos y en ello andará mi vida —aseguró el anciano rey Azaes, el último rey de la sagrada estirpe de Poseidón. Le acompañaba su nieta Jeorina que, con alegre sonrisa, corrió a despertar a sus amigos de juegos saltando sobre ellos. La guardia esperaba en el portal, junto a varios carros de guerra, para llevar a los infantes al hogar del soberano.

—Mi confianza es tuya, mi buen amigo. No será por más tiempo del necesario… Si la desgracia se cebara en nuestra suerte, que mis hijos sepan siempre quiénes fueron sus padres y que con orgullo nos lleven en el corazón —le contestó Gadir.

Dando un paso al frente, altivo guerrero atlante, comandante y rey de Gadeira; tomó su yelmo de larga crines blancas entre las manos y entró en la habitación de sus hijos.

—Padre, andas vestido de glorioso guerrero, ¿estamos en guerra? —preguntó el pequeño.

—El rey Azaes y la revoltosa Jeorina necesitarán de vosotros en mi ausencia, espero que sepáis cuidar de ellos hasta mi regreso —dijo Gadir.

—¿A dónde vas padre? —preguntó curiosa la pequeña Armonía.

—A por tu madre, mi amor —le contestó con una sonrisa, posando el dedo índice en la nariz de la niña y agitándola un poco con cariño.

Su hijo le observó con sorpresa. Nunca había visto a su padre vestido de general, ni tan siquiera cuando les daba lecciones del arte de la guerra. Con aquella resplandeciente coraza, tallada con figuras argénteas de divinidades atlantes y adornada en su pecho con dos ánades reales, parecía un dios. A pesar de su temprana edad, el muchacho sabía lo que significaba en verdad el brillo del metal y temió por el destino de su padre.

—Padre, vé… Pero volved los dos, pues aquí os esperan vuestros hijos con impaciencia.

—¡Vuelve con mamá! ¡Y traednos muchos regalos! —exclamó Armonía, sonriente.

Gadir se vio conmovido y abrazó a sus hijos con fuerza, miró a su buen amigo el rey Azaes y asintió. Después colocó el yelmo sobre su cabeza y salió decidido de la estancia. Bajó las empinadas escaleras y tomando una lanza de asta de roble, se despidió de la guardia levantando el rostro. Montó en un hermoso caballo blanco, que se irguió sobre sus cuartos traseros relinchando con furia, y cabalgó hacia el sur sin mirar atrás.

Gadir avanzó por las tierras del Gran Tajo, cruzó el río y los prados de bravos ciervos. Atravesó montes y valles hasta alcanzar los inmensos alcornoques del Bosque Maldito, en el reino de Gadeira, destino de recuerdos olvidados, hogar de devoradores de hombres, del mortal escurzón y de la temida bestia, Homotherium. Había tomado una decisión, aunque en ello le fuera la vida. Desde que Hipólita marchara de su lado, no pudo conciliar el sueño ni una sola noche, temiendo por la suerte de su amada. Ahora solo deseaba estar a su lado, abrazarla, y

traerla de nuevo al hogar con sus hijos. Llevaba en su montura un corzo, como precaución. Bien sabía que conllevaba gran riesgo atravesar el Bosque Maldito sin pagar tributo a las bestias que lo habitaban, más si la noche y el infortunio acompañaban al viajero en su camino.

La oscuridad le alcanzó en los montes de pinsapos, donde abundaban los macacos de párpados azules, los cuales vigilaban su trote encaramados a los árboles. Seis monos pasaron corriendo a cuatro patas ante su caballo, entre una algarabía de gritos pronunciados y saltando rápido hacia las altas copas. Refugio seguro para quien conocía los peligros del bosque, señal inequívoca de que la muerte rondaba cerca. Los inquietantes sonidos de la noche empezaron a resonar entre la vegetación y el penetrante aullido del lobo le recordó donde se hallaba.

Gadir continuó su trote por aquel lugar que de respeto le llenaba y que, en otros tiempos, fuera hogar de su amada Hipólita. El silencio lo envolvió mientras acariciaba la quijada de su caballo que, inquieto, avanzaba entre las sendas. Entonces, tres lobos surgieron tras su trote con los belfos alzados. El caballo resopló, trotando de lado. Gadir sacó su daga y cortó las ataduras que mantenían sobre la montura al ciervo, que apenas tocó tierra fue presa del hambre canina. Y aprovechó para seguir su camino, dejando a la muerte cebándose con su tributo pagado. Pero al saltar un pequeño tronco, su caballo se mostró inquieto, negándose a continuar.

Un fuerte rugido estremeció el momento.

El caballo se alzó sobre los cuartos traseros y Gadir rodó por tierra hasta golpearse con el tronco de un grueso alcornoque. Salido de la nada, el enorme tigre dientes de sable saltó sobre el caballo, partiéndole el cuello con sus poderosos colmillos. Con un alargado ronquido retumbó el bosque y el gran felino se acercó hacia Gadir.

—¡Es la bestia! —exclamó y se arrastró hacia atrás, buscando su lanza, mientras el animal descargaba un zarpazo al aire y giraba la tez de lado, lanzando un poderoso rugido.

El enorme felino avanzó rápido y le posó la zarpa con sus retráctiles garras en el pecho, rasgando la broncínea coraza y aplastándole contra la hojarasca. Abrió las fauces sobre su rostro y el fétido aliento de la muerte estremeció al bravo comandante. De pronto, el animal cesó en su ataque y, estirando su gruesa tez hacia atrás, emitió un ligero gruñido. Fijó sus grandes ojos en aquel hombre, su presa, y en la medalla anudada en cuero que portaba sujeta al cuello. Un destello de luz recorrió la luna de oro grabada en aquella alhaja, reflejándose en la dilatada pupila de la bestia a la vez que colocaba el hocico sobre la frente de Gadir, el cual permaneció quieto, notando la humedad de la trufa de aquel asombroso animal, el último de su especie.

Gadir tragó saliva y posó lentamente su mano en la cabeza del animal. Lo acarició, no sin temor, sudando la tensión del momento. Después puso la otra mano en la garganta de la bestia y bajó hasta el pecho, notando el calor de su cuerpo y los potentes latidos de su corazón.

—Sin duda eres Therio, la bestia. Reconoces la medalla de Hipólita, sabes quién soy.

El tigre estiró el cuello hacia arriba, dejándose hacer con un meloso ronroneo. Después, volvió a fijar su mirada en los ojos de Gadir y observó por un tiempo la medalla. Separó su zarpa del pecho del comandante, liberando su presa; y desapareció en la oscuridad del bosque.

Gadir se levantó resoplando, sin apartar la vista de la oscuridad que se había tragado a la fabulosa criatura. Tomó con la mano la medalla y la besó. Sin perder un momento, comenzó de nuevo su camino, alejándose con pies ligeros de los dominios de la bestia, temiendo que aquel animal hubiera cambiado de opinión, surgiera de la nada y se lanzara sobre él para devorarlo. Mimetizado entre las altas hierbas, a pesar de su gran tamaño, el gran carnicero lo acompañó hasta los campos de grano de Gadeira sin que se percatara de ello.

Gadeira se alzaba sobre una isla unida a la Península por un estrecho corredor, rodeada de marismas y del azul Atlántico. Un edificio de paredes de mármol destacaba en el centro de la población, junto al templo de Poseidón. El ágora de piedra estaba bordeada de blancas casas en las que bullía la vida; el desayuno estaba servido. El sol salía y las sombras que envolvían aquel, que otrora fuera palacio y hogar de Hipólita, como reina y señora de Gadeira, desaparecían. Había pasado más de una década desde las guerras que arrasaron Atlanta, un periodo de paz que permitió cicatrizar heridas y acunar esperanzas. Atlas había desaparecido por completo, apenas quedaba rastro de la gran polis orgullo de atlantes. Sus ruinas sirvieron para alzar, con su piedra y metales preciosos, humildes poblaciones por la costa y el interior de la Península.

Por los pasillos de palacio, un joven sirviente, agitando una ardiente tea al aire, se apresuraba en busca de su señor: Mimi, regente de Gadeira. Y entrando en los aposentos de su señor con cierto temor, se acercó al lecho donde el general dormía.

—Mi señor, despertad. El rey Gadir se halla en palacio.

—¿Gadir? ¡No es posible! —exclamó Mimi sorprendido.

—Sí, mi señor, se halla en la sala de armas.

El general saltó resoplando y meneando la cabeza de lado a lado, buscando despejarse. En el lecho dos hermosas mujeres se cubrían tratando de conciliar el sueño, de ocultar sus rostros y cuerpos de la luz de las teas y del curioso sirviente.

—Avisa a Tarss, está en las habitaciones de invitados. Si no fuera así, búscale en las dependencias de la cocina… ¡O en el establo! —exclamó Mimi.

Gadir esperaba frente al fuego que calentaba la sala. Observaba las espadas y lanzas que decoraban los muros de piedra del palacio en que un día reinó su amada Hipólita. Pensó en ella, en los momentos tensos y de dicha vividos en Gadeira y sintió nostalgia de sus besos y caricias.

No tardó mucho en aparecer Mimi con una sonrisa sincera.

—¡Gadir! Mi buen amigo… ¡Mi rey! ¡Qué sorpresa más grata!

Se dieron un fuerte abrazo, seguido de una mirada cómplice y de un apretón de manos.

—¿Y Tarss? He oído que se halla en palacio —preguntó Gadir.

La puerta de la sala se abrió y Tarss apareció cubriendo su cuerpo con una vieja piel de oso. Su pelo alborotado y lleno de paja indicaba una plácida noche en buena compañía, en el establo.

—¡Oh! ¡Aloados sean los dioses! ¡Es verdad! ¡Estás aquí! —gritó restregándose los ojos.

Gadir corrió a estrechar su brazo y se abrazaron con fuerza, una y por dos veces más.

—Mimi, por Poseidón: ordena a tus sirvientes que traigan buen vino —añadió Tarss visiblemente emocionado—. Han pasado más de siete inviernos…

—Sí, desde que nació la pequeña Armonía —comentó Gadir.

—Vamos a la mesa, esto hay que celebrarlo con un bravo almuerzo, digno de gula.

Los tres hombres, antiguos comandantes de los ejércitos de Hipólita, se sentaron satisfechos del encuentro y pronto llegó el buen vino.

—Supongo que sabréis el porqué estoy aquí —dijo Gadir.

—Lo imaginamos: Hipólita, ¿verdad? —respondió Mimi.

—Desde que Esperanza nos visitara, sabía que vendrías. Ahora dice llamarse Imperia. Lo cierto es que Hipólita se dirige a la batalla, ¿verdad? —apuntó Tarss, tras dar un gran sorbo.

—Así es mi buen amigo y desde que marchó, tanto sufro por ella que cada día me siento morir. Debí acompañarla. Pero ella mismo se cuidó de que no fuera así. Nuestros hijos no hubieran entendido que desaparecieran sus padres, los dos, así, de repente —contestó Gadir.

—No sé qué empresa pretendes llevar adelante. Pero cuenta con este viejo soldado. Yo no sé hacer de escribano ni de rey. Marcharé a tu lado, pues en artes de guerra, ya sabes, ducho soy. Además, Mimi se basta para hacer su cometido y el mío en la acrópolis. ¡En todo el reino! —expuso Tarss.

—Cuenta conmigo también y con nuestro ejército, mucho le debemos a la divina Hipólita y por ella todo merece la pena y se ha de dar —apuntó Mimi, sin recato alguno.

—Gracias amigos, sabía que podía contar con vuestra ayuda. Pero no es mi intención desproteger Gadeira, ni mandar a vuestros hombres al confín del mundo a luchar en una guerra que no es suya, a morir lejos de su tierra y de sus familias.

—¿En qué te podemos servir, pues? —preguntó Mimi, arqueando sus grandes cejas y posando la mano en el mentón, aplastando su rizada barba.

—Pretendo que me ayudéis a cruzar el Mar entre Tierras, acercarme en lo posible a Oriente por las costas de Lybia. Resulta imposible avanzar con la rapidez debida por el norte con las

lluvias que nos azotan; si bien hoy sale el sol, mañana nadie sabe. También es mi deseo que me proporcionéis una guardia, armas y alimento para realizar la travesía.

—¿Nada más? —preguntó Tarss, sorprendido ante las premisas de su noble comandante, que no le parecían excesivas para dirigirse a la batalla.

—Sí, otra cosa, un caballo… El mío lo devoró la bestia.

Los dos generales guardaron silencio por un momento.

—No te dejaremos ir solo, con los peligros que sin duda te acecharán no te será fácil llegar a las tierras de Oriente. El mar está bravo y sus aguas, revueltas con estas lluvias sin fin. ¡Se tragó las ruinas de Atlas que aún se alzaban, todas ellas! —apuntó Tarss.

—No puedes pedirnos solo eso, te daremos más. Debes recorrer mucho camino por las costas de Lybia. Te ayudaremos. Morirías antes de llegar ni tan siquiera a la tierra de los faraones si pretendes otra cosa —aseguró Mimi. Luego hizo traer carne asada y más vino.

—Os agradezco vuestra ayuda. Pero solo necesito llegar a Lybia —insistió Gadir.

—Cuéntanos: ¿qué locura pretendes? —preguntó Mimi.

—Luchar, devolverles a mis hijos el amor de su madre. A buen recadudo quedaron con el rey Azaes. No puedo permanecer sentado por más tiempo esperando. La fatal angustia se ceba en mi corazón y me hace perder la razón. ¡Cómo podría decirles que fui incapaz de alzar mi espada para protegerla en la batalla! ¡Cómo vivir sin ella!

—Pues no has de ir solo a tal empresa, por más que te empeñes; te acompañaré —insistió Tarss—. Mimi es necesario en Gadeira, él se encargará de regir nuestro pueblo. Yo armaré la embarcación que nos llevará hasta Lybia y reuniré un aguerrido grupo de mis valientes hombres… ¡Y no vamos a discutir nada, pues así será!

—Marcharéis con el viejo Senil —apuntó Mimi—. Es sabio y en su día visitó la tierra de los faraones, alcanzó Men-nefer y regresó con gentes de Canaán. Yo asumiré el trabajo de Tarss en Gadeira. ¡Como si no lo hiciera ya! Pero tendrás que esperar a que Poseidón calme su ira y los vientos os acompañen, lo contrario sería una estupidez. Y como bien dice mi buen hermano Tarss: ¡no vamos a discutir nada!

Tras siete días y ocho noches lloviendo sin cesar, el gran Deucalión daba sus últimos coletazos en los dominios de Gadeira. La tierra, hecha barro, recibía de nuevo el calor del sol. Grandes torrentes de agua llegaban hasta el mar que, con su crecida y el devastador temporal, se había engullido por completo parte del litoral y las castigadas murallas. Gadeira quedaba más aislada todavía de la Península, rodeada de pequeñas islas y unida a tierra firme por aquel angosto pasillo de piedra cubierto por un palmo de agua.

—¡Despierta! Los dioses nos favorecen —gritó Tarss entrando en los aposentos de Gadir.

—¿Y los vientos? —preguntó Gadir incorporándose rápidamente.

—¡Arriba! La fortuna nos guía, los vientos son propicios. ¡Es el momento de partir! ¡Poseidón así lo ha dispuesto! —insistió Tarss, gallardo, vestido de feroz guerrero.

Gadir tomó sus armas y se asomó al ventanal. El cielo azul resplandecía sobre el ancho mar, el sol parecía brillar como nunca y una suave brisa del oeste refrescaba su cara.

Cargadas las armas en un carro de guerra tirado por tres potentes caballos, se dispusieron a marchar. Mimi se acercó hasta ellos y dándole la mano, se despidió de Tarss. Luego se abrazó a Gadir y con severas palmadas en la espalda, se despidió también.

—Suerte… Una gran fiesta de grandes banquetes y alegrías celebrará vuestro regreso.

Gadir, acompañado de un séquito de caballería de diez lanceros de la Guardia Real, llegó al muelle, donde esperaba un hombre mayor de melena lacia, aspecto débil y ojos cansados.

—Mi nombre es Senil, señor; siempre a vuestros pies —se presentó.

—Dicen que visitaste Men-nefer no ha de hacer muchos años y que los comerciantes que llegaron de Canaán en busca de argéntea, cobre y estaño son tus amigos —le dijo Gadir.

—Sí, mi señor. Ellos de regreso a mi hogar me trajeron. Y no ha de pasar mucho para que este puerto se llene de ricos comerciantes venidos de lejos. Nuestro metal es de una pureza desconocida en las tierras de hombres sabios de más allá del Mar entre Tierras, tanto como el vino. Nuestros secretos buscan, pues no tienen igual —aseguró Senil.

—Entonces ¿sabes bien cuál es nuestro destino? —preguntó Tarss.

—Navegaremos por las costas de Lybia y evitaremos las aguas turbias de los hijos de Zeus. Os llevaré hasta el sagrado Nilo, donde se erige Men-nefer. En la polis de faraones nos proveeremos de abundantes víveres. Descansados y repuestos, alcanzaremos la isla de Lezpas, hogar de Menalipa. Allí podremos saber y alcanzar las tierras de Arzawa y Hatti, donde sin duda se hallará la reina Hipólita —contestó el viejo guía.

—Veo que eres conocedor de nuestro destino y que has hecho tu trabajo, me gusta. Serás gratamente recompensado —aseguró Gadir confiado ante las palabras de aquel hombre.

Sin más dilación, fueron al muelle de embarque, donde y ante el asombro de Gadir, treinta embarcaciones de diferente calado y remo esperaban. No serían solo Tarss y su guardia personal los que le acompañarían, sino trescientos de los hombres más leales y bravos de Gadeira. La mayoría soldados veteranos, auténticos supervivientes de la batalla de Atlas.

—Son todos voluntarios. Deseaban marchar en tu ayuda, luchar por la causa y morir por Hipólita, si así ha de ser. No han olvidado a su reina, ni el fragor de la contienda que los liberó de la amenaza aquea —expuso Tarss con enorme satisfacción.

Gadir permaneció en silenció, asombrado, emocionado.

—Eran muchos más —apuntó Tarss—. Pero he pensado que sería más oportuno, rápido y efectivo un pequeño ejército que dejar venir a todo aquel que se ofrecía. Puedes estar satisfecho de tu pueblo y de la lealtad que profesa a su reina. Aunque los dioses no lo quieran, ya sabes: Hipólita por siempre será nuestra divina reina.

Gadir miró a aquellos hombres de armas, fieles guerreros; y apretó los labios.

—Nos dirigimos a la batalla tras tantos años, juntos de nuevo nos vemos. Pero esta vez no seguiremos a una reina que pretende salvar nuestra tierra… ¡Cruzaremos la tierra para salvar a nuestra reina! —les arengó

—¡Hipólita! ¡Hipólita! —gritaron los guerreros al unísono, mientras alzaban sus lanzas, en tierra y en las naos armadas.

Entre las arengas y el choque del bronceado metal; nadie se percató, en aquel bravo amanecer, de la presencia de una sombra felina que recorrió el muelle sigilosa, que se deslizó oculta entre los barriles y las sacas de víveres sin alzar un ruido, hasta llegar al fondo olvidado de la bodega de una nave, para fundirse en la oscuridad con un pronunciado bostezo.

Capítulo 8
LA ALIANZA DE ILIÓN

Bajo una encina de frondosas ramas, una hoguera alumbraba el rostro templado de Hipólita. Junto a ella, Antíope, Imperia y Sarko se alimentaban con lubinas recién arponeadas y asadas sobre ascuas. El silencio rondaba la noche, mientras un rumor se hacía escuchar más al sur. La luz de las antorchas en la amurallada Ilión se reflejaba en las pupilas de la divina reina.

—Cualquier ejército se estrellaría contra sus muros, una y otra vez —murmuró Sarko.

—Es la más altiva de las polis que he conocido, aunque no tiene la majestuosidad que tenía Atlas. La rigen teucros, domadores de caballos les llaman —aseguró Hipólita.

—Ilión controla los pasos hacia Oriente, tanto por mar como por tierra; por ello resulta agraciada en riquezas. Pero no son gentes de fiar, siguen los pasos aqueos con sus dioses de machos y sus glorias de sangre —continuó Imperia.

—Mañana la visitaremos —afirmó Hipólita.

Antíope y Sarko dirigieron su mirada sobre Hipólita, mascando lentamente el pescado.

—No nos esperan y parece que solo él sabe dónde se halla mi amada hermana.

—¡Ilio! ¡Pretendes llegar hasta el rey! —exclamó Imperia.

—Esas murallas podrán detener ejércitos enteros, mas no podrán con la terquedad de una sola mujer —dijo Antíope mirando a su hermana y apuró las espinas de la lubina.

Al día siguiente, con el sol en alto y la población en plena ebullición, un carro cargado con ánforas llenas de grano atravesaba las puertas de Ilión. No levantó ninguna sospecha, únicamente la sonrisa esporádica de un joven guardia dirigida hacia Imperia que, sentada junto a las dos hermanas, cubiertas con largas túnicas, conducía los pasos de los caballos. Sarko, a pie, tiraba de las bridas, arrastrando su cojera con un grueso bastón. Les acompañaba un hombre fuerte, de larga melena y barba rizada, mercader habitual, el cual, con su carro y la bolsa llena de oro, se ofreció a colaborar con gusto tal que no paraba de hablar.

Recorrieron las calles de Ilión mientras observaban las casas de bloques de piedra y gruesa arcilla. La polis se dividía en anchas calles que se abrían entre edificios de altas columnas alrededor del ágora y sus templos. Las esculturas y grabados de dioses y grandes guerreros eran notables en toda plaza. La más impresionante de ellas era una bronceada estatua del poderoso Zeus, apertura de la acrópolis y del amurallado jardín del palacio real.

—¡Dioses de machos! —murmuró Imperia.

—Nosotras bajaremos aquí —dijo Hipólita y dio un pequeño golpe a Antíope.

Imperia y Sarko la miraron sin saber qué decir.

—Os puedo acercar a la acrópolis, ¿no es vuestro deseo adorar al gran Zeus? —preguntó el mercader.

—Sí —contestó Hipólita—. Pero queremos andar un poco y de paso, veremos de hacernos con provisiones para nuestro peregrinar. Marchad pues y con la caída de la noche nos veremos en la salida. El viejo Sarko y la muchacha le ayudarán a descargar el grano. Gracias, buen hombre.

—¡Tenemos las posaderas como panes! —exclamó Antíope golpeándose las nalgas.

Un tanto disconforme, Imperia fijó su vista en las dos hermanas que, con sus armas ocultas bajo el grueso lino, se dirigían sin prisa hacia los muros del jardín. Mientras, el carro prosiguió su camino, internándose cada vez más en las ajetreadas calles de Ilión.

—Buena es la ayuda. Pero debéis mostraros humildes, pues el grano que llevo es para el palacio del rey —expuso el mercader.

—¿El palacio real? —preguntó la joven guerrera alzando sus cejas con una sonrisa.

—Sí. Lo descargaremos en el almacén de las cocinas, conozco a la panadera del rey. ¡Buenos bollos con rico queso prepara! —aseguró el mercader.

Sarko e Imperia se miraron con una mueca de satisfacción conforme el carro cruzaba la concurrida plaza, junto al palacio.

Entre tanto, las dos hermanas paseaban al lado del jardín real, buscando el lugar y el momento ideal para saltar al otro lado del muro que lo rodeaba. Pasada una guardia de seis lanceros, en una esquina mermada por el tiempo y el descuido, Hipólita se agachó juntando las manos sobre la rodilla y Antíope saltó sobre la muralla, apoyando el pie en su hermana. Después colgó su brazo e Hipólita, agarrándose fuertemente, saltó también. En un abrir y cerrar de ojos las dos habían saltado y se ocultaban entre los setos. Esquivando la guardia, recorrieron el lugar hacia un pequeño palacete, que supusieron hogar de los monarcas.

Tras un largo trecho, la suerte les sonrió: el rey Ilio apareció ante ellas, no muy lejos. Hipólita hizo un gesto a su hermana y avanzaron al amparo de las sombras, entre arbustos. El rey paseaba confiado, sin guardia, acompañado por su esposa Eurídice y su hijo Laomedonte.

—Cuando Iris domine los reinos de las hijas de la luna, volverán las antiguas alianzas con los aqueos. Aquellas que tanta tragedia trajeron y que en nada nos benefician. De poco nos ha de valer nuestra postura. Los aqueos no muestran respeto por alianza alguna: han arrasado decenas de pueblos, no dudes que ya fijaron sus ojos en Ilión —aseguró una preocupada Eurídice.

—Sí, padre, ¿por qué involucrarnos en esta guerra? Las intenciones de Iris son crueles. ¿Es cierto que devoran a los desdichados que caen en sus manos? —preguntó el joven Laomedonte.

—Son leyendas, hijo. Aunque de una forma u otra, todos nos devoramos si queremos seguir siendo —dijo Ilio acercándose a una sombreada pérgola—. Y mi querida Eurídice, no temas a los aqueos; con las lluvias que azotaron sus tierras, tardarán en ser lo que eran.

—Las lluvias no han hecho más que agitar la colmena. Muchos han muerto. Pero ahora se mueven tanto que parecen más y lo están asolando todo en busca de oro y glorias que renueven su temido poder. Llegará el día de la tragedia y entonces necesitaremos a esos jóvenes que ahora mueren olvidados en las tierras pónticas —apuntilló la reina.

—Quizá tengas más razón de lo que quisiera. Pero las fieles a la reina Menalipa no tienen opción. Además, no olvides que esas mujeres varoniles, en especial la loba Ainia, siempre hostigaron nuestras caravanas.

—¿Ainia? No será más peligrosa que los aqueos. El reinado de Menalipa se caracterizó por la tolerancia y paz que trajo a esta tierra, con ella desapareció el pillaje que regresó ahora con la guerra. Observad Lesbos, cuna de amor y placeres y hoy fuente de conspiraciones y maldad.

—Los tratos con Iris son más ventajosos, de oro llenarán nuestras arcas y nos darán poder para resistir una posible ofensiva aquea. No es una cuestión de gusto, sino de estrategia —insistió el rey—. Menalipa supo tejer noble y justa, mas nunca tuvo opción ante el poder. De no haber sido esas harpías, hubieran sido los hititas o los aqueos quienes se hubieran hecho con sus tierras. La ambición de los imperios no se frena con buenas palabras, sino con bravos soldados.

—El rey Huzzia y el pueblo hitita son buenos comerciantes y nuestra alianza se mantiene firme. Los aqueos, en cambio, no presagian nada bueno —apuntó Eurídice.

—Nuestro cometido es permanecer a bien con todos en esta tierra que es frontera entre Oriente y Occidente. Menalipa es esclava en el imperio de los faraones, no hay más que hacer. No es de interés estar al lado de perdedores y menos si estos son enemigos del rey Cécrope.

—Menalipa esclava, no es justo —murmuró Laomedonte.

—La vida no es justa ni injusta, hijo. Lo que no es justo para Menalipa, sí lo es para Iris. El destino no está en nuestras manos, es regido por los dioses; ellos decidirán. ¿Qué podemos hacer nosotros, pobres mortales? ¿Enfrentarnos a aqueos y faraones por defender a Menalipa? Nada le debemos —sentenció el rey Ilio y se acomodó en un banco cubierto por detrás con un seto.

—¿Es por ello que habéis olvidado la gracia de mi amada hermana? —preguntó Hipólita suavemente, saliendo tras el seto y posando una afilada daga en el cuello del rey.

La reina Eurícide descompuso la cara y se volvió para pedir ayuda. Pero una afilada hoja de bronce le acarició el cuello, alzándole el mentón. Frente a ella se hallaba Antíope, espada en alto, que negaba con la cabeza mientras exhibía en la mano izquierda su mortal daga.

El joven príncipe, incapaz de asimilar aquella realidad, avanzó hacia Antíope.

—¡Dejad a mis padres! ¿Quiénes sois que osáis amenazar la vida de mi reina y mi rey? ¿Qué queréis? —preguntó ante el silencio de Ilio.

—Rey Ilio, de la bien amurallada Ilión, tú que permaneces en silencio: mi nombre es Hipólita, así pues bien sabes qué busco —dijo la divina reina.

—¡Hipólita, hija de Ares y Armonía! —exclamó Laomedonte.

—Ese es mi nombre. Pero dime, ya que tu cobarde padre no contesta, ¿por qué los hijos troyanos de Zeus luchan contra mis hermanas? ¿Es cierto, Menalipa es esclava de faraones?

El príncipe quedo mudo, sin poder contestar la penosa verdad de la que eran partícipes.

—Deja a mi amada esposa y a mi valiente hijo, pues si algo tiene valor en Ilión son ellos y nada tienen que ver en mis decisiones. Hablemos en paz —rogó el rey.

Hipólita lo miró deponiendo ligeramente su actitud amenazante.

—Marcha reina de Ilión; mas tu valiente hijo es mejor que permanezca a mi lado, cerca de mi espada, por si decides volver en compañía —dijo tras pensarlo por un momento.

—No, me quedo aquí… Mi hijo, no —susurró angustiada la reina.

—¡Marchad! —exclamó Ilio y Eurídice se alejó apresurada, sin saber cierto qué hacer.

—No traerá a la guardia consigo; conozco a mi madre y si tiene una deidad cierta, esa eres tú —apuntó el príncipe—. Hasta nosotros llegaron las proezas realizadas contra los aguerridos aqueos, que de gloria os cubrieron en los confines del mundo.

—¿Dónde está Menalipa? —insistió Antíope.

—En Egipto, más allá del Mar entre Tierras, hogar de faraones —aseguró Ilio.

Hipólita le observó seria, sin mover un músculo de la cara ni parpadeo alguno.

—Entonces, si está en la tierra de los faraones, se halla a salvo de esta guerra —expuso Antíope, complacida en cierta forma.

—Sí, el enviado del mismísimo Ahmose, dios del Imperio Egipcio, selló su trato con Iris de Lesbos. Vuestra hermana no sufre daño alguno. Fue vendida por cien cofres de puro oro al gran faraón, que preso de su belleza, nobleza y sabiduría quiso hacer de ella su esposa —aseguró Ilio.

—¿Vendida? —preguntó Hipólita, incrédula ante tal ofensa.

—Las presiones de aqueos son fuertes, solo las alianzas que mantenemos con los grandes de Oriente nos permiten mantenernos a salvo de sus ambiciones. Si no fuera así, Ilión estaría condenada. No tuve más opción —aseguró el rey tratando de justificar sus acciones.

—Sí tenías otra. Pero no el temor ni la preocupación, sino la codicia te vence. Dispones de aguerridos soldados y poderosos aliados, siempre te podrías haber negado a ser parte de un trato tan infame. No dudo que gran botín os provocó. No sois más que un miserable comerciante de riquezas ensangrentadas. Mereces la muerte —sentenció Hipólita con rotundidad.

—¡No! —exclamó Eurídice, la cual apareció con prisa, una forzada sonrisa y dos vasallos que portaban infusiones y bollos de trigo recién horneados.

Imperia la acompañaba dos pasos por detrás. Hipólita, sorprendida, bajó la espada, alzó su ceja derecha y fijó su mirada en la joven guerrera, exigiendo una respuesta.

—Sarko está en la cocina. La reina me ha invitado a unos bollos, nos conocimos allí. Búscaba algo con qué atender a una visita. ¡Están deliciosos! ¿Sabéis? El grano era para el rey —dijo Imperia saboreando uno de aquellos panes, ante la mirada atónita del Hipólita y Antíope.

El príncipe quedó encandilado con el porte y la belleza de la joven guerrera.

Sin mostrar el más mínimo respeto por los monarcas teucros, Imperia se sentó. De pronto, dejó de comer, les miró y chasqueó la lengua.

—¿Por qué están vivos? —preguntó.

—Hemos decidido unirnos a vuestra causa —apuntó Eurídice al oír aquellas palabras de muerte—. Repararemos el daño causado, no se bien cómo. ¿Quizá con oro y hombres?

—Eres hábil en diplomacia. ¿Hablarás de oro mañana con Iris? —replicó Hipólita.

—Nunca fue de mi agrado este conflicto y os hemos de ayudar. ¡Creedme, pues con el corazón hablo y nunca argucia alguna usé en la razón!

Hipólita escuchó a Eurídice, sabía que con tales palabras intercedía por salvar la vida de su esposo y la de su hijo: en sus ojos poblados se leía la clemencia, la piedad implorada.

Ilio esperaba tenso, de un momento a otro, el golpe de la venganza que acabara con su vida, albergando la esperanza de que su sangre calmara la sed de la divina reina. Serio, asentía de forma leve las palabras de su amada. Por el contrario, el joven príncipe pensaba inocentemente que la tensión y las diferencias se diluían con las palabras de su madre y el silencio de Hipólita.

—Y tú, ¿quién eres tan gallarda y hermosa? —preguntó Laomedonte con cierta curiosidad, dirigiendo su mirada sobre Imperia, ajeno al dolor y la ira que la joven arrastraba en su corazón.

Imperia depositó el bollo de pan sobre la mesa y se quedó mirándole.

Y se levantó rápidamente alzando al aire su daga contra él.

—¡Alto, Imperia! —exclamó Hipólita frenando el mortal golpe—. Los reyes de Ilión se han ofrecido para favorecer nuestra causa, respetaremos sus vidas mientras así sea —apuntó mirando fijamente a una complacida Eurídice.

Imperia quedó inmóvil con la punta de la daga a un palmo del rostro del príncipe. Luego bajó lentamente el brazo y con una mirada, le perdonó la vida.

—¡Yo os llevaré hasta Ainia! —exclamó Laomedonte sin apartar la vista de la joven guerrera—. Ella, la Loba, sabrá cómo llegar hasta Menalipa. Y si no, yo mismo os acompañaré en su búsqueda hasta la tierra de los faraones.

—¿Te ofreces a acompañarnos? —le preguntó Hipólita con cierto asombro.

—Mi hijo, no. Es muy joven y no sabe nada de estas cosas —rogó Eurídice—. ¿Cómo va a llevaros hasta Menalipa si no ha estado nunca en Arzawa, ni sabe dónde se halla Egipto? ¡Por favor, solo es un niño! Dejadle conmigo, os proporcionaremos los mejores hombres, caballos…

—¡Madre! ¡Qué estás diciendo! ¡No soy un niño! ¡Dejadme ir y demostrar que Ilión no está al lado de Iris ni de los aqueos! —exclamó el joven.

—Es posible que tu hijo no me favorezca en mucho para rescatar a Menalipa, mas no le falta valor. Y es bien cierto que su compañía hará que tu rey Ilio cumpla la palabra dada. Pues si bien en tu persona confiaría mi vida, en la suya no fiaría ni la del enemigo —apuntó Hipólita.

—No creo que sea hombre de honor para cabalgar al lado de la divina reina, solo es un niño mimado que ansía los cálidos brazos de su madre —dijo Imperia, dirigiendo sus palabras al príncipe y provocando su ego.

—¡No dudes de mi valía, ni hacerme sentir mal pretendas! ¡Yo bien sé quién soy, nadie ha de decidir por mí! ¡Y menos tú, que confundes el honor con la sangre! —saltó el príncipe.

—Tú, cobarde como tu padre, solo mereces muerte por servir a Iris y lanzar vuestros soldados contra mi reina Menalipa —le espetó Imperia clavando con fuerza desmedida su daga en la madera de la mesa.

El príncipe se dirigió a los vasallos que, sin otra orden, allí seguían en pie.

—Armad mi carro de guerra y que mi guardia se prepare para marchar con urgencia, pues partiremos de inmediato con la divina Hipólita —ordenó.

—Hijo… no… —rogó Eurídice.

El príncipe se acercó a ella y la abrazó. Y posó la vista sobre Imperia.

—Yo demostraré quién soy. Tú, con tu actitud, ya lo has hecho. Lamento que tan joven y hermosa no alberges más que odio en vuestro corazón.

Imperia quedó en silencio y le miró fríamente, confusa y sorprendida por tales palabras. Tomó su daga, apretó la empuñadura con fuerza y deseó hundirla en el pecho de aquel príncipe.

—Marchemos, dejad vuestras desavenencias; tiempo habrá de que cada cual demuestre su valía —exigió Hipólita poniendo fin a la inesperada trifulca.

—No, no os lo llevéis, por favor —suplicó Eurídice, con temor, en vano, mientras el rey Ilio la tomaba por la cintura para evitar que saliera tras su hijo y las tres guerreras.

—Tu hijo está en buenas manos. Yo también soy madre y sé el temor que os conmueve. ¿Algo más que deba saber? —le preguntó Hipólita.

—Mucho se habla del oro de los faraones fuera de estas murallas. Pero nada llegó a Ilión. De nosotros no tenéis nada que temer, sino de la codicia de los aqueos que ya tardan en llegar tras el paso de las doradas barras. Os lo suplico de nuevo: ¡devolvedme a mi hijo, pues no es suya esta guerra a la que pretendéis llevároslo! —insistió Eurídice posándose de rodillas.

—Desde el momento en que Ilión atendió a Iris y se vertió la primera gota de sangre de mis hermanas, hicisteis suerte y presa en esta guerra —le contestó Hipólita.

Las valerosas guerreras y Sarko salieron de Ilión acompañadas por el príncipe Laomedonte y una guardia de honor que no esperaban. Pronto corrió la voz: la divina Hipólita estaba en palacio, la guerra con las hijas de la luna había acabado. Iris no contaría con más teucros como mercenarios, volvían los hijos de Ilión a su hogar. Una explosión de júbilo recorrió el ágora.

Caída la noche y alejados del jolgorio que la presencia de Hipólita y la buena nueva habían provocado, Ilio y Eurídice tomaban aliento y bebían hierbabuena temiendo por la vida de su hijo.

—Nunca debiste ayudar a Iris, por mucho oro que nos prometiera. Ya puedes apoyar en firme a la divina Hipólita, pues si es vencida no sé qué será de nuestro hijo —sollozó la reina.

—La política y los negocios son así y sí, ahora tenemos que cambiar de socios. Pero sin alterar en demasía nuestras fuerzas, no debemos perder ese oro. ¿Quién podía esperar que la divina Hipólita fuera tan real como su espada y que hasta aquí llegara? —se lamentó el rey.

—No pienses más en negocios, ¿acaso pretendes que Laomedonte no regrese? Hipólita cumplirá su palabra: respetará su vida mientras nosotros mantengamos la nuestra.

—Esto nos traerá más conflictos con los aqueos.

—Ninguno que no tengamos ya o ¿acaso pretendes ignorar que desean nuestras riquezas?

—Si Laomedonte pudiera escapar…

—¿Escapar? ¡Si cree que parte como aliado, ni se la ha ocurrido pensar que es rehén!

***

Decenas de cuerpos amputados por el frío metal sembraban aquella vaguada de muerte. Ojos enrojecidos por la furia lloraban la desesperación del alma herida. Dientes apretados con fuerza rechinaban el dolor del cuerpo por caer. Entre horribles gritos que estremecían el cielo y el corazón, una brutal batalla teñía de rojo las hermosas playas del Euxino. Vestidas de muerte, las hijas de la luna luchaban sin tregua contra una columna del ejército mercenario de Iris. El ardor de estos hombres, en busca de gloria y riquezas, se fundía como la cera de un cirio ante la sangre que brotaba de sus heridas. Habían sido sorprendidos en un batalla desconocida para ellos, por un ejército sin temor ni piedad. Eran atenazados por la mortal saeta en la distancia y brutalmente diezmados por inesperadas cargas de caballería.

Álgida la batalla, el despiadado impacto de un poderoso labrys partió el resplandeciente peto del más laureado de los mercenarios, un capitán tracio. Cayó arrodillado, con la mirada perdida y la vida en agonía. La cabeza le rodó al paso de una espada por su cuello. El bronce que cubría su cuerpo, golpeado por el pie de la guerrera que le dio muerte, resonó con fuerza en el suelo al oído de sus hombres. La batalla cesó por un momento. Los guerreros fijaron sus ojos inquietos en aquella mujer de fría mirada y larga melena, rubia y de mechas rojas sus puntas.

—¡Es Ainia, la Loba de las estepas! —gritó uno y todos dieron un paso atrás.

—¡Ahí tenéis el oro y la gloria que buscáis! —exclamó Ainia y alzó su puño mostrando la cabeza del mercenario, que aún mascaba los dientes sin sentido, y la lanzó sobre ellos con desprecio.

Aquellos guerreros, parapetados tras grandes escudos de madera, vieron rodar hasta sus pies la cabeza de su capitán. Con las lanzas en alto, pisando sobre las entrañas de sus muertos, sin saber qué hacer; esperaban una señal, una orden, mientras el temor se apoderaba de sus cuerpos.

—¡A por ellas, por todos los dioses, no son más que mujeres! —gritó un soldado hicso y, rompiendo la formación, corrió dando al aire fuertes golpes de lanza. Flechado quedó en tierra, como aquellos que le siguieron con las lanzas prestas y gritando con rabia. Solo hallaron muerte.

Ainia se erigió victoriosa, como en tantas otras batallas, desterrando sueños de grandeza y sembrado pesadillas de horror. Con la cara manchada de sangre y el cuerpo empapado en sudor, observaba en silencio como huían los que no deseaban morir en sus manos. Hija de la divina

Cibeles y discípula de Armonía, la salvaje loba dominaba las estepas sin fin del Euxino, donde ningún ejército ni rey había podido domar la tierra ni a sus gentes. åPaseó abriéndose camino sobre los muertos, guardando la espada en la vaina de su espalda. La batalla había terminado.

—Que sean atendidas nuestras hermanas heridas —ordenó a sus capitanas Equidna y Antianira, ambas mujeres fuertes de aspecto cobrizo, ojos rasgados y largos cabellos negros.

Una mujer envuelta en suaves telas de lino se le acercó. No vestía de guerrera, no portaba arma alguna. Su nombre era Andrea, atlante de noble cuna, sobreviviente de la caída de Atlas que gozaba del respeto como autoridad magna al servicio de la reina Menalipa.

—¿Qué haremos con los mercenarios heridos, no podremos atenderlos sin poner en riesgo nuestra situación? —preguntó.

Ainia la miró con asombro. Luego, de forma indiferente, giró su rostro al horizonte.

—Equidna, Antianira, que el aliento de esos machos agónicos no siga envenenado el aire que respiramos —ordenó.

Andrea, calló. Nunca se atrevería a contravenir una orden de Ainia, una mujer a la que apreciaba tanto como a su vida. Menos ante sus indómitas lobas. Pero no le apartó la mirada de los ojos, expresándole su disconformidad por tal acción.

—Son mercenarios, asesinos despiadados. Solo el oro y la ambición les hizo venir a esta tierra a verter nuestra sangre. No solicites piedad, ni llores por sus vidas; degollaron a muchas de las nuestras tras cazarlas como a perras y humillarlas. No me pidas clemencia para esos miserables que ni a sus madres respetan —se justificó Ainia. Y se alejó buscando un puesto elevado. Luego se sentó sobre una roca, escuchando los golpes de muerte sacudidos por Equidna y Antianira.

Andrea se sentó a su lado, encogiéndose con cada lamento apagado y permaneció muda hasta que el último prisionero fue muerto y la última guerrera caída fue enterrada.

—Es terrible… No hay tragedia mayor que la guerra —susurró finalmente.

—Solo hay algo más trágico que contemplar este horror tras la batalla: haberla perdido. Da gracias a Artemisa, esta terrible tragedia es nuestra victoria —apuntó Ainia.

Capítulo 9
EL PODER DE LESBOS

Rodeada por las aguas del mar Egeo, la isla de Lezpas se alzaba entre dos golfos: el pequeño Gera, atraque de mercantes y pesqueros; y el gran Kalloni, en cuya costa se encontraba el templo de Artemisa. Lesbos se erigía en la costa este, se trataba de una hermosa ciudadela de

estrechas callejuelas empedradas. Carecía de amuralladas defensas, pues no había gloria ni oro que defender. Nada llamaba la atención de ojos conquistadores, que veían en esta una tierra de cabras y un refugio ante las tempestades.

Cercano a Lesbos, en el norte de la escarpada costa, frente a unos islotes habitados por escandalosas gaviotas y rodeados de temibles tiburones, se erguía un palacete de anchos salones, decorados con grabados épicos. Por los pasillos paseaban mujeres de noble condición, aderezadas con hermosas alhajas de Occidente y telas preciosas de Oriente; guardadas por guerreras vestidas de cuero, lanza y malla de bronce. Desde la terraza principal se podía distinguir con facilidad la costa de Anatolia, incluso cuando el mal tiempo pretendía ocultarla a los ojos más diestros.

Aquella mañana, la aldea de Lesbos permanecía tranquila entre la bruma. Sus calles estaban desiertas, solo la presencia de una imponente estatua, alzada en devoción a la cazadora Artemisa, llenaba aquella soledad. Pero el humo de las chimeneas y las risas del despertar delataban una agitada vida. El olor a pescado volteado en espelta y frito en aceite de oliva envolvía cada hogar. En aquellas casas de adobe y madera, pintadas de blanca cal y con floreadas balconeras; entre pescadoras y cabreros, artesanas y broncistas, vivían las temibles mujeres de la Guardia Real de Lesbos, que vigilaban la suerte de su reina Iris. Y su centro de reunión era aquella taberna de oyzo abundante, situada frente al mármol de Artemisa: Sympnio.

—¡Ermis, más oyzo! Mis valientes necesitan un buen trago. ¡Y trae pulpo! ¡El frío arrecia y el día se presenta gris! —exclamó Deyarina, sentada en un taburete y acompañada a la mesa por sus guerreras. Era la comandante de la Guardia Real de Lesbos, respetada capitana que batalló en Atlas junto a la reina Mirina. Su mirada azul resultaba tan penetrante como afilada su espada. Bajo sus órdenes, el ejército de Iris había derrotado a las tropas de Menalipa en Lesbos y Arzawa. Sus batallas no conocían derrota… Solo Atlas, donde la espada de Ares marcó su cara.

—¡Ya va! ¡Ya va! —contestó Ermis agitando su corta melena roja con una sonrisa apurada, mientras llenaba cuencos de licor mascando el tallo de regaliz que llevaba en la boca.

Kivell, su compañera, mujer morena, andaba entre las mesas sirviendo sabroso pulpo asado y pescado rebozado a una hambrienta clientela que no hacía más que exigir. Se acercó a Deyarina, le sirvió un trago de oyzo y le recogió el cabello hacia atrás.

—¡Que manía con ocultarte la cara! ¡Con lo hermosa que eres! —le exclamó—. Te veo inquieta, ¿aguarda un día duro?

En ese momento, numerosos cascos de caballo resonaron en las calles de piedra. De los hogares salieron expectantes algunas mujeres y hombres, que mostraban su respeto inclinando la cabeza y quedaban inquietos. Se trataba de la majestuosa Mantis y de la temida Empusa, seguidas por veinte guerreras de la Guardia Real de Temiscira.

—Sí, mi querida Kivell. ¡Me espera un día muy duro! —respondió Deyarina y salió de la taberna—. ¡Vamos! ¡Rápido! ¡La visita llegó! —exclamó a sus guerreras.

Mantis, tras la caída de Menalipa, se erigía en Temiscira como reina madre, suprema de las hijas de la luna. Mujer de gran porte y generosas carnes, mecía largos cabellos rubio platino y poseía unos ojos verdes inquietantes. Le gustaba lucir largas sedas de tonos verdes, traídas de Oriente, que acariciaban su cuerpo acompañadas de valiosas joyas. Empusa, reina de Tríbada, era la menor de las hermanas y la más temida por las historias de sangre que la rodeaban. Su estilizada figura y su singular belleza la hacían especial; le gustaba llevar el pelo corto, de punta y tintado su rubio de tonos verdes con destellos azules. Vestía de guerrera y, armada con una espada oriental, tallada en su empuñadura con una calavera, siempre se hallaba dispuesta para batalla. Despertaba horror entre los hombres, pues los dichos aseguraban que se alimentaba de la sangre de sus amantes; y no hacía más que despertar los miedos su silencio, pues nacida sin voz, apenas podía lanzar inquietantes silbidos por sus sinuosos labios.

Desde la terraza del palacete, una mujer de esbelta figura, largo cabello negro con destellos turquesa y de porte magno las observaba acercarse golpeando con los dedos la baranda de piedra. Se trataba de la reina Iris de Lesbos. Se puso una túnica púrpura imperial y avanzó hacia la sala de armas, se sentó al lado de la chimenea y resopló extendiendo la mano.

—Mi señora, han llegado antes de lo previsto —apuntó Deyarina, mostrando respeto.

Sin apenas terminar sus palabras, Mantis y Empusa irrumpieron en la estancia.

—Veo que os encontráis muy bien, mis queridas hermanas. Sentaos y descansad de vuestra fatiga. El viaje debe haber sido penoso —dijo Iris recibiéndolas con una extensa sonrisa.

En una mesa redonda, los sirvientes habían dejado jugos de fruta, caldo caliente y vino.

—Largo es el camino, espero merezca la pena escuchar tus palabras. Pero también que no traigan más esfuerzos a mis arcas, pues de ello quiero hablar —le espetó Mantis un tanto disgustada—. ¿Y qué prisas son esas que mañana mismo hemos de zarpar?

Empusa quedó en pie, una mirada profunda bastó como saludo.

—Sentaos —insistió Iris—. Probad este aperitivo que mandé traer, el almuerzo estará pronto: sabrosa dorada bañada en salsa de ajo y perejil.

—Suena bien, hermana —apuntó Mantis y se sentó, colmando un cuenco de caldo.

Empusa, fría como un témpano, se acomodó sin más; y estirando su espalda hacia atrás, extendió sus brazos y abrió las manos mirando a Iris, pidiendo una explicación.

—Éramos unas niñas cuando madre cayó en manos de la traidora Hipólita —dijo Iris sin ocultar su despecho—. Con la llegada de Menalipa al trono pasamos de ser altivas princesas a repudiadas desheredaras. Fuimos injuriadas y despreciadas por nuestras propias hermanas…

—Sí, nuestros sueños cayeron en el campo de batalla de Atlas —afirmó Mantis—. Con la muerte de nuestra madre el todo se convirtió en la nada, polvo en el aire que arrastró el viento ante nuestra desesperación. Mas todo pasó, ahora somos reinas.

Empusa hizo un gesto claro de impaciencia, con la palma de la mano hacia arriba y un pequeño silbido que salió de su boca.

—¡Mi pequeña víbora! ¿Aún sigues disfrutando de tus juegos prohibidos? ¡Hasta aquí llegan las noticias de tus orgías de sangre! —exclamó Iris cambiando el tono de su voz, conforme los sirvientes disponían la comida en la mesa—. Tranquiliza el ánimo, disfruta del almuerzo.

—¿Qué sabes de Esmirna? —preguntó Mantis.

Empusa alzó los ojos mostrando gran interés en la respuesta.

—¡Tu hermana sigue indiferente a nuestros designios! —exclamó Iris perdiendo el humor.

—¡Vamos, Iris! ¡También es tu hermana! —contestó Mantis.

—¡Rechazó nuestra alianza y nos llamó perversas! ¡No merece mi tiempo!

—Sin su silencio no podríamos haber recuperado el poder. Recuerda bien que es dueña de Abasa. No le interesa mezclarse en nuestras argucias, no teníamos nada que ofrecerle —comentó Mantis tratando de justificar la posición de Esmirna.

—¡Debió unirse solo por vengar a nuestra madre! —gritó Iris.

—¡Vamos! Nunca fue la preferida de Mirina y quizá, por ser nuestra hermana, en nada ayudó a Menalipa ¿Acaso no lo has pensado? Con su poder podría movilizar el ejército hitita y aplastarnos cuando quisiera.

Empusa tomó la muñeca de Mantis, apretándola, y con un gesto, pasando la mano de lado a lado en paralelo, como si diera un gran corte, detuvo la conversación de sus hermanas. Miró a Iris y volvió a extender sus manos, abriendo los ojos exageradamente y encogiéndose de hombros, pidiendo explicaciones por su llamada urgente a Lesbos.

—Sí, dejemos a Esmirna con sus malditos léleges —dijo Iris. Luego se sirvió un cuenco con jugo de arándanos y dio un sorbo—. Quiero agradeceros vuestro apoyo en la recuperación de aquello que nos correspondía por derecho: Lesbos, Tríbada y Temiscira son gobernadas al fin por sus reinas legítimas, como siempre debió ser. No ha sido fácil. Pero el oro de los faraones nos lo puso al alcance. Ese oro es nuestro poder.

—Sí, fue todo un detalle que el faraón se fijara en Menalipa y que te ganaras la voluntad del rey Ilio, seguro que no fue con una dorada —apuntó Mantis sonriendo maliciosa.

Empusa lanzó una ronca carcajada, seguida de un pronunciado silbido, y fijó su vista en Deyarina, que se acercaba rápido hacia ellas. La comandante habló al oído de Iris, que cambió su rostro al escuchar, apretó los puños y se alzó con rabia.

—¿Cómo es posible que no podamos acabar con esa agónica mujer? ¿De qué nos vale gastar oro con mercenarios que se muestran incapaces de abatirla? —gritó Iris furiosa y lanzó con fuerza su cuenco de jugo de frutas contra la pared de la sala.

—¿Ainia, de nuevo? —preguntó Mantis—. Deberías olvidar a esa brava.

—No puedo, esa mujer me consume.

Empusa observaba en silencio, prestando atención. Terminada la dorada, se sirvió un cuenco de aromática menta y regaliz y se apoyó junto a la chimenea.

—Tus mercenarios abusan y humillan de amigos y enemigos, se están haciendo con nuestra tierra ante tu desidia por destruir a Ainia. Más nos vale dejarla galopar por las extensas praderas de Oriente; en nada nos atañen sus acciones, ni su vida más allá de Euxino. Es reina de las estepas sin fin, donde no hay oro ni riquezas que merezcan nuestra atención —expuso Mantis.

—No seas inocente, mi querida hermana. Mientras la Loba cabalgue, existirá la posibilidad de que las hijas de la luna se rebelen contra nuestra voluntad. No debemos permitir que nadie dude de nuestro legítimo derecho al trono —espetó Iris.

—Comandantes y capitanes dirigen ejércitos en nuestras tierras que reclaman cada día más riquezas para sus dioses y reyes. Un día serán nuestros enemigos. Deshazte de los mercenarios y olvídate de Ainia. Afianza tu reino; el tiempo y el olvido debilitará a la Loba —dijo Mantis.

Iris se acercó a ella, meditando aquellas palabras. Luego se dirigió hasta el ventanal, desde el que se veía la costa de Anatolia, suspiró con fuerza y se volvió.

—¿De qué nos vale ser reinas si no disponemos de autoridad magna? —preguntó—. ¿De qué nos vale ser divinas de un reino de quimeras que tiembla ante una mujer? ¿Cómo vamos a conseguir respeto y gloria si permitimos que la Loba viva?

—¿Respeto y gloria? ¿Qué quieres decir? —preguntó Mantis.

—Alcemos nuestras polis como grandes reinos, favorezcamos a aqueos, teucros e hititas. Que vean en nosotras grandes aliadas, que nuestras fortalezas sean hogar de descanso para sus ejércitos y comercios, que nos reporten grandes tributos para nuestras arcas. ¿Qué ejército se alzará contra nosotras si contamos con la simpatía del faraón? ¿Siendo aliados de Ilión? ¿Quién osará a enfrentarse a aquellas que tienen por amigos a los bravos hijos de Zeus? —arengó Iris levantando su puño con palabras contundentes, llenas de ambición.

—¡Aqueos! —exclamó Mantis

Empusa frunció las cejas con un claro gesto de desprecio.

—Sí, son nuestros enemigos. Pero eso puede cambiar. Pronto serán imperio y nos vendrá bien estar a su lado, son hombres sabios que sabrán reconocer nuestro dones —añadió Iris.

—Hablas de los aqueos con demasiada alegría —apuntó Mantis.

—Recuerda que nuestra amada madre buscó aliados, oro y gloria para hacer de Tríbada una gran polis comparable a la más altiva de todas y se alió con el rey Cécrope de Atenas —expuso Iris contrariada por las palabras de su hermana.

—¡Y murió! ¡Pagó con la vida sus ambiciones! Los aqueos no serán nunca nuestros aliados, cazan y persiguen a las nuestras allá donde pueden, pues nos temen como mujeres libres. ¿Cómo puedes esperar de ellos alianza alguna? —le preguntó Mantis.

—No todos son así. Además el oro lo puede todo, mis queridas hermanas —contestó Iris—. Abrid los ojos: los reinos de hombres chocarán, sobrevivirán los más fuertes, los más bravos. Y esos son los hijos de Zeus.

—¿El exilio en Micenas te ha hecho amiga de los aqueos? Si hubieran descubierto quién eres, estarías muerta. O peor aún, serías vulgar parturienta en el lecho de un creído macho.

—Viví en Micenas por cierto tiempo y descubrí el poder del pueblo aqueo, la grandeza de sus leyes y el poder de sus ejércitos. Y ten por cierto que teucros e hititas no son menos orgullosos y que también tienen por siervas a las mujeres de su pueblo —contestó Iris.

—No. Con ellos podemos convivir como reinas, con los aqueos seremos lacayas.

—¡Solo es lacaya aquella mujer que teme la libertad! ¡Entre nosotras y entre los aqueos! —exclamó Iris—. Nobles y valientes mujeres viven en Ática, como señoras, y todas morirían por su tierra, por sus hombres y sus hijos. Quizá sea razón de que no les vaya tan mal la servidumbre en que te obstinas viven, mientras los machos se matan lejos de su hogar.

Empusa negó con la cabeza, se dio la vuelta y recorrió la sala hasta la puerta.

—Necesito vuestros ejércitos. Las lobas de Ainia combaten con valor y destreza, al contrario que las jóvenes que recluto en Arzawa —continuó Iris.

—Las guerreras de Temiscira y Tríbada no volverán al campo de batalla. Es mi voluntad que así sea —aseguró Mantis—. No es designio favorable para mantener el poder la lucha entre hijas de la luna. Sigue usando mercenarios para acabar con las que resisten.

—Si no deseas mercenarios en nuestra tierra, necesitaría del apoyo de Marpesia. Permite que salga con su ejército de Temiscira; y tú, Empusa, dame a tu capitana Airiel —replicó Iris.

—Marpesia no luchará contra hermanas ni Empusa te dará a sus bravas guerreras. No romperemos el frágil equilibrio que nos da paz. ¿Para eso nos has hecho llamar?

—Dudas de mis acciones. Pero bien altiva te ves como reina madre, mientras Lysippe se consume encerrada en sus aposentos. ¿Le has comentado tu designio en el infortunio de su amado hijo? No, claro que no. A ella la mantienes oculta en su penosa desidia mientras órdenes das en Temiscira. Y tú, Empusa, que ahí permaneces dándome la espalda de forma ingrata, siempre en silencio, ¿acaso quieres volver a ser vulgar lacaya en vez de reina poderosa?

Un tenso silencio envolvió la sala.

Iris tomó la copa, bebió un sorbo y se acercó por detrás a Empusa.

—Mañana partirás con el oro de los faraones —dijo—. Está todo dispuesto. No me fío de nadie, ya sean teucros, hititas o aqueos. Una caravana de cuarenta carros y doscientos hombres te esperan a primera hora. Guarda bien nuestro tesoro, sin él nada somos. Ya tienes tu respuesta: los destellos del oro brillan demasiado en esta indefensa isla, he ahí mi urgencia. Ocúltalo en Tríbada, donde ningún ejército podrá atravesar las ardientes tierras del Desolado.

Empusa se volvió, observó a sus dos hermanas, un tanto confusa por la confianza tan enorme que delegaban en ella. Luego asintió y salió de la terraza con cierto aire de enfado.

Iris la observó de forma inquisitiva.

—Marcha con tu orgullo y silencio… ¡Pero guarda bien nuestro oro! —le gritó.

—Es joven, no sabe de política ni de nuestro sufrimiento, se siente confusa con esta guerra entre hermanas —comentó Mantis relajada tras el giro que había tomado la discusión, pensando en el oro, sirviéndose una copa de vino—. ¿Por qué confías a Empusa el oro de los faraones?

—Empusa no tiene ambición alguna por ese oro. No es como tú, ni como yo. Solo disfruta de su amada y de su sed de sangre. Ahora escucha: aprovecha el viaje de Empusa, acompáñala por tu seguridad y llévate a Temiscira el oro que te haga falta, pues tuyo es también —le contestó Iris. Luego sonrió para desaparecer entre las telas del pasillo que daban a sus aposentos.

La comida y reunión entre hermanas había terminado.

Mantis quedó pensativa, bebiendo aquel dulce vino que calentaba su cuerpo. No le gustaba el tono de su hermana Iris, ni ignorar sus tramas, ni que Empusa se hiciera cargo del oro. Pero prefería dejarle las responsabilidades de la guerra y disfrutar ella los placeres de la paz.

—Me llevaré un tercio, es lo que me corresponde —susurró dando un último sorbo.

Empusa entró airada en sus aposentos y se acercó hasta un ventanal, desde donde se apreciaban las olas romper en los acantilados. Aquella hermosa vista refrescó su mente conforme se desprendía de las armas.

—Mi amada, déjate llevar entre mis brazos y deja tu ira para la batalla —le dijo una mujer de pelo negro, larga coleta y destellante peto de bronce. Se acercó a ella, acariciándole los hombros y la besó. Se trataba de Lamia, su compañera de juegos de amor, su fiel amiga en combate y maestra de artes prohibidas—. Mira el presente que te traigo, bien dotado está.

Empusa emitió un leve silbido y volvió la vista a la entrada de los aposentos, donde se encontraba con las manos anudadas atrás un hombre de hermoso cuerpo, ataviado con una sencilla tela sobre las caderas y con los ojos vendados. Se le acercó con una mirada penetrante, le

puso la mano en el mentón y mordiéndole los labios con fuerza, le hizo sangrar. El hombre apartó de inmediato la cara. Ella le quitó de un tirón la tela que cubría su hombría y abrió los ojos con asombro; volvió la vista ante Lamia y sonrió. Recorrió con la mano aquel cuerpo y lo empujó sobre el lecho; se sentó sobre sus caderas, gimió placentera al sentirse penetrada y miró a su compañera conforme comenzaba a cabalgar.

Lamia se acercó a ella desnudándose. Cortó las ligaduras y agarró con firmeza las manos del hombre y las estiró hacia atrás, atándole fuertemente las muñecas al cabezal del lecho. Cruzó por delante de Empusa, pasando su mano abierta por la espalda de su amada. Y tomando los pies del hombre, ató cada uno de los tobillos a un extremo posterior del lecho.

—Mi pequeña Empusa, ¿te agrada mi regalo? —preguntó Lamia, mientras se hacía con una afilada daga y una crátera que dejó sobre un pequeño taburete.

Empusa se contorneaba entre gemidos sobre los muslos desnudos del hombre. El cálido placer se hacía presa en ella y posó los ojos en los de su compañera, abriendo la boca.

Lamia se irguió sobre el lecho y deslizó las manos por el cuello de la joven reina, acariciando sus erguidos senos, notando su excitación, delatada por entrecortados silbidos y por esa mirada perdida. Se levantó, tomó la daga y se la ofreció con ambas manos.

Empusa golpeó con la palma abierta el pecho del hombre, el cual gemía preso de placer. Le quitó la venda de los ojos sin parar de agitar las caderas. Lanzó un largo suspiro, arañándole a la vez que tomaba la daga con la otra mano. El hombre sintió cómo su ser se vaciaba en el calor del frenesí y vio la hermosa expresión del rostro de Empusa alcanzar el clímax. De pronto, notó la despiadada hoja de bronce partír su corazón de un golpe. Extenuada y sudorosa, Empusa bajó la cabeza jadeando su placer. La sangre brotó caliente y comenzó a beber, libando cada surco.

Lamia tomó la daga alojada en el pecho, sacándola al aire. Cogió la crátera y la puso bajo una de las muñecas del hombre. Le cortó las venas y dejó que se llenara. La joven reina se levantó. En su cara manchada se reflejaba la expresión de la felicidad consumada. Se limpió con una fina tela la sangre del rostro, mientras miraba cómo la crátera se colmaba.

—Mi pequeña Empusa —susurró Lamia pasándole la mano por la cintura y la abrazó.

Por respuesta obtuvo un suave silbido y una mirada tan tierna como la de una recién nacida, que se tornaba cómplice y pícara hasta ir acompañada de una amplia sonrisa. Juntas alzaron el cuerpo del desdichado y lo lanzaron al mar desde el ventanal. Pronto, bajo la atenta mirada de las dos mujeres, el cuerpo fue rodeado por numerosos tiburones y docenas de gaviotas que revoloteaban robando pequeños jirones de carne humana al mar.

Lamia, sinuosa, se posó sobre el lecho con dos copas colmadas de sangre de la crátera.

—Ven —susurró.

Alzada la mañana, las puertas del palacio se abrieron de golpe, dos emisarias y Deyanira recorrieron los alojamientos donde descansaba Iris y se postraron a sus pies.

—La divina Hipólita ha estado en Ilión —dijo Deyarina.

—¡Hipólita! —exclamó Iris abriendo los ojos con sorpresa, dejando caer el cuenco que sostenía en sus manos. Y miró fijamente a su comandante, incrédula.

—Es ella, mi reina. Así me lo han certificado nuestras espías del palacio de Ilión.

—No, no puede ser. Hipólita desapareció para siempre tras la batalla de Atlas —dijo Iris, ladeando la cara con una mueca que delataba su contrariedad.

—Será pues, pero ha regresado y su poder divino es tan fuerte como su brazo en la batalla. Los teucros han dejado la lucha, regresan a Ilión, abandonan nuestro ejército. Hay gran confusión y muchas de nuestras fieles, mi señora, no saben qué hacer.

—Deyarina, ¿me traes alguna buena nueva? —le susurró Iris.

—Se dirige hacia los rocosos Pontos y el príncipe Laomedonte de Ilión la acompaña.

—Ya veo que no. De poco sirvió la palabra del rey Ilio. ¡Malditos teucros! Deyarina mis hermanas marchan con las primeras luces del alba, es mi deseo que las acompañes. Me serás más útil en las tierras de Anatolia protegiendo mi oro que aquí, debes pues alcanzarlas.

—Pero, mi señora, el palacio quedará desprotegido ante cualquier amenaza.

—No te preocupes por ello. ¿Sabes? Me gustaría que te ocuparas de que Hipólita caiga en verdad, tengo entendido que tienes una deuda pendiente con ella —aseguró Iris.

Deyarina pasó la mano por la herida de su mejilla, recordando la batalla de Atlas, donde la muerte pasó silbando ante sus ojos dejando aquella cicatriz.

—¡Así sea! —exclamó Deyarina. Saludó a su reina y salió con gesto contrariado.

Iris quedó pensativa, no había encontrado el apoyo que buscaba de sus hermanas. Pero eso era algo que ya esperaba y la solución era sencilla. Se giró hacia el ventanal y observó el mar azul.

—Mi amado, ¿estás ya en camino? —murmuró.

Capítulo 10
LA FORTALEZA DEL REY MÍO

Entre las sombras de la noche, la vieja Europa y el joven Íbero llegaban hasta los dominios del rey Mío. Erguida sobre una roca, la anciana miraba con denotado resentimiento la fortaleza que se hallaba rodeada por un campamento de centenares tiendas de lonas y precarias casas.

—Me robaste el poder e hiciste de mí carne de pago para inhumanos. ¡Tu maldita alma morirá mil veces antes de calmar mi ira! —exclamó alzando sus huesudos brazos.

Íbero se estremeció al oír aquellas palabras.

—Dime, ¿acaso conoces al rey Mío? Debemos andar con cuidado, sus soldados son crueles y sus armas mortales. Ellos asesinaron a mi amada —le dijo posándose a su lado.

Europa le miró y, tras una sonrisa intrigante, se dirigió hacia la fortaleza sin temor alguno. El joven leñador la siguió, alerta ante cada crujido. Llegaron en silencio. Nadie salió a su paso. Cerradas hallaron las tiendas y casas; parecían deshabitadas, derruidas y saqueadas.

—¡No hay nadie a la vista! ¿Qué ha podido pasar? —se preguntó el muchacho.

—La furia de Poseidón cesó, pues grandes sacrificios se han hecho —apuntó la anciana observando el cielo despejado—. Nada retiene a las gentes aquí, volvieron a sus tierras. El rey Mío ya hizo su negocio, mas no sabe lo alto que será su precio.

Mientras cruzaban la población fantasma, varios guardias de gran envergadura avanzaron con sus enormes hachas. Para sorpresa de Íbero, los guerreros bajaron su vista ante la presencia de la anciana, que pasó entre ellos sin argumentar palabra ni ser molestada. El portón de la fortaleza se abrió y comenzaron a recorrer la pedregosa plaza en dirección hacia un bastión que se alzaba en el centro, en una alta torre. Pronto aparecieron más guerreros, los cuales agachaban las miradas al paso de la vieja Europa y seguían sus pasos mientras ella avanzaba.

Una figura observaba desde la más alta de las ventanas de la torre, siguiendo el recorrido de la pareja. Entonces, la puerta se abrió y salieron corriendo hacia ellos varios hombres con sus hachas en alto, gritando. Íbero, valiente, se apresuró a defender la situación. La vieja Europa extendió su brazo y una bola compactada como una piña salió despedida de su mano: una tremenda explosión resonó dentro de las murallas y los soldados quedaron desmembrados, envueltos en una bruma negra y un fuerte olor a azufre.

Desde lo alto de la torre, silbaron las saetas. Los guerreros que seguían a la anciana, se colocaron ante ella, alzando anchos escudos. Otros corrieron con sus hachas en las manos hacia el interior del bastión, encolerizados, destrozando con inusitada violencia a todo el que se cruzaba en su camino, fuera hembra o macho, guerrero o sacerdote. Dos de los guerreros trajeron una silla y le ofrecieron asiento a la anciana. Otros fueron a buscar uva y jugos de frutas, mientras los demás buscaban agradar y atenderla.

Íbero no salía de su asombro.

—Descansa, muchacho. No hay peligro, esta es mi gente —aseguró Europa conforme tomaba asiento. Y permaneció sentada plácidamente a unos veinte pies de la puerta de la torre, degustando la fruta, escuchando los lamentos de muerte que surgían de su interior.

Con un largo grito de horror y produciendo un seco ruido al impactar en el pedregoso suelo, a sus pies cayeron los cuerpos de los arqueros que habían osado lanzar saetas sobre ella.

Finalmente el silencio envolvió el lugar y quedaron pendientes de la puerta de la torre, por donde salieron los guerreros con sus ensangrentadas hachas en una mano y sujetando con la otra los brazos del rey Mío. Y lo lanzaron a los pies de la vieja Europa. Ella, sin alzarse, continuó comiendo uvas, pausadamente, disfrutando de la dulzura de cada una de ellas.

—Tengo algo de frío —aseguró alzando uno de sus huesudos brazos.

Rápidamente corrieron varios hombres y no tardaron en traer abrigo y leña.

El calor de una gran hoguera pronto alumbró el lugar.

El rey Mío permanecía tumbado en tierra, las marcas de los golpes recibidos desfiguraban su rostro y la sangre manchaba sus reales vestimentas hechas jirones.

Un gran círculo de guerreros los rodeaban.

—¡Toma! —le dijo la anciana a Íbero, ofreciéndole el ramillete de uvas que tenía en la mano. Luego se levantó, avanzó y se detuvo a un pie del rey Mío—. ¡Álzate, desgraciado!

El rey se levantó, tambaleándose, y fijó su inquieta mirada en ella. Una mezcla de extrañeza, odio y temor rebosó en sus empañados ojos sabiéndose perdido.

—Ya ves, no estoy muerta. ¡Mis viejas carnes no son del agrado de inhumanos! Sobrados de manjares, se conformaron con torturarme hasta darme por domada. Me dejaron como sobras de su macabro festín, alimento para lobos. La divina providencia se fijó en mí, mala suerte la tuya.

—Debí venderte al calor del día, no al amparo de la noche cuando solo pellejo eres —espetó el rey Mío.

La vieja Europa le puso la mano en la barbilla y sonrió.

—Sí, Debiste. ¡Que decepción! ¿Verdad? Tú que pretendías ser rey, regir una fabulosa fortaleza y vivir una larga vida de gozo y autoridad, fornicando y tragando. Rey Mío, lo olvidaste: todo tuyo, todo mío. Una ya no se puede fiar de los amigos —le dijo suavemente, dándole dos palmadas en la cara. Y se alejó de nuevo hasta su asiento—. ¡En vil láudano envolviste mi vida para entregarme a los devoradores de hombres! La ambición te cegó. Me deprimes.

El rey Mío trató de huir, pero el tremendo empujón de uno de los guerreros, musculado y de facciones profundas, lo paró en seco.

—Asthar… Tú serás dueño y regente de nuestras tierras y hombres, conducirás nuestro pueblo y devolverás la cordura a la gente. Serás ahora mi fiel guardián, dueño y señor de todo lo mío: serás rey Mío. Ahora, al traidor, dale tormento —ordenó.

El guerrero hecho rey, hinchó el pecho con tremenda satisfacción y se acercó acompañado por cuatro guerreros más hasta el malogrado rey. Lo alzaron por los brazos y las piernas y se

alejaron hasta desaparecer en la oscuridad. Aquel hombre, que había sido rey poderoso e inmisericorde, reflejó el rostro del terror mientras era arrastrado a un estrecho pozo ciego. La tierra comenzó a cubrirlo, quedando enterrado vivo, con la cabeza al aire y notando en la cara los cortes que le proporcionaban los guerreros de Asthar con sus afiladas dagas.

La vieja Europa se levantó del asiento, golpeó con fuerza su bastón en el suelo y una gran sacudida hizo temblar aquella fortaleza por entero.

—Cenemos un poco antes de empezar la noche —dijo y se dirigió hacia una pequeña casa.

Íbero la siguió, confuso y asombrado.

—Tú que eres poderosa, con tierras y hombres de armas, ¿qué puedes querer de mí, si nada dispongo y nada puedo ofreceros?

Ella le sonrió por respuesta y siguió su camino. Entraron en una acogedora sala, sin lujo alguno. Una gran mesa de piedra adornaba su centro. Al fondo se hallaba un lecho con un mullido colchón de lana de oveja, cubierto de piel de oso.

—Acomódate, pronto nos traerán la cena —dijo ella.

El joven leñador entró mirando cada detalle de la casa: la mesa, la chimenea, el lecho, el cuenco de flores marchitas…

—¿Dónde dormiré yo? —preguntó al no hallar.

—En mi compañía —contestó sin titubear Europa.

Íbero quedó atónito.

Unos golpes en la puerta anunciaron la cena. Dos guerreros, con una fuente repleta de carne de bisonte, entraron y la dejaron sobre la mesa. El olor a asado removió el hambre de Íbero que, pensando en las palabras de la anciana, se dejó llevar. Cenaron en silencio.

Al terminar, la anciana soltó un pequeño eructo y miró al joven leñador.

—Veo que te encuentras mucho mejor, en verdad temí por tu vida —le confesó.

—Debo darte las gracias por tus cuidados, sin ellos hubiera muerto —agradeció Íbero.

—No busco tu agradecimiento —dijo la anciana y extendió las manos sobre las del joven, acariciando sus dedos mientras gesticulaba con su boca de lado a lado.

—Eres en verdad divina y te estoy agradecido. Dime, ¿eres dueña de esta tierra? Podrías dominar el mundo, disponer de cuanto quisieras. Eres fuerte y poderosa.

—Yo solo quiero paz y una descendencia, ser feliz. Todo lo demás está de más en mis ambiciones. La tierra no tiene dueño o no debiera. ¿Es acaso tu sueño dominar el mundo?

—Yo… No, desde luego que no. También quisiera vivir en paz y formar una familia. Pero ahora, sin mi querida Imperia, no puede ser. Mi corazón no halla razón para latir y siento que pronto he de marchar a su lado.

Por un momento se hizo el silencio.

Íbero bebió un largo trago de vino bajo la atenta mirada de la vieja Europa.

—Quisiera pedirte un favor, no sé si debiera —dijo el joven leñador.

—Dime pues, aunque no soy muy dada a realizar favores… Ni a pedirlos.

—Podrías ayudar a la divina Hipólita. Avanza para liberar a la reina de las hijas de la luna, Menalipa. Yo anduve con ella… ¿Podrías dejarme ir con sus guerreras? Aquí en poco podré ser útil y quisiera luchar junto a ella, morir con gloria y cruzar las tinieblas del lago sagrado sin temor alguno a la Parca, para reunirme con mi amada Imperia.

—¡Morir por ella! ¡Qué tontería! ¿Acaso le debes algo? Ella camina hacia su fin, su empresa no tiene sentido. Hoy impera el sol abrasador, la luna divina quedó entre tinieblas.

—Perdona mi torpeza. Pero ¿qué quieres decir?

—Los cultos de gracia a las diosas de la vida han quedado relegados; hoy se honran dioses de muerte, dioses de hombres. El uso de la fuerza se impone, solo allí donde no alcance la ambición del macho, brillará la luna y la mujer decidirá su destino. Y me temo que las hijas de la luna no entran en plan alguno ni para los dioses ni para los hombres.

—¡Hipólita es divina! ¡Nada podrán contra ella! —exclamó Íbero.

La vieja Europa esbozó una gran sonrisa, levantando sus pobladas y largas cejas.

—Los dioses también mueren, no son más que quimeras de la voluntad humana. No hace mucho a toda mujer se la trataba como a una diosa, pues es la grandeza de la naturaleza…

La divina anciana calló al ver una lágrima deslizarse por el rostro de Íbero.

—¿Y esa lágrima? —preguntó temiéndose la respuesta.

—Mi amada Imperia, en verdad la amaba y no tuve tiempo de decirle lo que sentía por ella.

La anciana emitió un leve gruñido, se rascó la nuca y miró entre sus huesudos dedos; y dirigió la mirada hacia el fuego esquivando los ojos del joven leñador.

—Hoy el hombre impone dioses —continuó—. Su grandeza es el frío metal…

Europa volvió la cara y calló de nuevo, viendo al muchacho con la cabeza baja.

—No escuchas —dijo con tono sentido.

—Sí… No. Añoro a mi amor y tus palabras no pueden confundir lo que sentí por ella. ¡Lo que siento por ella! No puedo concebir que esté muerta. Cuéntame qué ocurrió cuando desfallecí en aquel horrible día, tú debes saber algo si hasta mí llegaste.

—Amm! —exclamó la anciana echándose las manos a la cabeza, tirándose de los pelos como si anduviera loca—. ¡Olvídala, se fue! Si has terminado la cena, reposa en el lecho. Todavía no estás recuperado. Mañana mismo deberás cumplir y satisfacer mis exigencias, para algo te di vida cuando solo eras carnaza de alimañas —ordenó con tono molesto.

Íbero agachó la cabeza lentamente.

—Descansa, ya tendremos tiempo de hablar; ahora deja que sanen las heridas. ¡Y olvídate de dar la vida por nada ni por nadie! ¿Reunirte con tu amada Imperia? ¡Qué tontería! Piensa que la muerte también puede ser fin de toda vida: tierra y gusanos, nada más —asintió la anciana.

A la mañana siguiente, la luz solar ahondó entre las cuatro paredes de la casa iluminando su interior. Íbero se despertó con el trinar melodioso del ruiseñor y se percató de que las ventanas estaban orientadas de tal forma que los primeros rayos de sol alumbraran el lecho. Confuso, notó el cálido cuerpo de una hermosa joven a su costado, dormida. Retiró delicadamente el suave cabello rubio que la cubría el rostro y la observó con curiosidad.

—¿Cómo lo hará? —se preguntó.

La vieja Europa había desaparecido y en su lugar una bellísima joven se hallaba junto a él. De ella emanaba un cálido aroma embriagador, que hizo despertar sus sentidos con el roce de su cuerpo desnudo. Acarició su espalda viendo cómo ella se giraba, fijando sus ojos verdes en él.

La joven Europa se recostó sobre el leñador y le mordió en el cuello con delicadeza; y saboreó su piel, llegando hasta el mentón y los labios.

—Te noto muy recuperado —le susurró apretando su vientre contra las caderas del joven.

Íbero, desconcertado, ocultó su virilidad con las manos.

—No seas tímido —dijo Europa con un arrullo, deslizando la mano por su pecho.

Europa le tomó la mano y la arrastró sobre sus redondos pechos, a la vez que se sentaba sobre él y lo hacía suyo, lentamente. Arqueándose hacia atrás, empezó a gemir, acelerándose con cada suspiro. De pronto, se sintió vacía. El ímpetu viril del joven había desaparecido por completo. El calor de la lujuria se habían transformado en nada. Estalló de furia y le golpeó en el pecho, lanzando un desesperado grito. Finalmente, lanzó una bocanada al aire y salió del lecho. Anduvo cubriéndose con un chitón, lanzando maldiciones, y abrió la puerta y salió de la casa.

Íbero quedó tumbado con la mirada perdida y el rostro cubierto de golpes.

Pasado un breve tiempo, la puerta se entreabrió y la joven Europa se apoyó en el marco de la entrada, calmada. Alzando una ceja, observó el rostro del muchacho impotente. Entró de nuevo y se sentó junto a él, en la tosca madera del lecho.

—¿Acaso mi belleza no es de tu agrado? ¿Mis ojos no despiertan tu pasión? —preguntó.

—Cualquier hombre moriría por estar a tu lado y sentir tus caricias divinas. Yo en modo alguno puedo evitar mis sentimientos por mi amada Imperia. Creí estar amándola y desperté. No supe defender su vida y ahora no puedo evitar mi pena —aseguró Íbero.

Europa se pasó la mano por la frente y la hundió en el cabello lanzando su rubia melena hacia atrás; le miró con un sentimiento desconocido para ella y sintió una gran pena.

—Túmbate… Me sorprendes, no sabía que los hombres también podíais amar de verdad. No debes ser muy sabio. Mañana mismo marcharemos, nada nos retiene aquí y tú necesitas de mí mucho más que yo de ti —le dijo con una sonrisa sincera.

Íbero la observó sin entender y se reclinó sobre el lecho.

Europa empezó a cuidar los arañazos de su pecho con agua y hierbas preparadas.

—Nunca tendré descendencia —dijo de pronto con gran pesar—. La semilla que en mi vientre germina con el calor del sol, marchita con la caída de la noche. Soy una estúpida al no aceptar mi destino Por joven y lustrosa que ando de día, mi cuerpo envejece sin dar oportunidad a la vida con cada noche. No te haré esclavo de mi tormento. Te llevaré ante la divina Hipólita como es tu deseo, pues salvó mi vida y mucho le debo.

Capítulo 11
EMBOSCADA EN EL EUXINO

Ainia se encaramó para ver llegar la noche en las atalayas desde donde se divisaba su campamento y los valles del Euxino. Esperanza, esperaba noticias de Imperia.

—Temo por la vida de nuestra amada Menalipa —le dijo Andrea sentándose a su lado.

Ainia se volvió y posó la vista sobre sus lobas, mujeres de honor, con esperanzas y sueños. Andrea las miró también, observándolas reír alrededor de las hogueras y sonrió con tristeza viendo cómo hablaban y adornaban la noche con sus cantos.

—Hemos ganado una batalla, pero la dicha de las que han caído hoy no volverán a alegrar las llamas del mañana —comentó Ainia de forma melancólica—. No tiene sentido nuestra resistencia, es posible que esté todo perdido. Deberíamos partir a las grandes llanuras, donde somos libres, y alejarnos de esta locura de muerte.

—Si nos rendimos, Menalipa no tendrá futuro y los mercenarios de Iris arrasarán todas las aldeas libres en Anatolia y después ¡a saber! —apuntó Andrea.

—¿Vendrá? —preguntó Ainia.

—Sí, no abandonará a su hermana. Lo sé. Escuchará a Imperia. Hipólita es noble y fiel a su sangre… ¡Divina! Vendrá sin duda alguna.

—Las hijas de la luna la adoran. Pero su recuerdo se pierde en la memoria, sobre todo de las que nunca supieron de sus gestas más que en dichos y leyendas. Alejada de su pueblo, no conoce a sus hermanas. Su ausencia la hace distante y muchas nos preguntamos: ¿qué ha hecho por nosotras en verdad?

—No olvides que dio muerte a la despiadada Mirina y acabó con su ejército, con su maldad y tiranía. Gracias a ella conocimos la paz y una prosperidad sin igual.

—Antaño dos grandes reinas regían nuestros designios: Armonía y Mirina, ahora las dos se hallan bajo tierra y aquí, sus desquiciadas hijas, se matan por un trono que no busca más que recrear las ambiciones de los reinos de machos —afirmó Ainia.

—El futuro está en crear lazos de amistad con otros pueblos. Fíjate en Esmirna: ¡está alzando un templo para la divina Artemisa en la misma Abasa! Si no es así, desaparecemos. Ahora lo importante es que Imperia nos traiga a Hipólita, devolver la cordura a esta tierra.

—Las noticias que nos llegan no son alentadoras, la lluvia sin fin ha azotado sin piedad las costas del Mar entre Tierras. Espero que Hipólita eligiera bien su camino. ¿Aún la amas?

—Siempre la amaré y siempre sabré que lejos de mi corazón cabalgará.

Ainia besó la frente de Andrea y ambas quedaron en silencio, apoyada la una en la otra.

—¿Qué observas en la distancia? —preguntó Ainia, alertada por la inquietud de Andrea.

—Aquella nubecilla debe de ser provocada por alguna patrulla de mercenarios, ¿no?

La Loba de las estepas fijó de inmediato sus ojos de guerrera en la columna de polvo que se alzaba al aire del anochecer, en la distancia, turbando la frágil tranquilidad del momento.

—Son teucros, sin duda. Solo ellos dominan los caballos en esta tierra. Es posible que carguen un buen botín intentando pasar desapercibidos al amparo de la noche —aseguró Ainia.

—Déjalos, quizá no sea este su paso y nuestras guerreras andan cansadas. ¿Acaso no hemos tenido bastante sangre? —le rogó Andrea buscando paz e intimidad en aquella noche.

—Desde que Menalipa fue cautiva no hay bastante sangre en este mundo para calmar mi sed. Ilión ayuda a Iris, son pues nuestros enemigos. Debemos golpear siempre que podamos, desprenderles de sus riquezas, mutilar sus vidas. Solo así comprenderán su error. Galoparé al amparo de la noche y atacaré al alba, descansadas mis lobas. Tú marcharás con las fieles heridas y el botín de guerra al campamento del Ponto. Allí estaréis a salvo hasta mi regreso —contestó Ainia apretando sus manos con las de Andrea.

Luego se alejó hacia su caballo.

—¡Arriba, mis valientes! —exclamó—. Los teucros se acercan, preparad vuestras armas, la luna se alza y exige su tributo: ¡la honraremos con sangre de Ilión!

Una columna de soldados teucros avanzaba bajo las estrellas de un cielo infinito. Al frente, el príncipe Laomedonte se mostraba altivo en su carro de guerra, junto al auriga y su guardia.

—Deberíamos acampar, la noche cayó y necesitaremos recuperar el resuello para seguir la marcha mañana. Las tripas me crujen y mis ojos se cierran —dijo Sarko.

—Sí. Ainia no ha de andar lejos. En estas tierras se dio la última batalla. Andará oculta en las quebradas, esperando sanar sus heridas —apuntó el príncipe y saltó del carro.

—No la encontraremos. Será ella quien nos halle —afirmó Imperia, desafiante.

—Acampamos. Busquemos un lugar desde donde vigilar nuestro descanso —ordenó Hipólita observando a los dos jóvenes que no habían dejado de molestarse.

—Sí, vigilemos. Pues en tierra de nadie, todos son dueños —asintió el príncipe.

—Eso se lo debemos a Iris y sus mercenarios de Ilión —espetó Imperia.

—Estos dos acabarán mal —aseguró Antíope con una sonrisa.

Acamparon al amparo de una garganta rocosa. La guardia teucra erigió una tienda para su príncipe y se ocuparon de las cabalgaduras, acercando pasto y agua. Después encendieron una hoguera y tras una escueta cena, se dispusieron a pasar la noche. Hipólita, Imperia, Sarko y el príncipe quedaron al calor de las llamas reposando sus almas. Ávido de agradar, Laomedonte, intervenía en cada tema de conversación, si bien no fue hasta que la divina reina le dirigió la palabra, que se sintió escuchado.

—Dime, tú que eres teucro y de esta guerra conoces más que nosotras: ¿qué sabes de esas mujeres que se rebelaron contra mi hermana? —le preguntó.

—Son cuatro las hijas de Mirina: Esmirna, Mantis, Iris y Empusa. Todas ellas eran muchachas de grandes ambiciones. Con la llegada de la reina Menalipa todo acabó, su consentida soberbia se convirtió en olvidada amargura que alimentó el odio. Desaparecieron. Solo Esmirna sirvió a Menalipa, pues compartían ideas en común. Pero marchó pronto a las tierras de Abasa, en Arzawa, pues fue amada por el gran Huzzia, rey de reyes del Imperio Hitita. Ahora es poderosa y no entró en los planes de Iris… o no quiso entrar.

—¿Qué pasó con Esmirna que no secundó a sus hermanas? —preguntó Antíope.

—Hubo una reunión en Lesbos, donde se fraguó la traición, y la primera en salir para no volver nunca fue Esmirna, dicen que confundida y con alto enfado. Desde entonces no he vuelto a saber nada de ella, solo que se halla en Abasa. Creo que por ser hermana de Iris, en nada ayudó a la reina Menalipa.

—Háblame de Iris y las demás hermanas —le solicitó Hipólita.

—La bondadosa Menalipa fue derrocada por esas tres harpías —habló Imperia, efusiva por participar de la reunión—. La guerra estalló, pues muchas de nosotras no quisimos someternos a los designios de las usurpadoras; amamos a nuestra reina.

Hipólita la miró por unos instantes, apretó los labios y se volvió hacia Laomedonte, esperando respuesta, ante la contrariada mirada de Imperia.

—Iris es una mujer muy inteligente, ha sabido tejer alianzas que le den oro y fuerza. Se apoyó en sus hermanas: Mantis, en Temiscira, y Empusa, en Tríbada. Solo le falló Esmirna, si la hubiera apoyado desde Abasa con el ejército de Huzzia, Ainia no tendría opción alguna.

—¿Cuán fuerte es el ejército de Iris?

—Habéis de saber que las guerreras de Temiscira y de Tríbada no luchan en esta guerra. Solo batallan la fieles de Lesbos y las desdichadas que reclutan en Arzawa.

—¿Y eso? —preguntó Antíope sorprendida.

—Mantis y Empusa se niegan a que sus guerreras sigan luchando contra otras hijas de la luna tras las sangrientas batallas habidas. Prefieren pagar el coste de un ejército de mercenarios que persiga a las disidentes que establecer batalla entre hermanas. Así consiguieron afianzar su poder y la guerra se ve de lejos para las que quieren paz.

—Entonces… ¡La cabeza del mal es Iris! —exclamó Antíope.

—¿Y el ejército de Ainia? —preguntó Hipólita.

—Yo no lo llamaría ejército, pues si bien golpean duro se debe a sus acciones temerarias. No son muchas las mujeres que la acompañan y están al límite —puntualizó el príncipe.

—Somos más y más fuertes de lo que crees, teucro. Nos reunimos en cada luna llena para asestar un duro golpe y después, regresar a los montes Pontos —aseguró Imperia.

—¡Ainia, la Loba, la más brava de las guerreras! No conoce la clemencia, ni sabe de piedad —apuntó el príncipe, quedando en silencio ante la mirada de todas. Y sintiéndose teucro, ajeno a aquella familia, se sintió rodeado de lobas.

—Veo que Iris conoce bien a tu padre —dijo Imperia.

Laomedonte calló e inclinó su cabeza al fuego.

—Iris solo tiene como verdadero aliado el oro —apuntó Sarko.

—Dime, príncipe, si atacamos Lesbos y cabalgamos hacia Tríbada o Temiscira, ¿qué opinas que hará Esmirna? —preguntó Hipólita.

—Esmirna queda fuera de la autoridad de Iris, es dueña de Abasa: una gran polis protegida por el Imperio Hitita, donde viven en armonía las hijas de la luna y los léleges, hijos de la Madre Tierra, la gran Cibeles. No creo que intervenga ahora en esta guerra cuando no lo hizo antes. Si lo hace estaría todo perdido, Huzzia es muy poderoso.

—Comprendo —asintió Hipólita.

—Menalipa es tan dulce como bella, tan sabia como noble. Por ello atrajo la atención de reyes y príncipes que pretendían su amor —añadió el príncipe.

—Menalipa quedó destrozada tras la muerte del rey Cronos en Atlas, pues solo tenía ojos para él. ¡Lo amaba tanto! —apuntó Sarko con melancolía.

Aquellas palabras trajeron con amargura a la mente de Imperia su amor perdido. Hipólita la miró notando la pena que embargaba a la joven guerrera. Se posó ante de ella y acarició su rostro.

—Sufres pues tu corazón todavía siente la dicha de su calor perdido —le dijo—. Debes sobreponerte, Imperia. Déjale marchar o permanecerás maldita. Toda mujer ha sufrido el mal de amor, incluso yo, y seguiremos sufriéndolo. Pero debemos seguir adelante. Eres noble, valiente y bondadosa; la diosa Fortuna no te olvidará.

Imperia se abrazó a ella y empezó a llorar mientras la divina reina la estrechaba en sus brazos. Laomedonte se quedó sin palabras. No sabía lo que pasaba. Pero sí lo que veía: aquella joven, hermosa y brava guerrera, despiadada y cruel, como él había conocido, estaba llorando como una niña desconsolada en los brazos de Hipólita. No salía de su asombro.

—¿Te encuentras bien? ¿Te sirvo un cuenco de agua fresca? —preguntó.

Imperia le miró y por primera vez, le sonrió.

Laomedonte se sintió bien y fue a por agua rápido, ante la mirada de los demás.

Hipólita, tras limpiar con sus dedos las lágrimas de la joven, regresó a su sitio.

El príncipe no tardó en llegar con un cuenco colmado y se lo ofreció a Imperia.

—Háblame de ese faraón. ¿Fue uno de sus pretendientes? —preguntó Hipólita.

—Sí —continuó el príncipe, sin apartar la vista de Imperia—. El propio Ahmose, faraón de Egipto, fue rechazado. Entró en cólera cuando le fueron devueltas las ofrendas que le había enviado como presente, pues deseaba hacerla su esposa. El hecho recorrió todos los reinos. Y se sintió de nuevo humillado, cuando un mes después Menalipa declinó su invitación para visitar el palacio en Men-nefer, la acrópolis de un poderoso imperio que ha expulsado de sus tierras a los invasores hicsos a sangre y fuego.

—Resulta curioso que un hombre se sienta humillado ante el rechazo de una mujer y sin embargo, no muestre ningún respeto por ella tratándola como esclava —apuntó Antíope.

Laomedonte volvió su vista de nuevo sobre Imperia, que sentada secaba sus ojos y escuchaba; y prosiguió tras dedicarle un tímida sonrisa.

—En Ilión se pactó el trato: cuarenta carros de oro fue el precio por Menalipa. Tesoro que se guarda en las arcas de Lesbos y su parte se llevó tu padre, el rey Ilio, en su condición de anfitrión y valedor. Es un hecho por todas conocido —le dijo Imperia en un tono menos agresivo del que había sido portadora desde que se conocieran.

—¡Por mí no! Yo no sé nada de ese oro. Pero he de reconocer que Iris pronto encontró amigos en Ilión. Si su fortuna es tal y como dicen, también podría comprar alianzas con los aqueos. Mi amada madre siempre pensó que, para nuestra pena, así sería —apuntó el príncipe.

—¿Aqueos? —preguntó sorprendida Antíope.

—No creo que Iris haga tratos con aqueos. Ella, después de todo, es una hija de la luna. Lo extraño es que ellos no asalten Lesbos, posiblemente no sepan del oro —apuntó Imperia.

Hipólita asintió y fijó su mirada en el fuego con un gesto reflexivo.

—Iris ya ha pactado con ellos, no veo otra razón —aseguró y se levantó volviendo la vista sobre Occidente, como esperando ver con su penetrante mirada las columnas aqueas listas para el combate—. Tu madre es sabia, sabe que la alianza con Iris es un error que pondrá a sus puertas a los aqueos. Tras escucharte, me temo que el verdadero enemigo no son esos mercenarios ni las fieles de Lesbos, sino los hijos de Zeus. Iris sigue los pasos de su madre, Mirina.

Caída la medianoche, cuatro soldados teucros vigilaban. Sarko dormía entre ronquidos, lejano a los demás, pues todos le increpaban y a nadie dejaba descansar. Antíope e Imperia dormían abrazadas bajo una gruesa piel, al calor y consuelo de sus cuerpos. Laomedonte no podía conciliar el sueño, miraba a las estrellas, se sentía bien en su primera salida armada. Se había preparado tanto para ello que se veía capaz de cualquier empresa.

—Es tan valiente —murmuró observando a Imperia, sus pucheros dormidos y su cálida belleza reflejada en la oscuridad por la tenue luz de la hoguera.

Sobre un montículo rocoso se hallaba sentada Hipólita con la espada de Ares cruzada sobre los muslos. Escuchaba cada sonido de la noche: el vuelo del chotacabras, el canto de la tetigonia… Inmóvil, su silueta parecía ser parte de la quebrada. En su mente se recreaba la brutal batalla de tres días y tres noches en la que luchó en Atlas. Recordó el horror aqueo y temió volver a enfrentarse a él. Después bajó los párpados lentamente y dio por cierto que así sería.

***

En las lejanas aguas del Egeo, el fuego iluminaba una noche sangrienta en la isla de Creta, hogar de los más sabios de los hombres. La polis de Knossos era devorada por las llamas a manos aqueas, los nacidos de la Tierra, hijos de Zeus. El humo y las cenizas se elevaban al aire envueltos en gritos de horror. Tomada y saqueada, sus gentes vencidas quedaban a merced de los conquistadores, los cuales se hacían de gloria en la batalla y de riquezas robadas.

—¡Cargad las naos! ¡Deprisa! ¡Marchamos a Lesbos! —resonó la voz ronca de un gallardo general, entre las llamas, destacando sobre los exaltados guerreros. Su nombre era Clearco, temido en todo el Egeo como el León de Micenas. De grandes ojos castaños y barba ondulada, cubría sus largos cabellos negros con un yelmo de piel rodeado de blancos colmillos de jabalí apiñados entre sí. Fuerte como el más grueso de los robles, portaba una coraza broncínea que cubría su torso, donde la esfinge de Zeus adornaba su pecho y dos leones rugían poderosos.

***

Al alba, tras el ulular del gran búho, en las cerradas gargantas de los montes pónticos, una guerrera avanzaba en silencio. Pegada a tierra cual serpiente cauta: Ainia la Loba estudiaba el pequeño campamento teucro. Había llegado hasta ellos sin ser descubierta. Ahora acechaba la silueta que permanecía de espaldas en la cima de una roca como si fuera parte de ella.

Equidna y Antianira, sus capitanas, se acercaron en silencio. Ainia les señaló, con el dedo índice, que rodearan el campamento desplegándose en círculo. De nuevo, el ulular simulado por la Loba fue la señal convenida: las guerreras se hallaban en posición.

Hipólita abrió los ojos al escuchar al no búho y se levantó alertada. Ainia tensó su arco apuntando a la divina reina, que se hallaba con la cabeza baja y los ojos alzados, buscando el proceder del canto con la espada de Ares asida en su mano.

El leve sonido de la cuerda del arco, al vibrar en su disparo, llegó al oído de Hipólita. La saeta surcó veloz el cielo azul bajo la atenta mirada de la Loba. La divina reina se giró rápidamente: su larga melena se meció al aire a la par que su brazo y la espada de Ares partió el dardo en dos. Los ojos de Hipólita se cruzaron desafiantes, con un frío destello rojo, con los de Ainia. En sus mentes ambas recordaron una infancia olvidada, cuando aprendían el arte de la guerra de manos de Armonía, cuando jugaban en las murallas de Tríbada soñando con ser valerosas guerreras. Separadas en su niñez por el infortunio, la última vez que se vieron fue en el campo de batalla de Atlas y no tuvieron oportunidad alguna de hablar.

Hipólita avanzó un paso. Ainia, desconcertada, bajó su brazo con la palma de la mano abierta, frenando a sus lobas, las cuales aligeraron las cuerdas de los arcos y observaron aquella guerrera imponente sobre la atalaya que la alzaba. Y se acercaron hacia el campamento teucro, con precaución, sin saber cierto qué ocurría, ni quién era la mujer que había frenado el ímpetu de la Loba deteniendo la saeta viva.

—¡Ainia! —exclamó Imperia.

—¡Imperia! ¡Al fin! —respondió Ainia rompiendo su silencio con una sonrisa.

Equidna y Antianira levantaron sus puños con los arcos y gritaron su alegría al ver a la joven de regreso, a salvo. El resto de guerreras las siguieron olvidando su prudencia. Los gritos despertaron a los soldados teucros que, sorprendidos, se sintieron rodeados.

—Tranquilos, la guerra con las hijas de la luna terminó. No hemos de temer nada de ellas ni ellas de nosotros, pues somos aliados —dijo Laomedonte a sus hombres. Luego cruzó su mirada orgullosa con Imperia.

Entonces, el zumbido mortal de una saeta surcó el aire y atravesó la clavícula del príncipe, el cual cayó de rodillas. El cielo se oscureció con cientos de flechas.

—¡Es una emboscada! —gritó Ainia y saltó entre dos rocas, poniendo a salvo su vida.

La lluvia de muerte surgió de la nada con un pronunciado silbido y fuertes impactos, atravesando a varios soldados y a una decena de guerreras que no pudieron evitarla ni correr a tiempo por sus vidas. Hipólita se resguardó tras la piedra que le hacía de atalaya y miró furtiva a su hermana que se refugiaba bajo los escudos teucros. Sarko se ocultó tras el mismo tronco que le sirvió de asiento aquella noche. Imperia corrió hacia el príncipe y, sorteando las flechas con la ayuda de la guardia teucra, lo arrastró tras dos grandes árboles.

—¡Son mercenarios de Iris! —afirmó Laomedonte observando al centenar de hombres que se cernía sobre ellos tras la lluvia de dardos.

—Tenemos que salir de aquí antes de que nos rodeen —dijo Hipólita y corrió veloz hacia los caballos, que se hallaban entre los altos árboles, y saltó sobre Zaino.

—¡Al fondo de la garganta, allí nos haremos fuertes! —exclamó Ainia.

Como disparados por un resorte, corrieron guerreras y teucros con el griterío salvaje de los mercenarios de Iris resonando tras ellos, los cuales llegaron al pequeño campamento, lancearon sin piedad a los heridos y entrechocaron sus escudos con las lanzas a la par que alzaban un clamoroso grito de guerra al cielo antes de adentrarse en la garganta.

En su huída, la Loba y sus guerreras se volvían a intervalos presentando batalla, tratando de evitar la lanzada sobre sus espaldas. Hipólita retrocedió al verlas en peligro y cabalgando sobre Zaino, arrolló a los guerreros con una brutal embestida, salpicando las paredes mientras todos sus demonios olvidados se desataban sobre aquellos hombres. Sentía de nuevo la sangre de Ares hervir en sus venas, el crujir del bronce y los huesos bajo el golpe de su espada y el calor de la sangre bañar su piel. Y se sintió poderosa, viva.

Laomedonte giró la vista, viendo a las mujeres luchar como leonas. Apretó los dientes sobreponiéndose al dolor y corrió con la saeta hundida en su hombro, presto a la lucha. Su guardia le siguió con valor tumbando sus lanzas hacia delante. En aquella posición, los mercenarios no podían rodearlas ni usar las saetas, solo podían atacar de frente y con una estrecha formación. Así, quedaron estancados en una curva de la garganta; no podían desplegar sus fuerzas y les resultaba imposible avanzar ante la furia de aquellas mujeres. Se estrellaban una y otra vez contra una resistencia desconocida, pisando sobre los caídos, ocupando su lugar, resbalando entre sus propias entrañas, muriendo.

El príncipe descargaba sus golpes al lado de Imperia, arriesgando la vida, demostrando su temple. El arte marcial de las lobas, protegidos los flancos por las altas paredes de la garganta, era muerte para los mercenarios. Encaramadas a los riscos, varias de ellas comenzaron a flechar a los soldados que quedaban embutidos en el estrecho paso que les impedía maniobrar.

—¡Se repliegan! —gritó Imperia.

Docenas de mercenarios habían caído en el estrecho siseo de la garganta. Una derrota aplastante, vergonzosa. El comandante de las tropas mercenarias no daba crédito. Debía exterminarlas, su misión consistía en acabar con Ainia.

—¡Malditos incompetentes! ¿Cómo habéis permitido que entren en esa garganta? ¡Ya las teníamos! —gritó con furia. Se trataba de un hombre mayor, de marcadas cicatrices. Su nombre era Urko y su mala fama le hacía merecedor del sobrenombre de "el Miserable". Pero en verdad era también sabio estratega y sabía que no podrían ahondar insistiendo por la estrecha garganta.

—Al norte está el Euxino; no andarán lejos las sendas que nos lleven hasta ellas, mi señor. Mis hombres son rápidos y podremos alcanzarlas antes de que puedan huir. Si no quieren abandonar a sus heridos, marcharán despacio —apuntó uno de sus capitanes.

—Vamos pues, no les demos opción. Buscad los pasos que lleguen hasta sus espaldas o a la cima. La Loba no puede escapar, a mí no —ordenó Urko.

—¡Señor, una de ellas está ahí! —exclamó un capitán.

Urko se volvió hacia la boca de la garganta.

Zaino se irguió sobre los cuartos traseros y relinchó con potencia. Hipólita, con la espada de Ares ensangrentada en la mano, vio alejarse el destacamento de mercenarios bordeando la garganta. Comprendió las intenciones del comandante de trazas egipcias que se hallaba observando su posición. Permaneció por unos momentos sobre su caballo acariciando las largas crines, estudiando al enemigo. Luego cabalgó veloz hacia el interior de la garganta.

—¿Es Ainia esa loba? —preguntó Urko a su guía, un hurrita de baja estatura.

—No, mi señor, la Loba es rubia. Nunca había visto a esa guerrera.

—Pero… Ainia se encuentra ahí ¿verdad? —preguntó el comandante.

—Sí, mi señor. Varios hombres han muerto bajo su hacha de doble filo… Y bajo la espada de esa guerrera, es tan diestra y feroz como la Loba.

—La llamaron Hipólita, señor. Yo así lo oí —interrumpió otro de los capitanes.

—¿Hipólita? No, no puede ser. Es solo un mito —aseguró Urko viendo cómo desaparecía el polvo alzado por Zaino en la entrada de la garganta.

—¡Vamos! ¡Tenemos que subir! ¡Ainia, que tus guerreras trepen a lo más alto! —ordenó Hipólita llegando veloz hasta la estrecha curva de la garganta.

—¡Arriba! ¡Vamos mis lobas! —exclamó Ainia y saltó para trepar las paredes de roca.

—¡Antíope, ayuda a Sarko! —ordenó Hipólita descabalgando de un salto, y corrió hasta el príncipe teucro—. ¡Que tus hombres apoyen a los caídos entre las rocas como si estuvieran vivos!

La guardia de Laomedonte levantó a los teucros y a las lobas caídas. Los posaron con las armas en guardia apoyados tras las rocas, mirando a la entrada de la garganta. Luego comenzaron a trepar por las empinadas paredes con precaución, siguiendo los pasos de las guerreras.

Hipólita se acercó a Zaino, acarició su quijada y la frente.

—Marcha lejos, regresa cuando todo acabe —le susurró. Y le golpeó con la palma de la mano en los cuartos traseros. El caballo salió trotando, recorriendo las sendas de la garganta. Hipólita observó el esfuerzo de mujeres y hombres por llegar arriba y se encaramó por la pared, agarrándose a los salientes y trepando sobre la vertical.

Mientras tanto, los mercenarios de Iris avanzaban por los pasos de la garganta buscando un camino. Se trataba de un carrera contra el tiempo: las lobas de Ainia debían llegar a la cima antes de que los soldados de Iris llegaran hasta su retaguardia.

—Por aquí, la garganta se abre… ¡Son nuestras! —gritó uno de ellos al encontrar un paso.

Entraron con un fuerte estruendo, gritando con sus lanzas en alto. Fue la señal para que Urko lanzara de nuevo su ejército contra el paso central. Así entraron por ambos lados de la garganta, golpeando los cuerpos apostados, amputando con la histeria mortal como compañera. Hasta que llegaron unos frente a otros y de pronto, pararon en sus voces y golpes.

—¡Son muertos! —apuntó uno de ellos observando el cadáver de una guerrera con la espada en la mano y apoyada contra la roca.

Un bramido se hizo sentir en la garganta y miraron al cielo. Sobre ellos cayó una masa brutal de rocas y dardos que aplastó a la columna que había bordeado la garganta.

Hipólita se irguió sobre un saliente, en la cima, y observó como huían los que tarde llegaron a la batalla. Ainia y las demás guerreras la observaban con cierto deleite, con cierto asombro. Todas eran ya conscientes de que la divina reina de las hijas de la luna estaba con ellas.

—Es Urko, el Miserable. Un asesino que ha arrasado muchas de nuestra aldeas; vende a las nuestras en Ilión, como esclavas —dijo Ainia situándose al lado de Hipólita—. Maldito sea, nos ha hecho tanto mal; espero que pronto le llegue su final.

Hipólita volvió su rostro ante la Loba, recorriendo sus ojos con un destello de nostalgia. Las demás guerreras esperaban en silencio, junto a Imperia y al príncipe teucro.

Urko aullaba ante tamaña derrota, golpeando a sus capitanes supervivientes. Y la vio. Se acercó varios pies, desafiante, fijándose en la mujer que le había infringido semejante humillación.

—Hipólita te arrancaré la cabeza —susurró entre dientes.

En la cima de la garganta, Antíope avanzó unos pasos y se situó al lado de su hermana.

—Larga es la distancia. ¿Es tuyo? —preguntó pasando la mano por el mentón y ladeando la cara, en un claro gesto de desafío. Y le ofreció un arco de astas y una flecha.

—Es mío —afirmó suavemente Hipólita. Luego tomó el arco y la flecha, ante la curiosidad de las guerreas y la gran distancia de su objetivo, y tensó la cuerda lentamente. Cerró los ojos por un momento, sintiendo la brisa recorrer su cabello de atrás hacia delante. Levantó el arco y se mojó los labios con la punta de la lengua. Sus ojos se abrieron, fijó las pupilas en Urko y la saeta en su pecho; y la dejó escapar separando los dedos. Por un momento, aquel comandante egipcio y la divina reina se cruzaron la mirada, el tiempo que tardó la flecha en atravesarle el corazón.

—No… es… posible —susurró Urko muriendo entre palabras de asombro.

Hipólita devolvió el arco a su hermana y caminó entre las demás, aún perplejas, las cuales comenzaron a postrar una rodilla en tierra en señal de respeto. Ainia se postró también

—Hace mucho que no nos vemos, Ainia; no he venido buscando pleitesía —dijo Hipólita agachándose ante ella. Luego la levantó, sujetando sus manos, y le dio un abrazo.

Ainia sintió su cuerpo estremecerse, notando su calor, su fragancia y recordó otros tiempos, cuando eran niñas y se querían como hermanas, y la abrazó con fuerza.

—Se marchan, derrotados y humillados —afirmó Antíope viendo alejarse a las diezmadas tropas mercenarias, sin comandante ni gloria.

En ese momento, Laomedonte cayó al suelo sin fuerzas, con un agónico lamento y la mano cubriendo su herida de guerra.

—¡Laomedonte! —exclamó Imperia.

***

Doscientas naos de guerra con más de diez mil aqueos avanzaban surcando las aguas egeas, comandadas por un glorioso guerrero: el general Clearco, el León de Micenas.

—¡Mi general, las costas de Lezpas! —gritó Acamante, el joven y fiel compañero del general, en el combate y en la intimidad, y corrió por cubierta hasta posarse a los pies de Clearco.

—Ya veo —aseguró Clearco. Cazador implacable de glorias y fortunas, no arengó a sus hombres ante una nueva presa; tan solo asintió satisfecho, en Lesbos tendría gloria sin batalla.

Las naos bordearon la costa norte de Lezpas en busca del puerto de Lesbos, donde una muchedumbre esperaba. Pero no dispuesta para la lucha, sino provista de víveres en abundancia. En el palacete, la reina Iris, extasiada ante la algarabía que ocasionaba la llegada de la flota aquea, salió apresurada a la terraza. Y vio más allá, destacando en el azul, las blancas velas deslizándose sobre el mar. Su rostro se sobrecogió y una sonrisa alumbró su cara.

Clearco fue el primero en desembarcar, tenía preparado un majestuoso carro de guerra. Iris había llegado mucho más allá de lo que nadie hubiera imaginado en su larga estancia en Ática. Exiliada del reinado de Menalipa y acogida por el mismísimo rey Cécrope, llegó hasta el corazón

de un hombre poderoso: el León de Micenas. Y no tardó Iris en ver llegar a Clearco, desde la terraza. Golpeó por dos veces la baranda de piedra con su puño y corrió emocionada, escaleras abajo, hasta llegar a él y fundirse en un intenso abrazo.

Las naos fueron atracando en aquel pequeño golfo que hacía de muelle, el Kalloni. Solo quedaron fuera unas embarcaciones que destacaban por portar velas negras, como la madera de su casco, y un gran ojo pintado en la quilla. Serían los últimos en cargar y los primeros en partir, estaban gobernadas por guerreros con un ardor sin igual; hombres fuertes de curtidos cuerpos, largas lanzas y capas rojas. Formaban la semilla de un naciente pueblo que se alzaba al sur de Ática, en Lacedemonia: Esparta, los más diestros y fuertes de los hijos de Zeus.

Tardaron una semana en cargar los víveres en las naos; tiempo de disfrute para Clearco e Iris, donde las risas y las promesas de amor no faltaron. Llegado el día, junto a las amarras del puerto, la pareja observaba cómo partían las primeras naos en busca del mar abierto. Tras ellos estaba Acamante. El rostro serio de su faz delataba sus marcados celos. Pero fiel a su amado general, mantenía la postura marcial y sonreía a la mujer que lo alejaba de él.

—Te noto tenso. ¿Te encuentras bien, Acamante? —le preguntó Clearco.

—Bien estoy, mi general —respondió tragando saliva y ocultando su pesar.

—Descansa, Acamante. No es precisa tu presencia. Ve y descansa —le dijo Iris fijando los ojos en el joven aqueo, viéndolo efebo, deseando alejarlo del lado de su general.

Entonces, una guerrera de imponente porte, desconocida para Iris, pasó junto a ellos. El general inclinó su cabeza en señal de respeto y una gran curiosidad invadió a la reina, que se olvidó de inmediato de Acamante y fijó la vista en la hermosa mujer: era alta, esbelta, de largos cabellos morenos, piel muy pálida y ojos negros como tizones.

—Una guerrera entre los aqueos, increíble —susurró.

El pálido rostro de aquella mujer la hacía parecer frágil y su sonrisa, noble y bondadosa. Pero el peto de reluciente bronce, de grandes garras de rapaz talladas dando forma a sus senos, bajo la gorgona Medusa, y las numerosas cabezas de serpiente que adornaban su capa delataban su verdad. Cruzó la vista con ella y sus ojos oscuros, sin pupila ni expresión, se clavaron en los suyos como dagas. No pudo aguantar la mirada: Iris bajó la cabeza y apretó la mano de Clearco.

—No temas. Tú que eres de noble sangre de reinas, has de demostrar tu casta y temple ante ella. Esa poderosa mujer no te hará daño alguno. Es temida entre hombres, guerrera despiadada entre soldados, divina entre dioses. Su ira y destreza solo es comparable a la de Ares, azote de mortales… Pero ella está con nosotros —le dijo Clearco al notar su temor.

—Nunca me había sentido así, su mirada me produce escalofríos y siento un halo de muerte que solivianta mi piel. ¿Quién es? —preguntó Iris.

—Es Atenea, la de ojos de lechuza. Su nombre no se ha de mencionar en vano, pues es divina y mis labios podrían quedar sellados. Respétala y evita su furia, es mi sabio consejo. Y ahora, vayamos a nuestra nao. Es la más grande y de estancias lujosas, con aromas y sabores apropiados para una reina.

Tras el paso del gran Deucalión, las fratrías aqueas se alzaban orgullosas de la mano de la divina hija de Zeus y con ansia feroz, lo devoraban todo a su paso como langostas, extendiéndose por el Egeo. En pie, sobre el mástil de proa de la nao espartana, Atenea observaba con serenidad el horizonte. Sus ojos brillaban como perlas negras y una sonrisa iluminaba su bello rostro. Las costas de Anatolia se dejaban ver en el horizonte, la batalla se acercaba.

Capítulo 12

IMHOTEP-PTAHI, EL SABIO ANCIANO DE MEN-NEFER

Una suave brisa empujaba las anchas velas de las naos atlantes a través del Mar entre Tierras. Tras tres semanas de navegación con viento a favor, observaban la lejana costa, apenas visible por la bruma matutina. Numerosas gaviotas revoloteaban alrededor de cada nave, elevándose sobre las cálidas corrientes que traía el desierto Aethiopes.

—¡Entramos en tierras egipcias, mi señor! —exclamó el viejo Senil—. Atrás queda Lybia.

—¡Por fin! Estas naves no están preparadas para un viaje tan largo —asintió Tarss.

En ese momento, el crepitar de una enorme y voraz llama inundó el aire atrayendo la atención de todos. Una de las naos, prendida su vela y timón, navegaba a la deriva.

—¡Por todos los dioses! ¿Qué está ocurriendo? —preguntó el comandante atlante.

—Los hombres abandonan la nave, están saltando al mar —apuntó Senil.

Ardiendo, la nao tomó rumbo hacia la costa, ante la atónita mirada de los atlantes. Nada pudieron hacer por impedir que se consumiera en su camino hacia los acantilados. Gadir observó en silencio. Luego volvió su atención hacia dos supervivientes que eran izados a cubierta.

—¡Hablad! —espetó Tarss con enorme disgusto, intimidando a aquellos hombres.

—Cada vez éramos menos, mi señor. Hoy caímos en cuenta que desaparecían cuando bajaban a la bodega y decidimos saber. ¡Y fue horroroso! —aseguró uno de ellos.

—Portábamos teas para vencer la oscuridad y en la profundidad encontramos los cuerpos, sus restos desmembrados. Observé con horror la cabeza de uno de los nuestros, no pude reconocerle. Se hallaba rodando a merced del balanceo de la nave; estaba quebrada, sus mientes vaciadas. ¡Un demonio del mar nos estaba devorando! —apuntó el otro marinero.

—Explícate —solicitó Gadir, alzando el entrecejo.

—La sangre hacía deslizar nuestros pies, avanzamos con las lanzas prestas. Ese demonio se echó sobre nosotros. Nuestros guerreros cayeron con la espalda descarnada. ¡Y nada vimos! Luego llegaron los gritos desgarradores, las teas rodaron hasta las cajas de saetas y prendieron. Todo ocurrió muy rápido, la llamas devoraron la escala, alcanzaron la vela y saltamos…

—¿Han desaparecido más hombres en otras naos? —preguntó Gadir.

—No tenemos ninguna constancia de ello, mi señor; pero lo comprobaremos —dijo Senil intercambiando su mirada intrigante con Tarss.

—Daremos un vistazo a esa nave, si antes no se hunde. Tratemos de salvar lo que podamos. Y si ese demonio todavía sigue ahí… —apuntó Gadir asiendo su espada.

Navegaron cuatro botes con numerosos guerreros, atentos a cualquier detalle de la humeante nao. En uno de ellos marchaban Gadir y Tarss. Bañado por el agua marina, el casco permanecía encallado entre aristadas rocas y el fuego todavía consumía parte de la cubierta. No había rastro de nadie, ni huella delatora alguna.

—No hay nada que rescatar —apuntó Tarss observando la cubierta arrasada.

Gadir saltó a la orilla desde la barca, acompañado de varios hombres, y miró la nave desde tierra, viendo la escotilla de la bodega destrozada con las astillas hacia fuera.

—Demonio o no, ha salido con urgencia —apuntó Gadir.

—Deberíamos marchar, mi señor. Si ese demonio ha bajado a tierra o vuelto al mar, tendríamos que alejarnos para perdernos de su furia antes de que pueda darnos guerra —le aconsejó uno de sus hombres, inquieto y sin dejar de mirar a los lados.

Gadir se volvió hacia unas tupidas matas que se ahondaban en un alto bosquete de tarays. Las maderas quemadas crujieron y la nao comenzó a hundirse.

—Regresemos, aquí nada podemos hacer. Una empresa mayor espera, aunque me gustaría haber visto a ese demonio capaz de domar a mis guerreros y hundir una de nuestras naos.

Sin tener claro lo sucedido, regresaron a las naves para seguir el rumbo sin más demora; mientras, unos ojos felinos observaban desde el matorral relamiéndose su trufa negra.

—¡El Gran Nilo! —exclamó Senil.

Toda la tripulación corrió en aquella tarde soleada, por la cubierta de la nave.

Gadir y Tarss sonreían, habían llegado.

—Entremos en este cauce, mi señor. Lo recuerdo bien, es uno de los brazos que a Mennefer nos ha de llevar. Aunque estrecho, es hábil para navegar. Podremos descansar y hacernos con alimentos —dijo Senil señalando una manga que se adentraba en tierra.

Recorrieron el río hacia su interior. Gadir pronto se percató de que no había población alguna donde fondear y que los apacibles pescadores que encontraban en su remontar huían de las orillas conforme se acercaban las naves atlantes.

—Senil, ¿estás seguro que vamos bien? —preguntó Gadir—. El río se estrecha y la navegación cada vez es más difícil.

—No recuerdo bien, mi señor. Quizá fuera otro brazo venidero, más grande…

Navegaron sin rumbo buscando alguna aldea hasta encontrarse con una pequeña barca en la que había un hombre alto, vestido de telas blancas, y un niño de apenas diez años pescando. En la orilla, varias mujeres de tocados finos y telas de corte egipcio les observaban con asombro. El muchacho se quedó boquiabierto y se acercó a la proa para ver mejor a los extranjeros.

Gadir levantó su brazo y saludó con alegría.

El niño le sonrió alzando sus cejas y la mano.

Como un destello salido de la nada, una enorme masa armada de agudos dientes saltó del agua sobre la barca, sobresaltando a todos. Su cabeza era tan grande como un carro y sus fauces, poderosas y alargadas, capaces de tragarse a un hombre de un bocado, se hallaban repletas de largos colmillos. El horror se hizo dueño de los pescadores: un enorme cocodrilo de al menos veinte pies permanecía atenazando la proa y quebrando las maderas como si astillas fueran. El pie del niño quedó preso entre varios tablones dentro de las fauces del enorme reptil.

—Por todos los dioses, ¿qué bestia es esa? —preguntó Gadir.

—¡Es el demonio del mar! —exclamó Tarss.

La tripulación atlante permanecía con la boca abierta, jamás habían visto tan poderoso animal. En la orilla gritaban y el hombre de la canoa empezó a golpear la cabeza del enorme cocodrilo, el cual giró sobre sí mismo, partió las astilladas maderas y se hundió en el agua llevando consigo la proa de la barca y al muchacho.

Gadir se deshizo del peto de bronce y saltó sin pensarlo al agua con una afilada daga en la mano. Buceando, logró asirse al lomo del cocodrilo y golpeó con fuerza intentando hundir la hoja de bronce. No pudo. La piel del poderoso animal era dura como la roca. Sintió que comenzaba a faltarle el aire mientras observaba, bajo el agua, el rostro aterrorizado del niño, y vio en él la inocencia de su amado hijo. No podía dejarle morir.

El cocodrilo se posó en el lecho de río y agitó el bocado que llevaba entre los dientes enturbiando el agua sin soltar. La pierna del niño se mantenía firme gracias a las maderas de la barca que, cruzadas sobre su carne, le salvaban de los terribles colmillos. Pero no de la presión que le mantenía preso en las mortales fauces. Gadir vio cómo los pequeños párpados del muchacho se cerraban mientras de su boca emergían exiguas burbujas. Con valor, trepó sobre el

lomo del animal alcanzando la enorme cabeza. Su pecho parecía que le iba explotar, necesitaba respirar. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, hundió la daga en un ojo del cocodrilo. Un fuerte espasmo sacudió al animal y Gadir salió expulsado hacia arriba con un violento golpe. Su cabeza rompió la superficie con apuradas arcadas, viendo su nave y a Tarss sobre en el mástil de la proa, junto a sus hombres con las lanzas prestas en sus manos.

—Allí, Gadir, allí… ¡El muchacho! —escuchó.

Se volvió y vio flotar al niño boca abajo, guardó la daga y se dirigió hacia él. Le dio la vuelta, le sacó la cabeza fuera del agua y nadó hacia la nao con rapidez. Tarss le lanzó dos gruesas maromas y se hizo con una, sin parar de mirar a los lados por si aparecía la bestia. Se la pasó bajo los brazos al joven, se la anudó en el pecho y se asió a la otra cuerda con una mano.

—¡Rápido! ¡Sacadnos de aquí! —exclamó escupiendo agua.

El cocodrilo apareció sobre la superficie, apenas a unos pies, visible solo los orificios respiratorios, los ojos y la punta de la cola. Y se sumergió.

—¡Tirad! ¡Sacadlos de ahí! —insistió Tarss, nervioso.

Los hombres tiraron fuerte y les sacaron del río al aire, asidos a la maroma. Una explosión de agua se alzó tras ellos; el cocodrilo emergía con sus enormes fauces abiertas, para cerrarlas con fuerza. Gadir, suspendido de la cuerda, levantó las piernas por encima de la cadera para esquivar la mordida. Los guerreros atlantes lancearon con fuerza al animal, que desapareció de nuevo bajo las turbias aguas, tuerto y sin presa.

Apenas posó pie en la cubierta, Gadir tumbó al niño de lado y le golpeó la espalda con la palma de la mano abierta. El muchacho lanzó una arcada de agua y abrió los ojos entre tosidos y convulsiones. Confundido y viéndose sobre la nave, sonrió tembloroso, sintiéndose a salvo. Mostraba magulladuras por el cuerpo, su pie estaba hinchado y sangraban sus cortes. Pero no tenía heridas de consideración. Aquellas maderas le habían salvado la pierna y Gadir, la vida.

—Muchacho, Poseidón te envió al mejor de sus hombres para salvarte de ese demonio —apuntó Tarss con satisfacción. Luego observó la orilla y vio que no había nadie.

Los pescadores y las mujeres se habían marchado tras ser testigos de la gesta.

—Salgamos de estas aguas turbias. ¡No me gustan nada! ¡Busquemos más arriba la boca del Gran Nilo, por aquí nada hemos de encontrar! —exclamó Senil.

—Será lo mejor. Dejaremos a este joven valiente en lugar seguro, procura ahora que se encuentre bien. Y más te vale disponer de mejor memoria en otra ocasión —le dijo Gadir.

—Sí mi señor. Pero reflexionad: mi mala memoria fue vida para este infante.

—Razón tienes. Hemos salvado la vida de este muchacho y además hemos visto el rostro del demonio marino… ¡Y vencido fue! Quizá tu mala memoria no sea tan mala.

Los hombres de Gadir le miraron con orgullo conforme se erguía, de nuevo, con su coraza brillante y levantaron sus lanzas al aire con un gran estruendo que impresionó al joven egipcio. Las naos cambiaron su rumbo y pronto alcanzaron las aguas del Mar entre Tierras.

Para júbilo de todos, un enorme bando de delfines alcanzó la flotilla. Jugando, saltaban entre cabriolas, cruzándose de lado a lado por la proa, haciendo las delicias de aquel joven que miraba extasiado a los juguetones cetáceos.

—Poseidón nos envía a sus criaturas, nada hemos de temer pues. Es buen augurio ser escoltados por alegres delfines —afirmó Tarss, complacido.

Gadir posó su brazo en los hombros del muchacho y le animó a disfrutar de aquella visión. Los delfines acompañaron a la expedición hasta llegar a la desembocadura del Gran Nilo. Era inconfundible por su anchura y las embarcaciones que navegaban. Vieron gentes en sus orillas, que atentas observaban. Muchos eran jóvenes de túnicas blancas y pelos rapados. Numerosos niños salían corriendo hacia el interior gritando, otros les seguían por ambas orillas. También empezaron a aparecer soldados armados con lanzas, que marchaban sobre carros ligeros.

—Son guerreros egipcios, señor. No creo que vieran nunca una nave atlante. Si pensaran que somos aliados, nos recibirían con alegría; si nos creyeran aqueos u hostiles pueblos del mar, habrían llenado nuestros barcos de saetas —le indicó Senil a un interesado Gadir.

Tarss anduvo por cubierta y se irguió sobre el mástil, levantó la mano y saludó. Quería dejar bien claro que no eran enemigos antes de que los soldados así lo entendieran. Gadir, acompañado del muchacho y de Senil, le siguió. Los egipcios les respondieron al ver al joven a salvo y alzando las manos eufórico. La flotilla siguió remontando el río en dirección a la milenaria polis de Men-nefer, siempre acompañada desde la orilla por los guerreros egipcios.

—¿Crees que nos ayudarán? —preguntó Gadir.

—¿Por qué no? Son buenos comerciantes, además de guerreros. Y este joven nos ayudará. Nuestras naves avanzan poderosas, les será más fácil comerciar que guerrear con desconocidos bien armados —argumentó Senil.

—¡Naves de guerra! ¡Delante! —gritó el vigía alterando la paz y creando la duda.

Quedaron traspuestos al ver frente a ellos una poderosa flota cerrándoles el paso.

Grandes naves se mantenían firmes, guarecidas sus cubiertas y armados sus hombres.

—Mi señor, por estribor se acerca una pequeña barca —advirtió uno de los vigías.

—Haced señas de que se dirijan a esta nave —ordenó Gadir.

En la barca, dos egipcios miraban con detenimiento aquella nao de símbolos desconocidos, a los extraños que les invitaban a subir y sus petos de bronce tallado, señal inequívoca de que eran grandes guerreros. Tarss les habló unas palabras. Nada entendieron. Y les ayudaron a subir.

Saludaron al niño egipcio, que se apresuró y les contó su aventura. Si bien los atlantes no pudieron entender nada, sí comprendieron los gestos que realizaba: cómo imitaba la boca del gran cocodrilo y lanzaba puñaladas al aire.

Gadir y Tarss estuvieron tratando de hacerles comprender quiénes eran por largo tiempo. Pero todo esfuerzo resultó en vano, pues no se entendían en manera alguna. El comandante atlante hizo traer vino dulce en un barrilete y abundante argéntea, les ofreció beber el delicioso licor y en sus manos dejó el valioso metal. Los egipcios bebieron unos cuencos y guardaron los generosos regalos. Luego se despidieron y se dirigieron hacia su barca acompañados del niño, el cual les saludaba con la mano, agradecido.

—¡Espera, valiente! —le dijo Gadir y tomando la daga con que había herido a aquel demonio, se la regaló.

El niño la tomó visiblemente emocionado y le miró como si fuera un dios. Entonces hizo un gesto altivo y los egipcios le tendieron la mano para ayudarle a bajar de la nao.

—¿Crees que nos habrán entendido? —preguntó Gadir viendo cómo se alejaba la barca.

—Espero, en nada nos conviene entablar aquí una batalla indeseada. Preparemos la marcha, tal vez resulte más conveniente aprovisionarnos en una aldea de la orilla del mar, donde no encontremos soldados que puedan amenazar nuestra empresa —contestó Tarss.

—No encontremos poblaciones que puedan satisfacer nuestras demandas en las costas, se hallan en este río. Más allá no recuerdo que nada hubiera en largo recorrido —apuntó Senil.

—Esperaremos pues, nuestros hombres necesitan descanso y víveres. Y las naves reparo. ¡Alguna respuesta ha de darnos esta gente! —exclamó Gadir.

—Sí, pero quizá no nos guste —murmuró Tarss.

—No creo que entablen batalla ante quien cuida de sus hijos, les ofrece dulce vino y valiosa argéntea. Estarán deliberando —dijo Senil tranquilizando los ánimos.

Gadir pasó la noche tumbado sobre las maderas de la cubierta de proa, rascando con sus dedos las astillas que sobresalían en un vértice, observando los destellos del agua, viendo pasar las estrellas, pensando en Hipólita y en sus hijos. Tarss vigilaba las orillas y los movimientos en los barcos egipcios, paseando de estribor a babor.

Al día siguiente, apenas se alzó el sol, una embarcación egipcia se acercó hasta la nave. Esta vez no se trataba de un pequeño bote, sino de una larga barca de ancha cubierta, guiada por dos remeros y guardada por cuatro guerreros. Y con un techado de hojas de palmera en la popa. A su sombra viajaban un anciano de lustroso vestir y dos muchachas rodeadas de buchonas palomas. Se saludaron levantando las manos y Gadir les invitó a subir.

Los egipcios se negaron, por el contrario les invitaron a bajar a su embarcación.

—¡Bajemos pues! —dijo Gadir.

—Sí, no creo que exista treta alguna. Sus naves se mantienen alejadas y esta no supone amenaza alguna. Seamos corteses y veamos qué nos ofrecen —apuntó Tarss.

Abordada la barca, se acercaron hacia el techado. Sentado junto a una mesa, el anciano les esperaba. Era delgado, de cara afable y ojos limpios. Ataviado con un fino casquete azul en la cabeza, portaba una égida pectoral sobre una blanca túnica. En su frente, el anj de la vida. En la cara, una barbilla muy estrecha. En la mano derecha, mostraba el cetro uas, símbolo de poder. Y extendió los brazos, invitándoles a la mesa. Las dos muchachas, adornado su pelo liso con preciosas diademas, les miraban con enormes ojos pintados hasta las sienes. Gadir y Tarss entendieron que se hallaban ante una gran personalidad. Pero más fue su sorpresa cuando habló.

—Sois de Atlanta… ¿Verdad?

—Sí, de las nobles tierras de Gadeira, tierra de atlantes —contestó Gadir.

—Lo sabía, ese vino solo la hallaron nuestros mercaderes en Tiro y aseguran lo habían comerciado en tierras de Occidente: Atlanta, el único reino de hombres civilizados que dicen los dichos que las habita. Pero sentaos, vengo de Men-nefer, mi nombre es Imhotep-Ptah, sumo sacerdote del templo de Hat Ka Ptah —se explicó el anciano.

—Tarss es mi nombre, general de las bravas columnas de Gadeira. Y ante vos: ¡Gadir, mi rey, noble señor! —apuntó Tarss.

—¡Cuánto honor! —exclamó el viejo sacerdote.

—¡Nuestro es el honor! No son muchos los navíos de comercio que llegan a nuestro hogar desde puertos tan lejos. Pero me alegro que nuestro vino sea tan afamado —dijo Gadir.

—Dicen que vuestro reino es ejemplo prosperidad, donde se encuentra la gran Atlas de Poseidón. Un hombre de aventuras llegó hace mucho tiempo y me habló de sus virtudes, me enseñó vuestro idioma, muy común al aqueo. Pero un buen día desapareció y nunca más supe de él, ni de vuestra tierra. Marchó dicen a las lejanas tierras de las hijas de la luna. Thesitas le llamaban, un gran hombre —añadió el anciano Imhotep-Ptah.

—Tras el infortunio y las guerras con los aqueos que han sacudido nuestro reino, todo ha cambiado. Atlas no existe, fue destruida y el mar la engulló —apuntó Gadir con un lamento—. En cuanto a Thesitas, no le conocí bien. Pero grande era su fama. Supe que murió devorado en tierras de inhumanos. Fue un gran hombre, guía y amigo de reyes nobles.

—Poco más preguntaré, pues no hallo más que desconsuelo. Por favor, sentaos a mi mesa y bebed de nuestro vino. No es tan bueno como el vuestro, aunque bien sirve para calentar el ánimo y calmar la sed.

Las dos muchachas empezaron a servir la mesa, mostrándose atentas y simpáticas; entre disimuladas risas y destellos de rubor colocaron cuencos de valor, platos de lujo y manteles de tela suave; fruta tierna, pastas de harina y roscos de anís. Luego llenaron los cuencos de vino en abundancia y sonrieron a los dos atlantes, que no apartaban la vista de ellas.

—¡Son hermosas! ¿Verdad? —apuntó el anciano y dio un sorbo de vino.

—Sí, son realmente preciosas —confirmó Tarss.

—Son mis protegidas, Maat e Isis, celebro que os gusten —aseguró el anciano sacerdote. Luego bajó la voz y se acercó al oído de Tarss—. Y andan sin consuelo, os las llevaréis ¿verdad?

Tarss se quedó perplejo y sin saber qué decir, miró a su comandante.

Imhotep-Ptah empezó a reír, mientras las muchachas comenzaron a servir la carne estofada. El olor que despedía el guisado despertó de inmediato el hambre.

—¡Uff…! ¡Pensé que hablabais en serio! —dijo Tarss.

—¡Y hablo en serio! —respondió el anciano cortando en seco su risa.

Por un momento Gadir y Tarss quedaron confusos. Pero Imhotep-Ptah enseguida rio entre dichos improvisados. Y sin hablar más de las muchachas, mucho se dijeron durante aquel copioso almuerzo que se prolongó por toda la mañana.

—Sea pues, nos proveeremos en la polis de Sau; mis hombres bajarán desarmados y cargarán agua y víveres. El precio acordado me parece razonable. Ahora, disculpad, marcho a descansar este copioso almuerzo. Vuestro vino es muy peligroso, mi buen amigo —dijo Tarss.

Gadir se quedó acompañando al anciano durante un tiempo más, observando las naves de guerra que seguían bloqueándoles el paso río arriba.

—Dime sabio Imhotep-Ptah, ¿por qué permanecen en guardia? —preguntó.

—Tú me has hablado, con cierta pena, de vuestra tierra Atlanta, de sus guerras con aqueos, de lo hermosa que fue y de su trágico final. Nosotros hemos expulsado al invasor hicso tras cien años de lucha; cualquier nave armada es un peligro. Los hititas se alzan desafiantes en la frontera de Kadesh y los aqueos han arrasado Knossos. Y el faraón batalla aún contra los hurritas. Vivimos en guerra, debemos ser cautos. Nuestro legado milenario estuvo a punto de desaparecer a manos de extranjeros como, en infortunio, ha ocurrido con Atlas.

—Hacéis bien desconfiando de aquel que os visita armado en vuestro propio hogar. Pero nuestro camino es otro, estamos de paso. No tienes qué temer. No somos conquistadores ni saqueadores; una vez realizada la empresa emprendida, volveremos a nuestro hogar.

—Pareces un hombre de honor; sin duda eres un gran rey. Me has hablado de tu fértil tierra, de la nueva Gadeira, enormemente sorprendido quedé y quisiera visitarla. Pero no me hablaste de vuestro destino.

—Marchamos en busca de Menalipa, la reina de las hijas de la luna que fue derrocada por traidoras a sus armas. Allí marchó mi amada Hipólita, es mi deseo tenerla entre mis brazos y partir de nuevo hacia la Península: nunca más permitiré que se aleje de mi lado.

El sabio anciano abrió los ojos y contrajo la respiración al escuchar aquellas palabras.

Gadir notó su alarmado gesto.

—¿Os contrarié en algo? —preguntó.

—¡No! ¡Es el vino! En verdad es peligroso como afirmó vuestro general, en nuestra tierra no disponemos de tan dulce uva.

—¡Haré que os dejen un barril! Y no descuides, pues haré escala de nuevo en este ancho río en mi regreso, para rebosar de agua y víveres y llevaros conmigo hasta nuestra hermosa tierra, si es vuestro deseo.

—Veo que eres hombre de honor como pocos quedan. ¡Escucha pues mis palabras! Abandona las costas, acortarás en tu camino si tomas rumbo al norte hasta las tierras de Lukka, evitarás de igual forma a los aqueos y la lucha indeseada. Son tierras de hombres salvajes, sin reyes ni vasallajes, y podréis resguardar vuestras naos en Arinna —le aconsejó el anciano esbozando un mapa con fino carboncillo sobre un grueso papiro que dispuso en la mesa.

—Pero ¿y luego? —preguntó Gadir ante aquel improvisado mapa.

—No pierdas nunca el norte, ni te desvíes siquiera tomada tierra firme, seguid en vuestro camino —continuó sin dejar de dibujar sus palabras—. Llegaréis hasta la pequeña aldea de Beycesultán, en un recodo del río que llaman Büyük, entonces os hallaréis en tierra hitita. Pero sus ejércitos andan lejos de esa zona, en lucha con asirios y hurritas, y reforzando sus fronteras en Kadesh ante la llegada del faraón. Pasada la aldea entraréis en las tierras pónticas de las hijas de la luna, vuestro ejército no pasará desapercibido para nadie y pronto os hallarán.

Gadir asintió, tomó el mapa y estrechó su mano con un marcado gesto de agradecimiento.

—¿Por qué arriesgasteis vuestra vida y misión por salvar a un muchacho desconocido? —preguntó el anciano—. No creáis que no fui informado de vuestra noble gesta.

—Observé los ojos de aquel demonio del mar y los del indefenso muchacho; y no vi la imagen de un niño egipcio, sino la de mi propio hijo. No podía permitir que la bestia se lo llevara por siempre sin hacer nada por impedirlo.

—¡Gracias mil os tengo que dar! —exclamó el anciano—. Esa bestia a la que llamáis demonio del mar no es más que un cocodrilo, habitan este río desde siempre y los hay de mayor tamaño. Pero estad tranquilo, pues no habitan las aguas marinas.

—Nosotros sufrimos el ataque de una de esas bestias a las que llamáis cocodrilos. Pero fue en alta mar. Devoró a muchos de mis hombres.

—Créedme: sería pues un demonio del mar, no un cocodrilo. Nunca van más allá del río. Y ahora disculpad, he de marchar. Pasamos la mañana de palabra, bien ilustrada quedó mi mente, me siento satisfecho. Lo primero que haré al llegar a mis aposentos es apuntar tales detalles de vuestra tierra para que no queden en el olvido. Por cierto ¿y mis protegidas?

Gadir miró a ambos lados de la ancha barca, no estaban ni ellas ni las buchonas palomas. Uno de los guerreros egipcios, dándose cuenta de que buscaban a las jóvenes, le hizo un gesto al anciano sabio con la cabeza, indicándole que habían subido a bordo de la nave atlante.

—Parece que vuestro general, Tarss, tomó en serio mis palabras, pues diría que no las veo desde que subió a la nao —susurró el anciano.

—Enseguida estarán de nuevo en vuestra compañía —contestó Gadir con notable apuro.

—¡Nooo! ¡Déjadlas, en buenas manos quedan!

Gadir asintió con cierta sorpresa y le tendió la mano, de nuevo, estrechándola con fuerza.

—No creo que nos veamos hasta vuestro regreso, pues marcho a palacio. Pero si habéis de tener algún problema, escúchadme: una de mis protegidas, Isis, la menor, habla tu idioma y ahora, toma este sello que te entrego. Nadie osará molestaros en tierra de faraones, pues pertenece a la mismísima Nefertary, la Esposa de Dios.

Gadir lo tomó y lo puso entre sus dedos, agradeciéndole el gesto. Y saltó a su nao pensando en las dos muchachas egipcias y en el sabio anciano que las había dejado con ellos en verdad. Paseando por la cubierta, asaltado a preguntas por Senil, vio como la barcaza se alejaba.

Imhotep-Ptah regresó a puerto; en su rostro, una denotada preocupación.

—Bien podéis agradecer que fuera yo el único en esta nave que entendiera vuestras palabras, noble rey, amigo atlante —susurró al viento.

Al anochecer, mientras la expedición atlante surcaba el mar, en Men-nefer, el anciano sacerdote paseaba por los jardines del templo de los faraones. Saludó a la guardia tebetana que custodiaba las puertas y entró en una acomodada habitación. Un agradable aroma de mirra colmaba el ambiente; al fondo, una cama de lujosos adornos y blandos cojines permanecía deshecha. Miró a su derecha y allí, junto a un ventanal que daba al Gran Nilo, Menalipa alzaba la cabeza fijando sus hermosos ojos en las pequeñas barcas que surcaban el río frente a ella. Unos barrotes de madera atravesaban el ventanal de la cómoda estancia hecha mísera prisión.

—Menalipa, ¿cómo te encuentras hoy? —preguntó el anciano.

—Presa, igual que ayer, igual que mañana.

El anciano bajó su cabeza y la miró de reojo, avergonzado por aquella situación.

—Bien sabes que no es mi deseo tu pena. Pero nada puedo hacer contra la voluntad del faraón. Solo intentar que tan noble persona sufra lo menos posible encerrada en estas paredes.

—Disculpa, mi buen amigo. No quería descargar mi desdicha contra tu amable presencia. Tengo tanto que agradeceros.

—No hago bien en decíroslo, lo sé. Pero hoy conocí a un gran hombre: Gadir.

—¡Gadir! ¿Dónde está? ¡Contadme! —exclamó Menalipa corriendo hacia él, tomándole de las manos y haciéndole sentar junto a ella en unos mullidos bancos.

—No puedo deciros más: mi vida correría peligro y más la vuestra. No te preocupes, está bien. Pronto me encargaré de que se gane el respeto de la Madre de Dios y entonces…

—¿Y entonces?

—¡Quizá puedas volar! —exclamó sonriente.

Capítulo 13

CARAVANA A TRÍBADA

Veinte pesados carruajes, tirados por caballos rechonchos, avanzaban por el angosto camino que recorría el macizo del Ponto. El viento azotaba las telas que envolvían las mercancías, descubriendo tinajas de aceite, barriles de vino y cuencos de grano. Las caballerizas tiraban sin descanso de los carros, dejando tras ellos las profundas huellas de sus ruedas en tierra, delatando el notable peso de su carga. Escoltada por cien mercenarios y cuarenta guerreras de la Guardia Real de Temiscira, la caravana avanzaba cada vez más cerca del mar Euxino. Al frente de la misma iban las reinas Mantis y Empusa y, tras ellas, Deyarina y Lamia.

—¿No te parece extraño? —preguntó Deyarina.

Apenas habían hablado desde que abandonaran Lesbos.

La altiva Mantis y el silencio de Empusa no contribuían al diálogo.

—Ya lo he notado, los machos andan cada vez más inquietos —contestó Lamia.

Empusa se giró rápido, pues la conversación no pasó desapercibida para ella, y las miró lanzando un prolongado silbido.

—¿De qué habláis? —preguntó Mantis con soberbia, al percatarse también—. Compartid tales palabras con vuestra reina si razón hay para ello.

—Mi reina, es una temeridad conducir el oro de los faraones por estas montañas. Podemos ser fácilmente víctimas en cualquier paso —apuntó Deyarina.

Mantis miró a su alrededor y vio el frondoso bosque, las altas montañas y al norte, el valle póntico que daba al Euxino. Empusa fijó los ojos en la guerrera veterana, sabía que tenía bien ganada su fama, por lo que sus palabras no debían ser ignoradas.

—No es la primera vez que avanza una caravana de víveres y prendas por estos lares. Esta ruta es buena, servirá para acercarme a Temiscira sin cruzar el agotador Desolado. Nadie sabe de nuestra carga y llevamos buena escolta —aseguró Mantis.

—Mi reina, no temo que nos asalten sucios saqueadores ni hostiles lobas, sino nuestros propios guerreros. Esos mercenarios no inspiran mi confianza —contestó Deyarina.

—¿Cómo osáis dudar de la guardia que mi amada hermana me ha ofrecido? Iris no nos dejaría en malas manos —le advirtió Mantis, recriminando sus palabras.

Cabalgaron cerca de dos estadios sin decir palabra, hasta que Empusa paró. Miró a aquellos hombres y fijó su vista en la valerosa comandante de faz marcada, esperando una explicación.

—No son ejército —contestó Deyarina—. No merecen confianza. Parecen salteadores de caminos en vez de guerreros leales. Son chusma de todos lados, indeseables. Así lo veo yo.

Empusa miró de nuevo las filas de mercenarios y los observó con detenimiento conforme avanzaba la caravana, fijándose en sus trazas vulgares y movimientos descompasados.

—Son fieles de Iris, no debemos desconfiar de ellos. Su hermana no dejaría el oro en manos desconocidas. ¿Cómo iba a hacer tal cosa? Aunque llevas razón, no merecen confianza y no me acercaré a ellos. Quizá sea parte del plan, así pasaremos desapercibidos a los ojos de Ainia —declaró Lamia, pendiente de las palabras de Deyarina.

—¿Pasar desapercibidos con Mantis y Empusa al frente? No creo. No me siento segura. Esto no tiene sentido —insistió Deyarina.

—Ellos piensan que llevamos aceite y vino, grano y legumbres hacia Tríbada y Temiscira como en tantas otras ocasiones. ¡Vamos, no alces temores infundados! ¡Y menos contra tu reina, te pueden acusar de traición! ¡Confía en ella! —aconsejó Lamia.

—Me resulta ya muy difícil confiar en Iris —susurró Deyarina.

Tales palabras alertaron el oído de Empusa, que siguió su trote mirándola de reojo.

—Esos hombres saben que transportamos oro y lo quieren. Podéis daros por enteradas o ignorarlo, vuestras vidas dependerán de ello —insistió la valerosa comandante, alzando la voz lo suficiente, pero con la discreción necesaria para no ser oída por los mercenarios que las seguían.

Esa noche, Empusa, un tanto desconfiada, decidió acampar un estadio por delante de la caravana, entre los altos cedros de una loma desde donde controlaba el campamento. Permanecía bajo un frondoso árbol, al lado de una hoguera, observando el filo de su espada de Oriente al trasluz de las llamas. Las palabras de Deyarina le habían calado fondo. Un ruido la alertó. Sus ojos buscaron y se encontraron con los de Lamia a la entrada de la tienda. Le acompañaba un mercenario de ancho torso. Con gesto lascivo, la invitó a entrar y siguió dando brillo a su arma. Luego miró hacia el campamento. Sumido en la neblina, la calma invadía cada rincón. Se levantó

y hundió la punta de su espada sobre el tronco en que estaba sentada. Volvió el rostro hacia los carros y después, miró la tenue luz que dejaba al trasluz de la tienda la esbelta figura de Lamia, mostrando la lujuria que se aceleraba entre las sombras. Agachó el rostro con una expresión de deseo. Sus pasos se aceleraron y libidinosa, entró en busca de su amada y de su presa.

Con los primeros sollozos de placer, un grupo de hombres se dirigió sin hacer ruido hacia la acampada de la Guardia Real de Temiscira. En nada cayeron las vigías, sorprendidas por sonrisas amigas, víctimas de la daga y la pica traidora. Los mercenarios comenzaron a recorrer las tiendas en mortal silencio, asesinando vilmente a las mujeres en sus lechos.

Mientras una daga partía el corazón del mercenario, bajo el golpe mortal de Empusa, una lanza atravesaba el peto de la confiada guardia que custodiaba la tienda de la reina Mantis. Tambaleándose con el pulmón inundado, la guerrera entró escupiendo sangre ante la perpleja reina. Un desgarrador grito extendió la alarma en el campamento. Empusa irguió su cara ensangrentada. Lamia dejó de beber de la muñeca abierta del mercenario. Se miraron entre sí, saltaron del lecho y cubriendo sus cuerpos con túnicas blancas, salieron a ver qué ocurría.

Deyarina se levantó del lecho alertada por el desgarrador grito. Apenas se calzó y tomó su espada, se encontró con las afiladas picas de dos mercenarios. Paró un golpe que buscaba su vida, mientras sentía rasgada la espalda. Se volvió y apretando los dientes, hundió la espada en el pecho del hombre que la había herido. Luego partió en dos el cráneo al otro y seguidamente rasgó la tela de la tienda para huir de los que se acercaban por la entrada. Tras una carrera, apoyando la espalda en un cedro, observó la terrible escena. Sus temores se hacían realidad: los mercenarios destrozaban las vidas de sus confiadas guerreras. Solo seis lograron llegar hasta los caballos y huir. Suspiró con rabia, corrió hasta su montura y galopó hacia la tienda de Empusa y Lamia que observaban en la distancia, anonadadas ante la anunciada sublevación que se llevaba la vida de sus fieles y amenazaba con robarles las suyas.

Empusa no pudo apartar los ojos de la soldadesca rebelada ni del que parecía ser su cabecilla: un hombre de mirada rasgada, larga coleta en su rapada cabeza y una espada de hoja ancha en la mano. La mirada del guerrero se fijó en ella mientras aparecían, junto a él, tres mercenarios que tiraban de los cabellos de Mantis, arrastrándola por el suelo entre gritos y súplicas. Aquel hombre se agachó y asiendo de su melena platino a la maltrecha Mantis, le alzó la cara y de un brutal golpe de su ancha hoja la dejó sin cabeza.

Empusa y Lamia se volvieron y corrieron en busca de sus armas. Pero una docena de mercenarios surgidos del bosque se les echó encima impidiéndoselo. Solo la llegada de Deyarina y de las seis guerreras que habían conseguido huir salvó sus vidas, arrollando con los caballos y sus certeros golpes a los hombres que se alzaban allí. Sin embargo, no pudieron impedir que varios

de ellos entraran en la tienda y descubrieran el cadáver del mercenario que se desangraba sobre el lecho, con una daga en su pecho y las muñecas abiertas.

—¡Muerte a las harpías! ¡Lo estaban devorando, bebiendo su sangre! —salieron gritando.

Al oír aquellas palabras, Deyarina se volvió indignada y las observó con desprecio. Ante el silbido de los venablos, asintió, trotando en su caballo, dispuesta a abandonarlas a su suerte.

—¡Deyarina! ¡No te atrevas a dejarnos aquí en manos de esos traidores! —exclamó Lamia tomando la brida del caballo y volviendo la vista sobre los mercenarios que se acercaban.

—Tú, egipcia maldita, que amas matando: corre por tu vida y la de tu reina, pues a cien deberéis matar para volver a amar —le espetó Deyarina recriminándole su lujuria sangrienta y comenzó a galopar, apartando a Lamia con un golpe de pecho del caballo.

El resto de guerreras siguió a Deyanira sin dudar, dejando atrás y desconcertadas a la joven reina de Tríbada y a su amante. Lamia vio cómo una lanza se clavaba con sonoro crujido en el tronco de un árbol, justo a la altura de su pecho. Sin pensarlo, salió corriendo hacia la oscuridad del bosque y recogió, en su precipitada huida, la espada de Empusa.

Empusa se quedó estática, sin reaccionar, sola y desarmada. Limpió su boca con un gesto de rabia y buscó la mirada de aquel hombre de larga coleta y ancha hoja que corría hacia ella. Se lanzó veloz hacia el interior del bosque, notando los impactos de las astas que descendían entre las ramas. Sin poder dejar atrás a sus perseguidores, llegó a un arroyo de aguas rápidas. Corrió por la ribera sin descanso hasta que una pica rozó su cabeza. Palpó con su mano la herida, saltó al agua y nadó con fuerza. Pero la corriente la arrastró, golpeándola contra los salientes de roca y haciéndole tragar agua entre ansiadas bocanadas de aire. Con una mano logró asirse a una rama que sobresalía y salió del torrente a rastras, quedando con la cara hundida en el barro. La túnica había quedado reducida a jirones de lino embarrado, manchados de sangre. Las tintas coloridas de sus cabellos, disueltas, mezclaban la tierra con su pelo rubio natural.

—¡Allá! ¡Ha cruzado el río! ¡A por ella! —gritaban los mercenarios.

Ante el insistente silbido de los venablos, desesperada, se vio nuevamente corriendo sin tregua en la oscuridad de la noche, arañándose con el denso follaje. De pronto, tropezó con una roca. Torciéndose el tobillo, cayó y se deslizó por una vertiente hasta quedar empotrada bajo el tronco de un árbol tumbado. Estaba hueco y vio una oportunidad. Sin pensarlo, se introdujo en su interior y aguantó en silencio el dolor de sus heridas, la rabia contenida.

No tardaron en aparecer los mercenarios alumbrando la zona con antorchas y se dispersaron por el bosque, buscando con avidez a su presa herida. El guerrero de larga coleta, paró y apoyó su pie en el tronco donde se ocultaba la joven reina. Apenas un dedo de madera podrida les separaba. Ella se sobresaltó al notar un leve y frío roce deslizándose sobre su piel y

emitió un pequeño silbido que no pasó desapercibido para el guerrero, que fijó su mirada en el árbol caído. Intrigado, el mercenario estiró la mano hacia uno de sus hombres, tomó una lanza y sonrió. La angustia de Empusa crecía ante el súbito silencio, interrumpido por unos pasos cercanos sobre la hojarasca.

Una gruesa víbora asomó la cabeza por una hendidura del árbol caído, mostró su bífida lengua y se deslizó siseante. El guerrero dio un paso atrás, observando cómo el ponzoñoso ofidio se perdía bajo el tronco y siguió su rastro con la lanza al aire. Empusa notó de nuevo aquel roce frío: el cuerpo de la víbora reptaba por su vientre. Aterrada, vio los pies de aquel hombre seguir el rastro de la serpiente, siguiendo la cola que quedaba fuera.

La estrecha pupila del reptil se irguió sobre el rostro de la joven, que sudaba inmóvil ante la cercanía de la sibilante lengua. En ese momento, la lanza del comandante entró perforando la madera y atravesó la clavícula de Empusa, que abrió la boca sin emitir sonido alguno y una lágrima de dolor brotó de sus empañados ojos. La víbora se encogió hacia atrás. El bronce salió tan pronto como entró, con su punta manchada de rojo, y la sangre manchó la tierra bajo el tronco. El mercenario se mostró satisfecho y agarró la cola de la víbora. Con el convencimiento de que la había atravesado con su lanza, la sacó de un tirón del interior del tronco. Cuando se percató de que la letal serpiente no estaba herida, fue tarde. La víbora abrió su boca, lanzó sus colmillos hacia delante y los hundió en el cuello del guerrero, quien, soltando la cola y echándose mano a la picadura, percibió la letal herida. Aterrado, comenzó a correr gritando, cayéndose y levantándose sin sentido alguno. Sus hombres salieron tras él, alejándose del lugar. La víbora reptó ocultándose bajo el tronco y se deslizó sobre el pecho de la joven, hasta quedar enroscada e inmóvil en su vientre. Empusa, tratando de contener el pulso, veía con temor cómo la serpiente subía y bajaba al compás de su propia respiración, con cada bocanada de aire.

Los gritos de aquel hombre condenado a morir y los de sus secuaces se alejaron hasta hacerse imperceptibles. El bosque quedó en silencio y pasó su tiempo hasta que la mortal víbora se deslizó por el pecho de Empusa, recolocando la mandíbula con un pronunciado bostezo, y se dejó caer sobre la hojarasca. La joven relajó su cuerpo; un gemido salió de su boca y comenzó a llorar. Vio perderse entre las hojas caídas al ofidio y una sonrisa incrédula, acompañada de una pequeña arcada, iluminó su rostro antes de suspirar limpiándose las lágrimas. Se arrastró, salió del tronco para comprobar que estaba sola y comenzó a correr.

Descansó en un pequeño arroyo, donde se refrescó y pudo ver cómo sangraba su clavícula; rasgó un trozo de tela de su chitón, lo apretó en la punzada y siguió la huida. Unos terribles gritos de mujer recorrieron el bosque. Miró hacia atrás y se agachó entre los arbustos. De nuevo resonó la atormentada voz; seguida de un grito truncado, silenciado por el golpe seco del bronce. Y saltó

entre las matas para correr hacia el norte sin parar, tratando de alejarse cuanto antes de aquel lugar. Atravesó bosques de espinosas ramas y prados herbáceos hasta llegar a un ancho río, donde luchaba por calmar su acelerado corazón apoyada contra un álamo.

Unas voces cercanas la obligaron a avanzar de nuevo. Pero, dando una arcada, cayó a tierra rendida. Arrastró con pena su cuerpo para ocultarse entre los juncos y la maleza. Pero ya no podía más y quedó inconsciente. En ese instante, una alargada sombra se cernió sobre ella.

***

Las valientes guerreras de Ainia descansaban a la vera de un arroyo. Entre los árboles, limpiaban las heridas y colmaban los saquillos de pieles con agua. Hipólita notó la presencia de Ainia tras ella. Ambas deseaban ver renacer su amistad olvidada por la distancia y el tiempo. Sin embargo, la divina reina notaba en la Loba cierto distanciamiento.

—Dime, mi buena amiga. ¿Qué pasó tras la batalla de Atlas? ¿Por qué desapareciste con el cuerpo de Evenor? —preguntó Hipólita—. Me hubiera gustado disponer de ese privilegio.

—Sus restos yacen junto a la gran piedra donde tanto te amó, me habló de vuestro amor. Tras la batalla, las bestias del bosque y los cuervos todo lo devoraban en aquel valle de muerte. Hice lo que tú hubieras hecho, darle digna sepultura a un rey de reyes antes de que sus huesos quedaran esparcidos en la nada. ¿Sabes qué fue de Artemisa? Nunca regresó a las tierras de Anatolia —aseguró Ainia, cambiando de tema hábilmente.

—No, nunca más supe de ella. Dicen que era mujer divina y que se perdió en el bosque con el corazón destrozado por la pena. No lo sé.

—Las hijas de la luna la echamos de menos. Ya no nos complace con su visita, ni se presta a interceder ante nuestros enemigos. Si la divina cazadora nos acompañara, no habría guerras entre hermanas ni imperio de machos que se atreviera a acosarnos. Temo que falleciera y quedara maldita entre los dioses, pues ella fue causa del final atroz de Ares, azote de mortales.

—¿Crees que mi padre era un dios? ¿Por ser tenaz guerrero? Por atlantes, aqueos y medos es venerado como un dios impío que a todos mata, mas yo no lo conocí nunca así.

—La divina Armonía hizo de Ares un hombre y él hizo de ella una mujer. Artemisa le odió por ello y urdió su muerte, solo cuando perdió el amor y respeto de tu amada madre se dio cuenta de su error. Pero era tarde, por ello trató de resarcir lo que pudo del mal que sembró.

—Dudo que mis padres fueran dioses. ¿Quién sabe? Pero tú también eres divina reina, hija de la gran Cibeles, por todos respetada… Ya eres temida, pronto serás adorada.

—Sí, seguro. Pero tú eres la más diestra de entre todas las lobas, pues a pesar de que vengas de Occidente, no lo olvides: loba eres.

—Dime, Ainia… ¿Por qué? ¿Por qué no quisiste saber de mí tras la batalla? Todavía no andaba repuesta de mis heridas y marchaste sin darme un abrazo ni un beso, sin un adiós.

—Resultaba necesario. Muertas Armonía y Mirina, la confusión podía hacerse entre las hijas de la luna. No cabía la espera, solo la premura. Gadir me transmitió tu deseo de ser mujer y esposa en vez de guerrera y reina, y pensé que tenía que marchar. Menalipa debía reinar para llevar paz y dicha a nuestras hermanas.

—¿Por eso te alejaste de mí? No te creo, huiste. Quizá te decepcionó que pudiera amar a un hombre, que pudiera compartir mi vida con un esposo.

Ainia observó las estrellas, quería sincerarse con Hipólita, hablarle de su amor, de que ella también hubiera querido compartir su vida con un esposo: Evenor. Pero no pudo, un nudo le atenazó el estómago y subió hasta formársele en la garganta, para acabar latiendo en su cabeza.

—Nunca te he olvidado, siempre te he amado, como cuando éramos niñas y competíamos por ser las más bravas y luego dormíamos apretadas, al calor de la hoguera, sin perder de vista las sombras. ¿Recuerdas? Pero te equivocas, yo también he conocido el amor de un hombre.

Hipólita, sorprendida, le acarició la mejilla y la besó suavemente, rizando su melena rubia entre las manos, dejándose invadir por la nostalgia y aquel reencuentro entre dos grandes amigas.

—Háblame de él —susurró la divina reina.

—Murió, el bronce me lo arrebató. No conocí otro hombre igual ni lo busco, pues en mi corazón no cabe espacio para más dicha que la que él me dio.

Hipólita vio descender una lágrima por la mejilla de Ainia, mientras tomaba con la mano un mechón de pelo que llevaba como colgante, cerca del corazón. Notó su pena y quiso consolarla. No pudo. ¿Cómo hacerlo? Y pensó en Gadir. ¿Cómo podría soportar la pena de perderle?

—Pero no hablemos de cosas tristes. Hoy es día de alegrías, tras tanto tiempo te veo gloriosa, hermosa, divina reina —dijo Ainia sacándola de sus pensamientos.

Entonces observaron dos jinetes que se acercaban. El fragor de la lucha y los gritos no habían pasado desapercibidos en el bosque para las siempre atentas vigías de la Loba.

—Mi reina, una caravana… ¡Ha sido asaltada por sus propios guerreros! —exclamó una de ellas, apenas frenado su caballo.

—Buena carga debería llevar para que su propia gente cayera sobre ella —dijo Ainia.

—¡Oro! ¡Dicen las aldeas de paso que cargaba el oro de los faraones! Seguíamos su camino desde hacía dos lunas —apuntó la vigía.

—Oímos que la traidora Iris cargó en secreto el oro en los carros y los mandó a los reinos de Mantis y Empusa escoltados por un ejército de mercenarios con la idea de proteger su tesoro ante posibles ambiciones —explicó la otra vigía.

—Me resulta extraño que un cargamento tan importante se realice de tal forma, parece que mercenarios devotos de lo ajeno y nobles aldeanos estuvieran muy bien informados para ser un secreto. Hasta nosotras ha llegado la noticia y ello solo tiene una explicación —apuntó Hipólita.

—¿Cuál? —preguntó Ainia.

—No hay oro.

Ainia se quedó por un momento pensativa.

—Decidme ¿a cuánto distamos de esa caravana? —preguntó a sus vigías.

—La luna está alta, mi señora. Forzando el paso, llegaríamos pasada la medianoche; y en silencio, con toda la tropa, poco antes del amanecer —respondió una de ellas.

—Llegaremos pues al amanecer y una patrulla saldrá ahora. Una de vosotras guiará sus pasos sin alzar liebre alguna, la otra nos acompañará a nosotras. Veamos que acontece sin que descubran nuestra presencia, puede que esa caravana no sea más que carnaza para lobas —dijo Ainia girando su vista sobre Hipólita, la cual asentía dando razón a sus palabras.

Al momento salió Imperia al galope con una avanzadilla.

—Antíope, acompáñalas. Cuida de Imperia —le pidió Hipólita de forma sutil.

La patrulla galopó hasta el valle que abría las sendas del Euxino, junto al arroyo donde Empusa había caído rendida. Una inmensa arbolada de grandes álamos se alzaba en la zona. Restos de sangre y numerosas pisadas en el suelo alertaron a las guerreras. Aceleraron su marcha, hasta llegar al bosque póntico, pasando junto a un cedro que mantenía en vilo una lanza hundida en su tronco. Y avanzaron lentamente, como fantasmas en la niebla.

—Mirad, son muchos árboles astados en una sola dirección —apuntó Imperia.

—Aquí hay rastros de guerreros y venablos perdidos —aseguró una exploradora.

—¡Y sangre! —añadió Antíope trotando hasta ellas. Luego saltó del caballo y puso la mano sobre la hojarasca por donde se había arrastrado tiempo antes Empusa.

—Han estado tenaces persiguiendo a alguien —afirmó una de las guerreras.

Continuaron la marcha y llegaron a un pequeño claro de robles y matojos dispersos, donde habían numerosas picas y pisadas. Descabalgaron y avanzaron con paso precavido, tirando de las bridas de sus cabalgaduras. Una gota de sangre cayó sobre la nariz de Imperia que, alertada, alzó la vista empuñando su espada; y quedó horrorizada. Varias guerreras se echaron hacia atrás entre arcadas, y ella se volvió para vomitar contra un árbol.

Solo Antíope permaneció impasible, observando la brutal imagen.

—Vosotras dos, traed a nuestra divina reina a este claro de muerte —ordenó sin apartar la mirada de la cima del árbol—. Id veloces, el camino se halla despejado. Escuchad: no es necesario que las demás observen esta pena, solo Hipólita.

Dos guerreras se volvieron sobre sus pasos y galoparon veloces.

—Es horrible. ¿Quiénes serán los salvajes que han hecho esto? —preguntó Imperia.

—No lo sé. Quizás inhumanos. Pero no hubieran dejado la carne —respondió Antíope rascando su mentón, sin bajar la vista—. ¿Y esta espada que reluce en el suelo? —preguntó levantado su pie, bajo el cual vislumbraba la hoja de una extraña espada de un solo filo con la calavera que adornaba su empuñadura.

Imperia se acercó fijando los ojos sobre la estrecha hoja.

—Es la espada de Empusa, la reconozco por ser única, forjada en el lejano Oriente. Su metal sagrado es más fuerte que el bronce, su corte afilado es como una esquirla de abalisco y su equilibrio, justo como la balanza —afirmó Imperia recogiéndola del suelo.

—De poco le valió tan poderosa arma —apuntó Antíope levantando de nuevo la vista.

Del árbol colgaba de una cuerda y boca abajo una mujer atada por el tobillo de un pie. La túnica hecha jirones se le amontonaba entre los brazos. Al menos una veintena de picas se hundían en aquel cuerpo sin vida. Sus pechos estaban amputados y su vientre había sido abierto desde la vagina hasta el esternón. Las entrañas colgaban al aire, liberando las últimas gotas de sangre de aquel horror. Su cabeza había desaparecido.

—Me horroriza decirlo, pero ha tenido el final que merecía —confesó Imperia, pensando que se hallaba ante el cuerpo de Empusa.

—Hubiera bastado con una saeta —aseguró Antíope observando la fabulosa espada.

—Los salvajes que han hecho esto no andarán lejos.

—Allí, estarán allí —afirmó Antíope y señaló el resplandor lejano que desprendía el fuego del campamento de mercenarios.

En la caravana ardían las tiendas de la Guardia Real de Temiscira, mientras los mercenarios despojaban a las muertas de sus pertenencias. Una algarabía borracha resonaba en el silencio de la noche. Algunos chillaban sin sentido, corroídos por la rabia y la impotencia, mientras otros destrozaban los carros. Se peleaban disputándose alhajas y telas sin apenas valor. Desesperados, buscaban sin hallar y los que más, se sentían frustrados y ahogaban sus penas en vino.

—¿Y el oro? ¿Dónde está el oro de los faraones? ¡Aquí no hay nada! —exclamaban y se preguntaban unos a otros, desmontando cada carro, viendo sus tinajas repletas de tierra.

No estaban solos.

En la distancia, se hallaban vigilados por almas llenas de odio y sed de venganza.

—¡No hay oro! ¡Me lo temía! ¡Maldita zorra! —exclamó en voz baja Deyarina que, junto a las seis guerreras de la Guardia Real de Temiscira, había regresado al campamento dando un rodeo por los lindes del bosque.

—Pero no es posible —afirmó una de ellas, incrédula al ver los carros destrozados, sin oro; con los cuencos rotos vertiendo sucia tierra.

—¡Abrid los ojos de una vez! Iris nos ha vendido, quería deshacerse de sus hermanas. Siempre quiso ser la reina madre de las hijas de la luna y esta era una gran oportunidad —espetó la comandante de Lesbos, indignada.

Las guerreras de la Guardia la miraron en silencio, resistiéndose a creer que Iris las había vendido como a sus propias hermanas. Deyarina fijó su vista sobre algunas de las carretas que comenzaban a arder. La luz del fuego delató a sus ojos a unos guerreros de cabellos cortos, largas capas y grandes escudos; no se dedicaban al saqueo ni a buscar el oro, sino que se hacían con caballos y preparaban algunos carros, hablando serenos entre ellos.

—¿Quiénes son esos hombres? No los había visto antes —preguntó intrigada.

—Son los guardianes de los esclavos, hombres de la confianza de Iris. Cerraban la caravana custodiando las amantes para los mercenarios y los carros de víveres —contestó una de ellas.

—No son carceleros… ¡Son aqueos! Esos pelos, escudos y capas son fieles a las armas de los hijos de Zeus —afirmó con rotundidad Deyarina.

Las guerreras observaron con curiosidad a esos hombres que ya no eran guardianes de esclavos y amantes, sino aguerridos soldados. Hermosos y gallardos, serenos y armados, en nada se asemejaban a la chusma mercenaria que devoraba la caravana.

—¡Mirad! ¡Es la cabeza de Mantis! —exclamó una de ellas.

Deyarina alzó las cejas viendo introducir la cabeza de Mantis en un saquillo, que luego anudaron con una cuerda y lo tiraron como una saca de legumbres al carro del más gallardo de los soldados. Al momento apareció un guerrero, portaba otro saquillo y lo lanzó junto al primero.

—Han venido a por las cabezas de Mantis y Empusa, un presente para Iris —dijo Deyarina en voz baja, frunciendo el rostro.

Los guerreros, doce en total, tomaron sus lanzas y varios caballos cargados de provisiones y partieron de allí montados en tres carros, con los dos saquillos, dejando atrás la caravana en llamas. Deyarina se relajó y apoyó la espalda en el tronco de un árbol. Las demás la acompañaron, excepto dos de ellas que quedaron observando cuanto acontecía en el campamento.

—Iris ha vendido a Mantis y Empusa, como hizo con Menalipa —aseguró Deyarina con cierto pesar—. ¡El oro estará a salvo en Lesbos! Sin duda, Iris se encargó de extender rumores y de conseguir mercenarios codiciosos. Sabía que la caravana no llegaría lejos ante la ambición de esos machos. Selló el destino de sus hermanas para hacerse con todo, poco le importaba quiénes más cayeran en el camino.

—¿Y tú? ¿Por qué deshacerse de la más valiente de sus capitanas? —preguntó la más joven.

—Iris me temía por mi poder militar. Tiene sus propias ambiciones y por lo visto, yo no encajo en ellas —afirmó la comandante.

Entonces se acercó una de las que vigilaban hacia ellas.

—Los machos hace tiempo cesaron en sus bravatas y escarceos, duermen borrachos. Unos en las tiendas, otros junto a los muertos, muy confiados ellos, pues no hay vigías —aseguró.

—¡Es buen momento para marchar lejos, sin peligro alguno! —aseguró la más joven.

Deyarina la miró alzando el entrecejo y sonrió con malicia. Luego tomó el carcaj de su caballo y se dirigió de nuevo a ellas.

—Esos machos… Muchos deben ser aqueos, nos llaman antianiras o lo que es lo mismo, asesinas de hombres: démosle sentido a sus palabras, que aquellos que hablen con el nuevo día no tengan victoria alguna que relatar para su gloria, sino amargas palabras de humillante derrota ante las hijas de la luna —les dijo con firmeza en la voz y con odio en su corazón.

Las seis guerreras de la Guardia Real la miraron confusas.

—Ahí abajo, en algún lugar entre los muertos, yace el cuerpo sin cabeza de vuestra reina. En la oscuridad del bosque se hallarán los restos de Empusa. Junto a las tiendas que avivan el humo están los cuerpos mutilados de nuestras valerosas hermanas. Yo marcharé con el amanecer, pues antes he de vaciar las saetas de mi carcaj sobre esos despreciables machos y he de pasar mi daga por las sombras, haciendo de sus sueños ebrios pesadillas parcas. Si en mi empeño he de morir, así sea. Pero nadie podrá decir jamás que Deyarina, hija de la luna, comandante de la Guardia de Lesbos, huyó vencida y humillada ante soldadesca tal —insistió.

Las miradas de aquellas mujeres heridas en sus carnes y orgullo se cruzaron expectantes.

—Están cansados y duermen el ardor del vino, son presa fácil —comentó la primera en hablar, sacando la daga de su cinto.

—Seguros de su valía no apostaron vigías. Son chusma. Podremos acabar con muchos de ellos antes de que nos delate el nuevo día —aseguró la segunda.

—Mi hermana está ahí abajo, muerta. Su cadáver yace entre esos malditos machos saciados de sangre y vino; ella no dudaría en vengar tan horrendo y traidor crimen —asintió la tercera con el semblante serio y los ojos nublados.

—Iremos todas pues. ¿Qué hija de la luna puede quedarse atrás en este momento? —dijo la cuarta, la más joven de ellas, alzándose con ímpetu.

—Escapamos de la traidora Parca en esta horrible noche, ahora nosotras seremos Parca aunque con ella andemos con el amanecer —asintió la otra vigía, la quinta.

—¡Matémosles a todos! —exclamó la sexta de ellas.

La noche transcurría en el campamento entre ronquidos y pasos a hurtadillas. Sin piedad y en el más absoluto de los silencios, las guerreras acometieron su terrible venganza. Uno a uno, sin prisa ni pausa, los mercenarios encontraban la afilada daga que se hundía entre sus costillas, destrozándoles el pulmón e impidiendo sonido alguno. En tres grupos de dos, recorrieron las sombras acabando con todos a los que podían hundir su daga sin ser descubiertas. La sangre caliente salpicaba sus rostros, impenetrables en la sangría, y bañaba sus manos, enrojecidas hasta el codo. Primero los que dormitaban a la intemperie, más alejados del fuego. Les siguieron los que se hallaban al calor de las hogueras. Después, los que yacían en tiendas.

Deyarina las cubría con su arco, eliminando a los que aparecían de pronto alejándose del campamento a realizar aguas menores y otras necesidades. Unos caían de lado bostezando su muerte, otros sentados sobre sus propias heces. En el trascurrir de la noche, la valiente comandante acabó con todas sus saetas sin errar una. Luego entró en el campamento con una daga en la mano, uniéndose a las demás hijas de la luna en la sangrienta venganza.

Una delgada línea anaranjada anunciaba el nuevo día en el horizonte, la neblina del bosque se despejaba y el fuego del campamento se consumía sin más madera que lo alimentase. En el centro, las siete valerosas mujeres permanecían sentadas sobre unos troncos. Sus cuerpos estaban cubiertos de espesa sangre, sus ojos fatigados delataban el cansancio. Pero una mueca alegre en sus rostros mostraba la satisfacción de la venganza consumida: habían acabado con cerca de cien hombres en aquella larga noche. En el campamento solo quedaban con vida ellas y los que se encontraron a salvo de su ira encerrados en los carros de esclavos o durmiendo en las carretas de víveres: sirvientes, jóvenes efebos y queridas. Gentes ignoradas en la terrible venganza, olvidados en sus alejados carros, que se alzaban con el nuevo día y quedaron atónitos ante tal carnicería.

Al verlas, las rodearon poco a poco, sin saber qué hacer. Luego, evaluando el estado en que se encontraban aquellas siete lobas, tomaron algunas armas del suelo. Unos temiendo su suerte y otros, buscando la gloria que los liberara de su condición de sirvientes. Y ellas se pusieron en guardia. Cansadas, esperaban el combate, sin miedo ni temor, ante los sirvientes armados, aunque les triplicaban en número. El cocinero de la caravana, un hombre corpulento, se dispuso a lanzar una jabalina sobre Deyarina. Entonces, una saeta surgida desde el bosque le atravesó el cráneo, clavándole la cabeza contra la madera del carro que se hallaba al lado.

Deyarina dirigió la vista hacia los árboles de donde había surgido la muerte cierta. Ainia apareció con el arco en la mano, seguida de docenas de jinetes. Los sirvientes salieron corriendo, solo quedaron allí algunas esclavas y los que se encontraban presos en los carros, sin poder luchar ni huir; testigos de cuanto había pasado aquella salvaje noche. Ainia no dijo nada, recorrió el

campamento, acompañada por Antíope e Imperia. Vieron los cuerpos sin vida de las mujeres asesinadas por los mercenarios y el centenar mercenarios asesinados por Deyarina y las seis guerreras. Y fijó sus ojos en el cadáver del hombre de larga coleta, el asesino de Mantis.

—Ese macho es capitán de Micenas, en una ocasión luché contra sus tropas. Reconocería su fea cara y su larga coleta en cualquier lugar —aseguró Ainia.

—¿Y esas lobas? —preguntó Imperia, señalando a las agotadas mujeres que de muerte habían sembrado el campamento—. Parecen de la Guardia Real de Temiscira.

Ainia avanzó seguida por las demás. Descabalgó y se les acercó observando cada detalle.

—Contadme —dijo con voz suave.

—Somos de la Guardia Real de Temiscira, protegíamos la vida de la reina Mantis y de su hermana Empusa. Ambas fueron asesinadas por estos traidores, la supuesta escolta. Malditos, mataron a todas nuestras hermanas mientras dormían. Solo nosotras logramos huir. No pudimos cumplir con nuestro deber. Pero la venganza fue nuestra —aseguró con orgullo la más joven.

—Buscamos la justa muerte escondida entre las mieles de la dulce venganza. Pero el destino no lo quiso así y vimos el nuevo día —apuntó Deyarina con autoridad, erguido su rostro y sin levantarse del tronco en el que se hallaba sentada.

Ainia dirigió la vista hacia ella de forma inmediata.

—Tú no eres de la Guardia Real de Temiscira. Tú eres Deyarina, feroz comandante de los ejércitos de Iris, asesina despiadada de nuestras hermanas —le espetó mostrando su labrys y marchó hacía ella decidida a acabar con su vida.

Deyarina se levantó y hundió la punta de su espada en el rojo fango, esperando la muerte sin oposición alguna.

—¿Deyarina? Nos conocimos en Atlas ¿verdad? —sonó la voz de Hipólita, frenando el avance decidido de la Loba—. Aunque estábamos en bandos distintos.

Deyarina, sorprendida, giró la cabeza. Aquella visión la desconcertó; su mente voló hasta la batalla de Atlas y tragó saliva recordando que Hipólita marcó su rostro con la espada de Ares.

Hipólita se acercó y observó su herida. Limpió el sudor y la sangre que cubría el rostro de Deyarina con un suave pañuelo que sacó del cinto. Después dirigió su mirada hacia Ainia, que permanecía en silencio y con el labrys a media altura.

—Mi querida Ainia, ya corrió bastante sangre entre hermanas —dijo con voz tan suave como firme y fijó los ojos de nuevo en Deyarina, invitándola a hablar.

—Mantis fue decapitada; su cuerpo yace ahí en algún lugar. Empusa huyó al bosque, donde seguramente fue asesinada, pues un grupo de doce aqueos se llevaron dos cabezas. Iris, al no encontrar el apoyo que buscaba en sus hermanas, nos vendió a los aqueos.

—¿Y el oro?

—No hay oro, solo engaño.

Hipólita agachó el rostro poniendo sus dedos en la barbilla, pensativa.

—¡Sarko! Ocúpate de que nuestras valientes de Temiscira encuentren descanso, puedan lavar sus cuerpos y alimentarse como bien merecen tras su gesta. Y liberad a los esclavos que se hallan en los carros.

—¡Así sea! —exclamó Sarko.

Hipólita y Ainia se alejaron camiando juntas, observando la carnicería.

—Quisiera que los cuerpos de las hijas de la luna fueran todos honrados y enterrados, sin más dilatación ni excepción alguna —susurró la divina reina.

—Lo serán… ¿Por qué lo has impedido? Me hubiera gustado acabar con ella —aseguró Ainia sin perder de vista a Deyarina.

—Doce aqueos cabalgan por nuestra tierra con la cabeza de dos de nuestras hermanas como trofeos. ¡Impide tal ofensa! —le dio por respuesta Hipólita, de forma categórica.

—¿Quieres que te traiga las cabezas de Mantis y Empusa? —preguntó la Loba.

—No, lo que quiero es que impidas que esos aqueos lleguen gloriosos a su destino, sea cual fuere —aseguró Hipólita. Luego le puso la mano sobre el hombro—. Acaba con ellos.

Ainia comprendió y la abrazó. Después saltó rápido sobre su caballo y galopando con un grupo numeroso de guerreras, se alejó del lugar en busca de los aqueos.

La divina reina se acercó a las guerreras de la Guardia Real de Temiscira.

—Mi nombre es Hipólita, hija de Armonía y Ares. Ahora que sabéis quién soy, descansad y reponed fuerzas. Formaréis mi guardia personal, pues valor habéis demostrado para ello.

Las seis guerreras se alzaron lentamente, atónitas, y se inclinaron mostrando su lealtad. Deyarina quedó en silencio, esperando una sentencia que no llegaba. Hipólita dio un paso hacia ella, miró hacia ambos lados, observando de nuevo la carnicería habida.

—Ahora que sabes quién es el enemigo en verdad, te quiero a mi lado, al frente de mi guardia —le confesó Hipólita. Acto seguido, tomó la espada de Deyarina, que permanecía plantada en la tierra ensangrentada, la desclavó y se la entregó.

Deyarina la tomó en silencio, dejándose impresionar por la magnánima decisión que Hipólita había tomado. Luego, mientras pasaba la mano por su cicatriz, la vio alejarse, dándole la espalda, en compañía de Antíope e Imperia.

—¡Os quiero en perfecto estado a primera hora de la tarde! ¡Nuestra divina reina nos requiere! —exclamó Deyarina a las seis guerreras y enfundó su espada.

Capítulo 14

PRESA DE INHUMANOS

Gaviotas y charranes revoloteaban sobre los islotes del estrecho de Anatolia, apenas unas millas de agua separaban las tierras entre Occidente y Oriente. Hombres rechonchos y de vestimentas variopintas sonreían sus decires observando la orilla que los devolvía a los territorios del norte. Los tiempos habían cambiado, las lluvias del sur y las guerras en Anatolia ya no ofrecían seguridad ni comercio, sino muerte y pillaje. Volvían sobre dos grandes balsas a lo remoto del bosque, resguardo de venganzas clamadas, con un buen cargamento que ocultar rápido: una docena de hombres salvajes, algún teucro y siete niños, todos amordazados, con los ojos vendados y sentados en el centro de la balsa más grande. Junto a estos, una joven maltrecha yacía tumbada con la túnica hecha jirones y el cuerpo manchado de barro y sangre: Empusa.

Tirando de los prisioneros, atados entre ellos con una cuerda por el cuello, desembarcaron. Se sentían intranquilos y buscaron rápido los pasos de Occidente. En el bosque pronto caerían las sombras y con ellas llegaría el horror. Un desgarrador grito despertó a Empusa, que abrió los ojos y se giró hacia el hombre que gritaba. El cuerpo del desdichado, extendido sobre una gran piedra plana, al lado de una hoguera, estaba sujeto por las muñecas y tobillos. Sus ojos se cruzaban con los de ella, que miraba perpleja, tratando de recordar. La joven quiso levantarse. Entonces se percató que tenía las manos anudadas y el cuerpo preso al tronco de un pino. En otros árboles se hallaban más personas atadas. Miró de nuevo hacia aquel hombre y vio su cara desencajada; estaba siendo desmembrado vivo y de un golpe, le cortaron la cabeza. Sin inmutarse, Empusa fue testigo de cómo extraían el cerebro y lo cortaban en tacos para colocarlos sobre la caliente piedra envueltos en laurel y tomillo. Pasó el tiempo observando como aquel desgraciado era fileteado como una res y devorado ávidamente.

Dos de los inhumanos se acercaron a ella, tiraron de su pelo hacia atrás y observaron su rostro. Hablaron entre ellos ante la mirada atónita de Empusa, que nada entendió. El más robusto sacó una daga del cinto y cortó la cuerda, la alzó y le golpeó las nalgas con la palma de su mano, emitiendo un sonido de apetitoso gusto. Acto seguido estiró los brazos de la joven y la cargó sobre la espalda; caminando hacia la piedra caliente, aguantó los inútiles contorneos de su presa. La joven reina se vio rodeada de personajes que la miraban sonrientes, mientras otros limpiaban vísceras de aquel altar improvisado, preparándolo para un nuevo sacrificio.

El inhumano la descargó junto a la hoguera como si fuera una cierva. La alzaron sobre la piedra, sujetada de brazos y piernas, y fue desposeída de los jirones que cubrían su castigado

cuerpo. Desesperada, intentó gritar su rabia. Pero de su boca solo salía un penoso ronquido, acompañado de silbidos, mientras veía cómo se izaba sobre su vientre la daga que acabaría con su vida. De pronto, tembló la tierra con un estremecedor bramido y un fogonazo iluminó la noche. Muchos cayeron, quedando desconcertados, envueltos en un intenso olor a azufre.

Empusa vio aparecer dos jinetes: una anciana de cabello blanco y un joven con una jabalina al aire. El venablo pasó por encima de ella, veloz, y atravesó el pecho del hombre que alzaba la daga. Los inhumanos se lanzaron sobre ellos armados con sus hachas. La anciana descabalgó y extendió su mano mientras golpeaba en el suelo con su bastón, desatando una explosión que lanzó por los aires a sus atacantes. Luego extendió los brazos al aire y emitió un poderoso grito de guerra. Un áurea anaranjada de borde rojizo, como fuego, se desató a su alrededor y los inhumanos corrieron hacia el interior del bosque cual alma que huye de mil demonios.

Íbero se acercó a Empusa y la alejó en brazos de la gran piedra de sacrificios. La depositó con cuidado sobre un manto de hierba y cubrió su cuerpo desnudo con una capa. Ella sintió una caricia en la cara y le miró con desconfianza, aunque sabía que su suerte había cambiado.

—¡Europa! Esta muchacha te necesita —dijo Íbero haciéndole gestos con el brazo.

La anciana se acercó junto a ellos. Puso la mano sobre la frente de Empusa y la observó detenidamente. De pronto, la joven abrió los ojos y Europa se sobrecogió.

—¿La conoces? —preguntó el joven leñador.

—No. Pero su alma no es pura. En sus ojos habitan los demonios de la noche. Libera a los demás, a ella déjala morir —contestó la vieja Europa.

Íbero se quedó perplejo ante aquellas palabras tan contundentes. Limpió la cara de la joven, la acomodó entre sus brazos, para que se sintiera segura, y la miró a los ojos, donde solo vio una belleza infinita que le recordaba a su amada Imperia. Y le acarició la cara, sus cabellos.

La muchacha abrió los labios, se acurrucó en él y un pequeño jadeo salió de su interior.

—Tranquilízate, te pondrás bien. Yo cuidaré de ti —susurró Íbero.

Europa hizo un gesto de contradicción y se arrodilló junto a ellos.

—Tu noble corazón te impide ver con la debida razón. Pero cumpliré tu deseo. Ahora libera a los presos, antes de que esos devoradores de hombres regresen, quién sabe si juntarán el valor necesario y no tengo más azufre que reventar.

Íbero acomodó a la muchacha contra el tronco y se apresuró a desatar a los presos.

—No sé quién eres. Pero en mi interior siento tu esencia maldita, oculta bajo tu belleza —gruñó la vieja Europa, dirigiéndose a Empusa en voz baja, mientras comenzaba a limpiar sus heridas—. El odio te domina. Espero que el corazón de Íbero sea lo suficientemente grande como para latir también por el tuyo.

***

Ainia observaba con detenimiento batallar a los aqueos, aquellos que llevaban las cabezas de las reinas en su poder. Había galopado veloz tras sus huellas. Aun así había tardado dos jornadas en darles alcance, cerca del río Amarillo. Ahora, el día se agotaba y los soldados se encontraban luchando por sus vidas. Habían sido sorprendidos cruzando el caudal del río. En el agua, con los pesados carros y sus corazas de bronce, eran presa fácil para la Loba. Sin piedad, las valerosas mujeres descargaron sus dardos matando hombres y caballos, solo tres resistían, heridos, entre los carros, con sus lanzas azuzando el aire y cubiertos con escudos.

Equidna y Antianira cabalgaron hasta la orilla y vieron flotar en el agua los saquillos del horror anudados entre ellos por una cuerda, junto al cadáver de un lancero. Los aqueos las observaban entre los huecos de los carros, sin salir de su cubierta de bronce y madera.

—Llevároslas, no las queremos —exclamó uno de ellos, tratando salvar la vida.

Equidna avanzó por el agua con su caballo, descabalgó a unos pies de los temerosos hombres y sus miradas se cruzaron dando paso a una tregua no acordada. Recogió los sacos de muerte y los cargó en su caballo. Acto seguido, se volvió hacia los aqueos.

—No hemos venido a por estas cabezas, sino a por las vuestras —le contestó la capitana. Luego se irguió sobre su caballo y se alejó al trote lanzándoles una mirada de muerte.

Decidida a acabar con ellos, Ainia observaba a los aqueos que esperaban su última batalla, maldiciéndolas. Y comenzó su trote marcial. Pero entonces, la Loba dio un paso atrás.

Un grupo de veinte aqueos con largas lanzas apareció al otro lado de la orilla, bajando por una loma. El característico sonido del bronce en marcha empezó a llegar hasta ellas con fuerza. Cientos de soldados avanzaban sobre la colina y tras ellos, miles de lanceros.

Ainia observó perpleja el inesperado ejército, mientras los tres guerreros enarbolaban sus lanzas y gritaban esperanzados tras el carro vencido. Apretó los dientes y armó su arco, tensó una saeta y la liberó contra uno de los guerreros, que exaltado ante la proximidad de los suyos había relajado sus defensas. Su cuerpo muerto se desplomó. La avanzadilla aquea corrió hacia ellas con las lanzas prestas, gritando. Las lobas se alejaron al galope, llevándose consigo los dos saquillos.

La oscuridad envolvió la noche. Pero no aquel lugar, el poderoso ejército de Clearco, el León de Micenas, descansaba de su marcha. Miles de hogueras alumbraban la orilla del río.

—Mi señor, cumplido nuestro cometido —aseguró en la tienda del comandante aqueo uno de los soldados que sobrevivieron al ataque de Ainia—. La caravana fue asaltada y en nuestras manos disponíamos de las cabezas encomendadas. En este río fuimos alcanzados en una emboscada de varoniles mujeres. Se llevaron las dos cabezas y las vidas de nuestros hombres.

—Dime, valiente… ¿Estás seguro de haber cumplido con tu misión? ¿En verdad se hallan muertas? —se apresuró Iris en preguntar, posándose a la diestra de Clearco.

—Sí, mi señora. Mantis y Empusa fueron muertas por la chusma mercenaria. Lamento mucho no poder brindar en esta hora su tributo, pues las cabezas se llevaron esas bravas. Pero tened por bien cierto que muertas se hallan y que la caravana fue presa de los mercenarios.

Iris sonrió sin poder ocultar su satisfacción.

—¿Y el oro? —preguntó Clearco.

—Mi señor, bien oculto debe estar, pues antes de nuestra partida no lo hallaron.

—¡Es cuestión de tiempo que lo encuentren, debemos apresurarnos! —exclamó Iris.

—No podrán ir muy lejos con semejante carga, en unos días les cazaremos como ratas que son. Soldados, bien os habéis ganado gloria en vuestro cometido, los dioses os han guardado. Grande será la recompensa —apuntó Clearco a los dos guerreros, mostrándose satisfecho.

En la orilla contraria, alzada sobre un grandioso álamo, Ainia estudiaba el campamento.

—Es todo un ejército, quizás diez mil almas o más —aseguró Equidna inquieta, la cual permanecía en una rama más abajo.

—Nadie en estas tierras podrá hacerle frente. Pero me resulta extraño, aquí no hay riquezas que conquistar, este camino solo lleva al Desolado —apuntó Antianira, apostada al lado.

—¡A Tríbada! —exclamó Ainia.

—Morirían en el Desolado, nadie puede atravesarlo sin un destino cierto; y mucho menos una formación militar como esa —contestó Antianira con certeza.

—La sal ardiente se los tragará —apuntó Equidna.

Entonces salieron los dos hombres que había logrado salvar la vida, de la tienda de Clearco. Ainia vio también al general aqueo, resplandeciente con su coraza; y a Iris, que no dudó en besar a su amado. Entonces la Loba cerró los ojos con amarga expresión.

—Se dirigen a Tríbada y después, a Temiscira. Iris los guiará —aseguró con pena.

Capítulo 15

DESEMBARCO EN ANNIRA

La costa sur de Anatolia recibía la flota atlante ante el estupor de los habitantes de la población de Annira, la cual se agolpaba en el pequeño golfo que hacía de puerto. Las mujeres y los niños, vestido con pieles y harapos, salían huyendo. Los hombres, cubiertos con gruesas pieles y petos curtidos, corrían en busca de armas, temerosos ante tan imponentes naves.

Gadir observaba con preocupación desde su embarcación el movimiento que su inesperada llegada estaba provocando. No quería que los tomaran por crueles invasores.

Isis, la menor de las protegidas del viejo sacerdote Imhotep-Ptah, se situó a su lado vestida con una larga túnica blanca y portando una paloma blanca entre sus brazos.

—No te preocupes, noble Gadir. Les haré saber que somos gente de paz —dijo la joven. Luego anduvo hasta el extremo de la proa y soltó la paloma levantando los brazos con una gran sonrisa—. Aquí, mi noble señor, la paloma blanca es símbolo inequívoco de paz.

Así, atracaron rodeados de hombre curiosos que, todavía temerosos, se les acercaban para ayudar. Estuvieron todo el día organizándose y desembarcando los caballos, los víveres y las armas. Los lugareños les miraban como si fueran dioses, pues las destellantes corazas de bronce, bañadas en argéntea, oricalco y oro que mostraban los soldados atlantes, deslumbraban a todos. La noticia de su llegada recorrió el territorio en apenas unos tragos.

Gadir pronto recibió un emisario, si bien nada entendió.

—Nos habla del gran Lukka, el caudillo de esta tierra. Os da la bienvenida si sois portadores de paz y dice que es su deseo que esta noche asistáis al banquete que en vuestro honor preparará —le susurró Isis.

Gadir aceptó la invitación y alzó un campamento cerca de las naves, donde se preparaban los hombres para descansar. Decidió proseguir su viaje en dos días, para situarse bien en su camino y evitar el mareo de tierra que sufrían los soldados tras un mes de navegación.

Caída la noche, Gadir, Tarss y Senil acompañados por Isis y su hermana Maat, cenaron en la casa de aquel caudillo, que de gala humilde se vistió y organizó una gran cena con cabritos lechales y abundante vino. Se encontraban también valientes guerreros, nobles prohombres y afamados mercaderes. Todos hablaban y nada entendían los atlantes.

—Dicen que si vuestro camino es el norte, debéis temer la furia de los hijos de Zeus —tradujo Isis—. Aseguran que caravanas procedentes de todas partes tuvieron que volverse antes de llegar a Ilión, pues temían ser saqueadas.

—¡Aqueos! ¡Ah! —exclamó Tarss con desprecio.

—Pregúntale si sabe algo de mi amada Hipólita o de la reina Menalipa —dijo Gadir.

La joven, sentada sobre una de las rodillas de Tarss, preguntó al comerciante. Mientras, Maat permanecía en la otra rodilla del general atlante comiendo la carne exquisita de un lechal.

—Mi señor, me comenta que el norte es muy peligroso, pues miles de soldados aqueos están arrasando todo a su paso. De la divina Hipólita solo sabe las leyendas que acompañan los pasos que cruzan de Occidente a Oriente: que brava lucha y mucho mal causa.

—¿Y de Menalipa?

—Dice que deberíamos visitar la casa de Amohp. Un viejo pescador egipcio, que aunque lo niegue, todos saben que es espía del faraón.

Gadir miró a aquellos hombres que reían, sus cuerpos morenos eran esbeltos, de largos cabellos y barbas trenzadas; hombres salvajes que habían prosperado del comercio y pensó que pronto serían hombres sabios, civilizados. Giró su vista y siguió con interés cómo Senil reía con ellos sus gracias, sin decir nada, bebiendo sin parar. El caudillo Lukka profirió unas palabras y todos rieron con fuerza, incluso el viejo guía, mientras las dos muchachas quedaron con la cabeza baja, ruborizadas.

—Senil, ¿qué ha dicho ese hombre que tanta gracia hizo?

—Dice que gran ardor ha de poseer el general atlante para poder mantener contentas a tan hermosas mujeres, tan jóvenes, bellas y fogosas.

Las dos jóvenes egipcias miraron a Senil, al igual que Tarss y Gadir, que alzaron las cejas ante tal sorpresa. No por aquellas palabras, sino porque el viejo guía podía comprender.

—¡Soy feliz! —contestó Tarss con una sonora risotada.

A la mañana siguiente, el campamento se hallaba tomado por ganaderos, pescadores, agricultores, broncistas, alfareros… Acudían con la intención de abastecer a los semidioses recién llegados, que pagaban sus favores con oro. Se creó de la nada, alrededor de ellos, un mercado donde los atlantes se hacían de provisiones y caprichos.

Gadir marchó en compañía del viejo Senil y de las jóvenes egipcias en busca del hogar de Amohp, el pescador egipcio del que le habían hablado. Sentado en una vieja barca lo encontraron y una sonrisa sincera alumbró su cara al ver a Isis y Maat, y corrió a abrazarlas.

—Estate atento a cada palabra que este hombre pronuncie —ordenó Gadir a Senil.

Se saludaron y sentaron en unas sillas de lienzos rasgados, junto a una mesa de astilladas maderas. Todo allí hacía denotar la miseria en la que vivía aquel hombre. Parecía un desposeído, pues la casa cercana donde moraba, abandonada estaba.

—Os pide perdón, nada tiene que ofreceros. Pero se siente honrado con vuestra presencia —aseguró la joven egipcia tras escuchar sus primeras palabras.

—Pregúntale lo que deseo saber… Hipólita y Menalipa —le ordenó Gadir. Luego sacó de su cinturón un pequeño saquillo repleto de oro y lo posó en la mano temblorosa y curtida del egipcio, el cual dio por respuesta una mirada lánguida y lejana al mar. Miró a Isis, se acercó al viejo marinero, lo acompañó en su mirada y permaneció junto a él, esperando con la vista hundida en el horizonte azul.

—Es nuestro padre —confesó Isis consciente de que Senil entendería sus palabras.

Gadir ni se inmutó, siguió con la mirada perdida junto al egipcio.

—En otros tiempos fue un gran general —continuó la joven—. El faraón quiso hacernos sus concubinas, pero nuestro padre nos entregó antes al oráculo de Men-nefer; la compasión del sabio sacerdote, que nos dio protección y nombre divino, nos salvó. Como castigo mi padre fue desterrado. Imhotep-Ptah nos ordenó que os acompañáramos para saber, por ello viajan con nosotras las buchonas palomas; son nuestras mensajeras.

Gadir observó al viejo sabio y comprendió su tristeza, su miseria.

—¿Os quedaréis aquí con él? —preguntó a las dos jóvenes.

—No, Imhotep-Ptah tendría problemas con el faraón, pues si bien se halla a salvo de él, no de Nefertary, la Esposa de Dios. Debemos seguir con vosotros, seguir informando.

Tras su triste confesión, Isis se posó junto a su padre sin disimulo alguno y lo abrazó con fuerza. Maat la siguió consolando la pena de aquel viejo egipcio, acariciando su cabello lacio y besando su rostro quemado por el sol.

—Que nos siga al campamento, cuidaremos de él. Allí podremos hablar.

—Así se lo diré —apuntó Isis, agradecida.

—Y no es necesario que sigáis junto a Tarss. De igual modo nos acompañaréis, pues no he de faltar a tu sinceridad. Aunque es un hombre rudo, comprenderá vuestras acciones.

—¡No, mi señor! —exclamó Isis—. Nos gusta estar con el general Tarss, es una bendición de los dioses. Es tan cariñoso y delicado, tan noble. En nada nos falta y sabe amar. Quisiéramos que siguiera así, somos felices a su lado.

—¿Cariñoso y delicado? —se preguntó en voz baja Gadir, atónito. Acto seguido se echó hacia atrás con un gesto complaciente.

Las dos hermanas se acurrucaron junto a su padre y hablaron con él largo y tendido.

Dejándolas a solas con el anciano, Gadir se alejó tomando del hombro a Senil.

—¿Desde cuando entiendes la lengua de estos hombres salvajes? —le preguntó.

—Creo que… No recuerdo bien en que viaje, en mi juventud quedé en estas tierras por largo tiempo —respondió haciendo muecas raras, intentando recordar.

—Dime, anoche mucho hablaron aquellos hombres y poco nos contó nuestra joven amiga.

—Poco serio decían, mi señor. Reían dichosos de la gracia de nuestro oro; de todo pretenden vendernos a buen precio. Pero quisiera haceros saber la poca fe que tienen en nuestro regreso pues, por momentos, creo que se repartían nuestras naves.

—Mi señor —se acercó Isis—. Mi padre agradece tu generosidad. Pero prefiere quedarse aquí, no quiere poner en peligro nuestras vidas. Me hace saber que los hombres hablan en las posadas de las terribles batallas que se libran en los montes Pónticos, donde las hijas de la luna luchan sin tregua. Miles de aqueos corren feroces tras ellas. De la divina Hipólita, sabe que estuvo

en Ilión y que lucha con garra junto a la Loba. Y lo más terrible, mi señor: el faraón Ahmose ha muerto, hace tres días, nadie sabe cómo, unos dicen que atravesado por la saeta de Apolo, al desafiar a los dioses del Olimpo, y otros que fue envenenado.

—¿El faraón ha muerto? Una vida que se apaga siempre es una pena, mas en nada nos atañe y es el hombre que mantenía en pena a tu padre.

—Mi señor, ordenó su entierro en el Valle de los Reyes con sus riquezas y esposas.

Gadir quedó absorto por un momento.

—¿Y…?

—La reina Menalipa fue hecha esposa real del faraón apenas hace un mes.

Cerrando los ojos con un vuelco en su corazón, Gadir apretó su puño contra la frente.

—Cuando mi hermana y yo salimos de Men-nefer con la tarea de acompañaros, la reina Menalipa se encontraba en palacio bajo el cuidado del oráculo. Ahora no sé, posiblemente haya sido muerta y purificada para la ceremonia fúnebre o enterrada viva junto al cadáver del faraón.

—¿Nada podemos hacer? —preguntó Gadir, preocupado.

—Me temo que no, lo siento. Lo que tuvo que ser, ya fue o está siendo ahora sin duda.

—¡Por todos los dioses! ¡Algo podremos hacer! —exclamó alzándose con las manos sobre la nuca, mirándola como buscando una respuesta que no encontró.

En la opulenta Men-nefer, el sabio Imhotep-Ptah corría por las dependencias del palacio en busca de la Esposa de Dios, la gran Nefertary. Mientras, en los pasillos que llevaban a las dependencias de Menalipa, una guardia de seis lanceros a las órdenes de Onais, general de la confianza del faraón Ahmose, avanzaba firme con una gran espada en su mano.

—Divina Esposa de Dios, atender mi ruego —rogó Imhotep-Ptah.

—Te escucho. ¿Qué prisas os traen hasta mí rogando, tú que eres sabio y prudente? —le preguntó la divina Nefertary. Una mujer de profundos rasgos, largo pelo negro acicalado en oro y altiva presencia. No en vano era diosa que adorar y obedecer.

—Ya os hablé de Gadir, el rey venido de Occidente y de su gran gesta. En su nombre y en el mío, por favor: liberad a la reina Menalipa. Muerto Ahmose, no tiene sentido su sacrificio.

—Es esposa del faraón, debe viajar con él —sentenció la divina mujer, de modo preciso, asombrada en cierta manera por la insistencia del sumo sacerdote.

—Mi amada Nefertary, sabes tan bien como yo que nunca se consumó la unión y eres consciente de la nobleza del corazón de esa mujer y lo trágica de su llegada a esta tierra.

—Fue expreso deseo del faraón, mi hijo, en el lecho de muerte, que esa mujer, Menalipa, le acompañase en su camino de dioses en el más allá. Mucho me pides sabio Imhotep-Ptah.

—¡Madre, libera a Menalipa, te lo suplico como hijo antes que exigírtelo como faraón! —dijo el niño que un día fue salvado de las fauces del cocodrilo por Gadir, apareciendo vestido de linajes preciosos—. Ese hombre me devolvió a la vida, en deuda quedé y un faraón no puede andar con tal carga. Amenofis I quiere que sea esa su primera voluntad como dios del Imperio Nuevo de Egipto.

—Es tarde, Onais ya fue a por su vida —aseguró Nefertary.

Ajenos a aquellas palabras, el general egipcio tumbó la puerta de la estancia de Menalipa.

—¿Cómo te atreves? ¿Qué nueva burla significa esta? —preguntó ella exigiendo respuestas.

—¡Llegó tu hora, arrodíllate! —exclamó Onais por respuesta, espada en mano.

El pequeño Amenofis corría por los pasillos, tras él quedaba el sabio sacerdote ordenando, desesperado, a la guardia que acompañara a joven faraón. Pero lejos se hallaban para impedir la fatalidad que se cernía sobre la reina hecha presa.

—¡No esperes que te entregue mi cuello, tendrás que venir por él! —espetó Menalipa.

Onais hizo un gesto con su cabeza y la guardia atacó. Ágil como una gacela, Menalipa saltó esquivando el lance y, girándose en el aire, dio fuerte en el cuello de uno de los soldados, al que le cayó la lanza de las manos, y fue a recogerla, pero Onais le pisó la mano y la golpeó en el vientre.

Mientras, el joven faraón giraba veloz el recodo del largo pasillo que le acercaba a las estancias de Menalipa, tras él seis lanceros le seguían.

—¡Alto, deteneos! —gritó al ver a la guardia alzar el cuerpo de Menalipa.

Onais le miró desafiante. Sin hacer caso a las palabras del pequeño faraón, el rudo general estiró su cuello al aire tragando saliva, tomó fuertemente el cabello de Menalipa y alzó su espada.

—¡Viajarás con el faraón, pues tu vida le prometí y me aseguraré de ello! —exclamó.

—¡Nooo! —gritó el muchacho.

—Muere —susurró Onais.

Un gran rugido hizo retumbar las paredes de la estancia hecha cárcel, paralizando el momento. Los barrotes del ventanal se quebraron como espigas con un fuerte zarpazo que los destrozó por completo. Onais y sus guerreros quedaron sobrecogidos. Un enorme felino entró de un salto y volvió a rugir con furia, mostrando sus poderosos colmillos.

Todos quedaron horrorizados, excepto Menalipa.

—¿Therio? —preguntó exhalando un susurro bendito.

La bestia saltó sobre Onais partiéndole el cuello, después lo levantó al aire haciendo presa en su vientre. Cerrando la boca, crujió aquel cuerpo y los intestinos brotaron cayendo de sus fauces mientras fijaba sus almendrados ojos sobre la guardia. Dando un tremendo rugido, cayó sobre ellos y los despedazó con sus poderosas garras y a mordiscos.

El joven faraón quedó mudo escuchando el horror que acontecía en la habitación. A tres pies de la puerta, retrocedió un paso, sin atreverse a mover un músculo. De pronto se hizo el silencio, nada se oía, y avanzó lentamente, tragando saliva. Con temor entró en la estancia.

—Eres libre, el faraón Amenofis I y Nefertary, la Esposa de Dios, te bendicen en este día que te devuelven la libertad —dijo entre temblores, con los ojos abiertos sobremanera, ante los cuerpos desmembrados de la guardia de Onais, mirando fijamente a Menalipa y al formidable animal que volvía con un escueto gruñido su vista felina sobre él.

El dientes de sable se acercó al joven faraón y posó el hocico en su frente. El muchacho apretó los dientes y las manos, permaneciendo en pie, valiente ante el aliento de la bestia.

—Gracias mi querido Amenofis, serás un gran faraón —contestó Menalipa y acercándose a él, le puso la mano en el hombro y le besó en la frente. Luego se volvió y corrió hacia la libertad saliendo por la ventana astillada.

La bestia dio un poderoso rugido y la siguió con un ágil salto.

La guardia entró rápidamente, junto al sumo sacerdote que, sobresaltados ante la matanza, cubrieron con sus armas enseguida al joven faraón. Imhotep-Ptah se asomó al ventanal quebrado, nada vio y volviendo la mirada hacia la carnicería, comprobó que Menalipa no se hallaba allí.

—Mi señor, ¿te encuentras bien? —preguntó el anciano.

—Sí… sí… —tartamudeó el joven Amenofis.

—¿Qué fue de la reina Menalipa?

—Es libre —acertó a decir.

Los guardias se asomaron por el ventanal y la divina Nefertary apareció en esos momentos. Conmovida y sin saber lo ocurrido, tomó a su hijo de la mano, lo abrazó y comprobó que se hallaba bien. Luego observó la matanza y se asomó al ventanal.

—Mi señora, la capturaremos, no irá muy lejos —aseguró el capitán de la guardia.

—Dejadla ir, libre es. Madre, que se cumpla mi voluntad y nadie ose hacerle mal alguno —ordenó el joven faraón.

—Ya habéis oído, Menalipa es una mujer libre —aseguró Nefertary a su capitán.

El pequeño y su madre salieron de la habitación, acompañados por el sumo sacerdote.

—¿Has visto lo ocurrido? —preguntó Nefertary llevándolo hacia su regazo.

—Madre, Onais me desobedeció, quiso acabar con ella contra mi voluntad. Entonces, un dios poderoso, pavoroso, apareció de la nada imponiendo mi voluntad, salvando la vida de la bondadosa Menalipa y sembrando atroz muerte. Se acercó hasta posar su rostro frente a mi cara y noté su cálido aliento, el olor a sangre de sus fauces, su terrible poder. Pudo matarme y no lo hizo. Marchó con ella. Madre, ¡ese dios me respetó como faraón e hizo imperar mi voluntad!

Capítulo 16

EL CAMPAMENTO DEL PONTO

En los cerros de los montes Pónticos, al amparo de un enorme cortado, se encontraba el campamento de las hijas de la luna. Entre el crepitar de las hogueras y los decires de la cena, Andrea y numerosas mujeres descansaban y se alimentaban con salvajina: cierva, corzo y jabalí.

—Mi señora, ¡ya están aquí! —exclamó la guardia.

Andrea volvió la vista deseosa de saber de Ainia. Su sorpresa fue enorme, quedó extasiada cuando apareció Hipólita montada sobre Zaino. Al lado cabalgaba Laomedonte, con su brazo y pecho vendado, junto a la guardia teucra. Antíope, Sarko, Imperia y parte de las lobas de Ainia les seguían sobre sus monturas. Les acompañaban varios esclavos hechos libres de la desafortunada caravana. Y la temida Deyarina, la cual extendió el recelo de inmediato entre todas las lobas.

Hipólita descabalgó y pasó ante Andrea, ignorándola, dejándola atrás ante su desconsuelo. Observó el campamento y el pequeño ejército que lo habitaba como si fuera una aldea. Paró en su camino y volvió su rostro.

—¿Andrea? ¿Eres tú?

Ella sintió volcarse su corazón, ruborizándose con una elocuente sonrisa y una lágrima. Hipólita se acercó y la abrazó ante su sorpresa, acariciándole el cabello y besando sus mejillas. Andrea se sintió desfallecer y se abrazó con fuerza, notando el calor de su cuerpo, la ternura de su tacto y el suave perfume que la envolvía, y una sensación indescriptible de felicidad le recorrió el alma y de su boca salió su nombre suavemente —Hipólita— como un leve susurro de amor.

Las mujeres del campamento comenzaron a rodearla y quedaron en silencio, observando aquella leyenda viva que era divina.

—Hipólita, hija de Armonía y Ares se halla entre nosotras, pronto cabalgaremos sobre Lesbos, Tríbada y Temiscira y reinará la paz de nuevo entre las hijas de la luna —espetó con fuerza Imperia, arengando a las que no paraban de acercarse para contemplar de cerca a la divina reina, protagonista de cientos de cantares, dichos y leyendas.

—Andrea, mi fiel amiga, he cruzado el mundo ante las tristes palabras de Imperia. Espero llegar a tiempo y que mi presencia pueda servir —dijo Hipólita.

—Mi señora, merece la pena esperar una vida para sentiros como yo os he sentido —le contestó Andrea, separándose con notable júbilo.

Hipólita la miró sin querer entender, agradeciendo sus palabras con una sincera sonrisa. Andrea vio a Sarko y se abrazó también a él. Acto seguido miró a su alrededor, buscando.

—¿Y Ainia? —preguntó.

—No te preocupes, está de caza; pronto regresará —le contestó Imperia y la besó.

La noche continuó con gran expectación y se preparó abundante cena para las recién llegadas. Hubo baile a la luz de las hogueras al ritmo de una vieja arpa, una doble flauta y el sonido de dos troncos huecos con piel tensa de cierva. Todas se hallaban con ganas, incluso las heridas parecían sanar, pues el destino les sonreía con la presencia de la divina Hipólita.

Solo Imperia se hallaba triste, apartada de todos. Bajando la cabeza, se alejó hasta un saliente desde el que se dominaba el lejano valle.

—¿A dónde vas? ¿No quieres gozar de la noche? —le preguntó Sarko, viendo su pena.

—Mi querido amigo, en verdad no encuentro consuelo y solo deseo descansar.

—¿Recuerdas la noche en que se hundió Atlas? Eras muy niña. Pero sé que tus mientes no olvidan: Menalipa y yo corrimos cargando contigo y con Andrea, la ciudad ardía y la tierra se estremecía arrastrada por el mar. Esa noche perdí a mi amada Mariska. Nunca la olvidaré.

—Siento que Mariska muriera. Fui consciente, mas no pude comprender tu dolor hasta el día en que yo supe lo que es el amor y lo perdí. Dime ¿cómo hallaste consuelo para tanta pena?

—No lo hallé, ni busco hallarlo. Cada día me alzo con su aroma en mi cuerpo y cada noche mis sueños traen a Mariska hasta mi corazón. Sus hijas son mis hijas, así las quiero y a ella la recuerdo. Aprendí a vivir con el ayer y la felicidad de su sonrisa, pero sabiendo que hay un mañana. No puedes dejar que los recuerdos te consuman. Eres joven y sin duda la vida te volverá a sonreír con un gran amor —le aseguró Sarko visiblemente emocionado por el recuerdo.

Imperia le miró piadosa, con ternura.

—A ti también te sonreirá —aseguró.

El viejo exhaló una pequeña risa y le acarició su larga melena.

—Sí, por supuesto… ¡Todavía soy joven! —exclamó Sarko.

***

A la luz de la luna, un esquivo corzo se alejaba del arroyo al que había ido a saciar su sed. Regresaba a la seguridad del claroscuro, monte arriba. De pronto, al esquivar un frondoso arbusto, Íbero surgió a contraviento, hundiendo una jabalina en el costado del animal.

—¡Traigo carne! —exclamó ante la vieja Europa y la joven Empusa, con el corzo a cuestas, las cuales se hallaban en un resguardo rocoso cerca de una aldea donde apenas había labranza ni ganado ni se veían soldados—. ¿Cómo se encuentra nuestra invitada?

—Abrió los ojos, mas nada dice, muda parece —aseguró Europa—. Ha mejorado de sus heridas, mañana podremos seguir nuestro camino. La dejaremos al cuidado de esa gente.

Empusa permanecía en silencio, mirándoles con desconfianza. La hoja de la Parca anduvo cerca de su alma, llegó a creer que se hallaba muerta. Pero estaba viva, aquella anciana y el atractivo joven que la acompañaba la habían salvado. Sin embargo, más que pensar en agradecer su suerte, veía en el muchacho momentos de lujuria sangrienta y en la vieja, una carga que eliminar. Trató de levantarse. No pudo, todavía se encontraba débil. Íbero corrió a ayudarla y la acompañó con una sonrisa, acariciando su corta melena rubia.

Europa bostezó hambrienta, como desinteresada, aunque pendiente de todo.

—¡Te arrepentirás de no haber dejado que muriera! —exclamó la anciana.

—No le hagas caso, siempre se está quejando de todo. Divina ella, os arrancó de las garras de la Parca… Es buena persona —aseguró Íbero.

—¿Buena persona? ¿Yo? —susurró Europa con la mirada desquiciada.

—Pero dinos, ¿quién eres? —preguntó el joven posando los ojos en la desconocida.

Empusa volvió la mirada envuelta en un halo de misterio. Entendía algunas palabras, no todas. Aunque sí el contexto. Y miró hacia la hoguera, ignorándole.

—No quieres decir nada, debiste pasarlo muy mal con esos inhumanos. Perdona, descansa. Hablaremos cuando te encuentres mejor. ¡Pretendían devorarte y aquí estoy yo, molestándote con mis preguntas! ¡Quién sabe qué penas habrás tenido que pasar tú que de todo eres inocente! Pero no temas, nosotros guardaremos tu suerte —aseguró Íbero acariciando su flequillo hacia atrás, con un gesto de cariño desconocido para ella.

La guerrera levantó la vista, seria ante las palabras y el extraño pensar del joven. No le miró con apetito voraz, sino con un interés que le hizo sentirse mujer. Esa noche volvió a comer carne por su propia mano, bajo la atenta mirada de Europa y las alegres palabras de Íbero.

—Toma, prueba esta pieza, está sabrosísima. La he preparado para ti —le dijo ofreciéndole una tira de carne adobada con aceite, setas, tomillo y laurel.

Ella volvió a ignorarle y tomó por sí sola un trozo del costillar asado.

—¡Desagradecida! Si no hubiera sido por él, pasto de gusanos serías —espetó Europa, liberando al aire sus huesudos brazos y clavando sus diminutos ojos en ella.

Empusa se dio por aludida y le lanzó una mirada inquisitiva.

—¡Te ha entendido! ¡Seguro! —dijo Íbero al ver la reacción de la muchacha.

La joven miró a la anciana como si quisiera arrancarle el alma. Luego se mostró tierna con Íbero y tomó de su mano la pieza que le había ofrecido. El olor de aquella jugosa carne era tentador y la mirada humilde de Íbero le turbaba la razón. Y la probó, degustando su delicioso sabor. El muchacho se mostró satisfecho y preparó otra tira de carne, adobándola de nuevo en la deliciosa salsa de setas. Sonrió a Europa que, desconfiada, no apartaba la mirada de la extraña.

Los graznidos de los cuervos anunciaron la llegada del nuevo día. Empusa se sintió de nuevo fuerte y salió del resguardo con los primeros rayos del sol. Íbero preparaba los caballos; a su lado, sentada en una roca estaba la joven Europa. Ambas se miraron fijamente. Empusa no la reconocía, pues solo sabía de la vieja que bien la había tratado y mal murmuraba de ella. Pero sí distinguió sus prendas verdes, el bastón de madera y esa mirada divina, ciertamente perversa. Y quedó perpleja, pensando que la razón le había fallado en su delirio.

Íbero se percató de la sorpresa de la desconocida al ver a Europa joven, en vez de vieja. Pero calló, actuando como si nada extraño aconteciera.

—¿Estás preparada? Marchemos pues, ya hablé con la gente de esa aldea. Es humilde y de corazón, con agrado se prestan a cuidar de nuestra amiga —aseguró Europa.

—Allí estarás a salvo y podrás recuperarte bien —aseguró Íbero dirigiéndose a Empusa.

Por un momento la joven vaciló, no quería quedarse allí.

—¡Vamos, queda mucho camino hasta dar con Hipólita y las hijas de la luna! —exclamó Europa izándose sobre su caballo.

Esas palabras entraron en la mente de Empusa como fuego vivo.

—¿Hipólita? —se preguntó en silencio.

Salieron del bosque en dirección a la aldea donde habían concertado la estancia de Empusa. Apenas una treintena de personas la habitaba, la mayoría personas mayores, algunos jóvenes y pocos niños; todos desarrapados y de aspecto sucio, cansado. Empusa, recelosa, observó el interior de una casa de barro y troncos. Vio dos camastros corroídos por el tiempo y las ratas, algunas pieles colgando de las paredes y una sucia mesa.

Íbero le ofreció un saquillo de oro a una mujer de carnes generosas y nariz chata, que miraba a la joven con cierta sorna. Junto a ella se encontraba un hombre de aspecto fuerte, mayor y de estirada faz barbuda, sin apenas dientes y que le guiñó un ojo de forma pícara.

—Aquí estarás a salvo —le dijo el joven leñador—. Si los dioses no me acogen en su seno, tras la batalla, volveré a por ti.

Empusa volvió su mirada hacia todas partes. Habían algunas gallinas y una sola cabra. Tres niños correteaban gritando en unas callejuelas embarradas, junto a las casas que parecían que no podrían resistir las próximas lluvias. Una muchacha llegaba sudando, cargada a lomos con un enorme fajo de leña. Dos hombres de aspecto salvaje arrastraban un jabalí, portando un venablo astillado y un hacha de piedra. No, aquel no era hogar para ella. La joven pensó en salir de allí de inmediato. Desesperada, agarró la mano de Íbero y negó con la cabeza una y otra vez. Trató de hablar. Pero de su boca solo salían pequeños silbidos y roncos sonidos.

—¡Quiere hablar! —expuso Íbero al notar la fuerza con que atenazaba su mano—. Pero es muda en verdad. Es eso. Por ello no hablaba. ¡Es muda! ¿Qué querrá decirnos?

—No quiere que la dejemos aquí, es su deseo acompañarnos. No es tan difícil entender a una mujer, muda o no —apuntó Europa con certeza.

Empusa asintió varias veces, de forma rápida, con la cabeza y las manos.

—No puede ser. A guerrear marcho al campo de batalla y ese no es lugar para una joven inocente como tú. Es algo horrible que no puede más que traerte pena.

La joven rechinó los dientes y decidió demostra quién era. Pero su ira se vio frenada, pues Íbero se acercó, la besó en la mejilla y la abrazó con una delicadeza desconocida para ella. Quedó desconcertada, en su estómago notó una sensación extraña y su corazón latió con fuerza.

Europa e Íbero se alejaron al trote, dejando atrás a Empusa. La cual quedó inquieta y perpleja ante el calor de ese beso de amor, de esa caricia noble, de ese abrazo sincero.

El golpe de una fuerte palmada en sus posaderas la hizo reaccionar.

—Toma este pozal y corre con las demás. Hay que recolectar la miel antes de que el oso nos deje sin nada —le ordenó el hombre sin dientes, sin desviar la mirada de sus pechos y rascándose la entrepierna—. Apresura la marcha, aquí se ha de ganar el pan de cada día y aún tienes que limpiar el establo y lechear la cabra y buen calor me has de dar.

Empusa apretó los dientes conforme la ira comenzaba a consumirla y, de un golpe con el puño en el mentón, lo dejó traspuesto en tierra. Y con un gruñido, salió corriendo.

A lo lejos, perdida de vista la aldea, rozando el mediodía, dos figuras a caballo se confundían con las sombras entre el matorral y los cedros gigantes.

—Si sobrevives a tu guerra, ¿piensas regresar a por ella para llevarla a Occidente o fue todo una mentira piadosa? —preguntó Europa.

—Sí. Si los dioses me protegen volveré a mi hogar en las Montañas Sagradas de Pyrene, con ella. Pobre desdichada, tanto sufrimiento ha pasado que… ¡muda quedó! Sus ojos parecen tan limpios como su alma. Me recuerda a mi amada Imperia, merece una nueva vida.

—¿No querías morir bravo en la batalla para reunirte con ella?

—Si ha de ser, así será. Pero si mi alma no colma el deseo de los dioses, volveré a mi tierra y la haré mi compañera. Si no he de estar con Imperia, presa de la Parca, protegeré y amaré a esa joven y a su tierna inocencia. Me necesita, lo he visto en su mirada.

—¿Inocencia? Hum, su mirada es turbia como el barro ensangrentado, no entiendo qué puedes ver en ella. ¿Ni su nombre sabes y piensas será buena compañera? Me sorprendes, rechazaste mi amor divino y ahora te fijas en esa joven mortal… ¡Te gusta en verdad!

—Me recuerda a Imperia…

—Pues si te gusta y piensas regresar con ella, ¿para qué ir a batallar, donde puedes morir? No entiendo a los dioses… Pero menos a los hombres —insistió Europa.

Un agotado silbido les alertó. Tras ellos, en la lejanía, corriendo entre bocanadas de aire y roncos silbidos, cruzando el valle que la llevaba hasta el bosque, Empusa se acercaba veloz.

—No ha aguantado mucho tu bella doncella entre hombres salvajes —sonrió Europa.

—Está dispuesta a seguirnos a pesar de saber que marchamos a la batalla —dijo Íbero.

—Regresa a tu tierra con ella, es buen premio a tu valor —comentó Europa.

—No. Imperia me espera al otro lado de la vida, los dioses decidirán —respondió el joven escuetamente, sin apartar la vista de Empusa.

—Íbero, al otro lado de la vida solo hay muerte.

Europa, Empusa e Íbero cruzaron el estrecho que separaba dos mundos, llegaban a los bosques de Anatolia, la tierra de las hijas de la luna. La marcha siguió durante todo el día y mientras se acercaban cada vez más a su destino, entre Empusa e Íbero crecía una atracción sincera que les mantenía siempre juntos. Un sentimiento de amor frenado por el recuerdo de su amada Imperia, se apoderaba de Íbero con la mirada inocente de aquella muchacha muda.

—Voy a abrevar a los caballos, al tiempo me daré un baño antes de que caiga la helada de la noche —apuntó Íbero tras acampar y degustar una exigua cena.

Empusa, mientras recogía ramas para avivar la hoguera, observó los pasos del joven.

—Ve con él, no te necesito. Ya me apaño con el fuego —dijo Europa, pícara.

Empusa siguió a Íbero, que llegó hasta una balsa tirando de las riendas de los tres caballos. Luego le vio desvestirse y estudió el hermoso cuerpo del joven, su ancha espalda y las numerosas cicatrices que lo cubrían. Le siguió con la mirada, con una expresión atónita de deseo, mientras se introducía en el agua. Rápidamente se desnudó y se lanzó al agua, sumergiéndose.

Íbero se volvió, alertado por el inesperado chapuzón. Empusa surgió de ante él, lanzándole un golpe de agua a la cara, riendo entre silbidos. Saltó sobre su espalda y el joven se dejó caer hacia atrás. El agua les cubrió por completo durante unos momentos, hasta que la superficie rompió de nuevo con sus cuerpos emergiendo, entre juegos que levantaban el deseo. Acabaron abrazados en un recodo de la balsa, entre caricias encendidas que acabaron con un dulce beso.

—Flor de Invierno te llamaré, pues eres tan hermosa como la más colorida de las flores y nunca marchita tu belleza. ¿Te gusta? —le preguntó Íbero retirándole el pelo mojado de la cara.

Empusa asintió por varias veces, dejándose querer.

—Se hace tarde, Europa nos estará esperando —dijo Íbero mirando cómo caía la noche.

Empusa irguió la cara hacia él y deseosa, negó con la cabeza, con una sonrisa cómplice y un melódico silbido. Pero Íbero tenía en su mente a Imperia, recordaba amargamente cuando ambos estaban en el arroyo y fueron brutalmente asaltados. Y temió que alguien les acechara.

—Vamos, estas tierras no son seguras —insistió y salió de la balsa. Después se vistió bajo la asombrada mirada de Empusa, que no comprendía a aquel muchacho que le brindaba cariño y rechazaba sus caricias. Íbero tomó las riendas de los caballos y se dirigió al campamento.

Empusa se vistió y le siguió rápidamente, con cierta rabia y el orgullo herido.

—¡Me teníais preocupada! —exclamó la vieja Europa, alzando al aire sus temblorosos brazos y agitando el bastón al verles llegar.

Empusa quedó de piedra al ver a la vieja Europa y sus prendas. Pero esta vez fue ella quien actuó como si nada aconteciera. Si bien, al poco, no pudo evitar mirarla por repetidas veces y lanzar un mirada furtiva alrededor en busca de la joven Europa.

No tardaron en acomodarse, la fatiga del viaje reclamaba descanso. Avanzada la noche, Europa observó cómo la joven muda se levantaba y se acercaba a Íbero, acostándose junto a él, cubriéndose con la gruesa manta, y les vio rozar los labios hasta quedar dormidos.

—Mi joven leñador, buenas sorpresas te aguardan que no he de perderme —susurró con una sonrisa casi malvada, antes de darse media vuelta y abandonarse a los brazos de Morfeo.

Capítulo 17

EL HORROR AQUEO

Entre nubes escarlatas, las confiadas chovas que merodeaban el campamento de las hijas de la luna levantaron el vuelo en desbandada, espantadas por un grupo de guerreras que rompía la paz del amanecer. Les acompañaban dos teucros de la guardia del rey Ilio. Cruzaron sin hacer alto ante las demás lobas que, inquietas, observaban el paso acelerado de las caballerizas entre las tiendas de cueros en busca de Hipólita y Andrea.

—¿Y Ainia? —preguntó de inmediato Andrea, preocupada.

—Mi señora, nada sabemos de Ainia, pues no se la ve regresar. Apresamos a estos machos cruzando los valles del Ponto, teucros son. No ofrecieron resistencia alguna, insisten en hablar con la divina Hipólita, dicen ser portadores de nuevas urgentes —apuntó con premura una de ellas, dirigiendo la vista sobre la divina reina.

—Que el príncipe Laomedonte sea llamado ante mi presencia. Si teucros son, seguro es nueva de su incumbencia —dijo Hipólita.

Los dos teucros, temerosos de la divina reina, se postraron a sus pies de inmediato.

—Alzaos y refrescad vuestra sed, fatigados se os ve —les dijo a la par que Sarko les ofrecía un cuenco de jugos silvestres a cada uno.

Los hombres bebieron, mirando a las valientes mujeres que fijaban sus ojos en ellos. Poco tardó en llegar el príncipe, apresurado, junto a Imperia que andaba cuidando de su herida.

—¡Alteza, las tierras de Ilión están siendo saqueadas! —exclamó uno de ellos dirigiéndose al príncipe—. El rey Ilio os ruega que regreséis con premura a la bien amurallada Ilión.

—¡Por Zeus! ¿Están bien mis amados padres? —preguntó el príncipe, asustado.

—Y para la divina reina de las hijas de la luna, este es mi mensaje expresado por boca de mi reina Eurídice: "Tú que también eres madre, deja marchar en libertad a mi amado hijo, ese es mi ruego" —continuó el soldado teucro.

Hipólita dio dos pasos alrededor de los soldados, bajo la atenta mirada de Andrea; y se posó frente al que permanecía callado, que con temblores y sudor en su frente la miraba.

—Dime, teucro, ¿qué temes?

El hombre cruzó sus ojos con los de ella, sin poder aguantar su firme mirada.

—Mi señora, bien sabemos de vuestra gracia y poder. El rey Ilio nos ordenó regresar con el príncipe Laomedonte o perdernos lejos de su ira. Es nuestro temor que no permitas su regreso y que perdamos la cabeza —contestó su compañero.

—¡Yo no estoy preso! Aquí estoy por mi voluntad, orgulloso de servir a la divina Hipólita y a su causa justa —exclamó el joven príncipe—. Decidme más, necesito saber.

—Cientos de naves llegaron de Lesbos, miles de soldados aqueos se abalanzaron sobre las tierras de la Troade —le respondió.

—¡Aqueos! ¿De Lesbos? —preguntó Imperia, sorprendida.

—Los campos han sido incendiados y las aldeas saqueadas. Las bestias, la lana, la carne, el queso, el vino, el grano… Todo se llevaron y a todos mataron —continuó el soldado teucro.

Laomedonte dio un paso atrás, indignado y furioso, sentido tanto por lo ocurrido como por no haber estado allí para defender a su pueblo.

—Marcha a tu tierra —le dijo Hipólita—. Tu cometido aquí acabó, de tu valor nadie puede discutir. Marcha ya; te debes a tus padres y a Ilión, no a mi causa.

Imperia se acercó hasta él y tomando una medalla de las hijas de la luna, la posó en su mano y le cerró el puño. Le miró a los ojos, besó sus labios y le abrazó por un instante.

—Eres un valiente, me enorgullece haber luchado a tu lado —aseguró la joven.

—Nada soy a vuestro lado, tú sí eres valiente y en mi corazón siempre te he de llevar —le contestó acercándose a ella, emocionado y le acarició el rostro. Y volvió su mirada hacia Hipólita.

—Marcha, tu amada madre te espera; tu pueblo te espera —le dijo ella.

Laomedonte miró de nuevo a Imperia rogándole amor en silencio, con sus inquietos ojos, y se alejó con los dos teucros, al no hallar respuesta.

—Mi querida Imperia, mis temores se hacen realidad. ¡Los aqueos están aquí! Una gran batalla se avecina y no estamos preparadas. Necesito tres emisarias de total confianza y han de ser rápidas, pues en ellas pondremos nuestras esperanzas —le expuso Hipólita.

—Vamos, no tenemos tiempo que perder ante la tragedia de nuestro pueblo, debemos regresar cuanto antes —ordenó Laomedonte, preparado para marchar, desde el carro de guerra a sus hombres, que repuestos y armados le esperaban para iniciar el regreso.

—Debe saber, Alteza, que los aqueos son miles, no menos de diez mil. Se dirigen rápido hacia Tríbada, creemos que su objetivo final es Temiscira —le confesó uno de los dos guardias que habían llegado de Ilión.

—¿Cómo has dicho? —le preguntó bajando rápido del carro y posándose frente a él.

—Alteza, en nuestro camino les vimos y uno de nosotros cayó preso de sus lanzas, es un ejército colosal. Los hijos de Zeus buscan el oro de los faraones y derruir a las hijas de la luna. No han de andar lejos de Tríbada, pues al frente marcha la reina Iris de Lesbos, junto a Clearco el León de Micenas. Solo cesaron en su asedio ante nuestra murallas cuando de regalos y bienes los colmamos; disponen de víveres y armas para meses de asedio y contienda, se hicieron con caballos y carros que rápido les llevan, con broncistas que templan sus armas y bellas mujeres y jóvenes efebos que el rey Ilio dispuso para gracia de la soldadesca.

—¡No! ¿Por qué no has dicho nada antes?

—El rey Ilio nos encomendó que nada de ello dijéramos temiendo por vuestra vida. Confuso me hallo pues la reina Eurídice, en las puertas de Ilión, me dio a entender que si libre quedabas, la divina debía saber. ¿Hice mal en daros la nueva?

—Bien has hecho valeroso soldado, no lo dudes. Ahora vuelve a tu carro de guerra… Es el fin de las hijas de la luna, nada podrán hacer ante semejante amenaza. Ni la divina Hipólita podrá parar tal ejército, acabarán con ellas.

—Quizá sea ese el deseo de nuestro rey, Alteza.

—No… Mi padre a vuelto a venderlas a pesar de sus nobles palabras, se empeña en que desaparezca tan valerosa estirpe. Siempre les tuvo odio por ser dueñas de sus vidas. Pero yo no puedo partir sin avisarles de su oscuro destino.

El príncipe anduvo tras sus pasos y halló a Imperia que, sobre un risco, lo observaba; se había acercado con tristeza para verle marchar.

—¿Acaso no encuentras el camino a Ilión, que regresas de nuevo hasta mí? —apuntó la joven con una sincera sonrisa que embellecía su rostro.

—Imperia, acompáñame. Sabes lo que siento por ti —contestó dejándose querer.

—Mi sitio está aquí, con mis hermanas —contestó Imperia.

Laomedonte acarició con ternura sus sonrojadas mejillas y con una última mirada se volvió y comenzó su camino. De repente paró e Imperia quedó expectante.

—Habla con Hipólita, pues diez mil guerreros avanzan hacia Temiscira. Posiblemente sea tarde para Tríbada, pues la malvada Iris los acompaña —aseguró sin girar el rostro.

Imperia quedó tan impresionada y alertada que no pudo articular palabra.

—Son aqueos, no tendrán piedad de las hijas de la luna —añadió el príncipe antes de alejarse bajo la atenta mirada de joven guerrera.

***

Ainia regresaba hacia los caminos del Euxino con los macabros saquillos colgando de la grupa de su capitana Equidna; húmedos de la sangre y del agua del río Amarillo, avivados por la cálida mañana, el hedor a muerto se hacia insoportable.

—¿Cuándo podremos desprendernos de tan ingrata carga? —preguntó la capitana.

Ainia se acercó a ella, el fétido olor que emanaba de los saquillos le produjo náuseas.

—La divina Hipólita no pidió que a sus pies las llevara, solo que impidiera tal ofensa. ¡Enterrad las cabezas aquí, en un hoyo bien profundo!

Mientras tres de ellas cavaban, la Loba alzó la vista: a su izquierda quedaba Occidente y los suaves bosques mediterráneos; a la derecha, Oriente y su terrible desierto; a sus espaldas, las tierras de Arzawa y al frente, su campamento del Ponto. Con el rostro contraído, apretó los puños alertada por la tierra que veía: andaba revuelta por miles de huellas que se dirigían hacia la cárcavas del Desolado, entrada tenaz a Tríbada.

—Hemos de regresar rápido. Numerosos soldados han pasado por aquí, muchos más de los que vimos atrás; hemos de prevenir a Hipólita —dijo Ainia—. Acabad con eso.

—Bien profundo es el hoyo —aseguró una de las lobas limpiándose el sudor de la frente.

Antianira abrió uno de los saquillos que contenían las cabezas decapitadas. Un fuerte hedor envolvió el lugar al quedar al descubierto el rostro abultado y amoratado de Mantis. Ainia hizo un delicado gesto de asco y asintió con la mano conforme giraba su montura. Los dos saquillos cayeron al hoyo. Después las guerreras los cubrieron con tierra y sellaron con una roca aquella extraña tumba que guardaba dos cabezas.

—¡En marcha! —exclamó Ainia.

Galoparon hacia el norte y se dirigieron hacia una aldea donde vivía un nutrido grupo de hijas de la luna, con la intención de aprovisionarse y alertarlas de la presencia enemiga.

—¡Mi reina, hay fuego! —exclamó Equidna.

Ainia fijó sus ojos en el humo que se izaba entre las copas de los árboles.

El humo, hecho pestilencia de carne humana abrasada, brotaba de las derruidas cabañas envolviendo el lugar. El horror se hizo patente cuando hallaron a numerosas mujeres anudadas en árboles: unas muertas, otras agonizando con el torso desnudo y los pechos amputados; y vieron los cuerpos sin vida de algunos hombres y de niños y niñas entre las brasas.

Las guerreras descabalgaron y corrieron a socorrer a las que aún respiraban. Muchas murieron en sus brazos. Ainia avanzó entre las ruinas de lo que antaño fuera una humilde aldea. La congoja se apoderó de ella y exclamó su pena limpiando las lágrimas de los ojos con su brazo. Equidna observaba sin dar crédito a lo que veía, Antianira emitió un ronco sollozo y las guerreras que las seguían lanzaron al aire susurros de horror, motivos clamados de venganza.

La mirada forzada de una de las víctimas llamó la atención de Ainia, quería hablarle en su agonía. La Loba se acercó a ella, se postró de rodillas y la mantuvo entre sus brazos mientras trataba de frenar la sangre que de aquel pecho amputado manaba.

—Tú, tú eres la Loba de las estepas… Mi brava reina —sollozó aquella mujer entre palabras agonizantes, sufriendo cada exhalación, temblando su delicado mentón.

Ainia, colmada de pena, no pudo más que afirmar con un gesto de su cabeza.

—Fueron los aqueos, cayeron sobre nosotras de la nada —continuó hablando la mujer.

La Loba quiso sonreírle al sentir la presión de su mano en el brazo. Pero solo pudo esbozar una lamentoso puchero.

—Resiste… Juntas hemos de cabalgar para vengar esta salvaje afrenta —dijo Ainia.

—¡No! ¡Has de huir! —le espetó apretando los dientes—. La divina Atenea les acompaña, teme su furia. Rápido, vete, has de salvar tu vida y las de aquellas hermanas que puedas alertar.

Nada más dijo, su cabeza se balanceó hacia la izquierda. La reina de las estepas cerró los ojos sin vida de la mujer con un amargo sentimiento, pasando la mano sobre ellos.

—Equidna, sal de inmediato con una patrulla hacia Tríbada, no permitas que esas bestias lleguen antes que vosotras —le ordenó. Y mirando con pena hacia aquellas mujeres humilladas, dirigió sus palabras ante Antianira—. Recorre con premura las aldeas que se hallen desde aquí hasta a Temiscira, sean de hombres salvajes o bravas mujeres, que huyan sus gentes o se preparen para la muerte cierta. Alerta a la reina Lysippe, que Marpesia prepare su ejército, pues el hombre sabio, el hombre civilizado, ha llegado a nuestra tierra. Yo frenaré su marcha.

—Pero ¡sola no podrás pararles! —exclamó la capitana.

—Ni en tu valerosa compañía. Pero retrasaré los pasos de esos machos de muerte en lo posible, ganaremos un tiempo que será vida para nuestras hermanas. Pero cabalga ya con premura y avisa a la divina Hipólita que un gran ejército marcha atroz sobre nuestra tierra. Dile que sus rastros les llevan a Tríbada, que su destino es Temiscira. ¡Marchad!

Las capitanas partieron rápido, cada una en busca de su destino. Ainia quedó acompañada por una treintena de guerreras para acometer al poderoso ejército que se adentraba por las cárcavas del Desolado, tomándose su tiempo, pensativa, con aquella mujer muerta en sus brazos.

Un crujido cierto, entre la arboleda que rodeaba la humilde aldea, delató una presencia furtiva al oído de Ainia, la cual volvió su vista hacia el claroscuro del bosque. Dejó con suavidad en el suelo ensangrentado el cuerpo de la mujer y sacó su espada de la vaina.

—¡Artemisa, dame fuerzas para afrontar con gloria este horrible día! —exclamó piadosa.

El cielo bramó entre relámpagos, las nubes cubrieron el sol y el agua empezó a caer bañando el rostro de Ainia, que en guardia esperaba sin apartar la mirada del bosque.

Capítulo 18
EL TRIDENTE DE POSEIDÓN

Una tormenta se desató sobre el bosque que abría los pasos a las cárcavas del Desolado, abatiéndose sobre la gran formación aquea. La tierra reseca se hizo arena movediza donde los pies de los soldados se hundían hasta los tobillos. Los carros no podían avanzar con las ruedas cubiertas de lodo y las patas de los caballos se clavaban en demasía sin poder trotar.

—¡Alto! —exclamó Clearco observando el cielo crujir en la oscuridad de la tormenta.

—¡Está lloviendo! No recuerdo nunca que la lluvia alcanzara esta árida tierra —apuntó Iris sin poder ocultar su asombro.

—¿A cuanto dista Tríbada?

—Con buen paso, cuatro o cinco días. Tras las cárcavas se abre el desolado y, más allá del mar de sal, se halla nuestro destino.

—¡Descansemos pues, así no podemos avanzar sin fatiga! Continuaremos mañana, si la tormenta amaina. Cosa cierta de dioses parece tal hecho y no debemos contrariarlos.

Los hombres de Clearco levantaron el campamento, bien cubiertos sus lados con zanjas que desviaban el agua de lluvia, alejándose de los torrentes que nacían entre las cárcavas.

Caída la noche, el general permanecía en su tienda, de lujosas estampas y acomodos dignos de reyes, gozando del amor de Iris hasta quedar extenuado.

—Alcanzada Temiscira os haré rey. Juntos erigiremos una nación, nuestros hijos serán dueños de reinos temidos y respetados, con una fabulosa polis que conectará Ática con Oriente a través del Euxino. Nos cubriremos de gloria y riquezas, las tierras de las hijas de la luna son nuestras —dijo Iris acomodándose junto a él, pasándole la mano por el pecho.

—Sí, dominaremos esta parte del mundo y más allá, de enorme gloria y honor nos cubriremos. Sea en Ática o Asia, nuestra estirpe será divina. Pitia así lo vio, así será —afirmó Clearco mientras suspiraba su gozo.

De pronto entró el hermoso Acamante, apenas cubierto por un corto chitón, portando una bandeja de plata con dos copas llenas de dulce vino sobre sus manos.

—Mi general, os he preparado abundante cena que sacie vuestro apetito, que grande ha de ser ante tanto trecho recorrido. Tomad este vino, ahogad la sed y decidme si gustáis de un grato baño que desate vuestras musculadas carnes junto con mis masajes —dijo con un suave tono, insinuándose ante Clearco.

—No te preocupes, atento Acamante —contestó Iris, alzándose y cubriendo su cuerpo con una aterciopela tela—. Puedes marchar, mi general no necesitará de ti esta noche. Ya desaté su musculado cuerpo y vacié su ardor para que el descanso le sea gozoso y profundo.

—Ya has oído a tu reina. Quizá mañana tome ese baño o en Tríbada, cuando en abundante oro podamos nadar —apuntó Clearco sonriendo.

El joven, visiblemente contrariado, tomó una de las copas y se la entregó al comandante aqueo, antes de que Iris pudiera reaccionar, y le ofreció la otra a ella.

—Como desee mi general. Procuraré que nadie os moleste —aseguró mirando con orgullo hacia Iris, que tomando la copa no le quitaba ojo de encima. Luego salió de la amplia tienda contorneándose como sinuosa propuesta.

Iris caminó tras él dejando caer sus suaves telas sobre el suelo alfombrado de la tienda, desnudando su cuerpo, asomándose al exterior con la copa en su mano. Acamante se volvió al notar su presencia. La reina, mostrando la belleza de sus curvas de mujer, volcó lentamente la copa, vertiendo el vino en la tierra mojada, y se la lanzó a los pies.

—Por mucho que lo desees, no eres mujer que conmigo pueda competir. Tan solo un triste sarasa. Si te veo rondar de nuevo mi lecho, te mataré. ¡Búscate a otro que te encule! —le espetó y con un gesto altivo, entró de nuevo al calor de la tienda.

Acamante quedó serio, ofendido y con ira contenida. Iris no había bebido de su copa, viviría con el nuevo día. Y quedó el resto del tormentoso anochecer junto a la tienda, sentado en el barro, con la espalda apoyada sobre las gruesas lonas, mascando su orgullo herido, soportando la lluvia incesante, escuchando susurros de amor y palabras hirientes.

—Ese impertinente no sabe cual es su sitio, deberías castigarle —aseguró Iris.

—No hagas caso, es joven y tiene mucho que aprender. Ya calmará sus celos y te adorará como a su reina; no te preocupes, me ocuparé de ello —apuntó Clearco entre caricias.

—Ámame —susurró Iris con suaves gemidos de placer.

Acamante bajó los párpados y apretó con fuerza sus dientes mientras los celos consumían su dolido corazón. Abrió los ojos al notar unos pasos y vio la pálida faz de Atenea.

—No bebió de tu vino ¿verdad? —preguntó la divina.

El joven negó con la cabeza, mientras ella permanecía frente a él sin temor alguno a la tormenta que la bañaba; observándole con aquellos profundos ojos, oscuros y mordaces.

—Clearco ha abandonado nuestro amor por las caricias de esa mujer, pero quizá no sea ella la que deba morir… todavía —aseguró la divina dejando caer una afilada daga junto a sus pies.

***

Ainia mantenía firme la espada. Sus lobas, prestas para la batalla, escudriñaban desde el centro de la aldea el bosque que las rodeaba. Nada acontecía. El agua caía con fuerza sobre sus rostros y el viento ladeaba al aire sus cabellos. La inquietud del momento se acrecentó con el trotar de cientos de caballos apenas ahogado por la lluvia.

—¿Quién anda ahí? ¡Mostraos y luchad! —gritó Ainia sabiéndose rodeada.

Los relinchos se hacían oír cada vez más cerca. Entonces, numerosos lanceros a caballo comenzaron a surgir entre los árboles. Pero no portaban desafiantes sus armas, sino enfundadas. Sus corazas relucían ante los destellos del agua que rebotaba en ellas, sus largas lanzas permanecían con el bronce mortal mirando al cielo. Desconcertadas ante tal ejército, las guerreras se miraron entre ellas con las armas en guardia.

Dos jóvenes mujeres, de largos chitones, cubiertas con una larga capa remachada con pieles de guepardo, se acercaron a ellas. Descabalgaron y anduvieron portando de las bridas los caballos, deslizando las capuchas que cubrían sus rostros hacia atrás: se trataba de Isis y Maat.

—¡Buscamos a las hijas de la luna! Guerreras sois, quizás podáis indicarnos el camino cierto para llegar hasta la divina Hipólita —exclamó Isis.

Ainia, sin apartar la vista de la aguerrida caballería, meneó su mano de lado a lado y con ella, la espada, dudando por un momento. Luego, colocándose firme, hundió la punta en el húmedo suelo, mirando con atención a los lanceros de corazas y petos brillantes.

—Atlantes, son atlantes —dijo.

Un altivo guerrero con coraza, peto y capa de general llegó junto a ella, descabalgó y se quitó el yelmo de la cabeza.

—Ainia, la bella Ainia. Nunca olvidaría tu profunda mirada ni tus hermosos cabellos.

—¡Gadir! —exclamó ella.

Por un momento callaron, ambos se observaron con interés y denotada alegría.

—¿Tarde llegamos a la batalla? —preguntó Gadir.

—Te veo fuerte y gallardo. No te preocupes, mil batallas os aguardan y ninguna fácil, pues los aqueos marchan poderosos al amparo de Atenea.

Ante la sorpresa de sus guerreras, que nada entendían, la Loba de las estepas, a la que nunca habían visto rozar la piel de un hombre, estrechó con fuerza sus manos con las de Gadir, acto que fue seguido de un abrazo sincero.

—¡Los hijos de Poseidón aquí se hallan, juntos batallaremos contra la furia asesina de los aqueos! —exclamó Ainia dirigiéndose a sus lobas.

***

Pasados dos días de lluvia intensa, el campamento aqueo permanecía en el mismo lugar, la noche cubría de nuevo el cielo entre nubes dispersas.

—Parece que amaina, partiremos pues al alba —aseguró Clearco a sus capitanes, reunidos en la carpa de armas—. Que los hombres se vayan preparando, no podemos perder más tiempo.

—¡Así será! —exclamaron firmes los oficiales.

Clearco salió de la carpa y se dirigió hacia la suya. Iris le esperaba con la cena servida: faisán con frutos secos y vino en abundancia. Y no vio al sufrido Acamante, que bajo la lluvia, apoyado junto a la tienda, rumiaba en su cabeza la dulce venganza que calmara sus celos y desvaríos.

Mientras, las lobas de Ainia preparaban sus armas apenas a una treintena de pies del campamento aqueo, cerca de la retaguardia, arrastrándose en la cima de las cárcavas. La Loba lanzó la primera saeta, ahondando en el corazón del capitán aqueo de la guardia. Un grupo de sus guerreras comenzaron a disparar mortales saetas sobre los soldados que guardaban los caballos de tiro. Otras corrieron a liberar las bestias, chillando con teas prendidas, golpeando el suelo con gruesas ramas hasta conseguir que salieran en estampida recorriendo el campamento, sembrando el caos mientras se perdían en la oscuridad del noche.

Clearco salió de su tienda, apenas cubierto con unas finas telas de lino manchadas de vino y gula. Los capitanes corrían con sus soldados tras los caballos, sin saber el origen del caos. Entre la confusión creada, las lobas de Ainia, encaramadas en las cárcavas, empezaron a descargar sus flechas contra aquellos que portaban yelmos de apiñados colmillos de jabalí y distintivos que les hicieran parecer mando alguno. Pero no quedaron fuera de la aguda vista de la divina Atenea, que rápido tomó su lanza y trepó ágil hacia ellas por las cárcavas que bordeaban el campamento.

Una luz perversa brilló en los ojos de Acamante. Había llegado el momento. Deslizándose como zorra herida, vio su oportunidad.

—¿Cómo es posible? —gritó Clearco, pidiendo explicaciones, observando sobre una loma un grupo de mujeres disparando sus dardos contra los caballos que quedaban trotando en el campamento y mandó a sus soldados tras ellas, en cuanto las vio huir hacia el valle abierto.

Al otro extremo del campamento, Atenea, dando un saltó, cayó en medio de las valerosas lobas que habían iniciado el ataque. Sorprendidas, solo acertaron a murmurar unas palabras antes de ver como la aguerrida aquea, de pálida cara y ojos negros, atravesaba con su lanza a una de ellas. Con un rápido movimiento, ensartó la vida de otra guerrera y de pronto, volvió su vista ante el valle. Un destello lejano en la oscuridad de la noche, llamó su atención. Un momento decisivo que aprovecharon las guerrera de Ainia para huir rápido de aquella furia asesina, saltando cada una de ellas en una dirección diferente entre las hendiduras de las cárcavas.

—¿Poseidón? —se preguntó Atenea, intrigada, fijando la vista en aquellos destellos a la luz de la luna que avanzaban rápido: tres columnas seguidas de una única, larga, como fulguroso tridente. Luego observó la columna de guerreros aqueos que salía, sin orden ni concierto, tras las guerreras que habían sacudido su tranquilidad y comprendió que solo eran cebo para aquel tridente, veloces corazas de largas lanzas y espadas afiladas—. ¡No! ¡Es una trampa!

—¡Corred tras ellas! ¡Que no escapen! —gritaba Clearco, ajeno a la caballería atlante.

Nada más salir del abrigo de las cárcavas, cientos de soldados fueron arrasados por el brutal paso de la caballería de Gadir que, formando un tridente de muerte, pasó sobre ellos destrozando sus cuerpos. Allí quedaron atrapados entre el barro, amputados por la violencia de las espadas y picas que se abalanzaban sobre ellos.

Con un gesto de rabia, Atenea saltó hacia las cárcavas cercanas a la tienda de Clearco y vio una sombra temblorosa que empuñaba una daga con el brazo alzado, acercándose por la espalda del general. Y la daga buscó la carne rasgando el aire.

—¡Traidor! —una mano evitó el crimen; firme, sujetó la muñeca del asesino.

Clearco se volvió, viendo cómo Iris sujetaba con fuerza el brazo armado de Acamante. Le había salvado la vida al impedir que su joven amante le hundiera aquella daga traidora.

Atenea, irritada, hizo un gesto contrariado, saltó de las cárcavas y anduvo hacia la tienda del general; agitando su lanza, bajó de la loma, dejando allí los cuerpos sin vida de las lobas.

—¡Traidor, no sabes ser mujer ni hombre! —espetó Iris a un enfurecido Acamante.

Por respuesta, el joven golpeó a Iris en el vientre con el puño libre, haciéndola caer en el barro, doblada sobre sí misma. Y fue a hundir su daga en el pecho de la reina, pero sintió su costado reventar con una tremenda patada que lo levantó al aire tres pies.

—¿Cómo osas? ¡A mí que tanto te dí! —gritó Clearco, indignado, con rabia.

Y comenzó a golpearle fuerte, en el tierra, con duras patadas.

Acamante empezó a llorar y a gemir como vaca herida, implorando piedad cobardemente. Hundido y destrozado en cuerpo y alma quedó rodeado por la guardia de Clearco.

—¿Estás bien, mi reina? —preguntó el general a su amada con preocupación y cariño.

—¡Quería matarte! ¡Maldito sarasa! ¡Envíale como carne de gozo a la soldadesca, a él que tanto le gusta amar hombres fuertes, que llegue a odiarlos! —exclamó Iris.

La guardia abrió paso de inmediato ante los pasos acelerados de Atenea que, en silencio, llegó ante ellos y posó su terrible mirada en Acamante y la volvió sobre la reina.

—Ha querido matar a nuestro amado general y yo he salvado su vida —dijo Iris tratando de mostrarse valiente y de agradar a la divina mujer a la que todos respetaban y temían.

—¡Tú, divina entre divinas, que bien sabes lo justas de mis acciones, intercederás por mí! —exclamó Acamante arrastrándose en el fango hasta a los pies de Atenea y, posándose de rodillas, abrazó sus caderas llorando su fracaso.

Sin bajar la vista, con la mirada fija en los ojos de Clearco, Atenea alzó su lanza y la hundió con fuerza sobre la clavícula del joven, desgarrando sus pulmones, entrañas y huesos. El asta atravesó el cuerpo de Acamante y la punta de bronce se hundió dos palmos en el suelo.

—Clearco, deja tus ardientes pasiones para cuando se deba y atiende a la guerra, a tus hombres. Muchos cayeron esta noche en una burda estratagema —espetó Atenea sin mirar tan siquiera a Iris, ignorándola como si allí no se hallara.

El comandante aqueo se sintió humillado y agachó la cabeza sin decir palabra; y vio, levantando la mirada cómo la divina daba media vuelta y se alejaba de allí.

—¡Mis generales, aquí, de inmediato! —gritó a la guardia. Y tomando entre sus brazos a Iris, la acompañó al interior de la tienda. En la tierra embarrada quedó Acamante, solo, olvidado, arrodillado ante la indeferencia de quién fue su amante, atravesado y clavado en tierra por la larga lanza de aquella que lo animó, al lado de la daga asesina que no supo cumplir su cometido.

Capítulo 19
LA OFRENDA DE EUROPA

Levantado el campamento de las hijas de la luna, Hipólita cabalgaba sobre Zaino. Deyarina formaba a su lado con la Guardia Real formada por las seis sobrevivientes de la caravana de Iris y verdugas de sus asaltantes.

—¿No esperamos a Ainia? Quizá sufriera algún percance —comentó Andrea, preocupada.

—Marchamos, sabrá seguir nuestro rastro. No tenemos tiempo que perder —ordenó Hipólita—. ¿Han salido ya las emisarias?

—Sí, tal y como ordenaste —respondió Imperia.

Comenzaron su camino hacia el sur, dejando atrás los montes Pónticos, adentrándose en los valles que se dirigían hacia el árido Desolado, donde se hallaba Tríbada. Mantuvieron la marcha parando al mediodía y descansaron por unos momentos para luego, continuar.

Con las luces tibias del crepúsculo, alzaron el campamento.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Hipólita acercándose a Imperia.

—Mejor, debo agradecerte tu apoyo y aunque he de arrastrar mi pena, sé que podré con tan amarga carga. Ahora, ya ves, Laomedonte también cabalga lejos de mí.

—Nada sabemos de Ainia, algo le ha sucedido —insistió Andrea.

—No te preocupes, mi querida amiga. Impaciente espero su llegada. Pero no podemos aminorar la marcha si queremos llegar a Tríbada antes que los aqueos. Si con el alba no ha regresado, manda una patrulla en su busca —le contestó tratando de tranquilzarla.

—Así lo haré —afirmó Andrea.

—Imperia, dime, ¿el príncipe Laomedonte te dijo algo más que deba saber? —preguntó Hipólita, volviendo sus palabras de nuevo sobre la joven.

—No, solo me previno de la invasión de los aqueos.

—¿Te gusta ese príncipe? —le preguntó mirándola a los ojos.

Imperia sintió vergüenza. Pero no hubo sonrisa, sino una amarga expresión en su cara.

—Si lo deseas, puedes marchar a Ilión. Laomedonte podría consolar tu pena —comentó la divina reina, volviendo su vista al frente de forma tranquila.

—No, no es mi deseo. Me pidió que marchara con él…

—Debiste marchar.

—Soy guerrera, ¿qué he de hacer yo en el jardín de su palacio?

—Yo vivía muy feliz con mis hijos y mi hombre en el jardín de mi humilde morada, allá en el Gran Tajo, sin guerras que librar ni enemigo que temer o matar —aseguró Hipólita.

Caída la noche, el silencio dominaba aquel lugar salpicado de extensos bosques.

Andrea se hallaba sentada sobre un risco, con la mirada perdida en la profundidad del valle, esperando ver bajo la blanca luz de la luna.

—¿Se la ve venir? —le preguntó Hipólita y se sentó a su lado.

Llevaba un pequeño cuenco con carne asada y una taza con jugo de moras.

—No —contestó Andrea.

—Toma, aliméntate, no has cenado y mañana, de nuevo, el día será largo.

Andrea asintió y tomó la carne y el jugo, complacida ante la compañía de Hipólita.

—Ainia y yo éramos grandes amigas, hoy apenas la conozco —se sinceró Hipólita mirando al horizonte—. Háblame de ella, pues veo que en notable estima la tienes.

—No desearía que nada malo le ocurriera, me siento dichosa a su lado. Ainia me habló de su amor por su reina, sé que aprendió el arte de la guerra a tu lado, hasta que un día desapareciste con Armonía, su maestra. Nunca os olvidó, prueba de ello es que llamó a su hija Hipólita.

La divina reina estiró sus labios, sorprendida. Andrea bebió del tazón el jugo de moras y volvió a fijar la vista en el horizonte. Entonces apareció la sombra esquiva de un animal, no muy lejano, trotando, parando para revisar cada hueco y seguir su camino.

—¡Un zorro! —exclamó Andrea.

—Calla, lo asustaras —susurró Hipólita.

Ambas mujeres quedaron en silencio observando el paso del zorro. De pronto el animal paró, irguió su olfato al aire y después, lo arrastró por el suelo hasta hallar una madriguera. Pero nada hizo por hacerse con rata alguna, solo marcó el lugar con orina y continuó con su trote.

—¿En verdad tiene una hija? —preguntó Hipólita, de pronto.

—Sí, es muy hermosa y brava, me recuerda mucho a su padre.

—¿Su padre?

Andrea cambió la expresión feliz de su cara y miró a Hipólita, que esperaba respuesta.

—No sé si debo…

Hipólita le acarició el cabello, posando un largo mechón que ocultaba parte de su cara tras la oreja. Y mirando a sus ojos, le sonrió. Andrea se sintió desfallecer, dejándose querer.

—Es hija de Evenor; una muchachita preciosa, tiene sus mismos ojos —le confesó.

Hipólita retiró su mano de pronto, dejando de acariciarla.

Y se sintió engañada, confusa y celosa. Se alzó y avanzó unos pies.

—¿Se amaban? —preguntó.

—Sí, Ainia no ha vuelto a encontrar consuelo para su corazón y me apena tanto.

Hipólita bajó la cabeza, comprendiendo el porqué Ainia no le habló de su amor, del porqué se ocupó de honrar el cuerpo de Evenor tras la batalla.

—¿Estás bien? —preguntó Andrea.

—Sí, ahora quisiera estar sola.

Andrea, consciente de lo que un día sintió Hipólita por Evenor, se sintió mal.

—No debí decirte… Recordarte aquella tragedia.

—No, has hecho bien. En verdad agradezco tu sinceridad, ahora déjame —le insistió.

Andrea se alejó triste ante la pena que notó en la voz quebrada de Hipólita, la cual se sentó y exhaló profundamente reviviendo momentos olvidados, colmados de felicidad en su juventud. Recordó a Evenor, en el bosque, pescando con ella. Sus sustos y bromas, sus amores escondidos entre alcornocales y los cálidos besos que, a la luz de la luna, en aquella gran roca, desde donde se divisaba la altiva Atlas, sellaron su amor e infortunio.

—Nunca pudimos cumplir nuestras promesas de amor, nuestros sueños. En verdad te amé tanto y ni una palabra de despedida pudimos tener —susurró Hipólita al viento y una lágrima cayó de sus poblados ojos. Los cerró y al abrirlos, sobresaltada, dio tres pasos hacia atrás.

Frente a ella se presentó una persona, apenas a un pie.

Rápidamente echó mano a su espalda en busca de su espada.

—Mi querida amiga, ¿acaso no me reconoces? —preguntó la vieja Europa.

Con la espada de Ares en alto, se fijó en la mujer que le hablaba y que había sido capaz de sorprenderla de forma tan increíble como elocuente.

—Me diste vida con tu beso, por ello te traigo una ofrenda que a la Parca robé —aseguró la vieja Europa. Luego, curvada y abriendo la mano, le indicó hacia el fondo del valle.

—¡Íbero! —exclamó Hipólita con un golpe salido del corazón, al verle avanzar en la lejanía, cerca de un arroyo, junto a una doncella, hermosa y de cabello rubio.

—¿Íbero? —preguntó Imperia que, buscando de nuevo la compañía de Hipólita, se acercaba al lugar —¡Mi amado leñador! ¡Estás vivo! —exclamó con alegría y olvidándose de todo descendió por el valle tropezando con cuanto no podía llevarse por delante.

Llegó tras él saltando una quebrada, quedando a unos pies para tratar de sorprenderle, oculta entre las sombras y una enredadera de madreselva, deseosa de abrazar a su amado. Pero al ir a avanzar, quedó fría como un témpano. Un beso unía a Íbero con una joven desconocida, la cual se dejaba llevar por la llama de la pasión con los ojos cerrados, saboreando las mieles de los carnosos labios del joven leñador. Se alzó lentamente con la boca abierta, tan feliz y asombrada de verle con vida, como triste y deseosa de arrancarlo de aquellos brazos de mujer.

Empusa abrió los ojos y cruzó la mirada con Imperia.

—¿Qué ocurre? —preguntó Íbero volviendo su mirada hacia atrás.

Nada vio. Si había tardado poco tiempo en llegar hasta él, monte abajo; menos tardó Imperia monte arriba, dejándolo atrás. Pasó con prisa, llorando su alegría, su pena y su decepción ante Hipólita y la vieja Europa.

—Imperia ¿qué ocurre? —preguntó Hipólita.

—Sus brazos ya tienen a quien abrazar, a quien amar —sollozó Imperia, sin parar.

Hipólita quedó en silencio. Europa se encogió de brazos como si nada supiera. Y ambas bajaron hasta el arroyo, hasta llegar junto a la pareja; distraídos estaban los jóvenes, sentados, frente a una hoguera sin prender aún, acurrucados entre mimos.

—¡Hipólita! —exclamó Íbero al verla y corrió para postrarse a sus pies.

—Levántate y dame un abrazo, joven leñador.

Empusa, a su lado, miraba con interés. ¿Hipólita? No era la joven que había visto antes y también la desconocía, estaba claro que estaban cerca de un campamento de las hijas de la luna, quizá de Lesbos o de tierras lejanas. Pero sin duda, hostiles a ella. Observó su porte, belleza y distinción; sus vestimentas y armas le hacían ver que solo podía ser una gran guerrera. ¡La divina Hipólita! Algo que no sabía si la aterrorizaba o si le gustaba. Pero sí que la excitaba en demasía.

—Mira, ella… Bueno, no sé cierto su nombre, pues es muda. Yo la llamo Flor de Invierno, pues así de bella y delicada es —dijo el joven posando a la joven ante la mirada de Hipólita.

—Sí es hermosa, sí —confirmó la divina reina acercándose.

Ante su inquieta mirada, acarició el cabello de Empusa, que formaba ya una melena que le cubría el cuello. Al sentir la caricia, la joven notó un pequeño escalofrío, acompañado por una cálida sensación de seguridad muy plácida. Hipólita cerró su sonrisa de pronto y apretó los labios al cruzar la mirada con los ojos de la joven desconocida. Vio en ellos la oscuridad tenaz de la muerte que en verdad la acompañaba. La penetrante mirada de sus hermosos ojos azules hizo que Empusa bajara la vista al momento, sintiéndose desnuda ante ella.

—Y esta noble anciana es Europa. Divina ella, me arrancó de los brazos de la Parca en tan horrible día —apuntó Íbero nervioso, desviando la atención que Empusa había despertado en Hipólita, queriendo recomponer la postura ante su reina, que al mirarle, volvió a sonreír.

—Sí, sé quién es la divina Europa. Sabía que debía ayudarla en aquel día de inhumanos y hoy, me ha traído una gran alegría… ¡Pero más será para Imperia!

En ese momento Íbero quedó en silencio. Después reaccionó, su mentón le tembló.

—¿Imperia está viva? —preguntó entre balbuceos.

¡Imperia! ¿Quién es Imperia?, pensó Empusa.

—Sí, claro que sí y grande será su júbilo cuando te vea. No hay día que no te llore con sufrida pena. ¿No la viste? Bajó corriendo a buscarte en cuanto te vio.

—No, no la vi —dijo Íbero imaginando que ella sí lo habría visto. Luego miró a Europa sintiéndose engañado.

Ella hizo un gesto de indiferencia con la cara, encogiendo los hombros.

—Corre, ¿a qué esperas? —le animó la anciana.

—¿Y Antíope y Sarko? ¿Están bien? —preguntó Íbero.

—Vamos, te llevaré hasta ella. Dichoso este día —le contestó Hipólita.

Empusa, sintiéndose ausente, olvidada, sintió en su interior un sentimiento totalmente desconocido que le desgarraba el corazón y la llenaba de ira al ver cómo Íbero suspiraba en busca de ¿su amor perdido?

—Pero ven, Flor. No te quedes atrás —le dijo Íbero—. Conocerás a Imperia, no es delicada doncella como tú, sino brava guerrera. Pero yo así la quiero, pues así me enamoré de ella.

Empusa deseo matarlos a todos en aquel momento.

Hipólita e Íbero avanzaron deprisa hacia el campamento.

Europa tomó del brazo a Empusa, que esgrimió un confuso gruñido y caminó junto a ella, subiendo la loma lentamente. No tardó la anciana en notar la inquina de la joven.

—¿No te alegras de que Imperia viva?—preguntó con sarcasmo.

Empusa la miró fríamente, sin alzar mueca alguna.

—No, en nada. ¿Verdad? —sonrió Europa—. No sé qué vio Íbero en ti. Solo salvé tu vida por hacerle feliz, yo veo el demonio que habita en tu alma maldita… No lo olvides.

La joven estiró su brazo separándose bruscamente de ella, entre roncos sonidos y silbidos agudos. Entonces vio a las primeras mujeres del campamento. Eran fieles de Ainia, lobas contra las que en su día luchó y temiendo ser reconocida, se volvió hacia atrás.

—¿A dónde vas jovencita? —le preguntó Deyarina, pues se topó de frente con ella.

—Traedla junto a mí —exclamó Antíope, que apareció acompañada de Sarko—. Quiero conocer a esa joven doncella y a la vieja Europa a la que tanta dicha les debemos.

—¡Vamos! Saquemos a Imperia de su letargo —apremió Sarko, emocionado.

—No te sientas celosa, quizá Íbero sea hombre de muchas mujeres o puede que la joven Imperia sea hembra de varios machos. O quizá no —susurró jocosa Europa.

Empusa, confusa por las palabras de Europa y temerosa de ser reconocida, bajó la cabeza y se arrimó a la anciana, ocultando su cara con una tela, sin abandonar los pensamientos oscuros que la asaltaban. Pronto se vio en el centro del campamento, junto a las lobas y seis guerreras de la Guardia Real de Temiscira; y descubrió que algo había cambiado, pues ambas, antes enemigas, andaban y reían juntas. Nadie la reconoció a pesar de ser, tanto ella como Europa, presa de numerosos abrazos. Ni siquiera se percató Deyarina, junto a la cual estuvo hacía poco más de un mes en el palacio de Lesbos, al lado de sus hermanas. Desconcertada, se acercó a una fuente que se mantenía viva entre las rocas, formando un pequeño estanque, y se dio cuenta de que ya no era Empusa al verse reflejada en el agua. El cabello le había crecido y carecía de tintes de color, su cara andaba limpia de marcas de guerra, el chitón de aldeana que la cubría en nada se parecía a sus vestimentas de armas. Ahora era Flor de Invierno: doncella humilde, no una feroz guerrera.

—¿Qué demonios ocurre con tanta algarabía? —preguntó Imperia saliendo con mal genio de su tienda, con lágrimas en los ojos.

—¡Imperia! —exclamó Íbero.

Aquella voz llegó hasta el alma de la joven como un ardiente ascua, el recuerdo estaba muy vivo; y volvió su rostro para ver ante ella a su joven leñador. La pena vivida hacía unos minutos, al verle en brazos de otra mujer, desapareció y una exhalación de deseo salió desde su corazón.

—Imperia, mi amor —susurró Íbero acercándose apresuradamente.

La joven bajó la cabeza, presa del dolor de su sufrimiento. Íbero le alzó el rostro y la miró con ternura. Imperia descargó toda su furia contenida con un duro golpe de su puño que lo tumbó ante la sorpresa de todos. Íbero, sangrando por la nariz, fijó su mirada atónita en ella.

—¿Y esa muchacha? ¿También le dices que es tu amor? —le gritó Imperia.

Íbero se acercó a ella e Imperia soltó de nuevo su puño. Pero esta vez, el joven leñador hizo presa de su muñeca y la abrazó con fuerza. Besó sus labios con pasión mientras ella le mordía, hasta acabar fundidos el uno con el otro. Un abrazo que emocionó a todos. Pero que también hizo que Empusa e Imperia cruzaran sus miradas, llenas de recelo y rabia, como dagas, notando sus heridas, acelerando sus celos; eran dos lobas que ansiaban una misma presa.

—¡Traed vino, motivos tenemos para celebrar! ¡Mañana, los dioses dirán! —gritó Sarko.

Aquella noche las valerosas guerreras bailaron al son del vino y la alegría; incluso la vieja Europa que, en manos de jóvenes mujeres, vio su cuerpo cubierto de nobles telas, su cabello limpio, su tez maquillada y sus largas uñas cortadas. Las formas de vieja bruja habían cambiado, ahora era mujer madura, incluso parecía sabia y atractiva; mucho se habían esforzado.

La fiesta no terminó hasta entrada la madrugada, el retorno de Íbero animó el corazón de Hipólita que, despacio, caminaba de nuevo hacia la roca desde donde se divisaba la llanura. Observó a Antíope que, vencida por el dulce vino, dormitaba sobre un tronco con una postura un tanto inusual. Entonces, un largo quejido la sorprendió en su paseo. Se trataba de Sarko, gemía como un toro herido, lamentosamente. Tumbado en el suelo, cubierto por una enorme piel de oso, apenas se le veía la cabeza.

—Sarko ¿te encuentras bien? —preguntó alzando la gruesa piel.

Él la miró en silencio y ella dio un paso atrás, perpleja.

—Lo siento, creía que… Lo siento.

El viejo guerrero volvió a cubrirse con la piel y unas risas brotaron bajo ella.

—¡La vieja Europa! ¡Sarko! ¡Desnudos! —pensó Hipólita siguiendo su camino, confusa, y sonrió dirigiendo la vista hacia la luna. Se sentó sobre la roca, apoyando la espalda contra el tronco de un roble y con la nostalgia como compañera, pensó en Gadir y en sus adorados hijos.

Capítulo 20

REINAS AMAZONAS, GENERALES AQUEOS

Hipólita respiró hondo y estiró el cuerpo, un nuevo amanecer llegaba. Recorrió con la mirada el horizonte y vio aparecer al esquivo zorro. El animal volvía tras sus propias huellas y llegó a la madriguera que antes había ignorado. Con las patas delanteras comenzó a cavar con brío. De pronto surgió una rata. Las fauces del zorro hicieron presa en la cabeza y sacudió al roedor. El astuto cánido vio a Hipólita, bajó el lomo y venteó el aire irguiendo su húmeda trufa. Y se perdió entre los matorrales con la rata en la boca.

—¿Estás aquí? —preguntó la joven Europa, portando un zurrón y su rama por bastón—. Quería verte antes de partir, desearte suerte; he de regresar a mis tierras del norte donde…

—¿Ya marchas? —interrumpió Hipólita—. Armonía, mi amada madre, me habló de ti, de tu poder. Sabes bien donde nos dirigimos, necesitaré de toda la ayuda posible, divina o no. El ejército aqueo es temible, los dioses les son favorables, muchas moriremos.

Europa quedó mirando el valle sin decir palabra, sin comprometerse.

—Lo comprendo, no es tu guerra —asintió Hipólita—. Quería darte las gracias por traer a Íbero hasta nosotras, nos has hecho muy felices. Ahora pues, debes marchar.

Europa remugó entre dientes. Hipólita la había salvado de una muerte segura, solo gracias a ella vivía, e Íbero no era moneda de cambio, aunque por un momento así lo había pensado.

—En nada me conviene interceder en guerras de mortales —aseguró finalmente.

—¿Acaso no eres mujer mortal? Yo vi la Parca rondar tu alma temerosa… Mujer divina… Dicen que yo también lo soy, mas no lo creo ni dicha alguna me trae.

—No sé si eres o no divina, pero sí sé que tu vida está maldita por la sangre de tu padre.

—¿Por qué dices eso?

—Ares, azote de mortales, siempre lucha odioso contra todo, sin importarle causa alguna, solo la sangre calma su ira. Está maldito, pues lucha y mata hasta a los dioses. Eres la primogénita de un amor divino que acabó en tragedia; la profecía de Pitia hecha vida, quebrantos traerás a los aqueos. La muerte te acompaña, así pues deberás alimentarla, como hace tu padre…

—Ares era mi padre y nunca lo vi empuñar una espada. Armonía, mi amada madre, me enseñó el arte de la guerra y también la felicidad que trae la paz.

—Tú apenas conoces a tu padre. Pero como ocurrió con él, un día tendrás que decidir: guerra o paz. Ese día sabrás si eres divina o solo mujer. Creí que ya habías decidido, que eras mujer, pero aquí te veo con la espada de Ares y el orgullo de ser quien eres, divina reina, lejos de

tu hogar. La sangre de Ares te arrastra al infortunio, no puedes evitarlo. Siempre te perseguirá la guerra, la muerte… Y has de saber que Ares no era tu padre, sino que lo es. En el Olimpo no habita. Su cuerpo cayó domado en Tríbada por la pérfida Mirina, pero su espíritu vive en este mundo como la brutal bestia que es.

—¿Mi padre vive?

—Tenemos visita —apuntó Europa.

Un grupo de cuatro jinetes galopaba a través del valle.

—¡Mi señora, los hijos de Zeus! —exclamó Antianira descabalgando ante ellas sin apenas frenar su trote—. ¡Los aqueos avanzan terribles, asesinando! ¡Ainia, valerosa, trata de frenarles!

—Tranquilízate, ya fuimos informados por los teucros de tal afrenta y en camino a Tríbada nos hallamos —respondió Hipólita.

—Mi divina reina, son miles y el horror que traen es pavoroso hasta para los dioses. Nuestras hermanas, con sus pechos amputados, morían en nuestros brazos. Escucha las palabras que Ainia me trasladó con amargura: ¡Que huyan o que se preparen para la muerte cierta!

En ese momento, una algarabía comenzó a resonar en el bosque alzando el vuelo de las aves. Tres ejércitos se acercaban con decisión. Las emisarias que Hipólita había mandado habían cumplido su misión.

—¿Huir? Mirad allí: es la Guardia de Temiscira, bajo el mando de Marpesia y de su reina Lysippe —apuntó Hipólita mirando al este, donde guerreras de cortas capas hechas con pieles de fieras, protegidas con petos de cueros, vistiendo pantalones de lino estampado y con borceguines anudados hasta las rodillas trotaban orgullosas—. Son las huestes de Abasa con su reina Esmirna al frente —señaló al oeste viendo acercarse un ejército de largas capas de lino rojo, chitones blancos, relucientes corazas y altas grebas—. Y las valientes de Tracia, tras su reina Pentesilea —aseguró volviendo la mirada al norte, ante la llegada de miles de guerreros y guerreras de hermosas corazas y largas picas, cabalgando y al paso.

—Pero… —alcanzó a susurrar Antianira, sorprendida.

—Preparadas nos hallamos para recibir la muerte cierta —afirmó rotundamente Hipólita.

***

La lluvia había cesado. Numerosos arroyos se abrían paso entre las cárcavas, para morir hechos bruma en el sediento desierto. Aquella mañana, en el campamento aqueo no cesaba el movimiento. En la carpa de armas, Clearco calmaba sus nervios con las caricias de Iris.

—Relájate, mi glorioso general, de esta pequeña afrenta nos hemos de vengar. No os dejéis turbar por unos cientos de muertos, pues miles pagarán y un reino hemos de alzar. Sin duda es

causa brindada por Ainia el flagelo que azotó la noche. Solo busca sembrar la discordia entre los nuestros. Me sé de sus tretas, no permitas que lo consiga.

—¿Ainia, la Loba? Esa mujer es ya conocida en toda Ática por su valor y destreza.

—Pronto hallará la derrota. Ahora anima a tus bravos generales, pues impacientes esperan la hora de partir y aunque la loba sea astuta, más lo es el lazo del cazador —apuntó Iris y dejó de acariciarle al ver entrar en la tienda a los generales que ante él se presentaban.

—Cuatro días, al menos, restan de camino. No podemos ser sorprendidos de nuevo como si huestes salvajes fuéramos. ¿Cuántos hombres perdimos? —preguntó Clearco.

—Más de trescientos —contestó Leónidas; un rudo general de Micenas, de grandes hombreras y coraza reluciente tallada en su relieve con dos hermosos leones enfrentados.

—Son trescientos treinta los que murieron y al menos, cien andan heridos —apuntó Ajax, general de Lacedemonia. Un joven de ancho torso cubierto por una capa púrpura imperial.

—Trescientos treinta de mis hombres fueron asesinados y cien, malparados. Dos de mis generales y siete capitanes hallaron la muerte, junto a sus tiendas. ¿Quién es el responsable? ¡Tú! ¿Acaso tú? —espetó Clearco dirigiéndose a ellos con su dedo acusador—. ¿Y los caballos?

—Hemos recuperado gran parte de los caballos. En su espantada, regresaron con la calma en busca de agua —apuntó Frixo de Argos, un hombre hermoso, bastardo del rey Atamant, aunque algunos aseguraban que era hijo del mismísimo Apolo.

En ese momento entró Atenea. Con su mirada fría y penetrante observó a cada uno de los hombres que permanecían a su alrededor. Después posó la vista en Iris.

—Tus fieles de Lesbos marcharon tras la batalla, cobardes al amparo de la noche. Traidoras ellas, ni una queda entre los nuestros —le recriminó.

Por un momento Iris quedó callada, miró hacia Clearco viendo cómo agachaba la vista.

—Yo misma hubiera huido —aseguró dando un paso al frente—. Desde que salimos de Lesbos, muchas de mis valerosas guerreras fueron despreciadas y hechas concubinas y otras andan entre cocinas. Tú eres divina guerrera, pero también mujer. Así pues, debes comprender.

Atenea pasó los dedos sobre la mesilla reflexionando aquella respuesta, que dio por válida con un ligero chasquido de lengua, y avanzó hacia Iris con paso firme.

—Poseidón nos ha visitado. Sus hijos, gloriosos sobre caballos, descargaron su furia entre las sombras de la noche. ¿Nos esperan más sorpresas en esta empresa?

—¿Los hijos de Poseidón? —preguntó Clearco con ojos asombrados.

—¡Atlantes! ¡No eran teucros ni gentes salvajes, sino atlantes! —exclamó la divina.

—Nunca conocí tal raza de hombres, ni en esta tierra moraron —aseguró Iris—. Dicen que viven en los confines del mundo, en las tierras lejanas y salvajes de Occidente.

—¡Mientes! ¡Tu propia madre trató de domarlos y fue domada! —gritó Atenea.

—Yo no miento. Muchos dichos recorren por doquier y yo solo sé cierto que Mirina fue muerta por Hipólita. ¡Y aquí se halla! —contestó Iris, fuerte, sacando a relucir su casta guerrera.

Atenea avanzó un paso más, situándose ante ella, mientras Clearco y sus generales observaban a la mujer divina y a la reina brava frente a frente.

—¿Hipólita se halla aquí? —susurró Atenea.

—Sí —afirmó Iris—. El preso teucro que sometimos así lo confirmó. Un mensaje llevaba para ella, en aviso la ponía de nuestro avance a cambio de la vida del príncipe Laomedonte.

—Esa loba acabó en Atlas con un ejército de veinte mil hombres, manteneos alerta general —apuntó Atenea dirigiendo la mirada hacia Clearco y, dando la vuelta, se dirigió hacia la salida.

Una vez abandonó la carpa, los generales volvieron a respirar tranquilos.

—¿Cómo te has atrevido? ¡Podría haberte matado! —dijo Clearco acercándose a Iris.

—No lo ha hecho, sabe que mía es la razón —replicó ella.

***

En el campamento de las hijas de la luna miles de guerreras y guerreros izaban sus tiendas y hablaban alegres, la guerra entre hermanas quedaba atrás. Aquellos tres ejércitos recién llegados eran comandados por sus reinas que, junto a Hipólita, se hallaban reunidas en una carpa traída desde Abasa y erigida como comandancia, envueltas en una cálida neblina de mirra e incienso.

—No puedo más que agradecer vuestra rápida respuesta, ya sabéis al poder terrible que nos enfrentamos. Laomedonte de Ilión nos aseguró que diez mil soldados aqueos pretenden saquear Tríbada y conquistar Temiscira. Antianira lo ha confirmado. Valiente, lucha la reina Ainia por retrasar su marcha. Ahora, de nosotras depende poner fin a tan terrible afrenta que sufren los reinos de las hijas de la luna —expuso Hipólita en pie y extendió su mano dando voz a las regentes. Acto seguido se sentó sobre un escabel, rodeada por Europa, Antíope y Sarko.

Hacia la derecha, entre un pequeño grupo de capitanas de la guardia, se encontraban Imperia e Íbero. Empusa, sentada al lado, no les quitaba el ojo: deseaba matar a aquella joven de mofletes rosados que nublaba la razón del joven leñador. Pronto, ante el descuido de una capitana tracia que a su lado se apoyaba, se hizo sigilosamente con su daga.

—Mi nombre es Marpesia y Temiscira está a tus pies. Así lo desea mi reina Lysippe, aquí presente, y yo misma —aseguró una esbelta capitana de larga melena, estrechos tatuajes y signos de guerra marcados en su piel. Junto a ella se encontraba Lysippe, sin expresión alguna, con la mirada fija en Hipólita. Sus ojos sin brillo destacaban en la estrechez de su rostro y su melena blanca mostraba los trasquilones que recordaban el delirio de su pena.

—Divina tú, que hasta nosotras llegas con la corona de Armonía y la espada de Ares: no dudes de mi determinación por combatir hasta derramar la última gota de mi sangre —apuntó Pentesilea, adornada de broncínea malla y con un yelmo de crines de león bajo el brazo.

—Mi nombre es Esmirna, reina de Abasa, y mi corazón junto al vuestro triunfará o morirá en esta empresa que nos enfrenta a la tiranía de los aqueos —apuntó una mujer de largo cabello pelirrojo con mechas negras y reluciente coraza, dirigiendo sus palabras hacia Hipólita.

—Divina reina en Occidente y Oriente, bien me conoces. Pero permite presentarme ante aquellas que me desconocen: mi nombre es Andrea y soy suprema de Lesbos. Hablo en nombre de la bondadosa Menalipa y de la loba Ainia, ninguna de las nuestras ha de dar un paso atrás hasta que los aqueos desistan en su empeño.

Con cautela para no molestar, Deyarina entró en la tienda y se acercó hasta el oído de Hipólita. La penetrante mirada de Esmirna se clavó en ella de inmediato, sus ojos brillaron y sus labios se entreabrieron con una sentida exhalación que no pasó desapercibida para la divina reina.

—Bien conocéis a Deyarina: ayer al servicio de Iris, hoy dueña de mi guardia —afirmó Hipólita observando la cara de odio que la mayoría de aquella mujeres reflejaban—. Ahora quisiera que escucharais a la valiente Antianira, capitana de la loba Ainia; ella ha visto con sus ojos el horror aqueo. Así bien sabremos a qué nos enfrentamos y el porqué luchamos.

Acto seguido entró Antianira, saludó con el respeto debido y comenzó su relato.

—En mi camino hallé el rastro de las columnas aqueas, la mayoría se unen en una sola dirección: Tríbada. Otras parecen rodear el Desolado, unos mil lanceros. Una sangrienta estela de muerte dejan a su paso, su gloria es muerte para esta tierra. Solo Beycesultán quedó fuera de su furia. Yo he visto el horror aqueo. Fueron crueles como en ninguna otra con la pequeña Venus. Nuestras hermanas fueron mutiladas: las ataron a los árboles y los pechos les cortaron, dejándolas desangrar en vida para que pudieran ver como sus hombres, sus hijas y sus hijos ardían en llamas.

Las reinas y guerreras que allí se hallaban quedaron horrorizadas, hablando entre ellas con una expresión amarga y una indignación que superaba sus miedos.

—Mi divina reina, hay algo más… En brazos de Ainia murió una de las nuestras. Pero antes nos rogó que huyéramos, pues la divina Atenea marcha odiosa al frente de los aqueos.

Aquellas palabras hicieron palidecer a Europa, que apretó el hombro de Hipólita, la cual se volvió y entendió la gravedad de la situación al ver su rostro.

—¿Atenea? ¿Qué vamos a hacer? —preguntó Pentesilea, contrariada—. La divina Atenea es terrible… Tal vez invencible. Hija de Zeus, adora la guerra y su poder es grande.

—¡Reinas de las hijas de la luna! —exclamó Hipólita—. Hemos escuchado las palabras de Antianira y lamentado lo que ya pasó. Ahora miremos a quién nos enfrentamos y decidamos la

lucha. De lo contrario, mañana será de la sangre de Tríbada de la que se hablará y pasado ¡a saber! Nuestra estirpe será devorada por el horror aqueo, pues ellos así lo desean… Lo llaman gloria.

Andrea asintió, volvió la vista y encontró la mirada de Esmirna fija en la divina reina, ahondando en ella. Y sus temores se desataron.

—Sí, pero ¿podremos confiar en las guerreras de Abasa? Esmirna es su reina y no hemos de olvidar que su hermana Iris es la que guía al enemigo —preguntó con recelo.

—¡Cuida tus palabras, atlante, nada sabes de mi sufrimiento! —exclamó Esmirna—. Ainia batalla ahora contra los aqueos. Pero ¿quién nos dice que después no seguirá su lucha contra hermanas? Y la rubia Pentesilea, bien reluce sus armas, y siempre lejos anduvo de esta guerra.

—La ambición y la traición devoró a tus hermanas. Lejos me mantuve de cualquier batalla entre lobas —contestó Pentesilea—. Ahora es diferente: hay un enemigo cierto.

—Sí, soy atlante —insistió Andrea—. Pero ¿y tú? ¿Quién eres? ¿Cómo confiar en quien vive con léleges a la sombra de un imperio de machos? Aquella que nada hizo por su reina Menalipa, tan bondadosa; ni tampoco por sus propias hermanas, viles mujeres.

—Deja de hablar así de mis hermanas, pues ellas pretendían alcanzar un trono que les correspondía. No olvidéis que si Armonía era reina, Mirina también. Menalipa es gloriosa por sus actos, pero fuiste tú quién decidió el exilio de mis hermanas en vez de reconocer su condición de hijas de reina: tú eres causa del odio —le espetó Esmirna alzándose encendida, acusándola.

—¿Cómo pretendes defenderlas? Iris es una traidora que sembró guerra entre hermanas, que busca hacer suya una tierra que no le pertenece y nos trae muerte a manos aqueas. Mantis mantuvo encerrada a la reina Lysippe, loca ella por la muerte de su hijo, cruel láudano el que tu hermana le sirvió. ¡Al río arrojaron su cadáver! Y Empusa, esa criatura maligna, una asesina despiadada que se alimentaba de la sangre de hombres inocentes, creando odio. Su atroz muerte bien merecida la tenía, al igual que Mantis, al igual que Mirina —aseguró Andrea.

—Muchas palabras sueltas en gallardía ahora que mis hermanas no están. Cobarde que nunca diste muerte, triste enamorada de reinas que bien os marcan —respondió Esmirna.

—¿Y tú? ¿El rey Huzzia no te marca? ¿No eres su fiel concubina? —preguntó Andrea, ofendida por las palabras escuchadas, buscando ofender.

Esmirna desenvainó su espada. Le siguió Marpesia. Pentesilea dio un paso atrás. Andrea retrocedió, quedando ante ella Imperia con la mano en la empuñadura de su arma. La frágil tregua entre las hijas de la luna se rompía, el dolor de la guerra y el llanto por las muertas resultaba tan grande que todavía estaba presente.

—¡Una horrorosa guerra separó nuestros caminos, pero nunca más ha de ocurrir! —gritó Hipólita con genio controlado—. No estamos aquí para juzgar el pasado, sino para vivir el

presente. De ello dependerá nuestro futuro, que está por ver. Abrid los ojos: vuestra tierra, ahora no lo es. Otros marchan sobre ella, triunfantes ante nuestras disputas. Justicia habrá llegado el momento. Ahora luchemos. Pero no entre nosotras, pues perderemos la batalla antes de iniciarla. El enemigo no se halla aquí presente, está en el Desolado, es poderoso y se dispone a vencer, pues marcha sobre tierra diezmada, terreno abonado para la fácil victoria. ¡Y no ha de ser así!

Aquellas palabras calaron en las guerreras que relajaron sus armas, mirándose unas a otras. Y volvieron a sus asientos. Empusa miró a Hipólita conmovida por su discurso y quiso apoyar la causa. No lo hizo. ¿Cómo? Aquellas reinas pensaban que no estaba entre las vivas y había comprobado que a ninguna le importaba tal hecho, incluso a muchas les complacía su muerte. Y comprendió a la miseria que su hermana Iris las había arrastrado en aquella estéril guerra.

***

—¿Marcharías contra espartanos como en esta tierra avanzamos contra las lobas? —preguntó Clearco, rodeado de sus generales, fijando la vista en Leónidas. Y movió la cabeza de un lado a otro buscando respuestas—. ¿Lucharías contra micénicos como aquí con estas bravas? —insistió de nuevo, esta vez dirigiendo sus palabras hacia Ajax.

Ninguno contestó.

—¡No! No tendríamos noche sin guardia, los exploradores marcharían lejos, estudiaríamos sus movimientos y el campo de batalla. Nunca nos hubiéramos dejado sorprender de forma tan vergonzosa. No debemos subestimar a esas mujeres. Quiero que los nuestros marchen como gloriosos guerreros, no como plácidas ovejas; pues sin duda ellas son lobas —expuso Clearco.

—Sí, tienes razón. Y bien es verdad que andábamos relajados, pero también lo es que no esperábamos ataque alguno. La reina Iris de Lesbos así nos lo aseguró —apuntó Leónidas.

—Hipólita llegó sin más, con ello las cosas cambian. Me temo que luchará al lado de las lobas de las estepas y no se cuántas se le unirán —se justificó Iris.

—Esa mujer es diestra en las artes de guerra. No solo es fuerte y poderosa, sino también inteligente. Acabó con un gran ejército en los confines del mundo. Muchos fueron de Micenas los que marcharon a por gloria y oro… y jamás regresaron —aseguró Leónidas.

—De la divina Hipólita los cantos solo relatan gestas y humillaciones sin fin para nuestros reinos, por todos los dioses: ¡Es hija del odioso Ares, azote de mortales! —apuntó Frixo.

—Divina o no, nada podrá contra nuestro formidable ejército, demasiada importancia le dais a esa mujer —apuntó Iris.

—Más de la que tu amada madre le dio —le replicó Leónidas.

Iris quedó en silencio, alzando su vista, visiblemente molesta.

—Mi señora —dijo Kivell, entrando en la tienda—. ¿Me habéis mandado llamar?

—Sí, mi gozosa tabernera de bravo oyzo —contestó Iris—. Fama tienen tus afilados cuchillos. Una misión debes llevar a cabo para bien de tu reina. Traidoras son muchas las que han huido a brazos de quienes asesinaron a sus hermanas y tratan de hacerse con nuestro oro. Es mi deseo te unas a ellas y le cortes el cuello a aquella que llaman Hipólita.

Kivell la miró un tanto confusa.

—Así podrás regresar a tu taberna de Lesbos, junto a tu amada Ermis, con oro y gloria. Estarás agotada de cocinar para estos machos engreídos… ¿No? —apuntó Iris con un sonrisa.

***

—Se dirigen confiados hacía Tríbada, en su camino no han sufrido contratiempo alguno. Seguro que a estas alturas Ainia les ha abierto los ojos. Pero su orgullo les impedirá ver más allá y avanzarán esperando una fácil victoria —habló en alto Andrea, haciéndose escuchar.

—Clearco es el general que comanda el ejército aqueo, su fama es sobrada. Debemos actuar con prudencia, su ejército es numeroso, apenas podremos hacer mella si no urdimos estrategia cierta —apuntó Esmirna.

—Han saqueado las tierras de Ilión y numerosas aldeas a su paso hasta las cárcavas. Pero en Tríbada no hay riquezas. ¿Por qué no marchan hacia Temiscira? —se preguntó Marpesia.

—Buscan el oro de los faraones, el que sirvió para vender a Menalipa —respondió Andrea.

—Se supone que lo cargaba la caravana que salió de Lesbos, mas no había tal oro, todo era una farsa de Iris para deshacerse de sus hermanas —aseguró Hipólita.

Conforme todas quedaban en silencio, meditando aquellas palabras, un pequeño silbido de sorpresa salió de la garganta de Empusa, del cual nadie se percató, excepto su hermana Esmirna, la cual la reconoció de inmediato. Y la observó entre la alegría de verla allí con vida y la desesperación por lo que podría pasar si la descubrían. Sin sus artes de guerra, la vio tan hermosa que le resultaba difícil creer que aquella cara bella e inocente albergara tan oscuro pasajero.

Hipólita se fijó en Esmirna, ya había captado las miradas precavidas que la reina de Abasa dedicaba a la joven sin voz, y también el deseo oculto de su sonrisa cuando cruzaba la mirada con Deyarina. Y sonrió al descubrir el secreto de la doncella muda y el amor secreto de Esmirna.

—Pero si no había oro, entonces ¿por qué lo buscan en Tríbada? —preguntó Pentesilea.

—Creen que allí se halla. Así lo dice Iris, así lo cree Clearco. Seguro que por ello marchan gallardos hacia el Desolado —aseguró Hipólita levantándose—. Deyarina fue guardia de Iris, ella acompañó la caravana del oro que en muerte se convirtió para Mantis y Empusa, ella dirá —afirmó posando la mano izquierda sobre el hombro de Empusa que, inquieta, alzó la vista.

—La caravana fue asaltada por los propios mercenarios de Iris. Nuestras hermanas fueron asesinadas, la mayoría en sus lechos, al igual que Mantis y Empusa. Pero no encontraron el oro, destruyeron los carros sin hallar. No había oro —expuso Deyarina.

—Perdona: aquellas que se erigieron como reinas, ¿las vistes morir? —interrumpió Lysippe rompiendo su silencio y hablando por primera vez.

Empusa temió haber sido descubierta y fue a levantarse.

Hipólita apretó su mano sobre el hombro de la joven, manteniéndola firme en su lugar.

—Mantis fue asesinada ante mi vista y su cabeza metieron en un saco, lo vi. En otro metieron la de Empusa. No pude verla. Pero su cuerpo mutilado apareció en el bosque, junto a su temida espada de Oriente que hoy guarda nuestra divina reina.

¡Lamia!, pensó Empusa. Sin duda la habían confundido con su amante Lamia.

—Continua, por favor —dijo Lysippe bajando la cabeza y volviendo a su silencio.

—Mantis pagó caro por la muerte de tu hijo —apuntó Esmirna con palabras sentidas.

—Tanais no volverá, mi pena no halla consuelo —matizó la vieja reina de Temiscira.

En toda la carpa se hizo un momento de respetuosa amargura.

—Iris usó el oro que recibió por mi hermana Menalipa para dividir a las hijas de la luna, erigirse como reina y hacerse con un ejército de mercenarios. Complació el ego de Mantis y Empusa con reinos que no compartiría, manteniéndolas lejos de sus argucias. Compró la voluntad de Ilión y sedujo al general Clearco, quien le dará Tríbada, Temiscira y cuanto se le antoje. Ese oro es la fuente de su poder, sin el preciado metal no es nada. Por eso lo mantiene oculto. Ahora no lo necesita, pues usando solo su nombre mueve un ejército y elimina a quién le estorba —aseguró Hipólita sin quitar la mano del hombro de Empusa.

—Debemos rescatar a la bondadosa Menalipa, devolveremos ese oro. Pero ahora hemos de batallar contra el poderoso Clearco todas las hijas de la luna…¡unidas! Y como bien ha dicho la divina Hipólita, ahora todas, todas, somos hermanas. Atrás quedó el pasado y sus errores que tanta pena trajeron —dijo Esmirna fijando sus ojos en Hipólita.

—Razón llevas en tus palabras. Rescataremos a mi hermana, presa no ha de estar. Ahora centrémonos en los atroces invasores y por supuesto: todas somos hermanas, es mi voluntad. Atrás ha de quedar el odio y el rencor —contestó acariciando la cabeza de Empusa.

—¡Sea pues! —exclamó Esmirna, dando por perdonada la vida de su hermana.

—Pero tienes por bien cierto que necesitamos lo que solo tú puedes darnos: el ejército imperial de Huzzia —aseguró Hipólita—. Antíope saldrá de inmediato con tu ofrenda y ruego. Mientras, podemos retrasar la marcha de Clearco, castigar duro sus filas… No podremos vencerle, pero les daremos fuerte y frenaremos su marcha.

—Cuenta con ello, Huzzia no me abandonará —replicó Esmirna.

—Valientes sois, mas no olvidéis a Atenea —apuntó Europa—. Tal cual lechuza, la ira convierte la esclera blanca de sus ojos por entera en oscura muerte. Su nombre es Palas Atenea, hija de Estigia y del propio Zeus. Vivió con Palas, gigante a quien la piel arrancó y usa como égida humana. Es divina y poderosa, tan despiadada como su hermano Ares, azote de mortales.

—Como bien dices, es buena guerrera, atroz —apuntó Pentesilea—. Pero también es sabia e inteligente, de ella debemos cuidarnos y mucho. Difícil será enviarla al Olimpo.

—¿Por qué una divina les acompaña en esta causa? —expuso Esmirna.

—Se siente conmovida por las desgracias que Poseidón cernió sobre las fratrías aqueas en forma de diluvio. Como bien sabéis, gran desdicha cayó sobre ellas cuando la veneraron como protectora de Atenas, diosa gloriosa. Pasada la gran tormenta que arrasó sus tierras, guía los pasos de sus hijos para darles de nuevo gloria y riquezas —apuntó Pentiselea.

—¿Cómo podremos luchar contra tal mujer, divina y guerrera? —insistió Marpesia.

—Solo otra divinidad podría acabar con ella —contestó Europa y fijó la vista en Hipólita.

***

—Formaremos una gran columna con la fuerza principal y dos pelotones marcharán en retaguardia, cubriendo nuestras espaldas. Dos secciones formarán avanzadillas Solo el tiempo es nuestro enemigo, tenemos que avanzar rápido. Cuando el rey Huzzia sepa de nosotros, debemos estar festejando nuestra victoria en Temiscira a salvo del ejército imperial —dictó Clearco.

—No son muchas las lobas que nos acechan, esperaron la noche y urdieron un cebo. No es típico de un ejército en verdad, sino de Ainia. Ese debe de ser su objetivo, retrasar nuestra llegada a Tríbada. Es posible que otras se hallen allí escondiendo nuestro oro —comentó Iris tratando de integrarse en aquella conversación de hombres.

—No te preocupes, mi reina. Tú nos llevarás hasta Tríbada sin desfallecer en ese desierto y yo mismo coronaré tu cabeza con una hermosa diadema adornada con piedras preciosas y bañada con la sangre de las lobas que no besen el suelo que pises —aseguró Clearco.

—Disponemos de un poderoso ejército, la fuerza y destreza de miles de soldados. Si Hipólita es sabia en artes de guerra, evitará la lucha cuerpo a cuerpo. Atacará en la mañana, cuando el sol se alce tras ella y nos preparará emboscadas cobardes en las que no hemos de caer. Lucharán en la distancia, como salvajes sin honor, con sus arcos y flechas —apuntó Frixo.

—¿Y los hijos de Poseidón? Buscarán arrollar nuestros soldados con la fuerza bruta de sus caballos. Al igual que las lobas, ellos cabalgan y van armados de largas picas y relucientes corazas; debemos prepararnos para ello —expuso Leónidas.

—Clearco, como bien habéis dicho, esas lobas preparan cebos esperando la mordida, pues es la única forma de mellar nuestras filas, las de un poderoso ejército en formación. Mas no esperarán que seamos nosotros quiénes urdamos emboscadas. Debemos aprovechar tal situación, con un buen golpe, podríamos acabar con ellas antes de llegar a Tríbada —apuntó Ajax.

—Has dicho bien, golpearemos como un ejército… Pero como ellas, también urdiremos en su guerra sucia y veo que algo interesante tramas —dijo Clearco.

***

—No nos esperan como ejército, se sienten vencedores, esa es nuestra baza. Pero hay otra muy interesante: el Desolado —aseguró Hipólita sentándose de nuevo en el escabel.

—El Desolado nos ayudará contra ese ejército de machos que avanza fuerte. No saben donde se meten. Marchan confiados sin mirar al frente, sin mirar atrás. Podríamos esperarles ocultas y asestarles duros golpes que desconcierten su camino —dijo Marpesia.

—No olvidemos que Iris marcha con ellos, conoce el camino a Tríbada. Les llevará directos, no andan perdidos —apuntó Esmirna.

—Sus artes de guerra son pesadas y marchan a pie, nosotras cabalgamos veloces sobre caballos. Su fuerza es el número, el poder de la formación y las largas lanzas. La nuestra ha de ser la velocidad y el dardo, la muerte en la distancia —añadió Hipólita.

—Ainia debe estar entreteniéndoles con emboscadas mortales. Pero no podrá retenerlos por mucho tiempo, necesitará ayuda. Debemos avanzar. Presentemos batalla en las cuevas del Desolado, donde podremos vencer —aseguró Andrea.

—No creo que nos convenga presentar batalla, no podremos retenerles y el cuerpo a cuerpo decidirá la suerte a su favor. Mejor hostigarles en campo abierto, donde estemos a salvo de sus lanzas, donde podamos flecharlos en la distancia —insistió Hipólita.

—Avanzan conscientes de las emboscadas de Ainia, mas no esperan la carga de un ejército. Podríamos realizar una carga única, rápida, sobre el punto que más nos conviene: el agua. Sin agua, muy duro les resultará el Desolado aunque no anden perdidos —añadió Marpesia.

—Sea pues, es buena estrategia. Les daremos duro y cada una de nosotras tendrá su misión. Tras el golpe, el desconcierto no debe cesar sobre la columna aquea, que no puedan relajar sus mentes ni cuerpos, les mantendremos en tensión —ordenó Hipólita.

—Mi reina, lucharemos hasta el final —dijo Andrea, con orgullo.

—Tu cometido es otro —apuntó la divina reina—. Debes marchar a Tríbada, sacad de la urbe a las ancianas, a las niñas, a las madres que amamantan y mantenedlas a salvo en los bosques de Oriente. Que te acompañen Imperia, Íbero y la joven sin voz, Flor.

—¿Oriente? —preguntó Andrea mientras Imperia y Empusa fruncían el ceño.

—Llegados a Tríbada, los aqueos marcharán rápido hacia Temiscira. No os seguirán hacia el reino de Huzzia, donde estaréis seguras. Debes proteger las vidas de nuestra gente.

—Así será —aseguró Andrea.

***

Tras un día de dura marcha por el abrasador desierto, los hombres de Clearco suspiraban por un descanso arrastrando sus pies, abrasados bajo sus escudos y corazas de bronce, con sus lanzas en los hombros y el destellante yelmo sobre sus cabezas. Atrás quedaba el bosque y las cárcavas; no se veía vida alguna, solo tierra quemada, caliente como el aire que la llenaba.

Oculta tras una loma, como loba astuta y con el cuerpo pegado a tierra, Ainia observaba cada movimiento de la columna aquea esperando su oportunidad. Y les vio dirigirse hacia las palmeras del Desolado, un pequeño oasis con abundante agua que nacía de un manantial subterráneo, donde hallarían agua y descanso. Iris los guiaba sin peligro alguno de perderse.

Y entonces…

—¡Siguen adelante! —exclamó Ainia con asombro.

El ejército de Clearco pasaba, sin parar, ante las palmeras del Desolado. ¿Cómo podía ser? Morirían todos si se atrevían a cruzar el desierto sin agua. Como respuesta a sus interrogantes, treinta carros cargados de grandes barriles y tirados por mulas, con una docena de lanceros como guardia, giraron hacia el oasis mientras el resto de la columna seguía su avance. Tenían prisa por llegar a Tríbada. Así, confiados, no paraban la marcha mientras los carros se aprovisionaban de agua, pues tras ellos, en la distancia, se acercaba la compañía de retaguardia.

Ainia se levantó rápido y corrió hacia las suyas, que tras las lomas aguardaban.

—¡De prisa! ¡Destruyamos esos carros, sin agua no podrán enfrentarse al Desolado! ¡Tenemos un tiempo precioso hasta que lleguen! No mucho: ¡el justo!—exclamó.

Alejada la gran columna aquea, las lobas cabalgaron por la reseca tierra a galope hacia el oasis, tensando sus arcos y levantando una polvorienta estela que las delató pronto. Los aqueos, a pie del manantial, observaban la llegada de aquella nube, muerte sin duda, y corrieron entre las palmeras buscando resguardo. Ainia y sus lobas llegaron ante los barriles y sonriendo, hundió con fuerza su labrys en uno de ellos.

—¡Destruidlos, rápido! —gritó.

Al crujir de la reseca madera, las tapas de los barriles se alzaron y salieron dos guerreros de cada uno de ellos. De los matorrales saltaron numerosos soldados rodeando a las lobas y sin mediar palabra, lanzaron sobre ellas rápidamente sus picas de bronce.

—¡Salgamos de aquí! —gritó Ainia con desesperación al ver la emboscada.

Las lanzas de los espartanos de Lacedemonia ensartaron a las guerreras cuando trataban de atravesar el matorral en busca del desierto. Un golpe de sangre manchó el pecho de Ainia, dos lanzas crujieron en el aire, la primera mordió en su hombro, arrancándole el peto y abriendo sus carnes; y la segunda, plantada en tierra y presa de un fornido soldado, se hundió en el pecho del caballo, que dando un relincho estremecedor cayó de costado.

—Ah, malditos —susurró Ainia en tierra, sabiéndose atrapada, y tratando de incorporarse vio a un general espartano acercarse, el cual, sonriendo, se erigía victorioso ante ella. Más allá pudo ver a una guerrera alejarse; al menos una había logrado salvar la vida.

—Eres Ainia, la Loba de las estepas. ¿No es cierto? —le preguntó el general espartano. Luego se agachó y le acarició su larga melena rubia de tintes rojizos; y tiró del cabello con el puño, fuerte, acercando el rostro de la guerrera hacia el suyo.

La valiente reina no dijo nada. Le mantuvo su mirada, maldiciéndole en silencio.

—Sí, eres Ainia. Buen presente para Clearco, hará feliz a la reina Iris. ¡Amarradla bien, que es loba peligrosa! —exclamó Ajax y la soltó tras escrutar su mirada.

Ainia se incorporó ayudada por dos soldados y mió a su alrededor, viendo a los guerreros espartanos jactándose de la victoria y a sus guerreras muertas en la arena terrosa del oasis.

—¡Mátame! —suplicó.

—No esperabas ser víctima de tus propias artes ¿verdad? En la noche llegamos con la avanzadilla y mientras ellos continuaron, nosotros nos escondimos para prepararos un buen recibimiento. Sabía que no podrías dejar de lado un cebo tan suculento —le comentó Ajax.

—¡Te mataré! —exclamó ella.

—No creo, de gloria te cubriste con tus victorias, Loba, y por ello te respeto como guerrera. Pero hoy no eres cazadora, sino presa abatida.

Ainia, sin poder aguantar más, desfalleció presa de su dolor, doblando una rodilla.

—Capitán, llevadla ante el médico, que le limpie la herida —dijo observando su hermoso rostro y aquellos ojos verdes que le miraban tímidamente, colmados de dolor, llenos de gloria.

—Si en verdad me respetas como guerrera, dame honor con tu pica. No permitas que Iris se cebe con mis carnes y que alimento de perros sea —insistió Ainia.

***

El ejército aqueo descansaba junto a una ladera, a resguardo de la helada nocturna. En la más espaciosa de las tiendas, desde donde se observaba la llanura inmensa del Desolado, se instalaron Iris y Clearco.

—¡Mi señor, los espartanos regresan! —gritó un capitán de la guardia—. Cuentan que traen el agua suficiente para atravesar el desierto por dos veces o más. Pero de lo que más se jactan es de haber derrotado a la Loba: presa la llevan.

—¡Ainia! ¡Por fin! ¡Hay que verlo! —gritó Iris y corrió excitada, seguida de su amado y de la guardia, hasta llegar al límite del campamento, donde recibieron a Ajax.

—Mi general, ya no hay loba… ¡Domada está! —exclamó.

—¡Dame su cabeza! —saltó Iris.

—Clearco, León de Micenas, gran general, como bien sabes, la reina Ainia es botín de espartanos. Ley de guerra, honor de victoria, como me corresponde —respondió Ajax. Hombre de casta y honor militar, una idea que había ido devorando su mente, mientras pensaba en los hermosos ojos de Ainia y en su orgullo de guerrera, afloró en el jefe espartano: no podía entregar a la gloriosa Loba a tan cruento destino y más, viéndolo tan cierto.

—¿Qué estás diciendo? ¡Dame su cabeza! —ordenó Iris.

Empuñando su arma, Clearco avanzó decidido hacia Ainia.

—¿Qué vas ha hacer? —se alzó la contundente voz de Atenea, frenando el ímpetu del comandante—. En verdad, la Loba es trofeo justo de espartanos. ¿Acaso no puedes mantener el respeto debido a tus generales ante los caprichos desmedidos de tu concubina?

—¡Yo no soy concubina! ¡Soy reina! —respondió Iris, herida en su orgullo.

—Pues hazte respetar como tal. La Loba pertenece por derecho de armas al general que la domó: Ajax. Y no desea ofreceros su cabeza, nada más que decir —aseguró Atenea. Luego miró de soslayo a Clearco, censurándole, y marchó.

—Tuya es, Ajax, como en ley marcial te corresponde —dijo Clearco. Después se volvió y, junto a su guardia, tomó el camino de regreso a su tienda.

Iris se quedó frente a Ainia y sola se encontró, rodeada de espartanos.

—Pronto tu cabeza será mía —susurró maliciosa.

—Marcha de aquí, sin la sombra de Clearco no eres nadie —le espetó Ajax.

Iris abrió sus ojos para entrecerrarlos con rabia y se volvió. Deseaba la cabeza de la Loba y también la aquel general espartano que la había humillado.

Ajax observó cómo se alejaba Iris, malhumorada. Se giró para ver a su prisionera: las piernas le temblaban, apenas podía mantenerse en pie, el trapo que vendaba su herida estaba enrojecido, la sangre se deslizaba por su vientre salpicando el suelo que pisaba.

—¿Por qué me has salvado de mi cruel destino? —preguntó Ainia, dolida.

—No era tu destino —dijo Ajax—. ¡Lleváosla y que los médicos sanen esa herida!

Capítulo 21

EL RESCATE DE AINIA

Iris rondaba inquieta en el lecho, no podía dormir. Puso la mano en el vientre de Clearco, lo acarició y apoyó la cabeza sobre su pecho.

—¿Por qué no han obedecido? ¿Por qué? —preguntó.

—Atenea tiene razón. Mas no desesperes, mi amor. Ainia está presa, ya no es enemiga temida, sino esclava de espartanos. Como trofeo de guerra le corresponde a Ajax decidir su destino; obligarlo a matarla no favorecería su respeto hacia mí como comandante, más bien todo lo contrario. Debo respetar los derechos de guerra de los generales que me acompañan: el botín es de quien lo gana y se reparte en su justo designio. Nos dio agua, venció… Suya es la Loba.

—Divina o no, comienzo a odiar a esa mujer.

—No te preocupes por Atenea. Arrasada Tríbada marchará con gloria y riquezas a las tierras de Ática, a reir con el rey Cécrope. Nuestra será Temiscira, nos alzaremos con nuestros soldados y serás reina respetada. Ahora ven, bésame, descansa tu ira.

***

Desde las cavernas del Desolado, vestigios de tiempos remotos, Gadir observaba las luces que se dejaban ver desde el campamento aqueo como un suave halo amarillento en el horizonte.

—Es un gran ejército, mi noble amigo. Sudaremos sangre —apuntó Tarss.

—Mi señor, traigo nuevas de Ainia. ¡Ha sido apresada! —exclamó Senil, el viejo guía, acompañado de una guerrera marcada por la fatiga del rápido galopar.

—¡Ainia está presa! ¡La matarán! —exclamó la guerrera, apresurando sus palabras.

—Debemos rescatarla —apuntó la veterana Sria, que hacía de guía a la caballería atlante.

Gadir buscó a su general con la mirada.

—No podemos atacar a ese ejército solo con nuestras tropas. Sería un suicidio —contestó Tarss, lamentando tan trágica noticia.

—¡Debemos hacer algo! ¡Ayudadnos! Habéis cruzado el mundo para ello ¿no? ¿O la vais a abandonar a su suerte? —preguntó Sria.

—No la abandonaremos, mas no será una acción suicida —aseguró Gadir y se dirigió hacia la guerrera que había sobrevivido—. ¿Sabes en que parte de la columna aquea se halla?

—Está presa de los machos sin coraza, los que portan capas rojas; la llevan en un carro al lado de su general —informó la guerrera.

La poderosa formación aquea comenzó su marcha al amanecer; compacta, nada temía. Llegó hasta el extenso mar de sal, resplandeciente al viento con los primeros rayos del sol como una alfombra de blanca nieve. Quedaron impresionados: allí nada vivía, todo moría.

—Ahí se halla la muerte cierta para los que se atreven a desafiar al Desolado. Pero no temas: conozco los pasos que nos llevarán por el buen camino. Además, agua no nos falta. Pero ligero ha de ser el paso —expuso Iris tendiendo la mano ante el desalentador desierto.

—Marchemos pues, el día será largo y penoso en esta reseca tierra —ordenó Clearco.

—Más allá encontraremos acomodo en las viejas cuevas de los hombres salvajes. A buena marcha, debemos alcanzarlas antes de que anochezca —expuso la reina.

La enorme columna penetró en el desierto como si fuera una gran serpiente de relucientes destellos. Un suave viento acariciaba la cara de los soldados dejando la sal volátil en sus labios, párpados y sienes sudadas. Pronto se dejó notar el abrasador sol y la marcha se tornó un caminar penoso en una tierra sin horizonte. Solo Iris marchaba tranquila, junto a Clearco, en un carro de guerra. Cada formación avanzaba con sus capitanes al frente, distinguiendo sus estandartes. Los generales acompañaban la cabeza de aquel ejército que no se detenía, al lado de su comandante. Solo faltaba Ajax, el cual se hallaba con sus guerreros de Lacedemonia: dos mil hombres de largas lanzas, grandes escudos y valor sin igual. Y el motivo tenía un nombre: Ainia.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó el general espartano a uno de sus médicos, observando el delirio de la valiente reina y su belleza, tumbada en un carro de provisiones, sobre cueros de cabra y con una gruesa tela proporcionándole sombra.

—Está mal, mi señor. No sobrevivirá. Perdió mucha sangre.

—Cuida su vida como si fuera la tuya. Si vive recibirás grandes regalos, si no yo mismo te arrancaré el corazón. Es mujer sin igual, ha de ser mía —le dijo sin apartar la vista de ella.

—Es mujer brava, asesina de hombres y Loba. Mal habéis elegido, mi señor.

En la cabeza de la formación, Atenea permanecía pendiente de cuanto acontecía, desde su carro tirado por tres caballos blancos. El horizonte se difuminaba, perdiéndose de la vista entre la bruma de aire caliente que desfiguraba las formas. Pero los ojos negros de la diva atravesaban el espacio como rapaz en las alturas y pronto se percató de un destello extraño.

—¡Los hijos de Poseidón! —exclamó.

—¡Rápido, plantad los escudos! ¡Alzad las lanzas! ¡Aquí se hallan los gloriosos hijos de Zeus esperando la batalla! —gritó Clearco.

La columna se paralizó y los soldados se prepararon para el envite. Pero nada acontecía. Los hombres miraban al frente, a los lados, detrás. Sus frentes sudaban y el sabor salado

acumulado en los labios resecaba sus gargantas. El calor del abrasador desierto aumentaba con el mediodía, los petos y corazas de bronce les quemaban la piel y el aire cálido atormentaba su respiración. La cabeza les ardía bajo los yelmos adornados de crines. Sus manos sudorosas templaban con fuerza las lanzas mientras largos surcos de sudor descendían por sus brazos.

Atenea permanecía inmóvil, mirando al frente, con una mano posada en el hombro de su auriga y la otra firme en su lanza. Giró la vista hacia uno de los lados de la columna y ante sus ojos apareció un destello fulgurante. Entre la bruma del horizonte, la caballería de Gadir en formación de diez y directa hacia la tropa espartana, pasaron veloces a cien pies ante ella, ignorando sus armas y los hombres de cabeza que permanecían firmes tras sus picas y escudos.

—¡No vienen a batallar, tratan de rescatar a la Loba! —exclamó Atenea.

El choque fue brutal, los cuerpos de los espartanos salieron despedidos ante el colosal empuje de la caballería de Gadir. Como un rayo, se incrustó en la columna en un solo punto con toda su fuerza, atravesándola, creando desconcierto y dejando docenas de muertos. Las lobas de Sria que guiaban a los atlantes, aprovecharon la brecha y buscaron a Ainia con desesperación.

—¡Vamos! ¡El tiempo apremia, retrasarse es morir! —exclamó Tarss.

Atenea corrió rápido, seguida del grueso de la formación aquea que, repuesta de la sorpresa y descubierto el objetivo de los hijos de Poseidón, comenzó un movimiento envolvente sobre la brecha abierta entre los espartanos, tratando de cerrar la huída a la caballería atlante.

—Se retrasan, quedarán atrapadas —aseguró Tarss en su retirada.

—Tenemos que sacarlas de ahí, morirán si las envuelven —dijo Gadir temiéndose lo peor.

Y comenzó una nueva carga arrastrando tras de sí la caballería atlante, cargando sobre los soldados espartanos y apremiando a las hijas de la luna. Pero era tarde, no existía el factor sorpresa: los soldados aqueos plantaron los enormes escudos en tierra, formando un muro de bronce infranqueable y sacudieron sus largas lanzas. Los soldados de Leónidas comenzaron a cerrar el círculo, azuzados por Atenea, mientras los argonautas avanzaron para socorrer a los espartanos. En el centro quedaban los hombres de Gadir y las lobas de las estepas.

Ainia alzó la cabeza, viendo la lucha, sufriendo la suerte de las que morían por tratar de liberarla. Sin poder hacer nada, gritó su impotencia. Volvió la vista atrás y un golpe de sangre cubrió su rostro: Ajax luchaba vigoroso dando muerte. Trató de alzarse, pero el dolor de la herida la consumía y cayó del carro a tierra, sollozando.

De pronto, desde Oriente, a favor del sol, un ejército inesperado de caballería surgía poderoso de la nada para arremeter contra la formación aquea.

—¡Por Zeus, cubrid la retaguardia! —gritó Atenea, furiosa al verse sorprendida.

—¡El agua! —exclamó Clearco.

Gadir levantó la vista, tan sorprendido como sus enemigos, pues nadie esperaba aquella violenta irrupción que golpeaba contra los carros de víveres. Eran Esmirna y Pentesilea, que valientes se hallaban al frente de la caballería pesada de Abasa y Tracia arrasando hombres, armas y carros con su violento empuje.

—¡Defended el agua! ¡Rápido, a la retaguardia! —ordenó Clearco.

Una lluvia de saetas cubrió el cielo. Marpesia y las guerreras de Temiscira azotaban con sus dardos la cabeza de la gran columna, creando el desconcierto en toda la formación. La tenaza que mantenía acorralado a Gadir se abrió. A contraluz surgió Hipólita frente a los carros de Atenea y los generales, acompañada por Deyarina y su guardia, y en su veloz galope lanzaron los venablos.

Las miradas de Hipólita y Atenea se cruzaron momentos antes de que la diva frenara el venablo que buscaba su corazón, con un rápido movimiento de brazo, atrapándolo con la mano. Clearco agachó su torso y el venablo que buscaba su vida se hundió en el pecho del auriga. Iris fue herida en el hombro derecho y cayó a tierra envuelta en gritos de dolor. Leónidas, el general de Micenas, salió arrastrado del carro por el venablo que crujió su cráneo. Frixo de Argos quedó con el vientre hendido, sentado en su carro, malherido en brazos del auriga.

Atenea observó tal despropósito y posó altiva, desafiante ante la mirada de Hipólita. Luego, resoplando con los ojos entrecerrados, negros como carbones, partió el venablo sobre su muslo con un golpe brusco y saltó del carro templando su larga lanza. Hipólita la estudió por un momento y alzándose Zaino sobre los cuartos traseros, se volvió y galopó veloz con su guardia, perdiéndose en el horizonte, al amparo del sol, tan rápido como había aparecido.

En el centro de la columna, Ajax se mantenía firme, luchando contra los atlantes que iniciaban la retirada aprovechando aquella oportunidad. Y vio cómo una guerrera corría hacia Ainia. La ensartó con su lanza, impidiendo que llegara hasta la loba herida.

—Tarss, salgamos de aquí o enterrados entre aqueos quedaremos por nada… ¡Ahora, carguemos duro en nuestra salida! —gritó Gadir con pena profunda en su corazón, observando a Ainia en el suelo, envuelta en sangre, dándola por muerta.

—¡Huid como cobardes, malditos! —exclamó Ajax agitando su lanza al aire.

La expresión de alegría del general espartano, al verles abandonar la batalla, dio paso de pronto a la mirada piadosa de quien es presa de la muerte sin comprender. La punta del mortal bronce asomaba a través de su pecho desnudo. Cayó de rodillas y volvió la vista atrás para encontrar la mirada cansada de Ainia.

—Te dije que te mataría, bien sabías quién era —apuntó ella mientras doblaba la rodilla.

Los hombres de Ajax, colmados de ira ante la muerte de su general, avanzaron con las picas enfilando a la Loba. Una punzante agonía se hacía presa en ella con cada nueva herida, con

cada nuevo zarpazo: en el vientre, el costado, el pecho… Las afiladas picas se hundían en sus carnes clamando venganza, desgarrando su vida. Y su mente voló entre el sordo sonido del bronce ahondando en su cuerpo. Evenor, su único amor, la envolvía de nuevo con sus fuertes brazos en una playa cálida de cristalinas aguas. Cerró los ojos y una gruesa lágrima se deslizó por su mejilla en su último recuerdo: el querer de su amada hija.

En la retaguardia, las tropas de Esmirna y Pentesilea abandonaban la batalla cabalgando veloces. El ataque había sido tan rápido como eficaz, dejaban atrás hombres y bestias en agonía, desconcierto y docenas de carros destrozados, vertiendo agua en la sal del sediento Desolado.

La caballería atlante, guiada por Sria, galopó de regreso hacia las cuevas trogloditas del Desolado. Atrás dejaron el ejército aqueo, donde gemían los heridos y reinaba la confusión. En la mente de Gadir una sola visión marcaba su regreso, Hipólita les había salvado al irrumpir sobre la retaguardia del enemigo. Y aceleró su galope ante la inquietud por abrazar a su amada.

El sol descendía cuando Gadir llegaba a las cuevas. La blanca sal dejaba paso a una tierra rojiza, de matorral aislado y lomas que formaban pequeños barrancos de roca agrietada. Pero allí no estaba Hipólita, sino Antianira que regresaba en busca de su reina con el resto de las guerreras de Ainia, las cuales se alzaron como lobas al verles en la distancia. Recién llegadas del norte, no conocían a los guerreros de destellantes corazas que cabalgaban con trote marcial hacia ellas.

—¿Quiénes son? No parecen aqueos y…¡cabalgan!

—Tampoco son teucros ni hititas. ¡Tensad vuestros arcos! —exclamó Antianira.

Las lobas escalaron la loma y apuntaron sobre la caballería atlante que avanzaba confiada. Antianira tensó su arco de astas, esperando el momento justo con el que flechar la columna, midiendo sus pasos, la distancia mortal de la fuerza de sus dardos.

—¡Una de las nuestras avanza junto a los machos de relucientes corazas! ¡Al frente! ¡Mirad! ¿No es Sria? —gritó una de las lobas—. Presa no marcha.

—Sí, es Sria —confirmó Antianira fijando la mirada en aquellos extraños.

Gadir avistó a las guerreras y quedó sorprendido ante su actitud hostil, con las cuerdas de sus arcos tensas, sin dejar de seguirles conforme se adentraban entre los pasos de las cuevas.

Sria llegó hasta ellas y de un salto, descabalgó.

—¡Antianira! ¡Al fin has regresado! ¿Os acompaña la divina Hipólita? —preguntó.

—¡Hermana! ¿Dónde está Ainia? ¿Y las demás?

—¿Dónde se halla mi amada Hipólita? —preguntó Gadir acercándose hasta Antianira que, esperando respuestas y sorprendida ante los guerreros, no alcanzó a contestar.

—Son hijos de Poseidón, atlantes, y batallan por Hipólita, por nosotras —aseguró Sria.

La capitana sonrió con una mueca extraña de sorpresa.

—¿Y nuestra reina? —preguntó, volviendo sus palabras sobre Sria.

La veterana guerrera calló, bajó la cabeza y miró con tristeza los ojos de Antianira, la cual alzó su rostro descompuesto al aire con un sentido dolor que embargó su alma.

—Solo yo vivo de las nuestras —aseguró Sria con denotada tristeza—. Ainia me ordenó acompañar a los atlantes a salvo hasta las cuevas, pero cayó presa e intentamos rescatarla. Las demás hermanas y muchos atlantes murieron batallando. No pudo ser.

—¿Dónde se halla Hipólita? En batalla la vimos… —insistió Gadir.

—Hipólita no vendrá, debemos marchar hacia Tríbada —apuntó Imperia, apareciendo de pronto entre las lobas, pálida ante la escuchada muerte de Ainia.

—¡Imperia! —exclamó Gadir al verla.

Ambos estrecharon sus brazos y un sincero beso captó la atención de Antianira.

—¿No vendrá? ¿Qué quieres decir? —preguntó Gadir, limpiando las lágrimas que brotaban de los hermosos ojos de la joven guerrera.

—Mi cometido es guiar a las gentes de Tríbada a un lugar seguro y salvaguardar sus vidas antes de que llegue el ejército invasor. Hipólita guía los ejércitos de Abasa, Tracia y Temiscira, atacará incansable la marcha de Clearco, en el Desolado, donde los aqueos son vulnerables.

—Entonces debo partir, mi lugar está junto a ella.

—¡No! ¡Debes acompañarme a Tríbada! —exclamó Imperia—. Muerta Ainia, solo un ejército como el tuyo podrá ayudarme a poner a salvo a sus habitantes. Acompáñanos, si quieres ayudarla es la mejor opción.

—La divina Hipólita sabe lo que hace y no la hallarás en el inmenso mar de sal, antes moriréis todos bajo el azote del sol —expuso Antianira, sin saber bien cierto quién era aquel general tan atractivo y gallardo.

—¿Ainia? ¿Ha muerto? —preguntó Andrea, temblando su alma, con el mentón encogido y los ojos nublados a punto de romper ante la respuesta sabida. La acompañaba Europa y la irreconocible Empusa, hecha inocente doncella.

—Sí, la gloriosa Ainia, la Loba de las estepas ha muerto —confirmó Sria con voz amarga.

Andrea cayó de rodillas y rompió a llorar apoyada en Europa.

—Te necesitamos —aseguró Imperia—. Equidna galopó rápido para avisarlas de lo acontecido. Pero sin Ainia, quizás necesitemos de tu fuerza, pues las bravas de Tríbada eran fieles a la atroz Empusa y no sabemos cómo reaccionarán ante la muerte de su reina.

Empusa alzó una ceja con una expresión seria.

—Debes acompañarnos, protegernos. Hipólita llegará en unos días. Es la mejor opción.

Gadir, sin estar muy conforme con la decisión, asintió.

Antianira tomó de la muñeca a Sria.

—¿Quién es ese macho? —le preguntó con disimulo.

—Es Gadir, rey de Gaderia, el esposo de la divina Hipólita —contestó.

—¿Esposo? —se preguntó Antianira con cierta sorpresa.

La incursión de Hipólita había supuesto un duro golpe para la moral aquea. La humillación sufrida de nuevo era sentida entre sus hombres. Ajax había muerto, Leónidas también y Frixo se hallaba herido. Habían perdido numerosos carros de avituallamiento y gran parte del agua. Pero Iris sonreía a pesar de hallarse herida: Ainia, la Loba de las estepas, estaba muerta.

—No tardaremos en llegar a las cuevas, aguantad mi general. La avanzadilla ha de estar en la cima. Si nos espera Hipólita, no nos ha de sorprender —aseguró Iris.

—Nada de ello esperábamos y muchos de los nuestros han muerto. Dime, reina Iris: ¿nos espera más batalla en Tríbada? —preguntó Atenea desde su carro, aproximándose a ella.

—Hipólita ha logrado unir a las bravas de Abasa, Tracia y Temiscira… Sí, es posible que en Tríbada no seamos bien recibidas. Pero nuestro ejército es muy superior al que ellas puedan tener jamás, no son enemigo temible.

La divina de ojos de lechuza miró hacia sus soldados, el cansancio les vencía, el paso por el desierto de sal resultaba terrible. El tórrido sol del día había aplastado la resistencia de tan aguerridos soldados y los golpes recibidos los mantenían en tensión.

—Pero este desierto sí es enemigo temible —aseguró Atenea.

—No te preocupes, en las cuevas hallaremos un manantial. Será suficiente, repondremos resuello y en Tríbada calmaremos la sed, pues es nacimiento de un arroyo de cristalinas aguas. Por ello allí habitan las hijas de la luna.

Clearco se mantuvo firme, sin argumentar palabra. El golpe había sido demasiado duro para su orgullo guerrero.

—Te rogué que acabarás con Ainia: las lobas son imprevisibles y por ello peligrosas. No hay honor en la batalla perdida, solo hay gloria ante el enemigo muerto —comentó Iris.

—Debí entregarte su cabeza. El glorioso Ajax viviría, pues nadie hubiera tratado de rescatar a una muerta —asintió Clearco.

Atenea miró a Iris con ira contenida, triste por la muerte del general espartano. Molesta con Clearco, no cabía en su pensamiento el fervor que aquella reina despertaba en el que hasta entonces había sido su más devoto general; sabía que él no buscaba oro y gloria para las fratrías aqueas, sino un reino para colmar las ambiciones de esa mujer. Y eso la enfurecía.

—Debiste guardar bien a tus generales y hombres, pues su comandante eres. Ajax viviría y Ainia también. Escucha tu orgullo guerrero en vez de gozar de placeres que en campaña solo son muerte. La marcha debía ser un paseo marcial, libertadores éramos y hemos de darnos cuenta que somos invasores. Ainia ha muerto, era la única amenaza; y sin embargo aquí nos vemos atacados por los hijos de Poseidón, las guerreras de Esmirna, Pentesilea y Marpesia… Y seguramente por las bravas de Tríbada —aseguró Atenea.

—La llegada inesperada de Hipólita alteró nuestros planes —contestó Iris.

—Era de suponer que no permanecería en silencio ante la suerte de su hermana.

—¿Acaso alguien creyó que una leyenda se hiciera realidad? Nadie pensó que esa mujer aparecería en nuestro camino, ni tan siquiera que se hallara viva.

—¡Mirad! ¡Allí! ¿Qué es eso? —exclamó Clearco.

A la derecha de la columna apareció una multitud de lucecillas de color amarillento rojizo, que se alzaron al aire, subiendo muy alto, para bajar súbitamente como estrellas caídas del cielo.

—¡A cubierto! ¡Son dardos en llamas! —exclamó Atenea.

Un fuerte silbido acompañó la nube de fuego que se abatió sobre ellos, los lanceros se protegieron bajo los escudos alzándolos a su derecha. El impacto fue duro, la mayoría de las saetas cayeron sobre los carros de provisiones y los caballos de tiro, otras lograron atravesar las defensas, matando. De nuevo se concentraba el ataque sobre la columna de retaguardia. Pero esta vez la formación aquea no se deshizo y tomaron posiciones templando sus lanzas por encima de los escudos que, plantados en tierra, les protegía de la lluvia de dardos.

Apenas había caído la última saeta en llamas, los guerreros asomaron sus rostros entre los escudos, esperando el ataque. Un nuevo zumbido les alertó, pero esta vez las saetas llegaron de la izquierda, sin fuego que las delatara, atravesando las espaldas de los soldados.

—¡Cubríos, nos acosan desde ambos lados! —gritaban los capitanes aqueos.

Después, el silencio. Apenas había durado nada el ataque. Pero sembró de muerte e inquietud toda la columna aquea. Los gemidos de los heridos se oían en el aire, acompañando las llamas prendidas en carros y enseres.

—¡Maldita sea! ¡Apagad ese fuego! —ordenó Clearco.

—Tratan de ralentizar nuestra marcha causando desconcierto, cargándonos de heridos y prendiendo víveres. Tenemos que salir de este desierto antes de que el sol abrasador vuelva a caer sobre nosotros —advirtió Atenea bajando su escudo, en el cual, clavadas, ardían tres saetas.

—¡Cobardes! No se muestran cuerpo a cuerpo. Como suponíamos, solo atacan en la distancia. Avanzaremos rápido cubriendo el paso con nuestros escudos. No será esta la única avalancha de muerte que descarguen —apuntó Clearco.

En su avance por el Desolado, en la oscuridad de la noche, el silbido mortal de las saetas sonaba en cualquier momento, cayendo implacable sobre ellos. Unas veces en cortos intervalos, otras parecían no llegar nunca. Por la derecha, a la izquierda, concentrados en un punto, dispersos sin más; incluso veloces a ras de tierra, buscando herir piernas y desgastar la columna. Los soldados aqueos avanzaban inclinados hacia delante, con los escudos izados sobre sus cabezas en el centro de la columna y en los lados, a pulso, protegiendo sus costados.

Hipólita les observaba, apenas a unos cien pies de la columna, en plena oscuridad.

Junto a ella se situaban con orgullo Esmirna, Pentesilea y Marpesia.

—Mi reina, no disponemos de muchos más dardos, deberíamos reservar para Tríbada. No sabemos qué encontraremos allí —dijo Deyarina acercándose a ellas.

—Sea pues. Cabalguemos hacia Tríbada —ordenó Hipólita—. Marpesia, tu caballería es ligera, seguid los pasos aqueos hasta que acampen, buscarán la seguridad de las cuevas. Antes de que las alcancen, recuérdales que estamos presentes; sin arriesgar. Eso hará que no concilien bien el sueño. Después marcha a nuestro encuentro.

—Así se hará —asintió Marpesia.

Clearco sonrió, hacia tiempo que no se le veía una mueca parecida en su castigado rostro. Unas difusas lomas se alzaban frente a ellos.

—¿Llegamos? —preguntó.

—Sí. Pero andemos con precaución, las lobas pueden estar esperando —dijo Iris.

—La avanzadilla nos hubiera puesto sobre aviso, todo parece estar en calma.

Los soldados avanzaron deprisa, viendo su meta cerca; solo deseaban llegar y descansar de la terrible jornada. Cuando ya nadie lo esperaba, el silbido de las saetas cruzó sus mentes. La lluvia mortal golpeó la cabeza de la columna, el propio Clearco sintió en su brazo la mordida del bronce y los caballos de su carro cayeron entre relinchos. Y gritó con rabia.

Luego el silencio envolvió el lugar. Los aqueos aguardaban tensos, tras sus escudos. Poco a poco fueron asomando los rostros, bajando su protección. Y la descarga llegó, acompañada del sonido de cientos de cascos machacando la tierra. Alzaron sus escudos para evitar ser ensartados por saetas. Pero lo que surcaba el aire eran las jabalinas de las bravas de Temiscira, en paralelo al suelo, ensartando vientres y muslos. Desaparecieron sin apenas dejarse ver, abonando la desidia marcada en el rostro de Clearco, la inquietud en la faz de Iris y la admiración en el de Atenea.

La columna avanzó rápido abandonando a muertos y heridos.

—¿Qué es eso? —preguntó Clearco al divisar una larga línea de estacas clavadas en lo alto de la loma que acompañaba la entrada hasta el valle de las cuevas.

El silencio les embargó. Recorriendo el camino, hallaron las cabezas de sus hombres de avanzadilla clavadas sobre sus propias lanzas, quebradas y hundidas en tierra. Abajo, junto a la entrada de las cuevas, los cuerpos de todos ellos yacían en un gran charco de sangre.

—Esto es obra de las lobas. Venganza clamada por la muerte de su reina —apuntó Iris.

—Creía que las hijas de la luna eran valerosas guerreras, esto es cosa de salvajes —apuntó Atenea y posando la mano en el pelo de una de las cabezas, le bajó los párpados.

—¿Qué esperas cuando tu ejército amputa senos y quema vivas a niñas? —replicó Iris.

Un tenso silencio recorrió la fría mirada de Atenea.

—No hay guerreras acampadas aquí, no habrá batalla —aseguró Clearco—. Seguirán atacando desde la distancia, amparadas en la oscuridad. Pero ahora podremos impedirlo, desde las lomas podremos avistarlas sin peligro, no podrán acercarse sin lucha cierta.

—Entonces no volverán, al menos esta noche —afirmó Atenea.

Capítulo 22
SACRIFICIO

—¡Tríbada! —exclamó Hipólita con la llegada del nuevo día.

Ante ella se abría una quebrada donde el verde desplazaba al abrumador Desolado. Allí encontró a las lobas de Ainia, junto a las guerreras de Tríbada, esperándola. Eran mujeres vestidas de finas telas y tiras de fieras, de pantalones y chitones cortos, con sandalias y borceguines.

—Antianira, ¿se halla todo dispuesto? —preguntó saltando de Zaino, acompañada por Esmirna y Pentesilea.

—¡Todo se halla dispuesto, divina reina! —exclamó una gallarda mujer, de aspecto delgado y ojos verdes; de grandes tatuajes y pelo corto, de punta, con mechas azuladas.

Hipólita volvió la vista hacia ella, la cual continuó con sus palabras.

—Mi nombre es Airiel, muerta Empusa, estoy al mando de tus valientes de Tríbada. Equidna y Antianira nos hablaron de paz entre hermanas y puso en nuestro conocimiento el peligro que acecha. Mas no comprendo por qué hemos de dejar Tríbada a su suerte.

—Para vivir, solo por ello —respondió Hipólita—. ¿Está a salvo la población?

—Las niñas y las ancianas, las madres y sus bebés, caminan hacia la seguridad de los bosques de Hatussa, tal y como era tu voluntad. Los hijos de Poseidón las protegen.

—¿Los hijos de Poseidón? —preguntó Hipólita sin poder esconder su sorpresa.

—Un rey atlante los trajo hasta aquí.

—Entonces… ¿No eran teucros los que atacaron la columna aquea?

—No, son hijos de Poseidón. ¿Podemos confiar en ellos?

Hipólita quedó muda. Una sonrisa perpleja iluminó su cara por un momento antes de que asintiera. Acto seguido pasó su mano por un ojo, restregándoselo lentamente y lanzó un pequeño suspiro negando con la cabeza.

—Sí. Si luchan, sangran, matan y mueren por nosotras, podemos confiar en ellos; son pues hombres en verdad —contestó finalmente.

—Mi divina reina, Ainia, han matado a Ainia —dijo Imperia saliendo ante ella con lágrimas en los ojos, acompañada por Europa y Empusa.

Hipólita sintió como una puñalada en su corazón y cerró los ojos bajando la cabeza; poco después irguió su rostro y se mostró firme.

—Debías guardar el paso de las nuestras hacia la seguridad de Hatussa. ¿Qué haces aquí? —se dirigió con ímpetu a Imperia.

—Andrea las guía, con Gadir como escolta. A salvo se hallan lejos de la batalla. No es precisa mi presencia. Así pues, a luchar vengo. Es mi destino ser brava en la defensa de mis hermanas —contestó sorprendida por el tono represivo de la pregunta.

—¿Y ella? —le preguntó señalando a Empusa, tras un gesto maternal de enfado.

Imperia no contestó, solo estiró los labios mientras pensaba que no era buena idea dejar a esa muchacha muda cerca de su amado leñador.

Hipólita, sin respuesta, vio que Íbero no estaba y asintió comprendiendo. Después posó su mirada en Europa, que joven y bella se mostraba.

—Creía que lejos andabas de esta guerra de mortales que en nada te conviene —apuntó—. Me sorprende verte aquí, entre mujeres valientes que no temen su destino.

—Pronto partiré hacia el norte; sabes que no soy mujer valiente, sino divina cauta —le respondió Europa y se alejó llevándose consigo a Imperia.

Hipólita se volvió ante sus guerreras.

—Descansemos, pronto necesitaremos de todas nuestras fuerzas —ordenó. Luego miró curiosa hacia un grupo desconocido de mujeres quemadas por el sol, harapientas y consumidas.

—Son desfavorecidas, llegadas desde las aldeas asaltadas —dijo Antianira—. Las hallamos en el Desolado. Arrastran hambre, sed y pena. Solo cuentan horrores, vienen a morir dignas.

En ese momento, una de aquellas mujeres demacradas clavó los ojos en Hipólita, mientras acariciaba el filo de una daga. Kivell, la buena posadera de Lesbos había hallado a su presa.

—Los hijos de Zeus alcanzarán Tríbada en dos lunas, no más. Pero les hemos hecho daño, podemos vencer —expuso Pentesilea.

—Sin apenas agua ni víveres, ahora el Desolado es su mayor desafío —apuntó Esmirna.

—No es suficiente. Evitaremos el cuerpo a cuerpo mientras podamos, pero tenemos que retenerles lo posible en Tríbada. Hay que evitar que lleguen a Temiscira —añadió Hipólita.

El día pasó entre preparativos y sueños. La caballería de Marpesia llegó al anochecer tal como se esperaba, dando cuentas. Caída la noche, fortalecida la guardia, las mujeres y los hombres que formaban aquel ejército de lobas fueron a descansar. En dos días las tropas aqueas que superaran el Desolado llegarían hasta ellos.

Pensando en arrancarle el corazón, Empusa acompañó al lecho a Imperia, que triste y conmovida andaba por las palabras de Hipólita. Las dos jóvenes habían permanecido juntas desde que llegaran a Tríbada, como hermanas. Imperia, viéndola inocente e indefensa, había abandonado su actitud hostil hacia Empusa, hacia Flor como ella la llamaba; incluso le abría con frecuencia su confuso corazón.

—Parece que no me quiera a su lado. Desde que llegaste con Íbero, Hipólita se empeña en mandarme lejos de la batalla, en protegerme como si fuera una niña. ¡Y eso no me gusta!

Decidida a cortar por lo sano, dando cortos y suaves silbidos, Empusa parecía acompañarla en su pesar mientras ocultaba la daga asesina colmada de celos.

—Yo soy guerrera, hija de la luna. Mi pueblo está en peligro, debo luchar y lucharé; nadie ha de decir de mí que cobarde huí de la guerra —aseguró Imperia y por un momento, miró a Empusa, que asentía dándole la razón—. Pero qué sabrás tú de guerras, doncella humilde eres y no comprenderás mi pesar. Son mis hermanas, ¿cómo voy a permanecer alejada de la batalla?

Empusa deseó matarla, deseó abrazarla…

Indecisa, quedó vencida, tumbada al lado, con la daga oculta bajo su mano.

—¿Amas a Íbero? —preguntó de pronto Imperia.

Un delicado silbido, que en nada respondía, salió de la boca de Empusa.

—¿Qué será del valiente Laomedonte? —preguntó Imperia.

¿Laomedonte?, se preguntó Empusa.

—He sido una inconsciente. Lo siento. Mañana mismo, en cuanto salga el sol, irás tras los pasos de Gadir. Debes ponerte a salvo. No eres guerrera, no deberías estar aquí. En la batalla, muchas moriremos. Marcha a Occidente con Íbero, cuida de él, sé que le amas y él te hará feliz.

Empusa notó cómo la abrazaba y la vio alzarse hasta sentir en sus labios un cálido beso.

Imperia se volvió y se dispuso a dormir.

La guerrera hecha doncella quedó con la boca desencajada, meneando la mandíbula de lado a lado, desconcertada. Y supo por qué Íbero prefería los besos de aquella joven a los de ella.

La mataré, pensó soltando la daga bajo el lecho.

En las habitaciones del palacio de Tríbada, donde un día viviera y reinara Mirina, Hipólita descansaba fijando su vista en la extensa bóveda de estrellas que cubría el inmenso desierto. Una suave brisa llegó hasta ella, seguida de un fuerte aroma de menta y regaliz, y notó una presencia.

—Dime, Europa, tú que eres sabia y poderosa, ¿podré con Atenea?

—Solo una divinidad podría acabar con ella, ¿lo eres? —le contestó esta.

—Solo soy Hipólita. Bien lo sabes. La esposa de un buen hombre, llamado Gadir. La madre de mis amados hijos, el pequeño Gadir y la traviesa Armonía. No soy divina, solo mujer y como tal, guerrera —dijo con preocupación y levantó la vista hacia la luna.

—Tu belleza es como la de ella —aseguró Europa señalando al cielo—. La luna tiene un lado oculto en el que habita la pasión y el poder. Como tú. Aunque estés maldita, quizá seas divina, pues la sangre de Ares recorre tus venas.

Hipólita agachó la cabeza con denotada pena y emitió un leve suspiro.

La vieja Europa, temblorosa, apoyó sobre su bastón sus delgados brazos.

—¿En qué piensas? —preguntó.

—En Ainia —respondió Hipólita.

—Muerta está. ¿Temes acabar igual?

—No. Fuimos grandes amigas en nuestra más tierna infancia, olvidadas por el tiempo y unidas por la tragedia. Me hubiera gustado tanto conocerla mejor. Fue gloriosa guerrera, merece sepultura digna de una reina, no ser carnaza de perros.

—Sí, es cierto. Ahora he de marchar, tengo una cita que no puede esperar. Pronto regresaré a las tierras del norte, mi hogar. Es mi deseo que Sarko me acompañe.

—Sí, me alegra. Solo muerte encontrará en esta guerra que no es suya. Es un buen hombre y tú una buena mujer, aunque seas divina.

Europa sonrió jocosa y salió de la estancia.

Hipólita se tumbó para descansar y pensó en Gadir. Tenía tantas ganas de verle, de estrecharle en sus brazos, de sentir el roce de su piel…

Mientras Europa se dirigía a la estancia de Imperia, una sombra ligera de rápidos pasos y lentas miradas recorría los pasillos de palacio con sigilo, esquivando la guardia y apretando firme el mango de un largo cuchillo. Entre recodos y portales, llegó a la habitación de Hipólita. Entreabrió la puerta y penetró en silencio, alzando la mortal hoja.

Apenas había andado dos pasos, cuando el afilado bronce le hizo presa en el cuello y una mano tiró de su cabello hacia atrás. Y volvió su mirada sabiéndose descubierta.

—¡Kivell! ¿Qué haces aquí, te has vuelto loca? —susurró Deyarina.

—¡Deyarina! ¿No estabas muerta?

Deyarina sin soltar su presa y Kivell aguantando la respiración, salieron de la habitación.

Conforme se cerró la puerta, Hipólita soltó su daga y sonrió satisfecha.

***

Atenea, pálida como la blanca luna, avanzaba hacia su tienda erguida en un extremo del campamento. Portaba una tea que apenas alumbraba el camino, embargados sentimientos de pena cubrían su corazón humano. Dejaba atrás el cadáver de Ajax, limpio y cubierto de telas, con su capa púrpura imperial, preparado para las exequias. Había estado velándolo toda la noche. Con la amargura en su rostro y la ira contenida en sus ojos luchaba por mantenerse firme. No bastaba con ser divina, también debía parecerlo. Entró y dio fuego a la lámpara de aceite en el interior de su tienda y sorprendida, dio un paso atrás.

—¿Quién eres? ¿Cómo te atreves a entrar en mis aposentos? —preguntó tirando hacia delante la tea, buscando ver.

Sentada en su lecho, una curva femenina encorvada, con un bastón y cubierta con una gruesa capa y capucha, la esperaba en silencio. La mujer se descubrió lentamente de la penumbra.

—¡Europa! Vieja loca, ¿acaso buscas a la Parca cierta? —espetó Atenea.

—Vengo a rescatar el cuerpo de Ainia, la Loba de las estepas, en manos impías cayó su cadáver. Déjame que la lleve conmigo y le dé dignidad.

La diva aquea dejó su yelmo a la entrada. Avanzó hasta quedar frente a Europa, observó sus ojos cansados, diminutos, y retrocedió ignorando su presencia. Se quitó el peto de bronce bañado en argéntea, donde relucía la esfinge de Medusa; y lo dejó sobre un pequeño escabel.

—Comida de perros ha de ser… ¿Por qué he de hacer tal cosa?—preguntó.

—Ajax así lo hubiera querido —contestó Europa.

—¡Qué sabrás tú de Ajax! Esa loba me lo mató.

—Ajax era un guerrero glorioso y noble, espartano con honor. No hubiera permitido nunca el escarnio en el cuerpo de Ainia.

Atenea alzó su pica y la posó sobre un jergón de lana, se desajustó el correaje remachado y lo dejó junto a su peto, y se descubrió de la gruesa y horrorosa égida humana que portaba, resistente como el metal. Se sentó y se desprendió de las talladas grebas y las sandalias. Estiró su cuerpo hacía atrás, dejando caer su larga melena por encima de los hombros. Dejó de ser terrible guerrera para ser frágil doncella, deseosa de crecer, deseosa de amar, de ser amada. Y se acercó de nuevo a ella, escuchando sus palabras cansadas.

—No es gloria ni honor para una divinidad humillar el cuerpo sin vida de una reina temida, valerosa guerrera, hija de la gran Cibeles —aseguró Europa.

—No has de conmover mis mientes, será pasto de perros —expuso Atenea.

—Me la entregarás, pues es lo que deseas. De no ser así ya hubiera sido despedazada por Clearco y esa mujer ambiciosa llena de odio.

—Europa, ¿estás con ellas?

—No, Atenea, no. Pero tampoco con vuestra locura.

—¿Qué has de hablarme de locura? Tú que maldita eres por tus males.

—Ellas son valerosas, son honestas, son libres… Defienden lo que es suyo.

—Las mataré a todas, vengaré a Ajax. Su corazón era puro, no merecía tal muerte.

—Nadie que defiende su tierra y honor merece tal muerte.

—Ainia fue enemiga digna, no merecía su atroz destino. Pero ¿acaso lo merecía Ajax?

Europa negó en silencio.

—¿Qué me puedes decir de esa mujer que llaman Hipólita? —preguntó Atenea.

—Hipólita es la hija de tu hermano, deberías temerla. Recuerda la profecía de Pitia.

—¿Temerla? ¿Acaso piensas que es la primogénita que nos colma de males? Ares engendró muchos hijos, muchas hijas; vulgares mortales. ¿Por qué ha de ser diferente esa mujer?

—Sí, Ares tuvo muchos hijos, muchas hijas… Dicen… Pero ella es la única que alberga su poder, como bien has dicho es la primogénita. ¡Es divina!

—Es mortal, hija de Ares y Armonía. No es enemiga digna para mí.

—Lo es, aunque no quieras verlo. El futuro en los ojos de Pitia se hace presente. Bien lo sabes. Dame el cuerpo de Ainia, olvida esta guerra donde cultivas odio y pena entre valientes, regresa a Atenas, a las fratrias aqueas donde tanto te veneran y aman.

Atenea la miró fijamente. Sus ojos, como perlas negras, brillaban escrutando la cara de la vieja Europa: sus facciones arrugadas y labios cortados estaban acicalados, sus prominentes cejas y su pelo lacio, blanco enmarañado de tierra roja, se hallaba limpio y compuesto.

—Te veo diferente, ¿acaso has hallado quién baile para ti? —preguntó con sorna.

—Atenea, dame a Ainia.

—Marcha de aquí antes de que mi corazón se enoje y no respete tu razón.

—Dame el cuerpo de Ainia, sus exequias os darán la paz suficiente para alzaros en Tríbada sin más acoso en el camino, salvarás la vida de muchos de tus hijos.

—Sigues igual de terca, en nada has cambiado. ¡A las profundidades de los océanos enviaré tu alma envejecida por la locura!

—Te traigo un presente que sin duda te gustará.

—¡Sorpréndeme!

La vieja Europa sacudió sus brazos y dio dos palmadas, apenas perceptibles, huecas. Dos doncellas ataviadas en delicados chitones entraron sumisas en la tienda con un pequeño cofre. Ocultando su rostro, se acercaron hasta ellas y lo depositaron a sus pies.

—Descubrios, quiero ver vuestras caras —ordenó Atenea.

Las dos jóvenes retiraron la tela que las cubría. Eran Imperia y Empusa, que atónitas asistían ante aquellas divinas mujeres.

La mirada de Atenea escrutó lentamente el alma de cada una de ellas.

—¿Me traes el bien y el mal? —preguntó la divina aquea, ante la perplejidad de Imperia.

Empusa comprendió de inmediato y bajó el rostro, temerosa de ser descubierta.

—Son mis sacerdotisas, jóvenes doncellas que hasta tu presencia traen mi ofrenda en el justo equilibrio que da vida, que da muerte. Han de ayudarme a cargar con el cuerpo de Ainia —aseguró la vieja Europa.

—¿Cómo habéis llegado hasta mí?

—Nuestro caballos son veloces y ¿a quién le importa una vieja tullida y dos muchachas harapientas? No somos amenaza alguna, es fácil moverse entre los sirvientes; todos saben cual es tu tienda y nadie se acerca.

—¡Abrid el cofre!

Atenea se alzó sorprendida ante un destello sin igual.

—¡Una moneda de oro!

—Servirá para que el barquero lleve a tu amado Ajax al Olimpo, desviando las zozobras del Estigia. Zeus me la dio esperando mi arrepentimiento, mas no deseo vivir en la morada de tan orgullosos dioses. Entre mortales quedaré a merced de quién de mis huesos se apiade para cruzar la laguna sagrada. Y si no fuera así, mis carnes abonarán esta tierra como la de tantos.

—Zeus te hizo divina, mas castigó tu rebeldía condenándote a la vejez en la noche. ¿Cómo pudiste rechazar el calor de un dios?

—¿Cómo pudiste rechazar el amor de Ajax? Él te amaba. ¿Y de Clearco? Tú le amas.

—Bien lo sabes: no sería divina guerrera, sino hembra domada.

—Sea mi respuesta pues. Quédate con mi moneda y entrégame el cuerpo de Ainia. Es mi deseo honrarla como la valiente que fue y que cabalgue eterna y con gloria por las estepas sin fin.

Tras unos momentos de tenso silencio, Atenea apretó en su puño la moneda y se volvió hacia la salida con una mueca cómplice.

—Sea pues, vieja loca. Toma el cuerpo de la Loba y marcha con tus dos jóvenes guerreras, lobas ellas, antes de que me arrepienta y les arranque la cabeza.

Al amanecer, una enorme pira ardía entre grandes llamaradas. Atenea se mostraba orgullosa, observando cómo el ávido fuego devoraba el cuerpo de Ajax, el cual se consumía envuelto en su capa gallarda, con la moneda sagrada depositada en su mano sin vida.

—Pronto vengaré tu afrenta, Tríbada me espera —susurró estirando el mentón.

Hechas las llamas cenizas, la gran columna aquea avanzó rápido sin temor a la saeta. Fueron muchos los que quedaron en el campamento, junto a las cuevas troglodítas; heridos del venablo y la saeta para no ser lastre en la batalla. Aun así, el paso por el implacable desierto resultaba terrible. El hostil terreno se cobraba su tributo, cientos de soldados quedaban rezagados, exhaustos, sedientos y sin fuerzas en sus cuerpos quemados.

—¡Les basta el Desolado, por eso no nos atacan! —exclamó Iris.

—Peor andaríamos acechados por lobas —le reprobó Clearco.

—Llegaremos exhaustos y ellas se hallarán descansadas, en nada nos benefició que les entregara el cuerpo de Ainia.

—¡Déjalo ya!

***

En las gargantas que separaban los montes Pónticos del reino de Huzzia, Gadir avanzaba con su ejército, sombra protectora de la población de Tríbada, bordeando las quebradas del río Termodón, dejando atrás la tierra quemada del Desolado.

—Cruzando el puente, al norte están las sendas que alcanzan la milenaria Temiscira y al sur, los pasos hacia la polis de Hatussa; hemos llegado —aseguró Sria—. Las mujeres de Tríbada ahondarán en territorio hitita, nadie se atreverá a seguirlas. Yo marcharé a Temiscira para organizar las defensas, os dejaré a dos leales que os llevarán de regreso hasta Tríbada…

Una pica atravesó el pecho de Sria cortando su discurso y cayó de bruces salpicando la hojarasca con su vida.

—¡Una columna aquea! ¡Nos atacan! —exclamó Gadir alzándose sobre su caballo.

—¡Malditos, ya están aquí! ¿Cómo puede ser? —preguntó Tarss, mientras Isis y Maat atendían la agonía de la valiente Sria.

—Han dividido sus fuerzas, seguro que no esperaban resistencia en Tríbada ¿Para qué hacer pasar a todos sus hombres por el terrible desierto? —apuntó Gadir.

—¡Vamos! ¡Crucemos el puente, rápido! —gritó Tarss.

La avanzadilla aquea inició un despiadado ataque sobre las mujeres de Tríbada que, sorprendidas, morían en la retaguardia. Gadir desató su furia y la caballería atlante frenó el ímpetu aqueo, defendiendo el paso por el puente mientras el pueblo huía de las picas de muerte.

El grueso de la formación aquea llegaba bramando su ira y en aquel espacio reducido, las formaciones de caballería de Tarss y Marco apenas podían maniobrar tras la brutal carga, perdiendo su ventaja ante el número.

—Las mujeres están a salvo, han cruzado, vamos —ordenó Tarss retirando a sus hombres de la batalla a través del puente—. ¡Cortad las cuerdas!

Gadir alzó la espada y de un golpe, liberó la soga del primer asta. Una lanza se hundió en el costado de su montura, que cayó con un agónico relincho mientras él rodaba por tierra. Entonces vio una imagen clara como el día: Zeus gritaba odioso entre las huestes aqueas, bramando su victoria, y Poseidón marchaba penoso entre las desplazadas de Tríbada. Se levantó y corrió entre la lluvia de picas que buscaban su vida, y alzó su espada contra las gruesas cuerdas que aun unían las dos orillas. Si no las cortaba, lograrían atravesar el puente y caerían sobre las indefensas gentes de Tríbada. Debía cortarlas. Y golpeó con su espada, por tres veces, notando el calor del enemigo. Clamó al cielo el nombre de Poseidon y golpeó de nuevo con toda su fuerza. La espada se quebró, el corte fue limpio y el puente se derrumbó llevándose al abismo parte de la columna aquea que lo cruzaba. Y se volvió para regresar con Tarss. Pero un venablo golpeó su yelmo, haciéndolo saltar al aire y rasgando su cabeza con un corte que le levantó un jirón del cabello. Conmocionado, se balanceó hacia el vacío de la quebrada, envuelto en un profundo sopor.

El brazo de Tarss se estiró, pero no pudo alcanzarle. Sus dedos se rozaron.

Gadir cayó en la altura azotado por las ramas de abetos que nacían junto al acantilado y que laceraban su cuerpo, pero amortiguaban la caída. El impacto contra tierra soltó su coraza ante la inquieta mirada de Tarss. Mareado, trató de erguirse y quedó postrado de rodillas, vomitando sangre. Desde la cima de la orilla contraria, los aqueos le lanzaron sus picas. Gadir corrió dando traspiés hacia una gruta que vio al pie de la quebrada, donde entró. Las mujeres de Tríbada, a salvo de los aqueos, descargaron una lluvia de flechas, alejando a sus enemigos de la vertiente.

—¡Gadir! —gritó Tarss con desespero.

No halló respuesta y su rostro quedó mudo cuando, en la distancia de la altura, vio a un león de enorme melena negra y a una leona aparecer dando portentosos rugidos en la boca de la cueva por la que había entrado Gadir.

***

Gracias a Europa, en el ágora de Tríbada, Hipólita contemplaba a sus fieles que, alrededor de una inmensa hoguera, rendían tributo a Ainia, reina de las estepas. El cadáver de la Loba, lavado y perfumado, se hallaba vestida de guerrera en un altar de piedra. Sacó la daga de su funda y le cortó un mechón de su largo cabello rubio.

Europa, joven ante la luz del día, se posó a su lado.

La divina reina retiró del cuello inerte de la Loba el mechón de Evenor, que en vida la acompañó siempre, y unió ambos formando una trenza, rubio sobre moreno, moreno sobre rubio; y la cortó en su mitad. Puso en la mano derecha de Ainia una de las mitades y la cerró; la otra mitad la posó dentro de un pequeño cofrecito de madera.

Hipólita llamó a su capitana.

—Toma, mi noble Deyarina —le ofreció el cofrecillo—. Saldrás al alba hacia Temiscira en busca de la pequeña Hipólita, hija de Ainia. Le entregarás este cofrecillo que contiene la fuerza de su padre Evenor, rey de Atlanta, hijo de Poseidón, y la sabiduría de su madre Ainia, reina Loba, hija de Cibeles. En tu alma guerrera confío su cuidado, su amor y aprendizaje, pues un día ha de ser reina. Tras la tormenta, solo la inocencia de una reina joven, valerosa y noble podrá reunificar los reinos de las hijas de la luna. Su sangre es divina, los dioses guiarán sus pasos con nobleza.

Deyarina tomó el cofrecillo sabiendo la importancia que aquellas palabras tenían y la confianza que su reina depositaba en ella.

Hipólita miró a los ojos de las reinas Lysippe, Esmirna y Pentesilea. Ninguna se opuso a su deseo, lo vieron justo. Luego dirigió la vista hacia aquellas mujeres que permanecían en silencio, llenando el ágora, observándola emocionadas, escuchando sus palabras. Y volvió a Deyarina.

—La reina Lysippe partirá contigo. En ella te apoyarás, pues toda su vida ha sido regencia y sabiduría. Ahora ve con tu amada y despídete, pues marcharás al alba.

Deyarina asintió con cierto rubor, intrigada por el conocimiento de Hipólita sobre su amor secreto, y desvió la vista hacia Esmirna, la cual sonreía satisfecha, pues aquella misión le daba gran poder a su amada, una responsabilidad cierta y la alejaba de la cruel batalla.

—¡El enemigo está a las puertas, mañana será un gran día! —exclamó Hipólita dejando caer sobre la tumba el labrys de Ainia y un puñado de tierra.

—Los aqueos sufrirán —añadió Pentesilea lanzando un arco y sus flechas en la tumba.

La siguió Lysippe, Esmirna, Antianira, Equidna, Marpesia, Airiel, Imperia… dejando presentes y palabras dichas de honor y gloria. Todas las guerreras pasaron ante el cuerpo sin vida de Ainia lanzando un puñado de tierra. Entre ellas Empusa, que permanecía alterada por los acontecimientos, viéndose apartada como vulgar doncella siendo gran guerrera.

—¡La Madre Tierra te espera! ¡Cibeles, he aquí tu hija! —exclamó Europa y lanzó una moneda de oro sobre el cuerpo de Ainia con una triste sonrisa. Ajax nunca pisaría el Olimpo.

Entonces un enorme crujido resonó en el ágora, los guerreros y guerreras exclamaron su duelo al cielo, alzando las armas, mostrando su pena e ira mientras la tierra se tragaba el cuerpo de la Loba como si una fuerza superior tirara de ella hacia abajo.

Caída la tarde, la guerreras de Tríbada se preparaban, cada cual a lo suyo, revisando armas, petos y caballos. Alimentando esperanzas y fuerzas ante el nuevo día.

—¡Deyarina! —exclamó Kivell acercándose a ella con premura.

—Marcha a Lesbos, no eres guerrera; mañana correrá la sangre en demasía y tu amada Ermis te espera. Nada ganaremos quedándote aquí —le dijo Deyarina.

—Volveré a Lesbos o lucharé, no sé… Pero tras tus ciertas palabras, abrí los ojos y sé que debo contarte algo. Yo nada puedo hacer, quizá tú sí.

Las mujeres hablaron sin percatarse que Imperia y Empusa se hallaban ocultas tras ellas.

—Iris capturó a un teucro y le reventó los dedos hasta que contó todo lo que había que contar y mucho más. Aseguró que la reina Eurídice le mandó un ruego a Hipólita: "Tú que también eres madre, dejad marchar en libertad a mi amado hijo, ese es mi ruego"…

—¿Y…? Me estás poniendo nerviosa.

—Iris se sorprendió mucho de que la divina reina fuera madre. Mandó a buscar a Hécate y a Némesis para que ajusticiaran a los hijos de Hipólita, no permitirá que su estirpe sobreviva. Los quiere muertos. Ya sabes cómo son las harpías del rey Cécrope y lo que ello significa, los hallarán y les arrancarán las tripas. Lo harán.

En ese momento, Deyarina volvió la vista sobre la esquina y vio a las dos muchachas.

Mientras, Hipólita se dirigía hacia sus dependencias acompañada por Europa, ya envejecida con la caída de la noche.

—Si haces frente al ejército de Clearco, todas moriréis —dijo la anciana.

—Lo sé. Resistiremos hasta el último momento, luego huiremos. No puedo permitir que lleguen hasta Temiscira. Muchas caeremos, pero nuestro fin será también el de ellos. Moriremos matando y espero que Antíope logre llegar hasta el rey Huzzia con el mensaje de Esmirna, le daremos tiempo para que se alce con su ejército imperial sobre los aqueos.

—Muy segura estás del rey hitita. ¿Desplazará su ejército por Esmirna? Yo lo dudo.

—Lo hará. No sé si por Esmirna, pero el rey de un imperio no puede permitir que un ejército extranjero deambule por sus reinos robando y matando. Sería semilla abonada para que otros pueblos invadan sus tierras. No tiene opción.

—Hipólita, ¿esta guerra no te está desviando de tu verdadero propósito? Te estás dejando llevar por el calor de la sangre como digna hija de Ares que eres, dios de guerras y males.

—Cuando acabe la batalla, marcharé en busca de Menalipa a la tierra de los faraones.

—¿Piensas devolver el oro? Tendrás que buscarlo, pues no creo que entonces, si vives, mantengas un ejército para enfrentarte al faraón.

—No creo que el oro esté en Lesbos estando aquí Iris. No está en Ilión, ni estaba en esa caravana maldita, ni está en Tríbada y menos en Temiscira. ¿Dónde está? Sabes, creo que tengo la respuesta y es tan simple que me horroriza: no hay tal oro, ni aquí ni allá, nunca lo hubo.

—¿No hay tal oro? —preguntó Europa.

—Creo que nunca existió. Todo fue un engaño orquestado por Iris, una falsa que le dio gran poder ante la ambición que ella mismo despertó. Y no sé si tendré ejército, ni tan siquiera si viviré, por ello me preocuparé del faraón si llega el momento. Pero escucha: mañana marcharás al alba y te llevarás a Imperia y a su amiga muda. Son tan jóvenes. No quiero que mueran.

Capítulo 23

DE ILIÓN A TROYA

Desde las altas torres de la bien amurallada Ilión, el príncipe Laomedonte observaba la llanura que se extendía hasta el mar. Sus tierras saqueadas, las mujeres violadas, los hombres muertos. Las naos aqueas permanecían atracadas con sus guarniciones como inquietante recuerdo, como veraz burla ante su poder. La luz del amanecer bañaba su cara de angustia, en sus pensamientos no cabía derrota ni sometimiento ante tamaña ofensa.

—Sé lo que piensas hijo, pero salir y luchar solo nos traería más desgracia. Tras las murallas, nada podrán contra nosotros —apuntó la reina Eurídicie.

—Madre, mi alma se revuelve en mi interior. La vergüenza me atormenta. ¡Hasta los dioses lloran ante nuestra cobardía!

—No es nuestra guerra. Tu padre…

—Mi padre agoniza en la cama lo que no supo guardar en la batalla, lamento no haber llegado antes —interrumpió el príncipe sin desviar la vista de aquellas naves—. He recorrido el Ponto al lado de la divina reina de las hijas de la luna, apenas unos días, y vi más honor y gloria que en toda mi vida entre la bien amurallada Ilión. No se esconden ni se humillan. ¿Cuándo haremos eso nosotros, que de dioses nos colmamos?

Eurídice bajó la cabeza.

—¡Mi señora, el rey! —gritó un capitán de la guardia.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Los médicos reclaman vuestra presencia.

Fallecido el rey Ilio, ese mismo atardecer, miles de guerreros formaban en el ágora de Ilión. Laomedonte, coronado rey, saludaba. Los pilares de la polis vibraban con cada palabra de aliento, de honor, de justicia, lanzada contra un enemigo: los aqueos invasores.

Eurídice velaba el cadáver de su marido Ilio con lágrimas en los ojos, consciente de lo que significaba aquello. Aunque no entendía las ambiguas ideas de su rey, sabía que habían sido sus argucias las que habían mantenido la polis a salvo de guerras y males. Pero también era consciente de que el día señalado para frenar la osadía de los aqueos llegaba, el tiempo de paz había expirado con la última exhalación de su marido.

—¡El rey Ilio ha muerto! —exclamó Laodemonte—. Con él muere Ilión, la vieja polis. Pero nuestro amado pueblo, aquel fundado en tiempos de titanes y dioses por la gran Mirina; hermosa y poderosa ciudad estado, tal y como la concibieron Zeus y Elecktra; la bien amurallada que el mismísimo Poseidón hizo infranqueable, renacerá en las tierras de la Troade. Con el nuevo día Ilión será Troya. Y lo primero que haremos es decirles a los invasores que esquilman nuestra tierra, que mancillan a nuestras madres, mujeres e hijas; a los que venden y asesinan a nuestros hijos, a los que avergüenzan a nuestros antepasados… Les diremos que esta tierra es Troya y morirán porque ya no seremos, nunca más, amigos de nuestros enemigos, de aquellos que nos roban, humillan y matan. ¡Somos hombres libres! ¡Por Zeus! ¡Que así sea!

Un gran estallido de voces colmó el ágora, resonando el bronce de petos, escudos y picas por encima de las murallas; alertando a las naos aqueas, que con expectación asistían inquietos a las nuevas que llenaban el aire. Una multitud de gentes llegaba a la polis sin parar, en carros, a caballo, a pie, sobre bueyes, a brindar sus respetos al nuevo rey y eso no les resultaba propicio. Confiado, el grueso del ejército aqueo marchaba lejos, a las órdenes del general Clearco; en el improvisado puerto solo quedaban las guarniciones de las naos y las riquezas robadas.

—Mi querido hijo, has regresado hecho un guerrero de honor —dijo Eurídice cuando vio a Laodemonte entrar en el velatorio, escuchando las bravatas desatadas por el discurso, arenga de una nueva vida—. Un día lloré tu marcha, a la guerra ibas, decidiste un bando, el más débil, era el correcto, y luchaste junto a la divina Hipólita. Murió el niño, nació el hombre y hoy eres rey. La saeta de Apolo se llevó la vida de tu padre Ilio y la espada de Ares me ha devuelto a mi hijo. Haz lo que debas como rey. Yo no he de llorar de nuevo tu marcha, sino honrarla y agradecer a los dioses cada día que, tras la batalla, vuelvas a mis brazos.

—Madre, sabes bien mis intenciones… Pero también he de decirte que conocí a mi reina, aquella que quiero me acompañe en el trono. Es una maestra para mí, con ella aprendí mucho de la vida; es sencilla y humilde, guerrera con temperamento, bondadosa, mujer y niña… hermosa.

Eurídice sonrió dentro de la pena que la embargaba. Fallecido su esposo, no le importaba más que la felicidad de su hijo. Salieron de aquella estancia oscura donde se velaba el cuerpo del rey Ilio y esperó impaciente a que le hablara de la mujer que había llenado su corazón.

—Está en lucha y mi alma sufre por ella. A su lado conocí el valor, el honor y la gloria. Es loba altiva, aprendiz y maestra. Sin duda ha de ser mi reina. Pero ¿he de ir a buscarla?

—¿Lucha al lado de la divina Hipólita? —preguntó Eurídice, sorprendida, para seguir sin esperar respuesta—. Seguro que es aquella joven tan hermosa que nos visitó y alteró tu ego ¿verdad? ¿Cómo la llamaban? Imperia, creo.

—Sí, madre. Ese es su nombre de guerra, más desconozco si tuviera nombre de persona.

—Si es aprendiz y maestra, Leucide deberías llamarla.

—Mi señor —interrumpió el capitán de la guardia—. Los correos han llegado.

—Decidme…

—Las tropas de Clearco han entrado en el Desolado. Pero han sufrido duro el ataque de las lobas en la distancia. Todo indica que en Tríbada se dará la gran batalla, pues las reinas de todas las patrias de las hijas de la luna allí se han reunido con la divina Hipólita.

—Pueden vencer, estoy seguro. Marcharé, necesitarán de mi ejército.

—Pero… ¡Dejarás desprotegida Ilión!

—No madre, Troya esta bien protegida, nuestro ejército es tan valeroso como el suyo. Y he de decirte que se acabó vivir con miedo. Grandes sacrificios he de hacer y con la ayuda de Apolo y Poseidón alzaré las murallas aún más, hasta hacerlas inexpugnables hasta para los dioses.

—Decidido te veo, hijo.

—Ahora es el momento, no esperan nuestra ofensiva. Esos hombres vinieron en busca de oro, nada se llevarán. En vez de ello, nuestro será el tesoro que albergan sus naos, vilmente saqueado de la siempre altiva Knosos y en tantas otras polis como villas —expuso Laomedonte.

—Hay más señor, las nuevas de tierras de faraones anuncian la muerte del faraón Ahmose; la reina Menalipa es libre, mas nadie sabe cuáles fueron sus pasos.

***

Empujada por el viento del sur y rompiendo las olas, una embarcación egipcia de dos mástiles incrustó su quilla en la arena de la playa. Decenas de saetas permanecían clavadas en la madera del casco. Numerosas gaviotas volaron entre graznidos, para quedar dispersas alrededor de la nave. El lento crujir de un mástil las alertó de nuevo y se elevaron, alejándose mientras el palo mayor caía con la vela rasgada.

El ruido atrajo en la distancia la mirada de un hombre de aspecto rudo, pelos largos y facciones marcadas. Con el torso desnudo, vestía pieles de fiera y una gruesa capa de lino; broncíneas grebas cubrían sus cueros fajados como borceguines hasta las rodillas. Una lanza se mecía en su mano derecha. Se levantó, dejó atrás el árbol que le daba sombra y prestó atención; pronto distinguió un grupo de trece hombres de sucios cabellos y largas barbar rizadas, ratas del mar, que corrían hacia la embarcación con sus espadas y hachas preparadas. Se preguntó en silencio qué podrían buscar.

Entonces, una mujer apareció sobre la proa de la nave encallada. Parecía joven y envainaba una espada en la funda que portaba a la espalda. Tomó un arco y un carcaj y saltó, cayendo sobre el pie izquierdo y la rodilla derecha en la arena. Aquellos hombres corrieron gritando su emoción, en busca de recompensa y placer. Solo veían una mujer hermosa que gozar y vender. Ignoraban que se medían a una reina hija de Armonía, hija de Ares. Menalipa tensó la cuerda y uno tras otro, cuatro dardos partieron dando muerte ante la sorpresa del grupo. Después, lanzó el arco al suelo y desenvainó la espada. Con gran agilidad, acabó con la vida de dos de los atacantes en un momento. En silencio retrocedió sobre ella misma, meciendo el afilado bronce de lado a lado, y miró por dos veces a la embarcación, como esperando una ayuda que no llegó. Y se vió rodeada por aquellas ratas de mar que la miraban con cierto temor y sed de sangre.

Varios de ellos la rodearon desplegando una red, mientras otros la azuzaban en la distancia con lanzas, espadas y hachas. Y se lanzaron al unísono sobre ella lanzando la red. Menalipa quedó atrapada entre las cuerdas y, viéndose vencida, trató de rasgarlas. Uno de los hombres alzó una tremenda maza contra ella, pero no pudo golpearla, pues cayó con la cabeza abierta.

Un hombre musculado y gallardo, salvaje, se lanzó sobre las ratas del mar, amputando miembros y crujiendo vidas con una furia desconocida. Su arte en la batalla le delató como el poderoso guerrero que era; sus estocadas colmaron la arena de rojo y el aire de lamentos ahogados en el agua de la playa. Los dos últimos que se mantenían en pie, huyeron dejando atrás su fracasado botín.

Menalipa aprovechó la confusión creada y se deshizo de red, retrocedió y se mantuvo en guardia. Fijó la mirada en aquel salvaje que la había salvado. Sin palabras, el desconocido y ella quedaron frente a frente con sus armas a media altura.

El desconocido descansó el asta de la ensangrentada pica sobre su ancho pecho y se mostró indiferente ante la mirada de Menalipa. Se agachó sobre uno de los muertos, le arrebató un saquillo de monedas y se dirigió hacia otro cadáver, le giró el brazo y le sacó el brazalete que portaba. Después saltó sobre la nave, buscó con la vista y, de nuevo, se fijó en la hermosa mujer que le seguía con la mirada desde tierra.

—¿Quiénes eran? ¿Cazadores de esclavos? —preguntó el desconocido.

—Son ratas del mar, llevan siguiéndome desde el amanecer, en mi zozobra —dijo ella.

—¿A quién esperabas? Te vi dudar… ¿Estás sola? —preguntó.

—A una fiera salvaje que por mí batallara —respondió Menalipa y envainó la espada.

—Aquí no hay nadie, ¿acaso me esperabas a mí?

—Tal vez —asintió Menalipa ante la mirada intensa de aquel hombre. Luego se volvió, recuperó sus saetas de los cuerpos sin vida y comenzó a alejarse.

El guerrero anduvo por cubierta observando rastros de lucha, la sangre que manchaba todo y penetró en la bodega. Un fuerte olor colmaba la oscuridad y los restos de dos reses devoradas llenaron sus ojos a través de la débil luz que se introducía por una escotilla llena de moscas. Nada más atrajo su atención, volvió la mirada atrás y regresó a cubierta.

—Espera, mujer. No te dije que marcharas —le ordenó.

—No necesito tu permiso —contestó Menalipa sin parar en su decidido paso.

Con una sonrisa hecha mueca, el guerrero saltó a la arena y se apresuró tras ella.

—En mi tierra, cuando un héroe salva a una hermosa dama, obtiene su recompensa. Es ley de razón que en agradecimiento me debes. Eres mía —le expuso.

Sorprendida, Menalipa clavó sus ojos en él. Pero no le disgustaron aquellas palabras, pues el tono no era hostil, sino sarcástico. Aquel hombre de ancho torso recogió un zurrón de pieles, guardó su pequeño saqueo, sonrió y le hizo un gesto a Menalipa para que lo siguiera hacia una loma, donde se distinguía levemente el humo de una hoguera.

—Acompáñame, si tú no has devorado esas vacas, seguro que tendrás hambre. Además, esos hombres volverán, querrán vengarse, serán más y te atraparán si andas a solas. Comamos y alejémonos —le aseguró y se volvió dándole la espalda para dirigirse hacia la loma.

Menalipa escudriñó los alrededores apretando los labios. Sabía que aquel salvaje guerrero que la había salvado tenía razón. Así, con cierta curiosidad y atracción, le siguió.

—Esta tierra ¿es Lukka? —preguntó acercándose.

—Las tierras de Lukka quedan hacia poniente, cerca andamos…

De pronto, una gran red hecha de maromas les cayó encima desde la copa de los árboles y numerosos hombres aparecieron gritando y haciéndose de los extremos para tirar con fuerza, aprisionándoles. El salvaje fue golpeado en la cabeza con una gran maza, por dos veces, y perdió el sentido. Luego, a Menalipa la sacaron de la red entre tres aguerridos hombres; la desarmaron a estirones y golpes y la maniataron con los brazos a la espalda y una soga al cuello.

Avanzaron el resto del día hacia el norte, adentrándose en las tierras salvajes de Arzawa, con buen ritmo y pocas paradas. La prisa y el temor empujaba aquel grupo de esclavistas, ratas del mar en busca de un mercado donde vender su botín humano. Menalipa, fatigada, resoplaba con la soga al cuello y atada al madero de un carro tirado por bueyes. El desconocido salvaje permanecía preso de pies y manos, tumbado sobre el carro, boca arriba, sin conocimiento. Tras ellos, una docena de hombres, armados de venablos y toscas hachas, les seguían. Por delante, no eran menos los que abrían camino.

Al caer el sol levantaron un campamento y prendieron varias hogueras. Menalipa miraba hacia los lados y nada veía. Lanzó un grito al aire, esperando respuesta. Solo obtuvo como recompensa el empujón de uno de sus captores y las risas de los demás. Entonces, uno de ellos la tomó de las muñecas y la ladeó con un tirón, pegándola a su cuerpo, y le lamió el cuello a la vez que le posaba la mano entre las piernas. Menalipa le mordió la oreja, arrancándole el lóbulo. Con un grito de angustia, aquel hombre la empujó contra el suelo y levantó su hacha. Un puño de remachadas muñequeras frenó el golpe, asiéndole del brazo y negando con la cabeza. Y le dio un empujón, acto seguido, aquel hombre, el cabecilla del grupo, la observó con detenimiento.

—Tú, egipcia, para ser faraona eres más brava que cualquier hija de la luna. Buena cuenta he de sacar por ti en Ilión, quizás me den más entre aqueos —dijo.

Menalipa no respondió, escupió el trozo de oreja ensangrentada al suelo.

Y aquel cabecilla dio una tremenda carcajada.

—¡Ah….! ¡Mi cabeza! —exclamó el guerrero salvaje, estirándose hacia atrás. Se encontraba sentado y atado a un grueso cedro, intentando recuperar la conciencia.

—Se suponía que me mantendrías a salvo de las ratas del mar —susurró Menalipa—. ¿Quién eres? Tan torpe, de estas tierras seguro que no.

El salvaje tiró con fuerza una y otra vez tratando de romper las cuerdas que lo mantenían preso. Sin resultado. Observó a su alrededor y vio la hoguera que alumbraba a una veintena de hombres degustando salvajina y riendo gracias dichas. Dos carros de tiro con cuatro caballos y dos bueyes les acompañaban, cargados de vasijas y riquezas robadas; en uno de ellos, asomaba el asta de su lanza y la espada de aquella mujer. Volvió a tirar fuerte, cerrando los puños y apretando los dientes. Sus venas y músculos se marcaron en todo su cuerpo, ante una asombrada Menalipa, pero sin el resultado esperado. Las maromas eran gruesas y un doble nudo marinero ahogaba sus estoicos e inútiles esfuerzos.

—Cuando termines, podrías contestar —dijo Menalipa.

—Mi nombre es Alejandro —respondió realizando un último intento—. No te preocupes, te sacaré de aquí, estas malditas ratas no podrán conmigo.

Menalipa levantó una ceja, sorprendida por su ciego optimismo, interesada en aquel hombre y su obsesiva insistencia por rescatarla a pesar de hallarse inmovilizado.

—No te será fácil liberarme. Descansa, cuando se levante la luna y duerman de la pitanza nuestros esclavista, marcharemos —aseguró Menalipa con voz tranquila.

Alejandro la miró con interés, tanto por aquellas palabras como por su serenidad y la confianza mostrada en ellas.

—No me has dicho de dónde eres —insistió Menalipa.

—Soy de las tierras de Micenas, de grandes y gloriosos hombres.

—¿Un aqueo? Me lo había imaginado, torpe eres. Estás muy lejos de tu hogar.

—Llevo mucho tiempo viajando. Hasta estas costas llegué en busca de una embarcación que me lleve a la tierra de los faraones, mi camino es Arinna y después, cruzado el Mar entre Tierras, la gran polis de Men-nefer. En cuanto me libere, te soltaré y, una vez estés salvo, seguiré dando luz a mi destino.

—Te matarán en Egipto, alerta están ante invasores y saqueadores. ¿Qué pretende un aqueo en tierra de faraones?

—Pitia, amante de Apolo, tuvo un sueño. Ella es dueña de la profecía y su palabra siempre es futuro cierto. Mi amada esposa me espera presa del faraón y he de rescatarla de su infortunio.

—¿Tu amada esposa está en poder del faraón?

—Sí, Menalipa se llama y es reina de las hijas de la luna. Pitia vio su rostro junto al mío, en el altar del amor y del sacrificio, cuna de Artemisa; nuestra semilla será imperio en tiempos venideros. Ambos reinaremos llenos de gloria y honor, con justicia y sabiduría. Así lo quieren los dioses, así será.

Menalipa se quedó boquiabierta y sonrió incrédula ante tales palabras.

—Dime, salvaje imprudente: ¿tu esposa te espera? ¿Acaso te conoce?

—Más bien no. Ella no sabe que mía ha de ser. Pero los dioses así lo han dispuesto y el destino cruzará nuestros caminos, por mucho que estas ratas de mar traten de impedirlo —apuntó Alejandro ante el rostro perplejo de Menalipa.

—¿Cómo la rescataras? ¿Y cómo se lo dirás? Quizá a ella no le apetezca ser hembra de un aqueo salvaje y prepotente… y torpe.

—Por ello no me he de preocupar, el divino Apolo y la cazadora Artemisa, hermanos ellos, así lo acordaron cansados de los juegos de Zeus y Poseidón. En el mismo momento que la libere, se cruzarán nuestros corazones y destinos. Y no ha de ser hembra de aqueo, sino reina amada.

—¡Ah! —salió de borbotón de la boca de una incrédula Menalipa.

—¡Silencio ahí vosotros u os arrancaremos la lengua! —exclamaron dos hombres que se acercaban preparados para montar la guardia cerca de ellos.

—¡Traedle agua a esta hermosa joven! ¿Acaso no veis que tiene resecos y manchados los labios? —exclamó Alejandro.

Los dos hombres se acercaron a él con un pozal de agua y sin mediar palabra, le lanzaron el agua por encima a Menalipa. Acto seguido comenzaron a propinarle patadas entre risas e insultos ante la desesperación de Alejandro.

—¡Malditas ratas de mar! ¡Dejadla en paz! ¡Os mataré a todos! —gritó.

—¡Dejad de jugar con la mercancía! En mal estado no nos valen, en Ilión no aprecian moratones ni roturas y sin duda, buen premio nos darán por ese salvaje y la mujer del mar. Revisad la carga y el agua, todavía nos quedan unos días de marcha. Pronto llegaremos y podremos vender el botín y a estas dos mulas —ordenó el cabecilla de los salteadores.

—Deberíamos vender en Beycesultán o dirigirnos hacia las costas de Levante, dicen que en el norte la guerra todo lo asola y que los ejércitos marchan odiosos —apuntó uno de sus ellos.

—Mejor, buen botín sacaremos de ello. No somos guerreros que busquemos batalla, nos limitamos a limpiar los muertos y vender al mejor postor; solo tenemos que evitar los caminos principales y recoger la cosecha que los ejércitos siembran —expuso el cabecilla, con autoridad.

Reponiéndose de los golpes, Menalipa escuchó con interés aquellas palabras, algo había sucedido con la llegada de Gadir a las tierras de Anatolia. Lo sabía.

—¡Eh, salvaje! ¡No intentes ayudarme más! —le exclamó a Alejandro.

—Los mataré —respondió él, indignado, sintiéndose responsable.

El tiempo transcurría sin más novedad que las miradas entre Menalipa y Alejandro. La luna resplandecía en lo más alto, iluminando el bosque y llenando de vida la oscuridad. El viento traía el chasquido de los murciélagos y el canto del chotacabras. Entonces, Menalipa comenzó a imitar el ulular del búho, esperando una respuesta, ante la mirada decepcionada de Alejandro, que no llegaba a comprender ni lograba liberarse.

—Ese maldito pajarraco ha de estar por estos árboles —dijo uno de los dos guardias acercándose a ella—. Me pone nervioso.

—¿Has oído? Parecía el rugido de un león —aseguró el otro guardia, al escuchar una voz ronca, potente y cercana.

—En estas tierras ya no hay leones, dicen —aseguró su compañero, ante el silencio.

Como un rayo, una enorme zarpa le destrozó el cráneo salpicando de sangre, cerebro y dientes el vientre de Alejandro, que quedó impresionado. La bestia hizo presa en la cabeza del

otro guardia con sus largos colmillos, crujiéndola como si fuera un tierno melón. Aquel enorme felino surgido de la oscuridad se relamió el hocico y observó el pequeño campamento con sus ojos almendrados. Mordió el cuello de su presa, la arrastró frente a Menalipa, se agazapó y comenzó a devorar al esclavista por los cuartos traseros, lamiendo y tragando pedazos de carne ante la vista perpleja de Alejandro. Una vez devorados los glúteos y muslos, limpios los huesos, dejó el cadáver para cebarse con el cráneo abierto del primer guardia abatido.

Alejandro cerró los ojos, tragando saliva, ante la proximidad de la bestia y el sonido que producían los molares al quebrar los huesos de su víctima. Cuando los abrió de nuevo, vio al enorme felino acercarse hacia Menalipa y tiró con fuerza de las cuerdas, tratando de romperlas y lanzando rugidos que atrajeran al animal.

—¿Qué haces? ¡Silencio! ¡Nos descubrirán! —exclamó Menalipa.

Alejandro frenó en su ímpetu sin comprender. Vio cómo aquel fabuloso animal, el cual acababa de alimentarse de dos hombres, se recostaba junto a la desconocida soltando un eructo.

—Es Therio —apuntó ella.

La bestia campeó por unos momentos alrededor de ellos, olisqueando la tierra húmeda. Con sus labios tomó el lóbulo de la oreja que Menalipa había escupido y lo tragó. Después volvió al cadáver de una de sus víctimas y continuó devorándolo.

—Supongo que las dos vacas, realmente, no te las comiste tú —apuntó Alejandro.

—No. Ni a la tripulación tampoco —contestó Menalipa conforme mostraba sus manos atadas al enorme tigre dientes de sable.

El animal dejó de comer, estiró con fuerza sus patas delanteras y luego, las traseras. Dio un tremendo bostezo y con un zarpazo saltaron las maromas. Menalipa quedó libre y abrazó a Therio, que ronroneó dulcemente cual inofensivo gatito. Tomó sus armas con pasos rápidos y comenzó a alejarse del campamento, en silencio, ante la mirada atónita de Alejandro.

Menalipa se volvió y vio la cara de resignación de aquel salvaje guerrero, de decepción. Por unos momentos dudó, finalmente cedió a la voluntad de su corazón que le pedía que liberara a aquel hombre. Regresó y con un golpe de espada cortó las cuerdas que lo hacían preso.

—Vamos, tomemos un par de caballos —le instó.

—Creí que me abandonabas —susurró Alejandro sin alejar la vista de la bestia.

—Recuerda que yo te salvé y en mi tierra, cuando una mujer salva a un hombre vencido, obtiene su recompensa. Es ley de razón que en agradecimiento me debes. Eres mío —le dijo ella, mientras le apremiaba con las manos.

Alejandro la miró turbado en verdad, emitiendo un curioso gruñido que acabó en sonrisa.

Therio les ignoró y continuó con su pitanza, dirigiendo los ojos hacia un hombre que salía de una pequeña tienda de pieles con los ojos apenas abiertos, bostezando y revolviéndose el vientre con una mano. Y se relamió el hocico mientras se agazapaba cerca de él.

Menalipa y Alejandro montaron en los caballos en cuanto se alejaron del campamento; un grito de terror les animó. Cabalgaron hasta el amanecer, hacia el norte, sin parar, sin preguntar. Ella marcaba el camino y él la seguía, pletórico en su inesperada aventura.

—Falta poco —aseguro ella tirando de la bridas y frenando su montura.

—¿A dónde vamos? —preguntó Alejandro.

Menalipa desmontó y estiró de su caballo hasta una gruta oculta entre arbustos.

—Descansemos, estás a salvo si no te metes en más problemas. Algo que dudo. Yo marcharé sola, en nada te necesito y has de ir a por tu esposa; lejos y abandonada la tienes.

Alejandro la siguió sin palabra alguna, no deseaba dejarla. Sentía una atracción enorme por ella. Un sentimiento profundo que ensanchaba su alma, que lo embargaba con cada mirada de aquella magnífica mujer.

Acomodaron los caballos entre arbustos y entraron al abrigo de la cueva. Alejandro prendió una pequeña hoguera con ramas, pelo grasiento y arte. Sin mediar palabra, ambos recolectaron frutos silvestres, revisaron sus armas entre miradas furtivas, se prepararon un lugar de descanso y acabaron juntos, sentados ante el fuego. Una suave lluvia comenzó a salpicar la entrada de la gruta y el viento helado se dejó sentir. Alejandro tomó la mantilla del lomo de los caballos y regresó junto a Menalipa y, cubriéndola, la acurrucó junto a él al calor del fuego y ella se lo agradeció posando la cabeza sobre su pecho. Preso de su belleza, porte y simpatía, le pasó la mano por la mejilla y recogió la melena alrededor de su cuello. Y la besó en el hombro, sin poder reprimirse por más tiempo. Menalipa acarició su rostro. Lentamente, sus labios se fundieron en un dulce beso de amor. La sangre se aceleró en sus venas, colmando su mente y cuerpo de sensaciones olvidadas. Sus mejillas rozaban calientes las de aquel salvaje guerrero que había hecho latir de nuevo su corazón. Desconcertada por lo que estaba pasando, Menalipa se levantó de inmediato, ante la sorpresa de Alejandro. Se dirigió a la entrada de la gruta y se apoyó en la piedra. Observó detenidamente la salida del sol. Nada le impedía seguir allí, debía marchar a Tríbada. ¿Qué hacía ahí? ¿Por qué no cabalgaba al encuentro de sus hermanas? Notó las grandes manos de Alejandro sobre sus brazos, empujándola suavemente hacia atrás, abrazándola por la espalda y se dejó querer, ladeando la cara y besando sus labios. Y encontró respuesta a sus inquietudes, deseaba a aquel hombre. Entre caricias y susurros se desnudaron sobre una losa que permanecía al fondo de la cueva, sus cuerpos brillaban al calor de las llamas de la hoguera, amándose entrelazados como un único ser, hasta quedar agotados, dormidos.

El chillido de dos chacales despertaron a Alejandro. Los observó en la entrada de la cueva y vio cómo salieron trotando al verle, con una piel hecha jirones en sus fauces. Se vio solo. Rápidamente se levantó, desnudo, y recorrió la gruta buscando a su hermosa compañera. Deseaba verla, estrecharla en sus brazos. No la halló. Salió fuera y comprobó que se había marchado. Le había dejado como despedida, al lado del caballo, un zurrón con fruta. Sonrió con una mueca triste y una gran amargura colmó su ser, aquella mujer que había amado como jamás pensó, se había marchado para siempre. Entró en la gruta con el zurrón, sin sacar de su cabeza la sonrisa de aquella extraña que ni su nombre sabía.

—Nada me espera ya en tierra de faraones —remugó con voz sentida—. Pitia, ¿cómo es posible que tú, dueña de la profecía, erraras en tu saber? Amaré siempre a esa guerrera. ¿Cómo pensar en otra cuando mi corazón no para de ordenarme que corra tras ella? Crueles son los dioses, cruzándome con semejante mujer cuando marcho en busca de la que ha de ser mi esposa. ¿Acaso pretenden ahora que la olvide? ¿Cómo? —gritó al viento.

Emocionado, miró el lecho de piedra en el que había amado. Un trazo inusual le hizo acercarse. Limpió la pared que se alzaba sobre este y vio la talla maestra de una diosa rodeada de signos divinos, en su mano portaba un arco y a su lado permanecía una cierva. Dio dos pasos atrás y se fijó en la gran piedra, eran los restos de un antiquísimo altar. De pronto, tomó su larga lanza, montó y salió al galope buscando el rastro que delatara el trote de aquella mujer que le había robado el corazón.

—Los dioses tendrán que esperar —susurró al viento.

Capítulo 24
EL DESAFIO DE HIPÓLITA

En las orillas del Termodonte, mientras la caballería atlante se recuperaba de la batalla habida en el puente, Tarss rondaba en la oscuridad de la gruta por donde entró Gadir.

—Mi general, debemos disponer de nuestro ejército con premura o esos malditos acabarán cruzando, caerán sobre ellas —expuso uno de sus capitanes.

Sin apenas escuchar, Tarss se ahondó más en la cueva, pisando sobre numerosos restos humanos, calaveras, huesos astillados y carnes descompuestas que ahondaban en su temor.

—¡Gadir! —gritó con fuerza y se maldijo una y otra vez, por muy poco no había logrado salvar de la caída a su amigo y rey.

Mientras, cientos de mujeres de Tríbada y sus hijas se dirigieron hacia Hatussa por las sendas del bosque, con cada paso se acercaban más a la salvación. Pero los aqueos, lejos de aceptar la derrota, habían encontrado un paso lejano por el que atravesar el cortado del río, bajando hasta los valles de Poniente, donde apenas unos metros les separaban de la otra orilla. Su intención, más que la de acabar con aquellas mujeres, era evitar que llegara a oídos del emperador Huzzia la presencia de un ejército extranjero en sus tierras.

—Señor, los aqueos están cruzando el río, creen que hemos huido; en el valle podremos desplegar nuestra caballería y despedazar sus fuerzas. Es el momento —aseguró su capitán.

Tarss asintió, ansioso de venganza y viendo al enemigo mermado.

—Marco, mi gran capitán, debes quedarte en la gruta mientras marcho a la batalla. Diez valientes y las guerreras de Ainia cubrirán tus pasos hasta mí cuando regreses con Gadir. Frenaré el ímpetu aqueo y volveremos a Tríbada. Allí te espero. El tiempo apremia y si los aqueos ya están aquí, es posible que el grueso del ejército de Clearco se encuentre cerca de nuestra divina reina. Si no encuentras a Gadir…

—Lo encontraré. ¡Está vivo! Muerto, en esta leonera, hubiéramos hallado su cadáver.

Tarss asintió y anduvo firme hasta Isis y Maat. Las dos hermosas egipcias, de suaves telas y chitones blancos como la nieve, de ojos tintados hasta las sienes, le miraban piadosas.

—Os quedaréis con Marco, lejos de la atroz batalla —ordenó Tarss.

Ellas lo abrazaron con fuerza y se despidieron con amargas lágrimas.

—No temáis por mí, pues bravo andaré. Pronto hemos de vernos, calmada la ira, al amparo de la dulce victoria —dijo Tarss y besó a cada una de ella. Luego montó en su caballo, con una mueca de dolor que delataba la herida de su cuerpo y mente. La sangre manchó las vendas que apretaban su muslo mientras arengaba a sus tropas hacia la batalla.

Andrea encabezaba la marcha de mujeres, ancianas y niñas que habían huido de Tríbada. Con una mirada piadosa despidió a su general, angustiada por la suerte que corrieran en la batalla, apenada por la muerte de la reina Ainia, temerosa por la vida de Hipólita y preocupada por el incierto porvenir que les esperaba.

En el interior de la gruta, Marco mecía la tea que iluminaba su camino en aquella leonera. Tras él marchaban los lanceros que Tarss había dejado como guardia, las siete fieles guerreras y las dos hermosas egipcias, temerosas de cuanto veían. Avanzaron hasta una enorme sala cubierta de maleza rala y pequeños arbustos. No había restos humanos. Pero las huellas de león se marcaban en la tierra arcillosa. Un enorme cráter dejaba pasar la luz del día, alumbrando aquel lugar, y un constante goteo caía sobre ellos por las vertientes, colmando un pequeño arroyo que inundaba sus pasos, formando una laguna de verdes colores.

De pronto, un ruido de pasos acelerados, de bronce armado, comenzó a resonar entre ecos. Al otro lado de la sala, por una gruta oscura, aparecieron varias antorchas portadas por una treintena de aguerridos lanceros.

—¡Aqueos! —exclamó Marco.

—Deben haber estado buscando un paso por las grutas —aseguró Isis.

Los aqueos, al verles quedaron atentos, comprobando el número de sus enemigos y rápidamente desplegaron sus lanceros tras ellos. Al verse acorralados, la formación atlante plantó sus defensas y las guerreras lanzaron sus saetas, frenando la embestida. La superioridad numérica de los aqueos se imponía a golpe de pica, salpicando el arroyo de sangre ante el ímpetu atlante.

El bronce rasgó la frente de Maat en un lance, haciéndola caer. La espada de Marco salvó su vida amputando el brazo hostil. Dándole la mano, el capitán atlante levantó a la joven egipcia de un tirón y la cubrió de un nuevo golpe, posándola tras él. Se vieron acorralados, desplazados, y subieron a una pequeña roca que guardaba sus espaldas con la pared vertical del cráter. Sus hombres caían y las valerosas guerreras luchaban por abrirse camino, buscando una salida entre picas. Isis y Maat, abrazadas y agachadas en el centro de círculo que estrechaba a los atlantes, suplicaban ayuda a los dioses.

Como si de una respuesta se tratara, vieron un largo venablo, de afilada punta de metal, destellar con un silbido fulgurante, que rasgó el aire y arrancó el corazón del capitán aqueo, astillando su esternón y coraza laureada. En la cima del cráter apareció una figura a trasluz. Saltó al foso, a la par que dos portentosos leones, macho y hembra, le seguían con pavorosos rugidos que sembraron el terror en el alma de los aqueos. Recogió las armas del capitán muerto y con tremendos golpes, amputó vidas haciendo de la sangre un arte, el arte de la guerra.

—¡Por todos los dioses! ¡Es Gadir! —exclamó Isis.

Marco se volvió perplejo, observando a su rey avanzar hacia ellos matando; tanto como los leones que le seguían, que con grandes zarpazos y dentelladas destrozaban los cuerpos de los aguerridos aqueos. Luego vio una sombra femenina cruzar el arroyo, lentamente, dejando bañar sus pies desnudos en el agua fría y su cuerpo con los cálidos rayos del sol. De blanca melena, larga hasta más allá de la cintura, y pálido rostro, vestía con un largo chitón de seda blanco; aquella mujer se agachó y deslizó la mano por encima de las aguas; y la golpeó de pronto, con la palma. Una onda expansiva recorrió el arroyo, conforme Gadir llegaba hasta los suyos, y regresó de forma inmediata hecha un enorme torrente de aguas bravas que arrastró a las huestes aqueas entre golpes y alaridos hacia una profunda galería que se perdía en la oscuridad, hacia los abismos, sin opción alguna a la vida.

Aquella hermosa mujer, madura y de porte distinguido, hermosa como la vida; avanzó hacia ellos sobre las aguas, calmada la furia del arroyo.

—¡Atalanta, Hipómenes! —exclamó y los poderosos felinos corrieron junto a ella.

—¡Gadir, mi rey! ¡Creíamos que habías muerto! ¡Benditos sean los dioses! —exclamó Marco mostrándole respeto y obediencia; sin apartar la vista de aquella mujer, divina sin duda.

—Sí, capitán; entre los vivos camino gracias a la gran Cibeles —aseguró Gadir y recuperó el venablo, posando el pie sobre la espalda del capitán aqueo muerto, dando un fuerte tirón.

—Cibeles —murmuraron guerreros y guerreras, extasiados ante ella.

Seis lanceros, cuatro guerreras, las dos jóvenes y el capitán atlante habían sobrevivido a la furia aquea; salvados por su rey Gadir y la divina Cibeles, bendecían su suerte.

—¿Dónde está Tarss? Hemos de regresar a Tríbada con urgencia. Las tropas aqueas se ciernen sobre la ciudadela, debemos volar hacia allá o ninguna quedará con vida.

—Mi señor, en batalla anda con los nuestros, dando muerte a los aqueos en la cuenca del Termodonte; frenando las huestes que insisten en perseguir a las refugiadas —contestó Marco.

En el río, en un paso de ancho cauce, los aqueos se vieron sorprendidos y vencidos por la caballería atlante. Tarss gritaba su rabia desventrando un aguerrido lancero. Habían golpeado duro a las fuerzas enemigas. La columna aquea quedó dispersa en apenas unas docena de hombres. Llegada la calma, numerosos cadáveres amputados y el bronce en tregua delataban la batalla habida.

Ajeno de la suerte de Gadir y dejando atrás a los refugiados de Tríbada, a salvo en las rutas hacia Huzzia, Tarss ordenó a la caballería atlante cruzar de nuevo el Termodonte. Tres guerreras conducían sus pasos hacia el Desolado, donde esperaba la divina Hipólita. Por un momento quedó pensativo, observando, esperando alguna señal de Marco o de su rey Gadir a lo largo de la orilla. Finalmente, espoleó su caballo y galopó hacia el frente de su caballería con una sonrisa, algo le decía que Gadir vivía, tenía que ser así.

—Íbero, tú que estás más pendiente de regresar a Tribada que de avanzar, podrías volver e informar que las gentes de Tribada están a salvo, que te acompañen algunas lobas, te indicarán el camino, y da fe de que no hemos de tardar en llegar para la batalla —ordenó.

***

Caída la noche en las inhóspitas tierras del Desolado, en Tríbada, un sentimiento de pena, odio e inquietud colmaba cada hogar, cada tienda de lino y cuero dispersas en su ágora. Miles de guerreras esperaban la llegada del invencible ejército de Clearco, dispuestas a pararles como fuera.

Finalizada las exequias y la ceremonia en honor a la reina Ainia, las valerosas guerreras descansaban esperando el nuevo día, llorando su pena y ansiando venganza.

Hipólita había pasado largo tiempo junto a una gran hoguera que iluminaba el palacio real. Pensaba en Ainia y en Evenor, en la hija de ambos; y deseó conocer a la pequeña Hipólita, abrazarla. Embargada por la preocupación del mañana, observaba el campamento que se había alzado en el ágora. La rubia Pentesilea de Tracia, la valerosa Esmirna de Abasa y la brava Marpesia de Temiscira; todas habían acudido a su ruego y orden para defender los reinos de las hijas de la luna. Muchas morirían, ella lo sabía y eso le devoraba la razón y el corazón.

Frente a ella llegó Deyarina, montada a caballo.

—Mi reina, ¿seguro que no deseas que permanezca en la batalla? —preguntó.

—No, Deyarina. Tu misión es otra.

—Pero… Todas las valientes lucharán, muchas morirán… y yo…

—Marcha con mi guardia, llévate a Lysippe y cuida de todo mal a la pequeña Hipólita, hija de Ainia y Evenor, de la gran Cibeles y Poseidón. Haz de ella una gran reina, loba y señora. El futuro de las hijas de la luna dependerá de ella, a grandes retos habrá de enfrentarse. ¡Galopa pues, antes de que el horror aqueo nos alcance!

Deyarina asintió, espoleó su cabalgadura y se alejó bajo la atenta mirada de Hipólita. El suave aroma de la noche embargaba sus pensamientos. Respiraba una gran calma, aquella que precede a la tormenta; una tormenta de sangre y lo sabía. Un ulular fantasmagórico le recordó el día de mañana: Atenea, la de ojos de lechuza, esperaba. Asintió resignada y se retiró hacia sus aposentos pensando en su amado Gadir. Había partido como escolta, sin que pudiera verle, hablarle, amarle. Su misión era poner a salvo en los dominios del rey Huzzia a las madres e hijas de Tríbada. Luego volvería junto a ella, a la atroz guerra; y deseó que no fuera así, que muy lejos anduviera de la batalla en ese día de muerte segura. Se alegró, aun deseando tenerle a su lado con toda el alma, de que se encontrara lejos, junto a Tarss y sus valerosos hombres de Gadeira.

En el camino, un llanto inquieto llamó la atención de Hipólita. Sentada en las escaleras del palacio, encontró a una joven rubia, cabizbaja, con los puños en la sienes, llorando desconsolada. Le alzó con dulzura la cara y vio a Europa envuelta en llanto, sonriéndole: extendía sus brazos, carnosos y hermosos, y se estiraba suavemente su pelo brillante a la luz de la luna.

—¡Europa, no has cambiado con la noche! ¡No te ves anciana! —exclamó Hipólita.

—No, ya ves, aquí me hallo joven y hermosa como si se alzara la más soleada de las mañanas —respondió Europa.

—¡La maldición quedó atrás!

—Hipólita ¿qué voy ha hacer? Siempre busqué la semilla de la vida en mi juventud y la luna me la arrebataba en mi vejez. Pero germinada en la noche, se afianzó en el día. Era así de fácil y nunca lo pude ver. Mi amor por Sarko, su amor por mí, ha roto mis cadenas.

—¿Lo sabe?

—No, ¿cómo he de decirle que será padre?

—Con un beso. Yo así lo hice, por dos veces, feliz.

—Sarko me rehúye en el día, dice que podría ser mi padre; solo se acerca a mí en la noche, cuando vieja soy. Tengo miedo de que ahora me abandone.

—No lo hará. ¿Marcharás?

—He de hacerlo, la vida habita en mí.

—Marchad esta misma noche, mañana será tarde. Marchad a tu hogar o a la Península, donde seréis libres y podréis vivir lejos de las guerras que azotan estas tierras.

—Así lo haré. Pero ¿y tú? Bien sabes lo que ocurrirá mañana: Atenea no tendrán piedad de ti ni de ninguna de las hijas de la luna.

—Lo sé.

—Apela al desafío, es honor de grandes guerreros: Clearco no podrá negarse sin perder la gloria ni ofender a la divina Atenea. Podrás ganar tiempo y quizá una guerra.

***

Arrastrando los pies por tierra y exhalando bocanadas de aire reseco, el ejército de Clearco llegaba a las gargantas de piedra que abrían el camino a Tríbada. Atrás quedaba la tierra ardiente de un desierto impío que abrasaba las corazas de aquellos guerreros de anchas capas, grandes escudos y largas lanzas. Solo la promesa de gloria y un botín sin igual les había mantenido firmes en su camino, venciendo el sofocante calor y la maldita sed.

Clearco sonreía mientras cubría sus largos cabellos con un yelmo de piel de uro, rodeado de blancos colmillos de jabalí. Junto a él, en el carro de guerra, le acompañaba su amada reina Iris de Lesbos. La ambición que habitaba en ella había permitido que aquella columna de bravos guerreros llegara hasta la ciudadela perdida de la hijas de la luna.

—¡Tríbada! —exclamó el comandante aqueo.

—Recuerda el trato, mi amado: Tríbada es de Atenea, suyo será el botín de guerra y la gloria, pero nuestra ha de ser Temiscira.

—No te preocupes, la palabra de Atenea es ley. Temiscira será mi regalo de boda, nos alzaremos en el trono y no habrá quien ose desafiar tus designios sin temor a mi ira.

Ante la sorpresa del general, un numeroso ejército de mujeres surgió frente a ellos; les esperaban preparadas para el combate. Una primera formación, sin mostrar temor alguno dio un paso al frente, manteniéndose firme con los arcos y las saetas en las manos. Tras ellas, montadas a caballo, se mostraban las guerreras de Abasa, Tracia y Temiscira con sus lanzas prestas para el combate. Clearco observó con detenimiento y levantó la mano, sus hombres pararon la marcha.

—¡No han huido! —exclamó Iris, atónita y se enfureció.

—Veo que tus palabras vuelven a ser inciertas: no eres bienvenida, aunque soberana seas de este reino en tierras de olvido. No huyen las rebeldes ni el pueblo os aclama como libertadora, os desafían ante nuestra presencia —dijo Atenea estudiando el ejército de las hijas de la luna.

Los aqueos fueron tomando posiciones, fijando sus ojos en las guerreras, especialmente en las temidas arqueras de potentes arcos de asta, capaces de atravesar sus corazas en la distancia; y en las columnas de caballería que trotaban desafiantes exhibiendo largas picas y afilados venablos.

Las hijas de la luna permanecían alerta, esperando la batalla. No querían dar tregua a aquel formidable ejército tras su terrible paso por el Desolado: una flecha surcó el aire clavándose a un pie del carro de Clearco, ante los caballos, que se alzaron sobre los cuartos traseros relinchando.

—¡Acaba con ellas! ¡Son rebeldes de su destino! —espetó Iris.

Una voz se erigió valiente entre las hijas de la luna, haciéndose oír con claridad.

—Altivos aqueos, hijos de Zeus, aguerridos soldados de conquistas hacedores. Mi nombre es Esmirna, hija de Mirina, reina de Abasa, tributaria del Imperio Hatti, cuyas tierras osais mancillar, y a vuestras mientes me dirijo: muchas hijas quedaron sin madre, muchos hijos quedaron sin padre. La sangre baña esta tierra desde las orillas del Egeo hasta el Desolado que aquí os trajo en busca de gloria y muerte. Aceptad el desafío de honor entre guerreros que os he de lanzar y que los dioses favorezcan la suerte y destino de este día sin más muerte que la designada por la atroz Parca.

Al momento, Hipólita y la propia Esmirna cabalgaron hacia ellos con trote altivo. Un susurro de sorpresa recorrió la formación aquea. Capitanes y generales dieron varios pasos al frente ante tal hecho, querían ver mejor a aquellas bravas mujeres que no mostraban temor alguno por sus acorazadas columnas de miles de picas.

—¡Avanza hasta esas mujeres! ¡Escuchemos lo que tengan que decir! —ordenó Clearco a su auriga, sin dejar de observar con curiosidad a las guerreras que trotaban orgullosas.

—¡No, no vayamos! ¡Es una treta, seguro! —exclamó Iris, ansiosa por acabar con ellas.

—¿Acaso deseas que mi nombre sea tomado como el de un cobarde? No hay treta, solo gallardía que honrar —aseguro Clearco conforme avanzaba en su carro de guerra, acompañado por cuatro lanceros que cubrían sus pasos.

Frixo de Argos, aún convaleciente de sus recientes heridas de guerra, azuzó sus caballerizas situándose junto a Clearco, exigiendo premura al auriga.

—Es posible que una de las dos o ambas muera hoy —aseguró Esmirna mientras cruzaban la tierra quemada, acercándose a los generales aqueos—. ¿Quieres saber por qué no me uní a la causa de Iris? ¿Por qué no luché contra Menalipa? ¿Por qué batallo a tu lado?

Hipólita, sorprendida, cruzó la mirada con la de ella, viendo sus mismos ojos azules, de mirada profunda, hermosos; y por un momento no quiso saber.

—Mirina, mi madre, siempre me repudió, pues fui indeseada. Soy hija de Ares… Nadie más lo sabe, solo mi amada Deyarina.

Hipólita bajó la cabeza y siguió su trote como si nada hubiera oído, comprendiendo la respuesta a las tres preguntas: Esmirna no solo era hermana de Iris, sino también de Menalipa y de ella misma. El silencio las acompañó en su trote, ninguna de las dos comentó palabra alguna. Un grupo de guerreras de Tríbada las seguía en la distancia como guardia; respirando profundamente, quedaron apenas a treinta de pies de sus reinas y de las columnas enemigas.

Frente a frente, separados por apenas seis pies, reinas y generales se observaron con detenimiento. Hipólita admiró aquel ejército: se mostraban aguerridos en verdad con las capas que parecían agitarse con el viento al unísono, fuertes con sus largas lanzas de picas afiladas e inquebrantables con sus redondos escudos. Pero también vio los ojos enrojecidos, la piel quemada y los labios cortados de aquellos hombres que delataban su sufrimiento, la penosa marcha y el tributo pagado al árido desierto. Giró levemente la cabeza estudiando las columnas aqueas: argonautas, atenienses, micénicos y los espartanos de Lacedemoinia.

Esmirna fijó su mirada en Clearco. A Iris la ignoró de tal manera que ni una mirada se dignó en brindar a su propia hermana, llegando a ofenderla más que con cualquier voz que le hubiera propinado.

—¡Matadlas! ¡Solo buscan una argucia que las salve de su amargo destino! ¡Acabad ahora con estas salvajes rebeldes! —exclamó Iris y dirigió la mirada sobre Hipólita. Aun desconociendo su rostro, supo que se hallaba ante ella; tal era su porte y belleza, comparable a la de una diosa.

Esmirna miró detenidamente el potencial del ejército que frente a ellas se desplegaba. No menos fue la atención que prestaron Clearco y Frixo ante aquellas guerreras de mirada profunda, ojos azules y largas espadas que, sentadas a lomos de sus caballos, se mantenían firmes, sin apariencia alguna que mostrara temor o angustia por batalla venidera.

—Decidme pues, bravas mujeres, ¿acaso vuestro órdago es la oferta de una rendición acordada? No sería fiel a las historias que hasta mí llegaron de vuestras gloriosas hazañas; ni creo esperaréis tal beneficio tras vuestras puñaladas en el desierto —dijo Clearco.

—Bien piensas, en nuestras mientes no cabe rendición alguna —espetó Esmirna.

—Eres valiente. Aunque hablas con la gallardía del que sabe próximo su fin. No tenéis más salida que la huida o una agónica muerte ante nuestras picas.

Hipólita avanzó con su caballo poniéndose prácticamente a la altura del general.

—Escucha pues —dijo altivamente, con respeto—. Nosotras aquí moriremos, si así ha de ser. La Parca no nos asusta, la llevamos como fiel compañera y es bondadosa amiga que de penas nos librará. Tuya será una población en ruinas, en medio de la nada, que te costará tu ejército, pues serán muchos los hijos de Zeus que nunca verán el nuevo día. Ya sabes: nuestra mordida es fuerte, más de lo que piensas. Vuestros hombres tienen fama de invencibles y sin duda vencerán. Pero solo despojos y guerreros amputados regresarán a su hogar, humillados ante una victoria que no les reportara oro ni gloria, sino muerte y llanto. Nosotras miramos a nuestro pueblo y no deseamos la tragedia. ¿Y tú? ¿Acaso no has sufrido ya nuestra furia para saber que puedes salir mal parado? Erais no menos de diez mil, muchos más, eso nos dijeron… ¿Cuántos sois ahora?

—Firmes palabras aseguras, sé que en Tríbada no hay grandes riquezas que saquear, ni existe a sus alrededores tierra fértil que conquistar, mas el oro de los faraones oculto en sus arcas guarda y bien merece la sangre que se ha de verter. Y vuestras tropas no representan mayor peligro que el balido del cordero al colmillo del lobo. Así lo ven mis ojos —respondió Clearco.

—No hay oro —aseguró Hipólita.

—¿No hay oro? —interrumpió bruscamente Frixo.

—No. Nunca llegó ni sabemos de ese oro que buscáis. Y no des por cardada la lana, pues con piel de cordero, en esta tierra reseca, podéis desangraros con mordida de loba.

El comandante aqueo, confuso, observó su mirada penetrante, dando por ciertas aquellas palabras que en nada le agradaban.

—¿Y por qué deberíamos creeros? —preguntó Frixo, reticente.

—¿Qué ganaría con mentir? ¿Retrasar la ofensiva unos días? Si ha de haber sangre y muerte, será ahora mismo que vuestro ejército se halla preso de la ira del desierto, tenlo por cierto, como supongo esperas —respondió Hipólita.

El comandante se mantuvo dubitativo ¿No había oro? Mientras, Frixo se acercó a Hipólita y se colocó al lado de Esmirna. Se hallaba tan sorprendido ante aquellas mujeres guerreras y su valentía que no disimuló su respeto hacia ellas.

—Veo que mi venablo no culminó su misión, repuesto te hallas —apuntó Esmirna.

—La coraza cubre la herida de mi vientre, poco faltó. Eres muy hermosa. Caer bajo el metal de tus armas debe ser la mejor de las muertes para un valiente guerrero, un honor —afirmó Frixo sin disimular cierta intención.

—Pronto lo sabrás, no dudes que satisfaré tu deseo —respondió ella.

Frixo asintió atraído por la belleza azul de aquellos ojos que le desafiaban, por aquel cabello rojo que descendía como una cascada salvaje por los hombros desnudos de la reina guerrera.

—¿Aceptarás nuestro desafío como guerrero de honor que eres? —preguntó Hipólita.

—Os escucho —asintió Clearco.

—Que aquel que sea el más poderoso, fuerte y hábil de los altivos aqueos se enfrente a una de las hijas de la luna. Si vence nuestra guerrera, tu ejército marcharía repuesto de agua y víveres sin más muerte ni tragedia —dijo Esmirna.

—¿Y si se alzara el aqueo con la cabeza de vuestra guerrera? —preguntó Clearco.

—Tríbada será vuestra sin oposición alguna tras dos días de duelo, en el que mis guerreras partirían hacía Oriente con sus familias y pertenencias, sin más lucha ni muerte.

El comandante sonrió, después miró el rostro impenetrable de Hipólita y se mostró serio; le turbaba la belleza de aquella mujer, le excitaba la idea de domarla. Después fijó la vista en Frixo, el cual parecía estar flirteando con Esmirna; y en su amada Iris, que orgullosa le miraba esperando el "no" por respuesta.

—No necesitamos desafío alguno para hacernos con Tríbada y si no queréis morir, solo tenéis que salir cabalgando antes de que el suelo retumbe con la marcha de mis columnas; no sois ejército que pueda detener imperio —afirmó Clearco.

Hipólita, al escuchar aquellas palabras, descabalgó y se dirigió hacia la formación aquea, ante la sorpresa del comandante y de aquel ejército que mostró sus lanzas cuando la sombra de aquella brava mujer les alcanzó.

—Vosotros que gallardos os jactáis de alzaros con gloria ante cualquier batalla… ¡Teméis la afilada hoja de esta mujer! ¡Una mujer! —exclamó alzando su espada ante un descomunal silencio—. ¿Cómo tan valientes soldados osan rechazar el desafío de honor de una guerrera? ¿Vosotros os hacéis llamar hijos de Zeus, devotos de Atenea? ¿Dónde está el honor aqueo o solo sois ultraje y saqueo? ¡En el Olimpo se reirán todos los dioses mientras Zeus llora de vergüenza!

Hipólita les dio la espalda y se deshizo de su peto de malla, lanzó su escudo y clavó la punta de la espada de Ares en la tórrida tierra; y miró a Clearco y a Frixo, perplejos ante su arrojo.

—No la escuches, es loba astuta; solo pretende arengaros a un desafío innecesario para nuestros designios. ¡Acaba con ella! —gritó Iris.

Clearco volvió la vista y vio los rostros cansados de sus soldados y la humillación en sus almas guerreras. Entonces cruzó la mirada con los oscuros ojos de Atenea, que altiva y seria, en la distancia, sentía cada palabra de Hipólita como si de una puñalada se tratara. Y reaccionó tratando de agradarla en los honores y artes de guerra que tan alta estima tenía la divina.

—Hija de la luna, aceptaré el desafío y uno de mis hombres acabará con tu vida. Pretendes tu sacrificio para salvar vuestro pueblo, ello te honra más allá de la batalla y no seré yo quien no respete el valor que demuestras. Pero no serán dos días ni uno: cuando vuestra sangre colme la tierra, Tríbada será nuestra y vuestra gente partirá solo con aquello que pueda acarrear en sus manos y sin armas que podamos temer.

Atenea calmó su rostro ante aquellas palabras y por primera vez en toda la expedición, le dedicó una sentida sonrisa a Clearco, el cual no pudo reprimir su satisfacción asintiendo como señal de debido respeto, recordando placeres olvidados.

—Altivo general, no podemos aceptar vuestras exigencias, pues es nuestro deseo honrar a aquella que muera en la lucha si así ha de ser. Mas añadiré al desafío que serán tres los valientes guerreros que vencerá mi loba. Solo pido que, si cae, respetes la palabra dada y que, si los dioses nos sonríen en esta empresa, des por terminada la batalla —respondió Esmirna.

Clearco mantuvo su sonrisa, saltó del carro y se acercó hasta ella.

Esmirna descabalgó al verlo y apenas quedó a un pie de distanciaba de su brazo.

—¿No hay oro? —insistió Clearco.

—No —respondió Esmirna mostrando aplomo y sinceridad.

—Mucho me han hablado de vosotras, asesinas de hombres os llaman mis hermanos atenienses. Yo soy de Micenas… Pero no, no sois las salvajes hembras que esperaba hallar. Me sorprende vuestra valentía y el tono de vuestras palabras. Eres mujer orgullosa y hablas con sabiduría: yo respetaré mi palabra y con el sacrificio de tu guerrera la gente de Tríbada podrá abandonar en paz la población. Nadie dirá que un guerrero aqueo tuvo temor a enfrentarse en desafío digno a una hija de la luna —sentenció el comandante.

—Sea pues y recordad cuando marchéis lejos de Tríbada, como consuelo, que aquí no hay oro, nunca lo hubo y bien cierto es —apuntó Esmirna.

Capítulo 25

FLOR DE INVIERNO, EMPUSA

Entre las arqueras de Tríbada, que permanecían pendientes de cuanto ocurría en las filas aqueas, apareció Imperia con prisas y una espada en la mano. La seguía de cerca la divina Europa, que había sido incapaz de encontrar el momento oportuno para hablar con Sarko y partir de Tríbada. No podía dejar a su suerte a Hipólita, su alma y corazón se lo impedían.

—¡Ha aceptado el desafío de honor! —exclamó Europa, satisfecha.

Flor de Invierno llegó tras ella con los ojos muy abiertos, serena ante aquel incierto día.

Europa la vio deseosa. La mirada de la joven muda destilaba muerte. Eran los ojos de una guerrera, no los de una inocente doncella. Recordó las palabras de la mismísima Atenea: "me traes el bien y el mal", entonces supo quién era en verdad la esbelta jovencita muda de rubia melena. Y le puso la mano en el hombro.

—Hoy demostrarás que no me equivoqué al salvar tu vida y que los tuyos te importan, aunque no te quieran —le dijo.

Empusa, sorprendida ante aquellas palabras, ladeó su melena rubia, cruzó su mirada altiva, desafiante, y gruñó un extraño siseo.

—Lo sé, no todos te odian. Íbero te quiere e Imperia. Incluso yo, pequeño demonio —sonrió Europa.

Empusa la observó con cierto consuelo, con desconfianza.

—La lucha va a empezar —aseguró Sarko desviando la atención de ambas mujeres.

—Bien, espero —dijo Hipólita, desafiante ante Clearco.

Un guerrero de gigantes carnes, musculado pecho y pequeña cabeza dejó caer su larga lanza al suelo y se acercó, meciendo una gran porra de afiladas púas, hasta llegar a la altura de Hipólita, que apenas le llegaba al ombligo.

—Mi general, yo lucharé, a cientos maté —saludó a su comandante.

—Sea pues —respondió Clearco—. No la hagas sufrir, acaba rápido. Nuestra gloria será hacernos con Tríbada sin derramar más sangre que la suya —sentenció apoyando sus brazos en el carro para ver la lucha.

El brutal guerrero fijó su mirada en Hipólita, que le esperaba alzando la espada de Ares hacia delante; sin temor alguno hacia aquella mole bronceada, de grandes piernas y acorazado pecho. Y se lanzó sobre ella lanzando un diestro golpe a la par que gritaba con fuerza. Pero no halló presa donde ahondar, sino el frío metal que rasgó su brazo. Hipólita se giró tan rápido que

esquivó el ataque y, dando un golpe firme de espada, penetró en la coraza, cortó en el pecho e hirió el brazo del aguerrido aqueo, el cual se echó la mano a las heridas, notando la sangre correr entre sus dedos. Con henchidos ojos golpeó de nuevo tratando de alcanzar a la brava guerrera, que no solo esquivaba sus golpes con destreza ante el asombro del comandante y sus tropas, sino que respondía con fuerza. Aquel gigante miró desconcertado cómo, tan diminuta ella, dió un paso atrás y volvió a adoptar una pose de defensa, desafiante. Sintiéndose humillado, se giró hacia su general y apretó los dientes gruñendo fuerte.

Clearco, tan fascinado como preocupado por el sino de la lucha, asintió dando un pequeño golpe hacia delante con la cabeza, instándole a que acabara con ella.

—¡Mata a esa loba! —gritó Iris.

El fornido guerrero se pasó la gran porra de mano a mano, por dos ocasiones, observando a aquella mujer que había herido su pecho, orgullo y brazo sin esfuerzo alguno.

—¡Muere! —gritó saltando al aire con su enorme arma en liza.

Hipólita se ladeó hacia la izquierda y lanzó un golpe cruzado hacia la derecha: la espada de Ares ahondó de lado a lado en el vientre del guerrero, el cual cayó rodando, sujetándose las entrañas con las manos, envuelto en horribles gemidos de agonía.

Un enorme griterío resonó entre las hijas de la luna y un silencio atónito recorrió las filas aqueas. Atenea levantó las cejas, admirada por aquella guerrera de larga melena negra.

—No eres mujer ni guerrera cualquiera. ¿Quién eres? —preguntó Frixo.

—¿Era este vuestro guerrero más poderoso? —preguntó Hipólita, ignorando al general aqueo y dirigiendo sus palabras hacia Clearco. Luego le mostró la hoja ensangrentada de su espada—. No creo. Ahora saldrá de entre los aqueos el más fuerte en verdad, pues ya no confiáis tanto en una fácil victoria y pondréis ante mi hoja al mejor.

Y dio un golpe al aire con la espada: la dejó resplandeciente, limpia de sangre, manchando el rostro de aquel general, hiriendo su orgullo.

—¡Yo lucharé! ¡Por Zeus! ¡Domaré vuestra bravura e insolencia! —espetó Frixo.

—¡Frixo! ¡Deja la lucha para el más laureado de los nuestros! ¡No caigas en tamaña provocación! —exclamó Clearco.

—No os preocupéis, general. No lucharé contra un desvalido herido —aseguró Hipólita.

Un capitán micénico avanzó con paso firme, protegido por su yermo adornado con dientes de jabalí y una reluciente coraza; envuelto en una agitada capa roja, con su larga pica en la mano derecha y un ancho escudo de madera, remachado de reluciente bronce, en el hombro izquierdo. Se dirigió hacia Hipólita con una mirada mortal, agilizando el paso conforme se acercaba. El

silencio se hizo entre las filas de las hijas de la luna y una algarabía triunfante resonó en las columnas aqueas que gritaron al unísono su nombre.

—¡Cicerón, campeón! ¡Cicerón, campeón!

—Cicerón es el más diestro de nuestro hombres, nada podrás contra él. ¡Prepárate a morir! —exclamó Clearco con orgullo.

Hipólita no esperó, por el contrario agilizó su paso hacia su enemigo.

—A por él, mi divina reina. Demuéstrales quién eres, quiénes somos —murmuró Esmirna, fascinada ante aquel lance y el coraje de su hermana.

En carrera, Hipólita saltó sobre el aguerrido aqueo y lanzó un brutal golpe con su espada que partió la pica micénica, atravesó el escudo y le destrozó la vida. Parte del casco quebrado del capitán, la parte superior y algunos dientes de jabalí cayeron a los pies del comandante aqueo.

—El tercero en medirse a mi espada ¿quién ha de ser? —preguntó Hipólita.

Por un instante se hizo el silencio. Al momento un gran murmullo recorrió las filas aqueas y se escucharon grandes vítores, mientras dejaban paso al mayor de sus guerreros: Atenea, la divina de pálido rostro, ojos negros y largos cabellos, la cual anduvo con pie firme, con su yelmo adornado de crines de león y con su larga lanza de aderezado cedro en la manos.

—Tú eres Hipólita… Acabaste con muchos de los míos en las guerras con los hijos de Poseidón. Los que partieron en busca de gloria y oro por las tierras desconocidas de Occidente jamás regresaron, sin embargo hasta Atenas llegó tu nombre —susurró.

—Nada se les había perdido en aquellas tierras; buscaron y encontraron… muerte.

—Siempre me intrigó saber de esa reina, hija de Ares, que pudo acabar con tal ejército.

Hipólita blandió su espada ante la lanza amenazante.

—¡Una guerrera entre los altivos aqueos! ¿Tú serás la tercera en caer? Créeme, me es grato ver que una mujer es la más poderosa de los hijos de Atenea, creía que entre estos machos solo vivían hembras domadas —apuntó Hipólita.

—Yo soy Atenea, ¿me crees hembra domada? —habló la divina con voz alta.

Hipólita, aunque ya lo había imaginado, constató aquella realidad con cierta inquietud.

Por un momento, ambas se miraron en silencio.

—¿Estarás a la altura de una diosa? —preguntó Atenea.

La divina de ojos de lechuza lanzó una y otra vez diversos ataques sobre Hipólita, la cual se esforzaba en esquivar el arte de su lanza. Pronto sintió el frío metal rasgar su piel, un fino corte en el brazo le hizo ver que no luchaba contra un guerrero más, sino contra una divinidad en verdad y dando dos pasos atrás, empezó a dejar espacio entre las dos, el suficiente para esquivar los golpes de aquella pica que buscaba sus carnes sin tregua. Atenea acortó distancias con golpes

laterales hasta que, viéndola a su alcance, le lanzó una estocada a la frente. Con un rápido movimiento, Hipólita giró la cara. No pudo evitar que la pica le rozara, arrancándole un mechón de su negro cabello y propinándole una pequeña herida. Sin tregua, Atenea le lanzó otro golpe, directo al corazón, que esquivó tumbándose hacia atrás, viendo cómo aquella lanza pasaba por encima de su pecho, cómo destellaba el reflejo de la punta de bronce sobre sus pupilas. Mientras caía, alzó el brazo, agarró el asta de la lanza y estiró hacia ella haciendo perder el equilibrio a Atenea, la cual dio dos pasos al frente en falso. En ese momento, Hipólita se rehizo y golpeó con su espada el asta, partiendo el duro cedro en dos.

Atenea dio un paso atrás, miró con cierta sorpresa el asta de la lanza hecha estaca y la tiró a un lado frunciendo el ceño. Hipólita recuperó su posición de armas y alzó la espada, resoplando su esfuerzo. Por la frente de la valerosa reina, un fino hilo de sangre descendía de la herida de la cabeza, montándole la ceja y manchando sus mejillas. Atenea desenvainó su espada y el metal resonó alto en el choque, fuertes destellos saltaron como chispas ardientes. La incerteza del destino de aquel singular combate colmaba de inquietud a las hijas de la luna, mientras los aqueos daban por segura la victoria.

—¡No podrá con ella! —exclamó preocupada Europa y corrió hacia las columnas aqueas, donde se hallaba la lucha.

—¿Dónde vas? No, Europa, no —gritó Sarko y salió tras ella. No pudo seguirla, cayó al suelo maldiciendo su cojera, viéndola alejarse.

Imperia y Empusa se miraron preocupadas, rápidamente montaron en sus caballos y cabalgaron tras Europa con la intención de rescatarla de su locura o de ayudarla en su ímpetu.

Una exclamación recorrió las formaciones de guerreros cuando, en una ágil cinta, Hipólita logró rozar el pecho de Atenea, ahondando en su coraza resplandeciente. La sangre manchó el peto de la diosa ante la sorpresa de los aqueos y el furor de las lobas.

—No puedes negar la sangre de Ares que colma tus venas. Eres fuerte, sí. Nunca en batalla alguna tuve que desenvainar mi espada ni derramé una gota de mi propia sangre —dijo Atenea. Y volviéndose rápidamente, golpeó a Hipólita en el rostro con el puño, haciéndola caer. Anduvo hacia ella y le lanzó dos estocadas que, solo girando sobre ella mismo en tierra, pudo esquivar.

Hipólita logró alzarse, saltando hacia delante al tiempo que el filo de la espada de la diva rozaba su espalda.

—¿Acaso pensabas que podías vencer a una divinidad? —preguntó Atenea.

Hipólita la rodeó sin bajar la guardia, llorando en silencio el dolor que la consumía. Notaba el calor de su propia sangre quemar su acelerado corazón con cada latido. Un golpe bajo y una

rápida respuesta, las afiladas hojas quedaron de nuevo cruzadas. Atenea tomó de su cinto una daga. Hipólita se percató del gesto y la agarró por la muñeca cuando la punta rozó su vientre. Entonces, se tiró hacia atrás arrastrándola sobre ella y posando los pies sobre su pecho, la despidió al aire, cayendo la diva de cabeza, lastimándose el cuello.

Atenea fue a levantarse cuando sintió la punta de la espada de Ares sobre su pecho atravesando el bronce y la égida humana, un dedo en sus carnes, cerca de su corazón. Sus manos asieron rápidamente la hoja, sangrando ante el corte, frenando su camino. Dando un fuerte grito, sus ojos se tornaron por completo negros a la vez que las serpientes de su capa parecían adquirir vida. Poco a poco, fue venciendo la fuerza de Hipólita y sacó la espada fuera de su carne y peto. Con un fuerte golpe lanzó a reina guerrera hacia atrás y se irguió violentamente, estiró su cuerpo, altiva, y abrió las manos para observar el profundo corte que aquella hoja le había producido.

—Esa espada —susurró mirando a Hipólita con cierta intriga y temor.

—Es la espada de Ares, la de tu hermano, mi padre —le espetó saltando sobre ella.

Atenea cruzó su arma al aire y notó cómo su hoja de bronce se quebraba. Un profundo corte crujió su coraza y pecho. De inmediato recibió un duro golpe que impactó en su rostro, lanzándola varios pies atrás.

—Voy a acabar contigo y con esta guerra sin sentido —aseguró Hipólita, decidida.

Iris lanzó con fuerza una jabalina sobre Hipólita que se hundió en su espalda, hiriéndola en el hombro y la clavícula. La reina de las hijas de la luna retrocedió y cayó de rodillas. Atenea lanzó un horroroso grito y encolerizada, hundió su vista sobre Iris, pues con su intervención había roto el pacto de gloria entre guerreros: habían perdido el desafío.

—¡Te iba a matar, divina o no! —le espetó Iris, justificándose, con rabia.

—¡No hubiera podido nunca conmigo! ¡Les has dado la victoria! —gritó Atenea y avanzó hacia el carro de guerra, decidida contra Iris. Pero notó un mareo, por un momento se le nubló la vista y sintió el calor húmedo de la sangre que manaba de su hombro y de su pecho, que bañaba su vientre descendiendo por los muslos.

—¡Mátala! ¡Aún está viva! —exclamó Iris.

Atenea remugó incrédula ante sus propias heridas y volvió la vista hacia Hipólita. Luego tomó la quebrada hoja de bronce y se acercó a ella, buscando su vida. Una explosión lo impidió. El suelo tembló y una nube de humo enrareció el ambiente con un fuerte olor a azufre. La divina de ojos de lechuza cayó al suelo con el impacto en su vientre de un rígido bastón de madera.

—Atenea, divina guerrera, hija de Zeus ¿cómo puedes tú mancillar el honor de un desafío? —preguntó Europa situándose frente a ella.

Imperia y Empusa cabalgaron rápido, llegaron hasta Hipólita y, tomándola entre sus brazos, la alzaron sobre Zaino. La guardia de Clearco corrió hacia ellas. Esmirna tomó las bridas del caballo y galopó hacia Tríbada. En la distancia, las arqueras de la guardia descargaron sus saetas para proteger la huída de las dos reinas y las jóvenes guerreras. Pero una lanza se hundió en el cuello del caballo de Imperia y esta rodó por tierra, lastimándose la pierna izquierda. Un guerrero aqueó la alcanzó y saltó sobre ella, golpeando por dos veces fallidas en tierra con el bronce de su pica. Imperia esquivó las punzadas sentada en el suelo y arrastrándose hacia atrás, desenvainó la espada y la hundió en el vientre de aquel lancero. Entonces vio el destello de una pica abatirse sobre ella y se vio muerta. Una fuerte patada al aire impidió su fin: aquella joven doncella, frágil e inocente, Flor de Invierno, la amiga indefensa de Íbero, había golpeado duro en la espalda de aquel guerrero con un ágil salto, haciéndole caer y fallar en su estocada mortal. Y con un rápido movimiento, arrancó del caballo la lanza y la hundió en el vientre del guerrero, giró la muñeca gritando al aire un ronco silbido. Luego irguió su rostro manchado de sangre y cruzó la mirada con Imperia, que la observaba perpleja.

—¡Flor, cuidado! —exclamó Imperia.

Otro guerrero se lanzó sobre ella, pero una ágil cinta bastó para esquivarle y hundirle en el pecho la pica mortal. Sin apenas inmutarse, Empusa desarmó y eventró a último aqueo que se echaba sobre ellas. Acto seguido le ofreció su mano a Imperia y la ayudó a incorporarse. Las dos jóvenes cruzaron sus miradas, al quedar al descubierto que no era en verdad una inocente joven.

Atenea, herida en su orgullo y cuerpo, saltó sobre Europa y la atenazó por el cuello con su mano ensangrentada.

—¿Cómo te atreves a dirigir tus artes contra mí, ninfa maldita?

Entonces, el silencio las embargó. Atenea la miró de soslayo con ojos asombrados y posó la otra mano sobre el vientre de Europa, dejando una estela roja con su caricia.

—¡Has roto la maldición! ¡Hay vida en ti! —exclamó y le lanzó una puñalada en el costado.

Europa abrió la boca soltando al aire un angustiado gemido. Atenea apretó su puño, ahondando, y la lanzó hacia atrás. Acto seguido irguió la cabeza buscando a Hipólita y vio volar numerosas saetas, rápidamente se cubrió tras un ancho escudo que arrancó a uno de sus lanceros.

—¡Empusa! —exclamó Iris al ver a su hermana menor correr hacia ella.

Imperia la miró asombrada, comprendiendo quién era en verdad la inocente doncella y su destreza mortal. Empusa, la terrorífica reina de Tríbada, amante de sangre, dada por muerta y olvidada por todos, no solo estaba viva, sino ante ella.

Empusa saltó ágilmente sobre la parte superior del armazón de la carrocería, desplazó al auriga con un duro puntapié en el rostro y hundió la lanza en el pecho de Iris con tal fuerza que la pica le partió las costillas y la atravesó por completo, quedando postrada en el cuero del carro. Y saltó al aire, curvándose hacia atrás, para esquivar el bronce mortal de Clearco.

Imperia negó con la cabeza y dando sentido a lo que veía, corrió entre sollozos de rabia y dolor, con una mano en su pierna y en la otra esgrimiendo la espada. Se echó sobre Europa, que yacía en tierra llorando mientras moría. Empusa saltó hasta ellas lanzando agudos silbidos y con un gesto de rabia, pasó el hombro de la divina por encima de su cuello y apremió a Imperia para que la ayudara. Ambas corrieron con el cuerpo de Europa. El cielo se nubló de saetas que cayeron como una alargada sombra mortal tras los pasos de Imperia y Empusa y sobre la columna aquea, produciendo estragos en sus filas, mientras cuatro guerreras galopaban al rescate.

Clearco saltó de inmediato sobre Iris, escupiendo su rabia, cubriéndola con el escudo, llorando su angustia bajo la lluvia de dardos.

—Mi reina… Mi amada reina. ¡No! —susurró con tiernas palabras mirándola a la cara, sin saber qué hacer, sufriendo su agonía, resistiendo firme el impacto de los dardos.

Iris, con los ojos entreabiertos, sonreía con pena en sus hermosos ojos, balbuceando palabras envueltas en golpes de sangre.

—Marcha de este infierno… No hay oro… Lo siento tanto… Pitia se equivocó…

—Mi amada reina, nunca me importó ese oro, ni crear un imperio para ti. Solo pretendí tu amor, podríamos haber sido tan felices en Micenas.

—Te quiero —respondió Iris cerrando los ojos, comprendiendo con tristeza y muy tarde que nunca necesitó de aquel reinado que ansiaba para satisfacer a su hombre, para llenarle de gloria y colmar sus ambiciones de hijos herederos de un imperio.

Un fuerte grito de rabia resonó en el valle. Encolerizado, Clearco gritaba una y otra vez su angustia, abrazando a su amada con fuerza, maldiciendo a los dioses.

Las arqueras descargaron miles de flechas, alternándose las guerreras de Temiscira con las valientes de Tríbada. La lluvia de dardos no cesó en largo tiempo. Cubiertos bajo grandes escudos que no impedían heridas y muertes, los aqueos resistieron el envite sin apenas poder ver qué acontecía fuera de sus cerradas formaciones.

De pronto todo paró, Clearco asomó el rostro desplazando su ancho escudo y vio que aquellas mujeres habían desaparecido. Observó con rabia cómo su auriga surgía bajo el lado derecho del carro y le asestó un brutal golpe con el puño en la cabeza.

—¡Cobarde! ¡La vida de tu reina debías proteger! —exclamó antes de golpearle de nuevo hasta matarle, haciéndole responsable de su horrible desgracia. Luego se deshizo de la capa y

cubrió con ella cuerpo de Iris, saltó del carro y anduvo sobre el barro púrpura. Observó los caballos, flechados y en agonía, y anduvo consternado junto a la divina Atenea, con el pecho manchado de la sangre de su amada.

—¡Esa mujer que dices amar ha mancillado nuestro honor con su venablo! ¿Cómo se ha atrevido? ¿Dónde está? —le espetó la divina, ignorando lo acontecido.

Clearco dio un paso atrás, amargado su corazón, callando sus palabras, guardando el secreto de Iris y la miró altivo, como jamás hubiera pensado.

—¡Muerta! —exclamó recuperando el paso—. Los dioses se han burlado de mí, me prometieron una reina, un imperio y me han abandonado como a un perro. Cientos de corazones arranqué, hecatombes realicé, de gloria y sangre los colmé… Atenea, ¿por qué?

La divina no encontró palabras.

—¿Este es el imperio prometido por los dioses? ¿Este maldito desierto? ¿Y es esta mi reina, el cuerpo de mi amada sin vida? ¿Una reina muerta? —gritó Clearco.

Tras unos momentos de silencio, se volvió y atendió a Frixo que, lastimado, maldecía entre suspiros bajo dos grandes escudos cubiertos de saetas. Luego anduvo pausado, escuchando los gemidos de los heridos y el silencio de los muertos. Fijó la mirada en Atenea y con un marcado gesto de angustia, le dio la espalda y regresó en busca del cuerpo sin vida de su amada.

La divina le siguió con sus ojos negros y viendo la pena que arrastraba, frenó la ira. Y sonrió al ver que el Clearco que ella conocía, el León de Micenas, había regresado tras la muerte de Iris. Notando una punzada en su costado, cerró los párpados sintiendo el dolor de sus propias heridas, la sangre caliente sobre su tersa piel, y giró la vista hacia Tríbada.

—Esa espada… ha de ser mía —susurró con malicia.

Capítulo 26
SITIADAS

En Tríbada, en el templo de Artemisa, se hallaban reunidas las reinas y capitanas de las hijas de la luna. Hipólita estaba tendida boca abajo sobre una mesa de piedra, con el torso desnudo y soportando las curas de su herida.

—Vendrán al alba —aseguró con un lamento.

—¿Estas segura? —preguntó Esmirna.

—Están saciándose de agua y grano, cuidando sus heridas, organizándose. Descansarán y con el canto del gallo, vendrán. Otra cosa no les permitiría ventaja sobre nosotras. Debemos

preparar nuestras fuerzas para asestarles un último golpe antes de partir, es necesario. Hemos de impedir que mañana salgan del Desolado, hay que conseguir más tiempo para Antíope y Huzzia.

—Apenas quedan saetas que lanzar, solo venablos —apuntó Antianira.

—Tendremos que luchar cuerpo a cuerpo. Podemos cargar por sus costados con la caballería. Pero son miles, vencerán aunque destrocemos a cientos —aseguró Esmirna.

—No presentaremos batalla en campo abierto. Atacaremos en la oscuridad, en cuanto mis heridas estén limpias —asintió Hipólita.

—¿Ahora? —preguntó sorprendida Pentesilea.

—Ahora —confirmó la divina reina—. Hemos de impedir que se alcen descansados y prestos para la batalla. No hay que darles tregua, su agotamiento es nuestra única ventaja.

Hipólita se alzó, posó las manos en la cintura y arqueó la espalda hacia atrás emitiendo un pequeño gemido. Tomó un delicado chitón blanco que dos jóvenes le ofrecían y se cubrió.

—Traed a nuestra joven reina ante mi presencia —ordenó.

***

En el campamento aqueo los preparativos continuaban a manos de unos, mientras otros descansaban la fatiga del día, limpiaban heridas y se recuperaban como podían. La luz de una tenue llama salía de la tienda de armas donde se hallaban reunidos los mandos.

—Marcho, lo he decidido —aseguró Clearco.

—¿Abandonamos? —preguntó Frixo con incredulidad y su vientre vendado, apoyado en un efebo de hermosa talla—. Pero ¿y el oro? ¿Y Tríbada?

—Ya no me interesa —respondió el comandante.

—Muchos han muerto, nuestros guerreros no pueden volver con las manos vacías.

—Volverán con vida. Hemos conseguido riquezas asaltando decenas de pueblos, además disponen en sus naos del botín de Knosos. Es mi deseo marchar, olvidar esta trágica empresa que se ha llevado la vida de mi amada reina.

—Pues mi deseo es continuar con la contienda y no soy el único. No entendemos la decisión de nuestro comandante —expuso Frixo—. Las visiones de Pitia son siempre futuro cierto, otra reina hallaréis entre las bravas. Quizá domes a la mismísima Hipólita, herida está.

—Te entiendo: solo buscas oro, gloria y placeres. Eres joven y audaz, no ves más allá de tu ego y orgullo. Has puesto los ojos en Esmirna, esa mujer de rojos cabellos. Pero lo cierto es que perdimos el desafío, hemos de marchar o seremos presa de la ira de los dioses.

Atenea ladeó la estera y entró. Una larga túnica cubría las heridas de su hombro y pecho, un vendaje manchado de rojo oscuro sellaba cada una de sus manos. Era mujer hermosa y

deseada sin sus vestimentas y armas de guerra. Miró por un momento: en una mesa hecha de maderos trenzados sobre lana, el cuerpo de Iris descansaba envuelta en una capa azulada.

—¿Buscabas su oro? —preguntó dirigiéndose con voz clara a Clearco.

—No. Me conoces, nada me faltaba en Micenas. Solo perseguí el sueño de una pitonisa, mi más horrible pesadilla.

—¿La amabas en verdad?

—Sí.

La divina se acomodó felina, ignorando a los presentes, y observó a los ojos de Clearco. Parecían vacíos de vida, colmados de llanto. Volvió a fijar la mirada en el cuerpo de Iris y su corazón se revolvió de alegría, mientras mostraba una expresión amarga y de pesar en el rostro.

—Debemos atacar en cuanto andemos repuestos, al alba; hacernos con las riquezas de Tríbada —apuntó Frixo buscando la complicidad de Atenea y los mandos presentes.

—No creo que mintieran, aquí no está el oro de los faraones —asintió Clearco.

—¿Cómo no? Nos haremos con el oro y vengaremos la muerte de Ajax, Leónidas… la de la reina Iris de Lesbos, vuestra amada —insistió Frixo.

—Muchas guerreras han muerto, nada hay que vengar —contestó Clearco—. Nosotros lloraremos nuestros muertos, ellas llorarán los suyos.

—¡Mañana al alba atacaremos! —aseguró Frixo.

—Anda con ojo de lince, observa: no están en el campo de batalla, sus centinelas nos vigilan. No vimos un alma en las haciendas, ni niñas ni ancianas, solo guerreras ¿Y los hijos de Poseidón? ¿Qué fue de ellos? En cuanto os acerquéis se marcharán, nada las retiene, no lucharán cuerpo a cuerpo. Seguro que te esperan más sorpresas. No esperarán al alba, saben lo que se hacen —le previno Clearco.

—No es una guerra formal a la que nos estamos enfrentando, lo he comprendido. Pero ahora las tenemos ahí, idearemos una buena estrategia para vencer —expuso el general argonauta.

—No, yo he de marchar —susurró Clearco.

—Marcharás solo, las columnas de Argos se quedan —sentenció Frixo.

—Y las de Lacedemonia, vengaremos a Ajax. Esas lobas…, sus pieles adornarán las naves en nuestro regreso —se unió el capitán espartano—. No marcharemos sin gloria ni oro; y si aquí no se halla, iremos a Temiscira.

—Creo que ya no hay tiempo para Temiscira, es posible que lo perdiéramos en el Desolado y en el día de hoy. El rey Huzzia ya sabrá de nosotros. Es hora de regresar —aseguró Clearco.

—¿Dónde puede hallarse el oro? —preguntó Frixo dejando clara su intención de quedarse.

—Avisadme cuando las columnas de Micenas estén preparadas y que no se retrasen, pues es tiempo de partir, antes de que el sol abrase nuestros huesos —se dirigió Clearco a sus capitanes—. Yo soy general de Micenas, comandante aqueo, hombre de honor y gloria en la batalla: respetaré el desafío. El venablo de mi amada Iris les dio la victoria y evitó que la divina Atenea regresara al Olimpo. Cumpliré mi palabra, no deseo ofender a los dioses. En vuestras manos queda Tríbada si así lo deseáis. Ahora salid de mis aposentos, quiero estar solo; velaré a mi amada hasta que llegue el momento de partir.

—Clearco, no te reconozco —susurró Atenea acercándose a él de soslayo, mientras los mandos salían de la tienda—. ¿Tanto te cambió esa mujer?

—Vivimos una década juntos, teníamos un sueño. Ella ha muerto, yo he despertado. Quizá no me conocías bien a pesar de ofrecerte una hecatombe y brindarte mi amor.

—Antes solo me amabas a mí —confesó Atenea al comprobar que se hallaban solos.

—Nunca escuchaste mis cantos, pero te indignaste cuando los dirigí hacia otra mujer. Solo tenías ojos para Ajax, le amabas. Yo amaba a Iris de Lesbos, sabes pues el dolor que me aflige.

Atenea alzó su mirada inquisitiva, sus ojos negros brillaron, nadie se había atrevido ha hablarle nunca en ese tono; nadie excepto él.

—Marcha si es tu deseo, entiendo tu pesar. Ella debió armarte mucho, libró una guerra contra sus hermanas por crear un reino para ti —apuntó volviendo la mirada sobre aquella mujer que nunca le agradó, pues le había robado el amor de uno de sus gloriosos generales—. Pero no te amó más que yo, bien lo sabes —le dijo posándole la mano en el pecho, desplazándolo hacia atrás.

Clearco se dejó hacer con una reticente mueca. Tan confuso como deseoso de sentirla cerca, se acomodó en el lecho de la tienda y observó cómo Atenea se sentaba sobre él, llevándose la túnica por encima de la cabeza y dejando al desnudo su hermoso cuerpo de mujer. Apenas cubierta por los vendajes manchados de sangre, el general acarició con sus grandes manos la tersa piel de la divina, su vientre, sus senos, su cuello de gacela, sus labios carnosos.

—Atenea —susurró.

—Por mucho que amaras a esa mujer, siempre me has deseado y en silencio me has amado, lo sé. A mí no puedes engañarme. Tus ojos nunca han brillado tanto, con ninguna otra, reina o no, como cuando los fijas en los míos. Puedes estar con cien mortales, miles, pero solo con una divina. Eres mío y lo sabes. Tú, mi fiel comandante, arrasarás ese maldito cubil de lobas, vengarás las vidas de nuestros hombres caídos y les arrancarás la gloria de sus entrañas —aseguró Atenea. Luego posó sus labios sobre los de Clearco y empujó el torso del general hacia atrás, dejándose caer sobre él con una exhalación de deseo.

Entre gemidos y sudores, se amaron ante el cadáver de Iris de Lesbos, que permanecía amortajado a unos pies de ellos como gloria perdida, como mujer olvidada.

Bien entrada la noche, abrazados, ambos amantes descansaban de la lujuria que les embargaba. Clearco miró a la lona del techo.

—No hay oro, creo que todo fue un engaño de Iris —aseguró de pronto.

Atenea no se inmutó, acarició su pecho y lo besó hasta alzarse frente a su boca.

—Nunca lo hubo —confirmó ella.

—Conoceré una nueva reina, quizá en Tríbada la dome.

—Debemos arrasar esa madriguera, somete a sus reinas y haz ciertas las visiones de Pitia.

—Atenea… y si…

—Soy divina, no reina —le cortó Atenea dejando claro que nunca la gozaría como esposa.

—Perdimos el desafío, los dioses nos maldecirán.

—Ya estamos malditos.

***

A la luz de dos antorchas, una joven cortaba con una afilada daga la hermosa melena rubia de Empusa. Tras ella, Imperia y cuatro guerreras guardaban la estancia y sus movimientos. La tinta azul y verde colmaban dos cuencos sobre una mesa en la que destacaba un brazalete de oro con forma de serpiente. Cortado su cabello, la muchacha lo tiñó de mechas coloridas y sobre sus mejillas, marcó dos líneas azules con tinte de humo negro y rosáceas. Se desnudó y se vistió con un chitón y una faldilla que apenas cubrían sus tersos muslos. Se reforzó con un peto de cuero curtido, ajustándolo sobre sus pechos y espalda. Alzó sus pies sobre un tosco escabel y se enfundó unas sandalias que protegían sus dedos y el tobillo; y las hermosas grebas, altas. Luego se colocó el brazalete y un cinturón que albergaba dos dagas.

Flor de Invierno había muerto, Empusa vivía de nuevo.

Imperia la observaba detenidamente, todavía desconcertada. ¿Cómo podía aquella inocente doncella ser la temida reina de Tríbada, aquella mujer sangrienta a la que tanto había odiado y a la que ahora le debía la vida?

Empusa anduvo hacia un posado de madera de roble, sobre el que descansaba una diadema con relieves hermosísimos, adornados de preciosas esmeraldas: la corona de Tríbada. Y la alzó sobre su cabeza con orgullo.

En el altar de Artemisa, la joven Europa, hermosa y muerta, mantenía en silencio aquella ancha sala del palacio. Junto a ella, su zurrón y el bastón. Hipólita no podía evitar el dolor

profundo que la consumía. Vio entrar a Sarko acompañado de Íbero y su corazón latió con fuerza, un nudo se hizo en su garganta.

Sarko corrió junto a Europa, tomó su mano y lloró desconsoladamente. Miró el rostro embellecido de la muerte y sonrió como pudo, con el corazón en un puño.

—Mi amado, lleva mi cuerpo al mar, solo allí podré engendrar vida. Poseidón me espera en el azul inmenso, no hay Olimpo para una ninfa maldita. No nos dejes en manos de Zeus. Hazlo por nuestro hijo —resonó en la mente de Sarko una voz salida de la nada.

—¿Qué ha dicho? ¿Lo habéis oído? ¿Qué ha querido decir? —preguntó Sarko, asustado, mirando a su alrededor, tratando de discernir entre la cordura y la locura.

—¿Qué…? ¿El qué…? —preguntó Hipólita.

—Es su deseo que lleve su cuerpo al mar. ¡Me habla de un hijo!

Hipólita con cierta sorpresa ante lo que oía y sin saber qué contestar, acarició el rostro de Sarko y miró el cuerpo sin vida de Europa.

Una voz de la guardia llamó su atención.

—Mi señora…

Imperia se acercaba y tras ella, la inocente doncella muda ataviada de feroz guerrera: la reina Empusa de Tríbada había regresado. La mirada de todas las hijas de la luna se clavaron en ella, incluida la de Esmirna que temía por su vida. Muy pocas de ellas la querían; todas la temían, pues al lado de Lamia había hecho correr la sangre de muchas bravas, de muchos machos. Su sangrienta fama era tan cierta como merecida. Sin embargo, aquella noche, ante la divina reina, sus ojos brillaban inquietos como los de una corderilla rodeada de lobas.

—Acércate —ordenó Hipólita.

Un suave silbido, salido de la garganta de Empusa, acompañó su paso por la sala. Temida y respetada en otro tiempo, ahora se mostraba confusa y dudaba de cuanto pudiera acontecer.

Imperia la siguió, permaneciendo dos pasos tras ella.

—¡Europa! Una mujer noble, valiente. Luchó por ti, por mí, por nosotras. Lo dio todo, hasta la vida. Incluso cuando más deseó vivir, amar… Divina o no, fue mujer —afirmó Hipólita.

Apoyó la mano en el hombro de Empusa y la miró apretando los labios.

—Ella te salvó la vida, ahora está muerta. Despídela en este, tu reino.

Empusa se estremeció como nunca viendo la cara pálida de Europa, joven y hermosa, sin vida. Y una lágrima resbaló por su mejilla. Puso la mano sobre su pecho y agachándose, le dio un beso cálido en la frente. Dio dos pasos atrás y fijó su mirada hacia Hipólita, que en sus manos mantenía una gruesa manta que envolvía un presente.

—Toma, es tuya —dijo Hipólita.

Empusa la tomó preguntándose qué ocultaban aquellas telas. Desenvolvió el lino y halló, con una exclamación, su afilada espada oriental con la calavera en el mango. Un silbido profundo salió de su boca junto a una sonrisa y una mirada cómplice que no borraba su pena. Tomó la espada y la sacudió al aire, girándola con rapidez y precisión. La envainó y afianzó en su espalda, y se volvió fijando la vista en Esmirna, en Imperia y ante todas ellas, hijas de la luna. Luego se sacó la diadema que la hacía reina de Tríbada, la miró con cierta desgana y la dejó caer en tierra.

Hipólita colocó las manos en las mejillas de Empusa, le besó la frente y asintió dando por buena su acción. Esmirna sonrió complacida, fue la única. Muchas desearon matarla, pero la paz entre hermanas estaba sellada y todas respetaron la decisión de su divina reina: el ejército aqueo estaba a las puertas, no había pues otro enemigo.

—¡Es hora de matar! —exclamó Hipólita alzando la espada de Ares.

***

Postrado junto a una hoguera, al lado de su tienda y rodeado de sus capitanes, Clearco observaba arder el cuerpo de Iris en una pira. La noche transcurría sin novedad, los hombres descansaban de tan agotadoras jornadas, el agua no faltaba y la calma lo envolvía todo.

—Los espartanos estarán cerca de su objetivo, todo está en calma —aseguró Clearco.

—¿Funcionará? —preguntó Frixo con la mano en la herida de su vientre.

—Sí.

De pronto, la tierra comenzó a retumbar suavemente bajo sus pies, para ir incrementando su temblor poco a poco con el golpeo de miles de cascos.

—¡Las lobas! ¡Ya están aquí! —exclamó Clearco.

En el otro extremo del campamento aqueo, Atenea salió rápido de su tienda, preparada para la batalla. Los momentos íntimos de amor con el León de Micenas habían pasado, sus ojos oscuros brillaron como perlas negras en la noche: tres mil guerreras cabalgaban furiosas con sus venablos templados y las espadas al aire.

—¡Nos atacan! —gritó la guardia.

La caballería pesada de Esmirna fue la primera en irrumpir en el campamento, atravesándolo velozmente, llevándose por delante hombres y tiendas. La fuerza de su carga sin freno atravesaba los escudos aqueos ensartando con sus gruesas lanzas a dos y más hombres, quedando enganchados en el bronce y la madera crujida. Tras ella, sin tiempo para reaccionar, embistió la caballería de Marpesia, ligera, más rápida, lanceando con sus venablos. Finalmente, las guerreras de Pentesilea y de Airiel cortaban y destrozaban vidas con la espada y el labrys, rápidas sin dejar tiempo a la acción.

Atenea saltó descargando certeros golpes con su larga lanza, buscando la batalla. Pero las hijas de la luna abandonaron la escena, galopando rápido hacía Tríbada tras la brutal embestida.

—Evitan el cuerpo a cuerpo —murmuró Atenea.

—¡Es el momento! ¡Lanzad al aire las llamas! —exclamó Clearco.

Una gran pira iluminó la noche oscura del Desolado desde el campamento, como una gran señal. Al este de Tríbada, las columnas de Lacedemonia, salieron de su oculto silencio.

—Clearco tenía razón: no esperarían, vendrían antes del alba —dijo satisfecha Atenea—. A pesar de sus caballos, no podrán huir; las tenemos atrapadas entre dos frentes.

—No han usado sus malditas saetas, las agotaron ¡Se acabó su infierno en la distancia! ¡Es el momento! —exclamó Clearco alzando su puño—. ¡Tenemos a las lobas!

Sonó la música de una flauta, con toques marciales, y los soldados, preparados para el combate, formaron en dos columnas que se abrieron como un enorme abanico alzando un polvareda blanca bajo la luz de la luna, crujiendo el silencio de la noche con su paso. Por Occidente avanzaban Clearco y Atenea con las columnas de Micenas. Al norte les seguían Frixo y sus argonautas, apoyados por los atenienses. Por Oriente llegaban las tropas espartanas, que desplegaron su ejército rodeando cada una de las tres entradas de Tríbada.

—No esperan al alba. ¿Cómo es posible? No pueden haberse recuperado del desierto tan rápido, sufrirán muchas bajas. Se acercan. Tenemos que salir de Tríbada —dijo Esmirna atenta a los movimientos de los aqueos.

—Mi reina, los espartanos, cubren las salidas de Oriente ¡Estamos atrapadas! —gritó una guerrera de la guardia, corriendo hacia ellas.

—Ahí tienes la respuesta. Clearco ha despertado como general. No se ha preocupado en defenderse ni atacar, sino en rodearnos —aseguró Hipólita alzando su vista al este, viendo la estela de polvo que levantaba la columna espartana—. Han esperado su momento, nuestro ataque al campamento, para rodearnos sin que huyéramos. Debemos romper ese frente antes de que nos envuelva y quedemos sin salida alguna.

—Los espartanos se han desplegado en tres columnas, cerrando las calles principales de la salida oriental de la ciudad, mi reina. Han alzado sus escudos ante ellos, compactos, y forman una muralla de bronce mortal con sus largas lanzas —les dijo la guerrera.

—Si embestimos, muchas quedarán atrás —aseguró Pentesilea.

—No avanzan —murmuró Esmirna con la espada en la mano.

—Clearco no pretende atacar. Sabe que en esta noche, agotados sus soldados, le costaría cara la victoria. Solo quería sitiarnos —dijo Hipólita volviendo la vista sobre la salida occidental y acto seguido, hacia la oriental.

La densa nube de polvo y el sonido metálico que culminaba en cada entrada de Tríbada, le anunciaba que no había salida.

—¿Dónde están Empusa e Imperia? No las veo —preguntó de pronto Hipólita temiendo la suerte de las dos jóvenes.

—¡Huyeron, mi divina reina! —exclamó Marpesia.

—¿Huyeron? No, eso no es posible —dijo Hipólita, extrañada, doliéndose de la herida que martirizaba su espalda.

—Mi capitana me ha hecho saber que se internaron a través del desierto durante nuestro ataque, junto a los lanceros de Atlanta que cubrían la salida del cuerpo de Europa —expuso Pentesilea—. Quizás solo pretendan ayudar a ese anciano, Sarko, en su misión, pues ambas parecían ser muy estimadas por la divina. Además, con ellas marchó ese joven, Íbero; llegó durante la batalla, antes de que se cerrara el sitio… Les acompaña Antianira y Kivell.

—No creo que huyeran. Ellas son valientes y decididas, no le temen a la muerte y todo por sus hermanas darían, confiemos en ellas —apuntó Esmirna restando importancia al incidente.

Hipólita la observó alarmada, algo ocurría que ella desconocía y no le gustó. Pensó que Esmirna sabía más de lo que decía. Pero se alegró de ver, hubieran huido o no, a las dos jóvenes, a Sarko y a Íbero fuera de aquella trampa mortal, a salvo de las picas aqueas.

—Ese joven aseguró que nuestras gentes se hallan a salvo y Tarss ha iniciado el regreso.

—¿Tarss? ¿Y Gadir?

—No sé más… Eso dijo y, ahora, desapareció con Imperia y Empusa.

Capítulo 27
HÉROES

Un grupo de trece jinetes galopaban raudo entre las cárcavas a la luz de la luna, rompiendo el sobrecogedor silencio del desierto; dejaban atrás las atroces tierras del Desolado, dirigiéndose hacia el sur. Antianira, la que fuera feroz capitana de Ainia la Loba, les orientaba en su camino cierto. Conocedora de la zona, las distancias se hacían más cortas. Empusa e Imperia la seguían con un objetivo en la mente y un paso arrollador que derrumbaría cuanto se pusiera ante ellas. El capitán Mabra, su compañero de armas Gaycar y cinco lanceros atlantes les seguían fielmente; sin perder la distancia, ni comprender el ímpetu desmesurado de aquellas lobas. Íbero y Sarko galopaban algo más distanciados, con dos caballos de carga y un tercero que portaba el cuerpo de Europa; y les acompañaba Kivell, la tabernera de rico oyzo.

—Mi reina, debemos parar, mucho hemos avanzado. ¡Reventaremos los caballos y en nada ganaremos! —exclamó Antianira.

Empusa pasó la mano por el cuello sudado de su montura, notando el calor y la fatiga del animal. Con una mueca de disconformidad y un ronco silbido, asintió y relajó el paso.

—Dice que no es tu reina —aseguró Imperia ante Antianira.

—A cuatro estadios se halla un torrente, salimos de las tierras desoladas; es un buen lugar para descansar, hay pasto en abundancia y una pequeña gruta —apuntó Antianira, observando de soslayo a Empusa.

—Sea pues, marchemos al trote. En nada nos conviene forzar las bestias, pues el camino es largo. Descansaremos lo justo… ¡No hay tiempo! —ordenó Imperia.

Íbero y Sarko encendieron una hoguera y prepararon al fuego largas tiras de salvajina arrancadas a un jabato cazado. Kivell se acomodó frente a ellos y les ayudó. Antianira descargó un fardo de leña y se mantuvo firme con los brazos cruzados ante ellos. Pero enseguida ladeó su rostro ante el capitán Mabra, que entró en la gruta con su porte marcial. Le miró con curiosidad y cierto deseo, recorriendo con la mirada su esculpido cuerpo. Sabía que era un guerrero respetado entre sus hombres por el valor mostrado en la batalla y la fidelidad a su reina; un hombre en verdad que la trataba como igual, no como los vulgares machos que había conocido y matado. Y sonrió lasciva, para retomar de inmediato su actitud seria y discreta.

Mabra, absorto en sus pensamientos se sentó junto a Íbero y masculló varios dichos sin comprensión. Gaycar tomó entre sus grandes manos una bolsa de pieles y bebió abundante vino; saciado, lo cedió a su capitán y luego, a sus hombres. Cenaron en silencio, si bien las miradas recaían a menudo en Empusa presas de la curiosidad y el recelo.

—A este paso, por las sendas de Venus, podremos llegar a Beycesultán en un día. Pero mejor serían dos, los caballos necesitan resuello —aseguró Kivell propiciando la charla.

—En Beycesultán nos haremos con otros caballos de refresco, más veloces —dijo Imperia.

—No sabemos qué encontraremos en esa aldea. Los aqueos han arrasado todo a su paso, es posible que solo miserias hallemos —apuntó Mabra—. ¿Y cuál es vuestro destino, esa prisa?

—Capitán, no es preciso que nos acompañes ni que sepas. Tu cometido es guardar el cuerpo de Europa hasta el puerto de Arinna, proteger a Sarko e Íbero —aseguró Imperia.

—Venus fue asaltada, vosotros, atlantes, fuisteis testigos. A mis hermanas les amputaron los pechos y quemaron a sus hijas vivas, es lo que hallaréis en vuestro camino. Seguro que hay patrullas aqueas controlando su retaguardia. Pero las sendas hacia Arinna están despejadas, no creo que Sarko necesite tanta escolta, podríamos acompañaros —expuso Antianira.

—Beycesultán quedó libre del horror aqueo… Allí hallaremos resuello, pero posiblemente tengas razón, Antianira, y nos venga bien algo de compañía, pero gente de armas —aseguró Imperia alejando al joven leñador de tal posibilidad.

—¿No deseas que te acompañe? —preguntó Íbero.

—No. Y no insistas, está decidido.

—Sé que quizá no debiera, pero en Tríbada luchan mis amadas hermanas… Imperia, ¿por qué nos alejamos de la batalla? ¿No deberíamos enfrentarnos al destino y batallar junto a la divina Hipólita? ¿Tan importante es vuestra empresa? —preguntó Antianira.

—Lo es y mucho. La reina Esmirna confió en ti para que nos sacaras con premura del Desolado, pues conoces cada camino. Era muy importante para nuestra causa, pues debemos actuar con rapidez —contestó Imperia y se levantó, limpió sus manos con un harapo húmedo y bebió de un cuenco de vino.

—Tengo la impresión de que huimos como ratas, en Tríbada nos necesitarán. Los dioses no nos lo perdonarán —insistió Antianira.

—¿Los dioses? —preguntó Sarko con notable enfado—. Si aquí me hallo no es por la gracia divina, sino por la bondadosa Menalipa que salvó mi vida de aquel oso tuerto y todo le debo. He vivido mucho, quizá el tiempo suficiente para desconfiar de todos y cada uno de los dioses. ¡Malditos sean! Tuve tres amores y los tres me arrancaron del alma cuando más amaba, solo desconsuelo me dejan. Son crueles y disfrutan jugando con nuestros destinos.

Antianira quedó en silencio, sin saber qué decir.

—Yo tengo una misión que cumplir: la voluntad de Europa, para alejarla de las garras ignominiosas de Zeus —prosiguió Sarko—. Créeme, nada me gustaría más que batallar junto a Hipólita. Pero los dioses, esos malditos dioses que alabas, han decidido otra cosa, un destino cruel para mi amada y yo no lo he de permitir, aunque a solas marche.

—Sarko, llevo toda mi vida luchando contra esos malditos dioses. Cuenta conmigo, la reina Hipólita me pidió que tus pasos guardara y en ello andaré. Le guste o no a Zeus —aseguró Mabra.

—Ya que por ahora no puedo seguir a Imperia, me quedaré contigo, viejo loco. No soy un héroe, pero necesitarás de un joven leñador que te despeje el camino —apuntó Íbero.

—Sarko, nosotros vamos al arroyo a refrescar cuerpo y mente —dijo Mabra—. La guardia la harán mis hombres, previsto está. Ahora descansa pues de la fatiga, te despertaremos para marchar. Si tienes que enfrentarte a Zeus, más vale que sea con ojos despiertos.

Íbero se apostó sobre un roble de gruesas ramas, observó a los dos guerreros atlantes alejarse hacia el arroyo y a Kivell cómo se enroscaba junto a Antianira, al calor de la hoguera,

envuelta en pieles. Sarko acicalaba el cuerpo sin vida de Europa, entre lágrimas escondidas. Pensó en su amada Imperia y en Empusa. Las vio alejarse juntas. Se habían convertido en grandes amigas, siempre andaban juntas; algo que le desconcertaba tanto como le atraía.

—Vaya pues con Flor de Invierno —susurró el joven leñador.

Amaba a Imperia, pero pensaba en Empusa más de lo que debía. A pesar de su terrible fama, la joven muda seguía despertando en él una cálida sensación que no olvidaba. No podía ser tal como decían, pensaba viéndola incapaz de cometer las atrocidades que de ella aseguraban.

Imperia y Empusa pasearon en la oscuridad del bosque, también buscaban relajarse y asearse lejos de curiosos. Los atajos conocidos por la reina de Tríbada las llevó hasta una inmensa arboleda, cerca de un arroyo cristalino donde se hallaba una poza.

—¡Alto! —susurró Imperia agachando su cuerpo.

Empusa permaneció en silencio, alerta con la mano en el mango de su espada oriental. Acarició el pequeño cráneo que lo adornaba y dio un paso cauto hacia el frente. Unas voces llamaron su atención. Con unos gestos y un pequeño silbido, le indicó a su compañera que no estaban solas. Se adentraron entre los matorrales con las afiladas armas en sus manos, separaron el follaje para ver y quedaron acurrucadas tras un arbusto.

Mabra y Gaycar se desnudaban ante ellas, ayudándose el uno al otro; deshaciéndose de sus petos laureados y grebas. Dejaron sus lanzas y vestimentas de guerra en la orilla y se introdujeron desnudos en la poza, de un salto. Eran hermosos, fuertes, varoniles y jugaban como críos dando brincos y sumergiéndose en el agua para aparecer de forma explosiva. Las dos jóvenes guerreras, ocultas en la oscuridad, les miraban con la boca abierta. De pronto, Empusa lanzó una pequeña risa y dio varios empujones a Imperia, haciendo gestos con las manos y una mueca lujuriosa.

—¿Qué ocurre? ¿Te gustan? ¿Están bien dotados…? —dijo algo confusa Imperia.

Empusa asintió rápidamente y le instó con la mirada para ir con ellos mientras se sacaba el peto de cuero de encima.

—¿Qué dices? ¿Qué haces? —preguntó Imperia, ruborizada.

La joven muda abrió los brazos y asintió con un gesto lujurioso de complicidad. Acto seguido, continuó desnudándose mientras Imperia alternaba la mirada entre los jóvenes de la poza y su compañera. Entonces, las dos pararon en sus escarceos. Los guerreros del arroyo permanecían en silencio, no se oía nada. Se asomaron temerosas de haber sido descubiertas y sus ojos quedaron tan abiertos como sus bocas. Atónitas, observaban cómo ambos atlantes acariciaban sus musculados cuerpos, se abrazaban y se devoraban los labios.

Imperia y Empusa se miraron incrédulas y luego continuaron observando con interés.

Ajenos al entusiasmo que sus caricias habían despertado, Mabra y Gaycar se entregaban a los placeres de amor. Sus susurros y gemidos llegaban hasta ellas ahondando en su excitación. Imperia tragó saliva, perpleja, al ver cómo el capitán atlante ladeaba a su compañero de armas y le poseía suavemente, al borde de la orilla. Empusa reía jocosa con los ojos abiertos como platos.

—Me temo que no podrás satisfacer tus deseos, vístete —comentó Imperia.

Empusa miró a Imperia con deseo, cruzando su mirada con una sonrisa pícara y acariciándole la mejilla. Y fue a besarla.

La afilada punta de bronce de una pica se posó en el cuello de Empusa.

—¿Quién anda ahí? —preguntó un lancero de la guardia atlante, levantando a la joven con la presión de su lanza.

—¿Imperia? ¿Flor? —preguntó Íbero, que acompañaba al lancero.

Las dos jóvenes quedaron petrificadas ante ellos. En sus devaneos por ver a los dos hombres y sus juegos amorosos, habían perdido el sentido de vigilia y habían sido sorprendidas como dos vulgares campesinas.

—¿Qué ocurre, soldado? —gritó Mabra acercándose, exhibiendo su cuerpo desnudo y tomando de tierra su pica.

—Teníais visita, capitán. Nos pareció ver movimiento por la zona, temimos que pudiera ser una patrulla aquea. Aquí se hallan las responsables, observando vuestra pasión.

Mabra y Gaycar se acercaron con curiosidad, vistiéndose, y quedaron sorprendidos al ver a las dos guerreras, una casi desnuda y la otra con sus mofletes sonrojados.

—¿Flor? ¿Imperia? —insistió Íbero—. ¿Qué hacéis aquí escondidas?

—Es una larga historia —afirmó Imperia.

—Vayamos al fuego, tiempo tenemos de oírla… Impaciente estoy —aseguró Mabra con una sonrisa cómplice.

Vestidos y compuestos, se relajaron en la hoguera sin saber muy bien qué decir. Imperia no salía de su propia vergüenza cada vez que miraba a su amado Íbero o a cualquiera de los dos amantes que habían sorprendido en el arroyo. Empusa degustaba algo más de salvajina y vino sin apartar la mirada del joven leñador. Aquella extraña sensación, más allá del deseo, que le rondaba cada vez que lo veía, renacía en su interior por más que deseaba evitarla y volvió a mirar a Imperia deseando, por un momento, cortarle el cuello. Luego se fijó en Mabra, aquel gallardo hombre que sabía de amores prohibidos; le pareció tan atractivo como distinguido y deseó montarlo, partirle el corazón y libar su sangre hasta la última gota. Finalmente resopló mirando al fuego, el deseo la consumía.

—¿Qué piensas, Empusa? —preguntó Íbero.

La joven agitó los brazos y la cabeza, como si en nada pensara o importara.

—¿Qué será de la divina Hipólita y nuestras hermanas? Se veía tan altiva y gloriosa. ¡Logró vencer a la mismísima Atenea! —apuntó Imperia tratando de pensar en algo que la sacara de su sofoco—. Ahora deben estar guardando armas, esperando el nuevo día para la batalla final. Hipólita confía en poder detener a las huestes aqueas lo suficiente, hasta que lleguen los soldados de Imperio Hatti… Espero que así sea.

—Imperia, me gustaría saber de vuestra misión —le rogó Sarko sin apartar la mirada del cuerpo de Europa—. Aquí todos somos amigos, no tienes que ocultar nada. Si tan importante es, tal vez podamos ayudar.

—La reina Iris envió una mensajera a Lesbos, antes de que Empusa acabara con ella, en busca de Hécate y Némesis —explicó Imperia—. Son harpías asesinas, traidoras a esta tierra que les dio vida y poder, sirven al rey Cécrope de Atenas y a sus dioses.

—¿Asesinas? ¿Qué podría querer de ellas tu hermana Iris? —preguntó Sarko.

—Quieren la sangre de los hijos de Hipólita —confesó Imperia.

El silencio embargó a todos durante un tiempo, nadie alegó nada.

—En esta tierra todos hemos oído hablar de esas harpías de artes oscuras, mucho daño le hicieron a la gran Cibeles. No será empresa fácil. Si esas despiadadas buscan la vida de esos críos, sangre tendréis que sudar para acabar con ellas —aseguró Antianira desde el lecho.

—Nuestra idea es interceptar al correo antes de que pueda entregar su mensaje de muerte —aseguró Imperia—. Sin duda pasará por Beycesultán. No puede llevarnos mucha ventaja.

—Seguiré mi camino a Annira solo, un viejo cojo y una muerta no necesitan escolta, no ofrecemos nada, a salvo estamos de pillajes o aqueos —aseguró Sarko—. ¿Sabe algo de esto la reina Hipólita?

—No, nuestra divina reina no sabe nada —aseguró Imperia, sintiéndose culpable por no haberla avisado—. Deyarina y la reina Esmirna pensaron que en nada la ayudaría saber, que la desestabilizaría ante la batalla, que sería presa de la confusión.

—Empusa mató a su hermana Iris, es posible que haya quedado sin efecto la orden de acabar con la descendencia de Hipólita —apuntó Gaycar.

—Esmirna nos ordenó que partiéramos y acabáramos con el correo o con ellas de inmediato, nada cambia aunque la reina de Lesbos haya sido muerta. Las conoce bien y sabe de su maldad: si han cobrado para desatar la venganza, nada les parará… Y si no han recibido su oro, es posible que tampoco.

Empusa trató de hablar entre roncos silbidos, meneando las manos en forma de círculo y señalando a Imperia y a ella misma, cerrando su exhibición con una sonrisa y cierta resignación.

Solo Imperia comprendió.

—Dice que Esmirna confió en nosotras para darles muerte, pues somos el bien y el mal.

—No preguntaré quién de vosotras representa el mal —dijo Mabra—. Pero deberíamos descansar, en unas horas amanecerá. Os acompañaré con algunos de mis hombres. No permitiré que ninguna harpía atente contra los hijos de nuestra amada reina.

—Sí, descansemos, por hoy ya está bien…. Empusa reconocerá enseguida a la guerrera que lleve el correo, creemos que debe pertenecer a la Guardia de Lesbos, fieles a Iris; y si está en Beycesultán, podremos interceptarla antes de que salga hacia Lezpas.

—¿Y si no es así? —preguntó Íbero, preocupado.

—Seguiremos hasta Lesbos, Ática, Gadeira… Hasta donde haga falta —contestó Imperia.

***

El sol bañaba con fuerza las tierras del Desolado en aquel amanecer que nada bueno auguraba. No se había dormido, la tensión se hallaba al límite entre las hijas de la luna; se veían acorraladas. El poderoso ejército de Clearco había sitiado Tríbada. Por la parte occidental se hallaba el general de Micenas, al amparo de la temible Atenea. Los soldados de Frixo de Argos permanecían apostados en la salida del norte. Por las entradas de oriente, los espartanos de Lacedemonia sellaban cualquier huida posible.

—No se han movido en toda la noche —apuntó Marpesia.

—No se fían, se muestran cautos —murmuró Hipólita, sangrando su herida—. Clearco está usando la razón, en nada le convenía un ataque frontal tras su paso por el atroz Desolado. No tiene prisa, sin embargo debería temer al ejercito imperial de Huzzia. Pero no, no lo teme.

—Quieren reponerse del duro trasiego del desierto, saben que no tenemos salida —expuso Esmirna—. Puede ser un error que puede costarles caro… o tal vez sea nuestro fin.

—Si el rey Huzzia no acude en nuestro socorro, será buena su estrategia —aseguró Hipólita—. Espero que mi hermana Antíope consiguiera llegar hasta el emperador y en camino se encuentre con su ejército, dispuesto a expulsar al invasor.

***

Antíope descabalgó de un salto al encontrarse con la caravana de refugiados de Tríbada, ladeó su cabello y fijó sus ojos esmeralda en aquellas mujeres que huían dirección a Hatussa.

—¡Antíope! —exclamó Andrea acercándose apresuradamente hacia ella.

El trotar de varias guerreras, procedentes del Desolado llamó la atención de todas las mujeres, que desplazaron rápidamente su mirada hacia atrás. Deyarina, capitana de la guardia real

de Hipólita se acercaba seguida de la reina Lysippe y diez guerreras. Su mirada azul celeste se cruzó con Andrea y Antíope, descabalgó meciendo la larga melena negra que cubría sus hombros y ocultaba la marcada cicatriz que cortaba su ceja izquierda y parte del pómulo.

—He visto restos de batalla, el puente cayó. ¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Una columna aquea trató de alcanzarnos, los hombres de Tarss les frenaron y acabaron con ellos. Ahora cabalgan hacia Tríbada, a luchar por su reina. A ellos les debemos nuestra vida, Gadir cayó y nada sabemos de él —contestó Andrea.

—¿Gadir a muerto? —preguntó Antíope, angustiada.

—No he muerto —dijo Gadir surgiendo del bosque seguido por sus hombres, las dos jóvenes egipcias y las cuatro guerreras que habían sobrevivido.

—¡Gadir! —exclamó Andrea con júbilo.

Con un fuerte abrazo sellaron su reencuentro y la alegría cundió entre todos.

—¿Qué sabes de mi amada Hipólita? —preguntó Gadir.

—Sí, ¿qué sabes de mi hermana? —insistió Antíope de inmediato, sin apartar la vista de Gadir, sorprendida de verle.

—Está bien, pero no podrán resistir por mucho. Espero que traigas nuevas buenas de Hatussa —respondió Deyarina preocupada, dando por hecho que no era así al verla magullada y negando con la cabeza.

—El rey ha sido depuesto y desterrado por su cuñado Telepinu. Tuve que huir, la propia hermana de Huzzia me ayudó, si no aún estaría encerrada en los calabozos de Hatussa. Los hititas solo están interesados en el oro de los faraones… Andrea, tenéis que huir todas a Temiscira, rodead el bosque y salid de estos caminos. Sin duda, no tardarán las columnas de guerra del nuevo rey de reyes en atravesar sus dominios hasta Tríbada.

—Pero allí no hay oro. Hipólita aseguró que ese oro no existió jamás y yo también lo creo así, solo fue una argucia de la malvada Iris —apuntó Deyarina consternada por lo que oía.

—¿Cómo explicárselo a quién no quiere escuchar? —preguntó Antíope.

—Hipólita ha confiado en mí la custodia de la hija de Ainia, a Temiscira me dirijo. Mi guardia y mi vida defenderán a nuestras hermanas hasta allí. Cabalga raudo hasta Tríbada, avisa a Hipólita, que huyan y no esperen que las fuerzas imperiales las rescaten o todas morirán. Dos de mis valientes guerreras de la Guardia Real te acompañarán —dijo Deyarina.

—Yo marcharé al encuentro del rey hitita, en su niñez le cuidé y gran amistad cultivé con sus padres. Me escuchará —se prestó Lysippe.

—Resultará muy peligroso, ciego lo vi —aseguró Antíope.

—¿Qué puede hacerme sino escuchar mis palabras? Yo ya estoy muerta, nada soy y a nadie importo; con la muerte de mi hijo Tanais, nada me quedó.

El silencio colmó el momento, un sentimiento fatal llevó a Antíope a maldecir aquel día.

—Te acompañaremos, no creo que ese rey se niegue a escucharte, pero no podemos dejarte sola —dijo Deyarina.

—¡No! ¡Marchad a Temiscira! Hipólita te encomendó una misión, cúmplela —ordenó Lysippe de forma tajante.

—Como desees —contestó Deyarina—. Esa niña, la pequeña Hipólita, hija de Ainia la Loba, nieta de la gran Cibeles, estará a salvo. La llevaré lejos de Temiscira, de estas tierras de tragedia, y haré de ella una reina. Pero necesitará de tu sabiduría, yo solo sé de guerra. Te esperaré tras los pasos del Euxino, en las fronteras de Tanais, en el altar sagrado de Artemisa. No arriesgues en tu suerte. Escucha mis palabras: no estás muerta, siempre has sido reina sabia y bondadosa, hoy a muchas importas y ella te necesita, no lo olvides.

—Si marchas a Tríbada, nosotras te acompañaremos —dijo Isis acercándose a Antíope, junto a su hermana Maat.

—Tenemos que alcanzar a Tarss cuanto antes. Hipólita espera unos refuerzos que nunca llegarán —apuntó Gadir.

Lysippe deambuló por cierto tiempo, pensando en las palabras de Deyarina; atroz guerrera que hasta bien poco luchó contra ella. Con lágrimas en los ojos, recordó la muerte de su hijo Tanais, el vil veneno lo arrancó de sus brazos de madre; al río arrojaron su cadáver marchito. La reina Mantis, bajo la influencia de Iris de Lesbos urdió el plan. Ahora lo sabía, siempre le dijeron, entre mentiras y pócimas relajantes, que Afrodita se lo había llevado por reírse de ella y de los dioses de machos. Se agachó y tomo una larga vara, que usó de bastón. El delirio que la mantuvo enclaustrada pasaba y pensó si sería provocado. Desde la llegada de la divina Hipólita, su mente se aclaraba con cada día que pasaba.

Y se dirigió por las sendas de Hatussa al encuentro del rey Telepinu.

Cansada se recostó, con los pies hinchados de tanto andar.

No tenía ya edad para tanto caminar.

—¡Con la guerra que yo di y ahora…! —susurró cerrando los párpados.

—Añoras a tu hijo ¿verdad? —le dijo una mujer hermosa de largo cabello blanco y de porte distinguido, que sentada en el camino, al pie de un inmenso roble, parecía esperarla junto a una pequeña niña que jugaba saltando entre las ramas del árbol.

—¡Cibeles! Hacía tiempo que no me visitabas, creí que nos habías dejado por siempre —respondió Lysippe.

—Desperté de mi sueño, las lágrimas vertidas por miles de almas colmaron mi corazón. Mataron a mi hija Ainia, ella que tanto amaba… Y a mi amado, que solo de amor sabía. La pena me consume, pues de mis divinas hijas solo la pequeña Selene permanece entre mortales.

—A mi hijo Tanais también lo mataron, vil muerte le dieron.

—¿Quieres venganza? ¿La quieres?

—No quiero venganza, sino justicia.

—Pues que el bien y el mal sean justicia y venganza.

—Ayuda a mis hermanas, hijas de la luna, adoradoras de la Madre Tierra; tú que puedes. Son pocas, valientes y bondadosas, ellos muchos, cobardes y crueles. Atenea, la de ojos de lechuza, los lidera; será horrible, a todas matarán.

—Atenea no debería intervenir en cuestiones de mortales, maldita quedará, como su hermano Ares. Dime, ¿podrás parar a Telepinu? Avanza decidido y no es amante de lobas.

—Amante fiel de mi hijo Tanais fue, yo lo sé y nadie más. No dudará en arrasar todo lo que encuentre por vengar su muerte, incluida Tríbada y Temiscira, pero a mí me escuchará. Ahora es rey. Huzzia vaga expulsado de su trono, nada hizo por mí a causa de sus devaneos lujuriosos con Esmirna. Entonces quizá fue lo mejor, pues muchas hubieran muerto inocentes de toda culpa. Pero ahora he de impedir que ocurra lo que no fue.

—¡Pues despierta, ahí está!

Lysippe despertó de golpe, el resonar de miles de soldados en formación y los golpes de tambor abrieron sus ojos, estremeciéndola. Había encontrado a su hombre.

El rey Telepinu, un hombre joven de renuente carácter, vestimentas decorosas y marcadas facciones, con numerosos aros reluciendo en los lóbulos de sus orejas y en sus carnosos labios, con una prominente barba ensortijada y una sonrisa misteriosa, llegaba montado sobre un carro enorme tirado por nueve caballos, donde un trono de madera lacada en oro hacía de centro y cuatro lanceros acompañaban su suerte. Se detuvo junto a ella; con la corte de generales, concubinas y sabios consejeros a sus espaldas.

—¡Reina Lysippe! Creía que muerta vagabas en el delirio, buscando el alma de Tanais. ¿Qué haces en este camino, mi camino? ¿Acaso me esperabas?

—Antes no me llamabas reina, sino madre.

—Mucho han cambiado las cosas.

—Sé a dónde marchas, de muerte sembrarás los reinados de las hijas de la luna ante una quimera. Ese oro que buscas, no existe.

—Tú bien deberías saber que poco me importa ese oro, esas bravas han de pagar la muerte de Tanais. Ellas lo mataron, de todos es sabido. Y es más, a esta tierra han traído a los hijos de Zeus, malditos aqueos que todo lo arrasan; a todos ellos mataré y a las lobas, también.

—Mi hijo ha sido vengado y yo soy libre, justicia se hizo. Las lobas batallan duro contra los aqueos, la reina Esmirna lucha en nombre del Imperio. Si marchas que sea para ayudarlas no para domarlas. Yo te conozco, tú me conoces, sabes que no hay mentira en mis palabras.

—Lysippe, por tu ruego y quién eres, madre de Tanais, Temiscira, tu reino, quedará fuera de mi ira. Pero Tríbada sucumbirá, pues no he de dejar piedra sobre piedra ni cuerpo con cabeza.

—¡No, mi rey! —exclamó Lysippe situándose frente a él—. Tanais ha muerto, en mi delirio deje de ser reina, olvidé a mi pueblo y llegó el horror. No sigas ciego mis pasos. Se hará justicia, tenlo por cierto, así lo quieren los dioses y así será.

Sorprendido ante el arrojo y la decisión de la reina de Temiscira, Telepinu la observó cediendo en su ira. Recordó los tiempos vividos en el palacio a orillas del Termodonte, en su juventud más tierna, inocente, con su amado Tanais, al amparo de su gracia, comprensión y protección. Bajó de su carro y anduvo hasta ella. Una suave brisa mecía a su paso las hojas de los árboles y su largo cabello hecho tirabuzones. Se posó frente a ella y puso las manos en la cintura, donde los mangos de sendas dagas de decoros refulgentes asomaban.

—Amo a Istapariya, es mi reina —aseguró mirando al frente.

—Lo sé.

—¿El oro de los faraones? ¿Qué sabes?

—Nunca existió, fue una burda estratagema de Iris que funcionó gracias a la ambición del que quiso creer.

—¿Y los aqueos?

—Acabaremos con ellos, la divina Hipólita vencerá aunque le cueste la vida. No saben dónde se han metido, no podrán salir del Desolado tras una gran batalla.

—¿Hipólita?

Capítulo 28

LOS LEONES DE CIBELES

—¡Gadir! ¡Por todos los dioses! —gritó Tarss al verle y corrió a la luz de la luna—. Temí por mi vida, pues ¿cómo aparecer ante Hipólita sin su amado rey?

Isis y Maat corrieron hacia Tarss, que las recibió con un efusivo abrazo.

Tarss ante la satisfacción de ambas jóvenes, se perdió en un gran abrazo con Gadir.

La caballería atlante descansaba del tórrido avance por el Desolado, al abrigo de unas pequeñas crestas que se erguían como atalayas perdidas en la inmensidad de la nada. Gadir y Antíope habían alcanzado el ejército de Tarss al caer la noche, apenas una jornada distaba de Tríbada. Los caballos eran abrevados y alimentados mientras los limpiaban de sus sudores. Las hogueras iluminaban el campamento y daban calor a hombres y mujeres, que cenaban abundante salvajina y dulce vino preparándose para el día de mañana.

—Deseé morir cuando te vi caer —dijo de pronto Tarss.

—¡No digas eso, amigo! —replicó Gadir—. Cuando caí desde el cortado, las ramas de los árboles atenuaron mi caída y me resguardé de los venablos en esa cueva. Entonces noté la presencia de dos enormes leones, rugieron poderosos y me creí muerto.

—Por todos los dioses ¿cómo no os devoraron? —preguntó Tarss.

—Una luz iluminó la oscuridad de la gruta y vi al fondo la figura de una altiva mujer. Los leones pasaron por mi lado, ignorando mi presencia, eran enormes. Entonces escuché la voz de esa mujer, tan suave y triste que me hizo temblar el alma; estaba justo frente a mí, a un pie. Era hermosa, de grandes ojos… Cibeles, Madre Tierra. Los leones me rondaron, acercaron sus húmedas trufas y lamieron mis pies mientras yo acariciaba sus anchos lomos. La divina acarició mi mejilla y pude comprobar como cristalinas lágrimas bañaban su bello rostro. Se dio media vuelta y estuvimos andando largo tiempo.

—¿A dónde te llevó? —preguntó Tarss con gran interés.

—La seguí hasta lo más profundo de la cueva y comprendí su pena. Rodeada de teas y flores, mirra e incienso, se alzaba un pequeño altar para velar la muerte de su hija Ainia. Allí se hallaba una niña de mirada traviesa, que curiosa me miraba. Selene la llamó. La divina Cibeles me dio las gracias por mis acciones: un rey venido de Occidente batallaba por ellas y por ellas había ofrecido su sangre a los dioses. Me susurró con melancólicas palabras que los dioses habían desatado a las harpías, pero que no temiera, pues el bien y el mal andaban tras ellas. No lo entendí.

—¿El bien y el mal? Bueno… ¡Poseidón ayudará, castigará a Atenea! —espetó Tarss.

—Los dioses no luchan entre ellos, se sirven de nosotros, miserables mortales —apuntó Gadir—. Me temo que tendremos que enfrentarnos al ejército de Clearco, a la ira de Atenea y a esas harpías sin más armas que las nuestras.

El silencio embargó el debate.

Con gesto contradictorio, Antíope lanzó una pequeña rama al fuego y se levantó.

—Descansemos, por hoy está bien —susurró.

***

El ejército aqueo invadió los campos del sur, donde se encontraba el nacimiento del arroyo que mantenía la vida en aquel inhóspito desierto de arena y sales. Saquearon lo poco que encontraron en las haciendas cercanas y estrecharon su cinturón sobre Tríbada. Clearco quería un batalla épica, donde ganar gloria por siempre entre los suyos con su regreso a Micenas. En su mente, deseaba vengar a Iris de Lesbos y someter a una reina: Hipólita. Para ello necesitaba a sus guerreros descansados y dispuestos para matar y morir.

Atenea le observaba con orgullo, muerta Iris volvía a ser el gran general que por ella suspiraba. En silencio pensaba que ninguna de las lobas debía sobrevivir, en especial Hipólita. La espada de Ares debía ser suya, solo así recuperaría la autoestima tras el impío desafío.

Frixo deseaba el oro de los faraones, incapaz de aceptar que no se hallaba en aquel lugar al que tantas penas les había costado llegar; y soñaba con domar a la hermosa guerrera de larga melena pelirroja, Esmirna.

—¡Cortad el arroyo! Que sepan lo que es la sed. En dos días, sin agua ni provisiones, las tendremos de rodillas, suplicando clemencia. Entonces les daremos muerte —asintió Clearco ante la mirada inquisitiva de Atenea.

—Creí que atacaríamos hoy mismo —dijo Frixo, impaciente.

—No. Seguro que de trampas y argucias preparadas se hallan las lobas. Hipólita sabe del arte de la guerra, mas no podrá soportar este abrasador desierto sin agua. Agotadas por el sol, hambrientas y sedientas serán fácil presa de nuestras picas.

—¿Cómo sabes que no disponen de agua ni resuello? —preguntó Frixo.

—Solo pretendían retrasarnos en nuestro paso —aseguró Clearco—. Su estrategia era el acoso y la huida, el desgaste. Planeaban huir de Tríbada en cuanto avanzáramos, pero les hemos cerrado el paso. Seguro que no tenían previsto dejarnos muchos víveres. Por ello no hay ancianas ni niñas, ya huyeron y todo el alimento se habrán llevado.

—Conforme nosotros recuperamos fuerzas y ganamos confianza, ellas las perderán. Sufrirán la desidia de no saber cuando atacaremos, siempre alerta las mantendremos, con escaramuzas que no han de ir a más. Les devolveremos sus puñaladas. En este desierto abrasador, en unos días Tríbada será nuestra y ellas, muertas o esclavas de nuestros gloriosos guerreros. Me gusta tu estrategia. Pero ¿y Huzzia? ¿Tenemos tiempo? —preguntó Atenea rondándolo.

—Dos días todo lo decidirán. De momento, nuestros exploradores no hallan señales del su ejército, tal vez no le importe tanto que unos miles de aqueos y lobas revienten en este maldito desierto —apuntó Clearco.

***

Durante dos días y dos noches, Hipólita vio cómo sus guerreras aguantaban estoicas el hambre y la sed, el racionamiento, sometidas a continuos ataques esporádicos que tentaban sus fuerzas, temiendo que en cualquier momento se desplegara la ofensiva total sobre ellas, rogando para que el rey Huzzia acudiera en su ayuda.

Frixo se erguía sobre las lomas norteñas, a la entrada de Tríbada, con sus tropas abastecidas y descansadas, esperando la gloria, saboreando el sabor de su victoria.

—¡Esmirna, valerosa reina de Abasa, rinde tus armas y viviréis! ¿Cuánto más podréis aguantar sin agua ni comida? —gritó con fuerza.

—Ya conocemos la palabra aquea, moriremos matando. ¡Aquí os esperamos y de muerte y gloria os cubriremos! —respondió ella desde las puertas de Tríbada.

Frixo sonrió dando por sometida a la brava loba que le había herido y que ante él aullaba feroz. No esperaba menos de aquella formidable mujer. La deseaba.

En la entrada a Tríbada por Occidente, Clearco salió de su tienda, centro de mando, observó en torno suyo y levantó la vista al abrasador sol. Bebió con tranquilidad y pasó un cuenco de agua a la divina Atenea, que alzaba la estera, presentándose altiva y satisfecha.

—No debemos tentar a la suerte. Parece que al rey Huzzia sí le importa nuestra presencia. La tierra tiembla a lo lejos, el ejército imperial se desplaza —le previno Atenea.

—¿Están muy lejos? —preguntó Clearco.

—Nunca lo suficiente —respondió la divina y acto seguido, se armó con una daga y la hundió en el vientre del guardia que custodiaba la entrada de la tienda, sellando su silencio. Clearco no dijo una palabra, se acercó a ella y le mordió suavemente los labios.

—Nos había oído —susurró Atenea.

—Deberías ser más discreta en tu gozo, no debes matar a los hombres que me guardan cada vez que me visites en busca de placeres —sonrió Clearco acariciándole el mentón.

—Mataré a quién me plazca —contestó ella mordiéndole el pulgar—. Mañana al alba, haremos nuestras a esas bravas; no podemos retrasarnos más.

***

Beycesultán permanecía en calma, como si nada ocurriera en las tierras de Arzawa. Ignoradas por las huestes aqueas, se había convertido en el punto de encuentro y refugio de todas las aldeas asaltadas. Sus estrechas callejuelas albergaban cientos de personas que circulaban en

todas direcciones. Las casas de barro y troncos dejaban escapar el humo negro de sus chimeneas, mientras decenas de carpas y tiendas de pieles reunían a sus familias junto a las hogueras. Un fuerte olor a carne ahumada inundaba cada rincón y las tabernas permanecían colmadas de bocas tan secas como hambrientas.

—¡Esa carne! ¡Acaso están matando al buey! —exclamó Alejandro golpeando la mesa en que se hallaba con su fuerte puño.

—Tendrá que esperar, no queda otra —le espetó el tabernero.

El salvaje guerrero se levantó y alzó la pesada mesa tres palmos al aire, de un golpe. Luego anduvo firme hasta la barra, atestada de hombres y cuencos de vino.

—¿No queda carne? —preguntó con enfado.

—Rata o pez te puedo servir si tan grande es el vacío de tu estómago.

—¿Rata o pez? Maldito seas, sabroso buey me ofreciste, devuélveme mi oro, que solo vino aguado me has servido.

—Largo de aquí o la milicia te encerrará en la más lúgubre de las mazmorras, sucio vagabundo —respondió el tabernero.

Alejandro le asestó un duro golpe con el puño, que le hizo recorrer la barra de un extremo al otro. Lo tomó del cuello, le metió la mano en el bolsillo y sacó varias cuentas de oro.

—¡Eh, salvaje! —le recriminaron cuatro guerreros de la milicia.

Alejandro dio un salto sobre la barra, salpicando el licor que la manchaba. Con un puntapié tumbó a uno de ellos y observó serio a los demás, que se apartaron de su paso. Acto seguido, anduvo hacia la salida gallardo, pausado. La taberna entera se le echó encima, golpeándole con maderos astillados y gruesos palos hasta que cayó. Con un grito de guerra se los quitó de encima, irguiéndose como si fuera un demonio, lanzándolos con fuerza hacía los lados. Una porra le golpeó en la cabeza y apenas caer al suelo, ya tenía seis milicianos dándole puntapiés y varazos por todo el cuerpo. Al momento estaba fuera de la taberna, tirado en el embarrado suelo, inconsciente, magullado y sin un quilate de oro en su bolsa.

La tenue lluvia empezó a caer sobre su cara, despertándole lentamente del sopor que ahondaba en su cabeza. Levantó el cuerpo apoyándose con los brazos, gimiendo entre dientes, y vio cómo dos desconocidas cubiertas por anchas capas grises se agachaban junto a él con una extraña sonrisa que en nada le tranquilizó. La primera era hermosa y esbelta como una gacela, se trataba de una mujer de pelo blanco con tintes violetas; la otra parecía algo mayor y, aunque de aspecto huraño y pelos enmarañados, se mostraba bella y atenta. Apoyado en los hombros de aquellas mujeres, una a cada lado de su magullado cuerpo, las acompañó.

—¿Os conozco? —preguntó.

Ellas sonrieron, animando su marcha. Llegaron a una casa de decoros luminosos, floridos y con un fuerte olor a incienso. Dentro, varios escabeles, un pequeño mueble de maderos torcidos y un lecho llenaban aquella estancia, nada más. Lo tumbaron en un colchón de lana, limpiaron con grueso lino y agua abundante sus heridas, acariciaron su cuerpo entre masajes, lo cubrieron con aceite de oliva y posaron sobre la mesa un cuenco con abundante carne estofada.

—Alejandro de Micenas, hijo de nobles dignos de dioses, hermano del glorioso Clearco, el León de Micenas… Lejos estás de tu tierra en esta guerra que en nada te corresponde, que libra la divina de ojos de lechuza. ¿Qué haces vagando por este poblado que pronto será pasto de las llamas de tu hermano? —preguntó la mayor de ellas a la vez que le ofrecía un cuenco de vino.

—Bien sabéis quién soy y de favores me colmáis. ¿Quiénes sois? —preguntó por respuesta, inclinando su cuerpo sobre el lecho y cubriéndose con sus vestiduras de fieras.

—Tu hermano nos hizo llamar, bien nos preguntamos si tú tienes su oro y ruego —dijo la más joven, observando cómo Alejandro tragaba la carne estofada sin apenas mascar.

—No sé nada de mi hermano, nuestros destinos son opuestos. Él es un gran general, de gloria y honor se cubre en Micenas, su futuro es ser rey de un imperio. Yo solo soy un salvaje guerrero en busca de una quimera que los dioses depararon para mí.

—¿Una quimera?

—Me enviaron al extremo del mundo en busca de aquella que tenía que ser mi amada por siempre, pero antes hallé a otra mujer que me robó el corazón. Ya no deseo viajar, solo encontrarla de nuevo.

—Los dioses siempre auguraron un gran porvenir para tu familia, pero uno de vosotros sufriría el mal de amor y por siempre maldito sería entre los dioses… Y ese eres tú. Es el pago justo en retribución a sus oraciones y sacrificios —aseguró la mujer.

—Pitia, amante de Apolo, me reveló otro destino. Pensé si quizás los dioses se habían apiadado de mí, que me brindaban una oportunidad —indicó Alejandro.

—Los dioses no se apiadan de nadie —replicaron las dos mujeres a la vez.

—Decidme ¿quienes sois? —pregunto él.

—Mi nombre es Némesis —respondió la más joven.

—Yo soy Hécate —aseguró la mayor.

Alejandro quedó impresionado ante las palabras de aquellas mujeres, harpías; había oído hablar mucho y nada bueno de ellas. Sabía que de muerte y tragedia cubrían sus pasos.

—¿Te ocurre algo? No vamos a devorar tu alma, no venimos por ti —aseguró Hécate.

—¿Qué quiere mi hermano de vosotras? ¿Acaso el rey Cécrope os envía?

—Justicia y venganza ofrecemos —susurró Hécate.

—Acudimos a la llamada de tu hermano. Aquí esperamos. Si tú no traes su ruego y oro, puedes pues marchar. ¿O deseas algo más de nosotras? —apuntó Némesis.

Alejandro se calzó y ajustó las grebas, se armó y las miró con respeto. Acto seguido anduvo hacia la salida mientras le miraban esperando una respuesta.

—Sí… Brujas o harpías, podríais decirme algo de mi amada. Pero no de aquella que los dioses designaron para mí, sino de la que de mi alma se llenó. Es tan hermosa y bella como noble y bondadosa —les dijo volviendo la mirada.

—Abre los ojos ante la verdad, ciego estás ante ella —expuso Némesis.

—¿Acaso amaste a esa mujer de la que hablas en un altar? Dinos si es así. Pitia nunca se equivoca, sus palabras son ciertas como la noche y el día —aseguró Hécate.

—¿Cómo sabes que…? —peguntó Alejandro.

—Harpías o brujas, así nos llamaste —interrumpió Némesis.

Alejandro asintió y salió de la casa, alejándose entre las callejuelas en dirección a la taberna, en busca del caballo y su lanza.

Las dos mujeres observaban los pasos del salvaje guerrero, lejos le llevaban; y se miraron fijamente, cambiando sus rostros de hermosa complicidad por enojados gestos expectantes. Cerraron el portal con un golpe seco y caminaron gruñendo como perras, encorvadas sobre sí mismas, trasformadas sus figuras de hermosas mujeres en pérfidas sombras de harpías que recorrían la estancia de lado a lado, inquietas, rabiosas entre murmullos y maldiciones.

—¡Ha amado a una mujer en el altar de Artemisa! ¿Cómo es posible? —se preguntó Némesis, dando vueltas sobre sí misma.

—Debe ser ella, el faraón murió y Menalipa quedó libre, seguro que ha logrado llegar hasta aquí, sus caminos se han cruzado. Tenemos que darle muerte lo antes posible —dijo Hécate parando en su divagar sin sentido, para rápidamente continuar sus pasos sin rumbo.

—Cabalgará hacia la batalla, sobrevivirá, protegida se halla por los dioses. Alejandro nos llevará hasta ella, acabaremos con su dicha —asintió Némesis.

—Pitia le aseguró a Alejandro que hallaría la felicidad, mas no que la disfrutaría. Es un amor maldito, los dioses se sirven de nosotras para corregir sus designios y en ello estaremos —aseguró Hécate con una sonrisa maliciosa.

—Esa guerrera, la que mandó la reina Iris de Lesbos —expuso Némesis.

—No te preocupes, su cuerpo se pudre en el valle; a nadie contará la misión que la trajo hasta aquí. Primero nos cobraremos la vida de Menaliapa y después, la de esos críos, será todo un placer y haremos muy feliz a nuestro amado rey Cécrope—aseguró Hécate.

Capítulo 29

EL LADO OSCURO

El calor del día hacía sudar a Mabra, el capitán atlante, que apoyado en un enorme roble observaba dos estelas de humo hacia el interior del bosque desde una cima.

—Es Venus, la pequeña aldea donde vivían las hijas de la luna —dijo Antianira—. En sus hogares derruidos a muchas mataron, sus pechos amputaron. Fue horrible, indigno de un guerrero. Clearco no es más que un despiadado asesino. Las que vivieron, enterraron a sus muertos y huyeron; no creo que hayan regresado tan pronto. Debemos movernos con cuidado.

—Beycesultán está cerca, deberíamos ignorar ese humo —expuso Mabra—. Sarko debe de andar lejos, espero que no sufra ningún contratiempo y alcance el Mar entre Tierras. No sé si debimos permitirle marchar sin más compañía.

—Si encuentra soldados en su camino, no harán caso a un viejo loco que cojea tirando de una muerta. Pasará más desapercibido que con nuestra guardia. Además, dos de nuestros hombres le acompañan como pestilentes mendigos. Nadie se les acercará —aseguró Gaycar.

—¿Dónde está Íbero? —preguntó Antianira al no verle junto a ellos.

Mientras, en las cristalinas aguas del río Büyük, no muy alejadas del grupo, Empusa saltaba sobre Imperia y ambas quedaron sumergidas en las claras aguas, para aparecer rompiendo la superficie como hermosas sirenas; entregadas a sus juegos, disfrutando del baño.

Íbero las observaba en la distancia, extasiado ante sus cabriolas y belleza. Amaba a la joven atlante, sin embargo no podía olvidar la mirada inocente de aquella muchacha muda, ni sus besos de amor, a pesar de verla hecha feroz guerrera. Extrañado, se levantó preocupado al ver que no aparecían de nuevo, tras una larga zambullida, y gritó cuando vio a cuatro aqueos penetrar en las aguas en busca de las jóvenes. Sin duda miembros de una patrulla aquea. Corrió entre la maleza llamándolas a gritos, tratando de alertarlas.

—¡Es Íbero! —exclamó Gaycar.

—¡Algo ocurre! ¡De prisa! —contestó Mabra.

Los guerreros atlantes y Antianira corrieron montaña abajo, temiéndose lo peor.

Los aqueos entraron en el río, el agua les cubrió hasta las rodillas. Deseosos, fijaron la vista ante un pequeño remolino oscuro, en busca de aquellas hermosas jóvenes que habían divisado. Imperia rompió la superficie con una exhalación y quedó frente a ellos, ocultando sus senos con ambas manos. Los soldados sonrieron al verla, sus mentes se excitaron ante tan suculento botín y avanzaron con la lujuria reflejada en sus ojos.

—¿Y la otra? —preguntó uno de ellos.

Imperia no respondió, sonrió y les miró piadosa.

Sorprendiéndolos a sus espaldas, el corte de una afilada espada segó la cabeza de uno de ellos y de inmediato, atravesó el cuerpo del otro, el cual cayó con un ronco gemido, observando la punta ensangrentada que surgía de su pecho. Los demás se voltearon y vieron atónitos cómo la joven que buscaban, apenas cubierta, mojada y con coloridos tonos disueltos por el agua, arrancaba el mortal metal del cuerpo de su compañero vencido.

Con un estremecedor silbido, Empusa cortó de nuevo el aire y saltó estirando con fuerza su pierna derecha. Su espada oriental segó la garganta del primero y con el pie desestabilizó al segundo de ellos, que cayó en la orilla. De un salto clavó sus rodillas sobre el que había caído y sin darle tiempo a respirar, le hundió la espada en el pecho y giró la muñeca con fuerza, partiéndole el corazón. Un golpe púrpura caliente cubrió parte de su rostro, resbalando por la frente y la cara. Con la mano, se limpió y se llevó la sangre a los labios. La saboreó con deleite y con un acto reflejo, mordió con fuerza los labios de aquel soldado muerto, succionando, recordando placeres olvidados.

Imperia la miró anonadada.

Mabra y los demás llegaron ante ellas con las armas prestas para el combate. Quedaron petrificados ante tal visión. Empusa alzó la vista y la fijó en Imperia e Íbero. Luego la volvió hacia Antianira y los lanceros atlantes. De los labios de la joven se desprendían varios hilarachos de sangre y parte de su cara se hallaba manchada de espeso rojo.

Nadie dijo nada, no tenían palabras.

Con un silbido, soltó el cuerpo del soldado muerto y se levantó observando las miradas de repulsión. Extrajo la espada del cuerpo inerte y salió del arroyo, notando el rechazo de que era presa. Cruzó sus ojos con Íbero, buscando unas palabras que no encontró, vio la desazón que embargaba al joven leñador y su mentón tembló.

—Empusa —la llamó Imperia, tratando de sobreponerse.

Ella la ignoró, se cubrió con sus ropas de guerrera y envainó el metal. Había mostrado su lado oscuro, sediento de sangre, ante sus amigos y se sintió rechazada, angustiada. Se alejó con paso rápido, montó en su caballo y cabalgó veloz.

—¡Empusa! —gritó Imperia saliendo del arroyo.

—Flor… —susurró Íbero sin querer creer lo que había visto.

—¡Dejadla marchar! Nadie a su lado está a salvo, la sed de sangre la pierde. Temida fue en toda tierra que pisó y temida será —expuso Antianira.

—¡No! —exclamó Imperia saltando ágil sobre su caballo—. Necesita nuestra ayuda. Sí, es un demonio… Pero ¿quién no lo es en esta guerra?

—No cabe duda, es un demonio; es una suerte que combata a nuestro lado —murmuró Gaycar sin dejar de pensar en aquella horrible visión.

—Galopan hacia el poblado de Venus. Empusa ha perdido el juicio y busca batalla, muerte. De allí debió salir esta patrulla aquea —apuntó Mabra corriendo hacia su caballo.

—Debemos detenerlas, rápido —dijo Íbero.

Galoparon veloces por las sendas del bosque, esquivando ramas y troncos vencidos. Unos gritos de muerte ahondaron en sus oídos conforme se acercaban a la estela de humo. En la pequeña Venus, hecha una guarnición aquea, los soldados luchaban por retener a Imperia, que, furiosa, mataba al que se le acercaba. Antianira tomó su arco y atravesó con una saeta al guerrero que buscaba la vida de la joven a sus espaldas. Mabra y Gaycar penetraron en el poblado seguidos por sus hombres, arrastrando soldados y vidas con las lanzas. Íbero se unió en la lucha a Imperia y juntos galoparon hacia el exterior, seguidos por los demás y por los venablos que les lanzaban.

Las saetas de Antianira y la rapidez de la acción les salvó de ser acorralados y huyeron internándose en las sendas del bosque, dejando atrás la pequeña aldea.

—¿Y tu amiga Empusa? —preguntó Antianira.

—No la vi, desapareció —respondió Imperia con palabras acaloradas.

—Debió seguir otro sendero —apuntó Íbero.

—Alejémonos de aquí, puede haber más patrullas aqueas. Beycesultán está cerca, a saber dónde marchó ese demonio. Ya se le pasará y regresará, siempre lo hace —expuso Antianira, como lamentando que siguiera viva.

Esa noche encendieron una pequeña hoguera al pie de un abrigo. Consternados por lo ocurrido, Íbero e Imperia buscaron el calor del fuego y cenaron sin dejar de pensar en Empusa.

—Ella no es así en verdad —afirmó Imperia.

—Esa mujer mató a muchas de las mías y de terror llenaba los corazones de los hombres. Sus orgías de sangre la hicieron temida y odiada por todos, ya fueran aliados o enemigos. Parte los corazones de sus amantes y bebe la sangre de sus cuerpos vencidos. Es un monstruo. La divina Hipólita debió darle muerte —aseguró Antianira.

—Ella acabó con la malvada Iris por nosotros, era su propia hermana… Y salvó mi vida. No es un monstruo, nunca supo lo que es amor hasta que conoció a Europa y a Íbero —aseguró Imperia, afligida.

El joven leñador la miró con asombro y sentado a su lado, la abrazó.

—También te conoció a ti… Quizá una amiga de verdad nunca la tuvo —apuntó.

Un chillido agónico les sacó de sus pensamientos y dichos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Mabra templando su lanza hacia la oscuridad.

Los chillidos continuaron, agitando con furia la maleza que lo traía. Un enorme jabalí surgió de la oscuridad; enloquecido, corría hacia ellos. Mabra clavó la rodilla en el suelo a la vez que asestaba un duro golpe al animal, atravesándole el cráneo con su lanza, frenando la embestida de golpe. En un costado, una venablo hundido en sus carnes, delataba la huída precipitada y la agonía de la bestia. Y fijaron la vista a su alrededor, buscando al cazador.

—La pieza es mía —se escuchó en la oscuridad.

—Ven a cobrarla —expuso Mabra mientras sus lanceros se situaban en guardia.

Sin temor alguno, un gallardo guerrero se acercó hasta el animal muerto y recuperó su venablo. Por un momento cruzó la mirada con cada uno de los presentes y supo que no eran hombres salvajes cualesquiera, sus vestimentas y armas así lo anunciaban.

—Mi nombre es Alejandro. Veo que tenéis buen fuego, podríamos compartir la presa y calmar nuestro apetito —dijo.

—¿Estás solo? —preguntó Mabra.

—Sí, no tengo muchos amigos por estas tierras —contestó Alejandro—. Veo que andáis con mujeres guerreras.

—Soy Antianira, loba. ¿Eres un sucio aqueo? Tu acento así lo muestra, a muchos perros como tú he matado —aseguró la guerrera, meciendo su lanza.

—Soy de Micenas. Pero no combato, ni he venido para que me mates. Mi meta es otra y quizá tú me puedas ayudar —aseguró con una tranquilidad inquietante, mientras sacaba una daga de su ancho cinto. Se agachó y comenzó a desollar el jabalí ante la mirada de todos.

—Veo que no temes nuestras armas y seguro te ves ante enemigos. Nos mientes, ¿quiénes andan contigo? —insistió Gaycar, en guardia.

—¿Enemigos? No sabía que fuerais enemigos. ¿Lo sois? —dijo Alejandro por respuesta mientras se levantaba.

—Si no pretendes batalla ¿qué buscas en estas tierras? —preguntó Imperia.

—A mi amada.

La joven guerrera abrió los ojos sorprendida y una mueca relajó su semblante.

—¿A tu amada? —preguntó.

—Sí, es guerrera como tú. Seguro una valerosa hija de luna. Quizá la conozcas y puedas ayudarme —aseguró.

—¿A quién buscas?

—No sé su nombre —aseguró Alejandro y volvió a la tarea de despellejar al animal—. ¿Me ayudáis a preparar este cochino?

—Te ayudaremos, pero mantén la distancia. No eres hombre de confianza, en guerra estamos —dijo Mabra observando cada detalle de aquel fabuloso guerrero.

—Comprendo, pero en nada me atañe esta estúpida guerra —aseguró Alejandro.

—¡Alejandro! —resonó una voz entre la maleza.

—Son dos mujeres, tiran de un carro —comentó uno de los guardias, junto a Mabra.

—¡No estás solo! —exclamó Antianira echando mano en la empuñadura de su arma.

—No te mentí. Esas malditas mujeres me siguen desde que salí de Beycesultán, mas nada tengo que ver con ellas y no sé cómo librarme de su pesada compañía —remugó Alejandro.

Imperia recibió a las dos féminas, que agotadas se mostraban, y les ofreció agua, extrañada del trato hostil que les daba Alejandro.

—Gracias hija, que los dioses te recompensen. Ah, que cansada estoy —dijo la mayor de ellas, Hécate, con una sonrisa pletórica y posando las manos sobre los riñones—. Alejandro no nos quiere…

Alejandro chasqueó la lengua y ayudó a Íbero a colocar el jabalí, desollado, sobre el fuego.

—Yo sigo mi camino, vosotras el vuestro; nada más. Es fácil de entender —dijo Alejandro.

—Quizá sea el mismo —sonrió Némesis.

La presencia del guerrero de Micenas y aquellas dos extrañas mujeres provocó la incertidumbre y el silencio de todos mientras degustaban la carne del jabalí. Mabra comió sin pretender darle importancia al desconocido, sabiendo que debía tratarse de un hombre ducho en el arte de la guerra, posiblemente peligroso; su temple así lo atestiguaba. Gaycar no conseguía apartar la vista de aquel salvaje de cuerpo musculado y facciones hermosas. Íbero e Imperia le observaban fascinados por el hecho de que allí se hallara en busca de su amada. Antianira desconfiaba de sus palabras, solo veía un macho aqueo al que matar. Kivell pensaba en llegar a Lesbos, donde su amada Ermis la esperaba en su tarberna de rico oyzo. Hécate y Némesis observaban sin soltar palabra, tejiendo en la oscuirdad de sus mentes.

—Dime, aqueo… Esa mujer, tu amada… —dijo Imperia.

—Por la gracia de Perseo, rey de Micenas, mi amada madre visitó el templo y los jardines de palacio. Realizó numerosos sacrificios y fue amada por los dioses —confesó Alejandro—. Pitia la honró con su visita, sabia sacerdotisa de la profecía, amante de Apolo, divina de Delfos, y le auguró larga vida, riquezas y dos hijos de gran valor. La divina vio en la descendencia de uno de nosotros al heredero de un imperio al unir su suerte a la de una gran mujer, una reina. Pero tanta felicidad tenía un precio, mi madre nunca conocería a un hombre que la amara y el otro de sus hijos vagaría sin tierra ni amor, maldito hasta su atroz muerte. Ese soy yo.

—Una vez me dijo una reina que un corazón que alberga la dicha, siempre encontrará con quién compartirla. Pareces un hombre de honor, seguro que encontrarás a la mujer que hará latir tu corazón con fuerza, quieran o no los dioses —dijo Imperia.

Alejandro la miró con cierto interés y sonrió.

—¿Y esa amada? —preguntó Antianira, tan desconfiada como interesada.

—Pensé si los dioses habían decidido otro futuro para mí. Pues la divina Pitia me visitó. Había visto a una mujer presa en tierra de faraones, me dijo que era la reina de mi vida y que con ella formaría la semilla de un imperio sin igual. Que partiera antes de que el bronce de la batalla acabara con ella. Así lo quería Poseidón, así lo deseó Cibeles y así lo ordenó Zeus.

—¿A la tierra de los faraones? —preguntó Imperia—. Allí se encuentra nuestra reina Menalipa, presa del faraón.

—Lo sé. A su rescate me disponía, pero en mi camino hallé a una mujer que me robó el corazón. Llegó en una barcaza, con ella luché contra las ratas del mar y la liberé… o quizá me liberó ella. Es valiente guerrera y hermosa mujer, ama con toda su alma. Sin duda está tocada por la gracia de Afrodita y la bravura de Ares, pues una bestia sin igual la guarda. Los dioses decidieron burlarse de mí en su descaro, una vez más, y la pusieron en mi camino para que siga vagando sin tierra ni amor.

—¿Una bestia? —preguntó Imperia.

—Un enorme carnicero de largos colmillos, tanto o más que mi daga.

—¡Menalipa está viva! ¡Ha regresado! —exclamó con júbilo la joven guerrera.

Alejandro la miró serio, intentando comprender y asimilar aquellas palabras.

—Si has visto a una mujer en la costa del Mar entre Tierras, junto a Therio, es ella sin duda. Divinas sean tus palabras, grata alegría nos has traído en esta noche… Pero Menalipa y tú… —dijo Imperia con cierta intención.

—¿Menalipa? —acertó a preguntar Alejandro, comprendiendo—. ¿Cómo es posible que no me diera cuenta? Entonces ella es Menalipa. Las palabras de Pitia siempre son futuro cierto, he de encontrarla.

Hécate y Némesis escuchaban oscureciendo su alma, dando certeza a sus sospechas, sonriendo con una simpatía sin par.

—Sí, sin duda la mujer que conociste es la bondadosa Menalipa —insistió Imperia—. ¡Los dioses no te abandonaron, te han llevado hasta ella!

—Se alejó de mí precipitadamente, seguro por causa de esta maldita guerra. Ni su nombre sabía, ahora sé cierto que es mi amada Menalipa. He de encontrarla o morirá atravesada por el bronce de la batalla… ¿Tú podrías ayudarme?

—Eres un aqueo en tierra quemada, Menalipa intentará reunirse con la reina Hipólita y luchará hasta la muerte contra las huestes del general Clearco. No creo que esté entre sus prioridades colmarte de placeres. Además, ¿cómo sabemos que no eres un esbirro de Iris y buscas su vida? —pregunto Antianira.

—Si fuera así no me hallaría aquí sentado, con dos asesinas de hombres y cinco guerreros… ¿medos?

—Somos atlantes —apuntó Gaycar.

—¿Atlantes? ¿Los hijos de Poseidón? Creí que ya no existía tal raza, cuentan los dichos que el rey Cécrope os barrió de Ática y Tirrena, y que Atlas fue destruida por el mismo Poseidón en tres días de fatal cólera.

Mabra no contestó, asimiló aquellas palabras como una curiosa versión y procuró evitar pensar que se trataba de una provocación.

—En Atlas destruimos el ejército aqueo que llegó a nuestra tierra en busca de gloria, solo encontraron muerte —aseguró Íbero, sin poder contenerse.

—Sí, eso también es verdad —apuntó Alejandro y volvió su mirada hacia Imperia—. Dime, joven guerrera, veo en tus ojos que lo deseas. ¿Podrás ayudarme?

—Menalipa cabalgará hacia Tríbada, deberás cruzar las tierras del Desolado —expuso ella.

—Me han hablado de ese desierto. Me mandas a la muerte, veo que no me ayudarás —dijo Alejandro con cierto pesar. Luego volvió su mirada ante Kivell, que había permanecido muda—. ¿Y tú, lo harás?

—Si son verdad tus palabras, maldeciría toda mi vida no haberte llevado ante mi reina Menalipa. Si son mentiras te arrancaré el corazón. Pero ¿y tú? Eres aqueo, quizá nos puedas ayudar en nuestra misión —aseguró Kivell para sorpresa de todos.

—Me parece justo —respondió Alejandro—. Escucho pues tus palabras.

—¿Dónde podemos hallar a Hécate y Némesis? —preguntó Kivell.

—No andan lejos de esta tierra, donde la sangre y la maldad todo lo empaña —aseguró Alejandro, volviéndose hacia Hécate y Némesis, las cuales taladraron su mente con la mirada.

—Nosotras nada sabemos, a Kadesh nos dirigimos. Nos espera un gran festín, las bodas sagradas de nuestras hermanas —dijo Hécate pausadamente, mientras Némesis asentía tranquila.

—Entonces… ¿Están en la zona? —preguntó Imperia.

—Creo que sí, me pareció verlas en Beycesultán. No sé cierto si eran ellas. Sí, yo diría que sí, aunque maestras de la confusión son —asintió Alejandro extrañado, pues las harpías o le habían mentido a él o lo estaban haciendo ahora. Decidió no delatarlas, por si algún mal desatara.

—Yo te llevaré ante Menalipa, espero no arrepentirme —aseguró Kivell.

***

Entre varios setos de coloridas flores, dos zorros roían con fuerza su carnaza. Una piedra impactó en la cabeza de uno de ellos haciéndole lanzar un lastimero ladrido a la vez que huía, su pareja alzó la cabeza con el rabo entre las patas y vio a Empusa acercarse. De un salto entre los arbustos desapareció. La joven observó el cuerpo sin vida de una guerrera y escudriñó en torno a ella. Pronto halló dos cadáveres más. Sus rostros estaban pálidos y los labios amoratados. Les revisó las vestimentas y enseres; pertenecían a la guardia de Iris, ella lo sabía. No había signos de violencia ni de lucha armada. Una pequeña hoguera permanecía en el lugar, con un cazo de aromática menta sobre ella. Extrañada rondó las cenizas, por dos veces. Luego se fijó en el cuenco vacío que permanecía junto a una de ellas, sonrió pérfidamente y corrió hacia su montura.

—¡Alto! —gritaron dos soldados aqueos, surgiendo de la maleza.

Empusa empuñó rápido su mortal espada y cortó, entre la muñeca y el codo, el brazo del primero de ellos; antes de que cayera la mano, que todavía sujetaba la lanza, la cabeza del soldado rebotó entre dos piedras. La voraz guerrera esquivó el golpe del segundo, lanzándose al suelo, con una pierna por delante; y apoyándose en una mano, le golpeó el pie de apoyo conforme la pica aquea rozaba su pecho, haciéndole caer. Antes de que el lancero pudiera levantarse, la afilada hoja oriental le amputó la vida. La mortal guerrera escuchó pasos y voces entre los arbustos, saltó sobre su montura y salió cabalgando mientras, lanzando sus picas, una patrulla de lanceros trataba de herirla en vano. Y pensó en las guerreras muertas, tenía que avisar a Imperia; habían sido envenenadas y eso solo podía significar una cosa: Hécate y Némesis estaban muy cerca.

Aquella mañana amaneció muy pronto para Imperia, arreglada y compuesta montó en su caballo mientras los demás dormían.

—¿A dónde vas? Estoy preparando un caldo caliente, la grasa del jabalí nos fortalecerá en esta húmeda mañana —le dijo la mayor de aquellas mujeres.

—Quiero rastrear la zona antes de partir —aseguró pensando en Empusa.

—¿Tú también te vas tan temprano? —preguntó Hécate ofreciéndole un pequeño cuero con caldo humeante de aroma exquisito—. Llévatelo y bebe antes de que se enfríe, es muy consistente, renace a los muertos, mata a los vivos. Si ahora no te apetece, bébelo más tarde, te gustará —afirmó con una sonrisa encantadora.

—¿Quién marchó? —preguntó Imperia tomando el cuero con una mano.

—Alejandro, ese hombre salvaje, el aqueo de Micenas, el hermano del general Clearco, con tu amiga guerrera, la tal Kivell —susurró la harpía con cierta malicia.

Imperia se quedó sobrecogida al saber quién era el hermano de Alejandro y temió por la vida de Kivell y Menalipa. Pensó si sería un enviado para acabar con Hipólita. Con un golpe de bridas, salió galopando, con la idea de hallar algún rastro que la llevara hasta Empusa.

Hécate la miró satisfecha y su silueta se tornó oscura, confusa y curvada. Una risa grave de hiena la colmó y continuó trabajando el sabroso caldo de jabalí y amanitas que preparaba: el desayuno estaba servido.

—¡Se ha ido! —exclamó Némesis, que surgió a su lado, merodeando con la vista.

—No temas, la Parca la acompaña ansiosa —afirmó Hécate.

Imperia descabalgó de un salto, unas marcas de pezuñas habían llamado su atención. El sol del mediodía se mostraba radiante y una suave brisa se filtraba entre los arbustos. Se había alejado demasiado, el tiempo había pasado rápido sin encontrar rastro de Empusa. Posó la rodilla en la tierra húmeda y observó aquellas huellas. Un jinete acababa de pasar por la senda. Miró en torno suyo y se levantó.

La pequeña bolsa de cuero que le entregó Hécate, todavía permanecía tibia en su cintura; el ayuno reclamaba algo de alimento que calmara su hambre. Siguiendo el rastro, comenzó a recolectar moras y a comerlas, observando el vuelo de los mirlos entre las espinosas zarzas. Tomó el cuero y desató la cuerda de lino que cerraba su extremo. Bebió un corto trago, saboreando el exquisito caldo que aquella mujer había preparado. Había perdido calor, pero todavía reconfortaba el cuerpo. Arrancó varias moras de las ramas, escupió un pequeño tropezón rojizo, abrió un poco más la apertura del saquillo y levantó el brazo para beber con ganas.

Un fuerte manotazo se lo llevó de la boca y estalló en su cara. Sorprendida se revolvió rápidamente tirando mano a la empuñadura de la espada. Empusa estaba ante ella.

—¡Estás loca! —exclamó Imperia y la empujó hacia atrás con las dos manos.

Empusa le respondió con otro empujón, más fuerte. Acto seguido, tiró al suelo el cinto y la daga de la guerrera que encontró muerta. En su funda negra, símbolos de la Guardia Real de Lesbos. Lanzó un silbido mientra agitaba sus manos con un claro gesto de enfado. Anduvo ante la mirada inquisitiva de Imperia y tomó el saquillo del suelo, vertiendo en su mano el caldo que aún retenía, temiéndose lo que iba hallar. Pequeños tropezones rojos quedaron en la palma de su mano. Con un gesto expresivo, le indicó que la guerrera de Iris estaba muerta. Luego alzó dos dedos y señaló con decisión el suelo.

—¿La encontraste… asesinada? ¿Las dos harpías están aquí? —preguntó Imperia.

Empusa asintió, le mostró de cerca los tropezones y los arrojó sobre el cinto.

—¡Son setas venenosas! ¡No! —exclamó dirigiendo su mirada hacia atrás, a las sendas que llevaban al campamento—. ¡Las harpías están entre los nuestros!

Empusa le puso la mano en el hombro, frenando su ímpetu y con decisión metió dos de sus dedos en la boca de Imperia, forzándola hasta hacerla vomitar.

***

Íbero deambulaba contraído, su estómago ardía y la visión se le nublaba entre fuertes dolores y vómitos. Observó los cuerpos de los lanceros atlantes, vencidos alrededor del campamento. En su agónico camino le seguía Hécate, sonriendo y acariciándole la melena, apartándole las greñas de la cara, hablándole sin que apenas entendiera. Una terrible punzada en su costado enderezó su cuerpo y otra, en su espalda, aceleró su horror. Cayó al suelo y trató de reponerse. Se alejó hacia el arroyo, a cuatro patas, deseaba beberlo todo, huir de aquella rabia que le devoraba por dentro. Atrás había dejado el cadáver de Antianira. Vio los cuerpos de Mabra y Gaycar, yacían desnudos en la orilla, muertos. Y quiso llorar.

Némesis golpeó con el pie a Íbero en un costado, haciéndole caer, y se sentó sobre él. Apoyó la punta de una daga con forma de serpiente sobre el pecho del joven y comenzó a hundirla lentamente. El joven leñador, sin fuerzas, trató de frenar las fatales intenciones de aquella mujer; atenazó las muñecas de Némesis, la cual volcó su cuerpo hacia delante, presionando con fuerza, cruzando la mirada.

—No más dolor, ya acaba —le susurró al oído mientras la daga ahondaba—. No es justo que sufras, tú que tienes un corazón tan grande. Ya está, tranquiliza tu mente. No más dolor. Viviste un tiempo que no era tuyo, lo sabes. Pero todo se arregló. No más sufrimiento.

Con una exhalación de sangre, vencido, Íbero cedió.

Némesis pasó los labios sobre los del joven y le bajó los parpados con una suave caricia.

—Debemos marchar, es tarde. Tenemos que alcanzar a Alejandro, él nos llevará hasta Menalipa —susurró Hécate entre pequeñas risas.

***

—¿Estamos muy lejos de Tríbada? —preguntó Alejandro.

—Sí, por las sendas de Occidente necesitaremos varios días para llegar —apuntó Kivell.

—¿Varios días?

—Atravesaremos el Desolado por las sendas del sur, será peligroso, no hay dónde abastecerse. Debemos cargar agua, la necesitaremos. No te preocupes, llegaremos en un día.

Alejandro asintió.

—Cuando avistemos el ejército de Clearco, te dejaré. He de volver con mis compañeras, tengo que ayudarlas. Si Menalipa quiere verte, deberás presentarte ante ella.

—Lo haré.

—¿No tendrás problemas con los guerreros aqueos?

—No, el general Clearco es mi hermano; en todo caso deberán mostrarme respeto.

—¿Ese asesino es tu hermano? —preguntó Kivell frenando en su galope.

—Sí. Mas no es un asesino, sino glorioso guerrero.

—Es un asesino de mujeres indefensas y niñas desamparadas, amputó y mató a cientos sin batalla. Además, has dicho que la divina Pitia auguró un destino para cada hermano… Clearco acaba de enterrar a su reina Iris y tú vas en busca de una reina. Yo no tendría tan claro que no vayas a tener problemas —apuntó Kivell.

—¿Iris ha muerto? —preguntó Alejandro.

—Dices que las palabras de Pitia son futuro cierto. Entonces, si Menalipa te acepta, serás tú el hermano dichoso y él será quién vagará hasta hallar su atroz muerte. ¿No lo has pensado?

Alejandro anduvo sopesando aquellas palabras durante la marcha a través del Desolado, soportando el estoico sol, con Kivell a su lado. Por las sendas del sur adelantaron en su camino rápido. Caída la noche avistaron en la distancia una delgadísima línea amarillenta en el horizonte.

—¡Hemos llegado! El campamento de Clearco, allí debe de estar ese asesino, tu hermano.

—Dime Kivell, ¿por qué me has traído hasta aquí? Sabes que podría mentir.

—Siempre fui devota enamorada de mi reina Menalipa, pero el temor me hizo darle la espalda cuando Iris se alzó contra ella y me resguardé con mi amada Ermis en mi taberna, en Lesbos, a salvo de guerras y ambiciones. Siempre me maldije por ello. Ahora hallaré la muerte si me has mentido. Pero si son ciertas tus palabras, esta es la oportunidad de redimir mi alma. En ti vi a un hombre enamorado, no a un guerrero asesino. ¿Vas a matarme?

—¿Por qué buscan tus amigas a Hécate y Némesis? ¿Tratan de comprar sus servicios?

—¡No! Iris mandó pagar a las harpías para que mataran a dos niños inocentes de todo. Por ello las buscan, para convencerlas de que todo acabó con la muerte de la reina de Lesbos.

—Debes regresar rápido, continuaré solo el camino; pues aunque lejos se hallen, las luces me guiarán. ¡Avísales! Hécate y Némesis andan con ellos, son las extrañas mujeres que marchaban a Kadesh. Ahora comprendo por qué mintieron. Debí hablar, pero pensé que buscábais sus favores de muerte. Galopa en tu camino, ellas no escuchan a nadie ni a nada, matarán a esos críos y si quieren, a tus amigos.

Kivell quedó asombrada ante aquellas palabras. Sin más, tiró de las bridas y galopó veloz, con el corazón encogido.

***

Imperia y Empusa llegaron al campamento. Abstraídas por lo que veían, descabalgaron de un salto y recorrieron cada rincón, comprobando si la vida aún fluía en alguno de aquellos cadáveres. Con el mentón temblando buscaron y encontraron el cuerpo de cada uno de ellos: Antianira, Mabra, Gaycar y la guardia. Todos muertos por el vil veneno de la amanita.

—¡Íbero! —exclamó Imperia a ver su cuerpo meciéndose en la orilla del río.

Empusa corrió desesperada y se lanzó sobre él, gritando entre agudos y graves silbidos, abrazándolo contra su pecho, llorando su corazón. Imperia quedó sobrecogida y fue a agacharse. Empusa se revolvió sobre ella con un grito sordo, despechado, que la hizo retroceder; para luego abrazarla en su llanto desconsolado. Las dos guerreras permanecieron largo tiempo abrazadas, de rodillas, llorando su pena sobre el lecho del río, junto al cadáver de Íbero.

Enterrados los muertos, Empusa e Imperia se sentaron en una poza del río, relajando sus cuerpos con la corriente, sin decir una palabra, mirándose la una a la otra. Ninguna expresión de vida reflejaban sus caras, serias e indiferentes ante todo. Finalmente, Imperia se vistió con sus ropas de guerrera, sin apartar la mirada de la tumba de Íbero. Le había perdido por dos veces y pensó, ante las lágrimas de aquel demonio que tenía por amiga, si no por tres. Empusa tomó de la grupa de su caballo una mochila, se sentó frente al fuego y la abrió. Extrajo tres pequeños cuencos, estrechos como dedos, colmados de barra de tinte, uno de rojo amapola, el segundo de ceniza azul y el otro de verde jazmín. Los disolvió un poco con agua y con el primero tintó su cara de azul; con el segundo y el tercero, su pelo de verde, al que añadió tonos azulados y rojizos, realzando su pelo, como una cresta deforme. Y se los ofreció a Imperia, la cual tomó los cuencos y se pintó la cara con largas líneas azuladas en sus mejillas, los párpados de rojo y sus largos cabellos con mechas verdosas, azuladas y rojizas. Mientras, Empusa afilaba su espada oriental sin prisa ni pausa con el fuego prendido en la hoguera. Ya no tenían nada que decirles a las harpías.

La luz del amanecer bañaba la espalda de Kivell, al frente dos jinetes se acercaban veloces. Alzando su yegua sobre los cuartos traseros, vio con horror sus figuras de harpías, oscuras.

—¿Dónde está Alejandro? —preguntó Hécate.

—Ese caballo es del capitán Mabra… ¿Qué habéis hecho con ellos? —respondió Kivell observando cómo era rodeada entre sonrisas macabras.

Con un golpe de pie, Némesis tumbó a Kivell sobre la árida sal.

Hécate la hostigó con las patas delanteras de su caballo, brincando sobre ella.

—No te preocupes por tus amigos, justicia se hizo —dijo Némesis.

Las dos mujeres descabalgaron y empuñando sus dagas en forma de serpiente, se acercaron veloces a Kivell, la cual tomó de su cintura dos puñales y los lanzó sobre ellas. Pero como si nada fueran, entre sombras inquietas y risas desquiciadas, los esquivaron con facilidad, ante la perplejidad de la guerrera que se echó hacia atrás, viendo a la Parca riendo entre ellas.

De pronto, alertadas por un galopar veloz, las dos harpías se volvieron y vieron dos enormes leones correr hacia ellas, un macho y una hembra, y tras ellos la figura de una mujer de gloriosos destellos que andaba piadosa. La tierra que pisaban bramó, haciéndoles temblar. Los pies de Hécate y Némesis quedaron petrificados y sus almas de harpías se revolvieron dentro de ellas, tratando de huir de los portentosos rugidos y los afilados colmillos de los felinos.

—Solo el bien y el mal se imponen ante la justicia y la venganza, deberíais saberlo antes de pisar esta, mi tierra —susurró Cibeles.

En un instante, los ágiles pies de las harpías quedaron libres y los leones desaparecieron como bruma hecha polvo; un espejismo que se fundía en el aire delatando la terrible realidad. Ante ellas aparecieron, en lugar de los leones, con las espadas al aire, galopando veloces y con la ira en la mente Imperia y Empusa, el bien y el mal.

Capítulo 30
LA BATALLA DE TRÍBADA

El sonido marcial del metal y un grito de guerra desató la alarma entre las hijas de la luna. Las vigías corrían alertando a sus capitanas y tomaban posiciones. El aire quedó enrarecido por la gran nube de polvo que se dispersaba al paso del ejército de Clearco, anuncio de la tormenta de bronce que se acercaba.

—Ya vienen, no esperarán más —afirmó Hipólita desde el ventanal del palacete principal.

—Bastarían unos días más de hambre, sed y desesperación para obligarnos a salir y acabar con nosotras —asintió Esmirna—. Si levantan el sitio y avanzan es porque debe preocuparles el avance del ejército de Huzzia. Seguro que desde sus cuarteles más cercanos y de Hatussa ya partieron numerosos guerreros. Antíope debió alcanzar la polis con nuestro mensaje y ruego.

—Esperemos sea así, pero no sé si podremos resistir ni si la estrategia funcionará.

—Se mueven por los tres sectores, como esperábamos —apuntó Pentesilea.

—Hermanas, en el día de hoy todo se decidirá, da comienzo la batalla y orgullosa me hallo de estar aquí presente con vosotras —aseguró Hipólita—. Airiel, que tus guerreras de Tríbada espanten los caballos contra las columnas espartanas que por Oriente avanzan; antes de que

alcancen el ágora, que las bestias se estrellen con fuerza contra ese muro. Pon en guardia a las lobas que esperan en los tejados, que no se dejen ver hasta que puedan saltar sobre ellos en su retaguardia. Tras la estampida cargará Esmirna con toda la fuerza de la caballería de Abasa. Yo iré con Pentesilea y las guerreras de Tracia, trataremos de frenar el avance de Clearco en Occidente hasta que podáis salir. Marpesia, tus guerreras de Temiscira aún disponen de saetas, que las vacíen sobre las hordas de Frixo que entran por el norte. No lo esperan, vuestros arcos de astas vencerán sus escudos y los retendrán lo suficiente para que podamos salir. Los aqueos corren desafiantes, creídos. Nos creen vencidas por el hambre y la fatiga. Les haremos ver que no es así, les haremos temer… ¡Rápido!

Airiel organizó rápido el ataque, cómo había ordenado Hipólita: por la calle principal que cruzaba la ciudadela y daba al ágora; de casas bajas y unidas, estaba limpia de obstáculos y tenía una suave pendiente que facilitaba la carga contra el invasor y recorrer Tríbada por los tejados sin ser descubiertas, hasta atacar la retaguardia espartana una vez se adentraran en las calles.

Mientras las guerreras de Airiel azuzaban a las bestias con fuego y gritos, provocando la estampida, la capitana Equidna tomó de las bridas a varios caballos y gritó al frente, saliendo a galope, guiando la embestida por la calle desierta. Los espartanos notaron temblar sus pies y al ver la feroz acometida, maldiciendo a las bravas y a sus dioses, unos apostaron con fuerza los grandes escudos, mientras otros acuñaron valientes sus picas ante el infierno de cascos que se les venía encima. El choque de la manada en espantada contra la muralla de bronce fue terrible, la fuerza animal reventó las filas de soldados. Los caballos saltaban sobre ellos quedando muchos atravesados entre las picas, que se partían ante el empuje y la fuerza; otros galopaban por encima de ellos, destrozando cráneos y pechos hasta pisar suelo, abriendo camino. Equidna cayó perdiéndose entre los cuerpos de bestias y hombres destrozados, tres picas le arrancaron la vida y el valor. Tras el brutal impacto, desde los tejados, las lobas atacaron con una lluvia de venablos y bolas de brea, paño y fuego que cayó sobre ellos, matando y abrasando. La columna espartana se descompuso retrasando sus posiciones de forma desorganizada.

—¡Atacad! —ordenó Hipólita.

Esmirna la miró, seria ante una posible muerte en la batalla y deseó abrazarla.

—Esperemos que el rey Huzzia no tarde…

—Tampoco le necesitamos ¿verdad, hermana? —le dijo Hipólita llenándole su corazón.

Esmirna le ofreció la mano y tras estrecharla fuertemente con ella, se abrazaron.

—Suerte, hermana —respondió Esmirna y sin más, lanzó su pesada caballería sobre los pasos de Oriente. Los espartanos corrieron a formar de nuevo la muralla de bronce, pero el

choque brutal lo impidió y el segundo frente quedó destrozado. Las astas espartanas crujían al aire, atravesando valerosas guerreras y caballos; las lanzas de las guerreras atravesaban escudos y hombres arrastrándolos hacia atrás con fuerza.

—¡No lo conseguirán! —exclamó Pentesilea situándose al lado de Hipólita.

—¡Están aquí! —gritó Marpesia agotando sus saetas, retrocediendo con sus guerreras.

Las columnas de Clearco llegaban al ágora inundando la plaza de guerreros que corrían veloces hacia ellas con las picas en guardia y los escudos en alto. Atenea saltó de su carro de guerra meciendo su larga lanza y lanzando un tremendo grito de guerra.

Hipólita tomó un arco y una saeta embadurnada en brea, le dio fuego y apuntó al aire y soltó. La flecha se clavó en una grieta oculta en tierra. De pronto, como un huracán de fuego, una enorme llamarada de doce pies recorrió el ágora hasta los aqueos, desprendiendo débiles maderos bajo los pies invasores y haciendo caer a numerosos guerreros sobre una ancha zanja repleta de afiladas estacas y abundante brea, que herían sus piernas y prendía sus cuerpos. Entre horrorosos gritos, cientos de aguerridos hombres se convirtieron en antorchas vivas que corrían sin sentido, revolcándose en tierra hasta morir.

Clearco observó la estratagema con interés y vio cómo sus guerreros se frenaban ante la abrasadora zanja de brea y fuego, temiendo la ira de aquellas lobas enfurecidas. Demasiado ancha, demasiado voraz, no podían atravesarla y apenas se veía lo que les esperaba al otro lado.

Hipólita desenvainó la espada de Ares al aire y cabalgó rápido, envolviendo con la ayuda de Pentesilea, cada una por un lado del ágora y seguidas de un nutrido grupo de guerreras a caballo, a los hombres que habían logrado atravesar la muralla de fuego. Por su parte, Marpesia y la caballería de Temiscira, cargaron sobre los argonautas parando el avance del general Frixo antes de llegar al ágora, donde se encontraba el pozo de los sacrificios.

Clearco reagrupó a sus hombres, tomándose su tiempo para evaluar la situación, y ante la sorpresa de las reinas guerreras, esquivaron la columna de fuego pasando a través de las casas, abriéndose camino una gran formación de mazas, a porrazos con las paredes, cubriendo en su marcha los frentes y lados con grueso bronce y lanceando sin piedad con sus picas a aquellas que trataban frenar su paso.

—Sin dardos, la única posibilidad es la embestida feroz —apuntó Marpesia volviendo su mirada hacia la salida de Oriente, donde Esmirna luchaba.

—El cuerpo a cuerpo es una locura, nos despedazarán a todas —añadió Pentesilea reagrupando a sus guerreras—. Tenemos que salir o moriremos todas.

—Dividámonos en tres formaciones —ordenó Hipólita—. Pentesilea, refuerza la ofensiva de Esmirna, galopa duro contra esos espartanos. ¡Abrid esa salida de una vez, están a punto de

ceder! Marpesia, tenemos que resistir ese norte hasta que el grueso del ejército alcanze el centro del ágora, debes impedir que lleguen antes de que tengamos el camino libre. Yo frenaré a Clearco… Cuando logren unir sus fuerzas en el ágora, embestiremos las dos juntas contra los espartanos, ahora que se hallan mermados. ¡Lo lograremos!

En la entrada de Oriente, Esmirna y las guerreras de Abasa luchaban duro desde sus monturas por abrirse camino. Mientras, Airiel y las valientes de Tríbada lanceaban a los guerreros desde los tejados, hiriendo y matando. En su orquestado ataque, las hijas de la luna habían destrozado por completo un lado de la columna espartana, que trataba de disponer, de nuevo y sin conseguirlo, sus escudos y picas hacia delante para formar una barrera al frente que impidiera huir a las valerosas mujeres.

Un terrible crujido resonó en las anchas calles de la entrada oriental de Tríbada, arrancando de la batalla la mirada de Hipólita: la potente caballería atlante embistió por sorpresa, desde la retaguardia. Gadir llegó bramando su valor, seguido de Tarss, Antíope y los lanceros de Gadeira. La carga de los hijos de Poseidón arrasó la columna espartana, que no pudo soportar tal envite en sus desprotegidas espaldas; más cuando las guerreras de Airiel saltaron sobre ellos desde las terrazas y la caballería de Pentesilea abundó en sus filas uniéndose a las fuerzas de Esmirna.

La caballería atlante envolvió a su divina reina y contuvieron a los aqueos, dando tiempo a huir a las heridas, que rápidamente eran recogidas del suelo por sus compañeras de armas. El ágora de Tríbada se había convertido en un campo de batalla, donde los aqueos avanzaban tratando de envolver a las guerreras, que rápido huían hacia Oriente.

—¡Huyen al Desolado! ¡Los espartanos no han resistido! —exclamó Frixo.

—En campo abierto no podremos alcanzarlas —maldijo Clearco y corrió apremiando a sus guerreros.

—¡Los hijos de Poseidón! —exclamó Marpesia—. ¡El paso de Oriente está libre! ¡Rápido!

Hipólita sintió un vuelco en su corazón y volvió la vista para ver a su amado. Pero no lo distinguió entre los atlantes que bravos luchaban. Los guerreros de Clearco alcanzaban el centro del ágora, uniéndose en la batalla a Frixo, avanzando, mientras las hijas de la luna retrocedían.

—Mi reina, el paso está libre. Es ahora o nunca —insistió Airiel llegando ante ella sofocada y con la cara cubierta de sangre.

—¡Salgamos de este infierno! —ordenó Hipólita trotando sobre Zaino.

—Aquí me hallo con tus fieles, aguerridos soldados que vienen a morir por su divina reina —aseguró Tarss galopando a su encuentro.

—¡Hermana! —exclamó Antíope, alzando su lanza.

—¿Y Gadir? —preguntó Hipólita buscando inquieta al no ver.

—¡Hipólita! —gritó Atenea, posándose frente a ella con un numeroso grupo de guerreros aqueos, que rápidamente corrieron entre gritos a batallar.

Tarss embistió contra ellos, cayendo del caballo sobre su pierna herida ante las picas enemigas. Cojeando, libró batalla ayudado por Antíope, que acudió en su ayuda.

Airiel cargó contra Atenea alzando su espada, veloz en su montura, dispuesta a darle muerte. Pero la divina, sin mostrar temor alguno, esperó la embestida y clavó la rodilla en tierra, sujetando fuerte la lanza, que se hundió en el pecho del caballo con tal fuerza que le atravesó el cuerpo y penetró en el vientre de la guerrera asomando la pica por su espalda. Con el brutal impacto, el animal recorrió veinte pies, llevándose por delante a los aqueos que halló en su camino, hasta quedar con las patas al aire sobre el cuerpo sin vida de Airiel.

Hipólita saltó a tierra, dolida, moviendo la espada de Ares de lado a lado mientras Atenea desenvainaba la suya, desafiante, orgullosa y precavida.

—Nos vemos de nuevo, esta vez no podrás huir —afirmó Atenea.

—Sí, nos vemos de nuevo e Iris no está para que salve tu vida —contestó Hipólita.

Gadir embistió con la caballería atlante la columna de Frixo, tratando de dar con su amada y frenar a los aqueos en su avance, cubriendo así la salida de las guerreras que corrían en desbandada hacia el Desolado.

—¿Dónde está Hipólita? —le preguntó a Esmirna, viéndola surgir al trote.

—En el ágora, morirá antes de permitir que Clearco nos alcance —gritó.

Gadir bajó la mirada, fijó sus ojos en ella y cabalgó directo hacia el ágora. Esmirna gruñó y le siguió, gritando como una posesa y arrastrando a las suyas de nuevo hacia la batalla. Pero un venablo se hundió en el cuello de su caballo, que hincó las rodillas de golpe. La reina de Abasa salió despedida por encima, estrellándose de bruces contra el suelo.

Marpesia vio galopar hacia el interior de Tríbada a la caballería atlante y sin dudarlo, ordenó una nueva carga que rápidamente siguió también Pentesilea. Ambas recorrieron aquella ancha calle que llevaba hasta el corazón de Tríbada con sus guerreras. No encontraron una barrera de bronce, sino cientos de aqueos que corrían de frente sin darse cuenta de su infortunio, que no esperaban que las lobas regresaran, hasta que el brutal choque destrozó su larga carrera tras las hijas de la luna al hallarlas de frente en embestida.

Con un salto hacia atrás, Hipólita impidió que la espada de Atenea destrozara su cintura. Se cubrió rápido, colocando la hoja en alto, parando el duro golpe que le había propinado la diva,

que furiosa avanzaba hacia ella sin nada que pudiera pararla, golpeando con fuerza, cubriéndose en su ataque, marcando cada cinta, cada golpe con solemne precisión. Cualquier otro guerrero no hubiera resistido ni el primer envite. Pero no pudo evitar ambos cortes, en su espalda y brazo. Hipólita aguantaba estoica cada uno de ellos, buscando su momento, sangrando sus heridas.

—¡Hipólita! —gritó Gadir al verla de lejos, irrumpiendo entre los guerreros aqueos. Abriendo la tenaza que sometía a Tarss y los suyos. El destello mortal de una pica le obligó a ladearse y notó la mordida del bronce rasgar sus carnes. Saltó del caballo y se irguió frente a Clearco, que con un fuerte golpe le hizo caer y centrarse en la batalla.

Tarss se volcó sobre el general de Micenas, propinándole fuertes golpes sobre su escudo, descuidándole del ataque sobre Gadir. La lanza de Clearco surgió sobre su hombro y su pica se hundió tan rápido como salió del cuerpo del general atlante. Con los ojos abiertos y un golpe de sangre en su boca cayó de rodillas, sin fuerzas, y quedó sentado.

—¡No! —gritó Gadir, volcando su furia sobre Clearco.

La embestida de los dos comandantes resonó en el ágora con un tremendo grito de guerra, de cólera. La espada de Gadir rozó el cráneo de Clearco, arrancándole el yelmo y una oreja. Pero la pica de Clearco se hundió en la coraza de Gadir, atravesándole el hombro. Heridos, ambos guerreros reflejaban su deseo de victoria; en el filo de sus armas de afilado bronce, goteaba la sangre hallada.

Gadir se mantenía en pie con tremendo esfuerzo, preso de la pica que lo atravesaba; intentó herir a Clearco, que rápidamente paró su golpe asiéndole de la muñeca. Quedaron enfrentados, sin soltarse, a un palmo sus caras, escupiéndose el sudor. Un fuerte pedrazo impactó en el cráneo de Clearco, el cual se derrumbó con la cara descompuesta. Gadir, atónito, se fijó en una niña, sin comprender de dónde había salido en aquel infierno de visceras y sangre. La pequeña sonrió y corrió entre los cuerpos abatidos y los guerreros en brava lucha, como si nadie la viera. Y no pudo prestarle más atención, pues se le echó encima un fornido guerrero al que eventró tan rápido como llegó. Apretó los dientes y arrancó la pica que Clearco había hundido en su cuerpo y avanzó hacia el ágora, ignorando el cuerpo inconsciente del general de Micenas.

En su propia lucha, victoriosa, Atenea cargó en demasía con su hombro hacia delante. Hipólita aprovechó para posar la espalda sobre la de ella y girarse rápidamente, hiriéndola en un costado. La coraza de Atenea crujió y su égida humana se llenó de sangre. Los ojos de la divina se tornaron por completo negros, las serpientes de su capa y tocado parecieron cobrar vida y su pálida piel adquirió color por momentos. Con un grito horroroso, Atenea asió del cabello a Hipólita y le asestó un duro golpe con su cabeza en la frente, haciéndola caer al suelo del ágora

con una brecha y maltrecha. La reina de las hijas de la luna, gateando a ciegas, trató de incorporarse. Una fuerte patada en el vientre la levantó tres pies, haciéndola rodar hasta el pozo de los sacrificios.

Hipólita cerró su puño con fuerza, para abrirlo desconsolada: estaba desarmada.

La espada de Ares era alzada por Atenea con una satisfacción soberbia. Saboreando su victoria, la diva se preparó para asestar su último golpe.

—Morirás, como todo aquel que osa enfrentarse a mí. ¿Acaso no te avisó Europa que solo una divinidad podría enviarme de regreso al Olimpo? —preguntó Atenea sintiéndose vencedora.

Entonces, un ronco rugido sacudió Tríbada, fuerte, poderoso, haciéndose oír por encima de los gritos de rabia, muerte y llanto de la batalla. Atenea irguió su vista con asombro. Hipólita, recobrándose del golpe, se giró en tierra para ver. Por un momento cesó el combate, soldados y guerreras dirigieron sus miradas hacia las empinadas escaleras del palacio, templo de Artemisa: una esbelta figura de mujer se alzaba al trasluz de la luna, sus cabellos ondeaban al viento, como las telas de la suave túnica que la cubrían.

Atenea frunció las cejas, observando con su penetrante mirada aquella mujer. Hipólita se levantó con la mano cubriendo la herida de su frente. Y vio a su amada hermana.

—¡Menalipa! —exclamó.

Tras Menalipa apareció la bestia: Therio, el enorme dientes de sable, ladeando su gran cabeza y lanzando un poderoso rugido, mostrando sus terribles fauces. El tigre se dejó acariciar la tez y el lomo por Menalipa, a su paso, rozándola cual gato mimoso, observando a los aqueos como atroz depredador. Cruzó su mirada con la de Atenea y esta sintió su cuerpo estremecer al reconocer a su hermano en la profundidad de aquellos ojos almendrados de felino, que brillaban como estrellas tornándose rojizos.

—¡Ares! —exclamó Atenea dando un paso atrás.

Lanzando al aire un portentoso rugido, la bestia saltó al suelo del ágora, corriendo hacia Atenea con la rapidez del rayo.

—¡Maldito! —susurró la divina de ojos de lechuza. Y dio tres pasos atrás, ignorando por completo a Hipólita, agitando la espada y situándose en posición de defensa.

Hipólita apenas alcanzó a ver al gran felino saltar por encima de ella, sobre Atenea. Pero sí pudo oír aquellas últimas palabras.

—¿Ares…? —susurro atónita.

El fuerte impacto hizo caer a Atenea, su yelmo trenzado en crines de león rodó por el suelo del ágora junto a la espada de Ares.

En ese momento, la caballería de Abasa, Tracia y Temiscira irrumpían de nuevo en aquella gran plaza. Antíope corrió veloz hacia Hipólita, la cual recogió del suelo la espada de Ares. Y notó la mano de Menalipa sobre su hombro, el aroma de su cuerpo y el calor de su abrazo.

—¡Menalipa, hermana!

—¡Hipólita! ¡Antíope!

Atenea, sin fuerzas para sacarse la bestia de encima, sacó su daga del cinto y la hundió con fuerza en el costado izquierdo del fabuloso animal, una y otra vez conforme este le desmembraba el brazo izquierdo y le quebraba las costillas, atravesando con sus largos dientes la coraza de bronce como si de manteca fuera. El felino abrió con sus garras las carnes prietas de la diva, arrancando largos jirones de carne de sus muslos y pecho entre tremendos alaridos, salpicando el suelo del ágora de espesa sangre. Tres picas se incrustaron en el lomo de la bestia que, alzando un terrible rugido retrocedió liberando por un momento a Atenea de su presa.

—¡No! —gritó Hipólita, saltando junto a Antíope y Menalipa hacia los aqueos que hostigaban al gran felino.

Atenea se levantó titubeante; su cuerpo, sin un brazo, desfigurado y envuelto en sangre, presentaba terribles mutilaciones. Tomó una lanza del suelo, arrancándosela de la mano a un muerto, y corrió con cortos pasos, tropezando en sus andares, hacia la bestia, que la esperó alzando sus dos patas delanteras, exhibiendo sus colmillos. El poderoso felino saltó sobre ella. Atenea se dejó caer hacia atrás sujetando el asta de la lanza en su mano, con fuerza y haciendo tope contra el suelo. La bestia quedó ensartada en su vientre conforme hundía los colmillos en el pecho de la divina, aplastándola. El impacto fue tremendo y con la fuerza del choque, rodaron, cayendo al pozo de los sacrificios.

Hipólita se asomó rápido.

—¡Therio! —exclamaron Menalipa y Antíope.

—¡Padre! —gritó Hipólita.

La bestia, tumbada en el suelo, de costado, con el asta quebrada en su vientre sangraba por las abundantes heridas recibidas. Solo su ojo, fijo en las tres hermanas, albergaba vida y nublado por las lágrimas, parpadeó por tres veces: un beso para cada una de ellas.

—¡Muere maldito! ¡En el Hades has de pudrirte! —exclamó Atenea, agónica, vomitando espesos golpes de sangre, temblorosa, alzando una daga sobre la cabeza de la bestia.

Hipólita saltó al foso, dando un potente alarido y cayó sobre el pecho de Atenea: la espada de Ares se hundió partiéndole la coraza donde relucía la talla de la gorgona Medusa, desde la clavícula derecha hasta el corazón.

La diva de ojos de lechuza quedó sin vida, había sido derrotada por una mortal. La esclera de sus ojos negros se tornó blanca y su iris, verde esmeralda; sus carnes pálidas se tornaron rosadas y su mirada muerta fue de bella mujer, no de divina guerrera.

Hipólita se echó hacia atrás, dejando de lado el cadáver de Atenea y acarició la tez de la bestia: su último aliento se fue con una gruesa lágrima y un ronco rugido, suave, corto.

—¡Padre! Europa me aseguró que vivías, ahora entiendo tantas cosas —suspiró Hipólita.

—¡Sube! ¡Los aqueos cargan de nuevo, tenemos que salir de aquí! —exclamó Antíope.

—¡Vamos! —la apremió Menalipa y lanzó una cuerda al foso.

Hipólita besó la tez de la bestia con los ojos colmados por las lágrimas, envainó su espada y saltó a la pared del foso, tomando entre sus manos la cuerda. Antíope trataba de proteger a sus hermanas de las acometidas aqueas. Menalipa tiró fuerte, pero ella sola apenas podía sujetar la cuerda. Vio caer a dos soldados y un brazo al foso, los tenían encima. Desesperada, trató de ayudar a Hipólita que, herida, escalaba sin fuerza, entre resbalones, asida de la cuerda.

—¡Menalipa! —gritó Antíope.

Menalipa volvió la vista y vio llegar hacia ella el afilado bronce de una lanza. Tembló hacia delante, perdiendo el equilibrio, viendo su fin.

El poderoso golpe de una espada quebró el asta de la lanza y el ímpetu del guerrero que la portaba antes de que pudiera cumplir su objetivo. De inmediato, tomó del brazo a Menalipa, impidiendo que cayera al foso y sujetó la cuerda con una sonrisa que ahondó en su corazón.

—¡Alejandro! —exclamó Menalipa.

El guerrero salvaje agarró el extremo de la cuerda, tiró fuerte y la ató al cuello de un caballo muerto. Saltó al foso, observó el cadáver de Atenea y el cuerpo de la bestia y ofreció su mano a Hipçolita, la cual agitó su espada ante el desconocido guerrero, miró hacia arriba y vio el rostro iluminado de su hermana.

—¡Vamos! ¡Arriba! ¡Se nos echan encima! —gritó Menalipa.

Hipólita envainó la espada de Ares y se agarró al cuello de aquel salvaje desconocido. Con ella sujeta a sus espaldas, Alejandro escaló con facilidad el foso. Luego la tomó por la cintura y la posó junto a su hermana Menalipa. Hipólita lo estudió curiosa, tratando de reponerse, consciente de su porte guerrero y su acento aqueo. Vio la mirada enamorada de su hermana y comprendió que aquel hombre era alguien importante para ella.

—¿Un aqueo? —susurró a Menalipa, como si no hubieran más hombres en el mundo.

—Vamos… Ya habrá tiempo. Debemos salir de aquí —replicó Menalipa y montó. Luego se abalanzó sobre los guerreros que hostigaban a Antíope.

—¡Hipólita! —gritó Gadir al verla y galopó al encuentro de su amada reina. Sin palabras, cuando llegó a su altura, la abrazó y la alzó de Zaino con sus fuertes brazos, posándola sobre su montura y la besó con ímpetu. Ella le miró presa del deseo y la alegría, y le besó de nuevo en el crujir de la batalla.

—¡Vamos! —les gritó Antíope —. ¡Ya habrá tiempo, que ni la guerra respetáis!

Rodeada de muerte, en brazos de su amor, Hipólita sintió su cuerpo renacer en la batalla. Saltó sobre Zaino y agitando la espada de Ares, galopó hacia la salida oriental de Tríbada.

Frixo, conmocionado por la pérdida de Atenea, la desaparición de Clearco y ante tantas bajas como habían soportado, decidió expulsar definitivamente de allí a las hijas de la luna destruir aquella ciudadela donde tantos de los suyos habían muerto.

—¡Tríbada es nuestra, hagámonos con su gloria y riquezas! —gritó sin mucho entusiasmo.

Los soldados aqueos retrocedieron, reorganizándose y se desplegaron de nuevo como una formación compacta, un muro infranqueable de escudos y picas; y avanzaron con Frixo al frente. Aunque sus fuerzas se hallaban mermadas y el ejército espartano había sido aniquilado, todavía eran muy superiores.

—Podemos luchar, ya no son temible ejército —expuso Marpesia deseosa de venganza, frenando en su galope.

—¡No! ¡Hemos vencido! Logramos salir. No más muerte en el día de hoy. No quiero que ninguna de las mías muera ya, por nada —ordenó Hipólita—. Debemos reagruparnos por si piensan seguir hasta Temiscira. Aunque no creo, les dimos duro; sin Atenea no se mostraran tan altivos y el Desolado les espera en su regreso.

Las hijas de la luna galoparon veloces en sus monturas junto a la caballería atlante, hacia Oriente conforme se ponía el sol, abandonando Tríbada.

Frixo, sin oposición alguna, corrió hacia el palacio de Artemisa con una numerosa guardia y los demás guerreros comenzaron el saqueo.

—¡Cargad todo cuanto podáis! ¡Buscad! ¡El oro tiene que estar aquí! —gritaba.

—Mi señor, apenas hay nada. Solo un macabro botín de guerra: el de las lobas muetas y el de nuestros propios hombres caídos —apuntó uno de sus capitanes saliendo del templo con la desilusión marcada en el rostro.

La tarde fue pasando con aquellas premisas; en Tríbada no había más que tierra quemada, casas vacías o derruidas y muertos, nada que saquear.

—Mi señor, esta loba vive —aseguró un capitán.

Frixo levantó la vista y una exultante sonrisa inundó su rostro amargado. Ante él, sujeta de brazos, sus soldados arrastraban a Esmirna, reina de Abasa, la cual, apenas consciente de lo que ocurría y con la cara ensangrentada lo observó recordando.

—¿Acabamos con ella? —preguntó el capitán argonauta.

El general de Argos la miró altivo. Y la rondó pensativo, mientras ella le seguía con la vista. Siete guerreras más, heridas en sus carnes, fueron llevadas hasta él, mientras los soldados registraban cada casa.

—Mi señor, no hay oro. Ni nada que llevar, cargaremos las armas de los muertos, no hay más —insistían sus hombres.

—Ya os dije que no había oro —sonrió Esmirna.

—Por no hallar, ni gloria hallaremos —contestó acercándose hasta un palmo del rostro resignado de la reina —. Veo que tenías razón. ¿Qué fue de ese oro?

—Nunca existió, fue una argucia de loba para desplazar un ejército de machos ambiciosos.

Frixo sonrió y de pronto, se contrajo por el dolor de la herida de su vientre. Tomó del mentón a Esmirna y observó sus hermosos ojos, luego acarició su larga melena roja y asintió.

—Capitán, liberad a estas valerosas guerreras. ¡Que marchen con las suyas! —ordenó ante la sorpresa de todos.

—Pero señor —dijo el capitán.

Una mirada bastó para que obedeciera de inmediato. Sus hombres liberaron a las guerreras presas y el mismo Frixo cortó las ligaduras de las manos de Esmirna.

—Me alegro de no haberte matado… aún —aseguró ella con cierto orgullo, desconfiada, sin desviar la vista de la mirada penetrante del general argonauta.

—Volveré a por ti, cuando sea digno de una reina —aseguró Frixo.

—¡Ven solo o te cortaré la cabeza! —exclamó ella montando en un caballo y se alejó con las demás guerreras heridas.

Frixo observó cómo marchaban las mujeres, satisfecho por su proceder.

—No entiendo señor —le dijo su capitán.

—Atenea y Clearco han sido castigado por los dioses, de ahí nuestro desastre sin duda. Perdimos el desafío y en vez de cumplir nuestra promesa de honor, ataquemos ciegos de ira. Entonces perdimos el apoyo de Zeus y Ares campó a sus anchas. Recoged todo y aprovisionad las columnas de agua, regresamos a Argos.

—¿Y el oro?

—Me temo que es cierto… Nunca hubo oro.

Capítulo 31

LAS HUESTES DE TROYA

Un sonido estridente de flautas y tambores llegó hasta los aqueos, concentrados en los preparativos de su regreso, desconcertándoles; el paso marcado de miles de hombres en carros de guerra hizo retumbar el suelo de Tríbada.

—¡Los soldados de Ilión están aquí! —gritó su capitán.

—¿Cómo es posible? —preguntó Frixo.

—Nos han traicionado, señor. Estamos perdidos.

—No podremos hacerles frente. Maldito Ilio, siempre desconfié de ese reyezuelo sin palabra ni honor —aseguró Frixo.

Laomedonte avanzaba hacia ellos seguido por el ejército troyano, guiado por varias lobas supervivientes de Venus. Más de cien carros de guerra se desplegaban por Occidente, seguido de una imponente caballería. Su vista parecía no tener fin, avanzaban preparados para la batalla. Tras ellos, el sol de poniente los envolvía en un áurea rojiza que destellaba sus lanzas al aire, confundidas entre la gran polvareda que alcanzaba el cielo a su paso.

A lo lejos, las hijas de la luna se mantuvieron firmes, observando la llegada del ejército troyano. En el rostro se marcaba la satisfacción de la victoria.

—¡Laomedonte ha salido de la amurallada Ilión! —exclamó Hipólita.

Los aqueos que permanecían a la entrada de la ciudadela, salieron huyendo en desbandada. Abandonaron su botín robado en tierras de Arzawa, esclavos, presos y armas cuando vieron aquel formidable ejército penetrar en su campamento, aplastando toda resistencia.

Laomedonte dirigió a sus generales por las calles centrales de Tríbada hasta el ágora, matando, vengando, acelerando la huída inesperada de los aqueos hacia el inhóspito desierto.

—¡Los dioses nos han abandonado! ¡Huyamos! —exclamó el capitán argonauta.

—Nosotros, como las lobas, tampoco aceptamos la derrota —susurró Frixo asumiendo su culpa, manteniéndose firme en medio del ágora.

—¡Dejadles huir! No irán muy lejos —ordenó Hipólita calmando a las suyas, deseosas de venganza, ansiosas por matar a todos los aqueos que se perdían veloces en el desierto.

—El Desolado se encargará de calcinar sus huesos —apuntó Marpesia—. Pero bien sabe Artemisa que me gustaría arrancarles la cabeza a todos.

—Regresemos a Tríbada, recibamos a nuestro amigos troyanos —apuntó Pentesilea.

Hipólita se adelantó a Gadir, que a su lado permanecía altivo, para reunirse con Marpesia y Pentesilea. Miró en torno suyo y frunció el rostro, apenada.

—¿Y mi hermana, la reina Esmirna? —preguntó.

El silencio colmó el momento con una triste mueca por parte de todas.

—¡Aquí estoy! —gritó la reina de Abasa llegando hasta ellas, acompañadas por el grupo de guerreras heridas.

Laomedonte llegó con su ejército hasta el ágora de Tríbada sobre un carro tirado por tres caballos, donde un trono de madera lacada en oro hacía de centro y dos lanceros acompañaban su suerte y quedó horrorizado, el suelo era una gran balsa de sangre cubierta de cadáveres. Miles de hombres y mujeres yacían amputados por la vil ambición, vísceras y armas sin gloria ni dueño. Y en el centro, Frixo esperaba con su lanza en guardia.

—¡Apresadle! —ordenó Laomedonte.

Sin reparar más en el general de Argos, avanzó hasta el templo de Artemisa y esperó impaciente la llegada de Hipólita, viendo a las hijas de la luna regresar.

—Dura ha sido la batalla, lamento no haber podido llegar antes —apuntó Laomedonte, quedando boquiabierto al comprobar que no eran más que unos cientos de guerreras las que sobrevivían y parte de la caballería atlante.

—Te agradezco que decidieras luchar, creo que nada hubiera podido parar el avance aqueo hasta Temiscira —agradeció Hipólita, amable.

—¿Nada? —sonrió Laomedonte—. Habéis reducido en más de dos tercios el ejército de Clearco y aún no habían salido del Desolado, no hubieran llegado nunca.

La noche lo envolvió todo y las afueras de Tríbada se convirtieron en una gran hoguera donde todo ardía. Los cadáveres eran apilados de veinte en veinte, en grandes fosas y prendidos hasta que desapareció toda la leña y la brea. El resto se enterró en grandes zanjas con abundante cal y arena que los cubriera.

Desde el palacio de Artemisa, Hipólita observaba el ágora, a los lanceros troyanos y sus guerreras trabajar entre cadáveres, y la inmensidad que se abría ante ella. Gadir acariciaba su vientre, abrazándola por detrás y besando su cuello.

—Estoy maldita por la sangre de Ares, este es mi reino: sangre y muerte. Nunca podré gobernar sin que se desate la violencia.

—Yo no quiero una reina, te quiero a ti. En nuestra tierra encontrarás de nuevo la paz, con nuestros hijos, que de menos ya nos echarán. Lejos de ambiciones y reinos que sueñan ser imperios, donde los hombres se olvidan de vivir.

—¿Y Tarss? ¿Está mejor?

—¡A comer! —gritó Tarss golpeando la puerta, del brazo de Isis y Maat, vendado todo su vientre y con una sonrisa que relucía entre su espesa barba.

Laomedonte preparó un banquete especial para celebrar la derrota de los aqueos, la victoria de las hijas de la luna. Reinas y generales se reunieron alrededor de una gran mesa, riendo y desatando sus inquietudes, recordando y honrando a las muertas en la batalla. Todo era alegría, pero el joven rey permanecía serio, sin dejar de buscar, esperando hallar donde no veía.

—Muchos han huido, no podemos consentir que lleguen hasta sus naves, que regresen a Ática. Si alguna columna aquea consigue atravesar el desierto, sembrará de sangre su regreso, no tendrán piedad de nada, muchas morirán mientras aquí nos jactamos de victoria —apuntó con tristeza Menalipa.

—Sus naves ardieron frente a las murallas que intentaron conquistar —expuso Laomedonte—. No tienen dónde huir y muchos son los que les esperan fuera de este desierto.

—Mucho mal hicieron, nadie les quiere. Pero todavía pueden hacer daño a las aldeas más indefensas —apuntó Pentesilea.

—Será difícil seguir sus pasos, andarán por todas direcciones —apuntó Marpesia.

—Huyeron dispersos, pero todos andarán por los pasos de la Carva, hacia Beycesultán —aseguró Hipólita.

—Cabalgaré rápido en nuestro retorno hacia Tracia y su merecido les daremos; de gloria y muerte les cubriremos —aseguró Pentesilea.

—Mi señor, el prisionero —le dijo un capitán al príncipe, interrumpiendo la conversación.

Ante la mesa, la guardia troyana se presentó con el general Frixo, magullado y con numerosos golpes y cortes en su cuerpo.

—¡Esto es lo que queda del enemigo! —exclamó Laomedonte con orgullo.

Esmirna clavó su mirada de inmediato en el general de Argos.

—¡Mañana mismo lo sacrificaremos a sus dioses! —expuso Marpesia.

—¡No! —gritó Esmirna ante la sorpresa de todos—. Ese hombre nos liberó a las prisioneras, salvó nuestras vidas de las intenciones viles de la soldadesca aquea.

Hipólita miró a su hermana y vio una llama prendida en su corazón.

—¿Y qué propones? Enemigo es —le preguntó.

—Esta guerra traerá consecuencias, grandes heridas dejará que tardarán en cicatrizar. Las fratrias aqueas nos maldecirán por siempre. Lesbos y Abasa quedan cerca de sus aguas, incluso la bien amurallada Ilión estará en continuo peligro. Démosles un motivo de paz, que no todo lo que digieran sea venganza —explicó Esmirna, justificándose.

Frixo levantó una ceja al escucharla, deleitándose en su mirada.

—Dicen que eres hijo de reyes, ¿es así? —preguntó Hipólita.

—Soy Frixo de Argos, hijo del rey Atamant. Pero un bastardo, nada más. ¿Qué más puedo decir? Nuestra empresa era de libertadores y en conquistadores nos convertimos. El León de Micenas e Iris de Lesbos así lo decidieron y hasta aquí nos trajeron en busca de gloria.

—Colmado de gloria te ves —susurró Marpesia con malicia.

—Laomedonte, tras el agravio que has producido al hundir la flota aquea; quizá puedas ofrecer un presente al rey de Argos —dijo Hipólita atendiendo el ruego silencioso de su hermana.

—Así será, sabias son vuestras palabras. Pero he de deciros que de poco valdrá. Nosotros buscamos paz, ellos siempre buscan guerra. Tarde o temprano, volverán —apuntó el joven rey.

Hipólita miró a Frixo, esperando una respuesta.

—Volveremos —aseguró Frixo con sentido pesar.

—Los macabros restos, hechos pellejos y consumidos, de ciento de soldados salpican el camino desde Tríbada a las cuevas troglodítas y más allá… De las gallardas columnas de Micenas, Argos, Atenas y Lacedemonia muy pocos sobrevivirán sin agua ni víveres. La mayoría morirán perdidos sin saber su rumbo, abrazando su fatal destino sin más gloria que la abrasadora tierra del Desolado. En la huida desesperada de tus hombres, solo algunos han podido ser rescatados con vida. Y de los que consigan atravesar el desierto, ninguno vivirá. Es lo que volveréis a encontrar en vuestro regreso —aseguró Esmirna.

—Nosotros pondremos la semilla de paz, de vosotros depende regarla con espesa sangre o abundante agua. Así será y vuestros frutos recogeréis —expuso Hipólita.

—¡Llevároslo! —ordenó Laomedonte y se mostró algo inquieto.

—Te veo preocupado, príncipe. ¿Qué es lo que corroe tu espíritu? ¿Imperia? —le preguntó Hipólita—. No has venido por vencer en esta guerra, sino por ella, ¿verdad?

Laomedonte la observó, pensando sus palabras.

—¿Dónde está Imperia? Es posible que por ella me halle aquí, pero fue tu presencia y la resistencia que ofrecisteis ante un enemigo tan superior, la que me hizo entender que si no nos hacíamos respetar ahora, nunca seríamos un pueblo libre. Aquí estoy por Imperia, por ti y por mi pueblo, pues ya no soy príncipe, sino rey —respondió.

Hipólita ladeó la cabeza. Aquel muchacho valiente que un día conociera en Ilión, hoy era rey. Quizá algo estaba cambiando en los reinos de hombres, tal vez cabía la esperanza.

—Imperia marchó antes del combate, nadie sabe dónde. Quizá la reina Esmirna conozca su destino, pues ella, no sé cómo, todo lo sabe —contestó en voz alta para hacerse oír.

—Imperia y Empusa marcharon juntas. Solo tengo por cierto que tenían que acabar con Hécate y Némesis, así tendría paz la divina Hipólita —expuso Esmirna—. Deyarina les ordenó partir y me puso al corriente.

Hipólita asintió curiosa y preocupada a la vez. Observó a Gadir y a sus hermanas.

—Juntos estuvimos en una noche, la tal Imperia, un capitán atlante, las harpías y algunas guerreras. Alerté a Kivell de quiénes eran, pues me dijo que tramaban acabar con unos niños inocentes —apuntó Alejandro.

—¡Mis hijos! —exclamó Hipólita, hundida, comprendiendo.

—Pero… ¡Esas brujas son muy poderosas! ¿Debían acabar con ellas? ¡Solas no podrán! ¿Dónde están? Tenemos que buscarlas y saber, las harpías del rey Cécrope son muy peligrosas, deberías habérnoslo dicho antes —le recriminó Esmirna.

—Yo no sabía —se justificó Alejandro.

—¡Debemos marchar de inmediato! —exigió Gadir alzándose de la mesa.

—¡No será preciso! —exclamó Imperia ante el asombro de todos.

Los lanceros y las guerreras que guardaban la entrada se apartaron, abriendo un camino en la sala que conducía hasta la mesa. La alargada sombra de las dos jóvenes, de caras y cabellos manchados de tinta y sangre, llegó hasta mesa de ceremonias. Empusa e Imperia se acercaron y, ante todos, mostraron en alto las cabezas de Hécate y Némesis; cada una, con una de ellas.

—Tus hijos están a salvo, mi amada reina —aseguró Imperia dirigiéndose a Hipólita.

Capítulo 32
UN TIEMPO PARA LA PAZ

Una gran fiesta colmó la séptima luna tras la victoria, donde no faltó el buen vino ni la carne, la música y la danza ni el amor ni la lujuria. Fue un noche en la que prosperaron ideas y amistades entre guerreras, donde se abrazaron como hermanas. Laomedonte fue aclamado, vitoreado, al igual que Gadir y los hijos de Poseidón. Pero fue la divina Hipólita la que extasió a las guerreras de todas las naciones de las hijas de la luna allí reunidas. Con su valor y determinación, con su sabiduría y artes de guerra, había logrado retrasar el poderoso avance

aqueo, vencer al poderoso Clearco y enviar a Atenea al Olimpo. Había unido de nuevo los lazos de sangre de aquellas valientes mujeres, dejando atrás una horrible guerra. Y había hecho realidad la profecía de Pitia, de nuevo, para desgracia del rey Cécrope de Atenas.

La mañana siguiente amaneció con una ligera brisa, una tenue lluvia caía sobre Tríbada, algo inaudito en aquel desierto. Las guerreras se asomaban a los ventanales de las casas y salían de sus tiendas, y alzaban incrédulas la mirada al cielo.

—¡Está lloviendo! —exclamó Menalipa asomándose desde el ventanal del palacio.

—Los dioses lloran a sus hijos muertos en esta guerra infame, desean limpiar la sangre que mancha el ágora, las paredes, cada calle —dijo Alejandro tomándola por la cintura.

—El agua es vida —susurró Menalipa acurrucándose en sus grandes brazos.

Unos golpes en la puerta distrajo sus pensamientos.

—Mi señora, en la sala de armas os esperan —dijo Kivell asomándose tímidamente.

Menalipa recorrió los pasillos del palacio sujeta al brazo de Alejandro, se sentía dichosa y pensaba en el capricho de los dioses que hasta su corazón habían llevado a aquel hombre valiente y noble. ¡Un aqueo!

—Marchemos lejos, donde la lluvia no tenga que borrar la tragedia, donde los hombres no deseen ser dioses, donde la alegría de vivir se imponga a la gloria de la muerte —dijo Menalipa.

En la sala, reinas y capitanas se despedían entre abrazos y promesas. Clearco, el León de Micenas, había sido derrotado. La guerra había terminado.

—Marcho con mi ejército a Troya, a mi palacio. ¿Me acompañarás en esta ocasión? —le preguntó Laomedonte a Imperia, sincerando su amor por ella.

—¿Y qué haría tu padre Ilio si yo entrara en palacio? Con su veneno no saldría viva la primera noche, si antes no me vende a los aqueos como esclava —afirmó Imperia.

—El rey Ilio falleció, ya no se ocupa de tales menesteres ni yo soy príncipe —aseguró Laomedonte—. Le hablé de nuestro amor a mi madre y no supe darle un nombre que no fuera de guerra. Leucide te llamó ella, significa hermosa maestra.

—Hum… Leucide, me gusta —gruñó Imperia con una sonrisa pícara—. Tendré que visitarte más a menudo. Mi nombre de paz es Esperanza, así me llamaron mis padres.

—Esperanza es un nombre hermoso. Ahora, en tiempos de paz, gozarás de tiempo para visitarme y yo por siempre he de esperarte.

Se despidieron con un beso y una caricia de amor, bajo la atenta mirada de Hipólita y de sus hermanas. Y recorrieron la sala hasta posarse ante ellas con una leve reverencia. Laomedonte

abrazó a Hipólita y saludó a las demás féminas allí reunidas, estrechó su brazo con Gadir y Alejandro y marchó.

Imperia observó cómo se alejaba, la pena le embargó el corazón. Y le saludó con la mano en alto cuando él volvió, por última vez, la vista esperando su compañía.

—Mi querida Imperia ¿vas a dejarle marchar? —dijo Hipólita acercándose a ella.

—Creo que ya he sufrido bastante el mal de amor, tras la muerte de Íbero decidí olvidarme de los hombres… Por lo menos en un tiempo.

—Me temo será corto ese tiempo.

Imperia arrugó los labios, negó con la cabeza y sonrió.

—Nosotras partimos con las huestes troyanas, cuidaremos de tu hombre —dijo Pentesilea esbozando una sonrisa que irritó a Imperia. Acto seguido, la reina de Tracia abrazó con fuerza a Hipólita y se alejó alcanzando al rey troyano.

—Yo marcho con Pentesilea y los teucros, espero que un día te decidas a visitar mi hogar —apuntó Esmirna. Luego abrazó a cada una de sus hermanas, las besó y comenzó a alejarse, satisfecha y con un deseo oculto.

—¡Cuida de los prisioneros, en especial del general argonauta! —exclamó Antíope.

—Le cuidaré, no temas —contestó Esmirna con cierta malicia.

—Mi divina reina, sabes dónde hallarme si de mí necesitas —dijo Marpesia y la abrazó, con un beso se despidieron—. Ha sido un honor combatir a tu lado. El precio de la guerra ha sido muy alto, llegué a pensar en la batalla que ninguna viviría. Sin tu presencia, así habría sido.

—Alejandro y yo marchamos a Lezpas. Quiero pasar un tiempo en mi isla de paz, pasear por las calles de Lesbos, sus playas y campos de olivos; visitar la taberna de mis buenas amigas Ermis y Kivell, regar las plantas floridas del templo de Artemisa… Alejandro me ha hablado de su tierra, quiere presentarme a su amada madre y que conozca a Pitia, divina de Delfos, visionaria del futuro cierto. Quizá me atreva a pisar Micenas. Y si los dioses nos son propicios, marcharemos a Tirrena, allí dispone de una hacienda alejada de ambiciones. Seremos felices.

—Te hallarás más cerca de nosotras, si necesitas… —dijo Hipólita un tanto preocupada.

—A mí lado, nada ha de pasarle —aseguró Alejandro.

En el palacio quedaron Hipólita, Antíope e Imperia, con Gadir. Desde la terraza observaban cómo se alejaban por Oriente las guerreras de Marpesia, hacia Temiscira; por Occidente avanzaban Laomedonte, Pentesilea y Esmirna hacia Troya, Tracia y Abasa, respectivamente. Y su hermana Menalipa, que trotaba por las sendas que la conducirían a Lesbos, al lado de aquel hombre salvaje de Micenas.

—¿Sabes dónde está Empusa? —preguntó Hipólita—. Me hubiera gustado hablar con ella, darle las gracias por cuidar de la suerte de mis hijos.

—Desapareció la misma noche que llegamos, no he vuelto a verla. Kivell me dijo que marchó. Nadie la quiere, todos la odian; sufro por ella —respondió Imperia.

—Debiste avisarme, se trataba de mis hijos —le reprochó Hipólita.

—¿Es posible que existan hombres de verdad entre los aqueos? —preguntó Antíope, observando los andares de Alejandro que acompañaban a su hermana Menalipa.

—No —respondió Imperia.

—Pues a mí no me hubiera importado quedarme con ese salvaje —susurró Antíope.

Hipólita sonrió y anduvo hacia Gadir.

—No te alejes de mí, aquí peligras con tanta loba —le dijo tomándolo del brazo.

La caballería atlante esperaba en formación con carros de víveres y agua abundante; y en uno de ellos, de ancho suelo y techado de lino, Tarss permanecía tumbado con el vientre vendado, al cuidado de las dos hermanas egipcias, Maat e Isis, que con cariño lo mimaban.

Hipólita y Gadir se asomaron al balcón del ágora donde tantos les esperaban, unos para partir y otros para despedirse de su reina divina.

—Marchamos al puerto de Arinna, donde espera nuestra flota. No todos regresamos, en esta tierra dejamos grandes amigos que con su sangre han honrado a los dioses y muerto por nuestra causa. Pero la pena de los que quedan atrás ha sido consolada por el gran triunfo de la empresa: derrotados los aqueos, regresamos a casa llenos de gloria y con nuestra reina —arengó Gadir sobre la terraza del templo de Artemisa, frente a sus hombres, y un gran estallido de júbilo resonó entre el crujir de escudos y lanzas.

—¡Hipólita, reina divina! —exclamaron.

Ella observó emocionada a la caballería atlante que la vitoreaba, a las numerosas lobas que allí quedaron para seguirla y una lágrima recorrió su rostro mientras abrazaba a Gadir. Salieron a los escalones que les conducían a la salida del templo.

—Descansaremos unos días en Arinna y provistos de buena carga, partiremos hacia la tierra de los faraones; visitaremos Men-nefer, le hice una promesa a un viejo amigo llamado Imhotep-Ptah y he de cumplir. Además, allí conseguiremos provisiones abundantes para el largo viaje hasta Gadeira —le dijo Gadir.

—No sé si será conveniente visitar el imperio de los faraones —apuntó Hipólita, deseando llegar al Gran Tajo y abrazar a sus hijos—. Quizá deberíamos ir directos.

—No creo que llegáramos, nuestras naos no están preparadas para tan largo viaje sin resuello. Y no nos conviene acercarnos a las costas aqueas del norte. Pero no temas, tenemos el sello de la Esposa de Dios. Me lo entregó el sabio Imhotep-Ptah, no tendremos problemas en ningún sitio. Además, aquel muchacho al que salvé de las fauces de un enorme cocodrilo, dicen que hoy es faraón —aseguró Gadir con satisfacción, llegando a las escaleras del templo.

—¡Vamos, el ansia corroe mi alma! ¡Ya sueño con los establos y el vino de Gadeira! ¡Por Poseidón y todos los dioses del Olimpo! —gritó Tarss al verles salir.

—¡Ya estamos aquí, viejo amigo! ¡En marcha! —exclamó Gadir.

Entonces, Gadir vio de pronto una niña corriendo por el ágora, que le sonrió y se perdió entre las casas en ruinas. Era aquella que derrumbó a Clearco y posiblemente, salvó su vida.

—Un momento, Tarss —dijo y salió tras ella, Hipólita le siguió.

Anduvieron tras su rastro por varias callejuelas, hasta llegar a una pequeña plazoleta.

Frente a ellos aparecieron rugiendo poderosos una leona y un león.

—Atalanta, Hipómenes, son nuestros amigos —susurró dulcemente una hermosa mujer, dirigiéndose a los felinos, sentada en el borde de una fuente donde se alzaba la divina Artemisa en piedra blanca.

—¡Cibeles! —exclamó Gadir ante el silencio de Hipólita.

—Os presento a mi hija Selene, amor de luna. Algún día será una hermosa y valiente mujer como Hipólita, cazadora como Artemisa, guerrera como Atenea. Como lo fue su hermana Ainia. Pero aún queda mucho para ello.

Cibeles anduvo hasta posarse frente a Hipólita y pasó las manos por sus mejillas, besó sus labios delicadamente y acarició sus manos.

—La maldición no es eterna, nada dura por siempre. Pero te perseguirá a lo largo del tiempo y la vida. Debes vivirlo y afrontarlo, la sangre de Ares hierve en tus venas —aseguró.

—Yo… —fue a decir Hipólita, pero no supo qué decir.

Cibeles tomó de la mano a la pequeña Selene y marchó seguida por los dos leones, perdiéndose de la vista de Hipólita y Gadir entre las callejuelas de Tríbada.

Hipólita emprendió el regreso, marchando junto a los suyos hacia el sur. Atravesaron el Desolado y cruzaron los pasos de Arzawa hacia las tierras de Lukka. Entre caminos de grandes arboledas, acompañados por la suave lluvia, se dirigieron hacia Arinna esperando encontrar a Sarko y los suyos, aquellos que guardaban las naos atlantes de la codicia de navegantes y pobladores.

—Estabas en lo cierto, los machos avanzaron por los desfiladeros de la Carva, querían abastecerse saqueando las aldeas del valle. Se dirigían a Beycesultán —aseguró Antíope.

—Los léleges de Arzawa acabaron con ellos. No eran muchos, pocos sobrevivieron al Desolado. Las tropas aqueas fueron emboscadas, los hombres flechados —apuntó Imperia.

—Clearco sigue vivo —afirmó Hipólita.

—No han podido encontrar su rastro. Su camino es una incógnita. Pronto lo hallarán, toda Arzawa lo busca —contestó Imperia.

Hipólita hizo una mueca de descontento, casi de enfado.

—Hermana ¿cómo sabías por dónde iban a regresar? Podían haber tomado cualquier otro camino —preguntó Antíope, intrigada.

—El zorro me lo dijo.

—No entiendo.

—El zorro avanza devorando a su paso, pero siempre deja una despensa para su regreso al cubil, por si le andara mal la cacería. Por eso los aqueos respetaron Beycesultán en su avance hacia Tríbada. Se aseguraban encontrar víveres y suministros en su regreso.

—La lluvia se vuelve más intensa —apuntó Antíope llevándose el agua de la cara.

De un salto, Hipólita se introdujo en un carro cubierto por lonas, ató las bridas de Zaino a la madera posterior y asomó la cabeza sonriendo a Gadir.

—Mi hermana te espera, tiene miedo de que enfermes con esta lluvia —dijo Antíope.

Gadir se acercó y pasó de su montura al interior del carro, cerró el lino y abrazó con fuerza a Hipólita, que entre lana y suaves telas le esperaba.

La lluvia permaneció por todo el día, arrullando a los amantes y sus dichos de amor. Antíope se ocupó de llevar las riendas del carro, calada hasta los huesos, disfrutando de la alegría de su hermana, de sus gemidos de placer. Imperia la acompañaba en silencio, ruborizada, entre sonrisas y escuetas palabras; en su mente la nostalgia de los momentos vividos, añorando al joven leñador, soñando con el joven rey troyano y fantaseando con aquel demonio que había conocido.

—¡Hey! ¡Allí hay dos hombres tirados! —exclamó Antíope.

—¡Alerta, parecen aqueos! —apuntó Imperia.

Un capitán trotó hasta ellos, seguido de varios lanceros.

Aquellos hombres estaban agotados.

—Somos soldados de Micenas, señor… ¡Piedad!

—¿De Micenas?

—Mi general y algunos de nosotros nos perdimos en el desierto, tardemos días en salir y, finalmente hallamos en el bosque una pequeña cabaña donde guarecernos, pero un demonio nos persiguió… y mató a todos.

—¿Tu general está vivo? ¿Clearco vive?

—Es horrible, no lo sé… El demonio le atacó.

—Llévanos hasta él —dijo Hipólita montada sobre Zaino, envuelta en un chitón.

—Señora, no es prudente acercarse por allí. Nadie se ha atrevido a entrar en la estancia del general, por toda la noche horrorosos gritos se oyeron.

—Yo entraré; nada temo de ningún demonio. Llévame, te seguimos —le replicó.

Hipólita cabalgó tras aquel guerrero, acompañada de Gadir, Antíope, Imperia y una patrulla de lanceros. Atravesaron el bosque de cedros alcanzando unas montañas, no muy altas, donde una loma albergaba una pequeña cabaña que parecía abandonada por el tiempo. Todo parecía en calma a pesar de los cadáveres de varios soldados aqueos; solo se oía el zumbido de las moscas.

Trotaron hasta descabalgar frente a la entrada, izaron la estera que la cubría y un escalofrío recorrió sus cuerpos. Clearco se hallaba sobre un camastro, desnudo, y sus ojos atormentados miraban el techo, su boca reseca estaba mordida, sus labios arrancados. Tenía los tobillos anudados a cada extremo del lecho y los brazos, unidos por una cuerda, atados al pilar de grueso roble que hacía de centro de la tienda. Una daga partía su corazón, sus muñecas estaban abiertas hasta el codo, como su cuello, rebanado de lado a lado. Una crátera, caída en el suelo, guardaba restos de sangre ya coagulada, repletos de moscas, las mismas que revoloteaban sobre el cadáver.

—¡Empusa! —exclamó Imperia.

Salieron de la tienda en silencio, miraron alrededor, hacia todas direcciones, tratando de ver algo que certificara sus sospechas, pero nada hallaron. Imperia se percató de un delicado silbido que salió del claroscuro del bosque.

—Regresemos a nuestro camino, nada podemos hacer ya —ordenó Gadir.

—Yo me quedo. Lo he estado pensando, quizá regrese con Laomedonte —dijo Imperia.

Hipólita la observó por momentos, trotando en Zaino y se acercó a ella.

—Dile a Empusa que siempre la estaré agradecida, a las dos. Si alguna vez necesitáis de mí, sabes dónde hallarme. Pero ten cuidado, esa jovencita es un demonio —le susurró Hipólita.

***

Llegados a Arinna, Sarko les recibió con alegría, sabiendo que regresaban a casa, a la taberna del Oso Tuerto. Donde sería recibido entre los gritos de alegría y sollozos de sus hijas,

donde volvería a contar dichos y decires que nadie creería, en las tierras de Europa, como las llamaría por siempre.

El cadáver incorrupto de la divina Europa fue entregado al Mar entre Tierras con un sentido tributo, como ella deseó, en una balsa de ramas, flores y troncos prendidos, ante la mirada de todos, rumbo a Men-nefer. Apenas se había inundado la base de maderas que sujetaba el planchón que le hacía de lecho, cuando la primera ola rozó su cuerpo; el mar se embraveció y una ola gigante, como si fuera una gran mano, cayó sobre ella, arrastrándola con fuerza al fondo marino, donde Poseidón la colmaría de favores como ninfa divina de sus océanos.

A salvo de todo, Hipólita pisaría la tierra de los faraones, camino hacia su hogar en el Gran Tajo, con una sola preocupación, un solo pensamiento que la hacía volver la mirada atrás a menudo. Ni el cuerpo de Therio ni el de Atenea habían sido hallados en el foso, tan solo unas extrañas cenizas abundaban donde reposaron sus cuerpos mortales… Y alzó su rostro al frente, posando la mano sobre el mango de su espada, sintiendo gran nostalgia por su madre Armonía y por su padre Ares; y se sintió orgullosa, habían vencido, la guerra terminó, la paz reinaba.

En el palacio de Atenas, el rey Cécrope mascaba la ira de la tragedia machacando los cráneos de los emisarios que portaban tan desastrosos mensajes.

—Déjalos, muertos están; como Clearco, como Hécate, como Némesis —aseguró Pitia, entrando pausada en la estancia.

—¿Y Atenea? —replicó el rey Cécrope.

—En el Olimpo, junto a su hermano Ares, para desdicha de Zeus.

—Bien sabe Zeus que la cabeza te cortaría, pues siempre me traes desgracias con tus visiones ciertas y que en nada me benefician.

—Tal vez tengas razón y lo merezca, mas te traigo nuevas que posiblementen calmen tu espíritu y colmen de paz tu atormentada alma. He visto arder Troya. Un gran guerrero gloria traerá a tus hijos, Aquiles es su nombre. Y de la ira de Zeus nacerá aquel que de victorias colmará esta tierra, Hércules lo llamarán… Una gran nación se formará entre todos los aqueos, como siempre soñaste; Grecia permanecerá a los tiempos, sus enemigos caerán. Mas en discordia siguen los dioses, tus ojos no lo verán.

Fin.